

**Mayores, actividad y trabajo
en el proceso de envejecimiento y jubilación:**
Una aproximación psico-sociológica.

M.ª Silveria Agulló Tomás

MAYORES, ACTIVIDAD Y TRABAJO EN EL PROCESO DE ENVEJECIMIENTO Y JUBILACIÓN: UNA APROXIMACIÓN PSICO-SOCIOLÓGICA

M.^ª Silveria Agulló Tomás

Premio *ex aequo* de Investigación IMSERSO 2000
XVI edición española y X edición iberoamericana

MINISTERIO DE TRABAJO Y ASUNTOS SOCIALES

Secretaría General de Asuntos Sociales
Instituto de Migraciones y Servicios Sociales (IMSERSO)

Foto portada: M^ª Silveria Agulló

Primera edición: 2001

© Instituto de Migraciones y Servicios Sociales (IMSERSO), 2001

Edita: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales

Secretaría General de Asuntos Sociales

Instituto de Migraciones y Servicios Sociales (IMSERSO)

Avda. de la Ilustración, c/v. Ginzo de Limia, 58

Teléf. 91 363 89 35

28029 MADRID

NIPO: 209-01-045-5

ISBN: 84-8446-036-3

Depósito Legal: BI-2258-01

Imprime: GRAFO, S.A.

Nota biográfica sobre la autora

M^a Silveria Agulló Tomás nació en Cocentaina (Alicante) en 1969. Es doctora en Sociología por la Universidad Complutense de Madrid. Obtuvo *sobresaliente cum laude por unanimidad* en su tesis doctoral (1999), la cual se refleja en este libro. Desde 1995 es profesora de Sociología y Psicología Social en la Universidad Carlos III de Madrid, Departamento de Ciencia Política y Sociología. Trabajó como becaria de formación, durante dos años, en el Área de Estudios del Instituto de la Mujer, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales (1993-1994). Ha estado como "*post-doctorate visiting academic*" en la *London School of Economics and Political Sciences* (2000) y en la *University of Berkeley*, California (2001). Recientemente ha obtenido una beca de postgrado de la Fundación Caja de Madrid para formación e investigación, durante 12 meses, en la *University of North London* (2001-2002). Sus temas de publicación e investigación son, principalmente: sociología, psicología social, género, evaluación, trabajo y personas mayores. (Cualquier comentario puede dirigirse a: msat@polsoc.uc3m.es)

A la meua "abuela",
per ser, per a mí,
exemple de serenitat, valentia, saviesa, generositat... i amor.

Als meus pares,
per ser continuació i estar superant el que acabe d'elogiar.
I als altres *pares* (*Mareta, S. Hipòlit...*) o a eixe "*algo*"
que està per damunt de tot açò...

Agradecimientos: un capítulo injustamente breve

Calificar este primer *capítulo* como injustamente breve es un vano intento de devolver el extenso apoyo recibido. Si describiera cada una de las colaboraciones este sería en realidad uno de los capítulos más largos. Paradójicamente, su brevedad contrasta con la magnitud de las aportaciones de cada una de las personas implicadas en esta aventura. Sólo contando minuciosamente el papel de cada una de ellas podría mostrar mi sincero agradecimiento.

Debido a mi juventud y corta experiencia laboral para entender la jubilación y el envejecimiento, ha sido un desafío fascinante y una osadía el acercarme más a los mayores, a sus actividades, a sus vivencias. Este reto hubiese resultado demasiado pretencioso e inabarcable sin el “equipo de apoyo” sobre el que me he ido respaldando. Como no puedo hacer justicia de ello, al menos mencionaré a las personas que han hecho posible que los *planos* iniciales se hayan podido materializar y *construir*.

Si este estudio fuera a exponerse en el contexto teatral, me gustaría presentar en primera línea del escenario a todas las personas que me han ayudado. Los mayores, sin duda, son los *protagonistas* primeros y principales. El *director* ha sido crucial en cada uno de los *ensayos*-versiones de esta *obra*-tesis. También fundamental ha sido el apoyo de los *asesores técnicos* o profesores y expertos consultados. Pero no menos importantes han sido los *tramoyistas* y encargados del *atrezzo* y *efectos especiales*, como los colaboradores, amigos, familia, pareja... Pero como con el texto escrito no se puede proceder como en el teatro o con una cámara fotográfica, que hacen posible la visión de varias personas en una sola imagen, seguiré un orden cronológico. Para mí, todos han sido actores imprescindibles que han ido conformando la tesis y que, con el orden de *aparición a escena*, voy a describir.

He de empezar diciendo que la admiración específica por mi abuela materna –y otros mayores de mi familia– constituye la génesis más remota de esta tesis. Poco a poco, a este interés personal y afectivo se fueron uniendo otras motivaciones más académicas y profesionales cuando allá por el año 1993-1994 estaba “buscando” un tema de tesis. Al mismo tiempo que inicié los cursos de Doctorado (1993), en los que realicé algunos trabajos sobre el tema, obtuve una beca de Formación en el Área de Estudios del Instituto de la Mujer (1993-1994), que me permitió introducirme en cuestiones relacionadas con el género que empezaron a despertar, y siguen despertando, mi entusiasmo e interés. Aprovecho la ocasión para agradecer a la profesora C. Fernández Villanueva que fue la que me animó e informó de la existencia de este tipo de becas. También quiero mostrar mi gratitud a los compañeros/as del Instituto de la Mujer.

Poco a poco, y con las ideas algo más claras sobre el tema de mayores, finalizando el periodo de beca en el Instituto de la Mujer, solicité una beca predoctoral (FPI, del MEC) en la

que quedé “suplente”. No obstante, animada, continué en el empeño de “conocer a los mayores” y solicité, siempre con la ayuda, orientación y disposición de Eduardo Crespo, una beca predoctoral que otorga la UCM. Estoy agradecida, por supuesto, con los compañeros y profesores del Departamento de Psicología Social de la UCM que tanto me han transmitido y de los que tengo mucho que aprender. Agradezco el interés y *esa mano siempre tendida* de J. R. Torregrosa, de J. L. Alvaro y de todos los profesores y compañeros del Departamento, sin dejarme a guinguo.

Por aquellas fechas, en marzo de 1995, me seleccionaron como profesora ayudante en la Universidad Carlos III de Madrid, en la que empiezo con las tareas docentes (mejor dicho, empiezo a aprender) y continúo con mi incipiente experiencia investigadora. Aunque obtuve la beca predoctoral de la UCM (mayo, 1995), opté por continuar como profesora ayudante, en la que actualmente sigo. Gracias a los compañeros y profesores del Departamento de Ciencia Política y Sociología, concretamente la atención de E. López Aranguren y la posibilidad de investigar-aprender con Constanza Tobío. Gracias.

Mi recorrido geográfico, mis continuas idas y venidas de la Complutense a la Carlos III y viceversa, explica también dónde se sitúa el objeto-enfoque de este estudio. Durante estos años he estado “a mitad de camino”, a caballo entre la psicología social (Dpto. Psicología Social, UCM), y la sociología (Dpto. Ciencia Política y Sociología, Universidad Carlos III). También ha sido un ir y venir al IMSERSO (tema de mayores) y a otros organismos del Ministerio de Trabajo y AA.SS. (tema de actividad y trabajo), que han constituido fuentes y lugares clave de información. En esta *marathon* he visitado, en sentido físico y virtual, varios lugares, libros, ideas, documentos y personas.

Valoro profundamente el apoyo de Alicia Garrido. La aprobación del proyecto y el concedernos la subvención para investigar sobre *La transición hacia la jubilación en el contexto del proceso de envejecimiento de las mujeres* (1996) significó para mí la primera oportunidad de trabajar-aprender con ella. Desde entonces, sus sugerencias y aportaciones a la tesis (sobre todo en los últimos meses) han sido fundamentales. Pero, sobre todo, no sé como agradecer su profesionalidad y su amistad.

Ya en el *trabajo de campo* el despliegue de personas y organismos fue francamente una verdadera “red de asistencia” piramidal. Merecen especial mención cada una de las personas que han seguido la difícil tarea de contactar y “convencer” a los mayores para que accedieran a una entrevista o participaran en un Grupo de discusión. Ellos y ellas, trabajadores de algunos organismos y asociaciones, alumnas, compañeros de trabajo, vecinos, familiares y/o amigos saben que sin su insistencia, tesón y poder de convicción hubiese sido imposible esta *carrera de fondo*. También agradezco a Miguel, Mano y Rafa Hernández y a Cuca Muñoz, por ayudarme en las insufribles tareas de transcripción.

Pero este trabajo no existiría sin el tiempo, discursos y experiencias vitales que las 91 personas mayores me han descubierto y entregado. Y tampoco puedo dejar de mencionar a cada uno de los 18 expertos/as por su atención, sus puntos de vista y su tiempo tan preciado. Ellos y ellas son los cimientos de esta tesis. No sólo recordar, pues, a las 109 personas que han dejado registrados sus discursos, sus *trozos de vida...*, sino también a aquellas personas y/u organismos que sin ser conscientes de la importancia de su opinión e información, nos abrieron sus puertas, archivos y nos dieron pistas clave para ir desbrozando el camino.

Para Eduardo Crespo ya no me quedan palabras de agradecimiento. Incluso antes de *zarpár* me orientó, confió en mí (a veces más que yo misma) y me ayudó a *lanzar la red* al

mar y a desplegar las velas en este crucero. No sólo ha sido un director y *timonel* motivador, sino que para mí sigue siendo la mezcla perfecta de profesionalidad y afectividad, de profesor riguroso y compañero cercano. Por tanto, infinitas gracias.

Quiero agradecer a mis amistades, tanto mediterráneas como de tierra adentro, su comprensión y ánimos. Especialmente a Esmeralda, no sólo por haberme facilitado el acceso a muchos mayores (en Madrid y Extremadura) sino por sus continuas llamadas, detalles y visitas a mi casa-trabajo...; en fin, por su sincera amistad.

A la familia de Rafa, en particular a sus/mis padres, Pepi y Manolo, por su proximidad y su confianza constantes. Gracias por la comprensión y apoyo en todos los sentidos.

A mi familia, concretamente a Esteban, por ser "mi primer profesor" de psicología, hermano entrañable y, día a día, mejor amigo. A mis familiares, abuela, padres, tías y tíos, primas y primos, hermana, hermanos... y, cómo no, a mis sobrinos.

Las mejores páginas las dedico, pues, a las personas que han tenido algo que ver con la realización de esta tesis. Pero sobre todo a Rafa, por ser mi mejor "amigo", el *meu home*, tod, y por regalarme, día a día, estos valores prioritarios para mí: libertad, comprensión, sentido del humor y del amor.

A modo de invitación

Fer-se vell i després... morir... no és ni lleig ni bonic; és llei de vida.
(M. Agulló Font)

La vida no consiste en otra cosa que en el repertorio de nuestros quehaceres.
(J. Ortega y Gasset)

Todas las ideas importantes ya han sido pensadas; lo importante es pensar en ellas de nuevo.
(Goethe)

Tan sólo en medio de la actividad desearás vivir más de cien años.
(Proverbio chino)

La diferencia entre el "saberse viejo" y el "sentirse viejo" ha revolucionado y está revolucionando nuestra representación y autorrepresentación de la vejez.
(J. L. L. Aranguren)

...Pero viene esa "ley" que es la sociedad y tu entorno, y ella es más inexorable que los diccionarios, la Historia, los novelistas y la Medicina. Porque "la ley" dice que la vejez empieza a los 65 años, la edad en que se te jubila.
(F. Candel)

"Home vell, cada día un mal novell", pero también "Si vols consell, pren-lo sempre d'home vell"
(Refranes valencianos)

Las cosas verdaderamente importantes no se realizan con fuerza, velocidad y aceleración de movimientos del cuerpo, sino con la reflexión, autoridad y juicio, y de esas cosas no suele carecer la vejez sino que las aumenta.
(Cicerón)

"We do not stop being active because we grow old. We grow old because we stop being active"
(B. Friedman)

¿Por qué te empeñas en cerrar los postigos antes de que llegue la noche?... Cuando seáis viejos, seguramente podréis contar con quien os cuido, con el desvelo de los que os quieren. Pero no contéis con nadie para conservar vuestra vida en movimiento, ni con los propios hijos. Es algo que sólo vosotros podréis hacer.
(J. Laforest)

La vejez no es un periodo detestable ni tampoco sublime. Como todas las etapas de la vida tiene sus problemas y sus tristezas, pero también sus posibilidades de alegría y realización.
(J. Sánchez Caro y F. Ramos)

Una bella ancianidad suele ser la recompensa de una bella vida.
(Pitágoras)

El jubilado no chochea; revive su pasado para mejor interpretarlo, para encontrar nuevas razones para vivir...
(J. Vimort)

No deben preocuparnos las arrugas del rostro (...) sino las del cerebro. Estas no se reflejan en el espejo, pero las perciben nuestros amigos, discípulos y lectores, que nos abandonan y condenan al silencio. Tales arrugas metafóricas, precoces en el ignorante, tardías en presentarse en el viejo activo, acuciado por la curiosidad y el ansia de renovación. En suma, se es verdaderamente viejo cuando se pierde la curiosidad intelectual, y cuando la torpeza de las piernas coincide con la torpeza y la premiosidad de la palabra y el pensamiento.
(S. Ramón y Cajal)

Índice General

	<u>Páginas</u>
PRESENTACIÓN	31
INTRODUCCIÓN. OBJETIVOS, OBJETO-SUJETOS, PLANTEAMIENTOS INICIALES	33
PARTE I. ENVEJECIMIENTO Y JUBILACIÓN: CONCEPTUALIZACIÓN, CONTEXTO Y SITUACIÓN DE LAS PERSONAS MAYORES	47
PARTE II. ENVEJECIMIENTO Y JUBILACIÓN COMO PROCESOS PSICO-SOCIOLOGICOS Y COMO OBJETOS DE INVESTIGACIÓN	169
PARTE III. MAYORES, ACTIVIDAD Y TRABAJO EN EL ENTORNO DE LA JUBILACIÓN Y EL ENVEJECIMIENTO: UNA INVESTIGACIÓN PSICOSOCIOLOGICA.....	253
A MODO DE RECAPITULACIÓN: ALGUNAS CONCLUSIONES Y PROPUESTAS	737
BIBLIOGRAFÍA	779
ANEXO	837

Índice temático

	<i>Páginas</i>
Nota biográfica sobre la autora	5
Dedicatoria	7
Agradecimientos: un <i>capítulo</i> injustamente breve	9
A modo de invitación	13
Índice general	15
Índice temático	17
Índice de tablas, cuadros, esquemas y figuras	26
Presentación	31
Introducción.	33
Objetivos y objeto/sujetos.	39
Planteamientos iniciales: a modo de hipótesis.	41

PARTE I

ENVEJECIMIENTO Y JUBILACIÓN: CONCEPTUALIZACIÓN, CONTEXTO Y SITUACIÓN DE LAS PERSONAS MAYORES

1. ANÁLISIS CONCEPTUAL Y TERMINOLÓGICO DEL ENVEJECIMIENTO Y LA JUBILACIÓN: Revisión, delimitación y justificación	49
1.1. Mayores, personas mayores, gente mayor	51
1.2. Envejecimiento, envejecer, envejecidos/as	53
1.3. Vejez, viejos/as	54
1.4. Tercera Edad, Cuarta Edad, personas de edad	55
1.5. Ancianidad, ancianos/as	56
1.6. Jubilación, jubilados/as	57

	<u>Páginas</u>
1.7. Retiro, retirados/as. Inactivos/as, clases pasivas, pensionistas	59
1.8. Abuelos/as, veteranos/as, seniors, senescentes, gerontes y otros .	61
2. APROXIMACIÓN HISTÓRICA Y PANORÁMICA ACTUAL SOBRE LAS PERSONAS MAYORES	67
2.1. ¿Es la vejez un viejo tema?: la gente mayor en el proceso histórico	67
2.2. El envejecimiento demográfico: factores, localización y proyecciones	72
2.3. Trayectoria laboral pasada y actividad/inactividad actual de los mayores.....	89
2.4. Estatus socioeconómico actual: estudios e ingresos de la gente mayor	95
2.5. Estado civil, modos de convivencia y hábitat.....	108
3. TRABAJO, ACTIVIDAD Y JUBILACIÓN EN EL CONTEXTO SOCIO-LABORAL ACTUAL.....	119
3.1. El trabajo a lo largo del ciclo vital.....	119
3.2. El trabajo en la madurez: la discriminación de la población activa de edad.....	126
3.3. Los orígenes de la jubilación: un fenómeno de reciente construcción	138
3.4. Jubilación anticipada y prejubilación, ¿premio o castigo?.....	143
3.5. Jubilación, mercado laboral y sistemas de pensiones	152
3.6. Protección jurídica y legal de las personas mayores y de la jubilación	161

PARTE II

ENVEJECIMIENTO Y JUBILACIÓN COMO PROCESOS PSICOSOCIOLÓGICOS Y COMO OBJETOS DE INVESTIGACIÓN

4.	EL ENVEJECIMIENTO COMO FOCO DE ATENCIÓN DE LAS CIENCIAS SOCIALES.....	171
4.1.	Gerontología y Gerontología social: génesis y desarrollo actual.	172
4.2.	¿Cómo se ha investigado sobre el envejecimiento y la jubilación?	181
4.2.1.	Método, técnicas y estudios de carácter cuantitativo..	184
4.2.2.	Método, técnicas y estudios de carácter cualitativo ...	192
5.	HACIA UNA PSICOLOGÍA SOCIAL DEL ENVEJECIMIENTO Y LA JUBILACIÓN	201
5.1.	El envejecimiento como fenómeno físico-biológico.....	203
5.2.	El envejecimiento como fenómeno psicológico	206
5.2.1.	El envejecimiento como declive de los recursos y procesos psicológicos.....	206
5.2.2.	El envejecimiento como adaptación al medio y como proceso evolutivo	211
5.3.	El envejecimiento como fenómeno sociológico y psico-sociológico (social):	216
5.3.1.	El envejecimiento en relación a la actividad.....	216
5.3.2.	El envejecimiento como desvinculación social.....	220
5.3.3.	El envejecimiento como reflejo del pasado	224
5.3.4.	El envejecimiento como producto de la modernización.	226
5.3.5.	La vejez como estrato de edad peculiar	230
5.3.6.	La vejez como subcultura.....	233
5.3.7.	La vejez como etapa de conflicto.....	236

	<i>Páginas</i>
5.3.8. El envejecimiento como pérdida de roles.....	237
5.3.9. El envejecimiento como interacción	239
5.3.10. El envejecimiento desde una perspectiva discursiva ...	243
Conclusión: en busca de la transdisciplinariedad.....	249

PARTE III

MAYORES, ACTIVIDAD Y TRABAJO EN EL ENTORNO DE LA JUBILACIÓN Y EL ENVEJECIMIENTO: UNA INVESTIGACIÓN PSICOSOCIOLÓGICA

6. ESTRATEGIA METODOLÓGICA	255
6.1. Los <i>cimientos</i>	256
6.2. Diseño-plano de investigación-construcción y trabajo de campo:.....	258
6.2.1. Técnicas aplicadas: Entrevistas en profundidad y grupos de discusión.....	260
6.2.2. Criterios de selección, contextos y guión	268
7. LAS PERSONAS MAYORES ANTE LA ACTIVIDAD PASADA: <i>¿Cualquier tiempo pasado fue mejor?</i>	281
7.1. Dureza de las condiciones laborales y vitales: entre el orgullo y el olvido	283
7.2. El trabajo como <i>medio de vida</i> . El ergocentrismo en su pasado.....	290
7.3. El trabajo como <i>complemento</i> familiar	300
7.4. El trabajo como <i>vocación</i>	314
7.5. El ocio supeditado al trabajo o la imposibilidad del ocio	322

8.	LAS PERSONAS MAYORES ANTE LA JUBILACIÓN: Transiciones, significados y representaciones.....	333
8.1.	El tránsito a la jubilación: ¿Proceso o cambio abrupto?.....	333
8.2.	La relevancia del factor edad hoy: La edad de jubilación	341
8.2.1.	La edad a lo largo de la vida y «las edades» de la vejez	341
8.2.2.	Los mayores ante la edad de jubilación: debate y polémica	346
8.3.	TRABAJO, INGRESOS, SALUD Y OTROS DETERMINANTES DE LA JUBILACIÓN	355
8.3.1.	La influencia del <i>ergocentrismo</i> sobre la jubilación	358
8.3.2.	Los ingresos: determinante y cambio en la jubilación.....	361
8.3.3.	¿Supone la jubilación un deterioro de salud?	365
8.4.	HOMBRES Y MUJERES ANTE LA JUBILACIÓN: ¿Júbilo o retiro? ...	376
8.4.1.	La jubilación como <i>resignación</i>	379
8.4.2.	La jubilación como <i>liberación</i>	384
8.4.3.	La jubilación como <i>oportunidad</i>	388
8.4.4.	La jubilación como <i>rechazo</i>	394
8.4.5.	Jubilación femenina: aceptación de las jubiladas y “jubilación inexistente” de las amas de casa	404
9.	ACTIVIDADES Y OCUPACIÓN DEL TIEMPO DE LOS MAYORES EN LA ACTUALIDAD: tiempos, tipos, dimensiones, significados	415
	Introducción: ¿trabajo y actividad <i>versus</i> jubilación y vejez?	415
9.1.	TIEMPO Y TEMPORALIZACIÓN DE LAS ACTIVIDADES DE LOS MAYORES	420
9.1.1.	Tiempos, significados y mayores, en plural	420
9.1.2.	¿Regularidad o “desestructuración” temporal en estas edades?.....	424
9.1.3.	El calendario estacional de las actividades de los mayores	432

9.2. DIMENSIONES Y FACTORES RELACIONADOS CON LAS ACTIVIDADES.....	437
9.2.1. La pluridimensionalidad en las actividades de los mayores	438
9.2.2. El género, determinante de la actividad	442
9.2.3. El estatus socio-económico, eje crucial	445
9.2.4. Dimensiones “físicas”: salud-enfermedad, limitaciones y dolencias físicas	446
9.2.5. Trayectoria vital y laboral: hábitos, costumbres y estilo de vida anterior	449
9.2.6. Entorno relacional: familia y relaciones extrafamiliares ..	451
9.2.7. Entorno espacial: hábitat y prestaciones disponibles	452
9.2.8. Dimensiones “individuales”: personalidad, preferencias, expectativas	456
9.3. ACTIVIDADES REMUNERADAS Y NO REMUNERADAS: ¿El trabajo tiene edad?	459
9.3.1. Los significados del trabajo remunerado más allá de la jubilación	459
9.3.2. Camino a la <i>visibilización</i> del trabajo no remunerado...	468
9.3.2.1. Tareas domésticas: de la costumbre a la desvalorización	469
9.3.2.1.a. Centralización femenina y rechazo masculino	472
9.3.2.2. Cuidados de otras personas. Entre la sobrecarga y la satisfacción.....	489
9.3.2.2.a. Un discurso claramente feminizado: las mayores como cuidadoras	491
9.3.2.3. Actividades no remuneradas en el ámbito extradoméstico	502
9.3.2.3.a. Satisfacción de los/as mayores que participan voluntariamente..	507

9.4. ACTIVIDADES DE OCIO DE LOS MAYORES: De la pasividad a la participación.....	516
9.4.1. El ocio como construcción: evolución y delimitación conceptual.....	517
9.4.2. El ocio como pasatiempo	521
9.4.2.1. El ocio pasivo como descanso y pasatiempo común.....	523
9.4.2.2. El ocio al aire libre de los jubilados.....	530
9.4.2.3. Los jubilados como jugadores y “deportistas pasivos”	534
9.4.3. Feminización de las actividades manuales de ocio....	539
9.4.4. Actividades formativas: sobrevaloradas pero “no alcanzadas”	542
9.4.5. El ocio como frustración e insatisfacción: entre la queja y el deseo.....	547
9.5. ACTIVIDADES DE RELACION SOCIAL: las más enriquecedoras y preferidas por los mayores	556
9.5.1. Actividad e interacción <i>versus</i> soledad y desintegración	558
9.5.2. Actividades y relaciones en el entorno familiar.....	560
9.5.2.1. La importancia de tener o no tener pareja ...	563
9.5.2.2. La influencia del propio “nido vacío” y de otros “nidos llenos”.....	570
9.5.2.3. Los significados de ser abuelo/a	574
9.5.3. Actividades y relaciones en el entorno extrafamiliar ...	579
9.5.3.1. El valor de la amistad: actividades y relaciones intrageneracionales.....	581
9.5.3.2. El vecindario, ¿apoyo informal o interacción ocasional?	586
9.5.3.3. ¿Relaciones con los/as excompañeros/as de trabajo?.....	589

9.5.3.4. Actividades sociales organizadas: una participación en auge	594
10. IDENTIDAD Y REPRESENTACIONES SOCIALES: conceptos, imágenes y construcción psicosocial de las "vejeces"	621
10.1. Polisemia conceptual: la negación de <i>ser mayor</i> y el problema de la autoidentificación.....	624
10.2. Identificadores de <i>ser mayor</i> : jubilación, pasividad, dependencia y otros	634
10.3. Un mosaico de representaciones sociales sobre los mayores	647
10.3.1. El discurso de la ambivalencia: entre la gerontofilia y la gerontofobia	652
10.3.2. Los mayores como carga y otras representaciones negativas.....	667
10.3.3. El tratamiento institucional: "correcto" pero insuficiente para cubrir la demanda.....	683
11. FUTURO Y MAYORES: en busca del envejecimiento y jubilación "ideales"	697
Introducción: De una <i>cantidad de años</i> alcanzada hacia una <i>mayor calidad de vida</i> y... <i>calidad de muerte</i>	697
11.1. Persistencia de la trilogía básica de valores	702
11.1.1. Salud y autonomía. "¿Quién me aguantará?": incertidumbre y pánico a la dependencia	703
11.1.2. Actividad e interacción: la relevancia del afecto, apoyo informal y relaciones	713
11.1.3. Pensiones y otras cuestiones: inseguridad y temor a la pérdida.....	716
11.2. Porvenir y muerte: entre el miedo y la naturalidad.....	728

12.	A MODO DE RECAPITULACIÓN	737
12.1.	Actividad-mayores como articulación posible y necesaria: algunas conclusiones	737
12.2.	Oteando el futuro y dejando la puerta abierta: campos a "explorar" y algunas propuestas.....	762
	BIBLIOGRAFÍA	781
	ÍNDICE ANEXO	839
	<ul style="list-style-type: none"> - Tabla 1. Personas jubiladas según la rama de actividad económica por sexo y situación profesional. Números absolutos y porcentajes. 1991. - Tabla 2. Personas jubiladas según la situación profesional por sexo y profesión. Números absolutos y porcentajes. 1991. - Tabla 3. Pensiones de jubilación y viudedad en España por Comunidades Autónomas. Número absoluto de pensiones otorgadas, importe total y pensión media (en pesetas), 1998. - Tabla 4. Población mayor de 65 años por grupos de edad, sexo y hábitat. Porcentajes y absolutos, 1991. - Cronograma-<i>planning</i> del proceso de investigación de esta tesis. - Cuadro 1. Características de los/as expertos/as e informantes cualificados/as entrevistados. - Guión temático completo. - Fichas Técnicas utilizadas para la recogida de información (ejemplos). 	

Índice de tablas, cuadros, esquemas y figuras

	<i>Páginas</i>
– Cuadro 1. Objeto de investigación.....	40
– Esquema 1.1. Enfoques terminológicos revisados y adoptados para este estudio	66
– Tabla 2.1. Porcentaje de la población de 65 y más años sobre la población total, Índice de Fecundidad (promedio de hijos por mujer). Total mundial, Regiones y Países de Europa, 1994.....	75
– Tabla 2.2. Porcentaje de población de 65 y más años sobre la población total, Ratio de la población de 85 y más años sobre la población de 65 y más años, e Índice de Fecundidad. España y provincias, 1991	76
– Tabla 2.3. Población de 65 y más años, de 75 y más años, sobre la población total (porcentaje y números absolutos), razón entre los sexos (número de hombres por cada 100 mujeres), España y CC.AA., 1991	84
– Tabla 2.4. Personas jubiladas según la rama de actividad, situación profesional y profesión anteriores, por sexo. Absolutos y porcentajes, 1991	91
– Tabla 2.5. Población de 65 y más años económicamente inactiva, según la clase de inactividad por sexo y edad. Grupos quinquenales, absolutos y porcentajes, 1991	93
– Tabla 2.6. Nivel de instrucción de las personas mayores de 65 años por sexo y por grupos de edad, quinquenales. Absolutos y porcentajes. 1991	97
– Tabla 2.7. Pensiones mínimas para 1999 según cuantía (en pesetas y euros/mes), según tipología, edad a partir de la cual puede percibirse la pensión, grado de invalidez y diferencia según se tenga o no cónyuge a cargo.....	100

– Tabla 2.8. Distribución del número de pensiones de jubilación y de viudedad por tramos de cuantía. Números absolutos y porcentajes, 1998	104
– Tabla 2.9. Distribución de las pensiones de jubilación y viudedad por Regímenes de la Seguridad Social. Número absoluto de las pensiones, importe-gastos y pensión media (en pesetas), 1998	105
– Tabla 2.10. Distribución de las pensiones de jubilación y viudedad por sexo y grupos de edad. Números absolutos, porcentajes, pensión media, 1997 y 1999	107
– Tabla 2.11. Población de 65 y más años según el estado civil por género. Absolutos, porcentajes y totales, 1991	109
– Tabla 2.12. Población de 65 y más años por clase de vivienda y estado civil. Absolutos y porcentajes por grupos quinquenales	113
– Cuadro 2.1. Algunos conceptos atribuidos a las zonas-hábitats según el número de habitantes	116
– Tabla 2.13. Población mayor de 65 años según el ámbito territorial de residencia por sexo. Grupos quinquenales, absolutos y porcentajes, 1991	117
– Cuadro 5.1. Enfoques teóricos revisados en este estudio	252
– Esquema 6.1. Distribución de los/as expertos/as entrevistados/as, según hábitat y nivel de actuación-representación	267
– Esquema 6.2. Distribución de los/as entrevistado/as, según estatus socio-económico y hábitat	269
– Esquema 6.3. Distribución de los Grupos de Discusión, según estatus socio-económico y hábitat	270
– Tabla 6.3. Distribución de la Muestra Tipológica de los participantes de este estudio	271
– Cuadro 6.2. Algunas características de los “puntos muestrales” de este estudio	278
– Figura 6.1. Distribución territorial de los “puntos muestrales” de este estudio	279
– Cuadro 6.3. Guión general aplicado	280
– Cuadro 7.1. Algunas características de las trayectorias laborales de los jubilados de estatus medio y bajo	290

– Cuadro 7.2. Algunas características de las trayectorias laborales de las mujeres mayores.....	303
– Tabla 8.1. Edad legal y promedio real de la edad de jubilación por países	353
– Figura 8.1. Discursos valorativos sobre la jubilación	379
– Esquema 8.1. Representaciones discursivas de la jubilación desde las personas mayores.....	391
– Esquema 9.1. Actividades de las personas mayores según tipos de actividad.....	419
– Figura 9.1. Distribución temporal de algunas actividades diarias cotidianas de los mayores	429
– Figura 9.2. Dimensiones relacionadas con las actividades de los mayores.....	439
– Figura 9.3. Factores influyentes sobre la actividad de los mayores según los discursos de los informantes cualificados entrevistados	441
– Esquema 9.1. Ventajas-desventajas zonas rurales-urbanas desde los mayores.....	456
– Figura 9.4. Relación entre significados del trabajo pasado, la jubilación y las actividades actuales de las personas mayores	619
– Figura 11.1. Propuesta de envejecimiento “ideal” para una mayor calidad de vida y calidad de muerte	727

Presentación

Presentación

El estudio «Mayores, actividad y trabajo en el proceso de envejecimiento y jubilación: una aproximación psico-sociológica», realizado por D^a M^a Silveria Agulló Tomás, **Premio IMSERSO de Investigación 2000**, constituye una aportación muy importante a esa tarea de conseguir que las personas pueden «envejecer mejor».

La gran cantidad de datos recopilados en este estudio, sin duda, servirán como punto de partida a posteriores estudios sobre la vejez, pues no olvidemos que se trata de una parte de la sociedad que, debido al aumento de la esperanza de vida, crece con mucha rapidez, y se ve más acentuado en nuestro país al situarse con uno de los índices de natalidad más bajos del mundo.

Por todo ello ahora es más necesario que nunca plantearse el problema con el mayor rigor posible y emplear los recursos necesarios para buscar soluciones a un sector que en la actualidad representa el 15% de la población y que, según estimaciones, para el año 2025 habrá superado a los más jóvenes.

Confiamos en que estos trabajos sirvan para hacer un diagnóstico real de este colectivo tan importante de nuestra sociedad y así poder mitigar, y en la medida de lo posible eliminar, las carencias con que se encuentran en la actualidad las personas mayores, haciendo de la vejez una etapa de la vida más ilusionante y activa.

Madrid, 10 de octubre de 2001

Introducción

OBJETIVOS, OBJETO/SUJETO,
PLANTEAMIENTOS INICIALES

Introducción

En esta *cibersociedad* del tercer milenio el trabajo sigue ocupando un lugar privilegiado. Al margen de las metamorfosis y transformaciones socioeconómicas, el trabajo continúa siendo el cordón umbilical que nos une a la sociedad; constituye el medio básico para adquirir bienes, mantener relaciones, construir nuestra identidad... Este *ergocentrismo* o centralidad de la actividad laboral produce que la pérdida del mismo al llegar la jubilación desencadene efectos de diversa índole. Dejar de trabajar es, en muchos casos, dejar de *hacer*, de *estar*, de *ser*... Pero, aunque ya no se trabaje remuneradamente, analizando las actividades de los mayores, podemos conocer cómo vivencian el envejecimiento y la jubilación los propios protagonistas. En este contexto, la actividad sigue siendo una señal significativa de autonomía a distintos niveles; un indicador fundamental de calidad de vida. Constituye la esencia vital incluso más allá de la jubilación y en pleno proceso de envejecimiento. En el marco de esta relevancia indudable de la actividad se sitúa y justifica, pues, la tesis principal del estudio que aquí se presenta.

Sabemos que «tesis», del latín *thesis*, significa «acción de poner, proposición». En esta ocasión, vamos a poner sobre la mesa el tema del envejecimiento y de la jubilación a través de una cuestión capital como es la actividad. El título de la tesis dibuja nítidamente nuestro objeto de estudio (actividad y trabajo), los sujetos-participantes (mayores), el encuadre más general (envejecimiento) y más concreto (jubilación) desde una perspectiva y mirada específica (psicosociológica).

También el título podría parecer, de entrada, contradictorio y paradójico: se trata de indagar sobre la actividad de una parte de la población «inactiva» como son los mayores. Junto a los estudios que analizan el envejecer como un periodo de progresiva dependencia (problema, sin duda, acuciante e innegable), la actividad de los mayores constituye, día a día, un tema no periférico ni secundario. Aún así, la actividad en estas edades suele presentarse como un tema abstracto, *virtual*, necesitado de materialización no sólo a través de declaraciones bienintencionadas, por ejemplo, como la del presente (1999, cuando se cerró este estudio) «Año Internacional de las Personas Mayores» (desde la ONU),

sino dando un salto cualitativo en la investigación y replanteando el concepto de «ser mayor», de actividad, de trabajo, de relaciones intergeneracionales.

También la OMS dedicó el Día Internacional de la Salud (7-4-1999) a los mayores con el siguiente lema: «Sigamos siendo activos para envejecer mejor». Esta frase no hace más que confirmar nuestra tesis de la relevancia de la actividad no sólo como una cuestión exclusiva a nivel individual, del área económica y propia de la edad adulta, sino como una faceta también *construida* y *constructora* psicosocialmente en el entorno de la vejez. Parece que la incapacidad para estar activo e independiente (más que los años o la jubilación en sí) es lo que perfila la vejez, mejor dicho «vejeces», y con ello ya podemos avanzar la idea de heterogeneidad que constatamos en este estudio. En suma, junto a las declaraciones institucionales queda pendiente, sin embargo, un nuevo acercamiento que armonice la opaca y compleja articulación actividad-mayores con la *vorágine* competitiva y de desempleo en la que estamos inmersos.

Algunos interrogantes y comentarios expuestos a continuación nos sirven como telón de fondo para la presentación de las partes y contenidos de la tesis.

Creemos, de entrada, que se torna imprescindible revisar la complejidad de los mayores y el envejecimiento a través de la diferente terminología que existe sobre este campo. Además, se abordará esta heterogeneidad desde una perspectiva transcultural que permita entender y describir así el paisaje actual en el que se ubican los mayores. Para ello, en una *primera parte*, se intenta dar respuesta a las siguientes interrogantes: ¿Por qué se identifica jubilación con vejez?, ¿tiene el mismo significado envejecimiento, vejez, senectud, Tercera Edad, etc.? (Capítulo 1). ¿Cómo han vivido los mayores en otras épocas?, ¿cómo viven hoy?, ¿hay diferencias según el contexto cultural y socio-económico?, ¿cuántos son?, ¿qué estatus (ingresos y estudios) tienen? (Capítulo 2). ¿En qué marco histórico, socio-político y laboral se sitúa la jubilación y el envejecimiento? (Capítulo 3).

Pero, siendo la contextualización del objeto de estudio una cuestión esencial, ésta queda incompleta si no se acompaña de la revisión teórica que ha sido pilar fundamental en esta investigación. En la *Segunda Parte*, pues, la brújula de análisis han sido los siguientes interrogantes: ¿Cómo se ha investigado sobre el envejecimiento y jubilación? (Capítulo 4), ¿qué paradigmas, teorías y autores se han interesado y se preocupan por estos temas?, ¿qué enfoque/s teórico/s resultan más adecuado/s para la aproximación psicosociológica que aquí proponemos? (Capítulo 5).

Sobre los cimientos de una incipiente psicosociología del envejecimiento y la jubilación, asentada sobre una pluralidad teórica (enfoque integrador, discursivo, no androcéntrico), en la *Tercera Parte* indagamos sobre los significados del trabajo pasado, de la jubilación y de la actividad actual de los mayores. Todo ello es

posible a través de nuestra aportación empírica fundada en 109 participantes (en grupos de discusión y entrevistas en profundidad). Pero, esta parte no podemos denominarla «sólo» aplicada porque los contenidos discursivos se han complementado con referencias teóricas y de otras investigaciones. En el capítulo 6 se expone, pues, la orientación metodológica y la estrategia seguidas en este estudio.

Dejando claro nuestro método y *planos* del estudio-edificio a construir, igualmente, se persigue argumentar sobre ¿cómo reconstruyen sus trayectorias laborales?, ¿qué significados otorgan los mayores a sus trabajos y ocio anteriores? (Capítulo 7). Desde este eje discursivo sobre el trabajo pasado damos un paso más para conocer la postura de los mayores ante la jubilación guiándonos por las siguientes preguntas: ¿Qué significa para los mayores la jubilación?, ¿coinciden sus relatos con los de los expertos y los estudios actuales? ¿Hay diferencias en la vivencia de la jubilación según el género, la profesión anterior, etc.? (Capítulo 8). El problema de la jubilación se erige más que en el fin del trabajo en el «no estar ocupado»; es decir, no todos los mayores reniegan de la jubilación de plano sino que la rechazan en cuanto que implica pasividad no elegida, dependencia, final, muerte, ser un difunto, un «sin función» (*defunctus*, de *defungor*, significa «librarse de, acabar con, terminar» o bien de *functio-onis*, «cumplimiento, ejecución», etimológicamente).

La ambigüedad de la jubilación queda plasmada porque no sólo supone *júbilo* al dejar la obligatoriedad y dureza pasada sino que también puede implicar *retiro* en cuanto pérdida de posibilidad de consumo, de libertad, de interacción, de autoestima, de reconocimiento social... No existirá vejez ni jubilación en sentido negativo si perdura la actividad y la independencia. Los mayores son pasivos por ser dependientes y/u otros factores, pero no por haber celebrado el 65º aniversario o por haberse jubilado. Pensemos que las amas de casa «no se jubilan nunca». Pero, aún reconociendo esto, siguen siendo sinónimos jubilación, vejez, dependencia, pasividad. Los significados otorgados a todo ello nos ayudan a conocer la vivencia de la jubilación y el envejecimiento.

Sobre esta base será más fácil lograr responder a las preguntas que han estructurado el Capítulo 9: ¿Qué lugar ocupa la actividad «después» del trabajo?, ¿qué tipos de actividades llenan el mayor tiempo libre de los mayores: trabajo remunerado, no remunerado, voluntariado, ocio, actividades sociales?, ¿qué significados poseen?, ¿qué dimensiones y factores nos ayudan a entender las actividades de los mayores? La sustitución de la faz positiva del trabajo y la adaptación a la misma será más viable a través de la actividad —sea de uno u otro tipo—, pero libremente elegida por los mayores. Aunque el «trabajo tiene edad» (sólo determinados trabajos), la actividad no sabe de etapas ni años, y se caracteriza igualmente por la diversidad significacional desde los mayores:

actividad como interacción, pasatiempo, autorrealización, aportación social, etc. En fin, si los significados del trabajo en otras etapas vitales vienen siendo objeto de multiplicidad de investigaciones, no es así respecto a los significados de la jubilación y actividad en el envejecimiento. Para estudiar la actividad en esta etapa ha sido ineludible analizar la trayectoria pasada y la jubilación. La tríada trabajo-jubilación-actividad conforman el meollo de los Capítulos 7, 8 y 9.

En los últimos capítulos nuestra pretensión es acercarnos a otras facetas, con relevancia similar: ¿Qué es para los mayores «ser mayor»?; ¿qué piensa el resto de la población sobre ellos?; ¿siguen predominando los estereotipos e imágenes negativas en relación a esta etapa de la vida? (Capítulo 10). ¿Qué se precisaría para un envejecimiento y jubilación «ideales»?; ¿qué valoran ahora? (Capítulo 11).

Pero no podíamos cerrar la tesis sin aventurarnos, aunque de forma somera, a imaginar el futuro a través de los mayores y apuntar algunas cuestiones, a modo de propuestas, sobre todo lo tratado en el estudio. Es decir, una última cuestión ha sido: ¿Qué temas se presentan como retos para una psicología del envejecimiento y jubilación? Acabamos el estudio *dejando la puerta abierta* a futuras reflexiones, aportando unas conclusiones y algunos apuntes (Capítulo 12) que subrayan la necesidad de considerar la actividad y otros campos aún poco «explorados» para caminar hacia la consecución del envejecimiento como experiencia positiva, con una mayor calidad de vida y... calidad de muerte.

¿Una tesis más? Esperamos no ser un acopio aséptico de información y discursos. Para ello hemos querido evitar la división salomónica entre parte de revisión y parte empírica que toda tesis debe ofrecer, y que en nuestra opinión conforman un *continuum*, un todo que se complementa de forma recíproca. Los seis primeros capítulos son de contextualización y acercamiento teórico-conceptual, en los que no hemos introducido discursos de mayores. Pero, en la Tercera y última parte sí se ha intentado compaginar el análisis discursivo, información de encuestas y estudios y las aportaciones de los teóricos y autores consultados. En fin, ofreceremos una aproximación al envejecimiento y jubilación desde la actividad todo lo profundo que las distintas limitaciones –temporales, espaciales, personales...– nos han permitido.

Parece urgente y fundamental indagar sobre la articulación actividad-mayores desde una nueva concepción de ser mayor (no sólo como ser dependiente), de actividad y trabajo (no sólo remunerados), de ocio (no sólo pasivo), de relaciones intergeneracionales... desde la psicología social como «mirada» y enfoque integrador. Esta investigación no pretende ser más que un acercamiento a los interrogantes planteados; no más que una humilde aportación a esta nueva reflexión desde la actividad sobre viejas cuestiones como el envejecimiento de las personas.

OBJETIVOS Y OBJETO/SUJETOS

El objetivo general de esta tesis se centra en analizar, a través de una aproximación psicosociológica, los significados, dimensiones y representaciones de las actividades de las personas mayores en el entorno de la jubilación y en el proceso de envejecimiento.

Con el fin de concretar el objeto general se plantearon los siguientes objetivos específicos:

1) Revisar críticamente las teorías, enfoques y paradigmas (con sus objetos, métodos y conceptos correspondientes) más relevantes sobre envejecimiento y jubilación, para llegar a un enfoque psicosociológico del envejecimiento y la jubilación.

2) Ofrecer una aproximación conceptual, histórica y transcultural de la jubilación y envejecimiento en el contexto español y mundial.

3) Contextualizar la situación de las personas mayores a través de datos socio-económicos y demográficos. Es decir, se tratará de fotografiar y caracterizar la situación de la gente mayor a través de algunos factores fundamentales: edades, género, nivel de estudios, ingresos, trayectoria laboral, modo de convivencia, hábitat, prestaciones (servicios socio-sanitarios, sistemas de pensiones, protección jurídica), nivel de salud, principalmente.

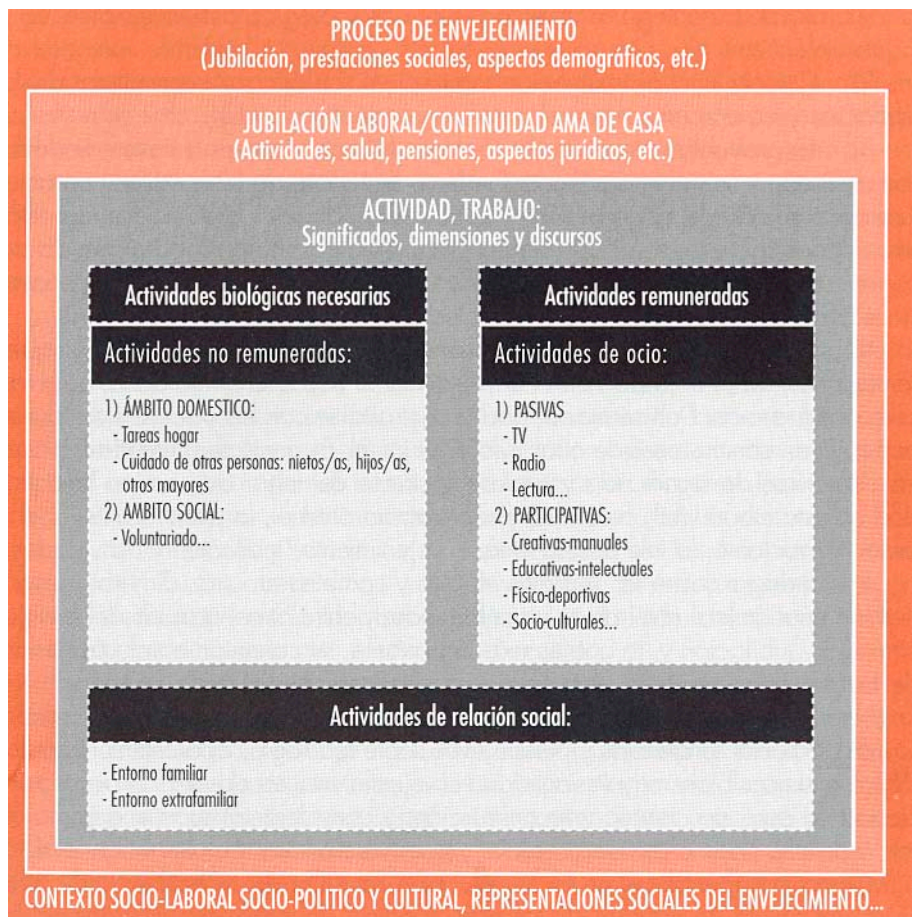
4) Profundizar en la construcción simbólica (significados, actitudes y representaciones) de la actividad en el envejecimiento desde el punto de vista de las personas mayores. De ese modo, podrá contrastarse con los discursos de los expertos y con conclusiones de otras investigaciones. Es decir, se pretende conocer las estructuras de significado y representaciones del lugar que ocupa la actividad en esta etapa vital, considerando el trabajo anterior, la postura ante la jubilación y, por tanto, la interacción entre envejecimiento/jubilación y actividades.

5) Indagar sobre los posibles efectos y cambios en otras dimensiones (situación económica, nivel de salud-enfermedad, entre otros) propias del envejecimiento y jubilación y, lo que es más importante, su conexión con la actividad de las personas mayores. Aunque nos centraremos en las actividades también tendremos en cuenta otros aspectos colaterales con el fin de la etapa laboral.

6) Apuntar tendencias y perspectivas sobre la trílogía, aparentemente paradójica e «imposible», mayores-actividad-envejecimiento en el contexto de una sociedad en continuo cambio y reconstrucción, y considerando la misma como un reto y desafío para la psicología social y para las ciencias sociales en general.

Como ya apuntamos en la Introducción, el título de la tesis es indicador claro del objeto de estudio, de los participantes, del contexto y la perspectiva

adoptados. El hecho de que nuestra línea teórica-metodológica preste atención al «sujeto en interacción», en proceso de dialogicidad y reflexividad, en el que tricotomía sujeto/objeto/conocimiento son elementos contruidos e inseparables (...), no nos exime de que haya que dejar nítido nuestro objeto de investigación. Tal como pretende explicar gráficamente el cuadro 1 adjunto, el objeto de estudio se sitúa en un marco amplio del proceso de envejecimiento. El envejecimiento es referenciado como un fenómeno globalizado y globalizador, inserto en el contexto socio-laboral actual, todo ello en continua recons-



trucción. Desde aquí, iremos «descendiendo» en nuestros análisis para tratar la jubilación (o la continuidad del ama de casa, en su caso). Entendiendo la complejidad de la jubilación, con sus diversos aspectos a tratar, en este estudio nos centramos en las actividades de las personas mayores.

PLANTEAMIENTOS INICIALES: A MODO DE HIPÓTESIS

Etimológicamente, el término hipótesis tiene su origen en las palabras griegas *thesis* e *hipo*. Hipótesis es, pues, lo que «se pone por debajo», se supone o subyace. Sobre la base de diversas investigaciones y reflexiones acerca de la cuestión, nuestro planteamiento inicial «puesto por debajo» era la existencia de unos cambios en los sistemas discursivos y de significado en torno a las actividades actuales de las personas mayores, pero al mismo tiempo, la persistencia y continuidad de la centralidad de la actividad más allá de la jubilación en el proceso de envejecimiento.

Desde este planteamiento general se derivan varias subhipótesis o planteamientos más concretos. Las hipótesis son tentativas de explicación de los hechos y fenómenos a estudiar que se formulan al comienzo de una investigación mediante una suposición o conjetura verosímil destinada a ser probada por la comprobación de los hechos. Se trata de la afirmación de un resultado o relación que, a modo de orientación o idea directriz, guía la investigación y que debe ser mantenida o rectificada una vez obtenidos los resultados de la investigación (Ander Egg, 1990:96)¹. En fin, *las hipótesis de trabajo* son elaboradas progresivamente en el proceso de investigación de los principales datos empíricos. Las *hipótesis de contrastación* se formulan en el proceso de construcción del objeto de investigación a partir de la problemática teórica en la que se sitúa el estudio, y nos servirán de guía y orientación. Estos planteamientos son los que nos permiten ir «explorando» la «realidad social» de la actividad en el entorno del envejecimiento que es nuestro objeto de análisis. Hemos de puntualizar que, en nuestro caso —si cabe—, se trata de hipótesis no de falsación (no pretendemos corroborarlas o refutarlas al estilo positivista) sino de

¹ Según Aróstegui (ib., pág. 97), “por hipótesis se entiende, en el más amplio sentido, cualquier proposición, supuesto o predicción que se basa, bien en los conocimientos ya existentes, o bien en hechos nuevos y reales, o también, como sucede con mayor frecuencia, en unos y otros. Ander Egg describe los diversos tipos de hipótesis que aquí sólo vamos a nombrar: hipótesis sustantiva, de generalización, complementarias, alternativas, postfacto, etc.), su formulación, las características, las cualidades y las condiciones para que estén bien formuladas (págs. 97-101).

hipótesis de contrastación², hipótesis-guía que nos sirven de eje armónico en nuestro estudio.

A continuación, vamos a ofrecer las hipótesis o planteamientos de partida que han orientado nuestro estudio hasta el final. Estos planteamientos iniciales han constituido el hilo conductor que ha servido de guía o brújula en esta investigación. Las subhipótesis o planteamientos concretos adyacentes al planteamiento general fueron:

1) En contra del estereotipo y representación social negativa de pasividad, existe una diversidad de actividades que realizan los mayores en cuanto a su tipología: actividades remuneradas, actividades no remuneradas y actividades de ocio, por ejemplo. Los mayores serán considerados pasivos e inactivos si no se deja de equiparar «actividad» con el concepto clásico de «trabajo productivo y remunerado». Sin embargo, si nos atenemos a un concepto de actividad más amplio, los mayores son más activos de lo que suelen ser etiquetados socialmente.

2) Junto a esta diversidad, y lo que es más relevante, los contenidos discursivos y los significados sobre las actividades también son heterogéneos. Por ejemplo: la actividad de ocio puede ser percibida como *pasatiempo*, la actividad remunerada como *ocio elegido*, la actividad doméstica como *obligación*, el voluntariado como *vocación*, etc.

Podemos adaptar la frase hecha a nuestro caso «dime lo que haces y te diré cómo envejeces»: la actividad que realiza una persona en la etapa adulta (al igual que en cualquier edad) es indicativa de la forma de vida, estilo, relaciones, nivel de salud, etc. Resulta patente que la actividad es un aspecto que sigue siendo crucial en la experiencia vital y de jubilación de los mayores. Es considerada como *esencia vital*, desde el momento que no actividad o pasividad (y jubilación) se relaciona con vejez dependiente y muerte.

Esta actividad vendrá influenciada por anteriores estilos de vida y por factores socio-económicos (...), más que por procesos universales homogeneizadores. Un envejecimiento con éxito está relacionado con un determinado nivel de actividad que aporta sentido de utilidad, autoestima, identidad, bienestar..., es decir, todo aquello que en la etapa anterior reportaba el trabajo. Creemos, pues, que la inactividad genera y explica buena parte de los problemas y percepciones sociales negativas del envejecimiento en mayor medida que el proceso de enveje-

² Para recordar las diferencias entre hipótesis de trabajo e hipótesis de contrastación y otras aclaraciones véase Capítulos 4 y 6 y bibliografía (Duverger, 1962; Bourdieu *et al.*, 1976; Wallace, 1980; Wright Mills, 1985; Sierra Bravo, 1985; García Ferrando, Ibáñez y Alvira, 1986; Valles, 1997, entre otros).

cimiento en sí, el deterioro o la disminución de aptitudes físicas. Conociendo y considerando lo relacionado con la actividad, nos acercamos a una mayor comprensión sobre el proceso de envejecimiento y sus concomitantes.

3) Todo lo enunciado anteriormente se caracteriza por una pluridimensionalidad, es decir, varios son los factores que están influyendo sobre la ejecución de actividades y los contenidos discursivos. En coincidencia con otras investigaciones, estas dimensiones que nos ayudan a entender la actividad en la vida en el proceso diferencial de la jubilación y envejecimiento pueden ser: el género, el estatus, la trayectoria laboral anterior, el entorno (espacial y relacional) donde viven, la situación de salud e independencia física, etc. Todos estos factores son determinantes de la configuración y construcción simbólica no sólo de la actividad en esta etapa sino de la jubilación y envejecimiento como marcos generales que la envuelven.

Por ejemplo, distintas trayectorias laborales (que implican diferentes actitudes hacia el trabajo pasado) implicarán distintas actitudes hacia la jubilación y hacia las actividades en la actualidad. Una persona que ha tenido (y tiene) una mejor posición socio-económica, tiende a mostrar unas actitudes más positivas hacia el trabajo y, en principio, refleja mayor hostilidad hacia la jubilación. Sin embargo, a largo plazo, estos mayores podrán adaptarse mejor, quizá, porque tienen más recursos. Por contra, un menor estatus (menores recursos) puede suponer una mayor satisfacción y aceptación al principio, pero puede devenir en una menor adaptación a medio-largo plazo. En general, si en lo enunciado no hay coincidencia, todos los autores convergen en que si el trabajo ha sido central en sus vidas —y si además no se está preparado para esta etapa, para el ocio—, de un modo u otro, la jubilación será rechazada a no ser que se encuentre «algo» (¿actividad, relación?) que supla ese hueco vital.

Junto a ello, envejecer en uno u otro espacio territorial implicará una mayor o menor ausencia/presencia de servicios sociales y sanitarios, de redes de apoyo social informales, distintas posibilidades de participación socio-cultural, proximidad o aislamiento. También el entorno relacional (situación de pareja, modo de convivencia), entre otros factores, pensamos que nos pueden ayudar a entender y a explicar el binomio actividad-mayores.

4) Todas estas actitudes hacia la actividad vendrán relacionadas por la experiencia laboral pasada, marcada —a su vez— por el nivel socioeconómico pasado y por el género. El género constituye una característica crucial en el análisis del envejecimiento, de la jubilación, de las actividades y de los significados que se otorgan a todo ello. La complejidad femenina en esta etapa es una característica diferencial respecto a los varones de sus mismas edades e incluso de su misma condición socio-económica. De todas maneras, partimos de la idea de

que existe una heterogeneidad intrageneracional, tanto intergénero (entre hombres y mujeres) como intragénero (entre los propios varones y entre las mujeres).

5) Pensamos que junto a la centralidad de actividad general en esta etapa, los mayores otorgan un significado positivo a la misma cuando éstas son libremente elegidas y cuando se realizan con otros. Es decir, destacan la libertad de elección y la interacción con los demás en estas actividades, yendo más allá del significado clásico generalizado de «actividad productiva monetarizada».

6) La actividad en el proceso de envejecimiento puede entenderse y explicarse mejor si conocemos la posición de los mayores ante la propia experiencia de la jubilación, ante el «fin del trabajo». Es decir, la vivencia de la jubilación dependerá del significado que cada persona le otorgue, de las actitudes hacia esta etapa. Y además estas actitudes dependerán del valor que se le haya dado al trabajo y a la actividad más general (a otros «roles» sociales para definirse a uno mismo y a los demás), del género o de otra dimensiones ya mencionadas. La jubilación obligatoria puede llegar a convertirse en un proceso desvinculante y desestructurador psicosocialmente; o bien puede ser percibida como deseo, como una posibilidad de realización personal y social.

La mayor parte de estudios tratan la jubilación como un fenómeno masculino. Al contrario de lo que concluyen estas investigaciones androcéntricas sobre el envejecimiento y la jubilación, estudios recientes están confirmando que las mujeres también pueden percibir y soportar los efectos negativos del tránsito a la jubilación y al envejecimiento, independientemente de que no hayan trabajado remuneradamente. En los hombres la jubilación suele unirse a envejecimiento con más claridad que en las mujeres. Pero ello no salva a las mujeres de percibir esta etapa negativamente; es decir, las mujeres «no están protegidas» frente al envejecimiento por no jubilarse laboralmente. A pesar de que no viven el tránsito a la jubilación como abandono laboral, sí vivencian otros cambios («nido vacío», jubilación de la pareja, sobrecarga, menor tiempo libre, mayor soledad, nivel de salud más deteriorado, etc.) que afectan, entre otras facetas, sobre el sentido y actividades que realizan.

7) Pero la actividad de los mayores no es algo aislado sino que vendrá relacionada con otros aspectos y efectos igualmente relevantes: cambio en los ingresos, progresivo deterioro de salud, pérdidas relacionales... que ayudan a entender la naturaleza del proceso comentado. Los efectos de la jubilación pueden ser positivos (en términos de ganancias): mayor disponibilidad de tiempo libre, mayor libertad, posibilidad de participación social, sensación de plenitud, por ejemplo; o negativos (en términos de pérdidas): menores ingresos, menor prestigio social, pérdida de relaciones —todo ello al abandonar el trabajo—, paulatino deterioro físico, entre otros.

8) El concepto de «ser mayor» está marcado por el hecho de la jubilación, de no tener actividad. Muchos mayores identifican «no actividad» con la vejez más decrepita y dependiente, que es la cara del envejecimiento más rechazada. El concepto de «ser mayor», «envejecer», «Tercera Edad» (con toda la polisemia y confusión conceptual subyacente) no coincide siempre con las definiciones de los expertos y teóricos. La pluridimensionalidad y falta de claridad en torno al concepto de «ser mayor» resulta patente y coherente con la complejidad general del envejecimiento.

Partimos de la idea de que el estudio de la jubilación no puede desgajarse del estudio del envejecimiento y vejez, y a la inversa. Por tanto, el proceso de envejecimiento más general no puede pasar por alto el fenómeno más concreto de la jubilación, ya que uno determina y afecta al otro. Aunque resulta difícil distinguir las percepciones del envejecimiento de las relativas a la jubilación, se trata de acontecimientos y procesos claramente distintos, pero que están íntimamente relacionados. Por tanto, el inicio del envejecimiento no siempre viene marcado por la jubilación sino por otros hechos (enfermedad, dependencia física o social, muerte de seres queridos, postmenopausia, etc.) que suelen sumarse al cese laboral definitivo y de ahí la complejidad de su abordaje.

9) Estos aspectos conceptuales vienen relacionados, a su vez, por las distintas imágenes y representaciones sociales que la población tiene sobre los mayores. Ese «espejo» en el que los mayores se miran es sumamente importante en la construcción de los significados del envejecimiento, jubilación y actividad para rehuir la dependencia y soledad que la vejez suele implicar. Los mayores parece que rompen muchas de las representaciones sociales negativas (pasividad, por ejemplo) y, sin embargo, aún perpetúan otras ya existentes (soledad) por ejemplo,. Las imágenes sociales y representaciones negativas perviven junto a otras representaciones positivas de la vejez. Esta superposición de imágenes, con predominancia de la cara negativa de la vejez, produce unos discursos ambivalentes, por ejemplo, respecto al tratamiento de la población general hacia los mayores. Todo ello incide sobre el autoconcepto y la vivencia más personal del mayor. Por tanto, el problema no parece estar en la vejez sino en la consideración de la misma desde el prisma de la productividad, consumo, rapidez, competitividad, que deja a los mayores malparados y desvalorizados.

10) La vivencia de la jubilación depende de estas representaciones y de la percepción personal, que a su vez derivan de las actitudes hacia el trabajo y actividad. Por tanto, conocer el entramado relacionado con la actividad de los mayores ayuda a comprender la diversidad vivencial y significados sobre la jubilación y el envejecimiento en general.

Todo lo mencionado, en concreto esta supuesta diversidad de significados en torno a las actividades, requiere un enfoque globalizador de análisis. Partiendo de los distintas teorías, enfoques y aportaciones, pensamos que el enfoque psicosociológico (en una línea discursiva e interaccionista), junto al método cualitativo seguido, nos aportará los *materiales, planos y herramientas* adecuados para (re)construir el edificio y los aspectos apuntados anteriormente. Partimos de la necesidad de una mirada psicosociológica más profunda para el análisis del envejecimiento y jubilación que nos permita avanzar en la comprensión de la actividad en la última etapa de la vida. La relación entre actividad y envejecimiento/jubilación debe empezar a contemplarse desde una perspectiva holística. Se torna imprescindible virar el enfoque predominante de la vejez y jubilación como «crisis, decadencia, declive» (también necesario para el estudio de la vejez más dependiente) hacia un enfoque integrador, que permita visualizar las distintas caras del envejecimiento como proceso complejo y pluridimensional.

Parte I

ENVEJECIMIENTO Y JUBILACIÓN:

Conceptualización, contexto y situación de las personas mayores

Análisis conceptual y terminológico del envejecimiento y la jubilación: Revisión, delimitación y justificación

“Viejos son los que viven más para el recuerdo que para la esperanza.” (Aristóteles)
“Envejecer es perder la curiosidad por lo que nos rodea.” (Azorín)

Cuando hablamos de gente mayor o de personas mayores, ¿a quién nos referimos: a mayores de 60 ó de 65 años?, ¿a jubilados o también a gente que aún trabaja?, ¿es sinónimo vejez de ancianidad y de senectud?, ¿por qué no se utiliza «viejos» y sí «Tercera Edad» para definir a la «gente mayor»? Con el intento de dar respuesta a estos primeros interrogantes trataremos en este capítulo los conceptos y términos colindantes con el tema del envejecimiento y jubilación.

De entrada, decir que estamos a las puertas del siglo XXI, denominado por muchos el que va a ser «el siglo más encanecido de la historia», y aún no hay claro acuerdo sobre qué término es el idóneo para dirigirnos a este grupo de edades avanzadas ni para referirnos a la etapa de la vejez como tal. Por ejemplo, frecuentemente cuando hablamos de jubilación nos referimos al proceso de envejecimiento y al periodo de vejez aunque partimos de la premisa inicial de que son conceptos con significados distintos. De todas maneras, en algún sentido son paralelos porque se refieren a fenómenos englobados en la etapa posterior de la vida. A lo largo de este trabajo haremos referencia a unos u otros, pero sin confundirlos. Para ello se ofrece una aproximación a los múltiples conceptos con los que nos referimos a la gente mayor, al envejecimiento, a la jubilación. En otras ocasiones ya señalamos que la confusión y la ingente cantidad de sinónimos relativos a las personas mayores expresa la parcialidad y la falta de claridad con la que se trata este tema. Este galimatías conceptual también refleja las múltiples imágenes y representaciones sociales que se esconden tras la maraña terminológica¹. Podemos observar cómo los vocablos relativos a esta

¹ Varios autores han tratado el relevante papel y las implicaciones del lenguaje sobre la percepción y representación social de los fenómenos sociales. Por ejemplo, sobre mayores, Aranguren, 1984:116-118, o sobre el trabajo y empleo véase Arendt (1958/74:111 y ss. y 129-130), Jahoda (1987:25-32), Alvaro y Corniero (en Jahoda, 1987:141-145), Garraty (1978), Kelvin y Jarrett (1985), Hartley (1980), Pym (1983), entre otros.

etapa de la vida están sujetos a confusión tanto en el discurso cotidiano como en el científico. Bastaría una somera enumeración de los mismos, la mayoría eufemísticos, para entender la ambigüedad e indeterminación sobre esta temática.

A continuación, se ofrece un acopio de los términos que a lo largo de nuestra investigación hemos ido encontrando. Ello muestra la confusión existente, por una parte comprensible, debido a que el envejecimiento —como veremos en esta tesis— también es una vivencia heterogénea. Por tanto, pretender un acuerdo en el uso de un término resultaría una tarea casi imposible y quizá poco adecuada si fuera demasiado restrictiva. Es decir, el uso de un solo concepto para referirnos a los mayores sería un intento de homogeneizar a un grupo social heterogéneo. Por ejemplo, no todos los mayores son jubilados ni todos los jubilados son viejos en el sentido despectivo de dependencia y decrepitud que desprende este término².

La ambigüedad de los términos es indicativa de la situación igualmente diversa y múltiple que encierra la experiencia de tener más de 65 años. Por tanto, las personas mayores no pueden seguir siendo consideradas de forma homogénea, como si de un bloque monolítico se tratara. Aprovechamos esta reflexión para ir más allá y plantear una mayor distinción intrageneracional; esta diferenciación podría empezar, por ejemplo, por las mismas estadísticas, que en muchas ocasiones no distinguen grupos quinquenales (distinción que sí se encuentra en las edades más jóvenes), sino que a partir de los 65 años (ó 60, según los casos) todas las personas mayores se engloban en el grupo denominado «65 y más años». En esta puntualización concreta plasmamos otra idea más general: la defensa de un tratamiento diferenciado en el mismo grupo de mayores según distintos factores (edad, género, nivel de salud, estatus socio-económico, entre otros), como desarrollaremos más adelante.

Si casi todos/as los expertos/as en Gerontología coinciden en señalar la complejidad, la polisemia y la similaridad que encierran los distintos términos, también coinciden en apuntar que la mayor parte de las veces son eufemísticos y estereotipados³. Esta es otra observación que nos parece relevante. Por ello, nos encontramos con diferentes conceptos según se tenga en cuenta el aspecto

² No ocurre lo mismo cuando nos referimos a los jóvenes o los adultos, sobre los que parece que hay mayor consenso. Pero también la polisemia queda patente en el caso de los jóvenes (adolescentes, chavales, mozos, por ejemplo) y para los adultos (personas de mediana edad, maduros, edad adulta).

³ Pensemos, por un momento, en la generalización y extensión del uso del eufemismo, sobre todo para determinadas cuestiones “delicadas” a nivel socio-político. Por ejemplo, se habla de “conflicto laboral” (en vez de huelga, desempleo), de “reconversión laboral” (prejubilaciones, despidos), de “violentos o violencia de baja intensidad” (terroristas, terrorismo), “Tercera Edad, jubilados” (viejos, ancianos), etc.

físico de las personas mayores, su situación social, sus actividades, su nivel de salud... En fin, la clasificación u orden de los diferentes términos podría hacerse desde distintos prismas: a) según los aspectos o imágenes que esconden; b) según la etimología; c) según se trate del «objeto» o «sujeto» de estudio⁴; d) según el significante o significado de las palabras; e) según los autores y expertos o f) desde las propias personas mayores. De entre estas posibles formas de proceder, trataremos de encajar todas ellas deteniéndonos en los conceptos fundamentales e intentando confluir en una aproximación psicosociológica.

A continuación, se agrupan los conceptos por «familias semánticas» de palabras, por su parecido en el significante, por su raíz etimológica similar. En otros casos, agruparemos los conceptos por su significado o trasfondo común, aunque sean diferentes semánticamente. También tratamos los conceptos según nuestros propios análisis, en función del aspecto que definen y/o en relación a los análisis de otros autores. Con todo ello, se extraen conclusiones propias y se pretende justificar los términos empleados en esta tesis. Dejamos de lado, por el momento, los análisis de los mayores de nuestro estudio sobre qué es ser mayor, qué es ser jubilado/a, pues este punto se trata en el Capítulo 10. Para cerrar esta Introducción recordar que las definiciones-conceptos son siempre arbitrarios y están en continuo cambio y reinterpretación, debido a su relación con el contexto o con los objetivos de análisis.

1.1. MAYORES, PERSONAS MAYORES, GENTE MAYOR

Todos estos términos resultan ser muy ambiguos porque al utilizarlos no sabemos exactamente si se está hablando de mayores de 40, de 60 ó 65 años. Según Sánchez Vera (1993:41), el término «mayores» expresa «la generalización de lo générico: el mayor es cualquiera que tiene más años que otro. De esta forma estamos integrando en el “todo” a los viejos, justamente cuando en realidad se les está segregando». Pero también «el término “mayor” connota cierta dignidad o rango a quien lo detenta, no en vano infunde gravedad y decoro, a la vez que madurez» (ibídem). Es mayor lo que excede a otra cosa en cantidad o calidad, y también superior en una comunidad o cuerpo (Hermano Mayor, Alférez Mayor, etc.).

⁴ Se debe recordar que al tratar los conceptos hemos de distinguir entre los que se refieren al «objeto» de estudio en sí (jubilación, envejecimiento, actividad) y otros se referirán a los participantes o «sujetos».

Para no dejar lugar a la confusión, cada vez que se utilizaran estos conceptos deberíamos especificar la edad que se utiliza como criterio, por ejemplo, poner «personas mayores de 65 años», pero ello resultaría cargante y farragoso para el lector. Por ello, cuando hablemos de personas mayores, gente mayor, o mayores, se estará suponiendo que han cumplido los 65 años, pues oficialmente esta es la edad que suele emplearse para distinguir a los mayores de los adultos menores de 65 años. Para no caer en el mismo defecto que hemos criticado más arriba, de tratar a todos los mayores por igual (a los de 60-65 que a los de 85 años, por ejemplo), en algunas ocasiones añadiremos al concepto personas mayores «jóvenes» (hasta 80 años) y personas «más mayores» o «de edades más avanzadas» para referirnos a los mayores de 85 años, que suelen soportar problemas de salud, de dependencia física, económica y social. En algunos casos habrá mayores más jóvenes, cuyo estado psico-social esté más deteriorado que el de los mayores de 80 años. Pero, en nuestro estudio (y no nos queda más remedio por cuestiones de orden y de acuerdo), nos referiremos a las tendencias más generales.

García Sanz *et al.* (IMSERSO, 1997:25) reconocen el tono eufemístico de los conceptos actuales. Ellos utilizan la etiqueta de «mayores» cuando se refieren a personas que, habiendo superado el límite administrativo y generalizado de la actividad laboral (65 años), no han superado, sin embargo, el límite de edad de la esperanza de vida. Con el concepto «ancianos» se refieren a los que han superado la edad de esperanza de vida determinada por el desarrollo social del momento. Aunque nos parece una adecuada distinción conceptual, en nuestro caso no utilizaremos el de «ancianos» por las connotaciones negativas y porque tiende a ser rechazado por los propios mayores⁵.

En nuestro caso, este será uno de los términos elegidos siguiendo la misma opción que otros autores en estudios recientes. Aunque estos conceptos pueden resultar igualmente eufemísticos son los que han elegido la gente de edad de forma mayoritaria, según los últimos estudios y encuestas de opinión (IMSERSO, 1991; CIRES, 1995; Eurobarómetro, 1993). Según datos del CIRES (Díez Nicolás, 1996:40; Durán y Rodríguez, 1996:9), el 51% de los mayores prefieren el término «mayores» frente a otros conceptos como «Tercera Edad» (elegido por el 23%), «anciano» (14%), «viejos» (5%) y «otros» (5%). La población total tiene opiniones parecidas: casi la mitad de los encuestados prefiere el término «ma-

⁵ Otra clasificación, que no utilizaremos, es la que sigue la OMS, según la cual las personas entre 60 y 74 años son «personas de edad», las de 75 a 90 años son «viejas o ancianas», y las de más de 90, «muy viejas».

iores», el 20% elige el de «Tercera Edad» y un 18% el de «ancianos». Esta preferencia no es tan clara en los ciudadanos europeos mayores que optan por el de «personas mayores» (27,4%) y el de «ciudadanos de Tercera Edad» (30,8%), con diferencias según los países. Pero coinciden claramente con el rechazo a «anciano», «viejos», entre otros (Eurobarómetro, en Walker, 1996:19-21). Estos constituirán, pues, los principales motivos de nuestra elección.

1.2. ENVEJECIMIENTO, ENVEJECER, ENVEJECIDOS/AS

Este término es indicativo de un proceso y no de un estado. Lleva implícita la idea de continuidad, implica la acción de envejecer; un proceso continuo que se materializa a lo largo de la vida. En cambio, la vejez se nos presenta como un concepto estático, como un estado vivido en un tiempo determinado, una etapa.

«Envejecimiento» suele asimilarse a «vejez». Desde un punto de vista evolutivo y del ciclo vital, podemos decir que el proceso de envejecimiento es conatural al proceso vital desde que nacemos; pero esta sería una perspectiva médica, fisiológica y con un tono algo pesimista. Nosotros le queremos otorgar un sentido positivo al desarrollo inicial de la vida, un sentido de crecimiento, pues, junto con otros expertos/as, coincidimos en que la meta de la vida no es envejecer sino evolucionar, desarrollarse. La involución y la vejez irreversible sólo se muestra a partir de edades más avanzadas, como demuestra la imparable esperanza de vida y la mayor calidad de vida de las personas mayores, fundamentalmente en las sociedades avanzadas.

«Envejecer» deriva, etimológicamente, del latín *veterascere*, *veterescere* «envejecer». Los términos sustantivados que se derivan de «envejecimiento», como «envejecidos, envejecidas» (utilizados por varios autores, por ejemplo, Pérez Nieto, 1997), tienen un sentido similar al de «viejos, viejas», desde el momento en que se refieren a esta última etapa, a aspectos físicos o de edad.

Sinónimos de envejecer serían también «aviejar, avejentar, revejecer» pero todos ellos significan envejecer antes de tiempo (Blecua, 1991:277). Aquí ya podemos apuntar, por ejemplo, que la jubilación anticipada, como veremos más adelante, está «avejentando o aviejando» a los adultos; está llevando a un envejecimiento precoz de los mayores incluso de tan sólo 50 años (véase Capítulo 3). Algunos sinónimos de «envejecido» serían: «avejentado, apergaminado, acartonado, provento, longevo, matusaleno, callenco, senil, caduco, calamocano», entre otros. Pero no todos tienen un sentido peyorativo, por ejemplo también se equipara con los vocablos siguientes: «acostumbrado, experimentado, ducho, avezado, habituado» (Blecua, 1991:449).

1.3. VEJEZ, VIEJOS, VIEJAS

La raíz de estos conceptos deriva, etimológicamente, del latín *vetulus*, «de cierta edad, algo viejo, viejecito», que en latín vulgar sustituyó a *vetus-eris*, viejo, del que aquél era diminutivo. Con la misma raíz, nos encontramos en el discurso analizado con «vejete, viejecito/a». Son diminutivos que suelen emplearse con tonos peculiares indicativos de caritativismo y lástima, aunque también puede tener un matiz de cariño, ternura y proximidad. Pensemos, por ejemplo, en el significado que se otorga a «viejo» en la jerga juvenil para referirse a los padres, aunque sean relativamente jóvenes. Esto parece que es aceptado por los padres mayores (véase Capítulo 10). En este caso, «viejos» para algunos jóvenes significa «padres» en tono relativamente cariñoso. Suele utilizarse «mis viejos» como sinónimo de «mis padres».

No ocurre lo mismo con «vejezuelo», que emite un tono despectivo y burlesco, u otro vocablo bastante utilizado en el discurso informal como es el de «vejestorio»; este es un término compuesto derivado del latín *vetus* y *estoria* «vieja historia» que significa: «cosa despreciable por muy vieja» (Corominas y Pascual, 1983).

Continuando con los sinónimos de viejo (chueco, valetudinario, caduco, machucho, rancio, etc.), el concepto «vejez» (al igual que el de «ancianidad») puede definirse desde un criterio cronológico (empieza con la jubilación, a los 65 años) o desde criterios funcionales (cuando se es incapaz o limitado psíquica y socialmente). La vejez constituye una etapa vital; ésta sería la concepción más equilibrada y moderna según Moragas (1991:23). Se trata de una etapa propia y diferenciada del resto tanto por sus capacidades, pero más bien definida por sus limitaciones, decadencia y decrepitud. Muchos autores se decantan por el uso del término «vejez», pero también explican (por ejemplo, Cano, 1990:27) que consideran la «vejez» no sólo como biología sino también «biografía», es decir, la vejez como una culminación temporal de sucesos significativos que van formando una trama biográfica cuya orientación se construye a partir de una articulación entre el pasado, el presente y el futuro. Reconoce que «envejecer» es un proceso, «Tercera Edad» es un eufemismo, «ancianidad» y «vejez» están cargadas de sentido negativo, pero aún así opta por el término «vejez» (págs. 28-29). Y tal como dice T. Pàmies (en F. la Caixa, 1985:95), «la vejez no se presenta de súbito, si fuera así ¡qué putada! La Naturaleza dispone que el envejecimiento sea un proceso lento, anónimo, imperceptible a condición de que el sujeto no haya vivido mirándose el ombligo, escudriñando el espejo para descubrirse arrugas, pigmentos, canas y pelos erizados entre las pecas que fueron adorno y atractivo en un rostro joven...».

Por todo ello preferimos emplear el vocablo «envejecimiento», en cuanto que se muestra como proceso, como algo no estático. De todas maneras, algunas veces se empleará vejez cuando esté suficientemente claro que nos estamos refiriendo a unos años concretos y últimos de la vida. Jiménez Herrero (1989:391) habla de la «vejentud» como una fusión entre vejez y juventud, intentando darle un sentido positivo y esperanzador a la vejez. Para finalizar, nos parece adecuada, por ejemplo, la definición de Simone de Beauvoir en su clásica obra *La vejez*, en la que dice: «*vejez no es un hecho estadístico; es la prolongación y conclusión de un proceso*» (1070/1989:17). Continúa explicando que la vejez como destino biológico es una realidad transhistórica, y ese destino se vive de manera distinta según el entorno social, por tanto «*la vejez sólo puede ser entendida en su totalidad; no es sólo un hecho biológico, sino un hecho cultural*» (1989:20), y en continua reconstrucción social, subrayamos nosotros.

1.4. TERCERA EDAD, CUARTA EDAD, PERSONAS DE EDAD

Otros términos relativos al grupo de personas mayores nos remiten a la consideración, realizada por varios autores, de la vida como un ciclo con distintas edades y etapas. Si se considerara la niñez y juventud como «primera edad» y la adultez como «segunda edad» se entendería que la denominación de «tercera edad» hiciera referencia a la etapa posterior a la edad adulta o intermedia. Pero la cuestión es que estos términos tan generalizados no se corresponden con una utilización paralela de las expresiones «primera» o «segunda edad». Es decir, nos parece asimismo un término eufemístico que pretende encubrir y/o edulcorar al término vejez o ancianidad, por ejemplo.

Según Sánchez Vera (1993:38), la expresión «tercera edad» o el más actual de «mayores» (¿cuál será el siguiente invento?, nos planteamos junto al autor), es restarle gravedad o dramatismo a lo que ya de por sí es inexorable y tiene algo de patético: el estar envejeciendo todos los días, el caminar hacia la muerte, la culminación vital. Después reconoce que el «término viejos hoy cuesta ponerlo, es altisonante y suena a caduco» (o.c., 41). Todos ellos son términos de negación-ocultación, a través del lenguaje, de la vejez y sus concomitantes.

El término «tercera edad» se acuñó en Francia (Riesco, 1993:111)⁶ y ha tenido amplia difusión y aceptación hasta hoy. Pero nosotros rechazamos el concepto «tercera edad» por la connotación que puede mostrar como «tercera

⁶ Su creador fue «un médico y político francés, socialista y alcalde de uno de los Ayuntamientos de los alrededores de París» (Jiménez Herrero, 1989, en Almarza y Galdeano, 1989:415).

fase» o «edad de tercera» categoría. Algunos autores han denunciado la pésima situación de los mayores llamando a esta etapa «tercera edad, tercer mundo de la vida», como gueto, como un colectivo y una situación marginal. Por ello, aprovechando este paralelismo indicativo en muchos casos de inferioridad y baja categoría, optamos por la no utilización del mismo.

La expresión «cuarta edad» obviamente deriva de la de tercera edad, como continuación de la misma, e incluso para remarcar la deficiente situación de esta última etapa en relación a la tercera edad que suele limitarse a los mayores más jóvenes y con mayor autonomía vital. Para ella aplicamos los mismos argumentos de rechazo anteriormente defendidos.

Hay otro grupo de términos que se refieren a las características de la edad, enfatizando la cantidad elevada de años. Este constituye un criterio objetivo y es el motivo por el que suele justificarse su empleo. La parte negativa de los vocablos «personas añosas» o «antiguos/as» es que resalta demasiado el factor tiempo, como si fueran un producto (como el vino «añejo») o un objeto de antigüedad. «Añejo» de año, se aplica al vino, queso y viandas análogas. «Añojo» es el animal que cumple un año, según el diccionario de la R.A.L.E. (1994). En relación a esto, pensamos que resulta paradójico el elevado valor y aprecio que suelen adquirir determinados objetos como «antigüedades» y, sin embargo, la desvalorización general respecto a los mayores.

El grupo de términos «grupo de edad, generación de mayores, cohorte» son más utilizados en demografía, para referirnos a los mayores por bloques etáneos o intervalos de tiempo, según la edad o la época vivida, por grupos quinquenales o por décadas. El concepto de «generación» es complejo. Comte (Sánchez Vera, 1993:44) señalaba en 30 años el tiempo que tardaba en pasarse de una generación a otra, y destacó el carácter social (y sociológico) del concepto de «generación». En el caso de las «generaciones histórico-sociales» Ortega y Gasset las sitúa dentro de una zona temporal de 15 años. A. de Miguel destaca que una generación esta compuesta por diferentes estratos, cohortes o promociones de población (*op.cit.*, 45). Por ello, nosotros también defendemos la idea de diversos grupos de mayores, no un solo grupo monolítico de gente mayor.

1.5. ANCIANIDAD, ANCIANOS, ANCIANAS

Estos conceptos suelen añadir (al igual que senectud) un matiz respetuoso, pero al mismo tiempo emana de ellos un tono de dependencia semejante al de vejez.

Para Arbelo *et al.* (1989:26), en el último periodo vital se pueden distinguir dos periodos: «ancianidad joven» (desde los 70 a los 79 años) y «ancia-

nidad vieja» (80 y más años). Coinciden varios autores en que la ancianidad comenzaría con la jubilación. Según Moll (Riesco, 1993:113) la ancianidad es «desde que la persona cesa en su trabajo hasta que se pierde autonomía». Es el cuarto periodo o la cuarta edad, tras la infancia, adolescencia y madurez. La vejez, siguiendo a Riesco (1993:113), es un estado patológico de la ancianidad. Cuando el anciano ha perdido alguna de las facultades fisiológicas básicas para realizar su vida independiente entonces comienza la vejez. Sin embargo, para Arbelo *et al.* (1989:26) la ancianidad es «el estado fisiológico del organismo en ese último periodo de la vida», y define vejez como «el estado patológico de enfermedad crónica o subaguda de la persona de mucha edad». Aunque no estamos de acuerdo con estas definiciones, sí queremos resaltar que habrá un tipo de vejez y ancianidad dependiendo de cada momento histórico y cultural, entre otros factores. Más bien, nos situamos en la línea de diversos autores que defienden la ancianidad y la vejez como un conjunto, al menos, de tres componentes: el biológico (ligado al desarrollo somático de cada individuo), el psicológico (sensación subjetiva de sentirse o no viejo) y el social (visión de la sociedad respecto a qué o a quién considera anciano). Por tanto, no hay un sólo tipo de vejez, ni una sola forma de envejecer y pasar a la ancianidad, pero las distintas formas de percibir e interpretar el envejecimiento serán tratadas en profundidad más adelante.

Por último, enumerar algunos vocablos encontrados como sinónimos de ancianidad. Algunos se emplean referidos a objetos, pero la mayoría también suelen aplicarse, de forma estereotipada, para aludir a las personas mayores o a la etapa vital que están atravesando. Estos son: postrimería, agerasia, edad propecta, edad avanzada, caduquez, caducidad, vetustez, chochez, chochera, acartonamiento, apergaminamiento, antigüedad, senectud y alguno más.

1.6. JUBILACIÓN, JUBILADOS, JUBILADAS

Si las primeras acepciones tratadas («personas mayores», «gente mayor») serán las más empleadas para referirnos a la gente mayor de 65 años en general, incluidas las que no han trabajado de forma remunerada (mayoritariamente mujeres), cuando se hable de «jubilados/as» se estará enfatizando el matiz laboral (dimensión clave en este estudio). Es decir, con este término se hace referencia a aquellos/as que perciben una pensión por su trabajo remunerado.

La jubilación es considerada por la sociedad actual como el punto de partida y antesala que conduce a la vejez e incluso muchas veces se asemeja y/o confunde con la misma. Sin embargo, otra observación que consideramos oportuna

tuno realizar es la no utilización del término «jubilación» para sustituir al de «vejez», confusión tan corriente en el discurso cotidiano, pues entonces estaríamos construyendo otro eufemismo semejante al de «tercera edad». No debemos caer en la tentación de superponer la «jubilación» al término «vejez», produciendo una metonimia en el discurso, usando «jubilación» para referirnos a la etapa última de la vida, definiendo el «todo» (vejez) con la «parte» (jubilación). Cuando utilizamos la palabra «jubilación» nos estamos refiriendo al fin del rol laboral; en cambio cuando hablamos de «vejez» nos estamos refiriendo a la etapa última de la vida (después del trabajo o aunque no se haya trabajado de forma remunerada).

Muchos son los sinónimos que se encuentran en relación al concepto «jubilación». En contraposición a su significado etimológico, casi todos tienen un carácter negativo en la actualidad, tanto si se consulta cualquier diccionario como si revisamos las investigaciones y discursos respecto a esta temática. Por ejemplo, «jubilación» aparece como sinónimo de «retiro», y «jubilado», de «retirado, licenciado, pasivo». En cuanto a sinónimos de «retiro», se observa claramente las acepciones negativas de todas ellas (aislamiento, soledad, abandono, entre otros). Sin embargo, en el término «jubilar» se encuentran dos acepciones: licenciar, eximir, apartar, arrinconar, y por otra parte, alegrarse, regocijarse, gozar (Blecua, 1991).

Según el diccionario de la Real Academia (1994), «jubilar» significa «dispensar o eximir de su trabajo a un empleado por enfermedad o ancianidad; se le suele atribuir una remuneración llamada “haber pasivo” o “jubilación”». La otra acepción, tiene el sentido de alegrarse, regocijarse. Diferente sentido evoca la palabra «júbileo», que significa «indulgencia plenaria por el Papa a todos los fieles cada 25 años», por una parte; y según la otra acepción: «entre los antiguos judíos, fiesta pública que se celebraba cada 50 años, en la cual los esclavos eran puestos en libertad y las propiedades empeñadas volvían a sus antiguos poseedores».

Etimológicamente, «jubilar», tomado del latín *jubilare*, significa «lanzar gritos de júbilo» y también «alcanzar la jubilación». El término jubilación puede resultar sarcástico, irónico, para aquellos/as a los que esta experiencia resulte negativa, como veremos más adelante. Otro sentido similar a la persona jubilada es el de «jubilado, suelto de trabajo, emeritus, privilegiado» (Corominas y Pascual, 1983) o «pasivo, retirado, licenciado, exento» (Blecua, 1991:660). Siguiendo a Corominas y Pascual, otra derivación es la de *júbileo* referido a la festividad celebrada cada 50 años, porque la jubilación se concedía después de 50 años de servicio. También puede derivar del latín, *jubilaeus*, que se refiere a «solemnidad judía celebrada cada 50 años, tomado del hebreo *yobel* (cuerno de morueco, con que se daba señal de esta festividad) incluido en el latín *jubilare*». El origen de la palabra «jubilación» deriva de «júbilo, alegría, regocijo», pero el hecho mismo de jubilarse —que quizás es señal de alegría en un principio—,

puede convertirse en un triste «retiro», que es otro de los términos empleados en muchos estudios para designar este mismo fenómeno (véase Capítulo 8).

Para Casals (1982) la jubilación es el hecho de interrumpir, de una manera por lo general brusca, la actividad laboral o profesional desarrollada durante la vida o una parte importante de la vida por causa de la edad. En este sentido, el elemento definitorio esencial es la edad y no la condición física o psíquica del trabajador. Según Fericgla (1992), se entiende por jubilación el hecho de que al alcanzar los 65 años, con algunas variantes según el trabajo realizado, las personas, por legislación, son arbitrariamente apartadas de su colocación laboral y tienen prohibido realizar trabajos remunerados. Como acabamos de decir, en algunos casos se habla de «retiro», dado que el individuo es retirado del mundo de la producción.

Si el término «vejez» tienen un matiz más biológico, como veremos, «la jubilación o retiro» posee una connotación más oficial e institucionalizada. No es la edad la que determina el retiro sino la construcción social existente en relación a la edad, a la división del trabajo y al mercado laboral (véase epígrafe 8.2.).

1.7. RETIRO, RETIRADOS/AS. INACTIVOS/AS, CLASES PASIVAS. PENSIONISTAS

«Jubilación» puede ser o no sinónimo de «retiro», ello dependerá fundamentalmente de las actitudes⁷ que se tengan hacia el fin oficial del trabajo: si se percibe como fin social puede considerarse como «retiro», pero no lo será si implica solamente el final del trabajo pero el comienzo de otra etapa también interesante y valiosa. Pero a las actitudes hacia la jubilación dedicamos el Capítulo 8. Ahora continuemos con el tratamiento conceptual.

Los términos «retiro, retirados/as» suelen relacionarse con el trabajo, pero también pueden tener un sentido más general de retiro de la vida activa, social, política, desvinculación, el «amadrigarse, enterrarse, aislarse, incomunicarse, apartarse», que serían sinónimos de retiro según el diccionario (Bleuca, 1991:969). Pero ya de entrada podemos apuntar, en contra de otros estudios y teorías que más adelante tratamos, que la utilización de este concepto no es

⁷ Hemos de apuntar que el concepto de actitud que se adopta no es una expresión de algo interior, de un acontecimiento privado o psicológico (creencia, opinión o actitud). Se toma la «actitud», desde un punto de vista discursivo, como una actividad pública, de toma de posición ante un objeto de actitud, que es susceptible de ser cuestionada, negociada, construida y requerida de explicaciones (Crespo, 1995:124-125) (véase Capítulo 5).

totalmente correcta, pues mucha gente mayor continúa integrada en la sociedad aunque ya no trabaje remuneradamente. Por tanto, la situación de retiro es definida por unos como la «edad dorada», pero para otros significa el «fin» vital. Por ello, la jubilación o retiro constituye un concepto realmente ambiguo que oscilará entre estas dos visiones (véase Capítulo 8). De todas maneras, asimilar «retiro-jubilación» a «vejez» es un error, pues la vejez se define según las condiciones diversas de la persona. Según López Jiménez (1993:166), la ruptura que supone la «jubilación no coincide con los mecanismos naturales del envejecimiento humano, aunque este tipo de “envejecimiento social” incide notablemente en el envejecimiento psicológico y fisiológico». Diversos estudios, como veremos, han demostrado que la senilidad va más ligada a la inactividad y a la privación de capacidades autónomas que a la edad misma. En definitiva, ya se observa en las tentativas definitorias una fisura entre el retiro social (con la jubilación) y la vejez dependiente que empezaría, generalmente, más tarde.

Por tanto, el retiro o jubilación no constituye el periodo de la vida en el que no se tiene capacidad para trabajar, sino el periodo «negociado» y convencional en el que no se trabaja. El retiro es también un instrumento o medida política para reducir el desempleo, pero paradójico, porque según los estudios consultados no reduce el paro (véase Capítulo 3). Al mismo tiempo la esperanza de vida va en aumento, lo cual indica una mayor posibilidad de años de trabajo para los mayores en general. Sobre estas cuestiones nos detendremos a lo largo de esta tesis, por lo que aquí no procede extendernos. De momento, puntualizar que no utilizaremos el término «retiro» (aunque muchos participantes de nuestro estudio lo emplean) por la ambigüedad y las connotaciones negativas que el mismo puede tener.

Desde un criterio economicista o puramente monetarista las personas mayores son consideradas como «inactivas» ya que no realizan ningún trabajo remunerado. Desde nuestro punto de vista, esta concepción resulta a todas luces muy limitada al no tener en cuenta otro tipo de aportaciones de las personas mayores al ámbito social: son consumidores, poseedores de bienes y rentas, colaboradores con la familia, voluntarios, etc. El hecho de la jubilación no es suficiente para designar a todos los mayores como «población inactiva», que es como figuran en las estadísticas laborales, máxime cuando los conceptos «pasivos/as, inactivos/as mayores o clases pasivas» tienen claras connotaciones negativas. Más adelante se desarrollarán las distintas aportaciones que los mayores hacen y pueden hacer a la sociedad, por lo que no merecen el título estereotipado de «pasivos», y por ello subrayamos también la inadecuación de utilizar estos vocablos.

Con el término «pensionistas» de forma general suele hacerse referencia a los mayores de 65 años, que son los que perciben la mayor parte del monto

destinado a las pensiones. Sin embargo, no lo emplearemos en este estudio porque hay personas que pueden estar percibiendo una pensión (de invalidez, por enfermedad, de viudedad, de orfandad) y no llegan a los 65 años. También se produce lo contrario, existen personas mayores (por ejemplo, amas de casa mayores casadas) que no perciben pensión alguna.

Con este concepto, además, se resalta la característica económica y refleja el carácter de dependencia económica de los mayores respecto del erario público. El diccionario nos muestra un amplio abánico de sinónimos: «Pensión» se asemeja a «renta, censo, beca, retiro, sueldo, auxilio, subsidio, donación, etcétera» (Bleuca, 1991). «Pensionado» se equipara a «inválido, jubilado, pasivo, becario, pensionista» (ib.). De nuevo, a no ser que nos estemos refiriendo en concreto a la condición de «pensionista» del mayor, no utilizaremos estos términos, por tener todos ellos un cariz despectivo, reduccionista y negativo. Focaliza en exceso la condición de dependiente y de perceptor pasivo de la persona mayor, sin dar cabida a otro estatus o rol más positivo que puede tener la condición psicosocial de ser mayor.

1.8. ABUELOS/AS, VETERANOS/AS, SENIORS, SENESCENTES, GERONTES Y OTROS

Los conceptos «abuelos, abuelas, bisabuelo/a» serán empleados cuando se haga referencia a la experiencia familiar concreta de tener nietos/as o bisnietos/as. Este término suele emplearse de manera general con tono cariñoso para referirse a todo el grupo de mayores. En nuestro caso, no se utilizará en este sentido, pues pensamos que uno puede ser mayor, no tener nietos/as o bisnietos/as y, por tanto, no experimentar este rol.

Etimológicamente deriva del latín *avia*, que significa «abuela», y *aviola*, «abuelita». «Abuelo» se sacaría posteriormente del femenino, de «abuela», que «está más en contacto con el niño» (Corominas y Pascual, 1983:24). Curiosamente percibimos cómo la etimología parece ser premonitoria de una realidad actual: la mayor parte de los mayores que tienen la experiencia de tener nietos/as o bisnietos/as son mujeres (debido a la mayor esperanza de vida y al papel de «cuidadoras» que siguen desempeñando), como observaremos en este estudio.

El concepto «Seniors» deriva del latín *Senior-oris* «más viejo» (comparativo de *senex*, «viejo»). En plural, *seniores*, se empleó en el Bajo Imperio para designar a los viejos más respetables, fuesen los miembros del Senado Romano o fuesen los dirigentes de las comunidades hebreas y cristianas. Posteriormente se empleó «señor», como tratamiento de respeto a todo superior, viejo o joven,

y acabó por hacerse sinónimo de *dominus* a principios de la Edad Media. De ahí viene el nombre de *senatus* romano o Consejo de los Viejos; con *seniores*, según Tito Livio, llamaban públicamente a los miembros del senado (Corominas y Pascual, 1983). Observamos cómo en la actualidad el término «señor/a» sigue designando respeto y autoridad, pero no se centra sólo en las personas de más edad. El término «seniors» en nuestro contexto suele limitarse para designar a las personas expertas o mayores de alguna profesión y suele encarnar un sentido positivo, de experiencia en algún campo. Pensemos, por ejemplo, en la categoría «seniors» empleada en las clasificaciones y categorías deportivas, o la asociación SECOT (Seniors Españoles para la Cooperación Técnica). En otros contextos, por ejemplo, en EE.UU., el uso de este término está más extendido en el habla cotidiana, v.g., Joe Smith Jr. —*junior* se refiere al hijo—, y Joe Smith Sr. —*senior* para remitirse al padre.

«Veteranos», deriva de *veteranus*: «soldado que ha servido largo tiempo» (Corominas y Pascual, 1983) y deriva, al igual que vejez, de *vetus-eris*: viejo, ya visto anteriormente. Su actual significación se asemeja a la faceta de «experto» comentada para los «seniors». Los vocablos «vetusta, vetustez» también son empleados, pero van orientados hacia objetos inanimados y/o literarios —como en el caso de *Vetusta* de L. A. Clarín—. Sólo a veces se emplea para mayores (persona vetusta o muy vieja).

Otro grupo de términos suelen ser utilizados más frecuentemente por los expertos/as del tema: «senescencia, senectud, senescentes». Son empleados en el discurso oficial, y aún así su uso es minoritario. Aunque su raíz o significado es sencillo, su utilización puede desprender hoy un tono demasiado formal o pedante. Deriva de *Senecio-onis*, que significa «hierba cana». Senectud tiene su origen en *senectus-utis*, vejez, tomado de *senatus-us* o Consejo de los Ancianos, Senado Romano, al que antes hemos aludido. Los latinos dividían la vida del hombre en seis edades y a la sexta edad la llamaron *senectus*, derivada de la voz *senarius*. Otros la hacen derivar de *segnities*, que es cuando la naturaleza se halla perezosa y entorpecida. Otros encuentran su origen en *seminex* porque está cerca la muerte (Rodríguez Domínguez, 1989:27).

«Senescencia», sin embargo, se relaciona con «*senil*», derivado de *senex, senis*, «viejo». Este último significado nos recuerda uno de los estereotipos más generalizados, y es la tendencia a percibir a todos los mayores como enfermos seniles; de ahí deviene el cariz negativo que el concepto de senescente (al equiparse con senilidad, enfermedad mental) puede adquirir. El rechazo de su empleo en este estudio queda, pues, claramente justificado.

Otra familia de palabras, pero esta vez de origen griego, serían «gerontes, geriatría, gerontología». De nuevo, estos términos son utilizados mayorita-

riamente por los/as expertos/as en el tema. La Geriátría, especialidad médica que estudia el proceso de envejecimiento, y la Gerontología, ciencia social que estudia el envejecimiento, serán tratadas en el Capítulo 4.

Geras era la Diosa de la Ancianidad en la Antigua Grecia. Tal como apunta Alba (1992:42) al referirse al origen *gero-gero*, que significa a la par «ancianidad y honores», indica que muchas veces «el lenguaje es revelador de los hechos», en este caso del fenómeno ambivalente de la vejez. Ambivalencia que también constatamos en este trabajo (los mayores son activos y pasivos, autónomos y dependientes, etc.). Los *Gerontes*, en la clásica institución espartana (compuesta por 30 miembros, incluidos los dos reyes), debían contar 60 años y ser de vida intachable, como testimonia Plutarco (*Licurgo*, 26). El oficio de estos mayores era el de más alto rango del Estado, constituyendo la *gerousía* o Consejo de Estado, si bien el cargo en sí recibía el nombre de *Gerontía* (González, en Almarza y Galdeano, 1989:110). Para A. González (1994; en Buendía, 1997:13), es difícil definir la vejez y Gerontología, y dice así: «¿Definir la vejez? Hasta la palabra es difícil, pesada, como una roca tirada por un cerro: Gerontología. Después que la palabra rueda, se expande un olor a paños mojados, a pasillo silencioso, a muro de ladrillos y enredadera reseca. Gerontología se parece a escalones gastados que... no conducen a ninguna parte... La palabra viejo no cruza la mente de nadie. Todos tienen miedo a sentirse inservibles».

Con la misma raíz tenemos los términos gerontocracia, gerontofobia, gerontofilia. El predominio y mayor autoridad de los mayores es lo que ha venido denominándose «gerontocracia» o poder de la gente mayor. Además, cuando los mayores son admirados también suele denominarse con el término «gerontofilia» o «amor a los gerontes» o mayores. A la inversa, cuando los mayores son despreciados se califica dicho fenómeno como «gerontofobia» o «ancianofobia».

Además, también encontramos en medio de este complejo entramado conceptual un conjunto de expresiones que se refieren de una forma especial, con un matiz peculiar, a las personas mayores. Por ejemplo, la expresión «poder gris» tiene connotaciones claramente políticas y suele ser empleada para hacer referencia a los mayores como poseedores de «poder» político-social en cuanto que cada vez son más numerosos. Este aumento demográfico de los mayores supone también aumento de votos que las instancias políticas intentan reclutar y/o manipular (el denominado «voto cautivo»). Además, esta capacidad y potencialidad consumista es muy diversa y está empezando a ser considerada y explotada, como veremos más adelante, por expertos en marketing y economistas.

También hemos ido encontrando un grupo de expresiones metafóricas, algunas veces con tonos poéticos, para referirse a esta etapa vital: *invierno de la*

vida, ocaso de la vida, la última curva de la vida, atardecer vital, edad de oro, etapa dorada, por ejemplo. Bajo estas expresiones se esconden muchas veces algunos de los estereotipos positivos que intentan mostrar la vejez como «la etapa dorada de la vida», como la mejor edad (sobre todo con fines claramente comerciales), lo cual es claramente discutible.

Otro grupo lo constituyen las denominadas «expresiones populares» que pueden verse reflejadas en canciones, refranes o en el discurso informal. Para *viejo* se emplean, por ejemplo: «más viejo que la sarna» o «más viejo que la tiña», «más viejo que andar», «del tiempo de Noé». Y para expresar el verbo *envejecer* también encontramos otras expresiones peculiares: «peinar canas», «arrastrar los pies», «caerse de maduro», «estar hecho un cascajo», «estar con un pie en la sepultura», «andar con la barba por el suelo», «comer el pan de los niños».

Un último comentario a este apartado es recordar que también en otros idiomas existe el mismo problema de la polisemia, pero no vamos a detenernos de forma minuciosa en el mismo. Tan sólo añadir algunos de los más utilizados. Las distintas zonas geográficas, Comunidades Autónomas y los dialectos de nuestro contexto español, e incluso las jergas, hacen ampliar la lista de términos del discurso cotidiano que designan a los mayores. Casi todos tienen una imagen peyorativa, por ejemplo: *carcas, carcamal, carrozas, chochos, anticuado, pasado, acabado, calamocano, ochentón, caduco, machucho, rancio, carraco, callenco, senil, revejido, avejentado, matusaleno, clueco, reviejo, avellanado, acartonado, cano, apergaminado, desusado, lejano, cotorrón, fósil, primitivo, trasnochado, engolillado, antediluviano*, etc. Aunque también debemos señalar otros conceptos con tonos cariñosos (*vejete, abuelito, abuelete*, por ejemplo) y simplemente con un tono «algo neutral»: *proyecto, longevo, grandevo, maduro, antiguo, decano, inmemorial, inveterado* (Casares, 1992; Blecua, 1991), entre otros.

Por ejemplo, *gent gran* es una expresión utilizada en Cataluña para referirse a la gente mayor en general. Es un término con un reflejo positivo («gente grande»), pero también puede resultar estereotipante porque toda la gente mayor no siempre es «grande», en el sentido de ser «destacada» en algo. Lo mismo ocurre con los derechos y premios que se adquieren con la edad, por simple veteranía. Muchas veces serán adecuados, pero otras resultarán injustos, pues el hecho de tener una determinada edad no implica ser (o haber sido) valioso anteriormente.

En francés, se emplean mayoritariamente los conceptos *vieillesse* (vejez), y *retraite* (retiro, jubilación) con los posibles tonos despectivos que antes hemos comentado. En esta lengua, y también en inglés, existen términos equivalentes a «retiro» y en cambio no los encontramos similares a «jubilación»; no han precisado buscar otro término quizá porque en estos contextos no tienen el matiz despectivo, quizá porque no se pretende esconder con eufemismos esta etapa

vital. En los diccionarios de lengua inglesa y en las obras consultadas casi siempre se utiliza el *retirement* (retiro, jubilación) o *retired person* (persona jubilada). Buscando la diversidad de sinónimos de «viejos, anciano,...» en el *Collins Concise* (1993) se encuentra *old age* (vejez, edad vieja, literalmente), *later life* (edad tardía, edad avanzada), y para «envejecer», *aging* (envejecimiento), *grow or get old* (hacerse o ponerse viejo, envejecer, crecer en la vejez), *to age, make old*. «Viejo/a» o «anciano/a» se define con los términos *old, aged* o *elder*. Observemos cómo se enfatiza el factor edad o vejez en muchos de ellos: *the aged* (los ancianos, literalmente «añosos»), *old people, the old* o más familiarmente *folk(s)* (los viejos), o también *old person* (viejito), *old man, old women* (un anciano, una anciana) y todos los que hemos citado. Generalmente se refieren tanto a mujeres como a hombres mayores; son términos no sexistas, pues de forma global cuentan con términos no generizados.

El término *ageism* fue acuñado por Butler en 1969 (Sáez, Aleixandre y Meléndez, 1995, pág. 151). Con este concepto, de origen anglosajón, se indica la discriminación por la edad que pueden estar soportando la gente mayor. La traducción literal al castellano podría ser «edadismo», «edaísmo», por ejemplo. En nuestro contexto es un término poco empleado⁸. Pero el hecho de que no se utilice un término para referirnos a este tipo de discriminación (al igual que existen los conceptos «sexismo» o «racismo») no implica que no existan prejuicios, estereotipos o actitudes discriminatorias hacia los mayores.

Reconocemos que los términos escogidos para este estudio son posiblemente caducos y deberán ser cambiados cuando empiecen a adquirir (como ha ocurrido con otros conceptos) el tono despectivo que, desgraciadamente, sigue acompañando a la vejez. El problema es más profundo: va más allá de los conceptos y se localiza en la percepción general negativa de esta etapa. Con el tiempo, cualquier concepto referido a esta etapa se vuelve inservible (malsonante e incluso ofensivo) porque acaba adquiriendo tintes negativos debido al rechazo general al envejecimiento. De todas maneras, admitiendo las limitaciones, optamos por los conceptos (véase cuadro adjunto): «*personas mayores, mayores, gente mayor*» y «*jubilados/as, pre-jubilados, amas de casa mayores*» (estos tres últimos cuando queramos enfatizar el matiz laboral) y también «*personas de estas edades*», «*en esta edad*» cuando esté claro que nos referimos a mayores, para no ser reiterativos y porque es un término al que acuden muchos mayores de nuestro estudio. Para referirnos a estos años de

⁸ Véase, por ejemplo, Sagrera, M. (1992): *El edadismo contra «jóvenes» y «viejos». La discriminación universal*.

transición empleamos *envejecimiento* como indicador de un proceso, y también usamos «*vejez*» y «*esta etapa*» (en menos ocasiones) cuando queramos concretar que conforma una etapa bastante delimitada.

Se procurará utilizar términos no generalizados o sexuados como, por ejemplo, «*personas mayores*» o «*gente mayor*», pero en algunas ocasiones, y aunque dificulte algo la lectura, emplearemos las siguientes formas no sexistas: los/as mayores, los/as jubilados/as, trabajadores/as. Por último, recordar que en el caso de las citas literales se respetan los conceptos que han utilizado los autores/as y los mayores en sus discursos (por ejemplo, *tercera edad*, *viejos*, etc.), aunque en nuestro caso, claro está, no los hubiésemos utilizado por las razones justificadas y ya expuestas a lo largo de este capítulo.

Esquema 1.1.

Enfoques terminológicos revisados y adoptados para este estudio

TÉRMINOS REVISADOS:

- 1) Personas mayores, gente mayor, mayores
- 2) Envejecimiento, envejecer, envejecidos/as
- 3) Vejez, viejos, viejas
- 4) Tercera edad, cuarta edad, Personas de edad
- 5) Ancianidad, ancianos/as
- 6) Jubilación, jubilados/as
- 7) Retiro, retirados/as. Inactivos/as, clases pasivas, pensionistas
- 8) Abuelos/as, veteranos/as, seniors, senescentes, gerontes y otros (argot popular, discurso informal, expresiones, metáforas y comparaciones, otros idiomas...)

TÉRMINOS ADOPTADOS:

- MAYORES, PERSONAS MAYORES, GENTE MAYOR
- JUBILADOS/AS, PRE-JUBILADOS, AMAS DE CASA MAYORES (Matiz laboral)
- ENVEJECIMIENTO (Proceso)
- Vejez (Etapa) y Personas de edad (-)

Aproximación histórica y panorámica actual sobre las personas mayores

2.1. ¿ES LA VEJEZ UN VIEJO TEMA?: LA GENTE MAYOR EN EL PROCESO HISTÓRICO

«Nosotros no tenemos ningún problema con las personas viejas; aquí no somos tan modernos como para eso», dijo un misionero (Coenen-Huther, 1978:225).

El envejecimiento ha preocupado a todas las civilizaciones interesadas, siempre, en alargar la vida y permanecer en la «eterna juventud». Es pertinente recordar la existencia de algunas historias mitológicas y leyendas que dan fe de que este interés por aumentar la longevidad parece ser algo connatural a la persona desde los orígenes de la Humanidad. La mitología griega nos cuenta la leyenda de Titón⁹. Recordemos la ilusión de *Peter Pan* por ser siempre joven, el pacto de *Fausto* con el diablo para que le devuelva la juventud o el consumo de pócimas y alquimias a lo largo de la Historia. Todo ello con el mismo afán humano de ser inmortales o al menos prolongar la vida al máximo.

La vejez, tal como hoy la concebimos, es un fenómeno que no aparece hasta una época relativamente cercana a la nuestra. Puede decirse que es un fruto de la civilización, un producto cultural. No había mayores entre los homínidos ni entre los hombres prehistóricos. Tampoco hay ejemplares ancianos entre los animales porque no viven la decrepitud, ya que mueren antes de llegar a ella (Cabrillo y Cachafeiro, 1990). Pero volviendo a los seres humanos, decir que aunque no se conocen muchos datos respecto al comportamiento de las sociedades prehistóricas, todo indica que la dureza de las condiciones de vida impedía a nuestros antepasados alcanzar la vejez. Los esqueletos del Paleolítico que se han encontrado hasta ahora pertenecen a personas que no sobrepasaban los 30 años, que para ellos constituiría la vejez tal como nosotros la concebimos con 80 años.

La gente mayor a lo largo de la Historia ha podido disfrutar de situaciones de poder y privilegios, aunque, de forma general, han predominado los tratamientos

⁹ Comfort (1986/77:146), basándose en historias mitológicas, nos recuerda que Titón, casado con Aurora, convenció a ésta para que le pidiera a Zeus que le otorgara la inmortalidad. Desgraciadamente olvidó pedirle que le conservara también la juventud. En consecuencia, consiguió la inmortalidad, pero cada vez estaba más decrepito, hasta que, según cuenta la leyenda, imploró morir con dignidad.

discriminatorios y los roles secundarios en la vejez. En resumen, una imagen ambivalente de la gente mayor y de esta etapa según los análisis de distintos investigadores e historiadores consultados (Simmons, 1945/70; Burgess, 1960; Riley, 1968; Beauvoir, 1970/89; Raboniwotz, 1971; Clark, 1967; Graebner, 1980; Stearns, 1982; Binstock & Shanas, 1985; Palmore & Maeda, 1985; Fennell, Phillipson & Evers, 1988; Minois, 1989; Rodríguez Domínguez, 1989; San Román, 1990; Alba, 1992; Giraldes, 1993, principalmente). Seguiremos pautas parecidas a las de otros autores (Casals, 1982; Almarza y Galdeano, 1989; Ferricla, 1992; Sánchez Vera, 1993) para ordenar las distintas posiciones de los mayores a lo largo de la Historia dependiendo de distintos modelos socio-culturales (las sociedades primitivas nómadas de pueblos cazadores y recolectores, sociedades agrícolas y ganaderas sedentarias y sociedades industrializadas —industrial y postindustrial—) e información de otros historiadores y estudiosos.

En cuanto a las sociedades más primitivas, hemos de recordar que determinados factores a través de las civilizaciones contribuían a ver a los mayores como una carga, éstos eran, por ejemplo: el nomadismo, la dureza del clima, la escasez de alimentos, etc. Los mayores se mantenían integrados en la comunidad mientras no hacían peligrar la subsistencia de la misma, mientras no suponían una carga para el grupo. Según el clásico trabajo de Simmons (1945), *The role of elders in primitive societies* —tan referenciado por etnógrafos, antropólogos y expertos en el tema—, de los 71 grupos estudiados de distintos continentes, gran parte de los pueblos nómadas abandonaba a sus mayores. Por ejemplo, los mayores esquimales de Groenlandia, incluso los del Japón hasta fechas recientes, decidían y procuraban su propia muerte (¿esto hoy sería equivalente al suicidio?), y sus familias incluso colaboraban con ellos (¿esto equivaldría a eutanasia o asesinato?). Otro ejemplo de estos comportamientos es el aplicado a los mayores *chuchkees* de la costa de Siberia o los *koryakes* de Siberia del Norte, cuyos hijos o parientes cercanos procuraban la muerte a los mismos, que consentían en poner fin a su vida porque llevaban una existencia penosa. Se les honraba con complicados ceremoniales y se les daba muerte¹⁰. En nuestro mundo civilizado esto sería, repetimos, condenado jurídica y socialmente como conducta claramente inmoral. Sin embargo, otras formas de discriminación hacia los mayores, igualmente crueles, son aceptadas porque se dan de forma encubierta, soterrada. Esto lleva a plantearnos si han cambiado las

¹⁰ Después de complejas ceremonias, el primer pueblo citado acuchillaba a la persona mayor, y en el segundo caso se le estrangulaba. Los *ojiwas* (América del Norte), también, tras una fiesta, donde se fumaba la pipa de la paz, se bailaba y, al final, el hijo mataba al padre. Otros pueblos, menos violentos pero igualmente crueles, dejaban abandonados a sus mayores en una choza con poco alimento

formas, pero no el contenido y, por tanto, el fin último de «descargarse» de los mayores sigue presente, al igual que hacían aquellos pueblos primitivos¹¹.

Avanzando en el tiempo, y con la mejora de las condiciones de vida, los mayores fueron adquiriendo papeles tan vitales como los de la religión y la magia, y podían tener un gran poder sin poseer la fuerza o la riqueza de edades más tempranas. Su consideración ha variado y ha sido diversa: desde la exterminación a la que se les sometía en algunos pueblos primitivos a la gerontocracia en Roma; desde la admiración y veneración religiosa en el pueblo judeo-cristiano al rechazo y temor de los inquisidores. Una muestra de la veneración de la ancianidad en la Grecia y la Roma Clásicas era la existencia del *Consejo de Ancianos* y la veneración a *Geras* o Diosa de la Ancianidad. Los textos bíblicos también exponen que el mayor tenía reservado un puesto social honorable. Pero de forma general, no podemos afirmar que la posición de los mayores en todas las épocas pasadas fuera idílica y libre de problemas.

El pueblo judeo-cristiano era conocido por su respeto teórico a la vejez y el «honrarás a tu padre y a tu madre» del *Levítico* (texto bíblico, véase también el *Deuteronomio* y *Los Proverbios*). Pero, por otra parte existía un cierto recelo hacía los mayores que abusaban de su poderío, riquezas, etc. También entre los griegos se encuentra una disociación entre la ideología oficial y la realidad, pues los ancianos formaban las comisiones de notables, pero con un papel más honorífico que real. A través de las aportaciones de los clásicos se extraen estas conclusiones¹².

En la Roma Clásica, a pesar del poder casi ilimitado del «*pater familias*» y de la gerontocracia, Plauto, Horacio, entre otros, transmiten en sus obras una imagen de rechazo hacia la vejez. Pero también se encuentran testimonios en sentido positivo.

(*hotentotes* —en África—, *crows* y *creeks* —en América—, pueblos esquimales, etc.). Cuando las condiciones de vida se fueron desarrollando los mayores fueron siendo más respetados (por ejemplo, los indios *navajos*, o los *arandas*, los *jibaros*, *tius*, *leles*, *kikuyos*, *miaos*, etc.).

Para una mayor profundización, con nombres y datos etnográficos concretos de la gente mayor en distintas comunidades, hordas, tribus, clanes y pueblos primitivos (*yakutas*, *fang*, *thongas*, *aleutianos*, *yaganes*, *chorotes*, *matacos*, *tobas*, entre otros), pueden consultarse los capítulos destinados a esta temática de Simmons (1945), Beauvoir (1970), Alba (1992), Casals (1982), San Román (1990). En ellos se encuentran informaciones del máximo interés sobre costumbres, usos, ritos y actitudes sobre/hacia los mayores.

¹¹ Afortunadamente estas pautas no son predominantes en nuestros contextos. Pero en algunos casos, aunque no se les conduce a la muerte de forma clara, hay muchas denuncias y condenas a personas por haber aplicado la eutanasia activa a los mayores, por ejemplo. Recordemos la condena a la enfermera y la médica, trabajadoras en una Residencia para mayores en Copenhague (Dinamarca), por haber matado a 15 mujeres y siete hombres mayores (entre 65 y 97 años) administrándoles sobredosis de tranquilizantes (ver prensa del 21-X-97).

¹² Por ejemplo, Píndaro, Solón, Tucídides, Aristófanes, Anacreonte, entre otros, no alaban este período vital sino al contrario. Según este último, «envejecer es perder todo lo que constituía la dulzura de vivir» (Giraldes, 1993:99).

Destaquemos la frase de Cicerón, en su *República*: «se dice que el viejo conoce pocos placeres; ello significa que está a salvo de pasiones y los vicios que es el más envidiable de los privilegios». Séneca también se expresaba en estos términos. Pero se encuentran opiniones en todos los sentidos: si Platón (Casals, 1982:12) abogaba por la gerontocracia y pensaba que en la vejez la persona reunía más conocimientos y virtudes, Aristóteles creía que los viejos debían ser apartados del poder. De forma general, en la literatura y cultura popular, la vejez era despreciada y burlada.

En la Edad Media los mayores estaban excluidos de la vida pública. Del siglo XIII al XVIII el desprecio y ridiculización hacia los mayores queda patente en las obras de autores como Boccaccio, Erasmo, Fernando de Rojas, Quevedo, Molière, entre otros. Pero, como contrapartida, la magia, la religión y la propiedad de bienes daban un determinado poder a los mayores (Rodríguez Domínguez, 1989; Minois, 1989; Giraldes, 1993). El cristianismo respecto a los mayores mostraba un posición ambivalente, pues aunque se creaban asilos para ellos, se les intentaba apartar de la vida pública, que estaba regida por las armas y exaltaba a los héroes (Casals, 1982:14).

Durante el Renacimiento y la Edad Moderna la visión sobre la ancianidad, siendo cruel o comprensiva, no dejaba de ser negativa. Pero desde el punto de vista económico-social la clase dominante siguió revalorizando el papel del viejo rico, por tanto aquí se va mostrando la influencia de lo económico. De forma general, los beneficios o costes que los ancianos aportaban a la comunidad-familia han sido factores determinantes de su papel y consideración social a lo largo de la Historia. En parte, el tratamiento hacia la gente mayor dependía de su nivel de participación y aportación a la comunidad en la que vivían, tal como observamos en nuestras sociedades, fundadas básicamente sobre la productividad y el valor trabajo.

Otro ejemplo, según los análisis de Alba (1992), entre los incas la vejez gozaba de seguridad, pero de menor poder, respecto a los aztecas. La sociedad inca, por ejemplo, se dividía en diez «clases», la décima de las cuales incluía a los que no podían valerse por sí mismos, y por tanto en ella estaban los ancianos que recibían ayuda y subsidio. De forma general, la autoridad de los mayores en la familia era muy elevada, y por eso aún hoy, en las regiones indias o fuertemente mestizas, los padres mayores tiene mucho poder sobre los hijos/as ya adultos.

En fin, en las sociedades agrícolas y ganaderas sedentarias, cuya estructura social era más compleja, los mayores (debido a que tenían una capacidad de acumulación de bienes de consumo y de alimentos mayor que los pueblos primitivos nómadas) solían tener un rol bastante dominante, con un poder político, económico, familiar y ritual importante. En estas sociedades el mayor era controlador del sistema familiar e «imponía» la piedad filial de respetar a los mayores. Este modelo (Todd, 1986; Almarza y Galdeano, 1989; Fericgla,

1992) se extiende a lo largo de distintas sociedades: Rusia, Países Escandinavos, Asia Continental, Extremo Oriente agrícola, sur de Francia y norte de España, sobre todo. Por ejemplo, el caso de «l'hereu» (heredero) en Cataluña es demostrativo de que los mayores ceden sus bienes al hijo heredero (que suele ser el primogénito) a cambio de que se les cuide el resto de su vida.

En el entorno de la Revolución Industrial, y siguiendo a Casals (1982), se fueron configurando varios modelos de ancianos según la clase social de procedencia. Empiezan a distinguirse diferentes tipos de mayores, según su estatus socio-económico, lo cual perdurará hasta hoy. Es en las sociedades complejas industrializadas (como «tercer modelo de socio-económico») cuando los mayores empiezan a estar aislados de las personas de otras edades. Su rol empieza a ser secundario y pierden mucho prestigio social al entrar en la etapa postlaboral. La jubilación, que aparece en el entorno industrial de finales del siglo XIX y XX, en una sociedad cimentada en la productividad y en el trabajo, se convierte en el fin vital para muchas de las personas mayores, como observaremos en este estudio. Al mismo tiempo, este panorama hace surgir las primeras medidas y propuestas en defensa de los mayores.

De forma general, hemos observado cómo la actitud y condición del mayor dependen directamente del contexto social en el que viva y de las posibilidades de aportación (social, económica o de cualquier otro tipo) a la comunidad. Por tanto, tendremos que crear un nuevo modelo de sociedad, un «cuarto modelo de sociedad» (siguiendo el orden utilizado hasta aquí), en la que la sociedad post-industrial, la *cibersociedad* de la información y tecnología en la que estamos insertos, pueda caminar hacia una sociedad del «tiempo libre, ocio, formación y trabajo» para todos. En ella los roles sociales (formación, trabajo, ocio) no estarán tan estrictamente separados según la edad y la etapa del ciclo vital, como viene siendo hasta ahora. En este contexto se deberá tener en consideración al segmento de mayores, cada vez más amplio en número y poder.

Una nota predominante en este recorrido histórico es que «viejo» significaba ser dependiente de los adultos, «improductivo», y por ello la comunidad debía «sacrificarlo». Aunque la religión y la propiedad daban poder al anciano, éste era temido y respetado, pero no era querido y aceptado; tal como escribió Diderot, «la vejez es honrada pero no amada». Paralelamente al respeto oficial se daba una actitud de burla, envidia y desprecio que se manifiesta en la literatura consultada. Se observa una visión ambivalente hacia los mayores: eran temidos y respetados de forma oficial, pero con una actitud poco comprensiva y de rechazo. Recientemente, hasta mediados de este siglo, los Gobiernos, Consejos municipales y legislaturas estaban formados por mayores, lo cual ha llevado en muchas ocasiones a la denominada gerontocracia. Sin embargo, en la línea de

algunos autores (Beauvoir, 1983; Alba, 1992), hoy parece que estamos asistiendo a una *eliminación suave*, encubierta, soterrada, del poder de los ancianos. Siguen persistiendo muchos de los estereotipos negativos de la vejez que conducen en algunos casos a la «gerontofobia» o «ancianofobia». Por contra, pensamos que estas actitudes peyorativas deberán ir cambiando, y la sociedad tendrá que adoptar unas actitudes positivas y otorgar un rol definido hacia la población mayor que cada vez es más numerosa, y lo que es más importante, más activa, más preparada y con mayor poder en todos los sentidos.

Hemos observado cómo la forma de producción, el modelo socio-económico, la cultura, entre otros factores, son determinantes de la posición del mayor, y consecuentemente, de su valoración social. De ahí derivará el interés a lo largo de la tesis de hacer referencia a la jubilación en otros países en la actualidad. Aquí sólo hemos esbozado el envejecimiento en sociedades pasadas. Reservamos la situación actual en otros contextos y latitudes para intercalarla a lo largo del estudio sobre la base de diversas investigaciones e informes¹³.

2.2. EL ENVEJECIMIENTO DEMOGRÁFICO: FACTORES, LOCALIZACIÓN Y PROYECCIONES

En los medios de comunicación se ha podido observar recientemente cómo *la abuela del mundo* había cumplido los 125 años en «perfecto» estado de salud... Haber nacido, pues, en el siglo pasado (ser centenario/a) ya no es noticia¹⁴ y representa un alargamiento vital sin precedentes, un triunfo ante la muerte. Pero lo verdaderamente relevante, más que la longevidad máxima que se puede alcanzar, es que la mayor parte de la población puede llegar a ser octogenario/a «sin grandes problemas».

Actualmente en el mundo hay aproximadamente 500 millones de personas mayores de 60 años, según el *Informe sobre el envejecimiento de la población*

¹³ Estos informes que tratan el envejecimiento a nivel mundial son, por ejemplo, *El envejecimiento de la población mundial: informe sobre la situación en 1991* de las NN.UU. (1992), el envejecimiento en países en desarrollo analizado por Tout (1989), los estudios de Gibson, 1985; Edward, 1992; Cole, 1992; Burgess, 1960; Quadagno, 1982; Coopmans, Harrop y Hermans, 1989; Guillemard, 1991; el estudio transcultural de Keith, J., et al. (1994), *The aging experience. Diversity an Commonality Across Cultures*. London: Sage, y el estudio de la antropóloga Teresa San Román, *Vejez y cultura: hacia los límites del sistema* (1990), entre otros (ver bibliografía).

¹⁴ En un reportaje reciente (*El País Semanal*, 18-4-1999, páginas 34-44) sobre la situación de siete centenarios se percibe su “calidad” de vida, aun habiendo superado uno de ellos los 111 años. Prueba de su “perfecto estado” es que ellos mismos atendieron personalmente a las preguntas del periodista.

mundial de las NN.UU. (1992). La población mayor es de 375 millones, si tomamos a los mayores de 65 años, lo que representa el 6% de la población mundial (que ronda los 5.600 millones), cifra equivalente a toda la población de la Unión Europea (Diez Nicolás, 1996). Pero estas cifras explosivas no deberían asustarnos si recordamos que el fin último de la existencia humana es llegar a ser mayor. Es de señalar que hay algunos lugares del mundo, por ejemplo, Vilcabamba (Andes ecuatorianos), el País de Hunz —Himalaya— o Abjasia (Caúcaso, Rusia) un tanto privilegiados. Siguiendo a Sánchez Salgado (1990:12), estas regiones presentan características comunes: trabajo físico bastante pesado, dietas bajas en calorías, los mayores llevan una vida activa y son miembros respetados en la comunidad. Cabrillo y Cachafeiro (1990:21) puntualizan que en Vilcabamba el 30% de los nacimientos se dan en mujeres mayores de 45 años. Las personas envejecen más en estas zonas, y en otros grupos, en observación por la OMS (en China y Rusia), también las personas centenarias constituyen un alto porcentaje, y muchos superan los 120-140 años. Pero respecto al total mundial sólo el 3% pasa de los 100 años (San Martín, 1997:36).

De manera especial el envejecimiento es, pues, de las cuestiones que despiertan mayor interés a nivel demográfico. El envejecimiento demográfico, junto a otros cambios en la estructura de población, está siendo uno de los motivos de alarma tratados y comentados por casi todos/as los/as expertos/as en sus estudios y reflexiones a nivel internacional (Naciones Unidas, 1992, 1995; Council of Europe, 1987) o en nuestro contexto español (Abellán, 1991; Cabré y Pérez Díaz, 1996; De Miguel y Díez Nicolás, 1985; Díez Nicolás, 1996, 1997; Durán y Rodríguez, 1996; CIS, 1990; Sánchez Vera, 1993; López Jiménez, 1993; GAUR, 1975, Fernández Cordon, 1994, etc.)¹⁵. Es por tanto el aspecto demográfico uno de los puntos más significativos para entender el fenómeno del envejecimiento.

Caminamos a pasos agigantados hacia una sociedad y un mundo «encanecidos». Atravesar la frontera de la vejez, como decimos a lo largo del estudio, hecho que hasta hoy constituía un éxito, parece que se está convirtiendo en un problema político y socio-psicológico sin precedentes. El envejecimiento demográfico se presenta como uno de los grandes problemas socio-económicos de los países más avanzados. Pero antes de tratar las consecuencias profundicemos sobre los FACTORES CLAVE del proceso, que son principalmente el descenso de la natalidad y mortalidad y el aumento de la esperanza de vida.

¹⁵ El listado de autores/as que tratan el envejecimiento demográfico de manera más o menos profunda es muy extenso (véase bibliografía). Casi todos los expertos/as dedican al menos un apartado a estas nociones, que constituyen puntos fundamentales para el estudio del envejecimiento y la jubilación.

La disminución de la tasa de fecundidad y natalidad, viene producida por diversos factores, entre los que se encuentran el retraso en la edad del matrimonio (o edad de emancipación); el cambio en las concepciones morales-religiosas y un cambio de valores general; la incorporación de la mujer al trabajo; el progresivo nivel cultural alcanzado; las modificaciones en las pautas familiares, etc. La natalidad está sufriendo un descenso hasta el punto de no alcanzar la tasa de reemplazo mínima —situada en 2,1 hijos por mujer—. España tiene la tasa más baja (1,2 hijos por mujer) de la UE y del mundo (ver Tabla 2.1 adjunta).

Además, obsérvese la Tabla 2.2 adjunta para contrastar el nivel de fecundidad tan bajo en cada una de las provincias españolas: Oviedo (0,985) y Vizcaya (0,926), por ejemplo, son las más bajas y no llegan a un hijo por mujer, y las más altas (pero que continúan siendo pequeñas) se localizan en Almería (1,784) y Badajoz (1,684). Recordemos que a partir de la II Guerra Mundial se produce el «baby boom» (en los años 60 en nuestro país), pero en los últimos años estamos asistiendo al fenómeno del «papy boom», relativo al aumento del porcentaje de personas de edad en los países más avanzados socio-económicamente.

La disminución de la mortalidad también constituye un factor explicativo del envejecimiento demográfico. Es producido, fundamentalmente, por los avances médicos y sociales y por la mejora en el nivel de salud y en la calidad de vida en general. Pero el descenso de la mortalidad no ha sido el principal factor causante del envejecimiento como se piensa (Caja de Pensiones, 1985:123), pues este descenso ha beneficiado más a los niños, mientras que las mejoras en las probabilidades de sobrevivir a edades muy avanzadas no han sido tan importantes. Más claramente, podemos recordar, antes de que esto se preste a dudas o a críticas, que la longevidad (máxima edad que puede alcanzar el ser humano, 129 años según IMSERSO, 1999:16) no ha aumentado tanto; lo más sobresaliente ha sido que la esperanza de vida tan alta se ha generalizado a gran parte de la población mayor.

En los países más avanzados se ha alargado la esperanza de vida, pero, según los expertos, no ha sido tan espectacular el aumento de la longevidad o la duración de vida en sí. En todas las épocas de la historia humana ha habido personas con edades muy avanzadas, pero se trataba de situaciones excepcionales¹⁶.

¹⁶ Según los historiadores, entre los griegos, Epiménides de Creta habría vivido 153 años. Georgias de Leontina, Demócrito, Isócrates, Zenón, Tales de Mileto, etc, fueron centenarios o nonagenarios. También entre los latinos se citan algunos (Plinio, Terencia —mujer de Cicerón—, etc.). En la Biblia abundan personajes de presunta longevidad (se citan profetas, monjes, clérigos) (GAUR, 1975, págs. 67-68). Se tienen referencias de mayores, no conocidos o anónimos, que han llegado a ser muy longevos (véase Comfort, 1977/86, págs. 80-88).

Tabla 2.1. Porcentaje de la población de 65 y más años sobre la población total, Índice de Fecundidad (promedio de hijos por mujer). Total mundial, Regiones y Países de Europa, 1994.

	% 65 Y MÁS AÑOS	ÍNDICE FECUNDIDAD
TOTAL MUNDIAL	6	3,1
Regiones más desarrolladas (1)	13	1,7
Regiones menos desarrolladas (2)	5	3,5
ÁFRICA	3	5,8
ASIA	5	3,0
AMÉRICA LATINA Y CARIBE	5	3,1
AMÉRICA DEL NORTE	13	2,1
OCEANÍA	10	2,5
EUROPA	14	1,6
Alemania	15	1,3
Austria	15	1,5
Bélgica	16	1,6
Dinamarca	15	1,7
España	15	1,2
Finlandia	14	1,8
Francia	15	1,7
Grecia	15	1,4
Irlanda	11	2,1
Italia	16	1,3
Luxemburgo	14	1,6
Países Bajos	13	1,6
Portugal	14	1,5
Reino Unido	16	1,8
Suecia	17	2,1

(1) Las Regiones más Desarrolladas incluyen todas las regiones de Europa, América del Norte, Australia-Nueva Zelanda y Japón.

(2) Las Regiones menos Desarrolladas incluyen todas las regiones de África, Asia (excepto Japón), América Latina y Oceanía (excepto Australia-Nueva Zelanda)

Fuente: Elaboración propia a partir de datos de Naciones Unidas, World Population (1994), y Díez Nicolás, 1996.

Además, no podemos olvidar la escasa fiabilidad de los datos de los censos, pues, por ejemplo, Rusia no tenía Registro Civil hasta 1800 y en EE.UU. alrededor de 1940 el Registro sólo era completo en algunos Estados. En España, el Registro Civil no se puso en marcha hasta la ley provisional del mismo dictada en

Tabla 2.2. Porcentaje de población de 65 y más años sobre la población total, Ratio de la población de 85 y más años sobre la población de 65 y más años, e Índice de Fecundidad. España y provincias, 1991.

PROVINCIA	% 65 Y MAS AÑOS	(85 +/ 65 +)*100	ÍNDICE FECUNDIDAD
Álava	10,6	8,6	1,087
Albacete	13,8	8,0	1,503
Alicante	11,4	7,9	1,369
Almería	12,4	8,4	1,784
Ávila	19,7	9,7	1,148
Badajoz	14,2	8,5	1,650
Baleares	13,1	8,8	1,532
Barcelona	13,7	8,5	1,243
Burgos	17,3	9,8	1,122
Cáceres	17,7	9,0	1,469
Cádiz	9,1	6,7	1,588
Castellón	16,7	8,8	1,359
Ciudad Real	16,5	7,7	1,634
Córdoba	12,9	8,8	1,602
La Coruña	14,7	9,5	1,079
Cuenca	19,7	8,7	1,446
Gerona	16,2	8,0	1,421
Granada	12,6	7,6	1,621
Guadalajara	18,6	11,5	1,326
Guipúzcoa	12,6	8,2	1,017
Huelva	12,5	7,5	1,428
Huesca	21,7	8,6	1,223
Jáen	14,4	8,0	1,684
León	18,3	8,6	1,094
Lérida	17,7	7,9	1,216
Logroño	17,2	8,8	1,169
Lugo	22,0	10,1	1,097
Madrid	11,5	8,4	1,204
Málaga	11,1	6,6	1,452
Murcia	11,7	8,0	1,605
Navarra	15,1	8,4	1,210
Orense	22,6	9,9	1,080
Oviedo	16,7	8,5	0,985
Palencia	17,6	9,1	1,094
Las Palmas	7,6	8,0	1,446

PROVINCIA	% 65 Y MAS AÑOS	(85 +/ 65 +)*100	ÍNDICE FECUNDIDAD
Pontevedra	13,5	8,7	1,210
Salamanca	20,0	10,1	1,199
S. Cruz de Tenerife	9,2	8,2	1,322
Santander	15,4	9,1	1,106
Segovia	20,5	9,9	1,286
Sevilla	10,9	7,4	1,590
Soria	22,1	11,2	1,100
Tarragona	14,3	8,1	1,322
Teruel	22,8	10,7	1,264
Toledo	16,1	8,4	1,498
Valencia	13,2	7,8	1,271
Valladolid	12,0	8,9	1,055
Vizcaya	13,2	8,1	0,926
Zamora	23,3	8,5	1,244
Zaragoza	15,8	8,0	1,130
ESPAÑA	13,6	8,4	1,326

Fuente: INE, Censo de Población de España, 1991, y Díez Nicolás (1996).

1870 (GAUR, 1975:69)¹⁷. Según A. de Miguel (1986), «en contra de lo que se cree, no es que la longevidad sea ahora mayor, sino que la población envejece...» (págs. 1243). El fenómeno, pues, sin precedentes está siendo la extensión de la mayor esperanza de vida a toda la población; ya no son minoría los que llegan a ser nonagenarios/as, centenarios/as o bisabuelos/as. La posibilidad actual de que los nietos/as de 30-40 años tengan aún abuelo/a es una novedad también sin precedentes. Hasta hace pocas décadas apenas se llegaba a conocer a los dos padres; hoy se puede convivir con los bisabuelos/as¹⁸.

Varios estudios son los que confirman la influencia de la clase social o estatus socio-económico sobre la menor mortalidad (GAUR, 1975). La mortalidad es dife-

¹⁷ Según Comfort (1977/86), la edad máxima de la vida oscila en torno a los 120 años, ya que existen casos de 111-112 años perfectamente documentados con partidas de nacimiento (pág. 143).

¹⁸ Piense el lector, por un momento, si ha conocido a sus bisabuelos/as o abuelos/as. Se percibe de manera rápida que cuanto mayor edad se tenga la probabilidad de haber conocido a los bisabuelos, abuelos e incluso padres es menor. Sin embargo, los más jóvenes (coincidiendo con todas las mejoras comentadas) tienen más posibilidad de haber conocido a todos los mayores de su familia.

rencial según la profesión (al igual que vemos que también la jubilación es diferente según el estatus socio-económico). Por ejemplo, recordemos a Bastide cuando dice: «...en todas las edades la mortalidad era netamente menor en los patrones que en los obreros y en éstos se manifestaban grandes diferencias entre las distintas profesiones. Hacia finales del pasado siglo la mortalidad en las ciudades era una mitad más elevada en los barrios pobres que en los barrios ricos: una muerte de cada tres en aquéllos parecía deberse únicamente a la desigualdad social» (GAUR, 1975:58). Varios son los estudios que relacionan el trabajo con la mortalidad. Aquí sólo destacar los factores más importantes que Sauvy avanzó respecto a la longevidad: el poder económico del individuo; el nivel personal de conocimientos; el deseo o voluntad de vivir; la calidad de las atenciones médicas y sociales al alcance del individuo (ibídem, pág. 84). Por tanto, pensamos que el máximo vital está, sobre todo, condicionado por el estatus socio-económico (profesión, ingresos y nivel de estudios), las actitudes psico-sociales ante el envejecimiento y la calidad de los servicios sanitarios y sociales accesibles.

La mayor esperanza de vida comentada, la menor mortalidad, el mantenimiento de la baja natalidad, todo ello debido a cambios de pautas familiares, y la mejora de los niveles de salud, producen que la clásica pirámide de población adquiera un aspecto de «torre» más que de pirámide, ya que está muy envejecida por la cima (se ha ensanchado) y menos joven por la base (se ha reducido). En resumen, las fotografías (ver foto en la página siguiente) pueden ser un reflejo rápido del cambio demográfico desde los años 40 (foto superior) a hoy (foto inferior). Vemos cómo en la postguerra la situación demográfica se caracterizaba por: a) alta natalidad (familias numerosas), b) alta mortalidad, c) baja esperanza de vida. En fin, conformaban una pirámide de población «joven», un crecimiento «horizontal», es decir, apenas convivían 2-3 generaciones pero con muchos miembros jóvenes, muchos nietos y «pocos abuelos».

En los años 1960-70 empieza la transición demográfica, y por eso ya en la foto inferior (años noventa) se intuyen los factores que han culminado dicha transición: 1) disminución de la natalidad y fecundidad, 2) disminución de la mortalidad, 3) aumento de la esperanza de vida. Se observa cómo medio siglo después los niños de la foto superior (mayores hoy) tienen pocos nietos y una esperanza de vida que dobla la de sus abuelos (a principios de siglo apenas superaba los 30-40 años). La pirámide poblacional se ha «verticalizado», es decir, conviven más generaciones (en la foto cuatro generaciones) pero con menos miembros de las mismas. Hasta hace pocas décadas apenas se llegaba a conocer a los dos padres (foto antigua), hoy se puede convivir con los bisabuelos/as (foto/situación actual).

La meta establecida por la OMS para los países desarrollados en el año 2000 es lograr una esperanza de vida al nacer de 75 años. Este objetivo ha sido



AÑOS 1940



transición demográfica
años 1960 y 70

AÑOS 1990



alcanzado ya en España, donde la esperanza de vida al nacer en 1991 era de 80,49 para las mujeres y 73,40 para los hombres (INE, 1991), colocándose entre los primeros países del mundo con mayor posibilidad de ser, al menos, octogenario. Es decir, cuando nacemos, la media de años que podemos vivir también está creciendo de forma acelerada. A la población española le queda por vivir un 25% de tiempo respecto a lo ya vivido, cuando cumple los 65 años, cifra que aumenta al 28% para las mujeres (Abellán, 1991, en Guillemard, 1991:XV). Estos 15 ó 18 años por delante son un periodo tan largo como el que media —por poner un ejemplo— entre la primera comunión y el matrimonio, y en ellos caben muchas horas, mucho tiempo, muchas actividades por realizar (Durán, 1990) y que por tanto habrá que tener en consideración. Esta tendencia al alza se traduce en un envejecimiento progresivo de la población, sobre todo para las mujeres (lo que se denomina *feminización del envejecimiento*) y las personas mayores de 75 años (llamado *envejecimiento del envejecimiento*).

Esta ventaja para el sexo femenino se convierte paradójicamente en un *handicap* para las mujeres, pues, como veremos en este estudio, esa esperanza de vida mayor no se traduce casi nunca en una mejor calidad de vida para las mismas. Esta mayor proporción de mujeres supone, según Durán (1990), una «victoria pírrica», porque no se corresponde con una mayor calidad de vida. Este desequilibrio entre los sexos se acusa aún más con la edad. Por ejemplo, en 1980 había una media de 82 hombres por cada 100 mujeres en el grupo de 65 a 69 años, y 71 hombres en el de 70 a 79 años, a pesar de que nacen más niños que niñas (aproximadamente 105 niños por cada 100 niñas). En el grupo de 80 y más años las mujeres prácticamente duplican a los hombres, según datos de la OCDE (Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1990:190). En España, las mujeres de más de 65 años constituyen el 57% respecto a los hombres, y nada menos que casi el doble de mujeres a partir de los 80 años (López Jiménez, 1993, pág. 121; Díez Nicolás, 1996:34). Véase en la Tabla 2.3 la razón entre los sexos (varones por cada 100 mujeres) y se comprobará las grandes diferencias intergénero y etáneas (a partir de 75 años las disparidades aumentan).

Según el Censo de 1991, hay en España 70 hombres mayores de 65 años por cada 100 mujeres que han cumplido esta edad. Los datos obtenidos en las encuestas sobre la población mayor realizadas en nuestro país en los últimos años nos indican que en los estratos de edades avanzadas el número de mujeres sobrepasa claramente al de hombres. Resaltaremos aquí, como ejemplo, los datos de la encuesta CIS/IMSERSO, en los que se observa un aumento constante del porcentaje de mujeres a medida que aumenta la edad. Las mujeres constituyen el 54% de la población con edades comprendidas entre los 65 y los 69 años, el 57% de quienes tienen entre 70 y 74 y el 61% de quienes

han cumplido ya los 75 años. El crecimiento del número de mujeres mayores, que según las previsiones del INE y del CSIC va a continuar hasta los primeros años del siglo XXI, nos indica que la población española también ha experimentado un proceso de feminización de la vejez, muy similar al de los países de nuestro entorno (Puyol y García Ballesteros, 1989; Fernández Cordón, 1994).

Pero no olvidemos que en los países en desarrollo, que constituyen la mayor parte del mundo, la esperanza de vida apenas alcanza los 40-50 años. Otro tema sería pues la persistencia de desigualdades socio-económicas entre regiones que acentúan las diferencias en calidad de vida entre los países más ricos y los menos avanzados económicamente. Se trata de una cuestión que aunque no vamos a desarrollar sí queríamos dejar patente: los países menos adelantados a nivel socio-económico siguen caracterizándose por una alta mortalidad, alta natalidad, baja esperanza de vida y, en definitiva, una menor calidad de vida en general. Por tanto, aún queda mucho camino por recorrer si se quiere alcanzar el perseguido *desarrollo sostenible* o el equilibrio entre recursos materiales, medio ambiente y población mundial.

En fin, el descenso de la natalidad, de la mortalidad y el envejecimiento acelerado de la población son indicadores demográficos que están provocando no pocas alarmas sociales. Esta situación es generalizable a todos los países desarrollados en los que se ha producido la llamada «transición demográfica», es decir, el paso de un régimen de mortalidad y natalidad elevadas a otro en que ambas son bajas, además con una esperanza de vida alta. El proceso de envejecimiento demográfico, siguiendo a Cabré y Pérez Díaz (1996), no es más que un reflejo del progreso material y social, lo cual tiene que hacer desaparecer el sentido de alarma negativa que tiene el aumento de la población mayor.

Los movimientos migratorios también afectan a la estructura demográfica por edades. España ha sido un país tradicionalmente migratorio hasta hace pocas décadas. Pero a mediados de los 70 se produce un giro y España empieza a ser un país receptor de inmigrantes. Tienen bastante influencia las migraciones de retorno de antiguos emigrados españoles (que fueron a otros países europeos por motivos laborales) que volvieron a sus zonas de origen, así como los mayores de otros lugares en busca de clima más saludable. Por ello las migraciones son un factor explicativo de importancia, sobre todo dependiendo de una u otras zonas geográficas, como veremos más adelante.

Otros factores, de carácter exógeno al envejecimiento, serían: los que dependen de acontecimientos políticos (guerras y otras contiendas, por ejemplo) o la situación laboral de un país, que no dejan de influir sobre el envejecimiento y se encargan de marcar diferencias intergénero o disimilitudes etáneas en relación al envejecimiento. El impacto de todo ello no sólo supone un ascenso

imparable de la gente mayor, un aumento de la esperanza de vida, sino que las consecuencias sociales, económicas y psicológicas son aún más relevantes. Parece inadecuado a todas luces elevar la voz en tono alarmista, sino que habrá que sacar lo positivo de alargar la vida y aumentar la población mayor, que está en el trasfondo de toda civilización. Ante este fenómeno, que ha cogido por sorpresa a gobernantes y políticos, se tendrán que adoptar medidas y propuestas adecuadas para hacer frente a las consecuencias negativas de este hecho positivo como es el alargamiento de la vida¹⁹.

En cuanto a la LOCALIZACIÓN ESPACIAL del envejecimiento, hemos de decir que la población mayor se distribuye de manera desigual según las diferentes áreas geográficas del mundo. En los países más desarrollados (que sólo representan una quinta parte de la población total mundial) los mayores de 65 años representan el 13%; sin embargo en los países en vías de desarrollo (que representan el 80% de la población mundial) sólo cuentan con el 5% de mayores de esa edad (véase Tabla 2.1.). Como se comprueba, según distintas fuentes, sólo cuatro regiones (Europa, América del Norte, Australia-Nueva Zelanda) tienen actualmente proporciones superiores al 10% de mayores de 65 años, aunque también superan este porcentaje algunos países individuales de otras zonas (por ejemplo, Japón). Europa del Norte y Europa Occidental son las regiones más envejecidas (15% de mayores), mientras que las proporciones más bajas de mayores están en las zonas en desarrollo (África, Asia, América Latina y Oceanía). En África y Oceanía hay zonas que apenas alcanzan el 3% de mayores de 65 años (NN.UU., 1994, 1995; Díez Nicolás, 1996).

En la Unión Europea se oscila entre el 11% de Irlanda y el 17% de Suecia. España (con un 15%) se sitúa por encima de Finlandia, Irlanda, Luxemburgo, Países Bajos y Portugal, y está con un porcentaje similar al de Alemania, Austria, Dinamarca, Francia y Grecia. En realidad, sólo Bélgica, Italia, Reino Unido y Suecia tienen una población más envejecida que la española (Díez Nicolás, 1996:23). De los 20 países con mayor porcentaje de personas mayores de 65 años, los 18 primeros eran europeos, seguidos por Japón y Estados Unidos (Cabré y Pérez Díaz, 1996:36). La peculiaridad de España es que se ha producido la transición

¹⁹ Los efectos del envejecimiento demográfico sobre la política social (gastos sociales, productividad, políticas de pensiones, etc.) y demás consecuencias es tratado (entre otras obras, por ejemplo, Pérez Nieto, 1997) profundamente en el amplio informe del Ministerio de Trabajo y Seguridad Social (1990) sobre *El futuro de la protección social y el envejecimiento de la población*, y versa sobre la situación demográfica actual, las consecuencias de la misma sobre los distintos ámbitos socio-políticos, etc. Además, es interesante porque aporta numerosos datos recientes y fuentes de cada uno de los países de la OCDE, que en este estudio, por no exceder nuestros objetivos, no podemos ampliar.

con retraso respecto a otros países y, sin embargo, ha acontecido de forma muy rápida. En España esta «transición» se ha producido en un periodo de menos de 50 años, de manera retrasada, pero acelerada. Por ello, «la estructura demográfica española se corresponde con la propia del final de la transición demográfica» (Puyol y García Ballesteros, 1989:235; Durán y Rodríguez, 1996:6).

En nuestro contexto español resaltar que contamos con 5.370.352 personas con más de 65 años, lo cual se corresponde con el 13,8% de la población total. Según el INE (Censo de Población de 1991), del total de mayores el 58,87% son mujeres (3.161.996, en número absolutos) y el 41,12 son hombres (2.208.256). Y aún es más elevada la población mayor femenina en las grandes ciudades, por ejemplo, en Madrid, que era del 66% (Padrón, 1986). Las diferencias por género en estas edades son notables. Además, conforme asciende la edad, el porcentaje de mujeres mayores aumenta (por ejemplo, el 71% de los mayores de 75 años son mujeres), lo cual es un claro indicativo del fenómeno denominado como «feminización de la vejez» mencionado y que luego tratamos.

El aumento del grupo de mayores crece incesantemente: veamos que a principio de siglo sólo eran 965.896 (5,2% ó el 52 ‰ de la población española total) mayores de 65 años. Es a partir de 1960 cuando se inicia el verdadero proceso de envejecimiento de la población (Durán, 1990; Abellán, «la Caixa», 1994). Si estas cifras reflejan la situación en la población general, en algunas regiones (especialmente las más industrializadas y que recibieron muchas emigraciones) la población mayor supera el 15%, e incluso en algunas localidades (en zonas rurales del interior) y barrios de las grandes ciudades se rebasa el 25% de la población. Por tanto no es descabellado decir que la vejez, en este sentido, es «cosa de mujeres» (en España y en otros países) y cosa de las grandes ciudades (sobre todo en zonas céntricas y más deterioradas) y también de núcleos rurales pequeños afectados por las emigraciones de los más jóvenes.

Según las zonas geográficas, podemos observar, siguiendo los/as expertos/as, que la población mayor se concentra en determinadas zonas (véase Tabla 2.3.). El Centro y Oeste peninsular, en el interior (Aragón, Castilla y León, Castilla-La Mancha, Extremadura, Galicia interior) cuentan con un porcentaje de población muy mayor, de carácter rural, y también las provincias urbanas (Madrid, Barcelona, Valencia, País Vasco, Galicia costera, Valladolid), tienen un alto volumen de población mayor, aunque no alcancen la media española en 1991. En algunas provincias se alcanza el 25% de mujeres mayores (Zamora, Teruel, Soria, Lugo, Orense, Huesca). Estas últimas provincias citadas son provincias con una larga tradición emigratoria de carácter laboral, sobre todo de los más jóvenes. En Andalucía la población es relativamente joven debido a las emigraciones a otras zonas y a su natalidad superior a la media. Pero de forma general, las

Tabla 2.3. Población de 65 y más años, de 75 y más años, sobre la población total (porcentaje y números absolutos), razón entre los sexos (número de hombres por cada 100 mujeres), España y CC. AA., 1991.

	% 65 Y MÁS	ABSOLUTOS 65 Y MÁS	% 75 y más	Absolutos 75 Y MÁS	Hombres 65 Y MÁS × 100 MUJERES	Hombres 75 Y MÁS × 100 MUJERES
Andalucía	11,70	810.968	4,61	319.459	69	55
Aragón	18,16	216.228	7,48	89.043	76	66
Asturias	16,74	183.559	6,76	74.131	67	52
Baleares	13,73	97.614	5,81	41.301	72	61
Canarias	9,20	137.448	3,83	57.255	74	62
Cantabria	15,46	81.573	6,59	34.777	68	54
Castilla-La Mancha	16,32	270.560	6,83	113.236	78	67
Castilla y León	17,92	457.532	7,81	199.534	75	64
Cataluña	14,27	866.756	5,83	354.097	69	56
Extremadura	15,47	164.375	6,55	69.637	69	56
Galicia	16,32	445.940	7,08	193.480	66	56
Madrid, C.	11,65	576.616	4,77	236.323	63	51
Murcia	11,82	123.580	4,60	48.096	72	58
Navarra	15,20	79.066	6,37	33.154	71	60
La Rioja	17,45	46.072	7,26	19.172	75	60
País Vasco	12,65	267.028	5,04	106.468	67	54
Valenciana, C.	13,21	508.948	5,22	201.233	71	59
ESPAÑA	13,76	5.333.863	5,65	2.190.396	70	57

Fuente: INE, Censo de Población de España, 1991, y Díez Nicolás (1996).

provincias más envejecidas suelen ser aquellas en que la emigración es, o ha sido, patente (Cabré y Pérez Díaz, 1996; Durán y Rodríguez, 1996).

Las Comunidades más envejecidas son Aragón, Castilla y León, La Rioja y Asturias; las más jóvenes son Canarias, Andalucía, Madrid y Murcia. En el 2004, tres Comunidades superarán el 20% de mayores de 65 años y más (Aragón, Asturias y Castilla y León). Algunas provincias ya superan hoy (INE, 1991) ese 20% de la población con 65 y más años (Zamora, 23,3; Teruel, 22,8; Orense, 22,6; Soria, 22,1; Lugo, 22,0; Huesca, 21,7; Segovia, 20,5, y Salamanca, 20,0%). En cambio, otras no llegan al 10% (Las Palmas, 7,6; Cádiz, 9,1, y Sta. Cruz de Tenerife, 9,2%) (véase Tabla 2.2.).

La concentración de la población mayor en algunas zonas y el menor envejecimiento en las áreas del sur puede ser explicado, entre otros factores, por los fuertes movimientos migratorios de los años 60 ya comentados. Los datos de la encuesta CIS/INSERSO (1993) indican que algo más de la mitad de las personas mayores de 65 años han cambiado su lugar de residencia, mientras que un 47% siguen viviendo en la localidad de nacimiento. Cuanto mayor es el tamaño del municipio en el que se reside actualmente, mayor es la proporción de personas que dicen haber cambiado su lugar de residencia (véase Estudio CIS, 2072), y el trabajo fue la principal razón por la que se abandonó el lugar de nacimiento. Un 30% de la muestra abandonó su pueblo o ciudad por este motivo. Es menos probable que se abandone la localidad por estar cerca de los hijos (sólo un 6% lo hizo por este motivo). Estos datos sirven para ilustrar el alcance del proceso migratorio que ha vivido la población española de más edad y que los discursos de los mayores emigrantes/inmigrantes de nuestro estudio nos recuerdan (ver Capítulo 7).

Ahora bien, tampoco existe una distribución homogénea en el interior de las provincias: los municipios más pequeños tienen mayor porcentaje de población de edad que los de mayor tamaño, sobre todo en las provincias más envejecidas. Entre los municipios más grandes las diferencias son pequeñas. Otros dos elementos, como el mayor porcentaje de población agraria y los menores niveles de renta, contribuyen a explicar la elevada proporción de población mayor en los municipios más pequeños (Abellán y Rodríguez, 1987). En las grandes ciudades como Madrid, siguiendo a Durán y Rodríguez (1996), los mayores se localizan en áreas donde las condiciones de vida, la estructura demográfica y la morfología urbana han permitido la permanencia de los grupos sociales más desfavorecidos, como sucede en los barrios del centro de la ciudad, y donde existe concentración de residencias para ancianos, como algunos barrios del norte de la ciudad. En cambio, en zonas periféricas la estructura demográfica es mucho más joven, al igual que ocurre en otras ciudades españolas. El envejecimiento urbano merece una mayor dedicación y profundización, pues presenta implicaciones en sus modos de vida, su estructura (en la ciudad la vida es más cara, menos confortable, más tensa, demasiado acelerada quizás para los más mayores), y entonces esto se presenta como un elemento de la crisis urbana²⁰. Según López

²⁰ Para una mayor profundización sobre el envejecimiento urbano (fecundidad, mortalidad, migraciones, proyecciones futuras) en Madrid consúltese la obra (basada en su tesis doctoral) de J.J. López Jiménez (1993) *El envejecimiento y las personas ancianas en Madrid*. En relación al ámbito madrileño contamos también con otras aportaciones relevantes: *Los mayores en la Comunidad de Madrid* (Diez Nicolás, 1996); *65 años cumplidos. Los ancianos en la Comunidad de Madrid*, Comunidad de Madrid, 1992, y otros (Carrillo y otros, 1994; CEIM, 1991; Durán Heras, 1994; De Miguel, 1994; García

Jiménez (1993:32 y ss.), la Comunidad de Madrid se perfila con un núcleo muy envejecido, rodeado de un entorno inmediato con una proporción de personas ancianas más baja que, a su vez, está envuelto en una tercera aureola marcada por la fuerte tendencia al envejecimiento en los tres vértices de la provincia.

En el ámbito rural, siguiendo a Abellán (Guillemard, 1990:XLIV), más de tres millones de personas con 65 y más años viven en municipios de más de 10.000 habitantes (66% del total), pero aunque las cifras absolutas sean más bajas en el medio rural, su significación relativa es más alta. Los municipios pequeños españoles presentan tasas de envejecimiento muy altas (superiores al 20%) y muchos de ellos siguen pautas parecidas a las ciudades importantes de la provincia a la cual pertenecen. Para García Sanz (1996) y otros autores, las características del envejecimiento rural, que a veces supera el 25-30% en algunas zonas, bien merece una especial atención y una mejora en la gestión y oferta de servicios sociales, por ejemplo, a los mayores en este hábitat²¹.

Según todas LAS PROYECCIONES, en concreto el informe editado por el Ministerio de Trabajo (ib., pág. 199), en todos los países de la OCDE aumentará en los próximos 50 años el número de personas de edad avanzada y de edad muy avanzada, así como su proporción dentro de la población total, disminuyendo el peso de los activos jóvenes y aumentando el de los trabajadores mayores.

En los próximos 25 años las modificaciones de la estructura por edades van a tener consecuencias perjudiciales para los regímenes de pensiones y de salud y pueden incrementar la carga que representa la financiación de los programas sociales. Parece que va a aumentar un punto más por año de media en relación al peso financiero soportado por la población activa. Este agravamiento de la presión demográfica parece inevitable, sobre todo si se observa la evolución de la natalidad (ib., pág. 257). Las consecuencias sobre el reparto de los gastos sociales entre los diferentes programas y grupos de edad va a ser fundamental, lo que conllevará problemas políticos, administrativos, financieros y, por ende, psicosociales. Algunos factores que pueden quitar hierro o mitigar esta perspectiva negativa pueden ser: aumento de productividad, incremento de servicios privados, ajustes de mercado laboral, atraso en la edad de jubilación y

Ballesteros, 1989; Paniagua y otros, 1992; Vinuesa Angulo, 1990), todos ellos haciendo especiales referencias a la ciudad o comunidad de Madrid (véase bibliografía).

²¹ B. García Sanz es uno de los expertos entrevistados para esta tesis. Es profesor de la UCM, experto en sociología rural y sociología del envejecimiento, por lo que la consulta de sus análisis resulta fundamental y será recurrente.

aumento del número de trabajadores mayores, etc., que pueden ser y están siendo medidas muy controvertidas.

La proyección sobre la población activa de edad avanzada apunta hacia un aumento progresivo: más de una persona de cada cinco tendrá al menos 55 años en el año 2020, situación ésta que se registrará ya en otros países (Alemania y Japón) a principios del siglo XXI (ib., pág. 195). Estos datos son considerados relevantes por sus consecuencias sobre distintas facetas: la demanda de prestaciones y de servicios sociales, la capacidad de la colectividad para financiar los programas sociales, la repartición de los recursos entre los diferentes grupos de edad (posible conflicto intergeneracional), la estructura de la mano de obra y la composición de la población activa, el mercado de trabajo en general, la prioridades y capacidades de la política social, principalmente.

Las previsiones de envejecimiento demográfico, a nivel mundial, son alarmantes sobre todo en determinadas zonas geográficas. Para el año 2025, según proyecciones de NN.UU., el número de mayores «alcanzará la cifra de 1.200 millones [14% de la población total]» (pág. 13), y «la mayoría de ellos, el 72% del total, vivirá en regiones en desarrollo (América Latina, Asia y África)... [ello] tiene [tendrá] importantes repercusiones en materia política» (pág. 14) y también consecuencias concretas sobre otras áreas (sanitaria, laboral, etc.) cuya importancia habrá que tomar en consideración de forma inmediata. Por tanto, si el envejecimiento está siendo un problema casi exclusivo de los países más desarrollados (Europa, EE.UU. y Japón, principalmente), las tendencias indican que el envejecimiento se convertirá en un problema a nivel transcultural. La principal consecuencia, según este informe de NN.UU., es que «en materia política en las regiones en desarrollo del mundo tendrán que prepararse para el envejecimiento, cada vez más rápido, de su población» (pág.23).

Por tanto, es necesario dejar de privilegiar la concepción del envejecimiento y los problemas de la vejez como algo exclusivo del mundo desarrollado desde una perspectiva histórica y espacial reduccionista (Brenes, Frossard, 1980; López Jiménez, 1993). Debemos subrayar que será en los países en desarrollo y no en los desarrollados donde se localizará la mayor parte de la gente mayor. Los países en vías de desarrollo tendrán una velocidad de envejecimiento doblemente superior, a pesar del retraso de sesenta años con el que se produce este hecho respecto a las zonas más desarrolladas, cuyo proceso de envejecimiento es más regular (López Jiménez, 1993:30). Si hasta ahora el envejecimiento suele considerarse como problema limitado a los países más desarrollados, según distintas proyecciones (NN.UU., 1992, pág. 23) en el futuro no será así. El envejecimiento es un problema mundial, que paulatinamente se empieza a dejar sentir también en los países en desarrollo. De manera especial aumentarán los mayo-

res de 80 años: si en 1950 en el mundo había 13 millones de mayores, en 1985 se había triplicado (45 millones). En el 2025 habrá 137 millones de mayores de 80 años. En general, para el 2025 la cifra de mayores de 65 años se habrá sextuplicado desde 1950 (200 millones de mayores), correspondiendo a 1.200 millones de mayores (ib., pág. 13).

En España, las personas mayores serán el 17% en el 2020 y más del 20% en el 2030, sobre todo aumentará el número de los de más edad (INE, 1988; en Abellán, 1991:XIII). Hasta el año 2025 no habrán superado los mayores a los más jóvenes, pero para esta fecha se habrán superado los 7 millones de mayores frente a 6,6 millones de niños (Eurostat, Castro, 1990:17). La población española de 60 y más años de edad será en el año 2.010 de más de 8.350.000 personas, lo que supone un incremento, en términos absolutos, del 27% respecto a 1986. Si se mantienen las tendencias actuales las personas mayores de 60 años supondrán en el año 2010 más del 20% de la población española, que se acercará entonces a los 41.200.000 (INSERSO, 1991). Otras proyecciones más cercanas en el tiempo (CSIC, 1994) indican que en el año 2001 habrá un 41% de mayores de 75 años sobre el total de mayores y un 57% entre 65 y 74 años, lo cual indica un incremento del primer grupo, con las consecuencias que esto puede implicar. El grupo quinquenal de mayor peso es, naturalmente, el de 65-70 años. Sin embargo, nótese que su presencia se mantiene o incluso disminuye a partir de 1991, efecto producido porque llegan a estas edades las «generaciones vacías» o poco voluminosas (nacidas entre 1911 y 1920) ya que fueron las más afectadas por las fuertes oleadas de la gripe de 1918, lo cual ha hecho que aumente mucho menos estas generaciones que el grupo de «generaciones llenas» nacidas entre 1921 y 1935. Aún parece más evidente el efecto futuro de la llegada a los 65 años (entre el 2001 y 2006) de las generaciones nacidas entre 1936 y 1941, muy reducidas por el déficit de nacimientos producido por la Guerra Civil (Cabré y Pérez Díaz, 1996:43 y ss.). Lo realmente recalculable, siguiendo a estos expertos, es el ritmo de crecimiento de las edades más avanzadas, que podría caracterizarse como «sobreenvejecimiento» demográfico. El grupo de 65 a 74 años disminuirá del 62,8% (1981) al 57,9% en el 2001. La causa es el mayor crecimiento de los más mayores, especialmente apreciable en el grupo de más de 84 años, que desde 1981 hasta el 2001 se habrá multiplicado por 2,3 veces.

Este *envejecimiento de la vejez* tendrá y está teniendo ya consecuencias diversas. Tal como veremos en la Parte III, cada vez habrá más mayores dependientes, y al mismo tiempo, las mujeres adultas y mayores que se encargan de estos cuidados estarán menos disponibles (véase Capítulo 9). Hemos constatado en nuestros discursos lo que Fernández Cordon (1994) afirma en sus proyecciones de población. Según este demógrafo del CSIC, se prevé para el año 2011 una reducción

del apoyo informal femenino superior al 60% para el índice C (mayores de 75 años), reducción cercana al 50% para el índice B (mayores de 70 años) y alrededor del 40% para mayores de 65 años. Estos índices del potencial cuidador femenino concluyen en que cada vez habrá menos mujeres disponibles para atender a mayores dependientes, y por el contrario, cada vez más mayores necesitados de ayuda (ver Capítulo 9.3.2.2 y 12.2). En definitiva, el envejecimiento demográfico no es un proceso que afecte a la gente de edad solamente sino que altera y modifica la composición de otros colectivos en el que cada uno estamos incluidos.

2.3. TRAYECTORIA LABORAL PASADA Y ACTIVIDAD-INACTIVIDAD ACTUAL DE LOS MAYORES

Para continuar ofreciendo algunas «fotografías» del panorama actual de las personas mayores, procede empezar conociendo su pasado laboral a través de la información disponible. Pensamos que la situación profesional, profesión, rama de actividad anterior son unos de los factores más importantes que dan pistas, según nos indican casi todos los estudios consultados, acerca de la vivencia de la última etapa de la vida. El INE nos proporciona información sobre estos tres aspectos. Nuestro objetivo era conseguir los datos de jubilados y su pasado laboral distinguiendo la edad, pues tal como el INE los publica no se distinguen por *edades*. Ello lleva al «error» de que al hablar de jubilados (en las Tablas que veremos a continuación) se incluyen los «jubilados» de todas las edades, pero no todos los jubilados son mayores de 65 años²². Por otro lado, pensamos que este «error» puede considerarse liviano (y aún más a nuestros efectos) porque los jubilados, siguiendo datos del INSS, se concentran en los mayores de 65 años (90% de los jubilados tienen más de 65) y el porcentaje es superior si tomamos a los mayores de 60 (el 99% de los jubilados ya han cumplido los 60 años). Si se calculan los porcentajes de jubilados y retirados inactivos menores de 60 años (Tabla página 139, Censo 1991) vemos que sólo el 10,67% son jubilados frente al 90% de los mayores de 60 años, ó 95,10% mayores de 55 años. La concentración de jubilados

²² Contar el sinuoso laberinto seguido para conseguir algunos de los datos sería agotador para el lector al igual que lo fue nuestro intento. Hemos de decir que el INE nos facilitó algunos datos. Pero no tenemos información sobre jubilados por sexo, por edad y por condición socioeconómica y rama profesional anteriores. Nos conformaremos con los datos publicados. Una vez más, percibimos la dispersión, inaccesibilidad y/o ausencia de datos en este área. Para cada cuestión se consultan distintas fuentes (lo más actuales posible) y organismos.

²³ Por tanto, no se han encontrado datos sobre la “condición socio-económica” anterior (tal como se aplica para clasificar a la población activa, y en otros estudios) de los jubilados actuales, pero sí se dispone de datos similares (aunque no se desglosen por edades), que son los que vamos a utilizar.

en edades superiores a 50 años (aunque no estén ahí la totalidad) queda patente²³.

Según la *Situación profesional*, el 53,17% de los hombres jubilados hoy eran asalariados fijos, el 20,47% empresarios sin asalariados y el 17,18% asalariados eventuales (4,68% otra situación, 3,63% empresarios con asalariados, por ejemplo). En cuanto a las mujeres jubiladas siguen las mismas pautas, pero con cifras bien distintas: el 43,85% eran asalariadas fijas, el 24,03% empresarias sin asalariadas y el 19,35% asalariadas eventuales. Porcentajes más pequeños reúnen las jubiladas que trabajaron en «otra situación» o en «ayuda familiar» o como empresarias sin asalariados (ver Tabla 2.4 adjunta). Recordemos el desequilibrio intersexo existente al hablar de número de jubilados: si de todos los mayores de 65 años las mujeres rozan el 60%, sobre el total de jubilados/as sólo estamos hablando de un tercio de jubiladas (31,3%, con pensión propia) frente a las dos terceras partes de jubilados varones (68,5%). Teniendo en cuenta la totalidad de jubilados/as (que no mayores) la distribución es como se observa en la Tabla 2.4 adjunta.

En cuanto a la *Rama de actividad económica*, el 30,45% de los hombres jubilados trabajaban en la rama de agricultura y pesca, el 22,46% en industrias manufactureras, el 20,19% en otros servicios y el 13,60% en construcción. Menos numerosos son los porcentajes que reúnen a los jubilados que trabajaron en la rama de «comercio, restaurantes y hostelería» (8,74%), en industrias extractivas (3,15%) o en la rama de la «energía eléctrica, gas y agua» (1,39%).

Encontramos algunas diferencias intergénero; las mujeres mayores presentan una distribución dispar a los varones. Entre las mujeres mayores jubiladas la mayor parte trabajaron en la agricultura y pesca (30,35%), dedicadas a otros servicios (30,10%), en industrias manufactureras (26,11%) o en comercio, restaurantes y hostelería (12,37%). En otras ramas de actividad encontramos a pocas mujeres que trabajaron en las mismas (ver Tabla 1 en Anexo). En general, las ramas que han acogido a los jubilados han sido, por este orden: 1) agricultura y pesca, 2) industrias manufactureras, 3) otros servicios, 4) comercio, restaurantes y hostelería, y 5) construcción. Aunque el orden variará, como hemos comentado, según el sexo.

Respecto a la *Profesión*, el INE ofrece 20 niveles distintos (véase Tabla 2 en Anexo) y por ello la complejidad de manejarla a nuestros efectos²⁴. De los hombres mayores, el 31,26% eran trabajadores de la construcción, industria,

²⁴ Hemos de decir que si se toman los datos agrupados (nueve niveles que puede observarse en la Tabla resumen 2.4) se solapan y repiten entonces las denominaciones con la clasificación correspondiente de la «rama de actividad» comentada. De todas maneras avanzamos unos datos para mostrar la concordancia hallada.

Tabla 2.4. Personas jubiladas según la rama de actividad, situación profesional y profesión anteriores, por sexo. Absolutos y porcentajes (1)

SITUACIÓN LABORAL PASADA	HOMBRES			MUJERES		
	Total	% sobre hombres	% sobre total	Total	% sobre mujeres	% sobre total
RAMA DE ACTIVIDAD						
Agricultura y Pesca	870.786	30,45	20,89	397.308	30,35	9,53
Industrias Extractivas	90.234	3,15	2,16	3.085	0,23	0,07
Industrias Manufactureras	642.213	22,46	15,40	341.785	26,11	8,19
Energía, eléctrica, gas y agua	39.765	1,39	0,95	2.823	0,21	0,06
Construcción	389.051	13,60	9,33	7.954	0,60	0,19
Comercio, restaurantes y hostelería	249.913	8,74	5,99	161.970	12,37	3,88
Otros servicios	577.317	20,19	13,85	394.036	30,10	9,45
TOTAL	2.859.279	100	68,57	1.308.961	100	31,37
SITUACIÓN PROFESIONAL						
Empresarios con asalariados	103.857	3,63	2,49	27.091	2,06	0,64
Empresarios sin asalariados	585.295	20,47	14,04	314.671	24,03	7,54
Miembros de cooperativas	9.203	0,32	0,22	3.767	0,28	0,09
Ayuda familiar	15.028	0,52	0,36	44.338	3,38	1,06
Asalariados fijos	1.520.402	53,17	36,47	574.079	43,85	13,77
Asalariados eventuales	491.480	17,18	11,79	253.370	19,35	6,07
Otra situación	134.014	4,68	3,21	91.645	7,00	2,19
TOTAL	2.859.279	100	68,59	1.308.961	100	31,40
PROFESIÓN (2)						
Profesionales, técnicos y similares	105.577	3,69	2,53	70.584	5,39	1,69
Directivos de las AA.PP. y empresas	38.815	1,35	0,93	5.854	0,44	0,14
Personal administrativo	219.639	7,68	5,26	78.497	5,99	1,88
Comercio	166.638	5,82	3,99	101.872	7,78	2,44
Trab. Hostelería y resto servicios	165.580	5,79	3,97	307.872	23,52	7,38
Agricultura y ganadería	640.857	22,41	15,37	319.772	24,42	7,67
Trab. Construcción, Industria, Minería y Transporte	893.950	31,26	21,44	238.976	18,25	5,73
Peones y trab. no especializados	572.490	20,02	13,73	184.996	14,13	4,43
Prof. Fuerzas Armadas	55.733	1,94	1,33	538	0,04	0,01
TOTAL	2.859.279	100	68,55	1.308.961	100	31,37

(1) Estos datos son en base a 4.168.240 personas "jubiladas", que no debe confundirse con personas mayores de 65 años, que son 5.370.252 (Censo 1991). En esta Tabla, obviamente, se incluyen los/as que perciben una pensión por jubilación.

(2) Se presentan los totales y porcentajes agrupados por bloques, pues la profesión, según el INE, viene desglosada en 16 categorías. Aquí sólo trasladamos los totales y porcentajes acumulados. Para ver los datos desagregados por profesiones véase Tabla en Anexo

Fuente: Elaboración propia con datos del *Censo de Población de 1991*. Tomo I, Resultados Nacionales. INE, 1994, págs. 140, 143, 144 (véanse Tablas 1 y 2 en el Anexo).

minería y transporte (el 18,25% de las mujeres) el 22,41% agricultores o ganaderos (el 24,42% de las mujeres), el 20,02% peones y trabajadores no especializados (14,13% de mujeres) y el 7,68% personal administrativo (5,99% de mujeres), el 5,79% en hostelería y servicios (23,52% de las mujeres) y el 5,82% en el comercio (7,78% de mujeres)²⁵. De cualquier modo, en general las profesiones que reúnen (mejor dicho, han reunido) a la mayor parte de los jubilados/as son, por este orden: 1) construcción, industria, minería y transporte; 2) agricultura y ganadería; 3) peones y trabajadores no especializados; 4) hostelería y servicios; 5) personal administrativo, y 6) comercio.

Además de considerar la información disponible respecto a la trayectoria laboral pasada (tenida en cuenta para el diseño de nuestra fase aplicada, ver Capítulo 6), igualmente importante es conocer la situación de actividad/inactividad actual de los mayores. Según la actividad-inactividad laboral, tengamos presente en todo momento que no todos los mayores son jubilados ni todos los jubilados son mayores. Según datos del INE (Censo de 1991), de los 5.370.252 mayores de 65 años, 5.239.999 (97,56%) son económicamente inactivos y 130.253 (2,42%) económicamente activos.

Los *hombres mayores jubilados* constituyen la mayor parte de jubilados/as. De los 2.134.133 hombres mayores inactivos²⁶ el 95,52 son jubilados (perciben una pensión por jubilación o invalidez), el 2,98% perciben otro tipo de pensión (viudedad, orfandad, favor de familiares) y tan sólo el 0,20% se dedican a las labores del hogar (ver Tabla 2.5 adjunta).

La situación de las *mujeres mayores jubiladas* es bien distinta. De las mujeres mayores inactivas (3.105.866)²⁷ sólo el 35,5% son jubiladas, el 30,72% perciben otro tipo de pensión y el 32,21% se dedican a sus labores. Día a día, el número de mujeres incorporadas plenamente al mercado laboral va aumentando, pero en estas edades aún son pocas las que perciben jubilación por su trabajo remunerado, pues la mayoría han trabajado de forma esporádica, discontinua, y

²⁵ Sobre el total de mayores, el 21,44% son hombres que trabajaban en la construcción, industria, minería y transporte (5,73% de mujeres), el 15,37% en agricultura y ganadería (7,67%), 13,37% como peones y otros trabajos no especializados (4,43% de mujeres), y porcentajes menores al 5% en el resto de profesiones.

²⁶ Hablar de "hombres mayores inactivos" suele ser sinónimo de hablar de "hombres mayores de 65" en general, pero debemos distinguir ambos conceptos. Hombres mayores inactivos son 2.134.133 y hombres mayores de 65 años algunos más, 2.208.256 (sumándole la minoría que siguen en activos). Aunque en el discurso común se habla de mayores como inactivos en general debemos saber que no todos los mayores están jubilados. Parece adecuado aceptar cualquier expresión porque la diferencia es ínfima, pero queríamos dejar clara esa apreciación.

²⁷ Ídem nota al pie anterior. Mujeres mayores inactivas son 3.105.866, y mujeres mayores en total 3.161.996, sin embargo, el número de jubiladas es muy bajo.

Tabla 2.5. Población de 65 años y más (1), económicamente inactiva según la clase de inactividad por sexo y edad. Grupos quinquenales, absolutos y porcentajes, 1991

GRUPOS DE EDAD	CLASE DE INACTIVIDAD						
	Retirados y jubilados (2)	Otros pensionistas (3)	Labores del Hogar (4)	Estudiantes	Incapacitados permanentes	Otros inactivos	Totales
AMBOS SEXOS							
65 a 69	1.070.260	208.433	446.567	2.788	12.543	7.525	1.748.116
70 a 74	808.933	222.238	265.962	1.931	8.050	6.239	1.313.353
75 y más	1.257.353	587.261	292.517	3.398	16.321	21.680	2.178.530
TOTAL	3.136.546	1.017.932	1.005.046	8.117	36.614	35.444	5.239.699 (5)
% columna	59,86	19,42	19,18	0,15	0,69	0,67	100
HOMBRES							
65 a 69	764.522	18.272	1.550	366	6.232	3.479	794.421
70 a 74	527.392	14.360	1.032	341	3.302	2.273	548.700
75 y más	746.683	31.145	1.796	975	4.198	6.404	791.012
Total	2.038.597	63.777	4.378	1.502	13.723	12.156	2.134.133
% columna	95,52	2,98	0,20	0,07	0,64	0,56	100
% sobre total mayores	38,90	1,21	0,08	0,02	0,26	0,23	40,73
MUJERES							
65 a 69	305.738	190.161	445.017	2.422	6.311	4.046	953.695
70 a 74	281.541	207.878	264.930	1.590	4.748	3.966	764.653
75 y más	510.670	556.116	290.721	2.603	12.132	15.276	1.387.518
TOTAL	1.097.949	954.155	1.000.668	6.615	23.191	23.288	3.105.866
% columna	35,35	30,72	32,21	0,21	0,74	0,74	100
% sobre total mayores	20,95	18,21	19,09	0,12	0,44	0,44	59,27

(1) Para conocer a la población inactiva de otras edades (por ejemplo, mayores de 50-55 años, que aquí nos puede interesar) consúltese el Censo 1991, pág. 139. Para nuestro caso hemos calculado los porcentajes de los mayores de 65 años inactivos de interés para nuestro estudio.

(2) Este grupo incluye a los retirados, jubilados y a las personas que perciben pensiones de invalidez.

(3) Este grupo incluye a los otros tipos de pensionistas: viudedad, orfandad, favor de familiar.

(4) También denominadas en la mayor parte de los estudios, incluido el nuestro, "amas de casa".

(5) Si a este total de inactivos mayores (el 97,56 %) le sumamos los económicamente activos (una minoría, el 2,42 % o 130.253) obtenemos el total de mayores a 1991: 5.370.252. En la actualidad el número de mayores ronda el 20 % de la población, pero nosotros tomamos datos de 1991 y de 1996, de los cuales se dispone de información completa y pormenorizada.

Fuente: Elaboración propia con datos del *Censo de Población de 1991*. Tomo I, Resultados Nacionales. INE, 1994, pág. 139.

compaginándolo con las funciones de esposa, madre y ama de casa.

En definitiva, del total de personas mayores inactivas (que ya hemos visto que son el 97,56% del total de mayores), el 38,90% son hombres jubilados (20,95% jubiladas), el 18,21% mujeres cobrando otro tipo de pensión (viudedad, favor familiares, orfandad) y sólo el 1,21% de hombres se engloban en «otros pensionistas» (véase Tabla 2.5).

Al hablar de *Amas de casa mayores* nos referimos a las mujeres que han tenido como ocupación central las tareas del hogar. Y decimos «las», en femenino del plural, porque son mujeres las que se han centrado en este papel de manera exclusiva. Casi todas, por no decir todas, las personas mayores dedicadas a las labores del hogar son mujeres. Los datos lo muestran claramente: del 1.005.046 de mayores dedicados/as a estas labores (el 19,18% son mayores —sobre el total de todas las edades que se dedican a «sus labores»—) el 19,10% son mujeres (1.000.668) y una ínfima minoría, nunca mejor dicho, son hombres (4.378, el 0,08% sobre total de mayores). Está claro, pues, que las mujeres siguen centralizando en estas edades las funciones clásicas femeninas. Nos encontramos pues con un porcentaje bastante elevado de personas mayores (estas mujeres) que no cobran pensión alguna porque no han trabajado oficialmente. En este sentido podemos decir, pues, que el sistema de pensiones no es tan «universal» como se plantea, pues no llega a todos los mayores (por ejemplo, no cobran las amas de casa mayores, ni las amas de casa que han trabajado pero no han cotizado). De todos modos, las pensiones no contributivas ayudan a paliar la pésima situación de muchas de ellas (a pesar de las cuantías tan risibles), pero la mayoría dependen de sus maridos.

De todas maneras, no olvidemos que una gran parte de las mujeres mayores consideradas «amas de casa» compatibilizan, o han intentado compatibilizar con sus labores del hogar (con las que suelen identificarse, y así se las percibe y representa socialmente), otro tipo de trabajos esporádicos, variables, peor remunerados y de menor consideración social (trabajos sumergidos en el propio domicilio, ayuda en el negocio familiar, costura, ventas, etc.). Esta situación ambigua, de sobrecarga y conflicto de funciones, es característica de muchas mujeres de mediana edad, y también de las mayores de 65 años (véase 9.3.2.1.).

Los *Trabajadores/as mayores de 65 años* son tan sólo 130.253 (2,42% sobre el total) que trabajan de manera oficial. De este porcentaje el 1,38% son hombres y el 1,04% mujeres. Siguen siendo los hombres mayores más activos oficialmente (3,35%, 74.123 mayores activos sobre 2.208.256) que las mujeres (1,77%, 56.130 mujeres sobre 3.161.996) (Censo, 1991, 1994:52). Por ello, tomaremos a los mayores jubilados, aunque en realidad una buena parte de ellos realice algunos «trabajos» de forma extraoficial, para lo cual no se dispone

de datos, pero sí disponemos de discursos (véase 9.3.1.).

2.4. ESTATUS SOCIO-ECONÓMICO ACTUAL: ESTUDIOS E INGRESOS DE LA GENTE MAYOR

El estatus socio-económico viene delimitado por el nivel de estudios e ingresos, cuyos datos más genéricos son tratados a continuación.

En cuanto al NIVEL DE ESTUDIOS, se debe recordar que en 1920 el porcentaje de analfabetos era del 43% (35% los varones y 50% las mujeres) y sin embargo hoy tan sólo el 6% de los españoles son analfabetos (CIS, 1990). Mucho camino se ha recorrido desde entonces. Pero si atendemos a la distribución por edades hoy observamos que conforme se asciende en edad nos encontramos con menor nivel de estudios, sobre todo a partir de los 55 años. Las mayores tasas de analfabetismo se encuentran en los mayores de 65 años. Según el Censo de 1991, el grado «sin estudios» (leer, escribir y otros conocimientos básicos) es el que tienen muchos de los mayores (46,78% de los hombres y 46,89% de las mujeres) (véase Tabla 2.6. adjunta). Después, el primer grado (sin llegar a tener el graduado escolar) recoge en torno al 30% de mayores. El grupo de «analfabetos» constituye el 10,8% de mayores (5,83% de los hombres y 14,37% de las mujeres). Al unir los porcentajes de los niveles más bajos, como se ha procedido para el diseño de este estudio, resulta que el 57,64% (46,84 sin estudios + 10,8 analfabetos) de la gente mayor no tiene estudios y el 32,34% tiene estudios básicos —sin tener el Graduado Escolar—. Los mayores que tienen el segundo o tercer grado rondan el 5% (2,95% tiene estudios de tercer grado y 6,99 de segundo grado).

Llama la atención el menor nivel de estudios de las mujeres mayores tanto en relación a los varones como a las mujeres jóvenes. Sin embargo, esta situación ha dado un giro de 180 grados, y basta apuntar que en la actualidad el nivel de instrucción de las mujeres jóvenes supera al de hombres de la misma edad, sobre todo en determinadas carreras (Instituto de la Mujer, 1992, 1995)²⁸. En el otro extremo, las mujeres de edad siguen teniendo un nivel de

²⁸ Obsérvese en los diferentes estudios del Instituto de la Mujer y de la Dirección General de la Mujer de Madrid cómo la tasa de finalización de estudios de EGB y bachillerato (actualmente enseñanza primaria y E.S.O.) es considerablemente superior en las chicas. A nivel universitario, si en 1980-81 las mujeres eran menos de la mitad (43%) del alumnado con graduación universitaria (diplomaturas y licenciaturas), diez años más tarde han llegado a superar el 50%, tanto en las carreras de ciclo largo (54,8%) como en las de ciclo corto (63,9%). Esto es cierto en casi todas las áreas de estudio, excepto en las carreras técnicas medias y en las superiores, en las que aún no han superado el 20% (Instituto de la Mujer, 1992, 1993, 1995).

instrucción menor. Siguiendo datos del Instituto de la Mujer, el grupo de mujeres de 45 y más años es el que presenta una mayor tasa de analfabetismo (11,8%, EPA 1993). Esta tasa resulta algo mayor en las mujeres de todas las edades, pero la diferencia es extrema a partir de los 45 años, en que la tasa supera en seis puntos a la tasa masculina (5,8% en los varones, EPA 1993).

Uno de los principales motivos de estas desigualdades por género y edad está en que los mayores vivieron una infancia y juventud sin posibilidades de formarse y estudiar. Su fin vital más importante era entrar a trabajar lo más pronto posible (muchos de los mayores trabajan desde los 12 años o antes) y para las mujeres su objetivo primordial era el hogar y la crianza de los hijos. Esto se daba en un contexto de reconstrucción del país tras la Guerra Civil, y han tenido que pasar varias décadas desde entonces para que se empezara a generalizar la educación obligatoria (hasta los 16 años) para toda la población y aumentara el presupuesto del Estado en materia de Educación (becas, subvenciones). Hoy se disfruta de un sistema educativo que, a pesar de sus críticas, ha escolarizado a casi toda la población, consiguiendo el mayor nivel educativo nunca visto. Pero este logro y privilegio, desafortunadamente, no ha alcanzado a los más mayores, que han sido, paradójicamente, y no lo olvidemos, los que trabajaron por conseguir este éxito educativo global de hoy, pero del que no han disfrutado porque estos avances les han llegado «un poco tarde». Este menor nivel cultural, la falta de medios materiales que han sufrido, la ausencia de motivaciones y estímulos intelectuales, la falta de preparación general, producen un menor acceso y menor información respecto a los bienes culturales de hoy. Ello se debe, entre otros motivos, a que este espíritu e interés por la formación (o por el ocio, por ejemplo) que no ha sido potenciado anteriormente ahora, en la jubilación, de repente, no puede surgir —o al menos es más difícil— si no ha formado parte de su vida cotidiana. He aquí uno de los problemas de adaptación a esta etapa y que retomaremos en el análisis discursivo posterior.

A esta peculiar socialización recibida por los mayores se añade el impresionante aumento de jóvenes que en los últimos tiempos han adquirido titulación, produciendo la denominada «inflación de títulos» («la fiebre de la titulación»). Esta es otra de las explicaciones del desfase y obsolescencia de las cohortes de más edad, que obviando que su «riqueza cultural» está poco explotada y aprovechada, los datos objetivos y de títulos oficiales son reveladores de la ausencia de estudios, requisito imprescindible no sólo para el mercado laboral sino para desenvolverse y adaptarse a la *cibersociedad*, a la «aldea global» y *virtual* —podemos añadir—, en la que vivimos.

Este menor nivel educativo conlleva una clara desventaja en relación al conocimiento e información (actualmente tecnificada e informatizada), por ejemplo, sobre servicios sociales u otras prestaciones o ventajas aplicables a

Tabla 2.6. Nivel de instrucción de las personas mayores de 65 años por sexo y por grupos de edad, quinquenales. Absolutos y porcentajes, 1991

GRUPOS DE EDAD	TOTAL	ANALFABETOS	SIN ESTUDIOS	PRIMER GRADO (1)	SEGUNDO GRADO (2)	TERCER GRADO (3)
AMBOS SEXOS						
65 a 69	1.070.260	208.433	446.567	2.788	12.543	7.525
65 a 69 años	1.834.035	131.594	809.594	674.497	159.142	59.208
70 a 74 años	1.335.646	125.962	626.856	442.894	99.677	40.257
75 a 79 años	1.052.703	129.571	511.513	315.514	63.817	32.288
80 a 84 años	698.095	111.554	347.119	189.205	33.112	17.105
85 y más	449.773	84.598	220.423	115.080	19.952	9.720
Absolutos	5.370.252	583.279	2.515.505	1.737.190	375.700	158.578
%	100	10,8	46,84	32,34	6,99	2,95
HOMBRES						
65 a 69 años	844.266	38.629	366.270	312.367	85.649	41.351
70 a 74 años	561.392	28.576	260.493	191.836	52.994	27.493
75 a 79 años	410.966	25.160	202.156	128.503	34.132	21.015
80 a 84 años	252.288	21.496	131.511	72.519	15.729	11.033
85 y más	139.344	14.992	72.731	37.584	8.298	5.739
Absolutos	2.208.256	128.853	1.033.161	742.809	196.802	106.631
% sobre hombres	100	5,83	46,78	33,63	8,91	4,82
% sobre columna		22,09	41,07	42,75	52,38	67,24
% sobre total mayores	41,12%	2,39	19,23	13,83	3,66	1,98
MUJERES						
65 a 69 años	989.769	92.965	443.716	362.130	73.493	17.857
70 a 74 años	774.254	97.386	366.363	251.058	46.683	12.764
75 a 79 años	641.737	104.411	309.357	187.011	29.685	11.273
80 a 84 años	445.807	90.058	215.608	116.686	17.383	6.072
85 y más	310.429	69.606	147.692	77.496	11.654	3.981
Absolutos	3.161.996	454.426	1.482.736	994.381	178.898	51.947
% sobre mujeres	100	14,37	46,89	31,44	5,65	1,64
% sobre columna		77,90	58,94	57,24	47,61	32,75
% sobre total mayores	58,87	8,46	27,61	18,51	3,33	0,96

(1) Primer Grado: implica, según el Censo, la posesión de estudios básicos, sin llegar a tener el Graduado Escolar.

(2) Segundo Grado: Graduado Escolar, Bachiller superior, FP I, FP II, otras titulaciones medias.

(3) Tercer Grado: Diplomaturas, Licenciaturas, Ingenierías y Arquitecturas Técnicas y Superiores, Doctorado, Postgraduado y otras titulaciones superiores no universitarias.

Fuente: Elaboración propia con datos del *Censo de Población de 1991*. Tomo I, Resultados Nacionales. INE, 1994, pág. 46.

la gente mayor. También influye sobre el nivel de salud, la percepción de ésta, los hábitos de vida, etc. Como se trató anteriormente, el nivel educativo (añadido al nivel de ingresos y tipo de profesión) conforma el estatus socioeconómico de la persona, y queda clara la enorme influencia del mismo sobre la longevidad, la vivencia del proceso de envejecimiento y las actitudes hacia la jubilación. Por ello era imprescindible dedicarle al menos un breve apartado.

No podemos dejar de apuntar las últimas tendencias y medidas que lo gran paliar el bajo nivel educativo general de los más mayores. Estas iniciativas, que empiezan a tomar auge ahora, son, por ejemplo: la formación de mayores, las Universidades para Mayores, cursos de Educación de Adultos, etc. Sin embargo, habrá que esperar un tiempo para que estos intentos y propuestas bienintencionados tomen asiento y vayan cuajando. Este tipo de medidas coinciden con otras ideas innovadoras, que son loables y dignas de aplicar en principio, pero muchas veces no cumplen los objetivos iniciales, no se materializan, por falta de apoyos (de todo tipo) y, sobre todo, por la representación negativa que sigue persistiendo de que la formación en los mayores no es rentable económicamente.

Pero el panorama no es tan negativo y debemos decir que en un futuro nada lejano los mayores no serán los que sostengan el estereotipo de la «vejez inculta», simplemente porque cada vez serán más los que tengan un nivel de instrucción considerable. Una prueba de esta conexión de los mayores cada vez más preparados es la existencia de la asociación SENIORNET²⁹, o el foro de conversación virtual «Geronet» y algunas páginas web recientemente creadas en España (Júbilonautas, clubseniors, Júbilo, etc.), como vía en Internet para que los mayores puedan comunicarse e informarse. Aunque los porcentajes de utilización del ordenador, como uno de los indicadores de formación actual, son ínfimas en los mayores (concretamente de Internet sólo el 5% de mayores de 50 años lo utiliza. Consultora IdH, 1998; véase apartado 9.4.4.), todas las proyecciones apuntan hacia un aumento indudable del nivel de estudios y preparación de las generaciones actuales y futuras de mayores. Ello exige, pues, nuevas concepciones relacionadas, por ejemplo, con la oferta de actividades (viajes, formación, etc.), que deberán estar orientadas a una población cada vez

²⁹ Se puso en marcha en 1986, desde la iniciativa de algunos profesores de la Universidad de California. Se trata de una asociación sin ánimo de lucro para conectar a los mayores y familiarizarlos con la Informática (ver Subirats, 1992; Furlong y Schwarz, 1989; Seniornet, 1990; IMSERSO, 1997, *Revista 60 y más*, nº 150:32).

más preparada y con más bagaje para adaptarse al ritmo actual.

Para cerrar este apartado no olvidemos que el nivel educativo de una persona puede observarse desde dos puntos de mira: 1) el nivel de instrucción obtenido a título oficial o, 2) desde el capital cultural y de experiencia de una persona. La primera cuestión es a la que solemos referirnos cuando hablamos de nivel educativo en general, y por lo tanto, los mayores están en clara desventaja. En cambio, si tomáramos la segunda acepción quizá los mayores no saldrían tan malparados respecto a su preparación, pues su nivel cultural (independientemente de la obtención de títulos académicos) es más elevado de lo que las encuestas indican. De todos modos, tan sólo se dispone de información y estadísticas relativas a la primera cuestión que hemos tratado, pero querríamos dejar clara que su «riqueza cultural» (experiencia, conocimientos específicos, cultura general) puede ser superior a los datos cuantitativos que se toman en cuenta. Es decir, el nivel cultural puede incluir otros tipos de saberes que no se han adquirido a través de los estudios. De hecho, siguiendo a Rimbeau *et al* (1983:92 y ss.), entre las personas mayores de nuestra sociedad podemos encontrar verdaderos sabios, en el sentido ancestral de la palabra, que al lado de determinadas técnicas artesanales conocen y han reflexionado sobre la experiencia de la vida, la propia evolución personal, el conocimiento de otros y de las relaciones humanas, etc. En fin, poseen todo un bagaje cultural importante pero menospreciado y del que no se valora su utilidad. La especialización y tecnificación ya comentada ha ido sustituyendo este tipo de saberes, del que se atisba algún intento de recuperación (de tradiciones, folklore, artesanía, por ejemplo), pero de forma muy tímida.

En cuanto al NIVEL DE INGRESOS, como es comprensible, este aspecto viene marcado claramente por el estatus anterior (ya tratado en el 2.3.), pues dependiendo de la trayectoria laboral se tendrán más o menos bienes, ingresos y/o pensión.

Resulta interesante, dejando aparte los problemas de fiabilidad de las fuentes³⁰, poder conocer los niveles de ingresos de los mayores. Los ingresos se deterioran a menudo que aumenta la edad, siendo la pensión mínima de

³⁰ De forma general, los datos respecto a las pensiones e ingresos suelen mostrar problemas de fiabilidad por diferentes motivos: ocultación, olvido involuntario de ingresos/ayudas esporádicos, cada encuesta aplica unos intervalos de la cantidad de los ingresos, etc. Un ejemplo de la no disposición de estos datos lo encontramos en la ENSFTE (Encuesta de Necesidades Sociales y Familiares de la Tercera Edad, INSERSO, 1990). Según esta encuesta el 12,7% se coloca en la respuesta «no sabe, no contesta». En nuestro estudio también muchos mayores se han negado a poner sus ingresos en las «fichas complementarias» (véase fichas individuales en Anexo).

Tabla 2.7. Pensiones mínimas para 1999, según cuantía (en pesetas y euros/mes), según tipología, edad a partir de la cual puede percibirse la pensión, grado de invalidez y diferencia según se tenga o no cónyuge a cargo (1)

PENSIONES MÍNIMAS		CON CÓNYUGE A CARGO ptas./mes (euros)(2)	SIN CÓNYUGE A CARGO ptas./mes (euros)
Jubilación	- con 65 años:	67.050 (402,11)	56.990 (341,78)
	- menor de 65 años:	58.690 (351,98)	49.735 (298,27)
Incapacidad permanente	- Gran invalidez:	100.575 (603,17)	85.485 (512,67)
	- Absoluta o 65 años:	67.050 (402,11)	56.990 (341,78)
Invalidez provisional y larga enfermedad:		49.410 (296,32)	42.295 (253,65)
Viudedad	- con 65 años o más:	56.990 (341,78)	
	- entre 60 y 64 años:	49.735 (298,27)	
	- menor de 60 años:	37.955 (227,62)	
	- menor 60 y con cargas familiares:	45.480 (272,75)	
Orfandad	- por beneficiario:	16.860 (101,11)	
	- absoluta, un beneficiario:	54.815 (328,74)	
Favor de familiares	- por beneficiario:	16.860 (101,11)	
SOVI (Seguro Obligatorio de Vejez e Invalidez)	vejez, invalidez y viudedad:	40.745 (244,36)	
Prestación familiar por hijo/a a cargo mayor 18 años	- minusvalía 65%:	37.955 (227,62)	
	- minusvalía 75%:	56.935 (341,45)	
PENSIONES NO CONTRIBUTIVAS (3):		37.955 (227,62)	
PENSIÓN MÁXIMA:		295.389 (1.758,27)	

(1) Las pensiones del sistema de la Seguridad Social se han revalorizado el 1,8% desde el 1 de enero de 1999. Para conocer la cuantía anual basta multiplicar cada pensión "por 14", que son las pagas que se otorgan al año.

(2) 1 euro = 166,386 ptas.

(3) Estas pensiones, financiadas también por la Seguridad Social, pero gestionadas por el IMSERSO y CC.AA., pueden ser de dos clases: invalidez (menor 65 años) y jubilación (65 años y más), para cuya percepción hay que cumplir determinados requisitos: insuficiencia de recursos, residir en territorio español, entre otros.

Fuente: Elaboración propia con información del B.O.E. (enero de 1999) y del INSS (Instituto Nacional de Seguridad Social), 1999.

jubilación (con 65 años y con cónyuge a cargo) de 67.050 ptas./mes ó 402,11 euros (INSS, 1999). La pensión máxima puede alcanzar como tope las 295.389 ptas./mes (1.758,27 euros). Pero la pensión media general apenas supera las 73.000 ptas./mes y la pensión no contributiva está en 37.955 ptas./mes (véase Tabla 2.7. adjunta). Llama la atención cómo el 61% de las pensiones por jubilación y el 86% de las de viudedad están por debajo de 65.000 ptas./mes, por debajo del S.M.I. (S.M.I. 69.270

ptas./mes, 1999). Ello explica que, en conjunto, tienen un nivel de ingresos medio-bajo. Recordemos que el cálculo de la pensión se halla desde la base reguladora y otros factores que varían según la ley, el país, el régimen y el tipo de pensión³¹.

Según la ENSFTE (INSERSO, 1990), los ingresos están marcados por la edad y por el sexo (las mujeres presentan una distribución de ingresos más deteriorada que los hombres). Esto puede explicarse por las diferencias socio-económicas intergénero durante la vida activa, de modo que la mujer tiene menos posibilidades de disfrutar de una pensión de jubilación (como se constata en varios estudios consultados), y en el caso de disfrutarla, su cuantía es menor. El estado civil también incide sobre la situación económica: la situación de casado/a es favorable a unos mayores ingresos, en cambio, la viudedad (que afecta mayormente a las mujeres), implica unos menores ingresos mensuales y una peor situación socioeconómica.

Según esta misma encuesta (INSERSO, 1990), el modo de convivencia (muy relacionada con el estado civil), es otro de los factores importantes que explican las diferencias económicas. La situación más precaria se da entre las personas mayores que viven solas, y la mejor entre los que viven con su pareja. Debemos recordar que entre las personas que viven solas son mayoría mujeres viudas de edad avanzada (este sería el perfil más negativo). Si a este panorama añadimos que estas viudas han sido amas de casa y no han trabajado de forma remunerada (o lo han hecho de forma puntual y esporádica), la situación empeora. El hábitat también incide sobre la cuantía de los ingresos: en el medio urbano se da una mayor representación de los grupos de ingresos altos.

Varios estudios coinciden en afirmar que la fuente principal de ingresos de

³¹ La pensión se halla combinando: base reguladora (el promedio de lo cotizado, de lo ganado durante los 15 años precedentes a la jubilación, con la correspondiente ponderación del IPC) y el número de años de cotización. Obtenida la base reguladora del pensionista, se le aplica el % correspondiente a su periodo carencial (el 50% para los quince años cotizados y un 2% adicional por cada año más, hasta llegar al 100% de la base reguladora). Con 25 años de cotización se percibe el 80% de la base reguladora y con 35 años el 100%. Tales pensiones se revalorizan anualmente y están sujetas tanto a un importe mínimo como a una cuantía máxima...

Para los cálculos de la pensión en la UE y otras cuestiones relativas a la pensiones véase Ojeda Avilés, A. (1994), *Las pensiones de invalidez y vejez en la UE*. Madrid, Trotta. Concretamente el Capítulo 4, págs. 91-133. Recordemos (*op.cit.*, pág. 121) que la pensión de jubilación es incompatible con otra remuneración en España de manera más estricta, pero tiene una compatibilidad parcial en otros países (Bélgica, Dinamarca, Grecia, Italia, Irlanda, Luxemburgo, Holanda) y es compatible plenamente en otros (Alemania, Francia, Portugal y Gran Bretaña).

los mayores es la pensión (GAUR, 1975; Díez Nicolás, 1996; CIS, 1990; Cano, 1990). Siguiendo con la misma encuesta (ENSFTE, 1990), para el 62,8% de los entrevistados/as la pensión constituye la fuente principal de ingresos de su núcleo familiar. La mayor parte (89,1%) son pensiones de la Seguridad Social. El resto pertenecen a los sistemas de clases pasivas y regímenes funcionales de Seguridad Social, como MUFACE, MUNPAL e ISFAS, o son pensiones asistenciales de tipo no contributivo. Si se tiene en cuenta que, además de las pensiones de jubilación, las personas mayores se benefician de otros tipos de pensiones (invalidez, viudedad, favores familiares, asociaciones benéfico-caritativas, etc.), el nivel de ingresos de los mayores, en general, asciende. Por ejemplo, el 15% declaran recibir ayudas económicas habitual u ocasionalmente de sus familiares, y a la inversa, un 35% ofrece determinadas cantidades de dinero a sus familiares u otras personas.

Llama la atención cómo el 60,85% de las pensiones por jubilación y el 86,45 de las pensiones de viudedad están por debajo de las 65.000 ptas./mes (INSS, 1998). La distribución de las pensiones por cuantías actual se concentra en los niveles medio-bajo. Para conocer la pensión media de todos los tipos de pensiones en la actualidad (*Evolución mensual de las pensiones del sistema de la Seguridad Social*, enero 1999, INSS³²) véase Tabla 2.8. adjunta.

El 23,71% de las pensiones por jubilación y el 12,07 de las de viudedad oscilan entre 65.001 y 125.000 ptas./mes. Sin embargo, por encima de las 125.000 pesetas sólo están el 15,44% de las pensiones de jubilación y el 1,48% de las de viudedad (véase Tabla 2.8.). Ello explica claramente que la mayor parte de mayores tiene un nivel de ingresos medio-bajo, lo cual se refleja en nuestro diseño de investigación (Capítulo 6) y en los análisis (véase Capítulo 8). Siguiendo a López Jiménez (1993), no se puede hablar globalmente de las personas mayores como una población pobre, ya que, por ejemplo, es el grupo que acumula más patrimonio en sus manos, tiene una menor presión fiscal y unas cargas familiares más reducidas (...), de manera que pueden incluso ser considerados «menos pobres» que otros grupos de edad. Pero ello no evita que la pensión muchas veces no alcance el salario mínimo interprofesional y que continúen existiendo grupos particularmente poco protegidos (viudas, enfermos crónicos, trabajadores agrícolas, pequeños comerciantes, artesanos,

³² Estos datos tan recientes (a 1 de enero de 1999) no están publicados. Se trata de una edición-informe interno mensual del Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, INSS. Han sido facilitados en dos ocasiones (1997 y 1999) por Felisa Suárez, de la Subdirección General de Estudios e Informes Socioeconómicos del INSS.

obreros no cualificados, entre otros) que «entran en un círculo de privación acumulativa, ya que la aceptación sucesiva de desventajas económicas se une a un bajo nivel de exigencia que atrofia sus aspiraciones, produciéndose lo que Rosenmayr (1979) llama "autoincurrida privación social"» (López Jiménez, 1993, págs. 203-204). También Díez Nicolás concluye (1996:44) que aun siendo mejorables las condiciones de vida de los mayores (en relación a otros grupos de edad y a su vida anterior), excepto para una pequeña minoría no se puede hablar de marginación o indigencia en este segmento poblacional.

Empero, en un reciente estudio sobre *Las condiciones de vida de la población pobre en España* (EDIS et al., 1998) las tasas de pobreza de los mayores aún siguen siendo elevadas a pesar de la reducción del riesgo de pobreza en estas edades. La pobreza está viendo un cambio de «patrón» en España (pág. 134) caracterizado por una diversidad de factores. La pobreza se concentra en las mujeres (lo que se denomina «feminización de la pobreza»), en los hogares encabezados por mayores de 65 años, en los hogares monoparentales, en los que tienen menor nivel de estudios y tasas más altas de analfabetismo, en determinados núcleos urbanos y Comunidades Autónomas³³. Si observamos las tasas y datos relativos a la pobreza que aporta el estudio, la pobreza está bastante patente en los mayores de 65 años (11,3% del total de pobres son mayores de 65 años (EDIS, 1998:710). Pero esta tasa se eleva si se mira la pobreza por otras variables: estudios, estado civil, ocupación. Además, del total de encuestados que señalaron diversas causas de pobreza, «la edad avanzada» era la segunda causa señalada, después del «paro, trabajo precario», señalado por un 58,7% de los entrevistados. Otros porcentajes tenían menor respuesta (enfermedad, falta de salud, 10,2%, o las injusticias sociales, 6,7%, al que se añaden: carencias educativas, deudas, problemas de adicción, barrio de residencia, vivienda). Como se puede observar todas ellas están relacionadas entre sí (págs. 361-363). En general, la combinación de factores so-

³³ Según la Encuesta de Presupuestos Familiares 1990-1991 (Pérez Ortiz, 1997:476) son 2.830.495 los hogares encabezados por mayores de 65 años, es decir, la cuarta parte de hogares españoles. Estos hogares presentan mayor incidencia de pobreza, junto a los hogares unipersonales o encabezados por un parado con hijos (pág. 479). Cada una de las formas de convivencia tendrá distintas implicaciones. El modo de convivencia predominante es el compuesto por mayores solos o en pareja. Pero también se dan otras formas de convivencia: que el mayor sea el principal sustentador del hogar, o estar viviendo con otros (generalmente los hijos) sin ser el mayor el cabeza de familia. El primer caso tienen la ventaja de "ser menos dependiente", pero también el tener que soportar una mayor carga; la segunda implicará un mayor bienestar económico, pero quizá también una pérdida de autonomía (véase apartado 8.3.).

Tabla 2.8. Distribución del número de pensiones de jubilación y de viudedad por tramos de cuantía.
En números absolutos y en porcentajes, 1998

CLASE DE PENSIÓN	JUBILACIÓN			VIUEDAD		
	TRAMOS DE CUANTÍA	Número	%	% por intervalos(1)	Número	%
Hasta 10.000 Ptas	37.999	0,87	60,85	36.821	1,92	
10.001 - 15.000	44.826	1,03		12.513	0,65	
15.001 - 25.000	34.319	0,78		164.638	8,57	
25.001 - 35.000	131.737	3,01		273.780	14,26	
35.001 - 45.000	408.733	9,35		248.242	12,93	86,45
45.001 - 50.000	132.533	3,03		112.778	5,87	
50.001 - 55.000	927.950	21,22		681.707	35,50	
55.001 - 60.000	290.650	6,65		77.251	4,02	
60.001 - 65.000	651.953	14,91		52.516	2,73	
65.001 - 70.000	186.338	4,26		55.306	2,88	
70.001 - 75.000	93.546	2,14	23,71	35.072	1,83	
75.001 - 80.000	85.116	1,95		32.407	1,69	
80.001 - 85.000	80.597	1,84		29.490	1,54	12,07
85.001 - 90.000	78.658	1,80		21.208	1,10	
90.001 - 100.000	157.024	3,59		24.701	1,29	
100.001 - 125.000	355.800	8,14		33.417	1,74	
125.001 - 160.000	328.541	7,51	15,44	25.062	1,31	
160.001 - 284.198	345.860	7,91		3.264	0,17	1,48
Más de 284.198	794	0,02		15	0,00	
TOTALES	4.372.974	100	100	1.920.188	100	100

(1) Se han sumado los porcentajes del primer intervalo hasta 65.000 ptas./mes considerando que la pensión media de los últimos años está en torno a esta cifra (1995: 63.655 ptas./mes —INSS, 1996— y 69.998 ptas./mes en 1997 —INSS, 1998—). Igualmente observamos que la pensión mínima de jubilación es de 67.059 ptas./mes (402,11 euros) y la de viudedad es de 56.990 ptas./mes (341,78 euros) (véanse Tablas adjuntas). Hubiésemos podido establecer otros intervalos de porcentajes acumulados, pero consideramos los escogidos demostrativos y adecuados para nuestro diseño de la parte empírica (véase Capítulo 6).

Fuente: Elaboración propia con datos del Instituto Nacional de la Seguridad Social, *Informe Estadístico 1997*. Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, INSS, 1998, pág. 286.

cio-económicos, educativos y sanitarios, como, por ejemplo, falta de salud y analfabetismo, falta de salud y desintegración social, paro y desintegración social (más pesimismo, problemas de vivienda...) conduce a situaciones de pobreza y malestar aún más acusadas (ibídem, 430-431). Todo ello, también abordado por otros autores (por ejemplo, Renes, 1993:122-128; 168-171; Paniagua Mazonera, 1989; Millar, 1984; CC.OO., 1990; Pérez Ortiz, 470-

Tabla 2.9. Distribución de las pensiones de jubilación y viudedad por regímenes de la Seguridad Social. Número absoluto de las pensiones, importe-gastos y pensión media (en pesetas)

CLASE DE PENSIÓN	JUBILACIÓN			VIUEDAD			% TOTAL (1)
	Número	Importe	Pensión media	Número	Importe	Pensión media	
General	2.259.421	225.928.552.769	99.994	1.060.823	58.635.222.542	55.273	52,96
Trabajadores Autónomos	492.032	28.519.465.525	57.963	211.749	8.672.338.593	40.596	10,87
Agrario Cuenta Ajena	368.105	21.724.568.147	59.017	208.239	9.252.657.831	44.433	9,23
Agrario Cuenta Propia	638.170	35.307.601.943	55.326	213.205	8.078.625.043	37.891	12,64
Trabajadores del Mar	67.689	6.926.552.037	102.329	41.364	2.092.031.100	50.598	1,71
Minería del Carbón	45.364	7.382.276.515	162.734	22.293	1.272.610.839	57.086	1,05
Empleados de Hogar	171.881	8.840.742.127	51.435	6.804	205.299.801	30.173	2,79
Accidentes de Trabajo	38.311	2.362.576.591	61.668	61.499	3.746.232.082	60.915	2,51
Enfermed. profesionales	12.040	1.854.731.805	154.047	17.582	1.051.074.962	59.781	0,61
SOVI(2)	279.961	9.599.457.327	34.289	76.630	2.145.532.922	27.999	5,63
TOTAL	4.372.974	348.446.524.786	79.682	1.920.188	95.152.525.715	49.554	100

(1) Distribución porcentual del total del número de pensiones por regímenes. Se refiere a todas las clases de pensiones del sistema de la Seguridad Social. Estas son: jubilación, viudedad, invalidez, orfandad, favor familiares.

(2) SOVI: Seguro Obligatorio de Vejez e Invalidez.

Fuente: Elaboración propia a partir de datos del Instituto Nacional de Seguridad Social, *Informe Estadístico 1997*, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, INSS, 1998, pág. 237.

483; Herce, 1995: 185-198), conduce a que los mayores tengan mayor riesgo de pobreza (que cumplan el «perfil» de pobre) por encontrarse en muchas de las situaciones graves detectadas (en relación a los estudios, actividad, modo de convivencia y otras variables) por estos expertos y según estudios de contextos no españoles³⁴. Según Herce (1995:191), la pobreza, con sus dos dimensiones (carencia de ingresos y escasez de gastos), tiene mayor incidencia en los hogares a cargo de personas de edad, que son el 25% de los hogares españoles. Además, el gasto se concentra en «alimentos y vivienda», significativamente por encima del conjunto de hogares, y gasto menor en «transporte y esparcimiento», que es más elevado en otros grupos de población. Ayala *et al.* (SECOT, 1995:217) también destacan que el 30% de los hogares cuyo sustentador principal es mayor de 64 años se sitúa por debajo del

³⁴ A nivel internacional se confirma lo que venimos comentando, sobre todo en las zonas más de pauperadas y países en desarrollo (NN.UU., 1988; Schulz, Borowski y Chrown, 1989; Morris y Scott, 1988; Herzog, 1989, Dooghe, 1992; Pickard, 1995, entre otros. Véase bibliografía).

umbral de pobreza definido en términos de gastos de consumo, con gran desigualdad entre los mayores, y peor situación para las mujeres. En fin, a pesar de los avances en pensiones y servicios *no* se ha conseguido que los mayores «dejen de afrontar un riesgo de pobreza que prácticamente duplica el riesgo medio de toda la población» (Pérez Ortiz, 1997:481).

La tesis de que los mayores tienen un bajo poder adquisitivo y sólo son perceptores no está nada clara, es sólo una verdad a medias (ver Capítulo 8.3.). Efectivamente, aunque sus ingresos disminuyan, sus demandas de consumo siguen siendo las mismas en algunos aspectos (necesidades básicas, por ejemplo) y distintas en otros (servicios sociales, atención médica, seguros, etc.) que están resultando ser más importantes de lo que en realidad se pensaba hasta hace poco. La pautas de consumo son distintas de otros grupos de edad (Campos Granada, 1995:345), respecto al menor interés en adquirir «automóvil» y «diversiones», pero una misma similar necesidad de consumir, respecto a otros grupos, «alimentos de calidad», «electrodomésticos» o «vestido-calzado». De hecho, los expertos subrayan las nuevas necesidades de los mayores y la capacidad de consumo y gasto de los mismos. Los mayores como fuente de inversión y como un campo con perspectiva futura (están conformando «nuevos yacimientos de empleo») está empezando a ser analizado y a tenerse en cuenta. Baste observar cómo se han volcado varias empresas intentando «captar» el supuesto menor poder adquisitivo de los mayores (aseguradoras, Bancos y Cajas, con propuestas de planes de pensiones, oferta de viajes, de servicios, etc.). Las aportaciones de los mayores en estas áreas resultan, pues, cada día más patentes e «interesadas»³⁵.

Si observamos la distribución de pensiones por edades (véase Tabla 2.10 al final del epígrafe) podemos ver la coherencia de lo dicho anteriormente: de todos los pensionistas por jubilación la mayor parte son mayores de 65 años

³⁵ Para conocer esta faceta de los mayores como consumidores, otros comportamientos o aportaciones en relación al mercado financiero consúltense los siguientes estudios: «El perfil de los consumidores mayores» (I. Grande), «Las personas mayores en su faceta de consumidoras» (J.A. Granados), «El comportamiento de las personas mayores en el mercado inmobiliario» (M. Eyries), «Las edades doradas y el comportamiento financiero» (F. Bosch) o la «Evaluación multidimensional de las necesidades de los ancianos» (B. González) y otros artículos en *Las aportaciones económicas de las personas mayores* (SE-COT, 1995).

También, la obra de I. Grande (1993), *Marketing estratégico para la Tercera Edad*; INSERSO (1990), *La Tercera Edad en España: Necesidades y demandas*; I. Casals (1996), «La gent gran com a consumidor de serveis», etc. (véase Bibliografía). Además, la lista se vuelve más amplia si incluimos las obras destinadas con consejos y otras recomendaciones para los mayores: *Asegure su futuro, Dónde invertir sus ahorros*, etc., son algunos de los títulos de obras divulgativas que se pueden encontrar en cualquier librería.

Tabla 2.10. Distribución de las pensiones de jubilación y viudedad por sexo y grupos de edad. Números absolutos, porcentajes, pensión media, 1997 y 1999

CLASE PENSIÓN	JUBILACIÓN								VIUEDAD							
	HOMBRES		MUJERES		TOTAL				HOMBRES		MUJERES		TOTAL			
SEXO	Número	Pensión media	Número	Pensión media	Número	Intervalo acumulado (1)	Pensión media	P. media intervalo	Número	Pensión media	Número	Pensión media	Número	Intervalo acumulado	Pensión media	P. media intervalo
15-19									25	56.400	47	65.285	72		62.200	
20-24									53	44.138	290	47.865	343		47.289	
25-29									299	49.534	2.450	49.923	2.749		49.881	
30-34									1.055	50.624	8.019	53.090	9.074	426.415	52.804	
35-39									2.221	54.156	14.534	56.764	16.755	22,21%	56.419	54.884,7
40-44									3.110	56.208	23.102	58.927	26.212		58.604	
45-49									4.506	57.051	37.899	58.409	42.405		58.265	
50-54	757	220.550	18	63.791	775	343.909	216.909		6.094	55.430	62.607	56.074	68.701		56.017	
55-59	2.978	143.713	32	115.732	3.010	7,86%	143.415	149.943,6	6.832	52.551	84.559	53.243	91.391		53.192	
60-64	290.430	93.810	49.694	64.357	340.124		89.507		12.582	49.714	156.131	54.535	168.713		54.176	
65-69	887.669	99.697	339.633	65.320	1.227.302		90.183		17.208	46.937	236.941	54.744	254.149		54.216	
70-74	754.251	93.640	345.382	61.161	1.099.633	4.029.065	83.439		21.154	42.209	301.053	51.694	322.207	1.493.773	51.072	
75-79	511.722	87.903	292.561	56.427	804.283	92,14%	76.454	73.571,6	21.866	38.627	317.521	48.324	339.387	77,79%	47.699	48.098,8
80-84	286.630	75.240	214.087	50.634	500.717		64.719		18.301	35.056	270.489	45.263	288.790		44.616	
85 y más	205.997	61.115	191.133	44.384	397.130		53.063		19.301	30.628	269.939	43.768	289.240		42.891	
Total	2.940.434	90.498	1.432.540	57.481	4.372.974		79.682		134.607	42.527	1.785.581	50.083	1.920.188		49.554	
Total (2)																
Edad media	72		75		73				71		72		72			
TOTAL SISTEMA(3)	Número 7.039.678 Pensión media 63.655															

(1) Fijémonos que si tomáramos a los mayores de 60 años el porcentaje de jubilados aumentaría aún más, por lo que podemos considerar que casi todos los jubilados son mayores, aunque "jubilado" no sea equivalente a "mayor de 65 años". Hay jubilados a partir de 50 años, pero vemos que se concentran en las edades más elevadas.

(2) Últimos datos nos indican un ascenso del total de pensiones. Fuente: *Boletín Mensual de Estadística*, INE, julio 1997 (pág. 288), y *Evolución Mensual de pensiones...* (1999, INSS).

(3) El total de pensiones (incluyendo todas las clases: jubilación, viudedad, invalidez, orfandad, favor familiar) es el indicado. Pero según últimos datos, el número total de pensiones es de 7.476.202 (que no pensionistas), y la pensión media de 73.754 ptas. *Evolución Mensual de Pensiones del Sistema de Seguridad Social*, enero 1999, INSS.

Fuente: Elaboración propia a partir de datos del INSS (Instituto Nacional de Seguridad Social), *Informe Estadístico 1997*. Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, INSS, 1998, págs 269-275, y *Boletín Mensual de Estadística*, INE, 1997, pág. 288, y *Evolución Mensual de Pensiones del Sistema de la Seguridad Social*, INSS, 1999.

(el 92,14%, pensión media: 73.571,6 ptas./mes) y las pensiones por viudedad se concentran también en los/as mayores de 65 años (el 77,79%, pensión media: 48.098,8 ptas./mes). La pensión mínima según el BOE (I-1999) es de 67.050 ptas./mes (jubilación mayor de 65 años) y de 56.990 ptas. (viudedad, mayor 65 años) (véase Tabla 2.7.). Aunque casi todas las personas mayores son jubilados/as o cobran pensión por viudedad, hay una minoría que es menor de 65 años y otra minoría que cobra pensiones de otro tipo.

Si tenemos en cuenta los Regímenes de las pensiones por jubilación observamos que la mayoría, siempre hablando de pensiones públicas (que son la mayoría hasta hoy, aunque poco a poco van proliferando los fondos privados de pensiones), pertenecen al Régimen General de la Seguridad Social (52,96%), al Régimen Agrario por cuenta propia (12,64%), Trabajadores Autónomos (10,87%) y Régimen Agrario por Cuenta Ajena (9,23%). Los otros Regímenes representan menores porcentajes. Si atendemos a las pensiones por viudedad (1.956.655 pensiones sobre el total de 7.476.202 que otorga la Seguridad Social) la distribución es similar (INSS, 1998. Véase Tabla 2.9. adjunta). Para conocer el nivel de pensiones según las Comunidades Autónomas véase Tabla 3 en el Anexo.

2.5. ESTADO CIVIL, MODOS DE CONVIVENCIA Y HABITAT

Estos factores también nos sirven para contextualizar y completar el baile de datos sobre la situación actual de los mayores. De forma general, el 20% de los mayores viven solos. Y si contrastamos este porcentaje en relación a la población de todas las edades que vive en hogares unipersonales, la cifra asciende: el 48% de la población que vive sola son mayores de 65 años (Durán, 1990).

El modo de convivencia predominante es el compuesto por mayores solos o en pareja. Según la Encuesta de Presupuestos Familiares (Pérez Ortiz, 1997:476-477), los hogares encabezados por mayores son relativamente pequeños en número de miembros (2,2 personas por hogar), en comparación con el total de hogares (3,4). La cuarta parte de los hogares encabezados por mayores está formada por una sola persona, y algo más de la tercera parte (37,9%) por una pareja en la que el sustentador principal es mayor. Aproximadamente la mitad de los mayores encabeza su propio hogar y un 25% tienen miembros de otras edades. Lo que es importante señalar es que las formas de convivencia marcarán tanto el bienestar económico, como las actividades, como la disponibilidad de apoyo, etc., que aquí vamos a esbozar (véase también 8.3.).

Tabla 2.11. Población de 65 y más años según el estado civil por género. Absolutos, porcentajes y totales

SEXO	HOMBRES			MUJERES			TOTALES	
ESTADO CIVIL	Total	% sobre hombres	% sobre total mayores	Total	% sobre mujeres	% sobre total mayores	Absolutos por filas	%
Casado	1.703.370	77,13	31,71	1.296.176	40,54	24,13	2.999.546	55,85
Soltero	158.203	7,16	2,94	397.902	12,58	7,40	556.105	10,35
Viudo	332.879	15,07	6,19	1.450.257	45,86	27,00	1.783.136	33,20
Separado	9.876	0,44	0,18	12.814	0,40	0,23	22.690	0,42
Divorciado	3.928	0,17	0,07	4.847	0,15	0,09	8.775	0,01
TOTAL	2.208.256	100	41,09	3.161.996	100	58,85	5.370.252	100

Fuente: Elaboración propia con datos del *Censo de Población de 1991*, Tomo I, Resultados Nacionales. INE, 1994, págs. 35 y 36.

En cuanto al estado civil, llama la atención el que la mayor parte de los hombres permanece «casado» (77,13% de los hombres mayores están casados), pero la proporción es bastante inferior en las mujeres (el 40,54%. Véase Tabla 2.11. adjunta). Esto es debido al hecho diferencial de que la edad de contraer matrimonio es siempre mayor en los hombres y que unido a la menor esperanza de vida de los mismos ocasiona un menor número de viudos y mayor cantidad de mujeres solas.

Pero la viudedad no es sólo un dato socio-demográfico, sino un fenómeno social que deja a las mujeres, sobre todo, ante un modo de vida condicionado aún por la situación social del marido (Cluzel, 1983; Alberdi y Escario, 1986; Arber y Ginn, 1991; Bazo, 1993; Brown y Laskin, 1993)³⁶. Esta situación está cambiando debido a la autonomía alcanzada por las mujeres con su incorporación al trabajo, pero aún se trata de una posición especial que caracteriza a las mujeres mayores de hoy. Pero de forma general la viudedad viene implicando un cambio negativo sobre la salud física y mental e incluso puede conllevar una muerte prematura (Gallegner, Thompson y Peterson, 1981; en Montorio, 1994:20). Aragón (1986:312) también señala que hay más del doble de viudas mayores de 75 años que viudos de la misma edad, y que la mortalidad aumenta

³⁶ Varios estudios, la mayor parte de contextos extranjeros, se centran en la situación de mayor soledad de los mayores, sobre todo de las mujeres. Además de los citados, otros son: Centre Internationale de Gerontologie Sociale (1975), Collot *et al.* (1992), Friedan (1994), Gibson (1985), Freixas (1993), entre otros (véase bibliografía).

en los viudos/as, además de producirse una pérdida de identidad, aumento de la soledad, aislamiento emocional y social (véase 9.5.2.).

La proporción de mujeres solteras es también mayor que la de los hombres, siendo un grupo más proclive a la posibilidad de ser económicamente más activas que las casadas o divorciadas/separadas. Alrededor del 85% de la población mayor que vive sola son mujeres, no sólo en España sino también en otros países (Rouet, 1986; López Jiménez, 1993:129). Las mujeres pueden sufrir un aislamiento precoz en torno a los 50-60 años (con la partida de los hijos/as) o en torno a los 70-75 años con el fallecimiento del marido. La mayor esperanza de vida de las mujeres y el hecho de que suelen contraer matrimonio con hombres mayores que ellas hace que la distribución del estado civil en la población mayor de 65 años siga pautas muy diferenciadas por sexo. Más concretamente, el porcentaje de mujeres mayores viudas (46%) sobrepasa claramente al de hombres en esta situación (16%). La tasa de viudedad crece, lógicamente, a medida que aumenta la edad; por tanto, es necesario señalar que el ritmo de crecimiento es más acelerado en el caso de las mujeres. La tasa de viudedad tras cumplir los 80 años alcanza el 40% en el caso de los hombres y se eleva al 80% en el caso de las mujeres. En contrapartida, las mujeres presentan una mayor morbilidad y constituyen un grupo que, a medida que aumenta en edad, genera un gran número de demandas de atención y cuidados.

Ser viuda y sin hijos, pues, puede llegar a ser una doble amputación, ya que no sólo pierde el marido (que le otorgaba estatus) sino también el apoyo de los hijos/as, de ahí que la viudedad sea un problema claramente psicológico y social. Según el sociólogo catalán Salvadó (1996), *«La soledad de las mujeres viejas no se puede explicar únicamente por este factor biológico...»*, es decir, por una mayor esperanza de vida femenina, sino que *«nos damos cuenta de que hay una tendencia (digamos «cultural») a permitir que las mujeres viudas vivan solas más que los viudos. Así, la soledad de las mujeres viejas se explica tanto por razones biológicas como por convencionalismos sociales que se esconden detrás de la división sexual del trabajo»* (págs. 480-81)³⁷. Por tanto, el aislamiento social (al igual que los bajos recursos o el deterioro) parece algo consustancial a la vejez y de ahí que se generen representaciones sociales negativas en este sentido (véase Capítulo 10). Pero el tema de la soledad puede ser algo muy subjetivo, ya que una persona puede sentirse sola aun estando acompañada o a la inversa. Además, debemos distinguir varios

³⁷ Este sociólogo catalán centra su estudio en Cataluña, concretamente en el área metropolitana de Barcelona (Encuesta Metropolitana de Barcelona, 5.701 casos, 1986-1990).

niveles de aislamiento (social, cultural, relacional, territorial-espacial) que desgraciadamente cuando aparece lo hace en distintas facetas vitales (ver apartado 9.5.).

No podemos olvidar que actualmente aislamiento, género femenino, viudedad, bajo estatus socio-económico suelen darse en un mismo lote. Se ha demostrado, además, que el aislamiento y soledad pueden tener graves consecuencias: menor relación y apoyo psico-social, aumento del consumo de medicamentos u otras sustancias peligrosas, actividades pasivas y dentro del hogar, entre otras, lo cual puede convertirse en un acelerador de las enfermedades no sólo físicas sino psíquicas, un acelerador del envejecimiento y, en última instancia, de la muerte. De todos modos, el tema de la soledad y de las relaciones, que podría ser objeto de otros estudios y tesis, son retomados en capítulos posteriores.

Pasemos a otra cuestión. El aumento de la cohabitación es uno de los cambios que está viviendo la sociedad de hoy. De todas maneras, en los mayores apenas se observa esta vida en pareja sin haber pasado por la sacristía. Los cambios de las pautas familiares están invalidando el concepto clásico predominante de «familia» (familia nuclear, padre/madre/hijo) frente a diversos y nuevos modelos familiares emergentes. Por ejemplo, el hogar unipersonal es frecuente en la gente mayor. La familia extensa, tan característica hasta hace pocos años, parece que está en extinción. De todas maneras, algunas investigaciones concluyen en que estos cambios no son tan acelerados y la familia extensa ha derivado en familia «extensiva». Roigé (1996), que analiza el caso de las zonas rurales en Cataluña, llega a la conclusión general de que si bien el tipo familiar extenso está en disminución ello no implica una disminución de la importancia y apoyo de la familia sino que cambian las formas. Es lo que viene denominándose «intimidad a distancia» (Ronsenmayr y Köcheis, 1963) para referirse a este cambio crucial en el que no desaparecen las relaciones familiares entre generaciones sino que dejan de convivir bajo el mismo techo, pero las relaciones de apoyo no dejan de producirse. La familia sigue siendo central (véase apartado 9.5.) y su papel sigue siendo igualmente importante.

Sobre datos del CIS (1990), el 53% del conjunto de la población mayor convive con el cónyuge o con su cónyuge e hijos/as. Esta proporción es muy superior en los hombres (70%) frente al 40% de las mujeres. Estos datos concuerdan con lo comentado anteriormente de la mayor esperanza de vida en las mujeres y, por tanto, la mayor probabilidad de quedar viudas y, por ende, de vivir solas.

Algunos datos sobre las modalidades de convivencia de las personas mayores muestran claramente la relación entre éstas y la edad. Según datos del Censo de 1991, del total de mayores de 65 años, 5.229.142 viven en viviendas unifamiliares y sólo 141.110 (2,6%) en establecimientos colectivos (véase Tabla

2.12.). A excepción de las personas que viven en Residencias, la mayor parte, y siguiendo al CIS (1990), habita en viviendas de su propiedad o de la pareja (58%). Un 16% se aloja en viviendas de alquiler y una cifra similar (15%) lo hace en el domicilio de algún hijo/a. Algo más de las dos terceras partes (68%) de los que conviven con sus hijos/as lo hacen de manera permanente, frente a un 15% que cambia de familiar por temporadas, sobre todo en las grandes ciudades³⁸. A esta situación se añaden los problemas de vivienda, fundamentalmente en las grandes ciudades, tanto de los mayores como de sus familiares. Las de los primeros suelen estar deterioradas, y las segundas suelen disponer de espacio limitado, con la consecuencias que de ello pueden derivarse³⁹.

Los porcentajes de los que viven con la pareja e hijos van disminuyendo con la edad, de tal forma que a los 80 años sólo un 21% viven con su pareja, y el porcentaje de quienes viven con la pareja y los hijos se reduce al 5%. La disminución de la frecuencia de estas formas de convivencia, claramente asociada a la pérdida de la pareja, va acompañada de un aumento del porcentaje de personas que viven solas, pero sobre todo del de aquellas que viven en casa de los hijos. Parece, por tanto, que mientras vive la pareja, las personas mayores prefieren vivir con la misma de forma independiente y la pérdida de la pareja es la que lleva a la persona a vivir con los hijos/as. Hay que añadir, además, que las modalidades de convivencia siguen pautas diferenciadas por sexo. Dado que el enviudamiento es más frecuente entre las mujeres, también es más frecuente que éstas vuelvan a vivir con los hijos/as cuando avanza la edad.

Un análisis de los motivos por los que las personas mayores viven solas nos revela que la situación no es, en general, problemática. Siguiendo datos del CIS (1990), un 41% de los hombres y un 51% de las mujeres que viven solas/os declaran que lo prefieren o que pueden valerse por sí mismas/as. Estos datos nos indican que para la mayoría de las personas mayores que viven solas la situación no tiene un carácter forzoso. Un 24% de hombres y un 20% de mujeres señalan simplemente que enviudaron y los hijos se independizaron, sin aclarar si esto representa un problema. La vivencia en solitario de forma forzoza afecta a un 13% de la población (porcentaje muy similar para hombres y

³⁸ También queremos remarcar, siguiendo datos del INE (1991), que en el 34,1% de los hogares españoles vive algún mayor y que el 16% son hogares formados sólo por mayores, y de éstos un 2,8% son hogares en los que vive un mayor de 80 años en solitario.

³⁹ En este caso no vamos a detenernos en las condiciones de las viviendas de los mayores, lo cual requeriría análisis más extensos. De todas maneras, parece relevante recordar algunas referencias que se encargan del estudio de las viviendas de las personas mayores en algunos de sus capítulos (GAUR, 1975; INSERSO, 1990, 1993; Bazo, 1990; Bergvelt, 1992; Cortés, 1997, entre otros).

Tabla 2.12. Población de 65 y más años por clase de vivienda y estado civil. Absolutos y porcentajes por grupos quinquenales

ESTADO CIVIL	GRUPOS DE EDAD						Total y % de fila
	De 65 a 69 años	De 70 a 74	De 75 a 79	De 80 a 84	85 y más		
AMBOS SEXOS							
Población mayor que habita en viviendas unifamiliares							
Solteros/as	157.744	120.151	97.267	65.318	41.057	481.537	9,20
Casados/as	1.317.043	822.163	516.450	244.250	84.991	2.984.897	57,08
Viudos/as	323.403	362.669	404.134	352.769	289.836	1.732.811	33,13
Separados/as	9.865	5.707	3.351	1.653	820	21.396	0,40
Divorciados/as	4.495	2.259	1.154	442	151	8.501	0,16
Total columnas	1.812.550	1.312.949	1.022.356	664.432	416.855	5.229.142	100
Población mayor que habita en establecimientos colectivos (1)							
Solteros/as	17.270	15.015	15.711	14.176	12.396	74.568	52,84
Casados/as	1.504	2.388	3.835	4.175	2.747	14.649	10,38
Viudos/as	2.288	4.899	10.426	15.062	17.650	50.325	35,66
Separados/as	343	327	301	218	105	1.294	0,91
Divorciados/as	80	68	74	32	20	274	0,19
Total columnas	21.485	22.697	30.347	33.663	32.918	141.110	100
HOMBRES							
Hombres mayores que habitan en viviendas unifamiliares							
Solteros	58.729	33.975	23.348	14.339	7.886	138.277	6,38
Casados	714.031	456.375	306.850	158.453	60.217	1.695.926	78,25
Viudos	57.445	60.419	69.837	69.472	63.211	320.384	14,78
Separados	4.302	2.376	1.378	643	261	8.960	0,41
Divorciados	1.981	987	530	172	62	3.732	0,17
Total columnas	836.488	554.132	401.943	243.079	131.637	2.167.279	100
Viviendo en establecimientos colectivos							
Solteros	5.752	4.457	4.345	3.347	2.025	19.926	48,62
Casados	814	1.064	1.793	2.185	1.588	7.444	18,16
Viudos	873	1.460	2.646	3.508	4.008	12.495	30,49
Separados	277	231	191	146	71	916	2,23
Divorciados	62	48	48	23	15	196	0,47
Total columnas	7.778	7.260	9.023	9.209	7.707	40.977	100
MUJERES							
Mujeres mayores que habitan en viviendas unifamiliares							
Solteras	99.015	86.176	73.919	50.979	33.171	343.260	11,21
Casadas	603.012	365.788	209.600	85.797	24.774	1.288.971	42,09
Viudas	265.958	302.250	334.297	283.297	226.625	1.412.427	46,13

Continúa ➔

	De 65 a 69 años	De 70 a 74	De 75 a 79	De 80 a 84	85 y más	Total y % de fila	
MUJERES							
Mujeres mayores que habitan en viviendas unifamiliares							
Separadas	5.563	3.331	1.973	1.010	559	12.436	0,40
Divorciadas	2.514	1.272	624	270	89	4.769	0,15
Total columnas	976.062	758.817	620.413	421.353	285.218	3.061.863	100
Viviendo en establecimientos colectivos							
Solteras	11.518	10.558	11.366	10.829	10.371	54.642	54,56
Casadas	690	1.324	2.042	1.990	1.159	7.205	7,19
Viudas	1.415	3.439	7.780	11.554	13.642	37.830	37,77
Separadas	66	96	110	72	34	378	0,37
Divorciadas	18	20	26	9	5	78	0,07
Total columnas	13.707	15.437	21.324	24.454	25.211	100.133	100

(1) Según el Censo, "establecimientos colectivos" incluye los siguientes tipos de establecimientos: hoteles, moteles, pensiones; residencias estudiantiles; residencias trabajadores; instituciones de enseñanza; hospitales generales; hospitales psiquiátricos; hospitales larga estancia; orfanatos; asilos, residencias de ancianos; instituciones para discapacitados; albergues para desvalidos; instituciones de asistencia social; instituciones religiosas; establecimientos militares; instituciones penitenciarias, otros.

Fuente: Elaboración propia con datos del *Censo de Población de 1991*. Tomo I, Resultados Nacionales. INE, 1994, pág. 35-36.

mujeres), que dicen vivir solos/as por no tener a nadie con quien compartir un mismo techo. Y la situación más grave es el 7% de hombres y 6% de mujeres que afirman que nadie quiere hacerse cargo de ellos.

Según la encuesta CIRES (1992), el propio estado de salud y la capacidad económica son las variables que inflúan considerablemente sobre el lugar de domicilio del anciano (solo o acompañado). En los niveles más altos es más frecuente que los mayores vivan solos (Durán y Rodríguez, 1996). De todas maneras, recordemos que la imagen estereotipada de los mayores aislados en Residencias y Asilos es errónea y espúrea, pues según los datos de diferentes encuestas el porcentaje de los mayores que habita en ellas es poco significativo. Pensamos que la representación negativa de los mayores viviendo en Residencias se generaliza a toda la población mayor debido a que las noticias muchas veces referidas a estos contextos son llamativas y alarmantes (malos tratos, fraudes, abandono, aislamiento, malas condiciones de vida, etc.) (véase INSERSO, 1995: 112-121, y Capítulo 11). Aunque esto no implica, tal como indican los hechos, que la situación del mayor en estos establecimientos sea, ni mucho menos, generalizable a todo el segmento de población de edad.

En cuanto a la distribución de los mayores por **Hábitat o Ambito Territorial** también parece interesante conocer algunos datos. Vemos que el 58,37% de los mayores de 65 años viven en zonas urbanas (de más de 10.000 habitantes), el 25,06% en zonas rurales, y en zonas intermedias sólo el 16,56%. Es

decir, el 41,62% de mayores viven en entidades de menos de 10.000 habitantes (ver Tabla 2.13 al final del epígrafe y esquema del diseño en Capítulo 6). Dentro de la zona urbana, como se comprenderá, hay muchas diferencias que se desagregan según intervalos de habitantes (véase Tabla 4 en Anexo). La distribución del porcentaje urbano es como sigue: 19,63% en zonas de más de 500.000; 17,20% entre 100.001 y 500.000; 5,82% entre 50.001 y 100.000, y 15,70% entre 10.001 y 50.000 habitantes.

Según una encuesta reciente (INSERSO 1995a:37), casi la mitad de los mayores residen en el mismo lugar que les vio nacer (47%). Además, son menos los mayores que siguen en su lugar de nacimiento cuando mayor es el tamaño del municipio. Tres de cada cuatro mayores emigraron a su lugar actual de residencia hace más de 25 años. Como profundizaremos en el Capítulo 7, el proceso migratorio tuvo lugar en su juventud más que ahora, en edades avanzadas.

De todos modos, hemos de decir que aunque en sí mismo el ámbito territorial nos ofrece, de entrada, poca información de la situación de los mayores, no es del todo cierto, pues envejecer en uno u otro hábitat implicará una mayor ausencia/presencia de servicios socio-sanitarios, de redes de apoyo social, distintas posibilidades de participación social, proximidad o aislamiento diferente, por sólo citar algunos puntos.

Según algunos estudios envejecer en el mundo rural (en pueblos de menos de 2.000 habitantes según el INE) es bien diferente al envejecimiento en zonas intermedias (entre 2.001 y 10.000 habitantes) o en ámbito urbanos (más de 10.001 habitantes), y no digamos en zonas metropolitanas o megaurbanas. Pero queremos dejar claro que no se debe meramente al espacio físico donde se envejezca sino por todo lo que el mismo implica de posibilidades/dificultades de vivir la jubilación y el envejecimiento.

Antes de avanzar más, queríamos dejar claro los conceptos adoptados en nuestro estudio en relación al hábitat. Existe un gran debate sobre la utilización del número de habitantes para calificar a un hábitat u otro como rural, urbano y/o megaurbano. La dificultad de definir lo que es «urbano» y «rural» es resaltada por varios autores consultados. Cloke (1977, 1985), solamente para definir lo rural enuncia 16 indicadores: densidad, estructura laboral, vivienda, distancia a núcleos urbanos, etc. Incluso la percepción subjetiva del espacio incide en su consideración (Camarero *et al.*, 1992:19). Aunque el tomar el número de habitantes para diferenciar los distintos entornos espaciales es criticado desde varios frentes, es lo que generalmente se suele hacer por motivos de simplificación y comodidad investigadora y conceptual. En nuestro caso hemos procurado indagar sobre «campos» de distinto número de habitantes, pero tomando en consideración también otros criterios: municipios que se dife-

Cuadro 2.1. Algunos conceptos atribuidos a las zonas-hábitats según el número de habitantes

HABITANTES	INE, Censo 91	IMRSO (1)	CARITAS (2)	INSTITUTO DE LA MUJER (3)
hasta 2.000	rural	rural	-	pequeños asentamientos
hasta 5.000	-	-	rural	-
2.001-10.000	intermedio	rural	-	asentamientos medios
5.001-50.000	-	-	semiurbano	-
10.001-50.000	urbano1	urbano	-	ciudades-pueblo
50.001-500.000	urbano2	urbano	urbano	ciudades
+ 500.001	urbano3	urbano	megaurbano	ciudades

(1) García Sanz *et al.*, utilizan esta denominación en su estudio *Envejecimiento en el mundo rural. Problemas y soluciones* (IMRSO, 1997:13).

(2) Grupo EDIS *et al.* utilizan esta denominación en *Las condiciones de vida de la población pobre en España* (Cáritas, FOESSA, 1998).

(3) Camarero, Sampedro y Vte.-Mazariegos los emplean en *Mujer y ruralidad. El círculo quebrado* (Inst. de la Mujer, 1992:13).

rencien por dedicarse a sectores productivos diferenciados, de distintas Comunidades Autónomas (dialectos, costumbres diferentes), y claro está, con posibilidad de acceso para la que escribe. Observemos la falta de acuerdo y algunas de las denominaciones que se utilizan en estudios recientes, para luego justificar la elección de nuestros conceptos:

Aunque no se busque la representatividad estadística, se pretende indagar sobre la variabilidad, diferenciación y peculiaridad discursiva que, de hecho, hemos entresacado de los informantes de distintas zonas. Pensemos que otras de las características del método cualitativo es buscar la riqueza, profundizar en los distintos contextos y tipos posibles (en la línea de «tipos ideales» de Weber), «encontrar el detalle», y este era uno de nuestros objetivos de investigación.

Siguiendo datos y conceptos del INE, veamos algún dato general: del total de población que vive en zonas rurales (6.996.046 españoles), el 19,23% son mayores de 65 años. Del total de zonas urbanas (25.031.378 españoles) el 12,40% son mayores, y el 13,46% (sobre 6.604.865 españoles) de mayores en zonas intermedias (véase Tabla número 2.13 y Tabla 4 en Anexo).

Tabla 2.13. Población mayor de 65 años según el ámbito territorial de residencia, por sexo. Grupos quinquenales, absolutos, porcentajes, 1991

GRUPOS DE EDAD	AMBITO TERRITORIAL								
	ZONA URBANA (1)			ZONA INTERMEDIA (2)			ZONA RURAL (3)		
	Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres	Total
65-69	487.414	608.135	1.095.549	145.010	159.069	304.079	211.842	222.563	434.407
70-74	319.366	468.844	788.210	95.697	124.191	219.888	146.329	181.219	327.548
75-79	229.392	380.273	609.665	69.388	104.865	174.253	112.186	156.599	268.785
80-84	132.183	258.074	390.257	43.426	73.728	117.154	76.679	114.005	190.950
85-89	54.461	131.157	185.618	18.731	36.752	55.483	34.337	58.232	92.569
90-94	13.604	40.786	54.390	4.523	10.896	15.419	8.814	17.603	26.417
95-99	2.132	7.499	9.631	639	1.953	2.592	1.375	3.320	4.695
100 y más	386	1.274	1.660	127	396	523	215	561	776
Total columna	1.238.938	1.896.042	3.134.980	377.541	511.850	889.391	591.777	754.104	1.345.881
% columna	23,07	35,30	58,37	7,03	9,53	16,56	11,01	14,04	25,06
Total nacional	12.239.979	13.031.378	25.271.357	3.283.229	3.321.636	6.604.865	3.513.238	3.482.808	6.996.046
% de mayores sobre total nacional	12,40			13,46			19,23		

(1) Según criterios del INE, se considera "zona urbana" a las entidades que constan de más de 10.001 habitantes. Véase Tabla 4 en anexo para conocer el número de personas mayores de la zona urbana distribuidos por entidades por intervalos de habitantes (de 10.001 a 50.000, de 50.001 a 100.000, de 100.001 a 500.000, más de 500.000 habitantes).

(2) Zona Intermedia: entre 2.001 y 10.000 habitantes.

(3) Zona Rural: hasta 2.000 habitantes.

Fuente: Elaboración propia en base a datos facilitados por la Subdirección General de Censos y Padrón, del INE, en base al Censo de Población de 1991 (datos no editados por grupos quinquenales a partir de 65 y más años). Madrid, enero, 1998.

Trabajo, actividad y jubilación en el contexto socio-laboral actual

Este Capítulo puede servir, y esa es nuestra intención, de «bisagra» entre esta Parte I de contextualización con la Parte II sobre revisión teórica. Se trata de englobar la jubilación en el entorno socio-laboral actual. En un principio nos acercaremos a los significados del trabajo a lo largo del ciclo vital, resaltando la última etapa de la vida y centrándonos en los trabajadores de edad y su situación general de discriminación. Después, se tratan los orígenes de la jubilación, la prejubilación y la jubilación anticipada y algunos puntos relacionados con los sistemas de pensiones y aspectos jurídicos.

3.1. EL TRABAJO A LO LARGO DEL CICLO VITAL

«La sustancia de la vida reside en la ocupación»

(J. Ortega y Gasset)

«La actividad es la esencia de la felicidad del hombre»

(Goethe)

Antes de iniciar este apartado debemos deshacer la confusión entre los conceptos de actividad, trabajo y empleo. Desde un punto de vista economicista, los mayores son considerados inactivos (al igual que las amas de casa o los estudiantes). Y uno de los motivos de esta delimitación es la definición reduccionista que suele aplicarse al trabajo, como sinónimo de empleo remunerado. Esta confusión entre trabajo y empleo está profundamente enraizada. Según la investigación internacional *MOW (The Meaning of Work, 1987)* o la encuesta sobre *Significados del Trabajo* española (Alvaro *et al.*, 1995, Crespo *et al.*, 1998:51-70), la población suele utilizar el criterio económico para definir a una actividad como trabajo. Sin embargo, el trabajo puede verse desde distintos puntos de vista: económico (salario, horario determinado), social (aportación a la sociedad, relaciones sociales), psicológico (sentimiento de utilidad, autorrealización, identidad), como deber-obligación interiorizado, como coerción, como derecho, como carga, etc. Pero la consideración del empleo remunerado como la única forma de trabajo productivo desemboca en una imagen distorsionada, y ello lleva a que se ignoren las aportaciones que no sean remuneradas oficialmente, por ejemplo, la economía informal, doméstica, de subsistencia o voluntariado (Durán, 1987,

1991, 1999; Sanchís, 1988; Gorz, 1991; Prieto, 1994). La consecuencia inmediata es la invisibilidad y desvalorización social (e incluso institucional) de las actividades de los mayores.

Una cuestión que se muestra clara es la programación y socialización, desde nuestro nacimiento, para ser productivos, para trabajar. Ya desde la infancia y juventud toda nuestra formación va orientada a este fin. En la adultez nuestra vida gira en torno al trabajo, pues un tercio de nuestros días los pasamos trabajando y este hecho abarca todas las dimensiones vitales. Muchos son los estudios que confirman la permanencia del *ergocentrismo* aun en la llamada «sociedad del ocio» actual y frente a otras tesis que advierten del «fin del trabajo» (Rifkin, 1996; Offe, 1985, por ejemplo). Sin embargo, la mayor parte de las investigaciones que analizan la transición a la vida laboral de las personas jóvenes y los efectos del desempleo (Torregrosa, 1989; Torregrosa, Bergère, Alvaro y Crespo, 1989; Alvaro, 1992; Garrido, 1992; Peiró, 1993; Palací y Peiró, 1995; Serrano, 1995; E. Agulló, 1996, etc.) reafirman la tesis del trabajo como factor nuclear en nuestras vidas.

Además, podemos decir que trabajar va mucho más allá del *ganarse el pan*. Es lo que conforma nuestra identidad, hasta el punto que se define lo que somos por lo que *trabajamos*. El trabajo se convierte así en el fin último de la persona, en algo consustancial e inherente a la trayectoria vital, en el andamio o esqueleto que sostiene nuestra vida; ello deriva en la anulación y baja estimación psicosocial de la persona cuando no se tiene un empleo remunerado. Esto es, pues, lo que otorga al trabajo quizá un valor extremadamente desorbitado y anacrónico para la coyuntura actual. El tránsito a la vida adulta se conseguirá de este modo a través de la independencia y autonomía que el trabajo reporta a todos los niveles. Torregrosa (1987:11) retoma la definición de Jahoda (Jahoda, 1987:119) y define claramente las distintas funciones de tener un empleo como son: «*obtención de ingresos; imposición de una estructura temporal; establecimiento de vínculos personales y experiencias compartidas fuera de la familia; proposición de objetivos y propósitos que trascienden al individuo, situándole en una dimensión colectiva más amplia; adscripción de un estatus y una identidad social y obligación de mantener un cierto nivel de actividad*».

Por otro lado, y en conexión con otros autores, resaltamos los múltiples significados (positivos o negativos) que el trabajo implica. El trabajo ha sido una

⁴⁰ Observemos el concepto de trabajo como «castigo» impuesto al hombre por Dios: «*Al hombre le dijo: por haber escuchado la voz de tu mujer y comido del árbol del que yo te había prohibido comer, maldigo el suelo por tu causa: con fatiga sacarás de él el alimento todos los días de tu vida (...). Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas al suelo, pues de él fuiste tomado*».

de las actividades más vilipendiadas por las personas. Es ya clásica la imagen del trabajo (véase Génesis 3:17-20⁴⁰) como incomodidad, fatiga, castigo, cautiverio, aburrimiento, explotación. Generalmente, en torno al trabajo se observa el estereotipo contrario al placer; a los que dicen disfrutar del trabajo se les tilda de dominados por la «ética puritana del trabajo». No obstante, a la mayoría de las personas (incluso las que tienen trabajos más penosos) no les «disgusta» su trabajo y reconocen las aportaciones positivas del mismo; entonces el trabajo es visto con satisfacción, como comodidad, alivio, felicidad. El trabajo suele ser la medida suprema de la adultez; otra cosa bien distinta y discutible es la satisfacción en el trabajo. Es decir, el hecho de que se valore el trabajo no significa que se esté a favor de todo tipo de «condiciones laborales», pues dependiendo de las mismas se tendrá una actitud positiva/negativa hacia el mismo. Pero, en definitiva, incluso aquellos que se consideran «románticos», menos consumistas, no pueden prescindir de lo que aporta el trabajo en uno u otro sentido; debido a su importancia, es imposible hablar de jubilación y actividad de los mayores sin aludir al trabajo.

Pero antes de avanzar en nuestra reflexión debemos recordar que «trabajar» en el sentido que aquí le otorgamos incluye el sentido de instrumentalidad; es decir, trabajar a cambio de un salario y con un fin material. La definición de Peiró (1993) nos parece acertada: trabajo es el «conjunto de actividades humanas, retribuidas o no, de carácter productivo y creativo que mediante el uso de técnicas, instrumentos, materias o informaciones disponibles permite obtener, producir o prestar ciertos bienes, productos o servicios. En dicha actividad la persona aporta energías, habilidades, conocimientos y otros diversos recursos y obtiene algún tipo de compensación material, psicológica o social».

Dicho esto, el trabajo no deberá confundirse con la actividad, concepto que emplearemos de manera más general para referirnos tanto al trabajo, remunerado o no remunerado (voluntariado, autoproductivo, reproductivo), como a las actividades de ocio o relacionales. De todas formas, no siempre se presentan claramente estos términos, pues lo que para uno significa trabajo para otro puede ser una actividad de ocio. Por ejemplo, para un confitero hacer dulces es su trabajo mientras que para otra persona (o también para el mismo pastelero) esto puede ser un *hobby*; para un agricultor su trabajo es cuidar la tierra, sin embargo para otro la jardinería puede servir de pasatiempo o descanso. Aquí estribaría una de las principales diferencias entre el trabajo y el ocio o entretenimiento, pues el trabajo tendría el sentido de obligatoriedad e instrumentalidad, mientras que el ocio tiene un sentido más expresivo (véase Capítulo 9.4.).

También Fericgla (1992) expone que el trabajo es mecanismo de integración económica, que ocupa dos tercios de la vida adulta y el resto del

tiempo se distribuye entre obligaciones familiares, sociales, religiosas, de ocio, etc. Pero la satisfacción generalmente está ligada al consumo, y este consumo es posible gracias al trabajo. Por tanto, romper con el trabajo implica «romper con un ritmo y una actividad que ocupa y ha ocupado la mayor parte del tiempo de la vida adulta», y significa también «romper con este mismo «ethos» que valora la producción por encima de todo, el hecho de quedar fuera de una actividad laboral se considera como una falta grave que hay que evitar» (pág. 238). De nuevo, se observa el predominio de la cosmovisión productivista-consumista que impera como sistema de valores, la cual queda fuera del alcance o es de difícil acceso para los mayores (también para los parados y la población inactiva general). Dejar de trabajar, sea para el jubilado o el parado, tiene connotaciones mucho más complejas que dejar de ganar dinero.

Está claro, pues, que un tema clave en esta *cibersociedad* sigue siendo el trabajo y todo lo que gira en torno al mismo. Ello no es en vano. Nuestra época está caracterizada por el consumo, al que sólo puede llegarse a través del trabajo. Pero las características del mismo empiezan a cambiar: trabajo mecanizado e informatizado, *teletrabajo* o *trabajo móvil*, necesidad de formación continua, etc. Cada vez se dispone de un mayor tiempo de ocio porque la necesidad de trabajar de sol a sol forma parte de la Historia. La mecanización e informatización de la mayoría de los empleos conlleva la reducción de mano de obra, y por tanto, menos necesidad de trabajar muchas horas. El trabajo está aumentando su productividad incluso con menos trabajadores y tiempo; por ello se dice que trabajar resulta cada vez más caro en cuanto que la productividad deviene imparable. Aquí podemos enlazar con la tesis de Doeringer y Piore que exponen con «*la teoría del mercado dual de trabajo*» (Toharia, 1975:307-320). Nos parece totalmente vigente la distinción entre los trabajadores del «sector primario» (cualificados, con mejores condiciones de trabajo, mayor acceso a la información y formación, etc.) y los del «sector secundario» (con menor cualificación, peores condiciones de trabajo). Son los trabajadores de este último sector secundario los que más están soportando los efectos de menores horas de trabajo e igual productividad. Es decir, parece que el trabajo produce su propia desaparición, paradójicamente se está autoliquidando...

Sin embargo, no podemos decir que cada vez haya menos trabajo, pues lo que cambian son las formas de trabajar, como bien se observa a nuestro alrededor y en reflexiones concretas como la de Gorz (1993) sobre *La metamorfosis del trabajo*. Las formas de trabajar están siendo distintas, los valores hacia el trabajo también cambian, pero el trabajo sigue ocupando un lugar cen-

tral a pesar de la nueva valoración del mismo, del tiempo y de los nuevos modelos y estilos de vida. Junto al desempleo y a la «menos necesidad de trabajar», la realidad nos muestra que «hay muchas cosas que hacer», problemas que solucionar, situaciones para cambiar, sea en el campo del ocio, del medio ambiente, de la cultura, de las desigualdades sociales, a través del voluntariado, por citar algunas áreas de actuación que nos parecen poco desarrolladas y donde se podría «crear» empleo, cuestión central de todos los Gobiernos actuales. Pensamos que, además de crear nuevos puestos de trabajo, por razones de equidad, quizá será necesario que todos trabajemos menos para poder estar todos activos. Es la misma tesis que defiende Guy Aznar (1994) en su obra *Trabajar menos para trabajar todos*.

Todo ello está desembocando en efectos positivos y negativos. El efecto positivo más importante es la liberalización de las personas de las jornadas duras de trabajo. Pero los efectos negativos también se hacen sentir cada día más. En el mundo laboral parece que se está aplicando la «ley del más fuerte», en este caso el más preparado, el más adaptado a las últimas tendencias, será el que *sobreviva* a la *vorágine*. En este panorama los mayores y, en concreto los trabajadores y parados de edad, tienen las de perder porque son los que menos logran adaptarse al «nuevo mercado laboral» que se está fraguando, y también a los nuevos modelos de cese de trabajo y adaptación al ocio que se requieren en la jubilación. Esto está produciendo las jubilaciones anticipadas y también la existencia de una «edad productiva óptima» que deja fuera a los mayores que son considerados no productivos, no adaptados, desfasados. Esta imagen y actitud social es la que perjudica, a su vez, su autoestima y bienestar psicosocial como comprobamos en esta tesis.

Por tanto, muchas imágenes y concepciones del trabajo están desfasadas y tienen más que ver con el pasado que con el futuro. Pero la ética del trabajo, heredada de la «ética protestante y el espíritu del capitalismo» expuesta por el clásico M. Weber —entre otros—, es la que sigue predominando, pues el trabajo sigue siendo la forma más aceptada social e individualmente para tener independencia económica y cubrir otras funciones psicosociales necesarias. En medio de este contexto, en el que la competencia y el *ergocentrismo* predominan, no sólo los jubilados pueden sentirse aislados al no estar en activo, sino también los/as trabajadores/as de edad (y todos aquellos no preparados) pueden verse afectados y marginados a nivel laboral. Coles (1981:319 y ss.) nos recuerda la absorción y centralidad del trabajo en su investigación sobre trabajo y adultez. Una de las conclusiones es la dificultad de las personas de no hablar de su trabajo cuando hablan de ellos mismos; el *ser* coincide con el *hacer*, trabajar: «Crecer es ser res-

ponsable, trabajar arduamente...; ser adulto es estar ocupado, haber encontrado una misión en la vida» (pág. 330)⁴¹. Pero a pesar de su centralidad vital, parece ser que el trabajo es cuestión de adultos y jóvenes. El significado moderno de trabajo hace incompatible trabajo con personas mayores y, por tanto, esta relación establecida socialmente hace que se perciba a los mayores como inútiles, pasivos e improductivos.

Recordemos que en las sociedades preindustriales el trabajo no era de forma general una manera de obtener dinero sino que tenía un significado más global: por ejemplo, los trabajos artesanales, las profesiones liberales aún siguen conservando esta actitud hacia el trabajo como un *modus vivendi*⁴². Esta valoración del trabajo era general hasta la época industrial y actualmente, en la postindustrial, en la que nos encontramos distintos significados hacia el mismo. Con el surgimiento del capitalismo el trabajo industrial empieza a imponerse sobre el artesanal y agrícola. Diferentes acontecimientos contribuyen a confirmar la naturaleza gravosa del trabajo industrial: aceleración de los ritmos de trabajo, cadena de montaje, monotonía, etc. En definitiva, «trabajo y mayores se consideran realidades opuestas o al menos difícilmente compatibles» (Moragas, 1991:156) y se adjudican roles contrapuestos a unos y otros: el trabajador desempeña el *rol activo* (productivo, generador de renta, responsabilidad, exigencias de todo tipo, ritmo intenso, entre otras características), y el mayor desempeña el *rol pasivo* (no productivo, receptor de pensión, pocas aptitudes, ritmo vital lento, exención de obligaciones, dependencia).

⁴¹ Esta es una de las opiniones entresacada del estudio de Coles (1981:326) que transmite claramente la posición central del trabajo en la vida de las personas: «Cuando uno está allí todo el día haciendo su trabajo, puede cerrar los ojos y trabajar a ciegas... Uno tiene la sensación de haberse convertido en parte de la maquinaria y por la noche el cerebro continúa trabajando con mayor energía... Cuando me despierto le digo a mi mujer que desearía que me pagaran por todo lo que hice durante la noche. Ella se ríe: me cuenta que suele despertarse bañada en sudor frío, porque ha estado soñando que se suponía estaba haciendo algo pero que se había olvidado de hacerlo o no había tenido tiempo... Si puedo continuar haciéndolo (trabajando) hasta que el último de mis muchachos salga de la escuela secundaria y tenga un trabajo, entonces... habré cumplido mi obra... Podré morir con cierta dignidad. Sólo espero que me mantengan ocupado allá donde vaya después de muerto. No me importaría ir al infierno si pudiera mantenerme ocupado allí».

⁴² Recordemos que los mayores que han trabajado en profesiones liberales o independientes (también las amas de casa) nunca se jubilan (aunque lo hagan oficialmente) o la jubilación no implica estigmatización, ni desvinculación. Véase el estudio de Fericgla que introduce un elemento de análisis algo novedoso: compara por *etclases* (concepto que une procedencia geográfica y estatus o clase social) a los jubilados según su lugar de origen (autóctonos catalanes o inmigrantes) y estatus socio-económico (véase Capítulo 8)

A raíz de la industrialización y de la continua modernización social empieza a surgir una gradual diferenciación en grupos de edad y la especialización en funciones. Las diferencias según la etapa vital empiezan a ser cada vez más pronunciadas. Siguiendo a Hareven (1981:305 y ss.) esto produce una mayor segregación de grupos de edad. Por ejemplo, las leyes sobre trabajo infantil y educación hasta los 14 años tendieron a separar a los jóvenes de los adultos a mediados del siglo XIX. De manera similar, el gradual despido de los mayores y la disminución de sus funciones paternas influyeron en la posterior y actual separación de la vida activa. Por consiguiente, uno de los cambios que afectaron a los mayores fue la progresiva asociación de las funciones con la edad (véase 8.2.).

Hoy sigue predominando el punto de vista exclusivamente económico, y precisamente una persona es considerada mayor cuando ya no puede (o más bien no se le permite) ser productivo y pasa a vivir de una pensión de jubilación. Para la economía no existe el mayor si éste es autosuficiente y productivo. El problema está en que los límites que se establecen para dejar de trabajar (65 años, o incluso 55 años) no coinciden en muchos casos con las capacidades reales de los mayores. En todo este paisaje los mayores se ven perjudicados por las nuevas formas de trabajo o, más bien, de no trabajo y desempleo, por los estereotipos y actitudes negativas respecto a su capacidad laboral de los mayores, y de la concepción del trabajo como algo negativo que tiene casi toda la gente mayor⁴³.

Otra cuestión que se plantea es por qué los valores de una parte de la población (la población productiva activa) tienen que dirigir los valores de la mayor población pasiva no productiva (niños, estudiantes, desempleados, amas de casa, mayores). Pensamos, pues, que esta mayoría más que ser improductiva o pasiva posee un «potencial» por explotar, unas capacidades de aportación social no descubiertas, o muchas veces no valorizadas socialmente. Estos trabajos no remunerados que permanecen invisibles pueden ser los de las amas de casa, los cuidados a otras personas, el voluntariado, las aportaciones de los mayores en general. Resulta, pues, imprescindible empezar a visibilizar este tipo de «productividad» para revalorizarlas, por ejemplo, a través de las investigaciones (como las de M. A. Durán, 1991) que cuantifiquen la importancia de estas aportaciones socio-económicas.

⁴³ En el apartado siguiente se trata en concreto la situación de los trabajadores mayores de forma genérica, pues de manera detallada podría constituir otro tema de tesis, que aquí excede nuestros objetivos.

Es central en nuestro estudio la idea de que el fin del trabajo o la jubilación supone una descalificación social (denominada por algunos autores como la «muerte social») y ello supone, para casi todos los/as trabajadores/as, la pérdida del rol más apreciado por la sociedad y que mide hoy el valor de la persona. Por tanto, cabe preguntarse si el problema del envejecimiento es el aumento de personas mayores, o más bien es la devaluación que sufre este grupo de población al que se mantiene alejado de la producción. Pensamos que este aislamiento de la actividad a través de la jubilación es lo que ha ido desvinculando a los mayores en estas últimas décadas, pues a lo largo de la Historia, como hemos observado, siempre han tenido algún rol, más o menos importante, que cumplir.

Y para concluir este tema siempre inconcluso, hemos de resaltar que si el trabajo es un factor en continuo cambio también lo tendrá que ser la jubilación, que deberá hacerse más flexible y acorde con la coyuntura socio-económica. Tendrá que ir adaptándose al ciclo laboral-vital actual, que es diferente al de ayer. En todas las etapas vitales se tendrá que hacer más presente el ocio y la formación; es decir, una distribución más equilibrada y racional de los tiempos en cuyas etapas se combine el ocio, formación y trabajo, en vez de ser ciclos cerrados caracterizados por un único rol central según la edad cronológica (véase apartado 8.2). Al cambio de esos tiempos se añade una necesidad de cambios de representaciones y actitudes que revaloricen otras actividades. El trabajo en la vida activa, sus significados y condiciones, es el que dibujará, en buena medida, las actitudes y postura ante la jubilación y, en general, ante la vejez.

3.2. EL TRABAJO EN LA MADUREZ: LA DISCRIMINACIÓN DE LA POBLACIÓN ACTIVA DE EDAD

No existe una edad fija para definir a un trabajador de edad. Podemos considerar que una persona activa es mayor cuando tiene una avanzada edad y por la misma empieza a tener dificultades bien para encontrar trabajo (si está parado), o bien tiene riesgo de perderlo, o bien problemas para conservarlo en las mismas o mejores condiciones. Esto puede ocurrir aproximadamente a partir de los 55 años en la generalidad de los empleos, pero incluso a los 45 años si se trata de trabajos penosos o arriesgados que requieren mayores esfuerzos físicos, o más tarde de los 60 años si se trata de empleos más especializados, creativos o profesiones liberales. De forma general, a partir de los 45 años, las dificultades para encontrar, cambiar o mejorar el empleo aumentan, según distintos estudios y últimas estadísticas.

Según Sempere (1993:193 y ss.), suele considerarse trabajadores maduros a quienes han superado los 45 años. En general, el ordenamiento jurídico presupone que este colectivo posee experiencia profesional, pero grandes dificultades para cambiar el empleo, así como riesgos específicos (mayor siniestralidad, fatiga, etc.) y necesidad de protección también especial en caso de desempleo. En relación a los trabajadores de fábricas, se decía que «alrededor de los 45 años están acabados...» (Hareven, 1981:307). Y desgraciadamente la opinión de aquellos capataces de importantes fábricas de Middletown (New York, 1920) no ha perdido vigencia. Declaraciones parecidas, estereotipadas o no, pueden trasladarse a otros contextos no americanos y más actuales.

Consultando el informe de la Conferencia Internacional del Trabajo (1962) sobre *Trabajadores de edad. Problemas de empleo y retiro*, se observa un descenso acusado de la participación de los trabajadores mayores en casi todos los países industrializados⁴⁴. Esta disminución se ha debido a varios factores: tecnificación del trabajo y por tanto exceso de mano de obra, progresiva mejora de la Seguridad Social y consiguiente aumento de las pensiones, desempleo, preferencia por empleados jóvenes, entre otros. Sin embargo, «en los países en vías de desarrollo... la participación de los trabajadores de edad avanzada en la vida económica tiende a ser elevada» (o.c., pág.17). Pero, en nuestras sociedades percibimos que el trabajo se concentra cada vez más entre quienes tienen de 25 a 45 años. Por un lado, los jóvenes se incorporan más tarde a un puesto de trabajo debido al desempleo y la extensión de la etapa de formación; por otro, los mayores cada vez se jubilan, o «los» jubilan antes debido, como venimos comentando, a diversos factores económicos, sobre todo. No se tienen en cuenta sus capacidades o deseos, sino sólo por motivos de edad e intereses empresariales.

Como habíamos apuntado anteriormente, y siguiendo el informe mundial citado (*Trabajadores de edad. Problemas de empleo y retiro*, 1962), la proporción de trabajadores de más de 40 años tiende a ser mayor en los sectores profesionales donde existen amplias oportunidades de trabajar de modo inde-

⁴⁴ Sobre la situación de los trabajadores de edad puede consultarse: *Older Workers, Unemployment and the Discouraged Worker Effect* (Lazcko, 1987), *Consecuencias del envejecimiento demográfico sobre la productividad y la población activa* (Ministerio de Trabajo y S.S., 1990: 275-296); *The labour market problems of older workers* (Rones, 1983); *Work and Retirement* (Casey y Bruche, 1983), *Training of Older workers in Industrialized Countries* (Plett, 1990), *Job Training for older workers lags in the Industrialized World* (Nusberg, 1990), el capítulo sobre «Work and retirement» (en Binstock y Shanas, 1985, págs. 503-521), entre otros.

pendiente (agricultura, silvicultura, caza, seguros y agencias inmobiliarias, pequeños comercios y negocios), industrias que se van modernizando (textil) o industrias artesanas, sectores profesionales con seguridad en el empleo, técnicos y directivos y, en general, en industrias y ocupaciones de productividad moderada. Sin embargo, la proporción de trabajadores de edad es menor en la ocupaciones que requieren grandes esfuerzos físicos y agilidad (construcción, marina, mineros, canteros, transporte).

El Informe Nacional para la Asamblea Mundial sobre el Envejecimiento (INSERSO, 1982) describe la situación de manera parecida: los mayores niveles de ocupación en los grupos de más edad se observan en primer lugar en agricultura y pesca, seguido del sector comercio, hostelería y restaurantes. Suele concentrarse el empleo en pequeños empresarios y trabajadores autónomos, lo que hace suponer que trabajan en concepto de no asalariados. El trabajo de los mayores era frecuente; a finales de 1981 uno de cada doce ocupados era mayor de 60 años, estimándose que unos 900.000 mayores de 60 años se encontraban en activo. De dicho colectivo, 269.000 personas contaban con más de 65 años (o.c., pág.17).

Actualmente vemos que la situación está cambiando y el trabajo de los mayores de 55 años tiende a disminuir. Según López Jiménez y otros estudios, se observa un descenso desde principios de siglo, y especialmente a partir de la generalización de los sistemas de retiro. Es a partir de los años 70 cuando la caída se acelera en el grupo de 60 a 64 años de edad en un contexto de paro generalizado (López Jiménez, 1993:149). La población de 60-64 años de edad conforma el grupo que más intensamente se ha visto afectado por estos procesos. En Madrid (o.c., pág. 187), por ejemplo, la tasa de actividad en estas edades ha pasado de 41,3% en 1975 a 32,9% en 1986; y de 65 y más años, de 8,6% en 1975 a 2,5% en 1986. De los hombres entre 60 y 64 años el 40% están ya jubilados, aunque estos datos variarán según la zona o barrio de Madrid que estemos tratando⁴⁵. Aún es más significativa, siguiendo los análisis de Abellán (1991), la cifra del tiempo de búsqueda de empleo: más del 60% de los trabajadores mayores (55-59 años) que están parados tardan más de un año en encontrar empleo. La cifra desciende en el siguiente grupo de edad debido a las medidas de reconversión y prejubilaciones, que han frenado la tasa de desempleo de los parados de larga duración (Guillemard, 1991: XXIV y ss.). A conclusiones parecidas llega el economista

⁴⁵ Véase *El envejecimiento y las personas ancianas en Madrid*, de J. J. López Jiménez (1993), para obtener datos e información más detallada sobre la actividad de los mayores en Madrid.

A. Alba (1997). En su *working paper* 97-39 (Universidad Carlos III de Madrid) sobre *Labor Force Participation and Transitions of older workers in Spain*, desde un análisis econométrico de la EPA, reafirma el descenso de los trabajadores mayores desde los años setenta: el 42% de los trabajadores de 60-64 años siguen trabajando, cuando en 1977 eran el 70%. De 65 a 69 años se observa también un claro descenso: del 31% en 1977 al 5% en 1996. Analiza las formas de transición a la jubilación (desde el empleo, desempleo o inactividad), y las distintas variables relacionadas con las mismas.

Las proyecciones realizadas por el CSIC, el INE y la EPA señalan un descenso del 20% en la tasa de actividad de los varones entre 16 y 19 años hasta el 2001, y del 30% en la población de 60 a 64 años de edad. Para los países de la OCDE (1988:195), las proyecciones indican que más de una persona activa de cada cinco tendrá al menos 55 años en el año 2020, situación ésta que ya se registrará en Alemania y Japón, por ejemplo, a principios del siglo XXI. Pero la situación se presenta más negativa de lo que habíamos planteado. Actualmente, el trabajador es apartado de su profesión brusca y obligatoriamente a una edad convencional establecida por la ley, o incluso antes de la edad. Parafraseando al gerontólogo francés P. Paillat y su clásico artículo⁴⁶, el problema de los trabajadores mayores puede resumirse en que son considerados «demasiado jóvenes para ser jubilados y demasiado viejos para trabajar». Muchos autores han llamado al periodo entre 45-65 años la «edad de nadie». Se percibe al trabajador mayor como «subproductor» o como «trabajador ilegítimo» (Butler, 1982; Gaullier, 1984; López Jiménez, 1993).

Los trabajadores próximos a la edad de jubilación muchas veces pagan con su puesto el coste de la situación de crisis caracterizada por altas tasas de desempleo, reconversiones, planes de viabilidad, concentración de la producción, ajuste laboral, etc. Suelen pagar el coste de sanear la empresa a la que han dedicado su vida, pues muchos se ven obligados directa o indirectamente a abandonar su puesto antes de la edad «normal» de jubilación. Por tanto, la discriminación que sufren en el mercado laboral, simplemente por motivos de edad, está engendrando desgraciadamente una nueva clase de parados que cuentan con 50 años y tienen verdaderas dificultades para encontrar trabajo. El hecho es que este colectivo que denominamos «trabajadores mayores» está perdiendo el derecho al trabajo simplemente por la edad que tienen, sin tener en cuenta sus capacidades o deseos.

⁴⁶ El artículo se titula «Trop vieux pour travailler, trop jeunes pour mourir», en la revista *Gerontologie et Société*, nº 24, *De nouveaux inactifs*, abril 1983. París, págs. 3-5.

Pero el fenómeno «discriminación por la edad» (*Age Discrimination*) está poco estudiado en España aunque no en otros países de Europa y Estados Unidos. Un estudio de *Eurolink Age*⁴⁷ identifica varias formas concretas de discriminación. Recordemos que el término «discriminación» «comprende cualquier distinción, exclusión o preferencia basada en motivos de raza, color, sexo, religión, opinión política, ascendencia nacional u origen social que tenga por efecto anular o alterar la igualdad de oportunidades o de trato en el empleo u ocupación...» (OIT, 1962:109), y en la misma línea nos encontramos con el artículo 14 de nuestra Constitución. En relación a la situación discriminatoria de los trabajadores mayores, decir que una pérdida temprana del puesto de trabajo puede conllevar escasas posibilidades de reincorporarse al mercado laboral. Un claro ejemplo de ello lo vemos en los trabajadores de 55 años (e incluso de 50 ó menos) que son forzados por los empresarios a aceptar retiros prematuros (hasta el extremo de proponerse una «prejubilación de la prejubilación!», véase apartado 3.4), institucionalizándose este abuso día a día. Es cierto que muchos trabajadores acogen este «retiro anticipado» con satisfacción. Pero en otras ocasiones su deseo es seguir trabajando, sea por motivos personales, económicos, psicológicos, etc., pero en realidad se les deja sin otra opción. Por tanto, muchos aceptan esta «salida voluntaria» ante la amenaza de previsibles despidos obligatorios con peores consecuencias (menos ingresos, por ejemplo).

También la población mayor es objeto de mayor desempleo, permanecen mayores periodos en el paro. Estos desempleados están discriminados en las contrataciones, en los anuncios de prensa, etc. En las ofertas de empleo diaria se observa que ser «menor de 55 años» es un requisito imprescindible para permanecer en el mundo laboral. Tanto las actuaciones y actitudes sociales directas como las indirectas o soterradas están llevando a que mayores de 55 años sean considerados prácticamente como «inactivos definitivos». Sin embargo, en los países en vías de desarrollo «el índice de desempleo es a menudo francamente inferior entre los trabajadores de edad que entre los jóvenes» (OIT, 1962:27). También en las grandes ciudades la situación de los trabajadores mayores es peor que en las zonas rurales (*ibidem*). Pero de forma general, el desempleo de los mayores constituye un serio problema.

⁴⁷ Institución europea creada en 1981, cuyo objetivo es velar para que los órganos legislativos europeos tomen en cuenta los problemas de la vejez. Desde entonces cuenta con la elaboración de muchas investigaciones en relación al envejecimiento, jubilación, trabajadores mayores, pre-jubilación, entre otros.

Aunque no hay estudios sistemáticos en este sentido, el hecho es que existe actualmente una tendencia generalizada de no contratar a trabajadores mayores de 40-45 años. Ello ocurre a todos los niveles. Directamente se rechazan las solicitudes de trabajadores mayores (recordemos las ofertas de empleo en la prensa). Esto es una de las características denunciadas por «discriminación por la edad» al igual que podría serlo poner como requisito «ser hombre» o «ser de raza blanca», cuestión que seguramente levantaría contundentes protestas. Sin embargo, casi nadie se escandaliza de ver las limitaciones por edad en las ofertas de empleo. Ante este panorama, pues, estos trabajadores pierden la confianza en sí mismos, les arrebatada el desánimo y desesperanza de encontrar trabajo, baja su autoestima y aumentan los sentimientos de desvalorización y dependencia. Los efectos producidos tanto por el desempleo juvenil como maduro son tratados en profundidad por algunos investigadores (Alvaro, 1992; Garrido, 1992, etc.).

La falta de cobertura para los trabajadores y parados mayores también resulta patente. Se les discrimina porque se les excluye de los programas de formación y empleo y de otras iniciativas destinadas a combatir la desocupación. Es decir, se olvida que el derecho al trabajo resulta tan importante para las personas mayores como para los jóvenes, pero siguen siendo un «grupo olvidado». De todas maneras, en muchos países quiere fomentarse la contratación de estos mayores (en Francia, y en menor medida en Alemania, Gran Bretaña y España) mediante incentivos o deducciones en los impuestos de los empresarios, por ejemplo. A pesar de que estos trabajadores tienen en mayor medida necesidad de reciclaje y de adaptarse a los nuevos avances técnicos, la carencia de iniciativas para este grupo es alarmante, lo cual les condena a continuar en una menor cualificación, mayor estancamiento y poca capacidad para competir. Sí hay programas destinados al desempleo femenino o a minusválidos, por ejemplo, pero los cursos que se ofertan van destinados generalmente a gente joven. A nivel de empresas, los empleadores están convencidos de que no es rentable formar a un trabajador de estas características porque tiene una corta vida laboral. Se siguen teniendo actitudes y estereotipos negativos hacia los mismos. Les consideran menos rentables porque son más lentos, menos vigorosos, menos cualificados, tienen mayor riesgo de accidentes y enfermedades, menos habilidades manuales, menos adaptables a tareas o situaciones nuevas, menor movilidad física y laboral, menos motivados, menor capacidad de reacción, son menos resistentes, etc. Además, si se suma la influencia del género la situación, aunque está cambiando, sigue siendo más negativa para las mujeres, pues «en general, se considera viejas a las mujeres antes que a los hombres» (OIT,

1962:31). Pensamos que los empresarios/empleadores prefieren a los jóvenes no por el hecho de ser jóvenes, y rechazan a los mayores por la edad, sino simplemente porque resultan más rentables, pues también encontramos discriminación hacia otros colectivos (mujeres, personas con alguna discapacidad física, por ejemplo). Por tanto, admitámoslo. No podemos negar la realidad de que en este entorno capitalista al empresario/empleador le resulte más rentable la gente joven, en la mayoría de los casos, porque reúne mejores características (de preparación académica, por ejemplo). Pero esta cruda realidad tampoco debe servir de excusa para justificar la discriminación simplemente por la edad. Es decir, ni todos los mayores pueden ser útiles, ni todos los jóvenes lo son por el hecho de ser jóvenes. Habrá que olvidarse del criterio edad y aplicar otros más definidores en la selección de personal y en el campo de la gestión de los recursos humanos. Es decir, parece que se está dando una mezcla de criterios economicistas (disminuir el gasto público) y humanitarios (respeto hacia sus deseos e ideas) para defender el trabajo de los mayores. Pero en realidad predomina el criterio de rentabilidad del empresario (rentabilidad privada), que no coincide con la rentabilidad social o comunitaria, por ejemplo, que los mayores podrían aportar. Ahí está uno de los puntos del debate y confusión de la defensa o ataque al trabajo de la población activa adulta. En los estudios consultados de los años setenta y principios de los ochenta (GAUR, 1975, por ejemplo) aún se señala que la discriminación por la edad, y la situación especialmente problemática de los mayores, era cuestión de otros países. Hoy no podemos seguir manteniendo esta tesis, pues en España se observa claramente la dificultad de la población activa de edad, sea para (re)encontrar trabajo o sea para mantenerlo.

De todas maneras, estudios recientes, que a continuación tratamos, están desmontando este panorama desolador (sostenido por prejuicios, estereotipos y actitudes discriminatorias), y señalando los puntos fuertes de los mayores como recursos humanos. Los trabajadores de edad demuestran tener mayor experiencia, lealtad a la empresa, autocontrol, estabilidad, capacidad de reflexión, prudencia —y por tanto, menores riesgos—, responsabilidad, seriedad y motivación —quizá por miedo a perder el trabajo—, minuciosidad, puntualidad, por ejemplo. Y por otra parte, son garantes de menor agresividad, absentismo, exigencias económicas y de formación, etc., en comparación con los más jóvenes.

Por ejemplo, en relación a la productividad, los estudios destacan la ausencia de una relación negativa entre aquella y la edad. Según Hareven (1981:294), el pionero del estudio de la relación entre efectividad, productivi-

dad y edad fue G. Beard (*Legal Responsibility in Old Age, Based on Researches into Relationship of Age to work*, 1874)⁴⁸. Ya en la actualidad, Doering, Rhodes y Schuster (1983) revisan 28 investigaciones empíricas correlacionando edad y niveles de ejecución en un ciclo de desarrollo profesional de 30 años, no encontrando, en ningún caso, decrementos importantes en la productividad como consecuencia del aumento de la edad. Otros trabajos (Mira y López, 1961; Robinson, 1986; Shepard, 1978) concluyen en un incremento de la ejecución al aumentar la edad en profesiones como: representantes comerciales, trabajadores autónomos, controladores aéreos, profesores de Universidad, científicos y artistas; y sin embargo, una disminución en la ejecución en actividades profesionales como producción en cadena en factorías, operadores, por ejemplo. En consecuencia, parece existir una progresiva pérdida de ejecución en relación al aumento de edad en tareas que requieren esfuerzo físico y movimientos rápidos, pero no en actividades profesionales que demandan contactos interpersonales y relaciones sociales. Kalish (1991:166) defiende que la actuación en el trabajo de empleados entre 50 y 70 años parece ser tan buena, y a menudo mejor, que la de los trabajadores más jóvenes. Por tanto, varios autores defienden que la productividad no es menor en los mayores, sobre todo en determinadas profesiones (Habib, 1979; Mishara y Riedel, 1986; Shepard y Sidney, 1977; Fericgla, 1992; Mira y López, 1961).

En una encuesta francesa a empresarios (GAUR, 1975), la edad límite hasta que puede considerarse productivo al 100% a un trabajador era distinta según la cualificación profesional: 51,4 para los peones, 51,9 para los obreros industriales, 53,4 para los profesionales, 55,9 para los maestros industriales, 57,1 para los empleados y 57,9 para los cuadros técnicos. Y además, «a partir de los 65 se considera que ningún trabajador industrial tiene una capacidad de producción que supera el 60%» (pág.137). De forma general, la productividad mejora con el transcurso de la vida por el mayor grado de experiencia y cualificación que van adquiriéndose. Pero debido al progreso tecnológico la experiencia de los mayores está quedando desfasada. Ello hace necesario una recualificación de los trabajadores mayores, pero en lugar de tener en cuenta estas necesidades de reciclaje se opta por desvalorizar a los

⁴⁸ Su obra, editada en Nueva York (1874), presenta un primer intento de investigación en el entorno de la industrialización y del movimiento a favor de proporcionar un seguro social a la gente mayor. Al analizar la historia de los «logros humanos», Beard descubrió que el 70% de las obras creadoras se habían realizado a los 45 años de edad y el 80% a los 50 años. Su estudio sobre las limitaciones y eficiencia en relación a la edad va sentando las bases para lo que posteriormente se denominaría «persona jubilada».

trabajadores de edad, lo que hace que la curva de la productividad, a efectos de los empleadores, disminuya a partir de los 45-50 años.

En una investigación sobre la actitud hacia el trabajo de jóvenes y mayores (Aldag y Brief, 1977; Mishara y Riedel, 1986:82) en la que estudiaron a 439 asalariados, representantes de cuatro oficios diferentes (porteros, obreros industriales, funcionarios de prisiones y agentes de policía) obtuvieron una correlación positiva entre la edad y la motivación, el interés por el trabajo, la satisfacción general y el compromiso personal con los superiores. Según esta investigación, los trabajadores de edad se revelan más inclinados que los jóvenes a querer su trabajo, a interesarse por él y a sentirse motivados, así como animados por el ideal inherente de la ética del trabajo. Pero en relación con necesidades de orden superior (es decir, con el grado de responsabilidad conferido a un empleo y su aspecto creador por oposición a la importancia del salario), la relación se invierte: la motivación de los trabajadores jóvenes es más intrínseca (es decir, que depende más de la naturaleza del trabajo en sí mismo y menos del salario ganado). Sin embargo, en otro estudio (Aldag y Alderfer, 1975) hallaron que los trabajadores mayores estaban más satisfechos que los jóvenes, tanto de su empleo como de su desarrollo personal. Muchos estudios muestran resultados distintos: la productividad y satisfacción es menor en las personas de edad. Pero todo ello debe observarse con cautela, pues según Shepard (en Mishara y Riedel, 1986:84) «la productividad menor puede deberse al tipo de investigación transversal o situaciones de laboratorio, pues cuando se analizan tareas que no tienen en cuenta el esfuerzo físico, que es lo que disminuye con la edad, los trabajadores mayores no disminuían la productividad respecto a los jóvenes». Por tanto, muchas son las características estereotipadas que menosprecian al trabajador mayor, los prejuicios que siguen manteniendo los empleadores, y tampoco podemos olvidar las diferencias que existen según las profesiones⁴⁹.

En el terreno del absentismo y productividad el deterioro atribuido a las personas de edad es más un mito que una realidad, al menos en lo que se refiere a desarrollos profesionales concretos. Moragas (1991) distingue entre mitos y hechos al tratar a los trabajadores mayores. Uno de los estereotipos más extendidos, como estamos viendo, es la menor productividad del mayor, pero

⁴⁹ Según Moragas (1991:192 y ss.), el perfil más negativo para los empleadores es el de: trabajador mayor, sin formación, con experiencia en un sector obsoleto, desconocedor de nuevas tecnologías, con antigüedad en el empleo y salario y cargas de seguridad social elevadas. Prefieren gente joven, a pesar de los incentivos de la seguridad social por la contratación de mayores y a pesar de que las investigaciones concluyan que su productividad no es menor. Pero el prejuicio social se impone y se piensa que son menos eficaces, más caros, más rígidos, menos flexibles, mayor riesgo de accidentabilidad, etc.

en realidad la evidencia empírica demuestra que esta menor productividad no es general y si se da es compensada con la experiencia. Además esta limitación tendría mayor importancia en el caso de que los trabajos requiriesen fuerza y resistencia física, pero no así en la mayor parte de los trabajos actuales. Por ejemplo, ya hemos mencionado que la lista sería interminable si tuviéramos que enumerar a las personas mayores que son reconocidas por sus obras y creaciones en la edad adulta.

Bartley (1977) demostró que el absentismo de los mayores era inferior que el de los trabajadores jóvenes. Pero, también nos lo recuerda Puchol (1988:161), la idea del mayor absentismo y mayor número de accidentes laborales de nuestros mayores está muy extendida. Sin embargo, la realidad da cuenta de que la población de edad muestra menores índices de absentismo y accidentabilidad que los jóvenes, y ello suele venir explicado por la motivación de los trabajadores mayores por mantenerse en el mismo puesto de trabajo y por los valores de estabilidad que suelen mostrar los mismos. Fericgla (1992:139), al igual que otros estudiosos, resalta que las expectativas laborales cambian según la edad: a) Los jóvenes tienden a exigir que el trabajo sea agradable, interesante y bien remunerado, y b) La gente mayor considera que la actividad laboral es una forma de ganarse la vida, pero también una dimensión que permite demostrar la valía personal y da sentido a la vida: están más adaptados al trabajo. Para Sánchez Hidalgo (1980:145), la satisfacción que aporta el trabajo aumenta a partir de los 50 años aproximadamente: en esta edad la persona no se encuentra tan dispuesta a cambiar de ocupación y ha incrementado su necesidad de seguridad.

Otro estereotipo que se observa es la menor satisfacción de los trabajadores mayores, lo cual también es rebatido por los estudios y encuestas que demuestran que los mayores que tienen un puesto de trabajo lo valoran y están contentos de poder trabajar (Moragas, 1991:158). Para apoyar la falsedad de estos mitos podemos recordar el trabajo de aquellos mayores que posiblemente nunca se jubilarán: amas de casa, agricultores independientes, profesionales liberales, artesanos, para los que no existe el concepto de jubilación como fin laboral y menos como fin social (véase 9.3.1.).

Hasta aquí recalcar que las dificultades de los trabajadores mayores están siendo objeto de muchas discusiones y comentarios; queda mucho por investigar y replantear. Sólo recientemente se está dando un salto más allá para proponer y reflexionar sobre medidas en pro de la población activa mayor. El nuevo panorama del mercado de trabajo se caracteriza por las siguientes rasgos que pueden beneficiar o encajar con las condiciones de los trabajadores mayores: horario flexible (trabajo a tiempo parcial, por ejemplo), posibilidad de

contrato de relevo (división de la jornada entre empleado joven y adulto), vacaciones prolongadas, traslados a otros trabajos o niveles más adecuados a su nueva situación, trabajo a domicilio o *teletrabajo*, etc. Por tanto, en este tipo de flexibilidades, impensables hace unos años, está el núcleo de una nueva organización del trabajo, y lo que es más importante, de los recursos humanos «más humanos», fundamentales en toda empresa que quiera estar a la altura de los tiempos (véase epígrafe 12.2.).

De todas maneras, por ejemplo, la efectividad del *contrato de relevo* para facilitar la jubilación progresiva ha sido nula, como reconoce el Instituto Nacional de Empleo (Moragas, 1991:161). Estas medidas no están siendo eficaces (véase también «jubilación anticipada»). El reemplazo realmente efectuado de puestos de trabajo apenas alcanza el 50% (Council of Europe, 1989; López Jiménez, 1993:187), por lo que no ha sido un medio eficaz de lucha contra el paro. Actualmente, en determinados sectores de algunos países se están abandonando las medidas políticas que incitaron a las cesaciones anticipadas y masivas de actividad, pues desorganizan la progresión normal de las carreras laborales, se pierde la memoria de la empresa, la experiencia acumulada y transmisible y se desequilibra la relación entre activos e inactivos (*op. cit.*, 187).

Está habiendo una considerable cooperación desde varias bandas (entre Gobiernos, sindicatos y empleadores) para tratar las dificultades especiales que se presentan a los trabajadores de edad. Esta preocupación está dando un impulso a las políticas y programas en favor de la población activa mayor, ya sea por motivos humanitarios o economicistas. Si bien aún no se han consolidado estas medidas, podemos decir que muchos son los esfuerzos que desde el ámbito jurídico y social están empezando a plantearse. Por ejemplo, la OIT en 1962 ya propuso algunos elementos en apoyo de la población activa de edad. Más tarde, en 1980, adoptó una recomendación en la que se marcan las directrices a seguir por los Estados miembros sobre las condiciones de empleo de este colectivo. Y lo mismo han hecho las Naciones Unidas recientemente (Informe 1992) y el Ministerio de Trabajo en sus políticas generales de empleo⁵⁰. En resumen, las medidas en esta línea (ver 12.2.) pueden ser:

⁵⁰ Para los programas de empleo del Ministerio de Trabajo (1990), ver el cuadro de medidas elaborado por Abellán (en Guillemard, 1991: XXVI), en relación a propuestas de promoción, ayuda, contratos, etc., que se ofrecen a este colectivo. Observamos medidas más recientes para los trabajadores de edad y empleadores en últimos programas gubernamentales tanto en España como en nuestro entorno europeo.

- Impedir toda discriminación negativa por razón de edad en el ámbito de las relaciones laborales: la igualdad de oportunidades y de trato de los trabajadores de edad debe ser especialmente cuidada en el acceso a empleos, cursos de formación profesional, remuneración, estabilidad en empleo, etc.
- Adoptar medidas que permitan a los trabajadores de edad seguir ejerciendo un trabajo en condiciones adecuadas, facilitando su adaptación a las novedades. Capacitación técnica y práctica de los mayores y adaptación de los puestos de trabajo (Formación continua: talleres, cursos, seminarios especiales, etc.).
- Posibilidad de traslado de un trabajo pesado a otro menos pesado, de menor velocidad... Cambio a otra ocupación o nivel más apropiado a sus preferencias y capacidades. En fin, aplicar los principios de la ergonomía a los puestos de mayores.
- Contratación de mayores de 45 años con beneficio para la empresa.
- Ayudas (contributivas y asistenciales) para trabajadores de 55 y más años.
- Fondos de promoción de empleo destinados a este colectivo. Como estímulos a la contratación de personas de edad, las empresas (de cualquier índole) obtienen un doble orden de beneficios: una reducción del 50% en la cotización por contingencias comunes a la Seguridad Social (que se mantiene durante toda la vigencia del contrato) y una subvención a fondo perdido de 500.000 pesetas (Sempere, 1993: 204).
- Para asegurar una transición progresiva entre la vida profesional y un régimen de actividad libre se recomienda la adopción de instrumentos que garanticen el paso de un trabajador a la situación de jubilación de forma voluntaria, flexibilizándose la edad de acceso a ello, etc. (ver epígrafe 12.2.).
- Elección de políticas, programas y medidas adecuadas y actualizadas.
- Socialización e información social que genere actitudes positivas hacia los activos mayores.
- Medidas especiales para las mujeres mayores que cuentan, como estamos viendo, con menor nivel de instrucción, menores salarios, menor formación profesional, menor experiencia laboral, menor movilidad, menor confianza en sí mismas (menor autoestima), etc. Todo ello hará que tengan menores posibilidades de encontrar empleo. Se requiere, por tanto, especiales programas de reincorporación, mayor oferta de formación idónea a sus niveles y demandas, información y asesoramiento adecuados, etc.

Algunas experiencias en esta línea son los ejemplos de Japón (asistencia especial a los trabajadores mayores), Canadá («créditos de capacitación»), Ecuador (creación de puestos de trabajo para personas de edad) y Colombia (programa de reciclado dirigido por trabajadores mayores)⁵¹. En nuestro contexto español, se están dando incentivos (o deducciones fiscales) a aquellas empresas que fomenten el empleo de mayores. También el artículo 4.2.c del Estatuto de Trabajadores reconoce el derecho de los trabajadores «a no ser

⁵¹ Para una información más detallada consúltese el informe de las Naciones Unidas (Nueva York, 1992) sobre *El envejecimiento de la población mundial*. Concretamente desde la página 71 a la 76, inclusive.

discriminados por la edad dentro de los límites enmarcados por esta Ley», y en el artículo 17 se precisa que «se entenderán nulos y sin efecto los preceptos reglamentarios, las cláusulas de los convenios colectivos, los pactos individuales y las decisiones unilaterales del empresario que contengan discriminaciones desfavorables por razón de edad». Pero, de forma general, podemos concluir destacando el desinterés o casi total ausencia de planes y medidas aplicables a la gente activa mayor de los países de nuestro entorno.

3.3. LOS ORÍGENES DE LA JUBILACIÓN: UN FENÓMENO DE RECIENTE CONSTRUCCIÓN

La historia de la jubilación va unida, obviamente, al origen de los sistemas de pensiones y otros cambios socio-políticos y laborales. Si en el apartado 2.1. vimos que la preocupación por la vejez y el «retraso de la muerte» es universal y extensible a todos los países en la actualidad, la jubilación no constituye un hecho universal ni transcultural. Es decir, no es un fenómeno característico de todas las poblaciones, sino tan sólo de los países más avanzados socio-económicamente.

La génesis de la jubilación se encuentra en los cambios del siglo XIX que transformaron la sociedad agrícola del momento en sociedad urbana e industrial, donde la tecnificación del trabajo era cada vez más patente⁵². Según Donahue y Pollack (1960), «la jubilación es un fenómeno de la sociedad moderna industrial. Los anteriores sistemas socio-económicos en la historia de la Humanidad han tenido un número variable de ancianos, pero ninguno ha tenido la cantidad o la producción que tienen las sociedades industrializadas en nuestros días. Más aún, los ancianos de las anteriores sociedades no eran personas jubiladas, no existía ese papel» (Sáez *et al*, 1996: 7). Por ello, tal como dice Lehr (1980), la jubilación no existía, y al ser las familias los núcleos fundamentales de producción, la persona mayor no era apartada del trabajo, sino que simplemente adoptaba nuevas tareas y nuevos roles. Con ello permanecía activa y útil y representaba un valor para la familia. Hemos de recordar que

⁵² Para una aproximación histórica a la jubilación véase, por ejemplo, Goudy, W. J. (1982), *The retirement history study: two methodological examinations of the data*. Ames, Dept of Sociology and Anthropology, Iowa State University; Cole, T. (1992), *The journey of life: a Cultural History of Aging in America*. Cambridge: Cambridge University Press; Coleman, A. (1983), *Preparation for retirement in England and Wales: a research report*. Leicester: National Institut of Adult Education; Maldonado, J. A. (1996), *Jubilación y pensiones. Un ensayo bibliográfico*. Madrid: CES (véase bibliografía).

hasta hace pocas décadas se dejaba de trabajar cuando se llegaba a la tumba; no había una edad fronteriza para dejar la actividad más que las propias limitaciones físicas de cada persona.

Siguiendo los análisis de Sáez *et al.* (1996), los factores que influyeron en el origen de la jubilación fueron varios. Un primer factor fue el proceso de industrialización y, concretamente, la disminución del empleo agrícola (Graebner, 1980). Bajo el nuevo sistema de producción (la fábrica), la familia no poseía el control de los medios de producción, y ello empieza a exigir la necesidad de una protección para la vejez independientemente de la familia. La empresa familiar, representada por la pequeña explotación agrícola y el comercio artesanal, cede su puesto a las grandes empresas; ya no se trabaja en casa sino para un patrono extraño a la familia. Los mayores de edades avanzadas ya no pueden resistir el duro trabajo mecanizado de muchas horas y otras condiciones pésimas de trabajo.

Otro factor fue la aparición de los sindicatos, paralela al proceso de industrialización. Estos organismos convirtieron la seguridad financiera de los trabajadores mayores en uno de sus objetivos primordiales. Durante la segunda mitad del siglo XIX surgieron, en una serie de países, algunos planes de pensiones privados. Pero no fue hasta 1889 cuando aparece el primer programa público de pensiones, como parte de un plan de seguridad social más amplio, alentado y consensuado por Bismarck en Alemania, y nace como respuesta a las presiones surgidas de la cambiante organización social y laboral de la industrialización. Esta nueva política hacia la vejez, con el papel del Estado como protector de los trabajadores mayores, se extenderá rápidamente por la Europa continental. A los Estados Unidos, por ejemplo, llegaría más tarde, no aplicándose un sistema parecido hasta 1935, como respuesta a la depresión económica 1929.

El progresivo aumento de la esperanza de vida gracias a los avances médicos y científicos también fue otro factor clave. Con ello se produce paralelamente un creciente conflicto intergeneracional por los puestos de trabajo, que cada vez eran más escasos para los mayores, que se iban quedando desfasados por las nuevas tecnologías. Por ello se ve la jubilación como una fuente de discriminación para los mayores, porque va disminuyendo su estatus hacia una situación de dependencia.

Así pues la jubilación es un invento o construcción social producto de progresivos avances industriales y tecnológicos comentados. Además, como el origen de la jubilación coincide con el establecimiento de los sistemas de pensiones y seguridad social no podemos hablar de la una sin hacer referencia a los otros.

El desarrollo económico y los cambios que implicó la sociedad industrial

dieron origen en el mundo occidental a sistemas de pensiones regulados y controlados por el Estado. En la mayor parte de los países europeos estos sistemas de pensiones nacieron entre 1890 y 1920. El primer país que creó un sistema estatal de pensiones de invalidez y jubilación fue, como hemos apuntado, Alemania. A lo largo de los años siguientes este tipo de pensiones se generalizó en Europa⁵³.

En cuanto al origen del sistema de pensiones, decir que en Estados Unidos el *Social Security Act* de 1935 pretende que el sector público intervenga en la decisión individual del ahorro. Es la primera medida importante para las personas ancianas en EEUU. En este contexto se implanta el Plan de Sir William Beveridge (1941), basado sobre el principio de solidaridad y sobre el desplazamiento de la garantía frente al riesgo (López Jiménez, 1993). Se desarrolla así el tipo de pensión universal, que asegura en la vejez un nivel mínimo a toda la población, financiándose por aportaciones fiscales. Con Beveridge se instaura la seguridad social universal para todos los ciudadanos residentes en el territorio nacional. La vejez se va separando poco a poco de la indigencia y de la incapacidad funcional. Sin embargo ni el sistema de seguros obligatorios de Bismarck, ni el sistema de pensión universal de Beveridge se dan con toda su pureza. En Francia (Paillat, 1971: 52) son las leyes de 1928 y 1930 las que aseguran a los asalariados de la industria y el comercio franceses una primera garantía para los riesgos de vejez, en tanto que los funcionarios, mineros, ferroviarios se beneficiaban del régimen de pensiones desde muchos años atrás.

En España fue un Real Decreto del año 1919 el que creó el llamado «Retiro Obrero Obligatorio» para asalariados, que fue el primer paso para el establecimiento de pensiones públicas en nuestro país (Guillemard, INSERSO, 1992)⁵⁴. Analizando a Almarza y Galdeano (1989) sabemos que los sistemas de pensiones originados a finales del siglo XIX cubrían en primer lugar a los funcionarios del Estado y a los obreros de los sectores industriales predomi-

⁵³ Las primeras “pensiones” se otorgaban a los romanos veteranos para agradecer sus servicios. Las pensiones de militares y funcionarios son las más extendidas en todo el mundo. Después, las de los trabajadores asalariados, y más tarde se han ido generalizando a todos los países industrializados (MTSS, 1994: 20-21).

⁵⁴ En aquellos tiempos, según Casals (1982), «el retiro era una peseta diaria, y para obtenerlo se estableció un sistema de capitalización personal que debía hacer cada obrero. Es decir, que estaba organizado por el ente público pero financiado de forma individual por cada persona. No cubría a toda la población, sino únicamente a la clase obrera industrial, minoritaria todavía, y no en todos los casos. El 1 de septiembre de 1939 se suprime el antiguo sistema de capitalización y a los que venían cobrando una peseta se les aumentó a 3 pesetas diarias. En 1948 se aumentó a 125 pesetas mensuales» (pág. 68).

nantes en aquella época (textil, minas, ferrocarriles, imprenta). La primera organización obrera de Socorro Mutuo fue la Asociación Mutua Obrera de la Industria Algodonera, fundada en Barcelona en 1840.

Según López Jiménez (1993), no podemos decir que antes no hubiera protección alguna para los mayores, pues tal protección, aunque defectuosa, existía mediante asociaciones mutualistas, centros de asistencia públicos o privados y centros de beneficencia, pero era algo que no estaba regulado por la ley ni era generalizable a toda la población. En el proceso de evolución de la protección social este autor destaca tres etapas: 1) paternalismo, a través de organizaciones de caridad pública y privada; 2) la creación de los seguros sociales públicos y su cobertura; 3) universalidad, que llegará a garantizar un recurso mínimo a los mayores. Para ir paso a paso, recordaremos que los Montes de Piedad se desarrollan en el siglo XV y serán secularizados por las Cajas de Ahorro en el siglo XVIII con una actitud de ahorro popular y seguro. Es esta agrupación individual de recursos y bienes la primera forma de capitalización para financiar a los retirados: el ahorro puro y simple, al que se unen las rentas. También destacan las Hermandades de los siglos XVI y XVII de carácter religioso, herencia de las Cofradías del XII al XV y las sociedades de «socorros mutuos». Los primeros sistemas de pensiones no surgen para proteger del riesgo de vejez sino para los funcionarios, civiles y militares. A las personas mayores se las incluía en la categoría de «miserables», por ejemplo, el concepto de asilo se utilizaba para los niños; las personas ancianas se concentraban en hospicios y «hospitales de enfermos incurables y decrepitos». La asistencia social gratuita sólo iba destinada a las personas en estado de necesidad hasta los siglos XIX y XX (Moragas, 1991; López Jiménez, 1993). En 1905 se crea una ley de asistencia obligatoria a los «viejos sin recursos» para «todos aquellos que la edad o enfermedad hacen que sean incapaces de poder cubrir sus necesidades» y «se confunde a los ancianos con los incapaces para trabajar» (López Jiménez, 1993: 74). El primer seguro obligatorio de pensiones para la vejez, como ya hemos comentado, se llamó «Retiro Obrero Obligatorio» y comprendía a todas las «clases de trabajo» del país con rentas anuales inferiores a 4.000 pesetas (R. D. 11 de marzo de 1919). Esta pensión, llamada más adelante SOVI (Seguro Obligatorio de Invalidez y Vejez), ha permanecido hasta hace poco tiempo. Tras la Guerra Civil, se sustituirá el Seguro Obligatorio de Vejez por el Subsidio de Vejez (1-IX-1939). A partir de los años 50 la vejez va identificándose cada vez más con la jubilación, que van institucionalizándose y legitimándose socialmente.

Recordemos que no es hasta 1955 cuando «queda establecido el concepto de Seguridad Social» (Moragas, 1991:184). En 1960 se crea el FONAS

(Fondo Nacional de Asistencia Social) para ofrecer una mejor distribución de la riqueza existente. Es en estos años cuando el régimen de pensiones de vejez se extiende al sector agrario (Mutualidad Nacional de Previsión Social Agraria) y al servicio doméstico (Caja Nacional del Servicio Doméstico), a la vez que se integran en el sistema estatal las antiguas cajas profesionales (Mutualismo Laboral). En 1963 se promulga la Ley de Bases de la Seguridad Social, con la que se pretende transformar el antiguo sistema de previsión social en un «moderno» régimen de seguridad social, que entra en vigor en 1967. El sistema se complementa con el I Plan Nacional de Asistencia a Ancianos (1971). Esta tarea normativa se da por terminada con la Ley General de la Seguridad Social vigente desde 1974, y en lo que a pensiones respecta, hasta 1985 (págs. 282-283). Poco a poco se va reemplazando una política de asistencia por una política de la vejez, que es cuando se empieza a cimentar la Ley de Bases de la Seguridad Social, en la que hasta 1975 no entrarán los funcionarios públicos (López Jiménez, o.c., 80). Con la constitución de 1978 se reforman estos sistemas a raíz de la creación del INSS, del INSALUD y el INSERSO. Nuevas reformas en 1980 y en 1985. Y ya más recientemente, la «Ley de pensiones no contributivas» de 1990 supone un cambio sustancial, pues por primera vez dentro de la Seguridad Social se incluyen pensiones para personas que no han cotizado. En 1995, con el Pacto de Toledo (en continuo debate), se sientan las bases del sistema de Seguridad Social.

Resulta patente que los mayores de hoy son los que están recogiendo los primeros frutos de la instauración del Estado del Bienestar, pero observamos que aún no se alcanzan los altos niveles de protección de otros países europeos. En la actualidad, nos encontramos con diversos problemas de equilibrio entre la equidad individual y la suficiencia social en el que se encuentra la Seguridad Social y el sistema de pensiones. Estos problemas, según Jiménez Fernández (1985), son: «desequilibrio financiero, confusión entre el carácter contributivo y el asistencial, inadecuada asignación de recursos (prestaciones familiares), multiplicidad de regímenes especiales, defectuosa acción protectora y dificultades de financiación por el excesivo peso de las cotizaciones», al que añadimos el conflicto intergeneracional surgido por el mayor número de beneficiarios (en este caso los mayores) y el reducido número de cotizantes. Los modelos económicos válidos hasta el momento empiezan a dar señales de alarma. La disminución del número de personas activas y el aumento de las inactivas plantea dudas sobre el sostenimiento del Estado del Bienestar, en concreto el sistema de reparto, aunque no hay acuerdo sobre cuál puede ser la mejor salida a estas cuestiones. Por tanto, lo que urge es construir nuevos sistemas de financiación y medidas que eviten la llamada «jubilación guillotina», con las repercusiones sociales y personales que

conlleva. En fin, el tema de las pensiones (con el neoliberalismo y la socialdemocracia como telón de fondo) plantea un debate que se presenta diariamente sobre la mesa del mercado laboral y, por tanto, resurgirá a lo largo de este estudio como uno de los problemas más preocupantes del proceso de envejecimiento.

3.4. JUBILACIÓN ANTICIPADA Y PREJUBILACIÓN, ¿PREMIO O CASTIGO?

“...algunos directores mejoran con la edad, igual que la cosechas de Burdeos de 1945, 1959, 1961... La jubilación anticipada es, por otra parte, una medida muy eficaz para deshacerse de personas que, como las cosechas de 1951 y 1955, no han salido buenas»
(Towsend, 1985; en Puchol, 1988:149)

Si ya nos hemos ocupado de la población activa mayor y de la génesis de la jubilación, en este epígrafe profundizaremos sobre los mayores que se han jubilado antes de la edad oficial de jubilación (jubilados/as anticipadamente). Se viene observando que un gran número de mayores se jubilan antes de la edad impuesta por la normativa legal. El 65% se jubiló a la edad oficial frente a un 35% que lo hizo de forma anticipada (Sáez *et al.*, 1996). La prejubilación también es una de las formas de transición, a veces traumática, a la jubilación. Si bien la temática de la jubilación anticipada y de la prejubilación sería el caldo de cultivo para la realización de otra tesis y/o investigaciones por la amplitud de su problemática.

Para aclarar conceptos, diremos que la jubilación anticipada nos indica la jubilación antes de la edad legal, y la pre-jubilación, algo distinto (no son aún jubilados), suele incluir a los excedentes laborales procedentes de los sectores afectados por la reconversión que tienen alrededor de 55 años y que no han podido ser recolocados. Algunos prejubilados/as permanecen en los Fondos de Promoción de Empleo hasta los 55 años, siendo entonces asimilados al sistema de jubilación anticipada, formando una figura híbrida entre el desempleado y el jubilado (Prieto, 1996; Agulló y Garrido, 1996). En fin, los prejubilados ni son activos mayores (ni parados, ni ocupados) ni se incluyen aún en la jubilación oficial. Es decir, la diferencia entre la prejubilación y el desempleo, es que el parado orienta sus expectativas a retornar a un puesto de trabajo, mientras que el prejubilado no; su situación es la inactividad laboral y su expectativa es la jubilación (sea o no anticipada) (Caja de Pensiones, 1990:62). Más claramente podemos definirlo así:

— “Prejubilación» es un estado de inactividad laboral (que no es desempleo) cuya expectativa es la jubilación (pero aún no son jubilados oficialmente

(algunos participantes de nuestro estudio, GD6, EM3, EM8, por ejemplo).
— «*Jubilación anticipada*» es la jubilación antes de la edad oficial (65 años), son considerados ya jubilados. Gran cantidad de mayores han sido jubilados de esta manera por diversos motivos (muchos mayores de nuestro estudio: varios de GD, EM5, EM9, EM10, EM20, por ejemplo).

Siguiendo estudios de la Fundación citada (Caja de Pensiones, 1990), la prejubilación se circunscribe a soluciones laborales de carácter no traumático, en el marco de la búsqueda de soluciones negociadas de la reconversión industrial de algunos sectores (naval, siderúrgico, minería, etc.) o de empresas concretas, en su mayoría públicas. En estos casos, los trabajadores se incorporan a partir de los 51 años en adelante al desempleo hasta alcanzar los 60 años, en la que acceden a la jubilación anticipada, percibiendo en primer lugar las prestaciones por desempleo contributivas y luego las complementarias (75% del SMI) y los complementos pactados con las empresas originarias hasta completar un nivel de ingresos similar al que se tenía. Las prestaciones por jubilación a las que acceden los afectados por las prejubilaciones se ven muy disminuidas, llegando a situarse en el extremo de la pensión mínima. Se ve como una medida de «mal menor», por ejemplo, ante el despido prematuro a los 50 años (pág. 63).

Hechas estas aclaraciones, vemos cómo los apartados anteriores nos conducen a tratar las pre-jubilaciones y jubilaciones anticipadas como supuesta solución a la problemática de los trabajadores mayores. Estas formas de jubilación, tal como indicábamos en el título de este epígrafe, se plantean como «premios a una larga vida de trabajo» para que el trabajador acceda a las mismas, pero pueden convertirse a medio plazo en un «castigo», que condena y desactiva a los mayores en todos los sentidos (véase Capítulo 8 para conocer los discursos directos).

La jubilación puede ser de varios tipos y estar diseñada en relación a distintos criterios⁵⁵. Para el autor Artajo de No (1989) hay seis modalidades de pensión: de cuantía plena; anticipada por cuantía reducida; anticipada no reducida por trabajos penosos, tóxicos o insalubres; aplazada; parcial con contrato de relevo, y de total cuantía reducida con contrato de relevo (a los 64 años) (en López Jiménez, 1993:196-197). Según Acebillo y Espona (1990) existen los siguientes tipos de jubilación anticipada: anticipada a los

⁵⁵ Por ejemplo, según la opción, libertad o deseo de la persona (jubilación voluntaria o jubilación forzosa-obligatoria); según condiciones de trabajo (horario, salario, vacaciones...) puede ser jubilación flexible, gradual, progresiva, parcial; acuerdos entre empresa-trabajador; tiempo o edad a la que dé lugar (jubilación normal, jubilación anticipada o retrasada); nivel de preparación (jubilación programada o espontánea).

64 años; anticipada a causa de reconversión; anticipada en empresas en crisis; anticipada con cuantía reducida; con cuantía plena; jubilación parcial y contrato de solidaridad⁵⁶. De los varios tipos de jubilación que se presentan hoy, enumerados anteriormente, nos centraremos en comentar la jubilación anticipada por ser la que en su mayoría vive la población de edad. El resto de jubilaciones o bien se plantean más como ideales o propuestas, que apenas han sido aplicadas (jubilación flexible, jubilación retrasada o prorrogada), o bien se incluyen en el término «jubilación» sin más adjetivos que el término que venimos utilizando: «anticipada». La prejubilación será retomada más adelante sobre los discursos directos de los mayores de nuestro estudio. La situación de la jubilación anticipada se asemeja en muchos aspectos a la prejubilación e incluso a la reciente modalidad de «prejubilación de la prejubilación». Pensemos, por ejemplo, en el «*Plan incentivado de desvinculación de empresa*» (sólo la expresión ya es explicativa) que está proponiendo Telefónica (junio 1999) a sus trabajadores con 45-50 años que supondría dos años de «desvinculación» para pasar después a la prejubilación. También otras empresas (Bancos, el recientemente fusionado BSCH⁵⁷) están proponiendo, a veces «forzando», prejubilaciones y jubilaciones anticipadas a trabajadores con tan sólo 45-55 años.

En este contexto, el debate sobre la continuidad o abolición de la jubilación anticipada es central en la actualidad. Los defensores de la misma (suelen provenir de las organizaciones sindicales) subrayan la dureza de algunos trabajos, por lo que se desea abandonarlos cuanto antes, y es propuesto como un punto a tener en cuenta en las negociaciones colectivas. Pensemos en las recientes huelgas de la minería española exigiendo una jubilación anticipada pero con el 100% del salario. Los últimos acuerdos establecen las jubilaciones anticipadas a los 52 años por reestructuración de empresas y por las condiciones del trabajo en sí. La minería es el ejemplo paradigmático (junto al sector de la construcción, fuerzas de seguridad, etc.)

⁵⁶ Para una mayor información sobre las leyes y características de los distintas formas de transición a la jubilación anticipada (contrato de relevo, contrato de sustitución, disminución de la edad de jubilación, etc.) y otras formas de transición (jubilación gradual, parcial, etc.) puede consultarse la obra editada por la Fundación Caja de Pensiones *Prejubilación en España, ¿un reto para el futuro?* (1990); el *Libro Blanco de la Jubilación* del Ministerio de Trabajo y Seguridad Social (1994); el libro de la UDP (1990) *Preparación para la Jubilación*; el informe del Ministerio de Trabajo y S.S. (1990) respecto a las consecuencias del envejecimiento sobre la política social, los análisis de Pérez Ortiz (1997) en *Las necesidades de las personas mayores* (concretamente caps. 4 y 5, etc.) y Capítulo 8 de este estudio.

⁵⁷ Las prejubilaciones en el BSCH previstas para este año afectarán a 4.500 personas (de los 48.767 empleados), 1.300 más de las anunciadas en principio (*El País*, 12-7-1999).

de petición de jubilación anticipada en profesiones penosas, insalubres y con elevada peligrosidad. Pero en la otra parte del debate está la abolición de la jubilación anticipada, sobre todo desde empresas cuyos trabajos no son insalubres (Banca, por ejemplo) sino que se «prejubilá» a sus trabajadores por «otros motivos» (reestructurar y «rejuvenecer» la plantilla...). En su defensa, tal como decían ya Palmore (1972) y Butler (1975), «el retiro obligatorio desperdicia talentos y potencial productivo» (Aragó, 1986: 300). Pensamos pues, que el criterio más que la edad cronológica sería el tipo de trabajo, sector y condiciones que el mismo requiere. Por ello se viene defendiendo últimamente la jubilación flexible, sea anticipada o retrasada, pero siempre flexible y en relación a criterios verdaderamente relacionados con el ámbito profesional. Recordemos que la jubilación anticipada hasta hace poco tiempo era por motivos de salud. Pero en la actualidad se ha convertido en una herramienta de la política de empleo (¿o desempleo?), además de lindar con las políticas de vejez.

No podemos olvidar hacer mención del estudio de McGoldrick y Cooper (1988). De una muestra de 1.800 personas que se habían acogido a planes de jubilación anticipada y los aspectos estudiados (satisfacción, ventajas e intereses de la jubilación, preparación, la vida antes y después de la jubilación, etc.) les llevan a concluir que los jubilados forzosos y los que no percibían una pensión completa estaban insatisfechos. Había una estrecha relación entre satisfacción, ingresos y expectativas de ingresos. Generalmente disfrutaban más de la jubilación los de mayor nivel educativo, los más jóvenes, los casados, los de mejor salud y los que estaban contentos con su profesión (Buendía y Riquelme, 1994: 79).

Un porcentaje muy elevado de la población mayor se ha jubilado antes de la edad obligatoria. Los argumentos esgrimidos a favor de la jubilación anticipada suelen ser muy diversos y han sido analizados por diferentes autores. Éstos pueden ser:

- Obsolescencia en las técnicas y conocimientos. Los trabajadores/as mayores empiezan a no ser rentables. La formación y reciclaje necesario para la adaptación de estos trabajadores tampoco resulta rentable.
- Profesiones tóxicas, penosas, insalubres, con riesgo (condiciones de trabajo pésimas) y con elevados índices de morbilidad y mortalidad por accidentabilidad laboral.
- Por problemas de salud-enfermedad, desgaste o discapacidades físicas sufridas por los trabajadores/as.
- Por propia voluntad. Factores como la situación marital (los casados se retiran más tardíamente), mejor estado de salud y mejores condiciones de trabajo producen que se jubilen de forma más tardía. Pero en general la jubilación no es un acto volitivo, sino que depende de factores externos (empresa, salud, condiciones de trabajo pésimas, etc.)

que presionan a la persona al retiro. Según Campbell y Campbell (1976), las causas aludidas eran: la salud, el retiro obligatorio y los despidos, y sólo excepcionalmente la disposición suficiente de recursos⁵⁸.

- Mayor tranquilidad y un sentido de la vida relacionado con el ocio más que con el trabajo. Este motivo, aunque incipiente, muestra unas actitudes hacia el trabajo menos centrales y prioritarias que antaño. Se trata de los valores «más allá del trabajo», del menor *ergocentrismo* en algunos casos (por ejemplo, sería la mayor tranquilidad y el afán de disfrutar de la vida que ya señalaba Turner (1982, en Aragón, 1986: 300).
- Otras condiciones puede ser la situación coyuntural del mercado laboral de hoy. En muchos casos es debido a la política de empleo, como por ejemplo las empresas afectadas por la Reconversión Industrial (denominada «amortización de puestos de trabajo») o en otras empresas porque han entrado en crisis. Se da una presión en las empresas que conduce a una reestructuración laboral (jubilación incentivada) o a despidos.
- Los empleos de los mayores y de los jóvenes deben ser intercambiables. Es decir, con la justificación del desempleo juvenil y con el motivo de dejar trabajo a los jóvenes se jubila antes a los mayores. Sin embargo, los expertos (Huguet, 1980; Puchol, 1989; López Jiménez, 1993) comprueban que es erróneo el hecho de que el incremento de los retirados de forma anticipada reduce el número de parados, ya que esto sólo sucede realmente a un tercio de la población retirada. Por tanto, no sirve de excusa el que los mayores «quitan» los puestos a los jóvenes, o el que los mayores «deben dejar paso a otros», etc.⁵⁹.

Todo ello puede llevar a una jubilación obligatoria y anticipada, en contra de la voluntad del mayor, pero justificada por los motivos indicados anteriormente. Según Pérez Ortiz (1993: 264) la jubilación anticipada es una de las vías más rápidas para «despedir» a los trabajadores de edad. Desde los años setenta la tasa de actividad de los trabajadores mayores empezó a caer. En un primer momento afectó a los mayores de 60 a 64 años, pero ya últimamente está afec-

⁵⁸ Desde los inicios de la aplicación de las jubilaciones los motivos apenas han variado si lo comparamos con datos actuales. Según Wentworth (1945) sólo el 5% se jubilaron voluntariamente, frente al 50% que habían sido despedidos y un tercio por falta de salud. Stecker (1951), revisando varios estudios, encontró que sólo entre el 4 y el 6% dejó el empleo porque lo deseaban. A raíz de los años 60 y con el inicio del Estado del Bienestar empezó a aumentar el porcentaje de población que se jubilaba de forma anticipada y voluntaria.

⁵⁹ Según De la Torre (1993), los estudios de la OCDE realizados entre 1987 y 1992 demuestran que las jubilaciones en las empresas no crean puestos de trabajo, sino que más bien suponen un despido encubierto. Es como una posibilidad de efectuar reajustes de plantilla y de favorecer la inversión intensiva en desarrollo tecnológico, lo cual dificulta que los puestos liberados por las personas jubiladas se conviertan en nuevos empleos. En suma, las políticas de las jubilaciones anticipadas en las empresas «se convierte más en un mecanismo de traslación del coste de amortización de los puestos de trabajo excedentario que en un instrumento de reparto de empleo» (Sagardoy, 1982), desembocando en lo que López Candía (1981) llama «perversión de la jubilación». Puchol (1989: 160) nos recuerda que el hecho de jubilar antes puede provocar que el mayor busque otro trabajo para compensar la pensión; no «libera», pues, puestos de trabajo.

tando incluso a los mayores de 50-55 años. La jubilación anticipada se está implantando como respuesta al creciente desempleo. Pero ya hemos citado que no se produce mayor empleo con este tipo de medidas. Según esta misma autora, «en menos de veinte años (desde 1970 a 1988) la tasa de ocupación de los trabajadores de 55 a 64 años ha perdido casi 40 puntos en Holanda, más de 30 en Francia y casi 27 en RFA y Gran Bretaña» (pág. 264). En España este descenso también está siendo imparable y la tasa de empleo juvenil, sin embargo, no aumenta.

La finalidad de estas medidas no ha sido la extensión del derecho al descanso (como «premio») tras una larga vida de trabajo, que es lo que podría significar la jubilación; no son políticas de jubilación propiamente dichas, ni tampoco políticas de vejez; son fundamentalmente políticas de empleo con la finalidad última de conseguir que los despidos definitivos se realicen en condiciones económicas menos penosas para el trabajador de lo que hubiera sido la entrada en el desempleo⁶⁰. La idea era «suavizar» los despidos que hubiesen podido producir, pero estas medidas han contribuido a incrementar el volumen o el ritmo de esos despidos; han abaratado el coste de los despidos, beneficiándose de ello las empresas; por otro lado, también han contribuido a mitigar de alguna manera la carga de valoraciones sociales negativas siempre asociadas al trabajador mayor despedido.

Esta salida del mercado de trabajo se ha formalizado generalmente a través de dos dispositivos. El primero corresponde al ámbito de la protección social (asociado a la protección al desempleo o la invalidez) y el segundo está formado por una serie de nuevos dispositivos, como las figuras contractuales (por ejemplo, los contratos de solidaridad-prejubilación franceses, los contratos de prejubilación alemanes o el contrato de relevo en España). Estos dispositivos guardan relación antes con otras funciones (protección social o creación de empleo) que con la función propia de los sistemas de jubilación, que es la regulación del acceso a la inactividad (Guillemard, 1989; Pérez Ortiz, 1993: 266). Estas nuevas modalidades a su vez han acabado con el margen de previsión del trabajador que sabía a qué edad iba a jubilarse. Sin embargo, con estas medidas la transición aún se torna más brusca, imprevista e impuesta, y no como consecuencia del derecho al descanso, como «premio» (origen histórico de la jubilación), sino motivada por la situación coyuntural del mercado

⁶⁰ En España, la primera fórmula de jubilación a tiempo parcial es del 31-10-1984, *contrato de relevo*, en un intento de desarrollar medidas de retiro «a la carta» (López Jiménez, 1993:173), o el *contrato de sustitución*.

de trabajo, provocando una consecuente devaluación y marginación de los trabajadores de edad avanzada. Se vuelve a poner en tela de juicio el derecho al trabajo que pueden demandar estos mayores jóvenes frente a la «obligación al descanso» que sería la jubilación anticipada.

El balance de estas políticas en costes-beneficios no puede ser más negativo. Los costes, tanto en términos económicos como psicosociales (insatisfacción personal, por ejemplo) han sido elevados, mientras que el impacto sobre la creación de puestos o de alivio del desempleo ha sido prácticamente imperceptible. Además, estas políticas están alterando las fronteras que definen la categoría social de mayor o viejo. La vejez empieza cada vez a edades más tempranas y se produce por la negación de un derecho (al trabajo) más que por la consecución de otro (derecho al descanso). Con todo ello se consigue reforzar y adelantar la imagen negativa de «viejo» (véase Capítulo 10). Además de las consecuencias psicosociales que puede producir este «adelantamiento de la vejez», también produce un aumento de los gastos sociales y, lo que es peor, un aumento del número de personas dependientes a cargo de las personas activas, afectando al Estado del Bienestar, al que se aludirá en el próximo apartado. Otro de los efectos es la alteración del ciclo vital (Guillemard, 1989) de una doble manera: por una parte, el acceso a la etapa final se produce de forma imprecisa e imprevisible para la persona, y por otra, el acceso a esta etapa no es homogénea para todas las personas sino que dependerá de la situación económica y del sector de actividad o de la empresa. Por tanto, esta aleatoriedad e imprecisión pone fuera de control la última etapa laboral y trastoca, entre otros aspectos, las identidades psico-sociales.

La tendencia al descenso en la edad de jubilación viene desde la crisis de los años 70; algunos piensan que deriva de la reivindicación de los sindicatos para favorecer el empleo de los más jóvenes (Frossard, 1980); otros dicen que fue impuesto (Jani Le Bris, 1988) para reorganizar las empresas; otros, por el derecho al descanso. En realidad el contexto socio-económico y todos los factores anunciados anteriormente están potenciando la jubilación anticipada. Es un avance del derecho al reposo, pero también una forma de exclusión social. Por eso este tipo de jubilados implican un estatus ambiguo (Paillat, 1989; López Jiménez, 1993) al convertir a estos mayores en personas «demasiado viejas para trabajar pero demasiado jóvenes para jubilarse».

Guillemard (1991) hace un análisis exhaustivo sobre la relación entre envejecimiento, edad y empleo en Europa. Establece relaciones entre envejecimiento demográfico y actividad económica en función de la edad (causas, magnitud,

perspectivas) y trata las consecuencias del adelantamiento de la edad de jubilación⁶¹. Como conclusiones más relevantes de los estudios de esta experta, podemos decir que los sistemas públicos son incapaces de regular la salida del mercado de trabajo, y los nuevos mecanismos que regulan esta salida son: vías intermedias entre el trabajo y la jubilación; planes intermedios que regulen la salida precoz y otras medidas que conlleven una verdadera política de edades, para lo cual esta autora ofrece claras recomendaciones, en la línea de lo apuntado en el epígrafe 3.2 ó el 12.2. Pero, según varios expertos (Pérez Ortiz, 1993), estas medidas suelen ser de complicada aplicación y gravosas consecuencias. Por ejemplo, según el Informe de las NN.UU. (1982) un sólo año de reducción en la edad de jubilación en España costaría a la Seguridad Social aproximadamente unos 20.000 millones de pesetas. Habrá que construir, pues, nuevas fórmulas para las nuevas formas de transición a la etapa postlaboral (véase Capítulo 12.2).

Antes de cerrar este apartado tratamos brevemente otros tipos de jubilación generalmente aplicados hoy. Las ventajas y desventajas entre la jubilación obligatoria y jubilación forzosa levanta muchas discusiones. En cuanto a la jubilación obligatoria, muchas personas se oponen a la misma porque piensan que los mayores desean seguir trabajando más allá de los 65 años o la edad oficial de jubilación. Cerca de 2/3 de una muestra de sujetos respondió que estaban de acuerdo en que la mayoría de personas mayores se jubilen por propia iniciativa, ya sea porque no desean trabajar más o porque tienen una salud delicada (Harris *et al.*, 1975; Kalish, 1991:171). Las características, según Moragas (1991), de este tipo de jubilación son: por una ordenada separación y transición a la situación de jubilado cuando la salud y productividad declinan; todos los individuos son tratados igualmente evitando discrecionalidades y favoritismos; evita pruebas o demostración de aptitudes de los trabajadores y consecuencias negativas para los no aptos; facilita la promoción y empleo de los trabajadores más jóvenes, fomenta la solidaridad y evita los en-

⁶¹ Esta catedrática francesa experta en tema de envejecimiento ofrece un análisis comparativo entre seis países respecto al adelantamiento de la edad de jubilación y la relación entre empleo y edad en general. En los Países Bajos, Alemania y Gran Bretaña suelen aplicarse tres vías para la cesación precoz de la actividad (desempleo, invalidez y prejubilación convenida). En Gran Bretaña además está la vía de la jubilación profesional privada anticipada. En Francia se está dando una disminución precoz y masiva de la magnitud por vía del desempleo. En Estados Unidos la peculiaridad es que la política pública propugna la prolongación de la vida laboral frente a mecanismos privados que incitan a jubilarse anticipadamente. En Suecia se pretende una política activa de integración laboral y jubilación parcial y otras políticas de integración/reintegración de empleo.

frentamientos intergeneracionales; permite la previsión de necesidades financieras para pensiones; el momento se impone al sujeto (obligatoriedad y falta de reconocimiento de la autonomía), entre otros efectos negativos.

En cambio, las características y argumentos de la jubilación flexible o voluntaria son bien distintas: no discrimina por razón de la edad (respeta derecho al trabajo); aprovecha conocimientos de los trabajadores experimentados, con beneficios para el individuo y la sociedad; reduce los gastos de Seguridad Social si se dilata la jubilación; dificulta la previsión de necesidades financieras para las pensiones; el sujeto decide el momento (libertad y autonomía personal) (véase Cuadro pág. 165 en Moragas, 1991).

Otro tipo es la jubilación parcial o progresiva⁶², ya comentada. Consiste en el abandono progresivo del trabajo por parte del mayor y la incorporación, también progresiva, de un joven trabajador. Esta modalidad está regulada desde 1984 y puede resumirse así: el trabajador deberá cumplir los requisitos para ser jubilado (a partir de los 62 años ya se puede aplicar esta modalidad); el prejubilado y el empresario han de pactar la reducción de la jornada y consiguientemente el salario. El jubilado parcial, que es considerado pensionista durante esta situación, deja de serlo y pasa a jubilación total u ordinaria en el momento que cumpla 65 años. También hace falta que un trabajador desempleado, mediante el llamado «contrato de relevo», acceda al puesto.

Hasta el momento, la mayoría de los países de la OCDE (Ministerio de Trabajo y S.S., 1990: 296) no parecen haber optado por aumentar la tasas de actividad de los mayores. Estados Unidos es el único país miembro que ha decidido retrasar por vía legal la edad de jubilación a principios de siglo XXI. En muchos países de Europa, en cambio, aún se tiende a alentar a la jubilación anticipada y parece que las últimas medidas van en esta dirección. Hemos de concluir diciendo que cada una de las formas de transición a la jubilación tienen sus ventajas y sus limitaciones. De lo que no cabe duda es el debate candente y la necesidad de reflexionar sobre la misma considerando tanto el punto de vista político-sindical, el empresarial, como el de los mayores y la población general.

⁶² La mayor parte de los expertos (también de los mayores, véase apartado 8.4.) abogan por la jubilación progresiva y voluntaria. Esta propuesta es recogida por la OIT en su Recomendación 162/1980 y por la CEE en las Recomendaciones del Consejo de 1982. Además, ha surgido en estos últimos años el reconocimiento de las ventajas de los planes o fondos de pensiones en compañías privadas, lo que favorece el ahorro durante la etapa productiva, se pagan menos impuestos (desgravaciones), a la vez que supone un alivio para los gastos estatales y un aumento de la seguridad y el nivel de vida de los mayores.

3.5. JUBILACIÓN, MERCADO LABORAL Y SISTEMA DE PENSIONES

El nivel adquisitivo de los mayores plantea un problema con doble vertiente. Por un lado, el descenso generalizado del nivel de ingresos de cada uno de los mayores tras la jubilación (tratada en Capítulos 8 y 9); por otro, el debate más general del sistema de pensiones y la financiación de los gastos sociales por parte de los Gobiernos actuales (en la que aquí nos centramos).

La población activa actual es cada vez menor y ello es uno de los motivos que plantea la dificultad del sostenimiento del grupo de pasivos, que va en aumento. La carga que supone esta población asciende y además, si se le suma parte de la población activa que está desempleada y que también depende su prestación de la población activa ocupada, la situación resulta más negra. Ante tal situación se plantean alternativas al Estado del Bienestar, que si hasta ahora aseguraba cobertura a todos los ciudadanos, hoy se pone en duda. Por ello, existe un amplio debate no sólo acerca del sistema de pensiones, sino del papel y alcance del «Estado providencia» o «Estado del Bienestar». Muchos piensan que está en crisis, otros que aún no se ha asentado en nuestra sociedad⁶³. La cuestión es que, según Jiménez Fernández (1985), los problemas del sistema son: «desequilibrio financiero, confusión entre el carácter contributivo y el asistencial, inadecuada asignación de recursos (prestaciones familiares), multiplicidad de regímenes especiales, defectuosa acción protectora y dificultades de financiación» (López Jiménez, 1993:190).

Sin entrar en mayores disquisiciones, que aquí no procede extender, diremos que se están proponiendo alternativas económico-sociales ante tal panorama en distintos países: fomento de la natalidad, ayuda a familias numerosas, desgravaciones fiscales, apertura de las fronteras a inmigrantes, reducción de prestaciones de Seguridad Social y servicios sociales, planes complementarios de jubilación, sistemas de ahorro y capitalización individuales, etc. (Moragas, 1991:194). Las últimas tendencias que apuntan hacia el neoliberalismo, aplicado por los sistemas económicos pero poco aceptado por los trabajadores y corrientes socialdemócratas (que defienden en mayor medida el reparto de trabajo), pretenden ser una salida a la crisis del *Welfare State*.

⁶³ Para una reflexión sobre los orígenes y evolución del Estado del Bienestar español, los fundamentos teóricos y tendencias de política social en nuestro país en los últimos años, véanse, por ejemplo, Rodríguez Cabrero, 1989, 1992, 1994; OCDE, 1990; Gonzalo y Torres, 1992; V Informe FOESSA, 1994; Muñoz de Bustillo, 1989; Pérez Ortiz, 1997, entre otros (ver Bibliografía).

En esta ocasión nos detendremos más sobre los sistemas de pensiones para enmarcar nuestro tema central de estudio.

La primera acepción de la palabra *pensión* indica «asegurar las necesidades primarias de la vida». Las primeras pensiones se otorgaban a veteranos del ejército romano en dinero o propiedades. La historia de las pensiones puede seguirse a través de la evolución de los sistemas de protección social adoptados. Según López Jiménez (1993:189), la protección por jubilación, término que sustituye al de vejez, que figuraba en la ley de 21 de abril de 1966, se refunde en la Ley General de la Seguridad Social de 30-V-1974. Todo ello tiene como antecedentes legales más remotos el Real Decreto de 11 de marzo de 1919 (ya comentado en el apartado 3.3.). A principios del siglo XIX la asistencia social era gratuita, pero se limitaba a las personas con verdadero estado de necesidad. El tipo de auxilio era temporal y se ofrecían servicios en especie: alimentación, alojamiento, asistencia sanitaria... Todo ello era desarrollado por la beneficencia y organismos de caridad, generalmente coordinados por la Iglesia. Más tarde se irían desarrollando los sistemas de protección social a toda la población. En los años 70 las mutaciones sociales y económicas acelerarán un proceso de universalización y armonización de las pensiones, que culminará con la reforma de 1985 y recientes medidas ya citadas⁶⁴.

Hemos de recordar que el *Plan Gerontológico* (1992-1997)⁶⁵ marca el área de Pensiones como primer área por el hecho de que es el problema inicial invocado por las propias personas mayores como máxima preocupación por la incidencia que tiene en su jubilación (Capítulo 8), en sus actividades (Capítulo 9), y en fin, en su calidad de vida⁶⁶. Las líneas de actuación (que incluyen medidas y

⁶⁴ En resumen, según Narváez (1993: 241), las políticas de jubilación han seguido una transformación a través de tres etapas: 1) antes de los años 60 la mayoría de los sistemas de jubilación parten de una idea básica: el reposo bien merecido del trabajador; 2) en los años 60 se considera esta etapa libre de cargas laborales y con posibilidad, por tanto, de desarrollar múltiples actividades de ocio y ocupacionales, que se incluyen en las políticas de jubilación; 3) a partir de 1974 (tras la crisis del petróleo) es el momento en el que las jubilaciones se empiezan a producir como consecuencia del fracaso social de una actividad productiva.

⁶⁵ Tenemos que citar la actual puesta en marcha del “*Observatorio Permanente de Mayores*” (en la línea del Observatorio Europeo creado en 1993). La evaluación del Plan Gerontológico es el primer trabajo que cubre este instrumento. Su objeto es constituir un instrumento de servicio público para conocer y mejorar las políticas de atención a mayores (IMSERSO, 1999: 20-23, nº 174, octubre, *Revista Senta y más*).

⁶⁶ Los trabajos de investigación, así como las encuestas sociológicas realizadas entre el colectivo de mayores, ha puesto de relieve que el nivel de ingresos es la primera causa de preocupación detectada. Esta carencia produce inquietud porque, aunque el dinero no solucione de por sí los problemas del envejecimiento, sí mejora algunos aspectos, como la salud, la vivienda, la soledad... (véase epígrafe 8.3. y Capítulo 11).

objetivos concretos) que marca el Plan Gerontológico en este campo son:

- Solidaridad con las personas de edad (especialmente con aquellas que se encuentran en situación de mayor precariedad).
- Mejora de las pensiones mínimas (proseguir con el proceso de mejora de las mismas).
- Revalorización automática de las pensiones contributivas y agilización en el sistema de gestión (se pretende perfeccionar el sistema de protección de las pensiones contributivas. Por una parte, garantizando la revalorización automática de todas ellas de acuerdo con la evolución del IPC. Por otra, estableciendo el mismo número de pagas anuales a todos los pensionistas).

Los sistemas de Seguridad Social aplicados hoy en día en los países occidentales tienen su origen en dos modelos originarios (véase epígrafe 3.3.). El primer modelo, más antiguo, es el llamado «*sistema profesional*» o *bismarkiano*, que se remonta a finales del siglo pasado (1889). Su objetivo es la concesión de pensiones sobre la base de las contribuciones o aportaciones, por cuenta ajena, realizadas por los individuos, siendo la pensión proporcional a la cotización. La financiación es a tres bandas: trabajadores y empresas (cotizaciones) y aportaciones del Estado. Por ello se le conoce también como sistema contributivo o sistema proporcional.

El segundo, el «*sistema universalista*», recogió las propuestas del Informe Beveridge (1942-1944) para cubrir el riesgo de necesidad. Se caracteriza porque concede una protección uniforme a toda la población, concretada en un servicio de carácter público financiado a través de presupuestos del Estado. Si el anterior tenía una finalidad individual, este sistema cumple una función solidaria, pues persigue asegurar un nivel mínimo de vida para todos los ciudadanos en condición de jubilarse. También se le llama *sistema no contributivo* o *sistema redistributivo* (Moragas, 1991: 187; Fundación Caja de Pensiones, 1990: 31).

Los sistemas de pensiones han pasado a convertirse en sistemas universales que afectan a toda la población, incluso llegan a aquellas personas que a lo largo de su vida no han cotizado, a las que se ofrecen pensiones mínimas de carácter asistencial. Pero, pese a esta generalidad alcanzada, los modernos sistemas de pensiones no quieren romper del todo con el principio tradicional del seguro, según el cual debe haber relación entre las primas pagadas y la prestación que se recibe. Ahora bien, uno de los grandes problemas de los sistemas actuales de Seguridad Social, en lo que a pensiones de jubilación se refiere, es que esa relación entre cotización y prestación se ha difuminado muchísimo. En términos más precisos lo que sucede es que las pensiones pagadas por la Seguridad Social no se basan en un sistema de capitalización, sino en un sistema de reparto. El sistema de capitalización establece una relación

estricta entre lo que el trabajador ha cotizado a lo largo de su vida activa y la pensión que recibe en la jubilación. Se trata del principio que rige los seguros y planes de ahorro privados. El volumen de su pensión dependerá de la cantidad del fondo que ha ido acumulando. En un sistema de capitalización cada trabajador ha creado su propio fondo, que le permitirá más tarde cobrar su pensión. No hay aquí, por tanto, problemas de transferencias de unos grupos a otros. Se basa, según Cote (1980), «en el concepto de grupo cerrado frente al de “caja abierta” de los regímenes públicos de repartición» (López Jiménez, 1993: 96). Una de las críticas a este modelo es que sufre más que la repartición los vaivenes económicos y tampoco permanece inmune a los cambios demográficos, en contra de lo que piensan algunos autores (o.c.: 97).

El sistema de reparto se fundamenta, en cambio, en la existencia de un fondo general que sirve para pagar las pensiones de todo el mundo, sin que la cuantía de cada una de ellas venga exactamente determinada por las cotizaciones individuales. Se asienta sobre un contrato de solidaridad intergeneracional de transferencias de beneficios y contribuciones entre activos e inactivos. Los activos están sumisos a cotizaciones obligatorias que revierten a los inactivos bajo la forma de pensiones. La relación se basa en un equilibrio precario entre cotizantes y beneficiarios que depende de la evolución demográfica, económica y social. Muchos mayores suelen pensar que sus pensiones derivan de lo que cotizaron, pero en realidad deriva directamente de los trabajadores de ahora (López Jiménez, 1993). Otros criterios, como los de necesidad o supuesta justicia social, son también utilizados para la fijación de pensiones.

Un argumento en contra del reparto es que la tasa de ahorro se reduce porque la Seguridad Social actúa como sustitutivo del ahorro privado. Un estudio que levantó gran polémica fue el del economista norteamericano Feldstein, que afirmaba que la existencia de la Seguridad Social reducía el ahorro privado de un 30 a un 50%. Otra de las críticas al sistema de reparto se dirige a señalar la imposibilidad de introducir criterios voluntaristas de elección individual en la determinación de la pensión que se quiere recibir en el futuro (Casahuga, 1982). Nuestro modelo de Seguridad Social, al igual que en otros muchos países, se ha orientado claramente hacia un sistema de reparto. Puede pensarse que este sistema tiene la ventaja de permitir solucionar mejor los problemas de toda aquella gente a la cual, con el sistema de capitalización, le corresponderían pensiones muy bajas o nulas. Pero la forma en que se ha llevado a cabo su ejecución plantea, según los expertos, un serio problema de financiación. El sistema español de pensiones, siguiendo a la economista A. Durán (SECOT, 1995), es un «sistema contributivo atenuado»; contributivo porque el importe de lo percibido depende de lo cotizado, y atenuado, porque esta relación no es lineal, ya que las cuantif-

as resultantes están sometidas a los mínimos y máximos establecidos. En general, suele aplicarse un sistema híbrido entre los dos modelos citados.

Y cambiando de eje, el primer obstáculo que debe salvar un jubilado que pretenda seguir, de algún modo, integrado en el mundo del trabajo y la vida social es el principio según el cual el cobro de una pensión es incompatible, en forma total o parcial, con la realización de un trabajo remunerado. Esta norma, aunque no es universal, se encuentra en la mayor parte de las leyes que regulan la percepción de pensiones. Hay países, como la República Federal de Alemania o Gran Bretaña, en los que el cobro de la pensión es compatible en alto grado con los ingresos de un trabajo. Pero la legislación española establece la suspensión en la percepción de la pensión para el jubilado que realice trabajos por cuenta propia o ajena. Esto produce el aislamiento social del mayor, la introducción en la economía sumergida, la pobreza, etc. También fomenta la injusticia social, pues pensemos en dos jubilados que han llevado vidas paralelas: uno decide vivir de su pensión sin hacer nada, mientras que el otro encuentra una nueva ocupación con sueldo cada mes, ¿es justo que el ocioso cobre mientras que el activo no recibe pensión alguna? Aquí surge el problema del sistema de reparto frente al de capitalización que estamos comentando y que retomaremos al hilo de los discursos de los mayores (Parte III).

En definitiva, los dos sistemas, por caminos diferentes, llegan a efectos análogos. El dilema está entre privilegiar un sistema transversal de repartición que tiene en cuenta al conjunto de generaciones que coexisten en un momento dado, o un sistema longitudinal de capitalización que se focaliza en el interior de una generación de cotizantes. Elegir entre una lógica de solidaridad o una lógica de ahorro individual. No se puede afirmar a largo plazo cuál es la más rentable, y aunque el pasado da la razón a la repartición, la erosión de este sistema ha puesto en duda su funcionamiento futuro. En muchos países se intenta desarrollar «sistemas mixtos», pero para ello se precisan medidas de jubilación más flexibles y progresivas que supondrían cambios sociales significativos (López Jiménez, 1993: 99-100).

En este contexto de crisis de la Seguridad Social se han fomentado las cajas de retiro privadas. Estos sistemas privados de pensiones pueden ser de varios tipos: fondos de pensiones, contratos con entidades aseguradoras o cuentas individuales de capitalización. Los fondos privados de pensiones constituyen una de las formas más importantes del ahorro privado. Este ahorro es canalizado por las aseguradoras hacia la formación de capital, comprando acciones y títulos de crédito que sirven para la financiación de las empresas. El país pionero en esta materia fue Estados Unidos en los años veinte (Acebillo y Espoña, 1990: 83). En España, la reglamentación de Fondos y Planes de Pensiones es

bastante reciente (1987). Los Planes de Pensiones, siguiendo al sociólogo López Jiménez (1993: 100), son instituciones de previsión voluntaria y libre, no sustituyen al sistema de Seguridad Social y deben tener una finalidad social prioritaria. Según la UGT el mecanismo más adecuado se encuentra en los planes de pensiones de empleo que se generan a partir de la negociación colectiva en las empresas y contemplan en su gestión un control y una participación activa de los trabajadores a través de sus representantes (Caja de Pensiones, 1990: 68).

En definitiva, el modelo de la Seguridad Social, junto con el envejecimiento de la población y la imposición de la jubilación forzosa a edades que no se corresponden con la esperanza de vida, han llevado a los sistemas públicos de pensiones a una situación de crisis. Hoy ningún trabajador en activo tiene garantías de que cuando se retire pueda recibir una pensión equivalente, en términos reales, a la que cobran actualmente los jubilados. De lo único que puede estar seguro es de que con sus cotizaciones se está pagando hoy no sólo a los jubilados sino también a personas que no han trabajado nunca (Paillet, 1971; Guillemard, 1991, entre otros). Ante esta situación, en muchos países, entre ellos España, se han comenzado a modificar las condiciones para obtener pensiones, y los propios Gobiernos estimulan la creación de sistemas de pensiones de carácter privado, al margen de la Seguridad Social. Pero no se trata de que el sector público renuncie a ofrecer pensiones básicas, sino que el nuevo modelo reconozca las limitaciones del sistema de reparto e incentive el complemento en las futuras pensiones de manera privada.

Los problemas con los que se enfrenta el sistema de pensiones no son sino una parte de la amplia crisis de la Seguridad Social pública. No cabe duda de que se está perdiendo la visión optimista de que todas las necesidades asistenciales deben estar cubiertas por el Estado desde que nacemos hasta el final de nuestras vidas. España está sufriendo la crisis del Estado del Bienestar precisamente en el momento en que la gente espera su expansión y se está viendo que la retirada del sector público de algunos de sus campos de actuación no está siendo tan negativa (Cabrillo y Cachafeiro, 1990).

En concreto para los mayores, recordemos los diferentes tipos de pensiones (pensión de jubilación, invalidez, viudedad, orfandad, pensiones no contributivas) y las diferencias entre ellas. Además, como ya vimos en el Capítulo 2, la situación económica es más positiva para los hombres que para las mujeres. Esto es debido a que este sistema de pensiones está basado en la actividad profesional y depende más de una política de empleo que de una política de las personas mayores, limitándose a los activos (López Jiménez, 1993: 210-211). Las mujeres son objeto de discriminación al consagrar una

vida sin remuneración a la familia y al trabajo doméstico para recibir en su vejez una pensión sin derechos propios. La feminización de la población anciana, como hemos visto en otros estudios, acentúa esta desigualdad⁶⁷. Por tanto, más numerosas y con menos ingresos constituirán la clientela mayoritaria de las funciones asistenciales del sistema de protección (López Jiménez, 1993: 211)⁶⁸.

A nivel nacional, son varias las previsiones constitucionales que debieran condicionar la política respecto de los ciudadanos de edad. Por ejemplo, nuestra Carta Magna quiere asegurar la protección a la familia (art. 39), la salvaguardia de la salud física (art. 43), el establecimiento de un Régimen de Seguridad Social (art. 41), el derecho a vivienda digna (art. 47), o el propio derecho al trabajo (art. 35) y medidas más orientadas a la gente mayor, pensiones y servicios sociales (art. 50), que en el apartado siguiente desarrollaremos. Para aplicar medidas en base a estos principios se quiere plasmar la redistribución o reparto del trabajo, la jubilación anticipada, prejubilaciones, etc. Es como un «mal menor» ante la que salen beneficiados los colectivos más jóvenes. Las últimas propuestas abogan por un sistema de pensiones complementario, con una base aportada por el Estado y otra por las personas mediante el ahorro privado u otros planes de pensiones o seguros privados. El propio Comité de Ministros del Consejo de Europa ha proclamado (ENDESA, 1989:117-118):

- Que las prestaciones deben ser suficientes para subvenir a la contingencia que la motiva, de forma que permitan el más alto nivel de vida de los trabajadores.
- Que la cuantía sea revisada periódicamente para mantener el poder adquisitivo mediante su elevación.
- Que las prestaciones sustitutivas de los ingresos dejados de percibir por causa de alguna contingencia prevista por la Seguridad Social sean completadas con las mismas asig-

⁶⁷ La situación más pésima se da en el siguiente perfil: mujeres, mayor edad (más de 75 años), viudas, analfabetas, no viven en pareja, con una percepción de salud mala, sin pensión o pensiones de vejez causadas antes de 1980. En el otro extremo positivo están: hombres, menores de 75 años de edad, casados, con una percepción de salud buena, que reciben pensiones causadas con posterioridad a 1980 y tienen posibilidad de recibir pensiones por encima de la media.

⁶⁸ Para una mayor información sobre sistemas de pensiones, en general, y pensiones de jubilación en concreto pueden consultarse las siguientes obras: capítulos de Artajo de No y de Bosch y Escribano incluidos en *La Tercera Edad en Europa. Necesidades y demandas* (INSERSO, 1991); OCDE (1988), *La réforme des régimes publics de pensions*; Carcelén Conesa (1989), *Planes de pensiones y sistemas de jubilación: guía simplificada de su contenido y sus posibilidades*; Fanlo Nicolas (1994), *Jubilación en el Régimen General de la Seguridad Social*; Gómez Sala (1989), *Pensiones públicas, ahorro y oferta de trabajo: análisis del caso español*, entre otros.

naciones que se disfrutaban en activo.

Y el Código Internacional del Trabajo establece:

- Que la pensión de jubilación de la Seguridad Social debe sustituir, hasta donde sea posible, el salario dejado de percibir.
- Que dicha pensión sea proporcional a los salarios del trabajador que sirvieron de base a sus cotizaciones a la Seguridad Social.
- Que la pensión de cuantía fija sólo es adecuada en aquellos países donde la población tenga posibilidades económicas para procurarse por medio de prestaciones complementarias libres una protección añadida.

Uno de los problemas más relevantes con los que se tiene que enfrentar los Gobiernos de nuestro entorno europeo está siendo, por una parte, asegurar la estabilidad de las pensiones, y por otra, lograr una mayor coordinación entre los sistemas de servicios sociales y sanitarios (que en otro apartado trataremos) y acomodar todo ello a las necesidades reales de la gente mayor. Una de las causas que se atribuyen a la quiebra del *Estado del Bienestar* es el importante aumento de los gastos en materia de vejez, sobre todo de las pensiones que reciben los mayores. Es un idea generalizada en el debate sobre el futuro del Estado del Bienestar el que el envejecimiento va a ser uno de los causantes más claros (lo está siendo ya según algunos expertos) de la quiebra de los Estados Providencia. La idea suele basarse en el aumento progresivo de los gastos sociales destinados a vejez⁶⁹.

Según Guillemard (1995), «*se puede hablar de un encanecimiento de los presupuestos sociales europeos*», y al analizar la evolución de la estructura del gasto social en los países miembros concluye que «*los Estados-Providencia europeos se han convertido progresivamente, la mayoría de ellos, en "Estados-Providencia-para-la-vejez"*» (SECOT: 594-595). El 42% del gasto social de la Europa de los Doce en 1986 correspondía al capítulo de vejez. Igualmente en España el gasto es del 46,6% sobre el total de gastos de protección (Castells y Pérez, 1992: 34). El problema que se plantea es que la relación activos/inactivos no bastará para el mantenimiento del número creciente de mayores, lo cual puede dar lugar a una «guerra de edades». Por ello, las últimas tenden-

⁶⁹ Observemos, por ejemplo, en el informe de la OCDE (Ministerio de Trabajo, 1990, págs. 201-259) la situación actual (de los distintos países de la OCDE) y las tendencias de los gastos sociales como consecuencia del envejecimiento demográfico. Consúltese también la obra, que obtuvo el primer premio de investigación del IMSERSO en 1996, de la economista L. Pérez Ortiz (1997), *Las necesidades de las personas mayores. Vejez, economía y sociedad*. Madrid, IMSERSO, concretamente los Capítulos 4 y 5.

cias de política económica se basan en la contención de gastos públicos y en proponer otras medidas de privatización. De todas maneras, los gastos en vejez son muy elevados, pero también se puede asegurar que elevado es el potencial de los mayores que hasta ahora ha sido desaprovechado. Todos estos temas están generando mucha controversia y polémica no sólo entre los expertos sino entre las personas mayores y la sociedad en general.

En las década de los 80 y a principios de los noventa se está viendo una mejora en la pensiones de la Seguridad Social, incrementándose las de menor cuantía y ampliando la cobertura a toda la población (desde 1990 las pensiones no contributivas)⁷⁰. Es de reseñar en nuestro contexto español *el Pacto de Toledo* (23-9-1996), con vigencia hasta el año 2000, en el que el Gobierno y los sindicatos han llegado a un *Acuerdo sobre Consolidación y Racionalización del Sistema de Seguridad Social*. Ante la alarma social de los últimos tiempos entre los mayores españoles por el rumor del descenso o congelación de las pensiones, en este acuerdo se garantiza el mantenimiento del poder adquisitivo de las pensiones (que subirá en función del IPC) y se compromete a adoptar las medidas necesarias para asegurar las prestaciones a los/as pensionistas del futuro. De todas maneras, continuamente resurge el debate de las pensiones, concretamente ante el «criticado» pago de algunos medicamentos (*el medicamento*) o ante la propuesta de subida de las pensiones no contributivas por parte de algunas CC.AA. (por ejemplo, Andalucía, agosto 1999). Evidentemente todas estas cuestiones están creando una alarmante preocupación social que percibimos tanto desde la opinión pública general como desde los discursos de los mayores.

De todas maneras, siguiendo a Narváez (1993: 242), pensamos que faltan investigaciones serias sobre las pensiones y la forma de financiación de las mismas. Por ejemplo, estudios sobre los efectos redistributivos de las mismas; hasta qué punto los individuos pueden continuar su nivel de vida anterior; investigar los años de vida necesarios para recuperar la cotización pagada actualizada; estudiar los balances del ciclo de vida o los saldos entre cotizaciones y prestaciones actualizadas... Los estudios en esta materia político-económica, y lo que es más importante, los efectos psicosociales que tienen los mismos, pueden arrojar mucha luz sobre la problemática actual de los sistemas

⁷⁰ Hemos de subrayar que las pensiones no contributivas (en España desde 1990) permiten una pensión a las personas que no han cotizado en su vida laboral. Tienen derecho a esta pensión las personas que hayan cumplido 65 años, residan legalmente en España o hayan residido durante un mínimo de 10 años entre los 16 y la fecha de solicitud, así como durante los dos inmediatamente precedentes a ésta, y que carezcan de ingresos suficientes

de pensiones y la jubilación.

3.6. PROTECCIÓN JURÍDICA Y LEGAL DE LAS PERSONAS MAYORES Y DE LA JUBILACIÓN

Otro de los indicadores del interés por los mayores se puede observar a través de las leyes y recomendaciones a nivel institucional y legislativo. En este epígrafe, pues, se tratan brevemente los principales hitos de la protección a los mayores y la vejez a título oficial y las propuestas institucionales⁷¹.

A nivel internacional, además de los sistemas de pensiones pioneros tratados, el interés por las personas mayores empezó a mitad del siglo presente. En EE.UU. la protección a los mayores se plasmó en el *Social Security Act*⁷². En concreto, la organización de las NN.UU. creó una comisión especial, «Comisión de Derechos Humanos» (1946). En defensa de los mayores, la Declaración Universal de los Derechos del Hombre (1948) se manifiesta así: considera la jubilación del trabajador como una situación que debe ser incluida en el esquema de los derechos subjetivos de éste. En esta Asamblea, siguiendo información de Altarriba (1992: 5), Argentina presentaba un proyecto de atención a la ancianidad denominado «Declaración de los Derechos de la Vejez», el cual centraba su atención sobre unos indicadores considerados como preferentes, que eran: alimentación, ubicación, salud, vestido, economía (trabajo y pensiones), ocio y servicios sociales. Pero esta declaración «nunca se convirtió en instrumento oficial» (Belandó y Sarlet, 1997: 201).

En el año 1969 (en Malta), también en la Asamblea General de las Naciones Unidas, se presentó una serie de propuestas relacionadas con el ámbito gerontológico, bajo el epígrafe de «Algunos aspectos relacionados con las personas de edad y con el envejecimiento» (Altarriba, 1992: 5). Más tarde se valoraría como positiva la creación, por parte de las NN.UU., del *Fondo Internacional de las Naciones Unidas para la Vejez* (UNIFA).

⁷¹ No se pretende ofrecer una análisis exhaustivo de todas las medidas destinadas a mejorar la calidad de vida de la gente mayor. La política social dirigida a las personas mayores será revisada de manera breve a lo largo de este estudio, pero requeriría la realización de otra tesis o investigación.

⁷² Esta ley parte de la política llamada del «New Deal», con Roosevelt (1929-30). A partir de la promulgación de esta ley se admitió, por primera vez, que correspondía al Gobierno federal la obligación de arbitrar los fondos y los servicios necesarios para evitar la miseria y la mendicidad de las personas cuya vejez impidiese ganarse el sustento y no tuviese familiares que atendiesen tales necesidades. Además, trataba de cubrir la supervivencia de los mayores, de los inválidos e inclusive de sus familiares (Mira y López, 1961:134).

La Carta Europea de la Tercera Edad (Luxemburgo, 1975), adopta una serie de principios y establece un conjunto de derechos en favor de las personas ancianas, dentro de las cuales aparecen condensados todos los objetivos de una política para la jubilación basada en la dignidad de las personas humanas (derecho a la asistencia física y material, a la vida económica, a una vida social, a una existencia cultural, a la auto-economía, etc.) y planteada desde la justicia y no desde la simple asistencia.

Más recientemente, la ONU convocó la «*Asamblea mundial sobre el Envejecimiento del Individuo y de la Población*» (Viena, 1982), que marcó un hito importante en la maduración de la política social destinada a los mayores. La principal finalidad era iniciar un programa internacional de acción encaminado a garantizar la seguridad económica y social de las personas de edad y fomentar la participación de las mismas en el desarrollo de sus respectivos países. En estas normas se insta a los Gobiernos a tomar y/o fomentar medidas sobre salud y nutrición; protección al consumidor; vivienda y medio ambiente; familia, bienestar social, educación y seguridad de recursos y ocupación⁷³. Resulta interesante mencionar el informe nacional realizado por la Comisión Nacional Española para la Asamblea Mundial, al que aludimos en varias ocasiones. En definitiva, el Plan de Viena constituye un documento de inevitable referencia en todos los estudios e investigaciones sobre políticas de vejez. Siguiendo las mismas pautas de este informe, debe facilitarse la participación de las personas mayores en la vida económica, tomando las medidas adecuadas para que los trabajadores de edad puedan permanecer en ciertos tipos de empleo en condiciones satisfactorias y beneficiarse de la seguridad en el mismo, eliminando todo tipo de discriminación en el mercado de trabajo y garantizando una auténtica igualdad de tratamiento en la vida profesional, y asimismo facilitando a los trabajadores de edad el derecho de acceso a programas y servicios de orientación, capacitación y colocación, propiciándoles el encuentro de un empleo de acuerdo con su capacitación y conocimiento (Asamblea de Viena, 1982). En la recomendación 29 de la Asamblea citada se indica que los Gobiernos deberán fomentar medidas para que la transición de la vida activa a la jubilación sea fácil y gradual, y se debe hacer más flexible la edad de derecho a jubilarse. Esas medidas deben incluir cursos de preparación para la jubilación y la disminución del trabajo en los últimos años de la vida profesional. En la re-

⁷³ Este último incluye: generalización del sistema de seguridad social, adecuación del nivel mínimo de ingresos por prestaciones, posibilidad de ingresos complementarios y la formación de ahorro, flexibilización de la edad del derecho a jubilación.

comendación 30 se expuso que los Gobiernos deberán aplicar las normas internacionales relativas a los trabajadores de edad (OIT, 1980). Otros documentos de interés sobre el fenómeno que estamos tratando son los que siguen:

- Declaración de Derechos de las Personas Ancianas, Washington (1961).
- Proyecto de Ley del Senado de Brasil, 1954 (de asistencia gerontológica). Mira López (1961:165) considera este proyecto de Ley de Asistencia de la Vejez como el más completo de Latinoamérica.
- Carta de Derechos del Envejeciente, NN.UU. (1982).
- Proyecto de plan de acción internacional preparado por la Federación Internacional de la Ancianidad.
- La Recomendación del Consejo de la CE de 10-XII-82 relativa al principio de una política comunitaria sobre la edad de jubilación: derecho a escoger momento de jubilación, jubilación flexible y progresiva, pensión compatible con trabajo, fomento de preparación a la jubilación.
- Las Directivas 79/7 y 86/378 de la CE relativas a la igualdad de trato entre hombre y mujer en materia de Seguridad Social.

Con la Carta Europea de Mayores (1992) y con la celebración del «Año Europeo de las personas mayores y de la solidaridad entre generaciones» (1993) se da un nuevo impulso a la preocupación por estos temas. La Asamblea General de la ONU en sus Resoluciones del año 1991 recomendó que se definiera un conjunto de objetivos mundiales relativos al envejecimiento para el año 2001 que sirvieran de orientación pragmática a las metas del Plan de Acción Internacional sobre el Envejecimiento⁷⁴. Estos principios son los siguientes:

- *Independencia*. Alimentación, vivienda, vestido, atención de la salud, ingresos, trabajo y educación.
- *Participación*. Bienestar y posibilidad de trabajar como voluntarios o formar movimientos o asociaciones.
- *Cuidados*. Cuidados de salud, servicios sociales y jurídicos.
- *Autorrealización*. Desarrollar su potencial, acceso a recursos educativos, culturales, espirituales y recreativos.
- *Dignidad*. Seguridad, dignidad, libres de explotaciones y de malos tra-

⁷⁴ Para conocer los *Objetivos mundiales para el año 2001* y otra políticas sociales y documentos en pro de las personas mayores puede consultarse Belando y Sarlet (1997), Madrigal de Torres (1993: 214 y ss.), Girdales (1993), Sempere (1993:193 y ss.), entre otros. Guillemard (1992, 1993) nos ofrece un análisis comparativo de las políticas de vejez en Europa. El INSERSO (1993) ha editado una obra sobre la atención a las personas mayores en tres países europeos. También Castells y P. Ortiz (1992), Pérez Ortiz (1997), aportan sus análisis respecto a la política social en España destinada a la vejez.

tos físicos y mentales.

La Asamblea de Nueva York (1992) también sigue líneas parecidas a las propuestas de la ONU del Plan de Viena de 1982. El interés de incrementar el grado de protección social en las múltiples facetas que afectan a la vida de las personas mayores son tareas ineludibles en nuestra sociedad, y que resultan acordes con las siguientes recomendaciones y derechos que a continuación, al menos, debemos citar:

- La OIT, con su Recomendación 162 (23-VII-1980) en defensa de los trabajadores de edad y preparación para la jubilación. En defensa de las pensiones, frente a la discriminación de los trabajadores de edad, en pro de la capacitación, por una mejora en la seguridad social (convenio 102 y 128), prestaciones por invalidez, vejez y sobrevivientes (convenio 131) (Giraldes, 1993: 245; Martín y Sastre, 1991: 9).
- Siguiendo a Giraldes (1993), la Organización de las NN.UU para la Agricultura y Alimentación (FAO) también realiza planes de política alimentaria y nutrición que beneficia a la población mayor, sobre todo a las mujeres de las zonas rurales, entre otros (*op. cit.*, pág. 246).
- La Organización de las NN.UU. para la Ciencia y la Cultura (UNESCO), cuyo principal aporte se basa en recomendaciones sobre la educación de adultos (Nairobi, 1976) y preparación a la jubilación.
- La OMS, cuyo interés (desde 1954) se centra en tratar las consecuencias de la salud pública del envejecimiento, la nutrición y vivienda en los mayores, los aspectos físicos, psíquicos, rehabilitación, medicaciones y asistencia sanitaria. Muchas veces todas estas intenciones de las NN.UU. no se reflejan en la realidad jurídica de muchos Estados miembros (Giraldes, 1993: 249).
- Las Resoluciones del Parlamento Europeo (14 de abril y 14 de mayo de 1986) sobre acciones comunitarias para mejorar la situación de las personas de edad en los Estados miembros de la Comunidad. Fomento de investigaciones sobre varias áreas referentes al ámbito gerontológico y personas mayores.
- La Resolución del Parlamento Europeo de 16-9-1987 sobre el transporte de minusválidos y ancianos.
- La Recomendación de la Comisión de la CE de mayo de 1989 sobre la tarjeta de ciudadano europeo mayor de 60 años.
- La Carta Comunitaria de Derechos Sociales Fundamentales de los trabajadores (puntos 24 y 25), de diciembre de 1989.
- La Directiva del Consejo de las Comunidades Europeas de 28-6-1990 relativa al derecho de residencia.
- La Decisión del Consejo de la CE, de fecha 26-11-1990, relativa a acciones comunitarias en favor de las personas de edad avanzada.
- Declaración sobre Políticas integrales para Personas con Discapacidad y Adultos Mayores en el Área Iberoamericana (1993). En la III Conferencia Intergubernamental Iberoamericana sobre políticas para Adultos Mayores y Personas con Discapacidad, convocada conjuntamente por el INSERSO de España y la División Social del Ministerio de Planificación y

Cooperación de Chile (MIDEPLAN), se propusieron varias recomendaciones a favor de los mayores (Belandó y Sarlet, 1997: 206). Los países participantes en esta Conferencia acordaron constituir una Red Iberoamericana de Cooperación Técnica para el desarrollo de Políticas Integrales para las Personas Mayores y las Personas con Discapacidad.

Este mismo año, ha sido declarado por las NN.UU. «Año Internacional de las Personas Mayores, 1999». Los principios que rigen los programas se basan en los ya enunciados anteriormente al tratar el papel de la Asamblea de las NN.UU. en el año 1991. Observamos los diferentes actos institucionales que se están realizando por la proclamación del año 1999 de las personas mayores. Recientemente España ha propuesto ser sede de la *II Asamblea Mundial sobre Envejecimiento*, que se celebraría en la primavera del 2002 en Madrid (IMSERSO, 1999, *Revista Sesenta y más*, nº 175: 4). Aunque estos actos a veces se quedan como «declaraciones de buenas intenciones» siempre sirven para recordar y replantear que «ahí» está el problema.

En nuestro ámbito español, y en la misma línea, podemos mencionar la importancia para los mayores de los artículos 9.2., 41, 43 y 50 de nuestra Constitución y el Estatuto de los Trabajadores de 1980. El artículo 50, Capítulo Tercero, Título I, es fundamental porque se centra en la gente mayor. En él se afirma que «los poderes públicos garantizarán, mediante pensiones adecuadas y periódicamente actualizadas, la suficiencia económica a los ciudadanos durante la Tercera Edad. Asimismo, y con independencia de las obligaciones familiares, promoverán su bienestar mediante un sistema de servicios sociales que atenderán sus problemas específicos de salud, vivienda, cultura y ocio». Los ámbitos que destaca este artículo vemos que constituyen uno de los ejes de los documentos elaborados a nivel internacional en beneficio de las personas mayores. De todas maneras «las pensiones adecuadas» siembra la duda de lo qué es adecuado en relación a las pensiones. Falta concreción a la hora de trasladar a la práctica estos artículos⁷⁵.

Más dirigido a los trabajadores de edad, leemos el artículo 35, sección 2ª, Capítulo Segundo, Título I, apartado 1, que dice: «todos los españoles tienen el deber de trabajar y el derecho al trabajo, a la libre elección de profesión u oficio, a la promoción a través del trabajo y a una remuneración suficiente para satisfacer sus necesidades y las de su familia, sin que en ningún caso pueda hacerse discriminación por razón de sexo» o de edad, añadiríamos nosotros.

El artículo 41, Capítulo Tercero, Título I: «Los poderes públicos mantendrán un régimen público de Seguridad Social para todos los ciudadanos, que garan-

⁷⁵ Aunque Giraldes (1993, 1993: 256) desarrolla ampliamente la figura de los mayores en la Constitución desde un punto de vista crítico, aquí sólo nos detendremos en los más relacionados con nuestro tema.

ficie la asistencia y prestaciones sociales suficientes ante situaciones de necesidad, especialmente en caso de desempleo», sobre todo en edades avanzadas o situaciones especiales, sin constituir actos de piedad y limosna sino de justicia e igualdad que cuide de los ciudadanos (ver también artículo 43 para el «derecho a la protección de la salud», o el fomento de la «educación sanitaria, la educación física y el deporte... adecuada utilización del ocio») (ver 12.2).

En concreto, la jubilación era considerada como un derecho del trabajador. Pero desde 1980 es un modo de extinción del Contrato de Trabajo (art. 49.6 del Estatuto de Trabajadores) como la invalidez o la muerte, que opera por mandato legal y no por decisión exclusiva, personal, libre y voluntaria del trabajador. La sentencia del TC de 1981 (STCT de 24-II-1981), en Martín y Sastre (1991: 11), afirma que «la jubilación ha pasado de ser solamente un derecho del trabajador y una situación protegida por la Seguridad Social, a constituir también una causa legal de extinción del contrato... regulada en contemplación de intereses sociales y cuyo hecho fundamental no es ya la decisión personal del trabajador, sino el cumplimiento de la edad fijada por cualquiera de los sistemas legalmente previstos». De esta forma, y según el Estatuto de los Trabajadores, la jubilación la fija el Gobierno en función de las disponibilidades de la Seguridad Social y del mercado de trabajo.

Como venimos diciendo la crisis económica ha provocado, pues, que las políticas de vejez se estén convirtiendo en políticas de empleo, en concreto del «reparto del trabajo» (dando trabajo a los desempleados más jóvenes), haciendo de la jubilación un instrumento del mismo. El derecho de los trabajadores mayores sufre y sufrirá notables modificaciones. Además, son varias las medidas para reducir la oferta de trabajo (en vez de aumentarla), como por ejemplo: jubilación anticipada, jubilación forzosa, prolongación de la escolaridad, trabajo a tiempo parcial, entre otras.

Sin embargo, como respuesta a este ataque frente a la libertad se pronunció el Tribunal Constitucional (en 1981) declarando como inconstitucional toda norma que establezca «la incapacitación para trabajar a los 69 años y de forma directa e incondicionada». De cualquier modo, la edad máxima será la de 69 años, sin perjuicio de que puedan completarse los periodos de carencia para la jubilación. También se establece que «en la negociación colectiva podrán pactarse libremente edades de jubilación, sin perjuicio de lo dispuesto en materia de Seguridad Social a estos efectos» (Martín y Sastre, 1991: 12) Esta sentencia se basa en la Recomendación 162 de la OIT enunciada anteriormente, en la se propugna la voluntariedad y progresividad de la jubilación. También el artículo 14, Capítulo Segundo, Título I, apoya esta tesis proclamando el derecho a la no discriminación, dice: «los españoles son iguales ante la ley, sin

que pueda prevalecer discriminación alguna por razón de nacimiento, raza, sexo, religión, opinión o cualquier otra condición o circunstancia personal o social», incluida la edad avanzada, añadiríamos nosotros.

También en el artículo 17 del Estatuto de los Trabajadores (ya citado en el epígrafe 3.3.) y en la Recomendación 162/1980 de la OIT se insta a los Gobiernos a la no discriminación de los trabajadores de edad (Belando y Sarlet, 1997: 212). Pero sí se han esgrimido a raíz de estas medidas argumentos de todo tipo (psicológicos, sociales, demográficos y sanitarios), en torno a la jubilación, como «reparto de trabajo». En efecto, y siguiendo a Martín y Sastre (1991: 11), las consecuencias de la crisis económica han pesado, valorándose y aplicándose estas medidas, sobre argumentaciones de toda índole.

El Plan Gerontológico de 1969 es considerado superficial, anárquico, paternalista, centrado en una óptica asistencial-residencial (Campos, 1996: 247, ver artículo en Reis, nº 73). Ya más recientemente, en 1988, se elaboró el Plan Gerontológico Nacional con el propósito de configurar una política integral en favor de los mayores. Se editó en 1993 y se desarrolló hasta 1997. Fue inspirado, entre otros, en las Recomendaciones emanadas de Bruselas. Este Plan se puede englobar en la misma línea de actuación, marcando las siguientes áreas en su documento: 1) pensiones, 2) salud y asistencia sanitaria, 3) servicios sociales, 4) cultura y ocio, y 5) participación (Belando y Sarlet, 1997: 205). Algunas Comunidades Autónomas (País Vasco, Cataluña, C. Valenciana y Madrid) han elaborado sus propios Planes Gerontológicos, por ejemplo la Comunidad de Madrid cuenta con un Plan de Mayores 1998-2006 dotado en este ejercicio (1999) con 29.850 millones de pesetas, para atender a las casi 700.000 personas mayores de 65 años.

Con todo lo manifestado, se cierra de una forma seria y menos paternalista una primera etapa, que ha empezado a preocuparse por el envejecimiento a nivel mundial. El objetivo es iniciar el nuevo siglo, el nuevo milenio, con los intereses renovados y esperando que los programas y medidas no sean simplemente declaraciones de buenas intenciones sino que pasen de la teoría al nivel práctico.

Parte II

ENVEJECIMIENTO Y JUBILACIÓN COMO PROCESOS PSICOSOCIOLOGICOS Y COMO OBJETOS DE INVESTIGACIÓN

El envejecimiento como foco de atención de las ciencias sociales

“Desgraciados los que tienen todas las ideas claras”
(Pasteur)

“Las teorías son redes: sólo quien lance recogerá”
(Novalis)

En este Capítulo y el siguiente se tratan los distintos enfoques teóricos y paradigmas desde los que se viene desarrollando el tema del envejecimiento, vejez y jubilación. Resulta imprescindible realizar una revisión en esta línea para lograr una mayor comprensión de nuestro objeto de investigación, y para ello procuraremos seguir la máxima de Séneca: *«Dedica tu tiempo a mejorarte por medio de lo escrito por otros hombres; así llegarás fácilmente a lo que otros han conseguido luchando»*. Cambiemos por un momento la palabra *mejorar* por «informarte» y *luchando* por «investigando», para adaptarla a nuestro caso. En fin, pensamos que tratando lo que otros expertos/as han pensado y escrito estamos dando un primer paso en nuestro análisis.

Tal como apunta Casals (en Sánchez Vera, 1993: 22-24; en UDP, 1992:18-20), el tema de la vejez viene siendo abordado desde la investigación aplicada y tan sólo una mínima parte de los estudios son de tipo teórico. La poca presencia de enfoques sobre el tema de la jubilación (que suele incluirse como un “apartadito” del “gran tema” de la vejez) y de la actividad en estas edades (como otro “apartadito”, si cabe) aún es más notable y más reciente. Aunque esta tesis no pretende ser, ni mucho menos, un tratado teórico de la vejez, a continuación se ofrecerán las ideas principales y comentarios de algunos enfoques que pueden servirnos para entender mejor la experiencia del envejecimiento. Nuestros análisis se centran fundamentalmente en las teorías de corte sociológico y psico-sociológico, pero también se alude a otros enfoques de investigación. No se procederá enumerando las distintas teorías a modo de letanía, sino que se intentará transmitir las distintas concepciones que se tienen del proceso de envejecimiento a través de las aportaciones teóricas, contrastando las tesis principales que mantienen cada una de ellas de forma comparativa, no enumerativa ni exhaustiva. Nos detendremos en aquellos aspectos teóricos que puedan ser relevantes para nuestro objeto y objetivos.

El enfoque teórico de esta tesis persigue la archipretendida (y muy pocas veces lograda) integración y complementariedad disciplinaria. Se parte de la psicología y sociología de la vejez/envejecimiento para construir un marco específico de la psicología social del envejecimiento, en general, y de la jubilación en concreto. Es decir, esta tesis se asienta sobre la perspectiva de la interacción e interrelación entre factores psicológicos y sociales, que es lo que imprime carácter al punto de vista psicosocial. Tal como dice Crespo (1995), resulta más productivo intelectualmente abandonar las dicotomías como *psicología social psicológica/psicología social sociológica* y considerar la Psicología Social como perspectiva transdisciplinar y como un territorio plural desde el punto de vista tanto teórico como metodológico.

4.1. GERONTOLOGÍA Y GERONTOLOGÍA SOCIAL: GÉNESIS Y DESARROLLO ACTUAL

¿Qué es la Gerontología? ¿Viene a ser lo mismo Gerontología que Gerontología social o Psico-gerontología? ¿Qué enfoque predomina en esta rama de la ciencia: psicologista, sociologista, economicista? Cualquiera que se acerque al tema del envejecimiento se encontrará con la duda de que al tratar la Gerontología (como término más general) o Gerontología social (algo más concreto) no sabe claramente qué enfoque, paradigma u orientación se esconde detrás de estos términos. Por tanto, la primera observación que podemos realizar es la distinción entre la Gerontología general de otras «gerontologías» concretas. En todo caso, la característica común a todas ellas sería el estudio del envejecimiento y la vejez desde la perspectiva de las ciencias sociales. Según Laforest (1991: 9), no se trata de una ciencia específica, propia de una determinada profesión, sino que se desarrolla como nueva dimensión de varias ciencias y de varias profesiones ya existentes, sobre todo en el campo de las ciencias sociales y de las ciencias de la salud.

En esta ambigüedad de la Gerontología precisamente está la explicación de su sentido y existencia: estudiar la vejez desde un enfoque pluridisciplinar, sin ninguna etiqueta ni apellido de otra ciencia social (psicología, sociología, economía, por ejemplo). Uno de los objetivos de la Gerontología se centra en aunar a todas las ciencias sociales para lograr una mejor comprensión de la vejez; pretende ser el nexo, la «madre común», la fuente a la que los científicos sociales acuden para «alimentarse» e informarse. Pero bajo esta intención un tanto idealista el rasgo de la ambigüedad e indefinición de la Gerontología sería, a su vez, la característica más problemática de esta «nueva ciencia». Decimos pro-

blemática porque el hecho de que no se defina claramente su objetivo en pro de la multidisciplinariedad puede conllevar falsas ideas de interpretación. De hecho, la dificultad de aportar una visión global e interdisciplinar y la tendencia clásica hacia la territorialidad —incluso “colonialismo” y acaparamiento, a veces—, la tendencia pragmática e interesada hacia la búsqueda de un espacio de investigación, está provocando que cada uno de los profesionales de las ciencias sociales «apelliden» a la Gerontología con la correspondiente etiqueta. Baste observar que hasta hace poco tiempo, cada profesional tendía a estudiar la vejez desde su propio prisma (incluso dentro de una misma disciplina, como hemos visto), minimizando los aspectos de otras disciplinas o especialidades. Aún hoy, la territorialidad de la investigación sigue siendo la nota predominante. Por ello vemos positiva la intención de la Gerontología de aunar y articular los distintos puntos de vista comentados anteriormente. Es decir, trata de cobrar una identidad colectiva ante la especificidad de cada una de las ciencias y profesiones que la conciernen. Pero esto es difícil y el investigador no puede dejar de decantarse hacia una u otra perspectiva analítica. Todo ello puede producir el efecto contrario a lo que se pretende desde la Gerontología en mayúsculas, es decir, se puede crear una nueva lucha de territorio en el ámbito de la investigación, docencia y asistencia gerontológicas. Pero esta lucha puede resultar estéril ya que, al igual que otros temas, la vejez es un ámbito común de varias ciencias, y pretender «acapararla» desde alguna perspectiva culminará en representaciones y análisis falsos sobre la misma. En nuestro caso, optamos por el enfoque de la psicología social, que aunque próximo y similar (podríamos decir *incluido*) a la Gerontología, en su intencionalidad y procedimiento de estudio, nos parece más concreto e integrador. Por tanto, aludiremos a la «psicología social del envejecimiento», pero dejando patente que del mismo modo podíamos hablar de Gerontología social desde un matiz psico-sociológico.

En cuanto a los ORIGENES DE LA GERONTOLOGIA SOCIAL, se ha de empezar destacando que la Gerontología y Geriátría han seguido distintas andaduras. La línea médico-geriátrica se fue gestando a partir de la instauración del concepto «geriátría» (tratamiento de la vejez) por L. Nascher, en 1909 ó en 1910 (VV.AA., 1978/81: 295), según el autor que se consulte. Este médico fue el primero en describir las características biológicas y las necesidades médicas de la senectud como un proceso del ciclo vital. Basándose en el trabajo de sus predecesores, describió el tratamiento médico de la senectud y de esa manera sentó las bases de la Geriátría como especialidad de la Medicina. Pero la cristalización de la Geriátría es reciente. Por ejemplo, en España la Geriátría (Guillén, 1989: 338) no se reconoce, por Real Decreto, como especialidad médica hasta el 15 de julio de 1978, treinta años más tarde que en Inglaterra.

La Gerontología fue reconocida como campo de investigación años más tarde¹. Fue en el año 1908 (1901, según Almarza y Galdeano, 1989: 109), cuando I. Mechnikoff, médico de origen ruso, aportó significado al término Gerontología, compuesto por dos raíces griegas: *Geros* (anciano), *logos* (estudio) (Altarriba, 1992). Dicho médico propuso también la *Tanatología* como rama de la Gerontología (Moragas, 1991: 263). Según Lehr (Rodríguez, 1989: 36) el término «gerontología» fue introducido por N.A. Rybnikov², y para Sáez *et al.* (1995: 1) por Mechnikof (1901) y Rybnikov (1929). Según Sáez *et al.* (1995, 1996) el origen de la palabra Gerontología procede de la raíz griega «geros-gerontos», que tal vez indicaba la edad de jubilación de los griegos, puesto que *gerontes* eran los 28 ancianos que, junto con los reyes, constituían la *gerusia* o Senado de Esparta (ya tratado en el Capítulo 1). De todas maneras, a pesar de los datos contradictorios sobre los orígenes exactos, lo importante es conocer los primeros pasos de la investigación en Gerontología, que indudablemente se encuentran a principios de siglo XX.

Fue Stieglitz en el año 1943 quien introdujo el término *Gerontología Social*, asignándole el significado de ser la “parte de la Gerontología que tiene como objeto principal las relaciones entre la persona mayor y su contexto” (Altarriba, 1992: 3). En este sentido, Gerontología social, con el apellido «social», se acerca más a la línea de la psicología social que desde aquí defendemos. Siguiendo a Altarriba, la Gerontología puede tener varias ópticas de análisis: Gerontología psicológica (o psico-gerontología), Gerontología social y Gerontología biológica. Según Moragas (1991: 38), la Gerontología social es fruto del interés por un enfoque científico interdisciplinar de la ancianidad, tras la II Guerra Mundial.

A continuación, trataremos los principales hitos de la evolución de la Gerontología desde sus antecedentes. Hemos de señalar que el interés por el alargamiento de la vida y por llegar a la vejez es un tema tan antiguo como la existencia humana y que se puede encontrar en los objetivos de cualquier cultura y época histórica (véase apartado 2.1.). Sin embargo, desde el punto de vista de la sistematización y legitimación del estudio de la vejez, los orígenes no son tan remotos porque el envejecimiento era ex-

¹ Sin embargo, según Chillieron (Rodríguez, 1989: 33), la problemática de la vejez fue eminentemente gerontológica; se interesó tanto por los aspectos psicológicos y sociológicos como biológicos.

² Observamos la no coincidencia en cuanto a fechas y autores respecto al origen de la Gerontología y Geriátrica. De todos modos, no tiene mayor relevancia en nuestro caso, pues lo importante es conocer las primeras aportaciones al estudio del envejecimiento más que datos históricos y puntuales.

clusivo de una minoría privilegiada hasta hace pocas décadas. Además, nos encontramos con datos contradictorios e información incompleta —problema común en todos los estudios retrospectivos—, ante el intento de reconstruir el pasado de la investigación gerontológica. En este caso, y hecha esta observación de la «relativa juventud» del tema de la vejez, empezaremos destacando los antecedentes más lejanos. Sáez *et al.* (1995, 1996) destacan el «papiro de Smith», que relata la metamorfosis de una persona mayor a joven. En este papiro egipcio se descubren vestigios de un libro que transmite prescripciones y normas para transformar a los mayores en jóvenes (Almarza y Galdeano, 1989: 110). En las obras de Homero, Platón, Aritóteles, Cicerón, Séneca, se encuentran referencias a las personas mayores. Recordemos que «Geras», diosa de la ancianidad, era venerada por los helenos.

Hemos de destacar que varios autores dedican una gran parte de su obra a los inicios del estudio de la vejez. En este caso no procede extendernos en la evolución histórica de la misma, pero al menos queremos subrayar a los autores pioneros de nuestro tema. Siguiendo los análisis de Rodríguez (1989), en el contexto medieval destacamos a San Agustín y Santo Tomás de Aquino. También se encuentran testimonios en la época renacentista: L. Vives, E. Rotterdam, Shakespeare, F. Bacon, F. Pérez de Oliva, entre otros. En la época barroca tenemos a: F. A. de Guevara, F. P de Oña, J. Caramuel, B. Gracián, como autores más representativos. En los siglos XVIII y XIX nos encontramos con análisis interesantes de Feijoo, Hervás, Humboldt, Shopenhauer, Goethe. Pero si esta vasta lista incluye a los pioneros de los temas de vejez hemos de decir que no es hasta bien avanzado nuestro siglo XX cuando la preocupación por esta cuestión se torna más sistemática y rigurosa.

En cuanto a los inicios de la investigación científica en Gerontología no existe acuerdo entre los expertos/as. Mientras Birren (1961) señala el inicio entre 1835 y 1918, Comfort lo sitúa entre 1561 y 1626, con la publicación del libro de F. Bacon *Historia de la vida y la muerte* (Sáez *et al.*, 1995: 7). Por ejemplo, según Birren la psicología del envejecimiento empezó sus investigaciones a finales del siglo XIX; el periodo del comienzo de la investigación de manera más sistemática fue entre 1918 y 1945, y el periodo de expansión a partir de 1945 (Rodríguez, 1989: 34). Un dato de esta evolución viene representado por el incremento de publicaciones: en la primera mitad del siglo apenas se cuenta con dos o tres publicaciones por año. En cambio, existe un crecimiento exponencial en los últimos 50 años, registrándose cada día un mayor número de publicaciones.

En este recorrido podemos mencionar a J. N. Tettens (1736-1803), A. Carus (1759-1830) y sus aportaciones al estudio del desarrollo humano en las distintas etapas del ciclo vital, por ser considerados precursores de la investigación gerontológica. También hay que mencionar a Charcot (1825-1893) y Galton (1832-1911), como investigadores en la línea médica y geriátrica. De un primer periodo podemos resaltar a Quetelet y su obra *Sobre el hombre y el desarrollo de sus facultades*, publicada en 1835. Por este motivo se sitúa en esta fecha el fin de la etapa pre-científica en Gerontología (Sáez *et al.*, 1995: 7; Rodríguez, 1989: 34).

En la Europa del periodo de entre-guerras (en una segunda etapa de la Gerontología, 1918-1945) se desarrolla una orientación prioritariamente geriátrica de la Gerontología. La investigación sobre el envejecimiento va de la mano de médicos y psiquiatras. Pero en el ámbito anglosajón la investigación gerontológica adquiere una orientación psicológica basada en estudios experimentales y tests y centrada en aspectos determinados de la vejez (inteligencia, rendimiento, psicomotricidad y capacidad de reacción). S. Hall es calificado como el primer psicogerontólogo por su clásica obra *Senescence, the last half of life* (1922), considerado primer estudio con enfoque psicológico. Miles, Terman y Strong continuaron sus pasos analizando la vejez, en los años 1930 y 40, con métodos psicométricos. En este periodo se fundan las primeras instituciones y asociaciones con finalidad gerontológica. Por ejemplo, se creó en la universidad de Stanford (California), por parte de Miles (1928), el primer gran instituto especializado en el estudio de la vejez (Sáez *et al.*, 1995: 9). La investigación europea de este periodo está enmarcada en las orientaciones médicas y psiquiátricas (Homburger, Courbon, Ramón y Cajal, Bühler). Este último aplica una metodología de tipo biográfico (a través de material escrito: biografías, cartas, diarios) para estudiar la relación entre la edad y los procesos psicológicos, cuyos seguidores fueron Frenkel, Hofstätter, Bracken o Rothacher, entre otros.

A partir de la II Guerra Mundial, en una tercera etapa, será cuando la Gerontología alcance su asentamiento institucional hasta nuestros días, en los que se está produciendo su consolidación. Todas las tendencias indican, además, un progresivo desarrollo a corto y a medio plazo de la disciplina. Algunos hitos de esta consolidación a partir de la segunda mitad de este siglo pueden ser, por ejemplo, la creación de la sección de *Adult Development and Aging* bajo la dirección de Birren, dentro de la Asociación de Psicólogos Norteamericanos (1945). En el mismo año nació la primera *Sociedad de Gerontología* en EE.UU. (*Gerontological Society*) y desde 1951 comienzan a celebrarse regularmente Congresos Internacionales de Gerontología y Geriátrica. En 1939

se publicó en Alemania la primera revista dedicada al estudio de la vejez, y en 1946 la revista especializada en Gerontología (*Journal of Gerontology*) de orientación pluridisciplinar.

Continuando con fechas clave, la *Asociación Internacional de Gerontología* se constituye en 1950 con el objetivo de «promover la investigación gerontológica en Biología, Medicina y ciencias sociales, así como la colaboración entre las ciencias». El tradicional desfase de conocimientos entre ciencias naturales y sociales se produce también en el estudio del envejecimiento, siendo la cantidad de aportaciones mayor en el campo biológico que en el psicosocial. Biólogos y médicos se interesan por el tema antes que psicólogos y sociólogos, y consiguientemente aparecen antes las cátedras e investigaciones sobre Geriátrica que la formación y estudios sobre Gerontología social (Moragas, 1991: 45). La Medicina fue la primera que se interesó por el envejecimiento, obviamente por el interés nada nuevo por alargar la vida al máximo, y además, por alcanzar un mejor nivel de salud. Siguiendo información de Sáez *et al.* (19955: 9), en los EE.UU. destaca la creación por N. Shock de «unidades gerontológicas» en los Institutos Nacionales de Salud. Más tarde (1953), Birren estableció la «Sección de Envejecimiento» en los Institutos Nacionales de Salud Mental.

En 1961 comienza a editarse *The Gerontologist* y en 1970 se funda *Aging and Human Development* (concebida como Revista Internacional de Gerontología Psicológica). A partir de estos años empieza una carrera, hasta el momento imparable, de ediciones de revistas (véase bibliografía) y otras publicaciones. En los años siguientes se crearon distintas unidades de investigación sobre el tema en diversas Universidades británicas. De alto valor institucional también fue la celebración de las *Conferencias de la Casa Blanca sobre la Vejez*, como indicador del apoyo estatal norteamericano, que alcanza su máximo reconocimiento en 1974 con la creación del *National Institute of Aging*. También hay que citar la fundación en Alemania de la «Sociedad Alemana de Gerontología», dirigida por Thomae.

Finalmente, cabe destacar la instauración en 1977 de la «Asamblea Mundial del Envejecimiento», bajo el patrocinio de las NN.UU., destacando la «Conferencia Mundial sobre Envejecimiento» (1982) y otros «Simposiums Internacionales de Gerontología»³. En otras latitudes, por ejemplo en Japón,

³ Véase, por ejemplo, Beth Johnson Foundation; University of Keele (1988), *Positive approaches to ageing: leisure and life-style in later life*. Seminario organizado por Department of Adult and Continuing Education, University of Keele, Beth Johnson Foundation publications in association with the Centre for Social Gerontology, University of Keele; o la obra de Kaplan, M. (1979), *Leisure, lifestyle and lifespan: perspectives for Gerontology*; o la de LaforesT (1991), *Introducción a la Gerontología*.

empezó a prestarse atención a partir de los años veinte al tema del envejecimiento⁴. Como venimos aludiendo, los estudios en Gerontología van cobrando relevancia en las últimas décadas. Hay que recordar el gran empuje que tuvo el estudio sobre Juventud, sobre todo en la década de los setenta (a raíz de la revuelta de Mayo del 68) y ochenta en nuestro contexto español. También en los años ochenta se potenciaron los estudios sobre género, entre otras temáticas. Ya en los años noventa la consolidación y legitimación de la Gerontología como ciencia en mayúsculas parece que está, junto a los temas de juventud, trabajo o de género, haciéndose cada vez más patente en los últimos años.

En cuanto a LOS INICIOS DE LA INVESTIGACION GERONTOLOGICA EN ESPAÑA, tal como hemos observado, han estado presididos por las perspectivas biologicistas y médicas, así como por la especialidad geriátrica. Por tanto, el interés desde la sociología y psicología por estos temas es muy reciente y tardío con respecto a otros países europeos o norteamericanos. Los primeros estudios desde esta perspectiva llegan al contexto español de la mano del ámbito universitario o desde el área de los servicios sociales, pero de forma tímida hasta entrados los años 1980-90.

Esta etapa de la vida ha sido estudiada casi siempre como un tema secundario, periférico y dependiente de otra área considerada fundamental. Son diversas las disciplinas desde las que se ha venido tratando el fenómeno del envejecimiento: sociología de la salud, sociología de la familia, sociología del trabajo, etc. Sólo recientemente se ha asentado y ha tomado verdadera consideración el área «sociología de la vejez» como cualquier otro campo ya consolidado, como puede ser la sociología de la juventud o la sociología del trabajo, por ejemplo. De todos modos, si se observa la clasificación de la UNESCO sobre áreas de investigación encontramos el área de «psicología geriátrica», pero curiosamente ningún área con el título de «sociología o psicología de la vejez», por ejemplo.

El reciente arraigo de la sociología de la vejez en España se observa sobre todo en la proliferación de estudios, investigaciones y publicaciones, pero también la hallamos en la organización de congresos, másters, seminarios, cursos de doctorado, etc. Este tipo de eventos y publicaciones hasta hace po-

⁴ En aquellos tiempos centraban el interés sobre las modificaciones antropométricas y los cambios de la esfera mental; así en los años 20 se realizaron estudios sobre la modificación de la inteligencia. Kirihara comprobó que a partir de los 20 años se percibe un descenso de la inteligencia por la edad, también se advirtieron claras diferencias específicas en relación al género (Rodríguez Domínguez, 1989).

cos años eran casi inexistentes en nuestro país, venían a ser especie de *rara avis*, lo que nos muestra la «juventud del tema de la vejez». Pensemos, por ejemplo, en la poca presencia de estos temas en los congresos de Psicología Social⁵ o en los congresos de Sociología⁶.

En 1947 se crea en Barcelona la primera cátedra de Geriátrica del mundo, aunque hasta los años setenta no se reconoce la Geriátrica como especialidad médica (Almarza y Galdeano, 1989: 110 y 339). También en 1947 el profesor B. Baguena ofrece su primer curso de Geriátrica en la Facultad de Medicina de Valencia. En 1948 se funda la Sociedad Española de Geriátrica y Gerontología, celebrándose en 1950 su primer congreso en Barcelona (Almarza y Galdeano, 1989: 110). En 1966 se fundó la *Revista Española de Gerontología y Geriátrica* (Saéz *et al.*, 1995, 1996). Se encuentra alguna referencia a la vejez que podemos considerar muy «antigua» y sólo data de 1949, es por ejemplo el artículo *Comentarios sobre algunos problemas de la vejez*, de Fernández Noguera, en la revista *Arbor*. Ya en los años sesenta podemos encontrar con algunas aportaciones más (Calvo Melendro, 1964, 1968; Luño, 1968; Cáritas, 1969; ISPA, 1966, entre otros). En los años setenta empieza la preocupación investigadora y científica desde el ámbito sociológico, aunque siguen predominando los estudios médico-geriátricos. El año 1970 es una fecha clave para la Gerontología española porque surge la idea de aplicar el I Plan Gerontológico Nacional, como iniciativa de la Seguridad Social, dependiente del Ministerio de Trabajo. También debemos citar los primeros informes de sociología de la vejez coordinados por R. Duocastella (ISPA, 1976, 1981) concretamente en Cataluña. Paralelamente se publicó el Informe GAUR editado por la Confederación Española de Cajas de Ahorro titulado *La situación del anciano en España*, que constituye una obra de obligada consulta, por suponer el primer análisis global social de los mayores en España, aunque sólo se entrevistó a 250 mayores. Otros trabajos pioneros son los de las Fundaciones FIES (1975), de Cáritas (1977) o FOESSA (1976 y 1984) o la compilación de S. del Campo y F. Verdú (INSERSO, 1981). También se pueden consultar varios estudios de carácter regional y de algunas Comunidades Autó-

⁵ Según una revisión de Benlloch, Pinazo y Berjano (1995:115-124), la representación de comunicaciones sobre mayores respecto al total sigue siendo ínfima desde el I Congreso de 1985: 0,09% (una comunicación sobre 112), 1,53% en el II Congreso de 1988 (dos comunicaciones sobre 130), 3,07% o cuatro comunicaciones (1990), 1,68% (1993). La técnica aplicada era, generalmente, el cuestionario cerrado.

⁶ El área de Sociología de la Vejez se organiza por primera vez en el V Congreso de Sociología, en Granada (1995), con la presentación de unas 60 ponencias y comunicaciones (Bazo, 1995: 9), incluida una de la que aquí escribe.

nomas, artículos en revistas del CIS o en *Revista Española de Geriatría y Gerontología* (ver epígrafe 4.2.). Parafraseando a I. Casals (1982), se han producido abundantes estudios empíricos, pero destaca la falta de rigor científico de la mayoría de ellos y la escasa documentación respecto al tema hasta bien entrados los años 80⁷.

En la década de los 80 se creó el Instituto de Gerontología de la Universidad Autónoma de Madrid y otros organismos, como, por ejemplo, las Sociedades Gerontológicas Regionales de algunas Comunidades Autónomas. A partir de esta década es cuando el Estado español empieza a institucionalizar los servicios sociales, incluidos los servicios a las personas mayores, pues hasta el momento se venían ocupando de los colectivos de mayores organizaciones de carácter religioso y/o de voluntariado. La Constitución Española es testigo de esta legitimación e interés por las personas mayores a través de su artículo 50 en concreto⁸. Actualmente los servicios de atención a los mayores, la política social, está en continuo proceso de cambio porque cambiantes son también las necesidades de los mayores (ver Capítulo 11).

La proliferación de estudios e investigaciones está teniendo lugar en este fin de siglo, aunque el nacimiento y los primeros balbuceos los encontramos a finales de los setenta y sobre todo en los ochenta. A lo largo de esta tesis se hará referencia a las distintas obras que dieron el pistoletazo de salida al tema de la vejez. Ahora sólo queríamos puntualizar la casi total ausencia de obras españolas significativas hasta años recientes. Concretamente, la proclamación de 1993 como *Año Europeo de las personas mayores y la solidaridad entre generaciones* marca un hito importante en cuanto al asentamiento del área de la vejez que venimos comentando. Además, fue entonces cuando se gestó el Plan Gerontológico (1993-1997), y recientemente se ha aprobado el Plan de Mayores 1998-2006, por ejemplo, en la Comunidad de Madrid. También, con la proclamación y celebración de este año (1999) como *Año Internacional de las Personas Mayores*, parece que se consolida el interés oficial por estos

⁷ Para conocer la evolución y estudios de Gerontología pueden considerarse obras tanto en otros idiomas (ya citadas en el apartado anterior), como en castellano: Almarza y Galdeano (1989), *Hacia una vejez nueva. I Simposium de Gerontología de Castilla y León*; Campo, S. del, Verdú, F. (1981), *Introducción a la Gerontología Social*; Rubio, R. Y Fernández, E. (comp.) (1992), *Lecturas de Gerontología Social*; Altarriba Mercader, F. (1992), *Gerontología: aspectos biopsicosociales del proceso de envejecer*; Sáez et al. (1995), *Introducción a la gerontopsicología*; Buendía, J. (ed.) (1997), *Gerontología y salud. Perspectivas actuales*; Moragas, R. (1991), *Gerontología Social. Envejecimiento y calidad de vida*, y algunas revistas, por ejemplo, *Revista de Gerontología*, *Revista Española de Geriatría y Gerontología*, etc. (véase bibliografía).

⁸ Ver apartado 3.6. sobre aspectos jurídicos y legislativos en torno al envejecimiento y jubilación.

temas. Estas iniciativas institucionales, más o menos criticables, parecen indicar una cristalización de la investigación de la vejez, cuyos estudios pioneros serán referencia obligada en esta tesis enclavada en este escenario relativamente novedoso.

4.2. ¿CÓMO SE HA INVESTIGADO SOBRE EL ENVEJECIMIENTO Y LA JUBILACIÓN?

Si se deja a un lado las distintas reflexiones y observaciones “clásicas” (desde Cicerón hasta los filósofos contemporáneos) sobre estas temáticas, podemos decir que, de entre los distintos *caminos* y métodos a seguir en la *andadura investigadora*, las primeras investigaciones utilizaban métodos basados en técnicas cuantitativas y en análisis estadísticos. Los científicos sociales, sobre todo los psicólogos, fueron los pioneros de estas técnicas intentando aplicar a estos temas (y a todos) los modelos característicos de las ciencias *duras* en aras de la pretendida científicidad. Sin embargo, el perfeccionamiento continuo de los métodos de investigación ha ido produciendo que la evolución hacia la pluralidad de métodos que estudian el envejecimiento y la jubilación se produjera, y se esté produciendo, con elevada celeridad⁹.

Pero antes que nada reflejaremos una breve diferenciación conceptual que señale la pertinencia de este apartado (y del Capítulo 6) sobre el método. Recordemos que *método* proviene de las raíces griegas *meta* y *odos*. *Meta* es una proposición que da idea de movimiento —hacia, a lo largo—, y *odos* significa camino. Según Ferrater Mora (1974: 197-199), *se tiene un método cuando se sigue un cierto “camino”... para alcanzar un cierto fin, propuesto de antemano*. El método significa, pues, el proceso que la investigación debe seguir¹⁰.

El método se forma por distintas fases o etapas diferentes e interrelacionadas y por los varios procedimientos o técnicas para realizar la investigación. El

⁹ Mishara y Riedel (1986: 236-237) nos cuentan una anécdota que resume la idea que estamos reflejando sobre la evolución de los métodos en investigación, dice así: «Werner, investigador y teórico..., advirtió a sus alumnos que todo lo que se les enseñaba estaría pronto anticuado. Un estudiante empezó a protestar, preguntando porqué tenía que perder el tiempo estudiando cosas que pronto quedarían superadas... Werner replicó que deseaba precisamente que sus trabajos quedasen atrasados, porque esto indicaría que existía un interés por sus hallazgos y que se continuaría investigando”.

¹⁰ Siguiendo a Ander Egg (1990: 41), *el método es el camino a seguir mediante una serie de operaciones, reglas y procedimientos fijados de antemano de manera voluntaria y reflexiva, para alcanzar un determinado fin, que puede ser material o conceptual*.

modo de recorrer ese camino, los instrumentos concretos y adaptados a un objetivo, se llaman técnicas. Cada objeto de estudio, por tanto, requerirá unas técnicas, un método y una metodología determinada. Las *técnicas* o herramientas (*equipaje para recorrer el camino*) son las que nos permiten obtener información relevante y sustantiva del objeto que investigamos; es lo que hace operativo el método. Por tanto, el objeto es la finalidad del estudio, el camino a recorrer. Por ello, el método es el camino mismo, el proceso. Sin embargo, metodología es la ciencia del método, el estudio sistemático de los métodos utilizados por una disciplina en la investigación. *Logia* proviene del término griego *logos*, que significa «conocimiento». Recordemos que estas cuestiones metodológicas vienen siendo tratadas desde los “padres” de la sociología (Durkheim, 1988/1895; Weber, 1985/1922) hasta autores contemporáneos¹¹.

Está claro que ante una pluralidad de objetivos es necesaria una pluralidad de métodos. Pero, siguiendo a Ander Egg (1990), no hay que incurrir en el error de pensar que para cada fin existe un método único. Según Bunge *ningún método o técnica de investigación es exhaustivo e infalible*. Sin embargo, sí puede decirse que entre todos los métodos (inductivo, dialéctico, fenomenológico, deductivo, analítico, etc.) hay uno que se presenta como el más adecuado al fin propuesto (*op. cit.*, págs. 41-43). Recordemos, siguiendo a Sierra Bravo (1991: 32-37), los distintos tipos de investigación que pueden llevarse a cabo según los siguientes criterios: carácter (cualitativa, cuantitativa), marco (de campo, laboratorio), finalidad (básica, aplicada), alcance temporal (seccional, transversal, longitudinal), profundidad (exploratoria, descriptiva, explicativa, correlacional), amplitud (micro o macrosociológica), fuentes (primarias, secundarias, mixtas), entre otros¹².

En las ciencias sociales han predominado dos perspectivas fundamentales: la cuantitavista, que busca hechos o causas de los fenómenos sociales independientemente del estado subjetivo del individuo, y la cualitativa, que intenta

¹¹ Autores como Duverger (1962), Galtung (1973), Köning (1973), Mayntz, Holm y Hübner (1975), Gravitz (1972), Smith (1975), Wallace (1980), Wright Mills (1985), y expertos españoles como Bugada (1970, 1974), Ibáñez (1979, 1985, 1990), Pardiñas (1984), Giner (1987), Sánchez Carrión (1984), García Ferrando, Ibáñez y Alvira (1986), Torregrosa (1984), Lucas y Ori (1983), Sierra Bravo (1985), Paéz, Valencia, Morales y Ursua (1992), Clemente (1992), Valles (1997), entre otros.

¹² Por ejemplo, Kalish (1991: 25) destaca tres tipos de investigación en Gerontología según los objetivos: básica, aplicada y acción o evaluación. La primera se dirige a desarrollar principios y teorías sobre el envejecimiento y la conducta de los mayores. La segunda es mucho más práctica y los resultados menos generalizables. La tercera va destinada a la solución de problemas prácticos y concretos de la gente mayor.

entender los fenómenos sociales desde la propia perspectiva del actor, sus percepciones, sus significados.

Aunque a continuación nos centraremos en métodos y técnicas cuantitativos o *distributivos* y cualitativos o *estructurales* —la cursiva se refiere a términos de Ibáñez, 1979, 1985, 1990—, recordemos de manera breve los métodos que pueden seguirse en el proceso de investigación social. Siguiendo a Beltrán (1985, 1989: 17-48), las *cinco vías de acceso a la realidad social*, desde sus distintos enfoques teóricos, son las siguientes: método cuantitativo (técnica: encuesta, censos), método comparativo (observación), método crítico-racional, método histórico (ambos emplean el análisis documental) y método cualitativo (grupos de discusión, entrevistas en profundidad e historias de vida). En cualquier caso, pensamos que toda investigación de la realidad social que se precie, sean como sean las observaciones, debe cumplir unos criterios mínimos para que pueda ser considerada investigación social como tal para ubicarse dentro de la “norma” científica¹³.

Uno de los problemas clásicos que han presentado a los investigadores ha sido (y es) la elección del método. Sobre esta decisión influyen la formación y las convicciones del investigador, el objeto y objetivos de estudio, el presupuesto económico disponible, etc., que hará que se tenga que optar por uno u otro camino o método. Según la orientación y disciplina los investigadores escogerán uno u otro¹⁴. Sin embargo, no cabe decir que una descripción será mejor que otra, pues cada disciplina proporciona unas observaciones surgidas de un nivel de análisis y una perspectiva distinta. Pero una comprensión global sólo es posible cuando se tienen en cuenta numerosos puntos de vista diferentes y aplicando, a poder ser, distintas técnicas. Eso sí, intentando evitar siempre la “fetichización” de las técnicas, el predominio del *cómo* (método y técnicas) sobre el *qué* (objeto) y, lo que es más relevante, el *quién* (sujeto, personas); en fin, tener las técnicas y métodos a nuestro servicio

¹³ Para conocer profundamente los criterios mínimos, fases, técnicas y otros puntos que constituyen la investigación social pueden consultarse las aportaciones de varios expertos y metodólogos ya citados anteriormente. Véase otras referencias en este apartado y Bibliografía.

¹⁴ Siguiendo a Mishara y Riedel (1989: 200), cada investigador tiende a pensar que su método es el válido ateniéndose a que su objeto de estudio sólo puede ser explicado por ellos. El riesgo es seguir cayendo en la cerrazón disciplinaria ante las explicaciones de otras perspectivas: por ejemplo, los biólogos, que sus investigaciones describen, mejor que cualquier otra, lo que sucede en el cerebro que envejece. Los químicos replicarán que sólo los cambios químicos brindan la clave del misterio, mientras que un psicólogo examinará las principales modificaciones del pensamiento y del razonamiento. El sociólogo, por su parte, hablará de la incidencia de las situaciones sociales en el funcionamiento y conducta humanas, etc.

y no a la inversa. Recordemos que el método cuantitativo no posee “la descripción y lo verificable” y el cualitativo no hace suya “la interpretación y lo simbólico”, ambos no se contraponen, sino que intentan explicar y conocer la realidad social de formas diferentes y, por ello, se complementan o al menos deberían complementarse.

De acuerdo con Crespo (1995: 199-200), pensamos que los problemas sobre los métodos o técnicas de investigación sólo tienen sentido dentro del contexto concreto en el que se planteen. Si admitimos la pluralidad de enfoques y paradigmas resulta absurdo descalificar a unas u otras técnicas. Por tanto, no es el método lo que, si acaso, debe ponerse en cuestión sino lo que subyace al mismo. Esto no implica, siguiendo al mismo autor, caer en el relativismo y admitir sin más la inconmensurabilidad de perspectivas (Crespo, 1995: 201). Existe una cierta conmensurabilidad de paradigmas, pero ésta no debe ser, siguiendo al profesor, un sometimiento a un arbitraje por parte de criterios metodológicos formales. Esta confrontación y/o colaboración está en el terreno de la pragmática, en la coincidencia de enfoques plurales por el esclarecimiento de problemas sociales concretos, como el de la actividad y mayores que aquí nos ocupa. Es en este nivel citado cuando las teorías y métodos funcionan como herramientas de la reflexión más que como garantías procedimentales (Crespo, 1995: 202). Estas son algunas ideas que conforman, pues, el telón de fondo sobre el que se sustenta el presente estudio.

4.2.1. Métodos, técnicas y estudios de carácter cuantitativo

De forma general, el método mayoritariamente seguido en la investigación de fenómenos sociales y el tema de envejecimiento no constituye la excepción, viene siendo el cuantitativo más acorde con la tradición positivista predominante hasta nuestros días en las Ciencias Sociales. Aunque se encuentran algunos estudios pioneros que aplican métodos cualitativos (véase el apartado siguiente) en todas las disciplinas las técnicas cuantitativas han sido las reinantes. Esto ha sido así, entre otros motivos por todos conocidos, por la “mejor” consideración de las mismas desde las instituciones académicas y de investigación. Dentro del método cuantitativo, los planes o conjuntos de procedimientos más utilizados en la investigación de la vejez, por citar los más destacados, y siguiendo el criterio *temporal*, han sido: el diseño transversal, diseño longitudinal, estudios retrogresivos y los planes secuenciales, entre otros.

Según Mishara y Riedel (1986), la mayor parte de los estudios relativos a las diferencias de edad han seguido un diseño transversal¹⁵. Siguiendo a estos autores (ib., pág. 243), en este plan de investigación la edad se confunde con la cohorte, es decir, con el efecto de la fecha de nacimiento, lo que significa que, para observar a una persona cuya edad varía, el investigador debe examinar a sujetos nacidos en épocas diferentes y que, en consecuencia, crecieron y envejecieron en el seno de distintas generaciones que constituyen cohortes diversas. Con objeto de saber si la diferencia apreciada es imputable al hecho de haber alcanzado una determinada edad, o bien al de pertenecer a una determinada cohorte, es necesario efectuar unas investigaciones más detalladas empleando otros métodos¹⁶.

Cuando se encuentran diferencias transversales hay dos posibles explicaciones: o la gente cambia a medida que envejece, o las condiciones particulares del período de tiempo en el que transcurrió el estudio ocasionó los cambios¹⁷. No podemos decir, por ejemplo, que «los mayores son incultos y analfabetos» y que con la edad se pierden facultades o se es menos inteligente, sino que debemos tener en cuenta que los más mayores han tenido pocas posibilidades de educación y formación (véase apartado 2.4.). Las críticas a estos métodos empiezan a extenderse y son resaltadas por Rodríguez (1989: 61), que defiende que siguiendo el método transversal se enmascaran las diferencias interindividuales, confundiendo las variables de edad con las variables del momento del nacimiento o «generación»; no se consideran circunstancias como que las personas de edades más avanzadas se formaron en otro contexto, recibieron diferente educación, otras condiciones de vida, etc.

Desde la propuesta de Schaie (1965), a los clásicos planteamientos de psicología del desarrollo como el de Achenbach (1978), Nesselroade y Baltes

¹⁵ Quetelet (1796-1874) es considerado como uno de los precursores interesados en todo el ciclo vital (véase epígrafe 4.1.). Entre una de sus aportaciones más originales fue la metodológica: siguió el diseño transversal para trazar el curso del desarrollo físico, moral e intelectual. También llegó a conocer las ventajas del método longitudinal respecto al transversal que él utilizaba (Sáez *et al.*, 1995: 7).

¹⁶ Por ejemplo, en un estudio reciente (Agulló y Garrido, 1996) de carácter cualitativo observábamos diversas formas de percibir el envejecimiento, pero estas diferencias podían deberse más que a la edad, a la experiencia laboral que habían tenido, a las expectativas que tenían respecto a la jubilación, a la capacidad de permanecer activos o a todos esos factores unidos. Se llegó a la conclusión de que las diferencias entre mayores no pueden ser debidas sólo a las diferentes edades (entre mayores jóvenes y mayores de 85 años) sino a lo que el envejecimiento en sí acarrea, dependiendo de diversas circunstancias personales y sociales (trabajo anterior, nivel de instrucción, nivel de salud, entre otros).

¹⁷ Por ejemplo, si hubiéramos medido las actitudes hacia los derechos de la mujer en 1950 y a las mismas personas en 1980, probablemente hubiéramos encontrado un cambio significativo en el sentido de un mayor reconocimiento de éstos. Esto no significa, obviamente, que el proceso de envejecimiento haga que las personas estén a favor de los derechos de la mujer (Kalish, 1991: 28).

(1980), Baltes, Reese y Lipsit (1981), y en concreto sobre envejecimiento Riegel y Angleiner (1975), la innovación metodológica fundamental ha estribado en el abandono de los estudios transversales, que van siendo sustituidos por estudios longitudinales, cada vez más perfeccionados (Rodríguez, 1989: 61), como consecuencia de los problemas que presentan los transversales.

Los comienzos de la aplicación del diseño longitudinal son aún más recientes¹⁸. Este método consiste en recoger los datos o información en diferentes intervalos de tiempo, pero a los mismos sujetos. En este caso, la cohorte constituye una «constante»; todos tendrían las mismas edades. Pero estos estudios presentan algunas dificultades. Durante este periodo de tiempo pueden darse diversos hechos que influyan sobre la investigación y que no son controlables por el investigador: motivación e interés variable de los participantes, abandono y absentismo (enfermedad, desmotivación, muerte...) de los participantes, duda de sustituirlos por otros, etc.

Al analizar el estudio de los procesos psicológicos en el envejecimiento, Mishara y Riedel (1986: 111) señalan que las investigaciones sobre «inteligencia» en esta etapa tropiezan con varios obstáculos: dificultad de distinguir variables como la edad, época de las observaciones, influencia del grupo, desmotivación de los encuestados... y demás dificultades generales de las investigaciones longitudinales. Sobre el tema de «personalidad» es muy escasa la documentación de investigaciones longitudinales. Mishara y Riedel (1986: 127) destacan en este plano los estudios de Maas y Kuypers (1974), de Palmore (1974), de Birren, Butler, Greenhouse, Sokolof y Yarrow (1971) y Granick y Patterson (1971). Las investigaciones de 1971 citadas abarcaron once años de seguimiento de la muestra para el *National of Mental Health*¹⁹. Un ejemplo de estudio longitudinal que tiene en cuenta todas las franjas de edad (desde los 20 a los 90 años) es el conocido *Estudio longitudinal sobre el Envejecimiento de Baltimore* (Thomae, 1976), que con un presupuesto anual de seis millones de dólares (840 millones de pesetas), constituye el proyecto de investigación de este tipo de mayor duración en EE.UU. y uno de los más completos del mundo²⁰.

¹⁸ Se localizan en la Universidad de Duke hacia 1957, pero no se generalizan hasta 1971 con una investigación iniciada en Boston.

¹⁹ Sobre los distintos procesos psicológicos que se vienen investigando véase el apartado 5.2.

²⁰ Desde el comienzo (sus orígenes se remontan a 1958) se planteó un único objetivo: en lugar de examinar la morbilidad o las enfermedades, realizaría el seguimiento de personas activas y con buena salud e intentaría definir qué es el envejecimiento normal. Los resultados contradicen los estereotipos sobre la gente mayor: la personalidad no cambia con la edad; gran parte de las capacidades mentales muestran una constancia similar; no todo el mundo envejece a la misma velocidad, no todas las personas mayores son iguales, entre otros resultados (Revista *60 y más*, nº 143, pág. 46. INSERSO) (véase Capítulo 10).

Diversos estudios, pues, se han basado en este tipo de diseño (Paillat, 1971; Parnes, 1981; Matthews y Brown, 1987; Richardson y Kilty, 1991, entre otros). Debemos citar el proyecto EXCELSA (*European Longitudinal Study on Aging*) o «Estudio Europeo sobre envejecimiento», en el que participa España (1998, página web del IMSERSO, mayo). Sin embargo, este diseño requiere mayor disponibilidad de tiempo (varios años para observar la evolución) y mayor presupuesto, por citar algunas de las condiciones necesarias fundamentales. Para Gillieron (Rodríguez, 1989: 62) este diseño no es el ideal, por diversos motivos: estudiar una sola generación a través de los años; emplear medidas repetidas a una sola muestra; confundir la edad con el tiempo de medición; no tener en cuenta el efecto generacional o cohorte; dificultad de mantener muestras homogéneas en razón de múltiples circunstancias (abandono, cambios de residencia, cansancio, desmotivación, mortalidad), entre otras. En otras ocasiones se han intentado combinar ambos diseños, como, por ejemplo, el estudio de Schaie y Strother, 1968 (Kallis, 1991: 26).

En esta misma línea está el diseño retrogresivo, que pocas veces ha sido aplicado. Según Mishara y Riedel (1986: 246) este diseño pretende estudiar a unos sujetos que tienen la misma edad pero en épocas diferentes, de ahí el nombre de estudios retrogresivos atribuido a investigaciones referidas a muestras escalonadas en el tiempo. La edad es entonces la constante, mientras que varían el momento de la recogida de datos y las cohortes estudiadas. Los estudios de este tipo presentan un inconveniente: como no es posible retornar al pasado, hay que fiarse de las observaciones de los predecesores, que escapan al control del experimentador. Las comparaciones que se pueden efectuar están limitadas por la naturaleza y la calidad de los datos de que se dispone.

Del tipo de diseños citados, ¿cuál será el mejor diseño de investigación? La respuesta a esta pregunta dependerá de la naturaleza del objeto de estudio. Si se piensa que la diferencia de cohorte influye de manera significativa en los resultados, pero que el año de la recogida de los datos no constituye un factor importante, el más apropiado es el estudio longitudinal. Si, por el contrario, el año de la recogida de datos parece que tiene que influir en los resultados, entonces, en ciertos casos, el estudio transversal parece el más indicado. Finalmente, si se desea comparar a sujetos que han vivido épocas diferentes, podría convenir un estudio retrogresivo. Pero ningún diseño es perfecto sino que será el «más adecuado o idóneo» según los objetivos del estudio.

En otras ocasiones se precisará de diseños más complejos, como por

ejemplo los planes secuenciales que combinan los anteriores, de manera que el curso de un mismo estudio permite analizar el efecto proporcional de los tres factores de la edad, de la cohorte y del momento de la recogida de datos. El inconveniente de estos estudios secuenciales es que resultan caros, exigen mucho tiempo, muestras numerosas así como reiteradas recogidas de datos. Los diseños secuenciales son reconocidos por su validez metodológica como diseños longitudinales en los que se tiene en cuenta el efecto generacional. Por ejemplo, los trabajos de Baltes (1968, Schaie y Strother, 1968), Troll (1970), Schaie y Baltes (1975), entre otros, proponen el estudio de cortes transversales o secuenciales en los mismos estudios longitudinales y la toma en consideración de los efectos de generación (Rodríguez, 1989: 62). Este concepto de cohorte o generación incluye tanto factores contextuales como culturales, psicológicos o sociales. Por tanto, la no consideración de estos factores invalida los estudios transversales, puesto que toman el mismo momento de medida para todos los sujetos, no llegándose a saber a qué factores se deben los cambios. Por ello hoy se plantean estrategias metodológicas mixtas que permitan distinguir los efectos de la edad, la cohorte y su mutua interacción. Tal como afirma Yela (Rodríguez, 1989: 63), mientras las metodologías tradicionales centraban el interés en el cambio mismo producido por el envejecimiento, la indagación actual se orienta hacia las maneras de vivirlo, en el sentido de comprobar cómo los individuos perciben, interpretan y responden al cambio, en relación a su ambiente familiar, profesional, cultural y social. En esta línea, de carácter más cualitativo, es en la que se enmarca nuestro estudio.

En la investigación sobre mayores se presentan varias dificultades: algunas son generales a cualquier tema de investigación (elección de los participantes, validez, fiabilidad, etc.) y otras son peculiares del estudio del envejecimiento (falta de hábito de los mayores a ser evaluados, los mayores enfermos y solitarios (por ejemplo) quedan excluidos de la investigación, su movilidad es menor y por tanto menor es la posibilidad de participar en las investigaciones, prejuicios sobre la gente mayor, etc. A pesar de todo ello, hemos de recordar que los avances técnicos e instrumentales, por ejemplo, el papel del ordenador, facilitan y aminoran muchas de las dificultades de tiempo e incomodidades que antes sobreamaban. Hace unos años cualquier investigación hubiese requerido de más tiempo, varios años, porque no se disponía aún de las aportaciones que actualmente ofrece el ordenador y los diversos programas de *software*. En concreto, y para las investigaciones de corte cualitativo, no es hasta los años ochenta cuando empiezan a estar disponibles programas de ordena-

dor diseñados específicamente para el análisis de textos de carácter cualitativo²¹. El análisis cuantitativo viene beneficiándose desde los años sesenta de las ventajas informáticas, pero en nuestro contexto español la generalización de todos estos avances está produciéndose en la década presente. Recordemos, tal como vemos en la parte sobre los inicios de la investigación gerontológica, que los primeros estudios del tema (a finales del siglo pasado y principios de éste) se basaban en estudios a través de encuestas, y solían venir de la mano de médicos y psiquiatras (Carus, Charcot, Galton, Quetelet, entre otros). No es hasta la obra de S. Hall (1922) cuando aparece el primer estudio con enfoque psicológico, y no será hasta años recientes cuando junto a los métodos cuantitativos empiecen a aplicarse otras técnicas. La mayor parte de los estudios europeos y norteamericanos, citados en la bibliografía, incluso en los más actuales, han utilizado técnicas cuantitativas, como veremos a lo largo de nuestro estudio.

A continuación describiremos varias investigaciones españolas que vienen basándose sobre técnicas cuantitativas, concretamente la encuesta. Observamos tres "momentos o fases" en la evolución de la aplicación de estas técnicas. En los años 60 nos encontramos con las primeras aportaciones al estudio de la vejez (Calvo Melendro, 1964, 1968; Luño, 1968; Cáritas, 1969; ISPA, 1966; Barceló Pons, 1966, entre otros. Véase apartado 4.1. y bibliografía). Pero no es hasta la década de los setenta (GAUR, 1975; ISPA, 1976, 1978; FOESSA, 1976, por ejemplo) y, sobre todo, en los ochenta cuando se empiezan a afianzar y a asentarse en nuestro país los estudios sobre el tema. Los estudios de R. Duocastella y del ISPA (Instituto de Psicología y Sociología Aplicadas), del cual era director, fueron unos de los pioneros del tema de vejez, en los años setenta, con las investigaciones siguientes: *Informe sobre la Tercera Edad* (1976) y *Problemática social de la Tercera Edad en las Islas Baleares* (1978)²², por ejemplo.

²¹ Casi todos los autores describen y alaban las posibilidades del ordenador, tanto para investigaciones cuantitativas como cualitativas, aunque sobre todo es en las primeras en las que se aplican desde hace más tiempo. Para conocer los distintos programas de ordenador para el análisis textual —The Ethnograph, QUALPRO, Textbase Alfa, AQUAD, ATLAS, ETHNO, NUDIST, etc.— léase Navarro y Díaz (en Delgado y Gutierrez, 1994: 208-220), Mochman (1985: 11-44), Escobar (en García Ferrando, Ibañez y Alvira, 1989: 457-458), León, Fernández, López y Camacho (en Clemente, 1992: 130-139), Richards & Richards (1994), Weitzman & Miles (1995), Valles (1997: 391-400), entre otros.

²² En este estudio R. Duocastella y col. aplicaron cuestionarios a una muestra de 1.222 mayores de 65 años de las Islas Baleares, siendo el margen de confianza del 95% y el error máximo de 5,6, dependiendo del sector donde se aplique (Caja de Pensiones para la Vejez y de Ahorros, 1978: Cap. II, págs. 15-22).

En los años ochenta el INSERSO publica los resultados de un estudio de carácter transversal (INSERSO, 1985; IMSERSO, 1995: 9), al que siguió una encuesta aplicada en 1988, publicando sus resultados en 1990. Ya en la década actual la proliferación y aplicación de este tipo de estudios y encuestas es imparable. Citemos los estudios de algunas instituciones: las encuestas y estudios del CIS (1989²³, 1993²⁴, 1994²⁵), encuestas CIREs sobre mayores (1992, 1995), estudios encargados por el antiguo INSERSO —actualmente denominado IMSERSO²⁶—, del Instituto Nacional de Seguridad Social, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas²⁷, entre otros.

Estudios concretos como el de M.T. Bazo (1990), que aplica, para su tesis doctoral, cuestionarios a una muestra de 412 personas de 65 y más años de la ciudad de Bilbao. También el profesor y sociólogo S. Cano (Fundación Pública de Servicios Sociales Municipales de Gijón, 1990) aplicó una encuesta a 655 mayores gijoneses. En Alcobendas también se ha entrevistado a los mayores (Prieto *et al.*, 1991)²⁸. Díez Nicolás, director del CIREs, aplica encuestas a nivel nacional a la población mayor y a la población general opinando sobre los mayores (1992, 1995,

²³ En esta ocasión (1989) se aplicaron 8.000 entrevistas a mayores de 65 años. Este estudio (Estudio 1792 del CIS) sirvió de base para la obra *Situación Social de los viejos en España* (Cobo Y Cruz, 1990).

²⁴ Estudio 2.072 del CIS; encuesta aplicada en mayo de 1993 a 2.500 personas de la población general para medir actitudes y opiniones sobre la vejez y gente mayor. Véase, para su análisis, la obra *Las personas mayores en España. Perfiles y reciprocidad familiar* (INSERSO, 1995).

²⁵ Estudio 2.117 del CIS. Se aplicaron 1.702 encuestas a la población nacional, en octubre-noviembre de 1994. Los resultados principales de la encuesta se encuentran en la obra *Cuidados en la vejez. El apoyo informal* (1995), en colaboración con el Instituto de la Mujer y el INSERSO. En la misma se encuentra también los resultados de una investigación cualitativa sobre cuidadores/as de personas mayores (véase 9.3.2.2.). Otros estudios del CIS: estudio 2.244-1997, 2.291-1998, 2.279-1998, etc. Ver www.cis.es

²⁶ Instituto de Migraciones y Servicios Sociales. Véase en la bibliografía las diversas obras (basadas en encuestas a las que aludiremos), editadas por el INSERSO, referentes a la situación, demandas y necesidades de los mayores, cuidadores/as de mayores (1989a, 1989b, 1990, 1995a, 1995b, 1996a, 1996b, entre otros).

²⁷ Nos referimos a las encuestas dirigidas por Durán y col. (1990, 1993). La primera, Encuesta de Nuevas Demandas, con una aplicación de 2.000 entrevistas, y la segunda, *Encuesta de Nuevas Demandas Sociales vinculadas al Cuidado de la Salud*, con una submuestra de ancianos en Madrid de 400 entrevistas.

²⁸ Se aplicaron 400 entrevistas a mayores de 60 años de Alcobendas, muestreo aleatorio estratificado, error muestral 5%. Noviembre de 1990 (Dpto. de Estudios, Planes y Proyectos comunitarios).

1996)²⁹. J. A. Rodríguez (1994) analiza los datos de diversas encuestas y estudios cuantitativos (CIS, 1989; Rodríguez y Domínguez, 1987, 1989), a los que acompaña información basada en entrevistas en profundidad (véase próximo apartado). Fernández Ballesteros y su equipo disponen de varios estudios, centrados en la evaluación de la situación de los mayores de centros residenciales, siguiendo el método cuantitativo (1992, 1994). Reig (1992: 116-164) analiza la relación entre estrés y salud en las personas mayores. Ribera (1992: 165-206) estudia la interacción entre creencias personales, la salud y la vejez, aplicando varios cuestionarios y escalas a una muestra de 514 personas (339 mayores de 65 años) de la provincia de Alicante. López Jiménez (1993) para su tesis doctoral se sirve de la aplicación de cuestionarios a una muestra de 803 mayores de 60 años madrileños (analiza los datos mediante procedimientos de factorización y de rotación de los indicadores con el programa estadístico BMDP). Otros ejemplos de estudios en esta línea son los realizados por Serra, Dato y Leal, 1988³⁰, y el de Sáez, Aleixandre y Martínez (1996)³¹, ambos efectuados en la Comunidad Valenciana.

Villagarcía (1994) nos ofrece un análisis econométrico del tránsito a la jubilación en trabajadores de edad avanzada³². Tampoco podemos olvidar la obra de Montorio (1994) en la que compendia y analiza los distintos instrumentos y técnicas de evaluación en la vejez. Se trata de una guía de evaluación psicológica aplicada que va orientada al análisis de diferentes áreas de la vejez. Desarrolla los distintos instrumentos, en su mayoría escalas, tests y otras pruebas cuantitativas, para evaluar las siguientes facetas: evaluación de actividades de la vida diaria, evaluación de la salud, del funcionamiento afectivo (depresión), del funcionamiento cognitivo (memoria) y del funcionamiento

²⁹ Se trata de las encuestas del CIRES (Centro de Investigaciones sobre la Realidad Social). Por ejemplo, la encuesta de 1992 sobre «Tercera Edad», por ejemplo, se aplicó a una muestra de 1.200 personas.

³⁰ Muestra de 300 personas, residentes en Valencia ciudad, entre 50 y 75 años (150 hombres y 150 mujeres). Instrumento utilizado: modelo de evaluación conductual, a través de escalas de autoinforme. Se aplicó el análisis factorial y el método de Rotación Varimax (págs. 58 y ss.).

³¹ Aplican 800 cuestionarios a una muestra estratificada: 400 a personas entre 50 y 64 años y a 400 mayores de 65 años, todos ellos residentes en la Comunidad Valenciana (en *La jubilación. Un programa para su preparación*, concretamente véanse las páginas 57 y ss.).

³² Esta profesora de la Universidad Carlos III (Dpto. Estadística y Econometría) ofrece un análisis econométrico, desde la EPA, del tránsito a la jubilación. Trata los factores que influyen en alargar o acortar el momento de la jubilación: nivel de estudios, salario, rama de actividad, profesión, entre otros.

social (bienestar y apoyo social)³³. Como vemos, la lista de investigadores e instrumentos se haría interminable y farragosa. Sin embargo, no son tan abundantes los estudios en los que se combinan técnicas cuantitativas con cualitativas (por ejemplo, Díez Nicolás, 1996; Diputación Foral de Vizcaya, 1990; Altarriba, 1992). Mayor es la ausencia aún de investigaciones que aplican métodos cualitativos. Pero hemos de recordar que este acercamiento que estamos realizando al modo investigador del envejecimiento y jubilación no es, ni mucho menos, exhaustivo.

4.2.2. Métodos, técnicas y estudios de carácter cualitativo

La no aceptación de estudios basados en el método cualitativo no sólo se observa, siguiendo a varios autores, en la dificultad de publicar los mismos en las revistas más prestigiosas de Psicología Social como, por ejemplo, la *European Journal of Social Psychology* o en la *British Journal of Social Psychology*, sino que esta desconsideración sigue patente, aún hoy, tanto en los centros académicos como en otras instituciones sociales. Algunos hechos muestran esta desconsideración: menor interés por las mismas, menor posibilidad de publicarlas, consideradas con poca validez y fiabilidad, etc. Como vemos la investigación desde el método cualitativo sigue siendo juzgada con los mismos parámetros del cuantitativismo y de ahí deriva uno de sus principales problemas

³³ Esta obra, *La persona mayor. Guía aplicada de evaluación psicológica*, que obtuvo el 3.º Premio Nacional de Investigación del INSERSO 1991, en la Primera Parte ofrece aspectos generales (problemas, condiciones concretas) sobre la evaluación general de la vejez.

En la Sección II desarrolla cada una de las áreas citadas con algunos instrumentos y escalas (autores, objetivos, contenidos, validación, ventajas y limitaciones, problemas, críticas) que se podrían aplicar para evaluar cada una de estas facetas:

- Evaluación de actividades de la vida diaria (Índice de Katz, Escala de Actividades Instrumentales de la Vida Diaria, Escala de Observación para la Evaluación de Residentes, EO-AVD, etc.).
- Salud (Indicadores de Salud Física, Autoevaluación).
- Funcionamiento afectivo, depresión (Entrevista, Autorregistros y Observación, Autoinformes: escala de depresión de Zung, Inventario de Depresión de Beck, Escala de Depresión Geriátrica, etcétera).
- Funcionamiento cognitivo, memoria (Cuestionario de Metamemoria, Cuestionario de Funcionamiento de Memoria, Escala de Memoria de Weschler, Test de Memoria de Guild, Escala de Memoria de la Universidad de Nueva York, etc.).
- Funcionamiento social (Índice de Satisfacción con la Vida, Escala de Satisfacción de Filadelfia, Escala de Evaluación de Apoyo y Contactos Sociales, Escala de Recursos Sociales, etc.).

de aceptación académica e institucional. Pero dejando aparte este enfrentamiento actualmente «casi» superado, continuaremos indagando sobre las aportaciones de los estudios que han seguido esta estrategia metodológica³⁴.

El contraste de ambos enfoques o paradigmas positivista (cuantitativo, lógico, deductivo, medir) y humanista (cualitativo, fenomenológico, inductivo, observar-interpretar) queda reflejado en distintas obras ya citadas. Recordemos a algunos de los pioneros que siguieron el método cualitativo: Weber, por supuesto; Cooley, Mead, Blumer (Interaccionismo Simbólico), Thomas y Znaniecki, Tönnies, Veblen, Summmer, Wirth, Park, Riesman, Whyte, principalmente. Y como autores contemporáneos: Schutz y Husserl (Sociología Fenomenológica), Harold, Garfinkel y Cicourel (Etnometodología), Denzin y Lincoln, Erickson (1986), Van Maanen (1982), Burrell (1982), Guba (1978), Hesse (1980), Spradley (1979), Strauss (1987), Harrison (1991), Taylor & Bogdan (1992), entre otros.

Aunque sea brevemente y siguiendo a Ruiz Olabuénaga e Ispizúa (1989: cap. 1) queremos citar las bases del método cualitativo, a saber: a) pretende captar el significado y reconstruirlo en el entorno y desde el actor, más que describir los hechos sociales; b) utiliza un lenguaje simbólico y metafórico más que signos numéricos; c) capta la información de manera flexible y no rígidamente estructurada; d) procedimiento inductivo, a partir de los datos para reconstruir los significados, y e) pretende captar el contenido de experiencias, es holística e integradora, no particularista ni generalizadora.

Podemos distinguir varios instrumentos y técnicas que se aplican siguiendo el método cualitativo. Todas ellas son tratadas y desarrolladas por expertos/as en metodología cualitativa como Ibáñez (1979, 1985, 1990), Delgado y Gutiérrez (1994), Ruiz Olabuénaga e Ispizúa (1989), Taylor & Bogdan (1992), Clemente (1992, caps. 6 al 10), Valles (1997), entre otros. Aquí no vamos a desarrollar sus orígenes, ventajas/desventajas, normas y tácticas de aplicación, diseño, análisis y otras características que perfectamente tratan los profesores e investigadores citados, pero sí al menos queremos enumerar las más empleadas. Estas son:

- 1) Técnicas de *lectura* y *documentación*: Documentación escrita, oral, visual (prensa, medios de comunicación, otros).

³⁴ Para un análisis reciente véase la obra de Gubrium, J. F. & Sankar, A. (Eds.) (1994), *Qualitative methods in aging research* (Thousand Oaks, California: Sage), centrada claramente en el análisis de los métodos cualitativos seguidos para el estudio del envejecimiento.

- 2) Técnicas de *observación y participación*: Observación participante, observación no participante, investigación-acción-participación.
- 3) Técnicas de *conversación y narración*: Entrevista en profundidad, focalizada o intensiva (entrevista en profundidad estructurada, dirigida o estandarizada programada; semiestructurada, semidirigida o estandarizada no programada; abierta, no dirigida o no estandarizada; especializada y a élites, etc.)³⁵, técnicas biográficas (documentos personales —autobiografía, diarios personales, correspondencia, fotografías...—, registros biográficos —historias de vida, relatos de vida, biogramas—) y grupos de discusión o «grupo focalizado» (reunión de grupo, discusión de grupo, dinámica de grupo, entrevista de grupo. Técnica Delfhi, grupo nominal, «brainstorming» y grupos sin moderador).

De todos es conocido que cada una de las técnicas presenta sus características (de diseño, aplicación y análisis) que habrá que considerar y utilizar según el objeto-problema, objetivos y sujetos de nuestro estudio. En nuestro caso, tal como se justificará en el Capítulo 6, el método es de carácter cualitativo. Más concretamente, se ha recurrido a la combinación de técnicas cualitativas, sin olvidar los datos de encuestas (denominada *estrategia de triangulación*). Otros investigadores, básicos para la realización de nuestra tesis y que vamos a tratar a continuación, han seguido la combinación de técnicas en sus estudios sobre envejecimiento.

Indagando en los orígenes de la aplicación del método cualitativo al tema del envejecimiento se observa que Bühler, ya en 1933, desarrolló un método empírico de tipo biográfico y de carácter retrospectivo (Rodríguez, 1989: 39). Esta autora recurrió a material escrito, como biografías, archivos, cartas, diarios, etc., y analizó a 250 sujetos con objeto de comprender la correspondencia entre la edad y los procesos biológicos con los procesos psicológicos, en un intento de establecer la dependencia de la biografía de la persona respecto de sus cambios biológicos. Esta investigadora rompió una primera lanza en medio del predominio de los métodos cuantitativos y psicométricos que dominaron como hemos visto, y siguen dominando, en las investigaciones gerontológicas.

También Thomae (1969) siguió esta línea. Hizo una revisión histórica desde la perspectiva del método biográfico para comprender el desarrollo humano. Cita a autores (Dilthey, Spranger y otros de la corriente denominada «humanista») que han utilizado esta técnica, basada en autobiografías, documentos y otros

³⁵ Se pueden aplicar otros tipos de entrevistas, pero no están orientadas a la investigación social en sí. Estas son: entrevista de asesoramiento, entrevista de selección, entrevista médica, entrevista de evaluación y promoción laboral, principalmente.

registros. Thomae, que es un profundo conocedor de esta modalidad de investigación, recomienda el uso de entrevistas semiestructuradas y documentos personales (diarios, cartas) como técnicas adecuadas de evaluación (Sáez *et al.*, 1996: 53).

Hemos de tener presente que la diversidad de estudios sobre el tema en general (envejecimiento y jubilación) es creciente desde los años 60-70. Pero en relación a nuestro objeto de tesis (la actividad de los mayores), como veremos a lo largo de todo el estudio, las investigaciones con las que contamos (desde cualquier enfoque, pero sobre todo cualitativo) son mucho menos numerosas. En definitiva, la ausencia de estudios cualitativos es tal que fácilmente podemos ordenarlos cronológicamente. Si observamos las fechas de las investigaciones cualitativas, rápidamente vemos que el arranque está a finales de los años 80; aumentan a principios de los 90 y es ahora cuando contamos con mayor número de ellas (¿podemos denominarlo auge ya?).

De los tres tipos de técnicas citados más arriba en nuestro contexto español se viene aplicando, sólo desde fechas muy recientes, sobre todo las llamadas técnicas de conversación y narración. Apenas encontramos referencias en los años 70 sobre la aplicación de estas técnicas al tema. Podemos citar a Juan F. Marsal, que ofrece una biografía sobre un emigrante. En ella no trata específicamente el envejecimiento ni jubilación, pero se considera uno de los estudios sociológicos más interesantes sobre historias de vida que combina el proceso de maduración y envejecimiento con el de emigración y otros cambios sociales³⁶.

Ya Alberdi y Escario (1986) aplicaron para su estudio sobre la situación de las viudas en España 12 grupos de discusión, pero sólo dos grupos de mujeres tenían entre 65 y 70 años³⁷. Más recientemente, Bazo (1992), Freixas (1993), Rodríguez de Lecea (1996) y Díez Nicolás (1996) son autores a resaltar porque utilizan técnicas cualitativas. Citemos a Bazo, como socióloga y profesora experta en temas gerontológicos, en cuanto a sus aportaciones a la sociología de la vejez y también por su investigación basada en el método biográfico, concretamente las historias de vida. En este estudio en concreto Bazo realiza entrevistas en profundidad siguiendo el «criterio de la excelencia» (todos los/as mayores si-

³⁶ Marsal, J. F. (1972), *Hacer la América: biografía de un emigrante*. Barcelona: Ariel. Según Miguel, Castilla y Caiis (1994: 304), uno de los artículos de este autor ("Las historias de vida como Sociología y vida: a modo de postdata autocrítica", *Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos*, nº 39, 1973), es considerado el artículo español más importante sobre el tema.

³⁷ Véase la obra *Estudio sociológico sobre las viudas en España* (MTSS, 1986), que aunque no se centra en mujeres mayores aporta análisis interesantes.

guen «activos/as» y conservan lucidez mental). Son 12 entrevistas a mayores (siete mujeres y cinco varones, entre 65 y 103 años) en las que analiza la influencia de su trayectoria vital sobre la vivencia de la vejez desde el punto de vista de los propios mayores. Más recientemente, Rodríguez de Lecea (INSERSO, 1996) ha analizado 20 historias de vida³⁸ a intelectuales y personajes relevantes, todos ellos cualificados, españoles, nacidos en torno a 1920. Esta filósofa e investigadora nos ofrece una revisión de la historia española (en concreto, la República), a través de sus trayectorias vitales (muchos son exiliados) y vivencias de la vejez.

El estudio del INSERSO sobre *Cuidados en la vejez. El apoyo informal*, incluye una parte cualitativa, consistente en la aplicación de seis grupos de discusión y 18 entrevistas en profundidad a personas cuidadoras de mayores (aplicadas por el Colectivo IOÉ). Recientemente, también el IMSERSO ha publicado un estudio (Rodríguez Cabrero, 1997) en el que analiza la participación social de los mayores mediante 14 grupos de discusión y 12 entrevistas en profundidad.

Otros ejemplos de estudios son el citado de la Diputación Foral de Navarra (1990): una primera fase fue cualitativa, en la que 50 fueron participantes en Reuniones de Grupo (30 mayores de 65 años y 20 adultos que conviven con mayores repartidos en cinco reuniones de grupo) y a 23 se les aplicaron entrevistas en profundidad (a 11 profesionales de Servicios Sociales —seis de Residencias y cinco de Clubes-Hogares—, a seis ancianos válidos y a seis no válidos)³⁹. También en el estudio de Altarriba (1992: 104) se aplican algunas entrevistas en profundidad (a 12 hombres y a 12 mujeres). Tal como citamos en el apartado anterior, J. A. Rodríguez (1994), además realiza, junto a sus análisis basados en encuestas, 27 entrevistas en profundidad a cuidadores/as de personas mayores⁴⁰. De todas maneras, observemos que en la mayoría de los ca-

³⁸ Esta es una de las técnicas que hubiese podido aplicarse, dado que la característica especial de los mayores (amplia experiencia vital, veteranía, años acumulados) aportaría mucha información y riqueza al estudio. Sin embargo, la viabilidad y su aplicación no estaban claras para este estudio: nos centramos en un tema actual, por ejemplo. En cualquier caso, para profundizar sobre estas técnicas véase Santamarina y Marinas (Delgado y Gutierrez, 1994: 257-285), Sarabia (1985), Pujadas (1992), Orfí (1986), Brown (1988), entre otros.

³⁹ La segunda fase de este estudio fue cuantitativa con la aplicación de cuestionarios a: 725 mayores de 65 años que no viven en residencias; 509 adultos (entre 18-50 años) que conviven con mayores; 303 mayores de 65 años ingresadas en residencias de Vizcaya (todas con un nivel de confianza del 95,5% [sigma = 2] en las condiciones habituales de muestreo (p=q=50%), (véanse pág. 17 y ss; y fichas técnicas en las páginas 95, 110 y 118. Para los resultados págs. 131 y ss.).

⁴⁰ Se aplicaron 12 entrevistas en el medio rural catalán y 15 en Barcelona. Véase su obra *Envejecimiento y familia* (1994), editada por el CIS (Cap. 6, págs. 78 y ss.), y Domínguez y Rodríguez (1989), *Estudio de mayores de 75 años viviendo solos en Barcelona*.

sos siempre se aplica estas técnicas como algo suplementario y secundario, como si sus resultados «no fueran tan fiables» (la persistencia del «complejo de inferioridad» del método cualitativo) y con el predominio, aún hoy, de los análisis cimentados sobre resultados de encuestas en casi todos los estudios consultados.

J. de Miguel, Castilla y Cañis (1994) en su obra *La Sociedad Transversal* nos transmiten las diferentes características de las tres generaciones que en la actualidad conviven en nuestro país. Mediante la aplicación de entrevistas en profundidad, analizan las opiniones de la «Generación de la Guerra Civil», de la «Generación del 68» y de la «Generación X» sobre la familia, los cambios sociales, las relaciones intergeneracionales, los nuevos valores y otros temas de interés. En otro estudio más reciente (Agulló y Garrido, 1996) también nos servimos de las técnicas cualitativas de obtención de información (seis grupos de discusión y 19 entrevistas en profundidad a mayores), combinando la explotación de datos de encuestas sobre personas mayores.

En cuanto al otro tipo de técnicas cualitativas, las técnicas de lectura y documentación, encontramos menor número de estudios⁴¹. Hemos de decir que en toda investigación se realiza un análisis previo documental y bibliográfico, pero aquí nos estamos refiriendo al análisis documental como técnica principal, sistematizada y específica a aplicar en la investigación, no sólo en la fase previa. Por ejemplo, Giraldes (1993), para la realización de su tesis doctoral *La problemática de los viejos (investigación)*, dirigida por J. M. López-Cepero⁴², aplica cuestionarios a una muestra de 186 personas, pero además hace un análisis hemerográfico de artículos de prensa sobre mayores desde el año 1981 hasta 1991. Otro ejemplo de aplicación de métodos y técnicas cualitativas es el análisis, por ejemplo, de los mayores a través de la prensa diaria madrileña (González Felipe y Szurek, 1990: 106-113). En esta línea, también se ha realizado un acercamiento a *Las imágenes de los servicios*

⁴¹ El análisis de contenido como técnica objetiva, sistemática y cuantitativa ha sido desarrollada por varios expertos: desde Berelson (1942), Lazarsfeld, Berelson y Gauder (1944), Janis (1949), Hols-ti (1968, 1969), Kaplan (1943), hasta autores más actuales como Krippendorf, 1981; Gerbner, 1982; Noelle-Newman, 1978; Viney, 1983; López Aranguren, 1989; Clemente y Santalla, 1990; Clemente, 1992; Navarro y Díaz, 1994; Valles, 1997, entre otros.

⁴² José Mariano López-Cepero Jurado ha sido uno de los expertos entrevistados para esta tesis. Ha sido profesor titular de Sociología en la UCM y actualmente *profesor jubilado emérito* (véase Capítulo 6). Es de destacar su obra *Los viejos* (1977, Dopesa), pionera de las reflexiones sobre el tema en España.

sociales destinados a los mayores: un análisis a través de la prensa (Agulló, 1995)⁴³.

Amando de Miguel (1995) también sigue el método cualitativo en su obra *La España de nuestros abuelos*. La técnica que utiliza es el análisis de novelas de finales del siglo XIX y principios del XX para conocer la sociedad en la que vivieron nuestros antepasados. A través de la literatura de novelistas tan importantes como Unamuno, Blasco Ibáñez, Pardo Bazán, Concha Espina, Baroja, entre otros, el autor nos aproxima a la realidad social de la Restauración (desde Alfonso XII hasta la II República). La unidad de análisis es el contenido de las novelas con el que logra reconstruir la vida social cotidiana de entonces. Hemos querido mencionar esta técnica y obra porque nos parece enriquecedora y demostrativa del análisis del pasado de los mayores que este autor nos transmite de forma comprensiva, amena y gráfica.

Por último, las técnicas de observación y participación, dentro del método cualitativo y de base más «antropológica», han sido poco aplicadas⁴⁴, entre otros motivos por sus dificultades de integración en el campo de estudio y problemas éticos. En la misma línea de lo que comentábamos en el apartado anterior estas técnicas hacen referencia a una sistematización y especificidad, y no se refieren al grado mínimo de observación y participación que en toda investigación, de manera implícita por el hecho de ser «investigación», se lleva a cabo. Según Weick (1985), se trata de una «observación sostenida, explícita, metódica y una paráfrasis de las situaciones sociales en sus contextos naturales» (véase Reicher, 1984; Barker, 1968; Weick, 1985; Bakeman y Brownlee, 1980; Carrera y Fernández Dols, 1992; Gil y Peláez, 1992, en Clemente, 1992; Gutiérrez y Delgado, 1994, para un tratamiento más profundo de la «Observación»). El estudio de Fericgla (1992) es un ejemplo de aplicación de estas técnicas: la observación participante y no participante en Cataluña (en *Esplais* o clubes de ancianos, domicilios particulares, Residencia, parques

⁴³ El trabajo fue elaborado para la asignatura de doctorado “*Intervención psicosocial en servicios sociales comunitarios*”, impartida por F. Chacón. El proceso seguido fue el análisis temático y contrastado de 123 artículos de prensa (recopilados desde diciembre de 1994 a abril de 1995), sobre la temática que indica el título.

⁴⁴ Recordemos los orígenes de la «observación participante» en el trabajo clásico de W. F. *Whyte Street Corner Society*, en los años treinta, a través de la convivencia del autor con la gente joven de los barrios bajos de una pequeña ciudad norteamericana con el propósito de estudiar las relaciones entre las pandillas juveniles, la delincuencia organizada... Siguiendo a Clemente (1992: 210 y ss.), tanto la observación participante como la no participante suelen enmarcarse en la línea de la Escuela de Chicago y la orientación del Interaccionismo Simbólico que define la identidad de la persona y la realidad social como un proceso constante de negociación.

y otros), que vienen acompañadas por análisis estadísticos de una encuesta aplicada a 367 mayores y 33 entrevistas en profundidad. En nuestro estudio también hemos aplicado “indirectamente” (pues nos hemos basado en el análisis discursivo de GD y de entrevistas) la observación participante y no participante. Como veremos en el Capítulo 6 son numerosos los lugares y espacios visitados con el mismo objetivo de acercarnos a las actividades de los mayores.

Una alternativa a los métodos tradicionales de investigación que se viene utilizando es la *Investigación Acción Participativa*, cuyo objetivo, además de intentar conocer y explicar la realidad social, es utilizar la investigación como medio para la movilización social, para la participación social e implicación de los sujetos con la que lograr cambios y transformaciones sociales. Según Rodríguez (1996), «la IAP revoluciona el paradigma clásico y propugna una devolución a las poblaciones estudiadas de su condición de sujetos de la propia investigación», es decir, que se propone dar un paso más y no conformarse con el conocimiento de los hechos sociales sino que, en palabras de Desroche, intentar explicar, aplicar e implicar (INSERSO-A.V.P., 1996: 41)⁴⁵. Algunos autores han aplicado este método en sus investigaciones sobre mayores con resultados positivos de participación social posterior a la investigación (véase estudio *Voluntariado y Personas Mayores. Una experiencia de Investigación Acción Participativa*, INSERSO-A.V.P., 1996)⁴⁶. Pero en esta experiencia se va más allá de los datos. Lo que aquí nos interesa subrayar, siguiendo los análisis de este estudio, es que se consigue, mediante los planteamientos de la IAP, una ampliación de los vínculos comunitarios entre los vecinos, especial-

⁴⁵ Para un análisis más completo de este tipo de investigación, sobre sus orígenes (años sesenta-setenta), sus problemas y limitaciones, sus ventajas y aplicaciones (...), pueden verse las distintas aportaciones de diferentes expertos/as: «La investigación participativa como proceso de educación crítica. Lineamientos metodológicos» (Le Boterf, 1981); *Educación de adultos y acción participativa* (Codedah, 1988); *Investigación participativa* (Gabarrón y Hernández, 1994, CIS); «De los movimientos sociales a las metodologías participativas» (Villasante, en Delgado y Gutiérrez, 1995: 399-426); *La Investigación Acción Participativa. Inicios y desarrollos* (Salazar, 1992), *Un método para la investigación-acción participativa* (López de Ceballos, 1989); «Investigación-Acción Participativa. Introducción en España» (Colectivo IOÉ, 1993); «La IAP un paradigma para el cambio social» (De Miguel, 1993), y artículos de Elizalde, Fals, Palazón, entre otros, todos ellos incluidos en el nº monográfico *Investigación-Acción Participativa*, de la Rev. *Documentación Social* (1993). Véase bibliografía.

⁴⁶ Para este estudio se aplica un cuestionario (por parte del Colectivo IOÉ contratado para la fase cuantitativa) a una muestra de 748 mayores del barrio de Prosperidad. Mediante los análisis (a través del SPSS) se obtiene un diagnóstico preciso de la situación, problemática y expectativas de la población mayor del barrio. Previo a esta fase se realizaron cuatro grupos (a mayores entre 60 y 75 años), con el objetivo de extraer los temas a incluir en el cuestionario posterior. Hasta estas fases el estudio sigue, pues, una línea parecida a otros estudios citados en el apartado anterior.

mente entre los mayores, pero también en relación a otros sectores de población (el despliegue de este proyecto llega a diversos agentes que se implican de un modo u otro en el tema. Estos son: los mayores, asociaciones, centros de Tercera Edad, institutos y colegios, Administración, expertos/as, otros grupos, etc.). A raíz también de este estudio se ha creado una plataforma estable de voluntariado, en el marco de la A.V.P. —Asociación de Vecinos de Prosperidad—, que trata de desarrollar programas específicos para dar respuesta a las demandas planteadas. En resumen van mucho más allá del diagnóstico y de los datos; pasan al nivel de la acción-participación de los «sujetos investigados», de los que muchos de ellos se convertirán en actores.

Esta línea, pues, nos parece muy interesante. Pensamos que su aplicación puede ir más allá del conocimiento de la realidad social de las personas mayores. La aplicación en nuestro caso no es viable, pero no dejamos de reconocer que es un método de investigación convincente desde el momento que se plantea, entre sus objetivos, una mayor participación de los sujetos, objetivo tan renombrado y tan necesario para la sociedad, y en concreto para los mayores (recordemos que tanto para los expertos como para los mayores un mayor bienestar se logra con mayor actividad y participación).

Aquí no vamos a enzarzarnos en la eterna polémica *cuantitavismo versus cualitativismo* que parece estar superada⁴⁷ y, si aún no lo está, debe superarse evitando hablar de la misma e intentando aplicar el método adecuado según el objeto de investigación que tratemos. Todo ello, eso sí, siempre procurando orientarse hacia la complementariedad tan renombrada y tan perseguida. Ya hemos resumido más arriba, siguiendo a Crespo (1995: 199-202), las ideas nucleares en esta línea. Sin más dilaciones, pasamos, pues, a la revisión teórica, que nos dará luz para caminar hacia una psicología social del envejecimiento y de la jubilación.

⁴⁷ Véanse las distintas aportaciones de metodólogos e investigadores sobre este «enfrentamiento»: Duverger (1962), Beltrán (1985), García Ferrando, Ibáñez y Alvira (1989), Ruiz Olabuénaga e Ispizúa (1989, cap. 1), Clemente (1992), los capítulos de los autores: Conde, Dávila, Orí, Noya Miranda, en Delgado y Gutierrez (1994: 53-140), los capítulos 1 y 2 de Valles (1997), entre otros.

Hacia una psicología social del envejecimiento y de la jubilación

Este Capítulo se divide a su vez en varios epígrafes. El primero se acerca al envejecimiento como proceso físico-biológico. El segundo versa sobre el envejecimiento como fenómeno psicológico. El último desarrolla algunos enfoques sociológicos y otros que aportan un matiz psico-sociológico a la cuestión. Concluimos el Capítulo considerando el envejecimiento y la jubilación en un cruce de caminos teórico desde/hacia la psicología social. Tal como apuntamos en nuestros objetivos, en esta tesis se persigue enfocar la temática del envejecimiento desde un prisma psicosociológico. Pensamos, parafraseando a Moragas (1991: 130), que los resultados de las investigaciones son más abundantes que las teorías que los interpretan: parece que se va superando la etapa de recogida de datos y hay que pasar a la de interpretación para derivar hacia teorías que expliquen globalmente el fenómeno psicosocial del envejecimiento. El intento de articular el tema del envejecimiento con la psicología social constituye el objeto de este apartado, pero que abarcará, en realidad, todo nuestro estudio y más allá del mismo. Los interrogantes quedan abiertos a nuevas reflexiones.

Recordar, llegado este punto, que el objeto de la psicología social es un objeto inventado, construido. Más que un territorio, siguiendo a Crespo (1995), es un punto de vista que se caracteriza por la interacción y la acción social. El sujeto de la acción ha sido tratado de distintas maneras: como sujeto inexistente (conductistas), como sujeto universal (teorías sobre procesos cognitivos regidos por leyes universales y ahistóricas), como identidad comunicacionalmente construida (teorías interaccionistas) o como sujeto dialógicamente situado o construido. La psicología social más que interdisciplinar es transdisciplinar, es decir, ajena a la delimitación de disciplinas. La legitimación de la psicología social (o la justificación pública de su valor) parece cierta porque es racional, y por tanto un saber será racional porque muestra su eficacia y permite resolver algún problema. El objeto de la psicología social, siguiendo al autor citado, no es una cosa sino un tipo de relación. La interacción social consiste en un proceso articulador entre los niveles psicológicos y sociales. Nos encontramos con di-

versas definiciones que indican la existencia de distintas «psicologías sociales»⁴⁸.

Nuestra pretensión está en profundizar sobre el fenómeno del envejecimiento desde la interacción de factores psicológicos y sociales. Este enfoque enfatiza la posición de la persona como perteneciente a grupos y en relación continua con la sociedad. Según San Román (1990: 83) las aportaciones al tema del envejecimiento y ancianidad no proceden de la antropología, ni desde el enfoque transcultural (en el que la autora se incluye), sino desde la psicología social, y en torno a sus planteamientos se van poco a poco adhiriendo sociólogos, antropólogos y, en menor medida, historiadores. Por ejemplo, se encuentran algunos estudios que desde la psicociología analizan el envejecimiento y la jubilación. Se trata de reflexiones de autores extranjeros como Spacapan y Oskamp (1989), Marshall (1986), Pratt y Norris (1996), Jamieson, Harper y Victor (1997), entre otros⁴⁹.

Y aunque las aportaciones derivan casi siempre de psicociólogos de otros contextos, algunas son de autores españoles (Aragó, 1980, 1986; Margalef, 1993; Navarro, 1994, entre otros)⁵⁰.

Desde nuestro punto de vista, aun reconociendo las aportaciones, el tratamiento y reflexión sobre el envejecimiento desde la psicología social aún nos resultan insuficientes. Por ejemplo, diversos enfoques se plantean y replantean la trayectoria vital, pero parece que sólo llegan los análisis hasta la edad adulta. Por tanto, son poco numerosos los estudios que han tomado esta perspectiva

⁴⁸ Para Paéz *et al.* (1992) es la «articulación entre lo social y lo individual a partir de los procesos de interacción y de representación intra e intergrupo». Para otros autores la psicología social no es una ciencia autónoma (...). Pero ahora no procede enzarzarnos en estas disquisiciones sino solamente recordar la particularidad del enfoque psicociológico que aquí se sigue.

⁴⁹ Spacapan, S. & Oskamp, S. (1989) (comp.) , *The social psychology of aging*. California: Sage Publications; Marshall, V. (1986), *Later life: the social psychology of aging*, Sage, Beverly Hills; Pratt, M.W. & Norris, J.E. (1996), *The Social Psychology of Aging: a cognitive perspective*; W. AA. (1977), *Empirical studies in the Psychology and Sociology of Aging*. New York Thomas Crowell Company; Jamieson, A.; Harper, S. & Victor, C. (eds.) (1997), *Critical approaches to ageing and later life*. y artículos de revistas, etc. (véase bibliografía).

⁵⁰ Aragón, J. M. (1980), «El proceso de envejecimiento. Aspectos psicociológicos». *Estudios de Psicología*, 2, 149-168; Aragón, J. M. (1986), «Aspectos psicociológicos de la senectud», en Carretero, M.; Palacios, J.; Marchesi, A., *Psicología Evolutiva 3. Adolescencia, madurez y senectud*, Alianza Psicología, Madrid; Margalef, M. (1993), *Enfoques actuales sobre el envejecimiento*. Barcelona: Romargraf; Navarro, J. (1994), *Mòdels i teories del procés d'envelliment humà*. Barcelona: PPU; Castaño, D., y Martínez-Benloch, I. (1990), «Aspectos psicociológicos en el envejecimiento de las mujeres», en *Anales de Psicología*, nº 6 (2), págs. 159-168. Madrid; Rodríguez, A. (1994), «Dimensiones psicociológicas de la vejez», en Buendía, J. (Comp), *Envejecimiento y psicología de la salud*. Madrid: Siglo XXI.

para profundizar sobre la transición de la vida activa a la jubilación (envejecimiento, vejez), y aún menos sobre la articulación actividad-mayores. Aquí se propone, pues, un enfoque psico-sociológico sobre el mismo y se enfatiza, siguiendo a los expertos, la necesidad imperiosa de aplicar a estas cuestiones una mirada psico-sociológica. Tengamos presente que en el estudio del envejecimiento y jubilación ha predominado la investigación aplicada desde disciplinas concretas sin alcanzar la interdisciplinariedad. Actualmente, y en concreto este estudio, pretende caminar hacia esta encrucijada de enfoques que aporten luz al tema de estudio. En cualquier caso, esta tesis no pretende cubrir esta laguna reflexiva sino más bien dejar las puertas abiertas de par en par a futuras indagaciones desde la psicociología.

5.1. EL ENVEJECIMIENTO COMO FENÓMENO FÍSICO-BIOLÓGICO

La Biología y la Geriátrica —como especialidad de la Medicina— son las que se encargan del fenómeno del envejecimiento como un proceso de declive físico-biológico. No se puede negar que el envejecimiento es biológico y hemos de recordar que el interés por las personas en la última etapa de la vida tiene su origen en las ciencias naturales, concretamente en la Medicina y en la Biología, que empiezan a preocuparse por estos fenómenos, tal como hemos tratado en el Capítulo 4. Algo más tarde, y a raíz de que el envejecimiento se empieza a entender como un fenómeno psico-sociológico —tal como se verá más adelante y a lo largo de este estudio—, se dispara el interés desde las ciencias sociales y humanas.

Aquí no vamos a desarrollar los teorías y los evidentes logros alcanzados por las ciencias biológicas y médicas en el alargamiento de la vida, sino que tan sólo las mencionaremos y subrayaremos como pioneras investigadoras del proceso de envejecimiento. De forma general, la Geriátrica ha mantenido generalmente que toda explicación del envejecimiento es debida al descenso neuronal inevitable, a la descalcificación de los huesos, etc. Pero en realidad, lo biológico y físico está influenciado inevitablemente por el modo de vida y otros aspectos psico-sociales. Desde la perspectiva médica suele tratarse el envejecimiento como un proceso que empieza al nacer, como un continuo deterioro del organismo y sus funciones. Sin embargo, desde un punto de vista psico-social, pensamos que el envejecimiento como declive se inicia a edades avanzadas, y cuando nacemos lo que se inicia es un «desarrollo» (no el envejecimiento como meta vital que plantean algunos) desde un punto de vista más

optimista. Para unos el envejecimiento empieza a los 40; para otros, con la menopausia; otros piensan que hasta los 85 (cuando aumenta el nivel de dependencia) no se empieza a envejecer. En realidad, como hemos apuntado en el apartado conceptual, y como veremos a lo largo de la tesis, todo dependerá del concepto de envejecimiento que se adopte. Pensamos, pues, que el desarrollo evolutivo sólo se ralentizará a edades más avanzadas y dependiendo de diversas condiciones personales y sociales que también inciden sobre el nivel de deterioro físico y biológico del individuo.

Pero, retomando la perspectiva biológica, queda patente la dificultad de encontrar una única teoría que explique el fenómeno del envejecimiento. Varios expertos han tratado esta perspectiva (Altarriba, 1992; Cabrillo y Cachafeiro, 1990; Kalish, 1991; Saéz, 1987; Saéz *et al.*, 1995; Rodríguez, 1989; Algado, 1997). Siguiendo los análisis de algunos autores las teorías biológicas del envejecimiento pueden clasificarse en cuatro tipos o categorías: teorías genéticas, teorías no genéticas, teorías fisiológicas del envejecimiento y teorías de los controles fisiológicos (Saéz, 1987).

Respecto a los enfoques genéticos del envejecimiento, las distintas teorías que se engloban en esta categoría son: *teoría genética general*, *teoría de la lesión en el ADN*, *teoría de la programación genética*, *teoría de la mutación somática* y *teoría del error acumulativo* (fallos en las síntesis de las proteínas), entre otras. En relación a las teorías genéticas, Shock (1977, en Kalish, 1991: 42), piensa que las células están genéticamente programadas para morir, quizá por el daño causado al ADN, por pequeños niveles de radiación que siempre existen en la atmósfera o por otras causas.

En cuanto a las teorías no genéticas podemos enumerar las siguientes: *teoría del deterioro*, *teorías de la privación*, *teorías de la acumulación*, *teorías de las interconexiones*. Según Shock (*ib.*) *las teorías celulares no genéticas* sostienen que el paso del tiempo produce cambios en las células, con lo cual se reduce su efectividad. Estos cambios pueden aparecer a causa de una nutrición insuficiente, falta de oxígeno en las células o por la introducción de sustancias químicas en ellas, lo que impide su funcionamiento adecuado.

Pero son las *teorías fisiológicas*, *morfológicas* y *funcionales* las de mayor aceptabilidad y contrastación experimental en la explicación de la sintomatología del deterioro orgánico y neuropsíquico del envejecimiento (Rodríguez, 1989: 76). Las teorías fisiológicas del envejecimiento suelen centrarse en el deterioro orgánico del sistema cardiovascular, de la glándula tiroides, de las glándulas sexuales o de la hipófisis. Las *teorías de la tensión o estrés*, *teoría del desgaste*, *teoría de los desechos* y *las teorías inmunológicas* son englobadas también en esta línea.

Las *teorías de los controles fisiológicos*, para cerrar este breve recorrido, se centran en el sistema endocrino y en el sistema nervioso. Estas teorías se centran en la interacción de las células, tejidos y sistemas de órganos en un intento de explicar los cambios de edad (Shock, 1974; Verzar, 1967; Sáez, 1987: 40).

Para Moragas (1991: 65), las teorías biológicas se pueden dividir en dos tipos: las teorías basadas en factores externos y las basadas en factores internos. Las primeras identifican los factores del medio ambiente y los que influyen en nuestra capacidad de sobrevivir a cualquier agresión externa al organismo, sea voluntaria (estilo de vida, nutrición, consumo de drogas) o involuntaria (exposición a contaminantes del aire, radiaciones, virus, alimentos...). Entre las «internas» están la Teoría Neuroendocrinológica (enlentecimiento o falta de equilibrio de las distintas neuronas reguladoras del sistema nervioso, muscular, etc.), Inmunológica (envejecimiento por la disminución de las defensas y mayor probabilidad de enfermar) y Metabólica (fenómenos celulares y metabólicos).

Hemos de concluir diciendo que aunque los cambios a los que se ha hecho alusión son de naturaleza biológica, tales cambios producen repercusiones en el plano psicológico y social y a la inversa; la situación psico-social puede incidir sobre la calidad de nuestro proceso de envejecimiento. Es de todos conocida la base psicológica y social que tienen las enfermedades y también el envejecimiento. Por tanto, podemos afirmar, junto con otros expertos (Birren, Kastenbaum, Palmore, Marzh, en Rodríguez, 1989: 15) que el envejecimiento fisiológico tiene un ritmo paralelo al envejecimiento psicológico y social, por lo cual los aspectos psico-sociales, sobre los que nosotros profundizaremos, y los aspectos fisiológicos están relacionados en todo el ciclo vital y concretamente al envejecer. Por esta indudable relación, varios autores (por ejemplo, Altarriba, 1992; Serra *et al.*, 1988) proponen un modelo de análisis denominado «bio-psico-social» para explicar el proceso de envejecimiento.

Tal como dice Moragas (1991: 57), Kalish (1991) y otros, la aptitud orgánica se halla estrechamente ligada a factores psicosociales de motivación, estilo de vida, intereses, ocupaciones, compañía y capacidad de decisión, etc., y que estos factores afectan directamente a variables biológicas como la producción de linfocitos, secreciones hormonales, neurotransmisores, responsables directos del bienestar fisiológico del sujeto. Una vez más, lo biológico depende de lo social y viceversa, estableciéndose una sutil interrelación en la que resulta difícil aislar el agente causal original y el resultado. La resistencia a la enfermedad, en todas las edades y en esta etapa aún se vuelve más relevante y se ve influida por distintos factores psico-sociales (soledad, falta de roles y de

actividad, desocupación del tiempo, etc.). Otra conclusión es que la enfermedad en la vejez es «clasista», es decir, perjudica a los menos desfavorecidos socio-económicamente porque son ellos los que suelen tener más medios para afrontarla (ver Capítulo 8.3.).

Para finalizar, podemos remarcar que el interés e inversiones para estudios sobre envejecimiento está incrementándose cada vez más. Todos los expertos están de acuerdo en fomentar la preocupación y el estudio de la última etapa desde la Medicina, Biología y las ciencias naturales. Se aboga por acabar con la improvisación de medidas en pro de un plan serio de Gerontología y Geriatría que integre distintos aspectos (biológicos y psicosociales), al igual que se dispone de un red bastante completa de colegios, estudios, hospitales dedicados a la psicología, pedagogía y atención a la etapa infantil o juvenil, por ejemplo.

5.2. EL ENVEJECIMIENTO COMO FENÓMENO PSICOLÓGICO

5.2.1. El envejecimiento como declive de los recursos y procesos psicológicos

Desde esta concepción el deterioro mental, la enfermedad y los procesos involutivos están ligados principalmente a la vejez. Se parte del supuesto de que el envejecimiento es un proceso de deterioro celular e involución orgánica. Por ello este modelo organicista sólo puede considerarse válido parcialmente puesto que no permite explicar, entre otras limitaciones, la variabilidad intrageneracional. Estas tesis están siendo rechazadas hoy por muchos psicogerontólogos⁵¹. Como veremos en el Capítulo 10, estos análisis son los que vienen perpetuando, aún hoy, diversos estereotipos y representaciones sociales sesgadas de la gente mayor.

⁵¹ El Organicismo que defiende este punto de vista y el Mecanicismo tiene su origen en el dualismo cartesiano: el primero fundado sobre el Racionalismo y el segundo sobre el Empirismo. Pero la eterna polémica de métodos de investigación, que tiene su origen en este dualismo de investigación, parece ya superada. A continuación, recordaremos las características peculiares del mecanicismo y el organicismo. 1) Desde un punto de vista mecanicista el organismo cambia según el ambiente; todo individuo es resultado de suma de elementos; se centra en la fórmula «estímulo-respuesta» y el análisis en términos de antecedente y consecuente; el cambio se considera cuantitativo; los cambios se producen por estimulación externa. 2) Desde un punto de vista organicista: el motor de cambio es interno; el organismo es considerado como totalidad, no hay que analizarlo como partes independientes (holismo); Analiza la estructura y la función; Cambio es cualitativo; centrado en estadios evolutivos.

Desde esta línea se trata el envejecimiento como declive de procesos cognitivos. En ellos se incluyen las investigaciones clásicas en psicología, que estudian la disminución/deterioro de los procesos psicológicos fundamentales, que son los cambios sensoriales y perceptivos, la memoria, la inteligencia, la metacognición y la creatividad. Es lo que se denomina «aspectos cognitivos» o capacidades intelectuales. Aunque varía de un individuo a otro, de forma general se produce, siguiendo a Mishara y Riedel (1986: 95), una reducción en la capacidad de recibir y tratar las informaciones concernientes al entorno. La disminución de la percepción sensorial se ve afectada por la inevitable disminución auditiva, visual (y también del gusto y el olfato) que acarrea el propio proceso de envejecimiento. Debido a la pérdida física de la masa muscular se produce, también, una disminución en la motricidad, es decir, pérdida de velocidad de las reacciones y un descenso de la coordinación. Pero tal como indican diversas investigaciones, esta disminución no está ligada a la disminución real de las señales o elementos de respuesta, sino más bien al tiempo requerido para la respuesta. Por ejemplo, se ha comprobado (Welford, 1977; Bromley, 1974, en Mishara y Riedel, 1986: 101), que si se da más tiempo para la planificación, programación e interpretación de las señales disminuyen las diferencias entre jóvenes y mayores, e incluso los mayores se vuelven más precisos y productivos que los jóvenes⁵². Algunas investigaciones han demostrado que no hay un declive de las habilidades de ejecución y psicomotrices, aunque se detecta descenso en las habilidades sensoriales. Las habilidades verbales (comprensión, lenguaje, por ejemplo), influenciadas fuertemente por la educación, se mantienen estables o incluso aumentan (Rodríguez, 1989: 67).

La investigación sobre la disminución o no de la memoria a medida que se envejece también ha levantado resultados controvertidos⁵³. Con la edad, siguiendo a Moragas (1991: 72), se recuerda mejor lo remoto y lo ecoico; está demostrado que la creencia popular de que la pérdida de la memoria es inevitable e irreversible resulta ser un mito. Las causas de la pérdida de memoria son complejas: falta de hábito de recordar, falta de motivación por aprender, etc.

⁵² Los estudios de Spirdurso y Clifford (1978) demuestran, en efecto, que las personas de edad activas son, en varios campos, superiores a las personas más jóvenes inactivas. Por ejemplo, siguiendo a Moragas (1991: 92), con un adecuado nivel de estimulación social, motivación, interés y formación las respuestas psicomotoras de los mayores serían más eficaces.

⁵³ La memoria puede clasificarse de distintas maneras: a) por la proximidad de los hechos (memoria inmediata o primaria, reciente, remota o secundaria y vieja o terciaria). b) Según los sentidos puede ser visual o icónica, y auditiva o ecoica. c) Según el tipo de recuerdos: episódicos o acontecimientos únicos para el individuo, y recuerdos semánticos o compartidos por toda la población.

Pero según algunos autores la disminución de la memoria se observa en todos los parámetros: entrada de datos, memoria a corto plazo y memoria a largo plazo. Crak (1977) examinó tres estudios que llegan a la conclusión de que la memoria a largo plazo y a corto plazo resultan inferiores en las personas de edad (Schonfield, 1972; Bahrick y Wittlinger, 1975; Warrington y Sanders, 1971). Desde varios estudios y teorías⁵⁴ se llega a la misma conclusión de que la pérdida de memoria es demostrable y está asociada a la edad. Montorio (1994: 111-146) realiza una revisión crítica respecto a los distintos estudios, instrumentos y técnicas aplicados en la investigación de la memoria en esta etapa⁵⁵, concluyendo que la pérdida de memoria está relacionada con múltiples factores y no sólo con la edad. Otros, sin embargo, demuestran el mejor funcionamiento de la memoria mediata o a largo plazo, referida a los recuerdos del pasado más lejanos; en tanto que la memoria inmediata o a corto plazo sufre graves deterioros en la vejez. Desde la *teoría del desarrollo de la memoria* se pretende ofrecer alternativas al modelo deficitario de la memoria persistente hasta hoy (Rodríguez, 1989: 69).

La cuestión de la diferencia en inteligencia en razón de la edad, de sus diferencias según la etnia o según el género, ha suscitado mucha controversia. Gran parte de estas diferencias suelen estar ligadas a factores externos (Mishara y Riedel, 1986: 105): diferencia en escolarización, tiempo cronometrado para los tests, falta de hábito en los tests, déficits sensoriales, investigaciones transversales y no longitudinales, entre otros. Según distintos estudios (Baltes, Labouvie, 1973; Riegel y Riegel, 1974) si no se dan cambios patológicos debidos a enfermedades, la inteligencia tiende a permanecer relativamente estable a lo largo de toda la vida. Las dos posiciones teóricas en este tema se hallan representadas por Schaie y Baltes (1974) y Horn y Donaldson (1977).

También Rodríguez (1989: 64) señala que uno de los tópicos y estereotipos más difundidos es la decadencia o declive intelectual en los mayores. Según las investigaciones psicométricas en las que se aplicaba el test de Wechsler se detectaba un comienzo del declive intelectual a partir de los 40 años

⁵⁴ Por ejemplo, la *Teoría de la detección de las señales*, enfoque relativamente nuevo y elaborado en psicofísica, y que preside la mayor parte de los estudios en este campo (Green y Swets, 1966, en Mishara y Riedel, 1986: 103), evalúa la potencia de la memoria y el modo de respuesta llegando a las mismas conclusiones.

⁵⁵ Algunos instrumentos y escalas son: Cuestionario de metamemoria (Zelinski, Gilewsky y Thompson, 1980), Cuestionario de Funcionamiento de Memoria (Gilewski *et al.*, 1983), Escala de memoria Wechsler (Wechsler, 1945), Test de Memoria Guild (Gilbert, Levee, y Catalano, 1968; Gilbert y Levee, 1971), Escala de Memoria de la Universidad de Nueva York (Randt, Brown y Osborne, 1980), Test Conductual de la Memoria Rivermead (Wilson, Cockerman y Baddeley, 1985), principalmente.

que se intensificaba con la edad. Tanto en estudios transversales como longitudinales (aplicadas por Berkowitz y Green, Doppelt y Wallace, Birren y Morrison), como a través de análisis factoriales de Nesselroade, Schaie y Baltes (1972), o las investigaciones generacionales y de cohorte llevadas a cabo por Schaie y Parham (1977), han constatado la falsedad del estereotipo del decremento intelectual con el envejecimiento. Siguiendo a Palacios y Marchesi (1986: 141), decir que se trata de un fenómeno mucho más complejo, en el que hay una mejora con la edad en determinados aspectos, aunque siempre en función de la experiencia, y un empeoramiento en otros directamente relacionados con la edad. Incluso algunas investigaciones han demostrado el aumento de determinadas aptitudes con la edad, puesto que las diferentes aptitudes intelectuales no declinan de igual forma con el envejecimiento. Algunas investigaciones, por ejemplo, han demostrado un aumento de la inteligencia denominada «cristalizada» (adquirida por la experiencia y educación) y un declive de la inteligencia «fluida» o adquirida por genética (Horn y Cattell, 1967; Baltes, Cornelius, Shapiro *et al.*, 1980; Horn, 1978, 1980; en Rodríguez, 1989: 66).

En cuanto a la creatividad, las investigaciones se contraponen. Las últimas corrientes de investigación parecen concluir que los mayores no pierden su capacidad creadora con el paso del tiempo, sino que muchos la aumentan⁵⁶. Por ejemplo, Moragas (1991: 78) nos recuerda que en las ciencias naturales la creatividad es mayor en las primeras etapas de la vida, mientras que en las ciencias humanas la creatividad necesita toda una vida para alcanzar su punto álgido. Pero uno de los problemas que se presenta a la ciencia es la medición de dicha creatividad. En lo que sí coinciden autores recientes es en la no disminución de la creatividad con el paso del tiempo.

La capacidad de aprendizaje (sobre la que predomina el prejuicio «se es demasiado viejo para aprender») no disminuye tampoco con la edad, sino que entre los jóvenes y los mayores hay diferentes maneras y motivaciones de/para aprender: el joven tiene mayores expectativas de futuro, mayor motivación, utiliza habilidades de aprendizaje basadas en la rapidez. En cambio, los mayores, con menos expectativas y motivaciones, utilizan cambios de estrategias en la solución de problemas, recurriendo a la experiencia y a los

⁵⁶ Véase la obra de Comfort (1977/86), Pinillos (1992), entre otras, en la que se citan numerosos personajes del mundo de las artes, la política, las ciencias humanas y naturales triunfando a avanzadas edades. Pero no hace falta citar a personas famosas por sus obras a edades avanzadas, sino que también podemos ver que hay personas mayores productivas anónimas cuyo nivel de creatividad no ha descendido.

aprendizajes globales, lo cual hace su aprendizaje más lento, pero de manera más acabada y perfecta cuando se les refuerza con motivaciones (Birren y Schaie, 1977, en Rodríguez, 1989: 68). El aprendizaje sólo disminuye su capacidad a partir de los 70 años (Arenberg, 1980; Moragas, 1991: 75). Hemos de recordar que si lo que se requiere para un aprendizaje es menor tiempo y estímulos efectivos, eso no beneficia a los mayores porque uno de los valores es la rapidez de asimilación, que sí puede disminuir con los años⁵⁷.

Además de un declive de los procesos cognitivos, desde un prisma psicológico, también se producen cambios importantes a nivel no cognitivo: sobre *las motivaciones, las emociones y cambios de personalidad*, principalmente. En cuanto a la emoción y la afectividad varios autores destacan la ausencia de investigaciones sobre estos puntos en las personas mayores (Mishara y Riedel, 1986: 118) o las que existen tienen demasiados errores metodológicos (Birren y Reinner, 1977). Lo mismo ocurre con el campo de la motivación en los mayores: las investigaciones son poco numerosas y presentan diversas limitaciones.

El nivel de motivación es analizado en cuanto que constituye el primer paso para realizar una actividad. La mayor parte de trabajos concluyen en una falta de motivación en los mayores, lo que incide en una menor actividad. Chapin y Brail (1969), en Mishara y Riedel, 1986: 119) descubrieron que en el trabajo y las tareas obligatorias externas al hogar los jóvenes eran más activos que los mayores, los cuales pasan más tiempo descansando, leyendo y viendo TV. Pero, siguiendo a Mishara y Riedel (1986), estos resultados son discutibles porque proceden de estudios transversales y sobre todo, porque los niveles de actividad se hallan estrechamente ligados a la condición socio-económica y al nivel de instrucción, entre otros factores, más que al envejecimiento en sí. Según Moragas (1991: 91), la motivación disminuye en los mayores porque disminuyen las oportunidades de competitividad y realización de forma general. Aunque todos coinciden en señalar que el nivel de excitación y de actividad general es inferior en los mayores, también se destaca la necesidad de nuevas investigaciones que integren datos e información disponibles en la actualidad y en contextos diversos.

La revisión de Watson (1954) o los estudios de Riegel (1959) y Neugarten (1964, 1972) abundan en la idea de la continuidad de la personalidad a tra-

⁵⁷ De forma general, los mayores éxitos en el aprendizaje se han dado con personas de mayor nivel educacional y que ejercitaban frecuentemente sus aptitudes: profesionales liberales, educadores, directivos, etc.

vés de los años. Los cambios en la personalidad pueden venir provocados por los cambios corporales, por los roles sociales, por diferencias generacionales, por pérdidas afectivas y de familiares, etc., que pueden incidir en la personalidad como crisis destructivas (Rodríguez, 1989: 71). Se han elaborado cierto número de Teorías del Desarrollo con el propósito de integrar los cambios sociales, psicológicos y físicos que acompañan a la maduración en el ser humano, pero la mayor parte de estas teorías no van más allá de la pubertad o de los comienzos de la adolescencia. La teoría del desarrollo que mayor influencia ejerció durante la primera mitad de nuestro siglo, la teoría freudiana, no trata más allá del primer decenio de vida⁵⁸.

Pero es muy importante el autoconcepto y las actitudes individuales y sociales que se tomen ante el envejecimiento. Por ejemplo, Havighurst (Yela, 1979; Rodríguez, 1989: 72) señala cinco factores para una personalidad ajustada y creadora: afán de vivir, tono afectivo positivo, armonía entre propósitos y logros, resolución y fortaleza y auto-concepto positivo. Pero hemos de decir, siguiendo a varios autores, que pocos se han preocupado por la personalidad (y por otros temas) sobre los mayores. En general, los estudios disponibles muestran una tendencia a la estabilidad de la personalidad que se mantiene más fija a mayor nivel educativo y mejor nivel de salud. Los cambios que aparecen suelen surgir como respuesta a las nuevas situaciones en edades proyectas (disminución de responsabilidades, mayor tiempo disponible, por ejemplo) más que a un cambio inevitable de la personalidad que envejece. Aquellos mayores que se muestran activos, con responsabilidades y plena aptitud funcional, apenas muestran cambios en su personalidad (Moragas, 1991: 79).

5.2.2. El envejecimiento como adaptación al medio y como proceso evolutivo

Como alternativa a las perspectivas anteriores, desde este prisma el interés se centra en las actividades mentales por las que los organismos se adaptan a los diferentes ambientes. Según Rubio (1996: 44), la trayectoria histórica de

⁵⁸ Freud mantiene que la personalidad queda fijada a los cinco años (Mishara y Riedel, 1986: 30). En general, los teóricos del conocimiento han acostumbrado a limitar sus intereses a los primeros años de vida, desinteresados generalmente por el desarrollo de la última. Por ejemplo, Maslow (1954) establece una jerarquía de necesidades, por todos conocida, y coloca la necesidad superior de desarrollo y creatividad (autorrealización) en la edad madura a partir de los 10 años; a partir de ahí lo trata como un solo estadio.

este paradigma dialéctico-contextual parte de los pragmatistas y funcionalistas americanos como Peirce, James, Dewey, fundamentalmente. Este modelo defiende la interdependencia entre organismo y medio, entre individuo y sociedad, mediante una interacción entre el cambio individual y los cambios histórico-culturales (Rodríguez, 1989: 57-58). Este modelo ha tenido una importante influencia en Psicogerontología, a través de la teoría del Ciclo Vital.

Dentro de este mismo enfoque nos encontramos con *la Etología y la Ecología*. La primera se desarrolla en la Psicología Evolutiva en la década de los setenta (Eibl-Eibesfeldt, 1974; Bowlby, 1969; Harlow, 1958), aunque los orígenes se encuentran en las investigaciones de Darwin. Los etólogos se interesan por las bases biológicas de la conducta animal. Los psicólogos que defienden esta corriente aplican los métodos e ideas básicas al comportamiento humano, es decir, las conductas se interpretan como determinadas biológica y genéticamente (Bowlby, 1986; Hess, 1977; en Rubio 1996: 49)⁵⁹.

Desde la línea Ecológica se pone énfasis en la interdependencia individuo-ambiente. El desarrollo es el resultado de esta relación y ello conduce a la adaptación de la persona a la cultura y otros contextos (Gibson, 1984; Bronfenbrenner, 1979; Wachs, 1979; Eckensberger, 1979; en Rubio, 1996: 49-51). Este enfoque resulta útil en la medida que permite conceptualizar la intervención medio-ambiental en la vejez y explicar de qué forma el medio-ambiente físico y social, en constante cambio, afecta a los procesos de envejecimiento. Según Rodríguez (1989: 60) esta línea se sustenta en la obra de Lewin y su teoría del Espacio Vital, considerando que la acción humana se encuentra explicada por la conjunción de factores de personalidad y del medio ambiente. El espacio vital viene a ser entendido como campo ambiental vivenciado por el sujeto, encontrándose en la teoría del «campo vital» de Lewin un precedente de la moderna «ecopsicología comportamental».

García y Tous (1992: 80) proponen un modelo conductual-ecológico de la vejez. Parten de Moos y Mitchell (1982) para defender esta perspectiva

⁵⁹ También el *modelo genético evolutivo*, que se sustenta en la orientación psicológica genética, tiene amplia incidencia en psicología evolutiva infantil, merced a las investigaciones de Piaget y su Escuela de Ginebra. En sentido análogo, en los últimos años se viene reclamando la implantación de la perspectiva genética como modelo útil para el estudio del adulto y de la gente mayor. Este modelo persigue como perspectiva teórica el estudio del desarrollo y el envejecimiento a partir del nacimiento, aunque por razones pragmáticas, según Gillieron (Rodríguez, 1989: 59-60), se tome al niño para el estudio del desarrollo y del mayor para el envejecimiento. En realidad este modelo gerontológico no ha gozado de una amplia aceptación. Algunos autores (Pacaud, 1965; Riley, 1979) han sustentado la perspectiva de que el desarrollo y envejecimiento es algo connatural a cualquier edad, sin consecuencias definitivas ni rupturas radicales en ninguna de las etapas.

que pretende pasar de una situación patogénica o deficitaria de la vejez a otra salutogénica, potenciadora de la competencia. Este modelo que integra el enfoque conductual y ecológico pretende potenciar lo positivo, tanto por lo que se refiere a las posibilidades del mayor de resolver las circunstancias adversas, como incrementar los apoyos sociales y físicos del ambiente.

Esta línea se enmarca en la orientación europea que, a diferencia de la corriente anglosajona, considera a la persona como un organismo dependiente del medio y con capacidad para influir sobre el mismo. Los temas más estudiados son la personalidad y el desarrollo cognitivo. Dentro del área del envejecimiento los estudios tienen un matiz social. Los temas estudiados son principalmente: desarrollo moral (Meachan, 1975), lenguaje (Harris, 1975; Riegel, 1975), relaciones sociales (Rapaport, 1975; Hefner, Relucea y Oleshausky, 1975; Van deu Dade, 1975), las teorías de campo desarrolladas por Lewin y aplicadas por Schaie (1962), la teoría del «rol» y la teorías del «self», ambas de gran relevancia para psicología y sociología de la vejez. Todas estas áreas hacen hincapié en el carácter interdependiente simbólico-comunicativo de las condiciones externas o sociológicas e internas o psicológicas.

En cuanto al envejecimiento como desarrollo-proceso evolutivo, se ha de decir que se trata de una visión reciente que considera el envejecimiento como un proceso continuo. Podemos decir que desde el punto de vista tradicional el interés se centraba en los periodos de la infancia y adolescencia (sobre la base de los modelos evolutivos inspirados en Piaget, Freud y Erikson), los cuales diferenciaban claramente cada estadio, otorgándole un determinado patrón de comportamiento. Por ejemplo, para Erikson el último estadio, denominado «desesperación versus integridad», era el que se correspondía con la vejez⁶⁰.

La visión clásica de los estadios y el estudio centrado en la infancia-juventud se está viendo desmarcada por otras nuevas olas interesadas por el desarrollo vital como un proceso continuo desde la infancia a la vejez. Siguiendo a Rodríguez (1989: 44), reseñar que un grupo de psicólogos de la Universidad de West Virginia, en los años sesenta, inician el denominado *enfoque del Ciclo Vital* predominante en estas últimas décadas. Este enfoque defiende la tesis del desarrollo psicológico como proceso que dura toda la vida. Esta concep-

⁶⁰ Aparte de las objeciones que puedan hacerse hemos de reconocer que al menos este autor se preocupó por la última fase de la vida, pues la mayoría se centraron exclusivamente en infancia y juventud.

ción del desarrollo aportó también una nueva perspectiva metodológica de investigación longitudinal. Por tanto, desde esta concepción revolucionaria en su momento, se aporta la interacción de las etapas vitales como un proceso discontinuo y multilíneal, destacando las relaciones entre todas las etapas, y los factores biográficos, ambientales y ecológicos como más importantes que la edad cronológica en sí. En resumen, la psicología del envejecimiento del ciclo vital incide en el rechazo de la concepción de vejez como deterioro o declinación psicológica generalizada, acentuando por el contrario la constatación de desarrollos en ese periodo vital reconceptualizado como un proceso más que como un estado.

Por tanto, la *Teoría del Ciclo Vital*, como estandarte de estos supuestos, no admite el análisis de los estadios del ciclo vital en forma aislada (uno tras otro) sino que tiene en cuenta varios aspectos. Siguiendo a Serra *et al.* (1988: 16 y ss.) y otros expertos/as podemos conocer las premisas que rigen este enfoque y que aquí no procede desarrollar. Esta teoría se considera actualmente como uno de los principales enfoques sobre los procesos evolutivos y ha tenido especial influencia en Gerontología, como puede verse en los estudios de Birren, Cunningham y Yamamoto (1983, en Rubio, 1996: 51), y en muchas otras investigaciones. En una reciente revisión bibliográfica se encontraron más de 4.000 artículos publicados sobre la problemática del desarrollo en la madurez y senectud. La corriente del Ciclo Vital enlaza con otras disciplinas: sociología, antropología y psicología social. En fin, según Serra (1982) se pueden señalar tres tipos de modelos en el estudio del envejecimiento:

- *Modelo del deterioro irreversible*: El envejecimiento provoca un deterioro o declive en casi todas las funciones del organismo, y este declive es irreversible.
- *Modelo de deterioro reversible*: Reconoce la existencia de un deterioro asociado al envejecimiento, pero aboga por su corrección mediante técnicas de tratamiento y prevención.
- *Modelo de competencia o estabilidad*: Es el que defienden los psicólogos evolutivos del ciclo vital. Este modelo asume la existencia de un proceso de envejecimiento diferencial, es decir, distinto de unos sujetos a otros. La vejez es la etapa en la que más hay que considerar las diferencias entre individuos. El proceso de envejecimiento depende de cada persona, de su desarrollo a lo largo del ciclo vital y de cómo impacten sobre éste los distintos cambios (Serra, Dato y Leal, 1988: 15).

Otra línea viene marcada por el *enfoque psicoanalítico*, caracterizado por centrarse en el estudio de los cambios del «yo, ello y superyó». Desde este prisma se defiende la idea de que la salud mental en la edad adulta está fuertemente influida por las experiencias individuales y por el desarrollo psicosexual durante la infancia, por lo que sus seguidores se centran en el estudio de la re-

gresión producido en la vejez (...). De todas maneras, aquí no procede desarrollar los distintos enfoques y su visión del envejecimiento⁶¹.

Por último, queremos señalar el envejecimiento desde un enfoque conductista. Desde esta concepción se toma el envejecimiento como inadaptación/adaptación de conducta, como respuesta a estímulos y, en todo caso, como un problema de aprendizaje. Bajo distintas teorías, que apoyan y han apoyado este punto de vista, se observa una postura epistemológica común denominada con varios nombres: mecanicismo, positivismo, operacionalismo, conductismo, empirismo. Siguiendo a varios autores (Rodríguez, 1989: 57, Rubio, 1996: 33), esta concepción teórica es de indudable raigambre psicológica behaviorista. Hemos de recordar que bajo la influencia de positivismo surge el conductismo que reduce a la psicología a la investigación científica del comportamiento externo del organismo. Según el paradigma conductista todo cambio de conducta puede ser explicado como resultado de un proceso de aprendizaje.

El conductismo ha sido aplicado a la psicogerontología para explicar el mantenimiento de conductas adaptadas/inadaptadas a la vejez, como un problema de aprendizaje, condicionado por la presencia de estímulos y refuerzos ambientales y sociales positivos, y viceversa, por la ausencia de refuerzos ambientales, incremento de estímulos adversos, en el caso de inadaptaciones conductuales. Algunos estudios basados en este enfoque podrían ser el de Denney (1982) sobre la utilización de técnicas de *feedback* aplicadas al entrenamiento de tareas de aprendizaje de conceptos. Willis y Schaie (1986) hacen una revisión de estudios que han seguido esta orientación, intentando defender la hipótesis de que el *feedback* y el modelado son principios activos en las intervenciones cognitivas (Rubio, 1996: 37).

Según este enfoque conductista, el organismo humano y el mundo son concebidos metafóricamente como máquinas, los cambios producidos son desde el exterior y el desarrollo se concibe como un proceso continuo (antecedente-consecuente). Desde este enfoque también se realiza una crítica a la *Teoría de la Actividad*, que trataremos más adelante. Una rectificación a esta teoría es la efectuada por Pinillos (1979, 1980), centrándose en la teoría de la *Indefensión Aprendida*, de Seligman. Según Pinillos, al llegar la persona a la vejez, se recibe de la sociedad «bien refuerzos punitivos no contingentes, o bien ausencia de

⁶¹ En la compilación de los autores Zinberg y Kaufman (1987) se encuentran las aportaciones de autores de orientación psicoanalítica, en su mayoría pertenecientes a la Sociedad de Psiquiatría Gerontológica de Boston. También Bianchi, Gavey, Moreigne, Balbo, Poivet y Thomas (1992) nos ofrecen sus análisis a la cuestión del envejecimiento desde la perspectiva psicoanalítica. Estos últimos autores son franceses y pertenecen a la Asociación Internacional de Gerontología Psicoanalítica.

refuerzos positivos» (Serra, Dato y Leal, 1988: 31). El resultado es que el sujeto aprende a desesperanzarse y por tanto se deprime y descende su nivel de actividad, debido a falta de refuerzos y acumulación de estímulos punitivos.

De forma genérica la perspectiva psicológica tiende a analizar el envejecimiento desde los mecanismos de conducta individual. Por ello las críticas más relevantes que recibe el paradigma psicológico se derivan del olvido de que las personas están intrincadas inexorablemente en un sistema social, cultural e histórico con circunstancias determinadas que inciden en su comportamiento. De todas maneras, las últimas corrientes psicológicas están empezando a considerar los distintos factores sociales y psico-sociales.

5.3. EL ENVEJECIMIENTO COMO FENÓMENO SOCIOLÓGICO Y PSICO-SOCIOLÓGICO (SOCIAL)

5.3.1. El envejecimiento en relación a la actividad

Desde esta concepción de la vejez se defiende que la capacidad de permanecer activo es una de las condiciones fundamentales para vivir con éxito la jubilación y el envejecimiento. Esta tesis fue formulada por Cavan, Burgess, Havighurst y Goldhammer (1949), Havighurst y Albrecht (1953), Havighurst (1954, 1961), Havighurst, Neugarten y Tobin (1968), y sostiene que el envejecimiento y el periodo postlaboral será más positivo si se asumen actividades, a pesar de que se abandone el trabajo remunerado. Este enfoque clásico en el estudio de la vejez es denominado *Teoría de la Actividad*, *Teoría de la Adaptación* o del «*envejecimiento exitoso*». Esta visión, englobada generalmente en la corriente funcionalista, sigue siendo muy influyente sobre los estudios gerontológicos. Las premisas fundamentales que defiende son: a) la mayor parte de los mayores siguen manteniendo niveles bastante constantes de actividad; b) el nivel de actividad o inactividad está influido por los anteriores estilos de vida y por factores socio-económicos, más que por procesos universales inevitables; c) para lograr un envejecimiento con éxito es necesario mantener, incluso aumentar, determinados niveles de actividad en las distintas esferas vitales: física, mental, social, principalmente.

Siguiendo a Havighurst (1961), hay roles que en la senectud se pierden (debido a la jubilación o a una posible enfermedad, por ejemplo), pero lo importante es saber que esas actividades pueden sustituirse por otras de manera que el individuo continúe permaneciendo activo. Tartler (1961) parte de la hipótesis de que sólo es feliz y se siente satisfecha la persona que permanece ac-

tiva, que produce algún rendimiento, que es útil a los demás. La persona mayor en las sociedades industrializadas actuales al llegar a la jubilación vivencia una pérdida del rol laboral y una pérdida de roles familiares, y todo ello repercute en una pérdida de función, en una creciente «inactividad forzada» que genera alta insatisfacción y otros procesos desestructurantes psicosocialmente.

Podemos citar algunos datos sobre los que descansa el punto de vista que estamos tratando. Por ejemplo, el estudio longitudinal dirigido por Palmore (1968, 1969) desde la Universidad de Duke durante diez años comprobó que se daba cierta disminución temporal de actividades ante determinados sucesos, pero luego se producían aumentos. Encontró también que la falta de actividad es más característica en mayores con problemas de salud (Rubio, 1996: 113). Concluye diciendo que la desocupación no es un resultado inevitable del envejecimiento, pues la actividad está relacionada con una moral alta, elevada satisfacción por la vida y con el anterior estilo de vida. Cuando se produce realmente la desvinculación y la inactividad es justo antes de la muerte.

Maddox y Eisdorfer (1962, en Mishara y Riedel, 1986: 65) identifican una tipología de mayores en función de la actividad y el estado de ánimo. Estos tipos pueden ser: 1) mayores muy activos y muy animados; 2) mayores muy activos y con estado de ánimo bajo; 3) mayores poco activos y con la moral-satisfacción elevada; 4) mayores poco activos y poco satisfechos. Los mayores del tipo 3) existen en una proporción muy pequeña. En conclusión se puede decir que la satisfacción elevada se asocia con un nivel de actividad alto y esto depende de la situación económica y de las posibilidades que se ofrecen al mayor.

Fontana (1977) también apoya esta teoría basándose en un estudio realizado en una comunidad del Sur de California. Sus resultados son similares a los de Palmore: la actividad está relacionada con la satisfacción vital. Las personas entrevistadas pensaban que conservarse activo era permanecer joven, y al contrario, permanecer pasivo significaba hacerse viejo. Una cita del mismo investigador (Fontana, en Rubio, 1996: 114) resume perfectamente esta situación: «Los americanos pueden haber tenido éxito liberándose a sí mismos desde la ética del trabajo, pero el monstruo de la muerte ha lanzando nuevos frentes: las actividades. A la larga, el trabajo no proporciona la identificación central de la vida para muchos, pero las actividades sí lo hacen. Así, los individuos ancianos encuentran nuevas formas de dar sentido a sus vidas, siendo un jugador de bridge, un miembro de un club de basket, un oponente barajando las cartas, yendo a pescar, viendo la televisión, escribiendo postales o paseando por los bosques. No sólo proporcionan sentido las actividades, sino que ellos las ven como la panacea para curar la plaga de la vejez: permanecer activo es tener la vejez a raya».

Según este enfoque la jubilación es vista por los mayores como una imposición social que les priva de contactos sociales, compromisos y actividades que no desearían abandonar. Pero entre esta visión radical (de continuar trabajando) y la de desvinculación total (tratada en el punto siguiente), habría una posición intermedia (Rodríguez, 1988: 88). El rol adecuado sería la asunción del hecho de la desvinculación social laboral, pero promoviendo la adaptación a nuevas fórmulas de actividad que satisfaga al individuo (*hobbies*, amistades, ocio, voluntariado, entre otras).

Esta teoría fue pionera en las reflexiones sobre mayores. Fue la primera que en EE.UU. aportó un modelo (más que teoría, según algunos autores) del envejecimiento ideal. Las claves para un envejecimiento óptimo son: actividad, sociabilidad y participación. Sin embargo, la teoría empezó a ser cuestionada sobre todo en los años 60 con el planteamiento de la *teoría de la Desvinculación*, tratada en el próximo apartado. Observamos que, si la concepción de la vejez como desvinculación tiene más detractores, muchos estudios parecen confirmar esta tesis de la actividad (Grandall, 1980: 112; en Bazo, 1990: 10). Según Rodríguez Rodríguez (1996: 29), esta teoría es la que más ha resistido al paso del tiempo puesto que se confirma continuamente que un mejor ajuste social en esta etapa es debido al hecho de permanecer activo. Según este enfoque la mayor esperanza de vida de las mujeres se atribuye a la continuidad del rol de ama de casa, salvo en el internamiento en Residencias de Mayores, en el que las pautas de mortalidad masculina y femenina tiende a equipararse (Miranda, 1989). También desde esta teoría entendemos muchos de los análisis discursivos de nuestro estudio. Sin embargo, otros (Bengston y Peterson, 1972, en Cox, 1984; Bazo, 1990: 10; o en Algado, 1997: 26) no apoyaron tales premisas⁶².

Esta teoría, siguiendo a Rubio (1996) y otros, también cuenta con sus defectos:

- a) Presupone que la gente mayor se juzga a sí misma de acuerdo con normas comunes de actividad y conductas de la etapa adulta.
- b) Olvida que muchos mayores no pueden (por razones físicas, psíquicas o socio-económicas) mantener un alto nivel de actividad, ni reemplazar los roles perdidos por otros. Cuanto mayor es una persona más difícil resulta que permanezca activa.

⁶² Estos autores partieron de dos proposiciones: existe una relación positiva entre la actividad social y la satisfacción en la vejez, y las pérdidas de los roles como los que conllevan la viudez y la jubilación se relacionan inversamente con la satisfacción. Sus hallazgos demostraron que la actividad social con los amigos era la única que estaba relacionada significativamente con la satisfacción.

- c) Otro punto crítico de esta teoría es que el estar activo no implica directamente la prolongación de la vida. Se han realizado algunos estudios en los que se ha comprobado la correlación significativa entre «mayor actividad-mayor longevidad» (Rubio, 1996: 115; Gaur, 1975: 67 y ss., entre otros), pero ello no implica que el nivel de actividad-inactividad sea un predictor de la mortalidad o longevidad. El nivel de actividad no es buen predictor de la mortalidad cuando la edad (a mayor edad mayor posibilidad de mortalidad) y otros factores (género, nivel socioeconómico, estado civil, salud —a peor nivel de salud mayor mortalidad—, entre otros) están influyendo sobre el mismo. Sin embargo, las últimas tendencias apuntan hacia una influencia del apoyo social y la actividad sobre una disminución de la mortalidad, punto sobre el que volveremos más adelante, pues la actividad constituye el tema neurágico de esta tesis.

Por tanto, al igual que ocurre con otras teorías que trataremos más adelante, no es posible con ella explicar y generalizar la situación de todos los mayores. En este sentido las teorías que vamos a aludir podrían ser complementarias. El principal problema para los defensores de esta corriente deriva de la paulatina pérdida de actividad que llevará a la desvinculación (d). Por tanto, podemos concluir que ni esta teoría ni las próximas alcanzan una explicación global. Parece existir más bien diferentes tipos de personas: retraídos, activos, pasivos, etc., variando en función de factores como la profesión, la edad, el estatus socio-económico⁶³.

Las actividades que realiza el grueso de la gente mayor suelen ser pasivas y no estar organizadas por los propios mayores (véase Capítulo 9). Las últimas tendencias pugnan por una mayor participación social de los mayores y señalamos, junto con otros/as expertos/as, la necesidad de descubrir nuevos papeles o nuevos medios de conservar los antiguos. Por ello, aunque se dé un cese en las actividades laborales, los mayores pueden encontrar un nuevo sentido a su vida a través de otras actividades que ayudan, sin duda, a una mejor adaptación a esta etapa postlaboral. Las bases y objeciones a esta visión del envejecimiento nos servirán de referencia a lo largo de esta tesis que pivota alre-

⁶³ Una prueba clara de que los mayores no están pasivos es que la lista de personajes famosos y personas anónimas de edad que siguen activas está siendo cada vez más extensa, hasta el límite de no poder nombrar a ninguna de manera especial porque cada vez el número de los que llegan a elevadas edades en total actividad es más asombroso. Podemos consultar de todas maneras varios estudios (Comfort, 1977/86; Pinillos, 107-108, entre otros) que hacen referencia a las actividades (investigación, pintura, escultura, literatura, política, etc.) en personajes famosos que alcanzaron edades avanzadas (Cervantes, Picasso, Miguel Angel, Liszt, Tolstoi, M. Mead, Mao Tse-Tung, Goethe, V. Hugo, Gandhi, Fleming, Franklin, Monet, Darwin, De Gaulle, Russell, Webster, etc.). Si por un lado esta lista de mayores activos hasta el final de sus días puede ampliarse con personas anónimas, por otra parte, hemos de hacer una objeción: esta creatividad y optimismo no llega ni mucho menos a la generalidad de la gente mayor, entre los que nos encontramos con personas verdaderamente pasivas y dependientes.

dedor de las actividades (remuneradas o no) en la jubilación y en el proceso de envejecimiento.

5.3.2. El envejecimiento como desvinculación social

La tesis de que al envejecer las personas desean desarraigarse y desconectarse socialmente sigue siendo defendida, aún hoy, por varios autores, aunque sea de forma implícita. Ello se observa en algunas de las políticas destinadas a la gente mayor y en las mismas actitudes sociales hacia los mayores, que muchas veces generan aislamiento social y dependencia en lugar de fomentar relaciones sociales intergeneracionales. Este enfoque surgió como contestación a la *Teoría de la Actividad* que acabamos de mencionar. Fueron Cumming y Henry (1961), Henry (1964), Talmon (1963), quienes asentaron esta concepción de la vejez con la definición de su *Teoría de la Desvinculación Social* en esta etapa vital⁶⁴. Su tesis podría resumirse así: la persona mayor desea ciertas formas de aislamiento social, de reducción de contactos sociales, y en la medida en que lo logra, se siente feliz y satisfecha. Por tanto, los supuestos básicos que se defienden desde esta concepción de la vejez son: a) El proceso de desvinculación de las personas que envejecen y la actitud de la sociedad ante ello es algo natural; b) este retraimiento que se produce es recíproco; c) este proceso es algo inevitable; d) este desacoplamiento, que puede ser iniciado por la persona o por la sociedad, resulta gratificante y beneficioso porque contribuye a mantener el equilibrio y orden social, a disminuir el conflicto intergeneracional, y e) es necesario para un envejecimiento con éxito a nivel personal (mayor tranquilidad y libertad para el mayor) y social.

Según diversos autores esta teoría se englobaría en la corriente más genérica del Funcionalismo, al igual que otras teorías que más adelante traeremos a colación (*Teoría de la Actividad* —ya tratada—, *Teoría de la Modernización* y *Teoría de la Continuidad*). Por ejemplo, siguiendo a Bazo (1990: 9), en el fondo de la Teoría de la Desvinculación late un funcionalismo sociológico, por cuanto considera necesario tal abandono para la supervivencia de la sociedad en la medida en que la retirada de los mayores va poniendo el poder a

⁶⁴ La base empírica de esta teoría fueron los resultados de un estudio sobre 172 adultos de 50 a 70 años y 107 sujetos de 70 a 90 años. Este estudio se inició en 1955 en la Universidad de Chicago y permitió a sus autores, Cumming y Henry, afirmar la desvinculación como proceso inevitable en el que se rompen las relaciones individuo-sociedad.

disposición de los jóvenes. También, según Rubio (1996), esta teoría se basa en algunos aspectos en la Teoría Funcionalista de la Estratificación Social propuesta por Kingsley y Moore (1945), quienes entendían que las recompensas (dinero, poder, estatus y prestigio), tienen una relación directa con la importancia social dada a un determinado rol (véase 5.3.8).

La teoría ha generado estas dos derivaciones principalmente:

a) *Desvinculación-vinculación selectiva*. Representantes de esta línea son, Neugarten (1968), Neugarten, Havighurst y Tobin (1961, 1968), que señalan que se produce una reestructuración de las actividades sociales, un cambio cualitativo, más que una desvinculación. Por ejemplo, si se disminuye la actividad laboral aumentarán otro tipo de contactos (familia, amigos) y ello puede llevar a una compensación. Gordon y Schneider (1971) consideran que la desvinculación, si llega a producirse, es siempre parcial, pero nunca total. En este sentido las personas mayores pueden retirarse de algunas actividades a causa de la edad, pero pueden mantener, aumentar o iniciar su participación en otras nuevas. Siguiendo a Serra, Dato y Leal (1988: 30) pensamos que esto dependerá de varios factores, como comprobaremos en esta investigación: satisfacción con la vida pasada, estatus, salud y género, entre otros.

b) *Desvinculación transitoria*. Esta vertiente es defendida por Lehr (1969), Lehr y Rudinger (1970) y Dreher (1969 y 1970). Los estudios de estos/as autores/as, en su investigación a obreros de estatus medio (en industrias siderúrgicas de Bonn), descubrieron un aspecto adicional a la teoría: la alta satisfacción asociada a escasos contactos sociales podía ser una forma de reacción a determinadas situaciones de sobrecarga, por ejemplo, ante la jubilación. Pero si tras una primera fase se produce una adaptación se puede observar una renovada vinculación social («renovación-preferencial»). En fin, esta desvinculación transitoria es considerada más efectiva que otras (Aragó, 1986: 304). Por tanto, la desvinculación sólo sería temporal, no para todo el periodo de la vejez. Según el género (Lehr, 1961; Lehr y Thomae, 1965), la desvinculación se produce alrededor de los 50 años (mujeres) o de los 60 (hombres).

Siguiendo a Duocastella *et al.* (1978: 191), esta teoría entronca con la teoría de la «des-socialización» de R. Köning, según la cual en la vejez se produce un fenómeno inverso a la «socialización» en edades anteriores, y se manifiesta por un gradual desinterés por el mundo circundante. Pero el proceso de desvinculación afecta especialmente a las sociedades industrializadas, donde el reemplazo de trabajadores de edad por jóvenes suele ser un medio necesario para introducir y mantener técnicas modernas de trabajo. Ello significa que

la presión social influye en este proceso de desvinculación, que es el resultado de lo que Riley llama «flujo de cohorte» (1971, 1987). Para vivir una vejez plena y satisfactoria es necesario que la sociedad se muestre dispuesta a librar a los mayores de sus roles sociales y de sus obligaciones, y a su vez, que los mayores deseen ese cambio. Desde este punto de vista, este proceso es considerado necesario a nivel individual porque supone satisfacción y necesario a nivel social porque facilita el equilibrio. La propia sociedad es la que desarrolla unas normas para que las personas se retiren de su trabajo (jubilación obligatoria) y más tarde vayan perdiendo otros roles sociales.

Sin embargo, varios autores se oponen a la idea de que hay una tendencia individual de desear la desvinculación. Por ejemplo, Havighurst (1963, 1964) comprueba que muchas personas se encuentran satisfechas cuando lo gran retirarse de la comunidad; suelen ser las personas más pasivas y con un estilo de vida hogareño. Pero otras quieren seguir siendo activas y se sentirán más satisfechas si continúan sus relaciones y su contacto con la comunidad. Por tanto, la duda principal es que este proceso de desvinculación sea universal, inevitable y satisfactorio para los mayores.

La desvinculación puede ser de especial gravedad para la propia imagen y la autoestima; puede ser como una especie de «juicio final anticipado», en palabras de Rodríguez (1994: 58). Siguiendo esta teoría, las personas deben ir sustituyendo los roles más activos por otros más tranquilos, alejándose de los de más responsabilidad en el sistema productivo y centrándose en los roles periféricos, familiares y de amistad. Para que puedan mantener una imagen positiva de sí mismos, deben corresponder a las expectativas de la sociedad y, en este sentido, las personas que ya no son socialmente competitivas dejan de ser productivas y, por tanto, han de retirarse. Según este enfoque si la mujer es asalariada sigue un ritmo similar a los hombres, pero pensamos que esta situación se vuelve más compleja porque en la mayor parte de los casos las mujeres siguen desempeñando en la vejez otros papeles además del trabajo remunerado (ama de casa, cuidadora, entre otros).

Una de las objeciones que suele hacerse a esta teoría es que toma únicamente como referencia a la clase media asalariada (Rodríguez, 1994: 59), no logrando explicar lo que ocurre con personas de otros niveles (profesionales liberales, artesanos, por ejemplo) que no se jubilan nunca, como en este estudio tratamos (véase Capítulo 9). De forma general, la desvinculación que se produce en la mayor parte de las profesiones con el retiro suele ser producto de que la sociedad aún no ha logrado construir nuevos papeles útiles y valorados para la etapa postlaboral. Esta es, pues, una de las reivindicaciones sobre la que se volverá en reiteradas ocasiones en esta tesis.

Pero, siguiendo con las objeciones a esta concepción del envejecimiento, decir que para San Román (1990: 91) la posible desvinculación en la vejez sería más objeto de estudio que explicación. En muchas ocasiones se toma la desvinculación como variable (mayor o menor participación social) más que como explicación. Roman y Taietz (1967), en su experimento con un grupo de profesores universitarios, a los que se les dio la oportunidad después del retiro de continuar su labor docente, encontraron que la mayoría optaba por seguir en activo. Esto les hizo concluir que el envejecimiento no lleva necesariamente a un deseo de desvinculación y que hay que considerar las diferencias interindividuales. Hay personas que se desvinculan al no tener otra opción, pero si pudieran elegir continuarían trabajando, sobre todo en aquellas profesiones que reportan autorrealización personal y social y cuyas condiciones de trabajo son óptimas. Tal como dicen Lindensmith, Strauss y Denzin (1988) esta teoría no es aplicable a todas las personas ni a todas las situaciones.

En el estudio de Lehr y Rudinger (1970) se afirma que el grado de participación social y la satisfacción en los distintos roles está mediada por numerosos factores biográficos. La disminución de contactos sociales coincide generalmente con vivencias negativas, mientras que una ampliación de contactos sociales supone un pasado positivo en cuanto a la interacción social experimentada. Esto ocurre, hemos de recordar, no sólo en la vejez sino a lo largo de todas las etapas de la vida. En la línea crítica de la teoría que nos ocupa, Atchley (1989) defiende que la desvinculación no constituye un fenómeno natural ni tampoco inevitable. Se trata de una teoría que puede funcionar para explicar situaciones forzadas, como la jubilación. Según este autor «la desocupación no es lo que desea la mayoría de la gente anciana. Sin embargo es lo que muchos ancianos obtienen». Por ello, la transición a la jubilación, al ser de forma obligatoria y sin tener en cuenta los deseos de la persona, puede convertirse en un factor desvinculante de la sociedad; pero esta desvinculación no es un fenómeno universal ni abarca todo el periodo de la vejez. «Los ancianos aislados representan un grupo pequeño en todos los países europeos, cosa que en modo alguno ha de tomarse como algo "típico" de la vejez, en general» (Lehr, 1980), lo que ocurre es que llama la atención las noticias de los mayores en Residencias, abandonos de mayores por parte de sus familias, etc. Estas situaciones son desgraciadamente verídicas, pero no son generalizables a la población de más edad, aunque como observaremos en este estudio, la soledad es uno de los problemas más graves que destaca la gente mayor, junto con otras preocupaciones, como los aspectos económicos o las enfermedades (Capítulo 11).

Por tanto, el concepto de vejez como desvinculación satisfactoria, mejor dicho, desvinculación irremediable, pensamos que sólo podría ser aplicable a

los mayores con cotas de dependencia altas a nivel físico y social, que paulatinamente tienen que ir aceptando sus discapacidades (serían los mayores a los que van destinadas las medidas de atención continuada), pero no a los mayores «más jóvenes» que aún son autónomos y pueden ser algo más que meros perceptores de pensiones, y cuyo último deseo, de forma general, es no sufrir el problema de la soledad y abandono.

En fin, este enfoque ha venido suscitando incontables investigaciones, poniéndose a prueba en varias ocasiones. No obstante, los resultados de los distintos estudios han sido contradictorios. La crítica principal parece simple, pues existen personas vinculadas y satisfechas, y al contrario, personas que se desvinculan y no sufren por ello. El abandono de relaciones suele ser debido muchas veces a la falta de oportunidades y condiciones de vida (salud deteriorada, dificultad de movilidad, limitación de relaciones a la pareja, por ejemplo) más que a la voluntad y actitud individual de los mayores. Desde nuestro punto de vista, pensamos que se debe apuntar hacia el prisma opuesto, en el que la vejez se caracterice por justamente todo lo contrario que venimos comentando: vinculación, compromiso y participación social para una mejor adaptación a la vejez, respetando, eso sí, a aquellos que se encuentren satisfechos (una mínima parte, pensamos) en esta desvinculación y retiro social (recordemos *El derecho a la pereza*, de P. Lafargue). El argumento básico que proponemos es que todos necesitamos de las actividades e interacciones sociales (familiares o extrafamiliares, de hecho veremos que son unas de las actividades preferidas por los mayores) para completar nuestro desarrollo personal, somos seres relacionales, «animales sociales», y esta «necesidad de los demás» creemos que aumenta —o al menos no disminuye— en las últimas etapas de la vida.

5.3.3. El envejecimiento como reflejo del pasado

Desde esta concepción se sostiene que en el proceso de envejecimiento las personas están predispuestas hacia la estabilidad tanto en sus costumbres o grupos de relación como en sus preferencias o estilos de vida que han desarrollado a lo largo de los años. La adaptación social a la vejez, a la jubilación y a otros acontecimientos está determinada principalmente por la trayectoria vital anterior. La *Teoría de la Continuidad*, que apoya este punto de vista, ofrece la ventaja de proponer una multiplicidad de modelos de ajuste, en vez de centrarse en uno solo como proponían las dos concepciones del envejecimiento anteriores (actividad y desvinculación).

Según Atchley (1971, 1976, 1989, 1993)⁶⁵ la última etapa de la vida prolonga los estadios anteriores. El estilo de vida y hábitos durante la vejez dependerán de los que se han tenido en las otras etapas vitales. Si los individuos mantienen estilos de vida similares a su vida anterior, el envejecimiento será mucho más satisfactorio. Por ejemplo, quienes siempre prefirieron ir a pescar antes que ir al trabajo, una vez llegada la jubilación, se alegrarán de tener todo el tiempo para ello. Si alguien ha sido una persona solitaria no deseará tan intensamente estar acompañado. Los hábitos, gustos y estilos personales adquiridos y elaborados durante la vida persisten en la vejez y el mejor índice de predicción de los comportamientos de un sujeto en una determinada situación continúa siendo su conducta anterior.

Por tanto, este punto de vista defiende la continuidad respecto de la vida anterior y parte de que las personas mantienen sus características básicas de personalidad a lo largo del ciclo vital. Ello deviene en una vejez no alterada por grandes cambios sino que conlleva que el último tramo del *continuum* de la vida sea semejante a la trayectoria anterior, aunque se puedan vivir modificaciones inevitables (jubilación, deterioro físico progresivo...).

Este enfoque, según Neugarten (1964), descansa en dos supuestos: a) las personas tienden a mantener su personalidad particular a través del tiempo; b) la única dimensión interna de la personalidad que cambia con la edad es la tendencia a experimentar una mayor introversión al reorientar su atención e interés hacia sí mismo. McGrae y Costa (1982) y Bengtson, Reedy y Gordon (1985) confirman también esta teoría, sosteniendo que la personalidad tiende a permanecer estable. Los últimos tres autores citados defienden que hay un aspecto global de la personalidad que es estable y refleja el carácter general de una persona durante toda su vida. Pueden darse ciertos cambios de personalidad, pero nunca se trata de un cambio total. Esta continuidad o linealidad posibilita, por tanto, una adaptación más adecuada.

La crítica más importante que ha recibido esta teoría es el haberse centrado en un aspecto muy concreto: la personalidad. Desde este prisma sería una teoría de micronivel o microsistémica, en comparación con la de la desvinculación o de la actividad como fenómenos sociales de gran escala. Además, sus

⁶⁵ Este autor es Director de *Scripps Gerontology Center and Distinguished*, Profesor de Gerontología de la Universidad de Miami, Oxford y Ohio. Ha publicado más de 50 artículos y capítulos y 15 libros sobre varios aspectos del envejecimiento. Recientes investigaciones se centran en el impacto de la jubilación sobre la satisfacción marital, el impacto del envejecimiento sobre la identidad, recursos económicos para los cuidados en la vejez, etc. Su texto *Socials Forces and Aging* está ya en la VI edición (Kelly, ed., 1993: 271).

análisis no han podido ser contrastados empíricamente, dado que cada persona tendría su modelo (Bazo, 1990: 10). En la década de los ochenta recibió varias críticas. Para Covey (1981) la continuidad del estilo de vida sólo puede mantenerse en el caso de que un individuo tenga riqueza, poder o salud, es decir, cuando posea unas características individuales que sean compatibles con determinadas exigencias de la estructura social y así poder prevenirlas y hacerles frente. Según Cox (1984: 40), desde un enfoque sociológico podría quizá desarrollarse una línea de investigación sobre los estilos de vida de los que ocupan diferentes posiciones sociales y observar si se producen cambios relevantes o no.

Siguiendo en esta línea, y extendiendo la Teoría de la Continuidad más allá de la personalidad, en un estudio reciente (Agulló y Garrido, 1996), y también en éste, se observa que la experiencia de la jubilación y el envejecimiento está teñida de tintes positivos o negativos según el pasado y la trayectoria de las personas mayores en su trabajo, relaciones sociales y otros ámbitos. Por tanto, de forma genérica, pensamos que el pasado —es decir, las comportamientos de etapas previas a la jubilación— puede ser un predictor fiable, o en todo caso un factor que ayuda a comprender mejor el envejecimiento. La trayectoria laboral de una persona creemos que nos indicará su vivencia de la jubilación y, de forma más general, nos hará entender gran parte de la experiencia del envejecimiento. Tal como otros autores han defendido, la vejez «no es el final, sino una cosecha» de todo lo anteriormente sembrado. De nuevo, pensamos que este punto de vista es incompleto y que no se puede generalizar a todos los mayores, pues algún acontecimiento inesperado (o el simple proceso de deterioro del envejecimiento) puede cambiar el rumbo y vivencia del envejecimiento en sí independientemente del pasado vital individual.

5.3.4. El envejecimiento como producto de la modernización

Desde este punto de vista el proceso de modernización es el principal causante del envejecimiento de la población. Esta concepción de la vejez es defendida por la *Teoría de la Modernización* (Cowgill y Holmes, 1972). Siguiendo a Rubio (1996: 116) esta macroteoría intenta explicar el cambio social y su influencia en el envejecimiento desde un enfoque global. Se parte del supuesto de que las sociedades infradesarrolladas serán transformadas paulatinamente por la industrialización. Considera que el mundo está dividido en naciones industriales ricas (más o menos una quinta parte del mundo) y en naciones o países preindustriales en vías de desarrollo.

En lo que al envejecimiento se refiere esta teoría presupone que existe una relación sistemática entre el envejecimiento y la modernización; así, el concepto de ancianidad es relativo al grado de modernización de una sociedad. Según Cowgill y Holmes (1972) el estatus de las personas ancianas es inversamente proporcional al grado de modernización de la sociedad. Las personas de sociedades en vías de desarrollo, comparadas con las que viven en sociedades más desarrolladas, definen a los mayores a una edad cronológica más temprana, y el estatus del mayor es más alto a nivel político y social. Comentarios y reflexiones en torno a esta postura los encontramos en los análisis culturales que nos ofrecen algunos autores desde un punto de vista antropológico (véase San Román, 1990; Fericgla, 1992) o histórico (Alba, 1992; Minois, 1989). En general, en las sociedades más avanzadas socio-económicamente se vive más tiempo, pero el estatus y consideración de la vejez tiende a ser más bajo. Estamos observando que dependiendo del modelo cultural, del nivel de desarrollo de la sociedad, del periodo histórico, unas sociedades otorgarán un estatus/rol más o menos considerado a la vejez.

En las sociedades más desarrolladas, siguiendo esta línea teórica, los mayores sufren un deterioro de su estatus (funciones y roles) debido a la tecnología y avances sociales, cuyo efecto positivo sería un alargamiento de la vida, pero ello no se refleja en una mayor calidad vital. Vemos, pues, que el fenómeno de la modernización puede ser tratado desde estos dos puntos contradictorios: por una parte el envejecimiento es producto de la modernización y ello ha constituido un éxito sin precedentes; pero, por otra parte, la modernización posee muchos puntos negativos para la población mayor.

Las premisas básicas de la modernización (educación, jubilación, urbanización, tecnificación, principalmente) influyen en el cambio de funciones de los mayores, dando lugar a una transformación psicosocial del estatus de la vejez. Por ejemplo, Cowgill (1974) identifica en el desarrollo de una sociedad moderna cuatro tendencias que contribuyen al descenso del estatus de los mayores: tecnología sanitaria, tecnología económica, urbanización e instrucción. Siguiendo a Mishara y Riedel (1986: 74), el paradigma de Cowgill parece capaz de explicar la condición de las personas de edad en muchos países y también nos ilustra sobre lo sucedido durante nuestra evolución cultural. Puede suceder, sin embargo, que este modelo se vuelva cada vez menos útil, si se tienen en cuenta las tendencias evolutivas actuales: a) la esperanza de vida no seguirá aumentando de forma significativa; b) los cambios tecnológicos provocan la reconversión de los trabajadores en vez de su cese; c) se reduce la tendencia a la urbanización e incluso se invierte o disminuye la tasa de crecimiento demográfico, y d) se aminora la diferencia de nivel de instrucción entre los diversos grupos.

Por tanto, una de las objeciones que se hacen a este enfoque es que ofrecen una posición privilegiada a las sociedades desarrolladas, considerándolas como modelos, prototipos especialmente económicos, pero se olvida de las cuestiones generadoras de conflicto y explotación. Otros puntos débiles de esta concepción de la vejez serían:

- Tendencia a considerar los avances tecnológicos como algo positivo en general, sin considerar que pueden ser negativos para la gente mayor.
- Plantea sólo un camino hacia la modernización: la madurez tecnológica.
- Es ahistórica, porque plantea conceptos generales, pero referidos a una época histórica en particular.
- No es generalizable a todo tipo de sociedad o cultura puesto que existen diferencias no sólo entre sociedades sino incluso en una misma sociedad.
- La causa de la pobreza de las naciones en desarrollo no es exclusiva de las regiones en desarrollo, ni tampoco las soluciones a todos estos problemas están únicamente en los países industrializados.

Otro de los argumentos que pone en tela de juicio esta perspectiva es la tendencia hacia un estatus más positivo de los mayores de las sociedades más desarrolladas que se confirma en algunas investigaciones. Por ejemplo, Palmore y Marton (1974) defienden que aunque el estatus de los mayores en las sociedades modernas es bajo, la tendencia es hacia un mayor estatus y hacia una mejora en la calidad de vida, añade Pampel (1981). Dowd (1984) destaca el aumento de pensiones y otros beneficios como claros exponentes de los cambios positivos de la modernización.

De todas maneras, pensamos que estos argumentos optimistas se dan bajo determinadas condiciones psicosociales, pero la modernización de una sociedad en sí no explica que el estatus del mayor vaya a ser necesariamente negativo o positivo. De hecho, abogamos por una situación de actitud positiva hacia la vejez, pero se observa dentro de las mismas sociedades desarrolladas muchas desigualdades hacia los mayores, dependiendo de su estatus socio-económico, por ejemplo. Por tanto, pretender atribuir al proceso de modernización (o no modernización) una mejor (o peor) posición social en los mayores resulta una explicación demasiado simplista, pues hay que tener en cuenta las desigualdades que se pueden encontrar dentro de una misma sociedad.

Tal como estamos argumentando, varios son los autores (Williamson, Evans y Powell, 1982; Dowd, 1980) que plantean serias críticas respecto a esta perspectiva teórica ya que no explica adecuadamente las influencias que provienen de las diferencias por género o por estatus socio-económico, por ejemplo, en las personas mayores de las sociedades modernas. No sucede así en

Japón, sociedad altamente avanzada, donde las personas mayores tienden a seguir integradas a nivel comunitario y social. Por tanto, el estatus de los mayores está ligado no sólo al nivel de desarrollo socio-económico de los países sino también a una serie de variables culturales —como lo demuestran estudios de Palmore (1975, 1985), Morgan e Hiroshima (1985), y en nuestro contexto español, San Román (1990), Fericgla (1992), entre otros.

Para finalizar este apartado recordar que, al margen de los avances sociales, las sociedades más desarrolladas aún no están preparadas para acoger al gran número de personas de edad que está aumentando de forma considerable y que aún no han encontrado un papel social definido. Se siguen sobrevalorando los principios «juvenilistas» (más bien de los adultos), pero si la juventud en general tiene como objetivo construir su futuro laboral y social, ¿qué papel, qué futuro espera a los mayores en esta sociedad tecnificada? Pensemos que las personas mayores, junto al resto de agentes sociales, tendrán que seguir luchando para que la modernización de la sociedad que ellos mismos han construido en su juventud-madurez no constituya un obstáculo en su vejez. Este punto de vista se relaciona, pues, con otros enfoques que también definen el envejecimiento como un producto social o una construcción social variable y mutable según las condiciones de vida y las actitudes hacia la misma en unas coordenadas espaciales y temporales determinadas.

Los puntos de vista hasta aquí tratados se basan fundamentalmente en el *Funcionalismo Estructural* (Teoría de la Actividad, Teoría de la Desvinculación, Teoría de la Continuidad y Teoría de la Modernización)⁶⁶. Este enfoque, con las teorías de macronivel mencionadas, ha sido y sigue siendo uno de los más influyentes en los estudios sobre el envejecimiento. En este sentido, López Jiménez (1993) recuerda que el Funcionalismo afirma la estructura de dependencia en la vejez (a consecuencia de la jubilación, por ejemplo), lo cual legitima la exclusión de las personas mayores de los grupos productivos y otros

⁶⁶ El Funcionalismo concibe la sociedad como un sistema autorregulado formado por partes interdependientes que operan para generar estabilidad y orden social. Los componentes de este sistema son: familia, religión, política, entre otros, que funcionan para mantener la sociedad en un estado de armonía, balance o equilibrio. Desde este enfoque, los cambios que se dan en una parte del sistema afectarán a las otras partes. Se supone que el comportamiento humano es funcional en la medida en que desemboca en la armonía social y contrapesa los procesos disfuncionales, como pueden ser el crimen, la enfermedad, que, por ejemplo, desorganizan la estabilidad social. Desde estas teorías la sociedad presiona a sus componentes para que se adapten a las normas que facilitarán la estabilidad, integración y orden. Esta tendencia de la sociedad al automantenimiento es comparada con el concepto biológico de equilibrio u «homeostasis» por el que el cuerpo humano regula su funcionamiento (Sáez, Rubio y Dosil, 1996:106).

roles sociales significativos. La jubilación se utiliza para ajustar la población productiva a las necesidades del sistema (para la «homeostasis» o equilibrio social), fenómeno que actualmente se acelera por el desarrollo de la tecnología y de las nuevas condiciones de trabajo que tienden a arrinconar cada vez más rápidamente a los trabajadores mayores (Towsend, 1986; López Jiménez, 1993: 64).

A pesar de las críticas a esta teoría (Marschall, 1986; Hempel 1965) la misma proporciona una visión psico-social sobre cómo los procesos sociales a gran escala pueden crear situaciones en las que la gente se ve más o menos forzada a responder a condiciones que ella misma no ha elegido libremente. El tener que adaptarse a la sociedad por medio de la jubilación es un claro exponente de esto: se trata de un alejamiento motivado no por propia elección, sino que muchas veces sólo se justifica por la consecución de una determinada edad (en estos momentos los 65 años).

Recordemos que el Funcionalismo tuvo gran influencia a partir de la década de los 60. Este enfoque ha sido criticado, siguiendo a Rubio (1996: 107), desde puntos de vista como el marxista, por ser demasiado conservador y poner énfasis en la estabilidad y orden. Este enfoque fracasa cuando intenta explicar procesos como el cambio social, los conflictos, etc. Defiende el paradigma mecanicista, asemejando la vida social a los sistemas orgánicos (cuerpos) o a las máquinas, frente al «paradigma interpretativo» (por ejemplo, teoría del Interaccionismo Simbólico) que, desde nuestro punto de vista, podría ser una mejor alternativa de comprensión del envejecimiento y la vejez.

5.3.5. La vejez como estrato de edad peculiar

Desde esta perspectiva la vejez es definida como un eslabón en el ciclo vital. Es la visión defendida por muchos demógrafos al considerar la vejez como una etapa característica de determinadas edades. Esta idea es desarrollada por la *Teoría de la Estratificación por Edades* y viene de la mano de M.W. Riley (1971, 1987). Otros trabajos en esta línea fueron de la misma investigadora y sus colaboradores [Riley, Johnson y Foner (1972); Riley, Foner y Waring (1988); Foner (1972, 1984), Foner y Kertzer (1978)].

Esta teoría defiende la tesis de que la sociedad está dividida en varias generaciones de edad, y cada generación tiene un curso de vida ontogénico—referido a las etapas del ciclo vital— y unas dimensiones históricas. Las personas pertenecen a un grupo de edad en función del tiempo histórico que les ha tocado vivir y comparten por ello papeles, experiencias y expectativas con

los de su grupo. Como expresa Foner (1986), las personas de edades similares tienen papeles similares y se enfrentan a circunstancias parecidas de un ciclo de vida. Por ejemplo, la Guerra Civil española afectó a los mayores de hoy, pero de forma diferente según la edad: según se fuera en aquellos años adolescente, niño o combatiente la experiencia fue muy distinta.

Dos factores, pues, contribuyen a caracterizar a cada uno de los grupos de edad: fase o estadio del individuo y períodos históricos vividos. Ambos factores unidos son muy explicativos y contribuyen a que las actitudes, valores y conductas den lugar a la *generation gap* o diferencia (conflicto) generacional. Siguiendo el mismo ejemplo, los mayores que vivieron la Guerra Civil y la postguerra tienden al ahorro, tendencia que puede chocar con las generaciones más jóvenes y sus actitudes frente al consumo de «usar y tirar». De forma general, cada cohorte de edad mantiene una distancia respecto de la anterior y posterior y a cada una de ellas le corresponden unas posiciones y papeles sociales determinados.

Observamos, por tanto, la cercanía de algunas premisas de esta perspectiva con la *Teoría de Roles* que comentaremos más adelante. Los roles van asociados a las categorías de edad, en función del grupo etáneo al que pertenecen. La edad se considera el criterio universal por el que se distribuyen los roles, los derechos y los privilegios (Riley, Johnson y Foner, 1972). Están prescritas las edades para trabajar, para casarse, para jubilarse, etc. El prestigio de cada grupo de edad (y las actitudes de cada persona) están en función del valor social que se atribuye al conjunto de roles desempeñados por esa generación.

Riley (1987) destaca que las diferentes cohortes de edad tienen un proceso de envejecimiento distinto debido al cambio de las sociedades en las que viven, por lo que es preferible estudiar a los mayores utilizando una estratificación elaborada según la edad, en vez de una estratificación hecha por estatus y menos por clases sociales (Sánchez Vera, 1993: 47; Rubio, 1996: 120), cuestión en la que no estamos de acuerdo. Los mayores de hoy son diferentes de los de ayer y de los del futuro: aunque lleguen a tener las mismas edades, entre ambos grupos se han originado nuevos acontecimientos sociales, políticos, económicos, que inciden en que esta etapa vital sea diferente según la época. Los jóvenes de hoy no serán mayores en la misma sociedad que estamos viviendo, pues la sociedad envejece al mismo tiempo, o quizá de forma más acelerada que todos nosotros. Este enlace entre el envejecimiento de los individuos y la sociedad se denomina «fluir de las cohortes de edad». El flujo de cohortes es, por tanto, una fuerza universal para cambiar no sólo la sociedad, sino también la vida de los individuos. Se trata, pues, de una transforma-

ción psicosocial que repercute y afecta integral y recíprocamente tanto a lo social como a lo individual.

Por tanto, la sociedad presiona al individuo para tener determinados roles a determinadas edades, y al mismo tiempo los diferentes grupos de edad «aliados por sus edades» se unen para reivindicar más ajustes en los roles sociales que les vienen asignados. Todo ello, tal como dice Riley (1987, en Rubio, 1996), «influye en los valores generales de otras personas mediante el trato de edad, contribuyendo para continuar con los cambios, tanto en el envejecimiento como en la estructura social». Por tanto, Riley (Algado, 1997: 29-30) establece una analogía entre estratificación social y estratificación por edad. El proceso de envejecimiento debería ser analizado como una nueva teoría de clases basada en la edad. Para esta autora, quienes ocupan una misma posición por edad o por clase adoptan las mismas actitudes y comportamientos dado que comparten una misma historia y estilos de vida. Al igual que existe una movilidad social, el movimiento a través de la estructura por edad es no sólo inevitable sino unidireccional.

Esta teoría aporta una visión que enfatiza especialmente la interacción continuada, generada por el flujo de cohortes, entre el cambio social y los individuos al envejecer. Y aunque son interdependientes, los procesos del envejecimiento individual y social no están sincronizados. La diferencia entre las cohortes de edad a causa del cambio social es altamente variable. Tanto las instituciones como los propios individuos se ven afectados por el proceso de envejecimiento de las cohortes en particular, mientras que estas cohortes se ven afectadas por aquéllas. Se produce una interacción. Pero esta interacción puede ser conflictiva o cooperativa. Siguiendo a Dowd, Tindale y Marshall (Algado, 1997: 30), el conflicto puede surgir cuando hay una desigual distribución de recursos, por ejemplo, según la edad. Entre los estratos de edad existe un sistema de desigualdad parecido al existente entre las clases sociales. Aparece una relativa conciencia de clase y edad que puede provocar conflictos.

La edad determina qué roles están abiertos o cerrados para un individuo, así pues «las normas de las personas ancianas son interdependientes, es decir, los patrones del ciclo vital de una persona influyen o serán influidos por los modelos de otros, con los que están interactuando» (Riley, 1986). Esta autora propone un modelo de interacción dialéctica entre el envejecimiento individual y la evolución de la estructura social, por lo que se debe considerar que estamos ante un doble tipo de cambio: cambios sociales y cambios individuales que presentan dinámicas diferentes pero conectadas.

Ambos procesos, envejecimiento (edad individual) y cambio social (estructura cambiante de la sociedad) no pueden estar nunca sincronizados, se co-

nectan pero siguen trayectorias distintas. Esto produce desajustes; por ejemplo, la situación de los mayores choca con los roles prefijados por la sociedad para ellos. Riley (1986) define bien esta interacción y dice así: «Desde una perspectiva sociológica las vidas de los sujetos están interdependiendo con el sistema de estratificación por edades de la sociedad y sus instituciones. El envejecimiento, como proceso social, interactuando con los procesos biológicos y psicológicos de la vejez, significa que los individuos, moviéndose desde el principio hasta el final de sus propias vidas, están envueltos en estructuras de las personas y en los roles, moviéndose ellos mismos desde el principio hasta el final del tiempo histórico».

Pero este punto de vista, a pesar de su vigencia en algunos aspectos, también ha sido objeto de críticas. Las objeciones más importantes hechas a esta teoría son las de Streib y Bourg (1984, en Rubio, 1996). Estos autores se cuestionan si realmente puede considerarse una teoría de la estratificación, ya que no tiene en cuenta la desigualdad social y las diferencias dentro de las cohortes de edad, especialmente las diferencias socio-económicas, que pueden llegar a ser mayores que las diferencias por cohorte. Como ya señalábamos en el apartado anterior, hay otros factores (estatus socio-económico, género, salud/enfermedad, apoyo social, etc.) que condicionan el envejecimiento y esta teoría no los tiene en cuenta. El punto débil de esta perspectiva sería, pues, la no consideración de las diferencias intrageneracionales, «dentro de la generaciones», que para este estudio es una cuestión central, y que por tanto desarrollaremos más adelante.

5.3.6. La vejez como subcultura

En la línea del apartado anterior, y siguiendo la opinión de A. Rose (1962, 1965), la edad forma un grupo social aparte y esto es lo que define y dirige la conducta. La vejez sería un subsistema dentro del sistema social más amplio. Según Rose (Algado, 1997: 30), «las características comunes de los viejos, sus mismas experiencias, sus parecidas necesidades y su aislamiento respecto a otros grupos de edad, favorecen la aparición de una subcultura de la vejez». Señalan estos rasgos: disminución económica, actitudes comunes ante la vida y la muerte y diferentes al resto de la sociedad, pérdida de interés por el sexo, y exhiben pautas de comportamiento parecidas, por ejemplo.

Para autores como Riley (1968) resulta más ventajoso estudiar los grupos de mayores utilizando una estratificación elaborada según «la edad» en vez de la categoría «clase», como ya se ha comentado. La subcultura de la ancian-

nidad, siguiendo los análisis de Bazo (1990: 11), contribuye de manera importante a la comprensión de los mayores en nuestra sociedad, donde la diversidad de personas y subculturas existentes es un hecho significativo, por lo que resulta una teoría en ciertos aspectos pertinente.

Según Rodríguez (1994: 63) esta teoría coincide con algunos de los supuestos de la *Teoría de la Comparación Social* de Festinger (1954), sosteniendo que las personas mayores tienden a actuar más entre sí que con otros grupos de edad. Se sirven unos a otros como punto de referencia y comparación para validar los propios valores, opiniones y la situación personal. Nuestra autoestima puede disminuir si nos comparamos con otros grupos muy diferentes. Por ello los mayores buscan comparaciones con personas de su entorno, de sus edades, que compartan su mismo pasado, preferencias, valores, entre otras cuestiones. También coinciden en algunos aspectos con el enfoque antropológico⁶⁷. El análisis comparativo entre sociedades, tema de gran tradición en la literatura antropológica, se consolida con la clásica obra de Simmons (1945) en la que compara el rol de los mayores en distintas sociedades primitivas. A medida que los antropólogos orientan su foco investigador hacia las sociedades contemporáneas, sus investigaciones son cada vez más semejantes a las de la sociología comparada, ya que la influencia de lo social en la conducta humana puede asimilarse a lo cultural (Moragas, 1991: 41)⁶⁸.

La gente mayor, pues, forma una subcultura aparte, una «minoría» social, lo que les ayuda a mantener su identidad y autoestima. Ello les permite establecer comparaciones de sí mismo con otras personas que están en situación similar a la suya, y de este modo no necesitan compararse con otros grupos de edad. Esta conciencia de subgrupo hace que perciban su potencial y también sus limitaciones. De hecho el grupo de mayores se asemeja a otros grupos minoritarios (como los étnicos, por ejemplo) con los que comparten algunas desventajas sociales: menor presencia social, menor estatus socio-económico, escasas oportunidades de mejorar, marginación, discriminación, etc.

⁶⁷ Desde este punto de vista, debemos recordar que la antropología como ciencia de la cultura, según Moragas (1991: 40), ha examinado frecuentemente el papel de los mayores en las sociedades primitivas, identificando las características de su posición social sobre la base de la clásica teoría del estatus y rol de Linton (1942).

⁶⁸ Serra, Dato y Leal (1988: 32) señalan las diferencias en la actividad en la etapa del envejecimiento. Por ejemplo, en culturas africanas. Otros autores desde esta perspectiva (San Román, 1990; Fericgla, 1992, etc.) defienden este enfoque que trata a las personas mayores en las distintas culturas y épocas. Desde un enfoque histórico-antropológico se tiende a dar relevancia a los factores culturales, descuidando a veces, y esta es la crítica más importante que recibe, que el envejecimiento es un proceso también individual.

Por esta identificación, los rasgos de las subculturas podrían aplicarse a los mayores: segregación, pobreza, incompetencia, etc. Estas actitudes, como veremos más adelante, la mayor parte de las veces están estereotipadas y hacen que se generalice la situación de los mayores más dependientes y más pasivos a todo el conjunto heterogéneo, y cada vez más diverso, que conforman los mayores.

La tesis de Arethe (Sánchez Vera, 1993) defiende que los mayores son un grupo social segregado, donde las circunstancias o características comunes (aislamiento) les lleva a su particular asociacionismo. Pensamos que las asociaciones de mayores tienen poca raigambre y sólo en los últimos años están empezando a cristalizar en España (véase apartado 9.3.2.3 y 9.5.3.4), pero en otros países (EE.UU. y Gran Bretaña, por ejemplo) el asociacionismo tiene una presencia social considerable desde hace más tiempo. Según Koller (1968, en Algado, 1997: 31) y otras posturas más definidas perciben a los mayores como una contracultura, una fuerza social, un grupo de poder cara al futuro, que a través de la conciencia e identidad grupal y del asociacionismo tienen una gran posibilidad de protagonismo y presión social.

Ahondando sobre el mismo punto, según Streib (1965)⁶⁹ los mayores se ven forzados a formar una *minoría* (Mishara y Riedel, 1986: 69) por cuestiones más bien biológicas o de edad, al igual que algunos grupos étnicos. Pero siguiendo al mismo autor, que se cuestiona la entidad de los mayores como grupo social y con conciencia de pertenencia, señalamos que en términos estrictamente sociológicos «las gentes de edad constituyen un agregado estadístico o categoría social, pero no un auténtico grupo» (en Sánchez Vera, 1993: 47). También Moragas (1991: 119) piensa que los mayores no constituyen un grupo cultural minoritario como estableció Streib ya que no comparten una misma cultura. Streib y Scheneider (1971) señalan que hechos vitales cruciales (por ejemplo, jubilación) dependen en buena medida de la identificación con los grupos de referencia. La *Teoría del Grupo de Referencia* ha sido aludida por varios autores (Blau, 1973, 1981, o la obra clásica de Merton, en Algado, 1997: 24) para analizar la relevancia de los grupos de referencia (familia, escuela, amigos, compañeros) sobre la identidad y autoconcepto en determinados momentos vitales, dependiendo del grado de identificación con los citados grupos de referencia.

⁶⁹ Este autor fue *Graduate Research Professor* en el Departamento de Sociología de la Universidad de Florida. Es Profesor Emérito en varias Universidades y *Doctor Honoris Causa* en la Universidad de Waterloo (Canadá). Ha publicado obras sobre Sociología y Gerontología, en concreto sobre diversos aspectos del envejecimiento: jubilación, estratificación social, relaciones intergeneracionales, etc. (Kelly, ed., 1993: 278).

En cualquier caso, la edad no es una característica excluyente; pueden llegar a tenerla todos los miembros de la sociedad, y aunque los mayores posean características comunes, las comparten con miembros de otras edades, por lo que no aparece una base diferencial objetiva para la conciencia colectiva de grupo minoritario. Por otra parte, no existe entre ellos la semejanza de clase, solidaridad y unidad de objetivo que caracteriza a otros grupos culturales. Es decir, en el caso de que los mayores estén en situación de desventaja es debido a que lo estaban en su pasado, y si están discriminados es por otros motivos, como, por ejemplo, tener menor nivel socio-económico. No puede mantenerse, pues, la idea de que los mayores forman una minoría marginal. Por tanto, pensamos que aplicar a los mayores el concepto de grupo culturalmente minoritario homogéneo (frente a la heterogeneidad observada), subcultura o contracultura, oscurece y limita la comprensión de su situación en la sociedad contemporánea en vez de aclararla.

5.3.7. La vejez como etapa de conflicto

Esta concepción del envejecimiento constituye la premisa principal de la *Teoría del Conflicto* y otros enfoques que pretende explicar la situación desventajosa de las personas mayores en relación, sobre todo, con los problemas laborales y de jubilación. Desde este prisma se parte del supuesto básico de que la sociedad se caracteriza por la desigualdad y el conflicto. Los orígenes de esta teoría están en los archiconocidos planteamientos de Marx. Los análisis de Marx, sobre la lucha de clases, la alienación, dominancia de las relaciones de producción y predominio de las clases de mayor estatus, es trasladada al envejecimiento, indicando que esta etapa es especialmente desventajosa en la medida en que sitúa a los mayores en una posición marginal y devaluada. En opinión de San Román (1990: 88), los antropólogos marxistas franceses piensan que tanto los jóvenes como las personas mayores constituyen unos grupos, a modo de «clases», que son explotados y controlados por los grupos de edades intermedias más poderosos en todos los sentidos, pero principalmente «poseedores» del ámbito económico y productivo.

Un enfoque desde el otro frente supone que el envejecimiento es un *proceso de adaptación*. El fracaso de un individuo en esta adaptación no demuestra que la estructura social es inadecuada, sino la incapacidad de ese individuo para adaptarse a ella. Pero, desde una perspectiva de conflicto, enfatiza la «dominación» de los recursos por los grupos que tienen la autoridad y control (generalmente adultos) y los que no lo tienen (por ejemplo, los mayores), lo que genera una lucha y continuo conflicto.

De todos modos, también se han señalado algunas objeciones a este punto de vista pues, según Turner, estos argumentos no son peculiares sólo del capitalismo, sino que esta situación se ha repetido a lo largo de la Historia en muchas sociedades y culturas. Siguiendo a Rubio (1996), pensamos que la *Teoría del Conflicto* presenta una serie de limitaciones: sólo se centra en la forma en que el trabajo (o no trabajo) afecta a los mayores. No tiene en cuenta otras dimensiones que nosotros consideramos importantes (relaciones sociales, situación de salud, preparación para esta etapa, etc.). Sus aportaciones son valiosas pero parciales. Por ejemplo, los mayores, a raíz de esta marginación laboral, reivindican un nuevo papel con prestigio social que acabe con el valor supremo del trabajo como único legitimador del prestigio y estatus social. Por tanto, otros papeles, activos y menos activos, no siempre centrados en el trabajo remunerado, tendrán que dar identidad a esta etapa que no tiene que ser causa de conflicto para otras generaciones. La idea de que la solidaridad intergeneracional tiene que ir evolucionando desde el nivel de los tópicos a la práctica será mantenida y comentada a lo largo de esta tesis.

5.3.8. El envejecimiento como pérdida de roles

El cambio de roles está sujeto a la asignación y entorno social que presiona a cumplir determinados papeles según la edad. Pero, de forma general, el envejecimiento deviene en pérdida de roles centrales, lo que conlleva disminución del estatus socio-económico tanto respecto a la situación durante la edad adulta como respecto a personas más jóvenes.

Siguiendo a Rodríguez (1994: 61) pensamos que la *Teoría de Roles* está relacionada con la Teoría de la Actividad, desde el momento en que las actitudes, la identidad, la autoestima de las personas depende de las actividades y roles que se llevan a cabo. Recordemos que rol es un conjunto de normas, pautas de conducta, derechos y obligaciones que la sociedad espera de quienes ocupan una determinada posición o estatus. Su aprendizaje e interiorización se produce a través de lo que conocemos como proceso de socialización. La persona mayor, pues, pierde sus roles centrales, porque no puede (aunque quiera) seguir en activo. Entonces, su imagen, prestigio, poder, pueden verse limitados y/o disminuidos, a pesar del auge de la participación social de los mayores.

El sistema de roles y sus atribuciones en distintos tiempos y culturas han servido, pues, para dar varias explicaciones sobre la posición, la satisfacción, la adaptación al envejecimiento de los mayores. El punto de vista predominante

en relación al sistema de roles es la pérdida progresiva de los papeles centrales conforme avanza la edad madura. Desde los enfoques que enfatiza la importancia de los Roles se defiende que a lo largo de nuestro ciclo vital desempeñamos un gran número de roles que nos aportan identidad personal y social. Dependiendo de la edad desarrollamos unos roles u otros. Por tanto, el grado de adaptación a la vejez dependerá también de cómo se vayan cumpliendo estos roles. Pero, en la mayoría de los casos, el envejecimiento es, entre otras cosas, una carrera de pérdida de roles y adquisición de otros nuevos generalmente más desprestigiados y de menor estatus (Cavan, 1949; Burgess, 1960; Cumming y Henry, 1961; Blau, 1973, Rosow, 1974). Con el envejecimiento la persona adquiere un último y definitivo rol, según Burgess (1969), «*the role of the retired person is "roleless"*», la persona que no tiene roles. Burgess (1960) y Rosow (1974) resaltan el envejecimiento como periodo de pérdida de la función económica y pérdida de roles familiares. Burgess lo denomina «pérdida de rol» y Rosow «sin rol» (Rodríguez, 1994: 60). Estas pérdidas pueden ser de diversos tipos, por ejemplo, Cowgill (Rubio 1996: 118) destaca la pérdida del rol del mayor como transmisor del conocimiento y puntualiza que las bibliotecas están supliendo a los mayores en este sentido. Por tanto, estos cambios de papel, que suelen ser pérdidas de los mismos, puede conllevar graves consecuencias: sentimiento de inutilidad, desorientación, desestructuración, etc. Esta situación suele producirse cuando tras una larga y continuada trayectoria laboral se pasa a la jubilación de forma abrupta. Por tanto, podemos concluir que, como se constata en nuestra investigación, cuanto mayor haya sido el grado de identificación con el trabajo, y no se sustituya este hueco por otros papeles, mayor puede ser el peligro de sufrir las consecuencias de la pérdida de rol de trabajador/a. Perspectivas más recientes relacionadas con la teoría de Roles son más optimistas al enfatizar no sólo la pérdida de roles en estas edades sino la posibilidad de encontrar nuevos papeles (roles, actividades, relaciones, parte nuclear de nuestro estudio) para adaptarse a la jubilación y el envejecimiento. Por tanto, defendemos los enfoques que remarcan la relevancia de un *continua resocialización* que ayuda al mayor a adaptarse a este proceso a través de nuevos roles, normas, actividades y pautas de vida deseables y apropiadas a los mayores. En esta línea se sitúan las intenciones de los escasos cursos aplicados para la preparación a la jubilación y a esta etapa vital.

En la teoría de roles también se refleja la centralidad del trabajo, el trabajo como valor supremo de la sociedad y la desvalorización paralela de otro tipo de actividades (ocio, voluntariado, cuidados a otras personas, etc.), como veremos más adelante. Hemos de puntualizar que si bien en el género mascu-

lino hemos observado de forma general esta pérdida de roles en nuestro estudio y también en estudios anteriores (Agulló y Garrido, 1996), en las mujeres no se observa, debido principalmente a que, si han trabajado de forma remunerada pierden este papel, pero siguen manteniendo otros roles que compaginaban (o desempeñaban de manera exclusiva) con el trabajo remunerado. Más adelante se desarrollará la «sobrecarga de roles» que muchas de nuestras mujeres soportan. Podemos avanzar que la menor centralidad en el trabajo remunerado y la menor incidencia de la pérdida de roles son unos de los factores que diferencian a las mujeres respecto a su vivencia del envejecimiento. Aunque esta menor centralidad del trabajo no implicará, como veremos, una mejor vivencia de la jubilación en las mujeres.

5.3.9. El envejecimiento como interacción

La tradición del Interaccionismo Simbólico deriva de las ideas de Mead (1934/1965), pero el nombre de «Interaccionismo Simbólico» fue acuñado por Blumer en los años 30⁷⁰. Las teorías desarrolladas por los autores citados, conocidas luego como *Interaccionismo Simbólico*, consideran que los seres humanos, comunicándose a través de símbolos, aprenden los significados, valores y modos de actuar de las otras personas de su entorno social⁷¹.

Según Rubio (1996: 125) la línea del Interaccionismo Simbólico es una de las corrientes más prometedoras en el estudio del envejecimiento desde la perspectiva de la psicología social. Parte de la premisa de que el individuo es una entidad creativa, pensante, capaz de elegir su comportamiento, en vez de reaccionar mecánicamente como suponen la mayoría de las teorías funcionalistas.

⁷⁰ Blumer fue quien reunió todo el material que posteriormente sería la base del pensamiento simbólico interaccionista contemporáneo. Blumer (1982) señala que la acción social presenta cinco grandes características: *el sí mismo, el acto, la interacción social, los objetos y la acción conjunta*.

⁷¹ Según este enfoque, la mayor parte del comportamiento adulto ha sido aprendido en el curso de la comunicación simbólica desarrollada desde el nacimiento. La importancia del lenguaje, pues, es vital dada su función social y por constituirse en creación humana que nos diferencia de los otros seres vivos. Desde esta perspectiva hay tres conceptos o procesos fundamentales: a) la definición de la situación (tratada por Thomas) a partir del significado que para ella tenga esa situación, o examen previo a la respuesta a un estímulo; b) el yo-espejo (visto por Cooley) o interpretación subjetiva de la conducta de los otros a fin de averiguar si uno representa sus roles adecuadamente; uno construye su imagen en interacción con los demás, desde los demás; c) la presentación de sí mismo (analizada por Goffman), o en realidad múltiples representaciones de sí mismo, que es capaz de realizar el individuo después de analizar la situación y utilizar el yo-espejo.

El presupuesto básico reside en entender que todo el comportamiento humano es dirigido sobre la base de los significados simbólicos que se comparten, se comunican y se manipulan por las personas que interactúan en las situaciones sociales. La sociedad se considera como un producto humano, y las personas se ven como construcción social, porque ambas están formadas en un proceso continuo dialéctico, en el que los individuos y su entorno social actúan y reaccionan entre sí.

Los mayores, como cualquier otro grupo, adoptan conductas diferentes según las definiciones de la situación realizadas, las interpretaciones y respuestas al yo-espejo, y también según las diversas presentaciones de sí mismo que consideren convenientes según las circunstancias (Bazo, 1990: 12). Según Rodríguez (1994: 64), este grupo de teorías están cerca del enfoque de la representaciones sociales. En fin, todas ellas postulan que las personas de edad precisan adaptarse a los sucesivos requerimientos que la sociedad les va planteando, y sólo si mantienen el ritmo de adaptación a esas nuevas demandas lograrán mantener una identidad psicosocial positiva.

La gran aportación de este enfoque a los estudios del envejecimiento es su capacidad de analizar a pequeña escala las distintas formas de interacción humana. Es una de las pocas teorías que explica el significado subjetivo de las experiencias sociales y la forma en que la realidad se construye socialmente entre los individuos⁷². Collins, influido por la Etnometodología, entiende que todas las estructuras sociales son reducibles o están sujetas a esas «microinterpretaciones», componiendo «cadenas de rituales de interacción» que se dan a nivel individual. Autores como Heiss (1981) y Stryker (1983) han intentado un acercamiento entre las dos corrientes del Funcionalismo y el Enfoque Interpretativo procurando conectar los dos niveles de análisis de microsistemas o macrosistemas. Esto nos ayuda a introducir la concepción de una psicología social, siguiendo a Alvaro (1995), alejada tanto de una concepción aleatoria y autodeterminada del comportamiento humano como de una idea mecanicista del mismo. En esta línea Alvaro (1995: 120) señala la propuesta de Giddens con su modelo estratificado de la acción, o la de Stryker con su interaccionismo simbólico estructural, o el modelo normativo de Totman. En definitiva, la defensa de una psicología social más social y en palabras de Torregrosa (1982: 52, en Alvaro, 1995: 123), una psicología social más coherente y sistemática,

⁷² Algunos estudios entroncados en esta línea son el de Mutran y Reitzes (1984) sobre el sentimiento y autoestima de la viudas en relación al apoyo social de los/as hijos/as. En esta misma línea está el estudio de Lund, Caserta y Dimond (1986) sobre el autoconcepto de las personas mayores ante la muerte de sus cónyuges.

más auténticamente científica y más sensible a los problemas reales con que se enfrentan las personas hoy.

Según Rodríguez Ibáñez (1979) las teorías interaccionistas están basadas en las relaciones interpersonales a diferencia de las premisas del *Funcionalismo* normativista. La distinción estribaría en que para el Funcionalismo los individuos están motivados desde el exterior por pautas y normas prescritas, mientras que en el Interaccionismo Simbólico los seres humanos (comunicándose a través de símbolos) constituyen su mundo como resultado de un proceso de relaciones sociales. En definitiva, las teorías interaccionistas emergen como reacción y alternativa a los enfoques estructuralistas. Por ello pensamos que el enfoque interaccionista nos aporta luz para entender el asunto que aquí venimos tratando. Como se está viendo, es una perspectiva dinámica, pues no parte de un esquema definido de roles asignados sino del resultado de un proceso de negociación entre los ocupantes de las posiciones sociales. Los roles se «construyen» durante toda la vida según distintas circunstancias. Lo positivo de este enfoque es la flexibilidad y definición individualizada de las relaciones intergeneracionales negociadas entre las personas implicadas (Moragas, 1991: 133-134).

Gubrium (1973), en la misma línea, intenta conciliar factores personales y estructurales. La teoría que defiende este autor, dentro del enfoque interaccionista, es denominada *enfoque Socio-ambiental del Envejecimiento*. Para Gubrium, la vejez debe ser estudiada como un proceso de interdependencia entre las personalidades y sus entornos. El entorno, para este autor, consta de dos contextos: el individual y el social. En el primero se incluyen aquellos factores que acentúan o limitan la actividad: salud, economía, etc. El segundo se refiere a las «expectativas» o «normas de actividad», normas que son el resultado de la cambiante interacción social del grupo al que se pertenece. Se trata de una reciprocidad entorno-personalidad en la que las actuaciones personales influyen sobre los contextos y a la inversa. Según Sánchez Salgado (1990: 66), para esta «Teoría del Medio Social» los factores procedentes del medio ambiente social (principalmente, salud, dinero y apoyos sociales), que pueden incidir en el grado de actividad de la persona, van a resultar favorables o desfavorables en su adaptación a la vejez. Constituye un modo completo que no sucumbe ante el determinismo normativista del Funcionalismo ni ante la tentación de privar de función o rol al mayor, a la vez que condiciona al envejecimiento a los cambios ambientales y personales del sujeto en proceso, no determinista, de relaciones interpersonales. La condición del mayor —y por ende sus actividades— vendrá condicionada por las características del medio en el que vive: relaciones interpersonales, hábitat, recursos, etc. El modelo de Gu-

brium (basado en estudios empíricos en Detroit) de intentar reconciliar los aspectos estructurales y personales se aproxima al enfoque psico-sociológico, y por eso queremos resaltarlo de manera especial, ya que esta vinculación va a ser básica en nuestro estudio⁷³.

El punto de vista *fenomenológico-existencial* ha tenido enorme influjo sobre la psicogerontología, aunque no sobre la psicología general. Parte de una concepción antropológica y humanista, dando especial importancia a los procesos internos. El desarrollo se entiende como un proceso cualitativo en el que el individuo participa activamente en la estructuración de su propia personalidad, junto a las influencias histórico-culturales⁷⁴. Este movimiento se inició en Alemania por Husserl y fue continuado por Schutz, Scheller, Hartman, Heidegger y Stein, y parte de la idea básica de que para comprender la conducta humana debe comprenderse el mundo perceptivo de la persona. Cada persona ve el mundo de forma diferente en función del sistema perceptivo desarrollado en su experiencia vital y por el proceso de socialización que tiene lugar en la interacción social. Esta teoría es más comprensiva y completa que otras, pero también la menos desarrollada e investigada, posiblemente por las dificultades que para su desarrollo empírico conlleva su nivel de abstracción, aunque parece ser una teoría prometedora (Bazo, 1990: 12).

En relación a lo citado, la perspectiva *humanista* rechaza radicalmente el tratamiento experimentalista y entiende el envejecimiento, en su sentido más existencial, como un problema de significado: de pérdida del sentido de la existencia o desencanto existencial, o por el contrario de autorrealización satisfactoria. Dependerá de la percepción personal: para unos la vejez será la «culminación de la vida» en sentido positivo, pero para otros esta «nueva etapa» tendrá un sentido negativo, como veremos a lo largo de este estudio.

Muchos autores son los que defienden los enfoques interaccionistas porque a través de ellos se puede explicar cómo las personas perciben las situaciones, las actitudes, y también para explicar las variaciones individuales y el papel de la cultura ante los significados simbólicos. Pero también se le critica porque apenas toma en consideración las estructuras sociales en un sentido más am-

⁷³ Otros enfoques —distintos al interaccionista—, como el del *Intercambio* (Blau, 1973) o la teoría del *Intercambio social y económico* (Dowd, 1980), por ejemplo, tratan el envejecimiento, pero aquí vamos a concluir tratando algunas de las premisas del enfoque interaccionista y discursivo.

⁷⁴ Este modelo afincado sobre todo en Centroeuropa (Bühler, Thomae, Kohli, entre otros) ha centrado sus investigaciones sobre el envejecimiento en cuestiones de personalidad, dinámicas motivacionales, etc. En todo caso, este enfoque asume una concepción «psicosomática» de la vejez. Esta concepción antropológica es de signo personalista y humanista.

plio. Las premisas apuntadas por Stryker (1983), por ejemplo, con la propuesta de Interaccionismo Simbólico Estructural podría suplir estas deficiencias. Esta línea podría ayudar a explicar mejor el fenómeno del envejecimiento. Podemos decir que existe la necesidad de desarrollar enfoques interaccionistas (y discursivos, como vemos en el epígrafe de conclusión más adelante), que complementen las teorías englobadas en el estructuralismo. Hemos visto que con lo que aportan cada una de las teorías anteriores podría perfilarse un enfoque integrador que analizara el envejecimiento y jubilación.

5.3.10. El envejecimiento desde una perspectiva discursiva

Otras reflexiones sobre el envejecimiento se sitúan en las corrientes de pensamiento postmodernas, dentro de las cuales podrían encuadrarse enfoques como el construccionismo social (Gergen y Shotter, 1989; Ibáñez, 1991, 1994), el enfoque retórico (Billig, 1991), el análisis del discurso (Potter y Whetherell, 1987; Potter, 1998) o algunos estudios sobre explicaciones cotidianas de la acción (Antaki, 1988; Windisch, 1982, 1989; Parker, 1989). Aunque un análisis pormenorizado de cada uno de estos enfoques excede claramente los límites y objetivos de esta tesis, sí creemos pertinente señalar algunos de los supuestos teóricos y epistemológicos de los que parten por considerar que pueden dar lugar a aportaciones relevantes para el estudio del envejecimiento.

Frente a la concepción mecanicista de la persona derivada del positivismo, y que tiene su máximo exponente en el modelo de persona en el que se sustentan el funcionalismo estructural o el conductismo, todos estos enfoques subrayan el carácter reflexivo del comportamiento humano. De ahí que reivindicquen el concepto de acción como actividad significada, siguiendo las ideas de autores como Mead, Weber, Schutz, Vygotski o Batjín. Lo característico de este enfoque es el énfasis en el carácter constructivo del propio hacer discursivo y lingüístico: *decir es hacer*.

Retomando algunas ideas que se encontraban ya presentes en el interaccionismo simbólico de Mead o en la psicología dialéctica y dialógica de autores como Vygotski y Batjín, todos estos enfoques defienden el lenguaje como proceso nuclear en la construcción de la realidad social. Pero el lenguaje no es considerado como mero instrumento para analizar una subjetividad por él representada. Como señala Crespo (1995: 124-125), desde el punto de vista del concepto de acción con el que se trabaja en psicología discursiva, lo más característico es la consideración del discurso como una

práctica social. Mientras que en la psicología social dominante la actividad discursiva se considera no problemática, en este tipo de enfoques constituye el foco central de interés. El discurso es una práctica social, comprensible no por relación a los individuos sino por su regulación pública. Esta regulación se caracteriza como un proceso de legitimación cuya fundamentación estriba en la aceptabilidad de las explicaciones que se ofrecen y no en la correspondencia con supuestos estados internos y psicológicos. Cuando decimos, por ejemplo, que tenemos una determinada actitud hacia algo o alguien, no se entiende, desde una psicología discursiva, como una expresión —sincera o falsa, errónea o adecuada— de algo que tenemos dentro, un acontecimiento privado o psicológico (creencia, opinión, actitud); desde el enfoque discursivo se entiende y explica como una actividad pública, de toma de posición ante un objeto de actitud, que es susceptible de ser cuestionada y requerida de explicaciones.

Esta distinción entre el mundo objetivo y el subjetivo, entre el discurso y los procesos mentales, supone una superación de la antigua dicotomía cognición-lenguaje. La acción discursiva es entendida como una acción retórica (Billig, 1987, 1988; en Crespo, 1995: 125). Los procesos cognitivos son considerados no tanto como realidades psicológicas sino como modos de hablar acerca de uno mismo en un contexto público de argumentación y legitimación. La acción discursiva es considerada también como una actividad constructiva. La producción de sentido, como práctica discursiva, supone más que la expresión de realidades la creación de las mismas. Esta es una de las bases compartida por los autores de estos enfoques. El lenguaje se toma, pues, como interacción (no sólo como instrumento de análisis), en el que la variabilidad y dialogicidad se impone ante la supuesta disonancia discursiva (el discurso contradictorio como error) que otros enfoques subrayarían.

Queda claro que desde este enfoque se defiende el lenguaje como elemento clave en la construcción de la realidad social. Pero, según Crespo (1991), aunque se esté de acuerdo con el énfasis puesto sobre el lenguaje, remarca que «hay que evitar considerar el análisis del discurso como una teoría u orientación coherente», pues son varios autores de distintas orientaciones teóricas los que se interesan por los discursos, y por eso enfatiza que el discurso debe concebirse como «un proceso de interacción comunicativa». El significado de la acción viene dado por un sistema de intenciones y motivaciones que cristalizan en la interacción discursiva. El sentido de la acción (discursiva o no) viene dado por un proceso de interpretación a tenor de claves socialmente compartidas, es decir, a un saber no teórico sino de sentido común y a las propias manifestaciones (versiones) que los interactuantes hacen de su propia ac-

ción. El significado es así social y negociable. Es social aunque el referente sea intrapersonal (intenciones, motivos...), dado que las claves de interpretación no son las vivencias personales sino los procedimientos sociales que otorgan sentido. Por ello dejan claro que el pensamiento está vinculado íntimamente al lenguaje.

Todo ello supone, por tanto, que el sujeto es tomado como actor, participante y constructor del objeto de análisis. Con esto se intenta superar el objetivismo, es decir, la dicotomía sujeto de conocimiento y objeto conocido⁷⁵. Por tanto, esta es otra de las ideas que subrayan: frente a la neutralidad del objeto/sujeto destacan la importancia de las intenciones, de la significación y de la interacción dialéctica con la realidad. Desde esta perspectiva es fundamental la vinculación de elementos objetivos, como pensamiento y actividades psicológicas, con las condiciones sociales. Es decir, se somete a revisión la concepción dual de la realidad, sujeto y sociedad, apareciendo la vinculación dialógica y dialéctica entre procesos subjetivos y sociales. Hay, por tanto, un nuevo planteamiento de la naturaleza del discurso (como práctica social), de la acción social (construida interactivamente), del sujeto (fundamentado intersubjetivamente), de la realidad (procesos de dotación de sentido y significado a través de la intersubjetividad) que cuestionan las bases fundamentales en las que se apoyaban gran parte de los estudios clásicos en teoría psico-sociológica.

Algunas de estas ideas han sido aplicadas últimamente al análisis del envejecimiento. Por ejemplo, en un reciente trabajo sobre los recuerdos de las personas mayores (Fairhurst, 1997) se subraya que el lenguaje es algo más que un medio para analizar los recuerdos y que éstos no deben ser considerados como algo esencialmente diferente de la experiencia real. Más bien al

⁷⁵ Tal como expone Ibáñez (1994: 21-26), se deben superar varios obstáculos tan arraigados en nuestros hábitos de pensar, decir, investigar y analizar:

- a) La dicotomía sujeto/objeto. Abandonar la idea de que estos elementos son preexistentes al conocimiento, sino que de las partes de la tricotomía sujeto/objeto/conocimiento ninguna de ellas existe —ni puede ser analizada— con independencia de las otras. Además, todos ellos son resultado de un proceso de construcción “desnaturalizante” y “desencializante” (pág. 23)
- b) La concepción “representacionista” del conocimiento. Este enfoque hace que confundamos una representación de la realidad —por ejemplo, texto, discurso, foto, pintura— con la realidad, cuando se trata (al comparar un discurso con otro tipo de texto) de otra representación de la realidad. Ambos son contruidos, aunque por procedimientos diferentes.
- c) La creencia de la verdad, pues los criterios de verdad también son obra nuestra, contruidos, contingentes y cambiantes.
- d) El cerebro como instancia productora de conocimiento. Los procesos cognoscitivos no son algo “interior”, “esencial” (natural, invariable) ni universal, sino que el conocimiento también está socialmente contruido.

contrario, el discurso es la experiencia en la que los recuerdos se crean y la realidad se reconstruye. De ahí que la autora rechace la teoría de la correspondencia, encaminada a comprobar si la memoria se ajusta a la realidad, y abogue por una teoría de la coherencia. Una idea similar es la que se desprende del trabajo de Latimer (1997) sobre el discurso de los profesionales que trabajan con mayores institucionalizados. Según esta autora, carece de sentido preguntarse si tales discursos están basados en estereotipos o en representaciones irreales de las personas mayores. Más bien la tarea del científico social debe ser analizar cómo la categoría «gente mayor» va siendo producida o reproducida en los discursos de estos profesionales. En esta misma línea, Harper (1997) pone de manifiesto cómo las identidades de las personas mayores van siendo construidas en los discursos y no existen fuera de éstos.

Cabe añadir que las ideas que estos enfoques defienden podrían ser compatibles (y complementarias) con una cierta versión (más sociológica) de la teoría de las Representaciones Sociales y algunas de sus conceptualizaciones. En la actualidad se propone articular el concepto de actitud con otros constructos de mayor alcance, como el de valor (Rokeach, 1968, 1980); más precisos, como el de intención (Fishbein y Ajzen, 1975; Ajzen, 1984-85) o el de representación social (Ibáñez, 1988). Un nuevo marco para la comprensión de la temática de las actitudes es el de las representaciones sociales que, a juicio de Ibáñez (1988), permite articular convenientemente los aspectos objetivos y subjetivos de las actitudes sociales. Los orígenes de este enfoque pueden remontarse a Durkheim, que ya habla de representaciones acuñando el término «representaciones colectivas»⁷⁶. El constructo *representación social*, a pesar de sus críticas, remarca el sentido social que las actitudes en sí mismas no subrayan. Pero la ambigüedad de su conceptualización, según varios autores (Clemente, 1992: 390 y ss.), levanta muchas controversias entre sus detractores (Jahoda, 1988) y aquellos que intentan diferenciar este constructo de otros términos clásicos en psicología social (Jodelet, 1984, 1994; Ibáñez, 1988, 1994, entre otros). No sobra recordar que la característica más distintiva de las representaciones sociales es su carácter social, entendido no sólo por referirse a la realidad social, sino por ser *socialmente compartidas* por muchos individuos y como tal constituir una realidad social que puede influir en la con-

⁷⁶ Durkheim, justo hace un siglo (1898), sostuvo que «las representaciones colectivas expresan el modo como el grupo se piensa a sí mismo en relación con los objetos que le afectan» y que deben ser concebidas como cosas externas, objetivas, primarias e independientes de las conciencias y mentalidades individuales, sobre las cuales ejercen un considerable poder de coerción” (Moscovici, 1961; Blanch, 1995: 318).

ducta individual. Según Crespo (1991) no habría problema si se tratara sólo de un problema terminológico. Pero tal como afirmó Kelman no se trata de terminologías sino de teorías. También según Crespo, la teoría de las representaciones sociales (Moscovici, por ejemplo) recubre varias propuestas diferentes, no bien articuladas entre sí, y en cierto modo contradictorias.

Cada vez se cuenta con más estudios sobre las representaciones sociales, (sobre el psicoanálisis, Moscovici, 1961; el cuerpo, Jodelet, 1979; conocimiento social de la informática, Elejabarretia, 1987), pero apenas se encuentra alguna aportación al tema de la vejez. En relación al envejecimiento debemos señalar a Rodríguez (1994: 54 y ss.), para el que la noción de «representación social» abarca buena parte de los elementos que forman la idea de vejez por lo que puede ser de gran utilidad para enfocar el tema que nos ocupa. El autor utiliza la expresión en sentido genérico, según el cual significa conjunto de ideas, imágenes y actitudes respecto de la vejez como estado y como proceso. Pero incluso así entendida, y siguiendo al mismo autor, la representación social de la vejez está aún por investigar. Aunque reconoce que no se ha estudiado todo ello, sí se puede inferir una idea de negatividad hacia los mayores. Este autor añade que la vejez es, en definitiva, una realidad socialmente construida, y cita a Thomae (1969) reafirmando todo ello: «la vejez es primariamente de carácter social, sólo secundariamente es modificación funcional u orgánica». Rodríguez (ib., pág. 55) continúa diciendo más adelante que «las representaciones sociales son el consenso normativo que regula las expectativas, las actitudes y las conductas de los demás grupos hacia el grupo «viejos» como categoría social, y de los viejos hacia sí mismos como grupo y como individuos». Además, y «por definición —añade—, las representaciones sociales constituyen el marco del cual se nutre el discurso sobre la vejez». Este autor nos dice que las representaciones de los científicos y expertos sobre la vejez «han de pasar previamente por el tamiz de la negociación con la opinión pública para que se hagan carne y hueso en la mentalidad, en el conocimiento de sentido común de una sociedad, para que, en una palabra, se conviertan en representaciones sociales».

Por tanto, la orientación más sociológica de este enfoque y también los análisis desarrollados desde una perspectiva discursiva de la construcción psico-social de la subjetividad y de la identidad se presentan, al igual que el Interaccionismo, como una alternativa a la explicación de los fenómenos sociales, en el que se incluye el envejecimiento. Estos enfoques pretenden superar el psicologismo y sociologismo porque toman la realidad como resultado de una construcción psico-social (fruto de una interacción y negociación entre individuo y realidad social) y porque consideran una falacia dicotomizar artificialmente la realidad en individuo/sociedad como hacen otras perspectivas.

Aún así, siguiendo a Crespo, este enfoque está necesitado de unas *teorías de la acción* si no quiere plantearse sólo en términos exclusivamente cognitivos e individuales. Por ejemplo, podría enriquecerse de la teoría interaccionista sobre actitudes, así como de otras teorías actitudinales que sitúan el análisis de actitudes en el contexto de la acción y no como mero precedente cognitivo de ésta. Un enfoque de este tipo debe basarse en los actos de habla y no en cogniciones u otros procesos intrapersonales. Crespo nos recuerda que la investigación sobre actitudes y representaciones siempre ha partido de manifestaciones públicamente significadas; hay que considerar a éstas como acciones y no como expresión de cogniciones y otros procesos psicológicos, incluso si a éstos se les considera como compartidos o comunes a diversas personas. Las «representaciones sociales» son criticadas, pues, por varios motivos⁷⁷.

En esta línea, y desde un enfoque como es el construccionismo social (Medina, 1994)⁷⁸, las distintas dimensiones de la realidad (incluida la vejez) se construyen en la interacción social, en la negociación de significados, en y a través del uso del lenguaje. Desde esta perspectiva las personas nos construimos y nos representamos en el habla y otras actividades como el trabajo, el arte u otras acciones cotidianas. El discurso, la dialogicidad, no es sólo es una herramienta sino que es el punto central donde construimos nuestras realidades, y por eso enfatizan que es en la práctica conversacional donde se da sentido a las representaciones. Es decir, desde este prisma, cuando habláramos de envejecimiento o jubilación (o de cualquier otro fenómeno), lo haríamos en un marco de significados compartidos, que encuentran su sentido en un contexto cultural y social más amplio. Desde este punto de vista, la realidad

⁷⁷ — Por ser concepto de poca utilidad; por no aportar nada nuevo; por estar constituido en base a falacias conceptuales; por su adecuación dudosa de principios metodológicos y teóricos de investigación (Ibáñez, 1990).

— Por prestarse a confusión con otros constructos. Es difícil e inexistente la distinción con otras nociones, ya clásicas en el pensamiento sociológico, como el concepto de *actitud* (Alvaro y Ramírez, 1992; Crespo, 1991), de *sistemas ideológicos* (Alvaro, 1992), y en definitiva la falta de precisión conceptual.

— Ser demasiado cognitivista e individualista (Crespo, 1991; Potter y Wetherell, 1987).

⁷⁸ Siguiendo a Medina (1994: 65-66), la perspectiva construccionista ha investigado sobre bastantes temas en los últimos años. Por ejemplo, sobre el tema de la identidad (Gergen y Shotter, 1989), las emociones (Harré, 1986), el desarrollo infantil (Gergen, Gloger-Tippelt y Berkowitz, 1990), el género (Radtke y Stam, 1994), la vida política (Ibáñez, 1988), la explicación de la ciencia (Ibáñez, 1992; Mulkey, 1991, y el propio Medina— en su tesis doctoral, 1994—), las relaciones interpersonales (Davis y Roberts, 1985; Sternber, 1988), por ejemplo.

social, incluido, claro está, el fenómeno de la vejez, no constituye una entidad exterior al individuo, sino que lo concebimos como una *construcción psico-social*. Es decir, las personas somos constructores y actores, y a la vez la realidad es producto y productora del sujeto. Tal como dice Ibáñez (1988: 25), «la teoría de las representaciones sociales constituye tan sólo una manera particular de enfocar la construcción social de la realidad. Pero este enfoque presenta la ventaja de situarse en un punto que conjuga por igual la toma en consideración de las dimensiones cognitivas y de las dimensiones sociales de la construcción de la realidad...».

En fin, estos enfoques se aproximan al principio teórico de la construcción psico-social de la subjetividad y a partir de una interacción dialéctica con los marcos interpretativos de la realidad, aclaran el concepto de individuo que mantienen: el sujeto como proceso, como proyecto en sucesivo diálogo y construcción con la realidad social de la que a su vez se nutre. Se concibe la realidad social no como una entidad exterior al individuo en la que se socializa, sino como una construcción psico-social, producto y productora del sujeto, dinámica y plural. Los distintos grupos sociales mantienen, pues (y ello sí se observa en nuestro estudio y otras investigaciones), distintos marcos de interpretación de la realidad.

En cualquier caso, creemos que la orientación que subyace a este tipo de trabajos, y en general a los enfoques interaccionistas, nos aporta un poder explicativo y comprensivo mayor para nuestro estudio que las ideas derivadas de los enfoques *estructuralistas* y *funcionalistas clásicos*. Pensamos que la vejez puede contemplarse desde la *práctica discursiva dialógica*, es decir, desde una perspectiva de «dia-logos» (distinto a la reflexión individual o «monólogo») que significa conocimiento compartido. Estos significados compartidos, cambiantes, refutables, sobre el envejecimiento y la jubilación es uno de los puntos que desde este estudio queremos desentrañar.

CONCLUSIÓN: EN BUSCA DE LA TRANSDISCIPLINARIEDAD

Como hemos visto hasta ahora la mayor parte de las teorías consultadas plantean la vejez desde un mismo prisma teñido por la negatividad: la vejez como pérdida, ruptura, desintegración, desvinculación, conflicto, etc. Nosotros abogamos por un enfoque globalizante y globalizador, psicossociológico. Por tanto, como ninguno de los planteamientos tratados nos convence al máximo, son los que recalcan un matiz más psico-sociológico, desde los que vamos a extraer análisis valiosos en la línea de entender la multidimensionalidad que

encierra el envejecimiento y la jubilación como fenómeno psicosociológico. Además, se propone una perspectiva de género (no androcéntrica) para el estudio de la vejez que tenga en cuenta las diferentes vivencias⁷⁹. Todo ello marca el rumbo de este estudio y constituye el trasfondo de la parte empírica.

Aunque la tendencia es hacia la archipretendida interdisciplinariedad, no hay acuerdo sobre qué enfoque podría ser más apropiado que otro, porque la clave está, quizá, en adoptar unos u otros en relación al fenómeno o faceta concreta del envejecimiento que estemos intentando comprender y explicar⁸⁰. Debemos resaltar la interacción y dialogicidad entre el individuo y sociedad que puede servirnos para explicar el envejecimiento como un fenómeno psicosocial, que no se ancle en el individuo aislado (como harían algunas posturas psicologistas) ni en la sociedad (al modo de algunos enfoques sociologistas). Este prisma debe ayudar a divisar el papel del individuo en la sociedad, su integración y ajuste a la globalidad, como sujeto activo capaz de construir su realidad (su envejecimiento) en interacción con los demás. Y por todo ello nos parece apropiado y

⁷⁹ La Perspectiva de Género tiene en cuenta, para la explicación de los fenómenos sociales, la situación diferenciada, o igualitaria, dependiendo de la pertenencia a uno u otro sexo. Tal como planteamos en nuestros objetivos iniciales, debemos recordar que a lo largo de esta tesis se recurrirá a la *Perspectiva de Género* para alcanzar una mejor comprensión del envejecimiento. Aunque no dedicaremos un apartado exclusivo a este enfoque, por otro parte incipiente en el estudio del envejecimiento, sí haremos continuas referencias al mismo (ver, por ejemplo, las revisiones teóricas respecto a las relaciones de género y edad por autores y autoras como Marshall, 1986; Gee y Kimball, 1987; Hess, 1985; Arber y Ginn, 1991; Bury, 1996; Acker, 1988; Aronson, 1990).

Dejamos a un lado el debate sobre la consideración-no consideración del género como perspectiva de análisis o como simple categoría. Sólo queremos poner énfasis en la relevancia de la perspectiva de género para nuestro estudio y, al mismo tiempo, queremos aclarar que el género es una categoría explicativa, también *construida*, que nos ayuda a entender lo que se esconde tras el sexo biológico. Según Benería (1986, en Murillo, 1996:14), la categoría género se caracteriza por: "un conjunto de creencias, rasgos personales, actitudes, sentimientos, valores, conductas y actividades que diferencian al hombre de la mujer a través de un proceso de construcción social que tiene varias características. Como proceso histórico que se desarrolla a distintos niveles tales como el estado, el mercado de trabajo, las escuelas, los medios de comunicación, la ley, la familia y a través de las relaciones interpersonales. En segundo lugar, este proceso supone la jerarquización de estos rasgos de actividades de tal modo que a los que se definen como masculinos normalmente se les atribuye mayor valor".

⁸⁰ El envejecimiento estará asociado a unos factores u otros dependiendo del enfoque que se adopte. Según Casals (1982; Sánchez Vera, 1993: 22-24; en UDP, 1992:18-20), desde un mismo enfoque sociológico se pueden enfatizar unos aspectos u otros del envejecimiento (perspectiva socio-demográfica, perspectiva socio-familiar, socio-económica...). En definitiva, observamos cómo cada investigador, aún dentro de una misma perspectiva psico-sociológica, puede centrar su estudio en unos u otros factores de la vejez según su objeto de estudio. Lo adecuado sería una aproximación multidisciplinar que tomase en consideración cada uno de los enfoques analizados y las aportaciones de los distintos autores, pues todo ello arrojaría más luz sobre el estudio del proceso de envejecimiento.

pertinente el enfoque de este estudio centrado en la psicología social.

Sólo resta decir que la vejez es una *construcción social* más que un fenómeno psicobiológico. Es decir, los condicionantes sociales, económicos y políticos determinan el envejecimiento y la jubilación. A éste se añade la construcción social del envejecimiento elaborada por cada uno de los mayores; no una construcción «externa» ni «interna» a los individuos, sino de los mayores como actores y *constructores* de la vejez. Nos situamos en la línea de «teorías no identitarias» (Crespo, 1995: 12) para las que «el sujeto se entiende dialógicamente situado/construido». Es un intento de articular objetividad y significatividad, a través de la reflexividad, interacción y más allá de la subjetividad

Siguiendo a Crespo (1995: 128-129), el punto de vista más psicossociológico es el de acción, ya que lo nuclear de este concepto es la significatividad. La interacción social, como concepto articulador de los niveles de análisis psicológico y sociológico, se caracteriza por tres cualidades o cualificaciones: a) la cualidad más nuclear de la (inter)acción social es el significado; b) el significado no es una propiedad psicológica e individual; c) el significado es convencional pero no arbitrario. El concepto de acción, pues, manifiesta el carácter constructivo de los procesos psicossociales, y una faceta fundamental de este proceso constructivo lo constituyen los modos cotidianos con los que damos sentido a la acción y que la hacen susceptible de ser justificada, tanto por el actor como por los observadores.

En fin, las ideas básicas que aquí se han expuesto pueden ayudar a superar los reduccionismos de tipo biológico, económico, psicológico o sociológico. Las ciencias sociales y en concreto la Psicología Social debe incluir en sus mecanismos explicativos las teorías y lenguajes del propio actor sobre los fenómenos sociales. Por tanto, la separación entre dimensiones sociológicas y psicológicas que antes habíamos enunciado es tan sólo válida a efectos prácticos, siendo necesario, sin embargo, reconciliar dicho dualismo para evitar tomar el conocimiento, el sujeto y el objeto por separado, pues todos ellos son productos del proceso de construcción social. Ni el individuo es una totalidad determinada por las estructuras de relaciones sociales ni la sociedad es el producto de acciones individuales e interacciones. Es necesario integrar los niveles micro y macro con los que se interpretan los fenómenos, entre ellos el envejecimiento y la jubilación. Evitaremos, pues, un concepto de individuo sobreespecializado, como un posible reduccionismo psicologista. En esta línea se sitúa la psicología social como práctica social de dotación de sentido (Crespo, 1995: 125); se considera como una ciencia constructora y construida. El análisis se dirige, pues, a la distintividad, no sólo por las características psicossociales del individuo sino porque tras la transición, en concreto de la vida activa

a la jubilación, y el proceso de envejecimiento, hemos encontrado una ambivalencia, heterogeneidad y variedad en la construcción —desde/hacia los mayores— de situaciones, actitudes, representaciones, discursos de/sobre la actividad en el entorno del envejecimiento y la jubilación.

Nuestro punto de mira teórico, metodológico y conceptual estaría en el cruce de caminos entre varias teorías, sobre todo las que enfatizan el matiz más psicosociológico apuntado. Según los aspectos que estemos analizando unos enfoques nos parecen más oportunos, pertinentes y esclarecedores que otros. No encontramos ningún marco teórico que desvele perfectamente la pluridimensionalidad de los mayores (algo casi imposible de abordar) y de nuestro objeto de estudio, pero aún así reconocemos las aportaciones de cada uno de ellos al envejecimiento y jubilación. Son varias las ideas, pues, que desde distintos enfoques (en plural, ver Cuadro 5.1.) nos aportan poder de explicación y comprensión a nuestro estudio.

Cuadro 5.1. Enfoques teóricos revisados en este estudio

ENFOQUES Y PERSPECTIVAS REVISADOS

5.1. Enfoques físico-biológicos (*Teorías Genéticas, no Genéticas, Fisiológicas, etc.*).

5.2. Enfoques psicológicos: Envejecimiento como declive de los procesos cognitivos (*Tª del desarrollo de la memoria, Teorías de la personalidad, etc.*), Enfoque del envejecimiento como adaptación al medio (*Psicología Evolutiva, Etología, etc.*), Enfoque del *Ciclo Vital*...

5.3. Enfoques sociológicos y psico-sociológicos:

5.3.1. *Teoría de la Actividad*, Tª Adaptación o “Envejecimiento Exitoso”. Cavan, Burgess, Havighurst y Goldhammer, 1949; Havighurst y Albretch, 1953; Havighurst, 1957, 1961; Neugarten, 1968.

5.3.2. *Tª Desvinculación social*. Cumming y Henry, 1961; Henry, 1964 (*D.v.s.*, Neugarten, Havighurst y Tobin, 1968; *D.t.*, Lehr, 1969; Lehr y Rudinger, 1970; “Desocialización”, Köning).

5.3.3. *Tª de la Continuidad*. Atchley, 1971, 1972, 1989; Bengston, Reedy y Gordon, 1985; Kelly, 1993.

5.3.4. *Tª de la Modernización*. Cowgill y Holmes, 1972; Cowgill, 1974.

5.3.5. *Tª de la Estratificación por Edades*. Riley, 1971, 1987; Riley, et al, 1972, 1988; Foner, 1972, 1984, Foner y Kertzer, 1978.

5.3.6. *Tª de la Subcultura o Minorías*. Rose, 1962, 1965; Streib, 1965, Streib y Schneider, 1971.

5.3.7. *Tª del Conflicto*. Enfoques Marxistas.

5.3.8. *Tª de Roles*. Cavan *et al.*, 1949; Burgess, 1950, 1960; Phillips, 1958; Rosow, 1974.

5.3.9. *Enfoques interaccionistas*. Mead, 1934/1965; Blumer, 1969/82; Stryker, 1983; Gubrium, 1973.

5.3.10. *Enfoques discursivos y dialógicos*. Vygotski, 1934/77; Potter y Wetherell, 1987, 1996, etc.

Parte III

MAYORES, ACTIVIDAD Y TRABAJO
EN EL ENTORNO DE LA JUBILACIÓN
Y EL ENVEJECIMIENTO:

UNA INVESTIGACIÓN
PSICOSOCIOLÓGICA

Estrategia metodológica

“El método para su puesta en funcionamiento necesita estrategia, iniciativa, invención, arte”

(E. Morin)

“El buen investigador ha de tener, a la vez, ideas nuevas, buena información y buena técnica de trabajo. A los malos investigadores les falta siempre uno, por lo menos, de estos tres requisitos”

(P. Laín Entralgo)

En este Capítulo se describe el procedimiento de investigación, desde el primer interrogante planteado hasta la redacción final, pasando por exponer el método, técnicas, observaciones, cronograma y otros puntos clave. Se explicita el cómo y porqué de la estrategia metodológica seguida (técnicas y justificación), cómo y dónde (criterios, lugares, contextos), con quién y a quién (participantes), qué y para qué (análisis de discursos) se ha llevado a cabo la investigación.

El método seguido en este estudio es de carácter cualitativo, aunque también se han consultado y analizado los datos secundarios y estudios cuantitativos a los que se irá aludiendo. De entrada, hemos de señalar que se busca la relevancia y significatividad social más que la generalidad o representatividad estadística. Es decir, no se persigue la representación derivada de la aplicación de métodos de muestreo probabilístico, sino que se trata de descubrir y abarcar la gama más amplia de discursos y actitudes de la gente mayor en relación a la actividad y sus concomitantes. No interesa tanto la distribución numérica de los casos como que la información recabada de distintas maneras sea relevante, contrastable y profunda.

En nuestro caso hemos querido asirnos a la metáfora de la *construcción de un edificio*. Por tanto, partimos del *diseño-plano* de investigación-construcción, sobre la base de unas *herramientas y materiales* (técnicas) preparados para ir construyendo, *planta a planta*, fase a fase, el *edificio-investigación*. Todo ello es imposible sin el *equipo constructor* (los participantes del estudio), que es imprescindible en este estudio. La investigación es, pues, un proceso, un *viaje* o una *construcción* siempre inconclusa. A pesar de las dificultades que se presentan, seguimos el método cualitativo porque consideramos el *camino* adecuado para llegar a una mayor profundización sobre el significado, valores, actitudes de los mayores hacia la actividad en el periodo «postlaboral» y en la última etapa vital. Nuestro objeto y fines se enmarcan en el mismo supuesto

básico del método cualitativo que parte de la idea de que el mundo social está construido con significados y símbolos, lo cual implica, pues, la búsqueda de esta construcción y significados.

6.1. LOS CIMIENTOS

«Siéntate frente al hecho como un niño, muéstrate preparado a renunciar a cualquier concepto preconcebido, dirígete humildemente hacia donde la Naturaleza te conduzca o nunca aprenderás nada»
(T. H. Huxley)

Tenemos que empezar subrayando que los inicios de este estudio se hallan en aquellas primeras preguntas que nos planteábamos cuando se estaba acotando el tema de investigación de la tesis. El interés y preocupación iniciales por el tema de envejecimiento y mayores no puede ubicarse en fecha exacta, pues fue despertando poco a poco¹. El interés personal inicial empezó a adquirir un carácter más «profesional» y «académico» durante los cursos de doctorado². Los distintos momentos y diversos apoyos de personas ya han sido mencionados en el «capítulo de agradecimientos». Esta «red de apoyo», todas las experiencias —profesionales y personales— y los hechos que se van sucediendo marcaron una primera etapa exploratoria (documental y de análisis previo de fuentes de información) sobre la que se asienta el tema, diseño y puntos más relevantes de la tesis. El principio fue una búsqueda bibliográfica general respecto al tema del envejecimiento y personas mayores. Esta fase se extiende hasta la redacción final del estudio, pues se han realizado continuas consultas bibliográficas hasta el día de hoy. Para ello, se ha recurrido a diferentes fuentes y bases de datos. Las principales fuentes consultadas han sido:

¹ Para tener una idea más clara del curso que ha seguido el estudio es preciso remontarnos a los primeros momentos de su gestación (véase “Agradecimientos”). Para ver gráficamente la evolución de la misma obsérvese el cronograma (en Anexo) con las tareas según el mes, año e intensidad de realización.

² Los trabajos fueron encaminados hacia el tema de mayores o de género, principalmente. Por ejemplo, sobre mayores realicé trabajos para las asignaturas “Envejecimiento y sociedad. Políticas de la vejez”, prof. Máximo Díaz (trabajo: *Una aproximación a la jubilación: situación actual y autopercepción de los/as jubilados/as*) y la asignatura “Intervención Psicosocial en Servicios Sociales Comunitarios”, prof. F. Chacón (trabajo: *Imágenes de los servicios sociales destinados a los mayores: una aproximación a través de la prensa*). Otros trabajos pivotan en torno al *análisis discursivo y/o a la perspectiva de género*, que son centrales en esta tesis.

- Información obtenida a través de Internet: Páginas *web* de organismos del Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales (IMSERSO, INSS, INEM, etc.), del CIS, del INE, páginas *web* de organizaciones y Fundaciones de mayores o relacionados con mayores, etc.
- Censo de Población, Padrón³, INE.
- INSS: Boletín de Estadísticas Laborales, Anuario Estadístico, Evolución Mensual de las Pensiones, 1998 y 1999.
- Estudios del CIS (Centro de Investigaciones Sociológicas)⁴.
- Encuesta de Población Activa, INEM.
- Resultados encuestas CIRES (Centro de Investigación sobre la Realidad Social)⁵.
- Artículos de revistas especializadas (véase Bibliografía)⁶ y otras revistas o boletines⁷.
- Artículos de prensa (*El País*, *ABC*, *El Mundo*, etc.), principalmente.

Para la consulta de estas fuentes y demás información bibliográfica y documental se han visitado diversos lugares clave (bibliotecas, centros documentales) y se ha hablado con informantes que nos han aportado información relevante. Además, otros espacios han sido visitados para el contacto directo con las personas mayores u otros profesionales relacionados con las mismas (véase los distintos puntos en el epígrafe 6.2.1). También se han visitado y consultado otros lugares no sólo para la obtención de información «escrita y publicada» sino para otro tipo de información oral y/o de temas colindantes. Éstos han sido:

- Servicio de Estudios del IMSERSO.
- Estudios, departamentos e investigadores de distintas Universidades: UCM, Universidad Carlos III de Madrid, Alcalá de Henares.

³ Hubiésemos podido contar con datos del Padrón de 1996 recientemente publicado (1998) en algunas CC.AA., para así tener datos más recientes que los del Censo de 1991. Pero debido a tres motivos no utilizamos dicha fuente: 1) No se dispone de datos que nos interesan respecto a los jubilados (condición socio-económica anterior, por ejemplo). 2) Pocas CC.AA. tienen disponibles y publicados datos pertinentes a nuestro estudio. 3) La accesibilidad a los existentes era dificultosa. Aunque aludiremos en algún caso al Padrón de 1996 nos centraremos en otras fuentes que se citan en este apartado y en las notas a pie de tabla.

⁴ Véase el apartado 4.2.1 sobre “Métodos y técnicas cuantitativos...”

⁵ Ídem nota al pie anterior.

⁶ Las revistas que se citan a continuación siguen publicándose (a fecha 1996); por ejemplo, destacamos: 1) Revistas españolas: *Revista Española de Geriatría y Gerontología*, *Revista de Gerontología*, *Gerpess*, *Sesenta y más*, *Geriatrika*, principalmente. 2) Revistas extranjeras: *Giornale di Gerontologia*, *Psychology and Aging*, *Activities, Adaptation and Aging*, *Age and Ageing*, *Ageing and Society*, *Bulletin du Vieillessement*, *Eurolink Age*, *Eurlag Newsletter*, *Gerontologie*, *Gerontologie et Société*, *The Gerontologist*, *Gerontology*, *The International Journal of Aging and Human Development*, *Journal of Gerontological Social Work*, *Research on Aging*, principalmente (véase Bibliografía).

⁷ Se trata, por ejemplo, de la revista *Júbilo*, de edición mensual reciente (desde enero 1999), o de revistas-boletines editadas por organizaciones de/para mayores (UDP, Cáritas...).

- Estudios y profesionales del CSIC.
- Ayuntamiento y Concejalía de Sanidad y Servicios Sociales de Cocentaina (Alicante).
- Concejalía de Tercera Edad y Centro de Servicios Sociales, Ayuntamiento de Alcoy (Alicante).
- Concejalía de Tercera Edad, Infancia y Mujer, Ayuntamiento de Leganés (Madrid).
- Servicios Sociales de Alcobendas (Madrid).
- CSSB: Centro de Servicios Sociales de Base, Usera-Almendrales, Cáritas Madrid.
- Centro de Servicios Sociales Hospital de San José, Getafe (Madrid).
- Federación Regional de Pensionistas y Jubilados de CCOO (Madrid).
- ABUMAR (Abuelos/as en Marcha, asociación), Madrid.
- UDP (Castilla-La Mancha y Madrid)
- SECOT (Madrid).
- Cáritas Española, Cruz Roja, en Madrid (responsables de los programas de mayores).
- Residencia Asistida de Tercera Edad «Mariola», dependiente de la Generalitat, Alcoy (Alicante).
- Hogares y otros espacios de/para mayores

Hemos de puntualizar que la voluntad de consultar y abarcar la máxima información en castellano y otros idiomas del territorio español (en inglés y francés aún es más abundante la documentación) nos ha llevado mucho tiempo, y aún así resultaría pretencioso decir que se ha consultado «toda» la información. Por ejemplo, no olvidemos que sólo en España, y aunque se trata de un fenómeno recientemente estudiado, existe una desbordable información, creciendo a un ritmo imparable en los últimos años, para la cual precisaríamos de más tiempo.

6.2. DISEÑO-PLANO DE INVESTIGACIÓN-CONSTRUCCIÓN Y TRABAJO DE CAMPO

«Sed buenos artesanos. Huid de todo procedimiento rígido. Sobre todo, desarrollad y usad la imaginación sociológica»
(Wright Mills)

En este apartado tratamos las técnicas aplicadas, el diseño-*plan* definitivo aplicado en la fase empírica y el trabajo de campo, los criterios de selección de los informantes, los distintos contextos y el guión. De forma genérica, el diseño es el plan general que marca las pautas que sigue, o debería seguir, cualquier investigación. Según Ander Egg (1990: 153), diseño es *el esbozo, esquema, prototipo o modelo que indica el conjunto de decisiones, pasos y actividades a realizar para guiar el curso de la investigación*. Los distintos tipos de diseños y otros puntos relacionados con las técnicas y métodos de investigación

social vienen ocupando el centro de las reflexiones de diversos autores e importantes metodólogos, algunos ya citados⁸.

El diseño de investigación cualitativa no se somete a criterios de validez clásicos desde los supuestos de Campbell y colaboradores (1966) aplicados a los estudios cuantitativos. No obstante, ello no implica, ni mucho menos, que la investigación cualitativa carezca de validez, rigor y fiabilidad. Para aclarar estas dudas, siguiendo a Valles (1997: 76 y ss.), recordemos que el trabajo cualitativo tiene un estilo propio, pero tal como dicen Ruiz Olabuénaga e Ispizúa (1989: 61), la investigación con técnicas cualitativas está sometida a un proceso de desarrollo similar a una investigación cuantitativa, que deberá cumplir las siguientes fases: Definición del Problema, Diseño de Trabajo⁹, Recogida de datos, Análisis de los datos, Validación e Informe. O tal como dice Morse (1994), las fases son: fase de reflexión, fase de planeamiento, fase de entrada, fase de recogida productiva y análisis preliminar, fase de salida del campo, análisis intenso, fase de escritura (en Valles, 1997: 79).

Si se plantea esta cuestión desde la evaluación de una investigación cualitativa deberíamos tener en cuenta que «no todo vale» sino que hay que seguir unos criterios determinados¹⁰. Evidentemente para alcanzar todo ello se aplicarán técnicas distintas (que más adelante tratamos). El primer paso a tener en cuenta en todo proceso es la «formulación del problema» que suele elaborarse desde la pregunta o idea inicial planteada (véanse en la Introducción los interrogantes diversos que fueron el detonante de esta investigación).

⁸ Por ejemplo, Duverger (1975), Bugada (1974), Torregrosa (1974), Ander Egg (1990), Festinger y Katz (1991), Hammersley y Atkinson (1994), Ibáñez (1989), Sierra Bravo (1983), Grawitz (1975), Morales (1981), García Ferrando, Ibáñez y Alvira (1989), Campbell y Stanley (1966), Pons (1993), Denzin y Lincoln (1994), Ruiz Olabuénaga e Ispizúa (1989), Maestre Alfonso (1990), Yin (1989), Clemente (1992), Valles (1997), entre otros.

⁹ Los tipos de diseño podrán ser “emergentes” o “proyectados”. Este último es el que suele aplicarse porque es el que está más estructurado. Para conocer con profundidad cada uno de los pasos y elementos de diseño de una investigación cualitativa, condiciones básicas del investigador (...) véase la aportación didáctica y clara (mediante cuadros, ejemplos, etc.) de Valles (1997, págs. 74-105) y otros expertos citados anteriormente.

¹⁰ Estos criterios de calidad y rigurosidad son:

- 1) Confiabilidad o credibilidad (validez interna en los métodos cuantitativos, veracidad). Se refiere al uso adecuado y suficiente de los recursos técnicos.
- 2) Transferibilidad o autenticidad (validez externa, generalización), lograda a través de la “selección” y “muestreo estratégico” adecuado.
- 3) Coherencia, dependibilidad o consistencia (fiabilidad).
- 4) Criterios éticos de privacidad, confidencialidad y consentimiento en relación a la defensa de las personas-sujetos.

Una vez formulado el problema en preguntas de investigación, se buscan las perspectivas teóricas y marco conceptual que orientará la recogida de información. Todo ello ayuda a decidir qué aspectos del problema se van a enfocar (es inmanejable tratar todos) y con qué métodos; es decir, siguiendo a Valles (1997: 86), se debe conjugar la amplitud (sin pretender abarcar todo) con la focalización (sin excluir la exploración y el descubrimiento a lo largo del estudio).

Un paso posterior es tomar las «decisiones de muestreo», que sin tratarse de un muestreo «estadístico» al estilo cuantitativo también deberá cumplir unos criterios, que son, entre otros: ser casos relevantes al problema, heterogéneos y accesibles (suele denominarse «muestreo reflexivo, estratégico o tipológico») ¹¹. En fin, no se trata de perseguir una representación estadística ni hacer inferencias estadísticas, sino que «*la preocupación es por las condiciones bajo las cuales el constructo o la teoría opera, no por generalización de los resultados o contextos*» (Miles y Humberman, 1994: 27-29; en Valles, 1997: 94). Es relevante destacar algunos tipos de estrategias más empleados en los estudios cualitativos: *estrategia de la investigación documental* o uso de documentación (escrita o no, es el mínimo obligado en toda investigación que se precie); *estrategia del estudio de caso(s)* (observación participante, método biográfico...); *estrategia de triangulación* (en la que se da una combinación de técnicas y estrategias).

6.2.1. Técnicas aplicadas: entrevistas en profundidad y grupos de discusión

En nuestro estudio se ha seguido la «estrategia de triangulación» mencionada. Las técnicas aplicadas —obviando la documentación— han sido las entrevistas en profundidad, los grupos de discusión y la observación.

Dentro de las técnicas narrativas de conversación y narración están las ENTREVISTAS EN PROFUNDIDAD semiestructuradas que se aplican en esta ocasión. La entrevista es una forma de *diálogo social* al mismo tiempo que la conversación (en este caso la producida por la entrevista) constituye la unidad mínima de interacción social (Alonso, 1994). Tal como señala Alonso (1994: 237-238), la

11 Otro criterio es el de “saturación” o redundancia, cuando se observa que los datos se repiten; o el criterio de “excelencia”. Ruiz Olabuénaga e Ispizúa (1989) desarrollan este y otros criterios a seguir en la selección. Concretamente, Bazo (1992) sigue el criterio de “excelencia” para seleccionar a los sujetos mayores de 65 años en su investigación cualitativa *La ancianidad del futuro*.

entrevista abierta es un proceso de interacción específico y parcialmente controlado en el que el interlocutor «informante» construye arquetípicamente una imagen de su personalidad, escogiendo una serie de materiales biográficos y proyectivos de cara a su representación social; su identidad se construye sobre este proceso dialógico y conversacional¹².

Optamos por considerar a los mayores como protagonistas o «narradores activos»; nosotros somos «narradores-observadores», más pasivos. Concretamente, en la preparación de las entrevistas¹³ habrá que considerar varios aspectos: la selección de los entrevistados más capaces y dispuestos a dar información relevante; la elección del tiempo y lugar más apropiado (...) (ibídem, Valles, 1997: 192). En definitiva, siguiendo a Alonso (1994: 229), «*la entrevista en profundidad es... un constructo comunicativo y no un simple registro de discursos que hablan del sujeto. Los discursos no son así preexistentes de una manera absoluta a la operación de toma que sería la entrevista, sino que constituyen un marco social de la situación de entrevista. El discurso aparece, pues, como respuesta a una interrogación difundida en una situación dual y conversacional, con su presencia y participación, cada uno de los interlocutores (entrevistador y entrevistado) co-construye en cada instante ese discurso (...). Cada investigador realiza una entrevista diferente según su cultura, sensibilidad y conocimiento particular del tema y, lo que es más importante, según sea el contexto espacial, temporal o social en el que se está llevando a cabo*».

A pesar de las críticas a este tipo de entrevista¹⁴ la aceptación y ventajas de la misma se presentan hoy de forma clara. Las ventajas pueden ser las siguientes

¹² Varios autores son los que tratan esta técnica: Benney y Hughes (1956), Bradbuern y Sudman (1981), Ortí (en García Ferrando, Ibáñez y Alvira, 1989), Sierra Bravo (1983), Ruiz Olabuénaga e Ispizúa (1989), Alonso (en Delgado y Gutiérrez, 1994), Fraser (1990), Gorden (1975), Taylor y Bogdan (1992), Walker (1985), Silverman (1985, 1993), Valles (1992, 1997), Clemente (1992), Weiss (1994), principalmente

¹³ De los distintos tipos de entrevistas profesionales que hay (entrevista de asesoramiento, de selección, de promoción, médica, etc.) aquí aplicamos, obviamente, la entrevista de investigación. También entre los múltiples términos que se utilizan para la misma el más usual suele ser el de "entrevista en profundidad". Otros términos son: entrevista intensiva (Brenner, 1985), entrevista individual abierta semi-directiva (Ortí, 1986), entrevista larga (McCracken, 1988), entre otros (Valles, 1997: 189).

¹⁴ Recordemos, por ejemplo, que la entrevista era vista como algo que "resulta interesante como auxiliar para la exploración de los datos de la investigación (Schuman y Goldsen, 1958), pero no puede considerarse como un producto típico de la investigación científica" (Scheuch, 1973) (en Reyes, 1988: 333), aún en la actualidad se presentan muchas objeciones a la técnica, pero esto parece estar superándose y es aceptada claramente como técnica de investigación que puede ofrecer grandes posibilidades.

tes: riqueza informativa (intensiva, holística, contextualizada, personalizada), posibilidad de indagación y clarificación, flexibilidad, economía, accesibilidad a información difícil de observar, intimidad y comodidad. Sin embargo, las limitaciones también son diversas: problemas de reactividad, falta o exceso de *rapport* o sintonía, fiabilidad, validez, entre otras (Valles, 1997: 195-198). En fin, sobre los usos, diseño, campo y análisis de las mismas pueden consultarse distintas obras ya citadas al principio de este epígrafe¹⁵. Para finalizar, y siguiendo a varios autores (Ruiz Olabuénaga e Ispizúa, 1989; Sierra Bravo, 1985), podemos aclarar que la entrevista constituye un encuentro cara a cara entre el investigador y los informantes, encuentros éstos dirigidos hacia la comprensión de las perspectivas que tienen los informantes respecto a sus vidas, experiencias o situaciones tal como las expresan. Las entrevistas en profundidad intentan seguir el modelo de una conversación entre iguales y no el intercambio formal de preguntas y respuestas. El investigador trata de avanzar lentamente, intentando lograr el «rapport» o sintonía con los entrevistados. Pero estas observaciones y la existencia de unas normas, pasos, «consejos» a seguir tampoco implica que existan criterios rígidos que uno no puede saltarse sino que, en la línea de lo que defiende Wright Mills de aplicar «*imaginación sociológica*» a nuestras investigaciones, hay que procurar ser como «artesanos», con todo lo que ello supone de dosis de creatividad, iniciativa y libertad (aportando nuestras ideas y tácticas), pero también de seriedad, precisión, rigor y formalidad, que no son más que los criterios mínimos que debe cumplir toda investigación para ser considerada como científica.

Hemos de decir que tanto antes como después de este periodo se aplicaron algunas entrevistas igualmente importantes para la fase empírica. Las entrevistas previas¹⁶, fuera del periodo central de aplicación, nos sirvieron para «probar» el guión, asegurarnos de que no olvidábamos ningún tema relevante en la consecución de nuestros objetivos y, sobre todo, para contrastar la información con el croquis o boceto inicial del diseño que habíamos perfilado.

¹⁵ Para “notas prácticas”, criterios de selección y otros problemas que plantean las entrevistas pueden verse Ruiz Olabuénaga e Ispizúa (1989), Gorden 1975 (en Valles, 1997: 212), Glaser y Strauss (1967: 61, en Valles, 1997: 214-215), Delgado y Gutierrez (1994), o nuestro propio estudio.

¹⁶ Estas entrevistas “previas” (algunas grabadas, otras fueron conversaciones más informales) fueron por ejemplo a: Luis Acebal (Subdirector de SECOT), Ignacio Martínez (sociólogo, UDP), conversaciones y consulta con profesores (de la UCM y de la U. Carlos III de Madrid), con la asistente social del Hogar “Oscar Romero” (...), personas mayores en general (familiares, amigos, vecinos) fueron la base de las posteriores entrevistas “formales” y los grupos de discusión posteriores.

En relación a los GRUPOS DE DISCUSIÓN¹⁷, hemos de mencionar los diferentes usos y tipos¹⁸ que caracterizan a esta técnica (investigación básica, evaluación de programas, investigación orientada al cambio, investigación de mercados, investigación-acción, etc.), observamos la pertinencia de aplicar Grupos de Discusión para nuestros objetivos de profundizar sobre los significados de la actividad desde el envejecimiento y la jubilación. Ahora, eso sí, en nuestro caso esta técnica se ha acompañado (siguiendo el ejemplo de otros estudios) de otras técnicas: consulta de datos secundarios, entrevistas en profundidad, análisis documental y observación.

Las ventajas, descritas por los expertos, frente a otras técnicas son: facilidad, abaratamiento, rapidez, flexibilidad, interacción grupal, entre otras. De todas maneras, los metodólogos señalan que no siempre estas ventajas son ciertas y, por tanto, las limitaciones pueden ser: artificialidad, peligro de «de-seabilidad» social de los participantes, generalización, sesgo, comparabilidad, validez y fiabilidad, principalmente. De todas maneras, pensamos, siguiendo a Canales y Peinado (1994: 290-291), que el Grupo de Discusión es una técnica idónea para nuestro estudio y para la investigación sociológica general, y dice así, «*si el universo del sentido es grupal (social), parece obvio que la forma del grupo de discusión habrá de adaptarse mejor a él que la entrevista individual, por abierta (o 'en profundidad' que sea)... la reordenación del sentido social requiere que la interacción discursiva, comunicacional (...) cuando hablamos, nunca conseguimos restituir plenamente la unidad entre significativo y significado... cuando hablamos siempre decimos más y algo distinto de lo que nos proponemos (...), re-producir y reordenar el sentido preciso del trabajo de grupo*» (Valles, 1997: 305). En definitiva, parece que el grupo de discusión presenta aún más ventajas frente a otras técnicas cuantitativas o cualitativas, como la observación, la entrevista en grupo o el análisis de conte-

¹⁷ Recordar que todos los que han estudiado el origen de esta técnica (Ibáñez, 1979; Morgan, 1988; Stewart & Shamdasani, 1990; Krueger, 1991), coinciden en centrar la primera referencia en la obra de Merton (1946) y Merton, Fiske y Kendall sobre *The Focused Interview* (1956). También coinciden en señalar la génesis en la investigación de mercados y no en la investigación social, cuya aplicación fue posterior (Valles, 1997: 280-284).

¹⁸ El grupo de discusión es uno de los tipos de "entrevistas grupales", entre los que podemos citar los siguientes: grupo nominal, técnica Delphi, *brainstorming* (tormenta de ideas), entrevistas grupales (de campo, naturales y formales) y grupos de discusión sin moderador. Para una información más completa de los tipos, características, origen, tácticas, etc., véase Ibáñez, 1979, 1985, 1989, 1991; Canales y Peinado, 1994 (en Delgado y Gutiérrez); Krueger, 1991; Morgan, 1988, 1993; Stewart y Shamdasani, 1990; Ortí, 1989 (en García, Ibáñez y Alvira); Ruiz Olabuénaga e Ispizúa, 1989; Taylor y Bogdan, 1992; Delgado y Gutiérrez, 1994; Valles, 1997, entre otros.

nido (véase Canales y Peinado, 1994: 287-316). En nuestro caso hemos intentado combinar todas ellas.

Tal como decíamos al hablar del diseño cualitativo, no se persigue la representatividad estadística sino la *representatividad tipológica*, socio-estructural, el desentrañar las estructuras de significado¹⁹. Se busca tener representadas en nuestro estudio determinadas relaciones sociales; en fin, que distintos «tipos» sociales «representen» una variante discursiva, combinando los criterios mencionados. Además, en todo grupo tendrá que producirse una interacción grupal adecuada para un posible intercambio comunicativo aceptable; por ejemplo, sería poco fructífero para nuestro estudio reunir a personas homogéneas en algún sentido (género, edad) pero incompatibles y demasiado heterogénea en otros (pensiones, estudios, estatus socio-económico). Tal como dicen Canales y Peinado (1994: 299), todo grupo ha de «combinar mínimos de heterogeneidad y de homogeneidad. Mínimos de homogeneidad para mantener la simetría de la relación de los componentes del grupo. Mínimo de heterogeneidad, para asegurar la diferencia necesaria en todo proceso de habla...; *un texto demasiado homogéneo produce un texto idiota*». Se trata de evitar reunir partes «demasiado enfrentadas» o «demasiado iguales» y tener en cuenta los criterios elegidos.

Para la realización de los GD se seleccionaron y contactaron los/as miembros siguiendo las características y criterios comentados en el 6.2.2. Además se han seguido otras pautas recomendadas por los metodólogos expertos en los procesos cualitativos²⁰. Hemos consultado algunos estudios que aplican este tipo de técnicas (no son muy abundantes, como se ha comprobado en el 4.2.2 sobre el método aplicado a la jubilación y al envejecimiento), pero hemos introducido nuestra forma de proceder y detalles particulares que creíamos pertinentes. He aquí unas de las ventajas de la metodología cualitativa ya comentada: la flexibilidad (que no es sinónimo de falta de rigurosidad) de adaptar las herramientas de investigación al objeto de estudio y no a la inversa²¹. Por tanto, además de seguir cada una de las fases recomendadas no

¹⁹ De forma general, la composición y número de grupos dependerá de dos criterios maestros en los que coinciden los expertos: *heterogeneidad* (reproducir las conversaciones-discursos más relevantes, característicos o pertinentes al objeto de estudio, aplicando el criterio de saturación teórica o *saturación estructural*) y *economía* (en relación al tiempo, presupuesto y otros recursos disponibles).

²⁰ Para conocer otras técnicas, papel del moderador (*preceptor*, en términos de Ibáñez), contacto, lugar de reunión, transcripción, tácticas, análisis, etc., véase con profundidad a los autores citados.

²¹ Por ejemplo, se han realizado algunas entrevistas a parejas-matrimonios de mayores. Se consideró oportuno por distintos motivos: a) era difícil separarles (querían permanecer en la entrevista ambos); b) nos permitió observar las diferencias intergénero aun teniendo ambos una misma trayectoria vital, mismo estado civil, estatus similar...; c) no nos salíamos de la línea de "imaginación sociológica" propuesta por W. Mills.

hemos dejado de considerar unas observaciones básicas que el pionero de esta técnica, J. Ibáñez (1986), propone: «*el grupo de discusión posee un tamaño deseable de 5 a 10 actuantes²²; la duración normal es de una a dos horas (una hora y media, lo óptimo); en la composición del grupo se requiere: una combinación de homogeneidad y heterogeneidad de los actuantes, y es conveniente que existan diferencias y/o contradicciones que permitan la interacción verbal*», entre otras puntualizaciones.

Una vez preparado el guión, el material necesario y otros detalles imprescindibles en los GD (adecuación del local con condiciones ambientales mínimas, cintas, fichas, grabadora, otro material, etc.) pasamos a la contactación de los/as participantes de los GD. Tras la fase de la contactación de los/as miembros de los GD se procedía a la reunión y grabación del discurso de los/as convocados/as a las mismas²³. En las reuniones (y también en las entrevistas, pero con algunas diferencias obvias) se procedía tal como se expone en el Anexo.

En cuanto a la OBSERVACION, hemos de puntualizar que además de los lugares visitados para la obtención de información «escrita y publicada» (ver ó. 1), se han visitado otros espacios de una manera más sistemática e intencionada en relación a nuestros «sujetos-protagonistas» de estudio. Siguiendo algunas directrices de la observación participante y no participante se han visitado (y hemos interactuado) los siguientes lugares de/para mayores. Veamos el largo viaje recorrido. Algunos de estos puntos visitados y/o acontecimientos vividos en torno al tema, que hemos ido anotando en nuestro «diario» de investigación, han sido:

- Asistencia al III Congreso Nacional de Organizaciones de Mayores, 16-17 de noviembre de 1997, Madrid²⁴.
- UDP (Unión Democrática de Pensionistas y Jubilados de España), Madrid.
- SECOT (Seniors Españoles para la Cooperación Técnica), Madrid.

²² De siete a 10 participantes según Krueger (1991) y de ocho a 12 según Stewart & Shamdasani (1990). Grupos de más de 12 personas, por ejemplo, no son recomendables por la tendencia a formar subgrupos. De tres-cuatro personas tampoco porque nos estaría proporcionando un abanico demasiado cerrado de información.

²³ Para conocer los datos técnicos de la aplicación de cada uno de los GD, véanse las fichas técnicas y de control de cada uno de los GD en el Anexo 2, en GD. Si se quieren conocer los datos de cada uno de los/as componentes de los GD véanse las fichas grupales que también se acompañan en el Anexo 2, delante de la transcripción de cada GD.

²⁴ El congreso se celebró el primer día en el Instituto de Enseñanza Secundaria "Ramiro de Maeztu" (Serrano, 127) y el segundo día en el Palacio de Congresos, en Madrid. El congreso fue convocado por 24 organizaciones de mayores, al que se añade una alta participación y diversas actividades también por parte de otras entidades públicas y privadas.

- ABUMAR (Abuelos/as en Marcha)²⁵, Madrid.
- Centro Municipal de Mayores «Monseñor Oscar Romero» (Carabanchel, Madrid)
- Centro Municipal de Mayores «Roger de Flor» (Carabanchel, Madrid)
- Centro de Tercera Edad *Hospitalillo de San José*, Getafe (Madrid)²⁶
- Club de *Pensionistas y Jubilats* de Cocentaina (Alicante)
- Club de Ancianos de la Parroquia de San Vicente de Paúl, Madrid.
- CSSB Centro de Servicios Sociales de Base, Cáritas Usera-Almendrales, Madrid.
- Servicios Sociales Municipales, Alcobendas (Madrid)
- Organización «Solidaridad Carlos III»²⁷.
- Lugares públicos: parques, calle, vecindario (conversaciones con mayores y observaciones)
- Entorno próximo: familiares, vecindario.
- Asistencia congresos, cursos...

Pero lo que ha dado verdadero peso a esta fase aplicada de donde hemos obtenido información han sido las técnicas de entrevista en profundidad y Grupo de Discusión comentadas. Respecto a las EE-entrevistas a informantes cualificados/as²⁸— hemos considerado cuatro niveles de actuación-representación: nivel académico, administrativo-institucional, asistencial y organizacional. Véase el Esquema 6.1 adjunto y el Cuadro 1, en anexo para mejor comprensión y visualización de las características de los 18 entrevistados/as.

También podemos observar gráficamente el Esquema 6.2 sobre las Entrevistas a mayores (véase la distribución de los 20 mayores seleccionados). Y se han aplicado 10 grupos de discusión, con un total de participantes de 71 personas mayores (véase Esquema 6.3 en las páginas siguientes con la distribución de los GD). Para conocer los datos que finalmente se recogieron véan-

²⁵ Esta asociación madrileña de mayores, de reciente creación (dos años), tiene como presidenta a D^{ña} Marisa Viñes. Con esta presidenta, con Alicia Sandoval (abuela) y Chus Bocanegra (periodista revista *Crece Feliz*) estuve conversando y compartí un coloquio televisivo el día 27-IV-1999 (emitido al día siguiente) sobre "El papel de las abuelas en la incorporación de la mujer al mercado laboral", en el programa *Empléate a fondo* (TV2), que se emite de lunes a viernes de 9,30 a 10 h.

²⁶ Sólo en Getafe hay nueve Centros u Hogares municipales de Mayores, un Hogar Caja Madrid, dos Centros de día y otras asociaciones/agrupaciones de jubilados (Véase "asociacionismo" en 9.3.2.3 y 9.5.3.4).

²⁷ Esta organización se inscribe en los Servicios de Actividades culturales y deportivas de la Universidad Carlos III. Al solicitar su colaboración, responsables de dicha organización que gestiona actividades de voluntariado (entre otras) me informaron que el tema de mayores no es un tema atractivo ni de mandado por los jóvenes voluntarios. Por ejemplo, tan sólo dos de los voluntarios habían acudido a organizaciones relacionadas con mayores (uno a la Asociación San Vicente de Paúl y otro a Cruz Roja) (Mayo 1998).

²⁸ De ahora en adelante las abreviaturas EE significan "Entrevistas a Expertos", EM "Entrevistas a Mayores" y GD "Grupos de Discusión".

Esquema 6.1.
DISTRIBUCIÓN DE LOS/AS EXPERTOS/AS ENTREVISTADOS/AS,
según hábitat y nivel de actuación/representación

Eje socio-espacial (Hábitat)

<p>En zonas de más de 500.001 habitantes</p>	<p>EE14. J. José López Jiménez, Técnico Social de Cáritas Española. Ex-responsable Programa de Mayores. Tesis sobre vejez.</p> <p>EE15. M. Ángel Millán, Responsable Programa de Mayores de Cáritas Española. Profesor Enseñanza Secundaria.</p> <p>EE16. Luis Acebal, Sº General de SECOT (Seniors Españoles para la Cooperación Técnica), Madrid.</p> <p>EE17. Susana Gende, psicóloga. Responsable Programa Mayores, Cruz Roja Española (Madrid).</p>		<p>EE5. Pilar Rodríguez, Jefa del Servicio de Estudios del IMSERSO. Investigación y artículos Mayores.</p> <p>EE6. Ezequiel Gracia, Secretario General de la Federación Regional Pensionistas y Jubilados de Madrid. CC.OO.</p>	<p>EE1. M. Ángeles Durán, Catedrática de Sociología. Profesora de Investigación, CSIC. Investigación Mayores.</p> <p>EE2. J. M. López Capero, Profesor Titular de Sociología, Jubilado emérito, UCM. Investigación.</p> <p>EE3. Bejamin García Sanz, Profesor, UCM. Director Master Envejecimiento Rural. Artículos, tesis Mayores.</p>
<p>En zonas de 100.001 hasta 500.001 habitantes</p>	<p>EE18. Javier Álvarez, sociólogo, Director de Investigación y Proyectos "Simple Lógica, S.L." Asesor técnico UDP Castilla-La Mancha (Albacete).</p>	<p>EE10. Carmen Domínguez, Trabajadora Social (Responsable Prog. de Mayores), Ayuntamiento de Getafe (Madrid).</p> <p>EE11. Rosa Moreno, Animadora socio-cultural. Responsable Mayores. Ayto. de Leganés (Madrid).</p>	<p>EE7. Libertad A. Alonso, Concejala de Tercera Edad, Infancia y Mujer. Ayuntamiento de Leganés (Madrid).</p>	<p>EE4. Gregorio Rodríguez Cabrero, Catedrático Sociología. Universidad Alcalá de Henares. Investigación Mayores.</p>
<p>En zonas de hasta 100.001 habitantes</p>		<p>EE12. Rossana Costa, Trabajadora Social. Programa Ayuda a domicilio y teleasistencia. Ayto. de Alcoy (Alicante).</p> <p>EE13. Elio Rodríguez, Trabajadora Social, Ayuntamiento de Cocentaina (Alicante).</p>	<p>EE8. Enriqueta Ferrí, Concejala de Tercera Edad. Ayuntamiento de Alcoy (Alicante).</p> <p>EE9. Milagro Agulló Martí, enfermera. Supervisora Residencia Mariola (Alcoy). Concejala de Salud y Servicios Sociales. Cocentaina (Alicante).</p>	
	<p>Nivel ONG's, Asociaciones de/para mayores</p>	<p>Nivel asistencial público</p>	<p>Nivel institucional: Administración, Sindicatos</p>	<p>Nivel académico: Universidades, investigación</p>

Eje: Nivel de actuación y representación

se las fichas completadas por cada uno de los 109 participantes «directos» de los que se tiene información grabada y transcrita o la Tabla 6.3 de la «muestra tipológica».

6.2.2. Criterios de selección, contextos y guión

Siguiendo los supuestos generales citados se siguieron unos criterios determinados que orientaron la selección de participantes/informantes de este estudio. Los *criterios para seleccionar a los expertos* entrevistados fueron: distintos contextos (rural, intermedio, urbano), accesibilidad y predisposición del entrevistado; distintas profesiones y/o cargos; relación/experiencia con el tema de mayores; distintos ámbitos de representación-actuación que queríamos tratar: 1) Nivel académico (Universidad, investigación). 2) Nivel institucional (Administración, Sindicatos). 3) Nivel asistencial público. 4) Nivel ONGs y Asociaciones de/para Mayores.

El *criterio principal para los mayores* fue: los informantes tenían que ser personas mayores entre 65 y 85 años (criterio flexible por incluir pre-jubilados), de ambos sexos, que hubiesen trabajado bien de forma remunerada (jubilados/as, pre-jubilados) o bien de forma no remunerada (amas de casa), con autonomía física-psíquica y social, de distintos niveles socio-económicos, diferentes trayectorias laborales, diferente estado civil y distintos hábitats. A continuación, justificamos cada uno de los criterios.




6.2.2.1. EDAD

Este criterio es básico a la hora de seleccionar a los participantes. El intervalo de las personas seleccionadas abarca desde los 50 hasta los 87 años, pero los seleccionados se concentran entre 65 y 75 años (edad modal, 75; edad media, 67,3), que pueden definirse como «mayores jóvenes» o «adolescentes de la vejez», según algunos autores. Hemos considerado este intervalo porque es adecuado y conveniente para la consecución de nuestros objetivos de conocer los significados del trabajo y la actividad respecto al pasado (a su trayectoria laboral, aún cercana) y en relación al presente. Su nivel de autonomía notable permite que sus actividades, más o menos pasivas, tengan un sentido diferente a las de los mayores de 80 años, cuyos problemas y preocupaciones pueden ser ya bien diferentes en cuanto que su salud empieza a deteriorarse y resulta algo lejana la experiencia de la jubilación.

Esquema 6.2.


DISTRIBUCIÓN DE LOS/AS ENTREVISTADOS/AS, según estatus socio-económico y hábitat

Eje estatus socio-económico (ingresos y estudios)

<p>\$ Pensión de más 125.001 ptas/mes (+ de 749,67 euros): jubilación 15,44% viudedad 1,48%</p> <p> Estudios: nivel de EGB o superior 9,94%</p>	EM7. Jubilado, maestra EGB, 69 años, viuda. Almorharín (Cáceres)	EM8. Pre-Jubilado, sector banca, 58 años, casado. Mérida (Badajoz)	EM19. Jubilado, profesor EE.MM., 77 años, casado. Salamanca	EM2. Jubilado, veterinario, 86 años, viudo. Zona Centro
				EM3. Pre-Jubilado, administrativo Aviaco, 63 años, casado. Chamartín, Madrid
<p>\$ Pensión de 65.001 a 125.000 ptas/mes (389,82 a 749,67 euros): jubilación 23,71% viudedad 12,07%</p> <p> Estudios: Básicos 32,64%</p>	EM10. Jubilado, agricultura, casado, 61 años. Almorharín (Cáceres)	EM11. Peluquero del Club de Pensionistas y Jubilados, 64 años, casado. Cocentaina (Alicante)	EM20. Jubilado anticipadamente (enfermedad), vigilante hostelería, cobrador, 79 años, viudo. Salamanca	EM12. Jubilado, empresa constructora, 74 años, viudo. Carabanchel, Madrid
	EM9. Jubilado, autónomo (transportista, camión), 60 años, casado. Almorharín (Cáceres)			EM13. Jubilado, inspector EMT y Correos, 77 años, casado. Chamartín, Madrid
<p>\$ Pensión menos de 65.000 ptas/mes (- de 389,82 euros): jubilación 60,85% viudedad 86,45%</p> <p> Estudios: Sin estudios 46,84% Analfabetos 10,8%</p>	EMS. Jubilado, autónoma (Comercio), 68 años, casada. Almorharín (Cáceres)	EM6. Jubilado, comercio, 80 años, viuda, Santa Olalla del Cala (Huelva)	EM18. Jubilada, dependienta, 70 años, casada. Salamanca	EM15. Jubilado, vigilante, policía, 76 años, viudo. Carabanchel, Madrid
			EM17. Ama de casa, 84 años, viuda, Salamanca	EM4. Jubilada, servicios (limpieza empresa), 66 años, soltera. Carabanchel, Madrid
			EM14. Ama de casa, 74 años, casada. Chamartín, Madrid.	EM16. Ama de casa, viuda, 75 años, Centro, Madrid
	Hasta 2.000 habitantes (25,06% de mayores)	De 2.001 a 10.000 habitantes (16,56% de mayores)	De 10.001 a 500.000 habitantes (38,09% de mayores)	Más de 500.000 habitantes (19,63% de mayores)

Eje socioespacial (hábitat)

\$ - El porcentaje se refiere a las personas jubiladas de todas las edades (el 99% de jubilados/as son mayores de 60 años) y cuantía de la pensión (jubilación y viudedad). Se ha calculado con datos del Informe Estadístico 1997, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, INSS, 1998. Estos son los datos más recientes. El informe estadístico del INSS de 1998 está en elaboración. (1 euro = 166,386 ptas).




 - El porcentaje se refiere a las personas mayores de 65 años que han alcanzado el nivel de estudios señalado. Se ha calculado con datos del Censo de Población de 1991. Tomo I, Resultados Nacionales. INE, 1994, pág. 46.

- Hábitat (rural, intermedio, urbano, megaurbano): indica el porcentaje de mayores de 65 años distribuido según las zonas donde viven. También se ha calculado en relación al Censo de 1991, pág. 51.

Esquema 6.3.


DISTRIBUCIÓN DE LOS GRUPOS DE DISCUSIÓN, según estatus socio-económico y hábitat

Eje estatus socio-económico (ingresos y estudios)

<p>\$ Pensión de más 125.001 ptas/mes (+ de 749,67 euros): jubilación 15,44% viudedad 1,48%</p> <p> Estudios: nivel de EGB o superior 9,94%</p>			<p>GD8. Jubilados, sector industrial, empresarios de PYMES, Alcoy (Alicante)</p>	<p>GD5. Jubilados, técnicos-cargos de Administración y de Empresas, Málaga</p>
<p>\$ Pensión de 65.001 a 125.000 ptas/mes (389,82 a 749,67 euros): jubilación 23,71% viudedad 12,07%</p> <p> Estudios: Básicos 32,64%</p>		<p>GD6. Pre-Jubilados y jubilados anticipada, sector minería, Níeres (Asturias)</p>	<p>GD1. Jubilados, asalariados, industria y Administración, Getafe (Madrid)</p>	
<p>\$ Pensión menos de 65.000 ptas/mes (- de 389,82 euros): jubilación 60,85% viudedad 86,45%</p> <p> Estudios: Sin estudios 46,84% Analfabetos 10,8%</p>	<p>GD7. Jubilados/as, agricultura, Montichelvo (Valencia)</p>	<p>GD10. Jubilados, asalariados, comercio e industria, Cocentaina (Alicante)</p>	<p>GD4. Jubilados y jubiladas. Varios sectores, Alcobendas (Madrid)</p>	<p>GD3. Jubilados/as, asalariados/as, sector servicios e industria, Madrid</p>
		<p>GD9. Jubilados y amas de casa, servicios, agric., industria, Cocentaina (Alicante)</p>	<p>GD2. Amas de casa y jubilados, sector servicios, Getafe (Madrid)</p>	
	<p>Hasta 2.000 habitantes (25,06% de mayores)</p>	<p>De 2.001 a 10.000 habitantes (16,56% de mayores)</p>	<p>De 10.001 a 500.000 habitantes (38,09% de mayores)</p>	<p>Más de 500.000 habitantes (19,63% de mayores)</p>

Eje socio-espacial (hábitat)

\$ - El porcentaje se refiere a las personas jubiladas de todas las edades (el 99% de jubilados/as son mayores de 60 años) y cuantía de la pensión (jubilación y viudedad). Se ha calculado con datos del Informe Estadístico 1997, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, INSS, 1998. Estos son los datos más recientes. El informe estadístico del INSS de 1998 está en elaboración. (1 euro = 166,386 ptas).

 - El porcentaje se refiere a las personas mayores de 65 años que han alcanzado el nivel de estudios señalado. Se ha calculado con datos del Censo de Población de 1991. Tomo I, Resultados Nacionales. INE, 1994, pág. 46.

- Hábitat (rural, intermedio, urbano, megaurbano): indica el porcentaje de mayores de 65 años distribuido según las zonas donde viven. También se ha calculado en relación al Censo de 1991, pág. 51.

Tabla 6.3. Distribución de la «Muestra Tipológica» de los participantes de este estudio

GD o ENT.	EDAD				SEXO		NIVEL SOCIO-ECONÓMICO (1)			ESTADO CIVIL				HÁBITAT				TOTAL
	–65	65-74	75-84	85 y +	mujer	hombre	bajo	medio	alto	soltero/a	casado/a	viudo/a	S/D	rural	inter-medio	urbano	mega-urbano	
GD1	1	5				6	1	5?			6					6		6
GD2		4	1		5		5				1	4				5		5
GD3		3	3	1	3	4	4	3			4	3					7	7
GD4	2	3	3		3	5	3	4?	1?		5	3				8		8
GD5	1	6				7			7		7						7	7
GD6	5	1				6	1	5			6					6		6
GD7	1	3	2	1	4	3	7				4	3		7				7
GD8		7	2			9		3	6?		8	1			5	4		9
GD9	1	4	3		8		7	1		3	2	3			8			8
GD10	2	6				8	3	5?			8				8			8
Total GD:	13	42	14	2	23	48	31	25	14	3	51	17		7	21	29	14	71
Entrevistas mayores	5	7	7	1	8	12	8	6	6	1	11	8		4	3	4	9	20
Total mayores	18	49	21	3	31	60	39	31	20	4	62	25		11	24	33	23	91
ENTREVISTAS A EXPERTOS/AS:																		18
TOTAL «MUESTRA TIPOLOGICA» DE LOS PARTICIPANTES DIRECTOS																		109

(1) Para el nivel socio-económico se tuvo en cuenta el nivel de ingresos (pensiones, principalmente) y el nivel de estudios: el interrogante indica la dificultad de clasificar a una persona mayor según el estatus, pues muchos mayores tienen unos ingresos medios pero unos estudios mínimos, por ejemplo. Además de los criterios enunciados en esta Tabla se consideraron otros: profesión, nivel de salud (...) ya tratados anteriormente.

Este motivo no implica que los mayores de 80-85 años tengan, sin excepción, una mayor dependencia y actividades más pasivas, pero de forma general suelen presentar situaciones, problemas y, por tanto, discursos diferentes a los mayores del intervalo 65-79, sobre el que pretendemos profundizar. El hecho de que apenas hayamos seleccionado a mayores de 80-85 años es porque se considera que estas personas serían objeto de otro estudio que analizara otro tipo de problemas que aquí no se plantean, por ejemplo, problemas de dependencia, salud, movilidad, necesidades asistenciales, mayor soledad, entre otros. Ello no indica que entre los «mayores jóvenes» no nos encontremos con personas ya dependientes y poco activas; y a la inversa, entre los mayores de 80 años podemos encontrar, cada vez más —y de hecho algunos de nuestro estudio lo son—, personas independientes, activas y sanas. Con todo ello justificamos la elección de informantes entre 65 y 80 años. Recordemos que no estamos «discriminando por la edad» a los mayores de nuestro estudio (sería contradictorio con la línea de esta tesis), sino que nuestros objetivos son limitados. El intervalo de edad será, pues, flexible teniendo en cuenta todo lo comentado y el hecho de las jubilaciones anticipadas-prejubilaciones. Todo ello hará que nos encontremos con algunos menores de 65 años (prejubilados y jubilados anticipadamente) y personas con más de 80 años que cumplen el resto de requisitos o criterios.

Se ha entrevistado a 18 menores de 65 años, 49 mayores entre 65-74 años, 21 entre 75-84 años y tres mayores de 85 años (véase Cuadro 6.3, «muestra tipológica» de los participantes).

6.2.2.2. SEXO-GÉNERO

Esta categoría también es considerada fundamental en nuestro estudio para poder establecer comparaciones intergénero. Conviene recordar que según el INE (Censo de Población de 1991), de las 5.370.252 personas mayores de 65 años, el 58,87% son mujeres (3.161.996, en números absolutos) y el 41,12% son hombres (2.208.256). Además, conforme asciende la edad, el porcentaje de mujeres mayores aumenta (por ejemplo, el 71% de los mayores de 75 años son mujeres), lo cual es un claro indicador del fenómeno denominado «feminización de la vejez», que más adelante trataremos (véase también Capítulo 2).

Se ha entrevistado a 31 mujeres y 60 hombres mayores. Hemos consultado a más hombres porque son los que nos aportan mayor información sobre la vivencia de la jubilación. Pero, tal como hemos apostillado anteriormente, no queríamos que fuera un estudio androcéntrico (como la mayor par-

te) en el que se pierde la posibilidad de comparar intergénero. Por eso hemos considerado a un buen número de mujeres, porque aunque son una minoría jubiladas (35,5% del total de mujeres y 20,9% sobre el total de mayores inactivos/as), la perspectiva de género es un eje crucial de análisis en nuestro estudio.

6.2.2.3. SITUACIÓN DE ACTIVIDAD-INACTIVIDAD LABORAL ACTUAL

Todos nuestros informantes (excepto los expertos, obviamente) son jubilados, jubiladas o amas de casa. Es decir, todos/as han trabajado bien de forma remunerada (por lo que perciben una pensión), bien de forma no remunerada (amas de casa o «sus labores», según conceptos del INE), o ambas situaciones (amas de casa y trabajadoras fuera del hogar). Tengamos presente en todo momento que no todos los mayores son jubilados ni todos los jubilados son mayores (véase Capítulo 1). Pero, siguiendo datos del INSS, los jubilados se concentran en los mayores de 65 años (90% de los jubilados tienen más de 65) y el porcentaje es superior si tomamos a los mayores de 60 (el 99% de los jubilados ya han cumplido los 60) (véase epígrafe 2.3).

Según datos del INE (Censo de 1991), del total de mayores de 65 años, 5.239.999 (97,56%) son económicamente inactivos y 130.253 (2,42%) económicamente activos. Por tanto, en virtud de estos y otros datos se elegirán: *hombres mayores jubilados, mujeres mayores jubiladas, amas de casa mayores y prejubilados mayores de 50 años.*

Para seleccionar a los mayores de los tres primeros tipos citados nos hemos apoyado sobre los datos y Tablas ya comentados en el Capítulo 2. Para los «prejubilados mayores» hemos de decir que se seleccionan algunos prejubilados (en concreto participantes del GD6 de Mieres —Asturias—, del GD10, y dos entrevistados, EM3, EM8), que nos pueden servir de contraste con los otros mayores y mujeres. Pero hemos de apuntar que esta situación junto con otras colindantes (paro de mayores, discriminación por la edad, jubilación anticipada, etc.) merece por sí sola ser objeto de otras investigaciones. En nuestro caso, alguno se jubiló («le» jubilaron) de forma anticipada, pero son considerados en nuestro estudio como «jubilados/as» aunque tengan menos de 65 años. No se debe confundir ambos conceptos (prejubilados y jubilados anticipadamente) que suelen tomarse como sinónimos (ver Capítulo 3).

6.2.2.4. TRAYECTORIA PASADA: SITUACIÓN PROFESIONAL, PROFESIÓN Y RAMA DE ACTIVIDAD

Además de considerar la situación de actividad/inactividad actual de los mayores, es fundamental para nuestros objetivos conocer la trayectoria laboral pasada de la gente mayor a entrevistar. Pensamos que la situación profesional y la ocupación anterior son algunos de los factores más importantes que marcan, según nos indican casi todos los estudios consultados, la vivencia de la última etapa de la vida. Por ello, uno de los criterios principales en la selección ha sido su situación profesional, profesión y rama de actividad anterior.

En cuanto a *la situación profesional anterior* no olvidemos el desequilibrio intersexo existente al hablar de número de jubilados: si de todos los mayores de 65 años las mujeres rozan el 60%, sobre el total de jubilados/as (con pensión propia) sólo estamos hablando de un tercio de jubiladas frente a las dos terceras partes de jubilados varones.

En relación a *la rama de actividad económica* hemos considerado para la selección de mayores que las ramas que han acogido a los jubilados han sido, por este orden: 1) Agricultura y pesca; 2) Industrias manufactureras; 3) Otros servicios; 4) Comercio, restaurantes y hostelería, y 5) Construcción. Aunque el orden variará, como hemos comentado, según el sexo.

El criterio *profesión* se ha desestimado por dos motivos. Primero, la profesión, según el INE, consta de 20 niveles distintos (véase Tabla 2 en Anexo) y por ello complejidad de manejarla a nuestros efectos. Segundo, si se toman los datos agrupados (nueve niveles que puede observarse en la Tabla resumen 2.4) se solapan y repiten entonces las denominaciones con la clasificación correspondiente de la «rama de actividad» citada.

6.2.2.5. ESTATUS O NIVEL SOCIO-ECONÓMICO ACTUAL

Además de la trayectoria laboral pasada, resulta imprescindible tomar como criterio de selección el estatus o posición socio-económica de los mayores en la actualidad. Este aspecto, como es comprensible, viene marcado claramente por los anteriores comentados, pues dependiendo de la trayectoria laboral se tendrán más o menos bienes, ingresos y/o pensión.

En la mayoría de los estudios sociológicos (sobre todo los que adoptan una metodología cuantitativa, basada en la aplicación de cuestionarios) esta categoría se desglosa en cinco subcategorías: alto, medio-alto, medio-medio, medio-bajo y bajo, en relación a la condición socio-económica del INE (19 ca-

tegorías). En nuestro estudio, para la selección de las personas mayores hemos agrupado estas cinco categorías en tres, que son: estatus socio-económico alto, medio y bajo²⁹. A su vez, el criterio «estatus socio-económico» nos indica el nivel de estudios y el nivel de ingresos, por lo que vamos a justificar cada uno de ellos.

— Nivel de estudios

Para identificar a una persona de estatus alto se ha tenido en cuenta que el nivel de instrucción sea, según denominación del INE, de tercer grado (Diplomaturas, Licenciaturas, Ingenierías y Arquitectura, Doctorado, Postgraduado y otras titulaciones no universitarias) o de segundo grado (Graduado Escolar, Bachiller, FPI, FPPII, otras titulaciones medias). Para los mayores de estatus medio hemos tomado el nivel de estudios de primer grado, que incluye la posesión de estudios básicos, sin llegar a tener el Graduado Escolar. Para el nivel bajo se ha considerado el grado «sin estudios» (leer, escribir y otros conocimientos básicos) y «analfabetos» (ver Esquema 6.3 y Tabla 2.6).

Hemos de señalar que el nivel de estudios de los mayores es medio-bajo de forma general debido a que estas generaciones no consiguieron un mayor nivel de instrucción (oficial, que no es lo mismo que la «preparación general» más amplia, que sí poseen) porque el nivel de enseñanza que se ofrecía a toda la población era muy básico. El interés primordial en aquellos años —la niñez y juventud de los/as mayores de hoy, de nuestro estudio— era el trabajo antes que la formación (Véase apartado 2.4).

— Nivel de ingresos

Para la justificación de este criterio se procederá del mismo modo y desde fuentes de datos disponibles a nivel nacional. Esta categoría ha marcado también la selección tomando en consideración los ingresos (pensión) de la persona mayor³⁰. Si los ingresos superan las 125.001 pesetas/mes (+ de 749,67

²⁹ En el estudio de Agulló y Garrido (1996) las categorías fueron dos: estatus medio-alto y estatus medio-bajo. Pero para estudio consideramos pertinente establecer, al menos, tres niveles: alto, medio y bajo.

³⁰ Está claro que el nivel de ingresos no es el único indicador del estatus económico. Hubiésemos podido tener en cuenta los bienes, la vivienda y otros datos de los mayores (por ejemplo, a través de la Encuesta de Presupuestos Familiares). Obviando, claro está, que otros bienes e ingresos aumentan o disminuyen el estatus económico, en nuestro caso, se ha tomado el nivel de ingresos en relación a las pensiones (al igual que hacen otros estudios), ya que es el principal ingreso (según distintas encuestas) de los mayores.

euros/mes) significa, en nuestro estudio, que pertenece a un nivel alto. Si los ingresos del participante son menores, entre 65.0001 y 125.000 ptas./mes (de 389,82 a 749,67 euros/mes), es considerado de estatus intermedio. Y si la pensión es inferior a 65.000 ptas./mes (— de 389,82 euros/mes) implicará que son de estatus bajo en nuestro estudio.

La justificación de estos intervalos —quizá en comparación con los salarios de la población activa total son muy bajos— se explica con la distribución de las pensiones por cuantías actual que se concentra en los niveles medio-bajo. Es decir, el 60,85% de las pensiones por jubilación y el 86,45 de las pensiones de viudedad están por debajo de las 65.000 ptas./mes (INSS, 1998). Hemos considerado este corte en las 65.000 pesetas observando que la pensión media de todos los tipos de pensiones en la actualidad apenas supera esta cantidad (véase 2.4). Por ejemplo, el 23,71% de las pensiones por jubilación y el 12,07 de las de viudedad oscilan entre 65.001 y 125.000 ptas./mes. Sin embargo, por encima de las 125.000 pesetas sólo están el 15,44% de las pensiones de jubilación y el 1,48% de las de viudedad (véase Tabla 2.8). Ello explica claramente que la mayor parte de mayores tiene un nivel de ingresos medio-bajo (la mayor parte no alcanzan el Salario Mínimo Interprofesional que está en 69.720 ptas./mes, en 1999. Si observamos la distribución de pensiones (número y pensión media) por edades (Tabla 2.10.) podemos ver la coherencia de lo citado.

6.2.2.6. HABITAT O ÁMBITO TERRITORIAL

Hemos querido tener en cuenta este criterio porque observando los datos, vemos una distribución desigual de mayores según el número de habitantes de las zonas (véase epígrafe 2.5, Esquema 6.2 y 6.3, Tabla 2.13 y Tabla 4 en anexo). De todos modos, hemos de decir que aunque en sí mismo el ámbito territorial nos ofrece de entrada poca información de la situación de los mayores, no es del todo cierto, pues envejecer en uno u otro hábitat implica una mayor ausencia/presencia de servicios socio-sanitarios, de redes de apoyo social, distintas posibilidades de participación social, proximidad o aislamiento diferente, por sólo citar algunos puntos. Según algunos estudios envejecer en el mundo rural (en pueblos de menos de 2.000 habitantes) es bien diferente al envejecimiento en zonas intermedias (entre 2.001 y 10.000 habitantes) o en ámbito urbanos (más de 10.001 habitantes), y no digamos en zonas metropolitanas o megaurbanas. Pero queremos dejar claro que no se debe meramente al espacio físico donde se envejezca sino por todo lo que el mismo implica de ventajas/desventajas para vivenciar el envejecimiento.

Ya quedó claro en el Capítulo 2 los conceptos adoptados en nuestro estudio en relación al hábitat (Cuadro 2.1). Recordemos que el tomar el número de habitantes para diferenciar los distintos entornos espaciales es criticado desde varios frentes, pero es lo que generalmente se suele hacer por motivos de simplificación y comodidad investigadora y conceptual. En nuestro caso hemos procurado indagar sobre «campos» de distinto número de habitantes, pero tomando en consideración también otros criterios: municipios que se diferencien por dedicarse a sectores productivos predominantes, de distintas Comunidades Autónomas (dialectos, costumbres distintas), y claro está, con posibilidad de acceso. Desarrollamos nuestro trabajo de campo en cada una de las áreas diferenciadas según el número de habitantes³¹. Pero nos podemos preguntar, ¿para qué acudir a distintos hábitats si no se busca la representatividad? Recordemos, pues, que aunque no se busque la representatividad estadística, se pretende indagar sobre la variabilidad, diferenciación y peculiaridad discursiva que, de hecho, hemos entresacado de los informantes de distintas zonas. Pensemos que otras de las características del método cualitativo es buscar la riqueza, profundizar en los distintos contextos y tipos posibles, «encontrar el detalle», y este era uno de nuestros objetivos.

Para nuestro estudio, los conceptos utilizados cuando hablemos de zonas *rurales* nos estamos refiriendo a menores de 2.000 habitantes; *intermedias* entre 2.001 y 10.000; *urbano*, de 10.001 a 500.000, y ámbito *megaurbano* cuando superan los 500.001 habitantes³². De todas maneras, también utilizaremos conceptos como ciudad (para zonas urbanas y megaurbanas) o pueblo (para zonas rurales e intermedias).

Otras categorías que no se han tenido en cuenta para la selección pero obviamente se utilizarán en el análisis pueden ser: estado civil y modos de convivencia (véase Capítulo 2), niveles de salud-enfermedad (epígrafe 8.3), núm. de hijos/as, núm. de hijos/as conviviendo con el informante; padre/madre u otro familiar mayor conviviendo con el informante; clases de pensión, regímenes especiales; propiedades y condiciones de la vivienda (propia, de alquiler...) y otras necesidades materiales; pertenencia a Asociaciones, ONGs, parroquia, etc.; *hobbies*, aficiones, entre otros (véase fichas individuales y análisis donde hemos recogido esta información).

³¹ Los discursos de Agulló y Garrido (1996) se centraron en Madrid-ciudad. En nuestro caso, los GD abarcarán el ámbito de Madrid y otros hábitats: rural, intermedio, urbano y megaurbano.

³² Con esta cantidad de habitantes en España nos encontramos con seis ciudades: Madrid, Barcelona, Valencia, Sevilla, Zaragoza y Málaga (ordenadas de mayor a menor número de habitantes).

Cuadro 6.2. Algunas características de los «puntos muestrales» de este estudio

MUNICIPIO (PROVINCIA)	TOTAL POBLACIÓN	MUJERES	HOMBRES	TIPO ZONA	SECTOR PRODUCTIVO PRE-DOMINANTE
Alcalá de Henares (Madrid) (1)	163.386	82.884	81.302	U	industria-servicios
Albacete (1)	143.799	73.565	70.284	U	servicios-agricola
Alcobendas (Madrid)	83.031	42.052	40.979	U	servicios-industria
Alcoy (Alicante)	60.921	31.616	29.305	U	industria-servicios
Almoharín (Cáceres)	2.047	1.031	1016	R	agricola-ganadero
Cocentaina (Alicante) (2)	10.737	5.480	5.257	I	industria-agricola
Getafe (Madrid) (2)	143.153	71.970	71.183	U	servicios-industria
Leganés (Madrid) (2)	174.593	87.593	87.000	U	servicios-industria
Madrid (2)	2.866.850	1.528.292	1.338.558	M	servicios-industria
Málaga	549.135	285.271	263.864	M	turismo-industria
Mérida (Badajoz)	51.830	26.449	25.381	U	servicios-turismo
Mieres (Asturias) (2)	51.423	26.671	24.752	U	industria extractiva
Montixelvo (Valencia)	610	303	307	R	agricola
Muro (Alicante)	7.104	3.591	3.513	I	industria-agricola
Salamanca	159.225	84.375	74.850	U	servicios-turismo
Santa Olalla del Cala (Huelva) (1)	2.285	1.127	1.158	R	agricola

(1) A estas localidades no se ha acudido, pero los entrevistados viven/trabajan generalmente en las mismas.

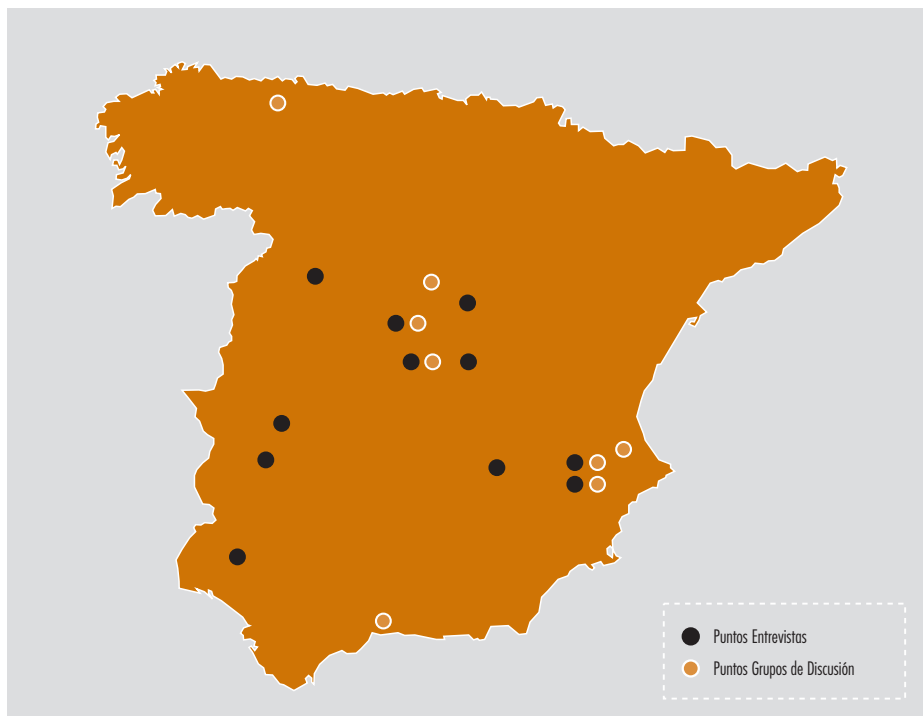
(2) El % de gente mayor en estas localidades es: Madrid (11,5%); Getafe (7%, 1995); Leganés (6%, 1995); Mieres (20,37%, 10.477 mayores, 1996); Salamanca (20%, 1991), etc. Véase Padrón 1996 correspondiente.

Fuente: Página www.ine.es y Padrón 1996 de las distintas Comunidades Autónomas.

A continuación, se presenta de forma más clara y rápida, gráficamente, la distribución de los puntos donde se han aplicado las GD, las entrevistas en profundidad a expertos y a mayores:

De forma paralela a la reflexión sobre los criterios de selección y a la realización del diseño de entrevistas y grupos de discusión, se fue perfilando EL GUIÓN que determinaría el cauce (obviamente no se trata de un guión con preguntas cerradas) de las reuniones de grupo o entrevistas. El esquema o guión nos servía para controlar que no se escapaba ningún tema de interés a

Figura 6 1. Distribución territorial de los "puntos muestrales" de este estudio



nuestros objetivos y, también, para retomar o reorientar la discusión cuando los participantes se desviaban del tema central. El contenido de cada uno de los puntos del guión y la justificación de los mismos (de forma más explícita que en el Cuadro adjunto) puede verse en el Anexo.

Cuadro 6.3. Guión general aplicado

1. Presentación: NOMBRE Y TRAYECTORIA LABORAL: actividades pasadas de los mayores (trabajo y ocio).
2. ACTIVIDADES ACTUALES: Tiempos, tipos, satisfacción, significados, dimensiones.
3. JUBILACIÓN, ¿CAMBIOS O CONTINUIDAD?, significados, relación con la actividad.
4. DEFINICION DE SER MAYOR, aspectos, concepto.
5. IMAGEN SOCIAL, representaciones, tratamiento que reciben.
6. VALORES, preferencias actuales. "Ideal" de ser mayor y jubilación, propuestas.
7. FUTURO, proyección, perspectivas.
8. Otros comentarios en relación a la/s actividad/es de los mayores.

Las personas mayores ante la actividad pasada: *¿cualquier tiempo pasado fue mejor?*

“El pasado me ha revelado la construcción del porvenir”
(T. de Chardin)

«Tan sólo entendiendo lo que significa el trabajo para la persona,
podemos comprender lo que supone la jubilación»
(Bermejo, 1994: 22)

No podemos hablar sobre las actitudes hacia la jubilación sin conocer antes las actitudes¹ hacia el trabajo de los mayores de nuestro estudio. Para ello se tratarán la satisfacción, motivaciones-razones y significados que los mayores han otorgado a sus trayectorias laborales. Con toda esta información se estará preparado para comprender mejor cuáles son las actitudes de los mayores y significados hacia la jubilación (Capítulo 8). Como las actitudes hacia la jubilación dependen directamente del trabajo, no se puede/debe desglosar el análisis de las condiciones laborales (qué, cómo) de las actitudes hacia el trabajo (porqué, significados) de forma salomónica. Se trata, por tanto, de dar respuesta a cuestiones como: ¿en qué han trabajado y bajo qué condiciones?, ¿qué les gustaba más y menos del trabajo?, ¿qué sentido e importancia le otorgaban al trabajo, qué lugar ocupaba en sus vidas?, ¿por qué trabajaron principalmente (motivaciones, razones)? Después (en el Capítulo 8) se continúa indagando sobre el trabajo, pero desde un punto de vista actual, profundizando sobre la transición y aceptación/rechazo hacia la jubilación.

Pensemos que, con la escala de valores de la sociedad actual, en la que se sobrevalora la producción y la competitividad, parece necesario desmitificar la importancia del trabajo, denominado el «becerro de oro» de nuestros tiempos, para que la jubilación sea vista como un periodo de oportunidades digno aunque se deje de ser productivo de manera oficial.

¹ Recordemos que la actitud es un constructo teórico destinado a definir las relaciones entre sujeto y objeto, en este caso entre los mayores y el trabajo-jubilación. Una de las definiciones (más mentalista) es “actitud es la disposición mental que orienta nuestra acción hacia el objeto de la actitud”, o bien, otra definición (esta más conductista), “actitud es la respuesta hacia un objeto determinado”. Pero nuestra definición enfatiza el matiz de “constructo” en cuanto que se trata de una “*respuesta y discurso sobre algo construido socialmente*” (ver Capítulo 1).

En la actualidad la persona empleada es «el modelo a seguir» frente al desprestigio social que reúnen la posición de desempleado, inactivo (incluidas las amas de casa, estudiantes) o jubilado. Las características y valores de las personas activas y empleadas son las que están siendo ensalzadas socialmente. En general, las características de la persona activa (trabajadora) frente a la persona mayor (jubilada), a tenor de informaciones de varios autores (Campo y Navarro, 1981; Moragas, 1991; Cano, 1990; Altarriba, 1992), son: aptitud funcional plena frente a aptitud reducida; estatus de productor frente a estatus de consumidor; alto poder económico frente a estatus de receptor pasivo de renta-pensión; control frente a descontrol vital; autorrealización por objetivos profesionales-económicos frente a la imposibilidad de autorrealización económica-profesional; posición vital innovadora frente a una actitud de conservar; ampliación de los contactos sociales frente a una creciente limitación de los mismos, entre otros. Por tanto, este listado puede explicarnos de manera resumida la situación de la persona jubilada en comparación con la persona activa, que aunque esté desempleada, siempre tendrá posibilidades de incorporarse al mercado laboral. Esta sería una de las diferencias más importantes entre los jubilados (pasivos) y los desempleados, jóvenes, mujeres u otros colectivos con situación marginal que siempre tendrán la posibilidad de introducirse en el mundo laboral.

En virtud de análisis de varios expertos (Kalish, 1991: 193-194; Sánchez Vera, 1993: 34-35; Walker, 1996: 27-29) parece relevante analizar, aunque sólo sea de manera somera, los valores primordiales de la sociedad actual en comparación con los valores vigentes en la primera socialización de los mayores. Los valores del mundo occidental, aun con variantes, dependiendo claro está de los individuos y grupos sociales, están siendo: 1) (auto)realización y capacidad para la realización; 2) producción de bienes, servicios u otros; 3) capacidad para desarrollar de forma satisfactoria las relaciones humanas; 4) independencia y autosuficiencia; 5) satisfacción con el pasado; 6) capacidad para divertirse; 7) conocimientos, capacidad para controlar la tecnología; 8) capacidad sexual, atractivo y vitalidad física; 9) influencia y poder; 10) riquezas materiales; 11) capacidad para alimentar y mantener a otros, y 12) deseo de invertir tiempo, energías y dinero en el futuro.

Sin embargo, observamos cómo en el momento en que las personas mayores vivieron su juventud, los valores que predominaban era bastantes distintos. Por ejemplo: 1) Seguir los códigos tradicionales de la moral judeo-cristiana; 2) mantener el matrimonio durante toda la vida; 3) ser un trabajador honrado y sacrificado; 4) tener una vasta descendencia; 5) tratar

de defender al propio país en una guerra o apoyarlo en una controversia, o incluso dar la vida por él, entre otros². M. Mead (1969) resume perfectamente esta inadecuación general de valores diciendo de los mayores que «somos inmigrantes en el tiempo, inmigrantes procedentes de un mundo anterior» (Sánchez Hidalgo y Allende, 1975: 185); se refiere a que están viviendo una época con diferentes hechos, valores y actitudes para la que quizá no están preparados. Como se puede percibir, la re-socialización en valores de los mayores puede estar chocando con la escala de valores actual. De hecho, muchas inadaptaciones a esta etapa de la vida pasa por la dificultad de compatibilizar estos valores e integrarlos con los nuevos principios dominantes y vigentes hoy.

7.1. DUREZA DE LAS CONDICIONES LABORALES Y VITALES: ENTRE EL ORGULLO Y EL OLVIDO

De entre todas las investigaciones consultadas, hemos de apostillar que pocos son los que se detienen a desmenuzar la biografía de los mayores. Algunos autores, como Beauvoir (1970/89), Fericgla (1992), Bazo (1992), Friedan (1994), J. De Miguel, Castilla y Caís (1994), Arber y Ginn (1991), Rodríguez de Lecea (1996), por ejemplo, sí que presentan unos análisis más profundos, pero la mayoría resuelven de un plumazo la descripción del pasado de las personas mayores aludiendo a la dureza y punto. En nuestro caso, hemos querido diseccionar sus trayectorias dada la relevancia indudable para las vivencias actuales. Tengamos presente que conociendo las autobiografías de los mayores vamos más allá de lo personal y obtenemos una reconstrucción social de la situación que permite un acercamiento más hondo para entender las distintas transformaciones (laborales, familiares, de ocio, etc.). Recordemos que ya Mills (1959) abogaba por una articulación de *historia* y *biografía* para hacer una mejor sociología, en cuya intencionalidad se sitúa el enfoque discursivo y cualitativo seguido en este estudio.

² Según una encuesta europea reciente (Eurobarómetro, 1993), mayores y jóvenes coinciden en querer fomentar las siguientes cualidades en sus hijos: sentido de responsabilidad, buenos modales-educación y tolerancia-respeto. Pero se distancian en otros valores. Los mayores dan preferencia, por este orden, a: sobriedad, esmero/seriedad en el trabajo, lealtad, obediencia, fe religiosa, independencia, capacidad de comunicación y otros. Y los jóvenes, por este orden, a: capacidad de comunicación, independencia, lealtad, esmero/seriedad en el trabajo, sobriedad, imaginación, principalmente (ver Walker, 1996: 27-28).

Las frases «somos la peor generación» (GD4: 14 ó ver GD5: 5) o «la historia nuestra es de dolor» (GD4: 1 ó GD3: 9, EM11: 4, por ejemplo), resumen bien el discurso común de los mayores en torno a sus andaduras laborales y vitales tan sacrificadas. Así lo reflejan los mayores de cualquier extracto social, género y/o hábitat. Ya podemos ir anticipando la «absoluta» centralidad del trabajo³ de los hombres mayores, el poco tiempo de ocio del que han disfrutado en sus vidas, y las «dobles jornadas» de muchas mujeres centradas en su familia-hogar, pero trabajando de forma remunerada al mismo tiempo. De cualquier manera para casi todos los mayores «cualquier tiempo pasado fue peor», y todos coinciden en señalar las duras condiciones de vida y trabajo.

El discurso predominante de los mayores de nuestro estudio nos muestra unas andaduras laborales —en muchos casos, en sentido literal han tenido que «andar» mucho—, caracterizadas, principalmente, por la dureza. De entrada, ya podemos apuntar que no hemos encontrado ningún discurso, ni en las entrevistas ni en los GD, en los que no surgieran las difíciles situaciones no sólo laborales sino sociales, culturales y políticas en las que los mayores se socializaron y educaron. Han conocido, ya siendo adultos, las mejoras alcanzadas en el periodo democrático, el Estado del Bienestar y desarrollo socio-económico general. Pero no se puede olvidar que su pasado está teñido de «dureza» y, de hecho, ellos nos lo recuerdan en sus extensos discursos sobre su pasado. Han tenido que atravesar y resocializarse en distintos acontecimientos socio-políticos (Guerra Civil, postguerra, dictadura, transición) que han marcado claramente sus trayectorias laborales y vitales, y por ende, también marcan su jubilación y vivencia del envejecimiento de forma determinada. Conociendo sus *curricula vitae* podemos conocer, pues, la compleja evolución y el desarrollo acelerado de la modernización que ha ido viviendo la sociedad española en las últimas décadas. Los mayores, en medio de este proceso, son claros testigos de la evolución progresiva; sin embargo sólo recientemente están siendo beneficiarios de las consecuencias positivas de los avances alcanzados. Hemos comprobado, pues, cómo la infancia y juventud viene marcada por diversidad de eventos socio-políticos que han conformado un contexto complejo, un telón de fondo problemático, sobre sus vidas ya *per se* individual y laboralmente difíciles. Los de más edad de nuestro estudio nos cuentan cada uno de los acontecimientos so-

³ Cuando nos refiramos a la centralidad del trabajo pasado de los mayores aludimos a la ocupación del tiempo cotidiano trabajando; al trabajo como medio de vida y al trabajo desde su faceta de “constructor” de identidad psicosocial y como valor central en el que se han implicado los mayores. Observaremos que siendo por uno u otro motivo (más o menos instrumental y/o expresivo, relación social, utilidad, etc.) el “ergocentrismo” queda patente.

cio-políticos de la mayor parte del siglo XX ya finalizando. Si observamos el Cuadro adjunto, podemos imaginar y trasladarnos a la juventud de los mayores, viendo las distintas edades que los mayores de esta tesis tenían en algunos de los eventos aludidos. La idea ha sido tomada de Rodríguez Cabrero (IMSER-SO, 1997: 45) pero adaptándola a los mayores de nuestro estudio.

AÑO DE NACIMIENTO	GUERRA CIVIL	TRANSICIÓN	HOY
	1936	1975	1999
1909	27	66	90
1914	22	61	85
1919	17	76	80
1924	12	51	75
1929	7	46	70
1936	1	39	63
1939	-	36	60
1944	-	31	55

Los más mayores cuentan detenidamente la Guerra Civil, en la que tuvieron que participar activamente⁴. En cualquier caso, estuvieran en uno u otro bando, todos recuerdan las penalidades de la posguerra, la dictadura y por último la transición y democracia española.

«H.– ...todos asustados «¿qué harán de nosotros?»(...) a la guerra, y entré en la Brigada (...) nos envían a luchar al frente de Teruel, y *después del frente de Teruel.., pasamos la guerra... y estábamos en un pueblo llamada Masagoso y cogen y nos cercan, ¡nos cercan!, y nos cogen los de Franco, ¡nos cogen prisioneros! (...)* Nos encierran, vamos a la prisión (...) *estábamos encerrados a pan y agua y poco ¿eh?* (...)

H.– ...A los 17 años ya hacía dos años que había empezado la guerra, o un año y pico, y me tocó, como al hombre [refiriéndose a otro partici-

⁴ De Miguel *et al.* (1994), en su estudio cualitativo detallado de tres generaciones, *La sociedad transversal* (Fundació "la Caixa", Barcelona. Núm. 8 de *Gerontología y Sociedad*. Premio M.A. Terras, al mejor proyecto de investigación social concedido por "la Caixa" en 1993), denominan a los mayores "la generación de la Guerra Civil", a los adultos "generación del 68" y a los más jóvenes "generación X". Al margen de estas expresiones, queríamos resaltar este análisis estructurado por generaciones (sobre autobiografías y entrevistas en profundidad) y la relevancia de la Guerra Civil, como hito importante en la vida de los mayores.

pante del GD] ir a la guerra también (...) y el día 4 de julio del año 38 nos cercan los nacionales en el frente de Teruel y *mataron a un amigo mío (...)* la batalla del Ebro, la famosa batalla, allí *murieron un montón del pueblo...*» (GD7: 3-4 y véase EM2: 1: «...pero tenía miedo de que supieran que había estado en Béjar y... ¡me pegaran cuatro tiros!. Mataban a gente como chinches (...) ...sangre por todos sitios, y cuando me daba la vuelta ¡ya se había muerto!, muy duro...» ó GD3: 5 y GD3: 22-23).

Los discursos más contestatarios ante la represión de la Dictadura observamos que se concentran en los grupos y entrevistas de mayores de estratos sociales más humildes (véase, GD3, GD1, EM20: 8 en el Anexo). Por contra, los discursos de los mayores en general se caracterizan por el conformismo y la ausencia de crítica en comparación con la represión pasada que gran parte de ellos cuentan. Se trata de un discurso concienciado (todos reconocen lo que han tenido que soportar) pero no demasiado crítico y más bien benévolo en relación a las situaciones socio-políticas a las que han tenido que enfrentarse. Los discursos son inevitablemente críticos al hablar de condiciones de vida y laborales más generales (todos lo critican), pero desarrollan poco sus discursos en relación a la coyuntura socio-política que vivieron (además sería objeto de otros estudios no de éste). Veamos algunos de los discursos más contestatarios y de protesta, aunque no sea el de la generalidad de los mayores:

«H.— ...en los tiempos de la Dictadura y... te pillaban con un folletín y ¡suficiente, claro! y ¡fuera de la fábrica! (M.: Claro), eso es lo que pasaba, ¡vamos!, yo por lo menos lo he vivido, no sé si usted (...)

(...)H.— Trece años enlace sindical fui yo (...) *enlace sindical fui yo*, y la terminación, pues ¡ya ve!, ¿eh?, y me dijeron que le salía caro a la empresa...» (GD3: 22-23 y ver EM20: 8 ó GD3: 40 y 41).

En fin, su pasado resulta mejor valorado si toman como parangón la historia de sus antepasados, de sus padres y abuelos. Parece que hay un gran consenso en que los padres trabajaron y vivieron en peores condiciones que ellos. Se construye una discursividad de «consuelo», legitimadora, que excusa y hace menos disonante el sufrimiento pasado con sus relatos poco críticos. Se forma un discurso conformista en relación al pasado:

«...nuestros padres no nos podían dar otra cosa porque ellos en el campo... (...)

— (...) *ahora vivimos muy bien, comparado con aquella época, por eso somos conformistas...* no es que seamos conformistas, no, sino que *somos una generación que ha visto varias transformaciones* a lo largo de los años

y por eso hoy, como estamos tocando techo para nosotros, para nosotros..., conformes a la fuerza.

— Estamos contentos porque vimos eso, que era miseria... (...)

(...)- (...) no tenían ni agua para ducharse, pero vamos, nosotros en esta época nuestra creo que hemos salido de la nada, o semi de la nada, con un nivel de vida muy, muy bajo y muy duro, porque en la época...» (GD1: 17-18 y ver GD6: 15 ó GD7: 13). «...Vivimos ahora mejor que años atrás...»

Sin embargo, si toman como punto de referencia en la balanza valorativa de su pasado la situación de sus hijos y las condiciones de vida actuales, se quejan no sólo de sus trabajos pasados sino de la mejor vida (¿demasiado cómoda?) que los jóvenes de hoy viven y no saben apreciar. Muchas veces lanzan duras críticas hacia los jóvenes por no valorar lo que se les ofrece ahora. Parece que algunos manifiestan un determinado complejo de «inferioridad» o «envidia sana» hacia los jóvenes. Además, algunos se autoculpabilizan por haber educado a sus hijos de forma «demasiado tolerante», en contraste con la educación tan represiva en la que se socializaron:

«... nos tuvimos que adaptar a aquellos trabajos que pudimos o que cogimos, sin estudios..., hoy la juventud dice: «no, es que no estoy a gusto», nosotros nos hemos preocupado por que tengan unos estudios.

M.— ¡Y encima se quejan de todo!

(...)-H.— Tienen muchos pajaritos en la cabeza, ¿eh?

(...)-H.— Yo lo digo muchas veces, los nietos de ahora se crían mejor que los ricos de otras épocas, pero todos, todos se crían mejor. (M.- Sí, sí), porque no les falta de nada...» (GD4: 4-5 ó ver GD10: 9, por ejemplo).

En cualquier caso, la coyuntura actual de paro y precariedad, sobre todo en las zonas más afectadas, está mermando puntos positivos y envidiables de la situación actual. Según algunos mayores parece que se está dando una marcha o un paso atrás, o al menos una paralización en el progreso en relación a las condiciones laborales (ver Capítulo 11 ó GD6: 18 ó GD3: 28). Aunque a veces nos hemos encontrado con un debate en torno a la evolución/involución que han vivido, en general todos señalan que «cualquier tiempo pasado fue peor» y que el estilo de vida que han vivido ha sido mejor que el de sus antepasados, y ahora están mejor respecto a cuando eran jóvenes. Sin embargo, no dejan de reconocer que su situación es peor en relación a la de los adultos y jóvenes de hoy (GD10: 15: «...nosotros garrote y trabajo..., hoy ni garrote ni trabajo...»). Con todo ello no debe concluirse que se trata de discursos «conformistas en extremo» sino que algunos (los de estatus medio y bajo) se muestran más críticos con la situación pasada que otros. No perda-

mos de vista que todo dependerá del punto de referencia (antepasados, su pasado, actualidad) con el que comparen su situación.

Encontramos, pues, un discurso común: entre el orgullo (de haber sobrevivido) y el olvido (el querer olvidar su duro pasado). El ergocentrismo y la discursividad ambivalente («entre el orgullo y el olvido») son dos características comunes de los mayores cuando hablan de su trabajo pasado. Pero no todo es tan sencillo. Muchos discursos muestran satisfacción hacia el trabajo en general y, sin embargo, rechazo concreto de las condiciones de trabajo (faceta extrínseca del trabajo) que se han tenido; en este caso se echa de menos algún aspecto del trabajo y por tanto la actitud hacia la jubilación será ambivalente: de rechazo o aceptación según el aspecto del que se esté hablando. Todo ello variará dependiendo no sólo del trabajo pasado (estatus anterior) sino también del género, hábitat, expectativas anteriores a la jubilación, entorno social y familiar, principalmente. Debido a la complejidad manifiesta en sus discursos procederemos por partes, pero de entrada ya decimos que todo está relacionado y ni todo es blanco o negro, positivo o negativo. Emplearemos términos a veces dicotómicos en un intento de entender (y ordenar) la realidad, pero no de reducirla. Paralelamente a las conclusiones de Crespo *et al.* (1998), las explicaciones sobre el trabajo se estructuran en un *continuum* (poco nítido, ambiguo) más que en una tipología.

En general, los mayores no están satisfechos con sus trayectorias laborales, pero más debido a las condiciones pésimas de trabajo que han tenido que soportar (aspectos extrínsecos al trabajo) que al trabajo en sí (intrínseco)⁵. Es decir, están orgullosos de sus trabajos porque les ha permitido «salir adelante» (faceta instrumental), pero no están satisfechos plenamente porque no han sido trabajos fáciles, ni elegidos libremente, ni cualificados, ni les ha aportado autorrealización y desarrollo personal (falta de «expresividad»). En este sentido, encontramos opiniones en cuanto a la doble faceta del trabajo: la instrumentalidad (forma de ganarse la vida y ganar dinero) así como en la dimensión placer/sufrimiento (querido y obligado al mismo tiempo). Los mayores destacan estos aspectos junto a otros negativos: coerción-obligatoriedad, extensos horarios, rutina-monotonía, etc. Pero, si estos son análisis generales, se encuentra una clara

⁵ Aunque es muy discutible la diferenciación aspectos extrínsecos-intrínsecos del trabajo, cuando utilizamos estas denominaciones consideramos aspectos *intrínsecos* del trabajo —al igual que otros autores— al trabajo en sí (funciones y tareas concretas, autonomía, aplicación de habilidades y aptitudes requeridas). Al hablar de aspectos *extrínsecos* nos estamos refiriendo, por ejemplo, a: remuneración, horario, promoción, seguridad,... u otras condiciones de trabajo y relaciones laborales.

Conviene diferenciar también las motivaciones instrumentales (externas, el trabajo como "medio") de las más expresivas (el trabajo como "fin", vocación).

diferenciación social de sus estructuras discursivas. En los mayores de posición más desfavorecida predomina el trabajo como satisfacción de necesidades y cumplimiento de una obligación. Mientras que observamos una mayor satisfacción laboral y motivos más expresivos del trabajo en los mayores de mejor posición socio-económica, que sería el otro extremo de «realización personal». Entre estos polos necesidad-proyección personal podemos situar los significados del trabajo pasado que expresan los mayores (para significados desde los trabajadores véase Crespo *et al.*, 1998). Resaltemos aquí dos ideas clave de nuestro estudio aparentemente contradictorias pero que se complementan:

1) Los que peor recuerdo tienen del trabajo son los jubilados/as de menor estatus, por ello, de forma coherente, muestran unos discursos de deseo hacia la jubilación, o más bien, de «fin del yugo» del trabajo. E inversamente, los que tienen actitudes positivas hacia el trabajo tienden a rechazar la jubilación (estatus más alto).

2) Pero no todo es tan sencillo. Como el trabajo ha sido central en sus vidas después lo encuentran a faltar —no las condiciones pésimas que tanto critican—, debido a los aspectos positivos que les reportaba. Por tanto, podemos decir que parece que un mayor *ergocentrismo* puede suponer una menor aceptación de la jubilación (en jubilados de cualquier estatus). Esta es una de las ambivalencias que encontramos en esta tesis y que es posible comprender mejor desde el análisis discursivo. Pensemos que la centralidad del trabajo nos permite entender el rechazo bastante generalizado (al menos en una primera fase) hacia la jubilación.

Pero si estas ideas son orientadoras para conocer las estructuras discursivas de los jubilados y jubiladas, no es así para la totalidad de mujeres mayores, que muestran unos discursos aún más complejos, acordes con sus situaciones también más complejas y menos uniformes que las de ellos. El hecho de que las mayores hayan tenido que encargarse de las tareas del hogar (en exclusiva o compatibilizando con el trabajo) marca una situación similar en algunos aspectos con sus coetáneos, pero bien distinta en otros. Como hemos observado en sus discursos, las mujeres no echan de menos el trabajo porque sus condiciones de trabajo han sido pésimas, deplorables (sin contrato, salarios bajos, véase 7.3), y sobre todo porque han tenido una «doble o triple jornada» trabajando dentro, fuera y educando a los hijos. Apenas se encuentran diferencias en los discursos de los mayores según habiten en zonas rurales, intermedias o en grandes urbes. Tampoco si se trata de mayores «más jóvenes» o de más edad. Todos han soportado un duro pasado. Sin embargo, sí se podrían señalar «gradaciones» de dureza, características y discursos diferentes en relación al pasado laboral en los mayores según sea su estatus socio-económico y según el género, como se trata en los apartados siguientes.

7.2. EL TRABAJO COMO MEDIO DE VIDA. EL ERGOCENTRISMO EN SU PASADO

Las estructuras discursivas de los jubilados de nivel medio y bajo⁶ —en este apartado— pueden resumirse con estas frases: «*Ha sido una vida de trabajo muy dura*», «*en la mina he enterrado mi vida*». Con una simple mirada al pasado de los mayores de nuestro estudio se observan la centralidad laboral y los distintos trabajos que han desempeñado («aprendiz de mucho, maestro de nada»), todos ellos con bajas exigencias de cualificación y realizados en condiciones pésimas. No sólo los prejubilados y jubilados mineros destacan su «oscuro» pasado laboral (que sería el ejemplo más paradigmático de penosas condiciones de trabajo), sino que el discurso masculino general (incluido algunos jubilados de nivel alto) destaca la «cara negativa» de su trabajos. Veamos esquemáticamente estas características:

Cuadro 7.1. Algunas características de las trayectorias laborales de los jubilados de estatus medio y bajo

- Condiciones de trabajo pésimas y duras en cualquier sector productivo.
- Ausencia de oportunidades para elegir sus profesiones.
- *Curricula vitae* erráticos: diversidad de trabajos a lo largo de su pasado laboral.
- Movilidad “horizontal”: cambios de trabajo pero pocas mejoras/ascensos.
- Trabajos manuales-físicos.
- Poca cualificación y formación reglada baja (la mayoría).
- Extensos horarios (de “sol a sol”), pocos días festivos, ausencia de vacaciones.
- Salarios raquíuticos, al límite.
- Pluriempleo para paliar bajos salarios y necesidades diversas. “Doble jornada” en el caso de las mujeres.
- Motivaciones extrínsecas e instrumentales (económicas), poco expresivas, “falta de vocación”.
- Trabajando desde la infancia (¿obligada “explotación infantil”?), preeminencia del trabajo ante la formación escolar.
- Emigraciones internas o extranacionales. Muchos obligados a emigrar a otros países (sobre todo de la Europa occidental, en proceso de reconstrucción socioeconómica tras la II Guerra Mundial) o del campo a la ciudad (o a otras CC.AA.) en una España en proceso de reconstrucción, también, tras la Guerra Civil.

⁶ Hemos de tener presente que se ha “sobre-representado” a los mayores de menor nivel socioeconómico porque en general los mayores españoles pertenecen a estratos medios y bajos; los mayores de estatus alto apenas alcanzan el 15% (el 15,44% cobra más de 125.001 ptas./mes, INSS, 1998; el 9,94% tiene estudios superiores, Censo 1991).

Una parte de los mayores de nuestro estudio iniciaron sus primeras experiencias en el campo. Desde la más tierna —para ellos no tan *tierna*— infancia están trabajando en las labores agrícolas. Más tarde tuvieron que abandonar sus zonas rurales en busca de nuevos trabajos y lugares, tanto del territorio español como más allá de nuestras fronteras. Es el caso de algunos de los emigrantes que se trasladaron y viven actualmente en la periferia de las grandes ciudades, en nuestro estudio concretamente en la zona metropolitana de Madrid, cuyos discursos los encontramos en el GD1 de Getafe, en el GD4 de Alcobendas, el GD3 de Madrid. También fuera de la Comunidad madrileña, algunos jubilados de la cuenca minera de Asturias, proceden de otras zonas castellanas, principalmente, y emigraron a Asturias en busca de trabajo y mejores condiciones de vida (GD6 ó GD4: 5). La precariedad de sus trabajos era tal, que muchos se llegan a plantear actualmente hasta qué punto haber emigrado y soportado tantas penalidades les ha compensado. Incluso algunos se arrepienten de «haber dejado el pueblo». Se trata de los de nivel medio y bajo que no han alcanzado lo que querían. Algunos de ellos no sólo han tenido que emigrar de un espacio a otro sino que también se sienten como «emigrantes en el tiempo», que van a contratiempo, a contracorriente, que se encuentran desconectados de la vida actual: emigraron buscando otra vida, pero tampoco se han adaptado a sus nuevos hábitats. Además, muchos siguen anclados en su pasado, resignados a re-socializarse (de nuevo «otra adaptación») para vivir la jubilación y las nuevas demandas sociales de «hiperactividad y juvenilismo». Algunos piensan que no ha merecido la pena tanto esfuerzo, no se sienten recompensados:

«...aquí todos tenemos paga, pero para lo que hemos trabajado no nos ha compensado...» (GD10: 2).

«...nuestros sitios de origen, y tuvimos que emigrar porque no había trabajo y había muchas necesidades. Vinimos aquí y nos tuvimos que adaptar a aquel trabajo (...) dando tumbos para arriba, para abajo toda la vida y nada más que sufriendo, y diciendo: «¿para esto me he venido del pueblo!?»... Entonces esta es la vida y claro, si estuviéramos aquí 20 personas, pues todas contaríamos más o menos lo mismo...» (GD4: 4 ó GD4: 1: «...en el pueblo estábamos muy mal (...) es que aquí hemos trabajado tanto o más que allí pero a disgusto, porque yo con el taxi mismo (...) que si voliese otra vez a nacer, eso, yo no me venía a Madrid...»

La mayor parte de los que emigraron proceden de pequeños asentamientos (menos de 2.000 habitantes)⁷ y de las zonas más depauperadas de aquellos

⁷ Para aclarar la terminología rural-intermedio-urbano-megaurbano empleada ver epígrafe 2.5.

años: Extremadura, las dos Castillas y otras zonas rurales. Generalmente había menos posibilidades de trabajo en estas zonas (aunque otros destacan que en las ciudades también se sufrió igualmente), tuvieron que emigrar en busca de una nueva vida lo que, como poco, conllevó las consecuencias negativas de tener que abandonar su zona natal y re-socializarse en un nuevo entorno, nuevas costumbres y en algunos casos, una nueva lengua y cultura (ver GD4: 4 ó GD3: 3 y 7).

Indagando en los «movimientos espacio-laborales» (cambio de territorio, cambio de trabajo) de la población jubilada, observamos también el fenómeno inverso que se apuntaba en la primera parte de este estudio: es decir, una vez jubilados (o incluso antes), los mayores vuelven a sus lugares de origen y/o donde están sus hijos. Es el caso, por ejemplo, del entrevistado EM2 (jubilado veterinario que nació en Béjar —Salamanca—, le destinaron a El Ferrol y jubilado ha venido a Madrid), o de algunos participantes del GD7 de Montichelvo (Valencia), en el que tres de los jubilados emigraron a Barcelona y a otros puntos (Marruecos, Francia, Valencia) y recientemente han vuelto a su zona natal. Aquí nos estamos deteniendo en los «itinerarios», en el sentido literal de la palabra, de los varones jubilados. Pero, por otra parte, las mujeres soportan aún más, junto a sus parejas o sin ellas, esta crudeza en el trabajo, en la crianza de los hijos (ver GD7: 1-2 ó EM10: 1 y 4).

Observemos en sus discursos la diversidad de trabajos que los mayores han tenido que desarrollar, todos ellos con el denominador común de ser poco cualificados, con largas jornadas de trabajo y poca valoración económica y social. Veamos la procedencia agrícola o ganadera de muchos de los emigrantes, que después se han dedicado a otros oficios sean del sector servicios o sector industrial. En general, léase detenidamente la ficha grupal de cada uno de los participantes de los GD o entrevistas, o bien las primeras páginas de las transcripciones. En ellas se han anotado los diferentes trabajos que han desempeñado los jubilados, sobre todo los de estatus medio y bajo. Muchos jubilados han tenido que cambiar de sector y profesión varias veces a lo largo de su vida. Además de los testimonios adjuntos véase GD7: 3-6, GD1: 1-2, GD3: 5 ó GD4: 1 en el Anexo.

«...he tocado de todo ya. En mi juventud, hasta que me fui a servir estuve en el campo, *de labrador. Después de electricista, «poniendo líneas», después 15 años de zapatero, luego joyero, en el textil (...).*

— Pues yo de joven trabajé también en el campo, *en la agricultura. Después estuve en una fábrica en Barcelona, en una fábrica metalúrgica, y después ingresé ya en la Guardia Civil...*

— ...trabajé en la «Goma» [fabrica de suelas y tacones de goma], cerraron la «Goma» y me fui a Alcoy. Me puse de electricista en la «Hidro» y después en el Textil, *en diferentes fábricas...*» (GD10: 1)

Parece que se imponía el pluriempleo «forzoso» para salir adelante, para sobrevivir, mantener a la familia (mujer y numerosos hijos, muchas «bocas que alimentar»), pagar los estudios de los hijos, comprar una casa y adquirir otros bienes necesarios y, a menudo, tan inaccesibles. Destacan en sus discursos las razones de carácter económico (extrínsecas, instrumentales), principalmente para cubrir las necesidades individuales, pero sobre todo, familiares. La alta natalidad del momento, la familia numerosa característica de hace unos años («baby boom»), forzó a los jubilados a trabajar intensamente, duramente, para salir adelante. No tenían otra opción para cubrir sus necesidades más que trabajar intensamente, aunque fueran trabajos no elegidos y poco ilusionantes.

«- Ilusión no, que nos hacía falta; lo hacíamos por dinero, y por sacar a la familia...»

- Pues yo creo que una familia se puede llevar con menos lo que pasa es que somos un poco también (...) y para vivir yo no creo que sea preciso tanta hora, pero nos lo hemos montado así y así va la bola.

(...)- Pero decidme a mí una familia de seis, cuatro y dos, con ocho horas, ¿qué teníamos que hacer?

- Claro, teníamos que hacerlas...» (GD10: 3)

«...veintiocho años de sereno, digámoslo así, en un hotel de Salamanca (...) salía a las diez de la mañana de allí y me iba a cobrar recibos a la Comercial Terrestre Marítima, cosa que estaba hasta las ocho de la tarde (...) no ganaba bastante para sacar a mis hijos adelante pues eso (...) dos trabajos y sin descansar. Yo no he sabido lo que era descansar, coger 15 días u ocho días de descanso. ¡Ni un día!, tenía que pedirle a Dios ponerme malo para descansar..» (EM20: 1 y GD3: 5 «...Manufacturas Metálicas, que estaba pegado a la plaza de Legazpi, entonces salía y me iba con unos amigos a la cosa del mercado de frutas y verduras, a la carga y descarga...» ver GD7: 3 y GD7: 7, GD3: 3, GD10).

El «discurso del ahorro» está manifiesto o latente. Uno de los motivos de trabajo, en relación a la razones económicas expuestas, era «trabajar para ahorrar» no para «consumir o disfrutar» (que serían motivaciones más actuales) sino para los hijos, para sus estudios, para la casa, por si surgía «alguna desgracia imprevista»... para el futuro, para la vejez⁸. «Luchar, sacrificarse...» para sacar a sus hijos adelante son términos muy repetidos en todos sus testimonios, sobre

⁸ Véase EM2: 4: "...siempre ahorrando y guardando dinero (...) hacer es lo que hemos hecho toda la vida: ¡ahorrar! (...) dinero sólo en casos necesarios, para el día que te surja alguna urgencia, para el día que a alguna hija mía le hiciera falta algo, pero luego no, en tonterías no, que se gasta el dinero en viajes..."

todo los de estatus más bajo. Además de «su lucha» el discurso y expresiones religiosas de agradecimiento a Dios (sobre todo en las mujeres) remiten en los mayores tal como habíamos comentado (ver GD3: 10 ó GD4: 2).

La baja formación reglada es una parte del círculo cerrado: baja formación → empleo poco cualificado → baja preparación-formación. Es decir, el carecer de una formación y preparación ha sido causa y consecuencia de los empleos precarios que han soportado. A su vez, los trabajos pocos cualificados tampoco les permitían mejorarse y adquirir un mayor nivel de preparación. Ha sido, pues, un círculo, que con las generaciones actuales se está quebrando, pero del cual los mayores de hoy no podían salir. El bajo nivel de estudios que caracteriza a los mayores queda patente en sus discursos hasta el punto de reflejar en sus verbalizaciones un «complejo de inferioridad e incultura» por la falta de formación reglada. Ya se dejó claro en el apartado sobre «nivel de estudios» (véase apartado 2.4) que el bajo nivel educativo oficial no es equivalente a falta de cualificación, incultura o poca experiencia. También se expresaron los motivos coyunturales (carencias materiales, falta de posibilidades), no personales, por los que los mayores poseen baja educación formal. Pero de todas maneras ellos siguen dando prioridad a la falta de estudios formales y minusvalorando la extensa experiencia laboral que tienen.

«H.— ...nosotros *no hemos estado ni tres años* [en el colegio, se refiere].(...)

M.— A mí que *me sacaron de la escuela que tenía ocho años* porque mi hermana cogió un casino de señores y tenía que ayudarla y con ocho años pues..., dejé de ir a la escuela. (...)

H.— A mí *me hubiera gustado estudiar y tener unos estudios superiores...* (GD4: 4 ó GD10: 7).

Las jornadas de trabajo interminables («de sol a sol»), los horarios de trabajo infernales contrastan con los cortos y raquíuticos salarios que les reportaban. Además, no disfrutaron de muchos días festivos ni de vacaciones tal como ahora conocemos.

«— ...era a base de *echar horas extraordinarias*, pero en las horas extraordinarias nosotros teníamos un calendario... (...) ...porque si había que trabajar *el domingo y los sábados pues había que trabajar...* y yo, no me lo han contado ¡eh!, yo, *he ido a trabajar la Semana Santa entera, el día del Corpus, el día de la Ascensión, el día San... Santiago y todos los santos que hay...bajo el cielo...* (GD1: 11)... la jornada era de doce horas... (GD1: 12).

- ... meterte cinco días, por ejemplo, setenta horas...
- ...Es que *en el campo tenías hasta que se fuese el sol...*» (GD1: 13 y GD3: 8-9, GD10: 1 y 3, EM20: 1).

A estas condiciones de trabajo pésimas, en algún caso más típicas de otras épocas que de nuestros tiempos, se añade el trabajo rutinario, en cadena, con la cronometración y turnos insufribles que los mayores de estatus medio y bajo (sobre todo los puestos de trabajo menos cualificados del sector industrial, como asalariados de fábricas) han tenido que afrontar. Esto nos recuerda las pautas más radicales del *fordismo*, *taylorismo* y la concepción más deshumanizada del *hombre-máquina*. Las voces de los jubilados claman lo insoportable de estas condiciones:

«...lo he aborrecido por el 4º turno, *ese 4º turno es criminal: que tengas que descansar martes y miércoles y que el sábado y domingo tengas que trabajar 12 horas* y no puedas estar con tu familia, eso no...

(...)- *Y cuando empezaron a cronometrar el trabajo..., para de contar.*

(...)- *Donde está el «piloto» que decimos, y allí dale que te pego, y 12 horas así...*

- (...) *era de pulimentar metales, de sacarles el brillo, joyas, embellecedores de los coches..., se tragaba mucho polvo y además para ganar dinero había que trabajar también a prima, entonces los cronometradores estaban siempre allí..., entonces si querías sacar una hora de prima tenías que sacártelo de la piel, ¿sabes?*

(...)- ...(...) *de día no había luz, pues tenía que trabajar de noche, y trabajaba yo solo, en la imprenta, desde las 10 de la noche hasta las 8 de la mañana...*» (GD10: 2-3 ó GD3: 8 «...panadería aquí en Madrid, que trabajaba a las once de la noche y salía a las once de la mañana, y luego dormir por el día...» (GD8: 38).

Los discursos de queja por las condiciones duras de trabajo (véase 7.1) delatan un rechazo no hacia el trabajo en general (se consideran «muy trabajadores», «no sabemos hacer otra cosa», dicen ellos) pero sí hacia la forma como lo han desarrollado: encerrados en una fábrica, jornadas extensas, turnos criminales, etc. Las actitudes negativas hacia las condiciones de trabajo quedan reflejadas en sus palabras:

«- ...*El campo lo tenía un poco aborrecido* (-Joyero lo mejor, ¿no?), ¿joyero?, no es *nada agradable ser dependiente*, el que no lo prueba no lo sabe; estar detrás de una gente, si tienes ganas de reírte o de llorar tienes que hacer buena cara siempre, y aguantar..., no es muy agradable. *Es más*

práctico y más bonito estar detrás de una máquina, recibiendo órdenes y liando hilos o lo que sea que no..., parece muy bonito el ser dependiente, pero no se lo aconsejo a nadie. (- A simple vista parece mejor) (...)

- (...) no nos ha servido para la vejez porque queríamos tener algo que entonces queríamos conquistar y no nos lo han dado, porque aquí todos tenemos paga, pero para lo que hemos trabajado no nos ha compensado (...)- (...) lo que más me ha gustado es la Construcción, en una fábrica cerrada no me ha gustado estar nunca; vas aquí, vas allá, cambias mucho y en la fábrica es un trabajo muy monótono» (GD10: 2, 3 y apartado 7.1).

Como discurso específico percibimos un fuerte rechazo de las condiciones de trabajo tan duras desde los jubilados y prejubilados mineros, como era de esperar. Ninguno destaca los aspectos positivos del trabajo, salvo el reconocimiento de que ha sido un medio para sobrevivir y para ahora tener unas de las pensiones más elevadas, que ellos justifican por sus duros trabajos, pero que la sociedad general no reconoce (véase Capítulo 10). Los trabajadores de la minería, como ejemplo de peligrosidad e insalubridad, no manifiestan actitudes positivas hacia el trabajo pasado. Trabajaron por obligación, por motivos extrínsecos (concretamente económicos).

«J.- ...mi trabajo para mí ... ya la misma palabra suena mal «jtrabajo!» [Dice con desdén] en todos los trabajos que estuve, estuve a gusto en todos, ¡claro!, he tenido que trabajar mucho, ganar poco.

(...)P.- Creo que el trabajo por lo menos para mí en la mina tenía poco que gustar, yo en la mina pues trabajé más por obligación, no porque me gustase el trabajo.

P.- Yo, bueno yo también trabajé por obligación en la mina porque era el único sitio donde se podía trabajar en aquella época porque era donde se ganaba algo más... (GD6: 1-2).

P.- ...entré yo, a los dieciséis, que entré de aprendiz minero y de ahí pasé a vagonero, (...) para el exterior y ahí el trabajo ya me gustaba más que dentro de la mina porque la mina era muy monótono, era siempre el mismo trabajo, era un trabajo, cómo diría yo, en cadena o en cinta y esa rutina no me hacía tener... (...) esas máquinas que eran muy peligrosas, incluso cuando iba, iba con algo, con mucho cuidado, con mucha precaución, era muy fácil herirse, y ayer mismo hubo un accidente (...)

P.- (...) entré como todos, de ayudante minero y tal, de vagonero, estuve en la rampa y tal... y ¡claro!, bastante penoso porque (...) meterte trescientos o quinientos metros bajo tierra para luego todo el día...» (GD6: 1-2 ó GD6: 6: «...todavía no había maquinaria moderna, máquinas de picar (...) estabas cerrado, había mala ventilación, mucha humedad, mucho peligro, en fin, la mina tiene un nombre que no...»)

Aunque el caso más alarmante, escandaloso y vistoso de dureza laboral es el de los trabajadores mineros, percatémonos que lo comentado hasta el momento refleja unos *currícula* erráticos, de continua readaptación, que incluso nos están describiendo más sufrimiento de lo que podíamos pensar *a priori*. Hemos visto que no sólo los discursos de los prejubilados y jubilados de la minería (en representación de otros sectores también duros y en proceso de reconversión) expresan las deplorables e insalubres condiciones laborales. No sólo la mina es dura.

A todo ello se añaden secuelas físicas que a todos ha dejado este tipo de trabajos y experiencias extremas, y muchas veces les ha abocado a una jubilación anticipada (GD6: 4 y 10). La dureza del pasado laboral de los mayores se reafirma al observar cómo cada uno de ellos perciben que su profesión ha sido la más dura en comparación con otros empleos. Esto se denota en sus continuas quejas respecto a su/s puesto/s de trabajo y a las críticas comunes sobre otras profesiones que les parecen más ligeras que las suyas.

«...en una agencia de transportes subiendo y sacando sacos de patatas que antes no había ascensores ni nada, y luego te metes a la mina a rampar con 16, cuando tienes 30 ya estás algo tocado (J.- Estás quemado, claro), ahora, *si hubiese estado de guardia civil no estaría tan usado...*» (GD6: 22 ó GD7: 21) «...no estoy conforme de que seas guardia civil y los jubilan a los 55 ¿eh?, porque ha sido militar le jubilan a los 55, todos descansadotes y los pobres labradores se jubilan a los 65...» (GD3: 9) «...y esto es una cosa parecida a una mina, eso, lo que hay ahí es parecido a una mina, ahí la gente se deshidrata...»

Un indicador claro de la no valoración de su trabajo, o incluso desprecio hacia el mismo, se expresa claramente en la no recomendación a los hijos de sus propios trabajos (no le aconsejan a nadie este trabajo) con el que se han identificado: «entré en la mina y eso, porque claro, era una cosa fija, era una cosa segura y claro, yo luego tengo un hijo que tiene 25 años y *nunca le dije: «oye, tú, vete para la mina», ¡nunca!...*» (GD6: 7). Otros se arrepienten igualmente de sus decisiones: no haber buscado otro tipo de trabajo menos peligroso y duro. Algunos recalcan que no es que el trabajo les asustara, no rechazaban el trabajo en general. No se consideran «vagos» ni muchos menos: se perciben con un alto grado de responsabilidad, entrega, sumisión, capacidad de aguante, etc. Pero el que hayan sido «trabajadores tan eficaces» y productivos no implica que estuvieran satisfechos: sus aptitudes eran óptimas, pero no sus actitudes hacia el mismo. El trabajo era un medio no un fin; los motivos eran instrumentales más que expresivos. El motivo de no haber alcanzado mejores trabajos suelen atribuirlo a falta de cualificación y formación.

Otro discurso específico es el de los trabajadores del campo, agricultores (GD7, EM10, por ejemplo), caracterizado igualmente por la dureza de sus condiciones de trabajo, pero parece que estos mayores mantienen una actitud más positiva hacia su pasado laboral y mayor satisfacción con el mismo. De hecho, tal como estos trabajadores comentan, «no se jubilan nunca» porque siguen trabajando en el campo, aunque sea de forma menos intensa o colaborando con sus hijos (véase Capítulo 9.3.1). Esta actitud positiva hacia el trabajo coincide con las opiniones de los trabajadores autónomos, empresarios y trabajadores cualificados de los niveles altos (ver 7.4.), en cuyas «profesiones» (podemos denominarlo «profesión» en cuanto que se identifican plenamente con ellas) han podido autorrealizarse en mayor medida y han tenido unas condiciones laborales más favorables.

La frase siguiente resume gráficamente la discursividad de los jubilados de estatus más desfavorecidos: «¿Gustarnos el trabajo? Había que trabajar para salir adelante...». Debido a las condiciones laborales de los mayores estos jubilados muestran en general actitudes negativas hacia los trabajos que han estado obligados a desempeñar para salir a flote. Es decir, han sido trabajos intensos, no elegidos, «obligados», pero aún así han sido centrales en sus vidas e «imprescindibles». Se trata de un discurso de coerción (siguiendo los análisis de Crespo *et al.*, 1998: 59), una percepción del trabajo como sumisión y obligación, como una imposición externa y no interiorizada. Pero con todo ello las actitudes hacia el trabajo pasado son positivas. Sin embargo, las actitudes son negativas cuando se refieren a las condiciones de trabajo que tuvieron, al cómo han trabajado. De ahí la dificultad de análisis, la ambivalencia de sus discursos, aunque predominen las actitudes negativas. Tal como ellos dicen, «han tenido que ser amantes del trabajo» a la fuerza, ha tenido que gustarles.

«...la respuesta entre nosotros seis que estamos aquí y aunque hubiera otros sesenta iba a ser muy común, porque nosotros, todos, *pertenece*mos a una generación, a una generación que nuestra vida se basaba en el trabajo (...) *teníamos que ser amantes del trabajo* porque éramos personas honradas y porque las circunstancias y la vida que veníamos viviendo, ya reflejada en nuestros padres, *se basaba siempre en el trabajo, no había ni rentas ni cosas (...) a todos nos gustaba trabajar, porque trabajando teníamos un duro, si no trabajabas no tenías un real...*» (GD1: 6 ó GD4: 2: «...nos hemos tenido que adaptar a lo que teníamos no a lo que nos ha gustado...»)

Nos encontramos con opiniones ambivalentes sobre si «echan de menos el trabajo o no», incluso en una misma persona. Estas contradicciones nos explican que dependiendo de a lo que se estén refiriendo cuando hablan de traba-

jo lo echan en falta o no. Por ejemplo, si piensan en las «condiciones de trabajo» (salario, horario...) no echan de menos su trabajo; si piensan en las relaciones con compañeros, sí. De nuevo, recordar que no podemos tomar el trabajo como algo unidimensional, y por ello tampoco el rechazo y el echar de menos el mismo está claro. En definitiva, si las motivaciones eran más intrínsecas y/o expresivas en mayor medida parece que se acuerda uno del trabajo. Aquí está la clave del análisis: diferenciar los distintos aspectos del trabajo para analizar su admiración u hostilidad.

Deriva de sus discursos una satisfacción y sentimiento de orgullo por su trabajo porque les ha permitido «salir adelante»; es decir, satisfacción, pero más bien por motivos instrumentales (materiales, no expresivos) y extrínsecos al propio trabajo. Por ello la primera reacción es responder que «nos ha gustado todo», pero luego profundizando sobresalen los aspectos negativos del mismo. No debemos confundir el orgullo y satisfacción de todos los mayores (menos en las mujeres, que se sienten más desvalorizadas) de haber salido adelante, de haber superado aquella época, con la satisfacción hacia el trabajo pasado; son aspectos distintos. Se «adaptaron» a todo aquello. La mayoría dicen que «nos ha gustado todo el trabajo», pero indagando en sus discursos quieren decir que se adaptaron, que lo superaron. Esto es bien diferente a decir que les ha gustado en sentido pleno. En este sentido también hemos encontrado un discurso de trabajo, no ya como obligación externa, sino como una obligación interiorizada, una ética responsable individual hacia el trabajo, que nos recuerda las premisas que apuntaba Weber. Este sentido del trabajo como deber ético, como una «misión» vital que cumplir, lo observamos en algunos trabajadores de estatus medio y también en algunos trabajadores autónomos, pequeños empresarios y de mayor nivel. Pero como veremos en el apartado 7.4, en los mayores de mejor posición es donde hemos encontrado unos significados del trabajo positivos, que a veces aportaban un sentido «cuasimístico», de sacralización, hacia el trabajo.

Pero, obviamente, los de menor estatus también destacan algunos de los aspectos positivos de «algunas» de sus experiencias (pues la variabilidad de trabajo ha quedado patente) y son: libertad de decisión, de horario, libertad de movimiento, menor cansancio físico, trabajar al aire libre... Pero sobre todo valoran el autocontrol y libertad (ver GD4: 3) que es, precisamente, lo que ha estado ausente en sus trabajos. De hecho, algunos critican los trabajos como el de los agricultores (GD7: 6-7) porque nunca dejan de trabajar, y por el esfuerzo físico que requiere, o que al menos en su juventud requería.

Otra característica de sus trayectorias se refleja en los «discursos de la suerte», del destino, que los mayores transmiten. En muchas ocasiones aluden

a atribuciones externas para explicar la situación tan precaria que han vivido. Esto lo observamos en gran parte de nuestros mayores en un discurso de resignación, de la suerte, «lo que Dios ha querido»: su pasado más o menos exitoso ha dependido no sólo de ellos sino del «destino, la suerte» (véase apartado 9.5.3.4 sobre algunas actividades en el ámbito parroquial y su discursividad teñida de carácter religioso). En general, se quejan porque no han tenido tanto control sobre sus vidas, no han elegido sus profesiones como les hubiera gustado, parece que todo «les ha venido dado». Esta tendencia se percibe mayormente en los jubilados de estatus bajo y medio y en las mujeres mayores en general.

«— Eso es *la suerte*, la vida...» (GD1: 7)

«— ... (habla de sus distintos trabajos)...*tuve mala suerte*» (GD4: 1).

«...y *gracias a Dios he colocado dos hijos*, hoy los tengo casados, estoy con mi mujer...» (GD4: 4).

En fin, a pesar de que el trabajo era el *medio* de vida central dicen haber llegado al límite: «ya estaba bien de trabajar». El echar de menos el trabajo no sólo dependerá, como estamos viendo, de las condiciones del mismo, sino también del entorno (espacial y relacional) que ahora se tenga (mayor o menor soledad), de las actividades que ahora se realicen, de las posibilidades (económicas, de salud, entre otras). En general, podemos decir que no echan de menos trabajar si se cumplen estas condiciones:

- Si las condiciones de trabajo eran pésimas (estatus medio y bajo) y/o estaban sobrecargadas (mujeres, apartado siguiente 7.3).
- Si llenan el tiempo con otras actividades o relaciones «elegidas». Aunque no ocupen todo el tiempo pero sí se sienten a gusto como están (véase Capítulo 9).
- Si no gustaba el trabajo (aunque las condiciones no fueran tan pésimas) porque ya se notaban cansados (por ejemplo, estatus alto, apartado 7.4).

7.3. EL TRABAJO COMO COMPLEMENTO FAMILIAR

«*Estamos agotadas, no hemos parado ni dentro ni fuera...*» (discurso de las que han trabajado fuera del hogar, de las jubiladas de hoy) y «*mi vida ha sido mi familia y mi casa*» (discurso de las amas de casa), son, de entrada, dos discursividades claramente diferenciadas que podemos encontrar en boca de las

mujeres mayores. Si bien estas dos frases resumen la distinta situación intrageneracional de las mujeres, sus andaduras nos muestran mayor diversidad, menor linealidad y menor uniformidad y consenso de lo que expresaban las voces masculinas. Las mujeres mayores reflejan trayectorias laborales aún más erráticas y diversificadas. Muchas dejaron su trabajo al casarse; otras han vivido una continua entrada y salida del mercado laboral; algunas han trabajado después de educar a sus hijos, etc. Aquí nos vamos a centrar en el grueso de mujeres mayores, que son aquellas que han tenido el norte de su vida en la familia y el hogar, y aquellas que han trabajado remuneradamente, pero al mismo tiempo han tenido que ser amas de casa. Recordemos, según datos del Censo de 1991 (véase Capítulo 2), que sólo un tercio de mujeres son «jubiladas» (35,5%), es decir, que cobran pensión propia; el otro tercio son «pensionistas» (30,72%, cobran otro tipo de pensión, generalmente de viudedad) y el resto «amas de casa» (32,21%). Sus discursos son, pues, más complejos atendiendo a esta diversidad en sus *andaduras vitales*⁹.

En general, si el discurso de los mayores refleja un consenso en relación al sentir como «mala generación», las mujeres aún muestran una autopercepción más negativa y enfática de este aspecto. Con los jubilados comparten casi todos los puntos tratados anteriormente (véase Cuadro 7.1). Pero, además, son conscientes de una mayor «desgracia» que ha caído sobre ellas por varios motivos: no han podido trabajar en condiciones óptimas, han estado sobrecargadas (trabajo del hogar y extradoméstico), no han podido estudiar ni formarse (las mujeres mayores tienen menor nivel de estudios reglados que los varones), no han podido salir de casa como sus coetáneos (viajar o a los bares...), apenas han tenido posibilidad de ocio activo (deportes, viajes...), entre otras limitaciones. En fin, tal como ellas mismas expresan, no han podido vivir ni como las mujeres de ahora ni como los hombres de sus edades, «*no es como las jóvenes de ahora, ... nosotras no hemos podido estudiar, ni trabajar en lo que queríamos, ni conducir, ni salir con nuestras amigas, ni viajar... ¿no diréis que no hemos sido desgraciadas las mujeres de nuestra edad?*» (GD2: 17). Sobran comentarios.

Un análisis simplista nos indicaría que las mujeres «poco tienen que contar» respecto a su trayectoria laboral ya que su actividad ha pivotado alrededor

⁹ Hemos de puntualizar que muchas de nivel alto que tienen mayor formación y por ende tuvieron mayores posibilidades pudieron trabajar de forma continua como los varones, pero constituyen una minoría de mujeres mayores. Nos centramos en las de nivel medio y bajo, y no en las de estatus alto, que no representan más que a una mínima parte, y cuyos discursos fueron ampliamente desarrollados en Agulló y Garrido (1996).

del hogar y de la crianza de los hijos. El trabajo remunerado ha sido, generalmente, secundario para ellas. Pero por todo ello, sus itinerarios laborales son erráticos y más complejos de analizar. No tienen nada de simples y uniformes. Dentro del discurso femenino al menos se distinguen tres tipos de discursos dependiendo de su pasado laboral: el discurso de las que han trabajado remuneradamente de manera central (minoritario), el discurso de las amas de casa (muchas) y de las trabajadoras y amas de casa al mismo tiempo (mayoritario, en relación a nuestro estudio). En nuestro caso hemos profundizado sobre estos dos últimos tipos de discurso (de estatus medio y bajo) por ser, hoy por hoy, los más representativos de las mujeres de edad¹⁰.

De forma general, una primera diferencia observable en relación a los jubilados es que en sus discursos se detienen menos hablando de sus trabajos, son menos retrospectivos. No se extienden describiendo sus trabajos de forma tan pormenorizada; tienen un discurso menos «descriptivo» y más rotundo en sus críticas que los varones. Ello puede interpretarse de varias maneras: por una parte, parece que no «echan tanto de menos» el trabajo remunerado porque quizá no ocupó el centro de sus vidas, no se sentían autorrealizadas con el mismo. Por otra parte, esto puede percibirse como que el trabajo no llenaba totalmente su tiempo diario, que tenían que compartir con el papel principal de ama de casa y madre. Sus discursos acerca del trabajo suelen estar teñidos de queja, protesta de la situación laboral y vital que han vivido. En cualquier caso sus estructuras discursivas tratan otras temáticas como los hijos, la soledad, por ejemplo, que de inmediato surgía en sus conversaciones, aunque se les preguntaba, en principio, por sus pasados laborales.

De entrada, la gran mayoría de mujeres mayores han tenido que soportar la «doble» o «triple jornada» trabajando dentro y fuera del hogar. Muchos de los jubilados también tuvieron lo que hemos denominado «pluriempleo forzoso», pero al menos eran «empleos», eran trabajos remunerados. En relación a las mujeres hemos de puntualizar que incluso las que se autocalifican como «amas de casa» han alternado otro trabajo extradoméstico, sea de forma temporal o, en algunos casos, a lo largo de su vida. Su *curriculum vitae* está lleno de «huecos» laborales coincidiendo con la etapa de crianza de los hijos, pero

¹⁰ Aunque hemos tenido en cuenta a las mujeres de estatus elevado, sus comentarios podrían equipararse laboralmente al discurso de los varones con una trayectoria laboral más continua. De todas maneras, aún habiendo trabajado remuneradamente de forma central sus discursos son distintos a los de los varones, tal como comprobamos en Agulló y Garrido (1996), tal como se confirma en otros estudios (Arber y Ginn, 1991, 1993; Bazo, 1990, 1992; Freixas, 1993; Friedan, 1994; Pitaud, 1984; Rosenthal, 1990, entre otros) y en alguna entrevista aplicada para esta tesis a este perfil de mujer.

en realidad trabajaban de forma sumergida, bien apoyando a los maridos en negocios familiares, bien en el propio domicilio a destajo. Podemos observar claramente la extensión de los *currículum* de muchas mujeres, la diversidad de sus trabajos, que choca a su vez con el extenso descrédito que ellas manifiestan y la desvalorización social que han sentido en torno a su trayectoria vital. A las condiciones laborales pésimas citadas, en las mujeres se añaden otras más que nos permiten afirmar que su situación laboral y vital pasada ha sido, si cabe, más deteriorada que la de sus coetáneos:

Cuadro 7.2. Algunas características de las trayectorias laborales de las mujeres mayores

- Doble o triple jornada, intentando compatibilizar los tres “trabajos”: hogar, familia, trabajo.
- Trabajo no remunerado y no reconocido socialmente. Profesiones desvalorizadas, principalmente del sector servicios: limpieza, costura, comercio, cuidadora...
- Condiciones de trabajo pésimas: sin contrato generalmente, salarios bajos, trabajo en el propio domicilio (a destajo, sin seguridad).
- Lugares de trabajo: empresas con poco prestigio, apoyo en negocio-agricultura familiar (principalmente del marido).
- Motivación del trabajo extrínseca e instrumental, principalmente económica, por necesidad, para complementar el salario del marido.
- Mayor descalificación profesional (debido a las menores posibilidades y menor experiencia) que los varones de sus edades.
- Socialización tradicional en valores sexistas: la mujer debía desarrollar antes su faceta de “madre” que la de “trabajadora” cuando, en muchos casos, les ha tocado desempeñar igualmente ambos roles.
- Todo ello ha implicado una mayor dependencia, sumisión, inseguridad, sin control ni poder de decisión sobre sus trabajos ni sobre sus vidas.

Muchas abandonaron sus trabajos al casarse, dando prioridad (costumbre al uso en su juventud) al «rol de madre y esposa» antes que al de trabajadora y profesional. Esta «decisión forzada» en las mujeres afectará para que actualmente estén viviendo en peores condiciones socio-económicas la jubilación (véase Capítulo 8) y la experiencia del envejecimiento se vuelva más dificultosa y deteriorante para ellas.

«...trabajando ocho años hasta que me casé, pero como entonces la mujer que se casaba, el marido por un lado no te dejaba y la empresa tampoco te admitía... entonces tuve que salir. Me dieron un dinero, que entonces se daba... nada, una miseria, pero me tuve que salir. Después me casé

y he sido una mujer pues de mi casa...» (GD2: 1 ó EM17: 1: «...*Cuando me casé lo dejé, dejé de hacer pantalones. (...) porque no quería mi marido...*» ó GD3: 3: «...*Hice bachiller superior y era maestra, pero después me casé y ya no...*»)

El fenómeno de la emigración también forma parte de sus «itinerarios» vitales y avatares, destacando las dificultades que han tenido que superar para salir adelante. No sólo muchos de los varones de estas edades tuvieron que abandonar sus tierra, sino que también las mujeres han emigrado (junto a sus parejas o de forma individual) más de lo que en principio se pueda pensar. La representación e imagen del «emigrante mayor» que suele tenerse es en masculino, cuando estamos comprobando que muchas mujeres mayores han tenido igualmente que salir de su zona natal en busca de mejor trabajo y futuro. Esta invisibilidad del papel de las mujeres (en nuestro caso mayores) viene siendo desvelada sólo recientemente por algunos estudios. Podemos decir que no se han reconocido hasta el momento ni las aportaciones de las mujeres mayores emigrantes y tampoco las de «las que se quedaron», que contribuyeron igualmente al mantenimiento y sostenibilidad de sus familias y de distintos lugares del Estado español en reconstrucción tras la Guerra Civil¹¹.

«— *...me vine a Madrid a trabajar con trece años en una casa, luego me fui con diecisiete años a otra, he estado cuarenta años trabajando con ellos porque me casé y volví a trabajar con ellos... (...) ..murió mi marido y ya mis hijas pues no quisieron que... que trabajara. También soy viuda, hace diez años que se murió y ya te digo, trabajar mucho y pasar muchas calamidades,, porque hemos pasado mucho, porque yo he llorado muchísimo, porque era joven cuando me vine y he llorado muchísimo, porque lo pasaba muy mal (...) te tenían como si fueras ¡un perro!, hablando claro (...) comiendo lo que no querían ellos,*

— *...me vine a Madrid antes de la Guerra, que pasé la Guerra en Madrid y (...) Y luego ya, terminó la Guerra, pues vivía con mi madre, estuve sirviendo pues poco tiempo, luego ya me casé y estando casada pues me puse a trabajar en una oficina de limpieza y he estado pues veinte años...*» (GD2: 2 ó vGD7: 7, EM4: 1-2).

¹¹ Se ocupan de “correr el velo” de las mujeres y hacer visibles sus aportaciones autoras como M. A. Durán (1972, 1986, 1988), Salle y Casas (1987), Barañano (1992), Borderías, Carrasco y Alemany (1994) y diversas investigaciones financiadas-apoyadas por el Instituto de la Mujer y/u otros organismos.

Percibimos una menor diversidad de trabajos junto a la baja cualificación que requerían los «empleos» que podían desempeñar. Casi todos eran basados en actividades tradicionalmente «femeninas» (costura, dependienta, limpieza, fábricas...), cuyo denominador común era (¿es?) una clara desvalorización y desprestigio social similar al trabajo doméstico del ama de casa.

«- ...toda la vida de *dependienta*, *el comercio*, muy activa y todo eso, pero trabajo de comercio.

- ... *soy ama de casa* pero también he intervenido en *el mercado*, en *las cosechas* del campo antiguo.

- ...he sido ama de casa pero en muchas clases de actividades, de trabajo de confección, de zapatos, de muchas cosas, en conjunto, ¿para qué más?, ya se sabe.

(...)- ...yo he trabajado en el *calzado*, en Bonifacio, después en Llorca, después en Daniel Carbonell (fábricas de la zona) y al final en la Guardería, mira si he hecho cosas...(GD9: 1-2 ó GD3: 2) «...Mi oficio era *coser casi de día y de noche* para poder sacar a mis hijos adelante...»

En general, las que trabajaron dejan bastante claro que apenas echan de menos (como veremos más en profundidad en el Capítulo 8) el trabajo porque en el fondo lo hacían por «imperiosas necesidades» (quedaron viudas, el salario del marido era bajo, tuvieron que emigrar con su familia en busca de «otra vida»), por motivaciones extrínsecas al propio trabajo. El discurso de las jubiladas de estatus bajo es de los que más claramente muestran que el trabajo «fue por necesidad» y resume la realidad más cruda descrita en el punto 7.1.

«...aquí *he hecho de todo*. Cuando cogí mi piso, como no podía comprarme lo que quería porque con la letra me quedaba sin casi para comer, pues me puse hasta de *asistentas*, iba un día o dos a la semana a una casa, remataba *jerseys* en una fábrica que había ahí... (...) lo he pagado con mi sacrificio..., si yo ganaba 30.000 pesetas... y pagaba 18.000, ¿qué me quedaba para comer?, así es que tenía que echarme a otras cosas... *Estuve mucho tiempo sin muebles, sin televisión, nada más que con una radio ahí, pero como me iba por ahí a otros sitios a ganarme...*(EM4: 2)... (...) no les quería pedir, y yo *esto que tengo me lo he ido ganando pulso a pulso, año a año, ¿eh?*» (EM4: 3 ó GD2: 26).

Algunas de ellas echan de menos el trabajo (algunos aspectos del mismo), pero sobre todo lo que echan de menos es su entorno vital, su pueblo natal del que han tenido que irse para estar con sus hijos, la compañía de su marido, su

casa. El trabajo era cómodo, significaba actividad, relación, más dinero, más «vida», juventud, no vejez como ahora.

«...Mi marido era maestro de obras y yo empecé y puse una tienda, pero poquito a poco, poquito a poco. Y la llevaba yo... (EM6: 1) *estoy aquí porque no tengo más remedio* (EM6: 2) ...quitar la tienda porque al cobrar ya no puedes estar trabajando, y ya la quité. (...) Aburrida, a mí me gustaba más el jaleillo que te traías que estar sin hacer nada.(...) *porque se pasa mejor y me gustaba a mí, y como estaba en mi casa no tenía que ir a ningún lado.*(...) manejaba dinero que me gustaba mucho y después ya se deja de... te tienes que arreglar de otra forma. (EM6: 5) ... sueño con mi casa. Y aunque estoy bien yo me acuerdo mucho... (EM6: 6) ...me acuerdo mucho, me sueño de noche con las cosas de antes...» (EM6: 7 y EM6: 9 ó ver GD3: 7-8).

Como se ha citado anteriormente, una gran mayoría han intentado compatibilizar la triple actividad: hogar-familia-trabajo¹² con consecuencias no siempre positivas para ellas. Casi todas las mujeres de nuestro estudio han tenido que ser «amas de casa y trabajadoras» al mismo tiempo, a lo que se añadía el no reconocimiento (¿hoy tampoco?) del trabajo doméstico como «trabajo». Obviamente, los jubilados no han mencionado esta situación porque nunca se han visto ante la sobrecarga y conflicto de roles señalados por las mujeres. He aquí una de las verdaderas diferencias intergénero.

«...en el pueblo *salía de mi trabajo, tenía que hacer la comida, atender a mis hijos y él se iba al café...*

J- Mira, yo a tomar el café.

A- Claro. Y yo *terminaba, salía corriendo y me iba a mi trabajo igual que él, pero en ese intermedio la que había estado haciendo era yo.*» (EM18-19: 7 ó ver EM7: 4-5) «...*para llevar la casa y la escuela tenía que estar siempre corriendo. Yo, iba a la compra y miraba el reloj...*» (GD2: 18).

Las amas de casa, aunque no tienen un discurso propio sobre el trabajo extradoméstico, se sienten igualmente desconsideradas en la «entrega total de

¹² Queremos diferenciar el triple papel de las mujeres en 1) hogar (centrado en las tareas domésticas y en relación al hogar-casa); 2) familia (centrado en las tareas relacionadas con los cuidados de otras personas, atenciones), y 3) trabajo (remunerado). Aunque los dos papeles primeros suelen desempeñarse simultáneamente (no siempre, pues no todas las amas de casa son madres o cuidadoras de personas) y están claramente relacionados queremos destacar la diversidad de tareas separando ambos roles.

su vida» a la familia y al hogar. Más que hablar por tanto de forma intensa de su pasado laboral (tal como hacen los jubilados, cuyo discurso hacia el trabajo es recurrente) el discurso de las mayores está teñido de protesta y temáticamente centrado más en la familia-hogar, que es lo que ha conformado el eje de sus vidas. La centralidad de la familia se ha impuesto a la centralidad del trabajo. Este «eje» conductor es frente a lo que muchas indirectamente se «revelan», pero también muestran satisfacción, quizá por no sentirse aún más desgraciadas y con mayor disonancia o contradicción respecto a lo que han sido. Late el discurso de la frustración, del «querer y no haber podido» (trabajar, conducir, salir más, estudiar...). En sus discursos predominan las expresiones de «teníamos que», «no tuvimos elección», «había que...», aún más enfáticamente que en los hombres.

Muchas han trabajado «sumergidas» (en el hogar y de forma extraoficial: en los dos sentidos «encerradas»). En cualquier caso, sus discursos son menos recurrentes hacia el pasado laboral que el de los jubilados. Esto puede ser una prueba indicativa de la menor centralidad y del significado del trabajo remunerado como algo secundario y complementario. Su pasado laboral ha marcado obviamente sus actitudes hacia el trabajo, que generalmente (excluyendo a las mujeres de estatus alto) han sido negativas como se comprueba en sus diálogos. En sus relatos no hacen más que acentuar la cara negativa de los empleos que han tenido. Han estado insatisfechas con el trabajo, no les gustaba (no se identificaban con los mismos, a diferencia de sus coetáneos), pero como hemos dicho anteriormente, sobre todo el rechazo ha sido hacia «la forma», las condiciones de trabajo, en que han desempeñado sus «profesiones», si así se pueden llamar. Muchas han trabajado incluso sin cobrar apenas (apoyo al trabajo del marido o padres, por ejemplo, en zonas rurales agrícolas; o en pequeños negocios del marido). Es un discurso caracterizado por la coerción, sumisión, imposición externa, aún de forma más acentuada que en sus coetáneos.

Reconocen que sus trabajos no son cualificados, pero están orgullosas de haber «contribuido» a la economía familiar, de haber «cumplido una misión» bien sacando a los hijos adelante, bien complementando (en el caso de las viudas «sustituido») el sueldo del marido, bien encargándose de las tareas del hogar en exclusiva. Además de las motivaciones económicas, destacan también la independencia económica «relativa», las relaciones, la posibilidad de salir del espacio doméstico que ha sido posible gracias a ganar su propio dinero.

Las que han tenido muchos hijos, destacan la dificultad en la mayor parte de las ocasiones para armonizar el múltiple papel de esposa, madre, ama de casa y trabajadora. La solución hubiese sido: 1) trabajar o estar de ama de casa, o 2) compatibilizar todo pero teniendo ayuda, pero no desempeñar los

dos papeles porque al fin y al cabo no han vivido las ventajas de haber trabajado y sí las desventajas de ser ama de casa. No han disfrutado plenamente de casi ninguna de las ventajas que pueden aportar cada uno de los dos roles. Han estado «en medio», entre el trabajo y la casa, en una situación difusa y de indefinición. La cuestión es que no han podido decidir ni elegir ninguno de los caminos sino que en todos los casos les ha venido impuesto: impuesto por las necesidades, por la educación represiva y conservadora, por el marido o por todo ello unido. Muchas destacan, pues, la preferencia por el trabajo de ama de casa frente al papel de trabajadora (los trabajos a los que han tenido acceso eran igualmente desprestigiados, poco valorados social y económicamente). Han tenido que trabajar por necesidad, por ello muchas reconocen que ser ama de casa al menos ha resultado algo más «cómodo».

«...en la fábrica es que... como te quedas viuda con cuatro hijos y una niña de cuatro años (..) la mitad de las veces tenía que faltar a mi trabajo porque... *a mí me gustaba trabajar* (...) tenía que fallar mucho porque... ¡a ver!, porque el mayor me quedó con diecisiete años, eran cuatro, pues, cuando no se ponía uno malo, se ponía el otro (...) y *hemos ido capeando, sacando los hijos adelante* y ... pero un [Silencio] *un no vivir, el ir a trabajar y no poder estar en casa con tus hijos, es un no vivir* (...), porque *ni estás fuera ni estás dentro* y ha sido un sacrificio... (...)» (GD3: 4 ó GD7: 6). «...*el trabajo de ama de casa, pero como se tiene que salir a ganar, pues mejor en el pueblo...*» (GD4: 2).

Algunas manifiestan su frustración, su deseo no cumplido de trabajar en lo que verdaderamente les gustaba. Han trabajado en lo que han encontrado, para cubrir necesidades económicas individuales y familiares (por motivos instrumentales), pero no han podido desarrollarse como personas, autorrealizarse, cualificarse más en sus trabajos. Reconocen, al igual que los jubilados, que su baja preparación y la coyuntura del momento no les dejó elección de sus trabajos, de sus vidas. Ello se traduce en un discurso resignado al haber tenido que trabajar en lo que han podido: sirviendo —limpieza de otros hogares—, tareas agrícolas, costura. Eran trabajos considerados tradicionalmente como «femeninos».

«M.— A mí me ha gustado la enfermería, pues cuando vine de allá con las hijas aquí, me coloqué en La Fe [Hospital de Valencia] y estuve nueve meses trabajando en La Fe de auxiliar, lo que más me ha gustado ha sido eso... *ningún otro tipo de trabajo ni de casa ni nada ¡toda la sé hacer!* pero *a mí siempre me ha gustado* eso: me enseñaron a poner inyecciones en las venas (...) Lo que me ha gustado ha sido eso siempre (...)

M.– Entonces, *como no había otra cosa, te gustaba (...)*. como no había otra cosa nos lo pasábamos bien: íbamos a la uva, a la panera, un mes o mes y medio, lo que había, y después ayudando a casa. (...)» (GD7: 7)

«M.– Pues a mí, *no es que me encantara coser, porque es muy esclavo*, es esclavísimo, me levantaba a las cinco de la mañana a preparar, a cortar y preparar para no molestar a las vecinas con la máquina y luego, coser, pero..., *no tenía otra preparación para poder hacer otra cosa y sacar a mis hijos*» (GD3: 4 ó GD9: 1-2).

Destacan aún menos puntos positivos de sus trabajos que los jubilados, si cabe algunas señalan la libertad y la «escapada» del hogar, las relaciones sociales, y un atisbo de independencia que el empleo les ha reportado. Esto último será pues lo que echan de menos una vez jubiladas, o mejor dicho, una vez que dejan de trabajar, pues muchas no se han jubilado (siguen trabajando) y otras dejaron de trabajar pero no son «jubiladas» en el sentido propio del término. La queja respecto a su situación queda patente en sus testimonios. Aún así transmiten un discurso basado en la resignación y conformismo. Se observan pocas diferencias entre las trabajadoras y las amas de casa en exclusiva, pues todas protestan sobre su pasado laboral: las primeras por no haber trabajado en buenas condiciones; las segundas por haber estado entregadas al hogar. En común tienen, y eso se extiende a lo largo de todos sus discursos, la baja valoración social que han percibido y la poca autovaloración en su faceta laboral.

Comparten un discurso en el que se manifiestan (unas de forma más clara, otras más «reservadas») especialmente discriminadas respecto a los varones de sus edades y en comparación con las mujeres de hoy. Pero no sólo en el ámbito laboral sino social general. No han tenido control sobre sus trabajos ni sobre sus vidas. Con todo ello transmiten un «discurso frustrante», de deseo no cumplido, de no haber tenido ningún poder de decisión sobre sus espacios ni tiempos. Sobre todo las que han centralizado sus vidas en el hogar-familia, las amas de casa en exclusiva, son las que se manifiestan más «desgraciadas y desprestigiadas».

«...*criar a siete hijos, ¿te parece poco?* (...) ...he tenido que hacer de todo, pues lo que menos me ha gustado ha sido..., ¿qué te voy a decir?, la verdad que nada porque he tenido que... *porque aunque no me haya gustado he tenido que hacerlo* (...) ...con siete hijos lo que he tenido que planchar. Y *he salido poco, he salido poco.*» (EM16: 1 ó GD2: 4-5: «...*la mujer no tenía campo, no había campo para la mujer, tenías que buscártelo tú y mucho... (...) porque no, no te admitían en sitio ninguno, te discriminaba toda la gente...*»)

Llama la atención el que muchas de ellas no mencionen su pasado dramático; parece que no son conscientes de su pasado o, mejor dicho, «no quieren» serlo... Muestran un discurso poco crítico, que puede ser debido a que verdaderamente han estado bien (la minoría), porque son conformistas («no ha estado tan mal»), o porque han «sufrido», pero ahora prefieren «enterrar» su pasado, olvidarlo, e intentar disfrutar algo más su libertad. Si echan la vista atrás muestran dos discursos contradictorios pero complementarios:

- Por una parte se manifiestan «orgullosas» de su pasado «exitoso» por «haber cumplido» y haber salido adelante con su familia, hijos-marido, hogar y trabajo. Las que tienen más presente esta faceta muestran un discurso más positivo respecto al trabajo.
- Pero, por otra, no quieren recordar la «sujeción», sobrecarga y dependencia de los demás (hijos, marido, padres, jefe) y prefieren disfrutar ahora de su tiempo libre más que nunca. Las que tienen presente esta faz del trabajo pasado transmiten un discurso más negativo.

En general, encontramos en las mismas mujeres relatos en los dos sentidos enunciados. Se trata de unos discursos ambivalentes. De ahí se deriva la complejidad de querer «clasificarlos» como positivos o negativos, que sólo se hace a efectos de orden (más bien se trata de un *continuum*) no de simplificar la realidad observada.

De todas maneras hemos de subrayar que no todas las mujeres son conscientes de las desigualdades y discriminación que han soportado (algunas participantes GD2, GD3), sino que muchas «aceptan» su situación, se resignan y conforman con «lo que les ha tocado vivir» (algunas GD9, y entrevistas). Se trata del «discurso tradicional» que tienen muchas mujeres mayores; quizá es un discurso «recitado» (a veces ausencia de crítica), más presente en las mujeres de lo que cabría esperar en vistas a sus vivencias. Pero generalmente la discursividad femenina se fundamenta en la queja, en la lamentación, que desde fuera puede conducir a plantearse la duda: ¿en realidad lo pasaron peor o es que se quejan más, son más expresivas? Sin duda, aparte de que sus discursos son más expresivos, también su situación fue peor que la de los hombres. Esto lo percibimos en nuestro estudio, pero viene confirmado en otras investigaciones consultadas. A las penurias de hambre, pobreza, se añadía la educación en valores represivos. Por ejemplo, la represión sexual (ver GD2: 20 ó Capítulo 10). Pero no sólo a nivel relacional y sexual. La frase «*estábamos metidas en un bote*» resume casi a la perfección la educación que recibieron en general los mayores, pero sobre todo las mujeres. Estas pautas socializadoras han influido totalmente sobre sus vidas y trabajos: el miedo a salir de casa, la inseguridad ante los hombres, a ir a trabajar..., el discurso del miedo.

«- Y te metían más miedo los padres, porque yo cuando me vine a Madrid, mi madre: «¡Que no se te ocurra de ir con nadie, que a ver lo que vas a hacer!», y es el miedo (...)

(...)- Y hacen bien, desde luego, yo lo comprendo porque estábamos *metidas en un bote*, no podías salir, si salías era malo, si te metías era también, o sea, que no sabías lo que ibas a hacer...

- No, no, yo salía a comer, yo salía a comer a la una y no te podían decir: «¿quieres tomarte un vermut?» y había veces que decías: «¡Jolín!, ¿si me ven?, ¿y si me ven?», y no podías entrar a tomarte un vermut (...)

- Nacimos en muy mala época... (...)

- Pues yo, lo que... antiguamente lo que ha pasado es que hemos pasado muchas... las hieles amargas, para decir... porque era el año del hambre (...) *nos fastidiaron mucho porque eran tiempos muy malos, tiempos malísimos ...(...)* Pasé mucho, lloré mucho...» (GD2: 5-6 ó GD2: 21: «...con tu marido lo mismo que había hecho mi madre con mi padre. (...) el mejor plato, era para mi padre (...) ...mi madre, si había dos huevos, los repartía para los demás y ella se quedaba sin él (...) Era una vida... muy, muy triste...» (GD2: 21).

La discursividad femenina está cincelada, sea de forma latente (en todas) o manifiesta, de protesta y denuncia ante la «poca libertad, ausencia de poder de decisión, frustración» que han soportado. Recordemos los discursos del apartado 7.1 en el que nos expresaban su dependencia primero de los padres y después de los maridos o jefes. Ha sido una vida muy dura, triste, reprimida...; una «vida a medias». En general, tanto las que han trabajado como las que han sido amas de casa no se han sentido consideradas ni laboral ni socialmente. Parece que su historial les persigue y aún siguen sintiéndose las «más desgraciadas» en comparación con los jubilados. Generalizando, el discurso negativo de las mujeres se enfatiza en boca de las viudas, amas de casa, las que están más delicadas de salud y solas... que son las que transmiten unos discursos aún «más negros». Su valoración global de su pasado (no sólo de sus trabajos) y también la valoración global de su presente parece más negativa a tenor de sus discursos. Critican el machismo más duro y recalcitrante, no a nivel individual sino social, que no dejaba trabajar (ni estudiar, ni salir, ni nada) a las mujeres (véase las dos primeras transcripciones). Por contra, valoran y son conscientes de los avances que las mujeres de hoy pueden disfrutar.

«...tuve la cosa de que *mi mujer no trabajó para nadie, cosa que yo no quise que hiciera que trabajara para nadie*, porque ya me reventaba yo solo para trabajar y sacar a los dos hijos adelante» (EM20: 4).

«...pagar el piso, comer... no podía ser, entonces yo me pongo a trabajar o nada, *así que me puse a trabajar, no quería, pero yo dije: «Yo voy a trabajar»* (GD2: 26).

«...todo, tan limitado que no podías, ni un momentín, aunque estabas casada, *era tal la sujeción que tenías a tú marido, jeh!, tal sujeción que tenías a tu marido que yo me he pasado, desde que me he casado, fíjate si me habré pasado, pegada al teléfono, porque mi marido era camionero, y me he hecho nueve colchas a ganchillo, (...) yo no podía salir ni a tomar un café, (...) porque si mi marido me llamaba por teléfono y no me pillaba la bronca era... segura,* y luego las listas que era: «Pues mira esta, pues mira la otra» y me he tirado, *toda la vida, desde que yo me casé sentada en una silla... (...) y digo... ¡que hoy se queje la juventud!, no tiene derecho a quejarse. Tendréis otros inconvenientes, yo no digo que no, pero solamente la libertad que tenéis la mujer hoy día vale por todo.* Hemos pasado una vida muy sacrificada, (...) muy canalla, nos las daban todas en un lado (...) digo: «Bueno y yo... *¿qué he pintado?»*, que no podías salir a la puerta de la calle a tomar ni un café porque no te vieran, porque no tenías derecho, tu marido era el primero que te decía: «¡chhh!, tú en tu casa». Entonces, ya me contarás...» (GD2: 20 y GD2: 21).

El bajo nivel formativo de los mayores queda aún más patente en el discurso de las mujeres, que aunque parece que no sobrevaloran tanto como ellos, igualmente dejan traslucir un determinado «complejo de inferioridad» por no haber podido estudiar.

«...los hombres tampoco iban, porque *yo no he ido nunca al colegio, ¿eh?, pero la mujer, menos todavía,* porque tenían que emplearla, hasta cuidar niñas, que tenían cuatro o cinco años y tenían que...» (GD3: 36 y GD9: 15: «...éramos más burros y ahora serán todos inteligentes.

(...)- *¿Cómo teníamos que estudiar si no teníamos dinero?, bastante hacíamos si comíamos, los años nuestros de posguerra bastante hacíamos si comíamos...»*)

En general se sienten «desgraciadas», y se lamentan de la «mala época» que les ha tocado vivir . En ello los discursos son semejantes en todos los mayores. Predomina el discurso de la fatalidad, se sienten un grupo desfavorecido: «*hemos sido bastantes desgraciadas (...)* Mira, vosotras las jóvenes al menos ahora podéis elegir entre quedaros en casita o salir a buscaros el pan... Pero nosotras, yo creo que todas las que estamos aquí y más..., *hemos tenido que hacer lo que había que hacer* porque así estaba montado, era otra

vida...» (GD9: 3). Sin embargo, también coinciden con sus coetáneos en que vivieron mejor que sus padres y antepasados (véase 7.1).

«- Pero eso el que vivía; mi madre me acuerdo que *lloraba todos los días*. (- pobrecilla), todos los días, (-¿estaba enferma?), porque *estaba enferma y porque no tenía dinero*; iba a la «tacita» y mi padre le decía: «¿ya no tienes dinero?», y encima de que no lo tenía, que te dijeran «¡¿ya no te queda dinero?!», y se iba...

- Hoy nos quejamos y si vemos a nuestros padres no nos podemos quejar.

(...)- Porque mi padre y mi madre murieron y no cobraron... (GD9: 14).

Teniendo presente la idea de diferencias intragénero (entre las propias mujeres) podemos resumir los distintos *itinerarios* laborales femeninos adaptando la idea básica de McPherson (Moragas, 1991, págs. 175-6) del siguiente modo:

1. Haber sido amas de casa exclusivamente.
2. Amas de casa, pero trabajado de forma sumergida (pocas horas, baja remuneración).
3. *Triple carrera*: Han compatibilizado hogar, familia y empleo.
4. *Itinerario maduro o retrasado*: amas de casa que se han incorporado al trabajo remunerado después de la crianza de los hijos.
5. *Itinerario intermitente*: Han compatibilizado hogar y empleo, con entradas y salidas frecuentes al mercado de trabajo. Las llamadas «mujeres re-entrantes».
6. *Itinerario imprevisto*: Un acontecimiento familiar obligó a abandonar el mercado laboral (cuidado de familiares mayores) o bien a incorporarse al mismo (viudedad).
7. *Itinerario ininterrumpido*: Las que han trabajado de manera lineal, sin interrupciones, al modo «masculino».

Sin embargo, la mayor parte de mujeres han seguido, como estamos corroborando, los primeros itinerarios laborales más que los últimos, que conforman trayectorias laborales más lineales y continuas (el 7º tipo ha sido más característico de las mujeres de estatus alto). Al margen de que muchas han sido amas de casa exclusivamente y otras han trabajado al mismo tiempo, todas tienen discursos igualmente críticos. Hemos visto cómo las amas de casa y jubilados de menor estatus plasman un discurso con tintes más negativos, más críticos. Una reconstrucción menos clara, más ambivalente, tienen

los jubilados/as de posiciones medias, que se sitúan en un extremo más o menos crítico dependiendo de la faceta que estemos analizando. En cambio, en el otro polo podemos observar un discurso sobre el pasado laboral más positivo, que suele concentrarse en los/as mayores de estratos sociales más privilegiados. Veamos a continuación los matices discursivos de estos últimos.

7.4. EL TRABAJO COMO VOCACIÓN

Pero no toda la crónica del pasado laboral de nuestros mayores es tan negra como lo comentado en los anteriores apartados. De ahí la heterogeneidad intrageneracional que venimos resaltando a la largo de toda la tesis. Hemos encontrado no sólo diferentes discursos intergénero sino también interclase, según el estatus alcanzado. En contraposición a todo lo que se viene analizando, los jubilados de mejor nivel socio-económico ejemplifican y representan las trayectorias más lineales y continuas de todos los mayores. La siguiente frase bien puede resumir esta idea: *«Hemos crecido de la nada. Ha sido difícil, pero estamos orgullosos»*. Son los que han disfrutado de mejores condiciones de trabajo, incluyendo, claro está, la minoría de mujeres de estatus alto. Con ello podemos confirmar la existencia de diversidad significacional respecto al pasado en relación a los trabajos y al nivel educativo. El género y el hábitat también aportan matices distintos a los discursos sobre la trayectoria laboral, aunque encontramos un trasfondo común de dificultad pretérita en boca de todos los mayores.

En cualquier caso, tal como decíamos al tratar el discurso predominante o común (apartado 7.1.) sobre el pasado de los mayores, los de capas más altas también nos cuentan que han tenido una vida de trabajo muy dura, horarios extensos, principios difíciles. Se encuentran tanto diferencias discursivas intragénero (ya comentadas) como intraclase. Es decir, dentro de un mismo estatus también se pueden hallar algunas diferencias entre los mayores que han sido empresarios (componentes del GD8, por ejemplo) frente a la mayor uniformidad laboral de los empleados y cargos de la Administración (participantes del GD5, EM1, EM3, EM13)¹³.

¹³ Tal como justificamos en nuestro diseño de investigación, los mayores de estatus alto son una minoría, de ahí que hayamos perseguido menos discursos de este "tipo" de jubilados. En cualquier caso vimos fundamental disponer de su discursividad para contrastar y complementar los análisis.

En general, estos jubilados han desarrollado su profesión con mejores condiciones laborales que las comentadas hasta el momento: han sido sus propios jefes (caso del GD8), han tenido trabajos cualificados, salarios elevados, posibilidad de formación, nivel educativo alto, poder de decisión, libertad, mayor reconocimiento social y autorrealización, etc. Esto hace que su valoración de la trayectoria laboral sea más positiva. La centralidad del trabajo en sus vidas es semejante a de los otros jubilados, pero las motivaciones, satisfacción y recompensas laborales son bien distintas. En relación a la cara positiva de sus trabajos anteriores, de entrada ya observamos una mayor linealidad, menor diversidad y menos cambios de profesión y puesto de trabajo. Si se producían cambios eran para ascender o mejorar.

- «...he trabajado pues toda la vida en la Administración del Estado.
- ...igualmente funcionario.
- ...dedicado a la docencia toda la vida.
- ...en el comercio de la piel
- ...funcionario.
- ...funcionario.
- ...soy delegado de ventas de... del grupo Freixenet» (GD5: 1).

«...a los 15 años a trabajar en la banca y prácticamente entré de botones, luego ya fui auxiliar y fui ascendiendo y estuve en una escala administrativa, y así he estado toda la vida y perfectamente, *mi vida laboral ha sido perfecta, maravillosa*. De verdad, no he tenido ninguna queja, *he estado deseando que llegara la hora para irme a trabajar, me gustaba irme a trabajar* (EM8: 1 ó EM1: 1). «...prácticamente en la misma empresa por que entré en la matriz y luego me pasé a una filial.» (GD8: 1, EM12: 1, GD5: 3).

Por tanto, si hay mayores con «amor al trabajo», o al menos con actitudes más positivas hacia el mismo, los encontramos en las profesiones más cualificadas, que en nuestro estudio son la menor parte. Serán estos mayores cuyo trabajo ha sido «más expresivo» (o al menos más valorado socialmente) los/as que más echan de menos el trabajo (véase Capítulo 8). En los trabajadores autónomos, agricultores y las profesiones más cualificadas encontramos unos discursos que denotan alta satisfacción laboral, sobre todo los que han sido empresarios de PYME's (véase discursos GD8). Son los que han tenido mayor autonomía, libertad y poder de decisión en sus trabajos. Este mayor control sobre sus trabajos, y por ende, sobre sus vidas, coincide en los trabajadores del campo, en los autónomos y en profesionales liberales en general, con una marcada «ética individual» del trabajo (EM2, EM3, EM7, EM8, EM12). El concepto

de trabajo como algo «vocacional» y de realización sólo aparece en los de estatus superior. Podemos decir que no todos los jubilados de estatus alto están satisfechos de su pasado laboral, pero sí que hemos encontrado en sus relatos mayor satisfacción que en las verbalizaciones de los mayores de capas menos favorecidas.

Las motivaciones por las que han trabajado son de carácter más intrínseco («les gustaba el trabajo en sí») y más expresivo (el trabajo como fin, no sólo como medio). Las razones por las que trabajaron, obviando las económicas, también son más diversas: prestigio social, autorrealización, poner a prueba habilidades y conocimientos alcanzados, entre otras. Es donde hemos encontrado unos significados del trabajo más positivos y basados en la realización personal, que a veces aportaban un sentido «cuasimístico», de sacralización del trabajo. El trabajo como *vocación* para muchos de ellos:

«...Yo estaba *deseando ir a trabajar todos los días porque estaba a gusto con lo que hacía*, porque yo cuando tenía 14 años decía: «Yo quiero ser empleado de banca, yo quiero ser de la banca», esas cosas le tienen a uno *de pequeño, ¿no?* (...) accedí a la banca. Y yo iba a trabajar con una *alegría tremenda*, con una alegría tremenda. Perfectamente, yo siempre he sido *feliz, feliz, feliz*, he hecho lo que me gustaba...» (EM8: 2).

«...a lo mejor llevaba tres noches durmiendo dos horas. *No he hecho otra cosa: dejaba de hacer lo más sagrado para ir a ayudar a una vaca que no paría, un perro o un gato que no podía...* (...) *he trabajado a gusto y era feliz*, porque cuando tenía una vaca mala de un pobre y se la curaba... (...) en aquella zona *era muy considerado...*» (EM2: 3 y GD5: 2)
«...*porque a mí me ha gustado siempre trabajar* (...) *yo el trabajo lo he considerado siempre una vocación, la vocación parece que... que... ¡no sé!*, uno tiene la idea de que el cura o el maestro pues son los vocacionales... ¡pues no! (...) *trabajo es porque me gusta, me gusta mi trabajo, me realizo en él, como ahora se dice...*»

El ejemplo más claro de actitudes positivas hacia el trabajo es que algunos han solicitado atrasar la jubilación, tener una «jubilación tardía», y muchos siguen aún en activo; otros se sienten útiles y están deseosos de «aportar más a la sociedad». Sus motivaciones iban más allá de lo puramente instrumental y económico. Muchos de ellos podemos decir que aún «están en transición a la jubilación» porque aún siguen activos, incluso de manera oficial (ver 9.3.1). De hecho, según datos oficiales el porcentaje de activos mayores suelen ser en su mayoría trabajadores autónomos (artesanos, empresarios, comerciantes) o profesionales liberales (médicos, abogados, profesores) que han aplazado su entrada en la jubilación.

«...ya estoy jubilado y he pedido continuar cinco años más (- Oye, yo creo que a ti hay que echarte de comer aparte...) no, no, yo pienso... pero yo pienso, *pienso de verdad que yo me aburriría, ¡vamos!, no me aburriría porque yo, ya lo he dicho antes...*, que no solamente el trabajo en la Administración, yo es que he trabajado muchísimo, en muchísimos campos, es decir, yo he dado conferencias, he dado charlas (...)

(...): Pues yo en *mi profesión estaba completamente pendiente de los años de servicio para jubilarme, porque yo estaba loco loco por jubilarme, sin embargo me dedico, pues, a un poco de contabilidad... (...)* no paro de trabajar, yo moriré trabajando porque no he hecho otra cosa en mi vida nada más que trabajar, pero en mi profesión y bajo una empresa estaba loco por imme...» (GD5: 2-3 y ó ver algunos GD8).

Algunos de estos mayores tienen estudios superiores, pero representan una minoría. No sólo el bajo nivel educativo es característico de los mayores de menor estatus, sino que los mayores que denominamos de mejor posición social generalmente tienen un nivel bajo o medio de estudios oficiales, con la diferencia de que éstos han ido adquiriendo mayor nivel cultural y ocupacional, a través de sus profesiones también más cualificadas. Por esto mismo algunos mayores que hemos clasificado como de estatus alto es más bien por su «nivel de pensión», pues su nivel de estudios es medio o incluso bajo (EM12: 1, EM3: 1, GD5 ó GD8).

Otro aspecto positivo a destacar es el discurso «creador» de muchos de ellos: han creado su empresa, han salido a flote a pesar de todo, se han mantenido independientes, «han crecido de la nada». Todo ello deja traslucir un discurso de esfuerzo y sacrificio, pero que conduce a un discurso «orgullosa», de recompensa, éxito y satisfacción elevados. Confirmamos cómo dentro de un mismo estatus según la profesión cambia la trayectoria laboral: no se manifiestan del mismo modo los funcionarios, los empresarios, bancarios o los comerciantes o artesanos (autónomos), teniendo todos ellos un nivel alto de preparación e ingresos. En cualquier caso, es en estas profesiones donde encontramos las actitudes más positivas hacia el trabajo y por tanto serán los que más echarán a faltar el trabajo y los que muestran mayor hostilidad hacia la jubilación al menos en una primera fase (véase Capítulo 8).

«...siempre había problemas que resolver e *ibas con toda la ilusión del mundo*, lo que pasa es que muchas veces no lo podía resolver y la gente pues tenías unos en contra, otros querían la fabricación... Se hacía mucha producción y te ibas con un burro si no lo podías solucionar de mil demonios.

– Yo resolver los *problemas que siempre hemos tenido todos los industriales*, tanto de gente que viene a comprar, clientes, proveedores, banca, de todo.

(...)... he trabajado *con mucha ilusión porque era una cosa propia* y francamente pues tenías que apretar...

– La lucha por regla general ha sido con ilusión (...) porque a Dios gracias hemos ido un poco adelante, *cada vez hemos luchado más, cada vez ha sido más complicado, pero cada vez el fruto ha salido a flote.*

(...)- *Mi caso también ha sido de superación, cada vez a más...* (GD8: 1).

En sus discursos muestran mayor añoranza por «aquellos años» que los jubilados de niveles más bajos. Llama la atención que esta minoría «privilegiada» manifieste añoranza de sus tiempos pasados cuando estudiaban o viajaban..., mientras los otros jubilados estaban en ese mismo año —esa misma época de juventud y posguerra— emigrando de sus lugares de origen, buscándose la vida, intentando ganarse el pan.

«– (...) hace treinta años *hicimos unos cursos en el Valle de los Caídos y nos acordamos del conejo al ajillo de Don Cipriano y de las sardinas asadas de La Serrata* (...) de eso si nos acordamos. (...) los pequeños detalles...». (GD5: 14 ó GD5: 7: «...muchas veces me dicen: ¡Hombre, hay que ver el valor que tienes tú de estar hablando ahora mismo del Frente de Juventudes!, pues yo lo pasé muy bien, ¡yo lo pasé muy bien! (...) y *ni me arrepiento, ni... no solamente no me arrepiento sino que añoro aquellos años...*» GD8: 14).

Pero no olvidemos que también realzan la «otra cara» igualmente negativa de sus profesiones (aquí podemos hablar más de «profesiones» propiamente dichas) bastante duras, caracterizadas también por horarios extensos, principios de expansión duros (en el caso de los empresarios), mayores conflictos laborales, mayor responsabilidad y «quebraderos de cabeza», monotonía (en el caso de los funcionarios y asalariados de empresas), difícil desconexión del trabajo durante el poco tiempo de ocio del que disponían, principalmente. También ha sido difícil para ellos salir adelante, «nada les ha venido dado», lo han tenido que ganar a pulso, sobre todo los empresarios y trabajadores por cuenta propia.

«– A todo esto conforme hemos venido hacia adelante *era más esclavo que antes en principio: hacías más horas y tenías más problemas que cuando empezábamos...*

– A mí me ha pasado al revés, al principio todas las cosas cuando empiezan...

– Pero es que nosotros al principio era muy sencillo, familiar, con pocas complicaciones, de cobra y paga al contado, casi, y eso evita un chorro de horas de oficina y de *quebraderos de cabeza*... esto permite que nos sobrara tiempo para hacer la labor de peonaje...

(...)- Nosotros hacíamos de todo: *lo mismo la administración que tirábamos de gancho... no había maquinaria de nada; todo se hacía con la fuerza de brazos*, pues igual hacíamos una tarea que hacíamos...

(...)- (...) *al principio no hacíamos 12 horas sino 24, ni tiempo a comer, porque cuando empieza uno... es muy natural...*» (GD8: 4-5 ó GD8: 1) «...trabajaba muy duro. Después en la banca pues un periodo difícil y tal pues trabajabas siempre que estabas despierto, o sea, porque *sin estar en el banco estabas trabajando* que es lo mismo que les pasa a los industriales...

- Cuando una cosa es tuya... siempre está en la cabeza lo mismo, *no paras nunca*...

- Que no es como un obrero que le dicen «ocho horas» y hace «pam, pam» y a las ocho horas te vas a casa y basta...» (GD8: 3-6) «...no he conocido nunca las ocho horas, *he hecho doce horas y después* me iba a ensayar a la música; era músico. Íbamos a certámenes y eso...(.) es que *no tenía tiempo ni a santiguarte*...»)

La actitud hacia el trabajo será pues más positiva en los (también mujeres) que han tenido mejores ocupaciones y mejores condiciones de trabajo. Así encontramos ambivalencia en sus discursos y diferencias intraclase. Percibimos un discurso negativo igualmente hacia el trabajo, que se concreta en una crítica a la Administración donde han trabajado (algunos participantes del GD5), los que han sido «sus propios jefes» (GD8, EM13) o más positivo en los que han disfrutado de un trabajo «enriquecedor personalmente» (en el caso de la EM2 —veterinario—, EM19 y EM7 —profesores—), más expresivo y valorado socialmente. Discursos ambivalentes en los mayores de estatus altos, pero predomina un tono positivo en relación a los otros/as mayores de nuestro estudio. El hecho de que dentro de un mismo estatus se encuentren actitudes diferentes hacia el trabajo complica aún más los análisis y explica, cuando menos, la variabilidad intrageneracional e intraclase, dejándose traslucir la influencia de la percepción y trayectoria personal (condiciones familiares, valoraciones personales) de cada persona. Pero, insistimos, los de mejor posición reúnen, en suma, las actitudes más positivas hacia el trabajo.

«...en mi pueblo (...), ya educando, conectando con tres generaciones..., durante los 34 años (...) quemaba mucho y además no ves..., tienes la compensación de los niños (EM7: 1) *son las satisfacciones que te llevas de*

la escuela, ver la gratitud después de los críos, de que ya son unos hombres, y que tienen un «ese» que todavía recuerdan de su paso por la escuela. Eso es lo mejor de todo.» (EM7: 2).

«— Yo no... yo no es desde luego... ¡tanto amor por el trabajo! (...) ...una primera parte, la organización sindical, en la que yo sí que me encontré muy a gusto y muy satisfecho en mi función de... de asesor jurídico-laboral. Luego ya hubo otra segunda parte que es la Administración Central, que eso no me ha gustado nada, y yo creo que ahí queda sintetizado lo demás, ¡vamos!, que tanto amor al trabajo no (...) no tenían que decirme que nos tenemos que ir, yo estaba deseando irme (...)

(...)- Bueno, pues yo he estado muy a gusto en mi profesión, la docencia me ha gustado muchísimo, lo que me ha gustado es enseñar y educar, hacer de sargento-semana no me ha gustado, pero he tenido que hacerlo.

(...)- Bueno, yo empecé a los catorce años a trabajar y luego lo que hice, por las obligaciones que he tenido y tal pues me he realizado dentro de mi trabajo (...) lo que siempre me ha gustado, contabilidad... (...)

(...)- ...no porque a mí me vuelva loco el trabajo ni nada de eso, es que eran unos trabajos que a mí me gustaban... la primera parte fue jugar al fútbol, jugaba como profesional y a mí me gustaba (...) la segunda parte que es la que es casi treinta años pues que es delegado de ventas (...) yo en la empresa que he estado, que es Freixenet, ¿qué quieres que te diga?, yo he tenido una libertad, casi, casi todo eran por metas, se ganaba dinero y se sigue ganando, (...) libertad absoluta (...) mandaba en mí mismo... » (GD5: 2-3).

En cualquier caso, a la fuerza, su reconstrucción del pasado tiene que ser más positiva, porque su realidad pasada así lo ha sido. Sin embargo, como ellos se comparan consigo mismos, cuando eran adultos (no toman como parangón los mayores de estatus medio y bajo o las mujeres) su situación actual no es descrita tan positivamente¹⁴. En general, los mayores mejor situados en la escala social tienen un discurso menos centrado en la «queja del pasado», más satisfactorio y positivo que los otros jubilados y jubiladas. De hecho, ponen menos énfasis en hablar de sus trabajos, sus opiniones son menos descriptivas y más valorativas que las de los mayores de estatus medio... Valoran de forma positiva su pasado laboral y vital hasta el punto de sentir añoranza. En algún sentido, piensan que «cualquier tiempo pasado fue mejor...».

¹⁴ Pero eso será tratado en "actitudes hacia la jubilación". Veremos cómo se invierte el sentido de su valoración hacia el pasado —positiva— y valoración hacia la jubilación —negativa— pero una valoración global del pasado, de nuevo, positiva.

Pero no siempre el ser mayor «privilegiado» esconde un pasado plenamente satisfactorio y una hostilidad actual clara a la jubilación. Lo que sí podemos decir casi con total rotundidad es que en esta capa social se encuentran los discursos más positivos hacia el trabajo y unos significados más expresivos sobre el mismo. Veamos pues, cómo en muchos casos, a pesar del nivel alto y satisfacción con el trabajo pasado deseaban jubilarse de la «obligación» del trabajo. Parece que no han encontrado y no logran encontrar cómo cubrir ese «hueco social». Tal como algunos dicen, ni han estado bien en su pasado ni tampoco lo están ahora: «*no estoy satisfecho de la jubilación, ni estuve satisfecho del trabajo tampoco, en ninguna parte, es decir... (...) porque ahora te ves que no encajas*» (GD5: 4). Pero esta situación es más compleja de analizar y no puede entenderse sólo desde el trabajo, sino también desde aspectos como el tratamiento hacia los mayores (Capítulo 10), las actividades que realicen (Capítulo 9), el entorno y relaciones sociales (9.5), tal como trataremos en próximos capítulos.

Aunque todos los mayores manifiestan que «han salido adelante», los de mayor estatus han sido menos «maltratados por la vida», han sido unos privilegiados (aunque muchos no son conscientes de ello) en comparación con la mayoría: no han tenido que emigrar, su puesto de trabajo ha sido y es más revalorizado y considerado socialmente; han disfrutado de una mayor seguridad en el trabajo, de algunos ascensos y mejora de puesto, de posibilidad de formación, entre otros. En concreto, las profesiones que han desarrollado parece que les hace sentirse orgullosos y satisfechos de su pasado y sin embargo sus discursos sobre la jubilación y sobre la actualidad parecen más pesimistas (*pasado bien, hoy mal*). Al contrario parece que ocurre a los jubilados de menor estatus: su pasado laboral no es muy alabado, pero en la actualidad como jubilados se sienten bastante bien (*pasado mal, hoy bien*). De todas maneras no siempre se observan los discursos tan uniformizados por estratos como continuaremos observando (véase Capítulo 8).

La valoración global del pasado sigue unas pautas parecidas a la valoración del pasado laboral (se repite el tono discursivo). Es decir, observamos en nuestro estudio que los de menor estatus, las mujeres, los que están solos y son más pasivos perciben de forma más negativa su pasado (en coherencia con su evaluación del pasado laboral). Los discursos menos críticos con el pasado se encuentran en aquellos que tienen (y han tenido) mejor posición social. En fin, una vez conocidas las distintas actitudes (significados, valoración, satisfacción, motivos) hacia el trabajo va quedando claro que el trabajo anterior es una de las dimensiones que marcará los discursos y percepción hacia la jubilación y envejecimiento. Pero vayamos paso a paso y veamos antes los discursos sobre

el ocio pasado para luego conocer sus posturas ante el «fin del trabajo» o la jubilación. Este apartado (y el siguiente) pretenden ser «bisagra» o enlace, para desembocar en la discursividad, igualmente plural, sobre la transición a la jubilación.

7.5. EL OCIO SUPEDITADO AL TRABAJO O LA IMPOSIBILIDAD DEL OCIO

Se vuelve relevante desarrollar, aunque sea someramente, qué hacían los mayores «después del trabajo» porque su incidencia sobre la transición a la jubilación y la actividad parece nítida. El objeto de este epígrafe es dar respuesta a los interrogantes ¿a qué dedicaban el tiempo «fuera» del trabajo?, ¿qué significado tenía para ellos el tiempo libre y el ocio? El discurso predominante nos indica una ocupación del tiempo libre «breve en el tiempo», es decir, tenían poco (¡o nada!) tiempo libre: trabajaban «de sol a sol» fuera remuneradamente o en el ámbito doméstico. Además, el tiempo libre de trabajo solían dedicarlo a la familia, principalmente. Apenas pudieron «rozar con la punta de los dedos» el ocio; disfrutar plenamente del ocio no les ha sido posible. En cualquier caso se trataba de un ocio espontáneo, no programado, pasivo, pero veamos antes los distintos discursos según provengan de voces femeninas o masculinas, o bien según el estatus o el hábitat. Es decir, aunque todos tenían un tiempo libre limitado, un tiempo de ocio similar (generalmente el ocio como *descanso y diversión*), ni todos/as hacían lo mismo ni le otorgaban el mismo significado.

La frase «*siempre trabajando, poco de familia y de ocio nada*» bien resume la idea de supeditación del ocio al trabajo en el pasado de los mayores varones. Por tanto, si hemos observado la diversidad y complejidad en las trayectorias laborales parece que encontramos mayor uniformidad, sobre todo «intragénero», en este aspecto. Es decir, los hombres (de cualquier estatus y hábitat) lo dedicaban a trabajar más (recordemos lo del «pluriempleo» y los horarios extensos) o a estar con sus familias. Las mujeres (de cualquier estatus y hábitat) a trabajar y cuidar de los hijos y del hogar. Pero no todo es tan simple.

En general, los jubilados varones dicen que no han tenido tiempo nada más que para trabajar, e indagando en sus relatos vemos que después del trabajo que ocupaba sus largas jornadas de sol a sol seguían trabajando (en otros oficios distintos al principal o en el mismo, pero de forma informal: lo que ellos denominan «chapuzas»). En muchos casos, seguían trabajando generalmente para complementar los bajos salarios y afrontar las necesidades personales y familiares de entonces.

«P.– (...) salía de trabajar, andaba *haciendo unas «chapuzucas»*, mis cosillas, mis cosillas y tal, dentro del oficio ese, y bueno, *era un complemento*, si se puede decir, un complemento económico, porque claro, de aquello no es que se ganase mucho (..) en el taller, pues claro, las ganancias económicas eran bastante bajas..., pero bueno, siempre hacías tus cosillas y vamos, ibas sacando un complemento (...)

(...)].– ...y fuera del trabajo, pues yo no hacía nada porque yo *hacía muchas horas extraordinarias para la empresa, yo trabajaba siempre para la empresa*. Yo no tenía sábados ni domingos...» (GD6: 7, o ver EM9: 2) «...Después de trabajar no me daba a mí *tiempo para nada* (...) Yo la vida que tenía era nada más que en la carretera tirado...» (GD1: 1) «...*mi oficio era más esclavo y no me ha dado tiempo ni a cartas ni a nada...* (...) echar horas extraordinarias... (GD6: 18 y GD1: 13).

Además de seguir trabajando todos señalan algunas prácticas biológicas más básicas como parte de ocupación del tiempo libre de trabajo: dormir, descansar sin hacer nada, comer, tomar algún alimento o bebida...

«Cuando llegaba de trabajar, llegaba, *me duchaba y me iba a tomar unos vinos con los amigos*. La tertulia, eso sí era necesario, ya podía venir lo cansado que viniera. Luego he estado *trabajando* también muchos años con..., hacíamos taquitos de leña para estufas, para venderlos...» (EM10: 3).

«– Si en la fábrica no había horas, yo me iba a la trapería. También he sido cobrador en la «Contestana», he trabajado en la Construcción, he ido al campo y he ido...

– Yo nada.

– Yo trabajaba en la Construcción.

– Yo trabajaba domingos y todo en la imprenta. (...).

– Si querías tener un duro más, ¡hala!, sábado y domingo, ¡a trabajar!, para tener un duro y podértelo gastar. Y eso era, siempre trabajo, *siempre trabajando, era una rutina de trabajo, trabajo y cama...*» (EM15: 2 ó EM20: 2).

Se observa que muchos no hacían nada más que descansar «sin hacer nada». Esto parece comprensible, porque tras unas jornadas de trabajo tan duro y «tan activo» físicamente (sobre todo en los trabajos más físicos y menos cualificados) no les atraía (o no conocían, o no tenían posibilidades, o todo ello unido) ningún tipo de ocio activo sino más bien pasivo, de descanso. Pero también destacan algunas actividades consideradas de «ocio más activo» como, por ejemplo, ir al bar, jugar a las cartas, pasear, salir con los amigos, ir al campo, deportes, etc. Los primeros parecen ser más practicados.

El «pasear» era y sigue siendo (como veremos en el Capítulo 9) una de las actividades más practicadas por los mayores, sobre todo por los jubilados. Las mujeres tendían más a permanecer en el hogar, o a pasear por motivos de compras o para «sacar» a los niños. Además, el reunirse con la familia también ha formado parte del tiempo libre pasado de los mayores. Acudir a misa ha sido una de las prácticas (y sigue siéndolo, sobre todo en las mujeres) que los mayores han realizado en sus días festivos. En general la ocupación del tiempo libre era de carácter más bien pasivo, sencillo, barato, realizado en el mismo entorno y con actividades de pronta ejecución.

«- Yo al paseo, yo cogía y *me iba al paseo* por ahí como salíamos por la tarde pronto, pues luego a lo mejor me iba por ahí de paseo con la mujer... (...)

- Se salía del trabajo, se comía y o bien te ibas a dar un paseo por ahí con la señora o a *jugar a las cartas* a... a donde fuera, o bien a *un bar* o a donde fuera...

- O en casa...« (GD1: 11 y ver 12).

«P.- (...) otro tiempo lo echaba en el *bar* y *algo de piscina* y tal. Y luego el *ambiente familiar*, con la mujer...

P.- Yo, después de trabajar, las actividades eran divertirme, ir al bar, echar *la partida*, *ir al bar*, *pasear*... (...)].- Pues yo he paseado poco...» (GD6: 7 y GD10: 12).

Una minoría son los que se dedicaban a actividades como formarse o estudiar. Estas prácticas eran más realizadas por los de mayor estatus (por ejemplo, un miembro GD6: 7). En cualquier caso, nos encontramos con mayores que han sido (y generalmente serán los que siguen siendo más activos hoy) bastante activos «socialmente», y algunos no sólo han pertenecido a una asociación cultural, folklórica o deportiva, sino que además han tenido algún tipo de participación más implicada y activa. No todos los mayores son tan pasivos como nos hace pensar el estereotipo de pasividad atribuido a la gente que ha cumplido los 65 años (véase 9.5 ó GD1: 11-12¹⁵).

Aunque no han sido «deportistas practicantes» el deporte en general ha ocupado buena parte del tiempo libre pasado. La faceta de espectador (oyente de radio, lector de prensa) de deportes se extrae de cualquier discurso mas-

¹⁵ “- ...*dedicado a formación en la parroquia*, en la parroquia trabajar muchísimo...” (GD1:11) (...) pasear, que si trabajar, yo me dedicaba a *dar catequesis*, a *colaborar sin miramientos*, *prestando unos servicios a la Iglesia y al pueblo*,... lo he estado dando con los niños nueve meses...” (GD1:12).

culino; sin embargo no está en boca de las mujeres a no ser que sea como protesta. En concreto el fútbol ha sido (y sigue siendo, según nuestro estudio) el «deporte rey» contemplado por los jubilados; surge en todos los discursos de los GD de jubilados varones y en casi todas las entrevistas a jubilados. Las actividades de ocio estaban y siguen estando aún hoy bastante generizadas: hombres, fútbol o pasear; mujeres, pasear o compras, por ejemplo.

«...esto era de la Empresa Municipal de Transportes, y me iba por las mañanas a las ocho de la mañana y me veía los juveniles, la regional y la tercera división. (...). por la tarde me veía el televisado, mejor dicho, me veía el Madrid o el Athletic porque yo he sido socio del Madrid y del Athletic. (...) era socio de los dos. Me veía ese partido y después el televisado (...) ¡cinco partidos casi todos los domingos!...» (EM1314: 4).

«- Pues yo estaba deseando de coger el domingo e irme al fútbol, tú sabes que había fútbol, irme al fútbol, se enfadaba mi señora, era mi hobby y mira, «estoy trabajando toda la semana y dejadme el fútbol»...(GD1: 13 y GD8: 7) «...Yo soy del Hércules de toda la vida, toda la vida del Hércules, pero claro, el Alcoyano lo teníamos al lado e íbamos todos los domingos...» (EM20: 2).

Muy semejante era la ocupación del tiempo libre de los **jubilados de mejor situación** socio-económica. Si los discursos sobre el pasado laboral eran bastante distintos no lo son tanto en relación al ocio. También encontramos mayor uniformidad intragénero en los hombres de la que se observa entre las mujeres. Algunas de las actividades citadas para los jubilados de medio y bajo estrato social se manifiesta también en sus discursos: tiempo dedicado a la familia, trabajando más, pasear, ir al campo, espectador de deportes, misa... Si cabe, los de mayor estatus han tenido un ocio algo más activo, más viajes, lectura, entre otras.

«...la lectura y el paseo han sido las dos cosas que más he hecho. Pues distraerme como todo el mundo, pues alguna vez he ido al cine o a ver exposiciones. A en fin..., sencillamente pasear, principalmente a pasear, a ver cosas, a viajar.» (EM1: 2).

«- (...) Tenías que hacer horas, pero aparte, el hobby solo era el de tomar café al mediodía. Pero más hobby no podíamos tener (...)

(...)- Veras, eso va en la forma de ser de cada uno, porque yo, por ejemplo, tenía el trabajo debajo de casa, quiero decir que como estaba todo el día trabajando en casa, cuando llegaba la hora me escapaba, tenía mi asunto que era la Filá, que entonces iba todos los días (...)

- Y cuando llegabas a casa ibas a descansar (...) la televisión o bien leías el periódico un rato.». (GD8: 9 ó ver EM1314: 13: «...hemos sido

muy amantes del cine...» (EM12: 3) «...he tenido poco tiempo para «hobbies» pero, lo que más *me gustaba era salir con mi mujer y mis hijos...*»)

En relación al trabajo doméstico una minoría de jubilados son los que han ayudado en las tareas del hogar, si cabe, la cooperación se ha limitado a encargarse de las compras y cuestiones relacionadas con los hijos, pero poco más. En los discursos de muchos jubilados apenas surgen comentarios sobre el apoyo a sus mujeres en las tareas del hogar: se supone que el tiempo invertido en las mismas era (y sigue siendo, tal como veremos en el Capítulo 9) mínimo y con carácter de «obligatoriedad» la mayor parte de las veces. Veamos algunos comentarios irónicos sobre esta «irrisoria colaboración» masculina en el hogar:

«- ... ahora, eso de menear el café, nada, que te lo...

- Yo *en mi casa he colaborado al cien por cien.* [Risas]

- Yo *digo eso en mi casa y me matan, ¡vamos!, mi mujer me mata, me echa... (...)*

- Yo *he colaborado y sigo colaborando...* [Dice con ironía]

(...)- (...) cuando los cuatro niños eran chicos, *no tenía más remedio que trabajar en la casa y colaborar... porque nosotros hemos tenido ocho niños y me parece que no hay ninguno que se lleve un año... (...)* los ocho bártulos, los ocho uniformes, uno los bañaba y la otra los secaba, o ella los secaba y yo los bañaba, poníamos la cena... y eso sí, mi casa, en ese sentido, cuando eran chicos, era como un cuartel...(...) *al principio era una obligación, era una necesidad ¿¡qué iba a hacer!?, si mi mujer no lo podía hacer, si no lo podía hacer, si no podía coger el mercado...*» (GD5: 8-9 y GD7: 11).

A pesar de que comenta alguno que ayudaba en las tareas del hogar y en la educación de los hijos, observamos que la mayoría no han participado en todo ello, independientemente del estatus que tengan. Algunos de mayor estatus comentan que les hubiese gustado disfrutar más de sus hijos (véase apartado 9.5. ó GD5: 9), pero reconocen que no han ayudado, ni ayudan en las tareas domésticas (ver epígrafe 9.3.2).

Cambiando de tercio, aunque las actividades que han realizado los mayores de estos niveles son similares a las comentadas respecto a los jubilados de nivel más bajo, los que han hecho algunas actividades más enriquecedoras suelen haber tenido un nivel formativo y de ingresos más alto. Por ejemplo, este otro tipo de actividades eran: seminarios, cursillos, formación, deportes, leer, viajes, etc. (GD5: 18), actividades que apenas observamos en los mayores de estatus medio y bajo y tampoco en las jubiladas, que se centran en la familia, en las tareas del hogar o en trabajar más.

A pesar del poco tiempo libre, es de destacar la pertenencia a asociaciones, peñas festeras, clubes deportivos o culturales de algunos mayores. Esto se observa también en los jubilados de estatus medio. Parece que encontramos mayor actividad asociativa, según sus discursos, en los ámbitos intermedios y rurales, y sobre todo, más en hombres que en mujeres. Pero muchas veces se trataba de un asociacionismo «determinado» política y religiosamente por la ausencia de libertades de la época. Según la información de las fichas que rellenaron, los de mejores estratos sociales también exponían mayor pertenencia a clubes y asociaciones: club de tenis (EM3, GD8), club de fútbol (EM1314), Círculo Industrial (club social de empresarios), sociedad musical, filàa (comparsa o peña festera) (GD8: 3-4), Acción Católica (por ejemplo, leer GD8: 9). En los medios rurales e intermedios destacan la pertenencia a asociaciones religiosas y folklóricas (GD7, por ejemplo). Se han hallado disparidades según el estatus, género y según el hábitat del mayor, pues en los entornos menores (más que en los urbanos y en las metrópolis) la gente parece que se ha reunido más que en las ciudades. Podemos establecer desde sus discursos, al menos, dos tipos de asociacionismo por estatus: uno más comunal (más característico del nivel medio y bajo) y otro más elitista y profesional (más en niveles altos) (véase estudio Rodríguez Cabrero, 1997 y apartado 9.3.2.3 y 9.5.3.4)¹⁶.

«— Yo siempre he procurado tener un tiempo después del trabajo para mí. Ya digo que particularmente, pues muchos días en ese tiempo me iba a jugar a cotos (cartas). *Llevaba una vida de trabajo, una vida de familia y una vida de filà.* Yo he hecho mucha vida de filà, o sea que yo allí he ocupado mucho tiempo...

— (...) a mí me daba la locura de *montaña, natación, fútbol*, y en eso me entretenía, estaba ilusionado, me gustaba todo eso, basta ver que yo sólo he fumado cuando he ido a la filà, pero antes ni fumaba ni bebía, era un forrofo de la vida sana, me dio por ahí...» (GD8: 3-4).

Pero percibimos en todos los jubilados de nuestro estudio que sus recuerdos, su discursividad, giran en torno a sus profesiones aunque se les pregunte por su tiempo libre pasado u ocio anterior. Queda patente la centralidad del trabajo frente a la menor relevancia que otorgan a todo lo que no haya sido trabajo.

¹⁶ Los discursos femeninos sobre asociacionismo indican una liviana participación. Aunque también pertenecían a algunas de las asociaciones su asistencia ha sido menos frecuente debido a que el hogar, la familia, en definitiva el “espacio doméstico” ha sido su espacio “natural” (Véase 9.3.2.3. y 9.5.3.4).

La frase «*Nada de tiempo libre: casa, trabajo, hijos y nada más...*» bien resume la inexistencia del ocio pasado en las mujeres. La centralidad de la familia y la ausencia del ocio son las características comunes del tiempo libre femenino pasado. De forma genérica, las mujeres no tenían el tiempo diario tan estructurado y diferenciado como los hombres, cuyo ritmo cotidiano era: trabajo-descanso-trabajo. En las mujeres no se perfila tan nítidamente de sus discursos la línea que separaba el tiempo de trabajo doméstico, trabajo fuera del hogar y tiempo dedicado a la familia. Su tiempo se caracterizaba más por la «simultaneidad» (combinando varias tareas al mismo tiempo y en un mismo espacio) frente a la «secuencialidad» de los jubilados. Por ello, las mujeres no poseen discursos sobre el ocio, el trabajo o la familia diferenciados, sino que se entremezclan sus opiniones: cuando hablan de la familia, hablan del trabajo y hablan del ocio al mismo tiempo. La ausencia de un tiempo y espacio privados que quedan absorbidos por el espacio y tareas domésticas ha sido patente en estas féminas. En el caso de las que han sido exclusivamente amas de casa su situación se presenta más clara porque sus días han transcurrido entre el hogar y los hijos; pero no por ello han disfrutado más del ocio y tiempo libre. En general es difícil averiguar qué era eso de «después del trabajo», sobre todo en las que han trabajado en negocios familiares, por horas, o en trabajos sumergidos en el propio hogar. Si los hombres se quejaban del poco tiempo libre del que han dispuesto en sus vidas, igualmente las mujeres mayores transmiten una clara ausencia de tiempo para el ocio. Sus verbalizaciones son suficientemente indicativas de esta ausencia de «ocio» en sí mismo, de esta «imposibilidad» del ocio:

«- A la casa...

- A sus labores...

- A nada...

(...)- A hacer las cosas, yo me levantaba a las cinco de la mañana y no volvía hasta la una y por las tardes tenía que hacer las cosas» (GD2: 7-8)

A lo largo de todo el discurso femenino predomina la queja de su pasado laboral, y se denota que no existía esa separación entre trabajo y ocio, pero sí una cierta fisura entre «trabajo de fuera» y «trabajo de casa». Este último era llevado a cabo durante el tiempo de ocio y descanso (tardes, noches, fines de semana). Por ejemplo, las que trabajaban en negocios familiares o en casa aún tenían una situación más pésima porque tenían lo negativo del ama de casa (espacio «cerrado», dependencia, no reconocimiento social...) y lo negativo del trabajo remunerado entonces (poco cualificado, sin contrato, baja remuneración, sin poder de decisión...). A esto se añade la falta de se-

paración entre el trabajo y el ocio, o al menos un tiempo dedicado para «ellas mismas», para su actividad de ocio elegida¹⁷. El menor estatus de las mujeres, y de los jubilados en general, fomentaba la imperiosa necesidad de trabajar sin plantearse siquiera la posibilidad de ocio (véase la «jornada interminable» que no les permitía tener tiempo libre, apartado 7.3). De todas maneras si les «sobraba» tiempo después de las obligaciones laborales y familiares solían dedicarse a actividades típicamente femeninas de ocio: ganchillo, calceta, punto, coser, bordar, principalmente. Se trataba de actividades claramente feminizadas y determinadas, generalmente relacionadas con el arreglo y cuidado del hogar (labores, jardinería...), pasear con/a los hijos/as, ir a misa... y poco más.

«...he salido muy poco, muy poco, siempre..., porque mira (...) entonces se abría los domingos, los lunes y todos los días se abría el comercio. No tenía ni hora ni nada, más que se abría, así que siempre tenía que estar allí en el comercio trabajando todos los días hasta los días de fiesta» (EM5: 1) ...He llevado el comercio, he llevado mi casa, he llevado las dos niñas que tengo para adelante (EM5: 1) pues nada. No me ha dado tiempo a nada...» (EM5: 7).

«...A las flores (...) Me encanta, sí. (...) mis «primores», hacer punto, coser, punto de cruz, esas cositas (...) me gustaba ir mucho a misa (...) estar en casa, porque a mí salir no me ha gustado...» (EM6: 2-3).

«...aquí en casa casi siempre o con mi familia, iba a la Iglesia y nada más, no es decir pues me he dedicado a irme mucho de vacaciones, y de excursiones he ido muy poco... (...) los fines de semana los quería para descansar también, y por eso no he ido mucho a ningún sitio, ¿eh?, nada más que por aquí, por la Parroquia, por aquí, por el barrio. (...) la casa de mi hermana, pues he ido muchos domingos a comer, los sábados me limitaba a limpiar un poco más la casa o a lavar... (...) He salido poco...» (EM4: 4 ó GD9: 2) «...hacer la cena y sentarnos que estábamos muertas...» (EM16: 1-2, GD9: 2).

Disfrutaban aún menos del ocio que los hombres que, al menos, sabían cuándo acababa su tiempo de trabajo. Han vivido «la negación del ocio», al igual que la negación del trabajo remunerado, del estudio, de salir... Hasta tal punto llegaba la limitación a algunas de ellas, que no podían salir sin el

¹⁷ Soledad Murillo (1996), en su obra-tesis *El mito de la vida privada. De la entrega al tiempo propio* (Ed. Siglo XXI), ofrece una interesante reflexión histórica, teórico-conceptual y aplicada (método cualitativo, concretamente Grupos de Discusión), entre otros puntos, sobre esta ausencia de “tiempo y espacio privado” (tampoco “público”) en las mujeres, no sólo mayores, sino de todas las edades.

marido, estaban «reprimidas» y recluidas en sus casas y así lo expresan en sus discursos alabando la libertad y poder de decisión de las mujeres de hoy no sólo respecto al trabajo sino respecto al ocio y poco tiempo libre que les quedaba. Tal como ellas dicen, no podían salir, no podían tomar algo con amigas, no podían estudiar, no podían, no podían... el discurso de la «represión», del «no poder», del «deber parecer», de «las mujeres en casa con la pata quebrada»...

Lo más llamativo es que entonces ni se plantearon estudiar, o trabajar, o conducir..., pues se suponía que no podían... Todo ello nos recuerda las actitudes y discursos sexistas más recalcitrantes y retrógrados de algunos hombres. Desgraciadamente estas actitudes discriminatorias eran la tónica general en aquella época. En consecuencia alaban la mínima libertad que ellas no tuvieron (véase GD2: 20, ya mencionado). No sólo se trata de que han tenido que aceptar aquella situación discriminatoria, sino que hasta tal punto estaban socializadas en este tipo de valores y actitudes que muchas, aún hoy, se resignan, no se quejan, parece que no se dan cuenta (¿o no quieren recordar?) de su situación pasada. Sería el discurso de las más tradicionales, o mejor dicho, de las conformistas y resignadas. Algunas parecen algo más conformadas (GD9, EM14, EM18) que otras (GD2, GD3, EM4, EM7, EM16, EM17). Pero todas transmiten un discurso crítico y negativo sobre su pasado. Resaltan y admiran los cambios sociales, sobre todo de las mujeres, a los que ellas han llegado tarde. De todas maneras aún disfrutan de algo, es lo que algunos autores han llamado la «emancipación tardía» de las mujeres mayores (G. Rodríguez Cabrero, 1997). De cualquier forma, cuando eran jóvenes los *hobbies* y aficiones estaban totalmente generizados. Aún siguen estándolo en la actualidad (véase apartado 9.4 y 9.5), aunque no de forma tan tajante como en su pasado.

«— (...) entonces no podías irte a sitio ninguno. O sea que esto es como de la noche... pasar de la noche al día. Por otra parte también te voy a decir una cosa: Entonces como, yo por ejemplo, a mí me ha gustado mucho el baile (...) como le decía: «¿No te gusta el baile?, pues quédate ahí, Pepe, a ver el fútbol», pero era yo porque era un poco más liberal (...) padre me decía: «¿Un día te van a dar de hostias!», y yo decía: «Bueno, pues el día que me las den, pues bueno, pues me quedo con ellas». Pero que era muy esclava, muy esclava (...) pero tenéis campo libre para poder buscar donde sea, como sea y entonces, la mujer, o eras modista o eras sirvienta, no tenías otra ... (...) ¡con veinte años menos!, como se vive hoy la vida, que disfrutas de tomarte una caña, que disfrutas de tomarte tres... (...). Entonces no lo podías hacer, (...) pienso y digo: «¡Jolín, es que hay que ver lo que hemos hecho la

mujer»... la mujer, sobre todo, la mujer. No ya solamente con la sociedad, sino con tu mismo marido y con tu entorno de tu familia.... « (GD2: 21).

En los entornos rurales e intermedios parece que tenían actividades más al aire libre, en «la plaza del pueblo», más comunitarias (fiestas locales, paseos, ritos religiosos —procesiones, bodas, entierros—). Cualquier acontecimiento era y es más «social» en estas zonas. Parece que en estos hábitats han realizado más actividades al aire libre. Aunque desarrollaran unas mismas actividades, igualmente determinadas y feminizadas, se observa una mayor salida del espacio privado del hogar, para estar en el campo, paseando, en contacto con la Naturaleza. No olvidemos que en las zonas de actividad agrícola y ganadera las mujeres han jugado un papel fundamental, contribuyendo con su tiempo y trabajo «extra» a la economía familiar.

«M.— Coser, bordar las sábanas, las toallas, en casa. Nos íbamos debajo del algarrobo del tío Quico, tomábamos el aire...

M.— Y de noche estábamos con los chicos *al lado del fuego, bordando y cosiendo...*» (GD7: 8, GD9: 2) «...igual cogía espigas que me iba a cavar ¡he hecho de todo!...» ó GD2: 18: «...en mi pueblo había un río fabuloso, íbamos todas las tardes a bañar...» ó EM1819: 6: «...a Portugal que estaba muy cerca. Comíamos en Portugal, a los saltos, Salto de Aldeadávila o Salto de Saucelle, y todos esos que son paisajes muy bonitos. *Unas veces llevábamos la merienda, merendábamos en el campo y otros días nos sentábamos allí...*»

De cualquier manera, exceptuando ese ocio peculiar en el campo y un mayor contacto social (charlar, pasear...) también parece un ocio pasivo no sólo el de las mujeres mayores rurales sino de los jubilados en general. El poco tiempo libre transcurría de forma pasiva, con actividades accesibles al «poco bolsillo y poco tiempo», con finalidad más de entretenimiento, más instrumental, que no un ocio como objeto de expresión y realización personal, sea de tipo cultural, formativo, creativo; sino más bien en busca de la mera diversión o descanso de las duras jornadas de trabajo. Confirmemos las diferencias intergénero en el tipo de actividad de tiempo libre, pero el mismo carácter de ocio productivo (continuaban trabajando), pero no formativo ni cultural sino pasivo (descanso).

«M.— A dormir.

H.— Aquí en el pueblo cuando acabábamos de trabajar *no había nada, si éramos solteros dábamos una vuelta por el pueblo, charlábamos un rato hasta la hora de irnos a dormir. Es lo que hacíamos todos.*

H.- Yo, a *trabajar en los bancales* en lo poco que tenía (...)
(...)M.- Pues mire, en casa y *ayudando a mis padres en lo que he podido, en el campo*.
(...)M.- *Íbamos a la uva, a cortar racimos, después en casa bordando la dote (...)*» (GD7: 7-8)

«H.- *Yo igual. Yo me he dedicado sólo y exclusivamente al trabajo de mi empresa*.

H.- Yo lo mismo. No tenía ni un día libre a la semana.

M.- Yo después de *trabajar en el comercio con mi marido, a cuidar la casa y a mis hijas*.

(...)M.- No, yo no lo dedicaba a *nada*. En casa a hablar con alguien, en la casa siempre hay que hacer.

(...)H.- *Yo a trabajar más*.

M.- Yo de todo, igual me iba a vender que a limpiar a las casas, además de llevar la mía, ¡a ver!

H.- Pues después de echar tantas horas como echábamos entonces, (M.- De sol a sol), y de luna a luna, pues entonces si podías estar un *ratito con los hijos y si no pues a dormir...* (...)

(...)H.- Entonces ni domingos ni fiestas ni nada... (GD4: 4 y GD3: 8-9).

En resumen, las mujeres no han podido estudiar, ni trabajar en lo que querían, ni divertirse, ni conducir ni «conducirse»... No es que no tuvieran tiempo libre (las amas de casa tenían bastante) sino que no podían convertirlo en tiempo «liberado» de las obligaciones familiares, no podían transformarlo en tiempo de ocio, o de formación, o de diversión... Entonces ha sido como si no «dispusieran de su tiempo», de su vida. Reclusión y pasividad casi total. Al menos los hombres han disfrutado de más tiempo libre, aunque tampoco hayan podido elegir sus trabajos, pero han tenido más posibilidades, «más campo» y poder de decisión. En dos palabras: más libertad.

Las personas mayores ante la jubilación: transiciones, significados y representaciones

«La peor muerte para alguien es perder lo que constituye el centro de la propia vida,
y lo que hace de él lo que realmente es.
Jubilación es la palabra más repugnante de la lengua.
Sea elegida o forzada por la suerte, jubilarse y abandonar las ocupaciones
—esas ocupaciones que nos hacen ser lo que somos—, equivale a bajar a la tumba.»
(Hemingway)

Este Capítulo consta de cuatro epígrafes. En una primera parte, a modo de enlace con el Capítulo anterior, se ofrece un acercamiento a las distintas transiciones a la jubilación y las posibles fases de la misma. La segunda parte, a modo de encuadre global, desarrolla la relevancia del factor «edad» y concretamente el debate en torno a la edad de jubilación. La tercera, versa sobre el trabajo, los ingresos, la salud y otros determinantes/consecuentes de la vivencia de la jubilación. En la cuarta, se perfilan las representaciones y vivencias de la jubilación de los jubilados y las mujeres mayores.

8.1. EL TRÁNSITO A LA JUBILACIÓN: ¿PROCESO O CAMBIO ABRUPTO?

“Esta injusta situación, denominada jubilación, surge como torpe consecuencia de considerar la vejez como un acontecimiento (...) y no como un prolongado y sutil proceso de comienzo, duración y magnitud indefinidos y distintos para cada individuo...”
(A. Portera, 1998: 7)

La transición de trabajador a jubilado es uno de los cambios más importantes que tiene lugar en el último tercio de la vida. Junto a esta vivencia diferencial se ha de decir que las formas de entrada en la misma también son cada vez más diversificadas, por ejemplo:

- Jubilados que acceden desde el paro (u otra situación laboral, como la prejubilación) a la jubilación, no desde el empleo remunerado y oficial.

- Enfermos y discapacitados obligados a jubilarse antes de tiempo. Se produce una transición precoz.
- Mayores que no tienen derecho a pensión y tienen (o quieren) que esperar a los 69-70 años. Por ejemplo, profesionales (algunos niveles del ámbito académico) que no perciben pensión hasta los 70-75 años.
- Algunos funcionarios (militares) que cobran pensión (un tipo de sueldo o pre-jubilación), pero que en realidad siguen trabajando en otras profesiones.
- Los empleados de determinados sectores (minería, empresas...) se o «los» jubilan antes.
- Las personas del sector agrario se retiran paulatinamente y más tarde que las del sector industrial o servicios.
- Las personas asalariadas se retiran antes que los trabajadores autónomos o profesionales liberales, los cuales tienen una transición menos traumática y radical, continúan trabajando.
- Profesionales artesanales, comerciantes, autónomos (...) que no llegan nunca a jubilarse en el sentido estricto de la palabra porque siguen trabajando en la empresa familiar, por ejemplo.
- Personas, sobre todo mujeres, que nunca vivirán esta transición a la jubilación porque han trabajado de forma remunerada pero no han cotizado.
- Personas que no han cotizado porque no han trabajado de forma remunerada. Es el caso de las amas de casa. No viven esta transición; si acaso serán «jubiladas consorte», por la jubilación del marido/pareja.

Pensemos que sólo el 38% de los jubilados se había jubilado a los 65 años y no antes (MTAS, 1999), y por ello cada una de las formas de transición a la jubilación «no oficiales» citadas pueden percibirse en la actualidad. Aunque son modos «especiales», cada vez se tornan en tránsitos más comunes y menos extraordinarios, por ejemplo: «del paro a la jubilación» (EM10: 4, agricultor), de la «prejubilación a la jubilación» (EM8: 2, bancario, GD8: 2 fábrica, EM3: 6 administrativo Aviaco) o «jubilación anticipada», antes de la edad oficial (muy generalizada, véase fichas GD y EM). Estas formas de acceso «forzado» al no trabajo puede constituir uno de los motivos de animadversión hacia la jubilación (véase apartado 8.4.4). En algunos casos las pensiones son notables, pero en otros la pensión que se recibe por jubilarse antes es mucho más baja que si la jubilación es a la edad oficial.

“...me he jubilado prácticamente a la fuerza, porque ahora el día 6 de agosto hace cuatro años que me dio una angina de pecho...»(EM10: 2) (...) *al jubilarme he subido un poquito porque ganaba 50 de eso de mayor de 52 años, estaba en el paro. Antes ganaba 50 y pico y ahora 57 y pico. O sea, es una miseria...»* (EM10: 4).

“...ha sido una jubilación obligada, porque yo me encontraba bien, pero cerraron la fábrica, entonces al cerrar la fábrica, en 58-59 años, ¿dón-

de vas? Entonces aún tienes bastante nervio, pero ¿a dónde vas? si en aquella época era peor que ahora, que no admitían a nadie. Así es que hasta queriendo continuar no podías, estuve obligado a jubilarme.» (GD8: 2 y EM3: 6 o EM8: 2)

En relación a la cuestión ¿es la jubilación un proceso o un cambio abrupto?, podemos decir que si se toma la jubilación como el mero fin del trabajo, se deduce claramente que es un fenómeno abrupto, brusco, que el trabajador vive de la noche a la mañana. Pero si tenemos en cuenta las posiciones sobre la misma percibimos que se trata (dentro de su carácter de brusquedad) de un fenómeno ante el que se muestran distintas actitudes dependiendo de la «fase» por la que se atraviese y de la adaptación-no adaptación a la misma. Por tanto, a lo largo de todo el estudio se recordará que la jubilación tiene un carácter procesual a pesar de que se trata de un cambio brusco del trabajo a la inactividad. Suele vivirse como un proceso, y por tanto cambiante, variable, en constante mutación y no como un estado permanente.

De forma general, en un primer momento, las personas jubiladas se alegran de no tener que ir a trabajar, viven en un estado eufórico, de descanso, diversión, de no hacer nada. Pero más tarde, con el paso de las semanas y/o los meses, puede empezar la problemática de no saber dónde acudir, no saber cómo llenar el tiempo, con el riesgo de caer en el aburrimiento, en el «sinsentido», en la depresión y en la desesperanza¹. Según Fericgla (1992) la jubilación es un rito de exclusión peculiar porque no sigue las etapas de cualquier rito, que son: «separación» (aparta al sujeto del estado antiguo), «liminaridad» (estado marginal respecto a una estructura social o cultural dada) y «reagregación» a un nuevo estado. Este esquema no se cumple en la jubilación. Siguiendo a Fericgla, la jubilación es especial porque no comporta una posterior reintegración (págs. 120 y ss.). También para Aranguren (en Prólogo de Cano, 1990: 14), «la jubilación es, junto con el ingreso juvenil en el mundo laboral, el otro 'rito de pasaje' de nuestra secularizada sociedad. De pasaje, en la modernidad, a la invalidez, a la inutilidad...».

¹ S. Bautista de la Torre (1994), a través de su novela *La vejez, esa eterna juventud*, narra la vivencia de Nico (protagonista, administrativo jubilado) de la transición a la jubilación y vejez, que refleja paralelismos con análisis de nuestro estudio. Vemos las distintas actitudes hacia la misma, desde antes de jubilarse, la euforia, el vacío posterior..., y también el ocio, la enfermedad, la relación con la esposa, la muerte de seres queridos, etc.

En cuanto a las distintas fases, para Moragas (1991: 168) existen dos momentos principales: antes y después de la jubilación. La fase anterior sería mientras se toma la decisión y se barajan algunas alternativas, y la fase posterior se definiría a raíz de asumir el rol de jubilado². Según Havighurst *et al.* (1969), la persona tras la jubilación pasa por varias fases: 1) Inmediata al cese del trabajo: el individuo se siente frustrado y en un estado de ansiedad permanente. 2) Dominado por la inquietud, pero también por encontrar un nuevo rol social y/o psicológico que adoptar. Durante esta fase se eliminan anteriores ambiciones y se crean otras nuevas en consonancia con la realidad. 3) Estabilización, en la que el individuo ha encontrado un rol que le permite compensar su falta de actividad. Al final, establece una nueva distribución del tiempo, cultiva nuevos contactos sociales y busca ocupaciones apropiadas para su estado y condición.

Fitzgerald (1988: 25) expresa claramente los distintos momentos en su jubilación: «*Las noticias llegaron repentinamente una tarde. Una consolidación de la organización iba a eliminar mi puesto dentro de los mandos ejecutivos intermedios e iba a permitir mi jubilación anticipada. En principio, la incredulidad, luego la gratitud: '¡no tendré que trabajar nunca más!'. El fin de semana interminable..., pero poco después de que la puerta se cerrase suavemente detrás de mí, me sentí inesperadamente desorientado*», que concuerda con otros discursos de nuestro estudio. Recordemos que siguiendo a Atchley (1976; Aragón, 1986; Bazo, 1990; Agulló y Garrido, 1996) se pueden identificar distintas etapas que pueden o no experimentar los mayores. Como toda clasificación, expresan una gama de posibles fases que pueden vivirse o no tal como aquí se plantean:

O. *Prejubilación*. En esta fase la persona se plantea expectativas futuras, hace sus planes más o menos alcanzables hacia el nuevo periodo que empieza con la jubilación. Atchley propone incidir en la *fase remota* (que casi nadie vivencia) y en la *fase de pre-retiro* más cercana. La fase remota (en la que la

² Siguiendo al mismo autor, la decisión de jubilarse —factor básico en la aceptación de este proceso— puede ser tanto por factores institucionales o personales. En cuanto a los institucionales, sobre los que el individuo no tiene control son: ciclo económico (reestructuración de sectores, posibilidades de empleo), tendencias de la legislación social, política de la organización (trato trabajadores mayores), puesto de trabajo desempeñado (exigencias y futuro del mismo) y actitudes sociales sobre la jubilación. Los factores más personales pueden ser: estado de salud, motivación e intereses en otras actividades, finanzas personales y posibilidad de otros ingresos, actitud familiar (responsabilidades familiares, existencia de personas dependientes), deseo de cambio o de nueva actividad, satisfacción en el trabajo.

mayoría aún no está preparada conscientemente para la jubilación) es la que Aragón denomina «aprender a aprender» (pág. 302) y sobre la que se debería poner más énfasis. La fase cercana es en la que algunos trabajadores participan en programas de preparación. En esta última, habría que plantear expectativas viables que evitarían pasar por la fase de desencanto y desorientación.

1. «Luna de miel». En esta fase, más o menos eufórica, poseen motivación para experimentar la jubilación como «vacaciones indefinidas» que por mor del trabajo no podían disfrutar. Pueden darse dos casos: ocupación-actividad (el tiempo se ocupa con infinidad de actividades que se realizan al mismo tiempo, al «estilo de la vida laboral») o descanso-tranquilidad. Suelen durar poco tiempo, quizá pocos meses.

2. *Desencanto-reorientación*. Algunos jubilados, al finalizar la «luna de miel», no pueden encontrar actividades satisfactorias y pasan por una etapa de desencanto, que en ciertos casos puede llevar a la depresión y frustración. Las esperanzas sobre la jubilación y sus ventajas no se cumplen; la persona se siente estafada por la sociedad a la que ha entregado su vida laboral. Se descubre que en realidad no se trata de un periodo de júbilo o de vacaciones sino de un nuevo modo de vida que habrá que adquirir. Este desencanto se complica si se añaden otros factores: salud deteriorada, pensiones bajas, muerte de familiares, etc.

3. *Estabilización*. Se caracteriza por el ajuste entre expectativas y realidad. Suele predominar la realización de actividades rutinarias. Algunos jubilados se mantienen en la fase de descanso-tranquilidad hasta el final de sus días, pero la mayoría busca alguna práctica que sustituya al trabajo. Se consigue con una variedad de actividades u obligaciones que se impone uno mismo o se le imponen desde fuera. No existen reglas, ni fórmulas mágicas sobre qué actividades pueden dar respuesta a la necesidad de ocupación, de responsabilidad y de reconocimiento.

4. *Dependencia*. Esta fase, que nos permitimos añadir a la clasificación de Atchley, implica pasar del estatus de jubilado sano e independiente al de persona dependiente. Quizá esta transición pensamos que puede ser más traumática que un primer tránsito del trabajo a la jubilación. Esta fase termina en muchos casos en invalidez, incapacidad, senilidad, muerte. Esta etapa es discutible que sea incluida en la jubilación, pues más bien sería el final del envejecimiento, natural e irreversible, pero temido por todos. Esta fase es identificada muchas veces con la jubilación, y esto es una de las causas de las representaciones sociales negativas que tiene la misma.

En definitiva, en la jubilación podemos atravesar varias fases hasta adaptarnos a la nueva situación, al igual que a lo largo del ciclo vital vamos «sur-

cando» etapas: de la niñez-adolescencia pasamos a la juventud y de ésta a la madurez. Se habla de continua *resocialización* en la que los mayores deberán adoptar nuevos roles (de abuelo, jubilado, viudo) y adaptar los otros anteriores (padre, marido, trabajador). El riesgo es querer mantener los roles «viejos» a toda costa sin intentar adaptarlos. Estos cambios de socialización pueden producirse de diversas maneras y han sido tratados por varios expertos (Moragas, 1991; Sáez *et al.*, 1987, 1995, 1996, entre otros), aunque recordemos que la mayoría de autores limitan el estudio de la socialización a las primeras etapas vitales. Desde distintos estudios observamos (McPherson, 1983; Moragas, 1991: 114 y ss.), que el proceso de envejecimiento puede pasar por varios momentos, hacia los que se tienen distintas concepciones: aceptación, acomodación, adaptación, asimilación e integración³.

Siguiendo a Altarriba (1992), los mayores pueden adaptarse a través de varios mecanismos o procesos, como puede ser la «resignación», aceptando su devenir sin más; o la «rebeldía», intentando cambiar su situación a través de enfrentarse contra todo y contra todos. También, pueden pasar por una etapa de «regresión», es decir, que renuncia a los intereses y hechos actuales, estando orientados hacia el pasado más que hacia el presente o futuro. El «aisla-

³ 1. *Aceptación*. Es cuando los mayores aceptan valores, costumbres, usos de otras generaciones (independencia, consumismo...) aunque no las compartan (prefieren ahorro, conservadurismo...).

2. *Acomodación*. Supone un grado mayor de interiorización y socialización. No sólo adoptando los valores externos, sino ajustando los valores propios a los sociales. Los mayores que deseen relaciones con otros grupos sociales deberán realizar acomodaciones para ser aceptados.

3. *Adaptación*. Supone un escalón más que la acomodación y por ello exige un cambio de conducta individual mayor que la acomodación. Es preferible que los mayores vayan fomentado la flexibilidad sobre todo durante los acontecimientos de la etapa media (emancipación de los hijos, jubilación, viudedad, deterioro progresivo físico, etc.). En concreto la adaptación a la jubilación requerirá muchos cambios de forma repentina y brusca. Para esta adaptación será necesario una mínima preparación (ver Capítulo 12) y unas actitudes positivas frente a la nueva situación. Havighurst (1963) ya señalaba cinco elementos para esta adaptación: entusiasmo, fortaleza, autorrealización, autoestima y perspectiva optimista-esperanzada.

4. *Asimilación*. Consiste en la interiorización de los valores sociales por el individuo incorporándolos permanentemente a su conducta. Para el mayor es difícil entrar en esta dinámica porque sus valores y conductas chocan con los de otras generaciones. Requeriría una absorción total por parte de los mayores hacia la sociedad, cuando lo ideal pensamos que es una compatibilización de valores y normas de los distintos grupos sociales, pero no una total absorción o asimilación.

5. *Integración*. Constituye la última etapa de la socialización y supone la interiorización total de los valores del grupo integrador. En el caso de los mayores tendrían que «integrarse» totalmente teniendo que renunciar a sus valores propios y adaptando los del grupo integrador. Además de que esto parece complejo, pensamos que tampoco sería conveniente para su equilibrio personal y social, porque la sociedad estaría perdiendo sus posibles aportaciones sin respetar los valores positivos de los mayores. Por ejemplo, es mejor para no desintegrar a los mayores subir el nivel de pensiones que rebajarles la entrada a espectáculos. Lo primero puede considerarse una medida más integradora que la segunda.

miento» o desvinculación es otra de las reacciones, junto a la «negación» que sería no querer ver la realidad. Esta actitud implica no poner remedios para mejorar la situación y la crisis se va retrasando; pero cuando llega puede ser más perjudicial.

En nuestro estudio, hemos podido comprobar a través de los discursos de los mayores que en la jubilación suelen atravesar estas distintas fases. No es nuestro objetivo analizar la transición de la jubilación según las etapas⁴. Pero sí hemos podido confirmar, desde sus propios discursos, la vivencia de la jubilación al menos en dos etapas: el principio de euforia que todos mencionan, y el «después» indeterminado, en el que han procurado adaptarse a la nueva situación. El principio, según recuerdan los que se han jubilado hace más tiempo, suele caracterizarse por un «deseo» de jubilación, de «liberación», pero poco a poco puede derivar a un discurso de rechazo hacia la misma si no se consigue una adaptación que satisfaga la entrada en esta etapa. Ellos mismos reconocen los cambios que vivieron desde que se jubilaron, y así han ido cambiando, coherentemente, sus opiniones.

“...dos meses que son de vacaciones..., que son de fantasía, yo me encuentro que mi opinión no es válida para un jubilado, (...) te encuentras con una ayudita que no vas a tener luego, porque dentro de un año vas a pasar a vivir de tu jubilación, y una jubilación, por muy buena que sea, significa casi un 30% menos de ingresos de los que yo tenía antes. Entonces yo sé que durante un año me voy a estar teniendo que sujetar, que, en lugar de equis tipo de vida, voy a tener que estar llevando equis dos, entonces yo, ahora mismo, ¿opinar?, voy a ser excesivamente optimista, entonces hay que esperarse un añito.» (EM3: 10 y ver GD5: 15, GD1: 21)

Además de haber atravesado por distintas fases, otro discurso común encontrado es el rechazo hacia la forma de jubilarse «forzada», «obligada», no elegida. Todos coinciden en que debería ser una decisión más voluntaria y personal para que la jubilación no fuera un trance abrupto y repentino. Una serie de estudios muestran que cuando la jubilación está lejos es deseada; inmediatamente después se valora negativamente y al cabo de pocos años la actitud es positiva (Thomae, 1969; en Aragón, 1982: 160). Pero especialmente la situación profesional incide en estas actitudes. Así, entre los obreros es mayor

⁴ Recordemos que para ello sería adecuada una «investigación de tipo longitudinal y diacrónica», que siguiera la evolución de los jubilados en distintos momentos a lo largo de muchos años. Así podríamos conocer las distintas fases de la misma. Este no es nuestro objeto de estudio.

la disposición a retirarse antes (Palmore, 1965; Dreher, 1969; Fillenbaum, 1971). Los empleados en mejores condiciones ponen más resistencia ya que están más satisfechos, y por tanto más motivados y autorrealizados en su trabajo (Geist, 1968; Davidson y Kunz, 1969). Independientemente de la adaptación y actitudes negativas/positivas de unos y otros hacia la vivencia de la misma, todos (excepto algunos de estatus alto que han podido decidir sobre el «momento» de jubilarse) rechazan el sentido de «obligatoriedad» al jubilarse (véase apartado 8.2).

“...*te jubilan y te jubilan*, porque yo he estado trabajando hasta hace dos años, pero te echan y... y como ahí no sirve darle vueltas, ahí te dicen: «venga», y a ver, a los sesenta y cinco *te jubilan y adiós* .» (GD3: 7).

“(...) hay una gran diferencia cuando se pasa de una vida activa a una máxima... *Es un escalón muy fuerte, todas las personas humanas lo acusamos*, quizá unos un poquito más o un poquito menos...» (GD1: 2).

Para Yela (1988: 300-301) las actitudes ante la jubilación y el envejecimiento pueden ser de *apertura o de clausura*⁵. Según este autor, una actitud «abierta» implicará que el individuo contempla los hechos, las situaciones y cambios con mirada atenta y tranquila al mismo tiempo. Este interés y vitalidad son los que posibilitarán nuevas vías de adaptación, autorrealización y dotación de significado a esta nueva etapa en la que las relaciones sociales, las actividades, la salud (entre otros) tendrán que percibirse desde otra perspectiva «más abierta» a la nueva realidad. Sin embargo, una actitud «cerrada» conllevará un comportamiento y conducta negativos. Desde esta negatividad se enfocará el cambio como provocador del aislamiento, como amenaza personal y social. En fin, veremos cómo los discursos sobre el tránsito a la jubilación son ambivalentes: en una misma persona, al igual que ocurría con las actitudes hacia el trabajo, se encuentran discursos contrapuestos. En general, cuando los mayores se refieren a la jubilación están hablando del fenómeno en global, sea en su parte de fenómeno procesual como en su faceta de cambio brusco. En cualquier caso, y tal como veremos en el 8.4, el *ergocentrismo* produce que sea común una actitud resignada ante la jubilación.

⁵ Las «actitudes de apertura» se fundan en los siguientes sentimientos: *eupatía* (uno se siente bien consigo mismo), *simpatía* (en concordancia con los otros), *autonomía* (uno siente que vale ante los otros) y *anástasis* (a pesar de todo merece la pena vivir).

Las «actitudes de clausura» se consolidan con sentimientos contrarios: *cacopatía* (sentirse inferior e incapaz), *dispatía* (sentirse rodeado de un mundo y personas hostiles), *heteronomía* (sentirse dominado por la voluntad ajena) y *catástasis* (sentir que el esfuerzo es inútil y no vale la pena).

8.2. LA RELEVANCIA DEL FACTOR EDAD HOY: LA EDAD DE JUBILACIÓN

8.2.1. La edad a lo largo de la vida y «las edades» de la vejez

«Ya no tienes edad para eso», «a mi edad ya no puedo...», «no es apropiado a tu edad», son frases comúnmente utilizadas en nuestros discursos cotidianos. La cuestión de la edad marca nuestras vivencias y cobra especial relevancia en los últimos años, sobre todo, al referirnos a la gente mayor. Pero la edad no es sólo crucial en los últimos años del ciclo vital, sino que constituye un factor importante ya desde el nacimiento. Observemos nuestra sujeción y dependencia de la edad y, de forma más general, al tiempo, al reloj, a la agenda, al calendario. Los primeros años de un niño están programados desde el momento en que ve su primera luz: la crianza de los primeros años, la guardería o jardín de infancia, el primer ciclo escolar, el segundo, curso a curso y dependiendo siempre de la edad. A los 18 años el derecho a votar, la posibilidad de conducir, a unas determinadas edades está establecida la independencia del hogar, el primer hijo/a, etc. Tal como dice Cardús (1975, en Sánchez Vera, 1993: 58), «el ser humano desde que nace está inscrito en un orden temporal y la edad, el cumplir años, viene a ser la expresión de esta ritualización temporal en el mundo social, medido por un tipo de calendario».

La *sociología de las edades* constituye un área del análisis sociológico que tiene por objeto de estudio cómo la sociedad condiciona y define a las personas en sus diferentes procesos vitales marcados por la edad. Los conceptos y sucesos ligados a la edad vienen condicionados por el momento histórico y la coyuntura político-social. Estas etapas o edades imponen y dirigen el proceso de socialización de las personas que comparten muchos rasgos con sus coetáneos o congéneres; se identifican con los de su generación (término más amplio) o edad. La edad, al igual que el género, forma parte del constructo social que define el estatus (Sánchez Vera, 1993: 37), y es una característica denominada «adscrita» o no adquirida. Pero elevar la edad como factor de primera categoría puede acarrear importantes problemas, sobre todo en el periodo de jubilación y vejez. Por tanto, aunque las edades ayudan a establecer un orden temporal y social no deberían ser tan determinantes como lo son, por ejemplo, en el caso de la jubilación.

En relación a la edad se tienen unas u otras representaciones sociales, unas ideas preestablecidas de lo que se espera de cada edad. El otorgar demasiada relevancia a la edad puede devenir en exagerada simplificación y

estereotipos. Por sí misma la edad no nos aporta apenas informaciones importantes desde un punto de vista psico-social, aunque sí puede ofrecernos datos objetivos. Hemos de reconocer, por ejemplo, la función de la edad en las estadísticas. Pero se observa cómo son más explicativos el nivel de instrucción alcanzado (que a veces la edad puede indicarlo, en los primeros años, pero no en los adultos), la situación económica, el género más que la edad en sí.

Las distintas etapas vitales han recibido diferentes tratamientos (por ejemplo, desde la Psicología del Ciclo Vital o desde la Sociología de las Edades) y también diversas denominaciones. Sheehy (1976) denomina de forma curiosa las distintas etapas vitales: «las embestidas de la veintena», «el remolino de la treintena», «raíces y expansión» (a los 40), el «decenio de la última oportunidad» (50 años), «la renovación o la resignación» (60 y más). Otra clasificación más tradicional es como sigue: infancia, adolescencia, juventud, adultez joven, adultez o madurez, vejez joven, ancianidad (ver Capítulo 1).

Estas cuestiones nos llevan a un planteamiento más genérico sobre las distintas etapas y edades del ciclo vital. Siguiendo a Guillemard (1991), «la protección social ha contribuido, pues, a estabilizar tanto el modelo de empleo estable como el modelo ternario del ciclo vital en el que se integra» (pág.246). Según esta investigadora, este modelo consta de tres fases: un período de formación (la juventud), un período de actividad (la adultez) y un período de vejez (en el que se entra por la jubilación). Esta sucesión de etapas sigue siendo idéntica y el modelo apenas se ha modificado. Por tanto, pensamos que el ciclo laboral enunciado por esta profesora francesa no ha sufrido alteraciones debido a que el trabajo continúa siendo un valor central. De todos modos, estamos vislumbrando algunos cambios en este sentido. Es decir, en la «primera edad» la juventud no sólo se forma sino que realiza algún trabajo (y otras actividades de ocio, voluntariado) para compatibilizar con los estudios ya que se detecta que los mismos no conducen siempre al empleo. En la «segunda edad» los adultos no sólo se centran en su trabajo, sino que empiezan a interesarse por adquirir una mayor formación y por repartir su tiempo en otras actividades de ocio. Y la «tercera edad» no sólo se limita al descanso sino que los/as mayores muestran sus deseos de seguir activos/as, sea mediante el trabajo, remunerado o no remunerado, el voluntariado, el ocio u otras prácticas.

De este modo, aunque la trayectoria lineal del modelo «ternario» no está truncada se perciben atisbos de que el ciclo laboral está cambiando. Pensamos que las tendencias futuras seguirán, o deberían seguir, el rumbo hacia una sociedad de ocio, formación y trabajo para todos. Pero para ello se requieren importantes cambios a distintos niveles: primero, que en las distintas edades del ciclo laboral se desempeñen roles diferentes y no nos limitemos al papel definitivo

rio de cada etapa (juventud=formación, adultez=trabajo, jubilación=descanso); segundo, para romper esa linealidad del ciclo laboral es necesario cambiar los valores y actitudes que se tienen respecto al trabajo y al ocio. Por tanto, debería tocar fondo la asignación de roles según la edad y la tendencia deberá enfocarse hacia un uso del tiempo más rico y diversificado⁶.

Pero una de las edades que más afecta a la persona de manera más abrupta es el 65 aniversario, en el que es obligado jubilarse. Observamos que no hay edad de obligación para empezar a trabajar (aunque de forma oficial en España no se puede trabajar antes de los 16 años), pero sí para abandonar el mercado de trabajo, cuestión que parece cada vez más ilógica y por ello se están proponiendo modelos de jubilación flexibles que tengan en cuenta otros criterios diferentes a la edad cronológica. La edad no es, pensamos, un criterio objetivo para designar la aptitud, las necesidades u otras cuestiones cualitativas; lo que ocurre es que se emplea el criterio edad a efectos de orden y por su fácil uso para la administración y gestión. Pues bien. Antes de continuar con esta reflexión en torno a la edad debemos resaltar que, además, encontramos distintas edades en la vejez.

Por el simple dato de la edad los mayores no configuran un grupo social (al contrario de lo que defendía la *teoría de la vejez como Subcultura o Grupo minoritario* ya tratada), pues abarcan desde los 60 hasta más allá de los 100, y como es obvio, las diferencias dentro de este segmento de población son enormes como para considerarles grupo social por el factor «edad». Aunque hablemos de grupos o categorías de edad hemos de dejar claro que la edad, siendo imprescindible, no es indicadora por sí sola de la situación de las personas, sino que más bien suele venir acompañada de otras facetas.

Los mayores tienen rasgos comunes compartidos por el mero hecho de la edad (la experiencia de la Guerra Civil, la posguerra, la Dictadura, una socialización peculiar, por ejemplo), pero esto es por la pertenencia a una determinada generación o cohorte y por haber vivido bajo una misma coyuntura económico-social. En fin, no podemos hablar de los mayores como un grupo de edad homogéneo, pues incluso aun teniendo edades parecidas las condiciones de vida han podido ser, y pueden ser, muy diferentes.

⁶ Respecto a la relación edad/empleo/jubilación, Guillemard (1991) ofrece un amplio análisis sobre la actividad económica en función de la edad. Esta socióloga profundiza sobre las implicaciones más relevantes del adelanto o aplazamiento de la edad de jubilación en diferentes países europeos (Países Bajos, Francia, Alemania, Estados Unidos, Gran Bretaña y Suecia). Describe algunas propuestas a desarrollar en una política de edades adecuada que afecta tanto a los/as trabajadores/as mayores como a la población general.

La vejez puede dividirse en virtud de: 1) la edad o criterios cronológicos, ó 2) en relación a «otro tipo» de criterios. En relación a las etapas según la edad o según criterios cronológicos, recordemos las distintas clasificaciones en que puede separarse una misma etapa como es la vejez (Capítulo 1). Monlau (Rodríguez Domínguez, 1989: 78) la divide así: 1) «vejez incipiente o vejez verde» (desde los 60 a los 70 años en el hombre y desde los 50 a los 60 años en las mujeres), y se caracteriza por la declinación de la virilidad y la adultez; 2) «vejez confirmada o caduquez», entre los 70 y los 85 años, en la que todo es decadencia, disminución y deterioro, en lo físico, fisiológico y psicológico; 3) «decrepitud o edad de los centenarios», reservada a los pocos que viven entre los 85 y 100 años, como periodo vegetativo y de invalidez casi absoluta. Aragón (1986: 294), también distingue varias subfases: «tercera edad», desde los 65 años en que comienza normalmente la jubilación; «ancianidad», entre los 70-75 años, caracterizada por notorias limitaciones físicas y frecuentes modificaciones en las relaciones sociales y familiares; «última senectud», desde los 80 años, en la que se incrementan las limitaciones de todo tipo, y «cuarta edad» o edad terminal, a partir de los 90 años, marcada por la inexorable proximidad de la muerte. Sin embargo, y a pesar de estas clasificaciones aún seguimos sin saber en la mayor parte de estudios consultados a qué tipo de «vejeces» (o edades dentro de la vejez) se están refiriendo los autores. Máxime es nuestra desorientación cuando nos encontramos, sobre todo en las estadísticas, con la referencia de «65 y más años» sin establecer subgrupos dentro de la última etapa de la vida.

En algunos países se utiliza la edad de 60 años como línea divisoria tanto de la jubilación y, por tanto, de ser «considerado mayor socialmente». También en España se ha utilizado esta edad como punto de partida de muchos estudios sociológicos. Muchos expertos opinan que depende del problema de que se trate deberá utilizarse una u otra edad. En ese caso habría que hablar de vejez en términos laborales, vejez en términos sanitarios, etc. Pero, en general, se llama «tercera edad» a los mayores de 65 años, y dentro de este grupo se habla también de «cuarta edad» para designar a los mayores de 75-80 años. Por tanto, siguiendo a Casals (1982), la edad no puede fijarla el investigador en función de las necesidades del estudio, sino que viene marcada por causas socio-económicas. La sociedad llama «viejos» a aquellos que, como grupo social, se retiran del mundo productivo y que tienen que ser mantenidos sin trabajar.

Según Díez Nicolás (1991: 432 y ss.), la opinión generalizada de la población es que varones y mujeres envejecen a la misma edad: 71,2 y 71,1 años, respectivamente. Otro dato que llama la atención es que más de la mi-

tad de los entrevistados señalan que la peor edad es a partir de los 60 años (la mejor edad entre los 28-33 años). También se observa que cuanto más alta es la edad del entrevistado más alta es la edad que se considera peor etapa. La imagen de la vejez depende en parte de la edad (Durán, 1996): los más jóvenes citan edades más tempranas como límite de la vejez que los de mayor edad.

Pero en cuanto a las etapas según «otros» criterios (otras «edades»), nos planteamos: ¿por qué una persona de 50 años es percibida como vieja para trabajar?, ¿por qué una persona con 80 años puede sentirse «joven» y una de 45 años puede autodefinirse como «vieja»? Estas cuestiones conducen a la existencia de «diferentes edades» según la etiqueta o significado que se atribuya a las mismas. Siguiendo los análisis de varias obras consultadas podemos distinguir varias edades.

A simple vista, solemos identificar a las personas mayores con los cabellos grises o calvicie, arrugas y demás rasgos físicos que muestran el proceso inevitable del envejecimiento. Estos factores marcan la «edad fisiológica», orgánica o biológica que define a los/as mayores como un grupo en el que aumentan las discapacidades y enfermedades. Esta importancia que se otorga a la edad fisiológica es lo que lleva a identificar a las personas mayores con la enfermedad. Tomando en consideración la capacidad de ser dependiente o independiente por parte de los/as mayores, nos encontramos con la «edad funcional», basada en criterios de mayor o menor posibilidad de movilidad, manejo y autonomía personal.

En la actualidad, la edad «objetiva» que marca la entrada en la vejez es la de 65 años (edad oficial de jubilación en España, pero no en otros países), y sin embargo cada vez es mayor la controversia acerca de la identificación de jubilación con vejez. La «edad cronológica» (los años que se tienen) es tomada como la más objetiva, y es la que suele emplearse para unificar al grupo de mayores, sin tener en cuenta sus distintas capacidades y circunstancias personales diferenciales⁷. Por tanto, podemos decir, paradójicamente, que *la edad no es sólo cuestión de años*. La «edad social», sin embargo, será la edad en que la mayoría de las personas, las instituciones y la sociedad general piensan que una persona es mayor. La edad social designa los papeles/roles que se

⁷ Aragón (1986: 294-297) distingue también diferentes edades: edad social, edad biológica y psicológica. Varios autores son los que hablan de *edades* más que de fases o periodos (Birren, 1959). Recordemos que ya Ward (1979, en Aragón, 1986: 294) indicaba que no era adecuado tipificar a la personas basándose en la mera edad cronológica, ya que es un indicador poco preciso y puede conllevar estereotipos.

deberían seguir a determinada edad. Este criterio suele fundamentarse en el aspecto económico y laboral, por lo cual a partir de 65 años, en nuestro país, es cuando a nivel socio-político una persona es mayor. Corominas (1984: 62), también nos recuerda la existencia de tres edades: cronológica, biológica y psíquica, y resalta que «lo que interesa es llegar a la máxima edad cronológica posible con una edad psíquica menos avanzada». De todas maneras, las edades aludidas no coinciden siempre con la «edad psicológica», que suele referirse a la idea personal y a la autopercepción del momento en que uno se considera mayor. Podemos encontrarnos con jóvenes de 30 años que se sienten mayores y con mayores de 80 años que se definen «adultos» pero no «viejos».

La edad, pensamos al igual que Sánchez Vera (1993: 113), ha pasado de categoría analítica a fundamentación social de roles diferenciados. Las personas que pertenecen a un mismo intervalo de edad constituyen no sólo una «categoría estadística» sino un grupo social con diferencias propias. Por ejemplo, los tres grupos en los que se suele dividir la población indican la relevancia de esas tres partes: de 0 a 16 años, de 17 a 64 y de 65 y más. Estas categorías de edad a menudo con utilidad tan sólo administrativa y de origen artificial pueden facilitar la formación de grupos sociales con roles distintos, y por ello la «edad social» no coincide siempre con la «edad cronológica», pues en función del contexto, una edad tendrá un significado u otro. La edad es, entre otras cosas, una representación social de determinados roles adscritos socialmente. Son las representaciones de la edad, el comportamiento de los demás, del entorno social, lo que nos hace conscientes a cada uno de nuestra propia edad. No son sólo los achaques o la jubilación sino, sobre todo, la actitud del medio social respecto al envejecimiento. Si al hablar de edad psicológica decimos que «uno es tan viejo como se siente» debemos añadir la parte más sociológica de que «una persona se siente mayor dependiendo de la actitud de la sociedad, de los demás» (Capítulo 10).

8.2.2. Los mayores ante la edad de jubilación: debate y polémica

Según la encuesta CIREs (1992) la edad es la característica más importante (54%), en opinión de la población general, para definir a una persona como mayor, seguida de otros aspectos, como el aspecto físico (16%), la forma de ser (8%), la capacidad física (6%), la jubilación (3%), la capacidad intelectual (3%) o la sabiduría (3%) (ver Capítulo 10). Pero la ancianidad no depende de

la edad para la cuarta parte de los mayores. Sólo el 19% cita la edad de jubilación, pero igualmente frecuente es la respuesta que la retrasa a los 71 años (19%) o la adelanta a los 61 (17%) y no faltan quienes la retrasan más allá de los 75 años (15%) o la adelantan antes de los 60 (6%). Pero continuemos con la edad de jubilación en concreto y subrayemos que, tal como apunta López Jiménez (1993: 20), no es la edad la que determina el retiro, sino *la construcción social de las relaciones entre edad, división del trabajo y mercado laboral*.

El descenso de la edad de jubilación, como solución al desempleo y a otras crisis del mercado laboral, está conllevando diversos problemas (epígrafe 3.2 y 3.4). Hemos de recordar que la edad de jubilación real está siguiendo un descenso acelerado en los últimos tiempos. Como se ha comentado anteriormente no hay correspondencia entre edad-productividad. A los mayores se les perjudica con la edad obligatoria de jubilación⁸, porque suele condenarlos al aislamiento del mercado laboral, del aprendizaje, por lo cual se acelera su obsolescencia cada vez a edades más tempranas. Observemos, por ejemplo, las medidas recientes por parte del Gobierno para fomentar el empleo a mayores de 50 años, pues el paro está siendo más acentuado en estas edades (véase epígrafe 3.2). Estas situaciones podrían mejorar si desapareciera el tabú de la edad, el mito de la edad, que hace incrementar los estereotipos como el que los mayores ya no son productivos y tampoco su formación-reciclaje es rentable (véase Capítulo 10).

Si la edad de jubilación es diferente según los países (véase Tabla 8.1 al final de epígrafe), en todos ellos existe en mayor o menor grado diversas contradicciones en torno al tema. Una de las paradojas es que, por una parte, se adelanta la edad de jubilación (incluso hasta los 50 años en algunos sectores) y, por otra, estamos observando que la esperanza de vida (y por tanto de vida laboral, productiva) se alarga, sobre todo en los países más desarrollados socio-económicamente. Debemos recordar que la jubilación se trata de los pocos fenómenos apoyados en una edad cronológicamente aceptada, pero el carácter arbitrario y burocrático como de cualquier edad-barrera llevan a preguntarnos por qué no establecer esta transición en virtud de otros criterios, como el tipo de actividad desarrollada, la eficacia, la creatividad o el nivel de salud, ya que serían justificaciones más reales que permitirían una mayor optimiza-

⁸ La edad de jubilación a los 65 años en nuestro país se definió en la Comisión de la Seguridad Social en marzo de 1981 como la edad a la que «los individuos no tiene suficiente buena salud para ejercer su profesión». La edad se convierte así en un factor de discriminación generalmente juzgado como aceptable desde una perspectiva de reestructuración del empleo (López Jiménez, 1993: 20).

ción tanto de los recursos humanos como de los presupuestos económicos. Hay diferencias en la edad de jubilación española que permiten la coexistencia de distintos tipos de edades: edad de duración mínima de la cotización (60 años, más o menos), la edad legal de retiro a tasa plena (65 años) y la edad límite de cese de toda actividad (69 años). Las dos primeras más que edades de retiro serían edades de derecho a pensión, y expresan tanto el derecho al trabajo como el derecho a la jubilación o descanso. El problema es que estas edades no son siempre coherentes con la salud y con la capacidad de la persona.

En definitiva, no puede justificarse la discriminación por la edad que se aplica, directa o indirectamente, al generalizar que las personas son ineptas a una misma edad, sin tener en cuenta el sector económico, condiciones de trabajo, trayectoria laboral, condiciones de salud de cada trabajador, etc. Por ello resulta contraproducente una misma edad de jubilación para todos, sin tener en cuenta, si no características individuales, sí características por grupos profesionales, por ejemplo.

Con todo lo anteriormente analizado, queremos plasmar que el debate sobre la edad de jubilación y sus consecuencias está despertando muchas opiniones contradictorias (¿adelantarla, o aplazarla?, ¿dependiendo del trabajo, de la salud o de qué criterios?, ¿dejarla como está?). Las opiniones están diversificadas, pero la tendencia es al adelantamiento de la edad de jubilación. Esta anticipación se comprende mejor en los/as mayores de estatus medio-bajo porque las condiciones de trabajo han sido pésimas en la mayoría de los casos; pero no se entiende un corte tan temprano y brusco en otras profesiones. La cuestión de la jubilación a una edad más temprana (sobre todo para determinados trabajos) es un punto que se contradice con las propuestas de algunos sectores profesionales y con las tendencias gubernamentales que pretenden aplazar la edad de jubilación progresivamente, tal como se plasma en las bases del «Pacto de Toledo» (julio, 1996) acordado (pero en un enconado debate hoy) por el Gobierno actual.

Las actitudes hacia la edad de jubilación de los mayores de nuestro estudio serán coherentes con los discursos analizados en los epígrafes posteriores sobre el tránsito a la jubilación. Generalmente una actitud más positiva hacia la jubilación (de deseo y liberación) es afín a una edad de jubilación anticipada, antes de los 65 años. Sin embargo, las actitudes hostiles abogan por retrasar la entrada en la misma. Hemos de decir que gran parte de los mayores se están jubilando antes de la edad oficial, como también lo hemos comprobado en muchos de los mayores de nuestro estudio (véase fichas en el Anexo 2). Muchos de los mayores consultados se decantan por un adelanto de la edad

de jubilación (¡pero tampoco mucho antes!), entre otros motivos, para dejar paso a los jóvenes, para «reciclar y rejuvener» el mercado laboral, actualizar las profesiones, y también porque piensan que cuanto antes se descansen de los duros trabajos pasados mejor. Veamos los discursos de los mayores defendiendo la edad de jubilación a los 65 años o antes:

"...cuando una persona ya llega a los 65 años, yo creo que ya está muy bien..., y si lo rebajan a los 60 en la enseñanza..., porque la enseñanza quema mucho; los niños queman mucho (...) y en los trabajos físicos, pues más todavía, porque a los 65 años, una persona no tiene las mismas aptitudes, ni la misma fuerza, ni nada para desempeñar bien los trabajos, y más, como hay tanto paro..., pues que empiecen a dar oportunidad a los jóvenes..." (EM7: 10 y GD6: 20, ó EM1314: 21) «...lo pondría de los 55 a los 60 años...» ó EM11: 4: «...más edad es una equivocación porque, en parte, hay mucha gente joven que necesita trabajar y si está una persona mayor el joven no tiene paso. Creo yo que a los 65 ya es, una cosa, un límite que está demasiado bien. Pero habrá trabajos que agotarán más...»

Aunque existe una edad «normal» de jubilación⁹ se siguen perpetuando notables desigualdades en la práctica que van más allá de la edad según categorías profesionales, género, nivel de salud, etc. Todos los ciudadanos/as deben ser tratados por igual pero el sexo, el estatus, la salud (...), nos diferencia, como podemos observar en otros ámbitos sociales. Por ejemplo, las mujeres tienen en muchos países edades más tempranas de jubilación (véase Tabla 8.1). También el sector profesional marca diferentes edades reales de jubilación. En esta línea, la AISS (Asociación Internacional de la Seguridad Social), en su XXII Asamblea General (1992), trata la problemática y consecuencias demográficas, económicas y financieras más relevantes del aplazamiento o adelantamiento de la edad de jubilación. Tras la tendencia al adelantamiento en los años 80, parece que cada vez hay más interés en una mayor flexibilidad en el momento de la jubilación. Se está percibiendo la necesidad de retención e incluso reciclaje de los trabajadores mayores. Pero desde la parte de los trabajadores (también algunos sindicatos) más bien se demanda una jubilación anticipada que aplazada y ahí pueden surgir las confusiones. Por tanto, la jubilación aplazada o tardía no siempre goza de aceptación y popularidad.

⁹ La edad normal de jubilación (a partir de la cual se percibe una pensión, sin condiciones especiales, con todos los derechos adquiridos), según diversas fuentes consultadas (véase Tabla 8.1), se sitúa entre los 50 y 70 años. De las 50 instituciones encuestadas (informe AISS, 1993), 16 países consideran edades más bajas para las mujeres.

Aunque algunos individuos pueden valorar el derecho a continuar trabajando hasta una edad más avanzada, muchos consideran que tiene consecuencias más negativas si se eleva la edad normal de jubilación. Pero las tendencias futuras apuntan hacia una flexibilización y un aplazamiento de la edad de jubilación necesaria por distintos motivos: en respuesta a las tendencias demográficas; para reducir costos; por razones que guardan relación con el mercado de trabajo; para garantizar la igualdad intergénero; en razón de los cambios que se han producido en las tendencias del matrimonio y en las estructuras familiares; para mantener o elevar los actuales niveles de las prestaciones (AISS, 1993: 15).

Por ejemplo, la seguridad social de EE.UU. en 1983 aseguraba la edad de elección de la pensión completa. Estas medidas, junto con el contrato de solidaridad en Francia y el de «relevo» en España, están a favor de un retiro más flexible que reducía al 50% la jornada laboral. En España se dejan constantes la edad mínima y la edad normal de jubilación, pero se toman medidas que favorecen el retiro anticipado, como la jubilación parcial entre los 62 y 65 años con reducción de ingresos y jornada laboral (RD 1991/31 de octubre 1984) (ver Capítulo 3). Según los mayores, muchos aceptarían el jubilarse antes con la condición de que se cumpliera el «contrato de relevo», es decir, que alguien le sustituyera en su puesto de trabajo. Pero observamos, según las estadísticas y estudios recientes, que esto no se cumple: los prejubilados que son «retirados» de sus puestos no son reemplazados por nadie.

“ ...yo que me he jubilado con 52 años y 38 de servicio para aprovechar una coyuntura, una persona que ha dado 40 años de su vida a la empresa no creo que esté mal jubilarla. Y en ese caso meter a alguien más, ya sería mucho pedir. *«Yo me jubilo pero que en mi lugar metan a mi hijo, por ejemplo»*, que eso lo he pensado más de una vez, y me han dicho «de eso ni hablar, si te vas te vas, tu hijo es aparte»(...) *pero vamos, que lo tuviera en cuenta. Entonces habría personas que se jubilarían antes y perdiendo un poquito de su jubilación a mí no me importaría perder un 20% mío si metieran, por ejemplo, a mi hijo...»* (EM8: 10 ó GD6).

La actitud de la población española se encuentra dividida (Rodríguez, IN-SERSO, 1995: 15-17) en este aspecto. El 56% de la población afirma que la jubilación no debería ser obligatoria por razón de la edad sino por la disminución de capacidades. El 39%, sin embargo, está de acuerdo en que continúe siendo la edad la que marque la jubilación. Sólo el 15% de los españoles comparten que retrasar la edad de 65 a 70 años sería una medida acertada.

En general, hemos percibido que casi todos los jubilados de niveles más modestos apoyan el adelantar la edad de jubilación. De todas maneras reconocen que muchos «no saben estar sin trabajar», pero la jubilación debería ser antes (pero no demasiado antes) para dejar paso a los jóvenes, pero también dicen que debería atrasarse dependiendo del trabajo y como se encuentre físicamente el trabajador. El debate está servido.

"M.- Yo pienso que *están jubilando demasiados hombres jóvenes*, aunque tengan sesenta y cinco años, hay gente que con sesenta y cinco años todavía puede trabajar.

(...)M.- Rinden, ¿eh?, y tienen que enseñar a los que vengan de atrás.

H.- ¿Y ustedes no comprenden que esos señores con sesenta y cinco años está trabajando y criaturas que tienen veinte años estén parados?.

(...)M.- Pero *yo no estoy de acuerdo en que un hombre de sesenta y cinco años tenga que seguir trabajando*.

H.- No, no, no, no.

(...)M.- Pero *es que yo puedo enseñar a otra persona joven que entre porque si me han jubilado y no ha entrado nadie...*

(...)M.- ¡Hombre, por Dios! ¿Un hombre con cincuenta y un años para que le jubilen?

(...)M.- Que se jubilen a los sesenta años lo veo bien para que entre, se desplaza a la juventud, *el peligro que hay es que se jubilan dos o cuatro y no entra ninguno. Ese es el peligro.*» (GD3: 38-39).

"...no está tan clara, *debía ver primero el estado físico de una persona porque una persona a los 65 años se jubila y aún está bien... (...)* debería ser para mí voluntariamente..." (GD8: 2).

(...)- El que está en un andamio tiene ganas de jubilarse...

- Pero mira a los otros que están en el andamio: *el encargado o el contratista, jesos no quieren jubilarse!*

(...)- *La mano de obra, la mano de obra es la que más espera la jubilación*» (GD8: 19).

Defender una edad de jubilación antes significa, pues, que sienten un mínimo «deseo de jubilarse» y se percibe el «fin del trabajo» como posibilidad de descanso, como premio merecido, como tiempo para disfrutar de ocio que nunca han podido disfrutar. En definitiva, ello es coherente con los discursos de la jubilación como liberación del sufrimiento pasado, cuando el trabajo había supuesto una coerción impuesta desde fuera, como un *medio para* alcanzar algo material y no como una posibilidad de desarrollo personal y/o social.

"M.- ...a los 60, yo creo que a los 60 si la persona ha trabajado. Aquí en estos pueblos la personas están muy trabajadas), están muy trabajados, hemos ido al campo y...

(...)M.- A los 65, si no tengo bastante cotizado serán 67; te vas a los 70 años, ¿para qué quieres lo que te dan? Si ya no estás para nada, para la Residencia la que tenga bastante.

M.- Si dieran a los 60 la personas aún podría disfrutar un poco y vivir un poco mejor (M.- Claro), después te lo dan a una edad que no están ni plata ni calderilla.

(...)H.- A los 60 sería lo ideal.

M.- Y no estoy conforme de que seas guardia civil y los jubilan a los 55, ¿eh?, porque ha sido militar le jubilan a los 55, todos descansadotes y los pobres labradores se jubilan a los 65...» (GD7: 22).

Otra parte de los mayores rechaza la edad de jubilación actual y defiende un alargamiento de la misma. Estos discursos se encuentran en los mayores de estatus más alto que han tenido profesiones prestigiadas y con condiciones laborales óptimas (EM6: 10, GD8: 19). En cualquier caso, todos coinciden en que debería ser elegida, no forzada. El querer atrasar la salida del trabajo por jubilación parece un claro indicador de animadversión, en principio al menos, hacia la jubilación. Sin embargo, no todo es blanco o negro. Persiste un debate inacabado sobre la edad de jubilación. Gran parte de los discursos de los mayores coinciden en que la edad de jubilación debería depender del tipo de trabajo al que nos estemos refiriendo. Parece que resuelven el debate diciendo que «según el trabajo debería ser la edad de jubilación», destacando la flexibilidad y voluntariedad de la misma. Encontramos mayor consenso en este aspecto: posibilidad de elegir el momento de la jubilación, es decir, una jubilación «flexible», no obligada por decreto.

"...todo lo que me venga impuesto, todo, me molesta..." (EM3: 3) ...error, porque mira, todos los premios nobeles, que yo sepa, se sitúan entre los 65 y los 80 años, ¿a qué edad están jubilando a los científicos?, a los 65, ¡Dios bendito!. Mira, si yo fuese albañil, a los 55 pediría la jubilación porque mi trabajo es durísimo y es físico, y a los 55 no aguantas. (...) el cerebro no necesita tanta gimnasia, tanto vigor, como pueda necesitar el organismo. Entonces, no me jubiles a un científico a los 65, ni menos...» (EM3: 17 o ver GD8: 19: «...Un señor magistrado que se jubila a los 60 años ¡es un hombre que está en rodaje aún!...

(...)- Un gerente, por ejemplo, puede estar muy bien hasta los 70 ó 75 porque es cuando más puede...»)

Tabla 8.1. Edad legal y promedio real de la edad de jubilación por países

PAÍSES	EDAD LEGAL		PROMEDIO REAL	
	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres
Alemania	65	65	62.0	60.8
Argentina	60	55		
Australia	65	60		
Austria	65	60	61.3	58.6
Bahamas	65	65		
Barbados	65	65		
Bélgica	60	60	63.3	60.7
Camerún	60	60		
Canadá	60(1)	60	65.1	65.1
República Centroafricana	55	50		
Costa Rica	65	65		
República Fed. Checa y Eslovaca	60	57		
Dinamarca	67	67		
España	65	65	63.9	63.9(2)
Estados Unidos	65-67	65-67(3)	63.6	63.3
Filipinas	60	60		
Finlandia	65(4)	65	65.1	64.9
Francia	65(5)	65	62.4	62.4*
Gabón	55	55		
Ghana	60	60		
Grecia	65	60		
Holanda	65	65		
Irlanda	66	66		
Islandia	67	67		
Israel	70	65		
Italia	60	55		
Japón	60	55-57(6)	62.3	60.6
Jordania	60	55		
Kuwait	52	52		
Libia (Jamahiriya Árabe)	65	60		
Luxemburgo	65	65	60.6	63.0
Mali	55	55		
Marruecos	60	60		
México	65	65		
Níger	60	55		

Continúa ➔

PAÍSES	EDAD LEGAL		PROMEDIO REAL	
	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres
Noruega	67	67		
Nueva Zelanda	60	60		
Países Bajos	65	65		
Portugal	65	62	66.0	63.8
Reino Unido	65	60	65.4	60.4
Santa Lucía	60	60		
Suecia	65	65		
Suiza	65	62		
Tanzania (República Unida)	50	50		
Túnez	60	60		
Ex-URSS (Rusia)	60	55		
Zambia	55	55		

(1) Según la institución y el año de la fuente de información, la edad de jubilación varía. El Ministerio de Salud Nacional y Bienestar Social establece a los 60 años y la Administración de Pensiones de Quebec a los 65 años (sin distinción de sexos).

(2) No se dispone del promedio real separado por sexos. Este es el promedio real de ambos.

(3) Según la AISS la edad legal es a los 67 años, y según la OCDE a los 65 años.

(4) Según la institución, la edad de jubilación varía. El Instituto Central de Pensiones y la Institución de Seguro Social establece la edad de 65 años; y el Instituto de Seguro de Pensiones de las Autoridades Locales establece a los 63 años (sin distinción de sexos).

(5) La Asociación de Regímenes de Retiros Complementarios y la Asociación General de Instituciones de Retiro para Mandos Intermedios establecen la edad a los 65 años, y la Caja Nacional del Seguro de Vejez de los Trabajadores Asalariados a los 60 años.

(6) Según la OCDE la edad legal de las mujeres es a los 55 años, y según la AISS a los 57 años.

Fuentes: Elaboración propia con datos de la OCDE-Social Data Bank ("la Caixa", 1990, pág. 53) y la Asociación Internacional de la Seguridad Social -AISS- (1993, pág. 25 a 27)

"...Un trabajo leve, en cambio eso no se lo puedes decir al que está con un martillo en la calle «pa, pa, pa». (EM1314: 21) el ordenador hoy está más difícil porque un ordenador, la vista la puedes cansar etcétera, una serie de problemas que le puede traer... Pero es que más problema le trae al del pico, porque antes era un pico pero ahora es un martillo, que ese hombre está vibrando totalmente, o un tío que está subiendo de albañil que tiene arriba un tejado, que está a la intemperie (...) tiene que estar loco por jubilarse y merece la jubilación. (...) todo depende del trabajo, el que tenga un trabajo duro ese por obligación tenía que jubilarse antes, el otro que tiene un trabajo cómodo..." (EM1314: 22 y GD6: 23).

8.3. TRABAJO, INGRESOS, SALUD Y OTROS DETERMINANTES DE LA JUBILACIÓN

El trabajo anterior, el nivel de ingresos, la situación de salud/enfermedad y otros factores (a nivel psicológico, físico o social) inciden claramente en la vivencia de la jubilación y el envejecimiento. Además, estos factores no sólo son determinantes de la jubilación sino que también se presentan como cambios. Estas dos caras de un mismo aspecto (como determinante y cambio, como causa y consecuencia al mismo tiempo) son tenidas en cuenta en este estudio.

Siguiendo a Bazo (1990: 101), los ingresos y la situación de salud influyen directamente en la adaptación a la jubilación. Aunque los empresarios/as es el grupo al que más le cuesta adaptarse a la pérdida de roles laborales, también son los que más aprecian la parte positiva de la jubilación. En el extremo opuesto están las amas de casa y los trabajadores/as manuales, que muestran la peor percepción de la jubilación, quizá porque al igual que en su trayectoria anterior tampoco ven en ésta mayores posibilidades de gozo y autorrealización. Las personas que se sienten solas y las de mayores ingresos tienen la peor percepción de la jubilación, según datos del estudio de la socióloga citada. Después, los más mayores en edad, los trabajadores/as manuales, las amas de casa y las de menores ingresos. Aunque por motivos diferentes, no tendrán actitudes muy positivas hacia la jubilación. En resumen, las personas con menores ingresos, las solitarias y los empresarios/cuadros superiores y altos funcionarios aparecen más reacias al gozo que supuestamente aporta el retiro laboral (véase apartado 8.4).

Estamos viendo cómo cada grupo social tiene su propias modalidades de retiro: las alternativas son distintas dentro de cada categoría, aunque el riesgo de adquirir connotaciones negativas y la variedad de tipos de retiro aumentan según se desciende en la jerarquía ocupacional (Paillat, 1989; Guillemard y Lenoir, 1974; en López Jiménez, 1993: 182). Además de la clase social, la localización espacial y la generación a la que se pertenezca también influyen. De nuevo, la situación más desfavorecida se encuentra en las mujeres, en los que no trabajaron y en los trabajadores no cualificados cuyo salario no supera las 50.000 ptas. (la mayor parte son mujeres) (López Jiménez, 1993: 183).

Junto a los factores comentados, otro de los determinantes de la jubilación (Barfield y Morgan, 1978; Kalish, 1991: 173) son las **expectativas**: cuanto menor discrepancia había entre la realidad y las expectativas previas a la jubilación mayor era la satisfacción y la adaptación. Según Rosow (1963, Sáez

et al., 1996: 27), Streib (1965) y Kosa (1960), la actitud anterior que se tenía hacia la jubilación es el predictor más importante del ajuste. Pero no olvidemos un detalle importante: estas expectativas previas varían de acuerdo al tipo de trabajo, el estatus socio-económico (ingresos y estudios), género y estado de salud, entre otros¹⁰. El estudio longitudinal de Streib y Schneider (1971, Sáez *et al.*, 1996: 28-29) concluye al comparar las expectativas antes de la jubilación y las experiencias actuales, que las personas tendían a esperar muchos más rasgos negativos como jubilados, que los que experimentaron realmente. Estos investigadores indican que apenas el 5% opinaron que la jubilación fue peor de lo que esperaban en el momento de jubilarse, y una tercera parte indicó que era realmente mejor de lo que pensaban en principio¹¹. Según Aragón (1982: 160), todos los especialistas están de acuerdo en señalar que el factor más importante es la expectativa. Se puede tener una actitud sumamente positiva, que son los que ven la jubilación como «una meta largo tiempo acariciada» y que les llevará al disfrute del descanso (Davidson y Kunze, 1965), hasta una actitud negativa, equivalente a sentirse inútil, estar de sobra, el principio del fin, etc. (Strauder, 1955), habiendo una amplia gama de actitudes, que son las que ahora vamos a desmenuzar.

Concretamente, según Díez Nicolás (1996: 42), un 37% de los jubilados sintieron un empeoramiento en sus ingresos, frente al 53% que no notó cambios en este sentido, y un 40% señalan una mejora en el tiempo libre, siendo los aspectos en que más parece haberse notado la jubilación. Además, más del 10% parecen también haber notado cierto empeoramiento de su salud, de su estado de ánimo y cierta mejora de sus preocupaciones, de su responsabilidad y de su vida familiar¹². Las «ganancias» de esta etapa

¹⁰ Berjano, Llopis y Corts (1995: 109) encontraron, entre otros resultados, que los más fumadores obtienen puntuaciones más altas (desde análisis de varianza) en el factor «consecuencias negativas» en la jubilación; es decir, ven la jubilación como pérdida de relaciones y otras consecuencias negativas. Pero pensamos que establecer este tipo de relaciones (al menos con determinados factores como el número de cigarrillos) es muy discutible y criticable en comparación con la posible relación con otras variables como salud, vivienda, relaciones, género, por ejemplo.

¹¹ En el estudio de Sáez *et al.* (1996: 32-33) sobre las expectativas de los jubilados y su concordancia con la situación real, el 71,6% de los encuestados afirmaba que su jubilación coincidía básicamente con lo planificado.

¹² Resultados similares se observan en Díez Nicolás (1991: 487), en el que la mayoría de jubilados, sobre una pequeña muestra de la población nacional, piensan que su situación empeoró después de la jubilación en relación a los ingresos, salud, y en menor medida el estado de ánimo y las relaciones sociales. Sin embargo, había mejorado la disposición de mayor tiempo libre, y con mayor controversia entre los encuestados, la vida familiar, el grado de responsabilidad, la consideración social y sus preocupaciones.

quedan como reto, aún, por descubrir desde la sociedad. También tenemos que decir que no todos/as las personas mayores tendrán un discurso claro de *cambio*, sino más bien de continuidad. Adaptando el refrán a la tesis central de la *Teoría de Continuidad* podemos decir: «dime cómo has sido y te diré cómo envejeces», siendo el pasado (junto a los ingresos y la salud) un indicador claro del envejecimiento. Esta mayor continuidad percibida se observa en:

- Los jubilados de estatus más alto perciben con menor intensidad (o menos abruptamente) los cambios porque muchos continúan trabajando o porque su elevado nivel y medios (mayor ingresos, mayor preparación) les protege de las contingencias más negativas.
- Las amas de casa también tienen un discurso de continuidad pero por motivos distintos: como no se jubilan no perciben este cambio. Su situación sigue siendo parecida e igualmente dependiente y precaria o, si cabe, sufrirá un empeoramiento a mayor edad.
- Los mayores de zonas rurales e intermedias perciben más suavemente los cambios en la jubilación, porque generalmente en estos contextos se percibe un mayor apoyo social y se encuentran las profesiones que permiten continuar trabajando remuneradamente.

Pero hechas estas observaciones podemos recordar que los cambios son continuos porque estamos en un proceso de «resocialización» ininterrumpido. Si parece claro que en el proceso de socialización es clave que la persona adquiera un trabajo para integrarse plenamente en el mundo adulto (Jahoda, 1979, 1982/87; Torregrosa, 1981, 1989; Torregrosa, Bergere y Alvaro, 1989; Kelvin y Jarret, 1985; Warr, 1987; Alvaro, 1992; Garrido, 1992; Serrano, 1995; E. Agulló, 1996, entre otros), hemos de decir que el proceso queda inacabado si la persona no logra resocializarse al «no trabajo», a la actividad no remunerada y/o a la dependencia en uno u otro sentido que se vive en los últimos años. Por tanto, la jubilación y el envejecimiento son procesos «de transición» a través del tiempo. Pero lo más relevante es que son procesos en los que sus agentes están en permanente interacción social. Las personas somos lo que J. Ibáñez denomina «sujeto en proceso». En este proceso podemos recordar la idea de mayores «emigrantes en el tiempo y en el espacio» apuntada en el Capítulo 7, para remarcar que los mayores son «personas en transición» aún de forma más acentuada que las personas de otras edades, porque en ellos se concentran y se superponen valores pasados y actuales, procesos presentes y futuros. Veamos las distintas dimensiones (determinantes y consecuencias) de la jubilación.

8.3.1. La influencia del *ergo*centrismo sobre la jubilación

Las actitudes y valores hacia el trabajo pasado son una dimensión clara que nos ayuda a entender la vivencia de la jubilación. Es decir, muchos de los factores que determinan la jubilación (ingresos, salud, relaciones, etc.) vienen explicados claramente por el trabajo pasado (ocupación, profesión). Una de las pruebas del trabajo como valor central es averiguar si *continuarían* o *no trabajando* tras la jubilación. Hemos encontrado resultados contradictorios. Por ejemplo, siguiendo los análisis de Mishara y Riedel (1986: 92), si a los mayores se les garantizara la seguridad económica, la mayor parte de los obreros optarían por la jubilación, mientras que no lo harían los miembros de las profesiones liberales. Según Atchley (1977: 92) el problema sería más de los profesionales que no hallan satisfacción en la vida al desempeñar los papeles tradicionales de esposos o padres, sino sólo a través del ejercicio de la profesión.

Se percibe claramente tanto en las investigaciones consultadas como en nuestro estudio la influencia del trabajo, profesión y trayectoria laboral sobre el lugar que ocupa el trabajo y la actividad en la etapa postlaboral. El trabajo viene cambiando —y cambiará— sus formas, representaciones y significados, dependiendo de las culturas, de la edad, de la coyuntura socio-laboral. Pero desde distintas fuentes nacionales e internacionales se defiende la idea de que *el trabajo sigue siendo un valor central incluso en la jubilación*. Según la encuesta aplicada por Fericgla (1992: 122), para el 46,8% de la muestra el trabajo sigue siendo una dimensión importante de la vida, puesto que estaba relacionado con todos los elementos de identidad, sociales y económicos. No es el trabajo en sí lo que echan en falta sino todo lo que él suponía: estilo de vida, relaciones sociales, estructura del tiempo y ritmos, etc. El papel que el trabajo juega en la vida de los jubilados constituye una clara referencia de identidad psico-social, lo que muestra que la función sociocultural y psicológica que suponía la actividad laboral muchas veces no es suplida por otros elementos, al menos de forma satisfactoria (Fericgla, 1992: 153). De manera continua los discursos masculinos de nuestro estudio recurren repetidamente a su situación laboral como activo: no se identifican apenas con la de «jubilado»; algunos parecen anclados en el pasado recordando la dureza de su trayectoria laboral (en comparación a la actualidad) y el orgullo de haber superado aquellas vicisitudes (véase Capítulo 7). Muestran un arraigo muy fuerte a su profesión, con la que aún se identifican a pesar de ser jubilados. Las siguientes frases, con el verbo en presente, explica esta identidad con la profesión, con el pasado, más que con la situación presente de jubilado: dicen «soy metalúrgi-

co» (GD3: 3) o «soy delegado de ventas de Freixenet» (GD5: 1) en tiempo presente, no «he sido metalúrgico» o «soy jubilado». El detalle de ir con corbata al campo también demuestra el no querer «despojarse», literalmente, de la identidad de trabajador: «...me siento abrigado con la corbata. Yo llego a la casita y sólo me quito los pantalones y me pongo el mono, y voy con camisa y corbata, y me pongo a cavar con corbata...» (GD8: 7).

El rechazo a la jubilación por estas pérdidas y otras posturas ante la jubilación dependerán, pues, del tipo de trabajo, del significado que se otorgue al trabajo-ocio-actividad y del nivel de satisfacción laboral y vital en general. Por tanto, según el tipo y características de trabajo, podemos decir que cuanto mayores han sido los esfuerzos físicos (fatiga, riesgo, cansancio...) más positiva suele ser la actitud respecto a la jubilación anticipada. El tamaño de la empresa y el ambiente laboral también influyen. Siguiendo a Gordon (1961), cuanto menor es la empresa menos interés se tiene en la jubilación, sobre todo si uno se halla a gusto en ella¹³. Pero el tamaño de la empresa no tiene tanta importancia en algunos sectores o en los contextos rurales, por ejemplo. Según Aragón (1982: 160), en la gran empresa, con su habitual atmósfera masificada, se desea antes la jubilación. Esto es precisamente válido en las grandes ciudades y menos en las pequeñas, donde la posesión de un huerto o parcela, por ejemplo, puede ser un factor motivacional para aceptar de buen grado la jubilación (Geist, 1968; Davidson y Kunz, 1969).

En cuanto a la valoración y satisfacción con la situación profesional, resalta que cuanto más importancia tenga el trabajo para uno (a nivel económico, prestigio social, autorrealización) entonces la jubilación se verá como algo negativo, al menos en una primera fase. Los niveles de satisfacción más altos se encuentran entre los directivos, técnicos, administrativos y personal de las Fuerzas Armadas. La insatisfacción laboral es más acentuada en trabajadores de la agricultura, de los servicios, de la industria/transportes y del comercio (López Jiménez, 1993: 184). Por tanto, ello implica que las actitudes y las consecuencias psicosociales no son idénticas para todos los sectores y niveles profesionales. Por ejemplo, las personas de más alto nivel cultural y de profesiones liberales adoptan previamente una actitud poco optimista ante la separación del trabajo, deseando retrasar la jubilación. Algunos estudios hechos con profesionales de actividades liberales y con funcionarios en Francia o EE.UU. (Mishara y Riedel, 1984, Streib y Sch-

¹³ El grado de vinculación con la empresa sí es relevante, pues a mayor vinculación e implicación la actitud de rechazo a la jubilación será mayor (Lehr y Dreher, 1969; Thomae, 1969; en Lehr, 1980: 229 y ss.).

neider, 1971) encuentran en esos sectores profesionales el deseo de una continuidad en la actividad social después de la jubilación, mediante reciclajes que les permitan mantenerse en actividad, aunque fuera en otra ocupación diferente de la habitual, pero remunerado, al efecto de evadir en lo posible el efecto implacable del envejecimiento pasivo. Los jubilados de estatus sociocultural alto y de profesiones liberales, aunque inicialmente mantengan posiciones desfavorables a jubilarse, posteriormente suelen encontrar actividades que les ayudan a adaptarse (Rodríguez Domínguez, 1989: 93).

Por el lado opuesto, los jubilados de profesiones no cualificadas y con nivel socio-cultural bajo, aunque inicialmente acceden con entusiasmo a la jubilación, posteriormente suelen mantener actitudes negativas al no saber cómo emplear el tiempo libre ni adoptar otras actividades sustitutorias del trabajo. Según Rodríguez Domínguez (1989: 92), por el tipo de profesión se ha considerado a los profesionales no cualificados y obreros como el grupo social con expectativas más favorables previamente a la jubilación, viendo en ese evento la posibilidad de emplear el tiempo libre en sus propios *hobbies*, o simplemente como medio de liberarse de una carga o responsabilidad. Así lo describe también la experta Hareven (1981: 306), diciendo que ya a finales del siglo XIX «los miembros de la clase obrera mostraban signos de edad avanzada antes que los burócratas o los profesionales. Los obreros industriales... eran 'viejos' al llegar a la edad adulta, mientras que otros continuaban trabajando hasta el final de sus días...», todo dependía del empleo y de las condiciones del mismo.

Cada persona otorga al trabajo aspectos positivos y negativos. Por eso no es fácil coincidir en la visión del trabajo ni tampoco en la de la jubilación, ni siquiera con las personas más cercanas o con las que compartimos el trabajo. Por tanto, como dice Bermejo (1994), si existen grandes diferencias entre quienes realizan, por ejemplo, el mismo trabajo, aún habrá más entre los que trabajan en sectores distintos. En consecuencia, la pertenencia a una clase social o a una profesión, a una estructura social, a un contexto determinado de ocupación, siguiendo análisis del informe GAUR (1975: 132), son más decisivos que la mera pertenencia a un país o grupo étnico o cultural. Las personas que viven en países distintos, pero pertenecientes a la misma clase social, tienen, por lo general, actitudes más homogéneas ante el trabajo, la jubilación y la vejez que las de un mismo país pero pertenecientes a estatus diferentes. Las actitudes personales y colectivas ante el trabajo y el retiro dependen fundamental y básicamente de la estructura económica y social en que están encuadradas las personas. Es esta estructura la que condiciona los demás factores. Por ello no podemos hablar de la vejez en general o de la actitud ante el trabajo o la jubilación como algo uniforme, pues una sociedad dividida en distintos estatus reflejará su división en to-

das las dimensiones, incluida la vejez. Como ha ocurrido a lo largo de la Historia, tal como dice Beauvoir (1983), «un abismo separa al viejo esclavo del viejo señor, a un viejo obrero con una pensión miserable de un Onassis» (pág. 7).

Podemos ir, pues, afirmando que los resultados son ambivalentes en la relación trabajo/jubilación. Nico, protagonista de la novela de S. Bautista de la Torre (1994), expresa esta ligazón al trabajo: «...casi sesenta años, señor, de afincarse en lo mismo, de repetir los rostros, de aspirar idénticos aires, incluso de reiterar palabras y pensamientos...» (pág. 32), y continúa diciendo, «Es posible que mi único mundo haya sido el recinto de la empresa... No puedo evitarlo...» (pág. 46). Parece, pues, que no se presentan apenas dudas de la influencia, positiva o negativa, del trabajo (y todo lo que el mismo implica) sobre la vivencia de la jubilación y el envejecimiento¹⁴ (véase apartado 8.4).

8.3.2. Los ingresos: determinante y cambio en la jubilación

Los ingresos son importantes tanto como determinante de una mejor/peor vivencia de esta etapa, como cambio (generalmente negativo) al producirse un descenso al pasar a la jubilación. Es claro que el dinero es uno de los aspectos que provoca ansiedad y estrés en todas las edades. Además de estos efectos a nivel individual, también es causa de conflictos y discusiones sociales (en familia, con amigos, en el trabajo). La última etapa no se libra tampoco de esta preocupación, o incluso se constituye en un problema porque la situación económica suele empeorar después de la jubilación. La diferencia con otros colectivos (por ejemplo, los parados o trabajadores precarios) es que éstos aún tienen la esperanza de que su situación se puede restablecer, pero los mayores saben casi con total seguridad que lo que no hayan conseguido (económicamente hablando) a determinada edad con el paso del tiempo va a ser más complicado mejorar la situación.

Si señalamos el mayor tiempo libre como uno de los cambios más relevantes en la etapa postlaboral, la reducción de ingresos es un cambio (generalmente negativo) igualmente importante en la jubilación. Aquí sólo ofrecemos una aproximación concisa al tema, porque aludir a los autores que mencionan

¹⁴ Para más información sobre estos aspectos fundamentales consúltense las aportaciones de Lawton («Meanings of Activity»), Tokarski («Later Life Activity From European Perspectives») en Kelly (ed.) (1993), *Activity and Aging*. O también la obra de Hulicka (1981), *The Empirical Studies in the Psychology and Sociology of Aging*, e igualmente básico es el capítulo de «Work and Retirement», en *Handbook of Aging and the Social Sciences*.

la relevancia de lo económico en estas edades sería enumerar a todos los que ya incluimos en la bibliografía e, igualmente, trasladar los discursos relacionados con este aspecto convertiría este epígrafe en un amplísimo capítulo.

Varios son los estudios que han comprobado que la situación económica, en concreto la disminución de ingresos, es la pérdida más seria relacionada con la jubilación (Shanas, Townsend, Wedderburn, Friis, Milhoj y Stehouwer, 1968; Marshall, 1988; Gala Vallejo, 1990; Kalish, 1991; INSERSO, 1991, 1993; Moragas, 1991; López Jiménez, 1993; Buendía y Riquelme, 1994; Agulló y Garrido, 1996, etc.). En concreto, Sáez *et al.* (1996: 28) concluyen que el principal problema de la jubilación era el económico (el 74% señalaron esta faceta), la soledad (59%) y la salud (38%). La población española considera que el gozar de salud y disponer de suficientes recursos económicos hace que la vejez pueda ser una buena etapa. El 74% de las personas entrevistadas por el CIRES están de acuerdo o muy de acuerdo con la idea de que *«si la situación económica personal y la salud son buenas, la vejez o la tercera edad pueden ser una de las mejores épocas en la vida de una persona»*. En lo que aquí nos compete, es de destacar que el temor del jubilado a que le falte dinero para seguir manteniendo su nivel de vida anterior (o por si en un futuro «fallan» las pensiones, o por si surge una enfermedad repentina que requiera más cuidados...) llega a convertirse, en determinados casos, en un problema patológico y traumático.

En cuanto a los ingresos como determinante, hemos de recordar que las actitudes hacia la jubilación variarán según el estatus socio-económico, lo que incluye obviamente los ingresos (más el nivel educativo) ya tratados en el segundo capítulo¹⁵. Pero esta disminución de ingresos, y esto es más relevante, suele ir acompañada de una sensación de estar siendo «perceptor pasivo». Ello es debido, tal como dice Altarriba (1992: 7; Cano, 1990), a que se produce un tránsito de ganar un salario (identificado con valor y autonomía) a recibir pasivamente una pensión asociada a la no producción. Los ingresos ya no dependen de las cualidades-aptitudes, intensidad de trabajo; su cuantía ahora está fuera de su control e intervención, incrementando ello su dependencia y reduciendo su capacidad adquisitiva, lo que implica una pérdida de su rol y «estatus» personal y social, que había sido base durante muchos años de su identidad. Al unísono, pues, se producen al menos dos pérdidas: económicas (materiales) y psico-sociales (descenso de autoestima y prestigio).

¹⁵ La cuestión económica en los mayores plantea un problema con doble vertiente. Por un lado, el nivel de ingresos de cada uno de los mayores tras la jubilación (epígrafe 2.4); por otra, el debate más general de la financiación de los gastos sociales por parte de los Estados del Bienestar (epígrafe 3.5 y Capítulo 11).

Según Díez Nicolás (1996: 42-43), el 82% dicen no depender económicamente de ningún familiar. Observamos un apoyo de los/as mayores a las familias, y a la inversa, los familiares ayudan a los/as mayores, sobre todo a los de estatus medio-bajo. Pero, siguiendo la encuesta CIRES (1995), el hecho de que un 18% de la población mayor de 65 años se encuentre en una situación de dependencia económica y un 9% no perciba ningún tipo de pensión induce a reflexionar sobre su precariedad socio-económica y su posible impacto psicológico y social en muchos mayores. Según comprobamos tanto en Agulló y Garrido (1996) como en este estudio, los/as mayores de estatus medio y bajo están en una situación económica precaria y problemática porque sus ingresos aún se ven más deteriorados que en la etapa activa. Para los/as mayores de estatus más alto también es una cuestión fundamental; aunque su situación no sea tan pésima, sigue siendo preocupante porque su nivel de ingresos empeora en relación a su situación anterior. A pesar de que la valoración que se hace de la situación económica es, en términos generales, bastante buena, casi todas las personas señalan que la jubilación ha supuesto una pérdida significativa de ingresos. La valoración del nivel de ingresos no se plantea en términos absolutos, sino en términos relativos, comparándolo con el que se tenía antes de haberse jubilado. En suma, la pensión se les queda muy reducida para todos los gastos que tienen que seguir afrontando, además de tener que mantener a la mujer (generalmente dependiente, ama de casa, y si es trabajadora su situación económica suele ser peor que la de él) y a algún hijo/a que aún no se ha independizado (que está desempleado/a, o con hijos/as, o pagando una vivienda, por ejemplo). Resulta paradójico que, a pesar de que las necesidades de los/as mayores son las mismas (o incluso se incrementan con el paso del tiempo), y su capacidad de consumo cambia¹⁶, sus ingresos pasan a ser inferiores en comparación con los salarios de la población activa y con su situación anterior.

¹⁶ En muchos casos se dice que los jubilados tienen menos gastos, pero, al igual que Kalish (1991) y otros autores citados más adelante (Grande, 1995; INSERSO, 1991, etc.), pensamos que la reducción más importante en los gastos se produce pocos años antes de la jubilación al independizarse los hijos (Schulz, 1980), pero en edades más avanzadas los gastos son parecidos (desciende el gasto en vivienda y en educación de los hijos/as), o incluso aumentan otras necesidades y gastos (enfermedad inesperada, cuidados y atención especiales, etc.). En cuanto a la capacidad de consumo se pueden presentar argumentos parecidos: disminuye el consumo de un tipo de bienes (bienes duraderos, como, por ejemplo, la vivienda), pero demandan y aumentan otros: servicios de asistencia, mayor atención, consumo de ocio, etc. (véase 2.4). Por ejemplo, de cada 100 pesetas los mayores gastan 28 en alimento, tabaco y bebida; 27 en vivienda y ocho en transporte, ropa y calzado (*Sesenta y más*, nº 168: 53), pero podemos decir que son (y serán) clientes de cualquier tipo de productos.

Salvo los de mayor estatus, los jubilados en general sólo pueden «ir tirando», tal como dicen ellos, con las bajas pensiones que perciben. Algunos discursos parecen optimistas, más bien «conformistas», de austeridad, basado en el ahorro. Estas opiniones conformistas y de resignación pueden explicarse porque se comparan con las condiciones de vida (y de trabajo) pésimas que muchos de ellos han sufrido en su infancia y madurez, y también al compararse con sus antepasados y con otros grupos sociales marginales. Destacan la influencia de las pensiones sobre la realización de unas u otras actividades, como ya veremos en el Capítulo 9. Además piensan que tampoco se ha avanzado tanto porque hay mucha desigualdad entre los mayores¹⁷. Los de nivel medio y bajo aluden continuamente al nivel modesto de pensiones y otros problemas materiales, a los que no hacen referencia, obviamente, los de mejor posición. Además de los testimonios que se adjuntan, véase en el anexo (EM9: 5, EM20: 5, GD3: 9-10) unos discursos rotundos, enfadados, sobre las bajas pensiones, diferencias y «mal reparto» de las mismas.

“H.- (...) *pues lo poquito que cobramos lo administramos bien, tenemos para las acelgas, el poquito de jamón york (...) y esas cosas, nos administramos y vamos tirando.*

M.- *Tienes que ir tirando de la cuerda para que te llegue... Yo con 55.000 pesetas...»* (GD4: 13-14).

“...*Un parásito de la vida, porque otra cosa (...) estar a expensas de lo que quieran hacer conmigo. Como no tengo remanente... (EM20: 3) (...) al cine no voy, lo uno porque no tengo medios para ir ya que los precios son muy grandes...»* (EM20: 4) ...*me he privado de todo»* (EM20: 5 ó GD6: 12)

Si bien a todos afecta la disminución de ingresos, en las mujeres mayores este descenso (o mantenimiento en peor situación) presenta posturas más acusadas. La situación de la mujer es distinta por tres procesos:

- En las jubiladas la disminución de ingresos se acentúa porque ya sus salarios eran más bajos cuando estaban en activo.
- Las viudas perciben unas pensiones muy bajas (45% del salario base del marido).
- A primera vista, las amas de casa no notarán esta disminución porque

¹⁷ Los agricultores se nos presentan como un caso paradigmático de situación precaria (por ejemplo, menores pensiones) que perciben los autónomos, regímenes agrarios y trabajadores por cuenta propia (ver GD7: 22-23, GD3). Muchos «tienen» que seguir trabajando para complementar la pensión (ver 9.3.1).

nunca han percibido ingresos. Pero en realidad sí pierden el nivel adquisitivo al ser «jubiladas consortes». Al tener menos ingresos el marido jubilado, ello le afecta directamente en su capacidad adquisitiva: «*ahora me da (el marido) menos dinero para comprar, para...*» se quejan muchas de estas mujeres. A su dependencia anterior se unirá la disminución de ingresos del marido jubilado.

Las mujeres dejan patente en su discurso el enfado por este cambio negativo debido a diferentes motivos: las jubiladas cobran menos (las que cobran); las que han cotizado pero no lo suficiente no cobran; las que han trabajado y no han cotizado no cobran y pasan a «depender» de nuevo (porque antes disponían de su dinero propio) del marido o de una pensión no contributiva irrisoria. En resumen, las pensiones son bajas o, es más, son inexistentes para las mujeres mayores.

“...he estado pagando muchos años y *me queda muy poquito*. He estado pagando muchos años, a ver. Hay otras personas que han estado pagando bien poquito y cobran lo mismo o quizá más, *eso tampoco estoy yo conforme con la paga.*» (EM5: 4, o GD3: 11): «...*yo cobro setenta mil pesetas y yo tengo que mantener un hijo, la casa, la luz, el teléfono y dígame usted a mí, si hoy en día con setenta mil pesetas, si no tengo que hacer maravillas...*» (GD7: 18-19): «...Que nos dieran una paguita a nosotras...(...) *muchas mujeres de aquí han cotizado cinco años, tres años, 10 años... arreglo a lo que han cotizado que pagaran...*» (EM4: 11).

No olvidemos, de hecho, la inacabada guerra sobre las pensiones acentuada concretamente desde la decisión de la Junta de Andalucía de aumentar las pensiones no contributivas. El debate sigue candente. El disponer de suficientes recursos económicos es, sin duda, una de las condiciones que la población española considera necesarias para que, tanto la jubilación como la vejez, puedan dar lugar a experiencias psicosocialmente positivas. La disponibilidad de recursos económicos es uno de los factores (y cambio) que determinan la frontera entre una jubilación aceptada y satisfactoria y una jubilación (y posterior vejez) agobiante y rechazada.

8.3.3. ¿Supone la jubilación un deterioro de salud?

Junto con la situación económica, el estado de salud constituye otro de los principales factores que los/as mayores señalan como fundamental en su vivencia de la jubilación y vejez. En casi todos los estudios consultados sobre

mayores (por no decir todos), aparece alguna referencia al tema de la salud/enfermedad significando que es un tema prioritario. Muchas investigaciones tratan el nivel de salud de las personas mayores de 65 años sin diferenciar distintos períodos o edades. Por ello, debemos hacer notar que la situación de salud puede variar según tratemos los primeros años después de la jubilación (65-75 años) o después de estas edades. Es decir, se hace difícil el contraste de información porque en unos casos se refieren a los mayores en general y en otros se centran en los mayores más «mayores» (más de 80 años). Aunque cada vez se dispone de más encuestas y estudios epidemiológicos¹⁸ observamos que no se contemplan aún distintos grupos de edad a partir de los 65 años. En cualquier caso, los aspectos sociosanitarios podemos decir que constituyen temas que preocupan más (a los «mayores-jóvenes», que son casi todos los mayores de nuestro estudio) desde la perspectiva de futuro que desde su propia vivencia de la jubilación en el presente. Estos temas se vuelven más relevantes para la gente denominada de forma eufemística de la «cuarta edad», a partir de los 75-80 años, pero tampoco son olvidados por la gente mayor «más joven» o de la «tercera edad». Recordemos que el empeoramiento de la salud es considerado uno de los aspectos negativos más señalados en estas edades (Capítulo 11) y subrayado como un factor determinante para la realización de determinadas actividades (véase apartado 9.1)¹⁹.

La salud/enfermedad en estas edades se caracteriza por una pluripatología, es decir, se sufren muchas enfermedades, deficiencias (se refieren a «algo que falta») y discapacidades (referidas a «algo que se ha alterado») al mismo tiempo. No sólo es relevante la acumulación de dolencias, sino que a esto se añade que las enfermedades se caracterizan, en estas edades, por tener una convalecencia más larga; peores resultados de recuperación; mayor riesgo de reincidir en la misma enfermedad; tendencia a la invalidez e inmovilidad; ma-

¹⁸ Consúltense el capítulo de Gabriel y Bermejo sobre «Salud en la Tercera Edad» (Onís y Villar, 1992, Cap. 2, Vol. 4, págs. 34-71), las investigaciones sobre salud/enfermedad en los mayores CAM (1989), el estudio catalán de Alonsó y Antó (1989), las encuestas de morbilidad y discapacidades del INE (1987, 1989), encuestas del Ministerio de Sanidad y Consumo (1987 y 1993), Encuesta sobre Demandas Sociales Vinculadas al Cuidado de la Salud (Durán, 1993, CSIC), estudios del FIS (1990, Epidemiología del envejecimiento en España), INSERSO (1983, 1989), Tesis doctorales (Sarasaola, 1989), etc.

¹⁹ El Gabinete de Estudios «Bernard Krief» y la Sociedad Española de Geriatria y Gerontología en su estudio (1989) señalan que para el 73,8% de la población mayor es el aspecto más negativo, seguido de la soledad (29,8%) y el no poder trabajar (9,4%). Otros estudios y encuestas (por ejemplo, el barómetro de abril de 1997, estudio 2.244 del CIS) llegan a las mismas conclusiones de considerar la enfermedad como el aspecto más temido en estas edades.

yor necesidad de recursos, servicios y planificación; sensación de gravedad (de la persona mayor y su entorno) más acentuada; mayor riesgo de complicación, etc., todo ello en comparación con cualquier otro grupo de edad más joven.

Según un informe de las NN.UU. (1992: 24), los problemas de salud de los mayores son semejantes en los diferentes países desarrollados (tan sólo el 8% tiene graves deficiencias y sólo el 4-6% viven en instituciones por estos motivos). Sin embargo, apenas hay información sobre la situación de los mayores en países en vías de desarrollo, cuya salud se presenta más preocupante por problemas socio-económicos y deficiencias en los servicios de atención²⁰. En virtud de diferentes investigaciones, los principales problemas de salud/enfermedad se dan a partir del tramo de edad 80-85 años. En España, la ENSFTE (INSERSO, 1990) señala que el 51% de las personas entre 60 y 64 años se sienten enfermas, frente a casi el 71% entre los que tienen más de 85 años. Siguiendo esta misma fuente de datos, los problemas más citados por los mayores son: problemas reumáticos, trastornos cardiorrespiratorios, problemas de visión y de otros sentidos y trastornos metabólicos y nerviosos, principalmente. Según el CIS (1989: 43 y ss.), algo más de las dos terceras partes (67%) de la población mayor de 60 años padece una o varias enfermedades o dolencias de carácter crónico o estable²¹. Esta proporción se eleva desde el 56% (quinquenio de 60 a 64 años) hasta el 87% en los mayores de 85 años, y disminuye considerablemente a medida que aumenta el nivel de estudios.

Varios estudios son los que analizan las enfermedades más frecuentes en los mayores y suelen coincidir con las citadas (Onís y Villar, 1992; Cano, 1990: 173, 188; Comisión Nacional, informe 1982; Gabinete de Estudios Bernard Krief, 1989; CIS, 1990; ENDESA, 1989: 45-105, etc.). Todas estas patológicas presentan una incidencia considerablemente superior en las mujeres: no sólo se sienten más enfermas (autopercepción) sino que además declaran sufrir más patologías²². Pero en general, tanto el estado de salud como la autopercepción

²⁰ El mismo informe trata el tema de la ceguera y otras deficiencias visuales (págs. 116-126) como uno de los problemas más acuciantes y añade políticas y programas para prevenir y curar tales efectos.

²¹ Cuatro de cada 10 personas se refieren a enfermedades circulatorias (40,7%) y el 35% de tipo osteoarticular, 14% respiratorias, 13,8% nerviosas, digestivas (13,5%), endocrinometabólicas (10,2%), trastornos mentales (5,8%), genitourinarias (5,3%), sangre (2,9%) y otras (3,9%).

²² Según Onís y Villar (1992), «las mujeres ancianas comparten problemas de salud con los varones. Sin embargo, muchos problemas son más frecuentes en la mujer mayor: la osteoporosis, los accidentes cerebrovasculares, los déficits visuales, la hipertensión arterial, artritis, diabetes y quizá la demencia senil»... Pero a esta situación se añaden «otros problemas de salud específicos de la mujer anciana: los relacionados con los cambios del aparato endocrino-reproductor (postmenopausia), las infecciones urinarias, el riesgo de ciertos tipos de cáncer», principalmente (págs. 34-35, vol.4).

del mismo, son positivos. Así lo demuestran los datos extraídos de diferentes encuestas. En la encuesta CIREs (1995) sólo el 14% de las personas mayores de 65 años dice no estar nada satisfecha con su estado de salud y un 33% sólo está algo satisfecha. El 20% mencionan padecer muchas o bastantes veces cada una de las dolencias expuestas en el cuestionario (Díez Nicolás, 1996: 42). No obstante, sólo un 11% considera que su salud es peor que la de otras personas y casi la mitad considera que es mejor o mucho mejor. En cualquier caso, hay que evaluar con cautela la situación de salud, sobre la que se vierten también muchos estereotipos y mitos (ver R. Fernández Ballesteros *et al.*, 1992, 1993) que se confunden con la situación real (véase Capítulo 10).

La salud constituye un determinante de la jubilación, pero el que la jubilación empeore la salud no está claro. En los resultados y el método de las investigaciones no siempre pueden distinguir si la jubilación es causa de un deterioro de salud, o si la enfermedad es la que acelera la jubilación. En cualquier caso el empeoramiento de salud debe analizarse teniendo en cuenta otros factores del proceso de envejecimiento y no sólo el hecho de la jubilación. De forma general, diversos estudios, siguiendo a Buendía y Riquelme (1994: 77-78) permiten apoyar la tesis de «continuidad» (Atchley, 1979) en los mayores. Es decir, quien tenía buena salud seguirá disfrutándola en este período, y quien ya presentaba problemas físicos tenderá a empeorar.

Según la encuesta CIREs (1995), si bien lo más frecuente (72%) es que no se perciba ningún cambio, un 18% de las personas empeoraron su salud al jubilarse y casi un 10% dice que mejoró. La jubilación causa problemas emocionales y frecuentemente conduce a mayores dificultades en cuanto a salud física. Muchos empiezan a deprimirse, enfermar y «morir» de forma rápida, al menos a nivel psicológico (Kalish, 1991: 167). Son numerosos los informes médicos que indican que la salud, tanto física como psicológica, sufre alteraciones como consecuencia del retiro. Por ejemplo, ya un informe editado por la Asociación Médica Norteamericana en 1966 concluía en que la jubilación forzosa es muy perjudicial para la salud tanto física como mental de muchos retirados. A pesar de que no hay acuerdo, algunos estudios epidemiológicos han encontrado relación entre jubilación y salud, o al menos han comprobado que la percepción del estado de salud empeoraba. Es decir, algunas investigaciones, por ejemplo, la de Rahe, McKean y Arthur (en Mishara & Riedel, 1986, pág. 161), *«han hecho aparecer una relación directa entre el número de los cambios importantes de la vida de un sujeto y los episodios de enfermedad subsiguientes. La viudedad, la pérdida de un empleo... poseen un efecto acumulativo y pueden aumentar el riesgo de muerte o de enfermedad grave»*. La conclusión a la que llegan Arbelo y Hernández (1981) es aún más clara:

«la jubilación tiene efectos psicológicos y sociales negativos, se eleva la mortalidad, sobre todo en el primer año del retiro» (pág.71). Sin embargo, siguiendo a los mismos autores, en otras ocasiones la salud mejora. Por tanto, hay que tener en cuenta otros factores influyentes sobre la salud/enfermedad (laborales, económicos, familiares, etc.). La relación jubilación-enfermedad no puede confirmarse, pues muchos informes atestiguan una buena salud tras la jubilación (Eisdorfer, 1972; Kalish, 1991)²³ y refutan el tópico de que la salud empeora con la jubilación (Emerson, 1959; Streib y Schneider, 1971).

Según otros estudios (Haynes, McMichael y Tyroler, 1978; Kalish, 1991) el único factor que predijo la muerte cercana tras la jubilación fue la salud anterior a ella. En esta línea, Treanton (en GAUR, 1975) respondía así en relación a los efectos físicos del retiro: «el estereotipo muy extendido según el cual el cese de actividad provoca el deterioro físico —incluida la muerte— de los que cogen el retiro ha sido desmentido por recientes trabajos: de hecho, es el deterioro de su estado de salud lo que conduce a gran número de individuos a dejar de trabajar; no es extraño que su tasa de mortalidad sea elevada... Pero si se comparan dos poblaciones con una salud igual al principio, una que continúe y otra que cese de desarrollar una vida profesional, la segunda, examinada tras un cierto lapso de tiempo, no se muestra en peor condición que la primera. Ciertas investigaciones van incluso a concluir que el cese de la actividad se traduce por una mejora física». Después de un estudio longitudinal realizado por Thompson y Screib (1958, en GAUR, 1975), con exámenes físicos antes y después del retiro, sus descubrimientos fueron que se produce un efecto general de mejora de la salud tras la jubilación. Tal como ya decía Cicerón (Zinberg y Kaufman, 1987: 84), «tan débiles son muchos ancianos, que no pueden desempeñar ninguna tarea ni deber, ni ninguna de las funciones de la vida, cualesquiera que éstas sean; pero eso, en verdad, no es un defecto privativo de la vejez, sino que es propio de la mala salud». De nuevo, retomamos la «vieja» pero vigente idea del clásico Cicerón ante su intento de romper la identificación entre envejecimiento y enfermedad. Pero hemos de reconocer, eso sí, que bajo condiciones determinadas (ma-

²³ Streib (1967), Sáez *et al.*, (1996) desde información de varios estudios (Tyhurst, Salk y Kennedy, 1957; Thompson y Streib, 1958) también demostraron que la tesis del efecto patógeno de la jubilación no podía seguir manteniéndose. La creencia de que las personas que trabajan hasta rebasar su capacidad física de rendimiento y, cumplidos los 65 años, se «desploman» de pronto, es tan errónea como la creencia que asegura que una jubilación voluntaria, antes de la edad legal, promete más años de bienestar para la salud. Las investigaciones de Martin y Doran (1967), Mahan y Ford (1955), Topson y Streib (1958) nos indican que no hay relación entre jubilación y deterioro físico. Eisdorfer (1972), Sáez *et al.*, 1996: 25) va algo más lejos, ya que encontró en la salud de los jubilados informes más positivos que negativos.

yor edad, estatus socio-económico deteriorado, hábitos de salud perjudiciales, etc.) la posibilidad de enfermar se verá más acelerada y acentuada.

En cualquier caso, muchos mayores en sus discursos mencionan la jubilación como «acelerador» del envejecimiento, como identificador de la vejez (véase Capítulo 10). Los cambios físicos, relacionados con la salud-enfermedad y el bienestar/malestar, ocupan buena parte tanto de los discursos masculinos como femeninos. Aunque los mayores seleccionados para nuestro estudio son aún «independientes físicamente», mencionan el mayor cansancio físico, la menor fuerza física, la pérdida de memoria, la pérdida de agudeza visual... y los primeros achaques y dolores que en general soportan. Aunque los datos no indican que las personas mayores de 65 años valoren de forma negativa su estado de salud, sino más bien todo lo contrario, hay que destacar que un 43% ha notado un declive de la misma y un 45% ha visto disminuidas sus capacidades físicas. El declive en las capacidades mentales es menos frecuente, aunque afecta al 25%. El porcentaje de personas que dicen haber notado un declive es mayor entre las mujeres que entre los hombres. Siguiendo a Díez Nicolás (1996), el 23% afirman tener problemas de memoria (olvidar el día de la semana, lo que estaba haciendo o dónde puso sus objetos personales) frecuentemente o algunas veces, pero sólo un 8% dice desorientarse o perderse en algún lugar con esa misma frecuencia. Hemos comprobado que su discurso realza la pérdida de salud progresiva. En relación a cómo llevaban a cabo sus actividades anteriormente destacan que tardan más en hacerlas (mayor tiempo), les cuesta más (mayor esfuerzo requerido) y el resultado suele ser peor (menor efectividad).

“...los jóvenes que entran ahora en Aviaco y lo que ellos lo hacen en 10 minutos, a mí me lleva 18, que antes no me los llevaba...” (EM3: 4) ...te empiezas a dar cuenta de que ves peor, de que tenías una vista hipermetrope, increíble de buena, y ahora necesitas gafas para ver de cerca, gafas de media distancia y gafas para lejos, y cada vez que te pones las gafas oyes que te dicen: «viejo, viejo, viejo...» (...) eso te acaba pesando; sin histeria, ¿eh?, pero lo acabas notando...» (EM3: 6 y EM1819: 8) «...empiezo a morir, porque vivir vivo en la cama, es donde estoy más a gusto (...) molestias, dolores, historias y (...) antes de la jubilación yo estaba en plenitud de facultades...» (GD3: 25-26, GD4: 8, GD1: 15, GD10: 13).

Algunos destacan los cambios físicos del envejecimiento progresivo incluso a edades «tempranas»; antes de jubilarse empezaron a notarlo. Por ello muchos otorgan a la jubilación un significado de «liberación» del duro trabajo, como posibilidad de descanso físico, como premio (véase 8.4.2). La «pérdida de reflejos», de la capacidad de reacción y de «facultades», tal como ellos dicen, es

destacada por los mayores (ver 9.2.4). Esta pérdida concreta es simbolizada y representada por la disminución de capacidad para conducir (o la capacidad sexual²⁴), que se torna en un indicador importante de que la persona, «ya no está como antes». De forma paralela, hacen mención al «ser mayor» cuando hablan sobre los cambios. Los cambios físicos son unos de los factores que conforman la identidad y el constructo de «ser mayor y envejecer» (Capítulo 10).

“...enterrado 33 años en la mina, me quedaron secuelas, y entonces no puedo ir ni a la montaña ni a la marina. Entonces *tengo que quedarme aquí, y lo que me ocurre es que llevo ya unos siete años en que mi salud ya no responde: por aquí me encuentro bastante bien, pero si tiro para abajo o para arriba, para la marina, o lo que sea, ya no...* Tengo que ir a sitios de rehabilitación. Tengo bronquitis también, tengo problemas en las vías respiratorias..., y es que estuve enterrado tres o cuatro horas la última vez, y es que dicen que es, a partir de esto, que las vías respiratorias se me encogieron... (...) se me cierran y entonces me encuentro fatal...” (GD6: 10 o GD3: 9: «...pierdes una cantidad de reflejos terrible y ya te encuentras muy mal...»)

“– Y vas acobardándote un poco...”

(...)- Lo principal es el pensamiento; *si uno tiene el pensamiento joven aunque no puedas realmente afrontar la cosa... no tienes tanto miedo y continuas realmente siendo joven...* (...)

– Pero aparte de todo eso *las facultades ya no son las mismas* y eso donde más se nota es *conduciendo un coche*. Antes, cuando somos jóvenes, le pasas a uno delante y das un frenazo y no pasa nada; ahora ya ves el peligro, «si le paso a lo mejor se cruza un perrito y tal...» y *¡todo lo ves negro! o casi negro todo... en los coches*.

– En el coche se aprecian, por lo menos yo, *las facultades que van perdiéndose*.

– (...) no me atrevo a ir en coche (...) *no te atreves a adelantar*, notas que te has saltado un semáforo, *te acomplejas, que ¡ya no tengo reflejos!...*» (GD8: 10 ó ver apartado 9.2.4).

Las mujeres mayores mencionan igualmente algunas características del envejecimiento físico: cansancio, pérdida de visión, menor rapidez. Muchas actividades se verán condicionadas por estos cambios y dolencias. Pero también incide la percepción subjetiva de enfermedad, que según algunas investigaciones en las mujeres es más acentuada. Según la ENSFTE (INSERSO, 1990),

²⁴ Concretamente, dentro de los cambios físicos los hombres destacan de forma bastante enfática los cambios relativos a la capacidad física sexual o reproductora (GD4: 13 ó EM2: 3).

el sexo, la edad, el estado civil y el nivel de ingresos del hogar son las variables que más condicionan el estado de salud de los/as mayores. En coincidencia con otras investigaciones, las mujeres declaran padecer enfermedades en mayor proporción que los hombres, y además, reciben en mayor medida asistencia médica y acuden más a las consultas.

“...tengo mucha artrosis. Algún día me levanto y esta rodilla me duele..., *me duele el hombro, me duele la espalda, los riñones, y me han dicho que tengo los huesos muy mal...*, tengo los huesos como si fuera mucho más mayor de lo que soy...” (EM4: 9) «...y tengo el hombro muy mal, porque *me ha quedado mal, y no me pueden hacer nada*. Lo tengo desgastado de que he lavado muchísimo a mano...” (EM4: 10).

“...*pierdes la vista, pierdes reflejos, cuando eres más joven tienes un reflejo muy grande; cuando te haces mayor te quedas así más parada, no tienes la actividad que tienes cuando eres joven.*

– *Te cuesta más hacer las cosas ...*» (GD9: 7, y ver GD7: 19, GD9: 6, 8 o GD2: 19: «...*limpiar la cocina y antes lo hacías en un día y yo, por lo menos, en mi cocina ahora necesito tres...*»)

La percepción subjetiva de que necesitan mayores cuidados y atención profesional es también mayor entre las mujeres. La encuesta CIRES (1995), más reciente, también concluye que el porcentaje de personas que dicen haber notado un declive es mayor entre las mujeres que entre los hombres. Cabe subrayar que los indicadores más subjetivos de la situación de salud, que generalmente se obtienen a través de «autoinformes» de los propios mayores, son si acaso más relevantes que los aspectos físicos porque existe evidencia de que estas valoraciones personales son los mejores predictores de satisfacción con la vida de los mayores (Cockerham, Sharp, y Wilcox, 1983; Larson, 1978; en Montorio, 1994: 75). Debemos recalcar la importancia de la auto-percepción, las actitudes y creencias sobre la situación real de salud²⁵.

Este es momento de reseñar la estrecha relación entre el bienestar psicológico y el nivel de salud en las personas de forma general (Alvaro, 1992), y en concreto en los jubilados, pues los que se encuentran más satisfechos con su situación tienden a sufrir menos enfermedades, a autopercebirse como más sa-

²⁵ La especialista Ribera (en Reig y Ribera, 1992: 165-206) investiga la importancia de la autoevaluación, creencias y percepciones sobre el nivel de salud/enfermedad. Concretamente, analiza la relevancia de las creencias en torno al apoyo social, al control personal y a las creencias religiosas, que pueden estar influyendo tanto sobre el estado de salud como sobre la percepción del dolor, por ejemplo. Según Gellner (1989) y estudios de Lohr *et al.* (1988), «las percepciones de salud son mejores indicadores de la satisfacción vital que las condiciones objetivas de salud, las limitaciones o las habilidades percibidas» (Ribera, 1992: 168).

nos, a visitar menos al médico, etc. Nos referiremos ahora en concreto al «estado de ánimo» que puede estar incidiendo sobre su bienestar o malestar más general, y en última instancia sobre las actividades y la postura ante las mismas en esta etapa (véase Capítulo 9). Se considera que las personas mayores que tienen un alto bienestar psicológico tendrán una vejez con mayor éxito y mejor adaptación, de ahí la importancia de este tema. Pero el concepto de «bienestar» abarca varios aspectos tales como sentimientos, emociones, valoraciones y reflexiones que las personas hacen sobre su calidad de vida²⁶ y precisa de continuas reflexiones e indagaciones²⁷.

Siguiendo la encuesta CIRES citada, el estado de ánimo de los/as mayores es positivo. Más del 60% dicen no sentirse nunca o casi nunca tristes o nerviosos y un 30% sólo a veces. Pero el 7% dice tener estos sentimientos frecuentemente. Además, un 72% dice estar satisfecho con la vida. No es frecuente percibir cambios tras la jubilación, aunque, llama la atención el que un 13% dice que empeora su estado de ánimo y un 9% lo mejora. Similares resultados se observan en la encuesta INSERSO/CIS (1993, INSERSO, 1995a: 85-88). Por tanto, el estado de ánimo durante la jubilación no es homogéneo sino que va experimentando variaciones a medida que va pasando el tiempo desde que la persona se jubiló (apartado 8.1) y dependiendo del género y el modo de convivencia.

Otros indicadores del bienestar/malestar son la depresión, el estrés, que obviamente aumentan el malestar en las personas en general, y aún más en el contexto de la jubilación y envejecimiento. Reig (en Reig y Ribera, 1992) es uno de los expertos sobre la influencia del estrés en la mortalidad y morbilidad de los mayores. Describe las distintas situaciones, causas, acontecimientos vitales y ámbitos en los que se produce mayor estrés en esta etapa. Destaca las causas de origen psicosocial (jubilación, ingreso en Residencias, viudedad, etc.) y profundiza sobre las for-

²⁶ Varios instrumentos vienen sirviendo para evaluar esta faceta. Desde el primer inventario de bienestar subjetivo (*Inventario de Actividades*, de Cavan, Burgess, Havighurst y Goldhamer, 1949, se han desarrollado múltiples escalas y cuestionarios para evaluar dicha cuestión. Estas escalas tienen en común que los indicadores del bienestar subjetivo (sea «felicidad», «satisfacción con la vida» o «estado de ánimo») se refieren más a un nivel global que a aspectos o preocupaciones específicas acerca del bienestar, que son tratados por varios estudiosos (Andrews y Withney, 1976; Magnen y Peterson, 1982; Schonfield, 1973; Neugarten, Havighurst y Tobin, 1961; Lawton, 1972; Adams, 1969; Woods y col., 1969; Dobson *et al.*, 1979).

²⁷ Montorio (1994: 148 y ss.) recuerda la necesidad de creación de nuevas escalas e instrumentos para medir esta faceta, pero destaca dos instrumentos por su mayor relevancia en la investigación. Estos son, el Índice de Satisfacción con la Vida (*Life Satisfaction Index*, Neugarten, Havighurst y Tobin, 1961), que contempla estos componentes: ánimo vs. apatía, resolución y fortaleza, adaptación, autoconcepto y tono de humor. El segundo es la Escala de Satisfacción de Filadelfia (*Philadelphia Geriatric Center Morale Scale*, Lawton, 1972), que evalúa el «estado de ánimo» considerado como un concepto multidimensional de bienestar psicológico.

mas tanto de evaluarlo como de afrontarlo. Hay una mayor incidencia de las enfermedades mentales entre jubilados, pero no hay relación entre jubilación y enfermedad mental. Como se ha aludido anteriormente, parece ser que es la enfermedad mental la que conduce a la jubilación y no a la inversa (Moragas, 1991: 166).

Montorio (1994: 81-110) se detiene en el tratamiento de la depresión como el principal problema emocional entre las personas mayores, sobre todo en los mayores que viven en instituciones en las que el 23% presentaban síntomas depresivos; e incluso llega hasta el 80% los que manifiestan síntomas depresivos, mientras que sólo alrededor del 6% de los que viven en comunidad a tenor de otros estudios (Gallagher y Thompson, 1983; Hyer y Blazer, 1982). Aunque la característica inicial sea el sentimiento de desánimo y melancolía (disforia), la depresión implica además determinadas conductas, pensamientos (ideas suicidas...) y ciertas manifestaciones fisiológicas (insomnio, pérdida de apetito)²⁸.

Según Díez Nicolás (1996), «el 37% de los mayores se sienten a veces o frecuentemente deprimidos, tristes, indefensos, desesperados, nerviosos o angustiados» (pág. 42). Desde otro estudio, se ha podido comprobar que el 78% de los ancianos deprimidos (Montejo Carrasco, 1985) habían padecido algunos sucesos críticos en las semanas o meses previos a la aparición del episodio patológico. Estos sucesos críticos son, principalmente: fallecimiento de familiares (esposo/a, hijos/as, sobre todo); enfermedades físicas (les recuerda la cercanía de la muerte, la incapacidad e impotencia por vivir); otros sucesos de tipo «pérdida» (jubilación, problemas económicos, familiares, rechazo); internamiento en alguna institución, etc. La depresión, junto con el estrés, es considerada como «enfermedad de nuestro tiempo» que puede darse a cualquier edad, pero sobre todo en etapas críticas vitales (adolescencia, prejubilación, vejez). Veamos algunos de sus discursos que manifiestan un ánimo más deteriorado:

“...pasar de 40 a 45 años no es perceptible, pero pasar de 65 a 70 sí es perceptible físicamente, (...) ...el entusiasmo que sé yo... pues la cosa principalmente pues se es menos ansioso o...” (EM1: 3 o GD1: 15: «...dejas todo eso y ya dices soy un parásito así que ya no... parece que... ¡no sé!...que ahí ya pierdes todo lo que tenías que... y ya vienen claro, los años, y vienen las canas y viene el dolor y viene el desgaste...»)

“H.– (...)...cuando me jubilaron que fue casi a la fuerza lo pasé muy mal. Tuve unas depresiones y unas cosas porque... yo ganaba mis buenas

²⁸ Otros factores relacionados con la misma, por ejemplo: las habilidades sociales, los acontecimientos vitales y las actividades que se llevan a cabo (véase Buendía, 1994; 1997; Ballesteros *et al.*, 1992; Gallagher y Thompson, 1982; Altarriba, 1992; Mishara y Riedel, 1986; Montorio, 1994: 88-89, etc.).

perritas con mi taxi y me jubilaron a la fuerza y me quedaron 24.000 pesetas al mes, o sea que eso fue un poco triste (...)... el problema mío fue un poco gordo (...) de la noche a la mañana (...) que lo dejara, llegó el médico... ¡que lo tuve que dejar!, vino mi enfermedad y lo tuve que dejar. Entonces, son palos que pega la vida que es muy triste pero...» (GD4: 3).

Es crucial señalar la importancia de la prevención, educación y formación recomendada por varios expertos/as en el área de la salud (Quintero, 1997; Quintana en VV.AA., 1977; Herrero, Pol y Prieto, en ENDESA, 1989; VV.AA., 1985: 61-77, etc.) así como la necesidad de un continuo estudio acerca de la oferta y demanda de los servicios sociosanitarios para los mayores. No podemos olvidar, pues, la relación triangular entre los factores biológicos, psicológicos y sociales sobre la salud, y siguiendo las ideas de algunos expertos (Altarriba, 1992; Carrasco *et al.*, 1979), proponer si no un modelo, sí una línea de investigación «bio-psico-social» para el estudio del envejecimiento. En definitiva, esto recalca el carácter económico, psico-social, cultural, que envuelve y define la situación de salud en los mayores (López Jiménez, 1993, págs. 139 a 147; Bazo, 1992, entre otros). Las deficiencias tratadas en este apartado son muchas veces consecuencia de un deterioro económico, de la profesión (empleos de baja cualificación son más deteriorantes), de la jubilación, de hábitos poco saludables (fumar, beber, automedicarse), de malas condiciones de la vivienda, del aislamiento, de la falta de apoyo, etc., más que del proceso de envejecimiento en sí.

Acabemos este apartado recordando la recomendación de la OMS tan repetida por diferentes expertos/as: el objetivo, pues, debe ser no sólo «añadir años a la vida» sino también «añadir vida a los años». Es decir, es un logro haber alcanzado la esperanza de vida a la que se llega en la actualidad, pero ahora se plantea el reto de vivir esta última etapa con una mayor calidad de vida a todos los niveles²⁹. Esta mayor calidad pasa por la prevención de enfermedades a través de varias precauciones, aplicables a cualquier edad, pero que en esta etapa se tornan imprescindibles. Para alcanzar un estado de salud favorable habrá que tener en cuenta: una dieta equilibrada, ejercicio mental y físico idóneo, uso de medicamentos adecuado, etc. Por ello, para poder decir que los mayores disfrutan de un estado de salud favorable, no basta con confirmar y alegrarse de que no sufren enfermedades graves, pues siguiendo las referencias de la OMS la salud no es sólo la ausencia de enfermedad sino una situación de *equilibrio a nivel físico, mental y social*.

²⁹ No olvidemos que además de la salud, el trabajo y situación económica tratados, otros factores inciden en la vivencia de la jubilación (relaciones, género, hábitat, pasado, etc.) y que coinciden con los factores tratados en el Capítulo 9 sobre actividad. Por ello no incidimos más sobre el tema.

8.4. HOMBRES Y MUJERES ANTE LA JUBILACIÓN: ¿JÚBILO O RETIRO?

Guillemard (1973), en su ya clásica obra *La retraite, une mort sociale*, establece una tipología de prácticas de retiro, en relación al uso del tiempo, según el *capital material* (bienes materiales), el *capital social* (relaciones sociales) y *capital cultural* (nivel educativo) que se posea. Según estos aspectos, y siguiendo a la autora, la jubilación podía ser: 1) jubilación-realización; 2) jubilación-consumo; 3) jubilación-familiar; 4) jubilación-reivindicación; 5) jubilación-participación; 6) jubilación-decadencia. En esta misma línea analítica, varios autores (Reichard, Livson y Peterson, 1962; en Aragón, 1986; en Moragas, 1989, 1991; en Sánchez y Ramos, 1982/85; en Lehr, 1980, entre otros) señalan cinco posibles «perfiles de jubilados»:

1. *El maduro*: Individuo bien integrado que disfruta con cualquier experiencia que viva. Tienen una actitud constructiva hacia la vejez.

2. *El pasivo o «casero»*: Es el «señor de la mecedora», que se encuentra contento porque al fin puede descansar. Suelen ser personas cómodas, dependientes, que no adoptan responsabilidades.

3. *El defensivo-activo o «blindado»*: Se organiza un sinnúmero de actividades para evitar la ansiedad de la inactividad. Suele estar a la defensiva de forma rígida.

4. *El colérico, irascible*: No se adapta ni ajusta a la jubilación, critica a los demás y les hace responsable de sus frustraciones. Está descontento, es hostil y fácilmente frustrable.

5. *El autoagresivo o autofóbico, «intrapunitivo»*: No se adapta, se odia a sí mismo y se responsabiliza-autoculpa de sus fracasos y frustraciones.

En el mismo eje, Neugarten, Havighurst y Tobin (1968) propusieron tres tipos de personalidad o actitudes similares a las anteriores³⁰. También Reiss y

³⁰ 1) Integrado: Incluye el reorganizador (muchas actividades), el focalizado (actividad moderada) y el desvinculado (poca actividad).

2) El «blindado»: Abarca al conservador (actitud parecida a la de la edad madura) y al «retraído», que reduce su actividad y sus relaciones con los demás como defensa propia.

3) El pasivo-dependiente comprende a los «buscadores de ayuda» (muy dependientes de los demás, sobre todo afectivamente), los desorganizados y los «apáticos», que están pasivos y con poco interés por todo.

Gold (Buendía, 1997, Cuadro págs. 80 y 81) proponen un modelo predictor que enlaza la personalidad y la satisfacción en la vida durante la jubilación. Conociendo los rasgos de personalidad (extraversión, minuciosidad-escrupulosidad, neuroticismo, apertura y cordialidad) se puede predecir directa o indirectamente la satisfacción en la jubilación. Si un comentario común podemos sacar de todos estos intentos de clasificación³¹ es, sin duda, que las personas jubiladas no constituyen un grupo homogéneo en lo que se refiere a sus posturas ante la jubilación y que no resulta, por tanto, adecuado hablar de una respuesta general ante la misma. Sin embargo, y aun cuando nuestros análisis avalan en parte los distintos perfiles expuestos, no todos los discursos pueden explicarse desde las tipologías establecidas por estos autores. En nuestra opinión, uno de los principales problemas que presenta la utilización de estas tipologías es la definición de la jubilación que parece estar implícita en las mismas. La jubilación se entiende exclusivamente como final de la etapa de trabajo en el mercado laboral y, en ese sentido, resultan más aplicables cuando se trata de identificar las respuestas de los hombres ante la jubilación que cuando se trata de analizar las actitudes de las mujeres (Agulló y Garrido, 1996). Se puede decir que las diferenciaciones de perfiles propuestas sobre el tema resulta, en líneas generales, adecuadas para describir a la población masculina, pero no para las mujeres, por ejemplo.

Siguiendo la clasificación de Reichard, Livson y Peterson (1962), sus análisis nos permiten concluir, por ejemplo, que el perfil del «maduro», es decir, del hombre que disfruta con la experiencia de la jubilación, es más frecuente entre las personas de clase social media-alta y, dentro de este grupo, está asociado a la percepción de la misma como una oportunidad de realizar to-

³¹ Para Savage y col. (1977), estarían: los «normales», introvertidos, perturbados y los maduros. La clasificación que nos aporta Hernández Rodríguez (1988: 235) cuando trata las distintas reacciones de las personas mayores ante el aislamiento en esta etapa es así:

1) Unos reaccionan adoptando las características psicológicas de la juventud, mediante uso de cosméticos y prendas de vestir juveniles, rechazándose a sí mismos y destacando los defectos de la propia generación.

2) Otros, aceptan la situación y proceden de forma consecuente y equilibrada.

3) Para otros la única solución es el suicidio, que en términos de Durkheim sería anómico —como consecuencia de la anomía y desorganización vital en la que se encuentran—. Una gran parte de los suicidios es de personas de 70 años o más, la tercera parte de más de 65 años, y casi la mitad (44,47%) superaban los 60 años. Entre las causas más importantes Hernández (1988) señala: enfermedad, debilidad física, aislamiento, rechazo familiar, sensación de estorbo, inutilidad, falta de cariño, etc. (véase también Sáez *et al.*, 1996: 395). El suicidio de los mayores ha aumentado; la tasa de suicidios de mayores es del 41,2% en 1992 (Hernández Rodríguez, 1996: 127-148).

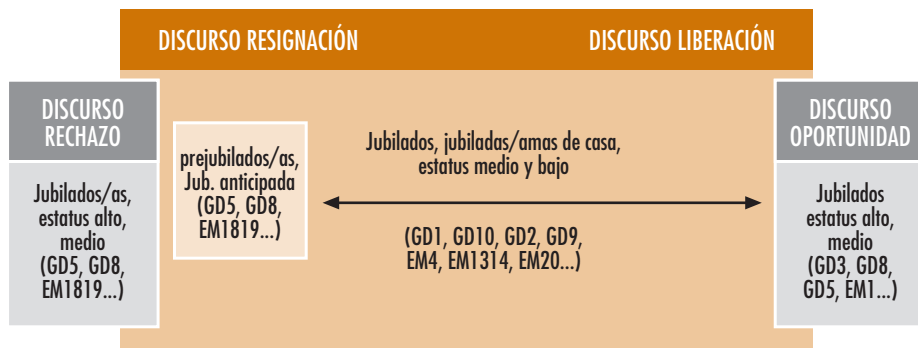
das aquellas actividades que no se han podido realizar durante la etapa laboral. Aquellos hombres para quienes la jubilación era una etapa deseada o, incluso, decidida y que, además, tienen intereses y aficiones claramente definidos, suelen mostrar un alto nivel de satisfacción con la jubilación (véase 8.4.3). No obstante, el perfil más frecuentemente observado entre los hombres jubilados, tanto si pertenecen a un estatus como a otro, es el que viene definido por la adopción de una actitud pasiva y de resignación, tal como venimos constatando (8.4.1). En fin, la situación es muy compleja, y las actitudes discursivas son diversas, pero desde nuestros análisis podrían reducirse a cinco, tal como desarrollaremos en los próximos apartados (ver Figura 8.1, adjunta):

- *Rechazo de la jubilación*, negación de la jubilación. La jubilación es percibida como final de la posibilidad de mantener un determinado estatus, ritmo de vida, relaciones, por ejemplo. Se encuentra la vida vacía de sentido. Todo ello puede deberse, como hemos comentado, a no haber desarrollado más que su faceta laboral o haberla sobrevalorado. Sería una jubilación, en principio, *destruktiva o desestructuradora*.
- La aceptación de la jubilación. Se trata de una actitud *resignada y conformista*, que percibe la jubilación como algo «inevitable», que tenía que pasar tarde o pronto y como una etapa más que hay que «aceptar».
- Jubilación como *liberación* del trabajo pasado, pero sin contemplar posibles proyectos ni perspectivas futuras. La jubilación como premio a una dura vida de trabajo.
- La jubilación como *posibilidad y oportunidad* de proyectar intereses y actividades anteriormente insatisfechos. Es decir, la posibilidad de realizarse, de hacer todo aquello que no dio tiempo a hacer. Sería una jubilación más *constructiva o estructuradora*.
- Posición ambivalente, en la que se mezclan actitudes y reacciones de los posturas anteriores.

Vemos cómo el eje o *continuum* valorativo de los discursos hacia la jubilación es complejo. En un misma persona (dependiendo de diferentes aspectos) encontramos discursos en varios sentidos. La superposición de cuadros pintados en el esquema puede simbolizar la superposición discursiva hallada. El siguiente esquema es un intento de comprensión general de lo que en este Capítulo se va a desentrañar.

Como veremos, la discursividad de los mayores suele situarse entre los significados ambivalentes que en el título exponemos: sería una concepción híbrida entre la jubilación como *júbilo* o la jubilación como *retiro*, con el sentido li-

Fig 8.1. Discursos valorativos sobre la jubilación



teral de «alegría-euforia» o «retirada, desactivación» que se suele aplicar respectivamente a ambos términos. El predominio de uno u otro sentido producirá un discurso de *rechazo* de la jubilación (polo más negativo) o bien de percepción de este proceso como una *oportunidad* (postura más positiva). Como los discursos parecen concentrarse en opiniones «intermedias» (resignación, liberación), empezaremos por analizar los discursos de los mayores que tienen estos significados «neutrales o ligeramente positivos».

8.4.1. La jubilación como *resignación*

Se trata de un discurso resignado, característico sobre todo de los jubilados/as de estatus medio y bajo, pero también encontrado en algunos de mayor nivel. Es un discurso conformista, de aceptación de la jubilación como «desactivación forzada»; muy distinto al discurso del deseo-oportunidad, de liberación y/o satisfacción ante la jubilación. De entrada, debemos distinguir el concepto de «resignación» de otros como el de «satisfacción, asimilación o adaptación» (que van más allá de la «resignación o conformismo»). La «aceptación como algo inevitable» será el matiz con el que se utiliza la «resignación» en este apartado. En el lenguaje corporal lo podríamos equiparar al gesto de levantar los hombros, como símbolo de aceptación forzada, resignada.

En general, los jubilados de estatus medio y bajo construyen discursos más conformistas hacia la jubilación porque sus trayectorias laborales han sido, cuando menos, difíciles. Observamos, pues unos discursos basados en la resignación, conformismo y aceptación del paso al no trabajo sea por un deseo

de realizar otras actividades (véase 8.4.3) sea por la simple liberación del trabajo pasado (véase 8.4.2). En general, echan de menos el trabajo, pero no las condiciones del mismo. Al observar que tanto los mayores de nivel medio-bajo como los de estatus alto continúan activos podemos decir que rechazan la pasividad que puede implicar la jubilación, pero no rechazan la liberación de la obligatoriedad que también suele conllevar. Percibimos que «no se sienten útiles» al pasar a la jubilación, pero aún así la «aceptan». Rechazan la jubilación si no se sienten útiles (sobre todo los de estatus alto). Por tanto, vemos que no es contradictorio aceptar la jubilación (porque están cansados) y rechazarla al mismo tiempo (si implica estar desactivado y ser inútil). Según predomine una u otra aceptarán o rechazarán la misma.

“...la jubilación es *una faceta más que hay que asimilar*, nadie, nadie debe de decir: «Bueno, como ya me he jubilado ya no valgo para nada, ya como si fuera un trasto inservible», no, no, no, hay que tener, yo creo, un espíritu de lucha constante para mantener esas relaciones, para poder salir y hablar (...)

– (...) ¡Hombre que lo haya echado de menos!, algo sí, pero lo he superado bastante bien psicológicamente lo he aceptado bien, como decía el compañero, es una etapa en nuestra vida que hay que asumir (...)

– (...) parece que no, *parece que sale uno de trabajar y como si no liera ya uno para nada.*» (GD1: 3 y EM9: 2 «...y vamos a ver si aguantamos la marea (...) ...lo he tenido que dejar...ó GD6: 23: «...y más si me dan 13 años de mi vida, ¿qué voy a hacer, quedarme en la mina allí, esperando a que se me caiga los posteros? No, ¡hombre no! (...) pues me voy para casa con mi prejubilación y listo ¡a vivir los días que me falten!...»).

Otra prueba de la difícil desvinculación de muchos mayores respecto al trabajo es la gran cantidad de mayores que tras la jubilación oficial continúan trabajando. Los motivos pueden ser económicos o psicosociales (necesidad de contacto, autoperibirse como útiles, ocupar el tiempo y la identidad de manera positiva, etc.). Se trata principalmente de mayores pertenecientes al sector primario, pequeños comerciantes, trabajadores por cuenta propia, profesionales liberales y funcionarios (Casals, 1982: 61) y los mayores con nivel educativo elevado (Sheppard, 1979; Bazo, 1990: 92) (ver 9.3). Salvo las ramas de minería, agricultura, construcción y otros trabajos manuales, el trabajador de 65 años y más suele estar en buenas condiciones físicas y desea poco la jubilación. Pero los datos demuestran que un reducido número de trabajadores prolongan su actividad hasta la enfermedad, invalidez o muerte. Los de categorías ocupacionales inferiores (deseen o no jubilarse) se

ven constreñidos y obligados al retiro laboral. Según Berzosa (1983: 38), «de diez personas jubiladas, seis prefieren seguir trabajando: tres de ellas para sentirse aptos y otras tres para obtener mayores ingresos». Veamos ahora la actitud del protagonista de la novela de Delibes que busca otro trabajo, aunque está jubilado anticipadamente; su opinión, también «resignada» y conformada, es esta: *»sesenta tacos no es mala edad para descansar... La fetén es que en el país sobramos la mitad del personal y si, por un lado, te alargan la escuela, por el otro te anticipan la jubilación, de forma que, a la postre, todo cuadrado. El pensionista, por la cuenta que le tiene, callará la boca, sabe que los demás trabajan para él y, aunque cobre dos reales, todavía tiene que mostrarse agradecido. Así es la vida».* (Diario de un jubilado, 1995: 9-10).

Un ejemplo claro de la confusión de sus discursos, y por ello no pueden categorizarse, es el hecho de que muchos han aceptado la jubilación «a la fuerza por motivos de salud» o bien por «reestructuración de la empresa» (es el caso de la mayor parte de los prejubilados). En el fondo estos mayores tienen un discurso resignado, pero tendiendo hacia la hostilidad, hacia la negación, manifestado en «las ganas» de volver a trabajar de nuevo, de estar ocupado.

“...he notado que los primeros días era como que sé yo, no era normal, pero que luego te haces ¿eh?, te haces. Y no me he hecho antes más por la zozobra esa de ver el camión, si lo hubiese vendido quizá se me hubiese pasado más de la mente (...) me dijo que qué iba a hacer y le dije que se me rondaba la idea de darme de alta otra vez, además de verdad, porque estaba... (...) ibas para aquí y para allí y ya estabas pendiente, ya no, ahora estás como ¡pasmado! (...) Lo echo de menos porque entonces yo no paraba y ahora ya estoy parado, ahora, si tuviera algo para entretenerme, pero es que solo tengo el cachito de parcela... (...) ...es por la circunstancia de las cuerdas cervicales si no yo hubiese seguido más, ¿eh? (EM9: 4) ...”es lo mismo que cuando se te cae el cielo encima (...) yo era de los más activos...» (EM9: 10 ó GD3: 7-8: «...Al principio, la actividad del trabajo, pues la echas mucho de menos (...) lo sobrellevo bien. (...) No es una cosa que la eche, que yo me amilane, que yo me acobarde, no, no, lo voy sobrellevando.» (GD3: 7-8).

Podemos decir que el trabajo sigue siendo un componente básico de la construcción de la identidad de la persona. Recordemos la diversidad de estudios que defienden la centralidad del trabajo en la conformación de la identidad psicossocial (Torregrosa, 1983; Alvaro, 1992; Garrido, 1992; Serrano, 1995; Agulló,

1996, entre otros). La misma tesis de centralidad del trabajo podemos mantenerla y aplicarla al pasado de los mayores, pero si cabe con una acentuación mayor. Es decir, si la identidad psicosocial se cimienta actualmente sobre el trabajo, hace unas décadas, era el «único» pilar básico en el que los hombres podían apoyarse. En fin, las consecuencias de la pérdida laboral (por desempleo, invalidez, jubilación, y de ahí los paralelismos de la jubilación con las teorías e investigaciones sobre desempleo³²) pueden ser (han sido y son) nefastas, por ejemplo:

- disminución de ingresos;
- de autoestima, de sentimiento de utilidad;
- de consideración social;
- falta de estructuración del tiempo diario;
- pérdida de relaciones sociales;
- pérdida de responsabilidades;
- de estado de ánimo, de ilusión...

Al fin y al cabo, pérdidas. Todas estas consecuencias se acentúan y agravan cuando se trata de prejubilación o jubilación anticipadas que pueden desembocar en «síndrome de inactividad laboral», depresión, inestabilidad, baja autoestima, etc. (IMERSO, 1997, *Sesenta y más*, nº 138: 7). Los jubilados reúnen diversas pérdidas que parece que notarán más en una segunda fase de la jubilación (no en el primer momento de euforia) que supone dejar el trabajo por cumplir 65 años.

«...pierdes autoridad, me parece a mí ¡eh!, se pierde la autoridad, se pierde aquello de que estabas haciendo, ese deber, esa obligación de que hoy pensabas ya lo que vas a hacer mañana, es la tarea esa, el día... un día, y otro, y otro y ... ¡en fin! esa es... y ya claro, dejas todo eso y ya dices soy un parásito (...) ya pierdes todo lo que tenías que... y ya vienen claro, los años, y vienen las canas y viene el dolor y viene el desgaste...» (GD1: 15 y GD1: 3) «...añoro porque quisiera estar activo, es una pena, me parece a mí, llegar mayor y dejar toda esa función que se tiene, se tiene obreros, se manda, se pelea, se cría a la familia...»

³² Desde las obras que tratan el desempleo (por ejemplo Jahoda, 1982/1987; Peiró y Moret, 1987; Torregrosa, Bergere y Alvaro, 1989; Blanch, 1990; Alvaro, 1992; Garrido, 1992, Agulló, 1997, 1999, etc.) podemos observar algunos paralelismos jubilación-desempleo tanto en relación a sus consecuencias como de las teorías que pretenden explicarlo: teoría de la Privación, teoría de la Agencia, teoría de la Autoeficacia, teoría del Capital Humano, el modelo Vitamínico, teoría de la Incongruencia Mental, teoría de la Expectativa-Valencia, etc.

(...)- *...parece que sale uno de trabajar y como si no valiera ya uno para nada...*» o GD1: 7: «...sigo guardando muy buenos recuerdos de muchos compañeros (...) un poco de nostalgia...» (ver GD5 ó GD8).

Hemos de recordar que hay muchas personas que *no tienen consciencia* de que se han jubilado porque sus condiciones de vida son favorables y no distinguen los efectos, positivos o negativos, de la jubilación. Suelen ser personas con hijos jóvenes, con un estatus y poder elevados, con un salario considerable (Kalish, 1991: 172). En muchos casos, los efectos de la jubilación se ven de algún modo neutralizados. Parece que algunas transmiten un discurso resignado pero con tendencia a ser un discurso casi «inexistente», poco definido, desviado hacia otras cuestiones que quizá han frustrado las «expectativas positivas» sobre la jubilación que era percibida, antes de estos sucesos, como liberación y deseo. Sí; se han liberado del trabajo pero otra «carga» ha pasado a ocupar el hueco del trabajo. Se trata de los casos en que otros acontecimientos vitales estresantes se viven al mismo tiempo: enfermedad, muerte de la pareja o familiar muy cercano, problemas de salud, soledad, cambio de residencia... Estos mayores parece que otorgan una menor importancia al abandono del trabajo, o mejor dicho, el problema surgido pasa a un primer plano, se superpone a la jubilación. No es que no tenga importancia el «dejar de trabajar» sino que a él se añade otro tipo de circunstancias consideradas «más básicas» que el retiro laboral. Aunque ellos manifiesten que la «jubilación no es problema», el cambio de dejar de trabajar está latente, no les deja impasibles y ello se muestra en otros puntos de las mismas entrevistas. Como en esta etapa es frecuente que se den algunas de esas circunstancias (viudedad, enfermedad, soledad, etc.) es difícil discernir los múltiples determinantes de una jubilación más o menos *jubilosa*.

“... yo cuando me jubilé ya era viudo, y todos los proyectos que habíamos hecho mi mujer y yo para cuando nos jubiláramos, para cuando yo me jubilara, pues eso no fue posible porque ya estaba yo solo. Quiero decir, que si yo, al jubilarme, hubiera tenido a mi mujer, posiblemente no me habría aburrido tanto, o habría distribuido mi tiempo de una forma mejor (...) de viajar, de hacer tantas cosas que habíamos previsto hacer... Y bueno, me quedé viudo y, la verdad, me he quedado muy solo, es una enfermedad terrible la soledad...” (EM12: 2 y EM1819: 7) «...en el momento de jubilarnos ha sido cuando él ha estado enfermo, entonces el trabajo ya no nos preocupaba. Nos preocupaba la salud de él...» (ver EM20: 8).

8.4.2. La jubilación como *liberación*

Esta línea discursiva adopta la jubilación como liberación del trabajo obligado y coercitivo, como descanso, como premio. Pero este «dejar de hacer», sin perspectiva ni proyección, que caracteriza a esta postura puede tener el riesgo y peligro del «vacío» a medio o largo plazo. Si en el anterior apartado hemos trasladado los discursos sobre la «resignación» ante la jubilación como una «aceptación» cuasi forzada, en éste los discursos resultan más positivos porque transmiten la idea de jubilación como abandono de un sufrimiento pasado, como liberación del yugo del trabajo, como premio a una larga y dura vida de trabajo. Estos discursos son comunes sobre todo en los/as jubilados/as de estatus medio y bajo, pues en los niveles más altos no se ve tan claramente que la jubilación sea una liberación porque el trabajo no era percibido de forma tan negativa.

En general, ello es coherente con el hecho de que no echan de menos el trabajo pero sí la ocupación del tiempo (por eso muchos continúan trabajando, véase Capítulo 9); se «liberan» de la obligatoriedad y otras condiciones pésimas que suponían sus trabajos. Esta actitud de «salida de la cárcel del trabajo», «salida de la jaula», como fin de un «secuestro», como «separación», supone liberación, pero también puede significar aburrimiento y posterior vacío.

– No, yo ahora *me siento libre*.

– No, pero aún continuo haciendo algo.

– No, *ahora me siento como si me hubiese salido de la jaula. Me siento libre, puedo hacer lo que quiera, me levanto y me acuesto a la hora que quiero, y no hay nadie que me diga...*

– Pero es que trabajar *trabajamos igual que antes*, yo aún no he parado.

– Sí, pero tener esa *tensión que tenías antes*... ¡A las seis!, a toque de pito.

(...) pero *eso lo haces tú por voluntad...*» (GD10: 3-4 ó GD4: 1)

«... estás cobrando y que todos los meses tengas y *no te tienes que ocupar de nada pues ¡divinamente!*» (GD3: 8) «...*Ya me jubilé, ya ni mirarlo...*»

Según un estudio sueco, aunque más de la mitad de los empleados participantes en el estudio pensaban que echarían de menos el trabajo después de jubilarse, sólo el 36% de aquellos que estaban ya retirados declararon que éste era su caso (Skoglund, 1979, en Kalish, 1991: 173). En otro estudio (Carlisle, 1979; en Kalish, 1991: 173) se comprobó que cuanto menos discrepancia había entre los deseos previos de participación mayor era la satisfacción vital. Por tanto, de la falta de proyectos y expectativas puede derivar la desadaptación, aburrimiento, hastío, en la etapa postlaboral si no se llena ese hueco liberado del trabajo con otra actividad (ocio, por ejemplo).

Si los discursos masculinos se asemejan por la liberación en la jubilación, no transmiten lo mismo los discursos femeninos de las jubiladas, pues ellas se han liberado sólo del trabajo remunerado que desempeñaban, pero siguen soportando las obligaciones familiares, trabajos domésticos y cuidados a otras personas (véase 8.4.5). En cualquier caso, aunque los jubilados adquieran mayor tiempo libre no adquieren más obligaciones familiares, ni las comparten con sus parejas, tal como sería de esperar (véase 9.3). Por ello se sienten más libres y liberados de obligaciones horarias y de otra índole. Siguen teniendo mayor poder de decisión, más libertad, que las mujeres de sus edades.

“– Tenemos *menos obligaciones*.

– Tenemos menos obligaciones en todo.

– Libertad... cada uno se toma la que quiere y la que puede.

– Exacto, *libertad tenemos la que queremos cogernos*.

(...)- Nosotros estamos viviendo un sueño, hablando claro, porque hemos llegado... *no tenemos ningún tipo de obligación, no se mete nadie con nosotros excepto si hay... es decir que tenemos obligaciones en casa, lo que estoy diciendo, un inválido, una persona mayor, que le tienes que hacer todo ¡todo! pero de eso se encarga mi mujer, pero yo a mi mujer tengo que ayudarla...»* (GD10: 9 ó GD10: 3).

La conclusión del Capítulo 7 sobre «cualquier tiempo pasado fue peor» resume las actitudes positivas hacia la jubilación, pero, repetimos, más que desear la jubilación en sí, lo que se deriva es un gran rechazo al pasado laboral (orgullo por haberlo superado pero en el fondo deseo de jubilarse). Aunque muchos después echan de menos el trabajo, ello demuestra que no podemos identificar el rechazo al pasado laboral con el rechazo a todo tipo de trabajo y actividad. De hecho, como veremos más adelante, la actividad elegida y libre de obligaciones (que no el trabajo en las condiciones pasadas) sigue siendo central.

Mencionan que en esta etapa empiezan las primeras molestias de salud, pero ello no es debido a la jubilación. En el fondo no pueden disfrutar en la jubilación por esos problemas; pero no por haberse jubilado sino por el propio envejecimiento en sí, que es lo que ellos rechazan claramente (ver 8.3.3). Muchas veces se reniega de la jubilación porque se confunde con envejecimiento, tal como se observa en el discurso cotidiano y también entre los propios mayores (ver Capítulo 10).

“H.– (...), ya no quiero aprender más oficios, ya sé bastante... *Ya lo que no quiero es trabajar mucho que los huesos me duelen mucho*. Tengo los huesos que ninguno me quiere, así que ya descansaremos y...

M.– Yo me quedé de tres años sin padre, con seis hijos que se quedó mi

madre y ¡si no habré trabajado!, así que ahora me parece mentira... Ahora *el no trabajar me parece mentira*, así que mira.

H.— *Ya hemos trabajado bastante... O sea que ya descansaremos lo que podamos, porque ya ni podemos comer porque tenemos azúcar (...) ya no podemos disfrutar de nada. Ni te puedes comer un trocito de chorizo de allí del pueblo, ni puedes beber un poquito de vino ni puedes nada, ¡nada!...*» (GD4: 8).

Mención aparte (mejor dicho, un estudio aparte) merecen los prejubilados, tanto los del sector minero como los de otras profesiones (EM3, EM8, EM9). Las actitudes que han tenido los prejubilados fueron de «sorpresa»: no se esperaban la prejubilación tan jóvenes, sin embargo se ven mayores para iniciar otras carreras laborales. Parafraseando a Paul Paillat (1983), en su clásico artículo, son «demasiado jóvenes para jubilarse, pero demasiado mayores para trabajar» en la mina o en otra profesión similar. Además de esta sorpresa inicial los discursos predominantes transmiten la liberación de obligaciones que estamos comentando. A semejanza esta situación a unas continuas «vacaciones».

“...yo no pensaba en eso ni mucho menos porque yo claro era joven, cuarenta y tantos años y tal pues no pensé en ello, pero de un principio cuando llegó el primer plan, empezaron a retirarse compañeros (...) una cosa que te viene (...) que somos más rentables posiblemente en casa que trabajando (...) todo el tiempo libre del mundo, no me causó trastornos absolutamente ninguno (...) tengo más horas libres...” (GD6: 2-3 o GD6: 4) *«...no contaba con ello, era una cosa que a mí no me parecía verdad... (...) pasaron unos meses y no lo creía... ¡pensaba que estaba de vacaciones!, pero luego ya me adapté a ello...»* (GD6: 4).

Reconocen que aunque no echan de menos el trabajo sí echan de menos la ocupación y ello puede suponer un trauma (a la larga) si no se ocupa el tiempo en algo que satisfaga y que vaya más allá de lo meramente material que ya tienen cubierto. Hay consenso en que se trata de un cambio muy brusco, pero lo han aceptado porque económicamente han salido bien parados. Sin embargo, profundizando en sus discursos se nota un «reflejo de rechazo» desde su entorno, desde la sociedad, en la que son criticados (incluso por los propios jubilados más mayores del mismo ramo) por estar jubilados tan jóvenes (véase Capítulo 10). En los prejubilados de nivel alto también se observa esta contradicción y actitudes ambiguas al estar apartados del mundo laboral «tan jóvenes» (EM3, EM8, GD6: 5).

Ahora parece que están viviendo una primera fase de euforia y satisfacción pero intuyen que seguramente al pasar los años no se encontrarán tan satisfechos. Ello es coherente con lo que decíamos al tratar las fases por las que pueden atravesar (en principio pueden estar viviendo una «luna de miel», pero luego pueden caer en el aburrimiento o desencanto). Quizá por ello se niegan a pensar más allá del presente y las perspectivas futuras que mencionan tienen más bien carácter negativo o pesimista (véase Capítulo 11). Los prejubilados intentan justificar las altas pensiones que tienen. Se perciben las prejubilaciones como premio, pero como un premio algo anticipado e incluso injustificado, desorbitado, según los jubilados y la opinión general (véase Capítulo 11, GD6: 11-12). Pero desde sus discursos se observa una clara «liberación» de los peligros del trabajo y una clara aceptación provocada por las elevadas pensiones.

Como venimos observando, tal como apuntaban Rimbeau *et al.* (1983: 92 y ss), «la separación clásica entre trabajo manual e intelectual que está en la base de la división de la sociedad de clases, también es una de las causas de la marginación y diferencias en la jubilación». Por ejemplo, un escritor, un político, un artista o un artesano, y todos los que han tenido una relación enriquecedora en el trabajo, prácticamente no llegan nunca a jubilarse del todo, pues pueden seguir desarrollando sus profesiones. En cambio, un jornalero, un obrero industrial, un oficinista o un empleado de almacenes tendrán que jubilarse, o «los» jubilarán, por motivos de desgaste físico y psíquico, o por motivos de la edad ya no podrán seguir desarrollando las tareas.

En fin, de un modo u otro la jubilación no deja de afectar a todos los niveles profesionales. Por tanto, quienes valoran negativamente su profesión desearán jubilarse y sin embargo suelen ser los que están menos preparados para cambios, entre ellos disfrutar de mayor tiempo libre u otros cambios en esta etapa. Pero parece que aunque estaban descontentos con su trayectoria laboral y con las circunstancias profesionales actuales, tanto más negativamente se enfrentaban con el cese de su actividad profesional (Lehr y Dreher, 1968; Reichard, Livson y Petersen, 1962, en Lehr 1980). De forma general, siguiendo a Fitzgerald (1988: 29), la mayor parte de la gente piensa que el trabajo es lo que le llena la vida, e incluso puede que no se den cuenta hasta que no se llegue a la jubilación... Si además se deja que el trabajo «absorba la mayor parte de nosotros y de nuestra rutina diaria, entonces abandonamos más cosas». La paradoja de la jubilación, siguiendo al autor, es que cuanto peor es el trabajo más lo necesitamos; cuánto más nos haya exigido más se echará de menos. Por ejemplo, «los trabajos que no empleaban ninguna de las capacidades creativas de estos obreros eran embrutecedores y alienantes. Así que cuando se perdía el trabajo, ellos se perdían con él» (ib., pág. 29).

8.4.3. La jubilación como *oportunidad*

La jubilación se presenta como oportunidad cuando el deseo de jubilarse es con una intencionalidad, con una proyección, como posibilidad y oportunidad de «hacer otras cosas». Es percibida la jubilación como proyecto, como *medio para* algo más que descansar del pasado. Por tanto, si en el anterior apartado se han trasladado los discursos indicativos de la jubilación como liberadora del yugo del trabajo y obligaciones pasadas, en este se va un paso más allá y apuntamos aquellas voces (generalmente de nivel medio o alto) que deseaban la jubilación, pero no sólo como liberación sino como proyección y posibilidad. Por eso en una escala o eje imaginario estos discursos tendrían la valoración más positiva.

En cualquier caso ello no es incompatible con las actitudes de liberación, pues la jubilación puede significar ambas cosas para los mayores: liberación y posibilidad de realización. Aunque, como vemos en sus discursos, se suelen quedar en la simple liberación, lo cual puede conllevar una mayor desadaptación al no llenar el hueco «liberado» con otras actividades. El hecho de que este apartado reúna menos discursos es indicativo del liviano «deseo» de jubilarse de los mayores.

De lo que llevamos dicho hasta aquí se desprende claramente la conclusión de que la vivencia de la jubilación se encuentra determinada por una multiplicidad de factores ya mencionados. Diferentes autores nos recuerdan que la experiencia de la jubilación no es homogénea, sino que hay entre las personas jubiladas una gran heterogeneidad³³. Pero, las actitudes más positivas hacia la jubilación solemos encontrarlas en las personas que realizan una actividad que les llena, que les gusta, que tenían pensado relacionarse, estar activos, viajar (expectativas positivas, planes). Es la jubilación en su sentido más positivo, como posibilidad de desarrollar otras facetas vitales: voluntariado, ocio, relaciones sociales, por ejemplo.

“...es preferible jubilarse con la salud suficiente para poder disfrutar un poco de la vida, sí ¡hombre!, ¡si te vas a jubilar cuando ya no tienes fuerzas

³³ Según Villar (en ENDESA, 1989; Agulló y Garrido, 1996), la actitud que se toma ante la jubilación nos permite diferenciar entre tres grupos de personas:

1. Personas que intentan ignorar las dificultades, aunque éstas sigan ahí latentes y creando un estado de ánimo de cierta inquietud e incomodidad.

2. Personas que se dejan vencer por el problema, sufriendo sus consecuencias, pero sin adoptar ninguna medida para solventarlo. Su destino, lógicamente, es el sufrimiento permanente y la sensación de agobio, tristeza y desilusión.

3. Un tercer grupo de personas jubiladas afrontan directamente el problema y, lejos de dejarse oprimir por el mismo, se acrecientan ante él.

ni para salir al sol!, pues ¿qué plan hemos hecho?, ¿toda la vida trabajado?, el trabajo debe tener también su premio...» (GD1: 9 y EM1314: 1) «...yo me jubilé a los 60 años con el fin de disfrutar algo...» EM2, GD6).

"...y tuviese que trabajar en dos sitios me ahorcaba. (EM1314: 2) no he podido disfrutar (...) Dos sitios es mucho. El 90% también trabajaba en el taxi: eran conductores y trabajaban de taxistas (EM1314: 3)...me he liberado de lo que se llama trabajo cotidiano (...) hacer lo que te apetece..." (EM1314: 11).

Tal como apuntaba C. Izquierdo (1994, I: 53), «la jubilación no es acabar una vida sino transformarla». Siguiendo a este autor, puede ser el comienzo de una etapa nueva, interesante y sugestiva: una etapa llamada a ser creativa y fecunda. Entre las personas con buena salud, la jubilación obligatoria no altera la vida, sino que en ocasiones la mejora, puesto que procura a la persona mayor tiempo para dedicar al descanso y al ocio. Para Comfort, 1977/86: 178), «sólo dos tipos de personas se encuentran felices con una jubilación convencional: los que siempre fueron vagos y quienes han esperado toda su vida para poder dedicarse a algo concreto que realmente les interesa y para lo que han estudiado, preparándose y planificando con todo cuidado...». Aranguren *et al.* (1984), en sus reflexiones y análisis sobre el tema, señalaban la ancianidad como posibilidad de una *nueva etapa creadora* no sólo como correlato de la muerte y continua pérdida sino como una experiencia que también puede ser positiva³⁴. Pero son pocos los mayores, como hemos comprobado hasta ahora, que le otorgan este significado a la jubilación y envejecimiento. En cualquier caso, algunos jubilados, además de considerar la jubilación como una liberación, la perciben como un deseo y una posibilidad de realizar otras actividades o simplemente para descansar. Esta idea es coherente, en cierto modo, con el discurso que defiende el adelantar la jubilación para poder disfrutar del no trabajo u ocio que nunca han conocido. De una vez por todas, poder elegir lo que quieren hacer con su tiempo sobre el que no han podido decidir en su pasado laboral. Jubilarse para disfrutar, no para desactivarse, desenchufarse y morir.

"...¿Cómo te vas... si estás muy joven», y digo: «por eso me voy, porque estoy muy joven», porque ¡si me voy a ir cuando no pueda mover los pies!, pues no tiene ningún sentido de que me vaya, me voy ahora porque me que-

³⁴ Véase la recopilación de las ponencias y comunicaciones de las IV Jornadas Interdisciplinares (Barcelona, 1983), organizadas por el Ambito de Investigación y Difusión «María Corral», que conformaron el libro *La ancianidad, nueva etapa creadora*. Los distintos autores (J.L.L. Aranguren, A. Corominas, L. Folch y Camarasa, J. M. Forcada, D. García Sabell, A. Ruíz Torres y J. Vimort) aportan reflexiones a la cuestión del envejecimiento desde varios puntos de vista: médico, ético, psicológico y sociológico, principalmente.

dan unos años para poder disfrutar con mi mujer y poder disfrutar un poco de la vida»... (...) diez años que la salud me ha respetado y me muevo con mi mujer aquí, allí (...) digo: «Por eso me voy, porque si me voy a ir cuando no pueda con los pantalones, no tiene sentido...» (GD1: 8, GD6: 14).

“P.– (...) tenemos la opción esa de retirarnos un poco jóvenes pues a disfrutar un poco de ello...” (GD6: 13).

“– (...) yo contaba que iba a estar hasta los 60 en la empresa. Cuando me vino eso pues como que me tocó la lotería y claro ahora estoy en casa, sin tener la obligación esta de madrugar, sin tener un jefe encima, sin tener que el esfuerzo que tienes físico, y sin tener muchas cosas que tal, pues la vida es muy libre, muy suelto para hacer muchas cosas (...) tener libertad...” (GD6: 22 y ver página 21: «...parece que para estar retirado tienes que estar uno fastidiado, no, no, no ¿por qué?...»)

Ellos mismos destacan la actividad como «protección» de los efectos negativos de la jubilación. Por ello, aceptan y desean vivir este periodo. El quedarse en casa, pasivo, deviene en actitudes negativas hacia la jubilación. La relevancia de «estar activo» queda patente en sus discursos. La «actividad» sigue siendo central (o casi central) incluso más allá del trabajo remunerado, más allá de la jubilación (véase Capítulo 9).

Hemos de decir que en los mayores de ámbitos rurales encontramos más discursos sobre la jubilación como descanso, liberación de obligación, incluso como «deseo», debido a que se ve una oportunidad de «cobrar» y poder seguir trabajando. Parece una situación ideal. En realidad muchos mayores de estas zonas no se jubilarán nunca. Pero esto depende más que del hábitat del tipo de trabajo anterior, del entorno, del nivel de salud, entre otros. La criticable separación rural-urbano se confirma cuando percibimos que en el ámbito rural se concentran determinadas profesiones (pequeños comercios, agricultura, ganadería...), y otras condiciones (mayor apoyo social...) para que el tránsito a la jubilación sea más liviano desde el momento en que uno deja de trabajar cuando quiere, y al mismo tiempo está cobrando (véase 9.3). Esta transición menos abrupta no es debida al ámbito rural, pero sí podemos decir que es más fácil encontrar estas posturas en los mayores de estas zonas. Ahí está la clave de la cuestión.

A estas alturas, podemos agrupar esquemáticamente algunas de las imágenes y representaciones de la jubilación comentadas por los mayores (véase Esquema 8.1. adjunto en la página siguiente).

Como venimos comprobando, de forma general, la vivencia de la jubilación puede compararse con otros acontecimientos vitales que también presentan esta característica de ambivalencia y ambigüedad. La jubilación puede ser *similar* a

Esquema 8.1.

Representaciones discursivas de la jubilación desde las personas mayores

D. RECHAZO	D. ACEPTACIÓN	D. LIBERACIÓN	OPORTUNIDAD
<p>Fin, final Putada (GD5:11) Escalón muy fuerte (GD1:2), salto muy grande (GD8:2), corte, desconexión "Estoy cortado!", amarrado (GD6:14, 15) parásito de la vida (EM20, GD1) Enfermedad, accidente castigo "Despagados", te limitas, ya no estás para nada (GD8:18 y 19) Trauma, frustración. "Eres un número" (GD5:35) te cae el cielo encima (EM9:10), "se te cae la casa" (GD2:17) Suicidio laboral y social. Muerte.</p>	<p>Una etapa más que hay que asumir (GD1:3) Un deber para que entren los jóvenes... "Aguantar la marea", ¡pasmado! (EM9:2 y 4), ¡parado (EM9:2 y EM15:2) lo sobrelevo (GD3:7) "He cumplido una misión" (EM4:10) "Igual que antes" (GD9:7) algo inevitable</p>	<p>Fin, objetivo alcanzado Derecho Descanso, Vacaciones "estaba cansada" (GD9:2), Festivos, domingos, fines de semana Premio, lotería, la china (GD6:5, 11-12) Salida jaula (GD10:3), libre "Necesito jubilarme" (EM4:10) "¿A quién le amarga un dulce?", muy suelto (GD6:19), ya ¡ni mirarlo! (GD3:8) Salida cárcel, Liberación secuestro Divorcio, separación viviendo un sueño (GD10:9) Regalo, sorpresa (GD6:4)</p>	<p>Medio para hacer algo... "Pensión gratuita" para... Un derecho... Vacaciones programadas Proyección para hacer algo (GD5) Disfrutar algo más de la vida (EM1314:11, GD1:9, GD6:13) posibilidad (EM1, GD8)</p>



la salida de la cárcel o de un secuestro, por ejemplo, si el trabajo ha sido considerado y vivenciado como un cautiverio y escasa libertad. Por tanto, el fin del trabajo significará el fin del cautiverio y la puesta en libertad del mayor. Pero debemos reseñar una diferencia patente en este paralelismo: a la salida de la cárcel puede haber una reinserción (no vamos a entrar en detalle si en realidad se produce o no), pero tras la jubilación no suele producirse ningún tipo de «reinserción» a la sociedad sino al contrario. El cambio, que comporta aislamiento social la mayor parte de las veces, suele ser brusco, abrupto, definitivo, o al menos, tal como está planteado actualmente, la salida laboral así se percibe.

Otro paralelismo que puede establecerse con el fin del trabajo es *el «fin de carrera»* o fin de estudios. Aquí también se observan posturas ambivalentes: por una parte se percibe alegría porque acabas unos estudios, ya se ha cumplido una etapa, pero surge la duda ante el incierto mundo laboral. Uno debe buscarse y planificarse la independencia (económica, familiar); la meta de los estudios se ha cumplido, pero se inicia una nueva etapa por construir. A la hora de la jubilación el mayor siente que ha cumplido, ha acabado su carrera laboral, pero se abre un nuevo periodo de incertidumbre en el que deberá mantener su independencia alcanzada. Sin embargo, en este periodo suele empezar la dependencia (económica, familiar, social) y las metas que se tenían en la vida adulta se han «agotado». El problema surge, la mayor parte de las veces, en cubrir el hueco que antes llenaba el trabajo y en inventar nuevas metas

y objetivos de vida para esta «nueva adultez» que no podrá girar, como hasta ahora, en torno al trabajo remunerado.

Aún hay más. El tránsito a la jubilación también puede parecerse a una *separación o divorcio*. Estas experiencias vitales suelen caracterizarse por ser ambivalentes: por una parte aportan libertad, y por otra casi siempre suponen una crisis de cambio. Un divorcio o separación matrimonial puede reconstruirse posteriormente; da la posibilidad de iniciar una nueva vida en pareja. Sin embargo, tras la «separación o divorcio del trabajo», de forma general, el reencuentro con el mismo no es posible: la separación es definitiva al igual que lo es la viudedad en determinadas ocasiones. Aragón (1986: 301) nos dice que en el caso de que uno haya estado «casado» con el trabajo, entonces el dejarlo viene a ser como «un divorcio que parte su personalidad». Fitzgerald (1988: 28) nos lo cuenta con esta metáfora: «Mi *matrimonio* no sobrevivió a aquellos días, puesto que rechacé disolver el vínculo con mi esposa corporativa. No se me ocurrió que, inevitablemente, la empresa se divorciaría de mí (...). Cuando abandonamos el trabajo o cuando él nos abandona a nosotros, casi siempre dejamos una parte de nosotros mismos detrás».

Otra comparación se establece desde el significado de la jubilación como algo repentino, accidental y además con un carácter y sentido negativos; como una mala noticia o una sorpresa desagradable. El mismo ex director de la General Motors citado compara la jubilación con un *accidente de tráfico* y se expresa así: «Me sentí desesperadamente desorientado. Era como un accidente de tráfico, llegué a pensar: en un momento estás conduciendo tranquilamente por la carretera y de repente estás mirando hacia arriba, tendido en el asfalto» (Fitzgerald, 1988: 25), lo cual da idea del carácter abrupto de la jubilación que también nos transmite de este modo: «Un día tenía una amplia oficina, una gran mesa y un sillón de dirección, mi propia secretaria, incluso un aparador de nogal en el que guardar mis trastos. El siguiente día estaba sentado en mi casa con un suéter y unos pantalones de pana mirando cómo caía la nieve en el exterior».

También la jubilación puede compararse con el paro, con el *desempleo*. La diferencia entre una situación y otra es que el parado puede reincorporarse al mercado de trabajo y la persona jubilada ya no puede trabajar de forma remunerada. De todas maneras aquí hemos de hacer un paréntesis y destacar que no siempre los parados pueden reincorporarse al mercado laboral, pues cuando se tienen más de 50 años —e incluso tan sólo más de 40— las personas son consideradas como «mayores» para ser empleadas (ver Capítulo 3). Otra diferencia clara que encontramos entre la situación de la persona desempleada y la jubilada, esta vez a favor de las últimas, es que pueden tener la sensación, tal como dicen ellas, de «haber cumplido»; en cambio, el parado

sentirá mayor necesidad de «cumplir» más tiempo con la sociedad y consigo mismo; aún se siente joven como para no trabajar y jubilarse —en el caso de los parados mayores de 50 años.

Algunos estudiosos, como también testimonios de algunos mayores, han identificado la jubilación laboral con algo tan definitivo como *la muerte, la separación definitiva de la vida*. Esta postura suele devenir cuando se ha percibido el trabajo como valor supremo y único; es en este caso cuando la jubilación laboral se asemeja a la muerte laboral y en definitiva a la muerte o separación de la vida en todos los sentidos. Puchol, profesor de Dirección de Personal en la Universidad de Comillas (1989: 150), comenta que «frente a la jubilación, como ante la muerte o el riesgo de una hecatombe nuclear, la especie humana está aquejada de una ceguera particular (“negación psicológica”...) que hace que la mente rechace todos los hechos profundamente desagradables e ineluctables». Pero añade la idea que venimos diciendo hasta aquí de que no todos los trabajadores contemplan la jubilación como un hecho negativo. Nosotros queremos añadir la idea de que si la jubilación significa muerte, fin del «rol vital-laboral», el envejecimiento en general también será rechazado.

En fin, esta salida, separación o situación de tránsito que es la jubilación puede vivirse de distintas maneras. Por ello, al igual que muchos presos se adaptan rápidamente al mundo «exterior» (o divorciados que superan su crisis), a la jubilación uno puede adaptarse de forma si no fácil sí menos complicada de lo que se plantea. En cambio, en la mayor parte de los casos los mayores ante la jubilación se encontrarán perdidos, desorientados, cual preso que no sabe dónde ir ni qué hacer. El trabajo marcaba un horario (al igual que la vida en un internado) y unas relaciones sociales (al igual que lo hacía el matrimonio antes de la separación conyugal...).

De forma general, se observa que la adaptación al periodo postlaboral, a esta liberación del trabajo, no suele ser fácil para casi ninguna persona. Ello dependerá, como ya se comentó anteriormente, de diversos factores, como la actitud ante el trabajo, pues cuanto más «cárcel» haya significado el trabajo más difícil puede ser la adaptación al cambio. Pero si este «encarcelamiento» laboral se percibía de manera satisfactoria y se compartía con otro tipo de prácticas, también podemos decir que la persona notará menos el tránsito a la nueva situación. Por ello, vemos que no hay nada de simple porque unas mismas actitudes hacia el trabajo y hacia el ocio pueden derivar en vivencias y percepciones distintas hacia la jubilación. Con todos estos paralelismos citados hemos intentado reflejar que la vivencia de la jubilación puede significar una liberación o una cárcel; una satisfacción por haber cumplido o la sensación de inutilidad; una separación o una posibilidad de abrir otras relaciones; una nueva etapa de

la vida o la muerte. Nos estamos decantando hacia unas posturas u otras por cuestión de orden, pero queda claro que un mismo fenómeno, como la jubilación, construye en las mismas personas representaciones contrapuestas.

8.4.4. La jubilación como *rechazo*

Las estructuras discursivas tratadas hasta ahora transmiten unas actitudes bastante positivas/moderadas hacia la jubilación (aceptación, liberación, oportunidad). Sin embargo, en este apartado desarrollaremos la animadversión hacia la jubilación, aunque ya se ha dejado claro que la ambigüedad y el encontrar discursos de cualquier tipo en un mismo nivel y género es la tónica común. De todas maneras, los discursos de no aceptación de la situación de jubilados se encuentran mayormente en los jubilados/as de nivel alto o en los jubilados/as que siendo de menor nivel desempeñaban sus trabajos más allá de los motivos instrumentales y materiales (son, por ejemplo, algunos trabajadores autónomos, artesanos, agricultores o dueños de pequeños negocios). Se identifica el no trabajar «con ir al hospital», con enfermedad. En este sentido se rechaza la jubilación en cuanto que implica «fin, pasividad, enfermedad», sin embargo, se acepta (e incluso desea) si se identifica con «pensión gratuita» y poder trabajar o estar activos en lo que se quiera.

"...he trabajado en el campo y he estado conforme con el mío y es más me he jubilado después de mi tiempo

– Y yo también he estado... y yo también he estado conforme con el mío y estoy porque hay muchos que me dicen: «¡Ay, es que trabajas mucho!», mientras pueda es que estoy bien y le digo: «Mejor quiero trabajar que no ir al... al hospital» porque me gusta trabajar, claro que he trabajado en el campo y sigo trabajando lo que puedo, cada uno en su fin.» (GD1: 5-6).

"– Es que claro es un salto muy grande de estar en activo, resolver los problemas que tienes, y después de repente, llegas a los 65 años y «señor, usted ya no es útil» .

– Te arrinconan (...)

– Te arriman, entre los jóvenes...» (GD8: 2).

Nos encontramos con varios tipos de rechazo a la jubilación que nos hacen pensar que todos/as los mayores, en uno u otro sentido, reniegan de la misma:

1) Rechazan la jubilación los que han sido jubilados prematuramente: por motivos de enfermedad, accidente laboral, de reestructuración de la em-

presa, etc. Se trata de jubilados/as de cualquier nivel socio-económico. Por tanto, se observa una estrecha relación entre las actitudes hacia la jubilación, el momento y motivo de jubilación.

2) Rechazan la jubilación en cuanto que ha significado un apartamiento brusco de sus profesiones, la «muerte definitiva» de su carrera laboral, que verdaderamente les gustaba y les aportaba algo más que beneficios económicos (prestigio social, relaciones, proyectos futuros, autoestima, etc.). Estos discursos suelen ser característicos de los jubilados/as de nivel alto cuyas condiciones de trabajo eran muy positivas y tenían determinado poder de decisión y elección sobre sus tareas.

3) Rechazan la pasividad que reporta la jubilación, por ello en el momento que encuentren algo que supla sus trabajos (muchos continúan trabajando más allá de la edad oficial) se adaptarán incluso más fácilmente que los de medio y bajo que deseaban la jubilación pero tienen menos recursos (estudios, ingresos) para afrontar el vacío posterior. Pero lo de la adaptación/no adaptación no está tan claro: el que haya tenido el trabajo como centro de sus vidas (sea de uno u otro nivel) tendrá más difícil la adaptación; pero aún será más difícil el que no haya desarrollado otras facetas o ahora no las desarrolle. El estar socializados para el trabajo puede ser para todos un handicap en la jubilación.

4) Rechazan la jubilación las personas que la identifican con vejez dependiente, inutilidad, muerte (ver Capítulo 10).

5) Muchos rechazan la jubilación en principio, en la primera fase (estatus alto, satisfacción trabajo), y otros más tarde, después de la «euforia» (estatus medio y bajo, menor preparación y expectativas) (ver 8.1).

6) Rechazan la jubilación aquellas jubiladas que lo viven como «una vuelta al hogar» o aquellas amas de casa mayores que perciben el malestar del marido una vez jubilado.

Llama la atención el hecho de que estén de acuerdo con ser jubilados en cuanto a «pensionistas» que cobran una pensión, pero no lo están si ser jubilados implica estar «parados, pasivos, retirados» (véase Capítulo 10). Muchos mayores piensan que los que rechazan la jubilación es porque están a gusto en sus trabajos, han sido trabajos «más cómodos» y llevaderos³⁵. Por ello, de

³⁵ Esta idea se comentó en el Capítulo 7 cuando citaban «otras profesiones menos duras que las nuestras» (ver GD6: 22,). Estos mayores muestran un discurso muy crítico frente a determinadas profesiones cuya «relativa dureza» no justifica sus altas pensiones y destacan la desigualdad en las pensiones (Capítulo 8.3). Todo ello incide sobre la postura ante la jubilación. Véase, por ejemplo, EM10: 7 criticando la desigualdad ante la jubilación.

forma general, los discursos de rechazo se encuentran en las profesiones más cualificadas. A muchos les hubiese gustado continuar trabajando algo más; se «han visto obligados» a jubilarse.

“...podía haberme jubilado el 19 de enero, a los 65. Si hubiera podido hasta los 70, pues yo sigo. Salí de la escuela porque ya era, vamos, forzosa, jubilación forzosa. La voluntaria de los 60 años, que podía haberla cogido..., no la cogí. Y tenía miedo de que después, en casa, me iba a...» (EM7: 2).

“...era un enamorado de la enseñanza, he estado muy a gusto dando clase (EM1819: 2) me entretenía con la clase, con los alumnos, a mí no me entusiasma ninguna otra cosa (...) Lo echo de menos» (EM1819: 6).

“...por regla general llegamos todos a los 65 relativamente bien lo que no podemos hacer trabajos que antes hacías y hacer lo que te podían mandar en horas, pero todos nos quedamos despagados al jubilarse, yo hablo por mí, si fuera otra cosa yo querría llegar a más... (...) Yo estoy despagado porque me encontraba con condiciones de continuar.

– Yo hubiese continuado trabajando...» (GD8: 19, y GD5: 15, EM12: 5-6, EM1: 1, EM20: 6).

Muchos confunden-mezclan el fin laboral con otras situaciones: soledad, falta de actividad alternativa, salud deteriorada... Por todo ello rechazan la jubilación, como una forma de protestar ante su situación peculiar-personal, pero que, según observamos, es bastante generalizada:

“...así no se hace nada, está uno aburrido y no hay ambiente para nada, y no me gusta estar así parado, sin trabajar (...) ahora aquí durmiendo y nada. (...) Aquí en casa metido, porque como me tenía que quedar con mi mujer que no se puede mover, ni andar, ni salir, ni nada, porque ella tenía de artrosis, azúcar y esas cosas, pues aquí en casa haciendo las cosas de casa y tal...» (EM15: 2).

Diversos estudios (Friedman y Havighurst, 1954; Kalish, 1991; Sáez *et al.*, 1996) demuestran que allí donde la profesión no significaba para la persona más que una fuente de beneficios económicos (valor instrumental del trabajo), existía una mayor propensión a dejar la actividad profesional; por el contrario, donde no predominaban los valores económicos sino los expresivos (función social o filantrópica, posibilidades de lograr contactos sociales, de mejorarse a sí mismo y de enriquecerse con nuevas experiencias, ampliación de horizontes, etc.) las personas se enfrentaban a la jubilación con una actitud de signo más bien negativo, que es lo que en este apartado comprobamos.

Tanto para un ejecutivo como para un obrero menos cualificado el fin del trabajo puede tener efectos negativos, aunque por diferentes motivos. Fitzgerald (1988: 25-32), ejecutivo jubilado, cuenta así la importancia del trabajo a distintos niveles y las consecuencias de perderlo: «He descubierto que el trabajo proporciona la base sobre la que mantenerse de pie en el mundo. Es un vehículo para superar nuestra dependencia adolescente, para conseguir la confianza que proviene de la autosuficiencia. Ganamos el respeto de los demás demostrando que podemos abrirnos camino... El trabajo proporciona la necesaria audiencia para ensayar nuevas aptitudes y diferentes conductas. Es el escenario en el que se nos compara con las expectativas de los demás y para descubrir nuestro propio y confortable equilibrio...» (pág.28).

Para muchas personas, pues, el trabajo significa el recurso más importante para dar sentido a sus vidas. Sin trabajar la vida no tiene sentido ni interés: unos encuentran ameno lo que hacen; otros dan un tono religioso al trabajo (como un don divino), como una forma de llevar a cabo una misión sobre la tierra, etc. El trabajo será mucho más valorado para aquellas personas que consideraban sus empleos como fuente de sentido y utilidad en sus vidas. Pero vemos que no todas las personas echan de menos su trabajo. Por ejemplo, tan sólo el 19% de los que se jubilaron (Shanas *et al.*, 1968) declararon que la pérdida del trabajo era primordial. Algunos encontraron otras tareas que le satisfacían como el trabajo; otros, sentían que habían justificado su existencia a través de muchos años de trabajo y que ahora tenían que descansar y divertirse. Siguiendo a Kalish (1991: 170), «pocas personas se divierten con las tareas que realizan en sus empleos, aunque les gustan las relaciones, el sentido de utilidad y el dinero que le reporta». Respecto a los empleados de los escalones más altos, directores y profesionales, parecen tener un mayor compromiso en sus trabajos, pero no se puede afirmar rotundamente que perciben las pérdidas de la jubilación en mayor medida que otros trabajadores. Todos sufren pérdidas y rechazan de algún modo la jubilación si supone una merma de las ventajas laborales.

Aragó (1986: 301) defiende la misma tesis de que las profesiones con peores condiciones de trabajo son las que desearán en mayor medida la jubilación. Sin embargo, el deseo será menor en las profesiones más liberales, artesanales, vocacionales, en el que el sentido del trabajo no es puramente instrumental. Pero no sólo depende del trabajo que anteriormente se ha tenido, sino que además es el modo o manera en cómo uno se ha ligado al trabajo. En efecto, expresa Aragón, «el que se ata a la tarea y vive no sólo de ella sino para ella; el que está «casado» con el trabajo, sin más horizontes, puede llegar a concentrar su intereses en lo profesional, de manera que para él no existan ya ni *hobbies*, ni cultura, ni nada diverso de lo estrictamente laboral». De todas maneras, debemos apuntillar

que muchas veces el trabajo abarca tantas facetas de la vida (es cultura, es *hobby*, es todo) y tampoco se puede decir que estas personas se han centrado en lo «estrictamente laboral», pues en estos casos el trabajo es algo más que tareas y funciones; va más allá de lo «estrictamente laboral». De cualquier modo, en esta situación y de forma general, dejar el trabajo viene a ser como «un divorcio o separación», como hemos comentado anteriormente.

Observamos que el discurso de los prejubilados se muestra como un «discurso en transición», complejo de analizar. La prejubilación como situación «puente» entre la jubilación y el desempleo produce discursos ambiguos de rechazo y aceptación a la vez. En concreto los prejubilados mineros perciben la jubilación como «liberación» de un duro trabajo, pero también tienen actitudes negativas si profundizamos en sus discursos algo apáticos, con muchos silencios y miedos respecto al futuro.

"...tampoco para mí ha sido un drama, pero no ha sido tampoco de mi gusto por lo que te estoy diciendo; yo me encuentro bien, me encuentro capaz de hacer una labor..." (EM3: 4) *yo en principio no quería jubilarme, veo que la mayor parte de la gente que me rodea ve la jubilación como una liberación, ven el trabajo como una carga bíblica, no sé si es que les han enseñado mal, no sé si es que yo estoy mal enseñado, a mí el trabajo me gusta, me parece una forma de autorrealización...* (EM3: 4-5) *...Si te aplatanas, mala cosa, y ése es el peligro grave de los prejubilados y de los jubilados, que yo creo que yo no lo voy a tener (...)* me asusta por ejemplo, pequeños ratos, he tenido quizás dos tardes desde hace dos meses y medio, de *no tener programado una actividad, y me doy cuenta que, en ese momento, empiezo a estar incómodo...* (EM3: 6 o GD6: 14) *«...estar trabajando y tal parece que no pero se rehace, pues «yo sirvo para algo, valgo para algo» (...)* *llega a la prejubilación o jubilación «qué pasa ¿qué yo ahora no sirvo para nada?», y no ¡hombre no! (...)* *que no se «apitone» (...)* *pero es que estás prejubilado en una empresa, en una empresa que estuviste trabajando, que estuviste cobrando por un trabajo que estuviste haciendo, pero ¡punto!»* (GD6: 14).

Aunque están libres del trabajo siguen teniendo otras ataduras u obligaciones familiares, pero respecto a la prejubilación (en parte, por las elevadas pensiones) se muestran bastante satisfechos. Si bien, al principio tendrán un «discurso eufórico» por la liberación del trabajo, a medio plazo, su discurso pueden derivar (y así lo observamos en algunos prejubilados) hacia el rechazo y frustración por ser «tan jóvenes y no trabajar ya». No se sienten tan libres y liberados (por responsabilidades familiares, pareja aún activa, hijos no emancipados) como ellos podían suponer.

“P.— A mí *gustárame hacer otras cosas, por ejemplo, viajar a otros países, a Benidorm, a Málaga por aquí por España, tal pero aunque te hayas prejubilado te has enganchado igual a la familia por cosas familiares que el hijo trabaja o la mujer o tal pues también pues... ¡no puedo hacerlo! (... ¡estoy cortado!*» (GD6: 14, o ver página 15) «...*poquitín amarrados en el sistema ese de no poder hacer cosas o vamos que nosotros queremos hacer y tal, pero dentro del matrimonio nos vemos obligados, en una palabra, a dar aportaciones económicas a los hijos y familia que tenemos alrededor, entonces en esta parte negativa...*» (GD6: 15).

En los niveles más altos, como la actitud hacia el trabajo es y era más positiva a pesar de que muchos de ellos tampoco lo echan de menos —en general, han tenido trabajos que les ha gustado más que al resto de mayores—, la actitud hacia la jubilación es más claramente de rechazo, al menos en principio. De cualquier modo, a medio-largo plazo su nivel formativo y de ingresos les ofrece (mejor dicho, puede ofrecerles) más posibilidades de adaptación que a los/as de estratos más desfavorecidos. Esta adaptación dependerá de la actividad que ahora suple al trabajo, que les satisfaga y «realice» más o menos. Es curioso que los mayores de mejor extracto social manifiestan a veces un discurso de rechazo (extremo), pero también de deseo (en el otro polo), debido a lo que venimos comentando: actitudes positivas hacia el trabajo unido a una mayor expectativa y posibilidad de actividades. También en el caso de los prejubilados hemos encontrado estos discursos híbridos y oscilantes tanto hacia el rechazo como hacia la jubilación como posibilidad. Genéricamente, observamos en los mayores de mejores niveles que nada les satisface ya tanto como trabajar. El apego al trabajo y a la empresa era tal hasta el punto de decir que:

“...*he querido a la empresa con locura, hay mucha gente que de ella reniega pero yo he dicho que no porque a mí la empresa me ha dado de comer, me ha criado a mis cinco hijos y estoy a la empresa muy agradecido. Hay gente aquí que siempre está cabreada. Porque dicen que a ellos les han hecho..., pero a mí al revés, yo al revés, estoy a la empresa agradecidísimo porque me han criado a mis cinco hijos que ya es bastante...*» (EM8: 6)

“...*era conocidísimo; entraba y hablaba (...) aunque se tienen muchas ganas de jubilarse, después, cuando uno se marcha después de tantos años trabajando, pues yo echaba en falta mi trabajo, mi mesa, mi mesa, esa mesa que tanto conoces, que has estado mucho tiempo allí, en el mismo sitio..., y mi gente, el café de abajo, el portero que me abría, todas estas cosas yo las echaba de menos...*» (EM12: 2 y GD5: 2-3) «...*yo hubiese continuado algo porque yo ya estoy jubilado y he pedido continuar cinco años más...*»)

Las expresiones más tajantes e insultantes que traslucen el rechazo a la jubilación y a esta etapa en general derivan de los de mayor estatus. Con sus palabras: la jubilación es una «putada», los setenta años, el envejecer, más que la jubilación en sí. El hecho de que la jubilación sea en estas edades acaba por identificarla y aplicando el insulto a ambos procesos:

“...que no es broma lo que estoy diciendo, beber vino y considero que la jubilación... la jubilación no, los setenta años, es una putada (...). Ya pueden decir que yo escribo historias, que yo hago esto... todo eso es una putada. (...) uno no es tonto y se ve muy limitado y se ve muy fastidiado y sobre todo yo, que quisiera vivir otra vez, pues claro, estoy viendo que no...” (GD5: 11).

El rechazo a la jubilación se denota claramente en sus declaraciones sobre la intención de haber continuado trabajando (que no sólo se encuentra en algunos prejubilados) más allá de la edad oficial.

“...He trabajado hasta los 70 años, me he tenido que venir aquí porque si no tendría que seguir, que si yendo al parto de una vaca, yendo a... porque la gente me apreciaba (...) ...Llevaba a casa rendido porque a lo mejor había atendido cinco partos (...) vaca, el perro y todos los bichos aquellos... Entonces sí echo de menos el trabajo. Mira, estuve tres años de jubilado aún en Ferrol, pero como no podía dejar de trabajar, entonces se había muerto mi mujer... me vine aquí» (EM2: 2).

“...y lo habéis dicho que... que en algunas cosas no me importaría trabajar dos horas, tres horas, en algo que a uno le guste (- Exacto), yo he dejado de trabajar por cuestión de salud, yo tuve una angina de pecho y tal y por lo tanto... después de jubilado, he estado dos años porque me encontraba muy a gusto.... (...) aquello me entusiasmaba y todavía seguiría si es preciso, pero claro, siempre, teniendo la libertad como tenía de un horario que el que me lo mandaba era yo, claro, yo he sido, en ese aspecto, un poco privilegiado...” (GD5: 6).

Son los mayores de estas profesiones más cualificadas los que defienden, coherentemente, una edad de jubilación más tardía que indican, a su vez, una actitud positiva hacia el trabajo y de rechazo hacia la jubilación como fin laboral. Dejan claro que todo ello dependerá del tipo de trabajo que se tenía, además de las actitudes hacia el mismo (véase apartado 8.2 sobre la «edad de jubilación»). Junto al rechazo de la jubilación por echar de menos el trabajo, el hecho de tener que permanecer en el hogar (espacio en el que no están acostumbrados a estar) también explica que nieguen la jubilación si ello supone «cerrazón». El rechazo se vuelve rotundo si supone «ostracismo», encerrarse

en casa, hacer «de recadero» o cualquier otra actividad que «les manden» y les prive de la libertad y de estar en espacios públicos (empresa, bares, parques, clubes), que son los que prefieren.

“ (...) lo que no cambia en mí, es que yo siempre *he sido poco casero*; mi profesión, que siempre ha sido de estar por la calle y tal, pues yo en casa me cuesta... (...) acabamos de pasear, a las cinco a casa, pero no tengo la felicidad completa, a mí me gusta estar por la calle. (- Es el ambiente que tú te has creado). Yo es que lo he hecho así toda la vida, *tengo que estar en casa pues estoy pero yo estaría más a gusto en la calle...*» (GD8: 9).

“- Yo también a la Asociación Musical Apolo, al Círculo Industrial y a la Filà.

- Pues yo también a todo eso, pero a lo que más voy es a la Filà.

(...)- Yo igual, pero *procuro no quedarme mucho en casa ¿eh?*

- *A mí también me gusta salir por ahí.*» (GD8: 10 ó GD5: 12).

Se percibe una crítica directa a la infantilización de algunas políticas y medidas del Gobierno. No quieren ser una «carga social» para el Estado y por ello piensan que aún podrían aportar algo a la sociedad. Se sienten «desaprovechados», aún pueden ser útiles y capaces de aportar algo, aunque sea menos intensamente que cuando trabajaban. Pueden aportar aún algo de su esfuerzo y tiempo, se ven jóvenes para estar ya «retirados». Esto puede considerarse, cuanto menos, como un indicador indirecto de hostilidad a la jubilación como pasividad (véase GD5: 16-17 ó Capítulo 11). La insistencia en sus discursos de querer aportar algo más deja traslucir y esconde una baja autorrealización, baja satisfacción con lo que hacen, se sienten desvalorizados. Del principio a fin, sobre todo los jubilados del GD5 (Estatus alto, Málaga) empiezan el discurso y lo acaban reivindicando una mayor participación de los mayores, un papel social más reconocido (GD5: 26 y 29). Sin embargo, estos discursos no los encontramos en las voces de los jubilados/as de otros estratos cuyos discursos se encuentran en el eje «entre la aceptación y la liberación».

“- ...¿los profesores eméritos que les llaman?, bueno pues nosotros *deberíamos ser todos, cada uno en su tema, ¿eh?, crear una estructura que pudiera absorber pues las distintas profesiones eméritos; profesores eméritos, funcionarios eméritos, agentes eméritos...unos irían, otros no les apetecería... en condiciones especiales, en condiciones especiales, (...) nada de trabajar ocho horas, pero sí dar unas charlas...*

- Sí, que se aprovecharan de tu experiencia...

- ¡Claro!, *que se aprovecharan en cierta manera del que tuviera experiencia y otros no la tendrían, es decir, porque no hay nada general....*»

(GD5: 26 y 29 ó GD5: 16) «...No se está aprovechando la experiencia que se tiene en todos los sentidos de la vida (...) cantidad de cosas que los viejos podrían hacer...»

El discurso de los prejubilados mineros es de los más críticos de nuestro estudio. Las prejubilaciones tal como están planteadas no generan puestos de trabajo. Además se prejubilaba y jubila demasiado pronto: cuando se es un experto, no se aprovecha su experiencia (en esto coinciden con los mayores que tuvieron mejores trabajos). Las prejubilaciones se plantearon como una solución político-laboral, sin embargo no está siendo así (GD6: 19). Critican la falta de formación y de previsión que lleva a continuos accidentes debido a las imprudencias y a la escasa profesionalidad (GD6: 19-20).

Algunos de los jubilados de mejor posición socio-económica se muestran tanto insatisfechos ante la jubilación como ante el trabajo pasado: se consideran una generación desgraciada, o tal como ellos dicen «a contratiempo»: *«nos ha pillado todo con el paso cambiado»*. Son más conscientes y críticos que otros mayores cuyos discursos son más conformistas, resignados. La percepción de ser «generación mala», como si de una cosecha se tratara, es un discurso común en los mayores de nuestro estudio (véase Capítulo 7). Destaca, de nuevo, la centralidad del trabajo y no del ocio. Los de mayor estatus se muestran críticos ante la sociedad juvenilista en la que no encajan: la sociedad está poco preparada para jubilación, para envejecer, para el ocio.

“...futuro no tienes porque la sociedad te lo ha metido en la cabeza y te han dicho: «A los sesenta y cinco años estás libre, estás libre...», y esto es un... y claro tú no te ves futuro, claro, no te ves futuro. La generación nuestra, además, en España concretamente, ha sido una generación muy mala la de la edad nuestra, hemos ido todos con el paso cambiado (...- Malísima, malísima) todo con el paso cambiado y la jubilación nos ha venido con el paso cambiado, no hay una estructura social adecuada para que un jubilado no se sienta totalmente sin hacer nada, no existe, eso no existe (...) no estoy satisfecho de la jubilación, ni estuve satisfecho del trabajo tampoco, en ninguna parte....

(...)- Por ese motivo, ¿no?, porque ahora te ves que no encajas en ningún sitio, no encajas...” (GD5: 4-5 y GD8: 2) «...es un salto muy grande de estar en activo, resolver los problemas que tienes, y después de repente, llegas a los 65 años y «señor, usted ya no es útil...»

El rechazo a la jubilación puede deberse a un rechazo más general al verse desconectados de la sociedad por no trabajar. Dicen que no encajan ni con jóvenes ni con mayores. Ello nos está indicando una clara desadaptación o al

menos crítica a la falta de conexión intergeneracional. Se produce un debate (GD5: 13-14, GD5: 20) sobre si están o no desadaptados y desconectados (¿o los desconectan?) de la sociedad actual (véase epígrafe 9.5 y Capítulo 10). Atribuyen la responsabilidad de esta situación al ente abstracto como es «el sistema de jubilaciones actual» o, también, al Gobierno, las empresas, la sociedad general como responsables de estas situaciones injustas. Vemos cómo uno de los prejubilados denuncia la desconexión «empresas-trabajador después de la jubilación». Aunque cada vez se organizan más asociaciones «para» y en pro de los mayores, las empresas, los departamentos de Recursos Humanos, siguen desvinculados de este tipo de iniciativas y «olvidan» a sus «Recursos Humanos» una vez jubilados (véase epígrafe 9.3 y 9.5.2). Esto se añade a la desconexión social general que otros prejubilados y jubilados (GD6, GD8, GD5, EM10, EM3) manifiestan y hemos comentado. Esta pérdida relacional de los compañeros de trabajo (o la emancipación y partida de los hijos) puede desembocar en soledad, sobre todo en grandes urbes, pero también en las zonas rurales «abandonadas» por los jóvenes, más de lo que *a priori* se puede pensar (véase 9.1.7). En cualquier caso, la soledad es destacada como uno de los efectos de la jubilación, que no hace más que acentuar el rechazo hacia la misma. El tema de la soledad, incluso entre los que tienen pareja, hijos/nietos..., está indicando una «desconexión» y difícil adaptación (ver 9.5, GD8: 12 y 13 ó GD5: 13: «... yo veo a nuestra edad un fantasma que es la soledad»).

Los mayores de niveles favorecidos no querían jubilarse pero a largo plazo serán los que mejor podrán adaptarse al «no trabajo» si han cultivado otras actividades, si pueden cumplir sus expectativas/deseos, y porque además tienen más medios y recursos económicos. En estos mayores curiosamente predomina un discurso de rechazo, pero junto a esta hostilidad también son capaces de ver la jubilación como oportunidad (en el otro extremo del eje valorativo). Sin embargo, la tónica dominante es la sensación de vacío y un discurso conformista, resignado, pero de la jubilación como *retiro* más que *júbilo*:

«- Pero sin embargo me anunciaban eso antes de retirarme y no quería retirarme "ché, no, yo me encuentro bien, ¿por qué me tengo que retirar?", pero también para retirarte te dan tan buenas condiciones y demás dices "ché, pues es una lástima... se tiene que aceptar la cosa".»

- Pero si es que claro es que yo jubilado *siempre pienso que es domingo ahora*, porque antes trabajábamos ¿no? lo único es que ¡no nos sentamos!, me levanto, *yo mismo me levanto mi mujer enseguida «¡ve a por el pan!» (...), es para lo que sirvo ahora, es la verdad, a por el pan, a por la niña, todo eso (- La mayoría), pero todos los días son iguales»* (GD8: 5 ó GD8: 18: «...te limitas a tu entorno.. (...) ¡Ya no estamos para nada!...»)

- “– Sí, nos hemos deshumanizado todo, (...) la humanidad no existe...
- *Te jubilas, cobras y te callas* (- Exacto); Esa es la política que hay «toma, coge y ¡hala!»...» (GD5: 30).
- “– El mayor es algo que estorba, es una persona que...
- Es que ha pasado ya (...) un número, un número....
- No, porque no, porque no produce nada...
- Pues por eso digo, *ya eres un jubilado y eres un número*, ¿no comprendes? (...) eres el trescientos veintiocho y que cobras veinte duros y se acabó...» (GD5: 31).

8.4.5. Jubilación femenina: aceptación de las jubiladas y «jubilación inexistente» de las amas de casa

Ya parece un tópico decir que «las mujeres no se jubilan nunca», o que ellas «se adaptan mejor que los hombres». Hasta el momento muchos estudios han resuelto de un plumazo la jubilación femenina con conclusiones de este tipo. Pero la cuestión va más allá. Cada vez hay más mujeres que trabajan fuera del hogar y por tanto se jubilan. Ello tendrá consecuencias positivas y negativas, pues la sobrecarga que generalmente sufren para compatibilizar trabajo y ama de casa puede liberarse en la jubilación. Sin embargo, si las mujeres se han centrado en su trabajo la jubilación (que suele ser sinónimo de reincorporación al hogar) puede suponer una crisis como a los varones o, si cabe, mayor.

Aunque a lo largo de este estudio se van intercalando los análisis intergénero, vamos a recalcar ahora las diferencias por género notables en relación al tránsito a la jubilación. Cuando nos centramos en las mujeres, sin embargo, las tipologías mencionadas aún nos resultan algo más «incompletas» para describir las diferentes respuestas ante la jubilación. No es frecuente observar entre las mujeres una actitud que pueda calificarse de pasiva. El hecho de que las jubiladas sigan realizando el trabajo no remunerado dentro del hogar es el principal motivo por el que no podemos generalizar el perfil de la «señora de la mecedora» a todas las mayores, aunque sí hemos encontrado esta actitud de pasividad y desánimo en algunas mayores entrevistadas (EM6, EM16, EM17), que coincide que son mayores más delicadas de salud, con un entorno social reducido o inexistente —viudas—, en hábitats urbanos y que han cumplido ya los 75.

Para la mayoría de las mujeres, la jubilación no supone un cambio tan brusco en las actividades como en el caso de los hombres, ya que las deman-

das asociadas al rol de ama de casa siguen estructurando la mayor parte del tiempo cotidiano. Para describir la respuesta de las mujeres ante la jubilación hacen falta, por tanto, categorías que den cuenta de la forma en que se asume el desempeño exclusivo del rol de ama de casa³⁶. La vivencia de la jubilación en la mujer es, como ya se ha señalado, más compleja porque su trayectoria laboral no ha sido tan lineal y continua como la de ellos. Las mujeres que han trabajado en el mercado laboral han seguido realizando las tareas del hogar y eso produce que (aunque su rol central haya sido su profesión) el hogar del que salieron puede servirles (aunque no siempre, y menos en las mujeres trabajadoras futuras) de «colchón»³⁷.

Para la mayoría de las mujeres, la jubilación no supone un cese de la actividad económica sino un cambio del tipo de actividades. Las mujeres que han trabajado fuera de casa abandonan sólo uno de los múltiples roles que han desempeñado de forma simultánea a lo largo de su trayectoria vital, pero conservan todos los demás, englobados bajo el rol múltiple de ama de casa. La actitud de las mujeres ante la jubilación debe ser contemplada, por tanto, desde la perspectiva de su actitud ante el rol de ama de casa (ver 9.3.2). En el estudio de Agulló y Garrido citado nos encontramos con varias reacciones ante la jubilación por parte de las mujeres trabajadoras. Pero antes de sacar conclusiones, veamos otras posturas percibidas desde esta tesis en relación a las mujeres. Sólo apuntillar que la jubilación y el envejecimiento no se trata de un fenómeno neutral, ni un acontecimiento hacia el que se pueda permanecer impassible. Pero, de entrada, hemos de resaltar que no se obtienen discursos tan numerosos sobre la jubilación desde las mujeres y tampoco desde los GD mixtos, sino que las conversaciones derivaron más hacia otros temas, como las preocupaciones futuras, los hijos, la familia, la educación, el duro pasado laboral. Resulta comprensible, no en vano, que la jubilación sea un tema central en los varones jubilados más que en las mujeres, aunque sean jubiladas. Si to-

³⁶ A partir de esta idea proponemos, sin pretender ser exhaustivos, siguiendo a Agulló y Garrido (1996, 1997a), los siguientes «otros» tipos (adoptando la concepción weberiana, abierta y flexible de «tipo ideal») de transición a la jubilación y envejecimiento aplicable a las mujeres mayores, que aquí sólo mencionaremos: *jubilación corporal o fisiológica*, *jubilación filial*, *jubilación de la pareja*, *ama de casa mayor*, *jubilación laboral*, *jubilada hiperactiva o sobrecargada*, *jubilada madura*, *jubilación psicológica*, *jubilación social y última etapa*.

³⁷ El volver a realizar las tareas del hogar, sobre todo para las mujeres de niveles favorecidos, puede ser fuente de frustraciones, en las que se reincide y les recuerda la limitación de posibilidades que el trabajar en el hogar supone. Muchas se sienten atadas, con estrés, y con mayores problemas en el hogar que cuando trabajaban, fundamentalmente en las mujeres de clase media-alta, donde la identificación con el rol de ama de casa es secundario (véase Agulló y Garrido, 1996).

dos los jubilados son conscientes del tránsito a esta etapa cuando dejan de trabajar, no ocurre así en las mujeres. Las jubiladas sí que perciben este fin del trabajo remunerado, pero las amas de casa no lo perciben en el sentido estricto del término, pero sí en cuanto que ven la «jubilación» como algo imposible porque el trabajo doméstico «no se considera trabajo». Su discurso es de protesta ante esa jubilación que para ellas «nunca llega»... Las diferencias por género son claramente observables y además, tanto ellos como ellas reconocen que hay formas distintas de vivir la jubilación en relación al sexo:

“...el hombre al jubilarle, ahí se cortó su vida (...) muchos pero muchísimos (H.– Sí hay), porque yo tengo muchos compañeros y yo le digo, «pero es que ¿no encuentras otro aliciente? A mí no me hables más de la fábrica, yo ya me he jubilado, yo no quiero saber nada de la fábrica...», «¿por qué tienes obsesión en la fábrica?, ¿por qué no te vas a un este de jubilados o ayudas a... que hace falta mucha gente?, (...) «que eres un hombre que estás fuerte y todavía puedes, ¿por qué?»...” ¡ah! yo ya me he jubilado, ya he trabajado, ya me he jubilado», pero ¡eso no!, eso yo lo veo que eso no es así y ya le digo (...) y no y «si allí llega y se sienta y no y ‘me voy al bar a tomar una copita’, y así muchos...”

M.– Yo pienso que *el hombre se ha jubilado y ahí se ha acabado todo.*

H.– Hay parte de hombres que *se han jubilado para no hacer nada y ¡qué le vamos a hacer!, pero hay parte de hombres que se han jubilado y se han puesto a trabajar...»* (GD3: 20).

Diferenciamos estos discursos en las mayores: el de las trabajadoras jubiladas y el de las amas de casa. Los discursos de las jubiladas oscilan entre la liberación del trabajo pasado y la aceptación de la jubilación. Al menos se distinguen dos tipos de discursos femeninos. Recordemos que las de mayor estatus manifestaban un mayor rechazo a la jubilación, pero las actitudes más generales son de liberación por parte de las mujeres de estatus medio y bajo, que son la mayoría. Se trata de una liberación del papel de trabajadora, pues del rol de ama de casa «no se jubila nunca». Predomina el discurso de liberación porque recordemos que las actitudes hacia el trabajo (derivadas de las condiciones laborales) de las mujeres de capas sociales más bajas eran bastante negativas, y de ahí se derivará el deseo de alcanzar la jubilación. El predominio del discurso de liberación del cansancio, sensación de «haber cumplido ya» una «misión», queda patente en sus voces:

«...ahora ya me costaba mucho..., este último año que he estado ya se me hacía muy cuesta arriba, yo ya notaba que este brazo no lo tenía bien

porque me dolía... (EM4: 1) ...porque tuve un problema con este hombro, estuve haciendo mucha rehabilitación y todo, ya me costaba mucho, y dije «ahora ya sí que necesito jubilarme», por eso, porque ya no trabajaba como antes (...) no podía trabajar como entonces y ya decía: «ahora necesito jubilarme», eso sí que, de verdad, ya lo estaba deseando» (EM4: 2) ...pienso que he cumplido una misión, que he podido trabajar hasta los 65, desde que empecé...» (EM4: 10).

“– Yo estoy contenta de haberme retirado (- Yo también) porque he peleado mucho con toda la gente, pero que a última hora ya estaba cansada; las cuentas ya no me salían... Quería contar, contar (...)

– Sí, sí, la persona tiene ganas de descansar.

– Estamos muy contentos de estar retiradas ¡mucho!» (GD9: 2, GD9: 3 EM1819: 2: «...tenía que estar de corredora de un sitio a otro, entonces las prisas... y ahora la jubilación pues eso, se ha serenado. Y lo malo de la jubilación es que tienes que tener los años que tiene que ser. Lo bueno hubiera sido 10 ó 12 años antes, es cuando se puede disfrutar.» (EM1819: 2).

Sólo una tercera parte de las mujeres mayores son «jubiladas» en cuanto que tienen pensión propia, pero ello no implica que sólo hayan trabajado remuneradamente este 35% de mujeres. La realidad de nuestro estudio (recordemos que siempre sería mejor decir *representaciones de la realidad*, más bien), y la realidad más general (comprobada en otras investigaciones) nos demuestra que las mayores han trabajado de forma remunerada pero sin contrato, por lo que ahora no perciben pensión propia. Son consideradas oficialmente «amas de casa» cuando deberían ser «jubiladas». Puede comprobarse cómo choca la autoidentificación como amas de casa que en verdad podrían ser jubiladas porque han trabajado. Esta confusión se ha manifestado desde la selección de nuestras participantes (autodenominadas algunas amas de casa y luego manifestaban haber «trabajado algo») hasta el final de los análisis (no ocurre así con las de mayor estatus que se han identificado prioritariamente con su papel de trabajadoras y luego de jubiladas, no como amas de casa) (véase Capítulo 10). Parece curiosa la tendencia femenina a considerarse «jubiladas» por el hecho de cobrar la pensión de jubilación o viudedad del esposo (Bazo, 1990: 96-97), situación contrastada también en otros estudios. Su percepción proviene en muchos casos del hecho de cobrar la pensión o de sobrepasar la edad de jubilación, no de su propio trabajo (la mayor parte han sido amas de casa), lo cual es indicativo de la dependencia del estatus del marido hasta el final de sus días. Pero no se trata de un embrollo conceptual propio de nuestro estudio sino de la dificultad de separar a las mujeres mayo-

res de nivel medio y bajo en «amas de casa» y «jubiladas» porque muchas han desempeñado ambos roles. Unas se declaran amas de casa y han trabajado, otras se declaran «jubiladas» y han sido amas de casa. La confusión está servida, pero eso no impide, aunque sí dificulta, distinguir y analizar los distintos discursos. Las jubiladas, de todas maneras, aunque han vivido el tránsito a la jubilación tampoco tienen un discurso muy estructurado y claro en torno a la misma porque obviamente su transición a la pasividad no se da tajantemente: siguen siendo amas de casa, colaborando, y el paso abrupto al tiempo libre y liberado no es vivido como los hombres.

“– Yo ninguno porque *sigo haciendo lo mismo, hago la misma vida, porque como estoy ayudando en casa, pues mira, y soy feliz también así, ayudando a mi hermana en el comercio...* (...)

– Si es que *los hombres si que están bien pero nosotras... ¡igual que antes!*

– ¡O peor! porque...» (GD9: 7).

Las referencias sobre la continuidad en el trabajo doméstico son, como decimos, muy numerosas (véase apartado 9.3). En cualquier caso sus actitudes hacia la jubilación son positivas: no echan de menos el trabajo (en concreto las pésimas condiciones), pero sí las relaciones y la mayor valoración que tenían incluso en trabajos poco cualificados. Reconocen que al menos su trabajo extradoméstico tenía una determinada valoración «monetaria» y consideración social, aunque mínima, frente a la desconsideración del papel de ama de casa, que ahora retoman como rol principal en sus vidas. Las mismas jubiladas distinguen sus actitudes de las de las amas de casa, a las que perciben como más conformistas y pasivas en algunas de sus actividades.

«...cuando *me quedé así tan parada, lo echaba de menos, el hablar con ellas (...)* íbamos juntas y nos llevábamos muy bien oye y hablábamos y luego bajábamos a tomar un café si era preciso...» (EM4: 2) *Necesitábamos pues hablar, porque yo aquí, en mi casa, hablo poco y allí con las compañeras sí hablaba, a la salida...*» (EM4: 3, ó EM1819: 8: «...me jubilé y la verdad es que no me volví a acordar, no me preocupó más mi trabajo ni la tienda y eso. Luego seguimos yendo a Lumbrales y las personas, las clientas que yo tenía en la tienda pues se alegran de verme y yo me alegro mucho de verlas a ellas. Charlamos, yo las saludo y ellas se van contentísimas...» (GD2: 3) «...*las que hemos trabajado antes tenemos que hacer algo, tenemos que... que... que no podemos estar en casa, nos falta algo, salir, ir a un sitio, ir a otro...*»)

Otras rechazan la jubilación como pasividad y fin de relaciones sociales; procuran no estar solas, huyen de estar encerradas en casa, se buscan otras actividades y relaciones extradomésticas... Identifican la pasividad, la jubilación laboral con «ser mayor». Para muchas de estas mujeres la jubilación ha supuesto un «fin» (desde este punto de vista la rechazan), pero también la «oportunidad» de realizar otras actividades que antes no habían hecho: ocio, disfrutar, relacionarse, etc. Rechazan la jubilación si implica pasividad:

“...has estado trabajando, terminas de... de... te jubilas...pues... es que se te cae... aunque tengas que hacer lo de la casa... yo, la casa lo mismo que.. en donde me dejo las tijeras, allí las encuentro, allí nadie me toca, pues todo el día metida en casa te aburres y así, de esa manera: «¡Uy, me tengo que ir a este sitio!, me tengo que levantar a esta hora, voy a hacer esto, voy a hacer lo otro», ya tienes... ya estás. Pero la persona que no ha trabajado... tranquila en casa, lo mismo... o sea que no echa nada en falta. Nosotras que hemos trabajado fuera, sí (...) Teníamos esa actividad, yo por ejemplo me levantaba a las cinco de la mañana, cogía el coche de las seis, me iba a trabajar a Madrid, luego volvía, pues por la tarde ya tenía que hacer las cosas, pero ya había estado toda la mañana ocupada.» (GD2: 17 y GD2: 23).

El nivel de pensiones y otros medios disponibles (relaciones, salud, por ejemplo) también incide sobre un discurso de mayor o menor hostilidad a la jubilación. En relación a los ingresos muchas de las mujeres tienen un discurso de conformidad exagerado (más las amas de casa y en zonas rurales) en relación a los ínfimos niveles de las mismas. Aunque alguna destaca la seguridad económica que entraña percibir una pensión (aunque sea mínima), la mayoría reflejan un discurso de protesta (más las trabajadoras y en zonas urbanas) en relación a las bajas pensiones y el mínimo poder adquisitivo que ellas tienen (véase epígrafe 8.3.2). Sobre todo observamos en las fichas técnicas de las participantes las pensiones risibles de la mayor parte de las viudas (las de las jubiladas son «algo» más elevadas), como percibimos de sus discursos que resaltaban la realización de actividades «en plan baratito» (GD2: 14) o el deseo de seguir trabajando para ganar algo más (GD7). El llegar a fin de mes se convierte para algunas en un jeroglífico, un *puzzle*, un dilema difícil de resolver (ver GD2: 7, GD9 ó discursos femeninos de GD7, GD3).

Las actitudes hacia la jubilación son ambiguas, de rechazo o aceptación según el aspecto que consideremos. Parece que no tiene un discurso tan definido como los hombres sobre la jubilación. Siguen sintiendo la misma conside-

ración (¿desconsideración?) social como mujeres mayores. Pero, al contrario de lo que podíamos pensar, las mujeres tienen un discurso más allá de familia, pero eso sólo las que han trabajado fuera del hogar, no así las amas de casa. Se trata de unos discursos complejos, referidos más bien al proceso de envejecimiento que a la jubilación:

- Por una parte, parecen satisfechas y muestran unos discursos positivos hacia esta etapa en comparación con su pasado tan represor y limitado (liberación «tardía», pero liberación).
- Por otra parte, sienten frustración («demasiado tarde para...») por no poder hacer más cosas por culpa de ese pasado y de la subordinación que han soportado (actitud negativa en comparación con la situación actual de las mujeres y otros mayores). Se sienten tan desvalorizadas como siempre. Aún hoy se siguen sintiendo «inferiores», acomplejadas. Es un discurso más contestatario (más en zonas urbanas).
- Además, otra actitud es la de resignación, conformismo, aceptación, cuando comparan la situación pasada, la actual y «lo que hubiese podido haber sido y no fue». Piensan que no han completado sus deseos..., pero se conforman y resignan con la «liviana» libertad que ahora han alcanzado (liviana porque la pensión es baja, su salud más deteriorada, están más solas, menor preparación, etc.; envejecen más, pero peor).

Según tomemos unos discursos u otros las actitudes son positivas o negativas. Unas más o menos liberadas, otras más sobrecargadas, pero son opiniones ambiguas, abarcando ese *continuum* imaginario sobre el que estamos situando los discursos. Las jubiladas están contentas de haberse jubilado, pero comentan que «no saben» estar paradas. Se ve clara la centralidad de la actividad. Son muy activas aunque sea con labores del hogar. Pero no lo son todas: otras dicen que procuran hacer lo mínimo «cuando pueden»: *ya he trabajado bastante!... «ya he cumplido»...* (EM4: 10). Ahora quieren disfrutar y otorgan a la jubilación un significado más positivo: posibilidad de ocio, de descanso, de relación...

Recordemos que en los ámbitos rurales e intermedios muchos mayores (no sólo las mujeres) continúan trabajando aunque se hayan jubilado. En los discursos rurales el tránsito a la jubilación no es tan brusco como en las zonas urbanas, y por eso las actitudes hacia la misma no son de rechazo, sino de aceptación y liberación de «alguna parte» del trabajo. La jubilación parece una situación ideal: supone cobrar una pensión (que otorga seguridad) y seguir trabajando «en lo que se pueda». En las mujeres mayores de las zonas rurales (y de estas profesiones) encontramos que siguen yendo a trabajar ayudando a sus hijos, marido o para complementar su baja pensión (véase apartado 9.3.1). Pero en ellas se añade un matiz interesante: oficialmente muchas

aparecen como «amas de casa» cuando en realidad siempre han trabajado y aún continúan trabajando. Podemos decir que «nunca se jubilarán» por tres circunstancias, que en los hombres no se observan:

- 1) Nunca han trabajado oficialmente, han sido consideradas «amas de casa».
- 2) Nunca han cotizado (aun habiendo trabajado), por lo que nunca serán «jubiladas» percibiendo pensión propia.
- 3) Siguen trabajado del mismo modo, extraoficialmente.

Por tanto, la jubilación es inexistente para las amas de casa. Pero, aunque no tienen discursos sobre «su» experiencia de la jubilación, sí evocan unos discursos en relación a la jubilación del marido (como «jubilada consorte»), de algún familiar o de alguien de su entorno. Recordemos que la jubilación no es una vivencia sólo personal e individual sino psicosociológica. Por tanto, no hemos encontrado discursos «neutrales» sobre la jubilación (porque a todos afecta), pero sí podemos decir que unos mayores permanecen más indemnes que otros ante la jubilación: las amas de casa, obviamente, son las que menos hablan porque les afecta menos directamente. Pero ello no las exime de los efectos de la jubilación de su pareja y entorno. La jubilación no es indiferente ni para las que no han trabajado remuneradamente. Ellos mismos reconocen los efectos que puede tener sobre el matrimonio, la pareja (ver GD3: 40).

Como veremos más ampliamente en el Capítulo 9.3.2, las mujeres mayores tienen diferentes tipos de discurso respecto al papel de amas de casa: de queja, de aceptación o ambigüedad. Algunas son conscientes del papel de ama de casa «eterno»; otras se resignan más, no protestan. Pero, en general, se puede decir que las amas de casa tienen un discurso más conformista y resignado. Queda bastante claro que no protestan tanto del papel del ama de casa como de la desvalorización del mismo, del cansancio, del poco apoyo en las tareas por parte de sus parejas e hijos/as, de la soledad, del miedo futuro... Pero esta idea la comparten tanto amas de casa como las trabajadoras —que suelen ser amas de casa al mismo tiempo.

«— *El trabajo de la mujer es una rutina, que lo mismo da que sea principio de la semana que a finales porque el trabajo, el cocinar, el día a día, es todos los días lo mismo, desde que te levantas por la mañana hasta la noche.*

(...)- No varía mucho...

— Yo, siempre igual, a cocinar, a fregar, a limpiar, y *todos los días igual.* (...)

— «De casa Fas, a casa Caiás».

— Es siempre la misma rutina, hija, es una vida muy muy...» (GD9: 4)

A pesar de las críticas a su pasado, de su situación precaria y «límite» en las más activas... sus discursos suelen ser más positivos. Y a la inversa, el discurso más positivo en las mujeres suelen encontrarse en las que están más activas (y las de estatus más alto, como veíamos en Agulló y Garrido, 1996). Las amas de casa más pasivas centran su discursos en el hogar y familia. Pero no todas las amas de casa: las que son más activas (salen más, van al Hogar...) tienen un discurso más amplio. Pero éstas, hoy por hoy, no son la generalidad.

Muchas aprecian sus vivencias actuales en relación a su pasado algo «vacío» y siempre unido al ser «amas de casa». Destacan que ahora están viviendo una liberación (pensemos en la actitudes más renovadoras de «liberación» respecto a la menopausia...), aunque sea tardía, de su pasado reprimido. Se encuentran mejor respecto a su pasado. Pero en comparación con la situación actual de mayores y mujeres más jóvenes reconocen que su situación económica es pésima, les amenaza el problema de la soledad, el sentimiento de «frustración» de expectativas al esperar a disfrutar con su marido y no conseguirlo, bien por haber enviudado, bien por otros motivos. Todo ello produce que su identidad esté mermada, que sigan siendo dependientes y que no encuentren un papel importante por el que vivir. Esta idea puede resumirse con sus propias palabras: «¿Qué pinto ahora?... ¿Qué he pintado yo?» (GD2: 20, ver Capítulo 7). En boca de estas mujeres hemos encontrado los discursos más negativos y más temerosos. Si pudiéramos establecer el perfil del discurso más negativo, lo encontraríamos en nuestro estudio en las amas de casa, viudas, con baja pensión, de zonas urbanas o megaurbanas, de estatus bajo, con un entorno relacional/familiar limitado (soledad), de más edad y salud deteriorada. Pero recordemos que no se refieren a la jubilación sino a esta etapa en general, hacia la que todos los mayores tienen discursos más pesimistas.

La discursividad femenina, aunque aprecia los avances de la mujer al que ellas han llegado tarde (pero del que al menos están disfrutando un poco), está teñida de temor y miedo (a perder la poca pensión, a ser ingresadas en Residencias, a la soledad...). Aunque ahora algunas estén intentando «recuperar el tiempo perdido», en general son las que se autodefinen como más «desgraciadas». Se percibe esta etapa como el «fin», el «último trecho» en la vida... Además, el manifestar que no tienen nada que decir, es una misma señal de esta desvalorización femenina que estamos comentando.

«← Nosotros ya tenemos la carrera hecha...

– Ya vamos para abajo, cuesta abajo...

– Es que ya es el final, hija, el final ¿qué vamos a esperar?» (GD2: 32)

«← Es que *la vida nuestra es tan sencilla que no sabemos qué decir.*

– Como ves aunque somos viejas... no paramos ¿eh?... el día que paramos ¡mal asunto!...» (GD9: 16).

De todas maneras, tanto mujeres como hombres siguen pensando que las mujeres «soportan» mejor esta etapa porque el papel de «ama de casa» las protege de la pasividad. Pero sobre esto no hay acuerdo, pues algunas piensan que los hombres llevan peor la jubilación, pero al mismo tiempo están más libres que ellas. Hay un claro debate sobre quién lleva mejor la vivencia de la jubilación. Lo que sí podemos decir es que aparte del género hay que considerar otros factores: actividad, salud, ingresos, mayor esperanza de vida (más posibilidad de quedar viudas), etc. Pero, insistimos: el género marca una determinada actividad, unos menores ingresos, una circunstancia familiar y unas responsabilidades concretas.

“M- (...) te tiene atada de pies y manos y eso... *El hombre pues se hacen amigos, se van a jugar a la petanca o hacen partidas de dominó, lo que sea, ellos están más... no sé...*

M.- Más libres

M.-... no, están peor que nosotras...

H.- no, pero...

H.- No, oiga, no, peor no, yo estoy alegre con esto, ¿eh?

(...)M.- ... Eso es que *el hombre se aclimata más a decir...* —ahí no hay reglas sin excepción ¿eh?- «pues yo ya soy mayor, pues yo ahora salgo con el compañero y hecho una partidita, le traigo a la mujer el pan y»... *la mujer no, yo al menos creo que la mujer no, porque conozco a varias compañeras y eso, y todas buscan otra actividad, salen de la fábrica o salen de sus trabajos y buscan o bien lo que aquí la señora, por la iglesia, por lo que sea se busca...yo tengo...* (GD3: 14-15).

Como hemos visto, son las amas de casa las destinadas a soportar también la vivencia del «nido vacío» al partir los hijos, que habían sido el centro de su identidad como madre y cuidadora. Esta situación podría tener un paralelismo con la jubilación laboral, desde el momento en que sienten igualmente una «pérdida de identidad» y vacío en sus vidas. Sin embargo, la partida de los hijos para otras puede ser también una «liberación» de responsabilidades... Podemos cerrar este apartado diciendo que son las amas de casa mayores, las que están solas y tienen menos recursos, junto a una mayor esperanza de vida, las que presentan una de las situaciones más problemáticas cara a un posible futuro de «dependencia y soledad». No sólo las mujeres tendrán que hacerse conscientes de su problemática sino que a todo el sistema político-social atañe conocer esta realidad que las mayores representan.

En general, las mujeres mayores manifiestan un claro rechazo no a la jubilación sino a otro tipo de problemas que coinciden en el entorno de la jubilación: soledad, partida de los hijos, falta de apoyo, disminución de ingresos y relaciones, etc. Como vemos algunas se sienten peor ahora que antes, pero no por la jubilación sino por otras circunstancias que las hace percibirse «desgraciadas», sobrecargadas (superposición de roles que en los varones no se observa), y además «sin reconocimiento de esta labor». Las mujeres mayores con determinadas características (con más obligaciones familiares...) tendrán actitudes negativas a la jubilación laboral, pero en realidad están rechazando los problemas que esta etapa conlleva.

Actividades y ocupación del tiempo de los mayores en la actualidad: tiempos, tipos, dimensiones, significados

«Una vida inactiva es una vejez prematura»
(Goethe)

«La vida no consiste en otra cosa que en el repertorio de nuestros quehaceres»
(Ortega y Gasset)

INTRODUCCIÓN: ¿TRABAJO Y ACTIVIDAD VERSUS JUBILACIÓN Y VEJEZ?

En este Capítulo se intenta dar respuesta a los siguientes interrogantes: ¿A qué se dedican las personas mayores: actividades de ocio, de relación social, remuneradas? ¿Qué significados y actitudes muestran hacia las actividades? ¿Es central la realización de actividades o predomina la pasividad? ¿Existen diferencias discursivas intergénero, por estatus socio-económico o según su pasado laboral? De entrada, nuestro objeto de estudio puede parecer paradójico, pues estamos tratando «la actividad» de una parte de la «población inactiva». Al optar por este objeto de estudio estamos denunciando, al mismo tiempo, el concepto homogeneizador de «inactividad» que se atribuye a esta etapa. Pero no es cuestión de dejarse llevar por el «deber ser», el ideal de «mayor activo», pues como comprobaremos, no todos los mayores son *activos*. De hecho, la pasividad es común en estas edades. Ello puede entenderse si retomamos las actitudes negativas hacia el trabajo, la necesidad de jubilarse para descansar. En cierto modo puede justificarse esa mayor pasividad porque ellos consideran que «ya han trabajado demasiado» y «se merecen» un descanso, ocio pasivo, ocio activo o lo que prefieran realizar.

Hoy valoran la capacidad de elección, la libertad «una vez por todas» de poder elegir qué, cómo y con quién hacer tal actividad. Entonces nos preguntamos, ¿con qué autoridad podemos llamarles «pasivos» después de conocer su dura trayectoria laboral pasada y no respetar «su derecho al descanso» si muchos así lo prefieren?, ¿por qué tiende a equipararse el criterio de utilidad, productividad (e incluso satisfacción) con determinadas actividades y no con otras? Antes de avanzar en el análisis recordemos el concepto de actividad aquí utiliza-

do. El significado que se otorga a *actividad* es más amplio que el utilizado en la EPA (INE), pues en las encuestas oficiales se considera *activa* a la persona que trabaja, busca trabajo o está en edad de trabajar (ocupados y parados)¹. Sin embargo nuestra concepción de actividad va más allá del trabajo remunerado oficial. Por tanto, partimos de la no consideración de los mayores como *población inactiva*, sino como personas que realizan actividades de diversa índole. No podemos considerarles activos según términos oficiales, pero tampoco podemos definirles como *población inactiva* porque su actividad es notablemente alta y su utilización del tiempo diversificada. Por ello podemos hablar de vejez activa y creativa sin ser productora o productiva en el sentido clásico. Es decir, la actividad se orienta hacia otras vías, que pueden ser diferentes (o similares, según las posibilidades y preferencias) a la productividad del ámbito laboral.

Para este estudio el sentido de actividad será el siguiente: cuando hablemos de «actividades» nos estamos refiriendo a las actividades que se realizan con cierto esfuerzo y dedicación (más allá de la actividad biológica necesaria) (ver Esquema 9.1.). Recordemos la diferenciación entre labor, trabajo y acción que ya la autora Arendt (1958/74) nos muestra en su obra *La condición humana*. Queremos retomar algunos puntos de este enfoque que adapta ideas de pensadores clásicos (Aristóteles, San Agustín, Kant, Locke, Marx, Smith...) a su reflexión profunda sobre el *animal laborans* y el *homo faber*, sobre «la labor de nuestro cuerpo y el trabajo de nuestras manos», el trabajo improductivo o productivo, intelectual o manual (págs. 119, 204 y ss. y 418); en fin, ofrece una disertación amplia sobre el trabajo-acción-actividad como condición humana básica².

Se excluyen, pues, de nuestro concepto de actividad adoptado las actividades consideradas «esenciales biológicamente». Es lo que la OCDE (1982) y varios autores denominan «*necesidades esenciales elementales*» (Setién, 1993: 348). Ramos (1990, 1995) las denomina «*necesidades esenciales*» y las incluye dentro de las actividades expresivas. Fernández Ballesteros *et al.* (1992), Montorio (1994) y otros las nombran como «*actividades de la vida diaria*». Se trata de ac-

¹ Literalmente, «activos» o «población económicamente activa», según el Manual de Definiciones de la EPA (página web INE.es), es «el conjunto de personas de 16 o más años que en un periodo de referencia dado suministran mano de obra para la producción de bienes y servicios económicos o que están disponibles y hacen gestiones para incorporarse a dicha producción».

² Para Arendt (1974: 19), la vida activa se constituye por tres actividades humanas fundamentales: *labor*, *trabajo* y *acción*. Para esta autora *labor* es la actividad correspondiente al proceso biológico del cuerpo humano (...). *Trabajo* es la actividad que corresponde a lo no natural de la existencia del hombre (...) el trabajo proporciona un «artificial» mundo de cosas (...), la condición humana del trabajo es la mundanidad. La *acción*, única actividad que se da entre los hombres sin el intermedio de cosas o materia, corresponde a la condición humana de pluralidad... (ver también págs. 121 y ss., 143 y ss., 176 y/ó 183 y ss.).

tividades básicas para cubrir las necesidades personales más fundamentales a nivel individual. Son actividades para satisfacer las necesidades biológicas (alimentarse, medicarse, descansar, dormir, reposo por enfermedad) y mantenerse de forma independiente. Se trata de actividades relacionadas con la higiene y aseo personal (baño, ducha, vestirse/desvestirse, peinarse, afeitarse, maquillarse) y orden de objetos personales, principalmente³.

En este estudio nos centramos en actividades remuneradas, no remuneradas, actividades de ocio y de relación social (ver Esquema 9.1). Además, queremos recordar que el hecho de colocar la actividad como cuestión central en la vida de los mayores no es una cuestión gratuita ni caprichosa. Según varios estudios y encuestas lo que más preocupa a los mayores es la soledad, la enfermedad, pérdida de memoria, sentimiento de inutilidad y la dependencia, principalmente (véase página web, CIS, Estudio 2244, Barómetro abril 1997). En coherencia con estas preocupaciones, manifiestan la «necesidad» de estar activos porque ello implica directamente que tienen salud, relaciones, independencia. Aunque los significados de las actividades son diversos, el denominador común es la centralidad de la actividad (sea cual sea) en cuanto que supone «no ser mayor», que se identifica con lo que ellos más valoran según las encuestas, investigaciones y según nuestro estudio (véase Capítulos 10 y 11). La actividad (a veces desde fuera catalogada como «pasividad») es algo que ellos ponen en el centro de sus vidas no algo que nosotros queramos realzar indiscriminadamente. La actividad no es, pues, un tema periférico al tratar a los mayores, sino que es un claro indicador de su calidad de vida global; es trabajo y actividad *versus* jubilación y vejez.

En cualquier caso, lo que sí cambia, como estamos comprobando, es la importancia otorgada a las actividades, los significados: si el trabajo ha sido el *medio* central en sus vidas pasadas, ahora la actividad sigue siendo *medio* y *fin* central para seguir sintiéndose vivos, idea general que ya habíamos apuntado y que iremos constatando más adelante. Se identifica ser mayor con pasividad, dependencia, aislamiento. La contrapartida de «no envejecer» suele ser la actividad, permanecer activo: los factores que indican una mayor actividad serán el polo opuesto de los que definen el «ser mayor» (véase Capítulo 10).

³ Este bloque de «actividades» no se considera «actividad» en este estudio, pues suponemos que la realización de las mismas es común a todos los mayores y a la población general. Si los mayores «dependientes» fueran nuestro objeto de estudio, deberían ser consideradas estas «actividades» por la dificultad que entraña hacer las mismas, pero no es nuestro caso. Aún así, los mayores más delicados y de más edad de nuestro estudio resaltan la dificultad de llevar a cabo estas actividades (véase EM16: 5, EM1819: 3 ó EM4: 6).

Pero en principio se nos planteó una duda relevante: ¿cómo clasificar las actividades de los mayores para encajar nuestro estudio cualitativo con resultados y teorizaciones de otras investigaciones? Llegamos a la conclusión de que las actividades que ocupan el tiempo de los mayores pueden ser clasificadas desde distintos criterios según tomemos unas referencias u otras. Por ejemplo, podemos considerar las actividades según los siguientes factores:

- El tiempo de duración (corta o larga duración).
- El nivel de implicación (pasivas o activas/participativas).
- La periodicidad (diarias, semanales, excepcionales).
- El tipo o temática de las actividades (automantenimiento, físicas, formativas, laborales, culturales, etc.).
- La forma y medios de realización (manuales, teóricas-intelectuales).
- La cuestión económica (gratuita o de pago).
- El objetivo de las mismas (remuneración, satisfacción social, pasatiempo, ocio).
- En relación al anterior, el grado de instrumentalidad (basado en la obtención de algún beneficio material) y el grado de expresividad (cognitiva, emocional y física).
- El grado de relación social (individual, grupal, social).
- El tipo de relación: familiares o extrafamiliares (intergeneracional o intrageneracionales).
- El espacio de realización (domicilio propio, clubes, calle, por ejemplo).

Pensamos que lo idóneo hubiese sido tener en cuenta todos estos criterios. Pero para ello precisaríamos de más tiempo y espacio, en definitiva, de un nuevo estudio o tesis orientado a profundizar en cada una de las actividades. En nuestro caso, hemos combinado casi todos los criterios en pro de una mayor profundización sobre las actividades de los mayores. Empero, no olvidemos que nuestro objetivo no era ofrecer una descripción de las mismas sino tratar de comprender y profundizar sobre la vivencia de la jubilación a través del sentido y actitudes hacia la actividad.

En definitiva, a la hora de analizar dichas actividades y tiempos se han considerado distintas clasificaciones. Ramón Ramos (1990, 1995) utiliza este tipo de clasificación: actividades instrumentales (trabajo profesional y académico, trabajo doméstico y familiar) y actividades expresivas (necesidades esenciales, tiempo libre —ocio activo, ocio pasivo—). La OCDE (1982, en Setién, 1993: 348) utiliza esta clasificación del tiempo: tiempo destinado a las necesidades esenciales elementales; tiempo dedicado a actividades ligadas a las responsabilidades; tiempo dedicado a las obligaciones contratadas; tiempo libre. Esta misma clasificación es la que utiliza Às (1982) y en la que se basarán autores posteriores. Alvaro (1995) sigue

otra clasificación: necesidades personales, trabajo doméstico, educación, tiempo libre, trabajo remunerado. Varias son las clasificaciones con las que nos hemos encontrado (Parkes y Thrift, 1980; Javeau, 1983; Belloni, 1984; Izquierdo, 1988; CIS, Estudio nº 1.079, 1987; Instituto de la Mujer, Encuesta OTR/IS, 1987; Szalai, 1966, entre otros). En nuestro caso (véase Esquema 9.1), observemos como ponemos el énfasis en las «actividades» y no en los tiempos, pues nuestro objeto no es cuantificar «cuánto tiempo» ocupa tal actividad, sino contrastar qué significados otorgan a lo que realizan.

Esquema 9.1. Actividades de las personas mayores según tipos de actividad

1) ACTIVIDADES REMUNERADAS

- Autónomos, liberales, artesanos, agricultores...
- Trabajadores oficiales mayores de 65 años (5%, 1996)
- "Otros trabajos", economía informal

2) ACTIVIDADES NO REMUNERADAS

- a) Ambito doméstico:**
 - Tareas hogar
 - Cuidado de otras personas (mayores, niños, enfermos)
- b) Ambito extradoméstico: voluntariado**

3) ACTIVIDADES DE OCIO

- a) Pasivas:**
 - TV, radio, descanso...
- b) Participativas:**
 - Creativas-manuales
 - Educativas
 - Deportivo-físicas
 - Socio-culturales...

4) ACTIVIDADES DE RELACION SOCIAL

- a) Familiares**
- b) Extrafamiliares**

De forma esquemática, nuestro objetivo es dar tratamiento a los siguientes puntos:

- Cuándo lo hacen: temporalización, laborables-festivos, estaciones (apartado 9.1).
- Qué factores/dimensiones inciden/conforman la realización de unas u otras actividades (apartado 9.2 a modo de introducción y resto del Capítulo).
- Qué hacen: tipología actividades (apartado 9.3 al 9.5).
- Con quién: actividades en interacción social (apartado 9.5).
- Qué significados, actitudes, porqué, satisfacción (todo el capítulo, concretamente apartados 9.3 al 9.5).

9.1. TIEMPO Y TEMPORALIZACIÓN DE LAS ACTIVIDADES DE LOS MAYORES

El mayor tiempo disponible y la libertad para ocuparlo de forma elegida es algo que todos los mayores alaban. Pero si esto es un cambio positivo para los hombres, no lo es siempre para las mujeres mayores, que siguen disponiendo de menor tiempo libre aunque se hayan jubilado. Estas diferencias y otras cuestiones sobre la distribución temporal se tratan en este apartado. Se profundiza sobre cómo ocupan el mayor tiempo libre (estructuración del mismo, cuánto tiempo ocupan sus actividades y cuándo las llevan a cabo), y lo que es más importante, qué significado otorgan al mismo.

9.1.1. Tiempos, significados y mayores, en plural

Hoy podemos observar cómo las nuevas tecnologías y las telecomunicaciones (satélites y antenas parabólicas, Internet, por ejemplo) aplicadas al ámbito laboral o al ocio no cesan de modificar el significado del tiempo y por tanto el ritmo vital cada vez es más intenso y extenso. Junto a la posibilidad de realizar más actividades en menos tiempo, el tiempo total de vida se ha «estirado». No sólo están cambiando los hábitos vitales sino también el sentido y el valor que se le otorga al tiempo. Pero, «social y psicológicamente, el tiempo se mide por lo que se puede hacer con él» (Alba, 1997: 65), por tanto cuando la persona tiene menos quehaceres (sea por unos u otros motivos, paro, jubilación) se queda sin el factor primordial que otorga valor a su tiempo y a su vida. En consecuencia, una dimensión esencial

para entender el impacto psicosocial de la jubilación será la forma en que la persona organiza el tiempo en ausencia de categorías temporales impuestas desde el exterior. Es más, existen motivos para pensar que la jubilación es la transición psicosocial que supone una variación mayor en la experiencia del tiempo vital.

Según De Vega (1988) las actitudes hacia el tiempo y el destino pueden resumirse así: la persona joven tiene presente, carece de pasado y menosprecia el futuro; la persona madura tiene presente, pasado y futuro; la persona mayor tiene un amplio pasado, un presente fugaz y un futuro incierto (en Almarza y Galdeano, 1988: 402). Podemos generalizar la situación diciendo que en la etapa juvenil, por ejemplo, se dispone de todo el tiempo, pero no de ingresos; en la etapa adulta, aumentan los ingresos y disminuye el tiempo; pero en la jubilación si bien aumenta el tiempo libre, generalmente disminuyen los ingresos, la situación de salud, las relaciones... En fin, veremos cómo los sistemas de significados respecto al tiempo dependen, irremediabilmente, de unas u otras condiciones de vida y aspectos que aquí desarrollamos.

La persona es socializada desde muy pronto para adaptarse a las estructuras temporales impuestas por las instituciones sociales. El sistema educativo primero y el trabajo, remunerado o no, después imponen un ritmo temporal al día. Por una parte, la persona mayor puede estar percibiendo que el tiempo es vacío, se dispone de mucho tiempo libre que habrá de llenar (tiene mucho tiempo a la largo del día); pero por otra, el tiempo se acaba si se compara con la totalidad de la vida, de forma longitudinal, el tiempo se va, ya no tiene tiempo de emprender nuevos proyectos: tiene mucho tiempo presente (actual) pero poco tiempo en relación al futuro próximo; es la paradoja del tiempo en esta etapa. Este cambio se percibe tanto desde una dimensión cronométrica como cronológica del tiempo (Caja de Pensiones, 1985: 23 y ss.). La primera implica un cambio cuantitativo en el ritmo personal del tiempo diario, en el que todo se organizaba alrededor del trabajo. La segunda dimensión del tiempo podemos imaginarla de forma longitudinal, desde el pasado hacia el futuro, se dan distintos significados al tiempo, se empieza a percibir el fin del porvenir, el tiempo «por venir», uno deja de proyectarse hacia el futuro; o por otra parte, se percibe como una etapa con posibilidades de liberación y desarrollo o bien como fin. El dilema de la vejez consiste en que los meses y los años transcurren vertiginosamente, mientras que los minutos y las horas se hacen largos cuando no se pueden llenar con nada que satisfaga (Cano, 1993: 193). Estas *asimetrías del tiempo* de las que hablaba Aranguren se reflejan con más nitidez en la vejez. La máxima urgencia es el presente; el pasado puede convertirse en un refugio, en un recuerdo... (ibídem, pág. 197). La forma en la que la perso-

na experimente este tipo de cambios es, en nuestra opinión, un determinante esencial del significado psicosocial de la jubilación. Siguiendo a Comfort (1986: 255), «en la infancia el tiempo va a paso de tortuga, corre en la juventud y vuela en la vejez». Pero también se podría afirmar lo contrario; todo dependerá de las actitudes y de cómo se emplee el mismo a lo largo del ciclo vital. Por ello, según la actitud que se tome, el tiempo puede percibirse como algo agobiante («*el tiempo se va*», «*no hay futuro*», tal como dicen los mayores de nuestro estudio) o como una oportunidad más («*tengo mucho tiempo libre*», «*tengo todos los días para realizar lo que quiera*», en sus propias palabras).

Otras clasificaciones del tiempo, según su utilización y significado, es la de Javeau (1970), Belloni (1984) y Äs (1982). El primer autor, retomado por Ramos (1990: 30), distingue entre el tiempo obligado, tiempo constrictivo, tiempo libre y tiempo necesitado. A esta clasificación Belloni añade el «tiempo condicionado». La conocida clasificación de Äs (1982), que Ramos sigue en sus estudios (1990, 1995), es así: tiempo consagrado a las necesidades esenciales elementales, tiempo consagrado a obligaciones contraídas, tiempo consagrado a las actividades ligadas a responsabilidades y tiempo libre. Observamos, pues, cómo los sentidos y usos del tiempo vienen siendo analizados desde distintos puntos de vista y por diversos expertos, desde hace unas décadas, pero con especial interés en los últimos años. La cuestión que aquí nos ocupa, en definitiva, es que la transición a la jubilación supone una transformación en las actividades con las que se llenaba el tiempo. Concretamente podemos destacar la obra de Young (1991), *Life after work*, en la que profundiza sobre los problemas temporales que surgen tras la jubilación, haciendo especial hincapié en las diferencias por género y los mayores problemas para los varones y su tiempo liberado en esta etapa⁴.

En primer lugar, el tiempo deja de ser una realidad completamente construida e impuesta a la persona desde fuera. Ya no hay ninguna institución social que configure, mediante un horario, más o menos rígido, el tiempo coti-

⁴ Se ha tomado una clasificación propia de tiempo y actividades adaptada a nuestro objeto de estudio pero inspirada, claro está, en clasificaciones de varios autores que tratan el tema del uso del tiempo general (no centrado en los mayores) y las actividades correspondientes que lo ocupan. En nuestro contexto español su estudio está cada vez más desarrollado (Durán, 1987, 1990, 1991, 1996; CSIC, 1994, 1997; CIREs, 1991, 1996; Cardú y Ros, 1985; EUSTAT [E. País Vasco], 1993; Ramos, 1990; Izquierdo, 1988, 1984; CIS, 1987; Instituto de la Mujer, 1987; Alvaro Page, 1995, 1996; Colectivo IOÉ, 1995; INSERSO, 1995; Raldúa, 1997, etc.). Más allá de nuestras fronteras destacan Adam, 1995, 1996 (la revista *Time & Society*, editada por la misma desde 1992); Bonke, 1995; Äs, 1978, 1982; 1995; Fraser, 1993; Harvey, 1981, 1985; Hewitt, 1993; McGrath, 1988; Parkes y Thrift, 1980; Javeau, 1983; Belloni, 1986; Slazai, 1972; Young & Schuller, 1988; Young, 1991, entre otros).

diano. La persona jubilada, especialmente los hombres, no sólo ganan tiempo libre sino autonomía para organizarlo. Para algunas personas esta autonomía constituirá una experiencia positiva, mientras que para otras se convertirá en una fuente de conflictos y angustias. En segundo lugar, la jubilación es, junto con la infancia, la única etapa del ciclo vital en la que el tiempo deja de estar orientado hacia el mercado de trabajo. El tiempo que la persona permanece en el sistema educativo es un tiempo invertido en formación para el mercado, y el tiempo de la persona desempleada es un tiempo de búsqueda o de espera para reincorporarse al mundo laboral. Las horas libres que gana la persona jubilada no tienen, en principio, ningún destino específico. Esto es especialmente patente en el caso de los hombres, ya que gran parte del tiempo libre de las jubiladas es transferido inmediatamente al ámbito de la producción doméstica. Para las amas de casa no se produce un cambio similar. Las tareas domésticas, que siguen recayendo sobre ellas, hacen que tengan el tiempo estructurado/organizado cual si estuviesen trabajando de forma extradoméstica.

Finalmente, durante la transición a la jubilación, el hogar vuelve a convertirse en el espacio en el que se consume la mayor parte del tiempo, tanto si se dedica a tareas productivas como si no. La mayoría de las mujeres inician la vuelta al espacio doméstico mucho antes que los hombres, convirtiéndose en la principal mano de obra de la que se nutre la economía no remunerada. Para los hombres, la «vuelta al hogar» se inicia con la jubilación.

La principal ventaja que las personas jubiladas ven en su nueva situación es la posibilidad de decidir libremente tanto el principio como el fin de las actividades cotidianas. Hay personas que consiguen estructurar el tiempo cotidiano sin problemas, lo que, en nuestra opinión, está asociado al hecho de que el momento de la jubilación haya sido decidido libremente por la persona (jubilación voluntaria, o al menos negociada) y a la existencia de una idea previa muy clara de lo que se deseaba hacer (expectativas precisas). Además, el nivel de salud e ingresos, la situación de dependencia/independencia, la posibilidad de movimiento y la posibilidad de planificación y de conocer los límites personales (saber qué actividades pueden y deben seguir realizándose y cuáles no), también configurará una forma de distribuir el tiempo y unas actividades determinadas (Mira y López, 1975: 47-61; Ramos, 1995; Cuenca, 1995, por ejemplo).

La mayoría de las personas tienen, sin embargo, dificultades para encontrar, sin ayuda de nadie, esta estructuración. Generalmente el tiempo en la vejez se define por su pertenencia al pasado. Según Auclair (1972), «no se cuentan los años de un hombre más que cuando no tiene nada más en su haber» (en Casals, 1982: 99), pues mientras persiste la actividad, la sociedad califica,

como ya hemos analizado, a las personas en función de ella y de los éxitos conseguidos. El sistema de valores de la cultura dominante en el mundo occidental es bastante coherente. Si damos valor a la actividad y al éxito necesariamente se lo quitamos a la inactividad y al fracaso. La vejez comporta en muchos casos ambas cosas. La filosofía oriental de la vida, por ejemplo, no exalta la actividad y, en consecuencia, el paso del tiempo no se concibe como algo trágico. La vejez es respetada y la muerte un fin noble para el individuo. Pero en nuestras sociedades occidentales la cuestión es bien distinta. Hasta hace pocas décadas el tiempo preocupaba a los poetas, a los románticos, a los físicos. Sin embargo, hoy el tiempo preocupa a todos en cuanto aspecto fundamental para el funcionamiento de la sociedad: el tiempo es oro... Varios poetas han cantado a la brevedad del tiempo y de la vida, tal como lo expresó bellamente Ovidio: *«pasan los años a semejanza del agua que corre; ni la ola que pasa volverá nuevamente, ni la hora que transcurre podrá volver otra vez»*.

9.1.2. ¿Regularidad o «desestructuración» temporal en estas edades?

Como hemos apuntado, se observa una mayor regularidad en el tiempo de las mujeres mayores que en el de los hombres. La estructuración diaria y significación es diferente en los varones, obviamente, porque ya no trabajan de forma remunerada. La jornada de 8-10 horas mínimo que cubría el día a día se ve liberada de trabajo «obligatorio» una vez jubilados; pero no ocurre siempre así (es, por ejemplo, el caso de las mujeres mayores). Los jubilados, desde que se levantan hasta que se acuestan, distribuyen su tiempo de forma más organizada de lo que en principio podíamos suponer. Dejan bastante clara la diferenciación entre las actividades de la **mañana y de la tarde** en un día cotidiano. Percibimos también que los jubilados realizan un tipo de actividades por las mañanas diferentes a las mujeres.

«...por ejemplo, ya con ochenta y tres años ya pues me dedico a hacer las cosas a la mujer, que es lo necesario hoy, *a por el pan por la mañana prácticamente, pues a hacer algún recado y luego por la tarde me voy al Hogar, hecho la partidilla hasta las siete o las ocho, y luego a casita a ver la televisión... (...)* Por la mañana la petanca... (...) *por las mañanas salgo de mi casa, cojo mis bolitas, nos vamos a la plaza de Carabanchel, allí en frente del ayuntamiento, allí jugamos... (...)*

H.— Yo muchas *tardes pues me dedico así con amiguetes a correr así, por ejemplo pues al Botánico...*» (GD3: 13 ó GD4: 7) «...desde el día 25 que salgo a las 6: 30 hasta las 8: 15 y bajo allá...» (GD10: 7).

En las mujeres mayores parece que hay un mayor consenso, mayor uniformidad intragénero, en el ritmo matinal, más dedicado a tareas relacionadas con lo doméstico (compra, comida, casa, cuidados) y el ritmo vespertino centrado en otras actividades (cuidado nietos, pasear, misa, coser, cena...). En la temporalización diaria apenas se encuentran diferencias discursivas por estatus y sí más por género, edad, salud, circunstancias familiares, estado civil... en la vivencia y sentido del día a día. También cabe señalar un ritmo más lento y unas actividades distintas en las zonas rurales: barrer y regar la calle, sentarse al fresco, pasear por el camino (de tierra, no de asfalto), etc.

«...me levanto a las ocho a las siete, según venga. *Arreglo la casa, después hago la comida, cuando acabo de comer friego y por la tarde a coser o a hacer ganchillo hasta la hora de hacer la cena. Dar una vuelta...*

M.– Hay días que me levanto más pronto, otros más tarde. Más bien pronto, *barro la calle, la riego y a hacer la comida, dar vueltas, comprar, y todo eso, nada más.*

M.– Pues así hago yo también. *Me levanto, pongo la comida al fuego, me voy a comprar.*

M.– *Pasas la mañana comprando.*

M.– Y por *la tarde*, un rato con cualquier amiga, te vas a *dar una vuelta por el camino (...)*

(...)M.– *Me levanto, me aseo, comprar... (...) por la noche, nos sentamos al fresco, paseamos un rato y nos acostamos tarde.» (GD7: 8-9 y EM7: 4) «por la mañana, no me siento nunca. Yo, todas las mañanas, siempre tengo algo que hacer. (...) sales a la compra, y después siempre hay algo que arreglar, o algo que preparar (...) y luego ya, por la tarde, pues sí, si es invierno, pues a coser...»*

La desestructuración del tiempo surge más en boca de los jubilados que no en las mujeres mayores. Son sólo los más activos los que continúan teniendo su agenda más «apretada», pero esto ocurre en la menor parte de los mayores. Aunque son una minoría, alguno destaca no sólo que tiene el tiempo estructurado sino que incluso «le falta tiempo» y procuran que su mujer «no le mande nada» (GD8: 6) para poder hacer sus actividades, organizarse su tiempo como habían hecho en su vida activa. Quieren estar ocupados pero libremente, en lo que ellos eligen, no en las tareas domésticas ni en obligaciones familiares impuestas «desde fuera».

«– Y a mí me falta tiempo: por la *mañana* a por el *pan*, a comprar, y enseguida acabo de esto y estoy para irme al *Centro de Jubilados* y *enseguida a la tertulia* (...) hora y media de tertulia en los Jubilados...

(...)- (...) *Por la mañana que si el banco, que si el médico, que si recados, que si lo otro... y tengo un hobby que es muy bonito para mí: la numismática ¡me encanta! por la tarde miro mis sellos, mis monedas...(...)*

(...)- (...) *son los recados ¿no? (- Sí, el pan...), y lo peor es que si nos mandan otra cosa que a las 10: 30 no puedo estar en la tertulia «mecachis la mar ¡ya me ha molestado!»... (...) después de hacer todos los recados, hablamos un rato, divagamos un poco... (...) A las 12 llego a casa «ché, ¿quieres algo o tal?», y si me dice que no quiere nada mejor...» (GD8: 6-7 EM10: 4) «... yo no tengo más tiempo, yo tengo el mismo. ¿No te digo que yo sigo mi rutina, mi vida? (...) Hombre, estoy más libre en cierto modo...» (EM3: 6).*

En cualquier caso, se trata de una organización espontánea, movible, intercambiable, abierta, que modifican en cualquier momento. El discurso general es que disponen de un tiempo excesivo libre y liberado por delante, el cual se ocupa con poca diversidad de actividades, muy espaciadas en el tiempo. Es decir, pocas actividades que abarcan más tiempo a lo largo del día. Los más activos e implicados en actividades transmiten una mayor estructuración del tiempo, pero de forma menos «seria e intensa» que cuando trabajaban; es decir, a esta ligera estructuración se añade un ritmo pausado, sin prisas (nada que ver con su vida activa pasada), de lo que hacen a lo largo del día o de la semana. Esta rutina tiene el peligro de convertirse en un «sin sentido» en algo que no significa nada para ellos o bien en un ritmo necesario para descansar y «pasar el tiempo» después de una dura vida de trabajo acelerado.

«- No, yo todos los días *la misma rutina*, todos los días.

- Yo, hago todos los días *el mismo trabajo*. Sólo querría seguir como estoy para seguir haciendo lo mismo.

- Todos los días igual: me levanto hacia las 11, doy una vuelta, a los Jubilados un rato por la tarde, por la noche a casa, y para de contar. *Todos los días igual; a veces pienso: ¿qué es domingo o lunes? (...) La vida de jubilado es igual, es lo mismo.*

- Yo los sábados hago una escapadilla, me voy un rato a la Filá, que me hace falta (...)

- Lo que *trabajamos entre semana* es un hobby, obligación no...» (GD10: 6, y GD1: 14 ó GD6: 10 y 11).

De cualquier manera, no todos tienen la misma estructuración del tiempo. Según las obligaciones familiares, las posibilidades de trabajo y actividad, el entorno familiar y amical, entre otros factores, hace que los jubilados estén más o menos tiempo ocupados. La cuestión es que a mayor desempeño de

tareas cotidianas observamos en los mayores una mayor estructuración del tiempo diario. Aunque esta organización diaria y semanal no es tan rígida (hora a hora programada) como cuando trabajaban remuneradamente o como las mujeres, pero sí se ve una determinada estructura diaria. Independientemente de que las actividades les satisfagan o no, no podemos dudar de que tienen el tiempo mínimamente «estructurado», aunque no sea planificado. Además de la mínima programación por menores obligaciones domésticas y familiares, observamos otra diferencia por género. Por ejemplo, en los discursos de los varones sale repetidas veces la idea de «matar el tiempo», de entretenerse y pasar el rato; en cambio, las mujeres no otorgan este significado vacío al ocupar el tiempo.

«- Yo, a pasear *por la mañana* yo solo. *Por la tarde* con la mujer. A jugar unos «cotos» (cartas) en los Jubilados por la mañana y por la tarde otra vez: dos horas por la mañana y dos horas por la tarde.

- Yo voy a ayudar a mi hijo... (...) *ni tengo hora de ir ni de salirme...*(...)

- Pues *yo tengo una casita y voy todos los días* y lo llevo yo todo: labrar, cavar, sulfatar (...)

(...)- Yo tengo una casita y es para ir *sábados y domingos* a trabajar.

(...)- Yo tengo un hijo que es carpintero y *por la mañana voy a ayudarle* (...) *por la tarde* me dedico a la huertecita un poco también (...)

(...)- (...)canto en el «Coro Just Sansalvador», tienes una obligación de *ir todas las semanas dos veces*, si se tercia ir a cantar a alguna boda a algún pueblecito; es una obligación, pero es un hobby...» (GD10: 4-5).

«- *A matar el tiempo, a jugar cuatro cotos...* quitando eso ¡ya no nos queda nada más! más que *distraernos*.

- *Distraerse*» (GD8: 15).

«- (...) para la parroquia el trabajo que hemos desarrollado, hago lo que sé, *para pasar el rato...*» (GD1: 14).

En el caso de los prejubilados, también mencionan un ritmo rutinario que aprecian («una vida de ricos»), pero al mismo tiempo muestran un discurso poco satisfactorio de lo que realizan: «son cosas normales», o «lo que hacen todos». Otorgan un carácter de normalidad a las actividades que hacen. Tienen que seguir una rutina aunque no trabajen, pues en su entorno más próximo (amigos, parejas) aún siguen activos. En general, estas actividades a las que se refieren como «lo normal» o piensan que es general se trata de actividades pasivas a las que no les otorgan demasiada importancia. Parece como si «estuvieran programados» (¿también el resto de población?) para determinadas prácticas.

«P.– (...) Suelo hacer más deporte, voy a la piscina casi todos los días. Luego voy al centro donde me echo *unas partidas a la baraja* y hablamos y tal... Suelo ir a hacer *algún recado para la casa para la mujer*, y cosas así. De tarde, suelo dar un *paseo* por ahí hasta Santullano (...) doy una *vuelta en bicicleta*, *salgo con la mujer* y *preparo algo por casa de vez en cuando...*, *suelen ser cosas normales de las que hago* (...) *estar más con la familia que antes* y..., parece que una vida que nunca pensé que iba a llegar a hacer así; *una vida de ricos*. *No hay problema de tiempo ni de horarios, ni de nada*.

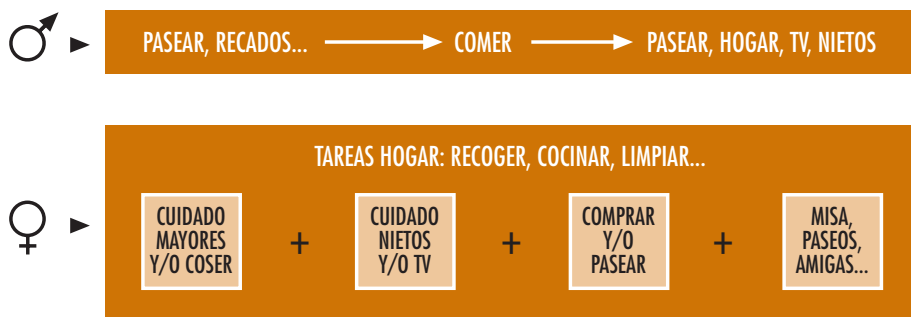
P.– Bueno, mi actividad, normal. Me dedico a *andar por ahí*, *las cosas que hacen todos*, *poca cosa hago yo*, *la tele*, *el fútbol*, *pasear*, *lo normal* (...)

(...)P.– (...) *a coger y seguir siempre una rutina*. (...) *no tengo problema para acostarme ni para levantarme*. Porque, como digo yo, *tengo todas las horas del mundo...*» (GD6: 9 o EM10: 3).

En definitiva, los jubilados se muestran más libres todos los días; sin embargo para ellas los días no «son festivos» sino que son todos «iguales» porque no pueden eludir las responsabilidades doméstico-familiares como los hombres. En la estructuración temporal apenas encontramos diferencias discursivas por estatus (los de mejor posición siguen pautas parecidas) sino más bien por género, tamaño familiar y circunstancias familiares (ver EM1: 3, GD10: 11). Las circunstancias familiares (estado civil, obligaciones domésticas, modo de convivencia) marcan también un ritmo distinto en los varones. Es el caso de los jubilados que se implican más en las tareas domésticas. Son una minoría. Entre ellos destacan los jubilados viudos y/o los que viven solos (EM15: 3 GD7) 8 EM20): forzosamente seguirán un ritmo similar a las mujeres mayores debido a que tienen que realizarse las tareas del hogar y de automantenimiento más básicas: comida, comprar, fregar, etc. Pero aún así el trasfondo discursivo es diferente por género.

Muchas tienen el tiempo más rígidamente estructurado y organizado de lo que *a priori* se puede pensar: casa-compras-comida-nietos-cena. Pero esta secuencialidad sólo es aparente, pues en muchas ocasiones su ritmo se caracteriza por la simultaneidad, el tener que realizar varias actividades al mismo tiempo: por ejemplo, cuidar de los nietos, preparar la comida y estar pendiente del abuelo o abuela (padres o suegros) que son ya mayores. Sin embargo, en los varones su tiempo se caracteriza más por la secuencialidad, un ritmo más pautado, sin prisas, sin programación, «unas cosas tras otras». Veamos gráficamente esta cotidianidad lineal y secuencial en los varones, y sin embargo la acumulación y simultaneidad —en un mismo día— en las mujeres mayores (véase figura 9.1.).

Fig 9.1. Distribución temporal de algunas actividades diarias cotidianas de los mayores



Algunas se quejan de la rutina y sobrecarga de las tareas del hogar, aunque se resignan ante las mismas (véase 9.3). En general las mujeres mayores están muy activas durante todo el día (más que los hombres), pero esta actividad es, como estamos viendo, muy concreta y limitada al ámbito doméstico, «puertas adentro». Son las mujeres las que menos salen, y dicen que «en casa se está mejor» (véase apartado 9.3). En coherencia con el pasado que han vivido, los hombres permanecen más tiempo en espacios extradomésticos y son más activos en este sentido. En cualquier caso, las mayores manifiestan en más ocasiones la sensación de hiperactividad y de que «les falta tiempo», discurso que no se repite demasiado en los hombres (ver EM7: 4 y GD2: 23). En cualquier caso, esta mayor o menor obligatoriedad en la estructuración temporal dependerá, dentro del mismo género femenino, del modo de convivencia, del tamaño de la familia, del estado civil (que van relacionadas), de si trabajan aún remuneradamente o apoyando el negocio familiar.

«...me voy a la gimnasia, de doce a una, vengo de la gimnasia, como, me dejo ya... procuro de dejarme la comida, como, friego los cacharros, el postre me lo preparo en un platillo y estoy fregando y estoy picando, el postre, a las tres entro al colegio, salgo a las cinco, a las cinco me... me bajo abajo, al Hogar, que le tenemos abajo, en la primera planta, allí hacemos trabajos manuales, si hay fiesta pues se hace chocolate, si hay.. pues cuando el turrrón... que siempre hay alguna fiesta que otra. Y luego de allí me voy a la peña taurina...» (GD2: 10, y ver EM5: 2 ó EM17: 2: «...arreglo la casa, si tengo que salir a comprar compro, vengo, hago la comida, como y luego estoy viendo una novela (...) por la tarde me marcho con las amigas...»)

De forma general, se observa que los fines de semana tienen para todos un significado más familiar. Siempre se rompe un poco la «rutina» diaria realizando algu-

na actividad especial: excursiones o salidas al campo, misa dominical, recibir/hacer visitas de los hijos o nietos, visionado de fútbol, principalmente. Observamos que tampoco son actividades inauditas pero sí distintas a las realizadas de lunes a viernes. Aunque las actividades relacionadas con la familia (comidas, visitas, charlas) son comunes, otras prácticas de ocio continúan estando generizadas (mujeres, misa; hombres, fútbol, por ejemplo). Como vemos, la misa dominical (y también otras celebraciones religiosas) ha sido una de las actividades que ha ocupado (y sigue ocupando) el tiempo de las mujeres (también de los hombres) sobre todo en los días festivos del calendario litúrgico de la religión católica. Las ceremonias religiosas (procesiones, rezos, entierros, bodas...) han marcado el ritmo de las fiestas, y también de los días laborales, del pasado de nuestros mayores. Las campanadas de la parroquia, sobre todo en las zonas rurales en los días festivos, simbolizan y representan el ritmo y muchas de las actividades que los mayores realizaban en comunidad. La mayoría de la gente de edad declara (según datos de distintos estudios) haber sido y seguir siendo «católicos practicantes» (véase 9.4 y 9.5).

«...y yo salgo *por las mañanas* un poco, me voy un poco a la iglesia, me compro el periódico, me vengo a casa, como, *me echo un poco*; a veces me voy con un hermano que tengo (...) los domingos, o los sábados, estoy en casa con mis hijos y nada más, a la vejez ya se sabe: ir a misa, y luego ver mi televisión un poquito, leer mi periódico, una vida aburrida, pero bueno...» (EM12: 4).

«P.– (...) *los fines de semana, que igual te reúnes con otra gente distinta, que está trabajando todavía. Entonces ha cambiado un poco la cosa (...) casi todos los días son de fiesta pero, los fines de semana, son un poco distintos, parecen un poco más alegres, te viene algún familiar o vas tú (...)*

(...)P.– Yo lo mismo. Hago lo que me apetece (...), y *lo mismo me da que sea viernes que sábado*. Hago lo mismo. Bueno claro, en verano, ir a la playa algún día...» (GD6: 11, GD1: 14, GD7: 9).

Debido a que los fines de semana perciben que «tienen más obligaciones familiares» algunos prefieren los días laborables (que para algunos aún son «laborales»), porque están libres para hacer lo que deseen y porque prefieren las relaciones con los amigos que los compromisos familiares que aún perciben como «territorio» y «asunto» de mujeres. En el fondo, el mayor tiempo en el entorno doméstico no siempre es apreciado (véase 9.5.3, GD5: 15 ó GD10: 6); muchas veces les recuerda que están apartados del entorno laboral, «retirados» de la vida social activa. Las mayores se quejan de que el ritmo es similar al de los días laborables debido a la «obligatoriedad» contraída con las tareas domésticas. El cambio más relevante que señalan (al igual que

los varones) es el aumento de relaciones familiares y amicales. Las relaciones familiares que señalan como positivas tienen una contrapartida: se convierten en carga cuando hay que cocinar y atender a gran número de personas (marido + padres mayores, bisabuelos + hijos no emancipados + hijos ya casados + yerno/nueras + nietos). Por ello, otorgan a los fines de semana un significado enriquecedor pero también un sentido negativo.

«M.– Igual, *siempre lo mismo*, intentando levantarse una por la mañana para trabajar, en casa claro.

M.– Lo mismo da, pero bueno, *los fines de semana más jaleo en casa porque vienen los nietos* de mi otra hija que vive en Móstoles...

(...) M.– *Yo los sábados y domingos me lo paso bien, esos son los dos días que más disfruto yo, en el campo, a veces, aunque no me dejan hacer nada, pero al menos estoy con mis hijos*, esos son los días de fiesta que tengo. Los demás todos los días igual.(...)» (GD4: 5-6, GD7: 8-9, EM4: 5-6 y EM7: 3).

En general, los fines de semana tienen un sentido más familiar. Pero ello no es así para todos los mayores, pues los hay que están solos (poca familia, están en otras localidades...). Éstos, pues, son los que prefieren los días laborales a los festivos. Ya hemos visto que algunos varones también preferían los días de entre semana, pero los motivos eran distintos: los varones están más libres de obligaciones familiares, «van a su aire» (como cuando trabajaban); las mujeres (que viven solas, sin apoyo familiar) también prefieren entre semana pero porque están más relacionadas, más ocupadas, que los fines de semana solas y aburridas. En el fondo coinciden en que están «mejor» ocupados, es decir, ocupados en lo que les gusta hacer y/o relacionados con quien quieren. De nuevo, surge la relevancia de las actividades para preferir unos u otros días.

«M.– Yo pienso que *el domingo es más tranquilo*, o sea yo lo digo por mí, por mi hijo, porque ya el domingo no tiene que salir a hacer papeles, ni a hacer cosas... (...) *me gusta más los días de la semana que sábado y domingo*, no me gustan, ¡no me gustan! (...) no me gusta, me gusta la actividad...» (GD3: 15, GD2: 9) «...*el domingo, el sábado y el domingo es fatal porque como no tengo... no salgo apenas...*» (GD2: 17).

Si en los jubilados hablábamos de una relativa desestructuración, libertad de realización de actividades, ritmo pausado, de *rutina desorganizada*, no podemos decir lo mismo en el caso de las mayores, cuyo tiempo sigue siendo más estructurado y acelerado, se trata de una *rutina organizada*. Son las tareas domésticas y cuidados a personas los que se imponen «forzosamente» al tiempo de estas muje-

res. El día a día de las mujeres mayores seguirá el mismo ritmo que las personas o tareas que aún siguen bajo su custodia. Aunque realicen actividades extradomésticas son las tareas familiares (en concreto la realización de la comida y cena) las que marcan el ritmo cotidiano, incluso en los días festivos y en cualquier época del año. El ama de casa «no acaba nunca», siempre «tiene» que seguir, «es lo mismo siempre», dicen ellas. Aún no podemos confirmar que se haya producido plenamente esa transferencia «de la entrega al tiempo propio», siguiendo la expresión de S. Murillo (1996), o que se haya producido totalmente esa «emancipación tardía» de las mayores a la que alude G. Rodríguez Cabrero (1997).

9.1.3. El calendario estacional de las actividades de los mayores

Según la estación, verano o invierno principalmente, los mayores realizan unas u otras actividades, pero ello no es apenas novedad porque siguen las mismas tendencias que la población general. En los mayores se acentúa que el invierno es más hogareño (salen aún menos que la población general por no tener que ir a trabajar o estudiar, ver GD10: 6); el verano es más extradoméstico, más externo. Aunque en principio podríamos decir que están de «vacaciones» indefinidas, a estas alturas, visto el ritmo que llevan muchos mayores, no podemos afirmar tal cuestión. Es decir, aunque el ritmo diario disminuye en la jubilación, no podemos afirmar que los mayores están siempre en unas «continuas vacaciones».

Además de las estaciones, otras fiestas también introducen cambios en el ritmo cotidiano de los mayores (Navidades, Semana Santa, otros festivos) y días festivos puntuales (bodas, acontecimientos familiares, etc.). La estación del año (que lleva implícito un determinado clima) marca diferencias en el ritmo de los mayores, quizá en un sentido algo diferente al de la población general al no tener que salir para ir a trabajar o para ir a clase. Por tanto, el sentido clásico de «vacaciones» como «dejar de trabajar» no se observa en los mayores. El significado de «vacaciones» estará relacionado ahora con el viajar más, estar-viajar con los hijos, aumentan determinadas actividades (de ocio) y disminuyen otras obligaciones, etc. En cierto modo, también rompen su ritmo diario particular, su rutina diaria. Vemos que no sólo el trabajo (en este caso la actividad) es capaz de estructurar el tiempo, sino que la estación del año, las fiestas, las relaciones... marcan el ritmo de los mayores. Se da un giro cualitativo en esta cuestión: antes el trabajo marcaba el tiempo, el ritmo; ahora el tiempo (entiéndase estación del año, día de la semana) marca la actividad a realizar. Se da el paso *del trabajo como eje «estructurador» a la actividad «estructurada»*

por otros factores externos a la misma. Por ejemplo, si antes comentaban «después de trabajar haré tal cosa...» ahora dicen «voy a dejar de realizar esta actividad porque es sábado y vienen los nietos a comer, o porque me voy con mi amigo...». Otras cuestiones estructuran el tiempo de los mayores. El trabajo y la actividad pasan a un segundo plano en algunas ocasiones.

«...los veranos salimos. Bueno, en verano..., a Canarias me gusta siempre irme en vacaciones de Semana Santa, pero ahora no..., ya llevo ya 2 años que me voy ahora. Me fui en Mayo, a finales de Mayo, porque es el cumpleaños de mi hijo y me gusta pasarlo allí con él, y me he venido ahora, el lunes que llegué. Ahora han venido y están ellos aquí (...) y en vacaciones y en Navidades nos juntamos todos en casa, todos vienen aquí. Esa costumbre la tenían todos de antes y todavía seguimos. Si ellos salen de vacaciones, pues me voy con ellos... (...) y si ellos van, pues me llevan a mí, así vamos también juntos...» (EM7: 3 y GD6: 10).

Destacan una mayor soledad, menos relaciones, menos actividad externa al entorno y al hogar durante el invierno. Por eso los que están solos prefieren claramente el verano porque ven más a la familia, tienen más «vida» social, viajan más. Algunos también viajan «en temporada baja» (de forma independiente o a raíz de los viajes del IMSERSO), pero éstos siguen siendo una minoría (véase 9.4). La mayor parte se adapta al ritmo laboral que llevan las personas más próximas de su entorno.

«...yo sí que tengo diferencias porque en invierno que es la etapa más dura nuestra porque es el invierno muy largo, muy largo, este último ha sido muy largo y muy lluvioso (...) el verano es más bonito porque uno puede salir de casa (...) mi condición particular de soledad en el invierno ya por ejemplo no es como antes que estaba acompañado, pues prefiero el verano. Porque es cuando yo estoy mejor, cuando estoy yo más acompañado.» (EM12: 9).

Si en relación al tiempo cotidiano semanal no se encontraban grandes diferencias entre diarios y festivos (las mujeres seguían haciendo lo mismo), en cuanto a las estaciones del año se observan claras diferencias de tiempos y actividades, sean hombres o mujeres, de cualquier estatus o cualquier condición vital.

«- Pero también tenemos tiempo de irnos a una casita, irnos a la playa, pasar un mes en la playa cara al sol. Todo lo que antes no hemos podido hacer porque siempre estábamos trabajando. No podíamos ir ni para arriba ni para abajo. Ahora ha cambiado mucho.

(...)- (...) mediodía, en el invierno me voy a caminar hora y media. Ahora, con este calor, no...

(...)- (...) voy al montepío, y tenemos otra actividad, pero la actividad en invierno es diferente a la de ahora. Ahora te vas a la casita o te vas a la playa y es diferente.» (GD9: 3 GD2: 11, GD8: 7, GD5: 16).

Aunque el ritmo diario es el mismo en cualquier hábitat al que nos hemos trasladado para nuestro estudio, hemos señalado ya el compás más lento y pausado de las zonas rurales e intermedias (menores de 50.000 habitantes). En determinadas estaciones y fechas del año aumentan los «movimientos» y desplazamientos interurbanos (o intercomunitarios, entre CC.AA.) de los hijos/as para visitar a sus padres mayores que viven en zonas rurales (que son algunos mayores de nuestro estudio), bien porque siempre han vivido en las mismas, o bien porque al jubilarse «retornan» a sus lugares de origen. Véanse cómo en algunas zonas rurales e intermedias (EM5, EM7, EM8, EM9 y EM10 de Almojarín —Cáceres—, algunos componentes del GD7, GD9, GD8), los mayores esperan estas temporadas para «recibir» visitas de sus hijos que viven en otras zonas o Comunidad Autónoma. Las zonas rurales son como «despensas» y lugares de descanso a las que acuden los jóvenes en determinadas estaciones. Así nos lo confirma Javier Alvarez, sociólogo y asesor técnico de la UDP de Castilla-La Mancha, en Albacete:

«...gente tipo de la que más información tengo, gente del ámbito rural de Castilla-la Mancha, es fundamentalmente gente que ha trabajado fuera y que con la jubilación, cuando se jubilan vuelven a su pueblo, retornan a su pueblo; o gente que ha quedado en el pueblo, tenían trabajo en el pueblo relacionado con la agricultura o bien sea con el vino en las cooperativas o con el queso en otras zonas, con el aceite en la zona sur de Albacete y que han conservado su casa, la han arreglado, son casas amplias donde una vez al año o dos veces como mucho viene el resto de su familia, sus hijos, donde procuran mantenerle y ser la despensa de sus hijos, se les está enviando continuamente todos los productos del campo allí donde están viviendo..., entonces su vida se dedica fundamentalmente a cuidar las tierras, las pocas tierras que tienen, el paseo de las tierras, la asociación, reunirse con la gente, echar la partida, las excursiones, las fiestas y la vida religiosa que sí sigue siendo en el caso generalmente de las mujeres, hombres también...» (EE18: 5).

Pero no sólo el medio rural sigue siendo la «despensa» de la ciudad, sino que estos medios, siguiendo los análisis de Camarero, Sampedro y Vicente-Mazariegos (1992: 7-11), muestran una complejidad mayor de lo que tradicionalmente se viene relacionando con el mundo rural. Esta «ruralidad amplia

da» incluye diversos mundos dentro de las zonas rurales: 1) como *soportes residenciales*, es decir, como residencia definitiva para grupos concretos de población; 2) como *soportes de turismo y ocio*, es decir, como residencia estacional y temporal, o bien 3) como *soporte productivo* no sólo de actividades agrícolas-ganaderas sino también de la industria y comercialización de productos tradicionales, y por último, mencionar, 4) la ruralidad como *reserva mediambiental*: son núcleos envejecidos que aún no han logrado reponerse desde las emigraciones a los centros urbanos de hace unas décadas.

Respecto a los movimientos de los mayores de nuestro estudio, también se observa un proceso inverso: muchos mayores de hábitats metropolitanos y urbanos que emigraron en su juventud (algunos componentes de los GD1 y GD2 de Getafe, o del GD4 de Alcobendas, o algunos/as entrevistados como la EM6, EM4, EM1314 de Madrid) viajan a sus tierras natales durante estas fechas veraniegas. Generalmente los destinos ahora (y origen natal, entonces) son pueblos de Extremadura, Andalucía o las dos Castillas. Los mayores regresan a sus pueblos natales en temporadas estivales o festivas o bien viajan a las zonas donde viven los hijos (EM16, EM1314, EM1819), por ejemplo, «...vamos de vacaciones y lo sobrellevamos bien, luego nos vamos a un pueblo de la sierra de Gredos, ahí nos lo pasamos bien, nos entretenemos con unos, con otros...» (GD3: 16).

En los medios rurales e intermedios resaltan una mayor vida en la calle sobre todo durante primavera-verano que no destacan los mayores de áreas urbanas y megaurbanas. Se observa una vida más sociable (¿más activa?) en estas estaciones que en invierno y dependiendo, como hemos mencionado, de las fiestas locales, sean de carácter religioso (Semana Santa, procesiones, romerías...) o de carácter más lúdico (Moros y Cristianos, Ferias locales, toros encierros-vaquillas, Fallas-hogueras, pasacalles-desfiles...)⁵.

⁵ La temporalización de estas fiestas locales tiene, en muchas ocasiones, su origen en las tradiciones, tiempos y tareas agrícolas que hasta hace unas décadas eran predominantes en nuestro país (por ejemplo, al fin de la cosecha y recolección —principios de verano— se celebraban las fiestas locales). También el calendario litúrgico marcaba las mismas (las fiestas patronales). Actualmente, aún se conservan algunos de aquellos ciclos y temporalización anuales. En cualquier caso, sería interesante indagar sobre la simbología y significados de las distintas fiestas y manifestaciones folklóricas. Estas manifestaciones populares son algo más que meras actividades lúdicas y festivas puntuales. Algunos investigadores (sobre todo antropólogos) han estudiado este tipo de actividad participativa. Desde aquí sólo queremos dejar patente que conocer los discursos y participación social de la población, en concreto de la gente mayor, aportaría un mayor conocimiento de «esas realidades sociales» a veces olvidadas e igualmente relevantes. Los mayores tienen un papel fundamental en este tipo de participación (sobre todo en los ámbitos rurales e intermedios). Este podría ser —y es— otro «campo» de posible vinculación y potenciación de la participación social de los mayores tras la jubilación.

«M.– En *invierno al fuego*.

M.– En verano sales a sentarte de noche y estás hasta la 1 ó 1: 30 ó las 2, pues yo me acuesto cuando me da la gana, hay noches que a las 3 aún estoy sin acostarme. Pero quiero decirte que es cenar y ¡a la calle!, lo mismo, en invierno no, al lado del fuego

M.– *En invierno en el fuego y a ver la tele*.

(...)H.– *Ahora a la calle y no ves tanta tele...*» (GD7: 9 y ver pág. 10).

Por tanto, la estación del año no marca sólo un *tempo* diferente, sino que también influye sobre el tipo de actividades. Por ejemplo, «hacer conserva para el invierno en verano», «encender la lumbre con leña en invierno», «sentarse a la puerta de la calle» en verano a charlar con los vecinos, fiestas populares-folklóricas (más en zonas rurales) concentradas en las épocas de primavera-verano en el que participan más los mayores, etc. Todas estas actividades, como se puede observar, son características de las zonas rurales y no de las ciudades. En general, la vida es más «social» y comunitaria en verano y primavera en las zonas rurales (y también en las urbes). Pero es que tal como veremos (apartado 9.2.7), incluso la «muerte» es una vivencia más «social» en estos asentamientos más pequeños. El significado de todas las actividades parece que es más social, con las desventajas y ventajas (ya comentadas) que ello conlleva.

«M.– (...) en el mercado... Pues ahora mañana yo hago 20 botellas de *tomate en conserva y las tengo para todo el invierno...*

M.– Claro, para el invierno...

M.– Eso lo hacemos con todo...» (GD7: 12).

En medios urbanos el Centro de Jubilados u «Hogar» es un refugio para el invierno, centro de reunión (¿o más bien de «acumulación»? Véase 9.5) de mayores, sobre todo de los jubilados varones. En las zonas rurales adquiere este sentido más de «reunión» ya que los mayores se conocen desde hace más tiempo («de siempre») y se «reúnen» para charlar, tomar algo o jugar a las cartas. Es en invierno cuando el Hogar es más «hogar» que en todo el año, en el sentido más estricto de «hogar», de recogimiento, que la palabra nos ofrece:

«H.– (...) hay que pensar que les gusta y a ver donde van, ¿y los de antiguamente que los echaban de sus casas? y hoy inclusive que les dicen: «abuelo! sálgase usted que voy a limpiar esta habitación», «abuelo haz esto» y los echan en el frío y lloviendo y todo (...), menos mal que ahora tenemos *ese recogimiento y allí se pueden meter* (REFIRIÉNDOSE AL HOGAR)» (GD3: 19 y GD4: 8).

9.2. DIMENSIONES Y FACTORES RELACIONADOS CON LAS ACTIVIDADES

En este apartado se trasladan los discursos sobre las dimensiones y factores que los mayores señalan como más «influyentes» y determinantes en la realización o no de actividades y en sus significados. En este epígrafe —a modo de presentación del resto del capítulo— se tratan los discursos de los mayores, de los expertos y los análisis al respecto.

En relación a las actitudes hacia la actividad, recordemos la tipología de Lowenthal (1972, en Kalish, 1991: 175) que enumera varios estilos de vida posibles en la jubilación. El autor desarrolla cinco de estos estilos de vida: estilo *obsesivamente instrumental*, *instrumental dirigido a los demás*, *receptivo*, *autónomo* y *autoprotector*⁶. Queríamos siquiera aludir a los mismos porque pueden ayudarnos a entender las formas diferentes de entender la transición a la jubilación desde la actividad. De todas maneras, nuestro objeto-marco es la actividad, aunque también hubiese podido enfocarse desde el concepto Estilo de Vida, si se toma el mismo, según varios autores (Ruiz Olabuénaga, 1989, 1994; Ayerdi, 1994; en Rodríguez y Agulló, 1999: 248-251)⁷,

⁶ Éstos son:

- El estilo *obsesivamente instrumental*. Son personas altamente vinculadas e integradas socialmente, orientadas a las tareas. Están comprometidas, e incluso en horas de ocio, son compulsivamente activas.
- Estilo *instrumental dirigido a los demás*. Para estas personas el trabajo ofrece satisfacción por medio de la interacción con los demás, particularmente para las que se encuentran en situación de dependencia. Cuando estas personas se jubilan tendrán que encontrar alternativas de satisfacción en los demás.
- Estilo *receptivo*. Tales individuos han desarrollado «redes de relaciones personales íntimas». La jubilación parece tener poco efecto sobre estas personas. La jubilación puede ser más destructiva para los que consideran el trabajo como única fuente de satisfacción interpersonal...
- Estilo *autónomo*. Las personas autónomas son a menudo creativas y capaces de iniciar la acción y de establecer relaciones cuando son necesarias. La implicación del término autónomo es que estas personas todavía disfrutaban de su desarrollo personal. La pérdida de los roles laborales debería causarle menor interferencia en sus vidas que en otras personas, pues pueden generar nuevos roles y capacidades.
- Estilo *autoprotector*. Estas personas se protegen a sí mismas para no expresar sus necesidades de dependencia y establecen pocas vinculaciones en la vida, y menos en edades avanzadas. Por tanto, el retiro y la consiguiente desvinculación son objetivos desarrollados, y a veces deseados, por este tipo de personas.

⁷ Se trata de «un constructo que aglutina formas de pensar, sentir y actuar de un colectivo concreto, perteneciente a un entorno específico», y además constituye «un conjunto de hábitos, pautas y actividades que sirven para diferenciar y diferenciarse de otros colectivos sociales» (pág.251).

como «un conjunto de patrones que estructuran la organización temporal, el sistema social de relaciones y las pautas de consumo y/o actividades (culturales y de ocio)». Es decir, estilo de vida como «un cosmos social, personal y diferenciado», propiciado por un entorno concreto y que es influido al mismo tiempo por la acción consciente y coparticipada de los miembros que integran ese entorno/sistema» (pág. 251). Sin embargo, en este caso la actividad nos parece el concepto más adecuado a nuestros objetivos-participantes de estudio.

9.2.1. La pluridimensionalidad en las actividades de mayores

No podemos hablar de un solo factor que nos explique las diferencias intrageneracionales en relación a las actividades. Son varias las dimensiones que han venido citándose (y se desarrollarán a partir del 9.2 al 9.7), pero este apartado intenta resumirlas y concentrarlas a efectos de orden en la exposición e interpretación. Tal como se observa en la figura 9.2, algunos factores parecen más relacionados (los que hemos subrayado en negrita) con las actividades que otros. Este galimatías de factores, que se irá resolviendo conforme tratemos cada una de las actividades, es bastante coincidente con los factores tratados en el apartado 8.3 sobre «determinantes de la jubilación». De entrada, observamos un gran acuerdo discursivo tanto en los mayores como en los expertos y análisis de otras investigaciones en la diversidad de factores influyentes sobre realizar una actividad u otra.

Los propios mayores señalan factores diversos como el estatus, el pasado laboral y las costumbres, las limitaciones físicas-salud, el género, estar más solo o relacionado (entorno relacional de apoyo), el día de la semana o momento del día (ver 9.1), la personalidad o las obligaciones familiares, por ejemplo.

«H.- Pues eso va con *la mentalidad de la persona*, de la mentalidad.

(...)H.- (...) *según cada casa, cada familia, la situación de cada familia, y la forma de pensar*; esa es la primera base de una persona. *Es decir, no es lo mismo una persona que dice «los problema económicos los tengo resueltos, tengo los hijos colocados, no tengo enfermedades, no tengo deudas»* (...)

(...)- (...) *hay quien desde pequeño, de toda la vida, ha sido activo y lo será hasta que no pueda más; pero hay quien ha sido sedentario, por no decir vago, pues no se mueve...*» [GD4: 9-11 y GD10: 7-8].

«...por ejemplo, en el mediodía, *en el invierno* me voy a caminar hora y

media. Ahora, con este calor, no. No puedo, *ahora me acuesto la siesta y la siesta del borrego (...)*

- *Al ser una persona sola te cierras la puerta...*

- *Yo con la artrosis que tengo no puedo caminar (...), pues tengo que hacer más reposo que caminar (...) y el estar inactivo, pues son las que se sienten más jóvenes, están más sanas, pero las que tenemos algo...*

(...)- *Los hombres están más libres»* (GD9: 5).

Fig 9.2. Dimensiones relacionadas con las actividades de los mayores



El factor «edad» al que tanto aluden es un factor ambiguo mencionado y bajo el que parece esconderse «lo peor del envejecer». Se trata de una forma metonímica de denominar a las consecuencias inevitables del paso del tiempo: limitaciones físicas, pérdida de salud, soledad, etc. El constructo «edad» parece que reviste un significado soterrado de los problemas de vejez; un eufemismo que los mayores utilizan inconscientemente para referirse a la cara más negativa de esta etapa. Al decir edad están queriendo decir «dependencia» y otros problemas que conlleva el paso del tiempo. Con este concepto complejo de «edad» resumen, en cierto modo, tanto las causas como los aspectos más negativos de envejecer.

Aunque para cada persona este factor «compilador» tendrá un sentido, se observa coincidencia en cuanto que le otorgan un significado negativo. Entre ellos «se entienden» al considerar a la edad como una de las «causas» de su situación: al decir, «la edad...», asienten los otros participantes: «sí, sí, la edad», como si estuviera claro que es una de las causas más importantes de sus situaciones. De hecho, en algunos casos, sustituyamos donde ellos dicen «edad» por palabras como vejez, dificultad, enfermedad... y observaremos cómo encaja y apenas cambia el sentido de sus discursos. Se confirma la relevancia de la «edad» que ya habíamos tratado (ver 8.2). Son conscientes de la edad que tienen y que unos sobrellevan mejor esta etapa que otros. Pero todos señalan diferencias «según la edad». En contra de muchos autores y obras que pretenden ocultar la realidad de la edad⁸, del inevitable paso del tiempo, los mayores reconocen la «edad» como un factor a considerar, que explica a su vez otras situaciones superpuestas y resumidas de algún modo en este concepto.

«...La edad, los golpes que te da la vida, que se va viviendo. (...) eso lo trae el tiempo, la edad y lo que has vivido...» (EM7: 5 o ver GD8: 11: «...¡ché! si yo siempre he sido bastante divertido ¿cómo dicen que ahora tengo mal genio?» y es la edad...

– En la edad está el misterio.

– Es la enfermedad más grave que hay...» (GD2: 11, GD7: 22, EM17: 6, GD10: 13, GD3: 13, EM11: 7).

La pluridimensionalidad es confirmada, también, según otras investigaciones y según los discursos de los informantes expertos de nuestro estudio. Podemos observar cómo transmiten discursos con enfoques diferentes pero todos/as coinciden en señalar la diversidad de factores influyentes sobre las actividades. Estos discursos pueden agruparse según distintos «tipos» (adoptando el concepto de «tipo ideal» de M. Weber⁹), por ejemplo:

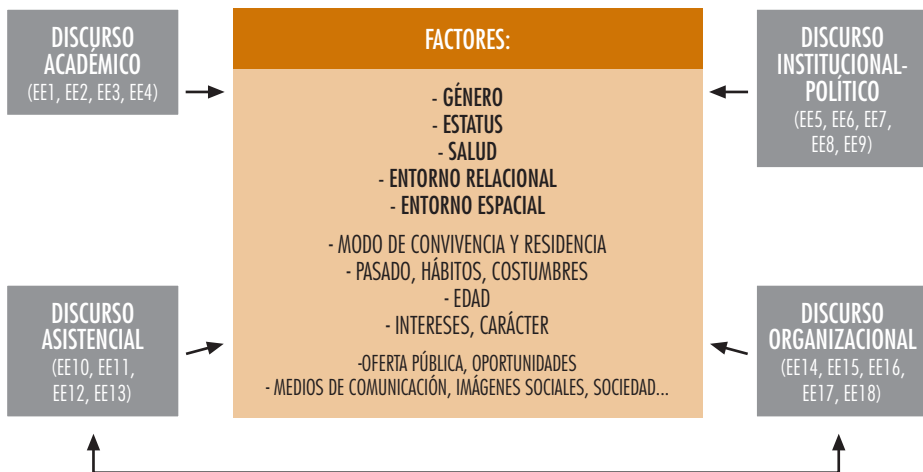
⁸ Generalmente se trata de OBRAS DIVULGATIVAS destinadas a los mayores. Obsérvese la proliferación reciente de obras, libros de bolsillo, prensa destinados a los mayores. Algunos de los títulos hablan por sí mismos: «Mantenerse joven a los 70», «Cómo rejuvenecer a los 60», «Ser feliz en la etapa dorada de la vida», por ejemplo. Estas obras son muchas veces igualmente estereotipantes y simplificadoras (en sentido positivo, excesivamente optimista) de la compleja realidad de los mayores.

⁹ Cuando hablemos de «tipos» de discursos, actividades o cualquier otro aspecto recordemos el matiz weberiano con el que clasificamos estos «tipos». *Tipo ideal* es un concepto teórico, pero también una herramienta que nos sirve para la explicación sociológica. Sirve para entender que existe relación entre los objetivos, actividades (...) de los actores implicados en el aspecto que estemos analizando en ese tipo ideal. Los *tipos ideales* no son ciertos o falsos, sino más o menos útiles para nuestro análisis sociológico: buscan una idealización o representación lógica que parece útil, pero no agotan la realidad que, obviamente, es mucho más amplia que lo que puedan recoger/explicar los «tipos ideales».

- Un *discurso académico* (EE1, EE2, EE3, EE4). Generalmente, se percibe como un discurso analítico, realista, ambivalente, crítico, evaluativo, «desde fuera», teórico, descriptivo y profundo, pero algo «en el aire», teorizador, globalizador.
- Un *discurso institucional-político* (EE5, EE6, EE7, EE8, EE9). Muestran unos discursos más optimistas respecto al presente —a veces utópicos—. Más centrado en el futuro, en proyectos a realizar o ya realizados con éxito. Un discurso más concreto, más proyectivo que retrospectivo (¿oportunista?).
- *Discurso asistencial* (EE10, EE11, EE12, EE13). Se percibe como un discurso problematizador, pesimista-realista, dramático, cercano a las vivencias más negativas de la vejez, próximo a los más marginados en esta etapa. Parece el más pragmático, con los «pies en la tierra» y «puesto al día», pero también el más alarmista.
- *Discurso organizacional* (ONGs y otras asociaciones, EE14, EE15, EE16, EE17, EE18). Se trata de un discurso similar al anterior, pero si cabe éste añade un matiz utópico y un carácter más proyectivo. Idealiizador y aún minoritario.

En cualquier caso, cada uno desde su enfoque coincide en señalar diversos factores relacionados con la actividad de los mayores. Veamos el esquema adjunto:

Fig 9.3. Factores influyentes sobre la actividad de los mayores según los discursos de los informantes cualificados entrevistados



Por tanto, reunir estos aspectos nos sirve para introducir todo este Capítulo 9 y así poder empezar a profundizar sobre lo que señalan los mayores y ver las coincidencias y divergencias. Las concordancias, ya comentadas, son patentes. Lo que varía, si acaso, es el orden de importancia, el significado y el grado con que señalan unos u otros factores. Unos enfatizarán y otorgarán más relevancia (en cuanto a mayor poder explicativo de la realidad) a unas dimensiones que a otras.

9.2.2. El género, determinante de la actividad

Los mayores son conscientes de las diferencias por género en estas edades a la hora de ocupar el tiempo y de otorgar un sentido u otro a las actividades. Las mujeres son las que reconocen (en su discurso generalmente más pesimista, de protesta y queja) las diferencias en las actividades y la situación desventajosa en general en esta etapa. No es el sexo en sí lo que nos ayuda a entender la disparidad intrageneracional, sino (como ocurre al tratar las cuestiones de género) lo que pertenecer a uno u otro sexo/género implica. Ser mujer mayor sigue significando, en comparación a los jubilados varones, tener menos estatus (menores ingresos y estudios), tener más obligaciones familiares y domésticas, menor tiempo libre, relaciones sociales más limitadas al ámbito familiar (entorno doméstico), peor situación y percepción de salud, haber tenido una trayectoria laboral y vital menos satisfactoria y no elegida, soportar mayor soledad, y debido a todo ello más posibilidad de ser dependiente en todos los sentidos.

El poder de expresión del «género» se acentúa desde el momento en que incluye varios factores: resume, actúa de sinóptico de la compleja realidad. No olvidemos que hablar de género supone hablar de diferente estatus, diferente pasado laboral y vital, distinto entorno social, y por tanto, disparidades en las actividades actuales y su significación. Aunque no siempre personas del mismo sexo tendrán la misma situación, sí que podemos decir abiertamente que el género «incluye», a su vez, otros factores primordiales. Queríamos dejar sentada esta aclaración que nos parece fundamental para nuestros análisis.

Como observaremos al tratar las actividades, las mujeres siguen centralizando las tareas domésticas y los cuidados a otras personas (apartado 9.5). Ello incidirá, pues, en su menor tiempo libre y actividad de ocio en general. La mayor/menor responsabilidad doméstica (pero al fin y al cabo siempre «responsabilidad») dependerá de la estructura familiar (miembros en el hogar), del modo de convivencia, del estado civil, de la situación familiar. Todo ello produce una mayor «atadura» o menor libertad en las mujeres mayores. No ocurre lo

mismo al género masculino, que se ve liberado de obligaciones tras la jubilación; ni viven la sobrecarga ni la soledad femeninas. Aunque los jubilados también son conscientes de las diferencias intergénero, son los discursos de las mujeres mayores los más insistentes en reconocer esta situación «desventajosa» o al menos «diferente» para el género femenino.

«- Los cambios *míos siempre han sido por el marido*, antes no iba por él ahora tampoco por mi hermano... acabaré la vida con ganas de irme aquí o allá, así es que...»

- Es que *son las circunstancias*.

(...)- *Más que obligación aún, más*, así es que eso es lo que me ha tocado a mí...(...)

(...)- *Y es que estamos demasiado obligadas, cuando no es el nieto es la hija, y cuando no el marido o el suegro o la madre,... quien más y quien menos todas estamos demasiado enredadas...»* (GD9: 6-7 y GD3: 14)
«...somos más activas que los hombres (...) *te tiene atada de pies y manos y eso... El hombre pues se hacen amigos, se van a jugar a la petanca...»*
(Véase EM5: 4, EM4: 10, EM8: 7, GD10: 11 y 19)

Las entrevistas que hemos hecho a parejas (ver Capítulo 6) nos ayudan a confirmar las diferencias discursivas por género. Hemos observado cómo dentro de un mismo matrimonio, teniendo los dos miembros la misma situación (salud, estado civil, pasado, familia, por ejemplo), por el hecho de vivir bajo el mismo techo y circunstancias comunes, aún así, manifiestan claras diferencias en las actividades según hable uno u otro miembro de la pareja. Es una prueba clara de las disimilitudes intergénero en estas edades.

«J.- (...) no puede ser es que *tampoco se pueda estar uno toda la tarde sentado. Yo no soy de estar sentado.*

A.- No, esta tarde vamos a salir.

J.- No, no, no, esta tarde vamos a salir, si me refiero a que tampoco se puede estar viendo televisión (...) hay un tanto por ciento que es el que tú tienes que estudiar que todo el mundo no es exactamente igual que yo, ¿me comprendes?. Todo lo contrario, *hay gente que se habitúa a estar sentada y ya le va bien.*

A.- *Como a mí.* (...) mi marido tiene mucha más energía que yo. Yo no tengo tanta energía, no soy..., he sido muy activa, mucho...(.) me encanta ir a los sitios.

J.- *Le encantaba.*

A.- *Me encantaba, ahora ya no.*(...) Pues ya es la edad, el agotamiento, la....

J.- *Por vaga, por vaga, por vaga, no la haga caso. No la haga caso.(...) Es que la televisión os absorbe un tiempo tremendo.(...) el 90% de las mujeres mayores os tienen que si la novela....»* (EM1314: 5-6).

También se observa la dependencia de las mujeres, e incluso «miedo» de alguna de ellas a salir solas en las zonas urbanas. Por ejemplo, manifiestan miedo de ir a Madrid (algunas del GD2, EM17 ó GD9), las distancias largas, no se desenvuelven bien en la gran ciudad que está «hecha para jóvenes», por la inseguridad ciudadana, etc. Este miedo sólo cohibe y surge en boca de las féminas mayores, no en los hombres. Por ello prefieren moverse en su propio entorno y van limitando su radio de actuación al barrio, a su zona, al vecindario.

«...una de esas excursiones que hacen por ahí pero les digo que no (...) a Bilbao me iba yo sola pero ahora no (...) *me da miedo, pienso que me va a pasar algo por ahí y que voy a estar rodando y nada, quita, quita. No, no... Más tranquilita.»* (EM17: 3 y ver GD2: 13) *Yo sola no me voy, ¡eh!, sola tampoco me voy...*» (GD9: 13).

Se observa un uso diferente del espacio, del tiempo, y por tanto diferentes actividades (véase apartado 9.3). También señalan diferente forma de llevar la viudedad, la soledad: las mujeres piensan que lo llevan mejor que los hombres; tienen distinto tipo de ocio, etc. (véase GD3: 22, EM12). Sin embargo, sobre la libertad alcanzada por las mujeres mayores no hay consenso: muchos reconocen que las mujeres tienen menos libertad de salir, más obligaciones, menores posibilidades económicas. En general, las mujeres soportan de forma diferente (casi siempre peor) esta etapa vital.

«...lo resuelven cada una como puede. *Unas leyendo, las menos; otras haciendo punto; otras paradas, mano sobre mano; o viendo la televisión, o eso..., y los hombres siguen teniendo actividad, por lo menos se les ve en la calle; las mujeres no. Las mujeres se meten más en casa; por lo menos aquí, en el pueblo. En las ciudades ya no, porque hay asociaciones y eso, donde se reúnen, en las mismas Casas de la tercera edad (...) los hombres lo llevan bien, porque ellos tienen sus charlas, sus paseos y sus cosas (...)* Los «mandados» de las casas los mandan a los mayores, y las mujeres están en las casas, dentro de las casas, yo no sé, pero a mí *me parece que los hombres lo llevan mejor, por lo menos salen más.»* (EM7: 10-11 y GD5: 24-25).

No todos los mayores son conscientes de las desigualdades intergénero, pero sí lo son los expertos, que coinciden en la necesidad de considerar este

aspecto. Recordemos que muchos son los estudios sobre mayores, pero pocos los que añaden la perspectiva de género. Muchos no van más allá de decir «equis% hombres y equis% mujeres». Algunas investigaciones ni siquiera tienen en cuenta este aspecto diferencial. En este estudio se pretende dar un salto cualitativo e ir más allá.

9.2.3. El estatus socio-económico, eje crucial

El género femenino ha centralizado su vida en el ámbito doméstico (aunque hayan trabajado remuneradamente) y ello marcará una situación socio-económica (estudios e ingresos) más deteriorada que la de sus coéteanos, lo cual perfila una diferenciación en sus actividades y estructuras discursivas. Todos los mayores, incluidos los de ingresos más elevados, muestran una queja unánime ante las pensiones (véase Capítulos 8 y 10). Obviamente el discurso femenino es más crítico porque en ellas se encuentran las pensiones más bajas: o bien pierden la pensión propia; la del marido se reduce al 45% al enviudar; o no tienen derecho a pensión por no haber cotizado suficiente. Estos aspectos influirán sobre las actividades de los mayores, sobre todo de los/as de estratos más humildes.

«(...)H.— ... no hay que, como se suele decir, *¡tirando!*.

(...)H.—... Dígame usted a mí muchas, muchas, muchas *personas con una pensión de cincuenta mil pesetas, ¿dónde vas?*...

(...)H.— Yo, cobro lo mínimo para mi mujer y para mí, pero *luego vienen muchos gastos (...)*

(...)M.— ...cobro setenta mil pesetas y yo tengo que mantener un hijo, la casa, la luz, el teléfono y dígame usted a mí, *si hoy en día con setenta mil pesetas, si no tengo que hacer maravillas...*» (GD3: 10).

Aunque tienen poca pensión todas no se quejan: se conforman. Pero reconocen que influye hasta para «ir a la peluquería o no» (GD9: 12), viajar (GD4: 13), ir al cine (EM20: 5), ir a museos (GD4). Como veremos, las actividades tanto de ocio como las domésticas siguen estando generizadas y marcadas por el estrato social en estas edades.

«H.— Yo lo que pienso es que con los sueldos que tenemos... esa señora por ejemplo, *con ese dinero, paga luz, gas, agua... ¿por qué no vamos de excursión? porque no puedes...*

M.— Que no tengo una casa sola, que tengo dos contadores de agua, dos contadores de luz, tengo teléfono...

H.– Eso la estoy diciendo, una persona que cobra tan poco (...)

H.– Los que cobran 100 y pico mil de pesetas se puede hacer más cosas...» (GD4: 13).

Cuando el estatus es alto las diferencias discursivas intergénero se atenúan, pero no desaparecen. Aún así, las mujeres tienen una situación más desventajosa respecto a los jubilados. En general, los mayores de nivel elevado veremos que tienen otra percepción de las actividades, mayor insatisfacción hacia las mismas, reivindican aportar más, trabajar voluntariamente (véase apartados 9.4 y 9.5). Este discurso se concentra en las profesiones más cualificadas. El tener o no tener determinados «bienes» (por ejemplo, parcela en el campo, huerta, chalet o «*la caseta i l'hortet*» en valenciano) también se relaciona con el estatus. Pero hemos de decir que en las zonas rurales o intermedias es más común disponer de algún terreno (véase GD8: 18, EM9: 7, GD7 y apartados 9.2.7 y 9.4).

En relación a la otra cara que define el estatus (el nivel de estudios), podemos decir que el nivel educativo que poseen es un factor decisivo a la hora de realizar unas u otras actividades. Por ejemplo, apenas leen, no manejan algunos de los aparatos más recientes (ordenador, por ejemplo) (véase apartado 9.4). A esto se añade el complejo/sentimiento de inferioridad ya tratado de no haber podido estudiar. Nos transmiten, sobre todo los discursos masculinos de mejor posición, una sobrevaloración de los estudios.

«– Para todos hay, lo que antes éramos más burros y ahora serán todos inteligentes.

– Ahora son todos inteligentes, ¿no?

– No teníamos para estudiar.

– A los catorce años a trabajar ¡punto!

– Si es que, aun queriendo, no podías.

– ¿Cómo teníamos que estudiar si no teníamos dinero?, bastante hacíamos si comíamos, los años nuestros de posguerra bastante hacíamos si comíamos, ¿cómo teníamos que estudiar?» (GD9: 17 y GD4: 4, EM12: 5).

9.2.4. Dimensiones «físicas»: salud-enfermedad, limitaciones y dolencias físicas

La salud y las primeras dolencias (cuando no enfermedades más serias) conforman otro bloque de factores señalados, tanto por los mayores de nuestro estudio como por otras investigaciones recientes, como determinantes para

la realización de unas u otras actividades. Ya citamos en el 8.3.3 las enfermedades más comunes de los mayores, pero toda aquella información detallada cobra más relevancia si tomamos en consideración los problemas psicosociales que pueden ser consecuencia de estas deficiencias físicas. Estos efectos pueden ser: no poder realizar algunas actividades de ocio o trabajo; no poder salir de casa; no tener acceso ni movilidad a muchos edificios; desintegración social; pérdida de relaciones sociales, incomunicación, soledad; rechazo familiar y social; sentimiento de inutilidad; descenso de la autonomía personal y aumento de la dependencia, etc. Todas estas consecuencias comentadas serán características de los más mayores en edad, y para los mayores más jóvenes y aún sanos pueden serlo a corto o medio plazo. Por tanto, no se deben cerrar los ojos a las diferentes propuestas de prevención de enfermedades teniendo en cuenta un futuro de mayor dependencia. En nuestro estudio, aluden, por ejemplo, a la disminución de la memoria, a la menor capacidad visual y auditiva, a la pérdida sensorial y de reflejos, a la menor rapidez, agilidad y fuerza, entre otros. Estas pérdidas negativas suelen predominar ante una visión más optimista que destaca Menéndez Pidal en la obra colectiva citada *Marías et al.* (1960: 139): «*la actividad se dificulta porque lo que antes se hacía con rapidez, cuesta después doble tiempo; pero esta lentitud puede, y aún suele, ir acompañada de mayor cuidado, acendramiento y lucidez, porque con la larga experiencia, el juicio se hace más severo y exigente*».

«...no veo ni con gafas, y no ves como antes; yo antes con la luz de la bombilla bordaba y contaba los hilitos y ahora no; ahora estoy haciendo a la niña y estoy sufriendo. Lo hago porque me gusta bordar pero no, no porque no tienes vista, pierdes la vista y ¡lo pierdes todo!...! pierdes la vista, pierdes reflejos, cuando eres más joven tienes un reflejo muy grande; cuando te haces mayor te quedas así más parada, no tienes la actividad...» (GD9: 7, y véase EM17: 4, GD3: 23-24 y 25 y GD3: 7).

Los mayores piensan que un mayor nivel de ingresos puede favorecer el estado de salud. Por tanto, hemos observado a tenor de varios análisis (GAUR, 1975; Aguirre, 1977; Quintana, 1977, págs. 135-168; Almarza y Galdeano, 1989, págs. 35-42 y 337-364; Endesa, 1989; Bazo 1989, 1991a, 1991b, 1991d, 1992; Reig y Ribera, 1992; Buendía, 1994; Quintero y González, 1997) que la situación de salud en esta etapa está influida por varios factores: recursos económicos, dieta y nutrición, actividades, edad, género, apoyo social, autopercepción, etc. Es decir, por ejemplo, una situación económica adecuada garantizará una buena salud, pues a mayores ingresos

mayor posibilidad de consumir alimentos de calidad, de disponer de servicios, de mejores condiciones en la vivienda, etc. (ver 8.3.3).

A las limitaciones físicas se unen algunos cambios psicológicos: el desánimo, la falta de ganas, la falta de ilusión. La desmotivación por hacer algo que no les «llena» y tampoco está considerado socialmente paraliza a los mayores (EM1819: 4-5 y EM15: 3-4). Todo ello se resume con un «discurso de pérdida» de facultades, de limitaciones y excesos o «pequeños vicios» que ya no pueden hacer porque tienen que prevenir o cuidarse de posibles enfermedades y dolencias.

«...hay menos desgaste en todos los conceptos. Es decir, no tienes ilusiones de los viajes, es decir, «es que me cansa el viaje, de tanto andar en coche», es que... la ilusión para el coche ya paso. Y también «si es que a mí no me apetece tomar unos vinos, si es que no me lo permite el estómago», ¿una noche de cenar? tampoco me lo permite, o sea, yo con un pescadito, con una sopita, algo parecido, tengo bastante. ¿El ir al baile? pues no me apetece esta noche tener que estar hasta las 4 de la mañana porque ya llego roto... todas esas circunstancias, y todo eso es dinero. El tabaco, no sé si aquí fumamos alguno... (H.— Yo fumo puros...), yo fumaba, pero llega el momento que dices «no, que es mi salud, ya no fumo» y claro todas esas cosas...

H.— Estás descalzo...

M.— *Vamos dejando de todo, de todo.»* (GD4: 13 y GD6: 10-11: *...Tengo que ir a sitios de rehabilitación. Tengo bronquitis también, tengo problemas en las vías respiratorias...»*)

Hasta tal punto es relevante la autonomía física que a muchos —los que están más delicados o tienen algún familiar enfermo— sólo les preocupa (como valor principal) su situación de salud o enfermedad. La salud pasa a ocupar un primer plano en la escala de valores y preferencias en aquellos más delicados/as de salud (véase Capítulos 8.3.3, 11 o EM1819: 7). A pesar de que los mayores de nuestro estudio no tienen problemas de salud graves (hemos seleccionado a mayores con un nivel de independencia considerable) en el sentido de no estar dependientes, todos/as enfatizan la importancia de la salud no sólo para estar activo sino para una mejor vivencia de esta etapa (Capítulo 11). Ellos saben que los mayores «sin salud» piensan, actúan y son considerados socialmente (Capítulo 10) de forma distinta.

«...todo depende de cómo esté uno económicamente y de salud; primero salud... si no tienes salud... Y por eso yo te decía: consulta a personas que estén más inválidas y verás como cambia... (...)

(...)- (...)... Tienes algún inconveniente para viajar, te tienes que cambiar la bolsita todos los meses pero... por eso *¿no tienes ilusiones? pues no las puedes tener porque no puedo ir, viajar, no puedo viajar con alegría...*» (GD8: 21, ver GD2: 31, p.e.)

9.2.5. Trayectoria vital y laboral: hábitos, costumbres y estilo de vida anterior

Como vimos en el Capítulo 7, el pasado laboral y vital ayudaba a entender mejor las actitudes hacia la jubilación (Capítulo 8) de los mayores, y por ende, también nos ayuda a profundizar sobre las actividades en la actualidad. Ello explica, en parte, que las estructuras discursivas de los mayores son un reflejo del pasado claramente fragmentado según la pertenencia a uno u otro sexo, estatus o hábitat. Generalmente, los que en su pasado practicaban determinadas actividades de ocio más participativas (por ejemplo, deporte, actividades sociales) o bien más pasivas (TV, descanso) la tendencia es a continuar en esta línea. Parece que se cumple en buen grado la Teoría de la Continuidad formulada por Atchley (1971, 1972, 1989) y hoy confirmada por otras investigaciones [Kelly (ed.), 1993]¹⁰. Según el INSERSO (1995a: 116-118), el 90% de mayores no ha empezado ninguna actividad nueva tras la jubilación que no hubiera realizado antes, y lo mismo ocurre con la continuidad en los hábitos de relación social, de cultivo personal o de ocio. Tal como los mayores dicen, recordando el refrán popular, «genio y figura hasta la sepultura» (EM3: 12 ó EM1: 3), o tal como apuntan varios autores «uno envejece como ha vivido», según las costumbres o «hábitos del corazón» en términos de Tocqueville (ver Bellah *et al.*, 1985/89).

«...lo que pasa es que «genio y figura hasta la sepultura», no puedes evitar el que todavía te sigan importando las cosas que antes te importaban» (EM1: 3) ...esa palabra tan manoseada de «genio y figura». Sencillamente lo que se ha percibido de pequeño y que se ha vivido durante toda la vida (...) O sea, que esencialmente no hay una variación radical...» (EM1: 5 y ver EM3)

¹⁰ Véase la edición de varios autores *Activity and aging* (Kelly, 1993) básica para nuestro estudio. Concretamente para este punto el artículo del propio Atchley sobre «Continuity Theory and the Evolution of Activity in Later Adulthood» (págs. 5-16). John R. Kelly es un sociólogo norteamericano, profesor de la Universidad de Illinois, autor de numerosas obras e investigador en organismos como *el Institute on Aging*. Los otros autores/as que componen esta obra también son profesores y/o investigadores sobre el tema.

Los propios mayores reconocen las diferencias entre ellos según sus andaduras laborales, que luego inciden en tener más o menos posibilidades de seguir trabajando soterradamente y/o realizar otras actividades. Se enfatiza la influencia de la profesión anterior sobre las actividades que en la actualidad realizan o dejan de realizar. Veamos, por ejemplo, cómo el que ha trabajado en la agricultura continúa trabajado como *hobby* en lo mismo (el trabajo como *medio* pasa a ser actividad/trabajo como *fin vital*), o cómo uno que fue profesor ahora no encuentra nada que le entretenga o que le aporte lo que el trabajo le proporcionaba (del trabajo como *medio* y *fin* pasa a la actividad *sin sentido*).

«...me entretenía con la clase, con los alumnos, a mí no me entusiasma ninguna otra cosa» (EM1819: 6)

«...en los pueblos tienen tierra y siguen trabajando porque es el ramo agrícola. Entonces pues viven como marajás porque si tienen un poquito de aquí y otro poquito de allí pues ya juntan dos poquitos, pero el que tenga nada más que un poco pues ese está castigado...» (EM9: 7, ver GD7, GD8, por ejemplo.)

Entre las mujeres hay una clara diferencia entre las que han trabajado de forma remunerada y las amas de casa. Las que han trabajado ahora tienen más necesidad de salir, de estar activas, de «realizarse», de relacionarse... Las amas de casa aunque también lo deseen no lo manifiestan tan nítidamente ni tampoco lo necesitan tanto (¿están acostumbradas a permanecer relegadas en el espacio doméstico?) como las que han trabajado fuera del hogar. De hecho las más activas suelen ser las que han trabajado anteriormente fuera del hogar y ahora buscan otras «actividades» extradomésticas. (ver 9.3, GD2: 3-4, EM7: 5). Parece que las que no salen es porque no quieren o no les gusta, sea porque no pueden sea porque no han salido nunca (costumbres, pasado), o porque se conforman con la pasividad (debida a múltiples causas: soledad, limitaciones físicas, obligaciones familiares, etc.) (véase GD2: 16). De hecho, las amas de casa mayores se consideran «más caseras» y prefieren permanecer en el hogar como siempre han hecho.

«... he sido *muy casera siempre*. Me ha gustado siempre mucho la casa, estar *muy a gusto en casita*. Hay algunas que no, que dan una vuelta por aquí y otra vuelta por el otro lado, que no paran en casa y la casa se les cae encima. Y a mí no, a mí es al revés, me gusta estar en casa. (...)

«J.- Yo *en casa, soy muy casera, he sido siempre muy casera*. No he tenido más remedio con los hijos pero he sido muy casera.» (EM16: 3 y ver EM6: 10, GD9: 6)

La falta de libertad pasada, la poca capacidad de elección, unido al bajo nivel adquisitivo de las mujeres mayores condiciona las actividades que actualmente ocupan su tiempo y sus significados (ver Capítulo 7, por ejemplo GD2: 20 ó GD9). El hecho de que las mujeres mayores han tenido que compatibilizar el trabajo doméstico y el remunerado, las ha obligado a estar muy activas y esto produce que ahora, tal como ellas dicen, «no pueden estar paradas». Observamos cómo muchas están sobrecargadas pero otras son más pasivas. Con los varones ocurre lo mismo, pero se encuentra una mayor homogeneidad en la actividad que en las mujeres (véase GD9: 2, GD3: 12 y próximos apartados).

9.2.6. Entorno relacional: familia y relaciones extrafamiliares

Aludimos ahora a los factores relacionados con las interacciones sociales, el apoyo social (denominado *apoyo informal*) de éstas o bien la ausencia de relaciones (soledad). Nos referimos a la incidencia de las relaciones familiares (bien distintas según la estructura familiar, el modo de convivencia y el estado civil) y las relaciones extrafamiliares (ver 9.5). Observamos cómo los que tienen un entorno más amplio de relaciones de amistad o vecinales quizá sus actividades sean más participativas que las de aquellos que viven en soledad. Obviamente, también son más participativos los que están en asociaciones o acuden a cualquier otro espacio social: parroquias, Hogares, Clubes.

En general, los mayores se limitan a actividades realizadas en un entorno próximo (familiar, amical), y de ocio más pasivo que implicado socialmente. Por tanto, las diferencias en las actividades, teniendo todos el mismo estatus y ocupaciones de nivel similar, género o nivel de salud igual, pueden entenderse por factores individuales (forma de ser, gustos, motivación, personalidad) y factores más psicosociales como los que estamos comentando: entorno familiar, amical, vecinal; modo de convivencia y residencia, estado civil y número de hijos, que implica más o menos responsabilidades familiares, principalmente. La soledad y la viudedad conlleva que se realicen (o mejor dicho, dejen de realizar) determinadas actividades. Aunque el duelo de la muerte ya no se respeta como antiguamente, sigue habiendo mujeres que están años sin salir y vistiendo de negro (sobre todo en zonas rurales, aunque cada vez es un fenómeno menos observable). La viudedad influye a unos y a otras de forma distinta. Pero en cualquier caso la soledad deviene, generalmente, en mayor pasividad y en relaciones más limitadas. Parece que los/as que están solos muestran unos discursos más tristes y desanimados:

«...cuando me jubilé ya era viudo, y todos los proyectos que habíamos hecho mi mujer y yo para cuando nos jubilaríamos, para cuando yo *me jubilara*, pues eso no fue posible porque ya estaba yo sólo. Quiero decir, que si yo, al jubilarme, hubiera tenido a mi mujer, *posiblemente no me habría aburrido tanto, o habría distribuido mi tiempo de una forma mejor*. De la forma que nosotros habíamos previsto, de viajar, de hacer tantas cosas que habíamos previsto hacer... Y bueno, me quedé viudo y, la verdad, me he quedado muy sólo, *es una enfermedad terrible la soledad, terrible.*» (EM12: 2 y ver EM15: 5)

Pero no sólo depende de las relaciones o soledad (ver GD2: 9 y EM17: 7) sino, tal como estamos diciendo, de las circunstancias de las personas del entorno (que aún trabaje algún familiar cercano, o las amistades) o por el desconocimiento de las actividades que se pueden realizar en el entorno más cercano. En cualquier caso la importancia de las relaciones sociales es fundamental no sólo en los mayores (también en la población general), pero en estas edades se acentúa su relevancia (véase epígrafe 9.5).

«...mi mujer... ella fue la que me entró en esto (...) *que si supieran ellos o alguien les metiera un poco en esto, entrarían ahí. Entonces claro, si no lo sabes, si nadie te da ese empujón pues no puedes, no sabes...*» (EM8: 5 ó ver EM12: 5 «- *El entorno y las costumbres*; el entorno también es muy importante, es decir, que yo, estos amigos que he tenido...» o GD9: 7 y ver epígrafe 9.5.)

9.2.7. Entorno espacial: hábitat y prestaciones disponibles

Los mayores destacan que tanto un hábitat como otro presenta sus ventajas y sus inconvenientes. En cualquier caso, los mayores que se muestran más satisfechos con sus zonas o hábitats son los que viven en zonas intermedias (GD6, GD9, GD10, EM11, EM6) o rurales (GD7, EM9, EM7, EM5), pues los de zonas urbanas (GD1, GD2, GD4, GD8, EM19, EM20) o megaurbanas (GD3, GD5, EM1, EM13, EM16) subrayan con énfasis las desventajas de unas y otras áreas. En todo caso, los mayores destacan las ventajas siguientes en las áreas rurales-intermedias (ver esquema 9.1 al final del epígrafe):

- 1) Proximidad relacional: se sienten más «arropados», relaciones más estrechas para lo cotidiano o en caso de emergencia.
- 2) Proximidad física: distancias «cortas» y cercanía de servicios. No suele necesitarse medio de transporte.

3) Cotidianeidad pública (cualquier actividad cotidiana —comprar, pasear...— es de carácter más público, en relación con los demás.

4) Actos y celebraciones públicos (celebraciones, ritos, folklore popular). Algunos ritos y actos privados se convierten en actos públicos y sociales. Por ejemplo, las celebraciones (religiosas, festivas, folklóricas) son sociales, con la participación de casi la totalidad del municipio-localidad. Incluso la vivencia de la muerte de algún vecino es «más social».

5) Consumo y servicios más económicos.

6) Tranquilidad callejera y seguridad ciudadana.

7) Transición suave a la jubilación, si se ha trabajado de forma autónoma.

«H.— Sí, pero para los jubilados que estamos hablando yo creo que es mejor el pueblo

M.— ¡Claro! [Asienten todos.

M.— Y para las personas mayores, para todos.

M.— A nosotros si nos llevaran a una capital no sabríamos ni...

H.— ¡Hey! Yo me jubilé en Barcelona, si yo estuviera en Barcelona (M.— ¿qué harías?), una, que con la pensión que tengo tendría para medio mes allá (M.— Ahora lo has dicho), y aquí voy tirando, voy haciendo...

M.— Y si una noche están roncando o escuchan un chillido acuden todos y allí en Barcelona dicen «¡tira!» (...)M.— Pero aquí es diferente. *En la capital sólo salir ya necesitas más dinero...* y aquí (...)

(...) M.— Positivos que nos viene mejor estar así, claro, *la vecina por ejemplo «toma un calabacín»...* pues ya lo he cortado y para cenar...» (GD7: 12-13 y ver EM9: 3-4, EM6: 5, EM12: 7, GD10: 11-12 y 15, EM10: 4)

Pero también junto a estos aspectos positivos señalan carencias o desventajas en las zonas rurales:

1) Aburrimiento, falta oferta de actividades. Por ejemplo, dicen las mujeres que «no salen», «no se arreglan» como en las capitales porque no acuden a cafeterías, ni al Hogar, ni al cine, ni a pasear viendo escaparates (los paseos son por el campo).

2) Control social. No tienen anonimato, se conocen todos «para lo bueno y para lo malo».

3) Oferta de servicios limitada. Ausencia o deficiencia de muchos servicios (sanitarios, sociales, etc.), que «no llegan».

4) Soledad, abandono jóvenes (emigraron), falta de vitalidad, poca «vida juvenil».

«J.- En cambio allí es todo lo contrario, y en el pueblo no se puede estar, claro, por supuesto.

A.- En el pueblo hace mucho frío.

J.- Es que un pueblo es..., no es que sea aburrido, es que es insostenible. Oye es verdad (...) estamos hablando de una vida normal en un año.(...) No estamos hablando de 15 días (...) tener una televisión y tragarte la televisión todo el día.» (EM1314: 9 y ver EM1819: 6: «...pueblos tienen muchos menos medios para pasar la vida y entonces es muy monótono...» o ver EM4: 6, GD7: 12-13, GD7: 8, 10 y 20).

Un aspecto importante que hemos observado, aunque ellos no lo mencionen, es la transición más suave a la jubilación en estos medios, porque es donde suelen concentrarse oficios como el agrícola u otras profesiones artesanales, en cualquier caso autónomos. Como ya vimos en el Capítulo 8, en estos contextos la jubilación es más progresiva, menos abrupta (Fericgla, 1992: 132; García Sanz, 1997 Serra, Dato y Leal, 1988: 34). Como la jubilación surge a raíz de la sociedad industrial es comprensible que en los contextos donde predominen anteriores modelos de producción (agrícola y pre-industriales), a pesar de los avances y cambios (a lo que se une mayor posibilidad de relación) la jubilación sea menos gravosa y a veces inexistente. Pero si a esto se añade que muchos tienen que abandonar sus pueblos (vender su propiedad para adquirir un piso en la ciudad) e ir a las ciudades donde viven los hijos, el cambio será abrupto y más negativo. De todas maneras, muchos son los que continúan trabajando en estos medios rurales (véase 9.3.1), y es la enfermedad la que suele jubilarles, no la edad. Pero vemos que ello dependerá de la profesión que se haya tenido más que del hábitat, pero la clave de considerar el hábitat es que en él se concentran determinadas profesiones que permiten una jubilación más paulatina.

El envejecimiento urbano presenta modos de vida (ocupaciones, ritmos, movilidad, viviendas deterioradas, dificultades relacionales, etc.) que se transforman en un factor de crisis urbana actual. En la ciudad la vida es menos confortable, más cara, más tensa (Abellán, o.c., XLVIII); la gran ciudad es un problema para el mayor (Casals, 1982, 92 y ss.). El entorno urbano (circulación, falta de espacios verdes, obstáculos de todo tipo, etc.) resulta inadecuado para la población general, pero se convierten en problemas más acusados para los mayores, que suelen concentrarse en los cascos antiguos de las grandes ciudades y en viviendas deterioradas, o bien su vida se limita al barrio (similar entonces a los contextos rurales). De todas maneras, según García Sanz (SECOT, 1995), en los medios rurales los problemas tampoco faltan: pensiones más bajas, asistencia deficiente, falta de servicios genera-

les, entre otros. En cualquier caso, en todos los ámbitos se encuentran ventajas y desventajas. El envejecimiento diferencial rural-urbano debe ser asumido y conocido por los poderes públicos; merece, pues, especial atención.

Algunos mayores que proceden de hábitats rurales muestran tal satisfacción que incluso llegan a un cierto localismo (GD10: 16). Muchos muestran un «deseo» frustrado de querer estar en sus tierras pero no pueden bien porque emigraron cuando eran jóvenes (algunos miembros del GD4) o bien porque tienen que estar con sus hijos que se trasladaron a las ciudades (EM6). Otros critican las distancias físicas y la dificultad para relacionarse en las grandes ciudades (Madrid, Málaga, en nuestro estudio) en comparación a las ciudades intermedias «más manejables», más prácticas. En zonas rurales o intermedias se perciben más relaciones, más actividades comunitarias, incluso la muerte es una «actividad social», un «rito popular y comunitario» (ver 9.5.3.2). En cambio, en las ciudades, según algunos de ellos «te mueres y no se entera nadie». Aprecian las relaciones de los pueblos pero también el anonimato de las ciudades.


Hay pautas de los mayores y hacia los mayores que trascienden el hábitat y se encuentran en cualquier espacio. El hábitat es una dimensión más que ayuda a entender la actividad de los mayores, pero no es siempre determinante, como podremos comprobar. Algunos reconocen que incluso en las zonas rurales están emergiendo «pautas urbanas», como, por ejemplo, la pérdida del respeto a los mayores y la pérdida de algunas de las actividades relacionales: sentarse en la calle, algunas fiestas y tradiciones populares, etc.

«...los abuelos, la tercera edad yo creo que ha perdido bastante, y eso que en los pueblos todavía, todavía, nos salvamos un poco. En las ciudades es más. (...) no pueden atenderlos tanto...(EM7: 7) ...Con la televisión entró la gente en casa... En los pueblos, *antes, se juntaban las vecinas en las calles y se sentaban en las puertas a coser o a hablar o a eso...*, y las mayores, pues las mayores se sentaban a escuchar a los otros o a dar también... (EM7: 10) *Si salen y eso, mejor en la ciudad, pero si tienen que estar dentro de casa, en los pueblos, porque en la ciudad te metes allí en un piso, y ya no te vuelve a ver nadie...*» (EM7: 11)

Parece que los de zonas rurales e intermedias prefieren vivir en sus propios hábitats. Sin embargo en los de zonas urbanas y megaurbanas hay mayor disenso: algunos aprecian estos espacios porque son «su entorno», pero otros preferirían vivir en zonas intermedias. Para muchos el espacio «ideal» es una combinación de zona rural y urbana, las zonas intermedias, pero no sólo por el número de habitantes sino por otras condiciones vitales que incluyan las ventajas de los asentamientos más pequeños y ventajas citadas de las ciudades.

Tres conclusiones para finalizar: a) la preferencia general por los espacios intermedios, b) mayor satisfacción de los mayores de zonas rurales e intermedias con su entorno frente al mayor conformismo o insatisfacción que muestran los mayores de ciudades y megaurbes, c) y sobre todo, la preferencia por seguir en el entorno donde siempre han vivido, donde disponen de relaciones sociales y familiares cercanas, por ejemplo, «...en Salamanca. Me he criado aquí y aquí me gusta estar, sí.» (EM17: 4 ó ver EM1314: 19, GD10: 6.)

Esquema 9.1.
Ventajas-desventajas zonas rurales-urbanas desde los mayores

ZONAS RURALES E INTERMEDIAS	ZONAS URBANAS Y MEGAUROBANAS
 <ul style="list-style-type: none"> 1) PROXIMIDAD RELACIONAL (RELACIONES SOCIALES) 2) PROXIMIDAD ESPACIAL (Distancias cortas) 3) COTIDIANEIDAD PÚBLICA 4) ACTOS Y CELEBRACIONES MÁS COMUNITARIOS, PÚBLICOS (Celebraciones, ritos, folklore popular) 5) CONSUMO Y SERVICIOS MÁS ECONÓMICOS 6) TRANQUILIDAD CALLEJERA 7) TRANSICIÓN SUAVE JUBILACIÓN 	 <ul style="list-style-type: none"> 1) LEJANÍA RELACIONAL (Dificultad de relaciones) 2) LEJANÍA ESPACIAL (Distancias largas, necesidad transporte) 3) INDIVIDUALISMO, PRIVACIDAD “OBLIGADA”, MENOS VIDA COMUNITARIA 5) ENCARECIMIENTO BIENES DE CONSUMO Y SERVICIOS 6) BULLICIO E INSEGURIDAD CIUDADANA 7) PASO BRUSCO A LA JUBILACIÓN
 <ul style="list-style-type: none"> 1) ABURRIMIENTO, FALTA OFERTA DE ACTIVIDADES 2) CONTROL SOCIAL, FALTA PRIVACIDAD 3) OFERTAS SERVICIOS LIMITADAS 4) SOLEDAD, “ABANDONO” JÓVENES 	 <ul style="list-style-type: none"> 1) MAYOR OFERTA DE ACTIVIDADES, ENTRETENIMIENTOS 2) MAYOR PRIVACIDAD, MENOR CONTROL SOCIAL, ANONIMATO 3) MAYOR OFERTA DE SERVICIOS (Sanidad, ocio, etc.) 4) MAYOR RELACION SOCIAL, MENOR SOLEDAD(?)

9.2.8. Dimensiones «individuales»: personalidad, preferencias, expectativas

Otro bloque de factores a los que los mayores aluden es lo que podemos denominar «factores individuales», que complejizan aún más el análisis y acentúan la heterogeneidad intrageneracional. Es lo que ellos denominan «carácter», «forma de ser», gustos, preferencias... para referirse a la decisión individual a la hora de realizar cualquier actividad. Pero como estamos viendo, todos estos factores individuales sumados nos llevan a otros factores —ya tratados— que explican que, junto a las diferencias individuales, predominan unas dimensiones compartidas si no por todos los mayores, sí por determina-

dos «tipos o grupos» de mayores: mujeres, mayores de estatus elevado, mayores rurales o urbanos, mayores voluntarios, mayores sedentarios, etc. Es decir, los denominados «factores individuales» tan ambiguos no están en el vacío, sino que vienen determinados por el género, estatus, hábitat, pasado, entorno, entre otros. Aún así trasladaremos los discursos que reflejan la importancia de los «factores individuales». Sea la pereza, las «ganas», la dejadez, los gustos... vemos que no son dimensiones meramente individuales sino que si profundizáramos «esta pereza, gusto particular por algo, esa mentalidad» vendrían marcados por otros factores. Ellos mismos aclaran que, aunque depende del «carácter», ese carácter viene dado por las costumbres, la educación, la familia, el entorno o la profesión, por ejemplo.

«- Se hace uno perezoso...

- Por dejadez, por dejadez...

- No... por dejadez, por no llamar y por no citarnos y yo qué sé...»
(GD5: 12)

«- Es que según como se haya criado uno.

- Es según carácter de cada persona...»(GD10: 11-12 y ver GD8: 8, GD6: 12-13, GD7: 11-12, EM4: 7, GD3: 23 y 35, EM3: 9; EM16: 2-3 y 9)

A todas estas ideas, sumamos la diferente percepción de los acontecimientos diarios. Es decir, una misma situación variará según la forma de percibirla por el propio mayor: muchas veces en torno a un hecho se tienen distintas percepciones y opiniones, y eso es lo que ocurre también en esta etapa. Esto podía entenderse como una dimensión individual, pero en el fondo la percepción (en este caso discursos más o menos compartidos) de los fenómenos suele ser compartida y significada desde los demás, de ahí, de nuevo, la importancia de tomar las actitudes como acciones discursivas en relación a los demás, no como algo individual. Generalmente piensan que se vuelven más pesimistas, más negativos (reafirmando uno de los estereotipos de mayores), pero también se volverán más tolerantes, más «relativos» a la hora de valorar un problema o situación.

«...antes cuando yo tenía una edad normal, los problemas no los veía problemas, y ahora, que te digo yo, un familiar se dobla un pie o una cosa «complicadilla», apendicitis, que en el fondo antes no le dabas... y ahora es como si se te cayera el mundo encima o una cosa que te lo ves ya que no lo sacarás adelante, eres muy pesimista, lo ves todo negro... (...)

- Sí, algo de eso hay.

- Los problemas se acusan más cuando eres más mayor.

- Eres más sensible.

(...)- Y ahora lo miras y de una punta haces un caballo...» (GD8: 9-10)

«...Y es que ¡pasas! ¡joff! eres *un pasota increíble, eres un pasota increíble...* Te da igual ocho que ochenta en el sentido... ¡vamos! te haces *más tolerante*, te haces más tolerante...

- Exacto...

(...) - Yo creo que *más que pasota la palabra es tolerante...*

(...)- Justificas cosas que no disculpabas... A mi me parece que *te conviertes en más humano* (...)

- ¡Hombre!, *lo ves ya desde un prisma totalmente distinto...* (GD5: 22 y ver EM1: 5: «...*más indiferente hacia todo, ¿no?, o sea, ya empiezas a darle menos valor (...) no puedes evitar el que todavía te sigan importando las cosas que antes te importaban. Pero te importan menos (...) es la relatividad de las cosas...*)

Según los discursos de algunos mayores parece que se cumple el estereotipo del «viejo cascarrabias» (ver epígrafe 10.3.2). El carácter tiende a volverse más agrio, áspero, aumenta el mal humor, se pierde la ilusión; invade la desganancia, la pereza, el miedo a hacer determinadas actividades... Estos cambios son destacados por muchos mayores en esta etapa.

«...cogemos manías en muchas cosas (...) *no sé porqué se nos hace mal genio, no tenemos paciencia...*(...) *porque nos hacemos viejos, yo tengo la manía de que tiene que ser eso porque ¿por qué? Si una persona ha sido alegre, si no le ha faltado nada, ha estado siempre bien ¿por qué después ves ese cambio? ¡Lo he pasado en la familia! Yo mi suegro, para mí no era mi suegro era mi amigo, y con él nos íbamos donde fuera y hablábamos con libertad y con una cosa ¡cómo si fuéramos hermanos o amigos! y cuando el hombre empezó a tener sus cositas, empezó a no poder hacer lo que quería y a estar algo delicado pues se le puso un mal humor...*»(EM11: 7 ó ver GD4: 14: «...*ya no tienes esas ilusiones como tenías antes...*» o ver GD8: 11: «...¡ché! si yo siempre he sido bastante divertido *¿cómo dicen que ahora tengo mal genio?*» ...)

Algunos comentan que las actividades y vivencia de la jubilación son diferentes según cada persona y destacan la imposibilidad de generalizar. Pero, hemos podido observar (de forma manifiesta o latente) la coincidencia de sus discursos y actividades, que restan relevancia, si cabe, a los factores «más individuales». Aunque no podemos decir que «todos los mayores son iguales», igualmente es una generalidad decir que «todos los mayores son diferentes» o que todo se debe a factores individuales y no comparten características comu-

nes. No coincidimos en la relevancia que muchos autores otorgan a los factores individuales desmereciendo la influencia de otros factores psicosociales (que conforman los que denominamos «individuales») sobre la realización y sentido de las actividades en el envejecimiento.

«...puede influir de alguna manera en alguna mínima medida el ambiente o el medio donde se conviva, puede ser, pero hombre, el bien y el mal sale de dentro.(...) hay unas tendencias muy personales y muy particulares y efectivamente hay a quien le gusta el campo y hay a quien le gusta la montaña y a quien le gusta el mar y a quien le gusta la ciudad. (...)» (EM1: 7-8)

9.3. ACTIVIDADES REMUNERADAS Y NO REMUNERADAS: ¿EL TRABAJO TIENE EDAD?

«La vida no es un día de fiesta ni un día de luto; es un día de trabajo»
(Vinet)

9.3.1. Los significados del trabajo remunerado más allá de la jubilación

Generalmente, tras la jubilación laboral el tiempo dedicado al trabajo remunerado es nulo, es cero. Pero no ocurre así en todos los mayores, pues según datos del Censo (1991) el 2,42% siguen trabajando más allá de los 65 años debido a las jubilaciones tardías en algunas ramas profesionales. En los países de la CEE la tasa de actividad de mayores de 65 años es 7,1%, mientras que en España es del 5,6% (Castells y Pérez Ortiz, 1992) o del 7% (Encuesta «Nuevas Demandas», Durán, 1990), según la fuente consultada. En cualquier caso, estos bajos porcentajes se entienden porque España es uno de los pocos países de Europa en que no es compatible el trabajo remunerado con la percepción de pensión. En este apartado no nos referimos a los mayores de 65 a 69 años aún no jubilados (que son, según la EPA 1996, un 5% frente al 31% en 1977), sino a los jubilados oficialmente, pero que siguen trabajando sumergidamente.

Hemos de decir que muchos mayores siguen realizando actividades de forma similar a un empleo en cuanto que perciben una remuneración por ellas. Respecto a esta cuestión no se dispone de datos oficiales. De todas maneras, se sabe a raíz de sus discursos y manifestaciones que buena parte continúan trabajando. Estos trabajos pueden tener relación con su profesión anterior o ser una actividad que nunca habían desempeñado. En general, es más frecuente el primer caso, pero

eso sí, casi siempre cobrando menos (porque también se trabaja menos horas, a tiempo parcial, en periodos puntuales o temporalmente) y en peores condiciones de trabajo (sin contrato, sin seguridad, con riesgo de perder la pensión, etc.).

En realidad, resulta casi imposible conocer con certeza los datos y la cantidad de mayores que trabajan, pues se trata de tareas de tipo «extraoficial». Por ejemplo, según datos de Ramos (1995: 68) apenas dedican una hora al día al trabajo remunerado. Pero pensamos que este promedio es muy pequeño y que muchos/as mayores trabajan algo más (3, 52 horas/día como media, según Durán, 1990), sobre todo, los/as profesionales liberales y trabajadores autónomos que pueden seguir trabajando por su cuenta.

Detrás de esta situación muchas veces se esconde el estereotipo social de que los mayores tienen «menos gastos y menos necesidades», «no necesitan trabajar», cuando en realidad muestran diversas demandas personales y sociales¹¹. Por ejemplo, un 30% de hogares españoles tiene por cabeza de familia a un jubilado (Cuenca, 1995; CIRES, 1993) con la responsabilidad económica y psico-social que dicha situación implica (ver Capítulo 8.3). El hecho de que muchos mayores continúen trabajando o desearían continuar haciéndolo tras la jubilación puede explicarse también por el concepto negativo que se sigue teniendo del ocio, que en el 48% de las personas (Santisteban, 1992; Cuenca, 1995: 87) es identificado como actividades para «matar el tiempo» y, por tanto, no resulta incoherente que el 41% de los mayores de aquel estudio quisieran continuar trabajando. Pero en el momento en que el ocio sea algo más que «no hacer nada», mera diversión o entretenimiento «impuesto» desde arriba, y pase a ser un ocio más activo, elegido, libre, que aporte nuevos roles de autorrealización (que tome vuelo la mencionada «cultura del ocio»), probablemente el deseo de continuar trabajando será menor y la adaptación a la jubilación más fácil.

La imagen de estos trabajadores de edad es bastante frecuente si se observa nuestro entorno. Son, por ejemplo, mayores que hacen algunos «trabajillos», tareas agrícolas, trabajos artesanales, en pequeños negocios familiares, recados, etc. Observamos dos tipos, al menos, de trabajadores/as «después» de la jubilación: 1) los que trabajan por motivos instrumentales, por necesidad económica, por completar su baja pensión (y en el caso de muchas mujeres, por completar la

¹¹ Para conocer las distintas demandas y necesidades de las personas mayores pueden consultarse varios estudios en nuestro contexto (INSERSO, 1989, 1990; Durán, 1990; Cano, 1990; González Rodríguez, 1995. Véase Capítulo 8.3). La disminución evidente de otros gastos y necesidades no está evitando que el mayor sea un «demandante» de servicios (sociales y sanitarios) o un consumidor (medicamentos, alimentación, etc.), quizá algo distinto al de otras edades, pero demandante y consumidor al fin y al cabo.

del marido). Es lo que ellos mismos denominan «realización de chapucillas para sacarse unos cuartos» y para pasar el rato; 2) por otra, mayores de otros estatus, con profesiones liberales, autónomos, agricultores, artesanos, escritores... que continúan trabajando por motivos expresivos, más intrínsecos al propio trabajo, para «autorrealizarse». Como ellos mismos dicen, «no nos jubilamos nunca», pero eso sí, la intensidad, salario y el tiempo de trabajo suele ser menor.

Sea cual sea la motivación o la razón el trabajo se caracteriza ahora por la no obligatoriedad con la que habían tenido que trabajar anteriormente. De hecho esta liberación de la «obligación» de trabajar de sol a sol, esta voluntariedad, es lo que ellos aprecian ahora. Veamos las diferencias discursivas por estatus (más que por género) en el trabajo más allá de la jubilación. En el caso de los mayores con un menor nivel socioeconómico, destacan que hacen «lo que les apetece» o al menos no están tan obligados como antes, pero la motivación suele ser más instrumental que en los mayores de mejor posición. En estos mayores encontramos ambas significaciones: trabajar como medio (para complementar pensión, ayudar a los hijos) o trabajar como fin (por «amor al trabajo», por placer), o simplemente por continuar con el mismo ritmo, por hábito, por costumbre. En esta última idea, presente en los mayores, de no querer quebrar el ritmo anterior, se cumple no sólo algunas premisas de la *teoría de la Actividad* (Cavan *et al.*, 1949; Havighurst y Albrecht, 1953; Havighurst, 1961; Neugarten *et al.*, 1968), sino también de la *teoría de la Continuidad* (Atchley, 1971, 1972, 1993; Bengtson, Reedy y Gordon, 1985) defendida hoy por varios autores (Atchley, en Kelly, 1993). Esta continuidad en el tipo de trabajo que realizan se intuye porque siguen haciendo trabajos relacionados o idénticos a los que realizaban con menos de 65 años. La ruptura se produce, pues, en el eje de significación y en algunas condiciones laborales ya citadas.

«...hago algo, pero poco, coger alubias, tomates, coger pepinos, berenjenas, pimientos... esta es *mi afición*, que aún hago, pero poco ¿eh?... y es que *en el campo nos jubilamos cuando nos morimos* ¿eh?... (GD7: 7)

«J- *Por distraerme un rato por la mañana y ya está (...)* Bueno, *gustarme desde luego no me gusta, lo tengo que hacer porque es como una necesidad. Porque empleo el tiempo, ¿y qué vas a hacer si no tienes otra cosa?. Emplear el tiempo, prácticamente es la realidad, ¿no?. Porque gustar (...)*, con una vez que yo vaya a la parcela y lo cave y lo prepare tengo bastante. Pero sin embargo voy todos los días. ¿Por qué?, *por ir, por pasar el rato, porque no tengo otro sitio donde ir (...)* aunque está retirado está trabajando...» (EM9: 2-3 ó ver GD10: 3-4: «...trabajar trabajamos igual que antes, yo aún no he parado.

– Sí, pero tener esa tensión que tenías antes... ¡A las seis!, a toque de pito....» o ver EM11: 3, por ejemplo.)

Del trabajar después de la jubilación pueden extraerse dos ideas fundamentales: por una parte, la actividad como indicador indudable de calidad de vida de los mayores, y por otra, la actividad y el trabajo como «amortiguadores» o «rejuvenecedores» en la jubilación y la vejez. Es decir, el trabajo, además de aportar relaciones e ingresos (el trabajo como *medio para*), se convierte, según los «trabajadores jubilados», en una actividad como *fin vital* en sí mismo, para seguir sintiéndose más joven. De nuevo, recordamos el cambio de significado de la actividad, pero sigue siendo igualmente central en los mayores. Veamos las distintas motivaciones, con una ligera predominancia de las instrumentales en los mayores de menor estatus, y de forma general «para ayudar a los hijos» en sus negocios o empresas. También lo hacen para entretenerse y les hace sentir «más jóvenes».

«...tengo ahí un *cachito de parcela de mi suegro que tiene unos olivos y una higuera* y me voy y me entretengo en cavarlos y prepararlos, y eso es lo que hay. Porque no hay otra cosa y *si algún día sale algo que pueda hacer pues habrá que...*, porque si no esto es poco dinero. (...) *algunas cosas extra*, pero es que ahora no hay nada. (...) *carretera no quiero. La carretera no porque me dijo el médico de las cuerdas cervicales...*» (EM9: 2 y ver GD10: 4: «...*Esa obligación, yo, por ejemplo, no la tengo, pero no pasa día que no baje y esté allí un par de horas, acabando talonarios, acabando loterías. ¡Ché!, echando una mano a los hijos, y es raro el día que no bajo...(...) para que no se le acumule el trabajo al chaval...*»)

«...*soy feliz también así, ayudando a mi hermana en el comercio, pues es una alegría ayudar también, porque ella nos necesita y nosotras estamos contentas también...*» (GD9: 8)

«J- Sigo trabajando con la muchacha [Una hija que ahora lleva la tienda]. Me voy allí ahora y allí la ayudo.(...) como trabajaba antes tampoco, ya ni llevo cuentas ni llevo cosas...» (EM5: 1) porque *estoy más entretenida*, porque si por ejemplo me quedo sola aquí pues me aburro, ¿no?. Entonces me voy allí y hago algo y creo así que no soy tan mayor (...) *parezco más joven trabajando* (...) *No es que yo tenga tantas ganas de trabajar como antes, nada más que me gusta ayudarla*» (EM5: 2 y ver GD10: 5 ó GD7)

De la «obligatoriedad» del trabajo se ha pasado a la «libertad» y voluntariedad» de la actividad. Se trata de una «jubilación progresiva a la carta» desde el momento en que les ayudará a pasar a la jubilación de forma menos abrupta. Recordemos que «despojarse» de la noche a la mañana de lo que ha conformado la identidad no es fácil (Capítulo 8). Hay que tener otra actividad (por ejemplo, este trabajo remunerado a «tiempo parcial» que aquí estamos tratando) que conduzca

a una jubilación «flexible y progresiva». ¿Qué mejor transición a la jubilación que ir dejando de trabajar poco a poco de manera elegida? Sin embargo hay un debate encendido en torno a cuál es el punto óptimo, la edad, el momento para jubilarse (ver 8.2). En realidad lo que los trabajadores jubilados están haciendo es trabajar y jubilarse «por su cuenta» de forma extraoficial: jubilarse poco a poco y cuando ellos puedan/quieran. Esto lleva a muchas contradicciones. Por eso mismo tendrá que debatirse, aclararse e inventarse nuevas formas y posibilidades de transición a la jubilación. La jubilación al modo de estos «trabajadores jubilados» sería un ejemplo, porque hemos escuchado unos discursos más satisfechos y se intuye una mejor adaptación a esta etapa. Esto que hacen «espontáneamente» algunos mayores hoy habría que regularlo, proponerlo o contemplarlo oficialmente.

Algunas de las actividades que realizan no podrían definirse como «trabajo remunerado» en el sentido oficial, porque no se cobra por ello. Pero sí puede considerarse «trabajo» desde el momento en que la familia se ahorra tener que contratarlo-pagarlo. En el caso de productos agrícolas evitan comprarlos (GD7, EM9, EM10); en el caso de servicios o tareas de construcción (GD10) se evitan pagar «la mano de obra», los servicios. De cualquier manera, observamos una continuidad en algunos jubilados/as en los trabajos que hacían anteriormente y que posiblemente nunca dejarán de hacer. Pero recordemos que el ciclo laboral es distinto según el género¹². A partir de los 65 años el tiempo total dedicado al trabajo (profesional + no remunerado) de las mujeres queda por encima de las cinco horas aun después de los 65 años; sin embargo en los varones empieza a descender a partir de los 45 años para llegar apenas a las dos horas a partir de los 65 años (Ramos, 1995: 71).

«...las tareas del campo, arar por ejemplo, que tengo olivos, coger la recolección de la aceituna, de los higos, que también los tengo. Y etcétera etcétera, o sea que... tomates, las cosas del campo...» (EM10: 1)... *dos cachitos de fincas y todos los días voy a ellas. (...) tengo una finquita aquí abajo con un cuarto hecho, tengo ahí unas gallinas y unas cosas. O sea, que me sirve de entretenimiento, yo cojo el coche, me voy ahí por las mañanas y estoy por allí. Tengo unas viñinas sembradas, unas viñas, que este año se han secado todas las uvas, este año ha sido malo. Pero bueno, me hago mis tarrillas, pero bueno yo*

¹² Por ejemplo, en la juventud se coincide en la misma cantidad de horas de trabajo profesional y académico (algo más de cinco horas tanto para mujeres como para varones (Ramos, 1995: 68, datos del CIS, 1987, y Ramos, 1990). Sin embargo, en las edades adultas intermedias la situación es muy diferente: las mujeres aumentan el tiempo dedicado tanto al trabajo profesional como al doméstico; disminuyendo incluso el tiempo dedicado al trabajo remunerado, también de tiempo libre, y aumentando el dedicado a las tareas no remuneradas. Sin embargo, los varones concentran su tiempo en el trabajo remunerado y el tiempo libre.

tenía vino todo el año...» (EM10: 3)...para comer tengo nada más que eso, ¿eh?, ni un duro más... Los cachos de tierra me dan para eso, para esas cosas nada más, para el agua, la contribución, la luz y...» (EM10: 10 y ver GD7: 13: «...hago 20 botellas de tomate en conserva y las tengo para todo el invierno...»)

Ante la duda, ¿el trabajo tiene edad?, planteada hasta el momento, podemos decir que para determinados tipos de trabajos (sobre todo los que requieren condiciones físicas concretas como velocidad y fuerza, por ejemplo) sí que influye la edad. Pero no podemos decir lo mismo para la realización de todos los trabajos y menos aún para la actividad en sentido global. El trabajo tiene edad, pero para la actividad podemos decir un «no» rotundo.

«...si fuera más joven me gustaría seguir trabajando pero ya ¡tan mayor! que ¿quererme? sí, me quieren aunque sea mayor pero es que ya tan mayor pues... no me dejaron mis hijos trabajar, pero sino ¡uy! sí, ¡con lo que a mí me gusta trabajar!» (GD4: 2 y ver GD7: 19: «...no estamos para ir a fábricas porque las actividades de las manos y todo no tenemos los reflejos como los teníamos antes, y ya no puedes fiarte...»)

Llama la atención que muchos de ellos no otorgan a estos trabajos el significado «clásico» de trabajo como empleo. No hay consenso entre ellos al hablar de los trabajos que están haciendo ahora: son «trabajos más ligeros», distintos al que hacían... Lo que sí quedó claro en el Capítulo 7 fue el concepto de «trabajo» puro y duro, que es lo que ellos definen como «verdadero trabajo», es el que realizaron en su pasado. Generalmente las actividades de ahora son consideradas como «entretenimiento», pasatiempos y complemento de la pensión, pero no «trabajo», por ejemplo, «yo no quiero trabajar ya más (...) yo ya he trabajado mucho, ¿eh?, ya con mis chapucillas y mis nietos y eso yo ya me entretengo...» (GD4: 2).

La confusión del concepto trabajo con empleo, ya comentado en otra parte, también se percibe en los mayores. Para unos trabajar es «trabajar remuneradamente», para otros «trabajar» es igual a estar activo, realizar algo que «produzca algo, que aporte» (concepto más general relacionado más con el colaborar y ayudar aunque no se cobre dinero). No siempre coinciden con la idea de trabajo; la confusión de *animal laborans* con *homo faber*, siguiendo análisis de Arendt (1974), queda patente. La mayoría relaciona trabajo con remuneración y obligatoriedad. Para las mujeres, por ejemplo, el concepto de trabajo es más amplio: incluye trabajo doméstico, cuidados, voluntariado formalizado, por ejemplo. Algunos asemejan trabajo a remuneración y por ello se niegan a seguir activos, a que los mayores sigan trabajando. Otros lo equiparan a «actividad no remunerada» y así se acepta y justifica la continuidad de seguir «aportando», más que «trabajar»

do». Cuando dicen «trabajar» quieren decir «hacer algo más que ver televisión», algo más activo... Pero veamos de nuevo esta confusión y la falta de acuerdo:

«H.- Pero usted va a *trabajar en cualquier sitio, le ven y al contratista pues se le ha caído el pelo.*

M.-... No, pero si no es por esto, si es que ya...

H.- Pero si no le admiten, no le admiten.

M.-... dar algo tuyo para a los demás, ayudar.

M.- Que tú das pero recibes...

M.- *...no es trabajar, no es trabajar para ganar un sueldo (...)*
(GD3: 21)

Hemos de mencionar el caso especial de los prejubilados. Al tratarse de prejubilados tan jóvenes muestran una ligera insatisfacción en lo que hacen, quizá porque saben que podrían estar trabajando aún en otras profesiones. Eso les crea actitudes ambivalentes hacia la actividad: por una parte deseaban la prejubilación, pero por otra parte se «sienten muy jóvenes para jubilarse y ya mayores para seguir trabajando en otros lugares»... De hecho, parece que adoptan una estrategia intermedia: continuar trabajando de manera «extraoficial» (algunas chapucillas) y aumentar sus *hobbies* que nunca habían podido desarrollar por falta de tiempo (véase apartado 9.3 y 9.4).

«...hago lo que me apetece, porque tengo también..., yo también me dedico a *la huerta y a criar animalejos* y eso, pero vamos una cosa que hago por *distracción*, porque me gusta ocupar en eso el tiempo.

J.- Pues claro, *por distracción porque la ganancia no es nada, porque si vas a echar cuentas no sacas nada en ello (...)*, pero bueno, te distraes [refiriéndose al trabajo de la huerta particular]» (GD6: 8)

«M.- Pues, ahora que ya somos mayores no echamos de menos..., pero mira, *aún vamos a la panera. Así es que, aún vamos a la fruta y a la panera, que es a limpiar la uva*» (GD7: 8)

Aunque es en las áreas rurales e intermedias donde se concentran los mayores que continúan trabajando (agricultores, ganaderos, artesanos, pequeños empresarios, por ejemplo), también en otro tipo de profesiones (aparte de las cualificadas de estatus alto), en las zonas urbanas, los mayores continúan «en activo». En las zonas urbanas de algunos mayores de nuestro estudio (Getafe, Alcobendas) muchos tienen claro que seguirán trabajando mientras «el cuerpo aguante»; algunos identifican el dejar de trabajar, la jubilación, con «ir al hospital» (GD1: 5-6), enfermedad, inutilidad, ser mayor, vejez, muerte (véase Capítulo 8 y 10). Seguir trabajando es señal de que está uno más vivo (ver GD4: 9 y 2).

Pero no sólo los de menor estatus y ámbitos rurales continuaban trabajando, de forma remunerada. De hecho, los datos oficiales de continuidad en el trabajo más allá de la jubilación se refieren a profesiones más cualificadas. Como veremos, a lo largo de todo el Capítulo, el discurso de los mayores de estratos más favorecidos se caracteriza por el «podríamos hacer», por el deseo de seguir (o haber seguido) trabajando debido a las mejores condiciones de trabajo y a las actitudes más positivas (véase Capítulo 7) hacia el trabajo. Por eso mismo son los que más rechazan la jubilación y, por ende, muchos continúan también trabajando. Como observamos, las motivaciones de estos «trabajadores jubilados» son razones más expresivas que las de los de menor nivel socio-económico. No se trata de complementar la pensión (tienen pensiones altas) sino porque les gusta de manera intrínseca su profesión, su cargo, sus responsabilidades. Pensemos que la población activa de 65 años o más son principalmente trabajadores fijos y ocupados en sectores administrativos y de los servicios en general, con un grado de especialización elevado y una categoría socio-profesional que los incluye bajo el epígrafe de profesionales, técnicos, jefes, directores, etc. También es elevada la proporción de los empresarios no agrarios con o sin asalariados, así como los profesionales por cuenta propia, agricultores, entre otros¹³.

«...y es que yo *no paro de trabajar continuamente, leo, leo muchísimo, escribo también mucho (...)*

(...)- Sigo trabajando pero no ya en la enseñanza ¿no? y con una responsabilidad ¿no?» (GD5: 3-4)

«... Ahora, particularmente que he tenido *siempre un horario y unas obligaciones, se ve uno muy suelto y muy libre y disfruto pues de, cada uno a su manera, en mi caso compro el diario, me voy a la casita, me entretengo trabajando el campo y me lo tomo con un sentido deportivo, de deporte, y veo que me sienta muy bien... pero al mismo tiempo pienso: si empezara trabajar ahora diría 'ché, pues no...'*» (GD8: 5)

«...el que puede hacer cosas clandestinas ese es el que se queda por ahí trabajando en casas...

- Nadie se jubila; todos hacen después algo.

- Un fontanero; un fontanero va y pone, en casa de la hija un no sé qué...» (GD8: 20)

¹³ Continúan trabajando los que eran autónomos, los clásicos «oficios» manuales, o los trabajadores y empresarios por cuenta propia (sean del nivel que sean). Según el INE, el sector de actividad que mantiene mayor proporción de activos es el de servicios, seguido del agrícola. En la industria y construcción se mantienen las tasas más bajas por tratarse de trabajos que requieren mayor esfuerzo físico (Campo y Navarro, 1985).

«...loco por jubilarme, sin embargo me dedico pues, a un poco de contabilidad, un poco de administración, y en fin (...) a mí la lectura me atrae mucho y trabajar, sigo trabajando, en cuatro cosillas..., las cosas de la casa ¡todas!, o sea que no paro de trabajar, yo moriré trabajando porque no he hecho otra cosa en mi vida nada más que trabajar, pero en mi profesión y bajo una empresa estaba loco por irme...» (GD5: 4)

«...yo seguí trabajando porque yo, me jubilé pero, oficialmente, y me hicieron ir todavía algunos años, que iba por la mañana y no me querían soltar, y me decían: «pues venga usted los miércoles, o...»(EM12: 5)

La necesidad de «aportar» no aparece de forma tan intensa en los discursos de los jubilados de estatus medio y bajo que, aparentemente, parecen más satisfechos de lo que hacen y deseaban la jubilación como modo de «liberación». El discurso de los de mayor estatus se coloca en el plano del «me gustaría», del deseo, es decir, enfatizan que podrían aportar aún mucho a la sociedad en su profesión. Repetidas veces mencionan el sentirse «desaprovechados», el potencial que la sociedad no aprovecha de ellos. Estas opiniones esconden un «discurso de la inutilidad» latente, pues no aceptan que los mayores no aporten nada (véase Capítulo 8, GD5: 16-17, GD5: 29 y 39 ó GD8: 18).

En fin, de este trabajo «después de la jubilación» puede beneficiarse la sociedad, pero ello también está siendo causa de críticas por parte de los que piensan que es mejor una jubilación anticipada para que los mayores dejen libres puestos de trabajo. En el fondo de la cuestión está que la ocupación de los mayores en una sociedad de paro parece utópica y no conveniente. Tal como señala Araguren (1992: 59), «es la revolución tecnológica más que la continuidad de los viejos en su trabajo la causa del paro (...), donde no interviene la tecnología, el trabajador veterano continúa siendo difícilmente sustituible». Pero el potencial laboral de los mayores está creando especial controversia: parece que aumenta el miedo a que «quiten» puestos de trabajo y entonces se les anima a jubilarse anticipadamente; pero, por otra parte, también quiere fomentarse que continúen estando activos y no «echar por la borda» este capital humano. Pero ¿se les anima a trabajar para que no sean un gasto (tesis economicista) o por su bienestar (tesis humanista)? ¿Hasta qué punto es positivo que los mayores trabajen? ¿El derecho al trabajo debería ser sin edad? Aún no hay demasiado acuerdo sobre la mejor respuesta a estos interrogantes.

La suposición de que los mayores trabajen de forma remunerada oficialmente precisa de un replanteamiento de los sistemas de pensiones, de la edad de jubilación y de otros mecanismos y pautas del mercado laboral. Esta medida requeriría una jubilación flexible y voluntaria que no se guiara por criterios

de edad sino por variables de capacitación de la persona. De todas maneras, esta opción plantea muchos debates acerca, por ejemplo, de la «intrusión» de los mayores que podrían estar restando puestos de trabajo a los jóvenes (y por ello recibirían presión y críticas) si permanecen en activo más allá de los 65 años; el 57% de la población considera que los mayores de 65 años si trabajan están quitando puestos de trabajo a los más jóvenes (INSERSO, 1995b: 15). Los límites de la participación social de los mayores abren un nuevo debate porque sus aportaciones no están claras. Por una parte se desean, pero por otra no se consideran convenientes. No obstante, ello no exime a la sociedad (ni a los mayores) de la responsabilidad y urgencia de dar (de «construir») un nuevo papel para los que puedan y quieran seguir activos de forma compatible, eso sí, con las tasas tan elevadas de desempleo.

9.3.2. Camino a la *visibilización* del trabajo no remunerado

El presente apartado se centra en la indagación sobre tres tipos de actividad: 1) las tareas del hogar, 2) el cuidado de otras personas y 3) el trabajo no remunerado en el ámbito social o extrafamiliar. Todas estas actividades voluntarias y no lucrativas, sean desarrolladas en el ámbito doméstico o en el ámbito social¹⁴, se encuadran dentro de lo que se viene denominando *economía informal*. De hecho, muchas personas cobran y viven de estos trabajos (asistentas, cuidadores, etc.) y son profesionales de los mismos. Pero aquí nos referimos a la realización de estas tareas por las personas mayores sin recibir remuneración. En medio de la desconsideración social de estas actividades, el objeto de este apartado es «visibilizar», profundizar y redefinir las mismas a través de los mayores.

Todos los trabajos no remunerados (domésticos, compras y otras gestiones, cuidados a otras personas, voluntariado) suelen llevarse a cabo de forma voluntaria y gratuita, pero muchas veces no han sido elegidos (por ejemplo, las tareas domésticas adjudicadas socialmente a las amas de casa). Estas tareas, a su vez, restan tiempo a las actividades de otro tipo (las de ocio), y su realización suele destinarse a otras personas. Ahí están las principales diferencias con las prácticas de ocio, que suelen ser elegidas, ejecutadas en

¹⁴ La diferencia de las primeras con las terceras estriba en que las primeras (mayoritarias) siguen sin estar reconocidas socialmente en comparación al tercer tipo de actuaciones, que aunque recientes (y cada vez menos minoritarias), parece que están cobrando mayor significancia social y económica. De todos modos, si los tres tipos de aportaciones son «invisibles», las primeras lo vienen siendo ya de forma tradicional, y la tercera porque aún no ha cuajado entre los mayores.

el tiempo libre y por motivos de satisfacción personal o como pasatiempo. Las actividades de voluntariado, sin embargo, se sitúan a caballo entre las actividades no remuneradas (porque también podrían constituir un empleo), las de ocio (porque son elegidas voluntariamente y ocupan el tiempo libre después de otras obligaciones) y las actividades sociales (fuera del ámbito familiar). Sin embargo, el trabajo con «bata, pijama, en casa y sin salario» no es valorado socialmente y ni es actividad de ocio ni de realización psico-social.

9.3.2.1. TAREAS DOMÉSTICAS: DE LA COSTUMBRE A LA DESVALORIZACION

En esta etapa se vivencia un incremento del tiempo en actividades no remuneradas (ámbito doméstico y ámbito social), pero sobre todo en el ámbito doméstico, pues la participación en el entorno social sigue siendo minoritaria. En cuanto a los discursos sobre la domesticidad la característica general que se percibe es una «generización» de las tareas; es decir, reparto claro de trabajos entre hombres y mujeres, siendo las mujeres las que siguen centralizando las tareas domésticas y el cuidado a otras personas.

El tiempo dedicado por las personas mayores al trabajo no remunerado dentro del hogar nos interesa tanto como tareas que ocupan el mayor tiempo libre en la jubilación como desde el punto de vista socio-económico. Estas funciones reportan un elevado beneficio económico desde el momento en que las familias se ahorran pagar a otras personas su realización. Este tipo de funciones actualmente sigue siendo infravalorado, es «invisible» y no reconocido a nivel social. Paralela situación se observa con el rol desempeñado por las amas de casa de cualquier edad¹⁵.

Según varios estudios, y en concreto la encuesta CIRES sobre «Los mayores» (1995), es bastante frecuente que la gente mayor realice trabajos no remunerados dentro del hogar. El porcentaje de personas que realizan estas tareas dentro del hogar es bastante mayor entre las mujeres que entre los hombres. Las funciones domésticas pueden ser: alimentación (preparación alimentos); limpieza y orden del hogar; limpieza (tender, planchar, coser) de ropa y calzado; cuidado

¹⁵ Este apoyo informal se está comprobando que ayuda a paliar los huecos que las aportaciones gubernamentales no cubren y, al mismo tiempo, está haciendo contener muchos costes a las entidades públicas y a la sociedad en general. Las amas de casa suponen más del 18% de la riqueza de nuestro país, según información del *III Congreso Mundial de Amas de Casa*, celebrado en Madrid (junio 1998).

animales y plantas; adquisición de bienes y servicios (compra de alimentos, productos de limpieza, compra de bienes duraderos, etc.); otras gestiones del hogar. La cantidad de tiempo dedicada por las mujeres a la producción doméstica no experimenta a lo largo del ciclo vital una disminución proporcional a la que experimenta la dedicación de los varones a la producción para el mercado de trabajo. Cabe destacar, en este sentido, que las mujeres mayores siguen dedicando una gran parte de los días laborables (y también fines de semana, como veíamos en el Capítulo 9.1.) a la realización de las tareas domésticas. Paradójicamente, las jubiladas vuelven al hogar que «nunca» han abandonado. Incluso las trabajadoras han tenido que compatibilizar el empleo con las tareas del hogar, que nunca abandonan. Han soportado la sobrecarga y conflicto de roles que esta situación conlleva. En la producción doméstica no existe, por tanto, un momento equiparable al de la jubilación. El ama de casa, con sus múltiples papeles, «sólo se jubila cuando se muere», pues «no existe la jubilación del ama de casa», tal como ellas mismas expresan.

Veamos algunos datos. De los hombres mayores sólo el 16% frente al 60% de mujeres lleva a cabo frecuentemente tareas domésticas (CIRES, 1992); mientras el 57% de los varones no se ocupa nunca de ellas, sólo el 17% de mujeres deja de realizarlas. Las mujeres siguen invirtiendo su tiempo en las tareas domésticas y otras actividades familiares (compras, cuidado de otros, gestiones y recados) y los hombres participan más en juegos con otros, van más a los Hogares, caminan y leen más, visitan más a sus amigos y escuchan más radio o ven la televisión, todo ello con mayor frecuencia y cantidad de tiempo que los varones de otras edades (Durán y Rodríguez, 1996; CIRES, 1992).

Esta continuidad del rol de ama de casa puede tener consecuencias positivas. Estas tareas siguen imponiendo a las mujeres una estructura temporal y esto puede desembocar en un mejor ajuste psico-sociológico en esta etapa. El hecho de no tener que compatibilizar el trabajo remunerado con el no remunerado supone una mayor organización de éste, lo cual es percibido de forma positiva por las mujeres. Pero no debemos olvidar que la jubilación, si bien supone una disminución del conflicto de roles provocado por la necesidad de compatibilizar diferentes tareas, supone también una vuelta al rol de ama de casa, lo que puede tener una incidencia negativa en la forma en que las mujeres trabajadoras afrontan su jubilación. El grado de identificación con el rol de ama de casa es claramente mayor entre las mujeres de clase social media-baja, quienes, a su vez, se identifican menos con el rol de trabajadoras fuera del hogar. Estas diferencias entre las mujeres de estatus social medio-alto y medio-bajo, que fueron tratadas en otras ocasiones (Agulló y Garrido, 1996, 1997a), se traducen en diferencias en la forma de percibir la vuelta a las tareas domésticas.

La estructura familiar y el tamaño del hogar son factores fundamentales que inciden en la proporción de tiempo que las mujeres jubiladas dedican a estas actividades. Como es lógico, las demandas generadas por el núcleo familiar van siendo menores a medida que avanza el ciclo de la vida familiar y esto se refleja en una menor dedicación de las mujeres, tanto amas de casa como jubiladas, a las tareas domésticas. No hay que olvidar, sin embargo, que si bien las demandas generadas por el núcleo familiar propio comienzan a ser menores, es bastante frecuente que las mujeres mayores, tanto amas de casa como jubiladas, desempeñen tareas remuneradas fuera de casa, en casa de hijos y, sobre todo, de hijas. Pocos estudios son los que reparan en estas aportaciones de las mujeres mayores fueran de su ámbito doméstico. En el estudio de Tobío, Fernández Cordón y Agulló (1998), sin ser el objetivo central de investigación, se pudo comprobar cómo las madres de las entrevistadas (las mujeres mayores, las abuelas) eran la persona principal de apoyo entre los distintos miembros de la red familiar que colabora con las madres jóvenes trabajadoras¹⁶.

Otra observación importante es el hecho de que algunas veces son las propias mujeres las que defienden su papel central de ama de casa como «territorio propio» y perpetúan, consciente o inconscientemente, estas desigualdades. Esta situación se sigue manteniendo porque desde un punto de vista histórico-social a la mujer se le ha otorgado como rol principal el de ama de casa y madre. Obviamente, las amas de casa (sobre todo las de más edad, que tratamos en esta tesis) defienden su papel de *perfecta casada*, de *madre tierna*, de *buena hija* y, en fin, de cuidadora infatigable, como veremos en el próximo apartado. Bajo los conceptos de instinto maternal y amor de madre se han venido justificando biológicamente todas estas funciones familiares que eran (¿son?) atribuidas a la mujer por motivos sociales y culturales. Esta tendencia se acentúa en las amas de casa mayores porque, entre otros motivos, estos papeles son lo que les ha conferido (y confiere) una identidad y autopercepción positiva. Es lo que hemos denominado en nuestros análisis el «discurso tradicional» de las mujeres mayores, que aún predomina en muchas de ellas. Pero junto a este discurso emerge otro más moderno o renovador, o como mínimo «ambivalente», de protesta hacia esta «generización» doméstica.

¹⁶ El estudio titulado «Análisis cuantitativo de la estrategias de compatibilización familia-empleo en España», a través de una muestra aplicada en el territorio español de 1.206 entrevistadas (mujeres trabajadoras con algún hijo menor de 18 años), confirma este apoyo de las mayores en el ámbito doméstico.

9.3.2.1.a. Centralización femenina y rechazo masculino

Dos ideas fundamentales, tal como expresa el título, se extraen en torno al trabajo doméstico: las mujeres centralizan las tareas y el espacio domésticos y los hombres muestran un rechazo bastante acusado. En relación a las mujeres, aunque el discurso predominante es el de «queja» por tener que realizar estas tareas «eternamente», encontramos al menos tres tipos de discursos intragénero oscilantes, en un eje imaginario, entre las tareas como una *costumbre aceptada* al polo de rechazo y *desvalorización* que sienten sobre las mismas:

- Un discurso «conservador o tradicional», de resignación y conformismo ante las tareas domésticas, que generalmente casi nunca se han planteado abandonar. Lo encontramos en las amas de casa mayores que nunca han trabajado o que habiendo trabajado han dado absoluta prioridad al papel de ama de casa y madre. Las tareas son percibidas como deber, como *costumbre obligada* (las tareas como *costumbre*).
- Un discurso «moderno o renovador», en el que la protesta consciente y continua queda patente, y la intención de «huida del hogar» se refleja con claridad. Se encuentra mayoritariamente en las jubiladas, en las que han trabajado de forma extradoméstica. Es la negación y el *rechazo* hacia las tareas (las tareas como *rechazo*).
- Un discurso «ambivalente», mayoritario, en el que se quejan de su «eterno papel de ama de casa», pero aceptan la situación estoicamente; se resignan porque no ven otra salida, *¿qué tenemos que hacer?* En fin, muestran una *desvalorización pero aceptación* de las tareas. Es observable en la mayoría de las mujeres mayores (las tareas como *aceptación*).

EL DISCURSO TRADICIONAL O CONSERVADOR de las mayores suele ser representado por las que han sido amas de casa en exclusiva, o las que aun habiendo trabajado remuneradamente, su papel central ha sido «sus labores». En muchas mujeres de nuestro estudio hemos encontrado este tipo de discurso. Como estamos comentando, ni la jubilación ni la disminución de las demandas familiares que se produce como consecuencia de la independencia de los/as hijos/as impide, por tanto, que las mujeres sigan soportando una multiplicidad de roles: «abuela», «madre», «asistentas», «ama de casa», «enfermera», «cuidadora», por enumerar los más relevantes. Según Scherler (en UDP, 1992), ser mujer y mayor es un «doble lastre» que hay que soportar; en palabras de esta autora, «muchas mujeres que se han consagrado a su familia, las que han engrosado la cohorte de los 'sin profesión' y sin embargo lo han sido todo a la vez: ama de casa, esposa, madre, enfer-

mera, cocinera y educadora, por no citar más que sus principales actividades» (pág. 172).

Entre ellas, hemos de decir que unas muestran más satisfacción que otras hacia la realización de las tareas del hogar. Casi todas se quejan, pero llevan a cabo estas tareas con total dedicación, como un «verdadero trabajo», con «significado pleno», debido a que se trata de las actividades que han centralizado su vida. Suelen mostrar actitudes de resignación y conformismo ante lo que les ha «tocado» hacer desde siempre.

«- Si es que es una vida muy... igual... *siempre con la casa, con los nietos, ahora he estado con mi madre murió muy mayor...*

- Si es que *nunca acabas* de hacer cosas...

(...)- Sí, pero *todas tenemos obligaciones* ¿eh?

- Ya, ya, pero unas más que otras...

- Es que *además ¿qué haces? al menos ayudarles un poco, les ves que todos van...* (GD2: 10 y EM7: 3)

Vemos que la pauta de pasividad y confinamiento al hogar que resumen con la expresión «estar quietecita en casa» sólo se vislumbra en los discursos de mujeres. Su espacio privado se confunde con el espacio doméstico. Murillo (1996) desarrolla ampliamente la diferencia entre vida privada, doméstica y pública, para uno u otro género. Siguiendo la tesis de esta autora, si para los hombres parece clara su vida privada, como algo íntimo y como posibilidad de disfrutar de la individualidad, en las mujeres no ocurre lo mismo. La privacidad de las mujeres se define casi siempre en relación a los otros y al espacio doméstico. Su vida privada sigue orientada al cuidado —afectivo o material— y a la atención a los otros.

Sin embargo, los hombres han podido elegir (y eligen) estar en la calle y, aunque no hagan nada en especial, buscan el espacio público. En cualquier caso, disponen más claramente de su privacidad, domesticidad o relaciones sociales. Por contra, las amas de casa o las mujeres que han trabajado por motivos más instrumentales (la mayoría) parece que se sienten más cómodas en el espacio privado (¿doméstico?) que han tenido que hacer «suyo». Sin embargo, reconocen que siguen igual de sobrecargadas con las funciones hogareñas, pero ahora disponen de una pequeña parte de tiempo propio que antes era usurpado por la multitarea trabajo-casa-hijos, de la que, en parte, se han liberado.

«...ponerte en actividad con otras personas, pero *con este calor, cuanto más quietecita estés en casa mejor.*

- Ahora el trabajo de la casa, *cocinar, limpiar, y es que limpiamos más que limpiábamos antes*, pues..., el trabajo no nos lo acabamos.
- Planchamos más que nunca.» (GD9: 3 y GD4: 7)

Un indicador claro de que «el papel de ama de casa» es aceptado con resignación podría ser la «poca protesta» de muchas de ellas ante la obligatoriedad de tener que realizar todas las tareas del hogar, que siguen centralizando. Se trataría de transcribir los silencios y gestos de conformismo de muchas de ellas que, obviamente, no se pueden plasmar con palabras. El silencio delata esta actitud más conservadora que aún persiste en muchas de ellas. Se percibe cómo algunas no son apenas conscientes de lo «sobrecargadas y discriminadas» que han estado, se resignan y tampoco critican tanto su pasado. A veces ni ellas mismas lo aprecian, no se dan cuenta del valor que tienen, no se plantean que es un trabajo como otro cualquiera y que no tendrían porqué realizar. Al preguntar a qué dedican su tiempo muchas mayores suelen responder en principio «*a nada*»... y después avanzando en las entrevistas descubrimos que están ocupadas todo el día con quehaceres domésticos o familiares. Detrás de esta «no respuesta» se esconde la auto-desvalorización, derivada en parte de la desconsideración social de estas tareas como «actividad y/o trabajo». Reducen el concepto de actividad/trabajo a algo más extraordinario y relevante que a las funciones domésticas. Tras el discurso conformista también puede estar encubierta la «suposición» de que ellas tienen que seguir haciendo estas tareas como siempre. La internalización de este rol como «obligación» es tal que no se plantean en ningún momento la ruptura o puesta en duda del mismo. Piensan que las tareas domésticas son fáciles de desempeñar sobre todo para las que han tenido que hacer compatible el hogar y su trabajo remunerado. Ahora parece que no tienen que hacer nada; «sólo» tienen que hacer lo de casa, pero aún así notan más el cansancio que antes.

«- (...) yo de 56 ó 57 años, *yo limpiaba en casa y me iba a trabajar... hacía toda el trabajo de casa y me iba a trabajar y ¡bien!*. Y ahora hago el trabajo de casa (- Y me canso como un burro), y me siento y digo «*ya no tengo ganas de hacer nada*» y sólo he hecho lo de casa....» (GD9: 8)

«...*Nada, la vida normal, hago las cosas, si tengo que salir voy a comprar...*» (EM17: 6 y EM4: 10).

Debido a la centralidad de las tareas domésticas y cuidados que usurpan tiempo propio a las mayores, la uniformidad de actividades entre ellas es mayor. Esto deviene en una autoidentificación como «amas de casa» tanto por

parte de las mismas (lo cual es comprensible) como por parte de las trabajadoras. Las trabajadoras prefieren este concepto, inclusive el de «sus labores», al de jubiladas, ancianas o mayores (véase Capítulo 11). Las amas de casa parece que siguen identificándose con este rol porque prefieren y les gusta la realización de estas tareas debido a que, obviamente, es en lo que se sienten «más seguras y cómodas», en lo que tienen más práctica, lo que siempre han hecho y lo que les reporta identidad. No han cultivado otros *hobbies* y otro tipo de participación como pudieron hacer sus maridos después del trabajo.

«— A mí la cocina también me encanta.

— A mí me gusta más limpiar, yo soy maniática de arreglar, de ordenar...

— A mí me gusta más cocinar...» (GD9: 6)

Otra muestra de que el discurso tradicional sigue estando bastante arraigado es el hecho de que las mujeres siguen dando prioridad a estas actividades antes que a otras. Tal como muchas manifiestan, «lo primero es la casa y si sobra tiempo lo demás...». La centralidad del hogar y familia sigue estando patente. Es la ausencia de descanso y «jubilación» para el papel de ama de casa. Por tanto, aunque dedican tiempo al ocio, siempre es después de sus obligaciones familiares y sociales. Pautas parecidas siguen incluso las que han sido trabajadoras fuera del hogar (excepto las que tienen un discurso «más renovador», tratado más adelante). En cambio, en los hombres se observa una priorización de las actividades extradomésticas en todo caso.

El tema de las tareas del hogar las conduce a una discusión sobre si ahora están más libres que antes o es sólo una «ilusión exagerada». Reconocen que LA MUJER, en mayúsculas y en conjunto está mejor hoy..., pero para las mujeres mayores, ¿de qué liberación hablamos? Para el caso de muchas mayores esa liberación aún no las ha llegado. Esta situación cambiará en un futuro, pero ellas «ya no lo verán».

«...no, yo creo que todas, las mujeres, yo creo lo tenemos muy mal...

— Pues yo creo que ahora estamos mejor que antes...

— ¿Tú crees? Yo no lo sé

— Al menos estamos algo más libres que antes, por lo que decíamos de salir y eso...

— Ya, ya, pero de lo demás yo no veo...» (GD2: 10)

UN DISCURSO RENOVADOR, AÚN EN CIERNES, refleja una protesta consciente y bastante insistente. Sería el discurso más «feminista» de entre las voces de las mayores. Cada vez más mujeres son las que muestran esta actitud e

intención (aunque no lo consigan) de «huida del hogar» y de acabar con el hecho de que las tareas domésticas sean el núcleo de «su vida». Según sus opiniones esta posición es la que las confina al hogar, y lo que es peor a la desvalorización social resumido en la expresión de «marujas», concepto —mejor dicho, imagen social— frente al que se sublevan (véase Capítulo 10). Aún no son demasiadas las que representan este tipo de discursos, pero es una minoría incipiente cuyo discurso, más bien, heredarán —y han heredado— generaciones venideras. Suelen caracterizarse por haber sido trabajadoras remuneradas, sobre todo de ocupaciones de nivel medio y alto, y son las que ahora son más activas, en concreto más allá de la esfera doméstica. No se conforman en que el papel de ama de casa sea central en su jubilación y posterior vejez.

Ya vimos en Agulló y Garrido (1996) que las mujeres de estatus medio o elevado cuentan con ayuda externa para la realización de estas tareas, lo que las convierte, lógicamente, en más llevaderas. Es frecuente que las mujeres de clase media-alta desarrollen dentro del hogar tareas organizativas más que ejecutivas. Las condiciones de trabajo son más favorables y la insatisfacción con el mismo es menor que en el caso de las mujeres de clase media-baja. El grado de identificación con cada uno de los roles (ama de casa o trabajadora) incide sobre la satisfacción y sobre los significados hacia las tareas domésticas y hacia la jubilación.

En las mujeres menos tradicionales —en este sentido— escuchamos un discurso de rebelión, de ruptura con el papel tradicional que sigue «atando» a las mujeres, y lo que es más relevante, las condena a permanecer en el espacio doméstico. Frente a la mayor libertad que adquieren los hombres, las mujeres ven las tareas del hogar como un handicap para su vivencia de la jubilación y envejecimiento, y lo que es más importante, paraliza «la liberación de las mujeres» de más edad.

«...yo por ejemplo *muchas veces me sublevo contra mí* porque lo primero no soy tan mayor, tengo ahora sesenta y siete años y me encuentro bien, pero ¡claro! (...) *¡me ata mi hijo!, pues no puedo decirle a mi hijo cierro la puerta y me marcho y ahí te quedas con tu amargo, no puedo y también te sublevas, te sublevas* porque yo me sublevo, me sublevo por eso, porque yo podría hacer otra actividad, yo podría... trabajar ya... no, porque...(...) viene el hijo y ¿qué haces?, ¿cierras la puerta?, ¿echas el enfermo a la calle? (...) pues no, tienes que abrirla, ahora, no te puedes mover, *te tiene atada de pies y manos* y eso...» (GD3: 14)

Aunque en general todas se quejan de la obligatoriedad del trabajo doméstico, las que han sido trabajadoras fuera del hogar reconocen que su vi-

sión y actividades más orientadas hacia el exterior contrastan con el discurso más resignado y de conformismo (tradicional) de las que han sido amas de casa exclusivamente: «...las personas que no han trabajado, que no han salido de casa para trabajar, están ya en casa más... más tranquilas, se conforman con lo que tienen en casa, sota, caballo y rey. Nosotras, que hemos trabajado fuera, es que tenemos que salir... (G2: 3-4)

Ya quedó claro su discurso de queja sobre el pasado (en comparación a la situación de las mujeres de hoy), pero que en la actualidad arrastran y prolongan aquella situación más deteriorada respecto a los hombres de sus edades o de las mujeres más jóvenes. Son las que se sienten «más desgraciadas» sobre todo porque no han podido elegir: no han tenido libertad ni capacidad de decidir si querían estar en casa, tener hijos, trabajar, producir, reproducir o hacer todo a la vez (véase Capítulo 7).

«...hemos sido bastantes desgraciadas, hemos tenido una época... mira vosotras las jóvenes al menos ahora podéis elegir entre quedaros en casita o salir a buscaros el pan... Pero nosotras, yo creo que todas las que estamos aquí y más... hemos tenido que hacer lo que había que hacer porque así estaba montado, era otra vida...»

– En eso tienes razón, pero bueno, ¿qué íbamos a hacer?, trabajar y trabajar, en casa y fuera...» (GD9: 3)

Contrasta este discurso de queja concienciada frente a los discursos de los hombres, que nunca tienen este tono desesperado por las obligaciones familiares que «tienen» que realizar: ellos «se sienten» más libres. El discurso de libertad de los jubilados se contrapone al discurso de «obligatoriedad y frustración» de las mujeres. En fin, estas mujeres establecen una clara relación con la «obligatoriedad de tareas» y una peor vivencia de la jubilación por no tener apenas tiempo libre en relación a la libertad que disfrutaban sus coetáneos. Para legitimar su discurso de queja se comparan con los hombres de sus edades, o con las mujeres más jóvenes, pues si se contrastan con la situación pasada su discurso es más positivo, más conformista. Según el punto de referencia (mujeres jóvenes, pasado o jubilados) podemos decir que las mujeres tienen un discurso más tradicional y conformista o más moderno y de protesta.

Esta minoría que está «rompiendo la tradición» son las más activas y concienciadas de que su situación es claramente discriminatoria. Son las que tienen un discurso más «moderno», que intenta quebrar la relación «mujer mayor=hogar, mesacamilla». Recriminan a los hombres porque son «machistas irrecuperables», pero su enfado aumenta cuando observan que sus compañeras de edad también son igualmente sexistas. Tienen presente que son duramente

criticadas, tanto por las demás mujeres como por las vecinas más «próximas» en el espacio y tiempo (misma generación, mismo hábitat), pero «alejadas» en sus discursos e ideas. Aún sigue siendo «mal visto», y sobre todo en estas edades, que las mujeres «desatiendan» su casa y se dediquen a otras actividades. El hábito «moderno» de limpiar «cuando se pueda» o «cuando se quiera» (por ejemplo, los fines de semana, como una participante del GD2 manifiesta) no está bien considerado. La pervivencia de la pauta sobre que «la mujer tiene que atender su casa y a su familia antes que nada» puede dejar, en el fondo, latiendo el sentimiento de culpa en algunas de estas mayores que no son amas de casa como «marca la tradición», como «Dios manda», como siempre.

«...los sábados y los domingos no salgo porque como estoy todo el día en la calle, *que las vecinas y todo me critican, que me da igual porque me lo dicen, que cuándo hago las cosas* y digo: «Pues las hago, pues cuando me conviene», digo: «Tú, como no vienes a hacérmelas, pues están sin hacer». Y resulta que yo me voy por la mañana, me voy a la gimnasia, de doce a una, vengo de la gimnasia, como,... (...) *sábado y domingo, pues me doy la paliza, pero con mucho gusto* y mi marido me lo dice: «Tú no te preocupes» y mis hijos igual: «Tú, mama, tú haz las cosas, *que si las vecinas murmuran*» (– ¡Qué les importa!...) hoy (...) todo el día he estado en mi casa, y *tan a gusto, haciendo limpieza general y así estoy de ancha...*» (GD2: 9-10)

Algunas empiezan a reconocer tímidamente que «no tienes ganas de hacer nada», que «hacen lo mínimo» en su casa... Esta actitud que parecía impensable hace unas décadas (una mujer que no atendía su casa y a su familia no era una «mujer completa»; el mito de la «*perfecta casada y madre tierna*») es el que empieza a emerger en estas mayores ya que, por supuesto, en las generaciones de jóvenes es predominante¹⁷. Pero los discursos de las mujeres mayores hemos visto que están en otra línea. Repetimos, algunas de las mujeres manifiestan un discurso verdaderamente rompedor porque sus coetáneas y la sociedad general espera de ellas que sean amas de casa principalmente, y ellas se revelan contra esta tendencia general y esa pauta de «deseabilidad social», de cumplir lo que la sociedad espera de ellas. De hecho, es patente el aumento de actividades extradomésticas (cursos de alfabetización, asociacionismo, otros) que las

¹⁷ En cualquier caso, no todas las jóvenes «rechazan» el papel de ama de casa (¿regresión al papel tradicional?) por motivos bien diversos: pocas posibilidades en el mercado de trabajo de encontrar un empleo cualificado, poca necesidad (económica o expresiva) de tener que trabajar remuneradamente, por ejemplo, hace que «prefieran» estar en casa como un «mal menor» (véase Tobío *et al*, 1996).

mayores están realizando. En números absolutos su participación social aún es baja, pero está incrementándose (y empieza a reconocerse) su papel en contraste con la invisibilidad que hasta ahora las caracterizaba.

«...acabamos de cenar, *fregamos si tenemos ganas*, y si no, a sentarnos a la calle, al fresco...» (GD7: 9)

«- (...) vas a misa y cuando vuelves *ya no tienes ganas de hacer nada*. A ver la tele.» (GD9: 3)

«- (...)... yo hago lo mínimo (...)» (GD9: 3)

«- «*Bandolear*» es lo que más me gusta a mí; *coger el bolsito e irme* es lo que más me gusta, *bandolear*, dar vueltas por ahí, ir a misa...» (GD9: 6)

Sin embargo, el resultado de mantener estas actitudes más renovadoras hacia el trabajo doméstico y «querer» escapar del hogar produce en muchas mujeres (como se ha observado) una sobrecarga de actividades y de roles más acentuada que las amas de casa exclusivamente. Este cambio a mayor actividad, que a veces puede ser negativo (cansancio, fatiga) produce que algunas jubiladas rechacen la jubilación desde el momento que saben que eso va a conllevar la «vuelta a casa» (véase Capítulo 8), aunque se liberen del trabajo remunerado. Preferían estar «sobrecargadas» dentro y fuera del hogar que volver a «encerrarse» en casa. Pero este es el caso de las que más han disfrutado en sus trabajos (estatus medio y alto), que son la minoría de las mujeres aún. Las más activas en la jubilación suelen ser las que han trabajado antes y no tienen familia que atender (por el «nido vacío» o viudedad, por ejemplo). Todos estas dimensiones marcarán una mayor/menor sobrecarga de tareas y por tanto aceptación o rechazo hacia las mismas.

«- ... ya te has jubilado, ya te has quitado de ahí y *ya se te cae la casa encima*, no digas que no. ¡Hombre! ahora no porque yo también soy mayor, pero ahora estoy aquí y tengo más actividades, a lo mejor, que antes porque ahora tengo más, más jaleo, más... que si voy aquí, que si voy allí, ¡que *no paro en mi casa!*, que yo mi hija... mis hijas me llaman y me llama mi hija anoche y me dice: «Pero mamá, ¿dónde andas?» (...).

- Y mi hija, ¿sabes lo que dice mi hija?, cuando tiene que ir a algún sitio y llama por teléfono y dice 'Mamá, ¿estás libre este día?'...» (GD2: 23)

Las viudas con pocas obligaciones familiares parece que se sienten más liberadas (no siempre, otras se encierran y «entierran» en sus hogares tras enviudar), pero ¿y las mayores que tienen marido, padres mayores, nietos, hijos no emancipados que atender? Éstas son las que representan el discurso de la que-

ja frente al «discurso de la liberación y emancipación» emergente. Ello dependerá de la situación familiar, salud, estatus (...), pero sobre todo de las «obligaciones familiares», cuyo factor no incide —ni ha incidido— apenas sobre el ritmo vital de los hombres. De todas maneras, pensemos que actualmente la familia y tener hijos sigue siendo un obstáculo para la carrera profesional de las jóvenes. Un porcentaje muy elevado (57,9%) de madres trabajadoras (véase Tobío, Fernández Cordón y Agulló, 1998) piensan que tener hijos menores de 18 años es un obstáculo para sus profesiones; sin embargo, el 81,5% de las mujeres entrevistadas opina que los hijos son «indiferentes», no «entorpecen» la carrera profesional de los hombres.

En resumen, este desprecio (o al menos pérdida de interés) hacia las tareas del hogar, que viene refrendado por la desvalorización de la sociedad general, parece que se esconde tras el discurso de las mayores que no sólo hablan del hogar y familia, sino que van más allá, hablan de otros temas y otras actividades. Veremos en el Capítulo 11 cómo incide la imagen social sobre el autoconcepto de ellas mismas: en concreto se niegan a ser «marujas» por la desvalorización y desprestigio del ama de casa mayor que este término indica. Han dado un salto cualitativo más allá de la queja. Parece que van superando «las críticas sociales» hacia su ruptura del papel de ama de casa y hacia sus actitudes de rebelión frente al hogar. Ya veíamos en Capítulos 7 y 8 que alaban y reconocen que «la liberación femenina» les ha llegado tarde pero al menos les ha llegado... Sin embargo, este es aún un discurso minoritario entre las mujeres mayores.

«...así que llegué a ... pues a las once y media llegué a casa.

– Pues mira que *si os ven las vecinas, os critican*.

(...)- Yo *antes me preocupaba mucho*, de verdad te lo digo, antes si, parece que... ¡yo no sé!, porque siempre te casaban con alguno, siempre, y me preocupaba más, antes decía: «*si es que...*», pero ahora no, yo no sé si ya he cambiado, *he visto tantas cosas que digo: «yo ya no», ya he cambiado, de verdad (...)* no me interesa lo que digan (...) claro lo que tienes que ir con un cuidado, pero vamos, como yo no hago ninguna cosa mala, pues no tengo por qué esconderme. ¿Que me critican?, ¿que dicen que llevo a las tres de la mañana, a las cuatro de la mañana?, yo, mis hijos son los primeros que lo saben...» (GD2: 10-12)

Junto a los significados del trabajo doméstico expuestos, hemos de decir que predomina UN DISCURSO AMBIVALENTE que manifiestan la mayoría de mujeres que ya han cumplido los sesenta. Se trata de un discurso en el que se combinan las ideas que hemos comentado anteriormente. Por ello, lo hemos

denominado «ambivalente», que une (más que separa) ambos puntos de vista. En general, se quejan del «eterno papel de ama de casa», pero aceptan la situación estoicamente; se resignan porque no ven otra salida y suspiran *¿qué tenemos que hacer?* Podemos decir que son *mujeres en transición* porque representan el tránsito que estamos viendo en la actualidad de «la mujer tradicional» (concentrada en las amas de casa que tienen más años) a la «mujer moderna», que ha intentado compatibilizar los roles de ama de casa y trabajadora. En estas mujeres mayores empieza a chocar el viejo modelo de mujer tradicional con el nuevo estilo de mujer moderna. Por una parte, manifiestan una clara queja sobre su pasado y, por otra, una alabanza sobre la actualidad, respecto al avance y liberación de la mujer de hoy, que ellas también disfrutaban, aunque les ha llegado un poco tarde. Es lo que denominamos, siguiendo la expresión de Rodríguez Cabrero (1998 y EE: 4: 6,7 y 11) «emancipación tardía», fragmentaria, parcial, no plena, de las mujeres mayores.

«...lo veía yo por mis padres que no tenían pensión, tenían que estar a expensas de lo que los hijos le dieran, un cachito de pan, ¿comprendes?, porque no tenían pensión. Yo tengo muy poca, pero no dependo de mis hijos. En lo que yo tenga para tomarme, ya te digo, un café y comerme una fruta... (...) en la vejez la que quiere se va al baile el lunes, el martes, el miércoles, el jueves, el viernes y el sábado (...) se va a... entonces no podías irte a sitio ninguno. O sea que esto es como de la noche... pasar de la noche al día.» (GD2: 21)

«- (...) por eso yo te digo que yo desde luego envidio esta vida y yo pienso y digo: «Si yo, ahora mismamente, con veinte años menos...» ¡con veinte años menos!, como se vive hoy la vida (...)...digo: «¡jolin, es que hay que ver lo que hemos hecho la mujer»... la mujer, sobre todo, la mujer. No ya solamente con la sociedad, sino con tu mismo marido y con tu entorno...» (GD2: 21-22)

A la queja general se une la protesta de no sentirse apoyada por nadie en las tareas del hogar: ni por sus maridos, hijos, hijas (lo que las asombra más), nueras o nietos/as mayores. En todas estas cuestiones que estamos comentando las mujeres tienen un discurso común y coincidente: es como si hubiésemos reunido a todas las mujeres de nuestro estudio en una misma asamblea. Parece que no hayamos hecho distintos GD y entrevistas, pues en estos puntos el discurso femenino es similar.

«- Pero es que *las cosas de diario hay que hacerlas...*
- Sí, sí, hay que hacerlas...

– ... *no te las hace nadie...*» (GD2: 12)

«M.– (...) pero ahora como todos tienen demasiado pues *¡al revés! se van a la marcha y no piensan si la abuela... es así, porque el trabajo (M.– ¡te dejan la loza!) y aún te dejan la loza, eso está claro...*

M.– *Y hazles la paella y hazlos cocido si quieren...*

M.– *Y un cacito para el niño si eso... Después se queda la loza...*» (GD7: 16, y GD9: 7, GD3: 7)

Las mayores de mejor posición socio-económica disponen de ayuda doméstica remunerada, pero, como hemos dicho, son una pequeña parte. Muchas de ellas «no pueden» permitirse este tipo de ayuda. En otras observamos una actitud claramente tradicional, de «reserva de territorio doméstico», porque «no quieren que nadie entre en su casa, prefieren «apañarse» ellas mientras puedan. Sin embargo, en el caso de algunas mujeres, por ejemplo, una de las participantes —EM16, viuda, 75 años, Madrid— que se encuentra delicada de salud, dispone de una mujer-asistente interna, a tiempo completo, que la cuida. Otra viuda también dispone de ayuda a domicilio para las tareas del hogar (EM17, 84 años, Salamanca) por parte del Ayuntamiento, que en algunos casos ofrece este tipo de servicios a las personas solas, más mayores y desfavorecidas.

«...prefiero estar en mi casa que *tengo a una señora que me cuida muy bien*. Me cuida mucho y prefiero estar en casa que estar..., y es que mis hijas también me dicen mucho de ir con ellas...» (EM16: 3)

«...la asistente tres días a la semana y me dice que «¿qué voy a limpiar si todo está limpio ya?», Mercedes me dice, «si está todo limpio». Digo: «*Tú límpialo y hazlo con cuidadito no rompas nada*»... (...) *Lo hago todos los días, ¿eh?, ¿qué voy a hacer?, me entretengo y lo hago todos los días y ya está...*» (EM17: 3)

Como a lo largo de sus vidas el «listón» de la disposición y libertad de actuación era muy bajo, ahora se conforman y contentan con lo que tienen, procurando compatibilizar las obligaciones impuestas con las actividades elegidas voluntariamente por ellas. Como están acostumbradas a «poco», dicen ellas, es decir, acostumbradas a estar desvalorizadas, encerradas..., ahora se sienten algo mejor. Las actividades extradomésticas les sirven como «huida del hogar», para escapar muchas veces de la soledad, aislamiento y aburrimiento: prefieren «el Hogar al hogar». Pero todo ello no impide que se perciban como más desgraciadas en relación a las personas de su entorno sean más jóvenes o igualmente mayores que ellas (GD2: 27)

Los discursos de algunas mujeres mayores están en la línea de los discursos feministas contra la discriminación sexista que condena a las mujeres al espacio doméstico. Ellas han «luchado» desde sus hogares, transmitiendo a sus hijas nuevos valores antidiscriminatorios. Han hecho posible la incorporación de las mujeres al mercado laboral plenamente, pues tuvieron que compatibilizar «in extremo» lo doméstico y profesional. Esta generación han sido semilla de las trabajadoras actuales. Son las que se han «sacrificado» para que sus hijas trabajaran, estudiaran, fueran independientes, para «*que no fueran como nosotras*», dicen algunas mayores. Sin este apoyo de las madres y abuelas los avances de las mujeres jóvenes hubiesen sido más lentos. Aunque las mujeres de los años 60-70 más jóvenes son las que en realidad dieron «el salto»... son sus madres, las mujeres mayores de hoy, las pioneras de los avances. Estas aportaciones de las mujeres mayores actuales y pasadas son las que aún no se reconocen ni se valoran. Han permanecido en la sombra, de «tramoyistas» del escenario y representación del avance de las mujeres. Ahora que son mayores notan esta liberación tan reivindicada, pero reconocen que «no les han llegado todos los avances que las mujeres jóvenes disfrutaron» o les han llegado tarde.

En las mayores observamos una superposición de roles: no se desprenden del viejo rol de ama de casa, al que se suma un nuevo papel que caracteriza a la mujer moderna. Dudan sobre si su situación ha cambiado a mejor: respecto al ocio sí, pero no respecto al trabajo doméstico y cuidados que aún desempeñan de forma prioritaria. Se está dando una clara superposición de roles más que una sustitución o intercambio de los mismos. «La mujer sigue haciendo lo de casa; si quiere salir, sale, pero después de hacer lo de casa...».

«— Sí, eso es lo que pasa...

— Sí, pero es que *acabas de criar a tus hijos y jempiezas a cuidar a tus nietos y a tus padres y...!*, así que no paras...

(...)- No, no, yo creo que todas, las mujeres, yo *creo lo tenemos muy mal...*

— *Pues yo creo que ahora estamos mejor que antes...*

— *¿Tú crees? Yo no lo sé*

— *Al menos estamos algo más libres que antes, por lo que decíamos de salir y eso...*

— *Ya, ya, pero de lo demás yo no veo...*» (GD2: 10)

En cuanto a la contribución de los hombres a las actividades domésticas parece aumentar levemente con la jubilación, pero su relación con la producción doméstica tiene un sentido totalmente diferente al que adquiere para las mujeres.

Las diferencias intergénero se pueden enfocar desde distintos puntos de vista. 1) En primer lugar, existe una diferencia esencial en la escasa cantidad de tiempo dedicada por los hombres a estas tareas en comparación a las mujeres. 2) En segundo lugar, una diferencia notable en el grado de identificación con las tareas domésticas y sus significados. Mientras que los múltiples roles asociados al rol de ama de casa siguen ocupando un lugar central en la identidad femenina, los hombres rara vez se identifican con los mismos, autopercibiéndose más como colaboradores del ama de casa que desempeñadores de las funciones. Algunos «ayudan» en las tareas domésticas, pero no llegan a «compartir» las mismas. Para los hombres no tiene el carácter de obligatoriedad que tiene para las mujeres. 3) En tercer lugar, se encuentran también diferencias en el tipo de actividades que desempeñan. Es decir, las actividades están claramente «generizadas», encargándose los hombres sólo de aquellas consideradas «masculinas»: reparación/mantenimiento vivienda; cuidado/mantenimiento vehículos, adquisición bienes y servicios duraderos, otras gestiones del hogar, cuidado animales...

Además, en los medios rurales el ritmo es más pausado y encontramos unas actividades domésticas peculiares que no se realizan en los medios urbanos, pero eso sí, igualmente generizadas. Por ejemplo: barrer y regar la calle, recoger leña para la lumbre, encender-apagar el fuego de la chimenea, cuidar de la «*caseta i el bancalet* —o *l'hortet*—», etc. Las dos primeras las hacen las mujeres, de las últimas se encargan los hombres. Respecto de la «*caseta*» se encarga la mujer, los maridos se responsabilizan más bien de «*l'hortet*».

«M.— (...) *Arreglo la casa, después hago la comida, cuando acabo de comer friego y por la tarde a coser o a hacer ganchillo hasta la hora de hacer la cena. Dar una vuelta...*

M.— Hay días que me levanto más pronto, otros más tarde. Más bien pronto, *barro la calle, la riego y a hacer la comida, dar vueltas, comprar, y todo eso, nada más.*

(...)H.— Yo, pasear, me levanto por la mañana y arreglo algo de casa. Si es invierno *encender el fuego o meter la leña, prepararla* y luego coger el camino el día que puedes y me voy a pasear, a ver esta obra, la otra obra..., siempre a ver cosas por ahí. Y por la noche, estar en casa...» (GD7: 8-9)

En fin, de forma general, los hombres siguen realizando aquellas tareas que siempre han tenido adscritas y tradicionalmente «masculinizadas». Se puede decir, por tanto, que en aquellos casos en los que la jubilación trae consigo un aumento del apoyo de los hombres al trabajo doméstico, éste no suele convertirse en una actividad central, sino como «entretenimiento», como «ayuda» a

la mujer y asumen, más bien, el papel de «ayudantes». Con algún matiz y excepción, la hostilidad hacia estas tareas al más puro estilo tradicional y sexista es común en los varones mayores. Sea un rechazo plano o rotundo, o bien sutil y suave, pero siempre traslucen un discurso de rechazo. Tal como expresan, sobre todo de forma más rotunda algunos de estatus alto, «se niegan a ser recaderos» y «amos de casa»; son tareas que desvalorizan y piensan que no hacen más que acentuar su posible imagen de jubilados inútiles, pasivos. Rechazan la realización de estas tareas y le otorgan un significado despreciativo de las mismas, les parece que hacen «bobadas» (en sus propias palabras), algo sin sentido.

Este rechazo deviene ya de la etapa adulta e infantil anterior, en la que los hombres nunca habían participado en las tareas domésticas, entre otros motivos, porque no han sido socializados para ello. Ahora que tienen más tiempo libre tampoco ayudan en estas tareas y además, sobre todo los de mayor estatus (quizá porque son los que más valoran sus profesiones pasadas ahora se sienten más inútiles), se toman con ironía y regodeo el que algunos ayuden a las mujeres y se niegan en rotundo a llevarlas a cabo.

«- Yo en mi casa he colaborado al cien por cien. (...) Yo he colaborado y sigo colaborando...» [Dice con ironía. Risas]» (GD5: 8)

«- ¡Era el recadero, el recadero!. ¿Joven de espíritu y adaptado?, sí, para mí no, yo no le hago un recado... ¡vamos, no me lo hago ni a mi mismo! (...), ¿comprendes?»

(...)- Pero hay una cosa muy importante: él considera a las personas ya mayores como recaderos, de decir «éste no vale más que para hacer los recados», entonces tú te niegas a eso precisamente...

- No, me niego pero...

- ... porque no te consideras un inútil, piensas que puedes hacer otras cosas aparte de los recados...

- ¡Sííí!, me niego para no considerármelo, me niego y pongo los remedios...» (GD5: 20-21 o GD1: 2-3: «...no estoy en contra de ningún compañero que se dedica a ayudar a las mujeres como aquí ayudan los compañeros, yo soy un colaborador de la mujer también, pero (...) si hay que ir a por el pan se va, y si hay que ir a por una caja de leche se va (...) dedicar mi tiempo a ayudar a la mujer, yo no estoy de acuerdo (...) el hombre no se debe de encerrar nunca en casa al amparo de la mujer, es una opinión...» (GD1: 2-3)

Quizá los que tienen una situación familiar determinada (aún hijos no emancipados, mayores a cargo) colaboran algo más en las tareas del hogar; pero

siempre se trata de una «colaboración» nunca son «corresponsables». En cualquier caso no lo consideran trabajos «suyos» sino adscritos a la mujer, a la que ayudan. No se identifican ninguno de ellos con las tareas, ni siquiera los que viven solos, que tienen que realizarlas obligatoriamente si no tienen a nadie que se las haga, por falta de recursos para contratar a alguien¹⁸ o por otros motivos.

«...porque en casa, mi mujer ha sido la regenta de la casa durante toda la vida y yo no le voy a quitar a ella su, su potestad, pero sí soy su ayudante en algunas cosas, a lo mejor, ¿qué te diría yo?, una o dos veces por semana me toca barrida de patio, parque y terraza, que es que es pequeña la casa, pero bueno, tiene su parquecillo y su terraza, el riego de las plantas, cada quince días el limpiar las plantas (...) ventilo nuestra habitación y hago nuestra cama, le procuro echar una mano en la cocina y sistemáticamente hago la compra.» (EM3: 6) ..has quitado una labor dura a tu mujer, resulta que lo ves todo tan monín, que te produce satisfacción de «amo de casa» [RISAS]» (EM3: 8 y GD10: 9: «pero de eso se encarga mi mujer, pero yo a mi mujer tengo que ayudarla.... o ver GD1: 20, EM8: 6)

Se percibe que la colaboración masculina en el hogar es superior en situaciones «extremas», por ejemplo, cuando la mujer está delicada de salud (GD8, GD5), cuando el tamaño de la familia requiere más ayuda (GD5) o bien cuando viven solos (viudos, EM15: 8-9 ó EM20: 3-4). En esos casos, podemos decir que se ven «forzados» a realizarlas. No se identifican con el papel de amo de casa, siguen viendo estas actividades como «cosas de mujeres», y ya hemos visto que cuando ayudan lo hacen de forma forzada y con menor intensidad de la que podrían en relación al mayor tiempo disponible en la postjubilación. Desgraciadamente, vemos que siguen vigentes los resultados de algunas encuestas de hace unos años sobre el reparto de tareas. Según el estudio INNER (1988), la opinión de los mayores da cuenta de la persistencia de la desigualdad intergénero aún existente: por ejemplo, el 75% de los hombres mayores de 55 años está de acuerdo con la frase «*las labores del hogar son cosas de mujeres*». Los cambios, pues, siguen un ritmo lento.

¹⁸ Algunos mayores disponen de ayuda doméstica remunerada. Es el caso de los mayores mejor posicionados socio-económicamente y/o los que viven solos por viudedad o porque no viven con los hijos y/o los que están delicados de salud. Es el caso de EM12 (74 años) o EM2 (86 años), que son viudos que viven solos, no son del todo «independientes» y disponen de ayuda doméstica remunerada privada. O bien otro jubilado que dispone ayuda a domicilio por horas de organismos públicos para los más desfavorecidos socio-económicamente (EM20, 79 años, viudo, Salamanca).

«...las tareas de casa no me gustan nada, cocinar nada... pero como me lo tengo que hacer que estoy solo no tengo otro remedio, pues lo tengo que hacer. A mí no me gusta porque es de mujeres. (GD7: 10)

«...dedicado los nietos y a mi casa, porque mi mujer lleva ya muchos años fastidiada y entonces... tengo que ayudar, como es natural. Mi hija... casualmente tengo una hija soltera en la casa, que está trabajando, y su horario no le permite nada más que echar cuatro ratos y el resto pues lo hago yo, ¿no comprendes?, porque desgraciadamente ella no puede hacerlo en estos momentos...» (GD5: 11 y GD5: 13)

En general, son «sus mujeres» (esposas, hijas, madres, hermanas) las que se encargan de estas tareas. Parece que los jubilados de menor estatus no le otorgan un significado tan negativo al hecho de ser recadero o a ayudar en lo doméstico, se resignan más a «echar una mano» en casa. Pero el rechazo hacia las tareas es general¹⁹ y puede deberse tanto al pasado que han tenido como a la costumbre de estar fuera del espacio doméstico. Prefieren el espacio público (calle, Hogar) al privado u hogar familiar. Manifiestan una clara preferencia por otro tipo de actividades, algunos de ellos optan por el *Hogar* antes que el *hogar*.

Muestra de la hostilidad a las tareas es más bien el rechazo a estar «obligados» a realizarlas, a estar en el espacio doméstico, a no ser libres. No se niegan a «colaborar», pero no quieren obligarse (ni que les obliguen u organicen su vida otras personas) y tener que aprender este tipo de tareas. No muestran ninguna intencionalidad por aprender cómo hacer estas tareas, que por otra parte siguen estando «generizadas». Muchas veces son las propias mujeres las que no han fomentado —o han impedido consciente o inconscientemente— el ser ayudadas, por verse amenazadas en el espacio que siempre han controlado y también por observar que los hombres no «saben» hacer las tareas domésticas. Aunque cada vez son menos, en el fondo muchas amas de casa —tal como veíamos en el discurso tradicional— se niegan a ceder su papel de ama de casa, que les otorga identidad ante sus parejas: prefieren ha-

¹⁹ Este rechazo a las tareas domésticas se acentúa en los jubilados, pero también es característico, aún hoy, de los hombres más jóvenes. En recientes estudios (Tobío, Fernández Cordón y Agulló, 1998) no se observa el reparto de tareas domésticas sino que los jóvenes y adultos sólo se responsabilizan de tareas puntuales y siempre con menor intensidad que las mujeres, que siguen centralizando el trabajo doméstico en cualquier edad. Las mujeres utilizan otras estrategias (ayuda doméstica remunerada, familiares...) pero apenas cuentan con el apoyo de sus parejas (no llega al 10% de los maridos/pareja los que se ocupan por sí solos de alguna tarea doméstica). Según un estudio reciente de la UAM (marzo, 1999), sólo el 8% de familias españolas reparten las tareas domésticas de forma equitativa.

cerlo todo ellas. Por esto, los jubilados reconocen las críticas femeninas por dos motivos: las ayudan poco, y cuando las ayudan, lo hacen mal. Esta es otra justificación que sirve a los hombres para seguir sin ayudar en el hogar.

«...¡trae, voy a fregártelo!, ¡no se lo hago bien! y «¡trae le fregonal!», voy a... el suelo u otra cosa, ¿no? y, ¡nada!, enseguida dice que lo hago mal y... ¡pues hala!, ¡hazlo tú hija!...» (GD3: 15 o GD4: 6)

«...no he hecho mucho porque por suerte o por desgracia ha estado la cuñada o las hijas... y trabajo de casa no he hecho nunca y la mujer a veces me critica la cosa.... (H.- A mí también me gusta más que me sirvan que no hacer...), en casa pues encender el fuego y hacer algo que puedes sí, pero ahora ya no...» (GD7: 11)

«H.- (...) la mujer siempre me tiene atareado pintando..., y eso. Yo, antes de casarme, ni sabía fregar, ni sabía barrer, ni sabía hacer nada y ahora sé fregar, barrer y hacer de todo (...)

H.- Con la cosa esta de que hay que ayudar a las mujeres, pues hay que hacerlo, ¡a ver!

(...)H.- (...) a mí no me gusta eso de... Ahora cuando he estado con la obra pues, en fin, todo lo he barrido yo... (H.- Si hay necesidad de hacerlo se hace pero si no...), pero no nos hemos obligado y no lo hemos hecho antes...» (GD4: 6, GD8: 6-7 ó GD8: 5: «Sufrimos casi todos de lo mismo: ahora ¿en qué nos entretendemos?, ¿en qué nos entretienen? Pues cuidando a los nietos y haciendo recaditos, que es lo único que nos queda...

- (...) me levanto, yo mismo me levanto mi mujer enseguida «¡ve a por el pan!» (...), es para lo que aprovecho ahora, es la verdad, a por el pan, a por la niña, todo eso» (GD3: 16, EM1: 2)

Muchos jubilados hasta tal punto «huyen» de las tareas domésticas que prefieren los días laborables a los fines de semana, que tienen un significado más familiar, más entrañable, pero de mayor compromiso familiar y doméstico. Los jubilados sienten que no pueden ir «a su aire», se sienten agobiados con las obligaciones familiares, a las que siempre se han dedicado de forma secundaria. En realidad, pretenden escaparse de todo lo que suene a obligación (por ejemplo, visitas familiares, estar más en casa con familia, ayudar en casa), y por ello prefieren espacio público o espacio privado, en el que se encuentran más a gusto que en el doméstico. Ello lo demuestran dando preferencia a las agrupaciones, Hogares, relaciones sociales «externas» y otras actividades (véase 9.5). En definitiva, antes que «encerrarse en casa a ayudar a la mujer» prefieren Hogar, jardín, parques, cualquier otra actividad, aunque sea pasiva y poco gratificante.

Parece ser que los hombres que apoyan en las tareas siguen siendo «la excepción que confirma la regla». Los hombres apenas hablan de estos temas, lo cual encaja con la educación en valores sexistas que han recibido; han sido socializados para desempeñar un trabajo remunerado como rol central en sus vidas y son, precisamente, los que ahora requieren una nueva concienciación y «socialización para la etapa postlaboral». De todas maneras, se observan cambios de actitudes relevantes en dirección contraria que apuntan a un mayor reparto de tareas del hogar no sólo en las generaciones más jóvenes. Las mujeres mayores en este sentido están jugando un papel importante para lograr la igualdad intentando que la «socialización postlaboral» de la pareja pase por una mayor implicación en las tareas del hogar y demás roles familiares que den identidad propia al jubilado y que ayuden a «liberar» a la mujer de todo el trabajo doméstico y familiar. Pero en resumen, en el espacio doméstico de los mayores de nuestro estudio sigue predominando la desigualdad y el no reparto equitativo de tareas domésticas, que curiosamente, los propios jubilados (y también algunas mayores) defienden en contraposición al equilibrio intergénero que en el mercado laboral y en el espacio público las mujeres están alcanzando. El espacio privado de los mayores sigue siendo un lugar de discriminación sexista.

9.3.2.2. CUIDADO DE OTRAS PERSONAS: ENTRE LA SOBRECARGA Y LA SATISFACCION

Las funciones en relación al cuidado de otras personas, además de las labores materiales y domésticas comentadas, pueden ser diversas. Por un lado, están las tareas de carácter asistencial: cuidado de los nietos/as (alimentarles, vestirles, jugar, pasear); cuidado de las personas más mayores de la familia (padres, suegros, tíos/as mayores...); cuidado de los enfermos; apoyo a la familia (hijo/a) en situaciones más problemáticas y necesidades urgentes (préstamos, acogida en casa de hijos mayores no emancipados, etc.), etc. Y además, las funciones socio-educativas y/o afectivas pueden ser: educación de los nietos/as en ausencia (u otras circunstancias) de los padres; acompañamiento de nietos/as y/o padres; fomento de relaciones intergeneracionales, etc.

En cuanto al cuidado hacia otras personas se percibe una misma feminización. Las mujeres siguen siendo las últimas responsables de estos quehaceres, aunque los hombres ayuden en mayor grado que en las tareas domésticas. Por tanto, estas funciones son otras de las áreas a las que un alto porcentaje de personas jubiladas, especialmente mujeres, dedican su tiempo. Si a las tareas domésticas tratadas se añade el tiempo dedicado al cuidado de otras personas, el resultado suele ser una jornada de trabajo completa e «interminable».

Dentro de las tareas relacionadas con el cuidado de personas, es necesario distinguir el que se dedica al cuidado de los/as nietos/as del que va destinado a cubrir las demandas de personas adultas enfermas, que en el caso de las jubiladas suelen prestar al marido o a los progenitores. Mientras que el papel de *abuela canguro* suele ser percibido más como un enriquecimiento de las relaciones familiares, el de *enfermera informal* adquiere más la forma de un trabajo, carga u obligación. El tiempo dedicado al cuidado de enfermos/as constituye, además, un tiempo que invade y condiciona completamente el resto de las actividades de la persona. La dimensión más importante de este tiempo no es tanto la cantidad de horas efectivamente dedicadas al cuidado de la persona enferma, sino la condena a permanecer en el espacio doméstico y «la privación de privacidad».

Pero la dimensión más relevante de la dedicación de estas mujeres, tanto jubiladas como amas de casa, a la atención y entrega hacia otras personas, es su falta de reciprocidad. Las mujeres mayores invierten mucho tiempo en cuidar pero no reciben, en general, el tiempo de otros cuando son ellas las que, a medida que avanza el proceso de envejecimiento, generan más demandas de atención. Como señala Durán (1991), uno de los aspectos más negativos del trabajo de las amas de casa es que no hay previstos mecanismos jurídicos ni económicos para resolver las situaciones en que la actividad doméstica sea imposible o indeseada por las mujeres de edad avanzada. De hecho, las pensiones de jubilación no cubren nunca los costes del cuidado o atención doméstica a precios de mercado. Se asume implícitamente que los mayores podrán atender a su automantenimiento o que otros miembros de su familia lo harán por ellas.

Para los varones no implica problema porque en la mayoría de los casos, como sus mujeres son como promedio tres años más jóvenes que ellos y alcanzan, además, mayor longevidad, apenas se observa en sus discursos la preocupación por quién les atenderá cuando sean dependientes. Suponen que sus mujeres y/o hijas. Pero esto no es cierto para las mujeres, que son las que más se preocupan, ahora que son mayores, por quién cuidará de ellas, en resumen: «¿Quién cuidará de nosotras si las hijas trabajan y los maridos se nos mueren antes?...» (GD9: 9-10), se plantean las eternas cuidadoras con tono desesperado. Esta falta de «reciprocidad», esta asimetría hace que se preocupen por quién desempeñará en un futuro los cuidados que ahora ofrecen (véase Capítulo 11).

Observaremos cómo sus discursos oscilan entre un extremo de rechazo por la sobrecarga y cansancio que suponen estos cuidados y, en el otro polo del eje, un discurso de satisfacción por estar cumpliendo un papel relevante a sus

familias y a la sociedad, pasando por unos significados compartidos en los mayores sobre los cuidados como resignación, conformismo y «deber u obligación» a cumplir.

9.3.2.2.a. Un discurso claramente feminizado: las mayores como cuidadoras

En este apartado destacaremos, primero, cómo las mujeres mayores son las que siguen centralizando el cuidado de otras personas, en concreto de enfermos y/o mayores. El cuidado de los nietos y apoyo a los hijos, tratado en segundo lugar, es compartido con los jubilados, pero eso sí, siendo ellas las que mayormente se responsabilizan de sus cuidados.

Uno de los puntos negativos de esta situación es que no siempre este apoyo es satisfactorio para quien lo otorga (la madre, abuela) ni para quien lo recibe (el mayor, el enfermo o necesitado). Ambas partes pueden sentirse incómodas ante esta situación, que se viene perpetuando por «obligación» de madre, por tradición sumisa de las mujeres, por educación en roles generizados, por todo ello. Claramente expresan su sentimiento de dependencia, de sumisión y de no haber tenido control sobre sus vidas. Ha predominado en ellas el rol maternal aunque hayan trabajado remuneradamente.

En el caso de los cuidados de los nietos y otras tareas de apoyo, las madres jóvenes aprecian totalmente este apoyo de las mujeres mayores. Son las abuelas, concretamente, la principal estrategia para que las mujeres puedan compatibilizar el trabajo y la familia, como se constató en la investigación de Tobío, Fernández Cordón y Agulló (1998). Pero en otras investigaciones paralelas empieza a percibirse la sobrecarga y malestar de las cuidadoras, sobre todo las de edades más avanzadas. Por tanto, este sería otro punto negativo. Recordemos que varios estudios son los que analizan las consecuencias de la doble jornada de la madre trabajadora²⁰, con pésimas repercusiones sobre ellas mismas, pero también sobre los hijos, sobre la empresa y, por ende, sobre la sociedad general. Sin embargo, pocos reconocen los esfuerzos que a su vez están llevando a cabo las mujeres mayores. Muchas aún trabajan, otras se han jubilado y otras nunca han trabajado fuera del hogar. Todas ellas de me-

²⁰ Estos efectos negativos pueden ser de distintos tipos: psicológicos y de conducta (estrés, irritabilidad, cambios de humor, sentimiento de culpa, sobrecarga, ansiedad...), físicos (alteraciones del sueño, trastornos intestinales, cansancio...), laborales (disminución del rendimiento, absentismo laboral, errores...), accidentes domésticos, etc. (Véase referencias bibliográficas.)

diana o avanzada edad también están sobrecargadas porque tienen que atender a sus esposos, a sus hijos aún no emancipados (préstamos, acogida en casa...), a sus padres (u otros familiares) ya mayores (según el INSERSO, 1995a, de la gente mayor suele encargarse las hijas en un 45% de los casos, y en segundo lugar, la pareja, hermanos/as u otros familiares. Ver también Rodríguez, 1994: 71 y ss.). Las mujeres se quejan más en sus discursos de no disfrutar de esta etapa, de no disfrutar de sus nietos tanto como los abuelos (sus parejas), por ejemplo, porque tienen demasiadas cosas que hacer para sus edades. Se encuentran igualmente cansadas, irritables y fatigadas. Si nos paramos un momento a contabilizar las horas y preocupaciones que acarrear estos roles, comprobamos sin duda que estas actividades sobrepasan con creces la extensión e intensidad de una jornada de ocho horas. Además, la sociedad y el Estado no reconocen aún lo que se están «ahorrando» con el papel «invisible» de las mujeres mayores. Tal como hemos citado en otra parte, sólo recientemente se está estudiando y «corriendo el velo» del papel de las mujeres como «cuidadoras de la sociedad»²¹. Aquí estamos hablando de mujeres mayores de 65 años, pero, igualmente, las mujeres de mediana edad se identifican con estos discursos, todo ello a tenor de los pocos estudios sobre mujeres de edades avanzadas (Arber y Ginn, 1991, 1996; Durán, 1987, 1996; Brown y Laskin, 1993; Friedan, 1994; Serra, Dato y Leal, 1988; Freixas, 1993; Bazo, 1996; Agulló y Garrido, 1996, entre otros).

Pues bien, otro punto negativo puede ser la adopción de distintas actitudes y reacciones por parte de las abuelas hacia este tipo de apoyo. Muchas se sienten útiles y satisfechas prestando esta colaboración, pero para otras resulta claramente un «abuso» que les roba tiempo para sus actividades personales. La tónica común es que muestran actitudes ambivalentes cuando hablan sobre este tipo de actividades: se sienten útiles pero al mismo tiempo están agobiadas, cansadas y lo que es peor, *desvalorizadas*. Al igual que las diferencias en el uso del tiempo y el no reparto de tareas no deja tiempo a las madres jóvenes, las mayores tampoco se sienten *liberadas* aunque estén jubiladas. Tal como ellas dicen, a modo de queja unánime: «... y es que acabas de criar a tus hijos y jempiezas a cuidar de tus nietos y de tus padres!» (GD2: 10). Son las principales «cuidadoras» de nietos/as, de mayores, de enfermos y discapacitados. No olvidemos que, alrededor del 14% de mayores ayudan a otras personas más mayores, nonagena-

²¹ Estamos iniciando un estudio (A. Garrido y M.S. Agulló, 1999-2000), subvencionado por el Instituto de la Mujer, centrado en profundizar y «desvelar», tal como indica su título, «*La contribución de las mujeres al mantenimiento del bienestar social: el cuidado de otras personas*», en el que se indagará sobre estas cuestiones, que en este apartado sólo apuntamos.

rias o centenarias (INSERSO, 1995a: 23 y 73-77; INSERSO, 1995b: 231-236), o que el 72% de los cuidados recibidos por los mayores deriva de su familia, principalmente de las mujeres (INSERSO, 1995a: 21).

Pero, al margen de la dimensión temporal, el tiempo propio que se usurpa a estas mujeres, también hay que considerar la condena que supone estar en el espacio doméstico y el verse *atadas*, obligadas a llevarlo a cabo muchas veces sin elección. Tienen la sensación de no poder abandonar el hogar y las tareas de las que habían intentado huir. Las que ya se han jubilado, paradójicamente, «vuelven» al hogar que nunca han abandonado. Algunas ni siquiera se habían planteado el que estas tareas no eran obligación suya, sino que es algo que la sociedad espera de ellas. Así lo expresan: «*las mujeres no nos jubilamos porque siempre tendremos algo que hacer en casa, por la familia, por algo...*» (EM7). Por ello los discursos sobre los cuidados son ambivalentes y se sitúan en un eje entre el rechazo por esta sobrecarga y, en el otro polo, la satisfacción de estar cumpliendo un papel, de estar aportando algo.

En general, aunque se quejan de prestar este apoyo, siguen desempeñando este rol de «servicio y entrega» porque es el que ha aportado identidad y significado a sus vidas. Incluso para las mujeres mayores que han trabajado remuneradamente el papel de ama de casa y madre sigue siendo primordial, sobre todo para las de nivel medio-bajo (Agulló y Garrido, 1996). A esto se añade que si bien con la edad disminuyen las demandas de su propio núcleo familiar, es muy frecuente que sigan realizando estas tareas en casa de sus hijos, principalmente de sus hijas. Su nido puede quedar «vacío», pero no lo notará porque acude al «nido lleno» de la hija. Pero la cuestión es que tienen que atender «dos nidos». En concreto, un estudio del INSERSO (1995a: 79-84) prueba que el 35% de mayores presta ayuda en tareas domésticas o en el cuidado de los nietos/as. Esto es cierto cuando los mayores conviven con su familia (44%) y dependiendo del estado de salud.

Queda claro desde sus discursos el papel como cuidadoras de sus padres mayores, al que otorgan un significado e importancia prioritario. No entienden las actitudes más recientes de «abandono» de los mayores, y ellas tienen claro que cuidarán de sus mayores (en concreto a sus padres u otros familiares) «hasta la muerte». Parece que se observa una «construcción social del rol de cuidadora», en coincidencia con los análisis de Bazo y Domínguez-Alcón, cuyo rol se basa sobre creencias tradicionales en torno a una «naturalización» y suposición social de la mujer como mejor cuidadora. Han sido socializadas con estos roles que tienen fuertemente internalizados. Aunque los jubilados también están de acuerdo en el «no abandono» de los mayores, son ellas las que se encargan de hacer realidad esta acción tan positiva («ellas quieren/deben ha-

cerlo») y tan poco reconocida socialmente (protestan porque no se aprecia su papel).

«...tengo un problema con mis padres, tengo mi padre con noventa y siete años y en vez de llevarle a una Residencia, le tenemos mis hermanas y yo porque... tiene un problema, que no tiene vejiga, lleva bolsa para el pis y entonces cuando tengo que tener a mi padre, estoy nerviosa al máximo, porque tengo que dejarle ya el desayuno: «padre, de aquí no se mueva, ¿eh?, hasta que yo no venga» y estoy muy nerviosa allí en mi trabajo, en el sindicato, estoy muy nerviosa (...) ...ya no me muevo para nada, mi padre es lo primero, atender a mi padre, que le tengo como mis hermanas, como un rey, a caprichos, lo que le gusta..., atenderle lo mejor que puedo, bañarle, limpiarle y asearle y los mejores alimentos que se puede darle...» (GD3: 18)

Ya hemos comentado cómo las pautas de cuidados están cambiando. Pero, de todos modos, los mayores (sobre todo las mujeres) siguen cuidando en muchas ocasiones de sus padres/madres u otros miembros mayores de la familia (tíos/as, hermanos/as mayores). Esto, sobre todo, lo observamos en las mujeres que aún tienen padres/madres vivos (véanse las fichas que han rellenado en la que se preguntaba sobre «otros» mayores que convivían con los mayores participantes). Por tanto, la imagen de los mayores abandonados, tal como apunta Casals (1982), puede estar exagerada; «lo que sucede es que ciertamente hay casos gravísimos de abandono o falta de respeto filial que resultan muy escandalosos, pero que representan un porcentaje muy pequeño de los ancianos... pero ello no quita gravedad al problema» (pág. 84). De hecho, entre otras medidas, se está proponiendo desde organismos de/para mayores la creación del Defensor del Mayor (al igual que está el Defensor del Menor) y un proyecto de ley que comprometa a los hijos a «no abandonar» a los padres (ver Capítulo 1.2.2). La situación se torna más grave cuando los mayores son dependientes, necesitan que alguien les cuide, no pueden vivir en su propia casa, etc., que se une a los problemas de salud y soledad comentados. En resumen, comparan el cuidado que han prestado —y prestan— a sus mayores (atendiéndoles hasta el final) y no entienden el «abandono» por parte de los jóvenes.

H.—(...) *¿qué hacen con los padres?*, pues sí, es que la vida es así de dura, pero es que todo el mundo nos hemos sacrificado porque... pero es que tengamos las posibilidades de irnos... (...)

H.— Esa es una de las mayores preocupaciones de los mayores y de tipo general (...), *una de las cosas más duras que hay es desprenderse de un ser*

mayor (M.— Ahí, ahí), ni Residencias, ni hospital —hospital para curar—, pero no una Residencia para desprenderse de un ser querido mayor ¡no! *ja mí no me cabe! y yo estoy... y a mí me tocará igual que a todos.*

(...)H.— Pero es que va mucho con lo que han visto en su casa, con sus padres...

H.— Yo resulta que lo que ha dicho este hombre todo el mundo lo sabemos. *Yo tuve a mi padre (..) y estábamos con mi padre «como Mateo con la guitarra», por todos los costados....»* (GD4: 18-19)

Lo mismo ocurre con el cuidado de enfermos y otras personas dependientes mayores o de otras edades. Se intuye un discurso del «destino como condena» a hacer lo que «tienen que hacer» y no poder elegir ni escapar de las obligaciones, a las que muchas veces se resignan e incluso están satisfechas, pero que en otros casos están hartas de soportar. Pensemos que a ocho o nueve cuidadores de cada diez les produce satisfacción prestar esta ayuda, se sienten útiles (62,6%), o bien lo consideran un deber (22,6%), y sólo el 11,4% «no tiene más remedio que hacerlo y a veces resulta una carga»; no llega al 1% los que lo consideran una carga excesiva (Encuesta INSERSO/CIS, 1993, en 1995a: 76-77). Además se encuentra un mayor grado de disposición afectiva y de satisfacción cuando se produce entre cónyuges, después entre padres e hijos, y en tercer lugar entre hermanos. Siguiendo datos del mismo estudio citado, el 67% declara que esta prestación de ayuda no altera las relaciones, pero el 5% dice que empeoran (*op. cit.*, pág. 77)²². Datos del Eurobarómetro de 1993 coinciden con la información que tenemos para nuestro contexto español: respecto al apoyo a la pareja enferma es destacable cómo el 53% de hombres mayores reciben asistencia de sus parejas, y sin embargo sólo el 18% de las mujeres recibe ayuda de sus cónyuges (Walker, 1996: 37). En fin, estamos hablando del papel de las mujeres como cuidadoras de su pareja enferma (EM1819), hermano delicado (GD9), hermana, cuñada (GD10), suegros o cualquier otro familiar dependiente (ver Rodríguez, 1994: 67-88, INSERSO, 1995a: 73 y ss.):

²² De los escasos análisis sobre la cuestión, Bazo y Domínguez-Alcón (1996: 73-96) nos muestran, a través de análisis discursivos, los sentimientos contradictorios y relaciones conflictivas cuando el mayor supone una carga excesiva para la cuidadora. Los efectos pueden ser diversos: cansancio, desánimo, trastornos del sueño-descanso-comidas, depresión, sentimiento de impotencia, resignación, restricción de libertad, riesgo de perder el trabajo, imposibilidad de ocio, sobrecarga, poca valorización social y, a veces, del cuidado, etc. El apoyo material, social, económico a las personas cuidadoras se vuelve, día a día, más necesario (véase Capítulo 12.2, propuestas).

«A.- Bueno, pero estás así por *lo bien que te he cuidado yo, ¿eh?*

J.- Ah, sí, eso sí.

A.- Claro que sí, *llevo diez años dedicada a él.(...)* a ver si le duele, a ver si se duerme o si respira...

J.- Porque me *ha atendido la señora que si no estaría perdido...*»
(EM1819: 5 ó GD9: 7-8).

También el apoyo entre vecinos queda manifiesto en el discurso femenino. Este apoyo informal al vecindario es mencionado en muchos estudios (apoyo informal de mayores a mayores) como uno de los servicios más extendido (sobre todo en medios rurales, y casi siempre ofrecido por mujeres) y más valorado por los mayores (ver 9.5.3.2). Pero pensemos, siguiendo la encuesta citada (INSERSO, 1995a: 73-74), que el principal destinatario de estas ayuda informal de los mayores a mayores es, en primer lugar, el cónyuge (61%) y después el hermano/a, padre/madre, otros familiares con menor porcentaje (8%) y vecinos, amigos u otras personas (en torno al 5%). En el entorno europeo encontramos pautas parecidas en relación a la familia como principal sostén del cuidado de mayores. Pero se establecen diferencias por países. Por ejemplo, en Grecia (39%), Italia (34%) o España (30%) la asistencia desde la propia familia es mayor que en países como Holanda o Dinamarca (4%) (Walker, 1996: 36-39). En contraste sólo entre el 3-5% de la asistencia es de tipo privado no familiar.

«...ayudo a una señora mayor que es vecina mía, que tiene una hija que la van a operar ahora, que está enferma y la mujer es ciega, y yo la ayudo lo que puedo, pero ¡no puedo hacer más! (...), porque tengo a mi hijo también enfermo y... (...) realmente me dedico, ¡hombre!, le doy horas y lo que sea a llevarla, a traerla, a comprarle... (...) ¡puede ir!, pero hay que llevarla y me he ido con ella, ¡en fin! Si tiene que hacer médico o cualquier cosa me voy con ella...» (GD3: 13)

Nunca se desprenden del papel de cuidadoras, son la «madre que nunca falla,» aún en las peores circunstancias de los hijos, por ejemplo. Este apoyo incondicional se denota en sus discursos a veces desesperados por el sacrificio y servicios que prestan, y sin embargo, denuncian la poca posibilidad de apoyo, de descanso y de mayor disfrute en la jubilación. Se denota en sus discursos la protesta por la descompensación que supone el papel de ama de casa que no garantiza, de ningún modo, según ellas, que en un futuro se preocupen de ellas.

Según Troll (1971, en Kalish 1991) las diferencias en las clases sociales en relación al apoyo pueden ser importantes: «los viejos de clase media tien-

den a ayudar a sus hijos durante más tiempo, mientras que los viejos de clase trabajadora tienen más probabilidad de recibir ayuda de sus hijos» (pág. 144), tal como se ha comentado en otros apartados. Hernández Rodríguez (1989: 233) quiere llamar la atención sobre el hecho de que un padre es capaz de mantener a muchos de sus hijos y que, paradójicamente, los hijos no pueden mantener a su padre. Desgraciadamente, esta situación suele darse en demasiadas ocasiones, que retomaremos en el Capítulo 10. El tratamiento familiar hacia los mayores sería de nuevo objeto de otro estudio. En fin, las circunstancias y situaciones familiares concretas abocan a las mujeres a seguir ocupándose de estas funciones destinadas «a otros». Es la sensación «de vuelta» a las mismas obligaciones, de no acabar ni jubilarse nunca.

«M.– (...) *tengo la moral por los suelos*, porque ¡a ver!, tengo ahora sesenta y seis... sesenta y siete años, hace dos años que me he jubilado y la verdad que *cuanto más necesitas es cuando tus hijos menos están, pues ¡claro! están casados todos ...(!...) si antes vivía mal, ahora vivo peor*, y esa es mi historia.» (GD3: 4)

«...*otra vez he vuelto a lo mismo*. No he podido colocarme, ¡a ver!, el otro se quedó solo, luego cuando ya levantaba cabeza, pues se me ha quedado el otro, el otro está enfermo y no puedo, *no puedo más que estar pendiente de él, sacarle adelante como pueda, tiene cuarenta y dos años y tiene mucha vida por delante y no voy a dejarle morir*, porque es mi hijo, así que con eso tengo otro trabajo, porque tengo que ir a terapia con él, vamos de aquí a Fuenlabrada, vamos dos veces en semana (...) esa locura hay que evitarla, así que *ese es mi trabajo, ese es mi castigo, ¡vamos!, si era poco... (...) ...vuelta a lo mismo, hay que sacarle...*» (GD3: 8)

Respecto al cuidado de nietos y las tareas concretas que ello supone (acompañamiento al colegio-guardería, recogida, merienda), sobre todo por las tardes, es una de las funciones que más ocupa el tiempo de los mayores. Esto se observa no sólo en nuestro estudio, sino también en otras investigaciones sobre mujeres más jóvenes que dicen recibir la colaboración de la red familiar, en concreto de las abuelas, como apoyo más relevante para armonizar su trabajo y su familia-hogar (Tobío, Fernández Cordón y Agulló, 1998). Según estas madres trabajadoras entrevistadas son sus madres (las abuelas maternas) las que más colaboran con ellas en las tareas relacionadas con el cuidado de los nietos (*op. cit.*, 93-109) en comparación a todos los apoyos que puedan recibir. Estas tareas relacionadas con los nietos y analizadas fueron: cuidado cotidiano de los nietos en edad preescolar, cuidado de los nietos fuera del horario escolar (antes, después), llevar o traer a los niños a la guarde-

ría/colegio²³, preparar la comida de los nietos, llevarles al médico, atenderles en situaciones extraordinarias (sea por motivos de enfermedad, vacaciones-oocio de los padres o cualquier otro motivo)²⁴.

Por tanto, desde el punto de vista de los mayores que ofrecen este apoyo, y desde las madres más jóvenes que lo reciben, se coincide en señalar la colaboración en el cuidado de los nietos. Y es aquí donde ya entran en el escenario los varones jubilados (los abuelos), pero, como habíamos apuntado, en un plano y papel secundario.

«M.— *Nos traen a los niños, eso sí...*

M.— *¡Hala, hala! con los nietos, a cuidarles, para acá para allá hasta que venga la madre de trabajar, pero bueno, ¿a ver qué haces?, porque es que como las guarderías acaban antes que las madres pues alguien tiene que encargarse de esos niños, las abuelas, los abuelos, ¡quién sea!, porque como todos trabajan, ¡qué vamos a hacer!, al menos así les quitamos de...»
(GD4: 18 y GD2: 10)*

Predomina en las mujeres un discurso de queja desde el momento en que aún se sienten sobrecargadas y cansadas de la acumulación de tareas domésticas y cuidados. Ello hace que otorguen distintos significados a los cuidados, pues el encargarse de los nietos se percibe de manera más enriquecedora, positiva, esperanzadora («ver cómo crecen»). Y sin embargo, el cuidado a los mayores («ver cómo mueren») se percibe más como carga, como un «trabajo» a veces penoso, sobre todo, cuando el nivel de dependencia del mayor (a veces demencia senil, o la enfermedad de Alzheimer —cuyos niveles ascienden de forma imparable entre los mayores—) es tal que no se puede establecer una relación personal, de iguales. Prefieren el papel de *abuela canguro* al de *cuidadora de enfermos*, de *enfermera* o *asistenta*. Pero, la mayor o menor sobre-

²³ En estas tres tareas cotidianas alrededor del 30% (según la tarea a la que nos refiramos) de las abuelas maternas prestan sus servicios, aunque su apoyo también es fundamental —pero menor— en otro tipo de tareas relacionadas con los nietos y con el hogar de las hijas/hijos. Con los otros abuelos se sigue la misma pauta, pero con un porcentaje menor de apoyo respecto a las abuelas maternas. Este apoyo variará dependiendo de la cercanía/lejanía de la persona que presta la ayuda, el tipo de tarea, la situación familiar, el estatus socio-económico, la edad (de las madres trabajadoras que reciben el servicio) y otras variables y análisis que son desarrollados ampliamente en el estudio citado.

²⁴ Para conocer datos concretos que confirman el tipo de apoyo consúltese el estudio citado. Podemos destacar un dato: el 65% de las abuelas maternas se encarga de los nietos en situaciones extraordinarias, el 40% de los abuelos maternos, 35% de las abuelas paternas, el 22% de los abuelos paternos, y porcentajes menores referidos al resto de componentes de la red familiar.

carga que soportan en relación a los cuidados variará dependiendo del tamaño familiar, de la estructura y obligaciones familiares. En fin, aunque no rechazan el cuidar a otras personas, sí son conscientes de que a veces se «aprovechan» de ellas, y lo que es más relevante, intuyen que en un futuro nadie las cuidará. Demandan, eso sí, comprensión y «valorización» porque aún aportan a la sociedad, a las familias.

Hemos de decir que los mayores están en el punto de mira de los programas intergeneracionales propuestos por los/as expertos/as. Estos programas pueden constituir un vehículo que promueva la solidaridad entre gente de diferentes edades, y además puede generar sentimiento de utilidad en los mayores. Esta solidaridad puede germinar en nuevos sistemas de apoyo, favorecer la convivencia social y ayudar a la solución de los problemas y conflictos sociales. Por tanto el apoyo ofrecido por los mayores, sobre todo mujeres mayores «más jóvenes» (de menos de 80 años), bien sea de forma directa o indirecta, debe ser contemplado por los distintos organismos que tendrán que encontrar cauces y mecanismos para valorar, económica y socialmente, este tipo de funciones hasta ahora desconsideradas. Pensamos que es de interés general el revalorizar las contribuciones y el papel que la gente mayor puede aportar al grupo familiar. Además, deberán tenerse en cuenta los distintos discursos femeninos y la libertad de decisión en realizar o no estas tareas que ahora se «suponen» obligación femenina. Pero, eso sí, habrá que tener presente que en un futuro las mujeres mayores (las adultas y jóvenes de hoy) no estarán disponibles para desempeñar el papel de eternas «cuidadoras de la sociedad» como sus madres. Habrá que buscar otras medidas (legislativas, laborales, asistenciales, de concienciación social, ver Capítulo 12) que suplan o complementen el papel familiar, y en concreto de las mujeres.

Recordemos que, aún hoy, muchos estudios sobre jubilación señalan las tareas domésticas como protectoras del bienestar de la mujer en esta etapa climática, en la jubilación y, posteriormente, en la vejez. Hemos de romper una lanza en este sentido y decir que, si bien esta continuidad (¿obligada o voluntaria?) en las tareas del hogar produce que no se viva un cambio abrupto al igual que los varones sufren en la jubilación, ello no exime a las mujeres de otros problemas que se acentúan en la etapa postmenopáusica y aún más en la vejez. No olvidemos que en las mujeres mayores la mayor esperanza de vida y la permanencia en el «nido» (propio o de las hijas) no las protege tal como comúnmente se piensa de otras vivencias negativas en estas edades. En total acuerdo con Freixas (1993), estas mujeres están en una situación de puente, «sosteniendo y apoyando a tres generaciones: sus hijos e hijas, sus nietos y nietas y sus padres y madres, y todos esperan de ella funciones nutrientes acti-

vas». Por tanto, las mujeres mayores en general siguen sin desmarcarse de estos servicios a los demás que siempre han ofrecido aún a costa de su desarrollo personal, su tiempo de ocio y su «invisibilidad» social.

Una reflexión más. Algunas medidas se están aplicando para ayudar a estas mayores cuidadoras, pero son insuficientes y muchas veces criticables por el riesgo de confinar a la mujer al hogar. Por una parte, «pagar» a estas mujeres es condenarlas al hogar, pero no apoyarlas es seguir en la desvalorización. Hay un amplio debate en torno a estas medidas²⁵. De todas maneras, hemos comprobado que otro indicador clave de la continua desvalorización (a veces invisibilidad) de estas tareas es la existencia de un discurso social contradictorio, representado en un polo discursivo por algunos expertos/as y en el otro extremo por los discursos más conservadores. Se solapan al menos dos tipos de estructuras discursivas. El eje de valoración hacia estos cuidados, como hemos confirmado, oscila entre un discurso que aboga por la urgencia y necesidad de «profesionalizar» estos cuidados y servicios (por ejemplo, defendido por los expertos/as entrevistados/as), junto a otro discurso opuesto, aún tradicional, que piensa en la familia (concretamente, en la mujer) como cuidadora insustituible²⁶. Esta superposición de discursos, corroborada a través de nuestro estudio, plantea un debate político-social aún incipiente en el que se entremezclan criterios morales, economicistas y de otra índole. El límite que une/separa el papel de la familia-mujer y el de los servicios profesionalizados no está claro en nuestro contexto. La familia (concretamente en los países del sur de Europa) aún sigue siendo un valor cultural central y, lo que compete a esta cuestión, conforma la «principal red asistencial» informal. El nuevo papel de la familia, de los mayores, de las mujeres y de los cuidados profesionalizados es, pues, una cuestión recurrente en nuestro estudio.

²⁵ Pensemos, por ejemplo, en el programa de «Ayuda a las amas de casa cuidadoras de mayores», de la que es pionera la Generalitat Valenciana y otros puntos de nuestro contexto español. En este caso se ofrece una ayuda económica (entre 15.000 y 30.000 ptas.) a las amas de casa mayores de 45 años, con mayores de 75 años a su cargo y con renta familiar modesta. En esta línea también es pionero el programa «Respiro» (aplicado por Cruz Roja y algunas Consejerías de Servicios Sociales de las CC.AA., p.e. CAM) en el que se trata de enviar a un profesional durante unas horas para que el ama de casa cuidadora pueda dedicarse a otras actividades, descansar y «respirar» de los cuidados continuos.

²⁶ En el estudio del INSERSO 1995a, también se constató la existencia de distintos discursos ideológicos sobre el cuidado de los mayores (ver página 52 y ss.). Se distingue un discurso de solidaridad «comunarista» (desde la familia; el mayor como «patriarca»), solidaridad «orgánica» (el Estado debe encargarse), solidaridad «liberal» (el individuo, privado) y solidaridad «socialista» (cooperación en condiciones de igualdad). Ver página 109 y ss. del estudio citado, donde se desarrollan los discursos en torno a la política social en Gerontología.

Es paradójica la preocupación por su futuro como mayores cuando reconocen que siempre han cuidado (y siguen cuidando) de sus mayores, incluso han vivido bajo el mismo techo. Recordemos que la familia extensa, miembros de tres generaciones compartiendo una misma vivienda, era característica hasta hace unas décadas, cuando aún no había sido suplantada por el nuevo modelo de familia nuclear predominante en la actualidad. También las familias monoparentales u hogares unipersonales es un nuevo modelo emergente, en concreto en muchos mayores que viven solos (por viudedad, porque los hijos no tienen espacio, etc.). Con todos estos cambios, de forma latente o manifiesta, en los mayores late el miedo no sólo de no ser cuidados sino de ser abandonados. Algo impensable por ellos hacia sus mayores (véase Capítulo 10). En cualquier caso, las mujeres perciben la falta de reciprocidad y la descompensación que supone el ser cuidadoras desde el momento en que no tienen claro quién cuidará de ellas. Dudan en un futuro que sus hijas (casi todas trabajan) o sus parejas (que suelen morir antes) se preocupen de ellas cuando sean más dependientes. Tienen un discurso ambivalente. Por una parte intuyen que no serán correspondidas y se resignan diciendo ¿si no pueden cuidar (sus hijas/nueras) de sus hijos como van a cuidar de nosotros? No quieren que sus hijas sufran como ellas. En cierto modo «comprenden» y tratan de justificar la menor preocupación de sus hijos/as por ellas porque trabajan y «no pueden» ocuparse de los mayores. Pero al mismo tiempo reivindican, les preocupa, y no les parece correcto que no se preocupen por los mayores en un futuro. Esta situación aumenta su enfado y les genera nervios y tensión. Este discurso de preocupación en cierto modo está legitimado porque ellas son cuidadoras y ven que no serán correspondidas. Hallamos el discurso más dramático y desesperado en boca de las mujeres, sobre todo en las más mayores y que están más solas. Su discurso es de desesperanza y pesimismo en este tema. Son ellas las que ponen sobre la mesa, con un discurso claro, abierto, el problema de los mayores más dependientes. El discurso de los varones (o a veces la ausencia de discursos sobre esta temática) parece más tranquilo, menos reivindicativo por lo que han hecho (no han sido cuidadores), pero igualmente exigente, incluso puede parecerse egoísta porque suponen que serán cuidados por sus mujeres e hijas sin haber sido —sin planteárselo siquiera— cuidadores. Todos estos discursos «ocultan», esconden una insatisfacción por no ser bien tratados los mayores como grupo. Protestan de que no les apoyan y, lo que es más grave, no serán apoyados (véase Capítulo 11).

Se percibe en el horizonte la disminución de esta total disponibilidad (gratuidad, voluntariedad y entrega) que hoy muestran las mujeres mayores. En el futuro estas madres que apoyan no estarán disponibles porque las mujeres del ter-

cer milenio están, y estarán, totalmente integradas en el mundo laboral extradoméstico. Por ello, el interés tiene que ponerse en revalorizar estas tareas, fomentar otras estrategias, buscar otras alternativas, preservar otras ya iniciadas, para que el menor apoyo que prestarán las abuelas del mañana no signifique un obstáculo o un paso atrás en el caballo de batalla por la igualdad intergénero.

Una última pregunta se nos plantea: en el espacio privado y doméstico de no reparto de roles, ¿qué rol tienen los jubilados?, rol de «colaborador», de abuelo, de padre... En cualquier caso, la ausencia de roles relevantes para los mayores queda bastante patente no sólo en el espacio doméstico sino en la esfera social general. Este vacío de roles es una de las lagunas por cubrir y uno de los retos sociales por alcanzar. Una de las alternativas es su mayor participación social, que aunque minoritaria, a continuación vamos a tratar.

9.3.2.3. ACTIVIDADES NO REMUNERADAS EN EL ÁMBITO EXTRADOMÉSTICO

Si los epígrafes anteriores ha sido muy extensos en coherencia con la inversión de tiempo e importancia que otorgan los mayores a aquellas actividades, éste resulta breve acorde con la corta participación de los mayores fuera del ámbito familiar y doméstico y de forma «no remunerada». Aunque en aumento, pocas son las personas voluntarias mayores que participan más allá del umbral del hogar. Pero esta participación cada vez mayor (y no tan despreciable en comparación al voluntariado de otras edades) merece siquiera un somero análisis. Para muchos mayores estas prácticas son consideradas como *ocio*, desde el momento en que le otorgan sentido pleno (ocio como desarrollo personal y social), o como *trabajo*, porque es tomado con seriedad, continuidad e implicación (más propias del trabajo vocacional y voluntario)²⁷.

Introducción: ¿Una minoría privilegiada emergente?

En contra del tópico y la representación de «poca participación social» de los mayores, desde los escasos estudios y reflexiones existentes se confirma una reciente eclosión del movimiento asociativo de los mayores en nuestro contexto español (Rodríguez Rodríguez, 1993; Ariño, 1993; Zayas, 1994; Ortí

²⁷ Para aclarar esta cuestión incluiremos aquí las actividades sociales que implican mayor compromiso social, y en el apartado 9.4 y 9.5, cuando son actividades de ocio y de relación, respectivamente, pero con significados e intencionalidad bien distintos.

Benlloch, 1995; INSERSO-Colectivo IOÉ, 1996; Bazo, 1996; Rodríguez Cabrero, 1997). En nuestro estudio hemos percibido esta participación emergente, sin embargo, aún minoritaria. La participación social más común sigue restringiéndose al ámbito más próximo y privado. El presente apartado versa sobre las actividades no remuneradas, pero esta vez fuera del entorno familiar y en concreto desde entidades ya organizadas.

Los prácticas de los mayores pueden ser, como veremos, muy variadas: 1) Conservar la memoria colectiva (usos y costumbres, trabajos artesanos, tradiciones culinarias, etc.); 2) Conservar el folklore y cultura populares (fiestas, canciones, danzas... y otras manifestaciones); 3) Preservar lazos intergeneracionales extrafamiliares; 4) Aportaciones a los problemas sociales, políticos o económicos; 5) Defensa de intereses de los mayores o de la sociedad general, principalmente. Estas actividades pueden considerarse todas de carácter no lucrativo o de voluntariado en el sentido de que la gente mayor no tiene la obligatoriedad de realizarlas, a diferencia de como ocurría en su etapa laboral remunerada. Si retomamos el estudio de Rodríguez Cabrero (1997), podemos citar al menos tres tipos de voluntariado en los mayores (págs. 114-115 y 164-165): a) voluntariado cultural (presencia de élites profesionales, trabajadores más activos y conscientes y mujeres profesionales y líderes); b) voluntariado asistencial (desde ONGs como Cáritas, Cruz Roja o a nivel informal); c) voluntariado social e intergeneracional (desde los Centros y Hogares prestan servicios a la comunidad o a los propios mayores). Otros tipos de voluntariado a los que aludimos en nuestro estudio podrían incluirse o añadirse a estos tipos de voluntariado y participación: voluntariado parroquial, voluntariado vecinal-informal, voluntariado económico, etc., junto a los significados y discursos que los nutren. Para comprobar este auge de asociaciones de/para mayores pueden consultarse los estudios citados, discursos y actuaciones de los mayores cada vez menos puntuales y más asentadas en el tejido social²⁸.

De forma general, el voluntariado de mayores no está todavía muy desarrollado en España en comparación a otros países del norte europeo y a EE.UU. Sin embargo, en nuestro contexto español contamos con una incipiente colaboración de voluntarios de edad. Por ejemplo, como voluntariado económico en España existe la organización SECOT (Seniors Españoles para la Cooperación Técnica), cuyos componentes se dedican al asesoramiento jurídico y empresa-

²⁸ Citemos, por ejemplo, la reunión (26-27 de abril de 1999, en Getafe) de la *Red Intermunicipal de Mayores*, de dirigentes mayores de Hogares, Centros de Día... de 13 municipios del sur de Madrid.

rial de los más jóvenes. Según los análisis de Acebal (SECOT 1995), existen 51.000 personas mayores, de 17 países, insertas en una treintena de organizaciones de voluntariado²⁹. El movimiento Senior (Acebal, 1995, autor al que hemos entrevistado para este estudio, véase EE16), implantado recientemente en muchos países³⁰, se gesta con una doble orientación³¹. En esta experiencia convergen (concretamente en SECOT): asociaciones empresariales, Círculo de Empresarios, Acción Social Empresarial, Cámaras de Comercio, empresas individuales, socios protectores, confederaciones y federaciones patronales, entre otros. A diferencia de otras ONGs, como Cáritas o Cruz Roja, el voluntariado económico (representado aquí en SECOT) no atiende fines sanitarios, ni religiosos, ni de militancia política o sindical, sino que se centra en ayudar a gente de empresa necesitada de apoyo para lanzar sus servicios o negocios. Todos estos apoyos pueden fomentar y mejorar las relaciones intergeneracionales e intrageneracionales³². Además, ello puede reportar también una mejor situación de salud física y psico-social de los voluntarios mayores, mayor autoestima, sentido

²⁹ El reparto geográfico de este capital humano es: 29.000 en EE.UU. y Canadá (tres organizaciones); unos 20.600 en Europa Occidental (22 org.) y unos 1.700 en el resto del mundo (tres organizaciones).

³⁰ El origen del voluntariado económico de mayores está en Estados Unidos (1964), Canadá (1967) y Reino Unido (1972). En 1975 nace la primera asociación francesa, y en 1978 la idea se extiende a Japón y Holanda. Esta primera etapa, siguiendo al mismo autor, se dirigía a la Cooperación Internacional al Desarrollo. En la década siguiente se expande a nivel internacional este movimiento de *seniors*: Australia (1981), Alemania y Bélgica (1983), Italia y Luxemburgo (1986), Portugal y Sudáfrica (1988) y España (1989), y se añade una orientación hacia la cooperación nacional para el desarrollo del tejido de pequeñas empresas y entidades.

³¹ 1. Cooperación Internacional al Desarrollo. El contenido de la asistencia es predominantemente técnico: reorganización de industrias medias, asesoramiento para la renovación de equipos y sistemas, formación y reciclaje del personal... 34.000 *seniors* disponibles para la ayuda a los países en vías de desarrollo y 2.920 proyectos en Asia, América Latina, Oriente Medio, Asia y Pacífico (datos de 1992, SECOT, 1995).

2. Apoyo a las PYMES del propio país. Esta es la otra vertiente. Unos 30.900 mayores forman parte de agrupaciones dedicadas a este apoyo. Al igual que en el anterior, son los EE.UU. y Canadá los que reúnen a algo más de la mitad de este voluntariado. Pero en Europa Occidental han sido creadas algunas recientemente.

³² Los receptores de estos servicios son:

— Personas físicas (frecuentemente jóvenes) que tienen un proyecto empresarial y pretenden conocer la viabilidad del proyecto. Se presta apoyo a emprendedores individuales.

— Empresarios que desean o se ven forzados a introducir cambios importantes para sobrevivir, piden recursos para sus consultores comerciales. Los mayores apoyan a empresas con dificultades.

— Empresas que con creciente éxito precisan abordar varios problemas; apoyo a empresas en crecimiento.

— Asociaciones sin fin de lucro u otros tipos de pequeñas entidades de finalidad social, dirigidas por voluntarios no profesionales y que requieren mejor gestión para mejorar su eficacia y eficiencia.

de utilidad. Es por tanto, esta faceta la que nos gustaría destacar en cuanto al capital humano de los mayores al servicio de la colectividad.

También en otras ONGs ya clásicas (en Cáritas y Cruz Roja, sobre todo) las personas mayores están cobrando mayor peso y presencia social. En Cáritas, según su Memoria 1996 (1997: 29) el 13,8% de los voluntarios³³ son mayores de 65 años³⁴. También, según la Memoria 1996 de Cruz Roja (1997: 13), los mayores voluntarios son el 6% respecto al total de mayores usuarios de otros servicios a los que pueden acogerse o utilizar: teleasistencia (31% de los mayores), Ayuda a domicilio complementaria (24%), A.D. Básica (7%), Centros de día (9%), «abuelos sustitutorios» (0,1%), etc. (1997: 12-14). Junto a programas de acción internacional, sanitaria, formación, sensibilización —por ejemplo—, que Cruz Roja desarrolla (dirigidos a la población general), el programa de mayores es uno de los prioritarios dentro de la «Acción hacia grupos más vulnerables». Es al que más voluntarios se dedican (11.088, del total de 20.865 en estos programas) y del que disfrutaban más usuarios (61.974), en comparación a otros «grupos vulnerables» (refugiados, inmigrantes, toxicomanías, mujer, etc.) (ibídem, 11).

En un estudio de Cruz Roja española (Suárez del Toro, 1995) se manifestaba que «la mayor parte de las personas mayores que colaboraban como voluntarias lo hacían precisamente en actividades de atención a los mayores. La mayoría se situaban entre los 60 y 64 años, aunque existía un 2,8% de mayores de 80 años» (pág.129). Según otros datos relativos a Europa, el 70% del voluntariado de Cruz Roja es mayor de 60 años (Izquierdo, 1994: 53), pero esto no es extrapolable a España, ya que de un total de 112.303 voluntarios españoles de Cruz Roja sólo 4.723 tienen más de 60 años (SECOT, 1995)³⁵.

³³ El total de voluntarios de Cáritas es de 42.372 personas. La distribución por sexos es: 72,2% mujeres y 27,8% hombres. La distribución por edades es: – de 20, 4,7%; 21 a 30, 15,6%; 31 a 50: 35,1%; 51 a 65, 30,8%; +de 65, 13,8% (página 29). Además, hemos de decir que el programa de Mayores es el segundo en el que más ha invertido Cáritas (del total de recursos, 17.403.473 pesetas, el 13% o 2.282.329 pesetas), después de la «Acogida y Asistencia» (17,7%) y con mayor presupuesto que otros programas como Empleo (9,4%), Cooperación internacional (8,3%), Transeúntes (6,4%), Drogodependencias (5,3%), Infancia 5,0%), Mujer (3,2%), etc. (página 27).

³⁴ Sólo recordar una observación metodológica básica: Los porcentajes de participación deben interpretarse con cautela: un mismo dato es elevado si se contrasta con la participación de la población general, o bien puede parecer menor en comparación con la mayor cantidad de tiempo libre del que disponen los mayores.

³⁵ Según esta investigación española, de un total de 2.721 voluntarios mayores que participaron en la encuesta el 25,8% realizaba tareas de acompañamiento a otras personas, el 21% colaboraba como profesor de idiomas o de apoyo administrativo, otro 21,3% participaba en labores puntuales; el 16,1% colaboraba en el desarrollo de actividades lúdicas y un 14,7% eran monitores en talleres y cursos (SECOT, 1995: 129).

Otras actividades de voluntariado, que se han citado de pasada en este apartado y que queremos recalcar, son las actividades —también altruistas— de ayuda a domicilio (desempeñada por muchos mayores atendiendo a otros que aún lo son más), actividades que aportan conversación, compañía, etc., actividades de apoyo a la comunidad (organización de actividades lúdicas, organización de actividades festivas a nivel de barrio o comunitarias, etc.), etcétera. Todo este tipo de actividades son llevadas a cabo por voluntarios porque las organizaciones oficiales y estatales (sanitarias, educacionales, de servicios sociales) no pueden cubrir toda la demanda por no considerarlas importantes o por falta de recursos. De momento, sólo recordar que hay organizaciones que se dedican al voluntariado de mayores, y aunque sean minoritarias, sus beneficios en relación a una mejor adaptación a la jubilación y al proceso de envejecimiento auguran un aumento necesario de este tipo de propuestas o medidas. Es digno de mencionar la campaña actual (abril 1999), «Sin ti somos menos», que está lanzando la Comunidad de Madrid, para captar a los mayores como voluntarios, y de forma general concienciar a la sociedad de la necesidad de impulsar y acrecentar estas iniciativas en pro de un mayor bienestar para todos.

Pero siguiendo con algunos datos más, según un estudio coordinado por la asociación británica RSVP (*Retired and Senior Volunteer Programme*) para valorar la situación de los voluntarios mayores en Francia, Alemania, Italia, Países Bajos y Reino Unido, «sobre una muestra de 1.027 voluntarios se deduce que su contribución supone un promedio de 21 horas al mes de actividad voluntaria, lo que equivale a más de un millón de horas de trabajo para sus comunidades» (Luque, 1995). Siguiendo al mismo autor, «si se diera el caso, de que uno de cada diez mayores de la UE actuara como voluntario, la sociedad se beneficiaría de unos 2.400 millones de horas anuales de trabajo voluntario» (en SECOT, 1995: 141). Todo ello expresa el importante papel que las personas mayores pueden reportar sobre el ámbito social extrafamiliar. Podemos citar, por ejemplo, el proyecto «Abuelos-Nietos», que llevan a cabo algunos voluntarios mayores de Cruz Roja (Memoria 1996: 13). Este programa trata de recuperar la figura de los abuelos para los menores que por diversas circunstancias tienen que estar parte del día solos. Tal como decía Susana Gende, psicóloga y una de las expertas entrevistadas, «...se llama «Abuelos-Nietos», es un programa que empezó a desarrollarse en Asturias, este año lo vamos a poner en marcha en otras cuatro oficinas provinciales (...), poner en contacto a familias con una problemática social diversa, por ejemplo, paro, desempleo, adicción a las drogas, familias monoparentales, etc., con personas mayores que desean colaborar como voluntarios para atender específicamente la problemá-

tica de los niños de esa familia (...); después de una capacitación de Cruz Roja, es *hacer de abuelo, de abuelo sustituto*, es decir, acompañan al chiquillo a la escuela, al parque, hablan con el profesor, le dan la merienda, y sobre todo, comparten afectos con ellos. Es una manera de contribuir un poco a estabilizar la situación familiar, y para el chiquillo supone un apoyo impresionante, es un programa muy bonito, es una experiencia muy fácil de hacer, es algo de muy bajo coste y con los resultados estamos muy satisfechos» (EE17: 4).

Lo relevante es que todo este tipo de prácticas puede reportar también una mejor situación de salud física y psico-social de los voluntarios mayores, mayor autoestima, sentido de utilidad. Es por tanto esta faceta la que nos gustaría destacar en cuanto al potencial y capital humano de los mayores al servicio de la colectividad. Pero no olvidemos, no obstante, que la participación en estos espacios es aún minoritaria³⁶.

9.3.2.3.a. Satisfacción de los/as mayores que participan voluntariamente

No todos los mayores tienen discursos en torno a este tipo de prácticas en cuanto que son una minoría los que son «activos» de este modo. Si sólo nos fijáramos en los discursos sobre participación social nuestra imagen general de los mayores estaría distorsionada, legitimándose erróneamente unas de las representaciones sociales positivas que se les aplican: los mayores son activos, están implicados socialmente, no notan la transición a la jubilación. Como hemos encontrado una minoría —en realidad no tan minoritaria en relación al voluntariado de otras edades— que realizan estas actividades extradomésticas, es digno analizar esta faceta de los mayores y no quedarnos con la representación social negativa que se puede extraer de que los mayores son pasivos o si son activos es sólo en el ámbito doméstico o para algunas tareas remuneradas.

Hemos de empezar diciendo que los mayores que invierten más tiempo y otorgan mayor relevancia a estas actividades no remuneradas reúnen deter-

³⁶ Además de aportar servicios a los mayores, Cruz Roja, Cáritas y otros organismos, se esfuerzan en promover un mayor reconocimiento social de los mayores y pretenden ser organismos reivindicativos de los mayores como ciudadanos de pleno derecho. Otros organismos en esta línea son: SECODES (Seniors para la Cooperación y el Desarrollo), ABUMAR (Abuelos/as en marcha), etc. A nivel europeo es de destacar la REBE (Red Europea de Voluntariado Económico), la Asociación de Seniors de Europa Comunitaria (ASEC) y las conferencias de Servicios de Expertos Seniors que se reúnen de forma bienal, entre otros.

minadas características: a) disponen de un entorno propicio y cercano para la participación; b) los que no cubren su «hambre» de actividad con la familia y ocio; c) cuentan con un pasado más o menos implicado (nivel de concienciación social actual medio-alto); d) tienen un nivel de independencia alto (salud, menor edad, menos obligaciones familiares), principalmente. Si consultamos el «perfil del voluntario mayor» según investigaciones recientes, se observa una coincidencia con los casos de voluntarios que hemos encontrado en este estudio.

Este «trabajo» de voluntarios suelen realizarlo desde el marco de pertenencia a alguna organización, ONGs u asociación (que no son conceptos similares³⁷). Si tenemos en cuenta sólo el nivel de pertenencia a asociaciones vemos que es bastante elevado (véase apartado 9.5.3.4), pero si se considera la participación más activa, más implicada, la participación es mínima. Veamos este tipo de «trabajos» de algunas de las personas mayores, porque estamos ante un estudio cualitativo, de profundización, no sólo de analizar lo más representativo socialmente.

Las actividades que realizan suelen enmarcarse en entornos de carácter religioso, folklórico o social. El discurso común en la participación de cualquier tipo es la mayor implicación, el ritmo continuado y regular de actividad, la motivación expresiva del que la realiza, el carácter altruista general..., que bien podría considerarse «trabajo» desde el punto de vista que mucha gente «vive realizando estos servicios», pero no es «trabajo-empleo», porque no cobran, no es obligatorio y de no realizarlas no estarían cubiertas por otras personas más jóvenes, ni por el mercado ni por el Estado. A pesar del debate que hay sobre si el voluntariado de mayores quita puestos de trabajo, no vamos a entrar en esta polémica, pero sí hemos de decir que en todo caso no es una problemática de mayores, sino del «voluntariado a cualquier edad», que habrá que gestionar y limitar para que en realidad no signifique mano de obra barata... tal como algunos de ellos reconocen.

³⁷ Nos gustaría establecer aquí las diferencias entre «ONG» y «Asociación» sobre el fenómeno «onegeísta» y a las confusiones actuales de este tipo de organismos. Entendemos ONG como la organización independiente (financiera e ideológicamente) que lucha (desde unas metas e ideas creativas, a veces utópicas) por intereses de otros, de todos (Cáritas, Cruz Roja, Greenpeace...), pero no por intereses propios. Sin embargo, hay otro tipo de asociaciones que vienen denominándose ONG pero vemos que sus intereses son propios y particulares (OCU, UDP...), o bien que sus fines son de ocio o culturales (peñas festeras, deportivas...). Queríamos hacer esta breve aclaración para advertir que denominar a toda asociación ONG es desvirtuar el concepto y puede conducir al final a que cualquier organización —por ejemplo, dependiente del Gobierno—, paradójicamente, sea una «organización no gubernamental».

«...que la actividad que realicen *tiene que ser sin quitar puestos de trabajo a los jóvenes. Tiene que ser una cosa como lo mío, de catequesis, o sea, deben ser cosas así porque si no los mayores no deben de trabajar nunca, no pueden ser activos en cosas remuneradas. Eso no, ellos ya dieron su vida y su trabajo, ahora que lo den los jóvenes. Ellos deben de ser siempre por un «hobby», por una entrega o por un..., eso, o por una distracción, pero no por una necesidad ni eso...» (EM7: 9).*

Aunque estos voluntarios son minoría y no podemos generalizar, sí cabe decir que quienes las realizan reflejan los discursos más positivos de todo nuestro estudio, de satisfacción (social y autosatisfacción) y por tanto una posible mejor adaptación. Ayudan a cubrir ese «vacío» personal o social que deja la jubilación o la desconexión que implica, a veces, el proceso de envejecer. A diferencia de la mayor parte de jubilados que son más pasivos, a los que aquí nos referimos otorgan un significado positivo a su ocupación del tiempo, no desvalorizan lo que hacen; tienen unas actitudes y discursos más positivos hacia la actividad. Ellos se sienten «activos» hasta el punto de referirse a estas actividades como «trabajo», porque verdaderamente ocupan una gran parte de su tiempo y se lo toman en serio como una profesión elegida, vocacional (incluyen casi todas las características del trabajo, excepto ser remunerados). Se confunde el concepto de trabajo con el de actividad porque otorgan un significado positivo a ambos. Muchos no entienden que se puede «trabajar sin quitar puestos de trabajo»; observemos la confusión de «empleo» con «voluntariado».

«H.— Pero usted va a trabajar en cualquier sitio, le ven y al contratista pues se le ha caído el pelo.

M.—... No, pero si no es por esto, si es que ya...

H.— Pero si *no le admiten, no le admiten.*

M.—... dar algo tuyo *para a los demás ayudar...*

M.— Que tú das, pero recibes...

M.— *No es trabajar, no es trabajar para ganar un sueldo...» (GD3: 20)*

Como veremos, las prácticas religiosas (misa dominical, otros ritos) marcan —y han marcado— el ritmo de muchos de los mayores (sobre todo mujeres) debido a su socialización en la religión católica. Del mismo modo, muchos mayores siguen vinculados a sus parroquias. La mayoría lo hacen como meros «receptores» de actividades religiosas (véase apartado 9.5.3.4), pero otros están más implicados y «trabajan» voluntariamente en el seno de la misma. En nuestro caso tenemos a mayores activos en el catecumenado (ama de casa-

GD3, jubilada-GD9, jubilado-GD1, jubilada-EM7, prejubilado-EM3), como visitadora de enfermos (jubilada-EM4), apoyo a transeúntes y marginados (prejubilado-EM8), colaboración en las fiestas al Patrón de la localidad (jubilado-GD10), por ejemplo.

«M.– (...) y estoy trabajando en distintas cosas... de la iglesia, de asociaciones de mujeres...» (GD3: 3) (...) desde que murió mi marido, pues yo me he dedicado más a todo, a *ayudar a los demás* de una manera, a otros de otra y resulta que yo, pues nada, y este año pues ya pienso dejarlo y dicen que no que no lo deje porque, yo..., son unas preparaciones que hacemos a las personas mayores en la iglesia, se llama *catecumenado*, son cuatro años (...) *no sé si lo voy a poder dejar (...) ...empiezo yo, pero ¿cómo voy a dejar esto y lo otro? O sea, pero yo soy muy activa...*» (GD3: 7 y ver EM7: 3, GD10: 20, EM3: 6, EM4: 5).

Observamos que casi todos los voluntarios suelen ser mujeres, según los datos de distintos estudios mencionados, aunque en nuestro estudio también nos encontramos con jubilados que cooperan voluntariamente en alguna organización. Llama la atención el hecho de que uno de ellos (EM8) fue animado (¿influido?) por su esposa a integrarse en una asociación parroquial de su localidad (Mérida, Badajoz). Pero ya hemos mencionado que los factores decisivos para participar como voluntarios son diversos. Sus discursos resultan altamente positivos. Observamos cómo en entornos rurales e intermedios es característico un tipo de participación que pivota en torno a la iglesia. En los ámbitos urbanos se desvincula más de este carácter eclesial, o bien se superpone un nuevo tipo de participación a la clásica participación religiosa «tradicional». En las ciudades hay más tejido asociativo, más posibilidades, sin embargo parece que la participación es mayor en ámbitos rurales o intermedios que en zonas megaurbanas. De todas maneras, más que el entorno espacial, tendrán influencia otros factores, como el entorno relacional propicio a estas prácticas, las obligaciones familiares y otras dimensiones ya comentadas³⁸.

«...Mérida, en una asociación que se llama *Asociación de Transeúntes del Padre Cristóbal*, que me satisface por completo, he encontrado ahí un aliciente en mi vida muy muy importante (...) y todas las mañanas me dedico humana-

³⁸ Recordemos que son varios factores (no sólo la actividad, pero principalmente la actividad) los que incidirán en un mejor tránsito a la jubilación: entorno, ingresos, estudios, salud... Vemos que la actividad puede desarrollar cada uno de estas facetas: interacciones, sentimiento de utilidad y bienestar a todos los niveles.

mente a estos transeúntes, ¿no?, que son gente que necesitan ayuda. Vamos, que estoy muy muy feliz de haberme jubilado... («EM8: 2)...ir al centro ese del Padre Cristóbal con el que estoy muy satisfecho porque son personas muy agradables, les haces falta porque la mayoría son alcohólicos y toxicómanos, y son personas a las que les haces falta... (...) voy todos los días de diez a una de lunes a viernes, ahora estoy de vacaciones y muchos días me da pena no poder ir pero...(...) antes de esto salía de casa a las diez o diez y media, me iba al Casino, me leía la prensa a las doce y media o a la una (...) he sacado un provecho tremendo. El catecumenado que hemos empezado el primer año, son cinco años, he empezado el primer año y ya hemos terminado. Hemos hecho muchas amistades, eso es una convivencia muy bonita...» (EM8: 5).

No sólo en entornos parroquiales participan algunos de los mayores, sino también en otros ámbitos sindicales, sociales (Centros de Mayores) o relacionados con la empresa en la que han trabajado. Es el caso de una jubilada y jubilado sindicalistas que trabajan en defensa de los intereses de mayores (GD3), o dos de los jubilados de la agrupación de jubilados de la empresa CASA (GD1), o bien algunas mujeres que coordinan algunas de las actividades en algún Hogar de Mayores (GD2). Hemos de destacar el caso ejemplar de CASA ofreciendo a sus jubilados un espacio en el que reunirse o al que acudir una vez jubilado. Pocas empresas —sólo algunas, como ENDESA, IBERIA, RENFE ofrecen, por ejemplo, cursos de preparación a la jubilación— tienen esta u otra consideración por sus trabajadores «después del trabajo». En este estudio se quiere destacar también la urgencia de convertir el área de «recursos humanos» en más «humanos» para que no abandonen de forma tan radical al trabajador tras la jubilación³⁹ (véase 1.2.2).

«...una agrupación de jubilados que es de la empresa donde trabajábamos (...) mucha colaboración con los centros cívicos del Ayuntamiento, tenemos muchas reuniones con ellos, nos convocan a muchas reuniones...» (GD1: 4) (...) las consultas que nos pueda hacer cualquier compañero, a organizar algunos viajes que hacemos, a echar una mano al que esté un poco... en inferioridad de condiciones físicas, porque ahora mismo tenemos un compañero que lleva dos meses y medio en estado de coma y raro es el

³⁹ «...ex subdirector de ventas, ¿eficaz?, al 100%; ¿íntegro?, al 120%; ¿ecuanime?, como pocos, sensato, dedicado en cuerpo y alma a Aviaco (...) de Parkinson, y al cabo de doce años, porque hace doce años que está malito, ni Aviaco oficialmente sabe de su existencia, ni le mandan un recordatorio, ni le van a ver. Entonces, esa parte es muy, muy, muy injusta. Y no sé por qué razón, la vida laboral, aquí en España, por lo menos aquí, donde yo vivo, la separamos tanto de la vida humana, ¡no lo entiendo por qué! (...) es triste pensar que has dedicado, como este chaval, que entramos en el año 64, 25 ó 26 años de su vida, los que pudo por salud, en cuerpo y alma en Aviaco, y que no se acuerden...» (EM3: 7).

día que no vamos alguno a ver qué es lo que necesitan, o a ver dónde le podemos echar una mano, porque ahora le han echado del hospital de aquí, porque le han mandado a un hospital de terminales, y claro...» (GD1: 13).

«...estamos en el Hogar; que si hacemos excursiones, que si nos vamos al baile, que si damos convites, chocolate en el invierno, ahora les damos... en el verano les damos limonada, que si jugamos a la petanca, que si jugamos a las cartas, ¡bueno!, a la rana, bueno, ahora estamos distraídas, pero estupendamente.

– Muy bien.

– Sí, yo también... vamos, durante el día... pero hay días que tienes que ir a una Junta al Hospitalillo (...) porque tienes que hablar con los... con los de arriba, con los profesores... (...) el centro desde las cuatro y media o las cinco hasta las siete o las ocho, haciendo carnets, o atendiendo al público...» (GD2: 8 y ver GD3: 11-12: «...haciendo por los demás, me incorporé al Sindicato y llevo diecisiete años en el Sindicato, colaborando y luego ya digo un puesto de responsabilidad, pues seis años (...) un trabajo bonito, no me aburro en casa y doy a los demás lo que puedo, lo que mi capacidad puede dar (...) CC.OO., al que yo pertenezco, si no... hay otros sindicatos, hay asociaciones de mujeres...» (GD3: 11-12).

En esta minoría de mayores de nuestro estudio hemos encontrado los discursos más positivos en relación a sus actividades y ocupación del tiempo, y por tanto también en relación a la jubilación y esta etapa. En cualquier caso, no olvidemos que muchos son los factores que inciden en una vivencia del envejecimiento más positiva, y por eso incluso estos mayores demuestran descontento (no con la actividad) con otras facetas de su vida como jubilados/as. Sobre todo los que viven solos o tienen bajas pensiones (mujeres generalmente) manifiestan junto con sus discursos de satisfacción con el voluntariado un discurso de preocupación y queja. De ahí que la actividad sea central en esta etapa, pero otros factores se añaden a ella para poder entender la vivencia de la jubilación (ver 8.3).

Pero continuando con los discursos de estos mayores activos, observemos la elevada implicación y compromiso de algunos de ellos en las actividades. En otros/as es más puntual, y adquiere un significado de *pasatiempo* y una forma de interacción más con otras personas. Por ello, aunque las mujeres que están participando están más implicadas, en general, debido a las obligaciones familiares y la tendencia femenina en estas edades a permanecer en el hogar, las que participan en estas actividades suelen tener una base común: estar solas (viudas, por ejemplo), tener pocas responsabilidades familiares y sentir la «necesidad» de salir del hogar. Las mismas mujeres perciben el mayor «recono-

cimiento social» que tienen este tipo de prácticas frente a las funciones familiares que aún siguen siendo poco valoradas socialmente. Otro punto a destacar es la capacidad de decisión y elección que han tenido en estas actividades voluntarias, frente a la obligatoriedad impuesta socialmente de realizar las tareas domésticas.

En las fichas individuales de los participantes de los GD y entrevistas podemos observar un alto nivel de pertenencia a asociaciones (sobre todo en medios rurales e intermedios), pero de los discursos se extrae un bajo nivel participativo general (participación puntual, sólo en las fiestas, sólo en algunas celebraciones religiosas...). Hay dos formas de acudir a estas organizaciones: para participar activamente (la minoría) o de forma pasiva (para pasar el rato). El ejemplo más claro es el de los Hogares o parroquias, a los que muchos asisten (los hombres de nivel medio y bajo a los Hogares, las mujeres a la parroquia) y pertenecen, pero pocos participan. De hecho, según distintos estudios citados, la pertenencia a las asociaciones, Hogares, es muy elevada, pero el nivel de participación al modo de estos voluntarios/as que estamos tratando es ínfimo.

En general, no encontramos en nuestro estudio a muchos que manifiesten directamente que «se sienten útiles y muy satisfechos con lo que hacen»; sólo hallamos mayor satisfacción en los discursos de los que están más comprometidos, que son la minoría actualmente. Podemos decir, pues, que estos mayores es más probable que tengan una mejor vivencia de la jubilación y envejecimiento en virtud de sus discursos positivos, aunque tampoco podemos decir que «sólo» estos mayores se adapten mejor a la jubilación, pues otros mayores en cuyas actividades pasivas están satisfechos (¿o más bien conformados?), principalmente por ser acciones «elegidas», pueden adaptarse igualmente a esta etapa. Observamos, pues, que no es tan simple, ni se puede establecer relación directa causa-efecto: una participación social no siempre implica mejor jubilación, pero sí parece más probable que puedan adaptarse mejor los mayores más activos. El aspecto crucial para entender una mejor vivencia en esta etapa parece ser el hecho de que hayan elegido estas actividades y las mismas les llenen el hueco laboral (jubilación) o familiar (nido vacío, viudedad) que pueden dejar estas edades. Veamos esta satisfacción (ver también Bazo, 1996: 210-219):

«...me dedico a estas personas que están en este centro, al cual estoy cada vez más orgulloso de pertenecer a este voluntariado del Padre Cristóbal de aquí de Mérida. Cada vez estoy más orgulloso, son personas a las que les haces falta y sigo muy contento.» (EM8: 3)... creas muchas amista-

des, pero vamos, a mí *me gusta más el asunto este de los transeúntes y sin techo*, que lo veo una cosa, no sé, lo veo de una necesidad en la vida que la gente pasamos. *Yo pasaba antes, yo pasaba antes, no sabía lo que era eso. (...) por lo menos para mí me fortifica y me da no sé, me da a la vida una calidad tremenda*, que antes yo siempre he sido una persona de pequeño que me gustaba el catolicismo, y la Acción Católica, pero luego después lo dejé, pero he vuelto ahora y me encuentro con más fuerza (...) algo más, ¿no?, *hay cosas que son muy insignificantes para ti y sin embargo para otras personas esa insignificancia es un provecho tremendo para ellos.* (EM8: 5)

«M.- (...) *estoy desde las nueve de la mañana hasta la una en el sindicato haciendo un buen, me supongo, que es un buen trabajo porque siempre que se ayuda a los demás se hace un buen trabajo (...)*, los miércoles voy a un programa de radio, en Onda Latina, la voz del Pensionista y Jubilado, *y estoy muy contenta y muy satisfecha*, llevo siete años haciendo el programa y me encuentro muy cómoda, muy cómoda, en el sindicato y en la radio también. *Estoy encantada, o sea, que soy una persona mayor pero me siento muy útil todavía porque puedo dar a los demás (...)* ...las mujeres mayores que no saben defender sus derechos *y te llaman a ti para que vayas y las ayudes es una satisfacción grandísima (...)* a cualquier sitio que lo necesiten a ayudar. Esta mañana he estado yo en una Residencia viendo a una señora que tenía muchos problemas (...) *voy donde me necesitan y allí voy, así que estoy muy contenta, me siento útil a los demás y estoy encantada de la vida (...)* *mientras pueda lo voy a hacer...*» (GD3: 6 y ver GD1: 15 y otros citados más arriba).

Muchos de estos voluntarios se lo toman como un trabajo, con seriedad, con un horario, responsabilidad, continuidad y entrega; o mejor dicho, mejor que un «trabajo», porque lo realizan con libertad, por motivaciones exclusivamente intrínsecas (les gusta la actividad en sí) y no materiales, o en términos del Colectivo IOÉ (INSERSO, 1996: 109-122), por «autorrealización colectiva emancipatoria»⁴⁰. Por todo ello se sienten satisfechos, se sienten útiles, les gusta, y adquieren tanto autoestima como reconocimiento social. Aquí podemos decir que se cumple literalmente ese cambio de significado del trabajo

⁴⁰ Según análisis de estos autores (INSERSO, 1996: 109 y ss., y ver gráficos págs. 110 y 120) los tipos de voluntario podían ser varios según la implicación personal en el proyecto de investigación-acción propuesto para aquella ocasión: «1) implicación inicial individual; 2) orientación institucional externa; 3) orientación subjetiva de valores; 4) proyección voluntaria electiva autoinstituyente; 5) implicación comunitaria incardinada localmente, 6) autorrealización colectiva emancipatoria».

pasado como *medio* a la actividad como *fin* en sí mismo. A estas opiniones se añaden, desde alguno de ellos, un discurso crítico hacia los mayores por varios motivos: son pasivos, no acuden a conferencias en los Hogares; sólo juegan a cartas, no conocen este tipo de actividades; los hombres piensan que son «tonterías de mujeres»; no protestan ante su situación económica, más deteriorada en la jubilación; no demandan lo que necesitan, etc.

«...unas conferencias muy, muy interesantes que se han dado aquí en este distrito, en los cuatro Hogares que hay aquí, y tiene que bajar el conserje o quien sea a avisarlos: «por favor, que son ponentes cualificados todos, muy preparados, que dan unas conferencias maravillosas», que son dignos de escucharlos, y siguen jugando a las cartas y hay casi, obligarlos para que suban a una conferencia (...) pero están envidiados, cartas, cartas, cartas, y ya digo que yo estoy a favor de los Hogares, estoy a favor, pero la mente está cerrada (...) Solamente con la gente que hay mayor que necesita que se las ayude, ¿eh?... eso es que me lleva a mí a los demonios porque yo lo oigo por la radio (...) que se mueren solitos ahí, habiendo tantos como nosotros que somos casi un poco mayores y estamos mejor, que podríamos echarles una mano, ayudarles...» (GD3: 21-22).

«...retirando medicinas a los pensionistas y hay algunas personas que no se dan cuenta todavía, y eso existe y debe de ser, pues, ¡hijos míos!, en vez de estarnos con los brazos cruzados (...) las pensiones de miseria que suban para arriba, que la pensión de viuda sí suba, al salario mínimo interprofesional, que no le llegamos, ¡ni muchísimo menos!, es la pensión de viuda del 45% de la base reguladora del marido (...) las hay de treinta y dos mil, ¡eso es una miseria!, pero se conforman, son conformistas... (...) hay que reivindicar y no quedarnos en casa...» (GD3: 11-12 y ver también EM8: 7: «...de decir «son cosas de tonterías de las mujeres», pero es porque no van....»)

Muchas veces transmiten un discurso muy reivindicativo e implicado socialmente, que no es el discurso de los mayores general, pero que rompe estereotipos y representaciones negativas de que los mayores son pasivos, no se asocian, no reivindicán, no son conscientes ni concededores de la realidad... De hecho, si el nivel de participación de los mayores no es más elevado ello es coherente con el bajo nivel de implicación social de la población española general, no es exclusivo de los mayores. Día a día el tejido asociativo y los mayores implicados es más elevado. De momento son una minoría, pero eso sí, emergente y en auge. En cualquier caso, no es casual que este apartado sobre aportaciones de los mayores a la sociedad resulte algo más breve y los análisis al respecto sean más limitados. Esta ausencia es indicativa de que el

capítulo de las contribuciones y participación de los mayores al ámbito social aún está empezando a escribirse. Esperamos que las investigaciones y reflexiones de gerontólogos/as y demás expertos/as sobre mayores «en activo» vayan en aumento, lo cual sería indicador del crecimiento de la participación social de los mayores y una vejez menos dependiente.

Nuestro enfoque sigue el hilo conductor de las últimas tendencias que consideran a la gente mayor como algo más que simples perceptores de servicios y prestaciones. El «diamante» a seguir puliendo, el potencial y ganancias que puede suponer la gente de estas edades, es resaltado recientemente desde distintos puntos de vista. Nuestra línea se sitúa en relación a una recomendación de la ONU (Castro, 1990: 24): «*Los viejos también pueden crear valor añadido. No se les puede considerar sólo como sujetos pasivos. Se trata de administrar los recursos y de consumir desde una conciencia ecológica, intergeneracional*».

9.4. ACTIVIDADES DE OCIO DE LOS MAYORES: DE LA PASIVIDAD A LA PARTICIPACIÓN

Además de la idea «distintos ocios, diferentes significados» que se desprende de los mayores, otra de las cuestiones generales observadas es el cambio de significado del ocio como descanso en la etapa adulta al ocio como fin vital en esta etapa. Es decir, ya no se trata de una distracción del trabajo sino de encontrar sentido a la vida diaria, al día a día, al tiempo libre que ahora ocupa todo el tiempo. Empero, para muchos mayores estas actividades han sido inexistentes y/o no tenían un sentido muy enriquecedor. De la noche a la mañana, al pasar a la jubilación, no se puede esperar que éstas llenen de significado su tiempo; hubiese sido necesario una mayor preparación, que hasta ahora no se ha dado. En las nuevas generaciones las actitudes hacia el ocio y tiempo libre serán diferentes. Tal como dice Aguirre (1983: 36), el ocio será actividad, plenitud, «cuando los propios ancianos lo pidan como una exigencia que nace, individual y colectivamente, de su propia personalidad, desarrollada y realizada desde el nacimiento mediante la educación y el trabajo».

Por tanto, el ocio tendrá uno u otro significado dependiendo de distintos factores: según la finalidad, según la cantidad de tiempo que ocupe, según las actitudes hacia el mismo o dependiendo de lo que aporte psicosocialmente al individuo, por ejemplo. Los términos de ocio, tiempo libre, trabajo, pueden tener distintas connotaciones. Podemos decir que el ocio es difícil definirlo porque dependerá de la experiencia subjetiva de cada uno y puede tener distintas acepciones. De todos modos, faltan estudios que analicen el ocio de manera más

cuantitativa, y no sólo descriptiva o cuantificando las distintas prácticas. A lo largo de la vida las prácticas de ocio pueden variar dependiendo de los distintos factores ya citados.

9.4.1. El ocio como construcción: evolución y delimitación conceptual

Se puede observar cómo en cada momento histórico el tiempo ha tomado significados distintos. Se ha pasado de la inexistencia de tiempo libre en la Antigüedad a una dignificación del mismo hoy. Históricamente el uso del tiempo dependía de la clase social a la que se pertenecía: los esclavos trabajaban; los señores filosofaban o gobernaban; los guerreros luchaban..., pero no existía segmentación de los tiempos. No podemos decir que siempre haya existido el concepto de tiempo libre tal como hoy lo conocemos. Siguiendo a Moragas (1991: 225-226), en la Grecia clásica, el ocio tenía un significado formativo y de mejora de la persona, mientras que en Roma el ocio se oponía al *negocio* y constituía una forma de recuperar energías para trabajar mejor⁴¹. En la Edad Media, el ocio de las masas está orientado por la Iglesia, que regulaba las fiestas. El protestantismo considera el tiempo libre como una pérdida de tiempo, falta de virtud, vicio. Vemos, pues, cómo esta concepción del ocio-tiempo libre y el valor supremo del trabajo, desarrollada en la clásica obra de Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, irá arraigando hasta nuestros días siendo hoy el trabajo un valor central.

La génesis del ocio se encuentra en el entorno de la Revolución Industrial. Las condiciones de trabajo seguían siendo duras, pero los avances tecnológicos fueron haciendo posible menos horas de trabajo y una misma producción. En este entorno las reivindicaciones de los trabajadores para reducir el trabajo y aumentar el tiempo libre se van haciendo patentes. En 1924, la OIT organiza la primera conferencia sobre *El tiempo libre del trabajador*. El tiempo libre aparece como alternativa a la alienación del trabajo. Por tanto, parece que este concepto no tomará verdadero sentido hasta que las condiciones sociales y laborales permitan la reducción de la jornada laboral y la ampliación de tiempo disponible. En este sentido vemos como tiene un origen paralelo a la jubilación.

⁴¹ Para Aranguren (1984: 121), la sociedad «ha pasado desde una moral del trabajo, a través de una moral del consumo, y parece encaminarse hacia una moral del ocio. Lo cual nos devolvería a los tiempos antiguos, a los tiempos griegos y romanos, los tiempos del «otium» como dedicación de la existencia. Todo lo que no era «otium» era «negotium», de donde viene la palabra negocio».

También a lo largo del ciclo vital los significados del ocio van adaptándose a las distintas etapas y situaciones de las personas. La cantidad de tiempo libre es amplia en la niñez y adolescencia, pero se reduce al empezar a trabajar y vuelve a ampliarse en la jubilación. El día de un adulto se divide generalmente en tres partes (de ocho horas cada una), que suelen ser: trabajo, descanso/sueño y tiempo libre/comidas, otras actividades. El tiempo del jubilado es distinto porque al no tener que trabajar esas ocho horas quedan libres para otras actividades y/o descanso. En cualquier caso el sistema de valores actual conduce, a veces, a la frustración vital debido al inexorable paso del tiempo. Se plantea que la edad no es lo más relevante, pero percibimos cómo la edad marca grupos claramente diferenciados y constituye un límite objetivo para la realización de determinadas actividades (ver 8.2 y 9.1).

Antes que nada conviene aclarar la confusión, aún arraigada en los discursos oficiales y cotidianos, sobre la utilización de los conceptos «tiempo libre» y «ocio» como sinónimos. Este problema de indefinición es señalado ya por Ennis (1968: 525). Setién (1993: 346-347) reafirma también, más recientemente, esta dificultad de medición y conceptualización⁴². Cada autor aporta, por tanto, sus definiciones y matices al tema del tiempo libre y del ocio. Siguiendo a Cuenca (1995: 84-85), *tiempo libre* sería un tiempo en el que no se tiene la necesidad de realizar un actividad obligatoria como el trabajo o la formación, sin embargo *ocio* es algo distinto, es hacer lo que no se está obligado, porque tiene un sentido. El tiempo libre se opone al tiempo de trabajo, pero el ocio no; el ocio se identifica con la actividad gustosa que estaríamos dispuestos a hacer sin que nos pagasen nada, porque es un modo de expresión y desarrollo acorde con la forma de ser y pensar de cada cual. Por eso el que tiene claro su ocio y lo pone en práctica no desea «matar el tiempo», sino vivirlo. La disponibilidad de tiempo libre facilita el ocio, obviamente, pero no siempre el tiempo libre se convierte en ocio en el sentido que expone el autor citado.

⁴² Setién, como profesora, socióloga e investigadora, en su tesis-obra *Indicadores sociales de calidad de vida*, premiada y publicada por el CIS, resume el ocio y tiempo libre en tres dimensiones y 16 indicadores para estudiar el ocio. Estas dimensiones con sus indicadores correspondientes son:

1. Tiempo disponible para el ocio: 1) tiempo libre diario; 2) tiempo libre sábado; 3) tiempo libre domingo; 4) tiempo libre vacaciones anuales; 5) satisfacción cantidad de tiempo libre; 6) aspiraciones respecto a la cantidad de tiempo libre.

2. Utilización del tiempo libre: 7) actividades de tiempo libre; 8) frecuencia actividades tiempo libre; 9) lugar actividades tiempo libre; 10) interacciones en el tiempo libre; 11) aspiraciones respecto a utilización del tiempo libre; 12) satisfacción con tiempo libre

3. Valor del ocio: 13) significado del ocio; 14) valoración subjetiva; 15) aspiración en la distribución del tiempo libre, y 16) valores que compiten con el ocio.

Ya Havighurst (en Duocastella *et al*, 1983: 48) destaca algunos de estos criterios básicos para la valoración del tiempo libre: «la creatividad, la autonomía, la sociabilidad, el desarrollo del talento, el descanso y la integración personal»⁴³. Vemos, pues, que el ocio ha tenido diversas definiciones. Gordon, Gaitz y Scott (1976) lo conceptualizan así «actividades personales y discrecionales en las que la expresividad se impone a la instrumentalidad» (Mishara y Riedel, 1986: 92). Para Gordon y col. (1976) las actividades de ocio pueden ordenarse según el grado de expresividad (cognitiva, emocional y física). Estos autores atribuyen cinco objetivos a las actividades de ocio: distracción, diversión, desarrollo de la persona, creatividad y trascendencia sensual⁴⁴. El ocio son «las ocupaciones voluntarias que la persona realiza después de cumplir con sus obligaciones laborales, familiares, sociales», dice Bermejo (1994: 53). Según Dumazedier (1964/75: 31), el ocio es un «conjunto de ocupaciones a las que el individuo puede dedicarse voluntariamente, sea para descanso, para divertirse o para desarrollar su formación o información desinteresada, su voluntaria participación social, o su libre capacidad creadora, cuando se ha liberado de obligaciones profesionales, sociales y familiares»⁴⁵.

⁴³ Se considera básico el artículo del autor «The nature and values of meaningful free-time activity» en *Aging and Leisure: a research perspective into the meaningful use of time*, Kleemeier (1961), Oxford University. Otras obras relacionadas con ocio y mayores son: Roadburg (1985), *Agind: retirement, leisure an work in Canada*; Bernard (ed.) (1988), *Positive approaches to ageing: leisure and life-style in later life*; Kaplan (1979), *Leisure, lifestyle and lifespan: perspectives for gerontology*; Berjano y Llopis (1996), *Jubilación: expectativas y tiempo de ocio*; Sáez, Rubio y Dosil (1996: Capítulos 10 y 20), entre otros (véase bibliografía).

⁴⁴ Estos autores proponen esta clasificación:

1. Las actividades de mayor trascendencia (que requieren una expresividad muy elevada) pueden ser: juegos y deportes de competición, baile intenso y rítmico, acción, etc.

2. Las de creatividad (requieren una expresividad medianamente elevada): Creación artística, literaria, musical, etc.; altruismo, voluntariado (preocupación por los demás); discusión, análisis; aplicación del arte y el juego al trabajo.

3. Las de desarrollo (requiere una expresividad media): cultura física y deportes, adquisición de conocimientos (estudio, lectura seria); cultura artística (visitas a exposiciones, museos, etc.); participación en las actividades organizadas (clubes, círculos, asociaciones); visitas con guías, viajes; juegos intelectuales y educativos.

4. Las diversiones (requiere una expresividad media baja): vida social; deportes como espectador; juegos y entretenimientos de todo tipo; conversaciones; pasatiempos; lectura; distracciones pasivas (radio, TV, etc.).

5. Las de descanso (requiere poca expresividad): reposo, sueño, soledad.

⁴⁵ Recordemos también la definición de Beverfelt (1979), «es el conjunto de ocupaciones a las que el individuo se consagra voluntariamente para reposar, divertirse o aumentar su información, desarrollando su formación desinteresada, su participación benevolente o su libre capacidad creadora». Ocio debería cumplir tres características (Bermejo las llama las tres «D»), diversión (gozo, disfrute, placer, humor, alegría), descanso (del trabajo, de las dificultades cotidianas) y desarrollo (personal, aprender, ayudar a los demás, superarse).

Tanto desde sus manifestaciones como desde otras investigaciones se desprende un claro aumento del tiempo dedicado a las actividades pasivas, pues las prácticas de ocio más participativas en el tiempo libre siguen siendo minoritarias. Sin embargo, tal como concluyen algunos expertos (Cuenca, 1995), el tiempo libre de los mayores es un tiempo de relación, de sociabilidad, de actividad, y contrariamente a otros análisis, el tiempo libre ha dejado de ser un tiempo de descanso. Por tanto, el concepto de ocio como actividad gratificante y autónoma empieza a ser más importante que el ocio como descanso (pág. 89). El ocio es algo más activo y los intereses de autorrealizarse más elevados; no sólo será un tiempo libre de distracción y diversión. Pero, de todas maneras, los cambios son lentos y sigue predominando un ocio bastante pasivo, centrado en el propio hogar, con pocas exigencias personales y expresivas, como veremos a continuación.

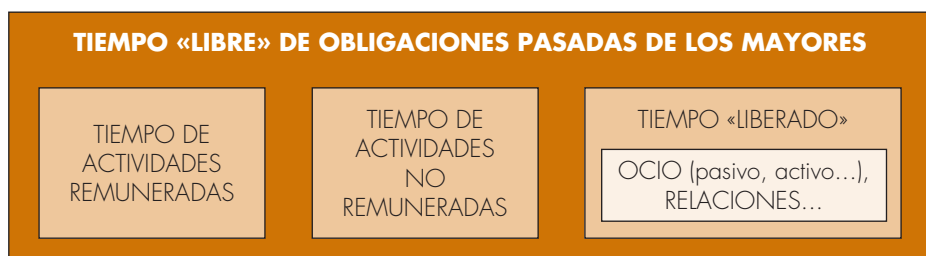
Se impone una reflexión que valore la libertad e individualidad del tiempo libre, evitando el culto al ocio dirigido sólo por intereses mercantilistas o políticos que priven a la persona, en este caso al mayor, de la autonomía y libertad personal. Tal como defienden algunos autores (Aranguren, 1992; Subirats, 1992; De Castro, 1990, y otros ya citados)⁴⁶, la tendencia ha de ser hacia un ocio constructivo, una oportunidad de autorrealización personal y social libre. Esta idea se relaciona con la actitud más positiva de los mayores hacia la jubilación como proyección, como posibilidad de poder hacer algo más... El tipo de ocio «dirigido» se observa en un determinado tipo de mayores hacia los que se dirigen unas actividades de ocio, sin apenas posibilidad de organización y desarrollo personal, formativa, de realización personal, de participación social.

En nuestro caso, no utilizamos el concepto de tiempo libre como sinónimo de ocio por varios motivos: a) el tiempo libre de los mayores puede ser «todo» su tiempo en cuanto que no tienen obligación de trabajar; b) el tiempo libre de los mayores puede ser ocupado por actividades remuneradas-laborales, no remuneradas o de ocio.

El ocio de los mayores será un tiempo «liberado» de las actividades de automantenimiento y de las obligaciones (laborales, domésticas, familiares o sociales); es un conjunto de actividades que se realizan «después» de todo ello, de forma voluntaria, elegida, sin remuneración, con fines más expresi-

⁴⁶ Consúltense también: *La vejez como autorrealización personal y social* (Aranguren, 1992), *La Tercera Edad: tiempo de ocio y cultura* (De Castro, 1990), *La vejez como oportunidad* (Subirats, 1992), etcétera; las aportaciones de la *World Leisure & Recreation Association*, 1993; Argyle, 1996, etc.

vos que instrumentales. Aunque sabemos que en estas edades todas las actividades podrían ser consideradas de «tiempo libre» (porque no están obligados a la realización de ninguna), este epígrafe versa sobre las actividades de los mayores en el tiempo «liberado». Si bien parece claro que los conceptos *tiempo libre* y *ocio* son distintos, generalmente suelen emplearse como sinónimos. Esta similitud es errónea porque con *tiempo libre* se hace referencia al tiempo que queda después de todas las obligaciones (laborales, domésticas, familiares, etc.). El tiempo libre es un concepto amplio que incluye al *ocio*. El tiempo libre puede llenarse con ocio, formación, trabajando más, etc. Nuestro esquema conceptual sobre el tiempo «liberado» de los mayores es como sigue:



Ya podemos anticipar que no son pasivos de forma general (recordemos que en apartados anteriores las actividades remuneradas y no remuneradas ocupaban una gran parte de su tiempo y discursos), pero el tipo de ocio que predomina sigue siendo pasivo. En cualquier caso, la heterogeneidad de actividades de los mayores, contra toda representación negativa de «uniformidad», queda patente en nuestro estudio.

9.4.2. El ocio como pasatiempo

Las actividades que tienen como finalidad última el descanso, la diversión, la recreación, pero desde un punto de vista pasivo, en el que el mayor apenas participa y cuyas acciones requieren poco esfuerzo psíquico y/o físico, ocupan buena parte del tiempo de los mayores de nuestro estudio. En este apartado profundizamos sobre esta faceta del mayor como espectador o receptor de actividades más que como actor o participe directo en las mismas. De entrada, se observa la predominancia de este tipo de ocio pasivo tanto en hombres

mayores (dedican 5,76 horas a este tipo de ocio y 2,19 al ocio más activo) como en mujeres (4,12 horas) (Ramos, 1995: 76). Según este investigador, el «ocio pasivo» (audición de medios de comunicación, lectura) es el que predomina ante el bloque de «deportes y ocio activo» (deportes, juegos salón y azar, *hobbies*, paseo, viajes...) o «espectáculos, diversiones y relaciones sociales» (cine, teatro, actividades religiosas, baile, copas, charlas...). Nosotros no hemos utilizado esta clasificación, pero convenía apuntar la idea general de predominio del ocio pasivo, coincidente con nuestro estudio.

Los cambios respecto a la década anterior en las pautas de ocio son lentos; observamos las enormes coincidencias de principios de los ochenta con la situación actual⁴⁷. Por ejemplo, una gran parte de mayores (más de la mitad) siguen sin leer de forma frecuente, sin asistir a espectáculos, etc. Desgraciadamente, aún tendrán que cambiar muchas pautas, actitudes, intereses y valores para que podamos decir eso de que los mayores son cada vez más cultos, más exigentes, más participativos. ¿Pero hasta qué punto esto es característico de los mayores y no de la población de otras edades? En realidad, las características de este ocio pasivo atribuido a los mayores puede extrapolarse también a otros grupos de edad. Por tanto, lo que marcaría las diferencias en la ejecución de actividades es la cantidad de tiempo empleado en las mismas (que es superior en los mayores), el nivel de instrucción (que en los mayores suele ser menor), el nivel de ingresos, las actitudes hacia el ocio, por ejemplo, más que el factor edad.

Siguiendo a Díez Nicolás (1996: 43), los datos de investigación de 1995 son casi idénticos a los de 1992. Más del 80% ven frecuentemente la televisión, alrededor de dos terceras partes oyen la radio y pasean frecuentemente y algo menos de la mitad visitan a amigos o parientes, hacen tareas del hogar, recados y van de compras con esa misma frecuencia. Pero más de dos tercios nunca van a un espectáculo ni cuidan niños. Alrededor de la mitad nunca leen un libro o periódico, hacen excursiones, juegan con otras personas a juegos recreativos, hacen manualidades o viajan. En general, más de tres cuartas partes de los mayores se muestran satisfechos o muy satisfechos con la

⁴⁷ El informe nacional de 1982 (*op. cit.*, pág. 41) y datos del Ministerio de Cultura de 1978 (Del Campo y Navarro, 1981) muestran que los porcentajes respecto a ver la televisión, oír radio, pasear y conversar incluso son superiores a las encuestas más recientes del CIREs o del INSERSO-CIS (1995). Las actividades preferentes en el año 1982 eran: pasear (71,6%), conversar (68,5%), asistir a la Iglesia (68,8%), visitar a familiares y conocidos (64,1%), hacer compras, recados (56,6%), ir al bar o cafetería (28,2%), ir al Hogar del Pensionista (17,1%), espectáculos (12,0%). Según Del Campo y Navarro (1981), se trata de personas que nunca leen un libro, no visitan una biblioteca, ni escuchan música, ni acuden a museos, exposiciones, teatro o cine (págs. 26-28).

ocupación de su tiempo, pero sólo un 10% afirman haber iniciado alguna actividad nueva después de jubilarse.

Falta, pues, un reconocimiento del ocio como actividad valorizante, que otorgue al mayor un estatus social digno al igual que lo hacía el trabajo. Lo que ocurre es que el ocio se ha forjado en el contexto de la vida productiva, donde es definido por oposición al tiempo de trabajo profesional y apenas tiene sentido independientemente del trabajo. El esquema legitimador que hace depender al significado del tiempo libre y ocio del trabajo ya no sirve para esta etapa. De todos modos las tendencias van cambiando y el camino se abre hacia una mayor dignificación del ocio. Pero, en realidad, ¿está perdiendo importancia el trabajo? (véase Rifkin, Offe, Castillo, Castells, por ejemplo) ¿Se tiende hacia una sociedad del ocio y tiempo libre o son sólo cambios puntuales? Tiempo al tiempo... Aunque el ocio es considerado como un indicador claro de calidad de vida personal y social, aún no ha adquirido la centralidad que tiene el valor trabajo o familia. El protagonista de *Diario de un jubilado*, de Delibes, nos recuerda el ritmo cotidiano y el ocio pasivo de algunos de los mayores: «la verdad es que no me pinta esto de estar sin pegar sello de la mañana a la noche. Te levantas y el cafelito, una ojeada al papel, los amiguetes, cuatro vasos donde el Arcadio, un meneo a las tragaperras y vuelta a casita, que se te pega el arroz. Hace treinta años aún me quedaba la caza... Y en cuanto a la tarde, tres cuartos de lo mismo. Esto no es vida. Te queda la tele, es cierto, que menudo invento...» (*ob. cit.*, pág. 13).

9.4.2.1. EL OCIO PASIVO COMO DESCANSO Y PASATIEMPO COMÚN

Cuando las jornadas eran agotadoras estaba justificado sobradamente dedicar el tiempo libre-ocio al descanso del «duro trabajo» o al ocio pasivo. Pero actualmente, con una mayor disponibilidad de tiempo libre y una mejora en las condiciones de trabajo, se sigue empleando el tiempo sobrante con otros trabajos (como complemento del salario) en vez de invertirlo en ocio u otras actividades. Recordemos las últimas encuestas de trabajadores de la UE, en las que se patentiza la preferencia por aumentar el salario, por ejemplo, antes que tener mayor tiempo libre. Esto confirma una de las tesis que venimos defendiendo sobre la falta de preparación y/o revalorización del ocio o no trabajo. Esta «desvalorización» del ocio se acentúa en los mayores cuyo trabajo ha sido central en sus vidas. Por tanto, la necesidad de «descanso» en estas edades aún es menos comprensible porque ya no tienen que descansar de la jornada laboral. De todas maneras, este descanso es legitimado y justificado por muchos de ellos como un «descanso» no al trabajo —que ya no tienen que realizar—, sino como premio y

descanso merecido tras una larga trayectoria laboral. Así reflexionaba Aranguren respecto a la distinta significación del ocio según la etapa vital, parece que «los adultos se divierten, mientras que los viejos —ya se empieza a usar el verbo— ocian» (1984: 126), diferenciando entre diversión y ocio sereno, sosegado.

Como estamos viendo en los mayores predomina un significado del ocio como descanso y diversión más que de desarrollo, siguiendo la terminología de Dumazedier, apuntada en la introducción. Este tipo de actividades son las que mayor tiempo ocupan a los mayores de nuestro estudio, aunque en los jubilados varones es más acentuado porque las mujeres invierten una gran parte de sus días en actividades no remuneradas (tareas del hogar y cuidados a otros). Aunque las mujeres parecen más activas porque dedican más tiempo a las actividades domésticas, su ocio suele ser también de carácter más pasivo.

Un primer tipo de actividades, las más pasivas, serían las dirigidas *al descanso o reposo, sin hacer nada*, sin prestar atención a nada, sin móvil utilitario de ningún tipo. Estas formas pasivas de «estar» tienen el objetivo de satisfacer la necesidad de descanso, sin ninguna otra exigencia más que la de «matar el tiempo», o lo que se denomina ocio por el ocio, el estar «ocioso». Según Ramos (1995: 79) los varones dedican mucho tiempo a este «no hacer nada» (una media de 2,41 horas diarias) en comparación con las mujeres (1,71 horas)⁴⁸. Este tipo de actividades pasivas no deben confundirse con las actividades de automantenimiento (dormir, por ejemplo), pues aquéllas son consideradas necesidades esenciales y sin embargo éstas son un descanso, relax y pasividad más elegidas, más allá de lo necesario biológicamente⁴⁹.

Muchas veces se extrae una idea de pasividad de las personas mayores como algo generalizado y como causa de un conflicto que se les plantea por la falta de estructuración del tiempo cotidiano. Por contra, si consideramos la jubilación como una etapa de descanso o de compensación tras una larga trayectoria laboral, aspecto mencionado a veces por los mayores, el ocio pasivo de las personas jubiladas puede tener el mismo significado que el tiempo que se dedica los domingos y días de fiesta a descansar sin hacer nada. Aunque las personas jubiladas y, en general, las mayores de 65 años no parecen «aprovechar» la cantidad de horas libres de las que disponen, la mayoría de

⁴⁸ Llama la atención el hecho de que el 59% de varones dedica 4,08 horas/día y el 48% de mujeres 3,56 horas/día a «no hacer nada». Siguiendo a Ramos (CIS, 1987), los varones disponen de más horas de ocio al día (9,57 h.) y las mujeres bastante menos (entre 5,47 y 6,20 h.) (1995: 75).

⁴⁹ A otro nivel, más allá de las necesidades básicas, podríamos citar: comer (gastronomía, no sólo por necesidad, sino como placer), beber, fumar, que también mencionan los mayores como actividad en sí.

ellas están bastante satisfechas con su uso del tiempo libre. Según la encuesta CIRES sobre Tercera Edad, un 40% de las personas consideran que su tiempo libre mejoró con la jubilación y sólo un 4% percibió un empeoramiento. También es conveniente destacar que un 71% de las personas entrevistadas afirman que están haciendo lo que deseaban hacer tras la jubilación.

En cualquier caso, hemos de decir que «pasar el tiempo sin hacer nada» es percibido por los jubilados como «premio», en cambio, «desde fuera» suelen calificarse como actividades «sin sentido» desde el momento en que se atribuye al concepto de actividad en relación a la productividad y fin monetario. Se percibe una discrepancia discursiva de algunos de los mayores que se conforman en «descansar» y el discurso de la población general que tiende a desvalorizar, a exigir un determinado nivel de actividad y a descalificar todo lo que no sea activo-productivo. Lo que los analistas critican para los mayores tiene, en algunos casos, un sentido de «descanso merecido». Además, la idea de «pasividad elegida» (el poder de elección) produce que la pasividad atribuida a estas actividades se diluya y tome verdadera relevancia la posibilidad de elegir la actividad (pasiva o activa) de forma voluntaria. De todas maneras, no olvidemos que muchos de ellos no «las eligen» sino que las realizan porque no tienen otras alternativas.

La pasividad y rutina queda patente. Sobre todo los hombres (excepto los más implicados, que son una minoría) se muestran bastante pasivos, «dejando pasar el tiempo». En todo caso se trata más bien de un discurso masculino (GD1: 14 ó GD8: 15). En las mujeres apenas encontramos estos discursos sobre «matar el tiempo» sin hacer nada, «pasar el rato para no aburrirse» (véase 9.2). Sin embargo, también las mujeres más mayores, de menor estatus, delicadas de salud y solas se muestran más pasivas, más «caseras», no les gusta salir... Algunas veces el motivo es porque «no pueden» pero otras veces prefieren estar en el hogar (ver 9.1.5, EM6: 3-4, EM17: 4, EM4: 4, EM16: 3). Esta menor «salida del hogar» en estas edades atribuida al género femenino puede deberse tanto a características pasadas (educación, pasado restringido al hogar, vida limitada y dependiente, sobre todo para las amas de casa) como a limitaciones físicas, falta de relaciones sociales, estatus socio-económico, características personales (desmotivación), o a todo ello.

En general, el trabajo remunerado era tan central (no en las amas de casa, para las que no ha variado apenas la actividad) que ahora echan de menos el trabajo (véase Capítulo 8) y otorgan poca importancia a las actividades que hacen: lo perciben como algo que «hay que pasar», como resignación de que ya no se puede hacer actividades de más utilidad y mayor significado. Ellos

mismos se perciben como aburridos (véase Capítulo 11), al mismo tiempo que no aceptan ya las obligaciones «impuestas» y defienden el derecho al descanso (véase también EM16, EM17, EM15, por ejemplo), a aburrirse, a no hacer nada, el «derecho a la pereza» que ya destacaba Lafargue.

«...Yo a lo mejor llama la chica y "¿Qué vais a hacer papá?", pues nada. «Si os parece vamos a la Sierra o tal o qué» y vamos u otras veces el chico, y así, y así *se va pasando el tiempo*.» (GD1: 14).

«- Total que somos unos viejos aburridos (...)

(...)- *Nos distraemos con cualquier cosa.*

- Yo de no hacer nada no me aburro (...). *No me aburro no, cuando veo la obligación de hacer una cosa ya no me entra, aunque no haga nada... La obligación de ir a por el niño a la escuela ya no me entra, ya... y he estado cuatro o cinco años yendo a la escuela a por el niño, pero no es pesado pero es una obligación...»* (GD10: 6-7, o ver EM15: 3, GD4: 5)

Un segundo bloque incluye aquellas actividades en las que la gente mayor tiene que poner un *mínimo de atención* para llevarlas a cabo, aunque el nivel de actividad, expresividad, compromiso y movilidad que se requiere es mínimo. Estas actividades son, por ejemplo: lectura «superficial» de prensa/libros (distinto a estudio o lectura profunda), escribir (cartas, diario, etc.), escuchar la radio, escuchar música, ver televisión-vídeo, charlar-conversar, telefonar.

Si las actividades de descanso son más bien características en los discursos de los mayores «más mayores» y delicados (a partir de 80-85 años) y por eso no son predominantes en nuestro estudio, percibimos que ver TV y escuchar radio (sobre todo la TV) es una de las actividades que ocupan más tiempo en los mayores en global. Ésta constituye la actividad «reina». En casi todos los discursos surge que ven la televisión. Aquí no vamos a trasladar las verbalizaciones porque serían demasiado numerosas y repetitivas. Con ello, observamos que ocupa un lugar central en su tiempo. Comentario especial merece por ser la práctica más desarrollada por los mayores según varios estudios (INSERSO, 1995b, CIRES, 1992, 1993, 1996; Díez Nicolás, 1996; Bazo, 1990; Aragón, 1986; Ramos, 1995). Aunque hay una línea homogeneizadora de actividades: tele, paseo, charlas, recados..., ver la televisión es común, pero no sólo entre los mayores sino que estamos hablando de una actividad socialmente transversal, realizada en todas las edades.

Según los datos de la encuesta sobre Tercera Edad realizada por el CIRES en 1993, la actividad más frecuentemente realizada por las personas mayores de 65 años es *ver la televisión* (83%), *escuchar la radio* (64%) y *caminar*

(65%). Alrededor del 40% visita frecuentemente a *amigos y familiares* y va de *compras* (porcentajes parecidos en INSERSO, 1995b: 99-104). De forma general, el tiempo se distribuye así entre los mayores (Bazo, 1990: 107), dar un paseo (29% del tiempo diario), televisión (24%), labores del hogar/cartas (14%), leer (10%), radio (7%), ir al club de jubilados (6%) y otros (10%). Según Ramos (1995: 79) más de tres horas al día son dedicadas a la televisión, incluso es algo superior en las mujeres mayores. Pero aquí hay una diferencia que conviene destacar: las mujeres ven más televisión como actividad secundaria (al mismo tiempo que hacen otras cosas) y porque pasan más tiempo en el hogar respecto a los hombres, y por esta razón puede entenderse la mayor pasividad del ocio de las mujeres de edad.

La encuesta CIRES sobre «Uso del Tiempo» (1996) indica que la cantidad de tiempo y los patrones de distribución del mismo son bastante similares en diferentes grupos de edad. Actividades como *ver la televisión, descansar sin hacer nada, hacer o recibir visitas y pasear* son a las que tanto jóvenes como mayores dedican mayor tiempo. Según el IMSERSO, los mayores constituyen el 14,4% de los radiooyentes y el 19,4% de telespectadores (*Sesenta y más*, 1999, nº 168: 8). Hay diferencias etáneas en la distribución del tiempo. El porcentaje de jóvenes (CIRES, 1992) que ven con frecuencia la TV se eleva al 75%. No se puede decir, pues, que las personas jubiladas se diferencien en este aspecto del resto de la población. Tanto las personas que trabajan fuera de casa como las que no lo hacen dedican una parte considerable del tiempo libre del que disponen a ver la televisión. Por tanto, si comparten algún tipo de actividad jóvenes y mayores son de carácter pasivo y tienen lugar en el ámbito doméstico. La televisión es la actividad más compartida, pues la charla, viajar, pasear o hacer excursiones, por ejemplo, son escasamente compartidas («la Caixa», 1994; Agulló y Garrido; 1997b). La dificultad de compartir actividades puede explicarse por los distintos ritmos horarios que llevan unos u otros, las diferencias en valores, preferencias y opiniones, etc. Habrá que buscar nuevas zonas de «común interacción» no sólo que generen relaciones intergeneracionales a nivel familiar, que ya existen, sino a nivel extrafamiliar⁵⁰.

La principal diferencia entre las personas jubiladas y las que siguen teniendo un empleo es que las primeras dedican un mayor número de horas a esta ac-

⁵⁰ Para una mayor reflexión de las relaciones intergeneracionales puede consultarse el apartado siguiente 9.5. sobre «Actividades de relación social» y las distintas obras y reflexiones (Fundació «la Caixa», 1993; 1994a; 1994b; Martínez Fornés, 1991; Agulló y Garrido, 1997b, entre otros) que tratan la relación entre jóvenes y mayores, la cooperación y solidaridad intergeneracional y otras cuestiones relacionadas con el tema.

tividad. Según Aragón (1986: 305) la televisión es vista en menor medida por las personas de mayor nivel cultural, y para muchos la televisión «sustituye» en cierto modo al trabajo y al ocio desde el momento en que «ayuda» a informarse, a estar al día, a evitar la «soledad» ("te da compañía», dicen muchos), etc. Así lo plantea M. A. Durán (EE1) en su entrevista: «Yo creo que los viajes son una cosa estupenda, los viajes y la televisión. La televisión está muy denostada pero las personas jubiladas ven una enorme cantidad de televisión, y ¿qué sería de ellos si no tuvieran esa televisión? Por eso establecen unas relaciones tan íntimas: es muy barata, es muy variada, están a cualquier hora y aunque los demás estén durmiendo y la persona mayor tenga insomnio o los demás se hayan ido por ahí y él se haya quedado solo pues tiene la posibilidad de conectarse con un caudal que intenta ser personalizado y que no lo es, pero...» (EM1: 4). Sin embargo, las funciones negativas o disfunciones (pasividad, desconexión de relaciones personales, manipulación...), en virtud de varios estudios, pueden ser más influyentes que algunas de las aportaciones positivas.

Existen diferencias intergénero en la forma de utilizar el ocio. Mientras que las mujeres se dedican más frecuentemente a actividades tradicionales de ocio productivo (como, por ejemplo, la costura, como veremos más adelante), entre los hombres se observa una mayor pasividad⁵¹. No nos confundamos: las mayores son más pasivas en relación al ocio (y en contraste con los mayores), pero más activas en su tiempo global y en comparación a los varones. Aquí habría que distinguir si estamos hablando de las mayores con mejores condiciones de vida (que son las más activas) o las más deterioradas socio-económicamente, que se muestran más pasivas. Pero en igualdad de condiciones los hombres parecen más pasivos:

«...Me distraen las novelas. (...) yo me siento aquí y escucho la televisión (...) No me gusta leer tampoco, fíjate. No me llama a mí... (...) porque antes no se leía» (EM6: 8).

«H.— ...con ochenta y tres años ya pues me dedico a hacer las cosas a la mujer, que es lo necesario hoy, a por el pan por la mañana prácticamente, pues a hacer algún recado, y luego por la tarde me voy al Hogar, hecho la partidilla hasta las siete o las ocho, y luego a casita a ver la televisión...» (GD3: 13 ó ver GD9: 3 «...ahora casi nada, en mi casa, viendo la tele, rezando el rosario por la tarde...» ó EM20: 3, EM4: 1, GD2: 11)

⁵¹ Las diferencias intergénero en las horas de tiempo libre son significativas: los hombres mayores tienen un promedio de 9,57 horas diarias libres, mientras que las mujeres sólo 6,20 horas (Ramos, 1995: 75).

Los programas que ven unos u otras serán diferentes: ellas prefieren las telenovelas, ellos los deportes. Algunos coinciden en criticar que tampoco les satisface la programación televisiva y muestran gustos similares; incluso mencionan los mismos programas (no sólo en cuanto a fútbol y toros los jubilados): telenovelas, concursos.... Pero no se conforman con la programación actual. La critican y exigen mejores programas, más adaptados a sus preferencias. Esto constituye una pista o argumento más para acabar con la representación de los mayores como «conformistas» y poco críticos con lo que se les ofrece.

«A.— ...con la televisión, ¿a qué vas al cine? Si quieres algún día cuando dan alguna buena película...(...) ¿Sabes lo que pasa?, cuando hay fútbol él se va a aquella que es más grande y yo me quedo en ésta viendo una película o lo que me de la gana, no regañamos porque tenemos dos [RIE].» (EM1314: 13)

«...que pusiesen mejores cosas en la televisión (...) del Oeste, películas así que son más entretenidas. Pero esas de robos y de que si droga (...) las películas que ponen ahí son asquerosas...» (EM15: 8).

«J.— (...) ahora, lo que sí voy notando ya es que voy perdiendo el interés por ver la tele, que me aburre soberanamente. Si no es una película de vaqueros casi no la quiero ver...» (EM1819: 5 ó ver EM16: 2: «...La tele la veo muy poco, está muy mal, está muy mal la tele ahora.» (EM16: 2).

Recordemos, además de los factores comentados, la influencia de la climatología, en relación a las estaciones del año, el hábitat rural-urbano (véase 9.2. y 9.1.7) sobre el desarrollo de unas u otras actividades. Por ejemplo, ver la televisión y otras prácticas pasivas desarrolladas en el hogar parecen más frecuentes en invierno que en verano, sea en medios rurales o urbanos, jubilados o mujeres mayores, y de cualquier capa social.

«M.— En invierno en el fuego y a ver la tele.

M.— A la tele.

H.— Charlar.

H.— Ahora a la calle y no ves tanta tele (...)" (GD7: 9).

En cuanto a la relación satisfacción-ocio, varios estudios han comprobado la relación directa entre ambos⁵². Según Meléndez (1991), Cuenca (1995: 95)

⁵² Desde Havighurst (1957) hasta los últimos estudios sobre ocio de los mayores, pasando por las investigaciones de Kelly, Steinkamp y Kelly (1987), Eliot (1971); Campbell, Converse y Rogers (1978), Flamagan (1978), London, Crandall y Seals (1977), McLean (1976) e Iso-Ahola (1980) (ver bibliografía), se ha demostrado que el ocio era muy importante para la satisfacción vital y bienestar psicosocial.

la participación en actividades de ocio influía más sobre la satisfacción física y psico-social de los mayores que otros factores como la salud, los ingresos, la educación o el tipo de trabajo desarrollado anteriormente. En la base de todo esto está el respeto hacia el ocio que los mayores elijan, pero el peligro es que la justificación de este respeto puede estar escondiendo la falta de interés por ofrecer y animar a los mayores a que construyan el tipo de ocio que les convenga sin intentar que se resignen a la oferta de ocio, bastante pasiva, que se les presenta actualmente. Es decir, muchas veces se comenta que «ellos prefieren los pasatiempos, crucigramas, cartas y televisión», ¿pero es una preferencia o una imposición ante la falta de oportunidades? En el caso de que sea una preferencia deberá, claro está, respetarse. Pero si no lo es, ahí está el problema y el reto de inventar nuevas formas de ocio según sus gustos, preferencias y posibilidades.

9.4.2.2. EL OCIO AL AIRE LIBRE DE LOS JUBILADOS

Las actividades al aire libre que se desarrollan en estas edades suelen ser el pasear o caminar y «estar en el campo» (en «el terrenillo», en la huerta propia, o en la «*caseta i l'hortet*» mencionados); en el caso de las ciudades se trata del contacto con los espacios abiertos, extradomésticos (calles-plazas, jardines, parques, etc.). Pasear es común en casi todos los jubilados. Si las actividades de «descanso» y ver TV-escuchar radio ocupan una parte considerable en los discursos y tiempos de los mayores «pasivos», el pasear o caminar es una de las actividades que ocupan mucho tiempo, tanto en hombres como en mujeres. Desde fuera esta actividad puede catalogarse como «pasiva», pero no es así desde el momento en que los mayores disfrutan realizándola y la consideran actividad «activa» con todo el sentido de la palabra. Respecto a la TV y descansar los discursos sobre pasear-caminar, parecen más satisfactorios.

Hemos observado que el pasear es una actividad que no conoce de estratos sociales, aunque sí parece ser una actividad más masculina en estas edades, sobre todo esta diferencia intergénero parece más marcada en zonas urbanas y megaurbanas. Las mujeres también pasean, pero más bien le otorgan un sentido de «desplazamiento para» (comprar, por ejemplo), como un *medio*, más que por el simple hecho de pasear (como un *fin* en sí mismo), en el que los hombres invierten tanto tiempo.

«...ir a pasear, principalmente (EM2: 3)...últimos meses ya estoy peor, y eso que ando mucho. (...) Ahora sólo paseo por aquí, cojo el autobús. Ahora,

cuando te deje, me voy de paseo, cojo mi bastón –tengo cuatro ¿eh?–, y es que ando mucho, paseo mucho, me voy por ahí, por Cibeles, Paseo del Prado y poco más.» (EM2: 5).

«– Yo no, yo me estoy por ahí todo el día, y por la tarde con la mujer a dar una vuelta.

(...) – Yo a *gastar los zapatos* por las calles de Madrid...

(...)- *Dar paseos, disfrutar...*» (GD1: 14, y ver EM1314: 4, EM1: 2, EM20: 4, GD10: 4, EM1819: 3, GD8: 7).

En general, podemos decir que es una de las actividades preferidas y que ocupan mucho tiempo, pero sobre todo a las hombres, que son los que más acostumbrados están a permanecer fuera del espacio doméstico. Paseando «pisan la calle», «huyen» del espacio doméstico (cuyas tareas rechazan), con el que no se identifican, e incluso sienten que «molestan». Al pasear «vuelven» al espacio público, que es donde ha transcurrido sus trabajos y una gran parte de su vida.

«...me gusta mucho jandar!, más que pasear jandar! (...), y si ahora no corro es porque no puedo, si no correría también; a eso le dedico mucho tiempo. Por la mañana mucho y por las tardes con mi señora, y nos hacemos como mínimo cuatro o cinco kilómetros, ¡seguro! (...) a la dehesa de San Sebastián de los Reyes también, así es que yo la mayor parte del tiempo lo dedico a andar...» (GD4: 7).

«– (...)Ahora, lo que no cambia en mí, es que yo *siempre he sido poco casero*; mi profesión, que siempre ha sido de estar por la calle y tal, pues yo en casa me cuesta... (...) acabamos de pasear, a las cinco a casa, pero no tengo la felicidad completa, a mí me gusta estar por la calle..» (GD8: 9).

En cambio las mujeres, sea por molestias físicas, por la falta de costumbre de «salir» y abandonar el espacio doméstico, siguen permaneciendo en el hogar (debido a que lo prefieren o porque quizá se han acostumbrado a recluirse en este espacio). Los paseos (aunque parece que aumentan en estas edades) son menos importantes en los discursos y en las vidas de las mujeres mayores. Siguiendo a Ramos (1995), los paseos tienen una gran presencia en los mayores, sobre todo en los varones a partir de los 65 años; en cambio el tiempo dedicado a esta actividad por las mujeres es más homogéneo a lo largo del ciclo vital, no sufre un cambio relevante en edades avanzadas. El motivo de la diferencia puede ser que los hombres tienden a permanecer más tiempo en la calle que las mujeres, porque no están acostumbrados a permanecer en el hogar. El 42% de los varones están tres horas al día paseando. Ello supone una media genérica de 1,26 horas, frente a la media de 0,24 horas de las

mujeres (*op. cit.* 78-79). Los paseos, actividad tan realizada por los mayores, suelen desarrollarse mayoritariamente en parques (obsérvese la cantidad de gente mayor que se encuentra en ellos) y en las zonas rurales (donde la movilidad es menos dificultosa, las distancias son «más cortas»).

El pasear también puede tomarse como una actividad indicativa de una mínima calidad de vida de los mayores en estas etapas, no tanto en cuanto es una actividad que requiera gran esfuerzo, pero sí requiere «salir del hogar», lo que ayuda a distinguir a los mayores más activos y autónomos de una gran mayoría aún que permanecen o prefieren permanecer en sus casas. El pasear, siendo una actividad «simple» a primera vista, es indicadora de un determinado estado de ánimo, relaciones sociales o soledad, situación de salud (a veces más subjetiva que objetiva), que impide salir de casa. Escuchemos algunas manifestaciones femeninas:

«M.– Yo con no estar parada, ¡cualquier cosa! Eso de estar parada, ¡nada! Ahora que pasear poco, porque no me gusta gastar tiempo en pasear, ni leer tampoco, porque me duermo y tengo mala vista [RISAS].

(...)M.– ¡Uy!, yo de paseo ¡me quitan el bolso!... me da miedo ir a pasear, prefiero estar en casa...

M.– *En casa se está muy a gusto también...*» (GD4: 7 y ver GD9: 4, GD6: 7, GD2: 11, EM16: 2).

Pero no sólo los paseos cotidianos son las actividades que realizan los mayores al aire libre. Otras actividades relacionadas con el medio ambiente y Naturaleza pueden ser: pasear por el campo, excursionismo, visitas a zonas de interés natural, recopilación de datos medioambientales, agricultura, horticultura, jardinería, cría y cuidado de animales, etc. Estas actividades fomentan el contacto y apreciación del medio ambiente natural. Pueden tener como objetivo la ampliación de conocimientos sobre el mismo, participación en acciones de mejora, información, denuncia de actuaciones perjudiciales, etc. De todas maneras, las actuales generaciones de mayores (tampoco las más jóvenes) parece que no poseen una especial conciencia ecológica, pero, aún así, cada vez existen más grupos de excursionistas, grupos interesados en las Ciencias Naturales, asociaciones de «amigos de la Naturaleza», etc. En el presente y un futuro el interés por estas cuestiones deberá ser obligado no sólo para la gente mayor sino para todas las generaciones.

En relación a las actividades campestres podemos mencionar algunas peculiaridades que encontramos en los discursos de los jubilados. Por ejemplo, los paseos por el «camino» sin asfaltar, por el campo, por «el terreno» o la huerta particular son características de las zonas rurales e intermedias. Las acti-

vidades en el campo son comunes en los mayores (más en hombres, las mujeres apenas las mencionan) aunque no hayan trabajado de agricultores. Para muchos es un *hobby* nuevo que adquieren en estas edades, algo que siempre les hubiese gustado hacer. Sin embargo, en general tienen un ocio similar a lo que realizaban cuando estaban activos. Parece que se cumple la «hipótesis integradora o de la continuidad» (Moragas, 1991: 233), que indica que las actividades realizadas en el tiempo libre están relacionadas con las actividades laborales. Sin embargo, según «la hipótesis segregadora o de cambio de actividades», el ocio y el trabajo serán esferas contrapuestas. Sería, por ejemplo, el deporte o actividad agrícola cuando el trabajo es de tipo intelectual. De cualquier manera, el ocio en contacto con el campo es característico, obviamente, en los hábitats rurales e intermedios y en aquellos que anteriormente realizaban estas actividades o al menos como *hobby*.

«- Yo tengo un *trocito de huerta*, como me gusta mucho el campo, pues allí me voy y allí me entretengo. El bar no me gusta (...) pero la *mayor parte del tiempo, al campo, a la huerta*.

- Pues yo tengo una casita y voy todos los días y lo llevo yo todo: labrar, cavar...» (GD10: 4-5 y ver GD8: 7).

Como vemos es más característico de ámbitos rurales e intermedios, entre otros motivos porque en las zonas urbanas y megaurbanas no se suele disponer de parcela particular, a excepción de algunos mayores que emigraron y son los que de vez en cuando vuelven a «sus tierras» (nos referimos a jubilados emigrantes que tienen alguna parcela en su pueblo natal, por ejemplo, dos participantes del GD4, un participante del GD1 ó GD3: 16). Otros viajan a diferentes lugares, sobre todo los de mejor posición social, o que al menos no tienen problemas económicos o limitaciones físicas; es decir, los que disfrutaban de un nivel de independencia aún elevado. En relación a los viajes u otras salidas del hogar, los de mejor posición viajan algo más, sea por visitar a sus hijos (EM1314, EM1819: 4) o por placer (EM8: 4, EM1314: 8) (véase viajes organizados 9.5.3.4).

Los mayores de zonas urbanas también mencionan algunas actividades en «busca de aire puro» realizando excursiones a la Sierra, por ejemplo. Aunque en general los mayores suelen seguir un ritmo como si trabajaran (similar a sus hijos, pareja, comercios, que obviamente siguen un horario «laboral», no «sus horarios» tan libres), algunos procuran «ir al contrario» (a contratiempo) del ritmo que llevan los trabajadores «para ir más tranquilos» (véase apartado 9.1 ó EM1: 12 y EM3: 8).

Algunas actividades son características de las zonas no urbanas, por ejemplo: barrer y regar la calle, pasear por el camino (afueras del pueblo), charlar

y sentarse en la calle «al fresco», en la puerta (las casas son bajas, con la puerta a ras de suelo, de la calle), ganchillo en la calle, ir al cementerio paseando, encender-apagar el fuego, ir a la Sierra, o al río, por ejemplo (GD6: 7-8, por ejemplo). Las «visitas al cementerio» son bastante habituales entre los mayores rurales (EM7: 2 ó GD10: 13). Ello viene relacionado con una significación social y vivencia de la muerte distinta en estos ámbitos (la muerte es un «rito más social»). La muerte urbana está más escondida en los tanatorios; su simbología es privada, anónima (ver 9.5.3.2). La muerte es un tema recurrente en este estudio. En cualquier caso, no suele citarse la palabra muerte sino que se emplean distintos eufemismos, lo que demuestra que sigue siendo un tema tabú (véase Capítulo 10).

9.4.2.3. LOS JUBILADOS COMO JUGADORES Y «DEPORTISTAS PASIVOS»

Si en el título se menciona la faceta de jugadores y pasividad es por ser la que predomina en sus discursos y desde resultados de otras investigaciones. Esto parece comprensible tanto si observamos el nivel de deporte tan bajo de la población general, como si nos atenemos a que sus condiciones físicas ya no permiten los deportes más esforzados. Aún así, ya se ha mencionado algún dato sobre el aumento de tiempo invertido en las actividades no sólo deportivas, sino físicas en general, en estas edades. Este tipo de actividades podrían englobarse, pues, en cualquier epígrafe, porque sabemos que pueden ser beneficiosas tanto a nivel psicológico, psicosocial, como a nivel físico y relacional.

Pensemos que las actividades físico-deportivas en los mayores han sido tratadas con «recelo e ironía» (Aragó, 1986: 307). Es decir, el deportista mayor representaba la ridiculez o era percibido como alguien «que no admitía el paso de tiempo» y realizaba actividades «impropias» de su edad. Pero en los últimos tiempos la imagen de los mayores «en buena forma», con el chandal o realizando gimnasia, es habitual y está siendo cada vez más generalizada y fomentada. Parece que hay una mayor aceptación y práctica de estas actividades por parte de los mayores, que además de mantener la forma física y mental ayuda a prevenir enfermedades. Estos beneficios se unen a los de tipo psico-social, que aún son más importantes: ofrece la oportunidad de relacionarse, de afiliarse e identificarse con otros; reconocimiento y aceptación del cuerpo, sentimiento de utilidad, mejora de la autonomía física y social, mayor sensación de bienestar, etc.

Estas actividades pueden ser: gimnasia (individual o en grupo); deportes (individuales o en equipo); bailar; viajar, andar. Las actividades que más reali-

zan los mayores suelen ser: paseos, gimnasia y natación, petanca, tenis, marcha, excursionismo, fútbol y poco más (Moragas, 1993). En general, sólo el 13% hace ejercicio físico o practica algún deporte (CIRES, 1995), aunque este porcentaje es también bajo en la población general.

Merece una mención especial el seguimiento de la actualidad deportiva por parte de los varones mayores. Estos «deportistas pasivos», espectadores de deportes, se reflejan en las horas dedicadas a la escucha (emisoras deportivas), lectura (periódicos deportivos), charlas o visionado (partidos, competiciones por TV) de temas relacionados con los deportes, sobre todo del fútbol. Muchas son, pues, las actividades propuestas u ofertadas (en octubre de 1998, por ejemplo, se celebró la *I Olimpiada de Personas Mayores*, en Madrid) y muchos los intentos de realizarlas, pero el nivel de participación de las mismas continua siendo ínfimo.

Hemos de destacar el fútbol, como deporte rey, mencionado por los jubilados de cualquier estatus. El *hobby* común es el fútbol. Ello queda reflejado tanto en todos los discursos de los jubilados como en las fichas individuales que han rellenado los participantes; pero como era de esperar son «espectadores», «deportistas pasivos». Los toros, los paseos (ya tratados), otros juegos y actividades, son otras de las aficiones que mencionan, pero el fútbol se presenta como uno de los *hobbies* principales y preferidos por los jubilados.

«Soy aficionado a los toros, soy aficionado al fútbol. De los toros he leído tanto de ello que me da igual combatirme con los grandes... Sí, tengo libros, tengo libros y todo sobre ello. (...) de fútbol soy aficionado (...) me gusta el equipo merengue» (EM10: 9 y ver EM15: 4 ó EM1819: 13).

«...voy a misa y me voy al fútbol, eso sí, todos los domingos voy a misa... tengo que estar muy malo para no ir y luego si hay fútbol en Salamanca me voy al fútbol y si no pues a ver ahora a estos sitios donde dan todos los partidos» (EM20: 3) «...si hace frío tampoco voy al fútbol» (EM20: 4, o GD8: 6-8, EM1314: 4, GD10: 5).

Además del paseo, ya tratado en apartados anteriores, otras actividades también participativas, pero con menos exigencias físicas y orientadas principalmente al entretenimiento, son los juegos de azar, los juegos de mesa y/o juegos de salón. Estos juegos recreativos y «deportes» sedentarios ocupan una parte importante del tiempo de los mayores, sobre todo de los varones. Estos pueden ser: Juegos de salón y deportes más sedentarios (petanca, billar, bolos, mini-golf, ping-pong, dardos, etc.) o juegos de azar y de mesa (cartas, dados, lotería, bingo, máquinas «tragaperras», parchís y otros). Una parte importante del tiempo de los mayores es ocupada siendo «deportistas pasivos», espectado-

res de deportes o bien con estos juegos más sedentarios. Dotan a estas actividades de un significado de «sociabilidad». El reunirse con otros y la interacción que reportan estas actividades es uno de los aspectos que más aprecian.

«...me voy a *jugar la partida* después de que vengo de la parcela a mediodía, pues juego la partida, me *tomo una cerveza* que es lo único, ni más ni menos. Distraerte un rato, y luego ya vienes y comes en casa y por la tarde ya *te entretienes por aquí*, ya no voy a la parcela porque hace calor (...) por despejarte un poco, no por otra cosa.» (EM9: 3 ó ver GD3: 13: «...*Por la mañana la petanca...* » ó GD8: 6, GD1: 3 y EM1819: 5)

Aunque los propios mayores reconocen las ventajas de hacer ejercicio, no sólo físicas, sino el significado de sociabilidad que les reporta, saben que algunas de estas actividades son poco apreciadas y desvalorizadas por los demás (véase Capítulo 10), por ejemplo, así dice un mayor que juega a la petanca: «Haces mucho ejercicio (...) los demás dirán que eso es un juego tonto...» (GD3: 13). Algunos juegos podrían incluirse en el apartado anterior de «actividades pasivas» pero lo mencionamos aquí porque ellos le dan una significación especial. Por ejemplo, los juegos de azar (loterías, quinielas, sorteos, bingo, «tragaperras»...) parecen coherentes con algunos de sus discursos de confianza con el destino, con la providencia, con la suerte. Los juegos de azar son bastante practicados por los mayores, incluso algunos estudios están comprobando cómo la ludopatía es uno de los riesgos de la ociosidad en general y en concreto en los mayores. Debido a la sencillez que suponen estos juegos, unido a la necesidad de mantener una «esperanza e ilusión», puede entenderse en parte la tendencia de muchos mayores al juego.

«...es el vicio ahora que tengo por ahí, es jugar a la quiniela y a la primitiva, vamos, no a la quiniela, a la bonoloto y a la primitiva y ya está, es lo único que..., juego todas las semanas 500 ó 600 pesetas» (EM15: 6).

«← ..a mí particularmente, esas quinielas que salen, esas bonolotos...Si también nos atrae, no está mal, porque la ilusión de tener...» (GD10: 11 y ver GD10: 18: «jugando a los ciegos, a la lotería, a la quiniela»).

Como hemos mencionado, «las cartas» también es otro de los juegos muy practicado por los mayores, sea en espacios públicos como los Hogares, bares o casinos, sea en espacios privados, en casa, con amigos o familiares. Estas actividades vienen siendo muy denostadas por algunos estudiosos del ocio y también desde los mayores más activos e implicados socialmente (que ocupan el tiempo en actividades más productivas desde la concepción clásica de

«productividad”). Hemos visto un discurso más enfadado y activo, pero también «productivista», de una minoría crítica porque el juego sedentario (en concreto las cartas) sea tan predominante en los mayores:

M.– (...) *El vicio, por favor, de las cartas, que yo lo respeto y muy mucho, pero hay otras cosas...*

H.– Hay otras actividades.

M.– (...) *personas mayores y que su mente esté cerrada solamente en las cartas y que no sean capaces de ir a una conferencia de esas...* (GD3: 21-22).

De todas maneras, se está comprobando que estos juegos no resultan tan nefastos si se tiene en cuenta que ayuda a mantener una determinada agilidad mental (capacidad cognitiva) en los mayores y requiere también un mínimo de relación y contacto social, igualmente necesario a cualquier edad. Tal como dice Carmen Domínguez (EE10), la trabajadora social y socióloga entrevistada, responsable del Programa de Mayores de Getafe: «...el baile tiene mucho éxito dentro de las actividades, hace unos cuantos años, cinco o diez años, nos echábamos las manos a la cabeza porque los viejos no querían más que bailar y jugar a cartas. Ahora nos dicen los expertos que jugar a cartas es fantástico para desarrollar o mantener todo el tema de... cognitivo, que el baile estimula la circulación de la sangre, que va fenomenal para los huesos, que además se establecen relaciones interpersonales...» (EE10: 2). Ejercitar la mente (del modo que sea) y mantener contactos sociales (con cualquier fin) son unos de los antídotos para retrasar el envejecimiento más pasivo y decrepito, del que todos huyen. Estar activos —pero en cualquier tipo de actividad—, no lo olvidemos, será indicador de un notable nivel de autonomía físico, social y mental, indicador de calidad de vida.

En relación a los deportistas activos, con todo el sentido de la palabra, se observa que es más practicado por los mayores de mejor posición socio-económica y de salud. Son sobre todo varones, aunque las mujeres (cada vez más) practican algún tipo de gimnasia organizada o andar (varios kilómetros). Llama la atención el aumento de actividades físicas por parte de algunas mujeres mayores, que tal como revelan los estudios más recientes cada vez son más activas fuera del ámbito doméstico. Aunque aún son minoritarias, encontramos algunas que realizan este tipo de actividades (yoga, gimnasia) que suelen ser organizadas, no por cuenta propia como ocurre con algunos mayores o con los/as deportistas más jóvenes: «...en un balneario, he estado, o sea muchas actividades, porque no puedo estar quieta, mis amigas dicen, ¡pero hija mía!..., voy a yoga por dos veces a la semana» (GD3: 14).

Pero en general, la práctica de deportes aunque minoritaria sigue estando masculinizada en todas las edades. Las jóvenes son algo más deportistas que

las mayores, pero sigue dándose una mayor práctica en los varones. La generalización del deporte es transversal, aunque en edades avanzadas se pronuncian estas diferencias por género. Escuchemos la opinión de los más deportistas: «Sigo todavía teniendo ilusión por hacer deporte, yo todavía hago deporte y a mí me falta algo si... si no lo hago y además me servía de hace tiempo, bueno, ya no juego al fútbol, yo jugaba al fútbol, ahora ya no, ahora juego al tenis, por ejemplo...» (GD5: 15 o EM3: 8: «...gimnasia, dos veces por semana...»).

Actividades como la caza, pesca u otros deportes relacionados con la Naturaleza parece que son más practicados por los más jóvenes, los de mayor independencia (física, económica), los que antes ya practicaban y los que viven en medios intermedios-rurales, donde es menos complicado ir a cazar o a pescar, por ejemplo.

«H.– (...) en la casita de campo que tenemos que si esto que si lo otro... Y si no me voy a nadar, a andar, y llega el domingo y me voy de caza, y si no me voy al pueblo, que me gusta la Naturaleza y me voy a coger espárragos, llega el otoño y a coger setas, y así sucesivamente. Yo no me paro, como mucho, tampoco me privo de nada, pero *hago ejercicio*, quemo aquello...» (GD4: 9).

«P.– (...) *¡no echo de menos el trabajo, ahora la ocupación sí!, pero ¡claro!, yo esa ocupación, por ejemplo, pues lo llené con otras cosas, ¡vamos!, otras cosas de ocio, por ejemplo, deporte, la caza, la pesca, ¡en fin! mil cosas de que se pueden eso...»* (GD6: 5, y véase EM9: 8, GD6: 7, GD5: 15, GD8: 14).

La centralidad de trabajo y actividad «más productiva» es tal que algunos mayores critican el ocio que practican los más jóvenes: lo no productivo debería ser más productivo. Se critica el deporte como pérdida de tiempo. Esta crítica está latente en el discurso social más general, que sigue valorizando la actividad productiva monetarizada ante cualquier actividad con objetivos distintos a la producción a cambio de un salario. El ocio sigue a la zaga del valor supremo que es el trabajo.

«J.– ...no juzgo por mí, *juzgo por gente joven que practica mucho el deporte, la carrera, el ver que de ésta forma gasta las energías, o sea, queman calorías, queman energía. Y yo, me parece que sería más rentable otras cosas, como por ejemplo, como dice este señor, dar un poco de vueltas o limpiar, porque se ve que hay mucha mierda por todos los lados...*, y al fin y al cabo, es que es una cosa que lo mismo da gastar las energías en una cosa que en otra, y a mí me parece que sería más aprovechadas para un lado que para otro, o a lo mejor estoy confundido yo, ¿no? (...) cada uno tiene su forma de pensar» (GD6: 11).

De todas maneras, en un futuro parece que las tendencias se inclinan al aumento de la actividad física y el deporte, por lo que los expertos/as nos recuerdan la necesidad de fomentar y habilitar locales y personal para el fomento de las mismas⁵³. Ticó (1996: 486) nos recuerda cuatro modelos que en la actualidad se aplican en la utilización de la actividad física de los mayores:

a) *Modelo higiénico-preventivo*. Se sirve de las actividades físicas para conservar la salud y prevenir los estilos de vida no saludables.

b) *Modelo utilitario*. A través de las actividades físico-recreativas busca los mismos objetivos que el anterior pero con un objeto más socializador.

c) *Modelo socio-cultural*. Utilizando actividades recreativas, en las que el ejercicio físico no tiene un fin en sí mismo, sino que su principal objetivo es el aspecto lúdico de integración grupal de la actividad.

d) *Modelo terapéutico*. El objetivo, a través de actividades rehabilitadoras, es intervenir en la recuperación de algún trastorno del individuo.

9.4.3. Feminización de las actividades manuales de ocio

Las actividades manuales no sólo son aportadoras de descanso, entretenimiento y diversión —que caracterizaba a las actividades anteriormente tratadas— sino también como actividades desempeñadas con el objetivo de conseguir una mayor autorrealización, desarrollo personal, creatividad, expresividad. Aquí nos referimos a actividades como las que siguen: actividades relacionadas con las Bellas Artes (pintura, dibujo, escultura); artesanía (cerámica, cestería, macramé, joyas); marquetería, tallado de madera, bricolaje; costura, ganchillo, calceta, bordados, bolillos, hilandería; manualidades (papiroflexia, macramé, arroz, migas, tela); construcción maquetas, miniaturas, montaje de juguetes; gastronomía, cocina; fotografía, vídeo; copia, encuadernación; tocar instrumentos musicales, principalmente.

El título del apartado versa así porque precisamente si encontramos algunas actividades de las enumeradas (sólo una minoría de las mencionadas)

⁵³ En este sentido, se observa en las distintas referencias, investigaciones y programas destinados a fomentar y analizar este tipo de actividades (Parreño *et al.*, INSERSO, 1985/90; Coutier, Camus y Sarkar, 1990; Caracuel, 1992; Ticó, 1992, 1996; Zambrana y Rodríguez, 1992), que son cada vez más relevantes en las últimas décadas vitales si de verdad se quiere alcanzar una mayor calidad de vida (no sólo cantidad de años).

suelen aparecer en los discursos femeninos. Sin embargo, si atendemos a algunas tareas de bricolaje y/o reparaciones del hogar, automóvil o electrodomésticos (que también son manuales) la participación es masculina⁵⁴. Aprecian sobre todo el que puedan ser elegidas voluntariamente, como vemos a continuación:

«H.— Pues yo, además de *pintar en mi casita, hacerme un mueblecito, estar con mis nietos y darnos paseítos*, y eso es lo que más nos gusta.

H.— Bueno, yo creo que a todos nos gusta... es decir, que *ahora hacemos lo que nos gusta, o sea, que nadie nos manda; eso es lo primero. No tenemos la obligación, no estamos obligados...*» (GD4: 7).

Observamos cómo dependiendo de la intensidad (tiempo invertido), nivel de experiencia e interés una actividad puede ser más o menos enriquecedora para la persona⁵⁵. En el caso de los mayores, recordemos que actividades como *jugar con otras personas* (23%), *leer libros* (30%) o *hacer manualidades* (22%) se situarían en una frecuencia media (CIRES, 1993). De los tipos de actividades enunciadas las «más creativas» son sólo realizadas por una minoría. Además, del poco tiempo que invierten los mayores en ellas, son las mujeres las que mayormente las llevan a cabo. Principalmente las que tradicionalmente han realizado son: coser, bordar, ganchillo, calceta. Se percibe una clara idea de continuidad en la realización de estas actividades de tiempo libre que las mujeres mayores (sobre todo las amas de casa) ya realizaban en su pasado. El ocio de las mujeres está marcado por las obligaciones domésticas tanto en el tiempo en el que las han realizado (después de las tareas domésticas, al igual que ahora) como en el espacio de realización (hogar) y las características de la actividad (manuales). Confirmemos esta feminización del ocio manual en sus contenidos discursivos:

«— Pues a mí *me ha gustado siempre coser, mucho, más que leer; leer*

⁵⁴ Sin embargo, éstas últimas han sido tratadas en este estudio como «actividades no remuneradas» (véase apartado 9.3) y no como actividades manuales de ocio. Algunos varones realizan varias de estas actividades manuales, pero son determinadas y concretas, consideradas típicamente masculinas.

⁵⁵ Por ejemplo, una persona puede dedicarse a la costura desde un nivel muy básico, y sin embargo otra puede ser una especialita en bordados, alta costura, que requiere mayores conocimientos y experiencia. Es diferente saber cocinar algunos platos que ser una experta gastronoma. O no es lo mismo cuidar de tres macetas que cuidar de una amplia huerta, en la que ya se requieren mayores conocimientos y medios.

no leo nada, porque no lo sé, como he ido poco al colegio, no lo he cogido el leer...» (EM4: 6).

«...que es punto de cruz..., pues eso lo he estado bordando este invierno, por la noche, con la luz encendida... (...) coser, o sea que yo, sí, estar parada no, incluso ganchillo, hago mucho ganchillo también, y cosas de ésas, ¿qué se yo?, he estado haciendo puntillas para toallas, les hago para mis hijas, para mi nuera» (EM7: 4 y véase discursos femeninos EM6: 3 «...les digo que me compren lanilla y hago cositas, «primores», que me gusta mucho, por no estar sin hacer nada...» ó en GD4: 5, GD9: 2 y 6, GD3: 14).

Estas actividades «más personales» y «no orientadas a los demás» de forma tan declarada como las tareas domésticas, parece que adquieren por ello un sentido distinto en las mujeres mayores. Si en los últimos tiempos estas actividades habían adquirido una imagen trivializada, parece que empiezan a revalorizarse socialmente a tenor del intento de «recuperación» reciente de estas actividades artesanales, hechas a mano, tradicionales. Por ello, aunque muestran un discurso de satisfacción hacia estas labores (más positivo, generalmente, que hacia otras tareas domésticas y cuidados porque las realizan voluntariamente) ya empiezan a notar las limitaciones físicas para su realización:

«...no puedes hacer lo que hacías entonces. Y hasta queriendo hacer, pues no haces... por ejemplo, como coser, dices «yo me haría una falda», pero dices «si vas y con 200 pesetas la tienes, ¿para qué quieres calentarte la cabeza?»

(...)- (...) no veo ni con gafas, y no ves como antes; yo antes con la luz de la bombilla bordaba y contaba los hilos y ahora no; ahora estoy haciendo a la niña y estoy sufriendo. Lo hago porque me gusta bordar, pero no, no porque...» (GD9: 6 y ver EM17: «...se me resbala la aguja y no puedo coser...» O GD7: 10).

Hemos de añadir que en las mujeres se puede observar una cierta superposición de significados en una misma actividad. Por ejemplo, el «cocinar» es considerado tanto una tarea doméstica obligatoria como un *hobby* o afición que gusta realizar; o el coser por placer (muchas mujeres perciben estas tareas como algo más que un *hobby*; un «trabajo» placentero) o por arreglar algún descosido. Observamos de nuevo la supeditación del ocio de muchas mujeres a los roles tradicionales de ama de casa y esposa. Los jubilados expresan un rechazo hacia estas tareas manuales (no mencionan apenas trabajos manuales, exceptuando alguna «chapucilla» en el hogar) confirmado al

consultar tanto otros estudios como departiendo con algunos informantes expertos. Por ejemplo, la concejala de Tercera Edad de Alcoy nos decía así, en relación a los varones mayores: «... (dicen) "lo de las manualidades no porque lo veo más cosas de mujeres pero lo de la gimnasia y lo de ir a pasear tres días a la semana..." (...) los hombres en el tema de manualidades por la educación (...) no quieren apuntarse, no hay casi. Pero sin embargo sí que hay muchísimos en dibujo y pintura, y en gimnasia también hay muchísimos...» (EE8: 3). Veamos estas diferencias intergénero en el matrimonio entrevistado de Salamanca:

«A.– No, no, a veces me gusta tener siempre una labor empezada, que ahora no lo puedo hacer porque tengo cataratas y entonces me tienen que operar ahora y llevo un poco de tiempo que me quejo mucho de tener una labor siempre que si quieres la haces y que si no, no, pero que sabes siempre que tienes ahí la labor (...)

J.– Y otra cosa, le gusta mucho la cocina.

A.– ...bordar» (EM1819: 6) (...)

(...)J.– (...) a mí no me gustaba más que dar clase (...) no me emociona otra cosa (...). *Ella tiene su ilusión en la cocina y yo la tengo en el sofá.*» (EM1819: 6-7).

9.4.4. Actividades formativas: sobrevaloradas pero «no alcanzadas»

Se trata de las prácticas desarrolladas para adquirir un aprendizaje y conocimiento, o para aplicar las aptitudes intelectuales de la persona (algunas también pueden considerarse manuales y/o creativas). Por ejemplo lectura, estudio; consulta y organización de bibliotecas, hemerotecas, centros de documentación; manejo de ordenador; coleccionismo (filatelia y numismática, monedas, discografía, etc); escritura, redacción, oratoria; asistencia a cursos, seminarios, conferencias; aprendizaje de idiomas (estudio, cursos); visitas a museos, exposiciones; asistencia a conciertos, recitales, teatros, exposiciones; viajes culturales; aprendizaje y perfeccionamiento de instrumentos musicales, coros o juegos educativos (ajedrez, *puzzles*, etc.).

Se aprecia que estas actividades son minoritarias en los mayores (pero también en la sociedad en general) en comparación con las citadas en apartados anteriores. Al igual que ocurre con el desempeño de otras actividades, éstas vendrán determinadas tanto por el estatus socio-económico como por el hábito que se tenía durante la vida activa. Por ejemplo, sólo el 2% dedica

tiempo a la formación y sólo el 35% de los mayores leen (Durán, 1990). Según un estudio reciente, los adultos de 40 años muy activos y con menos tiempo son los que más leen, y no así los mayores de 65, que disponen de mayor tiempo libre (A. de Miguel, Ministerio de Cultura, Asociación de Libreros, 1998). Ellos mismos reconocen que leen poco:

«...*leer no leo nada*, porque no lo sé, como he ido poco al colegio, no lo he cogido el leer (...)...un poco, hojeando, pero yo para decir, cogirme y ponerme a leerme libros y eso, pues no, no soy de ésas; se ve que *no le he cogido gusto...(...)* a mí nunca me ha tirado así leer...(...) me gusta coser...» (EM4: 6).

«- Yo leer algún rato, no es gran cosa, me he hecho un holgazán (...) el periódico cada ocho o diez días, (...)

(...)- Lo que no es mucho trabajo y *te distrae un poco es leer y no nos va el leer porque no, hemos perdido...*

- *A mí leer, ¡nada!, ¡ya he leído bastante!* [Dice el de la imprenta]

- (...) libros buenos, y *estás leyendo leyendo y dices: "¡Me cago en la mar!, ¡si me duermo!"...*» (GD10: 5).

Recordemos que su educación formal ha sido limitada y en muchos casos ausente. La no lectura puede ser entendida, desde los mayores, por varios motivos: a) minusvaloración de estas actividades: en su pasado laboral se daba preferencia al trabajo ante los estudios; b) ausencia actual de posibilidades educativas y formativas accesibles e interesantes para ellos; c) falta de hábito, desinterés, desmotivación, y d) dificultades en la visión, «letras demasiado pequeñas» que apenas pueden leer; formato poco atractivo.

En todo caso, también puede observarse una lectura mayor de los periódicos deportivos o de la programación televisiva; las mujeres mayores prefieren las revistas del corazón o novelas. Los mayores suponen el 10,2% del total de lectores de revistas, el 11,9% de los suplementos y el 12,8% de diarios (Revista *Sesenta y más*, 1999, nº 168: 8). Los que sí leen más libros y la «prensa seria» suelen ser los de estatus alto, los de mayor nivel educativo, aunque también son una minoría en nuestro estudio.

«- (...) hay quien le da por leer, y *son bien pocos los que están jubilados que les da por leer, porque resulta que no nos ha gustado nunca.... y cogemos el diario, leemos los titulares y nos quejamos* (- Las letras grandes), las letras grandes (- las letras grandes y para de contar), lo demás.... yo te diré que no he comprado un diario desde que era chaval... la revista si la compro es por la dirección de la tele (...)

- *A mí el diario me gusta repasarlo todos los días, leer no, pero repasarlo...leerlo lo que dices tú: las letras grandes.*

(...)- *Es que antes, ¿qué libros había? Si estaba «La vida en la escuela» y estudiaba yo, mi hermano, ¡todos del mismo libro!, ¿qué nos teníamos que enseñar?*

- La misma Enciclopedia íbamos pasándola de unos a otros (...)

(...)- (...) cuentan una historia y además escriben con nombres de extranjeros, americanos (- Y leyéndolo te pierdes), y leo el nombre «Sokov» (...) llegas a leer una línea dices «no sé si he leído “Chow o Chew”», no lo sé, y tira adelante... cuando llegas al 2º capítulo, “Chow estaba aquí ahora”, “Chow está allá...” (GD10: 7-8 y ver GD7: 20 «...está la biblioteca aquí y hasta para venir a leer un libro ¡nadie!...» y ver EM1: 2, GD6: 7).

Algunas de ellos reconocen que no les gusta leer, otros manifiestan que no pueden por dificultad en la visión o falta de concentración. En general prefieren realizar otras actividades de ocio a las que están más acostumbrados y les parecen menos dificultosas: por ejemplo, en las mujeres ganchillo y otras labores (GD9: 2). Sólo son una minoría los que dicen leer mucho. Este discurso se encuentra en los de estratos sociales más altos pero ello no significa que todos los de estatus elevado tengan esta afición. En realidad parece que ejerce más influencia el hábito anterior, el nivel educativo y la profesión concreta, más que los ingresos, que es la otra cara que conforma el estatus. Esto lo podemos saber porque los mayores en general no leen; si cabe los que tienen un mayor nivel cultural o preparación dedican más tiempo a esta práctica. Veamos los contenidos discursivos de los que leen —y algunos escriben— encontrados en los de estratos sociales más favorecidos:

«...los abuelos eran maestros, así que aquí, en casa, yo digo que «en casa del tamborilero se toca el tambor», pues *nosotros nada más que los libros y magisterio*, y no sé..., pero es que eso lo vivimos tan natural (...) *los libros: ha sido nuestra vida*. (...) (EM7: 2) la lectura sí. *Siempre tengo, por lo menos, dos empezados»* (EM7: 3).

«...*empiezo a releer lo que en veinte años no pude*; porque yo leí mucho hasta los treinta años. A partir de ahí me casé, empecé a tener obligaciones y lees un libro que te dura seis meses, otro que te dura nueve, esa es la cosa, es así. Prensa leo poca, pero *leo un diario, el que a mí más me agrada...*» (EM3: 7).

«...*colaborando en un máster de pediatría, dando unos seminarios, y también estoy escribiendo con un compañero un libro de historia contemporánea*, que me lo ha encargado una editorial...» (GD5: 11 y véase otros discursos de mayores de estatus alto: EM12: 4, GD5: 3-4, GD8: 5).

A pesar de que la lectura no ocupa mucho tiempo libre de los mayores de nuestro estudio, algunos llevan otras actividades culturales a cabo: pertenencia

a un coro (GD10: 5), numismática o coleccionismo (GD8: 7), asistencia a espectáculos (GD2: 10 y 15), por ejemplo. Recordemos, según datos del CIRES (1993), que sólo el 6% de mayores asistía a espectáculos.

Algunas mujeres, coincide que son las más activas y las que menos obligaciones familiares tienen (viudas, viven solas), demuestran su afición por el teatro, por la poesía, por escribir, pero son una minoría. Parece que las mujeres que están fuera del ámbito doméstico son más activas, o al menos le otorgan un significado de mayor relevancia, que los hombres de sus edades. Pero, en general, son menos las mujeres que realizan actividades extradomésticas en relación con los hombres: suelen ser más pasivas (no olvidemos, en su tiempo libre y ocio, que es menor) y se limitan al hogar propio.

«- Yo lo que me pasa, ¿sabes?, que *leo mucho, me gusta mucho la poesía*, entonces yo me las aprendo de memoria y lo mismo me llaman para recitar en el hospital, que me llaman para... (...)

(...)- Yo he hecho teatro pero... pero no me gusta así... A lo mejor, yo mira, me pongo yo, yo, *a lo mejor me pongo con un libro y escribo cosas* (...)

- No, yo escribir, no.

(...)- Y lo del teatro, cuando hemos hecho las obras...» (GD2: 11-12).

De todas maneras, la demanda de formación y este tipo de actividades aumenta, y una prueba de ello está siendo las «aulas de la Tercera Edad» y la existencia de diversas asociaciones en este área (CEATE —Confederación Española de Aulas de la Tercera Edad—, la ACOTE —Asociación para la cultura y el ocio de la Tercera Edad— o la FENIMA —Federación Nacional e Internacional de Asociaciones para la Cultura y el Tiempo Libre de los Mayores—, entre otras), o de actividades puntuales en esta línea⁵⁶.

Parece ser que en un futuro los mayores demandarán, y ya hoy están demandando, una mayor accesibilidad (y mayor calidad) a la formación (nuevas modalidades, a domicilio, por ordenador o asistencial, precios asequibles, cursos de calidad y de interés para los mayores, etc.), cuestión que desde niveles oficiales y empresariales no está nada claro. La formación y reciclaje destinado a mayores sigue percibiéndose como algo poco rentable, pero aún así se está fomentando desde distintas instituciones y organismos⁵⁷.

⁵⁶ Por ejemplo, I Muestra de Teatro de Mayores, celebrada en Madrid, del 10 al 12-5-1999.

⁵⁷ Actualmente está en elaboración, desde la Universidad de Granada (en colaboración con otras Universidades españolas), el primer estudio-guía de las actividades que realizan las «Universidades de Mayores» y «Aulas de Formación Permanente» para mayores. Véase también la obra *Envejecimiento*, de A. Portera (1998), editada por la Universidad de Mayores Experiencia Recíproca.

Encontramos un discurso de sobrevaloración expresivo de un mayor nivel educativo, sobre todo por los de nivel más alto y medio, en medios urbanos, y más en jubilados que en mujeres mayores. Esta demanda parece mayor desde los mayores de mejor posición socio-económica, pero recientemente también las mujeres solicitan aumentar su formación, en general más baja que la de sus coetáneos. Esta sobrevaloración por la formación queda patente en los discursos de casi todos los mayores (mujeres u hombres), a veces «acomplejados» y frustrados por su nivel «bajo» de formación alcanzado en comparación a la juventud actual. Algunos participantes, los de nivel medio y alto sobre todo, manifiestan su deseo por aprender algo más y critican las pocas posibilidades que los mayores tienen (y nunca han tenido) en este ámbito. Veamos también algunas voces desiderativas de estas actividades formativas (aprender música, idiomas, informática-ofimática⁵⁸, encuadernar, dar clases, por ejemplo). El aprendizaje puede actuar como rejuvenecedor tal como nos recuerda un proverbio chino (“Se comienza a envejecer cuando se deja de aprender”). En fin, muchos mayores manifiestan un deseo de cultivar otras actividades más allá del pasatiempo, entretenimiento, descanso y pasividad.

«...me hubiera gustado haber estudiado un poco de música, sé un poco de música porque en mi casa todos hemos sido..., haber profundizado un poco más (...) *encuadernar sería también bonito*, es una cosa que creo que no es costosa de esfuerzo y sería bonito de hacer (...) hay muchas cosas.» (EM12: 10 y ver página 5).

«H.– (...) *Me gustaría hacer otras cosas, tener conocimientos de... Informática, de inglés*, que ahora toda la juventud tienen todas esas cosas. Creo que *para los mayores no es, no hay oportunidades...*(...) (H.– Pero sí hay en los Hogares), ¡no lo hay!

H.– ¿Qué no?, pues el otro día recibí una carta y...

⁵⁸ Actualmente son minoría los usuarios de Internet (sólo el 5% de mayores de 50 años utilizan Internet, según estudios de la consultora IdH, *Gaceta Universitaria*, 22-6-98. O bien, los mayores de 65 años sólo constituyen el 0,7% de internautas, según IMSERSO, 1999 (*Sesenta y más*, nº 168: 8) y de la Informática en general (sólo un 1% usa ordenador en su tiempo libre frente al 54% de los menores de 35 años. CIS, 1997, Estudio 2.269). Pero, por ejemplo, su interés por la Informática es mayor (26%, CIS, *op. cit.* Otro dato positivo es que más de 90 mayores voluntarios enseñan Informática. Son más de 8.000 mayores los que han pasado por las aulas de la Fundació la Caixa (un total de 56 aulas en España) para aprender Informática, pero la lista de espera es muy larga: 1.050 mayores para las 350 plazas que hay disponibles en la ciudad de Barcelona. Este proyecto sólo se ha desarrollado en Madrid, Cataluña, Andalucía y País Vasco, pero se está ampliando al resto de España (ver «Los ciberabuelos enseñan a navegar por Internet», *El País*, 22-7-99, pág. 10).

H.– Pues yo no he recibido nada y estoy en el Hogar de la Comunidad de Madrid, en el de la Caja de Ahorros, y *jno hay nada de eso!*" (GD4: 7).

Al margen de que la oferta es aún limitada, en sus discursos se transmite una idea del desconocimiento de las Aulas de Educación Permanente, Universidad de mayores (por ejemplo, en Univ. de Granada, U.A.M. o U. de Alcalá de Henares), y estas iniciativas interesantes, pero aún minoritarias y poco conocidas por los mayores, sobre todo en los medios no urbanos.

«...lo mismo que han desarrollado los Hogares, *¿por qué no se crean también aulas culturales para las barriadas que haya suficientes igual que hay...?*

– Aquí falta información...

– No, pero no, no veo yo... no veo yo que haya en todas las barriadas, en todos los sitios... *a lo mejor hay un hombre que no ha aprendido de niño...*

– *Pero lo están haciendo...*

– *Pero yo creo que falta información porque en la Universidad se están dando unas clases, eh... unas charlas, mejor dicho, por decirlo de alguna forma, para personas mayores, ¿no comprendes?...* (– Pero no está desarrollado) *Está desarrollado pero lo que pasa es que ahí no hay información suficiente...»* (GD5: 30).

9.4.5. El ocio como frustración e insatisfacción: entre la queja y el deseo

Si en las actividades de ocio tratadas hasta aquí los contenidos discursivos eran positivos y de satisfacción (exceptuando el apartado anterior) desde el momento en que pueden elegir la realización de las mismas, por contra, muchas mayores y los jubilados de mayor nivel socio-económico transmiten un discurso de insatisfacción y frustración respecto a su ocio. La protesta por no estar contentos con sus actividades se une al deseo no alcanzado de llevar a cabo actividades con sentido y significado pleno. Empecemos por los discursos femeninos para continuar con las opiniones de los de mayor estatus: ambos insatisfechos, pero con diferentes razonamientos.

En las mujeres observamos la «imposibilidad» de ocio, una protesta femenina por el ocio ausente y deseo de tiempo libre. El discurso femenino se sitúa en el plano del «me gustaría hacer» (ocio, otras actividades), y sin embargo «debo hacer» (tareas domésticas). Se trata de un discurso teñido de queja y voluntad de hacer otras cosas. Los motivos del menor tiempo y actividades de ocio en las mujeres es debido a las obligaciones domésticas, pero también

por problemas económicos o de otra índole. Los primeros obstáculos apenas aparecen en los hombres como impedimento para el ocio; la segunda barrera (posibilidades económicas), si cabe, se menciona en los jubilados de estatus bajo, pero siempre se acentúa en las mujeres por tener peores condiciones de vida que ellos. A esta subordinación material se añade una supeditación del ocio a las obligaciones que se les otorga a través de los papeles tradicionalmente femeninos. En definitiva, el ocio acabará realizándose, casi siempre, en *relación a* y después de lo doméstico y de otras obligaciones impuestas desde fuera.

“(...)M.— Pues yo en casa, *la cocina, las cosas de casa y luego el paseo* un ratito con alguna de mis hijas, con las que vivo o algún nieto de los dos que tengo...” (GD4: 5).

«— (...) porque lo primero tengo poca pensión, entonces no puedo yo dedicarme a... incluso *me gustaría ir al teatro, ver buenas obras de teatro, que me encanta el teatro, pero de verdad, con la pensión que tengo no puedo dedicarme a ir al teatro porque vale mucho dinero* y entonces no puede ser...” (GD2: 1).

El discurso de las mujeres mayores está teñido de queja y protesta por no tener tanto tiempo libre como los jubilados (cantidad) y por tener menos posibilidades de actividades extradomésticas. Recordemos que muchas se han «liberado» del trabajo remunerado (las jubiladas), pero no de las obligaciones domésticas y familiares. Un discurso del «deseo no cumplido», de la insatisfacción, de «frustración», queda patente en muchas de las mujeres. Es lo que hemos denominado el «ocio imposible», frustrado, no alcanzado aún. Ello se acentúa en las mayores de capas sociales más bajas y en las amas de casa en general; tal como hemos visto, muchas denuncian que no «han pintado nada» en sus vidas, no han podido elegir sus destinos, y ahora tampoco. Este deseo manifiesto de hacer otras actividades esconde que no les satisface ni mucho menos las que hacen ahora.

A pesar de los avances de la mujer, que las mayores no dejan de reconocer, también expresan y se quejan de la dificultad para las mujeres mayores (solas y/o viudas, de menor estatus, sobre todo) de establecer relaciones, realizar actividades que les gustaría hacer y que no les es posible. En concreto es señalada la situación de viudedad femenina. A la austeridad económica y la identidad mermada de las viudas se une un menor tiempo libre y liberado, la imposibilidad de elección y la ausencia, muchas veces, de un ocio elegido.

«- (...) llega el sábado y el domingo y dices: "¡pero bueno, y yo que... ¿y yo qué pinto aquí?!» Porque... pues claro, si no tienes... si no tienes algo, si no tienes un ligue, si no tienes nada. (...)

(...) M -... *no puedes salir de noche porque en la mujer no lo ven bien, aunque la vida ha avanzado mucho, pero también una viuda... sabes tú que las viudas nos tienen como que lo llevaríamos aquí, en la frente...*

(...) no te puedes ir a un cine porque si sales de noche y vas sola..., «pues mira esa». *Resulta que hemos avanzado, pero hasta cierto punto.*

(...)- ...llegas a casa, viuda, y llegas igual a las doce... : «*De donde vendrá, de dónde vendrá esa"...*» (GD2: 9).

La menor relación social de algunas mujeres mayores, las mayores limitaciones de salud (que se unen a lo comentado anteriormente), el cambio de modo de convivencia y de entorno espacial propio condicionan también las actividades en su tiempo libre. Esta ausencia de control sobre las actividades, esta «inercia» que las lleva a realizar lo que «deben realizar», hizo mella en su juventud-adulthood y sigue patente en estas edades (ver EM6: 8-9 ó EM16: 6). Hasta tal punto están interiorizadas y arraigadas estas pautas, que aún así la mayoría tiene una actitud de conformismo, de resignación. Ello conduce a dudar sobre si muchas se han planteado siquiera (¿o no quieren plantearse por no sentirse aún más desvalorizadas?) estas cuestiones desiguales por género, en la línea del discurso conservador aún predominante y ya comentado en otros apartados.

La frase repetida por algunos mayores «*aún podemos seguir aportando*», es fiel reflejo de la idea que aquí queremos tratar de la insatisfacción actual y, al mismo tiempo, del deseo frustrado e incumplido de los jubilados de mejor posición socio-económica. Observamos una desvalorización hacia las actividades y el ocio en general en muchos mayores debido a que el trabajo ocupaba un puesto central en sus vidas difícil de sustituir por «cualquier» actividad de ocio. A esta crítica se une el deseo (mencionado sólo por algunos mayores) aún no alcanzado de realizar determinadas actividades. Esta desvalorización hacia las actividades nos recuerda la protesta unánime de las amas de casa reivindicando una mayor valoración social por su labor en el ámbito doméstico y por el papel invisible que siguen desempeñando (ver 9.3.2). Para estos mayores las actividades que realizan ahora estarían en el mismo nivel de desvalorización y falta de relevancia social y personal. No es sólo que no se valore socialmente lo que hacen sino que ellos mismos tampoco lo aprecian.

Debido a que estos mayores de mejor posición socio-económica son los que han tenido una actitud más positiva hacia el trabajo conduce a que ahora reflejen una actitud más negativa hacia la jubilación y el tipo de ocio, generalmente pasivo, que la misma implica. Por ello se puede entender que los discursos más pesi-

mistas y exigentes se encuentren en los mayores de estatus más elevado. Es decir, otorgan poco sentido, un significado pueril a las actividades que ahora realizan porque las comparan con las del pasado que eran tan valorizadas socialmente.

“...aunque no había tiempo para ocio *había más cosas para entretenerse*. La gente se unía más (...)

– Ahora *no haces más que bobadas: vas a desayunar, tomas un café, charlas... y todo son rollos*.

– Y ahora vas a los sitios y no hay nadie: voy por la mañana al Apolo (Sociedad Música Apolo de Alcoy), y no se puede jugar un coto (...), ¡no somos cuatro! y antes no se podía respirar del humo, de a tope que estaba aquello... los casinos están vacíos ahora...(..)

(...)- Pues porque *ya no haces nada; vas y charlas un rato*. Yo me reúno con el cuñado...» (GD8: 6).

En cualquier caso, sus *hobbies* suelen ser más variados que los de las mujeres y coetáneos de nivel medio y bajo: numismática, deporte, casa de campo (más característico en zonas rurales e intermedias), viajes, fútbol, casinos, cartas, juegos de salón. Pero se trata de un ocio más bien pasivo (aunque «menos pasivo» que el de los mayores en global), limitado al propio entorno, espontáneo, sin programación o preparación previa.

«- El día que hace buen tiempo damos *una vuelta por el pueblo y a comer, acabo, y otra vez a lo mismo*.

– A mí me ha fastidiado en los Jubilados porque yo estaba muy bien jugando al *billar* (-Tú tenías el billar) y estaba de maravilla, pero lo han quitado todo... Por la *mañana que si el banco, que si el médico, que si recados*, que si lo otro... y tengo un *hobby* que es muy bonito para mí: *la numismática* ¡me encanta!, por la tarde miro mis sellos, mis monedas... y lo paso muy bien... (...)

(...)- Nosotros la cuestión que tenemos, nuestro caso, *son los recados ¿no?* (- Sí, el pan...), *y lo peor es que si nos mandan otra cosa que a las diez y media no puedo estar en la tertulia, «mecachis la mar, ¡ya me ha molestado!»* ...(...) *una tertulia de jubilados que no sé si tiene muchos sentido...*» (GD8: 7).

A esto se acompaña una pérdida de ilusión por hacer algunas de las actividades que antes hacían: parece que algunos actúan por inercia, resignados, con conformismo. Consideran que lo que dicen y hacen son *bobadas* para los otros, y por eso prefieren, desde esta valoración social negativa, las relaciones intrageneracionales. Esta preferencia, en ocasiones, por relacionarse con gente de su edad es difícil discernir si se debe a una «preferencia personal» o más bien es por

evitar «el rechazo de los más jóvenes». En cualquier caso, observamos que la autovaloración está influida por las representaciones sociales de los mayores (Capítulo 10). En definitiva, no están a gusto con lo que hacen: les parece que son bobadas, «no hacemos nada». Es un discurso del absurdo, sin sentido, hacia las actividades: «...los que hay allí son de tu edad, hablas de lo mismo, no te dicen que dices bobadas, porque los otros también las dicen... *porque estás en casa y te dicen "¡qué bobada dice!"* (— *Sí, sí, pues una bobada de mi vida, de mi historia, de mi vida... pero para los jóvenes eso son bobadas...*)» (GD8: 12).

A esta desconexión intergeneracional e incompreensión por parte de los jóvenes se añade la preferencia por la diversidad de actividades: andar, estar con los nietos, charlar, estar con los amigos, cazar, tomar café, bar, etc. Valorarán la diversidad y, sobre todo, la capacidad de elegir las mismas. Pero las diferencias en el tipo de actividades según el estatus no son tantas como en principio se puede pensar: por ejemplo, leen algunos participantes del GD5, pero no así los del GD8, siendo todos de estatus elevado. Pero lo que sí cambia es el significado que le otorgan a las mismas: los de mayores estatus tienen una tendencia acusada a desvalorizar más lo que hacen en su tiempo libre, al igual que eran los que valoraban más positivamente su pasado.

La pérdida de ilusión, la desmotivación, las limitaciones físicas, unido a la sensación de «ridículo», de que ya «no son jóvenes» para realizar determinadas actividades (bailar, viajar, por ejemplo) explica esa pasividad en el ocio de los mayores, incluso en los que tienen más posibilidades y recursos de todo tipo. Parece que en cierto modo se cumple en estos mayores «más pasivos» la tesis principal de la *Teoría de la Desvinculación*, de Cumming y Henry (1961; Henry, 1964) ya analizada, en cuanto que los mayores quieren estar más tranquilos, «a su aire», realizar sus propias actividades.

«H.— (...) hay una cosa y es que es una mentalidad que... bueno, se va a un baile, ya no se piensa lo mismo que antes, o sea, *¡hago el ridículo ahora!*, ya no tienes esas ilusiones como tenías antes. Es una cosa... vas al restaurante con esa ilusión de decir «voy a tomar...» y ya no te apetece los *wiskies* porque ya no tienes el gusto aquel (H.— No puedes beberlo) (...)

(...)H.— (...) *no tiene ilusiones de los viajes, es decir, «es que me cansa el viaje, de tanto andar en coche»*, es que... la ilusión para el coche ya pasó. y también «si es que a mí *no me apetece tomar unos vinos, si es que no me lo permite el estómago»*, *¿una noche de cenar?*, *tampoco me lo permite*, o sea, yo con un pescadito, con una sopita, algo parecido, tengo bastante. ¿El ir al baile?, pues no me apetece esta noche tener que estar hasta las cuatro de la mañana porque ya llevo roto... todas esas circunstancias, y todo eso es dinero. El tabaco, no sé si aquí fumamos alguno... (...), yo fumaba (...)

H.– Estás descalzo...

M.– Vamos dejando de todo, de todo.» (GD4: 13 y ver GD8: 11).
«...cuando éramos jóvenes *tenías la ilusión de salir fuera, te hacía ilusión, y ahora... (...)* Sí, *vas acorralándote...*» (GD8: 11 y 21).

Sus discursos cruzan más allá de la frontera de la protesta y queja. Manifiestan un discurso de deseo de realizar otras actividades, coherente con lo comentado anteriormente. Es decir, a un discurso negativo de desvalorización (presente) se superpone un deseo de hacer otras cosas (propuesta, futuro). En el fondo, ambos tipos de discurso están relacionados y muestran una clara insatisfacción. Las actividades de ocio se convierten en mera forma de «pasar el tiempo», sin aportar apenas sentido de utilidad social o autorrealización. Son los de mayor estatus los que manifiestan una clara desvalorización y un deseo de «seguir aportando algo más a la sociedad» a través de sus actividades, pero no encuentran hueco, por no conocer asociaciones de voluntariado o por no atraerles la oferta de actividades que hay, pero no por causas materiales. De los diferentes significados del ocio tratados (como *descanso, pasatiempo, diversión*, por ejemplo) pierde sentido para estos mayores porque desearían poder vivir el ocio como *posibilidad de desarrollo personal y social*. No les satisface el ocio que se plantea a los mayores (ver jubilados de estatus alto, GD5, GD8, EM1, EM3, EM7, EM12). Otros, tampoco hacen lo que desean en su ocio porque tienen obligaciones familiares, no están «libres»: constituyen los discursos típicos de los prejubilados que son los mayores «más jóvenes» de nuestro estudio (cuatro componentes del GD6, EM3, EM8).

«...lo que más me gusta y lo que más me gustaría es *ayudar a los demás, ayudar a los demás, porque es que, si no, vives una vida vacía, ya, sí, lo di todo cuando estaba en el trabajo, pero todavía tengo vida, tengo energías todavía (...)* todavía puedo servir para algo, y si no, si llega la noche y digo: «bueno, y hoy, ¿qué he hecho?», eso a mí me angustia...» (EM7: 3).

“(...) A mí *gustaríame hacer otras cosas*, por ejemplo, viajar a otros países, a Benidorm, a Málaga, por aquí por España, tal, pero aunque te hayas prejubilado te has *enganchado igual a la familia por cosas familiares, que el hijo trabaja o la mujer* o tal pues también, pues... ¡no puedo hacerlo! (...) ¡estoy cortado!” (GD6: 14 y ver GD5: 5) «...la jubilación nos ha venido con el paso cambiado, *no hay una estructura social adecuada para que un jubilado no se sienta totalmente sin hacer nada, no existe (...)* ahora te ves que *no encajas...*»

En sus discursos se descubren continuas alusiones a que están siendo des-
aprovechados, que podrían aportar algo más (véase GD5: 17, GD5: 25-26).

Esta línea discursiva no se percibe en los mayores de posiciones socioeconómicas más modestas. Además, estos mayores mejor posicionados critican «las limosnas», con las que hacen referencia a las rebajas, descuentos, ofertas en los Hogares de viajes organizados, etc. Demandan, eso sí, más pensiones para tener mayor independencia y poder desarrollar las actividades que deseen más libremente, no las que se les «impone». También critican la ausencia de posibilidades y ofertas (formativas, de ocio...) para los mayores (véase Capítulo 11). Aquí encontramos un discurso contrario desde algunos expertos, cuya opinión está más en el línea no de la «ausencia de oferta» (hay una oferta considerable) sino que la explicación puede derivar de la falta de preparación, la pasividad y el «desconocimiento» de los mayores hacia las actividades ofertadas (véase, por ejemplo, EE5, EE7, EE8, EE9 y EE2). Sin embargo, los expertos a nivel asistencial y organizacional, sobre todo, coinciden en que la oferta no es la «deseable» ni satisface plenamente a los mayores. El discurso de los investigadores intenta conjugar tanto una explicación (más centrada en el mayor) como otra (que responsabiliza a los entes sociales). Pero son los propios mayores —sobre todo de estratos más favorecidos— los que reafirman y critican esta ausencia o deficiencia de los servicios que se les ofrecen en relación a las actividades «con sentido» que se adapten a las diferentes preferencias.

«...has puesto el dedo en la llaga, la cuestión... yo lo que me parece es que a la persona mayor no le tienen que regalar nada en plan lastimero...

– Nada... *en los viajes, veinte por ciento menos, las medicinas, que no paguen medicinas (...) no, no, «usted déme un sueldo digno y déjeme de bobadas, ¿no?, deje usted de rebajarme el diez por ciento o prepararme el viaje con el IMSERSO, no, usted me deje a mí...»* (GD5: 26 ó bien GD5: 30-31, en apartado anterior).

En definitiva, el ocio sigue estando sumiso tanto a las obligaciones y contingencias que acompañan a la vejez (escasos recursos, enfermedad, invalidez, bajo nivel de instrucción, aislamiento demográfico, etc.) como a las diferencias socio-económicas que existían en el mundo laboral. Para Paillat (1989), el ocio viene determinado por los hábitos pasados, los recursos acumulados y las posibilidades presentes. En la misma línea discurre Ticó (1996: 485), al decir que objetivamente el ocio está relacionado con la salud (sensación de salud), movilidad, recursos disponibles, el aislamiento demográfico, las costumbres anteriores, el nivel de instrucción y también la oferta existente; y desde el punto de vista subjetivo, la percepción personal que tengan los mayores del ocio, del tiempo y del espacio donde se realice el mismo. No es tan importante la cantidad de ocio como la calidad, pero añade que aún así, una actividad

que satisfaga al individuo nunca podrá cubrir necesidades básicas de otro tipo (insuficientes ingresos, cuidados de salud...).

Tener o no tener condiciones de vida saludables influirán sobre el tipo y significado del tiempo libre en general, y sobre el tiempo de ocio, más concretamente. En fin, ya en el informe GAUR (1975: 244-245) se resaltaba esta idea: el ocio no es deteriorante en sí mismo ni el tiempo libre es el que tiene que dar sentido a la vida de los mayores. En realidad, son las circunstancias económicas, sociales y culturales sobre las que se asienta la vejez las que hacen que el ocio y la inactividad deterioren la mente, la personalidad y el entorno de la persona mayor. Por tanto, el sentido que adquiera el ocio y tiempo libre en la vejez está condicionado por todos los factores citados, los cuales están en continuo proceso de cambio y evolución.

Se observa una tendencia a hipervalorar el ocio de los mayores (así lo indican muchas medidas y políticas) con la intencionalidad de convencer que es lo mejor que pueden estar haciendo. Pero en realidad el ocio y la inactividad están desvalorizados actualmente. Así lo perciben los mayores y eso puede conllevar un continuo malestar psico-social, insatisfacción y frustración ya aludidas. Hace falta, pues, construir un ocio desde/para las personas de edad con significado y valoración social, que evite la creación de actividades artificiales —como el activismo profesional sucedáneo de una verdadera actividad laboral— que tratan de ocupar o pasar el tiempo en espera de la vejez y muerte. Esta desvalorización del ocio se debe, como venimos repitiendo, a la maquinaria social fundada en el trabajo remunerado, en el consumo y en la actividad productiva. Algunos denominan a este fenómeno «laborofilia» o *work-addiction/work-alcoholic* (amor al trabajo, adictos al trabajo), por lo cual se relega a la marginación o al olvido a todo aquel que no produce.

Si el mayor tiempo libre puede convertirse en rutina, salta a la palestra, pues, la necesidad de preparación y socialización adecuada para el mismo, como un área de actividades que puede dar salida a la pretendida «revalorización de las actividades no monetarizadas». Ya se ha visto que no es posible inventar ni desarrollar a los 65 años aficiones cuando jamás se preparó al individuo para ello, sino para todo lo contrario: «para obedecer, realizar un trabajo rutinario, para contemplar deporte, para ver y no hacer» (Casals, 1982: 59). Nosotros pensamos que siempre se puede aprender; aunque claro, sin una base anterior, sin una educación previa de la sociedad en general hacia estos nuevos valores, no va a ser una tarea fácil. Se está produciendo una transformación y dignificación del ocio («no sólo de trabajo vive el hombre», diremos, parafraseando la cita bíblica) porque los mayores cada vez tienen más preparación y condiciones de vida óptimas que conducen a una mayor «aptitud para

el ocio». Por tanto, con tantas horas por delante, una de las claves del éxito en la jubilación es la capacidad de la persona para reordenar la nueva etapa para seguir sintiéndose útil y desempeñar un rol social relevante en sustitución de un trabajo remunerado. Actualmente se están fomentando programas de voluntariado social, de educación de adultos, de ocio y tiempo libre diversificado, etc., para ayudar a que el mayor esté integrado y cambie ese «rol sin rol» que la sociedad le ofrece por un «rol activo y definido». Según varios autores, y en concreto Moragas (1991, pág. 42), «quizá el tema más relevante para la sociología sea la definición del rol social del anciano en una sociedad que aumenta rápidamente su proporción pasiva mientras reduce su población activa».

Nos hubiese gustado concluir diciendo que el ocio activo y con efectos más positivos está presente en los mayores. Pero hemos visto cómo predomina un ocio pasivo («tranquilo», dicen ellos) y la participación de los mayores, aunque emergente, es minoritaria. Los mayores no son pasivos en general, pero sí su ocio. Se trata del ocio como pasatiempos o descanso, pasivo, en el propio domicilio, bastante repetitivo, barato, de corta duración, que exige poca movilidad (sedentarios) y poca implicación, que genera relaciones sociales mínimas y poca autorrealización.

En total acuerdo con los expertos/as pensamos que lo más adecuado para la gente mayor y la población general es la realización de un ocio «útil» y participativo. Por ello los mayores no necesitan meras actividades para «matar el tiempo», sino actividades con sentido y significado pleno. Poco importa el carácter de las mismas (diversión, formación...) sino su significado y sentido para la persona. Si la finalidad del tiempo de los mayores ya no es la productividad habrá que poner como reto la consecución de una mejor calidad de vida, física, mental y social de las personas mayores. Esta mayor calidad pensamos que debe pasar obligatoriamente por la consideración de los discursos y opiniones de los mayores respecto a porqué, cuándo, dónde y en qué quieren ocupar su mayor tiempo libre. Aunque la situación está empezando a cambiar, hasta ahora la mayor parte de actividades les vienen inculcadas o programadas desde otros organismos. Se trata de que los mayores sean más partícipes y el tiempo libre sea un tiempo «liberado» y «libremente» elegido.

Las actividades que pueden reportar una mejor vivencia de la jubilación y el envejecimiento son las que aportan, siguiendo términos de Bermejo (1994: 55), y ayudan a desarrollar estas facetas: física (corporal), psíquica (mental) y psicosocial (relaciones, sentimientos) y que cumpla las tres «D»: descanso, diversión y desarrollo. Según Laforest (1991: 171), las actividades corren el peligro de no tener más sentido que matar el tiempo. A esto se añade que con las condiciones físicas deterioradas, la capacidad de estar activo disminuye, pero lo que no de-

bería perderse es la actitud de interesarse por las cosas del entorno. Cicerón destacaba este punto nuclear: «*Nada impide que hasta la vejez más extrema conservemos el interés por muchas cosas... El espíritu permanece despierto, con tal que se tenga interés por las cosas que uno hace*». Por ello, la finalidad de estas actividades quizá no sea tanto la productividad como la calidad de vida, física, mental y social de las personas mayores.

Hasta ahora la mayor parte de actividades les vienen inculcadas o programadas desde otros organismos. Cambiando estas pautas se fomentaría un mayor poder de decisión y organización en los mayores hacia sus propias actividades, evitando la «infantilización» de los mismos. Lo idóneo es llevar a cabo un ocio «a la carta», según sus gustos y preferencias. El *ergocentrismo*, como algo presente más allá de la jubilación, y la importancia de la actividad «elegida voluntariamente» es una de las conclusiones de este capítulo central. Por tanto, tal como venimos repitiendo, los mayores deberán procurar permanecer ocupados, activos, ilusionados. Queremos concluir uniéndonos a la reflexión de Laforest (1991) dirigida a los mayores: «*¿Por qué te empeñas en cerrar los postigos antes de que llegue la noche?*», dice este gerontólogo francés defendiendo la idea de que no hay que retirarse de la vida antes de tiempo. Apoya la permanencia en la actividad, eligiendo uno mismo en qué quiere emplear el tiempo, y dice: «*Cuando seáis viejos, seguramente podréis contar con quien os cuide, con el desvelo de los que os quieren. Pero no contéis con nadie para conservar vuestra vida en movimiento, ni con los propios hijos. Es algo que sólo vosotros podréis hacer*» (págs. 172-173).

9.5. ACTIVIDADES DE RELACIÓN SOCIAL: LAS MÁS ENRIQUECEDORAS Y PREFERIDAS POR LOS MAYORES⁵⁹

Los mayores otorgan un lugar central a estas prácticas relacionales en las que se precisa de los demás. Podemos hablar de relaciones sociales en un sentido de «actividad» ya que los mayores así las consideran al tratar su ocupación del tiempo. Estas acciones, sin embargo, no son incluidas como «actividad» en los epígrafes de otros estudios que tratan las actividades de mayores. Nosotros, en cambio, hemos hecho un apartado expreso porque los ma-

⁵⁹ Si en los apartados anteriores nos hemos centrado en qué significados y por qué motivos realizaban determinadas actividades los mayores, en este se profundizará sobre las actividades sociales, en interacción con los demás. Cualquier actividad desarrollada anteriormente podría ser incluida aquí desde el momento en que fuera compartida con alguien. Pero a efectos de orden, ahora repararemos sobre con quién realizan los mayores estas actividades sociales que prefieren.

yores adjudican a las mismas una especial significación, en cuanto que implica mayor conexión social, además de ocupar una parte considerable de su tiempo libre. Se trata de actividades como charlar-conversar, reunirse con amigos o miembros de la familia, en fin, todo lo relacionado con alguien, aunque sea con el «simple» (para ellos no tan simple, tampoco para nosotros) objetivo de *juntarse*, pasear o conversar. Debido a la importancia que le han otorgado los mayores se profundizará algo más sobre este tipo de actividades, y al mismo tiempo, de relaciones, que son el marco donde se realizan las mismas. En estas actividades en interacción, podemos distinguir, al menos, dos niveles:

- 1) Actividades y relaciones en el ámbito familiar, en el entorno más próximo (realizadas y centradas en miembros de la red familiar) (apartado 9.5.2).
- 2) Actividades y relaciones en el ámbito extrafamiliar. Son, por ejemplo, las amistades, el vecindario o las actividades «más organizadas». Si todas ellas son informales, éstas últimas se caracterizan por estar realizadas en el marco de alguna asociación u organización (apartado 9.5.3).

Se viene descubriendo que las actividades y relaciones sociales se alteran al pasar a la jubilación y con el propio proceso de envejecimiento. Según Durán y Rodríguez (1996: 25), la edad, el grado de actividad, la calidad de vida y el estado de ánimo se asocian con la frecuencia de relaciones, pero son simultáneamente causa y consecuencia de la misma: entre los mayores de 75 años es perceptible el descenso en la frecuencia de relaciones y asimismo desciende entre quienes llevan una vida poco activa, de baja calidad o bajo estado de ánimo. De forma genérica, en estas edades las relaciones con los familiares siguen igual (o aumenta la dedicación a las mismas) y las extrafamiliares han cambiado por dos motivos: la mayoría ya no se reúnen con sus compañeros/as de trabajo, aumenta la relación con amigos/vecinas o se generan, en algunos casos, relaciones nuevas o relaciones de forma más «organizada» en asociaciones u otros contextos. De cualquier manera, en la interacción no querríamos destacar la «cantidad» de relaciones, sino la «calidad», que es lo que verdaderamente otorga sentido a las mismas. Un mayor número de contactos no implicará siempre una mayor calidad relacional. Las relaciones, al igual que otras actividades, ahora adquieren una significación especial, desligada del trabajo. Muchas de las relaciones anteriores a la jubilación solían ser *medio para* (uno las mantenía para algo) y ahora se convierten en una actividad, en un *fin* en sí mismo, es el «relacionarse por relacionarse», sin ningún objetivo instrumental programado.

9.5.1. Actividad e interacción versus soledad y desintegración

Hay distintas formas o dimensiones de estar solo: vivir solo, aislamiento social, soledad y anomia (Del Campo, 1987, en Cano, 1990: 38). O también, el aislamiento puede ser físico, espiritual, familiar y social, y todos estos tipos pueden percibirse aunque se esté rodeado de gente (Sánchez Vera, 1993: 147). Tengamos presente la diferencia entre calidad y cantidad de relaciones.

Parece haber relación entre el sentimiento de soledad y el grado de inactividad-aburrimiento. Aquellas personas que tienen una esfera de intereses reducidos, una menor orientación hacia unos objetivos y hacia el futuro, que están descontentas y demuestran escasa confianza en sí mismas, son las que más se quejan de soledad (Lehr, 1980; en Sáez *et al.*, 1996: 48). El aburrimiento aparece como una consecuencia de la ausencia de ritmo en la ocupaciones del día. Según Goldfarb (1965, *ibídem*) la pobreza de intereses ha de hacerse también responsable de la sensación de soledad: es lo que él denomina «soledad en función del aburrimiento». En nuestro estudio los discursos más pesimistas, más pasivos eran de las personas que están (o se sienten, mejor dicho) más solas. La soledad, aun teniendo compañía de la pareja e hijos, es destacado como un problema por los mayores. Ésta se relaciona directamente con la pérdida de relaciones laborales que los jubilados viven. En algunos casos se tratará de una «soledad objetiva» (estar solo, vivir solo), pero en otros se trata de la sensación de soledad aun estando rodeado de gente:

«...y se te puede caer la casa encima porque *no tienes con quien hablar*, aquí solo...» (EM15: 5).

«...veo a nuestra edad un fantasma que es la soledad, que hay que tratar por todos los medios de luchar contra ella. La soledad es que *cuando tú ya te desvinculas de tu profesión y tienes tu círculo de amigos y ese círculo de amigos por salud, por... por vagueza (...)* lo vas dejando y llega un momento que *te encuentras solo, te encuentras solo de amigos y te encuentras solo de familia porque tus hijos se van casando, se van trabajando...*» (GD5: 13 y ver GD8: 11-12) «...la hija, y el hijo y el yerno están trabajando... *Si tienes uno, como si tienes dos, como su tienes cuatro, entonces resulta que ¡estás sólo en casa!, estás solo...*»)

Recordemos que somos seres sociales desde que nacemos. La afiliación (sea más o menos formal) es una de las necesidades básicas del ser humano, y si cabe, aún más en las edades tardías. Por contra, se produce una disminución relacional debido al recorte de papeles que se produce, aunque ello dependerá,

como hemos dicho, del estado de salud y movilidad, del tipo de trabajo, obligaciones familiares o de las actitudes más o menos sociables de las personas. Las interacciones, al igual que otros factores, tendrán un carácter parecido al que se ha tenido en la vida activa, pues quien no haya tenido amigos en las etapas adultas difícilmente podrá adquirirlos en estos años; es decir, se da una cierta continuidad también en estos aspectos. De forma general, de acuerdo con varios autores (Sánchez Hidalgo y Allendez, 1975: 153; Cano, 1990, etc.), el sentirse solos de forma abrupta puede conllevar problemas psicológicos y sociales. La soledad y falta de apoyo acelera no sólo el deterioro mental y emocional sino también el físico.

Según la encuesta CIRES, la mayor parte de las personas entrevistadas (84%) no perciben cambios importantes en las relaciones sociales tras la jubilación, aunque el 8% menciona que empeoró o mejoró la relación con otras personas. Pero si la jubilación no produce cambios en las relaciones, el propio deterioro de la salud (por ejemplo), la menor movilidad, sí provoca un claro descenso de las mismas. En general, las relaciones sociales se empobrecen respecto al periodo anterior; se reducen los contactos personales en cantidad y en intensidad. Fernández Ballesteros (1992; en Buendía y Riquelme, 1994: 71) no confirman esta alteración del esquema de relaciones sociales y familiares en la jubilación. Este descenso ocurre más bien a los hombres porque se han centrado en relaciones extrafamiliares, concretamente laborales, según varias investigaciones, incluida la presente.

Todos/as los/as expertos/as en temas de jubilación y vejez coinciden en afirmar que el apoyo social, sea derivado de la propia familia o de otros grupos sociales, sea emocional o material, constituye una de las claves para vivir la etapa postlaboral de forma positiva. Es decir, no parece suficiente una buena salud y una independencia económica, sino que la necesidad de relaciones interpersonales es igualmente básica para la realización de determinadas actividades, y por tanto para una vivencia positiva e integrada de la jubilación y envejecimiento. El apoyo social derivado de las relaciones sociales, especialmente de aquellas que implican emocionalmente a la persona, constituye uno de los factores que determinan el nivel de bienestar psicológico de la persona (véase Alvaro, 1992), y como vimos también determinante de la jubilación (véase 8.3). Algunos autores señalan que la relación con otras personas sólo tiene efectos significativos en el bienestar psicológico en el caso de que éste se vea amenazado por algún acontecimiento estresante (*hipótesis de los efectos amortiguadores*), mientras que otros afirman que el apoyo proporcionado por otras personas ejerce una influencia directa en el bienestar psicológico, tanto si éste se ve amenazado como si no (*hipótesis de los efectos directos*). Ambas hipótesis no tienen porqué ser incompatibles, ya que no es contradictorio que los efectos que el apoyo social tiene para la persona se vean, además, intensificados en momen-

tos en los que se ve viven situaciones estresantes. Probablemente son las características psicológicas, así como el contexto social y cultural en el que se desenvuelve la persona, lo que determina el predominio de un tipo de efectos sobre el otro (véase Alvaro, 1992; Barrón, 1992; Garrido y Alvaro, 1993). Krause y Borawski-Clarck (1997: 147-168) analizan las distintas funciones del apoyo social en la vejez. Comprueban, a través de 1.103 mayores estadounidenses encuestados, que el estrés, la menor autoestima, etc., puede ser combatido con el apoyo emocional y social (164-166). Pero tanto si los efectos del apoyo social son directos como si sólo se perciben cuando la persona se enfrenta a situaciones críticas, no cabe duda de que es una dimensión esencial para entender la experiencia de la jubilación y la experiencia, más amplia, del envejecimiento.

En definitiva, no todos los mayores están ni se sienten solos, pero la soledad (subjetiva, objetiva o por el modo de convivencia) se percibe mayormente desde estas edades, en concreto en zonas urbanas y megaurbanas⁶⁰, y sobre todo en las mujeres, donde se concentra la experiencia de viudedad, una mayor esperanza de vida, mayor deterioro físico, menor pasividad y menores interacciones extrafamiliares, entre otros (ver 9.5.2.1). Ya podemos anticipar una conclusión de este apartado: parece que una mayor disponibilidad de relaciones y entorno relacional más amplio (en cantidad e intensidad, «calidad de relaciones») facilitará un mayor nivel de actividad, y lo que es más importante, significados más positivos y satisfactorios sobre las acciones que realicen. Podemos decir, desde los propios mayores, que prefieren y perciben de forma más enriquecedora la actividad que comparten con los demás. Es la idea de actividad e interacción como antídoto (*versus*) frente a la soledad y desintegración.

9.5.2. Actividades y relaciones en el entorno familiar

Son los propios mayores los que destacan las relaciones familiares como actividad central. Junto a las transformaciones que ha vivido la familia —en todos los sentidos—, la relevancia de sus funciones parece que se resiste al paso de los tiempos. El fenómeno de modernización de la sociedad se ha visto acompañado por una transformación también del modelo familiar extenso y

⁶⁰ En España hay 1.200.000 mayores que viven en completa soledad; en Madrid son 100.000, cifras que además se duplican en verano (Solidarios para el Desarrollo, *La Vanguardia*, 30-7-1999). De los mayores que viven solos el 80% son mujeres, y uno de cada cinco supera los 80 años (Pérez Ortiz, 1996: 172). Según Díez Nicolás el 16% de mayores viven solos (1996: 41). Según el Eurobarómetro, uno de cada ocho mayores se sentían solos frecuentemente, y uno de cada tres ocasionalmente (Walker, 1996: 24-30).

tradicional a una familia moderna, caracterizada por su nuclearización y desintegración de las formas clásicas, fomentando la privacidad y el individualismo⁶¹. Estamos viendo una progresiva «verticalización» o estiramiento de la familia, con menos miembros, pero de diferentes generaciones (tres-cuatro generaciones) y la desaparición de la familia horizontal (muchos miembros pero abarcando sólo dos generaciones). Nuevos modelos de familia están emergiendo actualmente: familias monoparentales, familias con hijos de diferentes padres separados-divorciados, parejas homosexuales con hijos, etc. A pesar del predominio de la familia nuclear (padres e hijos) y el aislamiento físico de otros miembros familiares, en varias investigaciones (Harris, 1971, 1986; Roigé, 1996; Campo y Navarro, 1982; Köning, 1981; Conde, 1982) se constata una continuidad en determinadas funciones y relaciones independientemente de que no se viva bajo el mismo techo. Incluso en algunas zonas la residencia compleja (extensa y múltiple) no ha sufrido un descenso tan acusado⁶².

Este cambio en la «forma» pero no tanto en el «contenido y significado» de las relaciones familiares es lo que se viene denominando, desde que así lo acuñaron Rosenmayr y Köckeis (1963), la «intimidad a distancia». Por ello debe quedar claro que aunque se haya roto la dicotomía familia/espacio doméstico, cuyos conceptos eran equivalentes, hoy, el que miembros directos de una misma familia (padres/abuelos) no convivan en un mismo espacio no implica desaparición de relaciones. Distanciamiento geográfico no es equivalente a distanciamiento generacional. Es decir, a pesar de que no se convive de forma general, con gente mayor, las relaciones, el apoyo y la solidaridad familiar siguen siendo muy relevantes tanto para los mayores como para los más jóvenes. No implica una reducción directa de las relaciones, sino que cambian sus formas, roles y valores de las tres y cuatro generaciones coexistentes. Los diferentes apoyos son una prueba de que este apoyo familiar sigue vigente. Según Pitrou (1992) se trata de «apoyos silenciosos, que escapan a toda observación sistemática, que no son objeto de ninguna formalidad, de ningún reconocimiento, no pueden ser objeto de

⁶¹ Bestard (1986) señala que se plantean las transformaciones familiares en «términos opuestos (familia extensa/familia nuclear, tradicional/moderna, familismo/individualismo, matrimonio por interés/matrimonio por amor, relaciones de parentesco instrumentales/relaciones de mutua obligación), que no son más que cambios de las grandes dicotomías de los pensadores de finales del siglo XIX (solidaridad mecánica/solidaridad orgánica, comunidad/sociedad, organización gentilicia/organización política, pre-capitalista/capitalista)» (pág. 26).

⁶² Es, por ejemplo, el caso de la Cataluña rural (el 37% de la población rural catalana aún vive en familia extensa), estudiada por Roigé (1988, 1996), o el caso de otras zonas rurales españolas (con predominio de la agricultura, oficios artesanales o pequeños negocios familiares) en las que aún pervive este tipo de familia.

ninguna evaluación precisa, ni en un momento dado ni aún menos a lo largo de las diversas etapas de la vida». Señalar, por tanto, la transformación patente de una familia extensa a una familia «extensiva» en términos de Roigé (1996), que significa lo que venimos explicando: a pesar del descenso numérico de los que cohabitan con tres o cuatro generaciones, aumenta la importancia de los lazos familiares observados en cada uno de los intercambios, apoyos, servicios, bienes-dinero, llamadas o visitas, que aunque no se ha contabilizado siguen siendo centrales hoy para las relaciones intergeneracionales. De hecho resulta compatible la existencia de una mayor autonomía residencial junto a un contacto y apoyo generacional altos. Ambas facetas, varios estudios lo comprueban, no son excluyentes, y la familia, pues, sigue siendo uno de los pilares sociales básicos. Tal como dice Goody (1988), a pesar de los cambios, la familia sigue siendo «tanto fuente de apoyos como de los desacuerdos más íntimos y universales» (Roigé, 1996: 953).

Por contra, estos cambios están produciendo un descenso de la importancia de los roles tradicionalmente desempeñados por los mayores (como transmisores de conocimientos, por ejemplo), fruto de la creciente tecnología y modernización, las nuevas pautas familiares, y otros cambios de valores y actitudes sociales, que no hacen más que desprestigiar al mayor. El interés por analizar la familia en esas edades es reciente porque los estudios focalizaban su atención, hasta hace pocos años, en los primeros años de vida, juventud y matrimonio. Según Casals (1982), la menor capacidad de consumo y otros roles limitados en los mayores pueden haber incidido en que «hasta el momento nadie se ha preocupado por las familias ancianas a nivel teórico, ya que en nada intervienen en la marcha de la sociedad ni en las formas sociales de producción» (pág. 81). Nosotros pensamos todo lo contrario, y así lo estamos viendo en las distintas actividades y aportaciones de los mayores que legitiman su creciente y diversificada participación. Hay que decir que cada vez son más los/as expertos/as que tratan las relaciones familiares y el papel familiar del mayor en la vejez (Townsend, 1957; Shanas & Streib, 1965; Troll, Miller & Atchley, 1979; Harrison, McKeown y O'Shea, 1971; Casals 1982; Bazo, 1990; Lehr, 1980; Kalish, 1991; Szinovacz, Ekerdt y Vinick, 1992; Sáez, Rubio y Dosil (1996; Capítulos 11 y 21); Sánchez Vera, 1993; Moragas, 1991; Rodríguez, 1994; Romero, 1987, entre otros)⁶³.

⁶³ Algunas investigaciones tratan a la familia (sobre todo a las mujeres) como principal agente que se encarga del apoyo y cuidado de las personas dependientes, no sólo de los mayores (Comas y Roca, 1993). Otros estudios versan sobre los cuidados formales e informales (incluida la familia) hacia las personas mayores (INSERSO, 1995). Algunos autores también analizan el aspecto de los cuidados, pero desarrollan las relaciones intergeneracionales e intrageneracionales de los mayores (García y Pérez, 1994; Rodríguez, 1994; Fundación «la Caixa», 1994; Walker, 1996). Es básica la obra *Families and retirement*, de Szinovacz et al. (1992).

Según la encuesta CIRES (1995), en coincidencia con los/as mayores de otros estudios (Cano, 1990; Agulló y Garrido, 1996), las relaciones con la familia son bastante frecuentes. Aproximadamente, la mitad de las personas jubiladas ve a los/as hijos/as (51%) o nietos/as (44%) que no conviven con ellas todos los días (CIRES, 1995). Y más de una cuarta parte afirman ver, según Díez Nicolás (1996: 41), a sus hijos/as o nietos/as al menos una vez por semana. Si tenemos en cuenta, además, a las personas que los ven al menos quincenalmente, hemos de concluir que más del 75% de las personas jubiladas tienen relaciones frecuentes con hijos/as y nietos/as. En la misma línea, la valoración que hacen del ambiente familiar es muy positiva: un 88% de la población lo valora como «bueno» (58%) o «muy bueno» (30%). El INSERSO (1995a: 95), también coincide en que la mayor parte de los jubilados (90%) considera satisfactorias estas relaciones.

La mayoría de las personas jubiladas, concretamente el 81%, no perciben cambios significativos de las relaciones familiares tras la jubilación y un 16% incluso dicen haber experimentado cambios positivos. En otros estudios (Agulló y Garrido, 1996) y también en este, hemos observado que las relaciones familiares no sufren cambios importantes con la llegada de la jubilación. No olvidemos que el significado y papel de la familia en nuestro contexto español no siempre es comparable a otros países (por ejemplo, de Europa del Norte) en los que la familia ha perdido esos papeles de atención incondicional y en los que las relaciones se muestran distintas y distantes. El valor de la familia en nuestro entorno, al igual que en países como Italia o Portugal, sigue siendo más central que en otros contextos.

9.5.2.1. LA IMPORTANCIA DE TENER O NO TENER PAREJA

«Altre cop sols, la vida mía/ Com en el jorn que ens vam casar.../
S'han fos els cants y l'alegria/ i restem sols vora la llar./
Tots han volat els ocells joves,/ tots han volat lluny de son niu;/
s'han espargit les vides noves;/ restem tu i jo vora el caliu./
Ja han assaonat altra esperança/ com en el jorn que es vam casar;/
eixuga el plor de l'enyorança.../ Encar som dos vora la llar!!»

(*De vell a vella*, Miquel Forteza)⁶⁴.

⁶⁴ Traducción catalán-castellano: «Otra vez solos, vida mía,/ como en el día que nos casamos.../ Se han fundido los cantos y la alegría/ y nos quedamos solos junto a la lumbre. /Los pájaros jóvenes han volado, /todos han volado lejos de su nido;/ se han esparcido las vidas nuevas;/ quedamos tú y yo cerca del rescoldo./ Ya ha sazonado otra esperanza/ como en el día que nos casamos;/ seca el llanto de la añoranza.../ ¡Aún somos dos junto a la lumbre! (*De viejo a vieja*, Miquel Forteza, Caja de Pensiones, 1985: 29).

La importancia de la pareja (o de la ausencia de la misma) queda patente desde los mayores, sea de forma latente o en sus discursos sobre la misma. Según el CIREs (1993), las personas con las que más frecuentemente comparten los mayores el tiempo son la pareja (30%), los/as hijos/as (19%) o la pareja y los/as hijos/as (13%). Según Díez Nicolás (1996: 41), un 16% de los mayores viven solos, pero un tercio viven con su pareja y una cuarta parte con sus hijos/as. Estos datos nos ayudan a introducir la importancia que, desde un punto de vista psicossociológico, tiene la presencia de la pareja durante la transición a la jubilación y durante el proceso de envejecimiento.

El hecho de que la jubilación coincida, a veces, con el fallecimiento de la pareja, es un aspecto a tener en cuenta a la hora de entender el bajo estado de ánimo de algunas personas. La viudedad (mayoritaria en las mujeres) ha sido señalada como uno de los factores deteriorantes y estresantes del envejecimiento que dificulta un adecuado ajuste a la jubilación. Una prueba más de la búsqueda de afectividad y huida del aislamiento social en esta etapa es el hecho, bastante frecuente, de contraer segundas nupcias (o convivir juntos) como recurso para evitar la soledad y una forma de mantener la convivencia familiar perdida con la viudedad y/o partida de los hijos/as. De forma general, los resultados de estudios coinciden con Kalish (1991) que concluye, junto con otros expertos, que «la relación marital es una de las más importantes —quizá la más importante— relaciones experimentadas en los años adultos. La satisfacción con el matrimonio alcanza su menor nivel en la mediana edad para aumentar después» (Atchley y Miller, 1980). Aragón (1986: 312) nos recuerda las distintas funciones positivas de la pareja tanto para satisfacer necesidades interpersonales de tipo cognitivo (sentirse reconocido como algo valioso y estimable), afectivo (sentirse querido, aceptado) como de asistencia mutua (apoyo, compañía, cuidados).

La jubilación afecta a las relaciones familiares de varias maneras, pero en especial a la pareja. Por ejemplo, se hace necesario un rediseño y reorganización de los roles en el hogar, pues el jubilado estará más tiempo en casa y tendrá que adaptarse a «un nuevo espacio y rol doméstico» con el que no se identifica (véase apartado 9.3.2.1). La mujer, en cambio, seguirá desempeñando estas tareas bien se haya jubilado o bien siga siendo ama de casa. Es decir, si el hombre era el «cabeza de familia, el hombre de la casa», ahora es la mujer «la reina de la casa», porque sigue desempeñando su papel tradicional, cuando el hombre ha dejado de representar su rol central de trabajador. El jubilado pasa de unas relaciones socialmente abiertas a las relaciones más cerradas del hogar y la familia. Por ello, en muchas ocasiones la jubilación puede suponer una amenaza para la mujer y su «territorio» y un desajuste para el hombre, que no está acostumbrado a

estar tanto tiempo en el hogar familiar. Vemos cómo la «familia-pareja autoritaria o asimétrica» en la que los roles estaban repartidos por género está dando lugar a la «familia-pareja igualitaria y simétrica» en la que los roles no están diferenciados. Sin embargo, estos cambios no se observan aún en las parejas de mayores. Se torna necesario, pues, una redistribución y corresponsabilidad de papeles en el hogar solicitada tanto por las mujeres mayores y también por los expertos/as (Fericgla, 1992: 125; Díez Nicolás, 1996: 60; Szinovacz *et al.*, 1992: 145, 159; Rodríguez Domínguez, 1989: 95, entre otros).

En cuanto a las relaciones sexuales, en nuestro estudio, aun no siendo nuestro objetivo, hemos observado un cambio de actitudes más abiertas (hacen referencia al sexo) hacia esta temática contra los estereotipos e imágenes sociales que etiquetan a los mayores como desinteresados por este tipo de relaciones (véase Capítulo 10). En otras investigaciones (Durán y Rodríguez, 1996: 25), la opinión respecto al sexo muestra una liberalización importante en cuanto a que el índice de «sin respuesta» (19%) de los mayores al respecto no es mucho más elevado que en otros temas, y resulta similar para varones y mujeres. Según la encuesta CIREs (1992), el 70% de mujeres y el 39% de hombres dicen que «nunca tienen relaciones sexuales», el 9% de los varones (1% de mujeres) manifiestan tenerlas «frecuentemente» y el resto (34% varones y 10% mujeres) dicen limitarse a relaciones «ocasionales». De todas maneras, los arquetipos de género en el que fueron socializados influye en que nos encontremos con formas diferenciadas, según el género, de percibir las cuestiones sexuales.

Siguiendo a Díez Nicolás (1996: 42), en cuanto a la frecuencia de relaciones sexuales, los datos más recientes confirman los de otros estudios: sólo un 3% dice mantener relaciones sexuales frecuentes, y alrededor de un tercio dicen mantenerlas ocasionalmente. En un estudio de la Cruz Roja Española (1982, en Aragón, 1986: 314-315) sobre la sexualidad de los mayores se especifican varios intereses y motivaciones en este tipo de relaciones. Hay diferencias por género en cuanto al *interés físico*, *interés sentimental*, *interés amoroso* como *autoafirmación*, etc. En cambio, el *interés por tener* compañía sigue una evolución parecida en el hombre y en la mujer.

Recordemos cómo la sexualidad de los mayores sigue siendo un tema estereotipado y las representaciones de aquellos que muestran un determinado interés por las mismas suelen ser negativas; se les etiqueta como «viejo verde» a ellos o «vieja loca» a las mujeres de edad (véase Capítulo 10). De todos modos, se perciben cambios en este sentido, pues tal como dice Aranguren, «hoy se le reconoce al viejo una capacidad erótica que antes se le regateaba» (1992: 41); hasta ahora la vida sexual de los ancianos sólo se comentaba cuando era motivo de escándalo. Cualquier conducta sexual era considerada

improcedente o como una desviación. Tal como expresa el doctor Folch i Camarasa (ibídem, pág. 42), «la vida sexual es un aspecto de la vida de los ancianos mal conocido, hasta hace poco tiempo, era inabordable... Sabemos muy poca cosa. Pero hoy podemos decir que no hay un límite cronológico después del cual la vida sexual desaparece» (ver también Puerto, en Sáez *et al.*, 1996: 403-438). Si a este tema aluden algunos de los mayores, en general deparan en destacar la relevancia que otorgan a la pareja como compañía y apoyo⁶⁵. Se produce ese «re-encuentro» al que habíamos aludido en la cita al principio del epígrafe. Vuelven a estar los dos solos como de recién casados, antes de tener los hijos...

«J.—Vamos, ¡que no me deja salir solo!... y ¡yo a ella tampoco! (...) si hay que salir *a por la compra vamos juntos y si hay que hacer cualquier cosa la hacemos juntos*. Si vamos a comer terminamos de comer a la vez, si salimos salimos juntos, si nos quedamos nos quedamos juntos. Ahí no hay forma de que nos separen...

A.—Cicuenta años va a hacer que nos casamos y cuatro que fuimos de novios.. ¡siempre juntos!...” (EM1819: 5 y ver GD3: 13).

Pero parece que son los que están solos, o mejor dicho, se ha quedado solo debido a la viudedad, los que más mencionan y valoran la misma. La pérdida de la pareja se ve agravada si se añade a otras pérdidas que se dan en esta etapa (fin del trabajo, pérdida de relaciones, pérdida de salud progresiva, etc.). La viudedad es un fenómeno femenino: la mayor parte de los viudos/as son mujeres. Pero no sólo se trata de destacar esta feminización de la viudedad, sino que en ellas se encuentra un discurso más negativo y pesimista. La «resignación» y pesimismo también caracteriza a la menor parte de viudos de nuestro estudio: muchos se «refugian» en otros espacios (bar, Hogar) porque no saben —ni quieren— desenvolverse en el ámbito doméstico. Aunque la mayor parte de viudos/as son mujeres (véase apartado 2.5), también ellos sufren este cambio y pérdida de la pareja. Hasta tal punto les parece negativo que mencionan la soledad que le ha reportado la viudedad como «verdadero» pro-

⁶⁵ En los/as mayores de estatus medio-bajo (Agulló y Garrido, 1996) se percibió que las relaciones con la pareja habían mejorado, pero para muchas personas habían empeorado. Algunos/as mayores, sobre todo las mujeres, destacan como posibles factores negativos los siguientes: mayor incomunicación y conflictos con la pareja, problema del alcoholismo/discusiones en la pareja, poco apoyo en las tareas domésticas, «atadura» a las tareas del hogar y familia, etc. En cambio, otras resaltan algunos cambios más positivos; más tiempo compartido con la pareja, mayor apoyo por parte del cónyuge, «re-encuentro» con la pareja, etc.

blema, no el dejar de trabajar o la jubilación en sí. La pérdida laboral pasa a un segundo plano ante la pérdida de la pareja:

«...es que la etapa de jubilado mía, como está tan ligada a la muerte de mi mujer y a la soledad, ya no es igual que esa etapa para otras personas, que yo, para mí, ha sido lo más importante de todo, y lo que me ha marcado más ha sido la muerte de mi mujer, la soledad, más que..., más que la jubilación, la falta de mi mujer...» (EM12: 5 y ver EM2: 3: «...mi mujer enfermó y murió, y con ella me hubiese muerto y metido en la caja. Ella era el ideal de mujer, era inteligente, buena...» o ver EM20)

Aunque no hay acuerdo sobre si son las mujeres o los hombres los que llevan mejor la viudedad, muchas viudas son las que muestran una sensación de vacío, una identidad mermada y dependiente del marido, hasta el punto que muchas viudas, aún hoy, observamos que llevan en sus tarjetas «Sra. Carmen Pérez, Viuda de M. Hernández» o «Viuda de Hernández», con el apellido del marido. Siempre «los demás» (marido, hijos, jefe) es lo que ha dado identidad a sus vidas. En el caso de las viudas amas de casa, al morir su marido «muere su identidad y papel de esposa». El ejemplo de la tarjeta personal sería un símbolo que representa la dependencia de las mujeres mayores incluso «más allá de la muerte». El luto, además las condena (mejor dicho, las condenaba) a quedarse en casa (durante años), a no poder salir, a «vestir de negro sus vidas» aún más. Estas *mujeres de luto* son las que ahora aprecian los avances de la mujer y están viviendo un resquicio de libertad... aunque les haya llegado un poco tarde, por ejemplo: «Me quedé viuda, pues nada, con las amigas. Bueno, estuve dos años sin salir, entonces se guardaba mucho luto. Y dos años de negro, ahora ya no, ni de luto ni nada, no se pone nada...» (EM17: 1).

Podemos observar la existencia de, al menos, tres significados sobre la viudedad:

- Viudedad como «desgracia vital», como «muerte personal». Suelen otorgar este significado las amas de casa, las que tienen más obligaciones. Han sido tan dependientes fuera del espacio doméstico que no saben (¿no quieren?) desenvolverse solas, sin su marido, no les motiva salir y suelen permanecer pasivas en el hogar.
- Viudedad como «liberación» (en algunas mujeres), obviamente no hacia al marido, pero sí hacia el yugo de las obligaciones domésticas (alguna participante del GD2 y GD3). Ahora, salen más, tienen otras actividades extradomésticas, se sienten más independientes.

- La «viudedad resignada». Estas mujeres adoptan una postura intermedia, intentando adaptarse a la nueva situación (soledad y libertad, al mismo tiempo), pero apenas logran sobrevivir satisfactoriamente sin el soporte del marido (dependencia).

Para las segundas, las más «liberadas», los cambios serán más positivos, pues, en coincidencia con algunos análisis del estudio de Alberdi y Escario (1986), la viudedad supone para muchas la recuperación de la independencia, o incluso, la primera oportunidad de ella, pues pasaron «del control del padre al control del esposo y ahora no las controla nadie» (pág. 115)⁶⁶. Pero esta libertad puede tener el coste de la soledad que muchas mujeres de nuestro estudio destacan. En esta disyuntiva de soledad-libertad se encuentran las viudas. En general, las viudas mayores «son conscientes de las escasas posibilidades de encontrar pareja que tienen y, a la vez, lo desean menos, ya que conocen las dificultades de adaptación matrimonial que puede presentárseles con gente de su edad» (*op. cit.*, 115).

En general, en torno a la viudedad se construye un discurso de cambio negativo en estas edades (no salen porque el marido no está, no se desenvuelven demasiado bien, les embarga la tristeza, desánimo, etc.). En muchas mujeres es una de las principales pérdidas. Muchas se sienten que son «menos personas», más solas, por su sujeción y dependencia anterior al marido. Aunque algunas, tras una primera etapa de «desolación, luto» se sienten «liberadas», la mayoría permanecen pasivas y «semi-encerradas» en casa. Tienen dinero propio disponible cuando estén viudas («esa emancipación tardía» tan buscada), pero la pensión es pequeña y no les compensa la pérdida del marido: pérdida de compañía, de afecto, de identidad. Todo ello influirá sobre sus actividades. Se observa en ellas una mayor pasividad, tanto en el propio espacio (no tener a nadie con quien conversar) como cara al espacio extradoméstico (no tener a nadie con quien salir).

«M.— Pero es que tienes al marido y eso es muy bonito... Porque la compañía es todo.

M.— Claro, ni hijos ni nadie reemplazan el sitio del marido, ¡nadie!, pero ¡nadie! (M.— Por bien que lo hagan) Yo tengo dos chicas y mejor que se han portado (...) pero como el marido ¡nunca en la vida! (...)

⁶⁶ La autovaloración, autonomía e independencia (por haber «superado» la dependencia del marido), la viudedad a distintas edades y estatus, los estereotipos sociales y discriminación de estas mujeres, las diferencias con otras mujeres solas, etc., son tratadas en el estudio cualitativo —y novedoso— de Alberdi y Escario (1986), *Estudio sociológico sobre las viudas en España*. Ver también Sáez *et al.*, 1996, Capítulo 12, o Freixas, 1993: 185 y 189.

M.– Lo que hablas, lo que todo... todo (...) *subo cuando quiero, bajo cuando quiero, pero falta mi marido...*

M.– *Falta lo principal...*

M.– *Igual que a él le falta su mujer!*

M.– *Las conversaciones de hoy ya no son igual como las de los jóvenes (...)*

(...)M.– *Por mucho que digan, eso no lo tapa nadie.*

M.– *El que no lo ha perdido no lo sabe; el que lo ha perdido lo sabe bien.» (GD7: 14).*

Tal como hemos apuntado anteriormente, el cambio a una mayor soledad es destacado más por las mujeres (viudas, sobre todo). Sólo tendrán un discurso algo más positivo las que mantienen una mayor vida social, las que salen algo más, las que van a Hogares o se asocian, en fin, las que son más activas y tienen vida extradoméstica, más relaciones sociales. Éstas son aún una minoría. Generalmente las que se «quedan en casa» (a las que no hemos convencido para participar en GD, sí en entrevistas), parece que son la mayor parte de las mayores, aunque la tendencia futura sea al cambio y a una alta participación social de la mujer mayor. Esta minoría de mujeres más activas son un botón de muestra de las nuevas tendencias que los expertos apuntan. Son una nueva ola de mujeres mayores que quieren aprender, alfabetizarse, viajar, salir..., pero son aún una minoría. En general, tienden a pensar que «están acabadas», se resignan y se confinan ellas mismas a continuar «exiliadas» en el hogar. Tanto el tema de la viudedad como el de la muerte de algún hijo (u otro familiar directo) procuran relativizarlo, quitarle importancia y verlo de otra manera. Empero, aún así, sobresale un discurso de tristeza y desamparo. Este discurso de desánimo, tristeza, sale más de boca de las mujeres sea por uno u otro motivo: mayor soledad (objetiva y percibida), mayor pasividad... Recordemos que el discurso más desolado y desolador lo encontramos en las mujeres que están pasivas, solas, más delicadas de salud, de más edad, con poca solvencia económica, principalmente.

«...las cosas te las tomas ya de otra manera (...) por los golpes que te va dando la vida (...) no quiero hacerme ilusiones (...) ahora viviendo muy al día (...) antes era, quizás, un afán de pensar más... (...) una preocupación tonta que tuve, porque ahora murió ella (UNA HIJA) y he quedado yo (SOLLOZANDO...) después ves que no tenías ni por qué haberte preocupado por ellas, y eso lo ves con el tiempo, son los años (...) porque yo creo que son realidades, para mí, como antes veía las otras que eran realidades. Yo no creo que eso sea negativo, porque yo, desde luego, no quiero transmitir mi tristeza, mi...» (EM7: 5).

«...sola se está muy mal, porque se pone una mala y fíjate el plan (...) se murió mi marido, mi madre, que no te he contado nada de mi madre (...) se echa de menos a las personas. (...) mi padre, que en paz descanse. Vivían más arriba...» (EM6: 6 y ver EM17: 7, EM5: 5 ó EM16: 4).

9.5.2.2. LA INFLUENCIA DEL PROPIO «NIDO VACÍO» Y DE OTROS «NIDOS LLENOS»

Si tener pareja era altamente valorado en estas etapas, y ello puede influir sobre una mayor/menor actividad, también lo es seguir relacionándose con los hijos/as o yernos/nueras. Como ya se ha visto, aunque se esté viviendo el «nido vacío» (expresión utilizada por varios autores) porque los hijos emancipados han abandonado el hogar, también comprobamos cómo muchos mayores (en concreto las mujeres) siguen en continuo contacto con «otros nidos» que son los de los hijos, en concreto de las hijas. Recordemos el papel que desempeñan las mujeres mayores apoyando en las tareas domésticas y en el cuidado de los nietos (véase apartado 9.3.2.2). Muchas viven una transición del hogar propio que se vacía a otro que se está llenando, bien porque viven con sus hijos (lo menos frecuente), bien porque el contacto sigue siendo la tónica común. Estas relaciones nos hacen reflexionar sobre las distintas pautas de residencia según diferentes culturas, hábitats y etapas históricas (patrilocalidad, matrilocalidad, neolocalidad, por ejemplo). En nuestra sociedad occidental predomina la neolocalidad, es decir, la nueva pareja establece su propio hogar y no vive con ninguno de sus padres (familia nuclear). Sin embargo, en relación a lo que venimos comentado, se daría una especie «matrilocalidad a la inversa», si se nos permite adaptar la terminología clásica a nuestro caso. Es decir, la pareja joven no va a vivir a casa de la madre de la mujer-esposa, sino que es la madre (la abuela) la que se traslada (aunque no vive) a casa de sus hijos (principalmente hijas) para realizar alguna tarea doméstica, gestión o estar simplemente con los hijos y nietos. Podríamos hablar, pues, de una especie de «filialocalidad». La imagen de la abuela corriendo desde el hogar propio al de su hija o hijo, y de éste al colegio a llevar a los nietos, y de allí a la compra y vuelta al hogar (...) es bastante general. Sirvan, pues, estos comentarios para enfatizar el apoyo (instrumental y afectivo) de las abuelas, sobre todo cuando son jóvenes. A edades más avanzadas, se dará un cambio de papeles, y la abuela pasará de ser «cuidadora» a ser «cuidada» (ver 9.3.2.2).

Por tanto, el tener o no tener a los hijos cerca (tanto espacial como afectivamente) incidirá en una mayor relación, y por ende, en un tipo de actividad u otra que realicen con los mismos. En cualquier caso estas interacciones son

apreciadas muy positivamente por los mayores, sobre todo cuando no resurge la duda de quién cuidará de ellos en un futuro... Hemos observado que la relación de las mujeres con los hijos (sobre todo con las hijas) se centra muchas veces en el apoyo que prestan las mismas a las tareas del hogar, por lo cual muchos de estos comentarios podrían ir englobados también en el apartado 9.3.2. El apoyo de las mujeres, y los mayores en general, a sus hijos e hijas es diverso: apoyo (económico, afectivo) en situaciones difíciles, visitas, regalos, cuidados de la casa y nietos/as, cesión de bienes (dinero, muebles, etc.), alimentación, etc. Las visitas (hacerlas o recibirlas) de los hijos, por tanto, es otras de las actividades señaladas por los mayores. De entrada queda claro el aprecio de este tipo de relaciones para seguir «sintiéndose» activos, combatir la soledad, la desintegración, y en última instancia alargar la vejez más deteriorada y dependiente de la que huyen.

Las personas mayores y sus hijos/as tienen contactos frecuentes. Si a los datos enunciados en el apartado anterior añadimos el contacto telefónico o por carta (pronto por Internet), por ejemplo, las interacciones son aún más numerosas. Sin embargo, muchas personas mayores coinciden en reseñar la desconexión que existe con las nuevas generaciones de jóvenes, sus hijos/as y nietos/as, a menudo por la distancia geográfica, y otras veces por la distancia ideológica y social. Discuten sobre el denominado conflicto intergeneracional entre los/as mayores y sus hijos/as. Suelen achacar estas relaciones de carácter negativo al hecho de que los jóvenes tienen otros valores, otras ideas, que chocan con el comportamiento y conducta de los/as mayores. Algunos echan de menos el modelo familiar tradicional, en el que los/as abuelos/as tenían un papel más relevante y hacia los padres se tenía mayor «respeto». Piensan que en el modelo de familia tradicional (donde el marido se ocupa del trabajo remunerado y la mujer del trabajo doméstico) había más unión. Siguiendo a Del Campo y Navarro (1981, 1982), Flaquer (1990) y Solsona y Treviño (1990), podemos decir que la familia nuclear tradicional está compartiendo su existencia junto a nuevos modelos familiares que topa con los valores de algunas de las personas mayores. Los/as mayores, sobre todo las mujeres, parece que reivindican relaciones más estrechas con la familia. Si las relaciones familiares se han deteriorado creemos que está más asociado a la marcha de los hijos y al conflicto generacional que a la jubilación en sí.

Se perciben diferentes relaciones según el género: las mujeres tienen una relación más estrecha con los hijos (sobre todo con las hijas) y con sus madres (abuelas); los hombres, en cambio, sus relaciones con la familia son menos frecuentes y su proximidad es menor. Quizá los hombres intensifican sus relaciones con la jubilación a raíz de tener más tiempo que cuando trabajaban (al

igual que las trabajadoras remuneradas), pero sigue siendo menos intensa que las de sus mujeres. Parece que los jubilados aprecian ahora estas relaciones familiares más que antes.

Algunos mayores se quejan de que los hijos y nietos «sólo acuden a comer o cenar a casa», pero se sienten solos el resto del tiempo. En este relato crítico por parte de los mayores se esconde la desconexión (más que conflicto) con los jóvenes; la dificultad (y por ello a veces, rechazo) de mantener relaciones intergeneracionales, sobre todo fuera del entorno doméstico. El tema de la soledad, presente o futura, es recurrente en sus discursos.

«— ...Estamos hablando de ahora... ¡ahora! en esta época que tenemos ahora... Te vas de casa, vuelves, y ellos están todos trabajando, ¡estás solo allí!

— Yo tengo tres hijos (— Yo también), dos hijos y una hija, bueno, *somos quince en el chalet... y ahora he venido aquí y mi mujer está sola ¡con quince!* (...)

— ¡Y eso que aún estamos bien y que nos valemos!, y nos levantamos y todo...

— Ahora, a cenar... Llego a cenar ¡quince! [RÍE] y para dormir ¡quince!, pero lo que dice él: solo a todas horas. Mi mujer «no tardéis mucho»...

— ¿Y lo satisfecho que está cuando ve a los quince en la mesa?

— ¡Ché! ¡contento!

— ¡Ah! Eso tapa lo otro...» (GD8: 13).

La preocupación por los hijos/as por parte de los varones, aunque no se muestra tan patente (en coherencia con su pasado) como en las mujeres, también es un tema central en su discursividad. Las opiniones de los mayores son semejantes en cuanto a la preocupación por el paro juvenil, dificultades de los hijos para independizarse, etc. Observamos la preocupación primordial de las mujeres, en concreto hacia los/as hijos/as, sobre todo en las que han sido exclusivamente amas de casa. Al igual que percibimos una centralidad discursiva sobre el trabajo en los varones, en las amas de casa mayores se percibe la centralidad de los/as hijos/as. En fin, el género, las circunstancias familiares, el estado civil y el modo de convivencia parecen determinantes: los mayores de nuestro estudio que están solos (viudos/as, o que viven solos) y con peor nivel de salud tienen menos interacciones familiares y sociales. Las mujeres tienden a concentrar sus interacciones en el entorno familiar más que en el extradoméstico. Siguen permaneciendo en el espacio doméstico en el que han pasado la mayor parte del tiempo, aunque en esta edad algunas «recuperan» distintas amistades o ven la posibilidad de salir del hogar (parroquia, hogares,

voluntariado). Empero, la mayoría limitan sus conversaciones (de hecho muchas se han negado y/o han fallado a la cita para participar en GD, más que los hombres) y relaciones al ámbito familiar. Quizá son más activas y su interacción es mayor, pero eso sí, «en casa, con la familia», y desarrollando las actividades y relaciones de antaño. En general, muchos/as comentan que sus relaciones con los hijos/as mejoran con el paso del tiempo. Esta idea coincide con las conclusiones del estudio de la investigadora A. Freixas (1993) en el que comenta que «la comunicación y la calidad de la relación con los hijos/as parece que aumenta con los años y que este proceso mutuo de interrelación se convierte en una ayuda para ambos» (pág. 186). En cualquier caso, Vimort (1984: 45) enfatiza un comentario que suele hacer a los mayores con los que se relaciona «vuestrs hijos ya no son vuestrs hijos, son vuestrs compañeros. Y vuestrs nietos no son vuestrs hijos, ni nunca lo han sido», que bien resume los cambios —negativos o positivos— relacionales en la familia.

También nos encontramos con lo que los expertos/as han denominado «rol inverso»; es decir, cuando los hijos/as adultos cuidan de sus padres. Blenken (en Kalish 1991, pág. 145) creó el término *madurez filial* para significar que los hijos/as adultos/as deber ser capaces de soportar la dependencia de sus padres. Los roles, por tanto, no se consideran invertidos, sino que estos cambios en los roles son tratados como un cambio natural debido a la mayor madurez de los/as hijos/as y su aceptación de lo que se espera de ellos/as. Varios expertos (Narotzky, 1991; Waernes, 1990; INSERSO-CIS, 1994; Roigé, 1996) piensan que la familia sigue siendo el principal agente cuidador de los mayores. Narotzky destaca cómo el cuidado de los mayores condiciona el tipo de residencia y la herencia, sobre todo en los medios rurales. Es decir, analiza cómo la atención a los mayores se convierte en el elemento crucial de transmisión de bienes, lo denomina «renta del afecto», para definir esta traslación de bienes (desde los mayores) a cambio de cuidado y afecto (desde los hijos/as)⁶⁷. Se observa un entrelazamiento de intereses económicos y afectivos difíciles de separar, pues las prestaciones son mutuas y recíprocas.

Pero esta situación es más compleja cuando los mayores tienen un nivel socio-económico o de salud muy deteriorado y/o cuando los hijos/as no quieren o no pueden atenderles. Desgraciadamente, esta situación es bastante común, sobre todo en zonas urbanas y en casos más problemáticos que dificultan las

⁶⁷ Es, por ejemplo, el caso de *L'Hereu* (El Heredero) en Cataluña; esta tradición, que aún sigue vigente, consistía en que el hijo primogénito (esposa e hijos) heredaba todos los bienes de los padres a cambio de cuidarlo y convivir con él hasta el final de sus días.

relaciones de parentesco. Recordemos cómo algunas de las enfermedades de los mayores de más edad y otras alteraciones a causa de las mismas (alteraciones del sueño y horario, comidas especiales, manías, miedos, obsesiones, etc.) pueden afectar sobre el ambiente y ritmo familiar de manera determinante.

«- Hay gente que no está bien con la nuera o... ese es el problema que hay en la jubilación.

(...)- Todo encauzado va bien, pero *¡ay de aquel hombre que se tiene que ir con un hijo y no encaja con la nuera o la nuera no puede ver al suegro, y así sucesivamente, eso es un calvario*, tanto para unos como para otros (- Es un problema), porque "¿el abuelo este cuando se muere?"

(...)- (...) *a muchos matrimonios jóvenes les interesa tener al padre porque les ayuda mucho en cuanto a... económicamente* (- Y aguanta a los nietos), *pero el viejo lo pasa mal, ¿eh?*, yo oía estos días a un viudo y tuvo que irse a casa de la hija (...) «...como si fuera forastero» y ese es el problema del viejo *porque de verdad dependes de la hija, antes con la mujer...* (...) problema que tenemos» (GD8: 3 y ver pág. 11, EM11, por ejemplo).

9.5.2.3. LOS SIGNIFICADOS DE SER ABUELO/A

La relación abuelo-nieto podría incluirse en el apartado 9.3.2 y aquí debido a su doble significación: por un lado, puede verse como «actividad no remunerada», como «trabajo» en cuanto que hay que cuidarles (el rol de *abuela canguro*, sobre todo cuando son más pequeños); o bien, puede ser considerada como práctica de ocio, en la que prevalece el sentido de pasatiempo y diversión frente a la asistencia o cuidados. En cualquier caso, el «estar con los nietos» también es recalcado por los mayores como una actividad en sí misma. Se constata, pues, los distintos significados de la vivencia de ser abuelo o abuela.

Para muchas de las personas de edad el trabajo ha supuesto un obstáculo en la relación con los hijos/as, a los que prácticamente no han visto. Según Kalish (1991), muchos abuelos/as utilizan estas relaciones para desarrollar algunos aspectos que no han podido resolver en su pasado, mejorando de esta forma el bienestar psicológico y compensando así pérdidas pasadas, como el «hueco» de los/as hijos/as. De todas maneras, a pesar de la distancia generacional casi siempre suele resultar una relación beneficiosa para ambas partes (Robertson, 1977; Rodríguez Domínguez, 1989: 95; *Sesenta y más*, nº 137: 7-11). Ya vimos cómo las tareas domésticas son rechazadas por los varones, pero el papel de abuelo es valorado muy positivamente. El hecho de que ellos

no pudieran apenas disfrutar del «papel de padre» completamente es común en los jubilados de mayor estatus. Algunos sienten «envidia» por los padres jóvenes que pueden estar más tiempo con sus hijos.

«...tengo hijos ahora, que me da envidia, me da mucha envidia de ellos porque yo he tenido... bueno... he tenido... que tengo cinco hijos y ¡en fin!, la que ha luchado con ellos es mi mujer, se podía permitir el lujo de tener... (...) en aquellos tiempos y más viviendo en un pueblo como se vivía, yo por lo menos, y claro... ahora cuando yo veo a mi hijo, por ejemplo, que es médico y que su mujer es médico y que económicamente están bien... pero se permiten el lujo, digo, permitir el lujo no... (...) ...de bañar a la otra niña, de no sé cuantos...

– ¡Claro, claro!...

– ... y disfrutaban, y yo no he disfrutado de eso. (...) eso de ver a una niña o a un niño bañándoles y disfrutar de ellos... yo no he disfrutado porque lo hacía mi mujer y yo aquello no lo tocaba...» (GD5: 9-10 y ver GD8: 10) «...vienen los nietos a casa y se me cae la baba.» (GD3: 7, GD5: 22).

Los que tienen nietos consideran el «ser abuelo» como un papel fundamental en esta etapa. Algunos mayores perciben en los nietos una forma de recuperar el tiempo perdido respecto a los hijos/as que «ya se fueron» (y con los que muchos padres, ahora jubilados, apenas contactaron) y ahora con los nietos pueden «recuperar» y volver a llenar el nido. Hasta tal punto las actitudes son positivas que lamentan el que los nietos se hagan mayores porque la relación se vuelve más distante y les parece vivir una «segunda jubilación» al perder, en cierta manera, el rol de abuelo que aprecian. Fijémonos como los propios mayores manifiestan la evolución de sus interacciones tanto con los hijos, como con los nietos. No es lo mismo cuando los hijos/nietos son pequeños, cuando son adolescentes o cuando ya son adultos. Cuando los nietos son mayores parece que las relaciones se vuelven más distantes (a veces llegan a sentirse rechazados) sobre todo cuando son adolescentes.

«...los nietos eso... me lo estimo yo de una manera... ¡yo qué sé!, me gusta mucho... y disfruto. Si hace falta ir a buscarlos no es que me busquen ellos a mí sino ¡yo a ellos! porque ¡me gusta!, lo disfruto, la prueba está que ha sido una segunda jubilación cuando se han ido a la escuela que no los podía llevar en el carrito...

– Es un cariño lo que nos pasa ahora, supongo que a todos, que dices “¿cómo puede ser esto?, que yo esto no lo hice por los hijos y ahora con los

nietos, ¿cómo puede ser esto?", y es que claro si es que no tenías tiempo ni a santiguarte (...).» (GD8: 5).

«(...) Ahora, *los nietos que se han hecho grandes ya te ven diferente, es un poco de... ¡pasotismo!*

– *Si te ven, bien, y si no, también...*

– Sí, sí... y dices "hace ocho días que no te he visto", y dicen «pues no he podido» (GD8: 12 ó GD4: 20)".y *ahora ya son grandes y ya no se acercan ni a casa...*» (GD6: 8, GD9: 8).

El hecho de que las mujeres han estado siempre criando a sus hijos, obviamente, conlleva a que no sientan que su «papel de madre» esté por realizar, al contrario. Por ello se muestran más críticas y sobrecargadas, igualmente satisfechas del «rol de abuela», pero a veces otorgan un significado ambivalente (de rechazo y aceptación) que no se observa en los jubilados. Para unas significará ser una «esclava» de los hijos, se sienten explotadas. Otras perciben este papel de manera muy positiva, con ilusión, plenamente satisfechas. Una de las expertas entrevistadas (Enriqueta Ferri, concejala de Tercera Edad de Alcoy) manifestaba estas diferencias por género en la forma de relacionarse con los nietos/as: «...porque los abuelos simplemente los cuidan a los niños y juegan con ellos; *se dedican el tiempo que están con ellos a jugar. Pero las abuelas al mismo tiempo le tienen que hacer la merienda, le tienen que cambiar los pañales...* (...) el abuelo se dedica a jugar, disfruta del niño pero la abuela no sólo juega sino que también les tiene que hacer (...). Entonces la abuela lo vive de forma diferente; disfruta también pero (...), siempre refunfuñando «que si tengo mucho trabajo, porque yo ya no doy para tanto, yo ya no estoy para estas cosas, y a mí el niño este me hará enfermar, porque no me hace caso» (...) las mujeres siempre van más agobiadas, porque tienen más trabajo y más responsabilidad... y además eso, en las personas mayores es donde más se nota... (EE8: 4).

Y esto se reafirma con las voces de algunos de los mayores al respecto:

«– (...) *echando una mano en la casa, porque yo he tenido la suerte, o la desgracia que todavía tengo cinco hijos en casa, solteros, ya todos son mayores (...)* y *un nieto, que eso sí que hay que decirlo como cosa curiosa...* Este niño tiene ahora once años, va a cumplir doce, entonces, una de mis hijas dijo: "«Toma, papá, un niño", con veinte días (...) pues yo *he vuelto a empezar otra vez y a mí, lo digo de verdad, a mí eso me ha rejuvenecido, en todos los sentidos*, porque yo lo llevo al ajedrez, lo llevo al fútbol (...) ese ajeteo, yo ya lo tenía olvidado (...) enseñarlo a comer, educarlo, estudiar con él, es decir, volver otra vez a..." (GD5: 13 ó ver EM11: 2: «...otros que

*lo hacen tan a gusto y tan contentos... Dependerá de muchos factores (...)
oigo a mujeres que a veces "es que mi hija se piensa que yo tengo que ser
su criada" o cosas por el estilo, y hay otras madres que aunque revienten
pues hacen lo que pueden»*

Según Smith (en Kalish, 1991), los diversos significados pueden ser: ser abuelo/a como algo fundamental; como algo que hace la vejez más valiosa; como recurso de inmortalidad personal o familiar; como recuerdo del propio pasado; o también puede ser algo deteriorante y negativo. Según Aragó (1986: 313), el rol del abuelo tiene dos caras: por una parte, tiene un papel de asistencia, ayuda y aliento muy positivos; pero, por otro lado, puede suponer mimos, rigideces o intervencionismo que puede anular o mermar, en muchos casos, la figura y función de los padres. Los factores que condicionan este tipo de relaciones pueden ser: que convivan o no juntos, proximidad de las viviendas, compatibilidad/incompatibilidad, nivel de interacción-conflicto con yernos/nueras, etc. La influencia de ser abuelo sobre los mayores ha sido investigada por algunos autores (Neugarten y Weinstein, 1964; Roberston, 1977). En concreto, cuando «el ser abuelo» es una experiencia positiva ello puede ser por varios motivos: a) son una fuente de renovación biológica o continuidad vital, ya que con los hijos y nietos su existencia se prolonga en el futuro; b) aporta una autorrealización emocional, les permite desarrollar unos sentimientos; c) posibilita la experiencia de ser a veces una fuente de recursos de toda índole (económica, consejo, asistencia, etc.); d) puede darse una realización «vicaria», es decir, sentirse orgullosos de los logros de sus nietos, éxitos que tal vez ni ellos ni sus propios hijos jamás alcanzaron. En resumen, siguiendo a Aragó (1986: 313), estas relaciones positivas con los nietos abren sus vidas a una nueva dimensión; se sienten valorados y ello influye en su autoestima. Por otra parte, en estas relaciones puede haber un cierto aislamiento; según los autores citados aproximadamente un tercio de los abuelos se mantenían a distancia, quizá por la dificultad en reconocerse como abuelos por estilos de personalidad diferentes (ib. 314) o por la simple lejanía geográfica y/o generacional.

Esta importancia del «rol de abuelo/a» ha sido estudiada en varias ocasiones. Pero es en los últimos años cuando se está prestando mayor atención debido, entre otros motivos, a que cada vez hay más abuelos/as y menos nietos/as. En cuanto a la relación bisabuelos/nietos ni que decir que no conocemos ningún estudio sobre la misma. Este fenómeno nuevo apenas ha dejado tiempo para ser analizado; tan sólo se observa que, a pesar del deterioro en que suelen encontrarse los mayores, cada vez es más común este tipo de encuentro generacional, teniendo en cuenta que la experiencia de ser bisabue-

los/as era hasta ahora inaudita y poco generalizable. Siguiendo a Moragas (1991), «el rol de bisabuelo/a es un papel que empieza a iniciarse,... y que posibilita la familia de cuatro generaciones, excepcional en el pasado, e incluso aparecen tatarabuelos y la familia de cinco generaciones» (pág. 137).

Para Aragón (1986: 313) las relaciones abuelos/nietos tienen efectos tanto moderadores como estimuladores muy positivos para ambas partes. Según Kalish (1991), la relación con el/la abuelo/a se caracteriza por la existencia de menos obligaciones y menos responsabilidad que la existente entre padres e hijos. Estas relaciones suelen basarse en: visitas, intercambios de cartas o regalos, cuidados a los nietos/as, etc. Siguiendo al mismo autor, las relaciones abuelo/a-nieto/a cambian con el tiempo, pero cuando los nietos/as son jóvenes se da una cierta complicidad porque se comparten circunstancias parecidas en la niñez-juventud y en la vejez. Estas coincidencias pueden ser: 1) ambos colectivos están subordinados al grupo de edades medias y carecen de poder; 2) se les recuerda continuamente que no son productivos; 3) tienen mucho tiempo libre; la educación y la jubilación son vistas como placeres desde fuera, no como trabajo o aburrimiento que puede suponer; 4) no tienen el tiempo tan estructurado; 5) su educación está «incompleta»: los jóvenes aún no han finalizado y los mayores no suelen tener educación formal elevada; 6) tienen menos poder adquisitivo; 7) suelen ser más vulnerables y débiles, principalmente.

Antes de acabar este apartado hay que añadir que aunque los/as mayores concentran sus relaciones con la pareja, hijos/as y nietos/as, también se relacionan con otros miembros de la familia, sobre todo con los padres y las madres (en el caso de que aún vivan) y los/as hermanos/as. Parece que la relación es menos frecuente con los miembros de la familia política (suegro/a, cuñados/as, etc.) y con otros miembros de la red familiar más indirectos, lo que se denomina la «familia extensa» (primos/as, sobrinos/as, etc.). En el caso de las zonas rurales algunos estudios llegan a la conclusión de que las relaciones son más cercanas (en calidad e intensidad) y más extensas (en cantidad, en número de personas) al mismo tiempo. En las zonas urbanas suele predominar lo que hemos denominado «intimidad a distancia» y la interacción viene pautada por el parentesco más directo, es decir, componentes de la familia de dos o tres generaciones directas (abuelos/as, padres/madres, hijos/as). Pero la relación con otros miembros de la familia, de forma general se percibe como una interacción puntual, esporádica, en fechas determinadas: en períodos vacacionales (Navidades, verano, Semana Santa), en fechas clave (aniversarios, onomásticas), en celebraciones (bautizos, comuniones, bodas), u otros encuentros familiares (entierros...). También pueden darse conflictos con la familia propia o de la pareja, pero éstos suelen ser debidos a otros motivos diferentes al paso

del tiempo o a la jubilación; es decir, que si las relaciones estaban afectadas antes de la jubilación en la mayor parte de los casos tampoco han mejorado. Por tanto, la tendencia, como habíamos señalado, es al mantenimiento y continuidad de las relaciones, sin experimentar cambios importantes.

Las relaciones entre hermanos/as parecen importantes en estas edades, pero quizá menos que las relaciones con la pareja, hijos/as y nietos/as ya comentadas. De todos modos, Cicirelli (en Kalish, 1991) demostró que cerca de dos tercios de personas mayores con hermanos vivos se sentían muy unidos, al menos, a un hermano o hermana, mientras que sólo el 5% no se sentía unido a ninguno. Para Moragas (1991), en la primera etapa (niñez-juventud) se tienen relaciones muy estrechas entre hermanos. Estas relaciones descenderán en la etapa de la adultez, pero volverán a aumentar en la última etapa de la vida (al igual que ocurría con las relaciones de pareja). Con frecuencia, se produce un «reencuentro con los hermanos/as» que a lo mejor tienen que resolver problemas comunes y debido a que disponen de más tiempo que en la etapa laboral.

Las personas solteras, viudas o separadas, que no tienen hijos/as y/o pareja, también mencionan la interacción con la familia (incluidos los hermanos/as), pero extienden, para evitar la soledad, más sus relaciones extrafamiliares. No podemos confirmar los resultados de otras investigaciones respecto a que las mujeres casadas están más satisfechas que las solteras, viudas o divorciadas (Baruch *et al.*, 1983; Veroff *et al.*, 1981, y Ward, 1979, en Freixas 1993, pág. 188). Empero, en ocasiones se ha observado un mayor sentimiento de soledad y desánimo en las personas jubiladas que no tienen pareja, sobre todo las viudas, cuya situación especial ya ha sido comentada.

Como conclusión de esta parte de interacción familiar, tal como señalan los autores precedentes y los propios mayores, la familia es una dimensión que incide sobre el nivel de actividad y contribuye así a una satisfacción general, a una mayor calidad de vida. Se puede refutar la tesis sobre el «fin de la familia», pues no sólo esta institución sigue siendo un agente básico de socialización en los primeros años vitales, sino que hasta la muerte cumple un rol fundamental en los mayores y en la marcha de la maquinaria social.

9.5.3. Actividades y relaciones en el entorno extrafamiliar

Este tipo de relaciones es relevante porque, aunque la familia sea la principal fuente de apoyo, ésta «se está quedando cada vez más reducida, y en consecuencia, con menos capacidad de actuación... De esta forma la comunidad puede considerarse como una familia extendida» (García y Pérez,

1994, pág. 14). Pensamos que en esta familia extendida (barrio, comunidad, sociedad) la tendencia es hacia un aumento de las relaciones intergeneracionales (e intrageneracionales) con las que todas las partes obtengan algún beneficio material, psicológico o social. Consideramos, pues, que estas relaciones son relevantes para comprender mejor la jubilación y el envejecimiento.

Recordemos que las relaciones sociales de la gente mayor ha sido un área prioritaria de investigación (desde que Cumming y Henry patentaran la teoría de la Desvinculación en 1963). Pero la existencia de relaciones no garantiza siempre la satisfacción y el apoyo, pues las interacciones pueden ser «amenazantes». De cualquier modo, el apoyo social adecuado (que puede tener un sentido emocional o de ayuda económica y material, por ejemplo) está comprobado que es útil para proteger frente al estrés y disminuir los síntomas depresivos (Parks y Pilisuk, 1981; Norris y Murrell, 1984; Díaz Veiga, 1985). Aunque no se dispone de muchos instrumentos, existen algunos indicadores y técnicas⁶⁸ para estudiar las distintas dimensiones de las relaciones sociales y el apoyo social.

En este apartado trataremos las actividades sociales con los miembros del entorno más próximo, pero traspasando los límites del espacio familiar. Se trata de actividades e interacciones no planificadas, no programadas, irregulares y no comprometidas (excepto las actividades sociales en un entorno más organizado tratadas en 9.5.3.4). En esta línea, se puede decir que los mayores, a fuer de sus discursos, prefieren actividades sociales informales (sin ser «voluntarios oficiales»), con contactos espontáneos, charlas imprevistas en el bar, en el parque, en el rellano de la escalera, en los comercios. Ello puede ser debido tanto a la falta de información de existencia de tales espacios formales, a la insuficiencia o inadecuación de estos espacios, o a la necesidad de libertad y huida del compromiso social de los mayores. Aún así, la presencia y participación de los mayores en contextos «más allá de la familia y amigos» es un fenómeno en ciernes, emergente y en auge.

⁶⁸ Los indicadores más utilizados para estudiar estas relaciones son: 1) para la integración y participación social: existencia, cantidad y frecuencia de contacto con personas significativas. 2) Redes sociales: tamaño (personas que componen la red social), densidad, dispersión geográfica, multiplicidad (funciones o actividades), reciprocidad, homogeneidad, variables temporales (frecuencia, duración, antigüedad y tiempo invertido). 3) Desde la perspectiva funcional: multidimensionalidad (consecuencias), procedencia del apoyo, problema, percepción del apoyo (Montorio, 1984: 158-159).

Los instrumentos de evaluación de relaciones no son muy numerosos. Por ejemplo: Perfil de Análisis de Redes (Cohen y Sokolowsky, 1979). Apoyo y Vínculos Sociales (Ward, Sherman y Lagory, 1984), Escala de Recursos Sociales (Duke University, *Center for the Study of Aging and Human Development*, 1978), Escala de Evaluación de Apoyo y Contactos Sociales (Díaz Veiga, 1985), principalmente (Montorio, 1984, 159-167).

9.5.3.1. EL VALOR DE LA AMISTAD: ACTIVIDADES Y RELACIONES INTRAGENERACIONALES

La relación y actividades amicales tienen gran importancia desde el momento en que ocupan gran parte del tiempo de los mayores (sobre todo de los varones jubilados) y, sobre todo, porque le otorgan un significado especial. Pero, tal como hemos señalado, las actividades en el entorno familiar son las que predominan. Comparadas con otros sectores de la población (CIRES, 1995), las personas jubiladas son las que menos comparten el tiempo con sus amistades (sólo el 11% lo hace) y las que más frecuentemente afirman no compartirlo con nadie (10%).

Estas relaciones son más dificultosas debido a las distancias geográficas entre unos y otros y a la menor movilidad de los/as mayores, fundamentalmente los de estatus socioeconómico medio-bajo, menor salud y sobre todo de las mujeres (no tienen coche propio, no tienen carnet de conducir, deben coger el transporte público). Según Cantor (en Kalish, 1991) «la persona mayor es la que tiene menos posibilidad de tener amigos íntimos viviendo a grandes distancias, especialmente si la salud o las limitaciones económicas hace que su movilidad sea restringida» (pág. 152). Recordemos algún dato en relación a las mayores dificultades de movilidad espacial de los mayores. Siguiendo a Tobío (1995: 71-72), sobre los datos de una encuesta aplicada en Madrid, tan sólo el 10,5% de los hombres se desplazan en automóvil y un 5% en el caso de las mujeres. Algo más de la mitad de los desplazamientos de los jubilados (52%) y casi dos tercios (64%) de las mujeres se realizan andando. El resto de viajes se realizan fundamentalmente en transporte público. Queremos señalar, pues, la importancia de la movilidad espacial tanto para la realización de actividades como para el mantenimiento de las relaciones sociales, las cuales serán más complicadas de mantener (o iniciar otras nuevas) en los mayores. Esta menor «independencia» y libertad para desplazarse puede ser debido a que se trata de una movilidad limitada (restringida al barrio, por ejemplo, debido a que se desplazan mayormente andando) y determinada (por motivos concretos⁶⁹) en comparación con otros grupos de edad.

⁶⁹ Siguiendo a Tobío (1995: 71). Sobre datos de la *Encuesta origen-destino*, 1988, Consorcio de Transportes), las jubiladas se movilizan principalmente para la realización de compras (50,5%) u «otros motivos» (38,5% para hacer gestiones, ir a médicos y similares) y el 10,5% por motivos de ocio. En cambio, las amas de casa sólo el 5% por ocio, «otros motivos» el 35% y la compra será la causa mayoritaria entre las mismas (58%). Sin embargo, los pautas de los jubilados son algo distintas. Los desplazamientos por «otros motivos» abarcan casi la mitad de las causas de movilidad, la tercera parte debido al «ocio» y el 18% para hacer la compra (el más elevado en comparación con varones de otras edades).

Estas diferencias intergénero y etáneas dibujan, pues, diferentes itinerarios o recorridos en los mayores en relación a los grupos de adultos, cuya frecuencia, motivos y medios de desplazamiento son diferentes. Este contraste, unido al menor tiempo disponible de los adultos-jóvenes y a la utilización de espacios distintos (lugar de trabajo, formación), serían una causa más de que cada generación «sigue su camino», expresión que en este caso puede tomarse en sentido literal. Los distintos recorridos elegidos pueden conducir a menores «punto de encuentro» y por tanto dificultan las relaciones extrafamiliares.

Otra conclusión a la que estamos llegando es que las personas mayores parece ser recurren a redes de apoyo informal (familiares, amigos y vecinos) antes que a las redes formales de los organismos públicos. Recurrir a los amigos y vecinos cuando el/la mayor no tiene a ningún familiar disponible es bastante común. Pero en algunas ocasiones encontramos, en los/as mayores de estatus medio-bajo, otras declaraciones que transmiten justo lo contrario: se mantienen relaciones extrafamiliares con bastante frecuencia. Estas conductas y actitudes tienden a romper uno de los mitos existentes acerca de que los mayores «están solos, aislados y no tienen amigos».

«...Pero bueno, *el rato que pasas más ameno es el que pasas con los amigos...*» (EM1819: 5).

«...Yo me dedico *con unos amigos, nos vamos a pasear, charlamos de cosas políticas, charlamos de cosas de deportes, charlamos...* ¡vamos!, que llevamos una conversación amena...» (GD3: 7).

De nuevo, las personas que viven en solitario —sobre todo mujeres— son las que tienen menos relaciones, se sienten más solas, o al menos, tal como hemos visto, así lo expresan. En definitiva, la falta de esta forma de apoyo social mediante las amistades o el vecindario es mencionada, en ocasiones, como un factor que agrava y acentúa el sentimiento negativo hacia la jubilación y las actitudes de rechazo hacia el envejecimiento. De todas maneras, los mayores que realizan actividades con un carácter más allá del entretenimiento personal solemos encontrarlos en los de mayor estatus y mejor posición socio-económica, aunque no siempre los de nivel alto realizan actividades que superan el sentido lúdico de pasar el tiempo. Muchos son los que confirman la necesidad de programarse. Vemos de nuevo la centralidad de la actividad en cuanto a brújula orientadora no sólo del tiempo libre, sino del espacio, de las pautas de relación con los demás, de garantía de utilidad social y personal, indicadora en definitiva de retraso de la vejez dependiente y pasiva: «...reunirse eso es una cosa estupenda (...) te creas una obligación...» (GD5: 18).

“(…) ...encerrarse es una tontería y además encerrarse es medio morir-se, de pena, de cosas... A mí me gusta muchísimo (...) *hemos organizado de un tiempo a esta parte una reunión de matrimonios que nos vamos a cenar los últimos viernes de cada mes, con una idea ya fija de un tema a tratar, un tema familiar, puede ser matrimonial, hijos, convivencia, relaciones conyugales, ¡en fin!*, alrededor del matrimonio, pero como eso es tan sumamente amplio... y hemos hablado de muchísimas cosas... (...) no solamente es la tertulia o lo que se puede suscitar allí, sino después (...) es una cosa muy aleccionadora y es una cosa muy buena» (GD5: 11)

Una cuestión en la que muestran discrepancia los mayores es en la preferencia de relaciones sociales intra o intergeneracionales. Se plantea el dilema de organizar actividades dirigidas a unas determinadas edades, a los mayores, o si las actividades deben ser intergeneracionales para evitar la segregación y los guetos de mayores, con cuyo argumento se denosta a los Hogares y Centros de Mayores. Sobre esta cuestión nos encontramos con expertos/as que defienden las actividades intrageneracionales, en las que cada grupo de edad se desenvuelve mejor con sus iguales, su identidad grupal les refuerza. En cambio, otros opinan la pertinencia de fomentar las actividades intergeneracionales. Pensamos que ambas opiniones pueden ser compatibles ya que pueden respetarse las actividades intrageneracionales y al mismo tiempo fomentar otras para todos las edades.

Si existen opiniones distintas entre los/as expertos/as sobre si las personas prefieren estar con gente de su edad (relaciones intrageneracionales) o con gente de otras edades (relaciones intergeneracionales), los mayores parece que prefieren pasar más tiempo con gente de sus edades, excepto, como hemos apuntado, en las relaciones con la familia. Por tanto, excluyendo los contactos familiares, prefieren las relaciones intrageneracionales porque: se sienten más cómodos; comparten los mismos recuerdos, valores y opiniones; no se sienten arrinconados o marginados; no sienten ese vacío o conflicto generacional, etc. (Rosow, 1967; Bengston y Cutler, 1976, en Kalish, 1991). Lo importante en este sentido sería discernir si los/as mayores prefieren estar con gente de su edad porque les produce mayor satisfacción o porque se sienten discriminados por los jóvenes. Ambos motivos pueden ir unidos, pero si la preferencia por la gente mayor ha sido motivo de abandono, exclusión, es donde pueden surgir problemas psico-sociales de envergadura. Al igual que opinan muchos gerontólogos/as, pensamos que el mayor debe tener la oportunidad de decidir con quién quiere compartir su tiempo; tiene que disponer de libertad para relacionarse con gente de todas las edades o de su edad. Pero, claro está, esto depende también de las actitudes y el tratamiento del resto de grupos más jóvenes. De nuevo, resaltar el respeto para que el ciudadano pueda elegir su ocio y tiempo libre.

«- ...que no, yo me reúno con la gente que es amiga mía, y yo tengo amigos míos pues jóvenes, y yo tengo amigos míos mucho más mayores que yo,...(...) me gusta pues recordar las cosas antiguas...

- ¡Hombre claro!

-... pues sí, pues ¿por qué no?...

- Y con los tuyos...» (GD5: 6)

El charlar con los amigos, con gente de su misma generación es común en todos, incluso podemos decir que lo prefieren porque quizá no se sienten tan «desfasados» e incomprendidos con gente de sus edades. Aunque también aprecian, como vimos anteriormente, las intergeneracionales. Lo que sí dejan claro (sobre todo los mayores de mejor condición socioeconómica) es que prefieren «auto-organizarse», no que les organicen su tiempo libre ni sus relaciones. Pero al mismo tiempo critican que no se «les» ofrecen posibilidades desde fuera: «¡a mí que no me busquen! a mí sitios organizados... (- A mí ¡que no me busquen!) ...yo voy y socialmente a donde me conviene ir y donde quiero ir, pero *basta que digan que hay una fiesta para la tercera edad para que yo no vaya...*» (GD5: 5-7). En definitiva, la realización de cualquier actividad con los amigos ocupa buena parte de sus discursos más satisfactorios y de su tiempo empleado en charlar, caminar, tomar algo, jugar a las cartas, ir al bar... pero con los amigos. Y hablamos en masculino porque siguen siendo los hombres de estas edades los que otorgan mucha importancia a reunirse y conversar con los amigos (información del INSERSO también destaca mayores relaciones en los varones y en los/as que están mejor de salud. (Ver INSERSO, 1995a: 96-97).

«- ¡Vamos!, y hago lo que más me gusta, beber vino con mis amigos, eso me encanta, vino, que no es broma lo que estoy diciendo, beber vino (...) por eso que a mí no me lleven a bailar ni a ninguna tonteería [RISAS]. Ahora, la conversación con los amigos y... con una botella de vino, se entiende, y si es bueno, mejor, más a gusto, y jugar al dominó...

- Yo comparto la opinión de eso de... para mí, uno de los ratos buenos que... es tomar una copa con los amigos, a mí, eso me encanta. Yo cuando bebo vino, o me como mis tapitas es que sobreentiendo que es que estoy con los amigos... (...) *días que no me tomo una copa de vino, pero en cambio me tomo bastantes copas de vino en el momento que estamos los amigos. Y eso lo hago a menudo... en el pueblo lo hago más que aquí, yo soy de pueblo (...) los íntimos de siempre (...)*

(...)- Yo siempre... yo, lo que sí me critico es no cultivar...

- *La amistad...*» (GD5: 11 y ver EM8: 5)

Hasta tal punto aprecian estas relaciones que muchos las prefieren a las relaciones familiares, incluso aprecian los días «no festivos» porque pueden dedicarlo a sus amistades y «escapar» de obligaciones familiares (ver 9.2 ó GD5: 14). Estas pautas, por ejemplo, son inobservables en el grueso de mujeres mayores. La amistad, tan valorada, sobre todo por los jubilados varones, tiene al menos dos significados: amistad como «refugio» de la pérdida de relaciones de trabajo (que la mayoría no mantienen), o como «escapatoria» del hogar, de las tareas domésticas que rechazan y con cuyo espacio no se identifican lo más mínimo.

«- ...Y la amistad es para mí lo único que en la vida se *adquiere con verdadera importancia, la amistad, la amistad es un sentimiento completo, ¡vamos, completo!*

(...)- Lo tienes que sustituir...

-(...) *...que yo voy con mis amigos a la una aquí, me tomo una copa y charlo, y viene otro amigo y nos vamos a otro lado, eso es... en el día de hoy, eso es, eso es lo que cuenta...»* (GD5: 14 o ver GD5: 12: «...Yo es que creo en el cielo tomando vino y jugando al dominó con unos amigos, el cielo...»)

«...*los amigos te los tienes que llevar y cultivar tú y eso es una labor del día a día. Yo tengo amigos, verdaderos amigos, que muchas veces estamos ya separados unos de otros, pero bueno, todavía nos seguimos sintiendo y hablando. Eso hay que conservarlo día a día, los amigos..., un buen amigo es tanto o más que un familiar, ¿eh? Eso es una cosa que hay que conservar y mirar. Por desgracia ahora se va tan deprisa y hay muchos amigos ahora, pero son amigos del bar o de la barra...»* (EM12: 8)

Muchas mujeres, claro está, también mencionan y aprecian las relaciones con amistades, sobre todo las que tienen una red familiar más limitada, tanto de cantidad de miembros como de «calidad» en las interacciones (véanse algunos de estos discursos en el GD2). Pero los relatos femeninos se centran más en las relaciones familiares, que sigue siendo su red básica de actividad e interacción (ver también Cano, 1990: 148). Las mujeres más activas socialmente y las tendencias futuras (observables en las jubiladas de mejor posición) apuntan a un cambio femenino también en este sentido relacional.

“...nos vamos a tomar un café, un pastelito, y después nos vamos a misa (- Por la mañana también). Es en lo único que se nota la diferencia...

- Pues yo no tengo tanto tiempo, *eso es para la que tiene tiempo entre semana.*

- Pues tu también haces como yo, que *te vas de merienda.*

- ¡*Los sábados!*” (GD9: 4 y ver GD2: 12)

9.5.3.2. EL VECINDARIO, ¿APOYO INFORMAL O INTERACCIÓN OCASIONAL?

Avanzando la respuesta del enunciado, podemos decir que las relaciones vecinales conforman una red de apoyo informal importante y cotidiana, sobre todo, eso sí, en las zonas rurales e intermedias. La interacción vecinal en los enclaves urbanos también pueden ser de apoyo informal, pero tienen un carácter más esporádico y ocasional. Al igual que comentamos en el apartado anterior, queremos reseñar la relevancia del significado de las interacciones sociales, ir más allá del recuento y frecuencia (cantidad) de las relaciones. Ya Bradburn (1969, en Setién, 1993: 337) señaló que la forma de percibir las relaciones sociales debería ser tomada en cuenta para evaluar las mismas. Recordemos que Setién (1993) elabora un amplio listado de indicadores para evaluar el entorno físico y social. Aunque no se centra en los mayores, no olvida mencionar la relevancia de analizar el *entorno creado por el hombre*, en el que incluye, entre otras, las relaciones amicales, vecinales y pertenencia a organizaciones y/o asociaciones voluntarias. Además de conocer la frecuencia de relaciones, esta autora propone indicadores que nos muestren la satisfacción, motivos, metas y aspiraciones en cuanto a las relaciones extrafamiliares que inciden sobre la calidad de vida de la población (véase págs. 338-345).

De forma general, las relaciones vecinales entre los mayores suelen estar feminizadas. Se trata de interacciones cotidianas y más estrechas en los medios rurales e intermedios. Sin embargo, en las zonas urbanas esta interacción es más superflua —aunque de cortesía—, esporádica, ocasional y para situaciones extraordinarias o emergencias. Como vemos, según el género y el entorno donde se habite las relaciones vecinales entre los mayores de nuestro estudio tienen uno u otro significado. De entrada se puede decir que este tipo de interacción es híbrida, a mitad de camino o «a caballo entre lo doméstico y lo público». Esta singularidad basada en la cercanía puede significar desde una relación estrecha de amistad (citada por las mujeres de medios rurales, EM7, GD7, GD9) o bien ser un «último recurso» en caso de apuro o emergencia. El abanico de actividades, según sea la interacción más o menos estrecha, puede abarcar desde el simple saludo de cortesía hasta la más íntima amistad y confianza, pasando por el préstamo-regalo de alimentos, conversaciones, apoyo en accidentes domésticos, intercambio de llaves de reserva, participación en las mismas fiestas y actos públicos comunitarios, etc.

Muchas veces, las relaciones vecinales de muchos años en los barrios urbanos permiten el establecimiento de unas relaciones parecidas a las existentes en los medios rurales, donde la persona se siente más integrada en general, tiene posibilidad de comunicarse, de recibir ayuda, vivir un estilo de vida

más relajado, etc., en comparación con los mayores niveles de aislamiento y soledad de las grandes ciudades (Díez Nicolás, 1996; García Sanz, 1995, entre otros). De todos modos, aunque las relaciones con el vecindario suelen ser superfluas, en algunos casos las mujeres destacan el contacto con vecinas como una importante fuente de apoyo social y afectivo, lo que es prácticamente inobservable en el discurso masculino.

Una de las ventajas de los asentamientos medios (ya visto en 9.1.7) es la «proximidad relacional», que se ve favorecida por la «proximidad física (distancias «cortas» y cercanía de servicios), en la que no suele necesitarse medio de transporte. Las relaciones, incluidas las vecinales, son más estrechas e intensas. Por tanto, desde nuestro estudio se percibe cómo los mayores de ámbitos rurales e intermedios han manifestado una mayor ocupación del tiempo en este tipo de relaciones extradomésticas que los mayores de las grandes ciudades que señalan más soledad, en coherencia con otros estudios ya citados (Cantor, 1989; INSERSO, 1995a; García Sanz, 1995, 1997; Saco, 1997). He aquí una de las principales ventajas de los entornos más pequeños, que los propios mayores señalan: la mayor posibilidad —comodidad y accesibilidad— de relaciones sociales más cercanas.

«...si una noche están roncando o escuchan un chillido acuden todos y allí en Barcelona dicen "¡tira!" (...)

M.— Acuden aquí..

(...)M.— (...)vecina, por ejemplo, "toma un calabacín"..., pues ya lo he cortado y para cenar..." (GD7: 12-13)

«...Entonces hablo con todo el mundo, o sea que..., si estoy en casa y, por la puerta veo que..., todas vienen a hablar conmigo y todas hablan conmigo, o yo con ellas y, si voy a la tienda a comprar o a hacer la compra, eso sí lo hago yo, todas las salidas que hago que voy a la compra, pues eso, procuro hablar (...) si no lo hiciese yo creo que estaría mal (...) que está en Cáceres, y me dice: "mamá, ¿qué has hecho hoy?", y le digo: "pues mira, he salido, he hablado con ésta, he hablado con la otra, me he enterado de esto, me han contado esto. Mira, a Fulana le pasa esto, tiene este problema" (...) si le puedo yo solucionar en algo, si hay alguna cosa que yo pueda hacer por ella, aunque no sea más que eso, escucharla..." (EM7: 3 y ver GD5: 12)

Una actividad característica de las zonas rurales es «hacer/recibir visitas» a la gente, sobre todo a las personas mayores y/o enfermas. Lo singular es que se trata de visitas «no programadas», inesperadas. En las ciudades esto no es observable: hay que planificar cómo ir a visitar a alguien, cuánto tiempo se va

a tardar, dónde aparcar, avisar con antelación para asegurarse de que después del desplazamiento se encuentre en casa... Las relaciones en el contexto urbano son más complicadas. Hay que programar, incluso con días/semanas de antelación, cualquier encuentro, cita o relación social con amigos o familiares.

«...y yo decía: «ah, pues voy a *hacerle una visita*», e iba a su casa, y sigo haciéndolo, si hay alguna que no sale en Semana Santa digo: «ay, pues a esa señora no la he visto yo en misa ni ha salido, pues voy a ir a verla a su casa», porque yo me he criado ahí, cuarenta y tantos años, y he nacido allí y toda la gente me conoce» (EM4: 6 ó ver EM1314: 5: «...*Si quieres hacer una tertulia tienes que irte al centro, donde te tiras una hora con el autobús, porque si llevas tu coche estás perdido, no sabes dónde aparcar, y si llegas a la otra parte, es decir, al autobús, necesitas otra hora para poder desplazarte en autobús y otra hora para venir, o sea, que prácticamente la tarde...*» (EM11: 6-7, GD9: 9).

Incluso «para morir» la cercanía de las relaciones vecinales (más frecuentes e intensas) en los medios rurales e intermedios es señalada como positiva y práctica. Incluso la muerte es una «actividad social», un «rito popular y comunitario». Pensemos que en estas zonas no suele haber tanatorios ni crematorios. Puede observarse como los entierros constituyen un acto público (algo inobservable en las zonas urbanas). En primer lugar, el difunto permanece en el hogar durante toda la noche, al que van a velar los vecinos de la localidad. Al día siguiente, se traslada el féretro (con el séquito de curas, familiares y amigos) de su domicilio particular a la iglesia, y de allí al cementerio. En cambio, en las ciudades, según algunos de ellos «te mueres y no se entera nadie». En fin, tanto de forma cotidiana como en alguna emergencia que se presente la interacción vecinal en estos contextos es muy apreciada. El entorno relacional suele ser más extenso en los entornos espaciales más pequeños (véase apartado 9.1.7).

«...en el verano nos sentamos al oscurecer en la puerta, en la calle, se saca la butaca, se sienta una allí un ratito, *pasa una y la conoces, se para y charlas con ella*. Y se pasa de otra manera. A mí yo cuando voy todas: «Ay, ¿cuándo has venido, cuándo has venido?» (...) muchas de ellas a saludarte, todas las que pasan. *Me conoce todo el mundo...*» (EM6: 5)

«- (...) *pero eso pasa en Alcoy ¿eh?*

- *Arriba de tu casa ¿quién vive?* [le pregunta a un participante de Alcoy]

- *Pues no lo sé, creo que vive el hijo de un notario...*

- *Se muere uno, a lo mejor en el mismo edificio y ni se enteran, y eso en Alcoy ¿eh? (- Sí.), en cambio aquí y en Muro se muere uno de arriba y te enteras enseguida pero en Alcoy no...*» (GD8: 15-16 y ver GD7: 12)

En fin, las relaciones con el vecindario suelen caracterizarse por ser ocasionales y de cortesía. La mujer quizá invierte más tiempo en este tipo de relación (sobre todo en medios rurales e intermedios), pero aún así, y sobre todo en medios urbanos, el vecindario sigue siendo más una «posibilidad», un recurso de apoyo informal no siempre aprovechado (o rechazado) porque a veces es incompatible con la búsqueda del anonimato que se persigue, sobre todo, en las ciudades. Aunque no procede enzarzarnos en análisis sobre los espacios —más propios de la Sociología urbana y rural—, sí queremos mencionar, siguiendo las ideas del sociólogo Cano (1990: 149), que ciertos recursos (como, por ejemplo, Hogares, clubes, asociaciones) pueden contribuir a reorganizar de modo diferente el espacio urbano y a generar redes de relaciones que tengan como base, entre otras redes, el vecindario.

9.5.3.3. ¿RELACIONES CON LOS/AS EXCOMPAÑEROS/AS DE TRABAJO?

De forma general, destaca el cambio de relaciones extrafamiliares en esta etapa debido, principalmente, a que cuando trabajaban las interacciones con los compañeros eran diarias e intensas y ahora son casi inexistentes. Con la jubilación estas interacciones desaparecen y aumentan las relaciones con otros amigos/as y miembros de la familia. Pero esta pauta es aplicable a los jubilados varones, obviamente, no para las amas de casa que nunca han trabajado remuneradamente. Sin embargo, también las jubiladas echarán en falta estas relaciones laborales perdidas tanto como posibilidad de «salir del hogar» como oportunidad de ampliar sus relaciones y actividades más allá del ámbito doméstico.

Además de estas diferencias por género en cuanto a las relaciones laborales, de nuevo aparece como un factor clave el hábitat. En las zonas rurales o intermedias los jubilados pueden seguir manteniendo el contacto con los antiguos compañeros de trabajo. Observamos la facilidad en estas zonas de reunirse con los amigos que son, muchas veces, excompañeros de profesión. En el caso del GD8 de empresarios, comentan que aún siguen reuniéndose con sus amigos, que también han sido empresarios, «industriales», dicen ellos. Además, dos de ellos pertenecen al «Círculo Industrial de Alcoy» (con antiguo prestigio y tradición empresarial, que aún conserva), al que acuden, generalmente, empresarios mayores. Veamos estas interacciones y las actividades que comparten: conversar, recordar pasado laboral, pasear, tomar algo, jugar a cartas, etc.

«(..) ...se habla de todo, pero más que nada de fútbol, porque tenemos un club que es potente, Alcoy tiene renombre... y allí hablamos de eso. Jugamos a las cartas, tomamos un aperitivo, en fin, que hay una tertulia, y re-

cordando tiempos pasados, todo eso es muy bonito, “tú te acuerdas cuando quedamos campeones, ¿sabes quién se ha muerto?...” y de ahí viene todo (...). el periódico y... ir al bar, hacer una pequeña tertulia...

(...)- Ahora no haces más que bobadas: vas a desayunar, tomas un café, charlas... y todo son rollos.

(...)- Y a mí me falta tiempo: por la mañana a por el pan, a comprar, y enseguida acabo de esto y estoy para irme al Centro de Jubilados y *enseguida a la tertulia* (...) hora y media de tertulia...» (GD8: 6).

Sin embargo, en las ciudades y zonas urbanas se hará más difícil y complicado —a veces imposible—, este tipo de relaciones. Tan sólo algunas empresas de sectores profesionales determinados (en nuestro caso, tenemos discursos de jubilados de CASA, Construcciones Aeronáuticas, S.A., de Getafe) o en colectivos profesionales concretos que vinculan de algún modo a sus «excolegas» de profesión o formación (en nuestro caso, un profesor de EE.MM. que pertenece a la Asociación de antiguos alumnos de Universidad de Salamanca). En algunos momentos vemos que los mayores jubilados hablan de sus amigos (véase apartado 9.5.3.1) y de las interacciones con los mismos, pero resulta que sus amigos son los excompañeros de trabajo, han tenido su misma profesión o incluso han compartido la misma empresa, oficina o lugar de trabajo (es el caso de dos participantes del GD5, GD6 y de algunos entrevistados).

«- estoy colaborando en un máster de pediatría, dando unos seminarios y también estoy *escribiendo con un compañero un libro de Historia contemporánea*, que me lo ha encargado una editorial...» (GD5: 10 y ver GD5: 13, GD6: 14 y discursos del apartado 9.7.3.1)

«A- Mira, tenemos una fiesta... mi marido es *antiguo alumno de la Universidad*, entonces desde que hizo las bodas de plata *tenemos una fiesta anual*. Cuando hizo las bodas de plata que las hizo él pues entonces éramos muy jóvenes y había muchísima gente (...)

(...)- ...entonces *la fiesta nuestra se reduce, ahora ha perdido mucho, pero hasta ahora: hombre, en unas conferencias, una lectura del acta anterior para ver qué movimiento ha habido de socios y demás y una misa por los caídos de la Facultad...*» (EM1819: 9-10)

Sin embargo, en las mujeres esta superposición y coincidencia de amigos compañeros de trabajo es casi inexistente. Las relaciones de amistad femeninas se construyen y han construido en otros contextos (vecindario, por cercanía, ámbito parroquial, por ejemplo). En algunos hombres, las relaciones con los compañeros se mantienen, sobre todo en los primeros años después de la

jubilación. Pero de forma general, las relaciones de amistad acaban limitándose por la cercanía más que por el trabajo anterior, del que al final acaban desligándose (sobre todo en contextos urbanos). Pero, aún así, el trabajo es tan central que incluso prefieren seguir juntándose con «ex colegas» del mismo puesto o sector. Aquí se denota, una vez más, la influencia del trabajo anterior más allá de la jubilación... Muchos se reúnen en los bares, en la calle, en el Hogar o en alguna asociación.

« (...) agrupación de jubilados que es de la empresa donde trabajábamos; al ser de la empresa donde trabajamos y tener una media de cuarenta años de servicio, unos con otros, pues ¿qué pasa?, que a la hora de hacer una excursión, a la hora de hacer una reunión, a la hora de vernos en una comida que se haya organizado, tal, pues todos nos conocemos, no todos tenemos amistad, pero *por lo menos nos conocemos porque hemos vivido durante muchos años bajo el mismo techo.* (...) nos reunimos entre nosotros, cualquier conversación que surja, pues todos tenemos el hilo de lo que es esa conversación porque *es una relación mantenida durante muchos años y bajo el mismo techo*» (GD1: 4-5)

Hemos percibido una posible tendencia de los hombres a relacionarse algo menos con la familia, en comparación con las mujeres trabajadoras y las amas de casa. Parece que mantienen mientras pueden más relaciones intrageneracionales, con gente de sus edades (perteneciente al Hogar u otros grupos de amigos). Piensan que así son vistos como «carrozas» por los más jóvenes y prefieren las relaciones con sus iguales; no sienten tanto apego a la familia y al mismo tiempo tampoco se sienten tan «atados» u obligados como las mujeres a atenderles y a permanecer, por ende, en el hogar.

Ya hemos visto cómo la influencia de la andadura laboral que se ha vivido es decisiva. En cualquier caso, lo que está claro es que el trabajo remunerado proporciona la oportunidad de relacionarse con personas ajenas al núcleo familiar y este hecho ha sido señalado como una de las principales funciones que, desde el punto de vista psicosocial, cumple el empleo (Jahoda, 1987; Torregrosa, Bergère y Alvaro, 1989; Offe, 1992; Garrido, 1992; Serrano, 1995; E. Agulló, 1996; Crespo *et al.*, 1998, entre otros ya citados). No obstante, las relaciones sociales que se mantienen en el lugar de trabajo son heterogéneas y es bastante probable que tanto la pérdida de las mismas como las consecuencias psico-sociológicas que podrían derivarse de dicha pérdida dependan, en gran medida, del tipo de relación que se haya mantenido. En muchos casos tan sólo se constituían como *sociogrupos* (término tomado de la sociometría y dinámica de grupos), es decir, cimentada sobre relaciones instru-

mentales, para realizar alguna tarea. Pero en otra se constituían como *psicogrupo*, es decir, en virtud de relaciones afectivas, de la simpatía entre los miembros. La mayor parte de las veces en el contexto laboral un mismo grupo (departamento) puede constituirse tanto en *sociogrupo* como en *psicogrupo* al mismo tiempo. Es entonces cuando más se echarán en falta las relaciones laborales.

Las relaciones sociales que la persona mantiene en el lugar de trabajo pueden clasificarse, según Argyle (1992), en cuatro tipos, según el grado de proximidad que impliquen. Un primer tipo de relación es aquella en la que se establece una amistad que trasciende el ámbito laboral. Este tipo de relación se caracteriza por el alto grado de apoyo social prestado dentro del trabajo y por las actividades extralaborales que se comparten. En un segundo grupo se encuentran aquellas relaciones en las que el apoyo y la cooperación entre los compañeros de trabajo sólo se manifiesta en el contexto laboral. En tercer lugar se sitúan aquellas en las que, a pesar de que no se establecen vínculos afectivos y de apoyo, predomina un sentimiento de cordialidad en el trabajo. Por último, estarían aquellas relaciones en las que el rasgo definidor es el conflicto y la falta de apoyo. De nuevo, con esta clasificación podemos intuir que según se haya tratado de un tipo u otro de relación al jubilarse se echarán o no en falta las mismas⁷⁰.

La disminución del contacto con los/as compañeros/as de trabajo no parece tener, sin embargo, una sensación de pérdida tan acusada para las personas jubiladas de estatus socioeconómico medio-alto. En algunos casos, ello es debido a que se mantiene, de una forma u otra, el contacto con ellos, en clubes privados, asociaciones o en colegios profesionales, por ejemplo. A este nivel podemos citar agrupaciones de jubilados según la profesión o sector de trabajo (*Agrupación de Jubilados de Enfermería, Asociación Nacional de Veterinarios Jubilados, Asociación de Pensionistas de la CAM, Colegio Libre de Eméritos, Hermandad de Pensionistas del Ministerio de Comercio, Economía y Hacienda, etc.*), *Hermandad de Veteranos, Viudas y Huérfanos de las Fuerzas Armadas, SECOT, etc.* Sin embargo, la tónica común es que el hueco de los compañeros de trabajo es «sustituido» por relaciones familiares o relaciones amicales más cercanas.

⁷⁰ Por ejemplo, en el estudio mencionado de Agulló y Garrido (1996), llama la atención que algunos/as de los/as entrevistados/as de estatus medio-bajo sienten «pena» por sus antiguos compañeros de trabajo que aún no han podido jubilarse y tienen que estar soportando las pésimas condiciones de trabajo. Esto se relaciona con el significado instrumental hacia el trabajo y la poca satisfacción que tenían hacia el mismo (véase Capítulo 7), incluidas las relaciones con sus colegas de profesión.

Esta posibilidad de asociación con los ex compañeros de trabajo aún resulta más infrecuente e improbable en los/as mayores de estatus medio-bajo, que no tienen tantas posibilidades de organización y encuentro relacionadas con sus profesiones más desprestigiadas y con poco nivel de asociación más allá del trabajo. En algunas ocasiones el hecho de que se vuelva a ver a los compañeros, o a visitar la empresa, puede ser desilusionante, según algunos estudios (Kalish, 1991: 168), pues el jubilado puede percibir que su lugar ha sido sustituido por otra persona, tienen otro estilo, otras normas, nuevos roles y ello puede incomodar al ex trabajador que, en muchos casos, opta por desvincularse y no querer mantener el contacto.

La pérdida o disminución del contacto con las personas del ámbito laboral no llega, sin embargo, a afectar al bienestar de las personas jubiladas. Ello es debido, probablemente, a que son las relaciones con la familia y con los/as amigos/as —que, como hemos visto, se mantienen en nivel bastante satisfactorio— las que contribuyen a cubrir ese posible «huevo social» y ayuda a aumentar el bienestar psico-social de las personas. De cualquier manera, hemos de mencionar que a la «pérdida de relaciones laborales» en esta etapa se añade la dificultad de generación de nuevas relaciones, ya apuntada en el apartado 9.5.3.1. Los contenidos discursivos de los mayores son coincidentes en alabar el mantenimiento de relaciones, pero también reconocen que en estas edades es más difícil hacer amistades, hacer «nuevas relaciones» (ver también Vimort, 1984: 72; Bazo, Cano). Por eso prefieren el entorno donde siempre han vivido o mantener las relaciones pasadas (en el caso de los hombres las laborales) en la medida de lo posible.

«Para la vejez, ¿conocer caras nuevas?...» (GD8: 16)

«...te vas a un sitio que no conoces y, en esas edades *no es fácil empezar a hacer amistades*, cuando uno es *joven sí, en cualquier sitio y con cualquiera te juntas...*, pero ya así, mayores no, no lo veo yo... (...) porque *co-gemos manías en muchas cosas. (...) esperándote y tú, ¿qué?, sin embargo, cuando sois jóvenes esperas el momento de escaparte*, y te vas y no pasa nada...» (EM11: 7)

«...salir solo no le compensa a uno; *no tiene una amistad para salir con uno y con otro*. Y luego después que cada uno es de una condición, de una forma de ser (...) es mejor ir cada uno a su aire...» (EM15: 4)

Varios estudios son los que confirman la no generación de relaciones nuevas en estas edades (Cano, 1990: 147 y ss.; Salvadó, 1996: 477, entre otros). A veces ni siquiera se conservan las que se tenían antes (las laborales). Muchos expertos recuerdan que las situaciones nuevas (relaciones,

cambio de vivienda, etc.) producen inseguridad e intranquilidad a los mayores (Sánchez Hidalgo y Alléndez, 1975: 154), por lo que se acentúa la reducción de actividades exploratorias y nuevas que en otras edades pueden ser más numerosas. En muchos casos se da un proceso de recogimiento (recordemos la tesis básica de la *teoría del Disengagement*, de Cumming y Henry, 1961; Henry, 1964), más o menos amplio hacia la privacidad y hacia los ámbitos más inmediatos, tanto espaciales (el propio hogar, la escalera-rellano, el barrio) como relacionales (familiares y vecinos). Se trata de un aislamiento territorial, voluntario o forzoso, pero aislamiento (a veces éste deriva en aislamiento cultural y relacional), sobre todo en las grandes urbes.

En fin, las relaciones familiares son frecuentes, pero no lo son tanto las extrafamiliares, que no cruzan el umbral del vecindario o de algunos amigos más íntimos. Las nuevas relaciones y los ex compañeros de trabajo no suelen hacer cuajar en la gente mayor, aunque también los jóvenes y adultos se centran en su familia, grupo de amigos y compañeros trabajo/estudio, siendo el asociacionismo también muy bajo.

9.5.3.4. ACTIVIDADES SOCIALES ORGANIZADAS: UNA PARTICIPACIÓN EN AUGE

El epígrafe 9.3.2.3 versaba sobre la participación de los mayores a un nivel de mayor implicación y compromiso. Sin embargo, ahora desarrollamos las actividades e interacciones más esporádicas, informales, pero eso sí, en el ámbito social extrafamiliar de organizaciones o asociaciones⁷¹. Aunque comparten el mismo contexto, aquélla era una «participación» con todo el sentido de la palabra; ésta, sin embargo, puede definirse como interacción y asistencia «cuasi pasiva», menos implicada, puntual y menos formalizada.

Es preciso aludir de nuevo al estudio del catedrático de sociología Gregorio Rodríguez, que hace un pormenorizado análisis de la participación social de los mayores. Nos ofrece una reflexión teórico-conceptual del asociacionismo de mayores en relación a los discursos extraídos de su estudio. Desde esta aproximación teórica (págs. 35-48) nos introduce en los distintos campos, me-

⁷¹ Obviamente, sólo el tratamiento del nivel de participación en organizaciones y asociaciones de mayores podría constituir (y constituye, véase, por ejemplo, el estudio de Rodríguez Cabrero, 1997) un tema amplio de investigación, aún falto de más estudio y reflexiones. Aquí sólo se avanzan unas pinceladas al respecto asentadas sobre los relatos de los mayores, de nuestro estudio y de otras aportaciones.

diciaciones, articulaciones y tipos asociativos básicos (véanse cuadro y esquema en Rodríguez, 1997: 49 y 51-52). En los cuatro campos que expone se incluyen distintos tipos asociativos básicos:

- 1) *Campo marginal preasociativo*: Endogrupo asilar, endogrupo familiar, endogrupo comunalista
- 2) *Campo protoasociativo*: Grupalismo lúdico, grupalismo convivencial, grupalismo instructivo
- 3) *Campo asociativo promocionista*: Asociacionismo reivindicativo, educativo y cultural.
- 4) *Campo asociativo personalización altruista*: Asociacionismo mutualista, solidario, sociopolítico.

A través de estos esquemas explicativos analiza los discursos de los mayores respecto al asociacionismo (*op. cit.*, 35-106). Si nos fijamos, las dos primeras formas de «asociarse» es la participación que en este apartado tratamos como más espontánea. Los dos segundos tipos de asociacionismo ya fueron tratados, en el caso de algunos mayores de nuestro estudio, en el apartado 9.3.2.3. Además, siguiendo a este autor, la participación social no sólo depende del marco posibilitador y de la oferta existente, sino de las trayectorias vitales, de la clase y del género (*op. cit.*, 106-115). De entre todos los análisis destaca la participación en auge, aunque aún determinada, de las mujeres mayores, la participación exclusiva de las clases altas, la no asociación de los de menor estatus y la tendencia asociativa de los mayores de estratos medios.

Aunque desde nuestro estudio no podemos confirmar, tal como hace el autor en su exhaustivo estudio, las pautas más concretas de asociacionismo (recordemos que no era nuestro objeto de estudio), sí coincidimos en las tendencias más generales ya comentadas. Todas las actividades citadas hasta ahora pueden realizarse tanto en el ámbito familiar o con amigos; o bien en un ámbito más social, extrafamiliar (comunitario, barrio, Hogares o Clubes, asociaciones). En este ámbito asociativo, como veremos, se repiten algunas actividades que ya hemos tratado en apartados precedentes. Se ha mencionado que las actividades realizadas a nivel grupal generan efectos beneficiosos: fomentan las relaciones, satisfacen la necesidad básica de asociación, pueden ser fuente de identidad y equilibrio personal, fomentan la identificación social, elevan la comunicación y disminuyen el aislamiento/soledad, son fuente de desarrollo y solidaridad social. Si todo ello lo reportaba el trabajo anterior, ahora los distintos grupos sociales que pueden promocionar estos beneficios psico-sociales son: los grupos de relación, grupos familiares, asociaciones, clubes, casinos,

Hogares⁷², centros recreativos, peñas, tertulias, grupos para juegos de salón, grupos para intercambio de información o discusión, etc. Aparentemente parece que no hay asociaciones de mayores, pero no es así la realidad. El problema puede estar en la poca presencia social o el «poco ruido» y alcance —presencia emergente, pero que aún no ha alcanzado entidad social suficiente— que consiguen sus opiniones y actividades. Cabe señalar también la casi total ausencia de estudios y análisis sobre el funcionamiento de las asociaciones de mayores, lo que es indicativo de su carácter incipiente. A pesar de esta ausencia, disponemos de la Guía Directorio de Asociaciones de Personas Mayores en España, elaborada por el INSERSO (1996) y en la que se refleja la actividad de 2.899 asociaciones de mayores⁷³. Aunque las actividades de las asociaciones son de diverso carácter, se puede establecer una tipología de organizaciones, siguiendo al INSERSO (ib., 16-17), según las actividades que realizan. Las organizaciones son, por orden de mayor a menor presencia:

- 1) Asociaciones de ocio (actividades recreativas, deportivas, viajes, talleres, etc.).
- 2) Asociaciones de carácter cultural (actividades formativas y culturales: museos, cursos, exposiciones, etc. Se relacionan con Universidades y otras entidades culturales).
- 3) Federaciones de asociaciones (actúan como intermediarios con los poderes públicos).
- 4) Asociaciones profesionales (profesionales jubilados para autoayudarse a través de actividades variadas. Suelen estar apoyadas por colegios profesionales),
- 5) Asociaciones vinculadas a sindicatos (defensa del pensionista en todos sus aspectos, pero principalmente de sus pensiones y prestaciones sociales).

⁷² Llama la atención los diferentes nombres con los que se denomina a estos centros: *Centro de la Tercera Edad*, *Hogar del Jubilado*, *Hogar del Pensionista*, *Centro Social para Mayores*, *Salón de los Ancianos*, *Casa de la Tercera Edad*, etc. Esto nos recuerda los múltiples términos empleados para definir a los mayores, punto ya tratado en el Capítulo 1. Hemos de recordar que no deben confundirse estos centros (más orientados a actividades socio-culturales) con los Centros de Día, Hospitales de Día o Residencias, cuyos servicios son de carácter socio-sanitario y se ofrece otro tipo de atención.

⁷³ Según datos del Registro de Asociaciones del Ministerio del Interior hay 6.438 asociaciones de mayores inscritas, pero éstas se reducen a 2.889, porque son las que respondieron al cuestionario enviado por el INSERSO, tenían los datos completos y apuntaban una actividad regular. El cuestionario que se aplicó pedía la siguiente información: datos de identificación, recursos y población objeto de su acción, actividades realizadas, servicios prestados, programas ejecutados, gestión de Centros de atención a mayores, actividades de información y difusión y participación.

6) Asociaciones prestadoras de servicios profesionales a grupos sociales diversos (profesionales jubilados o prejubilados que aportan sus conocimientos y experiencia de modo gratuito y voluntario)⁷⁴.

Los datos del estudio del INSERSO que estamos siguiendo indican que hay una asociación de mayores inscrita por cada 1.274 personas mayores de 60 años, que comparado con el índice general de densidad asociativa de la población española (una asociación por cada 261,9 habitantes) podemos afirmar que es muy inferior. Otro dato relevante es que el 30,15% de las asociaciones se hallan en capitales de provincia y el resto en otras poblaciones, aunque en Madrid ocurre lo contrario: el 60,73% se hallan en el área metropolitana (ibídem, pág. 19-22). Pero aún es más significativo el número de mayores asociados, que representan el 12,4% sobre la población total de mayores de 60 años (de los 8.204.029 de mayores de 60 años sólo 1.019.057 pertenecen a alguna asociación de mayores).

Según Bazo (1990: 110), el asociacionismo de mayores es muy bajo: sólo un 14% dicen haber acudido en la última semana a reuniones de asociaciones de mayores (aunque es mayor que el asociacionismo religioso y político, 12 y 2%, respectivamente). Esta escasa asistencia, como vemos, es una característica observada en varios estudios, no sólo en España (Kutner, 1956; Harris, 1975; Bazo, 1990; INSERSO, 1996). De todas maneras, esta baja participación en asociaciones no resulta tan extrema si se compara con el nivel de asociacionismo de la población general y si se tuviera en cuenta que muchos de los mayores están asociados, pero no a asociaciones de mayores sino de todas las edades y de otra índole (culturales, religiosas, etc.). Recordemos la cautela que hay que aplicar al leer un porcentaje, cifra o discurso: siempre hay varios puntos de mira para interpretarlos.

Siguiendo el estudio del INSERSO citado, en números absolutos Cataluña (137.968) y el País Vasco (134.137) tienen mayor número de asociados mayores. Pero son Navarra, La Rioja y el País Vasco las CC.AA. que tienen mayor población de mayores representada en las asociaciones (36,5, 32,2 y 30,6%, respectivamente). Generalmente, el 80% de las asociaciones manifiestan tener un número de socios inferior a 500, lo que indica que se trata de asociaciones de ámbito local y de pequeño tamaño (ibídem, págs. 36 y ss.).

⁷⁴ La mayor parte de asociaciones se denominan con el concepto de «asociación» (68,4%) pero otras se identifican con estos términos: club (10%), hogar (6%), centro (2,15%) y otros (13,3%, incluidos términos en otros idiomas: *llar* en catalán o *nagusien* en vasco) (INSERSO, ib., 17-18).

A pesar de la baja participación, de todos modos, se vislumbra una presencia social, política y económica cada vez más relevante cuantitativa y cualitativamente en los países más avanzados a nivel socio-económico, en concreto en España desde la Ley de Asociaciones de 1964 y desde la aprobación de la Constitución. Pero la gran eclosión se percibe desde finales de los años 80 (64,9% creadas desde 1986 a 1995)⁷⁵. Para conocer la evolución de este asociacionismo en nuestro país, datos concretos de las asociaciones (asociados por CC.AA., financiación, cuotas, actividades, servicios, etc.) y demás información debe consultarse el estudio citado del INSERSO (1996), pero queremos remarcar la necesidad de un análisis cualitativo de las actitudes, significados, profundidad y alcance psicosocial del asociacionismo de/para los mayores. Otra crítica que podríamos hacer sobre este estudio es el no haber contemplado (ya en el propio cuestionario, véase págs. 94-97) la población asociada por género y por edades, por ejemplo, lo cual nos impide tener esta información, que podría ser muy relevante.

A nivel internacional, hemos de decir que las asociaciones más reivindicativas de mayores se originan en EE.UU., pues las de carácter asistencial empezaron a aflorar antes en Europa. La asociación Panteras Grises (*Gray Panthers*, creada en 1971), se opone a la jubilación obligatoria y quiere reformar los sistemas de pensiones; además preconiza la coalición de jóvenes y viejos y el empleo de métodos militantes (Alba, 1992: 190)⁷⁶. Siguiendo en este plano, destacamos la *International Senior Citizens Association*, la *Association pour la Défense des Personnes Agées* en Francia y el *Centre International de Gerontologie Sociale*, ubicada su sede central en París. También destacamos la EURAG (Federación Europea para el Bienestar de las Personas Ancianas) en Suiza, la ASEC (*Association de Seniors de l'Europe Communautaire*), la FIAPA (Federación Internacional de Asociaciones de Mayores), la Red Europea sobre la Marginación de Personas Mayores en Núcleos Urbanos, AVISMUNDI (con sede en Barcelona) y la AARP (*American Association of Retired Persons*), que según información de Ignacio Martínez (sociólogo de UDP), cuenta con nada menos que 18.000.000 de personas afiliadas.

⁷⁵ La evolución de las asociaciones, según los años de su fundación, es: el 2% son anteriores a 1975, el 6,5% creadas de 1976 a 1980, el 19% de 1981 a 1985, el 30,7% de 1986, el 34,2% después de 1990 (hasta 1995, fecha del estudio), y el 7,6% NC (véase INSERSO, 1996: 87).

⁷⁶ Para un mayor conocimiento del Asociacionismo de Mayores consúltense los siguientes documentos: II Congreso Nacional de Organizaciones de Mayores (realizado en 1995), III Congreso Nacional de Organizaciones de Mayores (Fundación Maphre y Fundación Independiente, 1998), el cita-do INSERSO (1996), principalmente en España. Véase bibliografía.

En España probablemente la primera fue el *Sindicat de vells de Catalunya* (creado en 1936) y desaparecido tras la Guerra Civil (Alba, 1992). Otras asociaciones en nuestro contexto español pueden ser: la UDP (Unión Democrática de Pensionistas y Jubilados de España), la CEAM (Confederación Española de Asociaciones de Mayores), la CAJUMA (Confederación de Asociaciones de Jubilados y Mayores), el CONAMA (Consejo Nacional de Mayores), similar a los «panterras grises» en España; CEM (Consejo Español de Mayores). También federaciones y asociaciones de ámbito autonómico, como por ejemplo la FATEC (Federación de Asociaciones de Tercera Edad de Catalunya, que incluye 473 asociaciones de mayores); la FOAM en Andalucía, con 358 asociaciones, entre otras⁷⁷.

Podemos anticipar que muchos mayores están muy activos e implicados socialmente (alguno en GD1, en GD3, en GD2, EM8, EM4), pero éstos no son la mayoría. El pertenecer a asociaciones, como hemos visto, no llega siquiera al 13%, pero la participación —algo más que la pertenencia— aún es menor. En las fichas hemos observado un alto nivel de pertenencia a asociaciones pero de los discursos se extrae un bajo nivel participativo general (participación puntual, fiestas, folklore, religiosidad, ritos, por ejemplo). No se debe confundir estos distintos tipos de participación. En nuestro estudio encontramos, siguiendo la terminología de Rodríguez Cabrero (1997: 169), distintos tipos de entidades según el significado de la participación:

- Asociaciones «reivindicativas» (defensa derechos del mayor). Por ejemplo, dos participantes del GD3 pertenecientes al departamento de mayores de CC.OO.
- Asociaciones «expresivas» (relación social, ocio, fomento integración). Como integración social podemos citar: asociación empresa donde trabajaban o relacionado con profesión anterior (GD1, CASA y jubilado de la EM1819). En cuanto a ocio: asociaciones folklóricas (GD7, GD10, GD2, GD9), religiosas (GD1, GD7, GD3, GD9, GD10, EM4, EM8), deportivas (GD8, GD6), o clubes sociales privados (GD8, GD5).

⁷⁷ Con objetivos más concretos en la defensa de los mayores en España tiene una presencia media la ACOTE (Asociación para la Cultura y el Ocio de la Tercera Edad), la CEATE (Confederación Española de Aulas de Tercera Edad), la FENIMA (Federación Nacional e Internacional de Asociaciones para la Cultura y Tiempo Libre de los Mayores), o prestadoras de servicios profesionales, como por ejemplo SECOT o CONEX (Fondo de Conocimiento y Experiencia). En el ámbito laboral, los departamentos de los sindicatos dedicados a la defensa de los trabajadores mayores (UGT y CC.OO.) y las asociaciones profesionales de mayores, etc.

- Asociaciones «utilitarias» (servicios para el mayor). Sólo asistencia, como «perceptores», actividades más pasivas pero en Hogares, por ejemplo. Este tipo de participación, más bien asistencia, es común en nuestro estudio (GD1, GD3, GD2, GD4, EM20) y mayoritario según otras investigaciones. Destaca esta participación en los mayores de nivel medio y bajo, y de forma más acusada en jubilados que en mujeres mayores.
- Asociaciones «normativas o cívicas» (compromiso con la cultura, necesidades y sociedad general). Requiere más implicación (GD1, GD3, GD2, EM8). Hemos observado esta participación en ámbitos intermedio, rural o urbano, más que en grandes ciudades (véase apartado 9.3.2.3 y datos citados). En fin, las estructuras discursivas de los mayores están en la línea de lo comentado: pertenencia elevada, pero poca participación, y si cabe, se trata de una asistencia puntual e interesada:

«— Yo, a las Amas de casa.

— Yo también.

— Yo, a los Jubilados, pero *no voy casi, ¿eh?, cuando hacen algún viaje o excursión...*

— Yo también.

— Yo *no soy de nada.*» (GD9: 6)

Veamos a continuación algunos contenidos discursivos relativos a las actividades e interacciones en estos contextos. Nos referiremos a los siguientes ámbitos, por ser los que los mayores de nuestro estudio mencionan con mayor énfasis y relevancia: a) Hogares o Centros de Mayores; b) Ambito parroquial, y c) Otras asociaciones/organizaciones.

a) Hogares o Centros de Mayores

Aunque nuestro objetivo tampoco era analizar el funcionamiento de estos espacios, que requeriría de otras investigaciones, trataremos brevemente sus actividades en cuanto que forma parte del discurso y ocupa un tiempo determinado en algunos mayores de nuestro estudio. Hay que remarcar que dentro de las prestaciones que se ofrecen a los mayores en relación con el ocio, los Hogares (23%) y las vacaciones organizadas (16%) son los más utilizados, aunque para el caso de los Hogares observemos cómo apenas la cuarta parte de los mayores lo han utilizado alguna vez (CIRES, 1992). La revista *Sesenta y más* (nº 38, INSERSO, 1996: 35) también confirma que los servicios más utili-

zados y conocidos son, por este orden, los Hogares, viajes vacacionales y reducción de tarifas.

Hemos de recalcar que los mayores que acuden a estos lugares son una pequeña parte, y además tienen características determinadas. Según el CIS (IN-SERSE, 1995: 104-105) son varones y con un nivel de autonomía elevado. Del 30% que acuden a estos espacios el 42% son hombres y el 23% mujeres. Por edades, el mayor uso de estos centros está en los mayores «más jóvenes», entre 65 y 69 años. Pero las opiniones, desde los mayores de nuestro estudio, son divergentes. En el estudio de Agulló y Garrido (1996) ya percibimos que entre las personas de clase media-alta la asistencia a estos centros públicos —generalmente— era muy poco frecuente. Estos espacios están asociados a la vejez y ésta no suele tener connotaciones positivas. Hay algunas personas de estatus medio-alto que expresan una opinión claramente negativa de los Centros de la Tercera de Edad y de las actividades organizadas para las personas jubiladas.

En nuestro estudio, los mayores de niveles favorecidos también emiten un discurso de rechazo, percibiendo estos espacios como guetos, lugares de reclusión, que arrinconan a los mayores del resto de la población y ofrecen actividades que tampoco les atraen. También muestran un rechazo hacia las actividades organizadas. Las actividades que se ofrecen desde los Hogares (viajes, fiestas, bailes, etc.) no les gustan, pero reconocen que algunos sí que acuden «aunque sea a tomar algo, a leer la prensa, por pasar el rato...». Prefieren, como vimos, sus actividades de ocio particulares y «elegidas». El rechazo hacia estos espacios y actividades aún llama más la atención si nos fijamos en que muchos los critican de manera infundada, no argumentada, porque ni siquiera han estado nunca en ninguno de estos lugares. La aceptación es mayor por parte de los mayores de estratos medios y bajos.

«...lo odio cordialmente, yo de la tercera edad no quiero saber nada... Es que además es todo mentira, que es un camelo..» (GD5: 5-6)

«- Bueno, yo de momento digo lo que no está bien, ¿cómo se llaman los sitios que son para viejos?

- E.- HOGARES, HOGARES.

- Los Hogares...

(...)- *Yo no he pisado en mi vida un Hogar de esos y lo veo absurdo y fuera de lugar...*

- Es multiplicar por cien un mismo problema...(...) si en un Hogar de viejos hay ahí cien personas con un problema determinado, *lo que hacen allí es contarse sus penas y... y...*

(...)- *Eso es una política de gueto... Viajes para la Tercera Edad, Hogares para la Tercera Edad...*

(...)- (...) *todo el mundo tiene sus deficiencias, tiene sus.. sus limitaciones, ¡pero claro!, si tú los limitas todavía más, como dice él, los metes en un gueto, pues entonces es peor...*» (GD5: 23)

« (...)– *En las guarderías esas o los Hogares esos (...) no hay quien entre, mal acondicionados...*

– *Pero la verdad es que no he ido nunca...*

– *Mal... no hay nada...*» (GD5: 28-29 y ver GD3: 21-22) «...es que los Hogares del Pensionista están pensados para lo mismo, para que la gente no proteste» (GD10: 20)

Junto a una elevada valoración de las relaciones intergeneracionales muestran una demanda de espacio propio (adecuado y elegido por ellos) y también de relaciones intrageneracionales, entre sus iguales.

«– Ahora, para muchas personas es un avío tremendo... tanto en unas circunstancias como otras. Tú en un... en un pueblo... *concretamente en un pueblo, o en un barrio, quitas el Hogar de Jubilados y estás haciendo un daño a mucha gente, a mucha gente, que entre otras cosas no tienen el mismo criterio que tú, lo de gueto, que van a jugar, a reunirse con sus amigos, a contarse sus batallitas, ¡pues muy bien!* (...)

– *Sí, pero dale una alternativa... (...)*

(...)- *Claro, no es el Hogar... Es una idea que ha tenido la Asociación de Vecinos de allí...*

– *... para que vaya todo el mundo...*

(...)- *Sí, sí, sí, porque el joven, desde luego, al Hogar del Jubilado...*

– *No, al Hogar del Jubilado no entra. (...)*

– *Claro, el problema viene porque es una sociedad vieja con estructura de jóvenes...*» (GD5: 23-24)

Hemos observado cómo algunos no acuden a estos viajes organizados por «miedo» y por no conocer a nadie, por ausencia de relaciones sociales. De nuevo resurge la relevancia del entorno relacional sobre las actividades. En relación a las actividades «organizadas para» mayores muchos comentan «irónicamente» la intencionalidad malévola de las mismas: muchos han tenido un mismo comentario sobre los viajes colectivos, como «una confabulación para cargarse a los viejos porque somos muchos» (GD5: 5, EM15: 6-7, EE2: 14).

“...¿y con quién voy si no conozco a nadie ni tengo trato con nadie así de...? (...) ...oye uno tantas cosas raras por ahí de que si el autocar con los de la Tercera Edad ha tenido un accidente, de que si esto, de que si lo otro, que si

ha tenido una amistad y lo ha metido en casa, como a un vecino de aquí que lo robaron un ladrón y todas esas cosas y te da miedo de todo, de tener amistades y de salir y de todo. O sea, que no...(...) no soy yo partidario de todas estas cosas, de salir con extraños por ahí y andar por ahí de eso...» (EM15: 6-7)

«...eso está planificado, ¿eh?, eso... los viajes, las fiestas, eso es para cargarse a los viejos [Rien. Hablan al unísono], ¡para las pensiones! Ahora los llevan al... con una solanera, un calor, a la una a la Alcazaba, luego dos copas de coñac, el baile, pum, pum, pum, y caen como chinches...» (GD5: 5)

Sin embargo, otros aceptan estos espacios y acuden a los mismos con asiduidad. Pero muchos son los que «pertenecen» a los Hogares, están apuntados y pagan la cuota (EM6, por ejemplo) pero no asisten, sea porque no les gusta o por las distancias que hay que recorrer para ir a ellos; esto último sobre todo en las grandes ciudades⁷⁸. Tal como ya apuntábamos, y a tenor también de otros estudios, la asistencia es mayor por parte de hombres, estatus medio o bajo, hábitats urbanos o intermedios. Las mayores que acuden suele ser porque tienen pocas relaciones familiares, están solas o porque van con amigas (por ejemplo, algunas del GD2). Algunas hemos observado que se refugian en el «Hogar» huyendo del «hogar propio», o en la parroquia u otra asociación (por ejemplo jubilada GD3 ó EM4). El nuevo «Hogar» o espacio al que acuden, al menos, no es tan cerrado, se les tiene más consideración, están algo más activas, haciendo algo más que tareas domésticas... El sentido que dan a las actividades de ir al Hogar es distinto al de los hombres: los hombres tienden a ir porque no saben qué hacer, por aburrimiento, por llenar el tiempo y huir del espacio privado. Las mujeres que suelen acudir a estos centros puede ser debido a que están más solas en casa, no porque no sepan qué hacer y como pasatiempo, sino por encontrar compañía, huyendo de la soledad. Los discursos y significados son bien distintos. Pero la tónica común es poca asistencia y, menos aún, participación. Parece que se vislumbra un discurso algo más esperanzador y positivo en aquellas que tienen algunas actividades «de puertas afuera». No son las mujeres las que más asisten a estos lugares, pero parece que las que van se muestran satisfechas.

En fin, los discursos más positivos respecto a los Hogares alaban los servicios y oportunidades que allí encuentran: ambiente agradable, relaciones con gente de su edad (conversar, tomar algo, jugar a cartas, etc.), comida-bebida

⁷⁸ Veamos los discursos del matrimonio entrevistado (EM1314) que pertenece al Hogar del Pensionista de Francisco Silvela y al de Chamarfín, pero sin embargo no acuden y no salen más por no encontrarse cerca de su domicilio. Sin embargo, reconocen que en ciudades intermedias (cuando visitan a sus hijos) se hace más cómodo el trasladarse y, por ende, relacionarse y salir de casa.

económica, servicios de peluquería, podología, viajes organizados económicos, etc. Por tanto, el significado que se otorga a las actividades de estos espacios suele ser de «practicidad», por comodidad y por la amplia oferta de servicios —generalmente, más económicos—. De nuevo la faceta de «receptores» de servicios y actividades parece que predomina sobre la faz más expresiva y organizativa que los mayores podrían aportar en estos lugares y en cualquier espacio público (véase Agulló y Garrido 1998c —sobre el estudio citado de 1996—, donde se desarrollaron las actitudes de los mayores hacia algunas prestaciones sociales).

La dedicación a algunas actividades tras la jubilación, como venimos comprobando, resulta ser uno de los motivos para una mejor adaptación a este nuevo período de «no trabajo». Si además de invertir el mayor tiempo libre en otras actividades éstas van acompañadas de un aumento en las relaciones sociales (como ocurre en estos Hogares), esto suele ser señal de una vivencia de la jubilación positiva. De nuevo, resaltemos la posibilidad de encuentro intrageneracional, de reunirse con el grupo de «pares», y su importancia no sólo para la necesaria reconstrucción de la identidad tras la jubilación sino para una mejor calidad de vida, que puede ir de la mano de un entorno saludable y de la identificación con el grupo de iguales (ver EM12: ó: «...son conocidos...cantan y bailan... (se llaman) «los Artríticos Reunidos»... son mayores pero majos...).

Por tanto, encontramos dos formas de asistir a Hogar: una más implicada (organizando actividades, véase apartado 9.3.2.3), o de forma «receptora» de servicios y actividades (jugar a cartas, pasar el rato, conversar...). Esta última más pasiva es la habitual. El Hogar es percibido como pasatiempo-entretenimiento o como espacio donde uno puede desempeñar alguna actividad relevante y con sentido de autorrealización personal y social. Pero otro punto criticable de estos espacios es la falta de actividades y servicios que ofertan, por ejemplo, cursos atractivos para los mayores. Pero muchas veces esta crítica también es infundada porque no llegan a un acuerdo sobre si falta oferta de recursos o en realidad es que están desinformados, desincentivados y tienen opiniones basadas sobre prejuicios más que sobre un conocimiento certero de los mismos.

«H.— (...) *para los mayores no es, no hay oportunidades tampoco...* A mí me hubiese gustado cuando me jubilé, con 61 años, aprender inglés y aprender Informática (H.— Pero si hay en los Hogares), ¡no lo hay!

H.— ¿Qué no? pues el otro día recibí una carta y...

H.— Pues yo no he recibido nada y estoy en el Hogar de la Comunidad de Madrid, en el de la Caja de Ahorros, y ¡no hay nada de eso!

H.– Pues yo recibí el otro día... con una serie y una cantidad de cosas, y de oficios... que había de todo ¡de todo!. Yo no sé si era carta del Ayuntamiento, pero había de aprendizaje para todo...

H.– Seguro que en la Casa de la Juventud sí hay...

H.– Que no, que acércate al Hogar de La Luna, y allí lo hay, hay de todo.

(...)H.– Y hay de todo. Yo tengo un amiguete que está estudiando un poco de imprenta...» (GD4: 7-8)

b) Ambito parroquial

Al igual que observamos dos tipos de participación en los Hogares, aquí al menos se perciben dos significados en cuanto a las prácticas en el ámbito parroquial: 1) como «oyente», asistente o participante pasivo de las misas y demás celebraciones; 2) o bien, como participante con una mayor colaboración e implicación. Esta última participación ya ha sido tratada. Ahora vemos la interacción y actividad «menos continuada» pero más generalizada y «representativa» de los mayores en este ámbito.

Se trata de actividades de carácter más *ritualista, espiritual y/o religiosas*. Recordemos la definición de religión de Durkheim (1912/1987: 42), «es un sistema solidario de creencias y prácticas relativas a las cosas sagradas (...), creencias y prácticas que unen en una misma comunidad moral, llamada Iglesia, a todos aquellos que se adhieren a ella». A pesar de la tendencia a la secularización de los últimos años, la religión sigue desempeñando una función psico-sociológica relevante, sobre todo para los mayores, cuya socialización y educación fue determinada por el predominio católico. La religión hoy tiene un carácter menos oficial, más «a la carta», pero sigue cumpliendo otras funciones, como, por ejemplo: ayuda a paliar la soledad; genera redes sociales de interacción, aporta cohesión y disminuye el conflicto social (función integradora); ayuda a obtener mayor comprensión de los acontecimientos e interrogantes vitales (ante la muerte...); aporta una guía de valores para vivir en sociedad, etc. Tomando las ideas de distintos estudiosos (Weber, 1921/83; Luckmann, 1963; Matthes, 1971; Berger, 1971; FOESSA, 1976; Mardones, 1985, Díaz Salazar 1989; Orizo, 1983; CIS, 1984; E. Agulló, 1994) destacamos, para nuestro caso, la función *integradora*, función *legimitadora* del orden social y función de *socialización* que la religión aporta. En todas las personas, y en los mayores aún más, se percibe esa necesidad de trascender, de creer, de comprender y explicar el mundo, que puede encontrarse en una u otra religión.

Aunque no existen muchos estudios sobre la religiosidad de los mayores, sí se puede avanzar que las funciones anteriormente enunciadas, de uno u otro modo, pueden entresacarse de los discursos de los mayores. La religión puede

analizarse desde sus manifestaciones y ritos (cuantificables, denominado «religiosidad o prácticas») o desde las creencias e ideas (difícil de medir, actitudes, valores, nivel más subjetivo). No reparar en esta diferencia supone desconocer lo básico del fenómeno religioso tan complejo de analizar. Setián (1993: 369) señala cuatro dimensiones (que incluyen 13 indicadores) para el análisis de la religión: identificación religiosa de la población, creencias religiosas, prácticas religiosas, actitud hacia la Iglesia Católica. La mayor parte de los estudios de Sociología de la Religión han centrado su atención en la cuantificación de la prácticas y asistencia a ritos olvidando, así, el enfoque cualitativo y el significado y valoración hacia los mismos. No se trata de medir ni cuantificar, pero sí realizaremos un rápido acercamiento a algunas manifestaciones religiosas, mejor dicho, al significado que le otorgan, porque han ocupado (y ocupan) buena parte de su tiempo discursivo y vital.

Según Bazo (1989: 136), el 12% acude todos o casi todos los días a la iglesia. Pero siguiendo a la misma investigadora, las variables ocupación, origen y sexo tienen más poder explicativo que la edad en sí. Si bien con el aumento de la edad la religiosidad asciende, se produce un descenso en edades muy avanzadas debido al nivel de salud y dependencia creciente de los mayores (Blazer y Palmore, 1976; en Bazo, 1990: 138). En virtud de varias consultas y observaciones se confirma una mayor religiosidad (tanto en el nivel de las prácticas como de las creencias) en los mayores en comparación a los jóvenes (con los adultos no habría tantas diferencias). Según la Encuesta CIRE (1993), destaca la frecuencia con que se realizan actividades como rezar (32% de los mayores) o asistir a la iglesia (30%). Las actitudes y prácticas religiosas de los mayores, sobre todo de las mujeres, son muy distintas de las de otros grupos de edad. Vemos como sólo el 4% (Del Campo y Navarro, 1981: 29) se declaraban no creyentes o indiferentes. Este dato probablemente ha cambiado en la actualidad, pero debemos tener presente que el proceso de secularización afecta menos a los mayores a los que ha llegado un poco «tarde». De todas maneras, con esto que estamos diciendo no puede quedar la impresión de que todos los mayores realizan este tipo de actividades, y además los que las realizan suelen limitarse a una «acción pasiva», de asistencia a actos como espectador. Sin embargo, si el nivel asociativo de los mayores es bajo, podemos decir que a título parroquial o de carácter religioso está bastante presente y no es tan ínfimo como en otro ámbito (por ejemplo, político), en coincidencia con información reciente del INSERSO (1996: 87). De todas maneras habría que hacer estudios más profundos para contrastar y conocer los pocos datos existentes, muchas veces fundamentados en estereotipos, sobre la participación religiosa de los mayores en relación a la población general.

Releyendo las transcripciones que hasta el momento hemos plasmado, habremos observado cómo muchas expresiones que utilizan los mayores están teñidas de este carácter religioso. Esto puede ser debido tanto al arraigo de sus creencias religiosas como al sentido cultural y social —no religioso— que han adquirido estas expresiones en el lenguaje no sólo de los mayores, sino en la población general. Algunas veces no son más que meras expresiones ancladas en el habla cotidiana, pero otras esconden tras de sí determinadas creencias religiosas. Podemos destacar las referencias religiosas, concretamente aclamando a Dios y/o Virgen, cuando hablan de su futuro, de la muerte, o se refieren a alguna experiencia especial (positiva o problemática) actual o futura. Esto son sólo algunos ejemplos, pero sus discursos —sobre todo los femeninos— están plagados de este tipo de frases y expresiones:

«...muchas veces que estoy disgustada y digo «*Cristo Bendito*, qué pena ser tan sola"...» (EM17: 7)

«...examen y aprobó, sacó el segundo y ahí está trabajando. ¡*Un milagro de Dios!*." (GD2: 6)

«- ... *Bendito sea Dios* (...), ¡madre mía!, ni... ni agarrados del brazo, ¡eh!» (GD2: 20 y ver GD2: 31)

«...hemos de dar *gracias a Dios* de que todo lo que queremos, lo tenemos.." (GD9: 3 y 9 ó 13)

«...y *gracias a Dios* he colocado dos hijos, hoy los tengo casados, estoy con mi mujer...» (GD3: 3 y anexo)

De entrada, hemos de decir que acudir a misa (y otros actos de culto comunitario) también ha sido una de las actividades que ha ocupado (y sigue ocupando) el tiempo de los mayores (sobre todo de las mujeres), con mayor asistencia en los días festivos del calendario litúrgico de la religión católica, a la que casi todos pertenecen (ver 9.1). La mayoría de la gente de edad declaran (según datos de distintos estudios) haber sido y seguir siendo «católicos practicantes», aunque si bien podríamos establecer distintos grado de «prácticas». Sin duda, las mujeres muestran una mayor «religiosidad práctica» en este sentido⁷⁹. Es el grupo poblacional donde se encuentran la mayor parte de los

⁷⁹ Véase E. Agulló (1994), E. Agulló y M.S. Agulló (1996), que aunque no realizan un análisis específico sobre la gente mayor, sí se confirma (en relación a otros estudios) una mayor religiosidad en las mujeres de todas las edades. Según el CIREs (1992) las actividades religiosas son doblemente frecuentes, teniendo en cuenta la religiosidad de la población general, en las mujeres que en los varones. La «feminización» de la religiosidad en todas la edades es confirmada por varios estudios (Riley y Foner, 1968; Bazo, 1990, Agulló, 1994, entre otros).

practicantes en la actualidad, aunque no todas lo sean y para cada una tenga un sentido.

La misa dominical u otras ceremonias religiosas (procesiones, rezos, entierros, bodas...) han marcado el ritmo de las fiestas, y también de los días laborales del pasado de los mayores. Las campanadas de la parroquia —sobre todo en las zonas rurales—, anunciando el inicio de cualquier celebración comunitaria (campanadas de muerte, por ejemplo, comunicando el entierro de un vecino), representan (aún hoy) muchas de las actividades que los mayores realizaban (y realizan) en comunidad.

«...el fin de semana te centra un poco el que eres de costumbres, más o menos, religiosas y entonces, el hecho de *ir a misa* ya te centra las actividades que realizas el domingo.» (EM3: 8)

«H.— Yo, para mí, es igual lunes, martes que domingo, que sábado. El sábado a misa, el sábado a misa que dice este hombre y después ya pues con la familia y les invitas...» (GD7: 9)

Empero, algunas de estas prácticas religiosas están adquiriendo más bien un carácter folklórico-cultural, coherentemente con el proceso de secularización apuntado al principio. Detengámonos por un momento a pensar hasta qué punto la Semana Santa, las fiestas patronales, las celebraciones de los sacramentos (...) han perdido el carácter más religioso que las fundamenta y están adquiriendo otro carácter (a veces superpuesto, más que sustitutorio) más secular y eminentemente sociológico. Por ejemplo, para muchos mayores, sobre todo mujeres, estas actividades (misa, novenas, rezos, etc.) es un hábito, una costumbre que da sentido y organización temporal a sus vidas. Para otras, es una forma «digna, bien vista y considerada» de relacionarse con otras personas, e incluso de huir y salir de su domesticidad. Otras, sin embargo, le otorgan un carácter más trascendental a este tipo de actividades. La mayor parte, pensamos, mantienen una superposición de significados al unísono.

«...rezando el rosario por la tarde, a lo mejor rezo tres ó cuatro ¡sí!, si no me gusta eso...» (GD9: 3)

«— (...) un café, un pastelito, y después nos vamos a misa...» (GD9: 4 y ver 17)

«M.— Yo también a esas, ¡de esas somos todos!, la Virgen, el Cristo y la Aurora.

M.— Y al Corazón de Jesús.

M.— Y a la Virgen aún pago lo de mi marido... y al Cristo. Las mujeres a la Virgen y los hombres al Cristo.

M.– A ver si nos regalan algún otro santo que no tenemos...» (GD7: 9-10)
« ...ahora me han buscado para lo del *IV Centenario de las Reliquias de Sant Hipólit*, es decir, quien me busca me pillá.

(...)- Yo también a los Jubilados y también a un *grupo de matrimonios de la parroquia*.

(...)- Todos yo creo que también pertenecemos a las *asociaciones de San Hipólito y de la Virgen*, ¿no? (GD10: 20 y GD9: 6)

Observamos cómo la participación en asociaciones religiosas o folklóricas es más característica de los medios rurales e intermedios (o en barrios urbanos, en Getafe, por ejemplo) que en las grandes ciudades. Muchos son los que «pertenecen», pero sólo «pertenecen», aunque ello no implica que participen activamente. En cualquier caso, en los asentamientos medios parece que se observa mayor vida comunitaria (extrafamiliar) que en grandes urbes, donde está más cimentada la soledad y el individualismo.

c) *Otras organizaciones y asociaciones*

Muchos mayores son los que asisten a las actividades ya organizadas por este tipo de asociaciones. Pero, en general, son los de menor nivel socio-económico los que más aprecio muestran hacia las mismas. En coherencia con el apartado en el que hemos tratado los «Hogares y Clubes de mayores», los jubilados de estatus superior y sobre todo los de grandes ciudades (por ejemplo, participantes del GD5) son los que más rechazo manifiestan hacia este tipo de iniciativas comunitarias.

Recordemos que la Política, en mayúsculas, también es un área de actuación y expresión necesaria en las personas que quieren ser partícipes de los asuntos sociales, comunitarios, públicos, que van más allá de los intereses personales. A pesar del individualismo como valor y actitud generalizada, el sentimiento de ciudadanía y la participación socio-política (participación y actitudes cívicas) tiene un significado relevante en las personas, incluido, claro está, los mayores. En este ámbito *político* observamos en los estudios consultados que la participación de los mayores sigue siendo, al igual que ocurre en otros grupos de edad, muy minoritaria. Pero este bajo nivel de participación se puede contemplar desde dos puntos de vista: la baja participación de los mayores es coincidente con las bajas cotas de participación de la población general, y este bajo nivel de prácticas no sólo se limita al ámbito político, sino que el bajo asociacionismo es similar en otras áreas. Recordemos que sólo el 12,4% de los mayores pertenece a alguna asociación, y sólo el 2% participa activamente en ellas (INSERSO, 1996).

Esta participación incluye distintas actividades: voto, apoyo a los partidos, pertenencia-afiliación a los mismos, asistencias a asambleas-reuniones, etc. En

trando en detalle, hemos de decir que tan sólo un 2% de los mayores declaran asistir con frecuencia a reuniones de algún partido político (Bazo, 1990: 110). Por tanto, la abstención y apoliticismo es la nota predominante en los mayores (Del Campo y Navarro, 1981: 29-30), siendo un 38% el que declara no saber o no contestar a las preguntas sobre «participación política» y un 20% se declaran apolíticos o se abstendrían. La tendencia del voto aparece con un claro sesgo conservador respecto a las inclinaciones del resto de la población, pero se trata de un tamiz conservador carente de extremismo. Según análisis de Bazo (1990: 141), los estudios no confirman tal imagen sesgada de conservadores (Genn y Hefner, 1972) sino que los mayores más bien tienden a adoptar posiciones de centro (Justel, 1983: 231). Los mayores se concentran en estas posiciones, votan a los partidos mayoritarios (29,7% tanto al PSOE como al PP) y no son más conservadores que el resto de la población, lo cual se confirma según datos sobre «intención de voto» del CIS (1998, en *Júbilo*, nº2, 1999: 12-16). Muchas veces las diferencias se establecen en cuanto a la edad, cuando en realidad se debe más bien a variables como el nivel educativo y la ocupación, que pueden hacernos entender de forma más clara la inclinación política que no la edad.

El que sean más activos, más reivindicativos (en este grupo) depende también de su pasado, ideología y nivel de conciencia social pasada y actual respecto a los mayores «como grupo». Esta idea de «colectivo de mayores» o de «identidad generacional» no parece ser aceptada por los mayores, que prefieren identificarse con otras cuestiones antes que con «otros mayores». Este tipo de puntos apenas sale en los discursos registrados para este caso. De cualquier manera, es en los discursos masculinos donde encontramos más alusiones a temas o preocupaciones políticas, que suelen ser aquellos que ya anteriormente estaban preocupados y concienciados por estas cuestiones. En las voces femeninas no encontramos (sirviéndonos de nuevo de la Informática) siquiera la palabra «política».

«...los que hemos vivido una *vida muy intensa, sobre todo en la política y en la cuestión social* y eso, pues oye nos gusta... por lo menos a mí me gusta pues recordar las cosas antiguas...» (GD5: 6)

«- ...y la política de ahora no es la política de hace treinta años (- No, no, no.) que antes no se podía hablar de política y ahora super hablamos de política...» (GD5: 10)

«H.- (...) otras veces me voy a reuniones de cosas, de *acontecimientos políticos*, por ejemplo, el domingo estuvimos aquí en la Plaza Mayor, a reivindicar las 35 horas (...) de cosas de *politiquilla, cosillas de ...¡vamos! a mis años ya no puedo, antes luché también un poquillo cuando empezamos con las cuarenta y cuatro horas, cuando al célebre Camacho...*» (GD3: 13 y ver GD3: 6 y 11, 9.7.3.1 o Anexo)

Pero en general, parece que hay una reticencia a hablar de política, y si surge también encontramos una crítica hacia la política en general, como si de algo peligroso se tratara. Quizá debido a los vaivenes político-sociales, sobre todo a la represión política y la inexistencia de la democracia que han soportado, se muestran un tanto escépticos ante la misma y ante cualquier tipo de participación que adquiere una representación negativa para algunos de ellos. El hecho de que cuando preguntábamos, para rellenar la ficha individual, si pertenecían a alguna asociación y contestaran, a veces con rotundidad-enojo, «no, no, yo soy independiente... no me ha gustado la política» da idea del rechazo generalizado a estar afiliado a algún partido, sindicato o asociación (exceptuando los más implicados, ya referenciados en el apartado 9.3.2.3). Este escepticismo-hostilidad puede entenderse, quizá porque late el temor pasado de lo que suponía definirse e identificarse con alguna ideología en concreto. O quizá no quieren «estar atados» a nada porque ya se han visto demasiado «obligados» en sus trabajos, de los que no han podido huir ni en las peores condiciones. Tal vez se superponen estos discursos en uno u otro sentido.

«J.— Así me gustaría pasar muchos ratos a mí, mucho mejor que hablar de cosas de política, y de fútbol y de todo eso, no sé de ideologías y, para mí, esto es lo más grande que hay.» (GD6: 11)

« (...) Pero siempre habrá alguna persona que será más follonera, que le gusta meterse digamos en política, le gusta meterse con... pero ves la tele y dices....» (GD10: 9)

En cuanto al ocio y viajes organizados para mayores son bastante denostados por los mayores de capas sociales más altas. Sin embargo, son alabados por las mujeres, de estatus medio y bajo, y también por los jubilados de las zonas rurales y de menor estatus. Estas actividades se perciben como una oportunidad de salir y «conocer mundo» de forma económica: de otro modo no podrían con las bajas pensiones que tienen todas ellas (y los menor estatus). Son apreciados por la generalidad de mayores de estratos medios que disfrutan (muchos por primera vez) del placer de viajar y conocer otros lugares diferentes a su tierra natal. Por todo ello muestran un discurso muy positivo y satisfactorio en relación a las actividades de ocio programadas bien desde el IMSERSO, desde el Hogar o Centro de mayores o desde cualquier otro organismo o asociación.

«...en lugar de pedir sólo ir a bailar a Benidorm. Tú vete a bailar donde te dé la gana y, te repito, y con jóvenes, hombre, y con viejos y con medianos. No te clasifiques, ¿eh?, eso es terrible... (...) Ahora, cuidado los que tengan poco espíritu; ha ido muy bien, ha ido muy bien el IMSERSO, porque *si tienes poco espíritu, pues hombre, aunque sea «borreguilmente», con*

sólo viejecitos, te están espabilando. Por eso te digo que todo lo que te diga tiene una parte positiva y una parte negativa. Yo hablo desde mí, como todo el mundo, y entonces yo, para mí, *eso me clasifica entre los viejecitos y no me gusta.* No porque no lo sea, sino porque no me gustan las etiquetas...» (EM3: 15 y ver EM12: 10) «...*Demasiados viajes, yo creo que ahí, es cierto que también se gastan dinero (...) lo hacen los políticos porque eso es un voto a favor...*»

«- Yo a la Filá, a los Jubilados, casi todos los años voy al viaje este que se hace ocho días a Benidorm, he ido tres o cuatro años, y a Mallorca también he ido con ello...

- También a los Jubilados, este año se van dos autobuses a Benidorm. (...)- Yo estuve en febrero en Mallorca...» (GD10: 20)

«- Hemos estado en Gijón (...)Y otro día... otro año fuimos a Lisboa (...) y pagamos cinco mil y pico también....» (GD2: 15-16 y ver GD7: 11, EM20)

Alaban los viajes organizados por asociaciones (por ejemplo, UDP), pero critican los viajes de un solo día que suelen ser para «venderles» algo; están hartos de que les timen y se les tome como «ignorantes». Según estudios sobre consumo (OCU, 1998), los mayores son la población más timada con productos que supuestamente ofrecen mayor calidad de vida (ver GD7: 20).

Si bien hemos dicho que las mujeres son las que menos «salen del hogar» para acudir a estas asociaciones, hemos de decir que son una minoría en auge y respecto a sus antepasadas su nivel de participación social (aunque sea como «receptoras» aún) es el más elevado de la historia de la mujer mayor. Recordemos que tradicionalmente han estado condenadas — aún más que hoy— al espacio y actividades domésticos. El espacio doméstico (con las tareas que implica) era equiparado al espacio privado. Estas mujeres no han tenido privacidad porque lo doméstico, paradójicamente, «privaba» de individualidad, libertad y privacidad individual que no fuera orientada y/o entregada a los demás. Este pistoletazo de salida de las mujeres más mayores del hogar ha sido posibilitado en parte por el florecimiento de determinadas asociaciones como, por ejemplo, las organizaciones de «Amas de casa» y viudas. Son espacios que las mujeres han encontrado abiertos para una nueva posibilidad de participación extradoméstica, con oportunidad de aprender, de viajar, de relacionarse más allá del umbral de la puerta del hogar (véase GD7: 9 ó GD2: 10, ya mencionados).

Resumiendo, podemos decir que encontramos dos tipos de participación en

las mujeres: a) hacia la familia y en el espacio doméstico (la mayoría), y b) en asociaciones (minoría). Pero hemos de añadir que cuando las mujeres participan en algo parecen más implicadas, o al menos así lo reflejan en sus discursos: mayor entrega, primeras responsables de los problemas familiares, voluntarias, etc. En general las mujeres participan menos que los hombres, pero su contribución —aunque invisible— cuando se presta parece más intensa e implicada que la de ellos. Son las «cuidadoras de la sociedad», acostumbradas a dar (servicios, cuidados, su tiempo) sin esperar nada a cambio. Las amas de casa (mayores y jóvenes) han sido (y son) un ejemplo de solidaridad, de entrega a los demás, a costa de los pocos beneficios personales (excepto la satisfacción de «dar y darse», que es lo que las ha mantenido en sus roles tradicionales) para las mismas.

En conclusión de este epígrafe 9.5.3.4, una observación general que se puede realizar es la tremenda dispersión de asociaciones que, en definitiva, están defendiendo intereses afines. Por tanto, una mayor organización, coordinación y comunicación entre todas ellas favorecería una identidad y presencia social adecuadas para ir manteniendo sus derechos o luchar por adquirir otros nuevos que no les aparten de la vida social después de la jubilación. Según un informe del Consejo de Europa (1984), el problema era que las asociaciones estaban manipuladas por los partidos políticos o sindicatos. Sin embargo, actualmente parece que las asociaciones de mayores están cobrando mayor independencia y autonomía, pero esto se da, sobre todo, en algunos países pioneros de este tipo de asociacionismo (Estados Unidos, por ejemplo) pero no en otros países —como el nuestro— cuya participación social de mayores todavía se está gestando a nivel asociativo.

Otro punto a destacar es que no se trata de fomentar asociaciones especializadas exclusivamente en las defensas de los derechos e intereses de los mayores, lo cual podía conllevar un peligroso *gerontocentrismo* (al igual que pasa con el actual *juvenilismo*, muy característico en nuestras sociedades), sino de enfocarlas hacia la participación socio-política y hacia la solución de problemas sociales actuales desde la solidaridad y hacia la cooperación intergeneracional. Resulta imprescindible que los mayores de mejores condiciones representen y defiendan a los que estén en peores situaciones, que la gente mayor aprenda a defender sus derechos, a formar coaliciones serias, a organizarse de forma autónoma sin depender de orientaciones políticas, etc. Tal como señala Ruiz-Giménez, «no son suficientes las "Declaraciones de derechos" y los Pactos o Convenios internacionales, jurídicamente vinculantes desde luego, laudables y necesarios, sino que urge impulsar, por arriba, la creación de órganos de vigilancia y, en su caso, de sanción (entre ellos un Tribunal Penal Internacional, que enjuicie y castigue los crímenes y delitos más graves

contra la infancia y la ancianidad); y por abajo, en cada nación, una red de promotores de justicia y solidaridad», y en esa línea están situadas las ONGs y asociaciones, lo cual es una posibilidad, según defiende el autor más adelante, que torna imprescindible el hecho de que «los Gobiernos faciliten el funcionamiento de esas organizaciones...» (SECOT, 1995: 179).

Recordemos que este estudio pretende poner en entredicho las tesis que siguen defendiendo el envejecimiento y jubilación como una etapa teñida únicamente de declive, deterioro y decadencia inminentes. Pensamos que —sin olvidar las necesidades de la gente más dependiente—, los mayores con su tiempo libre y liberado por delante también pueden constituir, y constituyen de hecho, un papel activo y digno de ser (re)valorizado por la sociedad. Un mejor conocimiento y aprovechamiento de las actividades de los mayores es, en última instancia, en beneficio de una mayor calidad de vida. En definitiva, las contribuciones de estas asociaciones y de los mayores en general pueden ayudar a que el nuevo siglo vea una mejor calidad de vida no sólo para los mayores sino para toda la sociedad.

Siguiendo la idea que encabezaba este Capítulo, podemos decir que la actividad y la interacción social se vuelven dos elementos imprescindibles para afrontar la cara negativa de la jubilación y vejez más problemáticas. En resumen, la relevancia de la actividad e interacción no *versus*, sino *en/para* la jubilación y vejez. Y a modo de compilación de este Capítulo 9 ha quedado clara la centralidad y relevancia de la actividad, de un tipo u otro, para tener unos discursos más positivos sobre la jubilación y en última instancia, pensamos, para una mejor percepción y vivencia de la misma. A ello se une la diversidad significacional de las actividades de los mayores.

«...lo que creo es que *el trabajo va unido con la persona...(...) tenemos que tener una dedicación*» (GD5: 8)

«...pasamos de los sesenta y cinco años, *conviene tener alguna actividad, poquísima, ¡hombre!, que es, por ejemplo como aquí la compañera, o aquella, que le gusta esa actividad pues yo, yo las admiro... (...) tiene una compensación como que estás haciendo bien y hay gente pues que no se preocupa de eso y yo creo que se aburren mucho más que nosotros, porque nosotros tenemos todo el día ocupado (...)*

H.— *La actividad en nuestra edad es lo principal...*

M.— *Te sientes útil y eso es muy bueno.*

H.— *La actividad en nuestra edad es lo principal. Cuando ya no se tiene actividades una persona ya... ya va más para lo que... un, un vegetal, que te echan, como un tiesto, que le echan agua y a subsistir, le echan agua y ¡nada!, echa flor y... punto, no hay más...» (GD3: 18-19)*

(...) M.– (...), que tienen que tener una ocupación, porque se previene hasta incluso la senectud y si se está en casa como un muerto...» (GD3: 40 ó ver GD9: 2)

Todos estos significados se resumen en el temor a quedar pasivos porque la pasividad es equivalente a vejez. El estar activos es indicador de retraso de la vejez más dependiente y decrépita; es sinónimo de calidad de vida y lejanía de la muerte (véase Capítulo 10). Sus propios discursos son concluyentes y suficientemente explicativos (aunque no todos lo tienen tan claro como estamos viendo y prefieren y quieren que se les respete una relativa pasividad...). Recordemos que para unos «estar activos» es simplemente pasear, salir a la calle; para otros es «algo más»... Pero en general, como venimos comprobando, el «sentirse activos» (incluso en la misma pasividad, vista desde fuera) es igual a autonomía, a no vejez. Pasividad igual a dependencia y ésta igual a vejez. Incluso, ellos discuten sobre los distintos tipos de actividades, cuáles son más adecuados: algunos defienden actividades «más pasivas» (la mayoría piden respeto), otros las más activas y culturales...

Otra conclusión que podemos avanzar es que la pasividad no tiene relación directa con los 65 años. Como comprobamos en nuestro estudio, la pasividad y edad no siempre van relacionadas, pero sí la dependencia y la pasividad. Como en este estudio los mayores analizados tienen un nivel de independencia elevado aún se puede rechazar más fehacientemente la dudosa articulación mayores-pasividad. Los mayores «más mayores» y más dependientes son los que hacen generalizar esta idea de pasividad a todos los mayores.

El ocio predominante es el pasivo, pero éste, ¿se ha elegido libremente o no? Aquí está la llave: lo importante es si se ha elegido libremente; entonces cualquier ocio (pasivo, activo, hogar) resultará beneficioso para el mayor. Por tanto, la clave de análisis está en tener presente que importante es lo que tiene sentido para uno mismo. Observamos cómo dentro de un mismo estatus o de un mismo género se encuentran significados y tipos de actividades dispares. En definitiva, podemos decir que sobre ello incide si se ha sido más o menos activo, si el entorno espacial y relacional es propicio para ser más activo, de las obligaciones familiares, de las expectativas y motivaciones, etc.

Cualquiera que sea el significado que se otorgue la actividad ayuda a una mejor adaptación a esta etapa, a que la jubilación y vejez sean una continuación de la «vida activa» anterior, que sea un trance menos abrupto. Si las razones por las que sigue uno activo tienen un carácter más psico-social (utilidad social, relaciones...) que personal parece que los discursos son más positivos que los que sólo están activos por «pasar el tiempo o por salir de casa». En fin, precisamente los que están más activos le dan más importancia a las activida-

des más participativas (pero esto no es la generalidad de los mayores), pero en los más pasivos ocurre similar situación: algunos están satisfechos con lo que hacen (satisfacción con la pasividad) pero otros se lamentan, se aburren, no otorgan importancia a lo que hacen ahora.

«H.– (...) me creo que si me quedara en casa, yo ya no estaría aquí...»

H.– Sí, sí te creo.

(...)H.– *Eso es meterte en una jaula, tú te quedas, una persona que es activa, te quedas metido en casa y es meterte en una jaula, empiezas a pensarlo a pensarlo y a pensarlo y como dicen por la parte de Galicia, «hincas el pico» (...)*

(...)H.–...estando en las actividades esas no tienes más pensamiento que lo que vas a hacer por ahí, cuando estás por ahí, entonces yo, *parece ser que hasta hace rejuvenecer (...)*.

H.– A mí *me da mucha vitalidad*, porque yo ahora últimamente (...) ¡como no tenga una actividad, no estoy a gusto! Y cuando no tengo actividad, pues me da por andar, *cuando no tengo actividad pum, pum, pum, me cojo aquí en Urgel y me voy al Puente de los Franceses andando»* (GD3: 23-24)

Escuchemos cómo concluyen los propios mayores sobre la importancia de la actividad:

«H.– ¡Actividad, actividad y actividad para la Tercera Edad y se acabó! (...)

M.– Mentalizarse en que tienen que hacer una actividad.

H.– *El que no tenga una actividad no tiene vida.»* (GD3: 42)

Por tanto, predomina en los mayores de nuestro estudio la centralidad e importancia que otorgan a la actividad (en coherencia con la centralidad del trabajo anterior) remunerada o no remunerada, sea activa o pasiva, individual o colectiva. Este discurso es común. Aunque ellos no todos hablen de la importancia de la actividad directamente, lo que hacen, cuándo, cómo lo hacen, porqué y con quién, ocupa buena parte de sus discursos e indica esta relevancia. Podemos decir que las actitudes hacia la jubilación, que ya hemos comentado (véase Capítulo 8), nos abren una luz para entender las actitudes que ahora tienen los mayores hacia la actividad. Es decir, muchos defienden las actividades más pasivas en coherencia con un discurso hacia la jubilación como «descanso, pasar el tiempo» (jubilados de estatus medio y bajo). Otros, los que otorgaban más importancia al trabajo y no querían jubilarse, tienen unos discursos más positivos si las actividades son más participativas e implicadas socialmente (una minoría). Sin embargo, la mayoría acepta la actividad

—sea cual sea— desde el momento en que es «elegida» (los que perciben la jubilación como «libertad» y liberación de obligaciones, posibilidad de elegir).

Los mayores tienen unos discursos positivos hacia las actividades si pueden realizarlas libremente, cuando quieren y como quieren, sin obligaciones. Podemos decir que esta concepción de actividad como una opción libremente elegida se encuentra en los discursos de los jubilados más que en las mujeres, que siguen estando «obligadas» a la realización de las tareas domésticas y cuidados a otras personas aún en su tiempo libre. Pero todos, en eso sí coinciden, están de acuerdo en apreciar la libre elección de actividades...

«...jubilado, tampoco es negativo, porque sigo haciendo cosas, sólo que las que me gustan» (EM3: 4)

«...Hay días que a lo mejor no tengo apenas nada que hacer en todo el día y hay días que no paro en la casa, o sea que... Además, no está previsto ni programado, ni presupuestado. Precisamente...(...) es que no me gustaba comprometerme para dentro de tres días, o sea, yo procuro eludir toda clase de compromisos, y vivir con toda la autonomía y con toda la independencia que me es posible... (...) quiero vivir al día.» (EM1: 3)

«...me vengo y en paz (...) es mi rutina. Unos días hago una cosa, otros días me entretengo cortando una higuera, he cortado un olivo, pero yo me entretengo. Y ya digo, yo no me canso, yo cuando me parece miro el reloj, cojo el coche y para casa...» (EM10: 3 y ver GD4: 9, EM1314: 7, EM3: 4, entre otros)

En definitiva, los mayores aprecian la libertad en la elección de las actividades. Valorarán aquellas actividades que les permitan «huir» de esa obligatoriedad que ha caracterizado sus pasados laborales. La necesidad de liberación (véase Capítulos 7 y 8) y de descanso puede confundirse, a menudo, con la pasividad general atribuida a todos los mayores, sin tener en cuenta que lo que magnifican es el tiempo libre y «liberado» pero «libremente» elegido. En resumen, los significados y la importancia de la actividad que los mayores transmiten, y que en este Capítulo se han desarrollado, se asientan sobre varios aspectos, ejes interpretativos o significados:

1. ACTIVIDAD COMO NECESIDAD, como «necesidad biológica». Son actividades indicadoras de un mínimo vital, actividades necesarias de auto-mantenimiento (no eran objeto de nuestro estudio).

2. TIEMPO. La actividad como forma de pasar «tiempo»: Ocupación del mayor tiempo libre, pasatiempo, pasar el rato. Generalmente implica un ocio pasivo (apartado 9.4.2).

3. ESPACIO. La actividad como forma de ocupar un «espacio»: ocupar un nuevo «espacio» distinto al hogar (9.4.2.2, 9.5, varones), salir de casa, no pensar sólo en problemas personales y familiares (9.5); o bien seguir en el ámbito doméstico (9.3.2, mujeres).

4. MEDIO PARA. La actividad como «herramienta», como medio para alcanzar algo, generalmente material. Este carácter más instrumental de la actividad se encuentra en el apartado 9.3.1 (actividades remuneradas) o en sus trabajos pasados.

5. INTERACCIÓN. La actividad como forma de estar conectado con «los otros», con la sociedad, de mantener las relaciones familiares y sociales (apartado 9.5).

6. UTILIDAD SOCIAL. La actividad como forma se «sentirse útil»: Sentimiento de utilidad y de aportar algo a la sociedad (apartados 9.3.2 y 9.5).

7. AUTORREALIZACIÓN y PROYECCIÓN. La actividad como forma de sentirse y mantener independencia, autonomía, autoestima, identidad. Actividad como «proyección personal» para alcanzar mayor bienestar físico y psicociológico (apartados 9.3 y 9.5).

— La actividad como FIN O ESENCIA VITAL es un significado general que destacan los mayores. Se trata de realizar la actividad en sí misma «por realizarla», por motivos más expresivos, pero no como *medio para* conseguir algo inmediato y material.

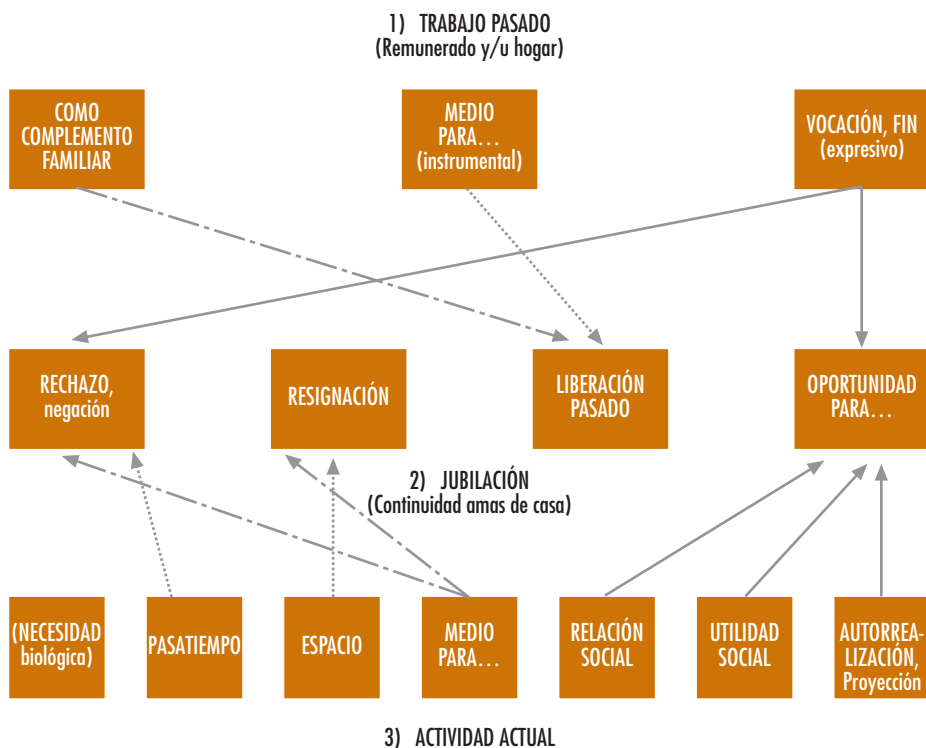
— NO VEJEZ. La actividad, y esto resumiría todo lo anterior, como hito y símbolo de «no envejecimiento», de calidad de vida, de retraso y prevención de la cara más negativa (pasividad, inutilidad, dependencia) de la vejez (presente a lo largo de todo el estudio).

Observamos cómo uno u otro significado de la actividad enunciados se transmiten en los discursos de los mayores. En conclusión, la actividad como *fin vital* y como *no vejez* resumiría todo lo anterior. Es la actividad como hito y símbolo de «no envejecimiento», de calidad de vida, de retraso y prevención de la cara más negativa (pasividad, inutilidad, dependencia) de la vejez. Aun con los distintos significados citados, todos coinciden en la importancia de «realizar algo». Se establece un claro paralelismo de la necesidad de actividad con el *ergocentrismo* pasado y con los significados hacia la jubilación (ver Figura 9.4). Por ejemplo:

- Para el que el trabajo significaba una forma de proyección personal (en los de estatus alto, generalmente), percibe la jubilación como rechazo —en principio—, pero también puede vivirla como oportunidad si ahora continúa activo en algo que le satisface y ha elegido libremente (actividad como *proyección personal y social*) (ver figura 9.4 parte derecha).

- Para el que el trabajo era sólo un medio de vida (no un fin), la jubilación será deseada, como una liberación. Pero si ahora tiene una actividad poco satisfactoria (sólo de pasatiempo o de «estar por estar») y/o no elegida... acabará viviendo la jubilación como *resignación* o *rechazo* (ver Figura 9.4, flechas centro-izquierda).
- Para el que la actividad fue un complemento familiar (el caso de las mujeres mayores) ahora será una liberación, pero como continúan con las tareas domésticas (que muchas veces le impiden la relación social, el desarrollo personal...) pueden acabar rechazando esta etapa. No así si dedican su tiempo a actividades relacionales o de utilidad social elegidas por ellas mismas (ver Figura 9.4 parte izquierda-centro). En fin, vemos la estrecha relación y superposición de discursos entre los significados del trabajo pasado, de la jubilación y la actividad actual (Capítulo 8) y la actividad actual (Capítulo 9).

Fig 9.4. Relación entre significados del trabajo pasado, la jubilación y las actividades actuales de las personas mayores



En cualquier caso, lo relevante que se extrae de estos análisis discursivos es «seguir activo»; lo contrario es «ser mayor» y envejecer. Con esto no estamos defendiendo el *activismo* que apunta la teoría de la Actividad. Estamos de acuerdo en parte, pero no desde el punto de vista de la «mistificación» del trabajo (*trabajismo*), como la solución y panacea para todo. Prolongar la actividad puede estar edulcorando otras facetas y problemas posteriores de la vejez más dependiente. La alternativa no es sólo el trabajo-empleo (continuar activo remuneradamente) sino la *actividad con sentido*, que aporte bienestar psicosocial. Los teóricos de la actividad dejaban desprender que para un mejor envejecer era necesaria una actividad al modo «calvinista» como valor central, como sustituto del trabajo..., pero olvidan la importancia de la actividad en interacción social, libremente elegida, desarrolladora y con sentido para ellos. La actividad en la vejez puede ayudar, y es una de la teoría que subyace en esta tesis; pero nos parece incompleta por dar demasiada relevancia a la actividad en sí más que al significado e interacción social. Los *enfoques interaccionistas y discursivos* se encargan de matizar una de estas ideas cruciales: es en la interacción social donde se conforman los significados que otorgamos a la actividad o a cualquier otro aspecto psicosociológico... La enfermedad, el fin inexorable o la muerte, hará que tarde o pronto uno no pueda seguir activo. Habrá que retrasar este momento mediante la actividad, pero no puede «ocultarse» si se quiere una vejez con mayor calidad de vida y... calidad de muerte (ver Capítulos 11 y 12). En cualquier caso, parece que, para una completa calidad de vida, la necesidad de permanecer activo va a seguir inalterable como algo inherente al ser humano.

Identidad y representaciones sociales: conceptos, imágenes y construcción psicosocial de las «vejeces»

«...el volverse viejo es muy malo (...) lo malo es que es inexorable» (EE2: 12)
«Quien respeta al anciano se respeta a su mismo» (Refrán popular)

En este Capítulo se intenta dar respuesta a ¿qué es *ser mayor*?, ¿qué define a una persona como *mayor*?, ¿qué representaciones e imágenes tienen las personas mayores? Se ha de señalar, de entrada, una relación directa de este Capítulo con el primero. Pensamos que aquél quedaría incompleto si no añadiéramos la conceptualización del ser mayor desde los discursos de los mayores. Los dos primeros epígrafes pueden constituir, de algún modo, la cara negativa de lo que ellos rechazan: la vejez más pasiva y dependiente. O lo que es lo mismo, si damos la vuelta al concepto ¿qué es ser joven? los mayores dirían que es, entre otras circunstancias, estar activo, estar en acción, independiente. Todo ello viene conformado por las distintas imágenes y representaciones sobre los mayores que tienen los demás, lo cual es abordado en el tercer epígrafe.

Los factores que señalan para definir el concepto «mayores» coinciden de forma notable con los tratados hasta el momento. Es decir, por ejemplo, el deterioro progresivo de la salud es uno de los factores que mencionan tanto como determinante como «cambio» (epígrafe 8.3.3) y como característica decisoria del «ser mayor» (este Capítulo). A esto se añade la influencia del criterio e imagen social de ser mayor. Es decir, la identidad como mayor no es sólo autoconcepto o auto-narración, sino que está —sobre todo y antes— en relación a la *construcción colectiva de lo que es ser mayor*. Nos vemos con los ojos de los demás; la identidad es siempre interpersonal, dialógica, construida socialmente.

En principio, podemos apuntar que una mayor edad, mayor soledad, mayor pasividad, una salud y percepción más negativa... parece que producen una autopercepción de «ser mayor» en *negativo* mucho más acentuada que en los «mayores más jóvenes», con mejor salud, activos, más relacionados, por ejemplo. No podemos hablar de un factor único sino de varios que, según los mayores, marcan el hecho de *ser/estar mayor*. Este conjunto de factores *identificadores* de ser mayor son: *la pasividad y/o la jubilación como final* (inactivi-

dad), las limitaciones físicas y psíquicas, la dependencia (pérdida de salud, de autonomía), la soledad (menos relaciones), la imagen social (representaciones), la percepción personal (factores personales, autoidentificación) o la edad.

Pero antes de desbrozar cada uno de estos elementos parece pertinente recordar que el significado de la identidad que aquí se adopta gira en torno a las acepciones que otros autores, dentro de una línea psicossociológica, han adoptado. Aunque aquí no entraremos en disquisiciones sobre la identidad, sí queremos recordar sus términos más afines (autoconcepto, autoimagen, yo, *self* o sí mismo, persona, autodefinición, entre otros) que muchas veces se confunden con el vocablo identidad¹. En nuestra concepción sobre la identidad se enfatiza la dimensión «psicosocial» de la misma, es decir, se defiende un concepto de identidad «construido de forma dialógica y comunicacional» (Crespo, 1995) y articulada en torno al análisis discursivo tal como defienden Shotter y Gergen (1989), Edwards y Potter (1992), Bruner (1991), Parker (1992), Grodin y Lindolf (1996), entre otros. Torregrosa (1983) expone claramente la noción de identidad como identidad social que aquí queremos reflejar: «*la identidad, antes que experiencia de la propia continuidad, de reflexión o conciencia de sí, es identificación. Pero no identificación como operación mental en la que intentamos ser como otros o identificación con, sino identificación desde esos otros. Incluso antes de que podamos identificarnos con nuestro nombre, o con nuestro cuerpo, o con nuestros padres, etc., somos identificados por ellos y a través de ellos.... Nuestra identidad es, con anterioridad a una identidad nuestra, personal, una identidad para otros. Sólo desde los otros podemos tener noticia inicial de quiénes somos.*»

Retomemos las ideas de Gergen sobre la identidad derivadas, entre otros, de Berger y Luckmann, Giddens, Touraine. Para Gergen (1992, 1996) la persona o sujeto es una realidad que se construye de forma constante y dialéctica con la sociedad. Para este autor el lenguaje (cimiento de este estudio) no es el espejo que refleja la realidad sino expresiones de alguna convención colectiva; no es la expresión externa de algo interno, sino una forma de relación: hablar significa interactuar. Desde esta perspectiva, por tanto, «la identidad es una creación comunitaria derivada del discurso», el lenguaje es propiedad de los grupos sociales. En esta línea, pues, hemos intentado averiguar los distintos

¹ También es pertinente reseñar que el tema de la identidad ha sido analizado ampliamente por varios estudiosos, desde W. James, Cooley, Dewey o Mead, hasta autores más recientes, como Giddens (1991), Touraine (1994), Eliás (1987), Torregrosa (1983), Blumer (1982), Goffman (1981), Berger y Luckmann (1984), Shotter y Gergen (1989), Kuhn (1964), Morales (1989), Harré (1982, 1987), E. Agulló (1996), entre otros.

significados de la identidad de ser mayor según los diferentes «grupos» de mayores. El concepto de identidad es, por ende, una realidad mudable, frágil, un proceso adaptable, no un objeto sólido y consistente. De ahí la importancia de conocer a los sujetos en sus contextos sociales no como individualidades. Esta concepción de identidad como construcción psicosocial es la que nos ha llevado a conocer las relaciones sociales en las que se construye la misma, pero ello dependerá del lugar que ocupen los mayores en la estructura social después del trabajo. La génesis, estructura, desarrollo y/o cambios de la identidad se construyen a través de procesos sociales de interacción. Por ello, este proceso dialógico es el que vamos a intentar conocer ahora a través de sus relatos en los grupos, roles y contextos en los que los mayores están ubicados y en los que se construye comunicacionalmente la identidad de ser mayor.

Pensamos, siguiendo a Aragón (1986: 317), que los cambios que se producen en los mayores afectan a su identidad e imagen². No olvidemos que la identidad es una construcción social producto de la interacción, real y simbólica, con los demás. Nuestro mundo está impregnado de significados otorgados por estas interacciones. Por ello nuestra identidad, nuestro «sí mismo», está totalmente determinado por cómo pensamos que nos perciben los demás en esta interacción social. El envejecimiento, como fenómeno psicosocial (y, en concreto, la jubilación), trae consigo un cambio y/o afirmación sobre la identidad. Este cambio se hace casi inevitable porque se deja de desempeñar uno de los roles más relevantes (el trabajo) que había otorgado identidad a la persona.

Qué duda cabe que todos los aspectos y cambios comentados hasta ahora van incidiendo sobre la identidad de la persona mayor. Como proceso continuo y no acabado, la identidad requiere de una continua integración entre las exigencias de los roles sociales (lo que los demás esperan de la persona) y lo que las personas realizan, su «yo efectivo». En esta etapa, para conseguir una satisfacción y coherencia individual se tendrá que alcanzar un equilibrio entre lo «pedido» normativamente y lo «realizado» individualmente. Si a lo largo del ciclo vital nuestro yo tiene que ir «superando» fases y cumplir diferentes objetivos (recordemos las ocho fases epigenéticas de E.H. Erikson), en edades avanzadas continúa siendo necesaria esa «reconstrucción» de la identidad. Veamos cada uno de los elementos que construyen la identidad y las representaciones sociales de los mayores.

² En el concepto de «sí mismo», siguiendo a varios autores, puede distinguirse cinco aspectos: a) la dimensión cognitiva, que comprende las identidades que una persona se asigna a sí misma; b) la dimensión evaluativa; c) la comportamental; d) autoestima o estimación global de la persona respecto a sí misma y, añadimos, e) dimensión social.

10.1. POLISEMIA CONCEPTUAL: LA NEGACIÓN DE SER MAYOR Y EL PROBLEMA DE LA AUTOIDENTIFICACIÓN

«Y usted ¿qué era antes? Yo sigo siendo todavía —respondió el jubilado—»
(Comfort, 1986: 34)

Los propios mayores confirman lo que en el Capítulo 1 ya avanzamos sobre la confusión y polisemia conceptual referida a esta etapa y a los mayores. El vocabulario de sinónimos que emplean es muy amplio. Seguramente si hiciéramos el esfuerzo de recontar las palabras que utilizan (o aplicaríamos alguno de los programas informáticos para el análisis lexicográfico, por ejemplo, el SPAD) el listado de categorías que deberíamos contemplar tendría que ser extensísimo. Sin embargo, parece como si los mayores hubiesen hecho un pacto (un pacto silencioso) para no nombrar «ni vejez, ni ancianos»... y sí «personas de edad»... Tampoco recurren siempre al término «mayores»: emplean «los mayores» menos de lo que pudiéramos pensar a tenor de las encuestas consultadas (véase CIREs, Capítulo 1). Ello puede interpretarse como señal de que no es de su agrado y/o no se identifican con ninguno de los términos más recientes (Tercera Edad, mayores). Aunque predomina el de «mayores» no podemos decir que lo utilizan siempre. Dicho término parece que empieza a ser visto de forma tan negativa como «Tercera Edad», «viejos»... o porque es demasiado indefinido, ¿habrá que buscar otro ya? Prefieren hablar de «nosotros, nuestra generación...», sin especificar más. Sin preguntarles por estas cuestiones terminológicas, se refieren espontáneamente a sí mismos con «las edades estas, con nuestros años...». Veamos la diversidad conceptual en un solo párrafo: abuelo, tercera edad, abuelito, viejos, anciano, «con la edad que tiene»:

«— En vez de decir abuelo dicen mayores...»

— O de la tercera edad [RIEN]

(...)- Antes ya a los cincuenta eran viejos

(...)- Antes decían «¡el abuelito éste!» (...)

(...)- (...) Antes a estas edades uno era un anciano y ahora físicamente parecemos (...)

(...)- Una vida, el progreso que llevamos... y de ahí que nos veamos más jóvenes y nos sintamos más jóvenes y demás. Porque sería muy triste ahora se retira uno (...) y hoy «con la edad que tiene y como está de viva»...

(...)-... porque «¿el abuelo este cuando se muere?»

— Ya puede estar las Residencias de la tercera edad...» (GD8: 2-3)

No les preocupa demasiado la terminología si se acompaña de respeto, cariño, tratamiento adecuado³. En cualquier caso, parece que puede extraerse una tendencia a utilizar unos u otros según el aspecto o situación a la que se estén refiriendo:

1) «Viejecitos, abuelitos...». Parece que emplean el diminutivo cuando se refieren a mayores dependientes, enfermos, abandonados... O también de forma cariñosa y/o lastimosa, pero siempre son «los otros más mayores». Utilizan estos términos tanto para referirse a ellos mismos (no directamente, sino cuando hablan en plural, como colectivo), pero sobre todo al tratar a los más mayores que ellos.

2) Para referirse a ellos mismos, parece que se decantan por el de «abuelos» (también «mayores», en muchas ocasiones) o por las expresiones «tener años», «estas edades», «a nuestra edad».

«— (...) con *nuestros años...*» (GD1: 16)

«— (...) *las tres personas más mayores* que hay en la asociación y para todos *somos los abuelos...*» (GD1: 18)

«— (...) *llegar ahora a esta edad es triste...*» (GD1: 22, GD1: 23 y véase anexo transcripciones)

La difusa identidad del mayor en continua transición se observa, pues, también en la inadecuación de los conceptos. En algún caso, hemos sido testigos de un rechazo inicial al plantear la cuestión «qué significa ser mayor». El hecho de que algunos se sintieran ofendidos al plantearles este tema conduce a pensar que, aunque no hayamos utilizado el concepto «viejos» u otro que sabemos que no aceptan, tampoco con el de «ser mayor» se sienten del todo identificados. Es decir, aunque planteáramos la cuestión con delicadeza (nos referíamos a ser mayor y a los mayores en general... ¡Uno al final no sabe cómo dirigirse a ellos!), muchos se sentían atacados con tal expresión. Ello confirma la idea inicial de que muchos no se «sienten mayores» y, lo que es más relevante, cuando un concepto empieza a adquirir tintes negativos desde la sociedad es rechazado también por los mayores. Por tanto, aunque el concepto de ser mayor tampoco pa-

³ Sorprende en algunos casos la baja utilización del término «mayor», con el que muchos no se identifican o incluso se sienten ofendidos cuando nos referimos a ellos como «mayores». Por contra, nadie se siente atacado si se le etiqueta como «joven»; es más, es considerado una alabanza. Algunos han mostrado su hostilidad exclamando «*jyo no me siento mayor!*» o «*..no puedo decir porque yo no soy mayor aún...*». Por ello nos veíamos obligados a sustituir rápida y diplomáticamente el término por otras expresiones como «a su edad», «con sus años y experiencia», por ejemplo.

rece del todo «idóneo», nosotros lo empleamos porque la mayoría lo acepta frente a otros términos aún más denostados. En definitiva, el problema no está pues en el concepto en sí, sino en la negociación social negativa hacia la vejez que hace que se reniegue de la identidad de «ser mayor» y cualquier concepto afín. En el fondo están las representaciones sociales negativas que hacen «poco adecuado» el uso de cualquier término si se tiene una idea negativa de la vejez y envejecer como ocurre, según percibimos, en algunos de los mayores. Estos son, pues, los que se sienten ofendidos con el término mayor y se sentirían insultados igualmente con otro concepto. La cuestión está en la construcción negativa de ser mayor en esta sociedad que no acepta, directa o soterradamente, la vejez.

Este consenso social de negación afectará a la identidad, y por ende, a la autoestima de los mayores. Hay contradicciones en los resultados obtenidos en distintas investigaciones. Para unos la autoestima aumenta con la edad, para otros descende, para otros permanece inalterable. Lo que sí podemos afirmar, con Buendía y Riquelme (1994: 76), es que dependiendo de las circunstancias de vida tras la jubilación, la identidad sufrirá o no sufrirá cambios en sentido positivo o negativo. Si los efectos negativos predominan será más difícil (re)construir una identidad adaptada, sin fisuras, ante la nueva situación de jubilado y el envejecimiento.

Encontramos múltiples reflexiones acerca del proceso de identidad juvenil, por ejemplo. Pero son pocos los autores que se ocupan del tratamiento y estudio de la identidad psico-social del mayor. Algunos gerontólogos establecen un paralelismo interesante entre la adolescencia y la «adolescencia de la vejez» (65-80 años). Ambas etapas se caracterizan por una búsqueda de identidad, de papeles, de un nuevo lugar social, de nuevos valores y adaptación a la condición de mayor, lo que puede conllevar la denominada «crisis de identidad»⁴. Parece que el vacío de reflexiones e investigaciones en esta línea está aún por cubrir.

Según varios autores se pueden experimentar, en estas edades, tres tipos de crisis: de autonomía, de identidad y de pertenencia. La vejez no es un periodo de desarrollo o de decadencia, sino que es ambas cosas, y del conflicto entre ambas dimensiones resulta un situación de crisis. Siguiendo a Laforest (1991), «*el arte de ser anciano consiste, pues, en solucionar una crisis ontológica entre la inspiración innata de crecimiento y la experiencia de un irreversible declive*» (o.c., pág. 51). Por ello, desde esta perspectiva, la vejez puede definirse como

⁴ De todas maneras, si se quiere indagar sobre estas cuestiones, consúltese en profundidad los capítulos de Laforest (1991) sobre «crisis de identidad» (págs. 79-109), crisis de autonomía (111-143) y «crisis de pertenencia» (145-173). (Además véase Bibliografía.)

«una situación existencial de crisis, resultado de un conflicto íntimo experimentado por el individuo entre su aspiración natural al crecimiento y la decadencia biológica y social consecutiva al avance en años» (ibídem). Esta definición del concepto de crisis de la vejez integra las tres definiciones de la vejez: biológica, social y cronológica, ya comentada en otros apartados.

Recordemos las diferentes etapas del desarrollo según Erikson: cada una de ellas tenía que superarse para llegar a la otra etapa. En las fases vitales está la conquista de la confianza, autonomía, iniciativa, habilidad, identidad, generatividad, y la última sería «*el logro de la integridad*». Para el gerontólogo Laforest, la integridad significa un estado de culminación, de totalidad, que a diferencia de otras etapas no lleva a otras sino a vivir ésta de la mejor manera posible; lo que puede resultar desesperante es que la persona se guíe por la representación negativa de que se ha llegado al «fin». Sin embargo, desde un punto de vista positivo, esta etapa es cuando el ser humano completa su devenir, cuando llega a ser totalmente el mismo, como el árbol que sigue un desarrollo hasta, tal como dice Erikson, «madurar gradualmente el fruto de esas siete etapas» (Erikson, en Laforest, 1991: 91) y conseguir *la integridad versus la desesperación*. Cuando se alcanza la integridad se descubre un orden y una significación en la totalidad de la vida: pasado, presente y futuro. Para tener este sentimiento de plenitud e integridad el secreto está en no separar la vejez del conjunto de su vida —siempre en construcción desde los demás, añadimos nosotros—, de la que viene a ser el punto culminante. Según Laforest (1991: 70), es una situación parecida a «*la cima de la montaña, que sólo tiene valor de cima en relación al conjunto de la montaña. Así como la ascensión al monte incluye una última etapa, la subida a la cumbre, así también la vida no cesa de ser una subida al tiempo de la ancianidad*». En definitiva, para alcanzar esta integridad se tienen que superar tres crisis: de identidad (autoconcepto positivo, valoración positiva de los otros, necesidad de establecer nuevas relaciones consigo mismo y con el mundo de los valores), de autonomía (necesidad de establecer nuevas relaciones con los demás con referencia a la satisfacción de las propias necesidades) y de pertenencia (fundada en la necesidad de nuevas relaciones con la sociedad)⁵.

⁵ Es más, la crisis de identidad que puede darse en esta etapa puede ser originada por una «crisis de autonomía» evidente producida por varios motivos (descenso ingresos, dependencia física, económica o social, etc.) o por una «crisis de pertenencia» (derivada del abandono del trabajo y pertenencia a la empresa, por ejemplo). La importancia que envuelve a la identidad en esta etapa es que constituye uno de los primeros cambios que pueden devenir en crisis. Ésta es producida principalmente por las distintas pérdidas que conlleva la vejez, pero sobre todo por las actitudes y percepciones que tengamos hacia las mismas.

Muchas veces no se trata sólo de las pérdidas más traumáticas o dramáticas (por ejemplo, enfermedad, jubilación) sino de pequeños incidentes, detalles o actitudes que los mayores perciben en su vida cotidiana. Estas actitudes y representaciones (rechazo hacia la vejez) van calando sobre la identidad de los mayores de forma negativa. Por tanto, la identidad no es un concepto abstracto sino que será construida de forma continua en virtud de vivencias y representaciones a lo largo del ciclo vital. Pero ahora veamos algunos contenidos discursivos de esta hostilidad hacia el «ser-estar mayor». Por ejemplo, muchos participantes del GD5 (estatus alto, Málaga) ya en la presentación al oír la palabra mayores y en clave de humor (¿o no?) quieren irse del grupo, se sienten ofendidos:

- «– Eso de la gente mayor... yo...
- ...Yo ya me voy... [RISAS]
- Mayor de edad, mayor de edad...
- E.– Sí, GENTE ADULTA, GENTE ADULTA...» (GD5: 1)

Recordemos que algunos son prejubilados y otros han sido jubilados anticipadamente antes de la edad de jubilación oficial. De todas maneras, también los mayores de más edad (incluso habiendo superado los 80 años) muestran un claro rechazo a hablar o definirse en estos términos. El rechazo más que al término mayor es al constructo mayor (conformado en la interacción social) en cuanto que supone una vivencia deteriorante y/o negativa. Ambos niveles no pueden separarse en su tratamiento.

- «– Yo nunca, yo nunca, yo mayor nunca, yo *nunca voy a ser mayor.*» (GD5: 19)
- «– Mayor no se es nunca...
- (...)- ...tendré mis teclas, pero *yo mayor no me siento*; el pensamiento es de joven, tengo ilusión de hacer cosas, venir aquí, hacer amistades, *el pensamiento no se hace viejo...*» (GD8: 10)
- «Te darás cuenta de que *aún somos jóvenes* y aún prometemos...» (GD10: 21)

Otra prueba clara del rechazo a «ser mayor» es la manifestación indirecta o declarada de que «los mayores son los otros». Aunque la jubilación marca el empezar a ser mayor (en mujeres los aspectos que definen el concepto no están tan claros, como tampoco está clara su identidad de ama de casa y/o jubilada), también muestran ambigüedad cuando hablan de los mayores: a veces los mayores son «los otros», otras veces son «ellos»; son y no son mayores... La confusión está servida:

«J.– Pero lo bueno del caso es que cuando entramos en la cafetería hay un grupazo enorme de mujeres mayores también y *cuando entramos decimos: «Ya están aquí las viejas»...*» (EM1819: 9)

«– Pero también *tienen* derecho, si han estado toda la vida trabajando y que lo pasen bien ahora, para cuatro días que *nos quedan...*» (GD1: 22)

«– (...) ¿demasiado bien! ¿sabes? *porque hay viejos que no se pueden ni mover*, los hay que no (...)

– Los hay de *nuestras edades* que están ciegos...» (GD10: 13)

Entre este caos conceptual, lo que parece fuera de duda es que los mayores son *los otros*: la «cuarta edad», los que tienen más edad, los que están en Residencias... La palabra vejez aparece tímidamente, casi siempre se refiere a los otros o bien a un *algo* abstracto, de futuro, que ellos aún no están viviendo... Los viejos son «los otros» (en los más jóvenes), pero, sin embargo, algunos se consideran «viejos» y el concepto viejo no es tan despectivo. Dependerá si se refieren a ellos mismos, a los otros, a todos en general... (véase 10.3). Utilizan el término viejo cuando quieren expresar la cara negativa de la vejez, el futuro que les espera y ante el que reniegan.

«– (...)... y te voy a decir una cosa, casi vivimos *ahora los viejos... ¡uy!, la palabra... decir viejos...*» (GD2: 21)

«P.– (...) a los 20 años ya son *viejas porque se tienen por viejas* (...), y otras, como por ejemplo usted, que a los 70 años "*mayor*" y punto, y ya nada más. (...) *una cosa es eso y otra considerarse "viejo", la palabra viejo yo suéname fatal: "mayor" posiblemente, pero viejo ¡fatal! ¿eh?*» (GD6: 13-14)

«– Hoy día *los mayores, ya no sólo nosotros*, por lo que vemos...» (GD2: 22)

«– Lo único incómodo que tiene esto es la cantidad de *viejos que hay*» (GD5: 32 o ver GD8: 3): «...*el viejo lo pasa mal* (...) *el problema del viejo* porque de verdad dependes de la hija» (GD8: 3)

«–(...) pero hasta te discrimina, te apartan a un lado, (...) *te ven que eres vieja, ¿comprendes?*...»(GD2: 28)

«M.– Yo creo que aquí para los viejos mejor que en las capitales porque aquí un *viejecito siempre tiene compañía*: te vas a pasear y estás con el de al lado, le haces compañía...» (GD7: 12)

«– (...) ...yo eso... vamos... *lo odio cordialmente, yo de la tercera edad no quiero saber nada...* (...) amigos míos mucho *más mayores que yo*, pero muy abiertos (...) con *ochenta años* que tienen la mente muy clara y que se puede hablar pues tranquilamente, sin necesidad de *batallitas de antiguos, ni de viejos...*» (GD5: 6 o ver GD5: 16) «...porcentaje de gente mayor enorme, es una *población vieja*, ¡eh!, yo diría que muy vieja, lo que se dice

vieja (...) una población muy vieja no atiende a los viejos...» (GD5: 17, GD7: 29 y 30)

Algunos critican los conceptos eufemísticos ante el de «viejos» que es el que siempre se ha utilizado aunque ahora esté tan desconsiderado y desprestigiado. Incluso algunos expertos (en concreto M. J. López Cepero, profesor jubilado entrevistado) critican el uso de eufemismos queriendo sustituir al de «viejos»: «...el grupo de los viejos. Los viejos, que yo les llamo viejos, realmente han quedado un poco enmascarados en todas estas palabrerías de nuestro tiempo, la tercera edad, la cuarta edad, cuarta, quinta, sexta, o séptima...» (EE2: 2). Y también algunos entrevistados mayores piensan así: «porque dicen, «la tercera edad», ¡qué bobada!, ¡que eres viejo y se acabó!».» (EM3: 17)

La cuestión es que no rechazan el concepto si notan respeto y aprecio. En algunos casos, la jerga juvenil llama «viejos» a sus padres (concretamente en castellano y en la jerga juvenil de Madrid), aunque sean relativamente jóvenes. Esto parece que es aceptado por los padres mayores. En este caso «viejos» para algunos jóvenes significa «padres» en tono relativamente cariñoso (GD1: 7). Muchos, entre ellos, no se perciben mayores, siguen hablando en lenguaje incluso juvenil; por ejemplo, el uso de «tío» o «chavalas» para referirse a las mujeres mayores de su edad (GD3: 40).

Con el concepto de «generación» sí tienen conciencia de colectivo desgraciado en relación a un pasado duro, de trabajo, de emigración, entre otras condiciones vitales y laborales ya tratadas (véase Capítulo 7, GD1: 21 ó GD4: 20). Aunque no todos tienen nietos el concepto «abuelo» también se generaliza. Con los diminutivos también parece que indican que uno es «menos mayor»...

«M.– (...) te van disminuyendo, y soy *mayorcita*, pero vamos el trabajo a mí no me asusta...» (GD3: 7)

«M.– (...) no es como antes, que las *mujeres mayores como nosotras* ya no iban a ningún sitio y estaban pendientes de *los abuelitos*, de los que fueran...» (GD7: 16)

«– Lo menos había *cuarenta abuelitos*...» (GD10: 19)

«...los mismos *viejecitos* también al tener siempre un duro en el bolsillo...» (EM11: 3 ó GD4: 2)

El concepto «ancianos», pensionistas u otro también aparece quizá más que mayores y por supuesto que «viejos». Al aplicar el guión de preguntas en los GD y entrevistas empleamos el «mayores» en todo momento, pero ellos insisten en usar *viejos*, *abuelos*, *abuelitos*, *viejecitos* (matiz compasivo, ellos en

un futuro...), *ancianos* (...) dependiendo de la faceta o aspecto al que se refieren en esos momentos.

«H.– Si es que si lo quitaran, ¿qué sería de todos los *ancianos*? No sé yo qué sería...» (GD4: 15)

«H.– (...) que *cuando los viejos somos viejecitos*, pues nos echan a la calle (...)

H.– (...) es muy duro decir y oír que *dos viejos* han sido abandonados en una gasolinera...» (GD4: 18)

M.– (...) las *personas mayores* que sí, lo que dice el compañero...(...) nosotros los *veteranos*...» (GD3: 34)

Algunos de los términos más empleados son «pensionistas», «retirados»..., pero predomina el verbo «jubilarse». Incluso se utiliza la palabra «jubilados» como sinónimo de mayores casi indistintamente (aunque no estén jubilados, como el caso de las amas de casa mayores). Recordemos el efecto metonímico de utilizar la parte —jubilación— por el todo —proceso de envejecimiento— (ver GD4: 15, GD7: 21 ó GD5: 28). El hecho de acudir al Hogar o Club de Jubilados es llamado como «*ir a los Jubilados o Pensionistas*» (ver GD10: 6 ó GD8: 9).

Junto a este listado terminológico, el problema de la autoidentificación se presenta como otro reflejo del entramado conceptual que estamos tratando. Por ejemplo, las mujeres mayores igual se definen como «amas de casa» cuando son también «jubiladas» (porque perciben pensión propia), o como «jubiladas» cuando son amas de casa, o bien como «pensionistas», «viudas» o «nosotras, a nuestra edad» antes que otros conceptos. Vemos que la situación tanto familiar (viudas, abuelos), de edad (a nuestros años...) o laboral (jubilados, retirados) es preferida antes que el genérico de «mayores» o «tercera edad».

«– (...) y lo dieran un día para la *tercera edad*...» (GD2: 14)

«– Ya debido a la *edad que tenemos*...» (GD2: 25)

«– Las *jubiladas* de ahora estamos muy bien» (GD9: 3)

Debido a que los mayores de algunas zonas aún trabajan de forma remunerada y/o participan colectivamente (en definitiva, son independientes) no se establece la asimilación de jubilado a retirado. En general, en los hombres se vislumbra una mayor uniformidad: utilizan jubilados o pensionistas, que resulta más coherente con su situación general real como jubilados con pensión propia. Muchos de ellos siguen cimentando su identidad sobre la profesión anterior. Es una prueba nítida de la relevancia del trabajo más allá de la jubilación (véase Capítulo 8, GD3: 2 ó GD5: 1). Las mujeres manifiestan un claro rechazo

a términos como «abuela», «maruja», «vieja»..., pero para referirse a los mayores en abstracto sí emplean el término «viejos»:

«— La gente, sobre todo los más jóvenes, *enseguida te dicen «maruja, no seas maruja, tía, no seas vieja», pareces una maruja...*

— Eso «*maruja, maruja*» a mí me da mucha rabia esa palabra, ¿eh?

(...)- Pues es diferente a lo que era antes; antes era ¡un respeto!...

(...)- Yo creo que hoy hay de todo. Pero la gente joven *trata mejor a los viejos, conforme antes les molestaban hoy no; la gente joven de ahora es doble mejor que la de antes...*

(...)- (...)- Hay de todo, porque *la persona mayor* que no tuviera antes una paga (...)

— *María, ¡a los viejos nadie los quiere! hoy..., no digo aquí en Cocentaina, digo en general...*» (GD9: 10-11)

Estas ambivalencias confirman que todo depende del tono y respeto con que se trate a los mayores, del consenso social que construye la identidad del «ser mayor», más que con el concepto en sí... En el fondo de todo ello se percibe una negación del hecho de ser mayor. No se ven ni quieren verse mayores porque desde la negociación social que conforma la identidad se transmite una identidad en transición, truncada, confusa.

La duda y confusión sobre qué término utilizar se manifiesta en los testimonios de los propios mayores. El ejemplo más transparente de indefinición (¿de una confusa identidad?) lo observamos en la «prejubilación» y su situación peculiar de «*ni jubilado, ni parado, ni trabajador*», que no es claro ni para los propios prejubilados, por ejemplo: «...pasé a la reserva, que no estoy jubilado, estoy como jubilado, pero no jubilado.» (GD10: 1), o bien «...de una prejubilación anticipada sin antes crear una cosa determinada...» (GD6: 18 o ver EM8: 2). Por ello resulta interesante mencionar expresamente el discurso de los prejubilados (y también jubilados de forma anticipada) sobre «ser mayor» con el que, obviamente, tampoco se identifican. Son jóvenes aunque su situación laboral se equipare socialmente a la de jubilado, y por tanto al «ser mayor». Si muchos de los jubilados/as acaban por aceptar y emplear el «ser mayor», los prejubilados no se identifican con este concepto ni situación porque tienen poco más de 50 años. Ni siquiera algunos de ellos se habrían planteado nunca estas cuestiones «de mayores».

«P.— Yo esas cosas *nunca me he parado a pensarlas* (...) *sí sé que tengo 50 años* y que ya no son igual que cuando tenía 30 o veintitantos..., o sea que *la cosa de la vejez véola por lo físico...*» (GD6: 13)

«...Yo no sé porque *gracias a Dios jamás he pensado...*(...) ahora mismo no es que me vea como un chavalín, pero que me veo con unas ganas de vivir tremendas (...) Pero vamos, que yo nunca he pensado en que soy mayor, la verdad. Sé que soy mayor, tengo 58 años, aunque no los aparento... (...)» (EM8: 11)

«Ahí sí que no te puedo contestar porque *yo no me siento mayor*» (EM10: 5)

De todas maneras, si indagamos en sus discursos y leemos entre líneas en muchos aspectos parecen ya «jubilados» (puntos comunes a lo que opinan los más mayores, los ya jubilados), y seguramente si los comparamos con gente de sus edades en activo las diferencias aún serían más chocantes. Esta superposición, esta situación en transición, explica la dificultad que se les presenta para cristalizar y conformar una identidad clara. Ellos no se sienten «tan mayores» como los jubilados, pero no «tan jóvenes» como los que trabajan en sus edades. El hecho de ser prejubilado construye un concepto diferente, un concepto nuevo, aún indefinido, pero podemos situarlo a mitad de camino entre «jubilado» y «activo», pero ni mayor, ni parado, ni muchos menos viejo..., sería «adulto prejubilado». Podría considerarse como «jubilado en transición» en el sentido más literal de que ni está en activo ni está jubilado aún. Prejubilado es una situación, es un «estar» no «de ser»... Es una situación de paso, en espera..., pero ¿de qué? Es una situación social aún indefinida, en construcción.

«P.– (...) y ahora *estoy prejubilado*.

J.– (...) pasé para la Caja de jubilaciones y ahora *estoy*, pues eso, *retirado* definitivamente.

P.– (...) trabajé en la mina hace veinticinco años, *estoy prejubilado*.» (GD6: 1)

«P.– (...) ya por la prejubilación y aquí *estoy cogido a ella*» (GD6: 2)

A veces no nombran ni siquiera la «prejubilación» (la cosa, «el carro», «la china») y le otorgan un significado como algo externo a ello, no elegido, desde fuera... Otras veces le otorgan el significado de algo puntual, que ya pasó, no una etapa que empieza, sino un hecho puntual (ver GD6: 10). Es la prejubilación como «algo» que se han ganado, no como una situación o etapa sino como algo material..., como algo «pasado», que les aconteció en un momento dado. Ellos siguen activos y son jóvenes (¡por supuesto!)... y continuamente aluden a este tipo de justificaciones. A veces son discursos contradictorios y ambiguos: son jóvenes pero están más «trabajados» que otros oficios... (véase Capítulo 8). Hablan de la prejubilación» más que de «prejubilados». Anteponen el *objeto* al *sujeto*; no se sienten partícipes de aquello: se lo impusieron,

pero están contentos en el aspecto económico, que consideran como «premio» (ver GD6: 11). Hemos podido observar la mezcla conceptual que los mayores emplean. Ello también es reflejo de que se trata de una situación novedosa, por estudiar, y por concretar sobre todo en contextos y sectores donde la situación es más problemática. A veces emplean el «retirados» (quizá más que otros GD), otras veces se autodefinen como «prejubilados», en ocasiones como «jubilados», y otras veces son jóvenes y en otras ya mayores. Con esta situación se torna difícil para ellos (re)construir su identidad entre la minería que ya han dejado y la jubilación que aún no han alcanzado. En cualquier caso, la vejez más dependiente es para ellos algo de futuro.

«P.– (...) ya porque eso somos personas mayores en una palabra, porque yo veo por ahí por donde el río y veo a dos prejubilados o jubilados con cuarenta, cuarenta y tantos ...(..)..»

(...)P.– *La prejubilación es voluntaria, (...) parece que para estar retirado tienes que estar un fastidiado...*

(...)].– *Sí, porque la prejubilación tú sabes que no la coges y que está así, y si no la coges a última hora vas para casa con cuatro perras o al paro (...) dan una pensión que te queda el 90 ó 95%, hay que cogerlo (...)*

(...)P.– (...) Pero en lo que es el tema de prejubilación o jubilaciones no veo igual que tenga que prejubilarse o retirarse un minero que un panadero o que otra profesión por ahí: véolo mucho más castigado (...) porque esté jodido; que tengo que ser viejo y no tenga otra solución nada más que ir ahí a pasear...» (GD6: 21-22 ó ver GD6: 23) «...mi prejubilación la gané con mi sudor, ¡huevas!...» (GD6: 23-24, 25 y 27)

10.2. IDENTIFICADORES DE SER MAYOR: JUBILACIÓN, PASIVIDAD, DEPENDENCIA Y OTROS

En este epígrafe se tratan los distintos aspectos definidores del «ser mayor»: la inactividad (que puede suponer la jubilación), las limitaciones físicas-dependencia, la edad, la soledad y otras características que los mayores señalan⁶.

⁶ Según análisis de Durán y Rodríguez (1996), la población española define a la persona como «anciana» por la edad (54%), el aspecto físico (16%), la forma de ser (8%), la capacidad física (6%), la jubilación (3%), la capacidad intelectual (3%) o la sabiduría (3%). A análisis parecidos llega Rodríguez (INSERSO, 1995: 13-14, encuesta INSERSO/CIS, 1993, estudio 2.057) según el cual la población española señala las siguientes razones para decir que una persona es mayor/anciana: edad (42%), aspecto físico (17%), declive capacidades físicas (13%), forma de ser o pensar (9%), jubilación (3%) o estilo de vida (2%).

La jubilación como inactividad es uno de los sucesos clave que los mayores destacan como acelerador del envejecimiento. En concreto, acabar de trabajar implica varias pérdidas, como se ha visto en el Capítulo 8. Recordemos que se vislumbra una concepción social negociada hostil hacia el mayor si no es productivo, activo, participativo... y eso cala en la identidad de los mayores. Tanto desde un discurso académico como organizacional o asistencial, vemos en los expertos un consenso en relación a la definición de «ser mayor» como una convención social, principalmente cimentada en la jubilación y en la dependencia a todos los niveles. Así opinaba la entrevistada Pilar Rodríguez, jefa del Servicio de Estudios del IMSERSO:

«...es una convención, una ficción y luego, cada vez hay más gente que se jubila antes de los sesenta y cinco años, no por gusto (...) las edades convenidas de dónde se identifica una persona mayor por la edad, pues son convenciones, son constructos. Y... ¿a qué llamo yo una persona mayor?... (...) es una persona a la que... se supone que ya está jubilada (...) ser considerado como mayor pues yo creo que tiene setenta años y sigue haciendo la misma vida que cuando tenía cincuenta y hay gente que con sesenta está jubilado y tiene que andar buscando por ahí qué hacer, porque la sociedad parece que no le manda nada ya, ¿no?, y entonces tiene que irse pues a ver... el Hogar de la esquina, normalmente no les satisface mucho... (...) no se consideran personas mayores, o sea, ahí funciona la cosa de que los viejos son los otros, como los enfermos son los otros» (EE5: 5-6)

Y en la misma línea se expresaban el responsable actual del programa de mayores y un técnico ex responsable de este mismo programa de Cáritas Española:

«...por convención hay una frontera que es la jubilación (...) es un tema para mí claramente convencional, si nos queremos poner un plan muy objetivo de deterioro orgánico (...)

J: ...era una persona mayor o una persona vieja o tal como una situación de carencia, (...) Entonces es un fenómeno relativo (...) lo que supone esa carencia que da lugar a una dependencia. (...) esta sociedad ha puesto el acento principalmente en el trabajo, y la falta de trabajo como la carencia fundamental a partir de la cual esa persona se hace especialmente dependiente en esta sociedad desde el punto de vista económico.

M: Nosotros desde luego, por lo menos desde el programa de mayores de Cáritas, nos encontramos, cuando definimos a partir de 60 años (...) es una convención claramente cultural y social en un momento determinado (...) al asumirlo te encuentras con un colectivo superheterogéneo...» (EE1415: 13)

Los mayores opinan que la jubilación envejece a las personas si el dejar de trabajar implica pasividad y otras consecuencias ya comentadas. Por tanto la negación más que a ser mayor es a la pasividad, a la retirada del mundo activo y relacional que la jubilación puede acarrear. Veamos la relevancia de la actividad más allá de la jubilación para no «estar» no «hacerse» o no ser considerados mayores:

«- Yo creo que cuando se deja el trabajo ahí hay... no sé, pierdes autoridad, me parece a mí, ¡eh!, se pierde la autoridad, se pierde aquello de que estabas haciendo, ese deber, esa obligación de que hoy pensabas ya lo que vas a hacer mañana (...)soy un parásito, así que ya (...) ya pierdes todo lo que tenías que...». (GD1: 15)

«- Pues cuando te jubilas, cuando te jubilas ya, una vez que te jubilas ya es cuando empiezas a ser mayor, como ya no trabajas, estás en casa y ya es cuando empiezas a ser mayor.

(...)- Tú estás trabajando en una empresa, o sirviendo como he estado yo y ya cuando te quitas...

- Ya se ha acabado...» (GD2: 23 o EM5: 5: «...siendo mayor ya parece que se me cae algo encima ¿sabe?, porque sé que las personas mayores es lo peor que hay (...))» (véase GDó: 13, EM16: 4, Capítulo 8)

Tal como ya habíamos apuntado en el Capítulo 8, se relaciona directamente el ser mayor a partir de la jubilación tanto desde el discurso cotidiano como desde el discurso institucional. Así piensan los expertos acerca de la actividad como amortiguador de la vejez:

«...una mujer activa no se siente mayor» (EE711: 9)

«...¡yo no veo al ancianito!, es decir, yo estoy trabajando aquí, el ancianito es un 5% o un 10% como mucho de la población mayor de sesenta y cinco años, pero que no es el noventa por ciento restante, ese diez por ciento sí es el estereotipo de ancianito que es la persona que está ya en Residencias asistidas o que no puede estar en una Residencia asistida pero que es una persona dependiente, con grandes problemas físicos y psíquicos, pero es esa, esa persona, pero el resto es una persona exactamente igual que tú y que yo (...) en una enfermedad tremenda y muere, pero si yo los veo activos...» (EE18: 16)

La persona que permanece activa puede ser mayor pero «más joven». Ya vimos la importancia de la actividad (fuera cual fuera) para «retrasar» el proceso, o al menos la sensación e imagen social, de envejecimiento acelerado... Los que siguen activos parecen más satisfechos, más «jóvenes», no se sienten

«tan» mayores; puede que «jubilados», pero no «viejos», en el sentido despectivo del término.

Dejar de hacer equivale, en función de un consenso social general, a *dejar de estar, de relacionarse, dejar de ser...* No siempre la jubilación significa pasividad, pero sí ocurre en buena parte de los casos, sobre todo en varones. Tal como hemos percibido la jubilación no sólo era vivida como una «liberación jubilosa», sino que también suele equipararse a «retiro», final, a enfermedad, a dependencia. Lo interesante es que mientras son activos no se sienten mayores aunque tengan 80 años.

«... entonces *me voy allí y hago algo (Ayudar a la hija en la tienda) y creo así que no soy tan mayor, parezco más joven...*» (EM5: 2)

«...y ¿qué pasa?, que se dedica a los demás, y que no está pensando que (...) ella *siente ese imperativo, ¿qué pasa?, que es una mujer mayor pero joven...*» (EM3: 9 o EM12: 6) «...asombrado de lo que la gente se divierte, porque yo vi a gente que me parecían muy mayor (...) bastante mayores, pero majos...» (EM12: 6)

«Bueno, *he dejado de llevar las faenas que se llevaban, que las faenas...(...)* Eso, *dejar de hacer... (...)* sin hacer nada...(...) *sin hacer nada se aburre una...*» (EM6: 7)

H.— Y una compañera aquí... *no se conservan mal tampoco, ¿eh?... pero es la actividad, ¿eh? (...)*

M.— Yo no me siento mayor, ¿eh?. *Yo no me siento absolutamente mayor, con setenta años que tengo no me siento mayor, no ... porque esté más rejuvenecida o más...no, sino por mi interior, en la lucha... (...)* en la lucha que traigo *me siento joven, me siento productiva* todavía, me siento joven y productiva... (...) no me siento mayor, ¡hombre!, *me siento mayor por los setenta años que tengo, ¿no?,* pero luego yo físicamente y moralmente no, *no me encuentro mayor cuando estoy en activo...*

(...)H.—... pensar la cabeza, *estando en las actividades esas no tienes más pensamiento que lo que vas a hacer por ahí,* cuando estás por ahí, entonces yo, parece ser que hasta *hace rejuvenecer...*» (GD3: 23-24)

Y en eso coinciden también los autores consultados y los expertos entrevistados:

«L. Yo es que creo que ser mayor no tiene una edad, *no tiene una edad. Es el espíritu que tenga una persona. Y la actividad que tenga esa persona.* Hay mayores ya con 50 años, que les ves ya como si estuvieran... Y hay mayores con 80 años que *les ves con una actividad que dices (...)* te

vas haciendo mayor, el cuerpo se te va... *Pero si tú tienes un espíritu joven y eres activo en lo que te guste...*

(...): Para mí *la actividad*.

R. Lo que define el ser mayor es *el dejar de ser activo*.» (EE711: 10)

«...sabes que a *partir de los sesenta y cinco años pues ya, pues te jubilas*, entras a formar parte de otra... de un colectivo de personas que ya, digamos, que su actividad se ve marcada por eso, *pues ya acabas tu actividad laboral, dispones de mucho más tiempo libre...* Pero vamos, eso es una de las cosas digamos *objetivas que te dicen que una persona ya es mayor*. (...) es la *ilusión que uno tiene por hacer cosas; si uno está vivo, está ilusionado por hacer esto...* quiero conseguir esto, o estudiar esto, o me apetece hacer esto, pues eso te mantiene en una actitud más juvenil...» (EE13: 4)

Se establecen algunas diferencias por género tal como llevamos señalado en los diversos capítulos ya desarrollados. En los hombres el punto de inflexión clave para sentirse mayores es la jubilación, pero en la mujer no está tan claro: puede ser la jubilación del marido, la postmenopausia, el nido vacío, la enfermedad, el estar más en casa (en el caso de las jubiladas), la muerte de un ser querido (pareja, padres), etc., o todo ello unido.

La idea de continuidad comentada para el caso de las amas de casa es coherente con la dificultad de muchas para saber cuándo empiezan a sentirse mayores: en ellas no se ha dado ningún acontecimiento abrupto destacable para sentirse mayores (continúan trabajando en las tareas del hogar...). Sin embargo, para muchas la viudedad es lo que las ha «envejecido», pero no para otras que hace tiempo que están viudas y ya lo superaron. Si la jubilación supone inactividad define a una persona como mayor.

«(...) le gusta *sentarse y hacer nada...* Y mayor ya es esa persona... (...) ...que se va *anquilosando de tal manera que llega a ser mayor no, hasta llegar a ser vieja...*

A.– ¡Ah!, porque yo he sido muy divertida, muy eso, y ahora, claro, ya *el cambio a señora mayor pues yo lo tengo más que él*. (...) me da igual estar en mi casa que salir y a él no, a él le gusta salir...» (EM1314: 14)

«– (...) ya no tiene esa responsabilidad... (...) *Ellos se sienten mayores en el momento que se jubilan; ellos se sienten mayores en ese momento*. (...) *ya no pueden desarrollar una profesión*.» (EE8: 6)

«...creo que el hecho de la jubilación. *Cuando una persona acaba su actividad laboral eso marca mucho; marca mucho mucho*. Concretamente

en el hombre... (...) al ser amas de casa no encuentran ese cambio que se produce. (...) los hombres, que si que han llevado esta actividad laboral durante toda su vida llegan a cambiar por completo, incluso hasta el dormir, su horario de descanso y de sueño (...) muchas mujeres tienen que afrontar el que tienen que llevar una casa con la mitad de recursos, a lo mejor, le cuesta adaptarse a la nueva situación económica. Esto por una parte, y en cuanto a que las mujeres que han estado en actividad laboral y cambian a esta nueva vida se hacen más jóvenes, yo creo que es positivo (...) son mujeres que al llegar a esta etapa de la vida y no sentirse realizadas, al no verse realizadas (...) si a lo mejor esas personas pues tienen nietos, si tienen una actividad... pues eso hace que les dé vida...» (EE9: 8)

Tanto los expertos como los mayores acaban por reducir el significado de no ser mayor a un «criterio de utilidad social» (unido a la ausencia de enfermedad y dependencia), que el mayor se sienta activo y útil para los demás. Este, además, es el criterio que se impone desde los valores productivistas y economicistas en la sociedad actual. El catedrático Rodríguez Cabrero lo resumió bien cuando le entrevistamos:

«...ninguno utiliza la expresión viejo, y hablo de gente de setenta y muchos años que siguen siendo útiles social y familiarmente (...) es un criterio de utilidad social, en la medida que una persona mayor se sigue considerando útil socialmente, esa persona no se la puede encardinar en ningún criterio de acabamiento, pasividad, nulidad, etc., ese es el criterio fundamental, y podemos observar cómo la inmensa mayoría de las personas mayores tratan de ser útiles (...) analizamos un ejemplo concreto, ¿quiénes son los cuidadores de las propias personas mayores?, en un 60% son las propias personas mayores... (...) ¡no parece que sean una carga para la sociedad!, entonces parece más bien que es un estereotipo, y no solamente eso, sino que además se siguen ocupando de tareas de la casa, de otros núcleos familiares... (...) las personas dicen: «mientras sigamos siendo útiles, mientras podamos seguir siendo válidos para la familia...», eso es lo que más les preocupa, cuando uno analiza a los grupos de discusión o entrevistas personales, ¿cuáles son las dos cosas que te dicen los mayores? Uno, tener salud, el miedo a la enfermedad, el miedo a ser una carga; segundo, el ser útiles, eso los dos criterios...» (EE4: 5-6)

Pero este criterio de utilidad social tendrá uno u otro significado según a los mayores que nos estemos refiriendo. Muchos aún apuran más la vivencia de ser mayor, y no sólo la equiparan a la jubilación con pasividad, sino con determinadas actividades. Para estos mayores el criterio de utilidad social es más

«exigente», quizá más relacionado con la actividad monetarizada y productivista en el sentido clásico. Para estos mayores no toda actividad ayuda al retraso de la vejez, sino que hay actividades (por ejemplo, recados) rechazadas y desvalorizadas que abocan igualmente al sentimiento de inutilidad y por tanto a la vejez (véase Capítulo 9). Es decir, realizar unas actividades concretas «sentencian» a uno como una persona mayor, que ya no sirve para nada más. Muestran, de nuevo, la desvalorización de las actividades domésticas u otras a las que no otorgan ningún *sentido*, hasta el punto de identificarlas con los mayores y/o con los pasivos. Los de mayor estatus quizá rechazan más el rol de colaborador de ama de casa (ser recadero, ocio pasivo, etc.) porque con él se sienten infravalorados y viejos y porque así se concibe socialmente: piensan que podrían aportar algo más a la sociedad (ver GD5: 20 ó epígrafe 9.3.2).

Recordemos la no identificación con el «ser jubilado» por parte de algunos mayores que siguen autodefiniéndose con la profesión más que con la situación de jubilado. En todo caso, la jubilación es un «estar» más que de «ser»; en cuanto al ser siguen siendo: agricultores, amas de casa... aunque «estén» jubilados. De nuevo se percibe como una «situación de transición» más que un «estatus» (ver Capítulos 7 y 8).

«M.– (...) mañana no nos tenemos que levantar, que *estamos* jubilados ya.» (GD7: 8)

«– (...) yo ya *estoy jubilado* y he pedido continuar cinco años más» (GD5: 3)

M.– No, *estamos* muy a gusto jubiladas.

M.– No, *se está mejor jubilado* que trabajando...» (GD4: 1)

La enfermedad y la dependencia que supone la misma también son destacados como aceleradores del envejecimiento. Si habíamos comentado que la pasividad o la jubilación (cuando se identifica con no hacer nada) es uno de los factores que definen el ser mayor, la salud (mejor dicho, la progresiva pérdida de la misma) es otro de los indicadores de «ser mayor» que tanto los mayores como los expertos consultados señalan. La enfermedad envejece a cualquiera desde el momento en que impide «hacer» y estar activo. En este sentido actividad y salud serían inseparables, un tándem cuyos elementos van de la mano, tal como vimos en los Capítulos 8 y 9. Nos recuerda Durán, en la entrevista que grabamos, la relevancia de la salud:

«...la más importante es *la salud*. Yo creo que ser mayor es un criterio de definición que no tiene demasiado sentido para algunas personas, o sea, en algunas personas *la transición entre no ser mayor y ser mayor* la

marca una frontera puramente administrativa que es cumplir los 65 ó los 70 años o tener una jubilación anticipada (...) ...hay unas encuestas españolas que yo he analizado (...) Mientras se tiene un buen estado de salud se siente uno joven y cuando se añaden la pauta de salud a la edad es cuando realmente uno se siente no mayor sino viejo. De modo de que por una parte está la edad y por otra parte está la transición administrativa...» (EE1: 1-2)

El deterioro de salud, el aumento de limitaciones y achaques a este nivel (ya tratados en el punto 8.3.3) marcan el que una persona vaya «haciéndose» y «sintiéndose» mayor. Esta identificación de los aspectos físicos y de salud se relaciona directamente con la idea de dependencia, de tener que recurrir al apoyo de otra persona para realizar las actividades más básicas diarias. Este tipo de dependencia también es uno de los principales factores «avejentadores» porque desde el consenso social así se percibe:

«...mayor es cuando uno ya tiene dificultades en hacer cosas, o tiene, cómo le diría yo, tiene algún lastre físico que no puede hacer: eso es ser ya mayor, cuando a alguien le tienen que ayudar a caminar, o le tienen que hacer las cosas, pero mientras uno se pueda valer...» (EM12: 6)

«...¿sabes cuándo empiezas a envejecer?, en el momento en que tú estás dependiente y te da igual todo..., en ese momento empiezas a ser viejo...» (EM3: 17 o GD3: 24) «...una persona es mayor cuando ya no puede valerse... (...) ¡no son mayores!, porque ¡están en activo! y ¡porque se mueven!... (...) pero si usted está en activo y puede andar, usted no es mayor...» (EM7: 7, GD10: 13, EM3: 11 y 17, GD8: 13)

Dentro del amplio concepto de salud-enfermedad muchos destacan la faceta de salud mental, «estar cuerdos, tener memoria...», es decir, los aspectos psíquicos, las capacidades cognitivas: memoria, capacidad de relacionar, reconocimiento, reflejos, etc. Por una parte, reconocen que la pérdida de estas facultades avejenta a las personas, pero en muchos casos el cuerpo envejece pero la mente sigue igual. Ahí está el problema: no coincide el envejecimiento del cuerpo y el envejecimiento social porque «la mente y el espíritu siguen jóvenes». En sus palabras: es «que la persona está vieja y se cansa», pero no ellas. Es «la persona» en abstracto, como si quisieran desprenderse de ese cuerpo viejo porque no enlaza con su mente y cerebro aún joven... Destacan el envejecimiento físico, pero uno mentalmente no es ni está mayor.

« (...)– Pero tu puedes tener espíritu de joven pero a la hora de hacer alguna cosa ahí es cuando te lo notas... El pensamiento, ¡hala! [Gesticulando

valentía], pero te pones a hacerlo y «¡Madre de Dios!, ¡que no puedo hacerlo!» (GD10: 13)

«*Que de pensamiento (- Eres muy valiente), pero del pensamiento a los hechos...*

(...)- (...) no son 18 años y hay cosas que no las podemos hacer ya...» (GD9: 7-8: o ver EM1819: 9: «...*tú piensas que espiritualmente uno no envejece. Espiritualmente uno no enferma (...) me pongo de pie, ya digo, ¡soy una ruina!, pero...*»)

«(...) H.- (..) como dicen «*no pesan los años ¡pesan los daños!*...» (GD3: 23-24 y EM11: 8)

«*Mentalmente hay quien no es viejo nunca, mentalmente hay quien tiene el espíritu joven, como he dicho antes, y aunque tenga ochenta años pues sigue teniendo el espíritu joven, la mente la tiene clara, gracias a Dios, el que la tiene clara y tiene la mente perfecta, y sabe lo que dice (...)*

- Pero que yo, lo que pienso en cuanto al ser mayor es que no se puede decir: «Desde este punto, ya soy mayor», (...) sino que poco a poco van viniendo limitaciones, de memoria, físicamente...

(...)- *Depende también mucho de la salud...*

(...)- *No, la mentalidad yo la tengo vieja, de setenta tacos, tengo la mentalidad, el espíritu y todo» (GD5: 19)*

Estas limitaciones de las facultades físicas y sensoriales limitan también algunas de las actividades (conducir, por ejemplo, véase GD8: 10-11, apartado 10.3), a lo que se une el estado de ánimo para seguir activo y no considerarse mayor. Algunos comportamientos concretos (cobardía, menos atrevimiento, miedo, mal genio, pereza, etc.) son señalados tanto por los mayores como desde el estereotipo negativo de lo que es ser mayor. Se empieza a ser mayor cuando parecen hacerse realidad estos estereotipos de pasividad, pereza, miedo a moverse o a cambiar, pérdida de ilusión y otros trastornos ya mencionados⁷. Pues bien, junto al estado de salud-enfermedad y pasividad, también mencionan el estado de ánimo como algo que no se puede separar del ser mayor.

«*Cuando éramos jóvenes tenías la ilusión de salir fuera, te hacía ilusión, y ahora, en la tercera edad, lo que has notado es que ya te dicen*

⁷ Muchos efectos son fruto de estas actitudes también comentadas en otros apartados y pueden derivar de «expresiones de rechazo» hacia la vejez, enfermedad y muerte. Siguiendo a Zinberg y Kaufman (1987: 21), estas conductas pueden ser: regresiones a la infancia, codicia por el dinero, sublimación religiosa, obsesión por la alimentación y funcionamiento del aparato digestivo, etc., y todo ello como actitud defensiva ante el envejecimiento. Las «defensas psicológicas» más propias del envejecimiento parecen ser la regresión, el aislamiento, el encasillamiento y la negación.

«papá, nos vamos a Valencia», y dices, no puedes decir que no, te sienta un poco mal, no tengo ganas..., pero por no llevarle la contraria...[Hace un gesto simulando pereza].

– Sí, vas acorralándote.

(...)- Y si le dices lo contrario *te dicen que tienes mal genio, por eso decía yo lo del genio, y dices «¡chél, si yo siempre he sido bastante divertido, ¿cómo dicen que ahora tengo mal genio?»...*» (GD8: 10-11)

«- Si *tienes salud y puedes hacer la cosas...*

- Si *tienes salud es hacerte la idea y no perder el ánimo...*» (GD10: 13)

Los más mayores en edad y delicados de salud son los menos activos («a la fuerza») y por tanto los que más aceptan que son mayores y los que más se resignan ante los cambios del envejecer. En resumen, se cumple la fórmula: enfermedad + pasividad = vejez. Y por contra estar sanos y activos será mantenerse joven. Las personas mayores «más jóvenes» son las que están activas, más sanas... (GD9: 4 ó EM5). Por ello sentirse joven es igual a sentirse productivo, útil. Por tanto la ecuación se resuelve de esta manera: el nivel de actividad depende de la salud, y el ser mayor estará relacionado con ambas: actividad + salud = juventud. Vemos cómo no podemos separar ambos factores (salud y actividad) porque con limitaciones físicas no se puede seguir mínimamente activo, y si no se está activo, en consecuencia, uno se vuelve (le vuelven) mayor.

«...vemos a una persona con 90 años y *la ves lúcida, que sabe lo que está diciendo, que vive, que anda, que sube y que baja, pues esa edad tan alta pues me parece estupenda. Ahora, cuando ves a personas con 65 años o con 60 o con 70 años que les tienen que dar de comer, que en fin, que no se pueden mover, ¿pues qué les importa a esas personas vivir veinte años más si son vegetales?»*» (EM1: 11 ó GD6: 13-14, GD1: 15-16)

« (...) *cuando se tiene alguna enfermedad y no puedes hacer nada, ¿sabes?... (...)... me da mucho miedo de la vejez, de la vejez vejez me da mucho miedo porque no quiero ser vieja, yo no digo que sea mayor tampoco, pero me da miedo a las enfermedades... (...) Me da miedo ser mayor y de ser una persona que no se pueda valer y esas cosas...*» (EM5: 3 y ver GD5: 21: «te vas notando más disminuido en todos los sentidos...»)

También hemos comprobado cómo *las relaciones/soledad, la muerte de seres queridos, la edad más o menos avanzada...* y otras circunstancias (además de las ya tratadas) definen el ser mayor según los relatos de los protagonistas de este estudio. Han mencionado el ser mayor desde un conjunto de fac-

tores o de «varias circunstancias» (económicas, salud, necesidades, etc.), no un sólo factor:

«...de la salud, de su estado físico y económico, depende también de sus circunstancias familiares. De un montón de cosas que influyen. Hombre, hay una cosa que es esencial indudablemente: de todas las habidas y por haber, la de la persona que está sana es completamente diferente a la persona que no lo está... (...) ...en fin, hay un abismo de diferencias. (...) las personas, por las circunstancias que sean, que tienen poco cubiertas sus mínimas necesidades...» (EM1: 4-5)

Pero en general sus testimonios son más concretos. Por ejemplo, señalan la soledad, la situación familiar, la viudedad⁸. Muchas viudas (en contra de la situación de «estar» de los jubilados) perciben esta vivencia como una situación de «ser, quedarse», no de «estar», sino que se trata de una experiencia irreversible, que les marca profundamente más que la jubilación u otras circunstancias familiares, como la partida de los hijos. La viudedad (también en los hombres) es un factor que acelera el envejecimiento, hace que una persona se sienta sola, desconectada, mayor. Vemos, de nuevo, la importancia de tener/no tener pareja en estas edades (epígrafe 9.5.2.1). Hasta tal punto la viudedad es decisoria (más en las mujeres), que mientras vive el marido-pareja uno se considera joven: «...Y cuando falta uno, el que se queda ya es mayor» (GD7: 15 o ver EM20: 8, EM15: 4-5)

El modo de convivencia y la situación familiar-de pareja perfila nítidamente el ser mayor. Según distintas investigaciones, por ejemplo, en los mayores que viven en Residencias o bien «rotando por temporadas» en las casas de sus distintos hijos... se acelera el envejecimiento. Es decir, no vivir en el propio entorno es señalado como uno de los principales «envejecedores» que en nuestro estudio no mencionan como vivencia (porque todos viven en su entorno habitual) pero sí como valor y necesidad (Capítulo 11). Como contrapartida, el tener aún los hijos en casa, no ser abuelo, los padres mayores pero vivos... hace que uno se sienta más joven. Si la viudedad es el ejemplo paradigmático que representa la soledad, hemos de decir que la muerte de un ser querido mayor (hermano, padres, amigo...) también actúa como «concienciador» y acelerador del enve-

⁸ Ya se ha tratado en otros apartados la relevancia de la situación de viudedad a distintos niveles. Al principio de este Capítulo vimos cómo la confusión en la autoidentificación era mayor en las mujeres. Por ejemplo, muchas mayores (jubiladas o amas de casa) se definen como «viudas» antes que como «mayores» u otros términos. Parece que prefieren identificarse con esta situación (común a otras mujeres) que, al menos, tiene una desconsideración social menos fuerte que el concepto de «viejas, marujas», por ejemplo.

jecimiento. Sobre todo si el fallecido es de la misma edad, recuerda a los mayores la cercanía de la muerte y eso les hace sentirse «mayores». Por todo ello la muerte de la pareja es altamente «envejecedora» en varios sentidos. En definitiva, el sentirse o estar solo (aunque se tenga compañía y se esté casado) es uno de los factores que mencionan como «envejecedores» (véase diferentes tipo de «soledad» en el apartado 9.75, GD5: 21 ó EM7: 6)

«M.— Yo como vive mi marido yo *me encuentro joven y a mi marido también porque tengo a mi madre que tiene 90 años, ¿eh?, y mientras ella no se muera pienso que no me puedo morir yo; ¡encuentro que le toca a ella primero!*» (GD7: 15)

«*..no tengo esa convicción de decir que soy mayor... Soy o no soy, los años están ahí pero en la vida estoy aquí. Tengo hijos todavía jóvenes... Y vamos, que todavía no soy abuelo (...) tengo edad ya para ser abuelo y casi bisabuelo, a mi edad hay gente que es bisabuelo, pero eso dicen que hace vejez, no creo yo que... al revés, a lo mejor hace que rejuvenezca más. (...). Y cuando venga, llegó, y si no viene mi madre tiene 88 años y está mejor que yo...*» (EM8: 11 o GD4: 14)

La edad también es mencionada por los mayores como un factor al que aluden como indicador, aunque no siempre claro, de envejecimiento. Como ya tratamos en otros apartados (8.2. y otros) la edad se presenta, en ocasiones, como un factor que explica todo. Se observó en el apartado 10.1 la preferencia por «persona de edad o gente de nuestras edades», por ejemplo, ante otros términos. Prefieren estos conceptos quizá porque son algo más indefinidos, más objetivos y descarnados del matiz despectivo. Nadie puede negar que tienen «determinada edad» y al mismo tiempo se trata de una alusión imprecisa que deriva en que el tener edad no suponga siempre una hostilidad tan transparente como lo supone el término «viejo o anciano».

La edad es aludida como el «chivo expiatorio» y como culpable de todo lo que conduce a la vejez. Pensemos que desgranando sus testimonios vemos que detrás de la «edad» están queriendo decir «paso del tiempo», «lo que tiene que ser», en definitiva el proceso de envejecimiento como algo inexorable. Pero se sienten más cómodos o menos responsables de su situación, por lo visto, empleando este concepto que no el de vejez, que podría ser sinónimo de lo que a ellos se están refiriendo en realidad. De nuevo la edad es lo que marca el «ser mayor». Jubilación como «fin»; es la idea de que la edad «tope» para resolver la vida son «los 60». Por ejemplo, los 60 años (GD4, EM1), 65 (GD7, EM11, GD5) ó 70 (GD2, GD9: 7) son señalados como un punto de inflexión que marca el principio de la vejez.

«H.– Sí, cuando llegan los 60 años pues se nota mucho...

H.– Toda persona que a los 60 años no haya resuelto su vida ¡no la va a resolver!

H.– Eso sí, parece que a esta edad te das cuenta de que vas siendo mayor, pero ¿hasta entonces?...» (GD4: 14)

«...alrededor de los 60 años que por muchas circunstancias y muchas variaciones que haya habido, pero a partir de los 60 años la gente empieza a ser anciana, aunque no lo quieran aceptar. (...) que si debe haber una barrera pues para mí está alrededor de los 60 años, aunque desde luego hay muchísima gente que tiene 70 y todavía...» (EM1: 4 o EM11: 2) «... a los 65 hay persona que ya está desgastada, y lo que busca es reposo y tranquilidad y hay quien...» (GD5: 21, GD7: 14)

La edad adquiere el significado a veces de «enfermedad»; cumplir años es un accidente inevitable, algo «fatal». La edad será una metonimia para referirse a envejecimiento o vejez en sentido negativo y así edulcorar los significados negativos de la vejez. Mencionan la edad como productora del cansancio que ahora sienten y del dolor físico que les impide hacer las tareas de la casa con rapidez y seguridad.

«...Cuando te cansas; mira, yo de 56 ó 57 años, yo limpiaba en casa y me iba a trabajar... hacía todo el trabajo de casa y me iba a trabajar y ¡bien! (...) ahora no...» (GD9: 7)

«– En la edad está el misterio.

– Es la enfermedad más grave que hay (...).» (GD8: 11 o GD8: 12: «...nosotros estamos en la tercera edad, pero ¿cuando entremos a la cuarta?... (...) ¡Nos quedamos en la tercera!...»)

«... porque yo, a los 60 años fue cuando ya empecé a notar que me dio un bajón, y ellas dicen ahora igual..., y dicen: «¡uy!, si ya me duele una rodilla, o me duele el brazo»...» (EM4: 9 y GD9: 5, GD9: 10, GD5: 14)

La edad, el paso del tiempo en general, el no poder hacer «determinadas cosas» por los avances que supone el paso del tiempo y la posible desconexión de los mismos (acceso a ordenadores, euro, desarrollo de los hijos, por ejemplo)... también es aludido por los mayores que sienten con los cambios acelerados que el «tiempo se les escapa» de entre los dedos e indefectiblemente les envejece (véase apartado 9.1. y 10.1.). El problema en sí es «ser viejo». Ser viejo se erige como verdadero trauma y problema en sí mismo. Aunque resulte abstracto y paradójico, parece que les convence (¿tranquiliza?) pensar que ser viejo o entrar en edad es la causa de los problemas; «a mayor

edad más problemas», es la fórmula que a muchos les parece cierta, o mejor dicho, inexorable, inevitable:

«...pero yo creo que *al paso de más edad más problemas, ¿no?*, así lo entiendo yo. Una persona que tiene 60 años, *por ejemplo, aún está en una edad que la vida la ve muy bonita, pero después entras en más edad, (...) traen problemas o en fin cosas que te hacen cambiar, ¿es normal!*» (EM11: 1) ...*Y cuando entramos en edad pues no sé porqué se nos hace mal genio, no tenemos paciencia... (...) Si una persona ha sido alegre, si no le ha faltado nada, ha estado siempre bien, ¿por qué después ves ese cambio? (...) si será el ser viejo. Entonces esto puede ser un problema... y es que no sé el porqué después problemas no faltan...»* (EM11: 5)

«- Pero siempre hay problemas, y más en estas edades...» (GD9: 17)

«...dejas de ver a Juanito y a Pepito durante cinco años, y *un día te los encuentras por la calle con su retoño, y su retoño es un tiarrón de 20 años, con dos metros de estatura (...) te hace sentir mayor...*» (EM3: 11, GD9: 8)

10.3. UN MOSAICO DE REPRESENTACIONES SOCIALES SOBRE LOS MAYORES

«Todo el mundo quiere llegar a viejo, pero nadie quiere serlo»
(Martin Held)

En este apartado caminamos desde el concepto-identidad de ser mayor (a nivel personal, ya tratado), a desarrollar el ser mayor desde los demás. Tengamos presente la idea de identidad como *construcción social* y en interacción con/desde los demás. Ya podemos anticipar, pues, la respuesta al interrogante planteado: *ser-estar-hacerse mayor, ¿percepción personal o etiqueta psicossocial?* Si los mayores hablan de «sentirse» mayores como algo personal pensamos que ello no exime de que sea conformado desde la negociación social de lo que es ser mayor. Es decir, aunque ellos no son conscientes de esta influencia queda claro que ese «sentimiento» que parece personal está, en todo caso, construido desde los demás. Sólo desde este punto de vista entendemos el proceso de envejecimiento como algo en continua (re)adaptación y (re)definición.

Tratemos los testimonios diferenciados de los mayores acerca del ser mayor como «algo que se percibe personalmente» o como algo «definido desde los demás». En relación a la primera idea de «uno es mayor cuando se siente o se autopercibe mayor» parece claro que está influenciada por la pérdida de autonomía y capacidad para estar activo que ya hemos comentado. Aunque los

mayores no siempre sean conscientes de la imbricación de factores psicológicos y sociales (no lo manifiestan en términos teóricos, no tienen porqué hacerlo), el sentirse mayor (del verbo sentir, sentimiento, percepción) se equipara aquí con el «hacerse y construirse» (uno mismo desde los demás) la identidad de «ser mayor»:

«(...) eso de *la edad* y eso yo creo que es relativo. Eso va con cada persona, eso es innato en cada persona. La gente es joven o mayor según quieran serlo ellos, yo puedo ser mayor pero tengo ganas de disfrutar la vida como tú que tienes 15 años ahora. (...)» (EM8: 11)

«- Eso depende de las ideas de cada uno.

- Hay quien es mayor el mismo día que nace, se siente ya mayor, y yo me siento joven, y tengo 65 y...» (GD10: 12)

«Yo todavía mayor no me siento (...) Una se empieza a ser mayor cuando una quiere ser mayor. (...) A lo mejor personas más jóvenes que yo se encuentran mayor que yo...» (EM16: 4-5, GD10: 13, EM1: 4)

Pero vemos que este hacerse-sentirse-ser mayor sería lo contrario a la ilusión de vivir, tener proyectos para realizar, estar a gusto con lo que se hace; en última instancia con la actividad. Como decimos, el ser o hacerse mayor no es un sentimiento abstracto y subjetivo sino construido socialmente. Así lo manifiesta C. Domínguez, responsable del Programa de Mayores de Getafe (Madrid), en la entrevista que concertamos:

«...no es la edad, no es solamente la edad, la edad desde luego... (...) ...que no puedes hacer cosas, que ya no te sientes tan fuerte, tan capaz de asumir eh... eh... retos que asumías antes, las personas se sienten más mayores. (...) una persona vital, con ganas de vivir, con capacidad, que... que es activa, esa persona no es vieja, tiene años pero no se siente mayor (...) mucho que ver con la falta de autonomía y con las ganas de vivir...» (EE10: 11-12)

La mezcla de factores personales y subjetivos con/desde la visión social (he aquí una de las bases del enfoque psicosociológico) de ser mayor es, en resumen, lo que destacan algunos de los expertos:

«...cada uno, es cuando la persona se siente mayor, la persona se puede sentir mayor de una forma muy feliz, y se puede sentir mayor de una forma muy infeliz (...) el envejecimiento debe medirse desde parámetros subjetivos, aunque es difícil con este tema hacer estadísticas (...) es algo absolutamente subjetivo, marcado por unos condicionantes físicos y por unos condicionantes sociales...» (EE17: 11, EE12: 7-8)

Uno empieza a ser mayor cuando empieza a «recordar demasiado», a estar melancólico, a tener más retrospectión (EM6: 7, EM16) que proyección. Recordemos que esta podía ser una de las reacciones «defensivas» de los mayores. Por ejemplo, la regresión, el recordar el pasado y centrar la identidad en él, puede tener efectos negativos de «huida», desvinculación social, introversión, no adaptación a la situación actual y a la realidad social en la que vive. Pero la reminiscencia o el recordar el pasado puede tener un sentido positivo y dar un significado de continuidad a la vejez. La comparación de Laforest lo expresa claramente: *«al igual que la mirada del alpinista que ha conquistado la cumbre puede abarcar la montaña, así la reminiscencia es esa mirada que el anciano llegado a la cumbre de la vida puede proyectar sobre ella. Los adelantos y retrocesos que han jalonado la ascensión aparecen en una nueva perspectiva y toman ahora el valor del conjunto al que pertenecen»* (Laforest, 1991: 106). Por tanto, ha quedado bastante claro que cuando un mayor contempla la vida desde la cumbre puede valorarla en su conjunto, como un todo, como una experiencia global que da sentido ahora a esta parte de la vida que sería la cumbre en sí. Que la vejez se perciba de este modo o simplemente como un fin incidirá, pues, en la adaptación o no del mayor a su «nueva identidad» y lugar social.

Y junto a todo ello, la otra idea nuclear que se percibe sobre «la sociedad te hace mayor» no puede entenderse sin la percepción personal, pero más bien a la inversa: lo personal deriva y se construye sobre los cimientos de lo social. Recordemos la concepción adoptada por Torregrosa (1983), Gergen y Shotter (1989), Gergen (1991), Crespo (1991, 1995), entre otros. Traslade-mos la opinión de los sociólogos entrevistados, primero la de J. Álvarez y luego la de B. García Sanz:

«...no es tan importante la autopercepción sino la imagen (...) la que ellos reciben de su entorno que se están moviendo, (...) hay una cierta marginación laboral como consecuencia de la edad (EE18: 11) (...) en la mujer, su belleza o no belleza que se deteriora con la edad, entonces sí lo perciben, pero nuevamente es el entorno el que le está lanzando una imagen que le sirve como espejo para verse a sí misma.» (EE18: 12)

«...el ser mayor yo creo que es un hecho que no se produce un día y a una hora determinada, es un proceso, nos vamos haciendo mayores, ¡eh!, nos vamos haciendo mayores (...) tiene connotaciones objetivas y subjetivas (...) ser mayor, pues, es algo... es algo subjetivo, es decir, es la sociedad la que de alguna manera nos hace mayores, nos hace mayores, ¡eh!, y es curioso y cada sociedad tiene una manera diferente de... de hacer mayor e incluso

dentro de la propia sociedad; (...) fijate cómo el concepto del mayor ha dependido de las diferentes connotaciones históricas (...) dos campos donde podríamos definir la objetivación del hacerse mayor, pueden ser: uno ruptura con la sociedad, (...) ...uno se va aislando, uno se va individualizando, y dos, eso tiene también unas connotaciones físicas, yo creo que son la dependencia física, (...) a veces puede ir unido, pero no siempre va unido...» (EE3: 5-6)

Nuestras actitudes hacia la jubilación, hacia el trabajo... incluso los valores más básicos son construidos en/desde los otros que actúan como espejo en el que nos miramos e identificamos. Pero este espejo no es algo externo sino que también se conforma en virtud de un consenso social negociado y en continua reconstrucción de cómo y qué tiene que ser ese espejo. En general el espejo-percepción social (imagen social, representaciones sociales) es mucho más negativo que sus autodefiniciones. Entonces este choque de la identidad personal como «no mayores aún» y la imagen social «de mayores» es lo que es desgranado en este epígrafe (véase GD10: 4): «...nos dicen que somos unos antiguos... (...) te dicen «el viejo verde este»...)

Son los demás los que les estigmatizan y les ven viejos. Además del envejecimiento progresivo (que muchos empezaron a notar con 40-50 años), el tratamiento por parte de los demás de «usted» o la concepción de que el tiempo pasa aceleradamente... hacen que se sientan «mayores». Aparte de que uno vaya notando progresivamente las limitaciones físicas... los demás acentúan (o atenúan, en cualquier caso influyen) el proceso de ser mayor.

«— Yo, yo, yo soy el que digo eso, que a nosotros nos ven viejos, no es que nosotros...»

— Seamos [RISAS]...

— ... seamos unos desadaptados, no, no, no, es que el conflicto generacional existe siempre...» (GD5: 19)

«...todos los compañeros me decían, de broma, desde los 58: «el jubilado, el vejete, el abuelo, el yayo...» (...) y cada vez que te pones las gafas oyes que te dicen: «viejo, viejo, viejo...» (...) te acaba pesando; sin histeria, ¿eh?, pero lo acabas notando, y como es real...» EM3: 6 o EM3: 11: «...me afectó mucho más el día que iba por la calle (...) No te han dicho: «Oye, ¿tienes hora?», sino que te han dicho: «Perdone, ¿señor, lleva hora?», esa chica no sabe el «hachazo» que me asestó...»)

La confusión conceptual y la indefinición del «ser mayor» puede explicarse por el rechazo a la identidad como mayores tal como se proyecta actualmente desde/en los distintos contextos sociales. Es decir, como la identidad y con-

cepto de mayor está creada desde el consenso social, y como en este consenso predomina una idea de negatividad, esto influirá a su vez en una construcción de identidad, cuanto menos difícil, confusa, truncada. No hace falta añadir de momento nada sino confirmar el proceso negociador, en interacción, en el que se (re)construye la identidad y vivencia de ser mayor.

Por tanto, si hasta ahora hemos profundizado en la autopercepción y autoconcepto de *ser mayor*, ahora nos centraremos en las actitudes, imágenes y representaciones sociales de las personas mayores. Se intenta profundizar sobre la forma en que los mayores son vistos por la sociedad, por la población no mayor. No olvidemos que las actitudes de los mayores como *acciones discursivas compartidas* no pueden entenderse adecuadamente sin conocer las representaciones sociales, y a la inversa. Cómo sean considerados y tratados socialmente los mayores se refleja, pues, sobre la actividad-pasividad de los mayores y sus estructuras significacionales.

Partimos de la idea de que imagen, tratamiento y representación social son conceptos distintos. Pero para nuestro caso hemos unificado los mismos en este apartado aún a sabiendas de que cada constructo es diferente y aporta unos matices. Hay que tener presente que la «imagen social sobre alguien» (idea más abstracta) no es lo mismo que el «tratamiento que se recibe» (algo más concreto) o la «representación social» (concepto globalizador)⁹. En este caso lo hemos puesto en un mismo eje porque planteando tanto las imágenes como el tratamiento¹⁰ nos aproximamos a las representaciones desde la percepción de los mayores sobre lo que la población de otras edades piensan de ellos. Como nuestro objeto central no era desglosar cada uno de los conceptos hemos unido los discursos bajo su común denominador: «los mayores desde los demás».

Se aborda, inmediatamente, cada una de las partes-imágenes de la vidriera, mosaico, *puzzle* o *collage* que conforman las representaciones sociales de

⁹ Parece observarse desde los discursos de los mayores que las imágenes y representaciones sociales se construyen más desde el tratamiento cotidiano hacia ellos (desde la familia, instituciones...) que desde los *mass media* (TV, etc.) a cuyas referencias no aluden.

¹⁰ Hemos de decir que en la fase aplicada (en las entrevistas y GD a los mayores) no se podía plantear la cuestión con el concepto de «representación social» extraño y ambiguo no sólo para los mayores sino para la población en general. Por ello se optó por «traducirlo» a los conceptos más prácticos y conocidos como «imagen social» (para obtener una idea más abstracta) y «tratamiento social» (para obtener un discurso más concreto) de la población no mayor. Las preguntas se pronunciaban en esta línea: *¿cuál cree que son las imágenes sociales de la gente mayor?* Aún así, había que explicitarlo algo más para que se nos entendiese el objeto de la pregunta, diciendo: *¿Cómo se les ve a los mayores? ¿Cómo se les trata? ¿Qué piensa la gente no mayor de los mayores?*

los mayores. En un primer apartado se discierne sobre un discurso ambivalente predominante tanto desde los mayores como desde los expertos entrevistados y otras investigaciones sobre las imágenes de la vejez, mejor dicho «vejezes». En la segunda parte desmenuzaremos el discurso de negatividad predominante respecto a la vejez. Se acabará —en el tercer epígrafe— con los discursos concretos sobre el tratamiento institucional que los mayores perciben.

10.3.1. El discurso de la ambivalencia: entre la gerontofilia y la gerontofobia

De entrada, hemos de decir que el *puzzle* de imágenes que se recogen no están nada claras: igual se presentan en blanco y negro que a color. Es decir, el conjunto de la visión de los demás se asemeja a un claroscuro, a una pintura abstracta, a una pintura impresionista, difuminada, poco delimitada. Aun así, se apuntarán los discursos generales y los matices discursivos más reveladores de esta cara de la «realidad» de los mayores. Hay un discurso común teñido de negatividad, cuyos discursos concretos parecen confirmar, desgraciadamente, algunos de los estereotipos negativos ya apuntados.

Algunos de los mayores tenían un concepto de ser mayor negativo, se autoidentifican como «viejos», y además, su autopercepción es más negativa que la imagen social. Pero la mayor parte de los mayores muestran un autoconcepto positivo en relación al concepto social más negativo que se tiene de los mayores. Piensan que se les ve peor de lo que ellos se autoperciben. En cualquier caso, el autoconcepto e imágenes sociales sobre la gente mayor son dos temáticas que requieren estudiarse de forma paralela y por ello se ha unido ambas áreas.

Tenemos que recordar que la teoría es la del *etiquetaje, estigmatización o «labeling»*. La etiqueta que se se cuelga a una persona es un buen ejemplo de que la representación social de la vejez es una profecía que se autocumple; por un lado está el hecho de que nuestro comportamiento con respecto a los demás se basa no tanto en cómo son en realidad, sino en cómo lo percibimos. Por otro lado, nuestro autoconcepto se fundamenta en las conductas que nuestra presencia y comportamiento evocan en los demás; de ahí que si se nos percibe de una manera determinada podemos acabar autopercibiéndonos de esa misma forma, lo que hará que nos comportemos y nos definamos a nosotros mismos cómo nos perciben los demás. Los mayores, si se autodefinen como «viejos», sus conductas irán parejas al estereotipo social de cómo se comporta una persona vieja y acabará asumiendo la imagen social que los

demás reflejan de este aspecto. Estas son, de forma somera, las tesis que defiende la teoría del *etiquetado* o *labeling*»¹¹.

Si en general se perciben casi todas las imágenes con tintes oscuros, un discurso más positivo parecen tener los mayores de estratos sociales privilegiados al sentirse mejor considerados socialmente, más queridos. También parece observarse un discurso positivo general en zonas rurales e intermedias (relaciones más estrechas inter e intrageneracionales) que en zonas urbanas y megaurbanas, y así lo confirman encuestas nacionales como la del INSERSO (1995a: 93)¹². Los de menor estatus y las mujeres mayores (sobre todo las amas de casa) piensan que son peor consideradas a nivel social. Estas pautas según hábitat, género y estatus social también son detectadas desde los expertos (EE1, EE3, EE8, EE18, por ejemplo) como desde otros estudios. Aunque se tiende hacia una revalorización de los mayores, depende del aspecto que evaluemos obtener una imagen más o menos deteriorada de los mismos. Veamos a través de algunos expertos cómo el hábitat, la situación de salud-dependencia, el estatus-profesión (ingresos) y otros condicionantes inciden sobre lo que venimos diciendo:

¹¹ Para Kuypers y Bengston (1973, en Algado, 1997: 25), existe un modelo social, un estereotipo que se propaga socialmente, que presenta a los mayores y los etiqueta como seres dependientes e incompetentes, que experimentan una pérdida de roles y disminuyen sus referencias de grupo. Como consecuencia de esta socialización se les imprime una etiqueta de carácter negativo, su autoimagen vendrá influenciada por estos estigmas. Según Bengston (1973, en Bazo, 1990: 12) esta teoría puede ayudar a explicar algunas conductas de la gente mayor como la que deriva de etiquetar a una persona como «senil» o «dependiente». La persona será percibida y tratada según el significado social de la etiqueta, lo que va a condicionar la conducta de la persona mayor, que verá modificados sus roles, estatus e identidad. De todas maneras, a pesar de constituir una teoría importante, suele ser criticada por tener limitadas sus posibilidades debido a la naturaleza de sus términos (Bazo, 1990), entre otras deficiencias.

Por ejemplo, Estes y Binney (1989) comentan la «biomedicalización» de los problemas de los mayores como uno de los problemas en estas edades más importantes hoy. La naturalización de los problemas (es decir, la vejez, como problema natural e inevitable frente al que se puede hacer poco más que «medicalizarlo») es utilizada como estrategia para estigmatizar esta etapa y, de esa forma, justificar la marginación continuada a que se somete a la población mayor. Esto puede constituir una forma de «ageism» o prejuicio contra la edad.

¹² Según la encuesta INSERSO/CIS de 1993 (INSERSO, 1995a: 93-94), los mayores piensan que la sociedad les trata bien (un 64%), la situación es mejor que la de sus padres (57%). Pero, un 19% opina que la sociedad les trata con indiferencia, un 8% dice que les trata mal, un 23% se queja de la indiferencia de los jóvenes hacia los mayores, un 18% entiende que los jóvenes se comportan con ellos con desconsideración y un 8% que su situación es peor que la de sus padres. Pero la percepción del tratamiento social ha mejorado desde 1982, que fue cuando se midió por primera vez estas cuestiones. Pero hasta 1993 no se realiza el primer intento paneuropeo (de cada uno de los 12 Estados miembros de la UE) de proporcionar una imagen global sobre los mayores (dos encuestas-Eurobarómetros, una a 12.800 personas de 15 y más años, y la segunda, a 5.000 mayores de 60 años. (Ver Walker, 1996: 17-42.)

«... en el ámbito rural se les percibe con respeto porque son un grupo de presión fortísimo, son la mayoría de la población. En el ámbito urbano, bueno, como algo a que no se quiere llegar, la gente no quiere llegar a ser viejo y dan mucha pena en ocasiones y como un estorbo...» (EE18: 12 y EE3: 4)

«(hablando del auge del asociacionismo de mayores)...(...) ha habido un cambio espectacular, de una imagen negativa, el mayor (...) ahora ya los mayores no se retiran de la vida social, no ahora los mayores ya no se retiran de la vida social, continúan estando en la vida social, continúan participando, su imagen se ha reforzado en los últimos años de una forma extraordinaria, incluso la imagen de ese viejo decrépito, mayor, obsoleto, está desapareciendo y se está cristalizando una imagen social muy importante. Otro ejemplo concreto, *los bancos*; los bancos han cambiado radicalmente su imagen (...) aparece una pareja de gente mayor bailando, ¿eh?, imagen de dinamismo. Y luego, por otra parte, las políticas públicas, *las políticas públicas han sido muy importantes en este proceso de valorización o revalorización de la imagen del mayor*, por muchas vías, primera: la política de protección social al grupo social que más ha beneficiado es a la gente mayor...» (EE4: 3 y EE1: 4)

Por otra parte, si el Capítulo 7 concluía con un consenso discursivo de los mayores sobre «cualquier tiempo pasado fue peor» al referirse a sus condiciones vitales y laborales, no encontramos la misma concordancia respecto a las imagen social, ya que piensan que en esta cuestión «cualquier tiempo pasado fue mejor...». Es decir, reconocen que ellos han tratado (y tratan) mejor a sus mayores y sus antepasados eran, generalmente, mejor considerados y apreciados que hoy. Pero podemos observar cómo los discursos de los mayores son poco acordes con los análisis de los historiadores aludidos en el epígrafe 2.1. Los investigadores que han estudiado a la vejez desde una perspectiva histórica concluyen en que los mayores han sido «ensalzados» o bien «abandonados» (los dos polos) según la época, la cultura u otros factores considerados. La ambivalencia, y no siempre un mejor tratamiento (como piensan algunos mayores), ha sido característica del pasado. El sociólogo Cano (1990: 73-75) nos remite al pasado para constatar la vejez como «una maldición» según la antigua Grecia¹³. Pero los mayores manifiestan un peor tratamiento respecto al pasado por varios motivos:

¹³ En un Capítulo («A los dioses no les gusta la vejez») de su obra alude a la mayor representación de la juventud en la mitología y en la historia como *lo deseable*. Expone una serie de valores predominantes hoy como potenciadores del rechazo a la vejez que pueden ser, resumidamente: orientación al presente o futuro, orientación cultural intramundana, cultura del trabajo, productividad, consumo, individualismo, entre otros. Todos estos valores ya comentados desembocan en que los mayores sean y se sientan poco apreciados, o incluso rechazados. La vivencia de esta etapa (menos productiva, menos consumista —desde una orientación productivista—, orientada al presente) se torna difícil (a veces imposible) con los valores predominantes.

1) Se refieren a sus antepasados más cercanos (padres, abuelos) e inmediatos que no eran (no serán) abandonados por sus hijos (que son los mayores de hoy, ellos mismos). Han convivido con sus padres y abuelos en sus casas y les han cuidado «hasta la muerte». Sin embargo, no se comparan con otras épocas y otras culturas que otorgaban (y otorgan) un tratamiento más negativo, o al menos ambivalente.

2) No observan ni tienen presente las mejores condiciones materiales alcanzadas (mayor independencia económica, salud, preparación...)... y tampoco lo contrastan con un tratamiento institucional, aún incipiente y falto de mejoras, pero más profesionalizado que nunca (servicios sociales, pensiones, sanidad, etc.).

3) Intuyen, observando el entorno de algunos mayores, que pueden ser «abandonados en una Residencia» por los hijos o hijas —las eternas cuidadoras, que ya no estarán disponibles porque trabajan—. Por ello transmiten una idea pesimista y de miedo hacia cómo y por quién serán tratados cuando sean dependientes (véase Capítulo 11).

Debido a estas valoraciones transmiten, coherentemente, un discurso simultáneo positivo y negativo, pero con predominio de la negatividad. La contrapartida que los mayores perciben de poder disfrutar los avances sociales alcanzados parece ser la «deshumanización» y tratamiento menos «familiar» hacia los mayores. Para muchos el «precio» que hay que pagar es muy alto y preferirían, a veces con una nostalgia engañosa, volver al pasado de sus mayores. Muchos de los participantes de nuestro estudio destacan el respeto que antes mostraban ante sus mayores, bien fuera por una mayor admiración, bien por una educación más represiva y de mayor respeto. El tema de la educación es un tema recurrente al que aluden sin preguntarles por ello (ver Capítulos 10 y 12). Exponen dudas sobre si el respeto de antaño era mayor e implicaba admiración/cariño o más bien represión y miedo.

«- (...) antes teníamos *más cariño familiarmente* y *respetábamos más* a nuestros padres, ¡que no podíamos levantarles la vista porque...!

- ¡Oye, oye! (- Eso es verdad) eso *era* *¿respeto o miedo?*...

- Eso era miedo...

- ...a mi padre, *mucho respeto pero también miedo*, ¡eh!, con mis hijos no ha habido esa distancia que había con mis padres. Cuando mi padre decía (...)

- (...) en aquella época, que eso es verdad, *la convivencia familiar entonces era más cercana que la de ahora, ahora la gente es algo más independiente...* (...)» (GD1: 7)

«H.– (...) ...Antiguamente los viejos eran mejor tratados que hoy, porque nosotros a nuestros padres los hemos tratado pues como padres que eran, o sea que los hemos tratado maravillosamente. En cambio hoy en día no nos tratan como nosotros tratábamos a nuestros padres (...) Pero el cariño que teníamos antes a los viejos no lo tiene hoy en día.(...) que tengan un poco de compasión (...)

(...)H.– Yo digo que antes se le tenía respeto a los padres...» (GD4: 19-20, EM11: 3)

Así lo expresa también uno de los expertos mayores entrevistados:

«Los viejos, hoy, pasan a ser un poco desconsiderados (...) por la sociedad, y es que hay muchos y eso antes a un viejo se le tenía una cierta veneración en el pueblo e incluso había pueblos que se regían por un Consejo de ancianos; ni que decir tiene que en Grecia esos ancianos que se recogían en el ágora para pensar, meditar, calcular y juzgar los problemas que tenía la propia sociedad griega, pues eran personas valiosas porque con su experiencia (...). Hoy esa experiencia, aunque sea mucha, sin duda alguna es difícil de transmitir y además, encima, no se les hace caso (...), se piensa que son unos viejos que están gastados y la verdad es que nuestro tiempo nos deja pocas posibilidades de transmisión...» (EE2: 4)

La historia más reciente de las imágenes de los mayores desde principios de siglo (para un recorrido histórico véase 2.1 y 3.3) nos confirma este *puzzle* o *collage* de las imágenes y tratamiento hacia los mayores. Siguiendo la idea de López Jiménez (1993: 61 y ss.), la construcción de la imagen social de la vejez más contemporánea parte de los años 30, con una generalización de la imagen del mayor como «jubilados». La idea inicial era la conquista social del descanso de los trabajadores. Ya en los años 60 se desarrolla el concepto de Tercera Edad para dar coherencia al descanso y al consumo al mismo tiempo. A finales de los 70 se desarrolla una imagen de la vejez que se asocia al declive físico y a la muerte, yuxtapuesta a formas de jubilación anticipada y un ideal de vejez sinónimo de ociosidad. Hoy las representaciones sociales en torno a este segmento de población se puede corroborar que son diversas, ambivalentes y contradictorias.

Se construye un acalorado debate sobre la cuestión, ¿había una mejor consideración a los mayores en el pasado?, ¿se les aprecia más hoy o en tiempos pasados? Parece que concluyen en que antes era mejor el tratamiento, o mejor dicho, en que no se puede generalizar: hay de todo. Las mujeres mayores, en concreto, perciben una descompensación entre el apoyo que ellas prestan y el tratamiento que reciben y recibirán...

«- Y los hay que no los aguantan ni la familia, aquí en el pueblo todos conocemos los jaleos que hay con los mayores, pero después para la herencia todos vienen...

(...)- (...) *ja los viejos nadie los quiere! hoy..., no digo aquí en Cocentaina, digo en general, a los viejos nadie los quiere.*

(...)- *Nosotras adorábamos a los viejos, yo a mi abuela, ¡ay!...*

- De la edad de nosotras hemos tenido a nuestras madres hasta última hora y bien, pero ¿esta generación que viene?, ¡ni hablar! (...) las madres no quieren molestar a los hijos para nada...

(...)- *Pero hay de todo, antes y ahora.*

- *Yo veo que la gente joven, yo qué sé, es mejor que antes.*

- *¡No! la gente joven ahora no aguantan a las madres hasta los 80, o los 90...*

(...)- *... las abuelas se encargan de los niños y después con una patada ja la calle! (GD9: 10-11, GD4: 18: «...Ustedes, como yo, sus padres murieron siempre a su vera (...) ...se nos ha muerto una señora que era tía de mi mujer, no la madre (...) ella y mis hijas «abuela para aquí, abuela para allá». Y aquí murió en mi casa (...), y no era su madre y no la mandamos a ninguna Residencia (...), eso es muy duro...» (GD4: 18)*

Además del peor tratamiento respecto al pasado muchos incluso tienen que ayudar con su pensión a los hijos, cuidando a los nietos (véase Capítulo 9.5, GD7: 17), etc. Y como ya se puede deducir de lo expuesto, aluden como una de las causas del peor tratamiento actual a la incorporación de las mujeres al mundo laboral. La menor disponibilidad de las mujeres jóvenes como cuidadoras constituye la cara negativa que las mayores destacan respecto a la inserción laboral de las mujeres, de sus hijas. Hasta hace pocos años las mujeres se encargaban de los mayores hasta el final.

«M.- (...) como las mujeres no trabajaban ninguna, estaban más pendientes de los abuelitos. Hoy en día como las mujeres se van a trabajar no los pueden tener.

M.- Pues no los puede tener nadie... Nosotros aún porque nos han criado de aquella manera (M.- ¡Ah! sí), y un rincón de casa siempre era para los abuelitos (...) pero hoy en día todos trabajan, todos van corriendo...

(...)M.- Yo no digo que no se les trate como antes pero como tienen que ir a trabajar no pueden tratarles como antes (M.- No puede ser), no es como antes que las mujeres mayores como nosotras ya no iban a ningún sitio y estaban pendientes de los abuelitos, de los que fueran...» (GD7: 16)

«...Porque antes se les tenía un respeto y ahora ya no. (...) no salía los días de fiesta de soltera; a mi madre la dio una parálisis y yo salía poco, y hoy sin embargo pues no. Hoy la gente la lleva a una Residencia, la llevan

a cualquier sitio y no la aguantan con ella. (...) Mejor antes, mejor antes, porque ahora «La vieja ésta, la vieja ésta» (...).«...¡tú eres un trasto ya!, no nos hacen ni caso...» (EM5: 4)

Otra prueba del peor tratamiento actual es la falta del tratamiento de usted (que ellos utilizaban y utilizan aún hacia los mayores) desde alguien que no les conoce. De nuevo, reafirmamos la influencia directa del lenguaje. Hacia este aspecto muestran dos discursos superpuestos: uno de aceptación (ahora más cercanía en las relaciones, más igualdad, educación más liberada), y otro de rechazo (antes había más respeto a los mayores, más unión de las familias...; aún siguen tratando de usted a los padres...). Pero suele predominar un discurso ambivalente, de petición de respeto y al mismo tiempo confianza y desaparición del «miedo» que antes se tenía hacia los padres.

«...Yo ahora mismo a un señor mayor, aunque yo ya soy mayor, no le hablo de tú, siempre le hablo de usted, hay un respeto. (...) creo que antes había más respeto que el que hay ahora. Yo a una señora mayor jamás le diría de tú, y eso no es falta de vergüenza ni nada sino que son costumbres. Hoy día la gente joven siempre están con el tú y el tú y bueno, a mí me molesta que la gente me llame de usted... (...) Tú a mí me dices de usted y yo te digo: «Ché, no me hagas mayor», y sin embargo yo, por ejemplo, a una persona mayor no soy capaz de decirle de tú, me cuesta mucho, hay un respeto, hay una educación ... (...) Se les respeta menos en el lenguaje. (...) gente joven que se pasan y tal: «Eh, tío, oye, oye tío», y ese hablar de tío a mí me pone mala... me pone descompuesta. Y yo no admito esa palabra de tío y palabras más raras. (...) pero hay mucha gente que se pasa ya del respeto al libertinaje, eso pienso yo.» (EM8: 8)

Más que decantarse por un tratamiento de tú o usted (muchos prefieren de usted), les parece indiferente si se evoca con respeto, si notan que son bien tratados, por ejemplo, GD1: ó: «Yo a mi niña, desde que tenía dos años y empezó a hablar, yo digo: «No, no, tú a mí me llamas de tú», mi suegra se subía por las paredes (...) «¿Así vas a educar a la niña?, ¿así te va a respetar?»... Hoy tiene cincuenta años y no tengo ninguna queja de mi hija, yo la enseñé a llamarme de tú y me respeta pues normalmente y me trata como lo que soy...». El tema de tutear o no sale en varias entrevistas y grupos. Reivindican un mayor respeto a través del usted, por ejemplo, pero en el fondo lo que quieren es una mayor consideración y respeto general sea utilizando el usted o el tú... La exigencia del usted se convierte en una excusa para criticar la falta de respeto que perciben.

«...Y después *la falta de respeto que hay también hacia las personas mayores, es que te tutea todo el mundo y a mí no es que me moleste que me tuteen, pero cuando hay una cierta relación y una cierta amistad, pero que vas a una tienda, o que vas por la calle y que te viene un chiquitajo y te empieza «Oye, tú, ¿qué?»...*

– O en el médico, o en el hospital...

(...)- *Es falta de respeto y entonces no hay que confundir la confianza con la falta de respeto.*

(...)- ¡Hombre!, a mi no me digas José, pero dime señor Pepe...

(...) pues en fin, *un respeto hay que mantener. Pero eso es una pérdida de valores...*

(...)- También es la forma de... como dice él, ¿no?, *no es que te moleste que te hablen de tú... (...) hoy vas por la calle y cualquier niño, cualquier... : «¡Tú!»...(- «Oye, tú, ¿qué hora tienes?») ya el tú te lo están diciendo malamente con falta de cariño y con falta de respeto y eso no me gusta porque... « (GD5: 31)*

Bajo estas imágenes se esconde, pues, el aspecto cultural, geográfico e histórico que muestra el envejecimiento. Varios autores destacan el mosaico, la gran variedad de representaciones sociales. La construcción social de estas imágenes y actitudes sociales generalmente negativas se observa a lo largo de toda la Historia y en diferentes contextos culturales. Según Fericgla (1992: 35), cuando ser viejo constituía un signo de sabiduría, respetabilidad y distanciamiento, los ancianos no tenían ningún problema en asumir toda la simbología de este hecho. Sin embargo, en las modernas sociedades ser viejo es sinónimo de estigmatización, de proximidad de la muerte, de miseria material, de enfermedades indeseables, de soledad cotidiana y de otras realidades igualmente poco atractivas. Una de las reacciones más extendidas (ya lo vimos en el Capítulo 8 y 10.1.), es «negar» la vejez por lo que comporta de enfermedades, dolor, pérdida de fuerzas, impotencia... De todos modos, desde un punto de vista histórico-social observamos las actitudes ambivalentes hacia los mayores. Sin embargo, en la línea de algunos autores (Beauvoir, 1983; Alba, 1992), hoy parece que estamos asistiendo a una eliminación suave, encubierta, soterrada, del poder de los mayores. Siguen persistiendo muchos estereotipos negativos del envejecimiento que conducen en algunos casos a la gerontofobia.

Por tanto, los discursos sobre las imágenes de la vejez pueden situarse en una *continuum* entre el rechazo (*gerontofobia*) y la admiración por los mayores (*gerontofilia*). Se viene comprobando cómo las estructuras discursivas manifiestan unas posturas ambivalentes, de rechazo y admiración al mismo tiempo. En

este sentido se siguen pautas similares al pasado. De nuevo no se puede generalizar. Así lo acabamos de ver según los mayores y así lo resumen dos expertas entrevistadas en Leganés (Madrid):

«...es que como si tú vas a la Universidad y ves a los estudiantes sentados en la hierba. Entonces la gente dice: «Los estudiantes van a la universidad a sentarse en el empedrado y a hablar». No. Entonces tú ves a los mayores que tienen la cara de naípe... Abres un centro y los ves las veinticuatro horas bueno, todo el día con el naípe.

L: Y el baile.

R: Pero es que esos no son los mayores de Leganés, o no son los mayores de España o los mayores en general. Es decir, ¿son «esos» mayores! (...).» (EE711: 6)

Veamos de inmediato esta superposición de imágenes y luego el choque del autoconcepto con las representaciones más generales. Pasividad, decrepitud, dependencia, soledad, muerte... son algunas de las imágenes y representaciones sociales con las que suele identificarse el envejecimiento. Sin embargo, también se percibe a la gente mayor desde una óptica más positiva: experiencia, sabiduría, serenidad, prudencia... Estas son dos caras de una misma moneda, dos fotografías de una misma realidad, pero resultan incompletas y ninguna de ellas por separado representa la compleja situación de la vejez. En realidad la vejez puede tener distintas caras, tal como lo demuestran también los distintos refranes y frases populares con sentido negativo («*Home vell, cada día un mal novell*», «A la vejez, viruelas», «Cuanto más viejo más pellejo»...) pero también con significado más positivo («Del viejo el consejo», «Del joven la fuerza, del viejo la ciencia»...).

Pero también podemos añadir que los estereotipos sociales que tenemos respecto a la gente mayor en general no siempre coinciden con el tratamiento individualizado hacia algunas personas de edad más próximas. Es decir, pueden coincidir en una misma persona estereotipos sociales negativos y comportamientos individuales positivos. Se han hecho algunos estudios sobre las actitudes de los niños hacia los mayores. La respuesta mayoritaria era que los mayores eran amables (75% de los niños), tacaños (25%), solitarios, con mucho tiempo libre y excéntricos (10%) (Hickey, Hickey y Kalish, 1968). Se les percibe como enfermos, cansados y no atractivos, pero también como personas maravillosas, amables y ricas (Seefeldt, Jantz, Galper y Serock, 1977). Un estudio posterior (Weinberger, 1979) muestra que los niños consideran a los mayores como personas que tienen menos amigos, una salud más débil, son menos atractivos, piden mucha ayuda... No había diferencias importantes en la

edad en cuanto a la opinión sobre mayores, pero había una actitud favorable hacia ellos (Ivester y King, 1977). El psiquiatra Mira y López (1961) observó que se daban «neurosis engendradas en niños educados por ancianos y podemos asegurar que el contacto entre esas generaciones extremas si bien no tiene por qué ser suprimido tampoco debe ser favorecido. El niño se encuentra siempre mejor con otros niños y el anciano... con otros ancianos» (pág. 65). Cabe decir que nuestro punto de vista está muy lejos de defender esta postura. Más bien al contrario, se aboga por el fomento y la cooperación intergeneracional¹⁴ (véase 9.5).

Las actitudes de los jóvenes hacia los mayores varía según haya sido su experiencia con los mismos (Moragas, 1991: 120). El *ancianismo* es el término acuñado por algunos gerontólogos para reflejar actitudes negativas basadas principalmente en prejuicios, desconocimiento y en la deformación de las posibilidades potenciales de los mayores. Según Butler (1969) la «ancianofobia» es «el reflejo de una intranquilidad profundamente arraigada por parte de los jóvenes y de la gente de mediana edad, una repulsión y desagrado a envejecer, a la enfermedad y a la incapacidad, y un miedo a la debilidad, a la inutilidad y a la muerte (Verdú, 1981: 36, ver también Moragas, 1991: 121).

Los estudios sobre mayores en la literatura infantil (Ansello, 1977), en revistas para la mujer (Schuerman, Eden y Peterson, 1977), en la literatura para adolescentes (Peterson y Eden, 1977), en la televisión (Greenberg, Korzenny y Atkin, 1979) también analizan las distintas actitudes sociales hacia la gente mayor. Desde distintos medios se descubre que a los mayores se les infravalora, no se aprecian sus roles y actividades, con lo cual se están fomentando los estereotipos. Tras la revisión de varias docenas de estudios de actitudes hacia la vejez, McTavish (1971, en Kalish, 1991: 191) enumeró los estereotipos resultantes de estas investigaciones: enfermo, cansado, desinteresado por el sexo, mentalmente lento, olvidadizo, menos capaz de aprender cosas nuevas, malhumorado, apartado, autocompasivo, con menos probabilidad de participar en actividades, aislado, viviendo en el periodo menos feliz y afortunado de la vida, improductivo y defensivo. Pero este mismo autor concluye que a pesar de estos estereotipos, las actitudes hacia la vejez no son siempre negativas y dependerán de varios factores (por ejemplo, hacia los mayores de estatus

¹⁴ Aunque no son muy numerosos en nuestro contexto español, podemos encontrar varios estudios y referencias (Fundación «la Caixa», 1994a, 1994b; Miguel, Castilla y Cais, 1994; Agulló y Garrido, 1997b. Véase bibliografía) que han analizado las relaciones intergeneracionales y las actitudes de unos grupos hacia otros.

más alto se muestran actitudes más favorables) (ver también Hummert *et al.*, 1995: 173-176). Sin embargo, aún así no se tiene información contrastada (Kalish, 1991: 194). Faltan, pues, estudios que aborden con profundidad estas cuestiones.

Hemos de continuar resaltando que, junto a las formas clásicas de discriminación (clasismo, racismo, sexismo, por ejemplo) nos encontramos señales de un incipiente (¿o también clásico?) «edadismo» (traducción literal del término anglosajón «ageism») o discriminación por la edad. Las consecuencias negativas de la aplicación de estereotipos y actitudes sociales negativas resultan patentes: menor autoestima, desintegración, desvalorización, exclusión y mayor discriminación, entre otros. En el cimientó de los estereotipos y actitudes negativas está la percepción social de que todos los mayores son iguales, la tendencia a homogeneizar y nivelar a los mismos como si todos vivieran la jubilación y el envejecimiento de la misma manera; como si todos tuvieran los mismos problemas de soledad, salud, ingresos; como si todos tuvieran idénticas actitudes ante la vida y la muerte; como si todos hubiesen tenido las mismas experiencias; como si todos reaccionaran igual, etc. En este «como si» está uno de los pilares de las representaciones sociales y las actitudes que construimos ante la vejez con el intento de homogeneizar y comprender la compleja realidad de los mayores, pero tal proceder incluye los peligros ya comentados de toda categorización y simplificación. Las actitudes, recordémoslo, no se forman de la noche a la mañana, sino que dependerán de nuestras trayectorias vitales, de nuestro desarrollo personal y social. Al igual que el proceso de socialización es un proceso inacabado y en continuo cambio, las actitudes también van desarrollándose paulatinamente.

En cuanto a los estereotipos concretos hacia los mayores y el envejecimiento podemos decir que son de diversa índole atendiendo a distintos temas o contenidos. Desgraciadamente, siguen predominando los estereotipos y prejuicios negativos, que se vienen fundamentando sobre distintos aspectos, como pueden ser: el nivel socio-económico, el nivel psico-sociológico, el físico-biológico y el psicológico. Imaginemos por un momento que estamos repasando un álbum de fotos sobre mayores, o mejor dicho, un reportaje sobre gente mayor, para así tratar de ponernos en el lugar de cada una de estas imágenes (a veces reflejan situaciones reales, a veces son estereotipos) y tratemos de entender las diferentes piezas del *puzzle* o *collage*, las distintas caras (ocultas o descubiertas, positivas o negativas) de la gente mayor. Veamos esta ambivalencia según sus propios discursos muy críticos, en ocasiones, hacia el tratamiento desde los jóvenes que están muy preparados pero no muestran respeto por la gente mayor:

«M.— ¡Y encima se quejan de todo!

«H.— Es que a los mayores no nos comprenden y es lo que quiero yo...»
(GD4: 4, GD1: 18-19 y 20: «...En términos generales creo que muy bien, la gente joven nos ve muy bien, con mucho apoyo, con mucho apoyo moral hacia nosotros. (...)

(...)- Yo creo que hay de todo en la juventud...

— ¡Hombre!, pues vernos, vernos... los chavales estos... de todas formas como nosotros no son, ¡eh!, son peores...

Si el tratamiento general es claramente criticado aún resulta más claro cuando se trata de los hijos e hijas a los que responsabilizan de la crudeza de desprenderse de un ser querido mayor:

«H.— (...) muchas personas mayores se ven en las gasolineras o están buscando asilos donde llevarlos (...) en el presente y en el futuro (M.— Ya no nos quieren los hijos), o sea, que somos un estorbo los padres, somos un estorbo por los hijos, porque ha evolucionado la vida... (GD4: 16)

H.— Los Gobiernos hoy en día no se interesan nada por las Residencias; es una de las pocas cosas que se tenían que interesar porque claro los hijos cada uno van a lo suyo y hay muchos viejos abandonados (...)

(...) H.— (...) somos un estorbo (...) cuesta mucho, pues lo aguantas, y empiezan, «si llevamos a tu padre llevamos al mío; si llevamos a tu madre también a la mía», y ¡hala jaleo!

H.— Es un problema grande eso (GD4: 17, GD4: 18): «...lo duro que es eso que digas «me estorba mi padre o me estorba mi madre» (...))» (GD4: 19-20, GD9, GD2: 28-29)

Un comentario más respecto al tratamiento de los hijos hacia los padres mayores basta para percibir una situación contradictoria. Paradójicamente sólo dos personas (padre y madre) han educado a muchos hijos y ahora muchos hijos (más nueras/yernos, nietos...) no pueden encargarse de dos personas, los padres. La educación y responsabilidad hacia los padres falla estrechamente según los propios mayores y también desde los expertos que tratan directamente con ellos; por ejemplo, Elia Rodríguez, trabajadora social, dice así:

«...Y la imagen se va deteriorando y ellos mismos, además, eso lo reciben. Ellos lo reciben y aparte de que saben ... porque muchos, lo que pasa: «es que yo no quiero molestar a mis hijos, es que yo no quiero, ¡ay, no, no, no!, déjelo señorita, yo lo que no quiero es que venga nadie porque no quiero molestar». (...) porque igual que los hay que se desviven, o que se preocupan y que tienen una sensibilidad y una responsabilidad con respec-

to a sus padres, familiares, o tíos, o abuelos, igual te ves a otros que (...) Vale, de acuerdo, no te podrás dedicar al cien por cien, ¿no?, pero eso no quita que tú sabes que *tienes una responsabilidad con tus padres*. (...) mucha gente se desliga y dice: «Bueno, si además a mí... ¿A mí quien me obliga?». Si es que realmente no hay nada, no hay nada... (...) y tú dices: «Bueno, y no podríais, ¡yo que sé!, por lo menos encargarnos de hacerle la compra una vez a la semana o llevaros la ropa y lavarla...», nada, no pueden de nada (...) ahí sí que *hay un vacío importante* y a nivel profesional lo notamos mucho. Porque sí, puedes trabajar, puedes hablarles a nivel de «Oye, que son tus padres, ¡que son personas!», pero no puedes ahí, a nivel legal, hacer nada más. (...) ...*Que hemos estado educados en que los padres siempre se han debido a los hijos, pero que los hijos a los padres no...*» (EE13: 7-8)

Otra prueba de esta superposición de imágenes se cimenta en dos de las representaciones contradictorias entre sí: «*Los mayores son incultos y analfabetos*» y al mismo tiempo «*los mayores son sabios y expertos profesionales*». Suele definirse a todos los mayores por un bajo nivel cultural y nivel de instrucción mínimo. Parece ser que una de las imágenes que hay grabadas cuando se habla de gente mayor es la ignorancia y el bajo nivel de preparación (véase Capítulo 2.4). Pero frente a esta imagen negra debemos recordar que muchos de los mayores poseen un nivel de sabiduría y preparación ejemplar, y si no se trata de una formación reglada esta ausencia es suplida por una extensa cualificación profesional y experiencia laboral. Algunas imágenes positivas (su experiencia y sabiduría) hoy en día son cuestionadas debido a los desfases de conocimiento y nuevas formas de transmisión del mismo diferentes a las que conocen los mayores. Pero en un futuro los mayores tendrán mayor nivel cultural, mayor capacidad de ocio y estarán más integrados en esta sociedad tecnificada e informatizada que ahora les aísla.

También la sabiduría suele ser una característica que se atribuye a los mayores. Este sería un estereotipo positivo, pues obviamente no todos los mayores son sabios y expertos. Si bien es verdad que las canas no siempre dan experiencia, sabiduría y serenidad, tampoco lo es que los jóvenes sean todos activos y alegres, que serían los estereotipos positivos que definen a ambos grupos. Estas aparentes contradicciones son una prueba más de la ambivalencia de las actitudes sociales hacia los mayores; nos encontramos con aspectos positivos y negativos de una misma faceta, lo cual nos parece coherente dada la heterogeneidad de los mayores a la que estamos aludiendo continuamente.

El que la vejez sea considerada como «mejor» o «peor etapa de la vida» también manifiesta esta contradicción de representaciones. Es una concepción

engañoso el que la etapa en general de la ancianidad sea considerada negativa o una etapa totalmente positiva (*la edad de oro*) cuando el hecho es que se trata de una etapa peculiar, con sus deficiencias y sus posibilidades de realización al igual que otra edad del ciclo vital. Según datos del CIREs (Díez Nicolás, 1996: 40-41), el 56% de la población española encuestada piensa que la peor etapa de la vida empieza a partir de los 61 años. Hay un gran acuerdo entre los españoles respecto a las siguientes afirmaciones: la jubilación es una buena oportunidad para iniciar nuevas actividades; la jubilación no debería ser por razón de la edad; si la situación económica y la salud son buenas, la vejez puede ser una de las mejores de la vida; cada vez se tienen menos en cuenta las opiniones de las personas mayores, pero al mismo tiempo también se está de acuerdo en que en el futuro los mayores recibirán mayor consideración que los jóvenes.

Respecto a la idea del autoconcepto positivo *versus* imagen social negativa, ya hemos podido comprobar la no identificación con «ser mayor» si ello implicaba vejez dependiente, pasividad, inutilidad. Por tanto si se ha concluido en que la autopercepción era positiva (aunque no en todos/as), respecto a la imagen social consideran que es muy negativa. Las oscuras imágenes predominantes no coinciden siempre con las actitudes de las personas mayores hacia su propio proceso de envejecimiento, ni tampoco con las opiniones que los mayores tienen de otros grupos de edades. Según varios autores (Harris *et al.*, 1975, en Kalish, 1991), las personas mayores se autovaloran de forma más positiva en comparación a las consideraciones de los jóvenes. Sin embargo, cuando se les pregunta a los mayores sobre «los mayores en general» usan los mismos estereotipos que utilizan los jóvenes. La visión cambia si las opiniones negativas (por ejemplo, «vistes como un viejo») derivan hacia el mayor desde una persona de edad o desde una persona joven. Generalmente resulta más ofensiva si se percibe desde un joven que no desde alguien de su misma edad. Esto nos puede hacer reflexionar, una vez más, sobre la falta de conexión entre las representaciones a través de «superestructuras» discursivas —más abstractas y generales— y las «infraestructuras» discursivas más concretas. Pero veamos esta contradicción discursiva con sus palabras: «...nos parece que somos jóvenes (...) y nos oye hablar de esta manera... ella, pero ella puede pensar: «pero bueno, pero estos señores con setenta y cuatro años, ¿a qué aspiran?». (...) y sin embargo nosotros pensamos que tenemos cuerda para rato, ojalá sea verdad...» (GD1: 15, GD8: 2-3)

Una autopercepción «en positivo» aporta coherencia al tener también un concepto positivo de los de su generación o sus edades. Entre ellos admiten incluso denominarse como «viejos» (así lo hemos escuchado repetidas veces en

sus conversaciones informales) porque están en el mismo eje significativo de lo que es ser «viejo» (sin el sentido despectivo), que es distinto a la concepción que notan desde las otras edades. Si el concepto intrageneracional parece positivo, no así la imagen social que tienen sobre ellos, que choca con lo que hemos comentado.

Están bastante satisfechos con el tratamiento que reciben y ello se enfrenta con los discursos más negativos de los expertos y expertas. Esto puede explicarse porque los expertos se refieren en general a todos los mayores, sin embargo en los discursos de los mayores se «personaliza» y se establecen diferencias por estatus: los de mejor posición parece que se sienten mejor considerados que los que tienen problemas tanto económicos como de salud o de dependencia a todos los niveles. Parece que hay consenso interclase e intergénero en pensar que los problemas con los demás surgen cuando suponen una «carga» (véase apartado siguiente).

«A.— Mira, tenemos una fiesta... mi marido es antiguo alumno de la Universidad (...) ..como van alguna vez y ven que si somos 80 ó 200 mayores y hay seis parejas jóvenes pues no vuelven (...) son cosas que te vas dando cuenta de que te van arrinconando.» (EM1819: 9-10 o EM15: 7: «...las trata bien y hay quien las trata mal (...) ya nadie los quiere así (...) mucha guerra, porque hay mucho de eso de que no podemos salir, estamos metidos en casa y esto y que tienen que atenderlos, que si lavarlos...» (EM15: 7 o GD8: 22)

Tal como veíamos en el epígrafe 9.7, una prueba de estas imágenes negativas la encuentran en la «indiferencia» progresiva de los nietos cuando se hacen mayores... (véase, por ejemplo, GD4: 2, GD5: 16, GD9, en el anexo), al encontrarse más solos o al notar la desconexión intergeneracional (ver EM3: 11-12, GD8: 13-14, EM6: 8-9). El discurso es más negativo cuando los mayores se perciben «con ganas y salud» para seguir activos, o al menos aportando algo (véase Capítulo 9). Es decir, el no encontrar un hueco social a través de la actividad o la interacción con los demás produce que no sean considerados. De nuevo vemos la importancia de permanecer activo para ser mejor considerado socialmente. Los mayores se ven «pasivos» y por eso piensan que son peor tratados y valorados. Pero el problema no es de ellos sino de «los otros», de la sociedad que «no encaja» esta situación de los mayores, que no les hace un hueco al que poder adaptarse...

«— ¡Sí tú no te desadaptas!

— ¡Tú no te has anclado en tu vida!...

— No, son los demás los que te desadaptan, no eres tú...» (GD5: 20)

«— Yo, yo, yo soy el que digo eso, que a nosotros nos ven viejos, no es que nosotros...» (GD5: 21)

10.3.2. Los mayores como carga y otras representaciones negativas

«Las cosas verdaderamente importantes no se realizan con fuerza, velocidad y aceleración de movimientos del cuerpo, sino con la reflexión, autoridad y juicio, y de esas cualidades no suele carecer la vejez sino que las aumenta»

(De *Senectute*, Cicerón)

El discurso de negatividad sobre los mayores parece una pauta dominante en ese *continuum* entre el rechazo y la admiración. En general, casi todos protestan por la falta de reconocimiento de su duro pasado. Piensan que la sociedad no se acuerda de lo que han aportado, de que lo que hoy existe deriva de su trabajo... Se sienten desvalorizados y por eso piensan que la imagen de ellos es negativa, de desconsideración, de olvido; sólo se les percibe como perceptores y aceleradores de la crisis del Estado del Bienestar.

«*Examinemos*», propone Comfort (1977/86: 34-35), «*el estereotipo ideal de la persona mayor tal como nos la presentan los tópicos tradicionales. El o ella será una persona de pelo blanco, inactiva y sin trabajo, que no molesta a nadie y menos aún a sus familiares, resignada a la hora de aguantar su soledad, los timos de todo tipo y el aburrimiento, y capaz de vivir de una renta miserable. Aunque no esté loca... no anda demasiado bien de la cabeza, ya que según el cliché los viejos son débiles mentales; y es asexual, dado que la actividad sexual le está vedada... No se le puede dar ningún empleo, ya que la vejez es una segunda infancia y todo el mundo sabe que se arman un lío con el trabajo más simple (...) en su mayoría suelen preferir estar solos o acompañados de otros desdichados de su edad. Sus principales quehaceres son rezar, rezongar, rememorar los buenos tiempos pasados y asistir a los funerales de sus amigos... (...). A unos pocos que son activos o divertidos la sociedad los conserva como bufones. El resto demuestra unos modales imperdonables por empeñarse en seguir viviendo... y su obligación patriótica debería ser tenderse en el suelo y morir*».

Cualquiera puede sentirse alarmado u ofendido ante tal descripción denunciada y considerada totalmente falsa también por el autor que la plasma. Pero esta podía ser la cara más negativa de la vejez, y si evidentemente resulta abominable habría que reconocer que, aunque en menor medida, algunas de las imágenes y actitudes sociales descritas, perduran aún hoy en día... Diff-

cil resumir mejor las posibles situaciones deplorables que según algunos mayores aún persisten. Pero aún hay más. Otra cita escalofriante es la que nos describe y critica el informe GAUR (1975: 346)¹⁵. Desgraciadamente, algunas de estas imágenes y representaciones aún siguen vigentes en lo que podría denominarse inconsciente (¿o consciente?) colectivo. La imagen social de los mayores aún tiende hacia un discurso del rechazo y negatividad.

De entrada ya los expertos entrevistados coinciden en señalar la ambivalencia (y tendencia al discurso negativo) en las imágenes sociales. Incluso algunos, por ejemplo Carmen Domínguez (EE10), sin haberles hecho la pregunta aluden a estos aspectos, resaltando así la relevancia de los mismos sobre la vivencia y percepción de esta etapa: «Dices que estás trabajando en el campo de mayores: «¡jjo, pobre, qué pesados ¿verdad?!», y además los que: «qué pena los viejos, que...», la imagen que tiene la sociedad, en general, del tema de mayores es una imagen bastante negativa y eso no solamente está en la sociedad en general, sino entre los profesionales» (EE10: 1)

Bajo la expresión los mayores como *carga* para la sociedad, reunimos diferentes estereotipos y actitudes relacionados con el estatus socio-económico y el entorno laboral-social. Cuando los mayores son «una carga» (cuando son dependientes en varios sentidos) es cuando consideran que son peor tratados. Esta negatividad bien se resume en la idea de inutilidad, en la dependencia, en la carga que suponen para las familias y para la sociedad:

«...si no tiene que depender económicamente de los demás, mejor le tratan, mejor le tratan. *En cuanto es una carga*, todavía si es una carga sólo física..., pero si además es una carga económica...» (EM7: 8)

«— *El problema viene cuando tengan que cargar con nosotros* y «no me quiere y...», y tú solo, y tú no vales nada... entonces sabremos...

— Eso yo lo sufrí con mi madre, que le cortaron una pierna y estuvo ¡cuatro años y medio! sin pierna... Éramos tres hermanos y fuimos por turnos por-

¹⁵ «...los ancianos y el conjunto de disminuidos físicos y psíquicos pueden ser considerados como desviados sociales, pero resulta más claro y propio calificarles, en un lenguaje común, de incapaces, ya que la característica común de dichos sujetos es su limitación para asumir tareas productivas para la sociedad, quedando privados de las compensaciones económicas y del prestigio correspondiente, lo cual equivale a una marginación pasiva: no se les expulsa, se les excluye. Por su propia limitación, los incapaces no son peligrosos, pero su circunstancia entraña una limitación de su propio desarrollo y una carga o peso muerto para la sociedad, que consecuentemente procura rehabilitarles cuando es posible o mantenerles (asilados o no) a un nivel de consumo mínimo, que representa en ciertos casos una situación de pobreza». Podemos atribuir la falsedad de esta cita a su antigüedad. Los autores del informe la tomaron de la *Revista de Desarrollo Social* de la Fundación FOESSA en el año 1971 (24V-1971, nº 2, págs. 5 y ss.).

que es muy pesado... Por eso digo yo que *cuando cae en casa una desgracia así, y que uno se mee, se cague, con perdón de los presentes, y todo eso...* y la nuera o el hijo tiene que apechugar, ¡eso sí que es pesado! (...)

(...) — (...) *y una inutilidad y entonces ¿quién carga con nosotros?, los hijos, las hijas; ¿a quién damos mal vivir?, a ellos...* Igual que nosotros sufrimos, hacemos sufrir a los demás...» (GD8: 11-13)

E igualmente opinan los expertos y expertas consultados:

«...no suponen una carga, ¿no?, son personas que se valen, tienen su independencia y entonces, fenomenal, ¿no? (...) *El problema surge cuando ya las personas empiezan a tener unas necesidades ya muy concretas, empiezan a tener problemas y eso requiere (...) se les siente como una carga...* (EE13: 6)

«...valoran mucho la figura del abuelo, tengo que matizar un poco, *siempre y cuando vean que el abuelo, útil; por desgracia es así porque cuando el abuelo ya no es útil y es una persona dependiente ahí ya hay una separación, un olvido, un rechazo...*» (EE9: 9)

«...*mientras son útiles* porque nos sacan las castañas, pero después..., «vamos a dejarles que descansen». Y no hay peor cosa para una persona que dejarla que descance, porque lo que haces es que estás acelerado el proceso de envejecimiento. (...) *se siente muchas veces que son inútiles por la imagen, que es un espejo, quiero decir, la imagen que los demás les estamos dando de ellos mismos (...) se asocia con la enfermedad y con la pérdida de capacidad (...) por la tendencia de irnos a lo negativo*» (EE10: 7 y EE5: 6)

En relación a esta imagen global se perciben otras representaciones en la misma línea. Por ejemplo, se considera a todos los mayores «improductivos» debido a que han dejado de trabajar al entrar en la jubilación. Se les ve como carga o gastos sociales que hay que mantener. El mayor ya no es visto como una persona que tras una larga vida de trabajo merece el descanso y el pago de la sociedad a sus servicios. Ahora su imagen social (Sánchez Vera, 1993: 267) se tiende a asociar a una incapacidad para el trabajo, convirtiéndose en consecuencia en un ser dependiente. Además, el hecho de anticipar la jubilación puede estar otorgando ese estatus negativo de jubilado improductivo cada vez a edades más tempranas. Por contra, varios hechos demuestran que gran cantidad de mayores continúan siendo productivos, aunque no consten ya como trabajadores remunerados activos de manera oficial. Sus aportaciones sociales, como ya vimos en el Capítulo 9, son diversas.

Otra imagen también muy extendida, «*los mayores son más pobres*», reúne a todos los mayores bajo el mismo rótulo de «miseria, bajo poder adquisitivo», de menor estatus socio-económico. En realidad, con la jubilación o viudedad, el estatus socio-económico desciende y así lo comprobamos en diversos estudios. Sin embargo, también se ha de tener en cuenta las aportaciones de los mayores a la situación económica general mediante el consumo (de productos y servicios), al ser poseedores de bienes e inmuebles (gran parte poseen vivienda), apoyo económico a la familia, etc. La idea de que el mayor tiene menos necesidades conduce al estereotipo de que los mayores son *peores consumidores*. En realidad, algunos gastos descienden (por ejemplo, los relacionados con la manutención de los hijos/as, gastos en vivienda), pero ello no implica que sus necesidades y consumo sean menores, sino que cambian hacia un consumo orientado a cubrir necesidades de atención, servicios, ocio, etc., ya tratados en el apartado 8.3. Siguiendo a Bazo (1990: 153 y ss.), las personas más mayores, las más pobres, las que viven solas y las más enfermas representan la imagen más generalizada y pésima de la vejez. Al mismo tiempo, estas personas más desfavorecidas también tienen una autopercepción peor, como hemos podido ver:

«...Yo pienso que hay bastante desconocimiento y a veces nos movemos con tópicos y con clichés. Y gente mayor hay muy variada, yo me tropiezo con gente con la que por gusto iría todos los días a visitarla una semana para que me hable, para hablar, ¿no? (...) te quiero decir que normalmente *en general los vemos como clichés, como si todos fueran parecidos en su trato personal y tal*. Entonces si hablamos de los ajenos, solemos tener una *consideración de pobre gente y que mal lo pasan y no sé cuantos*. O sea, un poco *lastimera*, no me sale otra palabra...» (EE12: 8)

«*La vejez comienza a los 65 años en el hombre (fin laboral) y años antes en la mujer (fin de la reproducción)*», constituye el llamado «mito cronológico», que define el principio de la vejez a partir de la jubilación en el hombre y de la menopausia en la mujer. Cuando se acaban sus «funciones vitales primordiales» se les considera de forma más negativa (aunque muchas de ellas se sienten liberadas). Es la percepción de que todos los mayores de 65 años, por su año de nacimiento, son viejos en el sentido más peyorativo del término. Esta identificación de la jubilación con la vejez aún sigue utilizándose, debido a que esta edad, en un principio con fines administrativos, pasa muchas veces a utilizarse para otros fines. Sin embargo, la ancianidad no comienza a una edad cronológica uniforme sino variable e individualizada. Muchas personas envejecen más allá de los 80 años, y quizá otras, la minoría, pueden empezar

con el deterioro físico antes de los 60. Además, si defendemos que el envejecimiento es un proceso, no se puede marcar tan arbitrariamente una edad de comienzo de la vejez, al igual que no se marca una edad concreta de comienzo de la madurez (véase apartado 8.2).

Otra idea estereotipada sigue manteniéndose vigente entre los empleados y el mercado laboral: «*Los trabajadores de edad son menos rentables que los jóvenes*». Hacia los/as trabajadores o parados mayores de 50 años se percibe, de forma manifiesta o latente, algunas actitudes negativas, debido a distintos motivos ya tratados en el epígrafe 3.2.

«*Los mayores son y se sienten inútiles ante la sociedad*». Este sentimiento de inutilidad que suele embargar a los mayores puede derivarse de la desvalorización que ellos perciben desde los grupos más jóvenes porque la sociedad, de forma genérica, sigue teniendo el trabajo y la producción como valor central bajo la máxima del «sólo vale quien produce»; es el trabajo remunerado lo que aporta beneficios y no otro tipo de actividades. El ocio, aún hoy, sigue representando la ociosidad, la inutilidad. Estas imágenes siguen arraigadas en una sociedad asentada en la producción. Está cambiando el concepto de ocio, pero de manera muy lenta y no en todos los ámbitos sociales.

En realidad, muchas personas mayores están pasivas, pero este estereotipo no es ninguna realidad generalizable a todos. Respecto a la pasividad es otra de las imágenes negras que definen a los mayores. De hecho la EPA no deja de clasificarles como «población inactiva». Frente a esta representación huelga hacer al menos dos comentarios: suelen estar más pasivos aquellos mayores de más edad, peor situación de salud (movilidad menor) y menor estatus socio-económico. Y además, la aportación de los mayores a la familia y a la sociedad (como ya hemos visto) desmerece la etiqueta de pasividad y mera contemplación que suele colgarse a la última etapa de la vida: «...la imagen, en general, es que ya no vale para nada, vamos a aparcarles y...» (EE10: 6 y anexo transcripciones).

«*Los mayores no participan socialmente, están apartados del ritmo y actividades sociales*». Esta representación sobre la no participación social nos indica de nuevo que este segmento de población está desvalorizado y se aprovecha poco el potencial que los mayores pueden aportar. Según varios análisis (Kalish, 1991: 114), la sociabilidad disminuye con la edad (Chown y Heron, 1965). Pero tal como se observa en estudios recientes, incluido este (en el que nos centramos en «mayores más jóvenes»), los mayores siguen vinculados a la sociedad. Se observa un nivel de participación de los mayores considerable a todos los niveles ya visto en el Capítulo 9. Sin embargo, todas estas aportaciones siguen siendo «invisibles» para la sociedad, lo que deviene en desvaloriz-

zación de las mismas y en la imagen errónea de los mayores como pasivos y desconectados de la actualidad; es la imagen de descompromiso y desvinculación que indica que están desinteresados por lo social, no quieren relacionarse y para ser felices prefieren la desconexión progresiva del ámbito social (tesis que defendía la *teoría de la Desvinculación* de Cumming y Henry, o de «des-socialización» de R. Koning, ya tratadas). Respecto a las posibles aportaciones de los mayores se añade el debate sobre hasta qué punto conviene que los mayores sigan estando activos. Por tanto, las aportaciones de los mayores no están claras (ver epígrafe 9.3).

Desde nuestro estudio hemos percibido estas imágenes de inutilidad. En concreto los jubilados varones y los prejubilados manifiestan una discursividad en esta línea. Las imágenes más «negras» las podemos entresacar de algunos prejubilados y jubilados anticipadamente de nuestro estudio. Son los prejubilados los que tienen el discurso más negativo de todos los mayores (junto a los de determinadas profesiones mejor posicionadas en la escala social o a los que se sienten «más dependientes»). Por ello, una parte considerable de los discursos de los prejubilados mineros —junto a las críticas a la política de gestión aplicada en las cuencas mineras que acapara casi todo su discurso, sobre todo la segunda parte del GD6— lo centran en este punto: las críticas sociales que perciben hacia ellos porque se piensa que no merecen esas pensiones tan altas, sin entender el duro trabajo en la mina... Pudimos observar un discurso «fuerte» entre lo que piensan los prejubilados acerca de cómo son considerados socialmente (incluso por los propios jubilados mineros, que también les critican y atacan directamente por este motivo)¹⁶.

P.— Bueno, es que eso... [Silencio, caras de intimidación por parte de los cuatro prejubilados] ¿Puedo contestar?

— Sí, claro...

P.— Pero es que es una pregunta fuera de...

(...).— No, no, si no quieren contestar...» (GD6: 8-9)

¹⁶ «J. ([JUBILADO])— (...) pues yo quisiera que me explicarais un poco esto de las prejubilaciones, si os han obligado a prejubilados para que nuestros hijos tuvieran un poco más de futuro o no os han obligado..., yo no sé porque yo tengo entendido eso, que llamaban y decían: «mira, es que te vamos a poner 300.000 ó 400.000 pesetas...» y te vas a casa y, de acuerdo con los que estamos aquí, que es muy peligrosa la mina, que tiene muchos riesgos, muchas enfermedades, y *que cuanto antes se pueda dejar mejor...*, pero es que *habría que haber mirado un poquito lo otro*, ahora yo no sé..., bueno no quiero que ninguno diga: «no, es que nos obligaron a marchar, nos obligaron de todas todas», porque, por ejemplo, tú trabajaste en Polio, perdona que te tutee, como él y como yo, y en el 80 y 81 entrábamos y salíamos como ratones, ¿es verdad o es mentira?, a todas las horas del día y de la noche. Entrábamos y salíamos como ratones, a todas las horas, no había turnos, ¿eh?, entonces yo me pregunto, ¿por qué desde el 82 hasta el 88 ó el 89 bajó tanto, tanto, tanto, tanto, el sistema de plantilla?»

«J.– Yo creo que los veo con envidia, pero envidia sana, ya hubiese querido tenerlo yo, pero no pude tenerlo pues me he conformado [Dice el jubilado en comparación a los prejubilados]...

(...)P.– Sí, claro, pero yo refiérome ahora a ¿cómo estamos vistos socialmente? ¡Fatal!, oye sí, será una envidia sana, por ejemplo, como ha dicho el señor, pues de acuerdo, pero es que estamos vistos fatal, claro, pero eso ¿es culpa nuestra? ¡Eso no es culpa nuestra! (...)

(...)P.– (...) ahora estamos vistos mal, porque lo primero es que «parece mentira que personas de 40 y tantos años ya retirados y con una paga del demonio» y bueno, oye, de acuerdo, estamos con una paga del demonio pero es que en la vida laboral nuestra, en la vida laboral nuestra, son 28 años, porque yo he estado 28 años en la empresa (...) había que entrar adentro al corte, pues ¡había que entrar! a 500 metros bajo tierra y estar respirando aquel aire que no es nada apetecible (...) pero eso no lo tiene nadie en consideración... yo con esto no estoy justificando la prejubilación, al contrario, yo, como dije antes, ni una de las cosas buenas que hicieron, pero claro, buena para una cosa pero (...) ...ahora que estamos vistos socialmente fuera de la región fatal (...).

J.– Y es que a la hora de decir «es vergonzoso que a los 42 años vayan para casa» con esa paga tan..., pero es que quien la quiere la coge y si no la cogen no se la van a dar a nadie...(...) por ejemplo, en una noticia de un telediario dicen «mineros de HUNOSA que con 45 años están prejubilados y cobran 300.000 pesetas» y no quieren saber más; ni van al fondo de la cuestión (...) siempre hemos tenido mala imagen, pues teníamos cuernos y rabo y ahora para encima dinero (...) importa es saber la cantidad que cobran y ver cuándo se jubilan... No les importa el problema que hay en la región ni el porqué ni nada... (GD6: 20-22)

Pudimos observar las continuas desviaciones del discurso del GD6 hacia la situación socio-política y laboral peculiar que se está viviendo en el sector extractivo minero, en concreto, en las cuencas mineras de Asturias. Obviamente, esta insistencia y discursos justificatorios son comprensibles a tenor de la inestabilidad presente e incertidumbre futura en estas ramas profesionales. Pensemos por un momento en las cifras de muertes y/o accidentes laborales en estos sectores. No se alcanza el nivel de muertes por accidentes de la minería rusa en Ucrania (que tiene el máximo número de accidentes mortales en las minas por año), pero, junto al sector de la construcción, las cifras son elevadísimas. Y no sólo en este sector profesional el discurso legitimador hacia unas pensiones elevadas queda patente. Consultemos a algunos entrevistados (EM3, prejubilado Aviaco; EM8, prejubilado sector bancario) u otros participantes de nuestro estudio, por ejemplo GD4: 16: «...¡no!, yo tengo esto porque me he sacrificado anteriormente...» (GD4: 16)

Otra prueba más de esta imagen negativa de los mayores la ven reflejada en el espacio físico, sobre todo en las zonas urbanas, cada vez más reducida para acoger a los mayores. En la frase «*los mayores no caben en los pisos*» se resume esta representación social de «estar de sobra» que los mayores perciben. De nuevo, resurge la relevancia del entorno (tanto espacial como relacional) en la vivencia de esta etapa. En los hábitats rurales e intermedios parece que la imagen social en relación a lo que venimos comentando no es tan negativa. Los mayores no están tan «arrinconados» en estas zonas, en las que en muchas de ellas son mayoría. Parece que en estos contextos se quejan menos de las imágenes y tratamiento social que tienen en las ciudades y zonas metropolitanas. Una de las ventajas señaladas por los mayores era que las relaciones sociales están más desarrolladas en los contextos rurales y semiurbanos (véase Capítulo 9).

«...primeramente, porque los pisos son pequeños, está muy justo y para un niño si se tercia le harán... pero para el abuelo ¡difícil! Y después pues que la gente se ha enseñado a vivir de una manera (...) atendía a los niños, a los viejecitos y a quien fuera. Pero hoy la mujer se ha hecho libre, se ha hecho tan individual, quiere vivir la vida, y como quiere vivir la vida pues para vivirla ha de trabajar...» (EM11: 5)

«...En los pueblos, no tanto, ¿eh?, no tanto; en las ciudades más. Como son los pisos pequeños y no caben los abuelos, los abuelos hay que llevarlos a las Residencias...» (EM7: 7)

«...los abuelos, la Tercera Edad yo creo que ha perdido bastante, y eso que en los pueblos todavía, todavía, nos salvamos un poco. (...) en las ciudades más por medio de eso, de que yo creo que será por eso, digo yo, he pensado yo: «será porque las casas son más pequeñas, no los pueden tener, tienen que entrar y salir, el trabajo de las madres, que las mujeres, al no estar en casa no pueden atenderlos...» (EM7: 7 y GD9: 10): «...en las capitales no; cuando se llega a cierta edad se separan los jóvenes de los viejos, están más apartados y tiene menos duración de vida...» (GD9: 10)

Tanto los mayores de las grandes urbes como los de territorios más pequeños afirman que en las ciudades «hay menos hueco» para los mayores. Determinadas costumbres cívicas, como ceder el asiento del autobús-metro o el anonimato reflejan, siempre retomando sus propias palabras, el tratamiento más desconsiderado de los mayores en la ciudad:

«— Has tenido suerte... y hay juventud muy buena, hay juventud muy buena, pero vas en un autobús y no te dejan ni sentarte, y no te dejan el sitio... (...)» (GD2: 29)

«...en estas ciudades que son tan grandes hay un trato tan impersonal, pues yo creo que no se nos trata con el respeto, vamos, con el respeto no lo sé. En los pueblos me imagino que seguirá existiendo, pero no hay aquel respeto a los mayores que había antes evidentemente (...) ... se les hace menos caso. Eso de ir en el Metro, yo he ido muchas veces en el Metro, y dejar el asiento a las personas mayores, no solamente a las mujeres sino al hombre mayor, ¿eh?...» (EM12: 8 y EM5: 4, EM1314: 19-20)

Se perciben otras representaciones sociales acerca del envejecimiento en relación a las características corporales, físicas y biológicas que de forma tan clara definen a las personas de edad. La debilidad, la enfermedad o la asesexualidad son algunos ejemplos de estas imágenes sociales. Por ejemplo, «*las canas marcan la vejez*» es una de las frases arquetípicas que definen socialmente a los mayores. Es obvio que una persona joven también puede sufrir la calvicie, tener cabello encanecido o no estar en buena forma física. No vamos a entrar en estos detalles, sino que resaltaremos algunas de las características generales que suelen marcar la edad avanzada. Las más representativas son estas: canas o calvicie, arrugas, lentitud de movimientos, la «baja forma», el aspecto encorvado en los más mayores, entre otros. El rechazo general a todo lo viejo, a la simbología de la vejez y el que «*la arruga no es bella*» se prueba en varios aspectos: desde el tinte de las canas y al aspecto juvenil que hay que conservar «a toda costa», pasando por el ocultamiento/falsificación de la edad que se tiene, entre otros. Paradójicamente en esta sociedad cada vez más envejecida, se pugna por una sociedad «juvenilista»; antes los jóvenes querían ser adultos, ahora los mayores quieren ser, o al menos parecer/estar, jóvenes.

Las mujeres mayores son las que se ven aún más afectadas por el paso del tiempo, pues en ellas se «perdona» menos el deterioro físico, en el cual se ha basado su valor de forma tradicional; un hombre mayor puede resultar atractivo pero una mujer mayor tiene peor imagen. Afortunadamente este estereotipo de mujer mayor como antítesis de la belleza está desapareciendo con los nuevos valores productivos y sociales que van adquiriendo las mujeres a través de sus profesiones, pero aún se encuentran atisbos de esta discriminación hacia las mujeres de edad (denominadas despectivamente *marujas*, *cotillas*) en comparación con los hombres coetáneos y sobre todo, frente a mujeres más jóvenes. Ramón y Cajal (1934) expresa bellamente la importancia de otras aptitudes y rasgos que no son precisamente la apariencia física, tal como podemos leer en una de las citas al principio de la tesis: «*No deben preocuparnos las arrugas del rostro, que significan la pérdida de grasas y aligeramiento del lastre, sino las del cerebro...*».

Otra imagen muy difundida es la de «*Los mayores son débiles, se cansan antes*». La debilidad, cansancio, fatiga, menor resistencia, son unas de las representaciones acerca de la gente mayor. En realidad con el deterioro físico progresivo la capacidad de esfuerzo físico disminuye, pero esto se produce a edades avanzadísimas, dependiendo de la persona y, sobre todo, de la dureza y condiciones de la profesión anterior. Se puede observar cómo los mayores están cada vez más activos. Sin embargo, muchas medidas se asientan sobre un «humanitarismo» equivocado, porque no puede servir de excusa el que «los mayores se cansan» para someterles a una marginación social y condenarles a la inmovilidad con el pretexto de su mayor debilidad.

También la idea de que «*los mayores siempre están enfermos*» o «*los mayores están más cerca de la muerte*» está bastante generalizada en los discursos cotidianos. La enfermedad o falta de salud en general, y en concreto la senilidad (la demencia y la depresión), también es otra representación acerca de la gente mayor. Se piensa que todos los mayores sufren graves pérdidas de memoria, están dementes, son obsesivos, se deprimen con frecuencia, etc. En general, se percibe a los mayores como portadores de todas las enfermedades más irremediables. Se tiene una imagen de los mayores relacionada con lo decadente y la dependencia de otras personas hasta llegar al inevitable fin que es la muerte. Tras estas imágenes puede esconderse el rechazo a nuestra propia vejez, el miedo y el tabú de la muerte que muchas veces las personas mayores (sobre todo las más deterioradas) representan¹⁷.

Los mayores simbolizan la cercanía de la muerte porque se generaliza esta situación de los mayores en Residencias (consideradas como «antesalas de la muerte», véase INSERSO, 1995: 113-115; Agulló y Garrido, 1998c, por ejemplo) cuando en realidad la mayor parte de los mayores vive en sus domicilios o en viviendas de otros familiares (véase apartado 2.5).

En un intento de romper con el tabú de la muerte, Díaz (1988: 247) se expresa así: «...la dignidad de morir no puede desligarse de la dignidad de amar... la muerte no es el pudridero, ni la vejez la antiesteticidad», ante la que hay que añadir realismo y también sentido del humor tal como hace R. J. Sender

¹⁷ Según Goffman (1970), la imagen totalizadora y totalizante de las instituciones de ancianos viene marcada y legitimada por el estigma (etiqueta) de la muerte próxima. Un estigma es un atributo social que desacredita a un individuo o a un grupo. Hay estigmas del cuerpo —SIDA, por ejemplo—, de las colectividades —parados—, de la etnia/cultura —gitanos—, también de la edad —los viejos—. Las teorías del estigma explican o justifican la exclusión de las personas estigmatizadas de la interacción social normal. Con todo ello, nada raro resulta la segregación social de los mayores en Residencias.

diciendo: «la vida es una aventura tan difícil que nadie ha conseguido acabar-la vivo»¹⁸.

Mención aparte merece la representación de que «*los mayores son asexuales*». Se piensa que la gente mayor ha perdido la capacidad de disfrutar con el placer físico y sexual. Este aspecto vital se percibe como algo no apropiado en la persona mayor. Un ejemplo de ello es la etiqueta de *viejo verde* o *vieja loca* (o *viuda alegre*) que suelen recibir las personas mayores que demuestran su atracción por otra persona. Ramos y González (en Buendía, 1994, cap. 7) ofrecen un análisis de los tabúes y otros aspectos que condicionan la sexualidad en la vejez, además de plasmar una revisión de los estudios que analizan la misma. En definitiva, siguiendo a Aragón (1986: 314), «los estereotipos que dibujan al anciano como un ser acosado de vez en cuando por fantasías y deseos sexuales pero incapaz de una relación mutua satisfactoria son ciertamente falsos, carecen de toda objetividad». Varios estudios (Rubin, 1976; Master y Johnson, 1966, 1970; McCary, 1978; Pfeiffer-Werwoerd y Wang, 1968) muestran que la actividad sexual se va espaciando con el tiempo, pero persiste biológica y personalmente con plenitud hasta en personas mayores; ciertamente hay casos en los que esta actividad falla, pero aquí, como en otras conductas comentadas, no es la edad, no son los años la causa, sino el proceso evolutivo diferencial y, además, otras circunstancias personales y sociales (Aragón, 1986, ver epígrafe 9.5).

¹⁸ No queremos dejar de recordar un cuento gallego que nos muestra la negación de la muerte aun en edades avanzadas y con un estado físico de salud ya deteriorado. Se observa cómo la muerte es representada por unos síntomas físicos naturales del proceso de envejecimiento. Las formas de transmisión de actitudes son, pues, diversas (libros, cuentos, prensa...). El cuento dice así (Hernández Rodríguez, 1988: 236-237): «Un hombre se encontró con la Muerte y se hicieron muy amigos. El hombre le pidió un favor a la Muerte; le dijo que le avisara con antelación antes de ir a por él, para así poder divertirse más y mejor. La Muerte le prometió que así lo haría. Pasaron los años sin que el gallego recibiera ningún aviso de la Muerte. Pero un día, ya siendo viejo, se presentó y le dijo que venía a por él. El hombre, asustado, le dijo que eso no era lo convenido, que le había engañado. Pero la Muerte le preguntó:

- ¿Blanqueouche o pelo?
- Blanqueou —contestó el hombre.
- ¿Caéronche os dentes?
- Caeron.
- ¿Cansáronche as pernas?
- Cansaron.
- ¿Perdiche as forzas?
- Perdin.
- E logo, ¿qué mais avisos querías?

«...pero «el viejo verde» es un hecho, no te creas que estoy aquí contándote... y los vicios, claro, el tabaquito, y la copita, todas esas cosas, más o menos saliditas de tono...» (EE2: 12)

«...yo he hecho estudios en los cuales todavía (...) en Galicia fundamentalmente, un viudo y una viuda, viejos, que se les descubrió, se sabía que estaban en una casa por la noche juntos, se les hacía una cercerrada, es decir, iban todos los jóvenes del pueblo a tocar cencerros y cacharros para mostrar que allí estaban, eso está cambiando, (...) ahora en Castilla-La Mancha he estado preguntando y podemos hablar hasta mediados del... ochenta y cinco u ochenta y seis todavía son costumbres que se han mantenido, obviamente eso en la ciudad ha desaparecido, ya no existe, ¿por qué se produce eso? (...) redescubren, viudos y a veces no viudos, tienen una nueva posibilidad de relaciones afectivas y de relaciones sexuales, hay un rechazo frontal por parte de los hijos (...) una razón de rechazo, aparte de todo lo que digan de mal visto, «de que no me gusta que mis padres estén por ahí haciendo el bobo en plan novio y novia, no me gusta que acaso con quien ahora se va se lleve toda la herencia», así de sencillo...» (EE18: 12)

Ya habíamos aludido a la mención desde distintos GD a la Viagra (GD2, GD8, EE6). Puede interpretarse como una forma irónica (así lo plantean ellos/as) de recurrir al tema, lo cual puede estar escondiendo el interés por el sexo aun en estas edades. Muchos varones jubilados piensan que se les percibe como «viejos verdes», ante lo que ellos se defienden justificando el derecho a gustarles y apreciar la «belleza de las mujeres» como a cualquier otro varón más joven sobre el que no se aplica esta imagen social negativa:

«- Son defectos que... pues que pasa una chica joven y nos atrae, eso nos atrae.

- ¡Eso no es ningún defecto! (- No, es verdad) ¡es una alegría!

- Es un cambio de la persona nuestra porque antes no nos atraía tanto...

(...) hay personas que no te lo admiten, «es que eres un no sé qué» (-Un escudriñador), ¡no soy nada! es que me gusta verlo y creo que no hago mal a nadie, no hago mal a nadie (- ¡No!) y no es que tenga ningún mal pensamiento de decir «me iría y me acostaría con ella»... (...)

(...)- (...) - Si ves a una chica joven que va con minifalda te dicen «el viejo verde este»...» (GD10: 14-15)

Piensan que los mitos sobre el «comportamiento sexual especial» de los mayores se siguen cumpliendo y no pueden «hacer» lo mismo que los jóvenes, o mejor dicho, está peor considerado socialmente. En coherencia con una represión mayor en su educación pasada, ellos mismos (sobre todo las mujeres ma-

iores) defienden tanto su derecho a las relaciones sexuales pero a la vez aún siguen criticando la liberación sexual actual de los jóvenes. Para la mayoría de mujeres mayores sigue siendo un tema tabú. Parece un discurso ambiguo o en transición entre la represión anterior y la liberación actual:

«- (...) aunque somos mayores, somos mayores y lo hacemos igual que los chicos jóvenes, porque si tú estás bailando... (...)

- Suerte que tiene que no tiene que tomarse la Viagra esa... (...)

- Sales de aquí y te encuentras a dos chicos besándose y hay gente... a mí me da igual...

(...)- *Que te causa más vergüenza ver a una persona mayor, te causa más vergüenza.* (...).

(...)- *Tiene el mismo derecho, no haciéndolo, lógicamente, dando escándalos...*

(...)- (...) *porque tienes tu marido y tienes tu casa para darte un beso, abrazarte o hacer lo que te dé la gana.* Para hacer lo que quieras en tu casa, pero, pero si te echas un amigo y si ese amigo luego se va contigo a... Mira el otro día operan a uno, que fíjate tú lo que es, *para que veas el critiquero que hay...*» (GD2: 30-31)

Algunas de las representaciones sociales se encuentran en relación a la personalidad y aptitudes, que se atribuyen a los mayores y que en consecuencia ya se han ido percibiendo desde los apartados anteriores. Por ejemplo, «*los mayores son inflexibles y conservadores*». De forma general, se piensa que a los mayores no les gusta cambiar sus costumbres, pensamientos o actos, y además, les cuesta adaptarse más que a los jóvenes. La inflexibilidad y el conservadurismo son unas de las representaciones sociales acerca de la gente mayor. Muchos estudios han venido defendiendo esta rigidez en los mayores (Riley *et al.*, 1968; Schaie y Strother, 1968; en Kalish, 1991: 114; Sánchez Hidalgo y Allendez, 1975: 186). Este afán por conservar lo conocido y no querer enfrentarse a lo nuevo puede explicarse por la necesidad de seguridad y el miedo a no poder adaptarse a lo desconocido y no familiar. Sin embargo, estas características de la personalidad se encuentran en gente de todas las edades y no expresamente en la gente mayor por el simple hecho de haber celebrado el 65 aniversario. Frente a la inflexibilidad de los mayores, se ha de decir que la adaptación a los cambios, la flexibilidad en modificar los rasgos de personalidad y adoptar nuevos estilos de vida es una realidad en los individuos de cualquier edad, sin que la rigidez en el carácter sea una consecuencia del avance de la edad (Chown, 1961; Rodríguez Domínguez, 1989: 73; Altarriba, 1992: 71). De hecho, si los mayores se muestran más conservado-

res puede ser un mecanismo de defensa ante una sociedad cambiante que no acepta otros valores que no sean los fundamentados sobre la actividad, lo juvenil, la última moda y tendencias con las que no se identifican.

Otras imágenes se refieren a que «*los mayores sufren cambios de personalidad negativos: están deprimidos, ansiosos, inseguros*» y/o «*los mayores son personas serenas y tranquilas*». La situación de los mayores suele relacionarse con déficits a nivel de personalidad y comportamiento: se les identifica con una nula creatividad, depresión, ansiedad, cambios de humor, comportamientos rígidos (Lehr, 1983; Palmore, 1971; Rose, 1964; Rodríguez Jiménez, 1989: 31); se piensa que se convierten en personas más precavidas y menos impulsivas (Botwinick, 1978; Riley *et al.*, 1968; Kalish, 1991: 114), ven el mundo más complejo y peligroso (Neugarten, 1968) y que se vuelven más introvertidos. También se perciben imágenes acerca de la gente mayor como personas inseguras, irritables, intratables¹⁹. Esta creencia de la irritabilidad y testarudez de los mayores se dibuja con la clásica etiqueta de «*viejo cascarrabias*» o «*vieja histérica*», generalizada muchas veces a todos los mayores. Sin embargo, las actitudes repetitivas de continua demanda de atención pueden explicarse por la necesidad de querer controlar su entorno (Sánchez Hidalgo y Allendez, 1975: 157), es decir, de ese modo demuestran la necesidad de ver que no han perdido el rumbo de su vida a pesar de los continuos achaques y cambios que la última etapa reporta.

La imagen de tranquilidad podía contradecirse con la imagen anterior comentada (ansiedad), pero percibimos que son dos representaciones compatibles que se producen al mismo tiempo. Según la encuesta CIREs (Diez Nicolás, 1996; Durán y Rodríguez, 1996), la faceta de sabiduría (un 7% de los encuestados/as lo aplica a los mayores) y serenidad es la que caracteriza a los mayores frente a la de actividad (un 29% lo aplica a los adultos, un 17% a los jóvenes y un 1% a los mayores) que caracteriza a los jóvenes y adultos.

Respecto al tema «*los mayores tienen menos recursos psicológicos. Sufren varias pérdidas a este nivel*», según varios autores (Moragas, 1991: 209-210, y otros estudiosos) hasta hace poco se ha defendido la disminución general de todos los recursos psicológicos a edades avanzadas: aptitudes sensoriales, de atención, memorísticas, cognoscitivas, aptitudinales o de habilidades, capacidad aprendizaje, etc. Los mayores suelen representar una menor capacidad cognitiva, menor capacidad de aprendizaje y, en general, su descenso en el

¹⁹ Por ejemplo, un 68% de las amas de casa encuestadas piensa que los mayores son «raros e intratables» y un 34% opina que los mayores «son una carga para los hijos/as» (De Miguel, 1994: 30-31).

rendimiento intelectual con la edad. Este es un aspecto que ha suscitado mucha polémica y aún hoy se piensa que la gente mayor tiene menor capacidad intelectual. Esto puede deberse a que las investigaciones que se vienen realizando en este sentido se centran en los resultados de tests psicométricos basados en la rapidez de respuesta, a la que muchos mayores no están acostumbrados (véase apartado 5.2). Por tanto, si se relaciona la inteligencia con la rapidez de respuesta los mayores sacan bajas puntuaciones y de ahí deriva fundamentalmente el estereotipo. Sin embargo, diversas investigaciones (Mishara y Riedel, 1986; Aragón, 1989, entre otros) demuestran que si se toman en cuenta otras aptitudes que conforman el intelecto (aptitud verbal, capacidad de análisis, capacidad de deducción, por ejemplo) los mayores no disminuyen su capacidad intelectual sino que la aumentan con la edad y las experiencias vitales. Recordemos la clásica cita de Cicerón, en el encabezado del apartado, que resume bellamente las posibles facultades que la vejez puede generar. Muchos estereotipos a nivel psicológico devienen de los niveles anteriormente tratados (socio-económico, psico-social, físico) que pueden ser las causas de que los mayores tengan una peor autovaloración y apreciación social.

En relación a la soledad o que «*Los mayores están solos y son menos sociables*» es otra de las imágenes estereotipadas en torno a las personas mayores. Los mayores no pasan más tiempo solos ni tienen menos relaciones que otros grupos de edad (véase apartado 9.5). Si nos remitimos a los datos sobre los modos de convivencia y el estado civil de los mayores concluimos que la mayor parte viven en compañía de algunos de los hijos/as o de la pareja (tan sólo el 16% viven solos. Véase apartado 2.5). De todos modos, debemos recordar que los casos de soledad son muy problemáticos en estas edades, sobre todo cuando el estado de salud está deteriorado y el grado de dependencia es acusado.

Todo lo comentado hasta aquí se podría resumir en el mito de la «vejez desgraciada» («*los mayores son unos desgraciados*») por el que se opina que los mayores son todos unos «pobrecitos», dignos de lástima y compasión. Esta percepción se traduce muchas veces en un tratamiento caritativitista y paternalista (también observado en los propios mayores), reflejado en muchas medidas político-sociales, que les infantiliza en lugar de considerarles como personas adultas en todos los sentidos. Si a todo esto se añade la condición de género, la situación se perfila más peyorativa para las mujeres mayores. Tal como se ha aludido en otras ocasiones (Agulló y Garrido 1996, 1997a), la vivencia de la jubilación y envejecimiento es más negativa en las mujeres mayores de las capas sociales más bajas, de más edad, viudas, con nivel de estudios e ingresos bajos y con apoyo social débil, entre otros factores. La aportación

de las mujeres mayores, al igual que el papel de otros grupos de mujeres, sigue permaneciendo «invisible» y desvalorizada socialmente (ver Capítulo 9). En nuestro estudio hemos percibido este poco aprecio (a veces desprecio social) que las mujeres mayores manifiestan sentir. «Las mujeres mayores son unas *marujas*», representa esta imagen negativa.

«— La gente, sobre todo los más jóvenes, *enseguida te dicen «maruja, no seas maruja tía, no seas vieja», pareces una maruja...*

— Eso «*maruja, maruja*» a mí me da mucha rabia esa palabra, ¿eh?

— Y a mí...

— Pues es diferente a lo que era antes; *antes era ¡un respetol!*...

(...) si estás bien yo creo que te tratan mejor... pero *si empiezas a tener algo pues ya... se hartan*» (GD9: 10)

En coherencia con la poca autovaloración también de sus vidas, tal como ya veíamos en el Capítulo 7 y la desvalorización de las actividades que realizan (Capítulo 9), siguen conformando una identidad negativa o desvalorizada: «*Es que la vida nuestra es tan sencilla que no sabemos qué decir...*» (GD9: 16). A continuación transcribimos uno de los análisis de Freud sobre las mujeres mayores que no nos puede dejar impasibles:

«*Es harto sabido —además de haber dado lugar a muchas lamentaciones— el hecho de que, después que las mujeres pierden su función genital, su carácter suele sufrir una alteración peculiar: se tornan pendencieras, provocadoras y despóticas, mezquinas y cicateras; o sea, que se manifiestan en ellas típicos caracteres sádicos y eróticos anales que antes, durante el periodo de la plenitud de la femineidad, no poseían. En todas las épocas, tanto los comediógrafos como los escritores satíricos han dirigido sus invectivas contra el «viejo dragón» en el cual quedaban convertidas la joven encantadora, la amante esposa y la indulgente madre. Es dable observar que esta alteración del carácter corresponde a una regresión de la vida sexual a la etapa sádica y anal-erótica pregenital, en la cual hemos encontrado una predisposición a la neurosis obsesiva. Al parecer, pues, no sólo es la precursora de la fase genital sino, también, y con mucha frecuencia, su sucesora, su culminación luego que los genitales han cumplido sus funciones*» (1913, En Zinberg y Kauffman, 1986: 119-120).

Afortunadamente esta despreciable frase además de dejarnos atónitos es hoy, y siempre ha sido, claramente falsa. Estas representaciones sociales que dejan tan malparada la posición de las mujeres mayores van cambiando radicalmente. Lo que se pretende es, pues, recalcar que la experiencia de la jubilación y envejecimiento está fuertemente marcada por el género. La situación de las mujeres es más compleja. Muchas de ellas se sienten «desgraciadas»,

solas, peor vistas... Las amas de casa mayores son las que señalaban también una autopercepción más negativa unido a una peor imagen social:

«- (...) yo soy viuda, mira, *bastante desgracia tengo que soy viuda*, bastante desgracia tengo, que yo, cuando veo un matrimonio que va con su mujer y va ella con su marido... pues me da... me da envidia, me da envidia porque digo: «qué lástima que no he podido disfrutar de mi marido»...

- Yo siento lo mismo, ¿eh?, y es que... » (GD2: 31)

10.3.3. El tratamiento institucional: «correcto» pero insuficiente para cubrir la demanda

La discursividad de los mayores también debate sobre el tratamiento (relacionado con la imagen, aunque no se puedan equiparar totalmente) que reciben desde algunas de las instituciones públicas y/o privadas. Se trata de un discurso igualmente ambivalente, pero con una tendencia bastante crítica. Una prueba de rechazo u ocultamiento de los problemas del envejecimiento se puede observar también en el menor interés, desde el campo médico, la asistencia geriátrica y desde los servicios terapéuticos destinados a los mayores. Hasta fechas recientes este desinterés por la investigación geriátrica ante otras áreas (pediatría, por ejemplo) era claramente palpable. Sin embargo, los últimos presupuestos y gastos (en pensiones, asistencia sanitaria, servicios sociales) destinados a los mayores, aunque aún resultan insuficientes para paliar la precaria situación vital de los mayores, van aumentando de año en año. Ello demuestra, pues, una creciente preocupación político-social por revalorizar y mejorar las condiciones de vida en las edades más avanzadas. De todas formas, si en el discurso oficial observamos esta tendencia a la profesionalización, el discurso informal y las actitudes sociales se presentan, como estamos viendo, con un tinte más oscuro y más crítico:

«...se ha llevado la Tercera Edad como una Concejalía especial. Desde las segundas elecciones, de 1983, creo que es cuando ya se creó la *Concejalía específica de Tercera Edad*, porque además pensamos que es un *colectivo suficientemente importante como para tener una atención especial.*» (EE8: 1)

«...una *actitud muy paternalista con la gente mayor* (...) ni son tontos y tienen capacidad. Si un juez no determina que es un incapaz, pues tienen capacidad hasta el final de sus días para decidir sobre su vida, y también hay mucha tendencia, ya en los más mayores, a que los demás decidamos (...) Les tratamos como niños y no como adultos, *son viejos pero no son niños*» (EE10: 7)

Respecto a los servicios socio-sanitarios y otras prestaciones, las críticas de los mayores al tratamiento de algunas de las instituciones (Seguridad Social, Gobierno, INSALUD, ...) son, en muchos casos, atroces. Sobre todo los mayores de menor estatus y peor situación (en zonas rurales donde faltan medios o en urbanas donde son deficientes) transmiten serias críticas a estos servicios y prestaciones. Los discursos más alarmantes se dirigen:

- a) Hacia el sistema de pensiones, la incompatibilidad de dos pensiones (marido-mujer), las bajas pensiones, el temor a perderlas.
- b) La falta de Residencias, la deficiencia de los servicios sociales y asistenciales.
- c) La «deshumanización» en el trato desde distintos organismos.
- d) La ausencia de servicios, la desinformación, etc.

Según la situación económica o el entorno donde se habite, los mayores enfatizan uno u otro de estos puntos enunciados. Recordemos los discursos tan críticos sobre las bajas pensiones (Capítulos 8 u 11) o las demanda de servicios asistenciales (Capítulo 11).

«M.– Yo pienso que el bienestar social *está desapareciendo por completo, está desapareciendo, empezó caminando hacia arriba y ahora está caminando hacia abajo*, y vamos a volver, como no se arregle la situación y como no se colabore todos los españoles en España, vamos a volver otra vez a los hospitales de beneficencia (...) *están haciendo privatización todo* (...) nos van a dejar en la miseria , ¿por qué? porque no se lucha lo suficiente, porque no sirve de nada que el sindicato luche, luche y luche y se le deja solo (...) es por el bienestar de todos nosotros, de todos lo españoles, *sobre todo de los pensionistas, que nos están dejando al margen de todo, de absolutamente todo. En el boletín, en los medios de comunicación, en la televisión: pensiones, pensiones...*» (GD3: 30)

«...en Urgencias, es que no vales para nada, ¡ya eres mayor y ya se acabó!, *entró una chiquita con una colitis pues a las dos señoras las dejaron sentadas allí, muy mayores, y atendieron a la niña corriendo*, de unos dieciocho o diecinueve años, con una colitis, yo no digo que no haya que atenderla, porque lo mismo es una enferma, una que la otra, pero las señoras mayores llegaron a las tres de la mañana y se fueron a las siete, las pusieron allí en un rincón, unas pastillitas y las mandaron a casa...» (GD3: 30 y EM1314: 19-20)

También aluden a la limitación de «descuentos» para los jubilados anticipadamente, que aún no tienen 65 años. Esto choca con la opinión de algunos exper-

tos que piensan que las ofertas y reducciones (u otras medidas) deberían aplicarse no según la edad sino más bien según la situación económica, por ejemplo. En relación a esto aparece una imagen hostil que se empieza a transmitir de los mayores como «perceptores de todo tipo de descuento, oferta, servicio», en detrimento de otros colectivos que están en situaciones desfavorecidas (parados, inmigrantes, ...) y sin embargo no reciben este tratamiento institucional. De nuevo, surge un debate inacabado sobre la defensa de medidas destinadas a los mayores por «la edad» o bien considerar otras circunstancias (ingresos, ...) no sólo la edad. En el trasfondo se visualiza un debate ideológico más profundo de solidaridad, de reparto intergeneracional... que no concuerda con las demandas de otros colectivos igualmente —o más— desfavorecidos que muchos de los mayores mejor posicionados. Vemos, pues, unas reivindicaciones claramente enfrentadas:

H.— (...) no tengo libertad para decir «hoy me voy a ver los museos porque me gusta verlos», y no, *porque tengo que pagar autobús para allá, para acá, entrada... y cuando me vengo a dar cuenta me he gastado 1.000 ó 1.500 pesetas en transporte nada más porque me apetece ver esto. O sea, yo soy un marginado de la Seguridad Social: tengo 60 años, donde me he tirado 40 años cotizando, me he puesto en una jubilación anticipada y no tengo derecho a nada, ¡tengo que pagar como cualquier ciudadano!. Entonces quería que constara esto ahí [Señalando la grabadora].*

M.— Pues yo sí, yo tengo mi carnet (...)

H.— (...) yo voy mañana que me gusta el deporte y tengo que pagar por diez veces que vaya a bañarme tengo que pagar 3.000 pesetas, cuando una persona que *tiene 65 años solamente paga 1.000 pesetas (M.— 1.200) ¿por qué? si yo soy pensionista lo mismo que aquel que tiene 65 años...»* (GD4: 6)

«... (...) me preocupa mucho la emergencia cada vez más fuerte de una *imagen hostil contra los ancianos como elementos que están consumiendo recursos en detrimento de otros colectivos sociales*. Yo recuerdo un encuentro en Bilbao, la rabia visceral con la que unas personas jóvenes paradas..., era un encuentro, eran profesionales, universitarios (...) la argumentación la rabia y «*¿por qué los mayores sí y nosotros no?*». Y lo que yo dije antes: y porque ellos *el autobús gratuito solamente por ser mayor, que me digas en función de ingresos, pero ¿por ser mayor de 65?, ¿y por qué esto?* (...) *se cuestiona ya desde colectivos que no están en el mercado de trabajo o que están en unas condiciones muy penosas se ve al otro como un privilegiado, se ve al anciano como a un privilegiado y se empieza a meter ese esquema y una relación de hostilidad hacia él (...) puede llegar a una crispación social intergeneracional...*» (EE1415: 7-8)

El discurso también es muy crítico cuando hablan sobre las pensiones, su bajo nivel, el temor a la pérdida, la tendencia a la privatización... Junto a un nivel de conformismo bastante notable, se encuentra un discurso muy concienciado porque hay algunos participantes muy implicados en estas cuestiones (GD3, por ejemplo) y por ello critican la «pasividad» de los jóvenes ante la situación actual de precariedad laboral (ver GD3: 33-34 ó apartado 9.5). Muchos mayores (sobre todo los de mejor posición) rechazan los Hogares y otras iniciativas destinadas a mayores, y al mismo tiempo critican la ausencia de otras actividades alternativas (ver 9.5). El tratamiento de los Bancos y otras entidades aseguradoras también es criticado por los mayores. Muchos de estos discursos críticos surgen sin haber preguntado sobre la cuestión, lo que demuestra de forma fehaciente que no se sienten respetados ni queridos socialmente (ver también Walker, 1996).

«– Sí, nos hemos deshumanizado todo, (...) la humanidad no existe...

– *Te jubilas, cobras y te callas (– Exacto); Esa es la política que hay «toma, coge y ¡hala!»* y si no tienes bastante pues a tu cuñado le pides o a quien sea...

– Eso, cobras lo que cobras y luego pides un préstamo y entonces te pasa como a un amigo mío que dice: «¡Hombre, eso con un préstamo se soluciona!», y va el hombre al sitio a por el préstamo y dicen: «¿Qué edad tiene usted?», y dice: «Sesenta y ocho años», y dice: «*Hay una ley que prohíbe hacer un seguro de vida a más de sesenta y cinco años*», y dice: «¡Bueno, pues no me lo haga!», y dice: «No, es que sin seguro de vida no le puedo dar el préstamo» (...) y entonces dice: ¿Y ahora que hago, y ahora qué hago? (...)

(...)- *Van al Hogar y les dan un aguachirli de esos y le cuesta cinco euros...*

(...)- El mayor es algo que estorba, es una persona que...» (GD5: 30-31)

También protestan de que son «timados» y embaucados por muchas empresas para que consuman productos, la mayor parte de la veces innecesarios, o bien otras ofertas, también engañosas, sobre viajes, seguros, etc. Tanto algunos expertos como la OCU (Organización de Consumidores) en alguno de sus estudios han confirmado que el colectivo de mayores es el más vulnerable a ofertas de todo tipo. Una de las causas puede ser la desinformación y falta de asesoramiento ante el consumo atroz que se presenta a los mayores, no siempre preparados para el mismo. Según un estudio reciente sobre «La Tercera Edad y el consumo» (Martín Serrano, 1998) tan sólo el 15% de los mayores conocen los organismos competentes tanto para atender reclamaciones de los

consumidores, como para proporcionar información y formación sobre consumo (*Revista 60 y más, IMSERSO, abril 1999: 52*). Leamos algunos discursos en esta línea:

«...previsto está una serie de charlas en los centros de «Policía de Proximidad», Policía mayor (...) acaban de hacer unas jornadas sobre «Seguridad y mayores» porque los delitos que se cometen en general los mayores, *no es el colectivo al que más agreden. Pero el 80% de los timos es a mayores. Entonces, es que estamos cansados de que engañen a los mayores de muchas maneras. Con esto de la vivienda, que hacen hipotecas muy mal porque pagan muy poquito dinero para luego quedarse con la vivienda (...) Y su inseguridad cuando van a una entidad bancaria, que alguien les acompañe, una serie de temas...*» (EE711: 4)

«M.– (...) sólo vamos a las excursiones, que es cuestión de la manta [día de excursión gratis, pero después tienen que comprar algo...], se encarga el Presidente, *pero estamos ya de manta hasta...*»

M.– Hasta el coco...» (GD7: 20 o GD1: 23-24): «...¿Qué buscan?, que nos hagamos de este seguro, del otro, del otro, del otro, ¿para qué?, para sangrarnos (...) *engañar miserablemente, porque me cogió solo y de improviso: «¡ay, que se va a acabar...!», ¡un engaño!, un granuja! (...) hay muchos de esos...*» (GD1: 23-24)

Pero no todo es negativo, también manifiestan y reconocen algunos de los servicios que se les ofrecen a los que pueden acceder cuando lo necesiten²⁰. El tratamiento por parte de las instituciones variará dependiendo de las personas que ofrecen el servicio, por ello no siempre es inadecuado o impropio. En lo que sí coinciden es en la insuficiencia de servicios.

«...unas veces es bueno y otras veces es malo, independientemente de instituciones. Vamos a poner una de la institución más cercana, *los médi-*

²⁰ Incluso una entrevistada que ha estado en una Residencia alaba los servicios, pero, eso sí, critica el mal ambiente que había, no le gustaba, no se adaptó y ahora está en casa con una asistenta interna que la cuida. «— Yo quería probar. (...) Como todo el mundo estaba hablando tan bien de las Residencias, según. Y esta ya te digo, *era una Residencia de lujo.* (...) Y yo estaba sola en la habitación porque yo estaba sola., con el teléfono y la tele, pero sola. Pero después salía al comedor, y yo tengo el estómago no sé como, y veía mucha porquería entre las personas mayores, que parece mentira... (...) ... y yo tenía el estómago revuelto a la hora de la comida, ¡ay madre!, tantísima porquería. (...) Porque había gente escupiendo.(...) *que estaba como si fuera un hotel, si no hubiese sido por la hora de la comida (...)* pero es que *a mí no me gustaba...*» (EM16: 8-9)

cos, la institución sanitaria: hay médicos muy buenos que tratan a los mayores muy bien y hay médicos muy malos que tratan a los mayores muy mal. ¿Qué concepto tienen?, pues depende del médico de turno... (...) puede haber un centro de estos de la Tercera Edad que son un cochambre y otro que es un sitio de lujo; hay sitios donde va la gente y está estupendísimamente y hay gente que va a un sitio y no vuelve (...) Volvemos a lo mismo, de las personas. Efectivamente, si tú tienes una enfermera en un hospital que es una santa y que cuida del enfermo con vocación, y tienes una persona que está ahí porque ha caído allí y que trata a la gente mal...» (EM1: 6)

«— Pues yo he estado en el Hospital un mes y he visto que el tratamiento de allí es magnífico, ¿eh?, igual tratan a un joven que a un viejo. Pues Residencias como la de Alcoy... bien larga, a lo mejor hasta Valencia o Alicante no las hay tan buenas.

(...)— Y sobre todo la *humanidad que hay en los médicos*, en los que nos asisten. Antes un médico era un señor, todos lo sabemos, que marcaba una diferencia entre el paciente y el médico (...) *Ahora el médico es tu amigo, y eso en los viejos es importante...*» (GD5: 17, o EM17: 8-9): «...la Cruz Roja también. (...) Sí ahí está. (La Telealarma) (...) el otro día me llamaron, «¿Cómo está usted?» «Pues, ya ve, estoy algo pachucha»... «Pues si necesita usted algo no tiene nada más que llamarnos» (...) (EM9: 5)

También cabe mencionar las imágenes y el papel de los mayores en los *mass media* y desde otros agentes sociales. Si en el Capítulo sobre actividades de ocio (apartado 9.4) veíamos cómo los mayores conformaban una importante audiencia en los medios de comunicación, ello no se corresponde con la baja presencia y aparición en los mismos. Es decir, si los mayores son asiduos radioyentes, telespectadores o lectores de prensa²¹, el tratamiento que reciben desde estos agentes es bajo, con imágenes negativas o estereotipadas.

Su presencia es baja porque se puede observar cómo pocos programas se dedican a los mismos. Podemos mencionar la revista *Sesenta y más* (editada por el Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales) o la reciente publicación de la

²¹ Según datos del Estudio General de Medios (IMSERSO, 1999: 8), los mayores de 65 años suponen el 10,2% de lectores de revistas, el 11,9% de los suplementos, el 12,8% de los diarios. El porcentaje se eleva aún más en la radio (14,4%) y en la televisión (19,4%). Sólo en Internet su uso es inapreciable; apenas el 0,7% de los usuarios ha cumplido 65 años, frente al 54% que tienen entre 25-44 años, 31,8% de 14 a 24 y el 13,5% de 45-64 años.

revista *Júbilo* (con otra orientación y destinada a adultos y mayores)²², algunos programas de radio o televisión²³. Según el sociólogo Díaz (IMSERSO, 1999: 11), en su «Informe sobre la televisión española en España: la década abominable (1989-99)», el escaso éxito de los programas para mayores se debe a que «los viejos no quieren ver programas hechos para viejos», prefieren las series donde salen pocos abuelos pero son bien tratados, sin compasión, piedad o paternalismo²⁴.

Podemos comprobar la relevancia del papel de los medios de comunicación, la educación y otros agentes sociales sobre las actitudes y representaciones sociales de la gente mayor. De forma general, la «vejez tiene una imagen miserable» (Fernand, 1986, López, o.c., 65), pues se suelen resaltar los aspectos negativos antes que las representaciones positivas de la misma. Según López Jiménez (1993: 66) la mayor parte de las informaciones son noticias sobre ancianos individuales (famosos), aspectos relacionados con los servicios y protección social (Residencias, pensiones, vacaciones, salud...). En cuanto a la publicidad, existe una población mayor deteriorada a la que no se hace ninguna alusión (¿se la «esconde»?). Sin embargo, los anuncios dirigidos a los mayores se refieren a los mejor situados, los de la «edad dorada», cuando tienen un poder adquisitivo para poder consumir y un nivel de salud para poder viajar o formarse. Parece que sólo interesan en sentido utilitario y como consumidores de bienes (por ejemplo, Visa Oro, Tarjeta Oro de Renfe, planes de jubilación, etc.). Fernández Pombo (IMSERSO, 1999: 8), realizó un estudio sobre las imágenes de los mayores a través de la prensa y encontró tanto un tratamiento positivo (mayor atención que hace unos años, con ternura o como demandadores de justicia) como negativo (con lástima, broma-ridículo, temor por ser una carga social y conservadores o poco adaptables). Aragón (1986: 318-319) también destaca la escasísima presencia de los mayores en la TV, sobre todo de las mujeres. Se les presenta predominantemente de forma negativa; la clásica bruja, el hombre taimado, el ser arrinconado e indefenso, etc. Y otras veces su figura se

²² Esta revista (y otros programas de radio dirigidos a mayores, por ejemplo, *Júbilo Economía*) es dirigida por el grupo privado *Júbilo Comunicación*, dedicado a medios de comunicación para mayores de 50 años. Es la primera empresa privada que edita una revista mensual para mayores durante casi un año (desde diciembre).

²³ Actualmente se emite en RNE *Envejecer es vivir*, los sábados y domingos de 7 a 8 de la mañana, presentado por L. Díaz Aledo). Pero algunos de los programas destinados a los mayores (p.e. el programa *Mayores sin reparos*, emitido por TV2 y dirigido por Tico Medina, o *El tiempo que vivimos*, dirigido por Inma Santos) han dejado de emitirse.

²⁴ Por ejemplo, *Médico de familia*, mencionada en los premios del IMSERSO por «su ejemplar tratamiento de la discapacidad y de las personas mayores».

utiliza como *spot* publicitario a base de ridiculizarla para llamar la atención: ancianos montados en motocicletas, haciendo cabriolas, etc. Otras veces en plan meramente instrumental y acentuando la faceta negativa (anunciando pastelitos o dentaduras postizas). Estas presentaciones negativas tienen mucha influencia sobre su representación personal. En cuanto a la posición del mayor en la literatura y los cómics los estudios realizados arrojan resultados parecidos (Beauvoir, 1970; Palmore, 1971, en Aragón, 1986: 319).

En general, existe una subrepresentación de los mayores en los medios de comunicación (al igual que ocurría con personas de otras culturas, por ejemplo, hasta hace pocos años) y, lo que es más preocupante, su presencia es minoritaria y estereotipada. Cuando aparecen los hombres suelen salir representando los valores ligados a la tierra, la naturaleza como experiencia, la autenticidad, las recetas tradicionales, los productos que mejoran al envejecer (vino), entre otros. Las mujeres, por otro lado, suelen representar el ahorro, la limpieza, la buena cocina, la unión familiar, el trabajo artesanal. Sin embargo, paradójicamente, no se aprecia el trabajo y sabiduría de los mayores: han perdido valor los roles de abuelos, sabios, patriarcas, consejeros, que tanto nos recuerdan los papeles cruciales de antiguos hechiceros, sacerdotes y chamanes en otras comunidades y culturas. En otros casos, como los ejemplos citados, se da una imagen positiva, pero igualmente estereotipada y sesgada²⁵.

En definitiva los *mass media* son un reflejo de la sociedad general y, aunque las pautas van cambiando, vemos la persistencia de anuncios publicitarios que reflejan imágenes estereotipadas de los mayores. Afortunadamente todos estos estereotipos están en revisión y se empiezan a poner en duda por la progresiva calidad de vida de los mayores. Pensemos en algunos anuncios o películas en las que imágenes de los mayores no son tan negativas (y tampoco positivas), pero por ello se acercan más a la realidad multidimensional de la vejez (por ejemplo, la reciente y nominada película «El Abuelo», de Garci, en la que se perciben dos representaciones, al menos, de vivenciar esta etapa y ser mayor). De todas maneras, habrá que esperar un tiempo para que los mayores consigan un mayor «espacio y rol» social que automáticamente se verá (y se está viendo ya) reflejado en los medios de comunicación. Tal como dice Luenos (en Agulló *et al.*, 1999: 322) los expertos subrayan la evolución de una

²⁵ Los medios de comunicación siguen transmitiendo actitudes y hechos negativos quizá más acordes con los mayores del pasado que con el presente. Se ven unos primeros atisbos de organizaciones de mayores con la finalidad de defender su imagen, sus derechos, sus intereses. Pero el asociacionismo y otras formas de presentación social de los mayores aún no tienen mucha raigambre y fuerza (véase 9.3.2.3 y 9.5).

difusión universal y generalista (*mass media*) hacia una producción temática específica (*group media*) e hiperespecializada (*self media*).

Por otra parte, el tratamiento de los mayores muchas veces no es tan negativo como el que suele transmitirse a través de los medios de comunicación, revistas o periódicos de tonos sensacionalistas. En fin, que los mayores también son alabados, apreciados y valorados positivamente por otros grupos de edad. Por ello destacamos el papel crucial y doble que los medios de comunicación, literatura, libros de texto, revistas, charlas cotidianas (chistes, bromas), etc., pueden jugar: a) pueden ser fuentes transmisoras de estereotipos, actitudes e imágenes uniformes y homogeneizadoras negativas, y b) pueden desempeñar el papel contrario de transmisión de valores positivos de la gente mayor.

Muchas veces, las mismas personas que trabajan con mayores (gerontólogos, sociólogos, psicólogos, médicos, trabajadores sociales, cuidadores, voluntarios...) son (¿somos?) las que, consciente o inconscientemente perpetúan los estereotipos negativos (y generan las autoimágenes negativas) de los mayores. De ahí urge la necesidad de cambiar la situación a través, en este caso, de un cambio en la concienciación, y una formación y tratamiento adecuado de los profesionales de distinta índole hacia los mayores. Recordemos que el 90% de los mayores (Bazo, 1990: 142) piensan que los «políticos sólo se interesan por la Tercera Edad en elecciones». Por tanto, no sólo los profesionales citados están abocados a cambiar sus actitudes e información respecto a los mayores, sino que los dirigentes políticos, las instituciones públicas, Administración, empresas y otros organismos deberán orientar sus actuaciones hacia un cambio de imagen y de mentalidad y, por ende, un cambio de situación de la gente mayor.

Siguiendo las ideas de Comfort (1977/86), el envejecimiento es una realidad «sociogénica» (pág. 13) más que biológica, porque está construida a tenor de las actitudes y prejuicios de las personas más que a aspectos físicos. En su clásica obra resalta que «los esfuerzos por cambiar las actitudes no caen dentro de la competencia del Gobierno», solamente, añadiríamos nosotros, sino que además son «competencia del sistema educativo y de los medios de comunicación» (pág. 52). Para este tipo de concienciación, sigue proponiendo el autor citado, resulta fundamental que los mayores aparezcan públicamente como personas competentes, con buena salud y vigor mental, no como casos excepcionales que la sociedad trata como reliquias que hay que «conservar». Entonces, pues, destacar que el ámbito de la educación (a todos los niveles, desde Primaria hasta la Universidad de Mayores), el ámbito familiar, comunitario, el ámbito asociativo y, en general, todos los agentes sociales están implicados en que la vejez y el envejecimiento sea una etapa repleta o a salvo de representaciones sociales negativas.

La información y preparación constituyen el arma más eficaz para afrontar los prejuicios y actitudes negativas. El interés por el envejecimiento, propio y/o ajeno, abarca a cualquier persona que esté sensibilizada y preocupada por mejorar su calidad de vida y la calidad de vida de cada uno de los ciudadanos sin tener en cuenta la edad. Observemos cómo viven los mayores, cómo son percibidos y tratados por la sociedad (...); si no nos parece agradable ya tenemos un motivo más para ir cambiando el panorama. En el caso contrario, tendremos que soportar también las situaciones pésimas en las que algunas personas de edad se encuentran ahora. Vemos, pues, cómo la mayor parte de las imágenes sobre los mayores están sufriendo una transición hacia representaciones más positivas, pero aún sigue predominando la faceta negativa o los estereotipos en uno u otro sentido:

«...la imagen que se tiene hoy en día va mejorando y eso se ve en la publicidad, los mayores son un mercado grande, nosotros como Cruz Roja cuando tratábamos de dar a conocer a la gente... (...) *tratamos de huir de la imagen patética de la persona mayor como alguien absolutamente...*, con la garrota, con la boina, (...) *tratábamos de dar una imagen de gente mayor diversa, es decir, gente mayor procedente del ámbito rural, gente mayor procedente de la Universidad, gente mayor procedente de veinte mil ámbitos. Si tú te pones a mirar ahora la publicidad, hay un montón de anuncios en el que el protagonista es una persona mayor (...) la imagen que tiene la sociedad en general de la gente mayor está cambiando...*» (EE17: 11-12)

Como ya hemos comentado, la imagen suele ser positiva cuando se percibe al mayor desde su cara de «potencial consumidor» de seguros, de productos de salud e higiene, medicamentos, planes de jubilación, etc. Pero su imagen es negativa cuando se refieren a los mayores más deteriorados y se trata de personas dependientes y receptoras de servicios; cuando no son personas «útiles, consumidoras ni productivas» para la sociedad. No se resaltan otros valores relacionados con los mayores, como pueden ser la experiencia, la sabiduría, la serenidad, la capacidad de reflexión, etc.:

«J: (...) *Se utilizan los valores del anciano para potenciar esta cultura en la que vivimos, que es la del consumo. Muy pocas veces, poquísimas veces se hace ver ese valor de la experiencia en cosas concretas de la vida real (...) pero sin embargo tienen mucho que aportar en cuanto a paciencia histórica, en cuanto a comportamiento ético, incluso no de una forma moralista, moralizante, sino simplemente comportamiento ético de cómo ellos han vivido una etapa, una sociedad una serie de años (...)*

(...)M: (...) *la imagen es una imagen siempre definida por la situación carencial. (...) predominante como imagen negativa. Otra cosa es qué imagen se maneja desde los medios de comunicación, lógicamente está en función del consumo. Por tanto los ancianos (¡: Edad de oro), edad de oro, pensiones (...) plan de ahorro o de lo que sea, la imagen en los viajes del INSERSO, esa imagen lúdica, agradable, consumidor que tiene tiempo libre, relajante y tal. Pues esa imagen de los mayores puede estar un poco explotada desde los medios de comunicación. Yo creo que predomina la imagen negativa. En los propios mayores también (...) la imagen negativa: «¡qué triste es la vejez!»...*» (EE1415: 7-8)

Podemos ir concluyendo en que las actitudes y representaciones sociales tienen una enorme influencia sobre la identidad y el autoconcepto de los mayores. Para una mayor cooperación intergeneracional se torna imprescindible la disminución de actitudes y representaciones negativas en torno a los mayores. Es un reto para nuestra sociedad. El nivel de «ageism», edadismo o discriminación por la edad, será casi inexistente hacia aquellos mayores de estatus más alto, más expertos-sabios y de posiciones socio-económicas más privilegiadas. Es decir, apenas encontramos actitudes negativas hacia los mayores mejor posicionados, de mayor nivel educativo, participativo o con buen estado de salud. En resumen, vemos que dentro del grupo general de mayores no todos son iguales y hay más discriminación hacia unos que hacia otros. Las propias representaciones no hacen más que acentuar las diferencias y segregar no sólo a los mayores de la sociedad, sino que marcan la distancia entre una minoría de mayores «privilegiada» frente a una mayoría peor considerada socialmente.

Para disminuir este tipo de discriminación tampoco se aboga por la *gerontocracia* (poder en los mayores) o *gerontofilia*, pues estaríamos cayendo en el mismo sesgo de tratar a todos los mayores por igual, considerándolos a todos sabios, expertos, activos. Pero sí es necesaria una disminución del etiquetaje y discriminación. La situación que estamos describiendo empeora si se añaden otros elementos discriminatorios (sexo, etnia, falta de salud, ideología), lo que puede denominarse discriminación múltiple. En otras ocasiones ya se ha comentado la doble o triple discriminación que pueden soportar las mujeres mayores de menos estatus socio-económico: edad, clase social y género (Agulló y Garrido, 1996; Agulló, 1996), a la que puede añadirse la discriminación por etnia (Krause, 1993; Markides, 1989). Actualmente se ha avanzado mucho en el terreno de mayores oportunidades para las mujeres, inmigrantes, mayores, pero siguen manteniéndose barreras frente a estos colectivos. Queremos pensar que sería afortunado que Moragas (1991) estuviera en lo cierto al de-

cir que la discriminación múltiple sólo afecta a un 5% de la población occidental (pág. 123).

De forma general, la actitud discriminatoria hacia las personas de edad oculta a los mayores bajo una homogeneidad institucionalizada que encubre su individualidad. La aplicación de estereotipos, mitos y prejuicios por parte de la colectividad incide, como ya hemos comentado, en la percepción que las personas ancianas tienen de sí mismas (López Jiménez, 1993: 59). No ha quedado claro si la autoestima y la autovisión empeora con la edad, con el paso del tiempo o más bien se debe al proceso estereotipador que construye las actitudes sociales negativas. Pensamos que la interacción entre una y otra hace que con el paso de los años se observe una mayor aplicación de representaciones sociales negativas hacia los mayores. Según algunos autores la incidencia de las creencias y las actitudes sociales sobre el proceso de envejecimiento, por ejemplo, sobre la salud-enfermedad o dolor, es incuestionable (Reig Ribera, 1992: 168 y ss.).

En general, los mayores consideran sus situaciones de forma mucho más optimista de como lo hace la sociedad. Ello se traduce en problemas de identidad e integridad, al estar chocando la autoimagen, más o menos positiva, con las valoraciones externas del resto de los grupos y sus representaciones sociales. Al final, el riesgo está en que las actitudes y representaciones sociales negativas pueden tener más fuerza que las propias actitudes personales, con las consecuencias nocivas psico-sociales que ya venimos comentando. Lo paradójico puede ser que, aunque resulte irónico, que muchos mayores tienen prejuicios hacia la vejez, y esto mismo puede convertirse en rechazo de uno mismo, pues la imagen social actúa como espejo en el que los mayores se miran y evalúan. A esta asunción de los estereotipos es lo que se ha denominado en ocasiones *socialización anticipada* (Bazo, 1990: 115). Y pensamos que ahí está el riesgo de toda categorización, que «muchos mayores caen en esta trampa» de creerse lo que socialmente se les transmite (Butler y Lewis, en Laforest, 1991: 54).

El rechazo de la vejez está ligado a la construcción social de la repartición de los papeles según la edad. A los mayores les toca uno de los peores papeles, pues su rol se define desde el sistema productivo basado en el trabajo, en la producción. De forma general, no se acepta la vejez salvo que parezca «juventud» o «adulthood»; se rechaza la vejez, se intenta disimular. La cuestión es que no podemos concluir subrayando una actitud triunfalista, pero tampoco fatalista de la vejez, sino aceptar a los mayores desde la ambivalencia y la heterogeneidad. Tal como piensa Laforest (1991: 155 y ss.), aunque no podemos confiar en que estas actitudes desaparecerán en breve, sí se puede buscar el

medio de neutralizar, al menos, los efectos sobre la gente mayor. Aceptar que existen pero no aceptar que causen un efecto tan debilitador, devaluador y denigrante en los mayores. Y para ello pensamos que no existen recetas fáciles ni recursos mágicos, sino que, tal como hemos comentado, sólo el respeto a sus actividades y dando un papel valorado al mayor para que no perciba el abandono.

Pero, continuando con nuestra reflexión final, si una de las pruebas para medir las actitudes negativas fuera el aumento de programas sociales, médicos, pensiones y calidad de vida en general de los mayores podríamos decir que las actitudes negativas están disminuyendo. Pero todo ello también puede interpretarse desde los intereses creados por parte de las instituciones, la vejez se «utiliza» para conseguir votos, por ejemplo. Sea como fuere, el nivel de vida de los mayores ha aumentado —en el discurso oficial se valora a los mayores—, pero las actitudes sociales —el discurso más informal— parece que sigue siendo estereotipador. Siguiendo a Bateson, las actitudes poseen una «relación de doble vínculo» (Fericgla, 1992: 45), es decir, de manera oficial se propugna que los mayores merecen respeto, su sabiduría y experiencia deben valorarse. Sin embargo, casi todas las actitudes sociales (que luego se reflejan en hechos y acciones) se orientan a fomentar la batalla contra las canas y arrugas, las innovaciones ahogan las tradiciones, los valores juveniles predominan.

Pero no todo es una crónica negra. Recordemos que el deseo general en todas las culturas es prolongar la vida mientras tenga sentido prolongarla. Pero el reto que se plantea hoy es ¿cómo dar sentido a la última etapa vital? Por una parte, como hemos comentado, se les mantiene sanos, ocupados con viajes, y, por otra, se les margina. De acuerdo con los estereotipos ampliamente extendidos la mejor solución es retrasar todo lo posible el proceso de declive de la vejez. Esto está bien siempre que no se niegue la realidad de la vejez, pues incluso para los mayores con mejores condiciones también existe, por mucho que se pueda disimular o retrasar, la vejez. La actitud positiva más razonable sería valorar la vejez, aunque en un contexto como el actual la sociedad está más interesada en ser como Fausto, como Peter Pan, en conseguir la «eterna juventud», lo cual conlleva el no admitir el proceso natural vital. Cada etapa tiene su valor. Aunque se niegue la entrada en la vejez, irremediablemente, el deterioro irá haciéndose más patente.

Como contrapartida, se aboga por un punto de vista positivo e integrador que considere el envejecimiento como oportunidad, sin olvidar, al mismo tiempo, la dependencia y limitaciones que puede conllevar el envejecer, sobre todo en edades más avanzadas. Una de las formas de acabar con la posible crisis de la jubilación y el envejecimiento pasa por un cambio en las representaciones

sociales al respecto. Siguiendo la idea de Bevan (en Laforest, 1991: 152), «*la clave de la solución de los problemas de los mayores no está en el aumento del progreso, de medidas sociales, de recursos, etc., sino en un cambio fundamental de actitud*». Y compartimos la misma esperanza de J. L. Aranguren (1992) cuando dice: «*...mis ilusiones consisten en ver que se produzca un cambio radical en la actitud de la sociedad con respecto a la ancianidad, en que el estigma de la vejez se trueque en encantamiento*».

La implicación de todos los agentes sociales es la única manera de alcanzar una mayor calidad de vida en cualquier etapa vital y en concreto en la vejez. Todo lo que se haga —o no se haga— y se piense sobre la vejez constituye un camino que estamos trazando y que algún día atravesaremos si logramos envejecer psicossocialmente integrados y si vamos logrando destruir los estereotipos, actitudes y representaciones sociales negativas sobre el envejecimiento. Como broche de este Capítulo recordemos la cita de Sánchez Caro y Ramos (1985), expuesta a principio de la tesis, para avalar la idea de heterogeneidad y respeto ante el mosaico, *puzzle* o *collage* que constituye el ser mayor.

Futuro y mayores: en busca del envejecimiento y jubilación «ideales»

«Se es viejo cuando se tiene más alegría por el pasado que por el futuro»

(John Knittel)

«Saber envejecer es la mayor de las sabidurías y uno de los más difíciles capítulos del arte de vivir»

(E. F. Amiel)

«La vida es una aventura tan difícil que nadie ha conseguido acabarla vivo»

(R. J. Sender)

INTRODUCCIÓN: DE UNA CANTIDAD DE AÑOS ALCANZADA HACIA UNA MAYOR CALIDAD DE VIDA Y... CALIDAD DE MUERTE

En este Capítulo tratamos el envejecimiento «ideal» desde los mayores (lo que ellos más valoran para envejecer mejor) y, al mismo tiempo, nos acercamos a las perspectivas de futuro desde sus discursos. Ni siquiera hay que leer entre líneas para entresacar de lo tratado hasta ahora las preferencias, valores y necesidades de los mayores. De sus testimonios más o menos críticos podemos intuir, dándoles la vuelta, lo que ellos valoran en positivo. Eso mismo y desde sus relatos más directos (al lanzarles el tema/pregunta) vamos a desarrollar lo que anteriormente ya ha ido asomándose de forma manifiesta o latente. Se intenta dar respuesta a las cuestiones ¿qué es lo que más valoran? (de lo que tienen actualmente), ¿qué habría que cubrir para una «jubilación» o envejecimiento ideales? (supuesto, futuro). Vemos cómo la primera pregunta hace referencia más directa a lo que ya tienen, aprecian y valoran en el presente de forma general¹. Sin embargo, la segunda sería el «ideal» en abstracto, lo que demandan y proponen para un mejor envejecimiento y jubilación cara a un futuro como mayores. Podrían tratarse por separado, pero en esta ocasión vemos pertinente y más rico, admitiendo la diferencia de enfoques y conceptos, un análisis paralelo.

Deben distinguirse distintos tipos de «necesidad», pero aquí nos centraremos en el concepto de necesidad percibida (la que expresan con su opinión los mayo-

¹ Muchas veces los valores que muestran son respecto a lo disponible (valores alcanzados, necesidades cubiertas) pero otras veces están en el plano del «deseo» (valores deseados, necesidades percibidas) o algo que ven como problema a solucionar (preocupación). En nuestro caso hemos tomado unas referencias teóricas para llegar a nuestro concepto adoptado.

res) y expresada (lo que se denominan «demandas»). La distinción entre los tipos de necesidad nos parece básica para hacer siquiera una somera aproximación al tema objeto de este Capítulo. No se pretende, ni mucho menos, ofrecer un análisis de las necesidades de los mayores ni una propuesta de medición de calidad de vida de los mayores. Ello sería por sí solo objeto de otros estudios y tesis que no se incluyen en nuestros objetivos. Además, hemos encontrado interesantes aportaciones a la cuestión que cubren esos fines (Kane y Kane, 1992; Carrillo *et al.*, 1994; EDIS, 1991; INSERSO, 1989a, 1990; Pérez Nieto, 1997, entre otros) y nos sirven de base en este Capítulo. Ahora sólo queremos aproximarnos a estos conceptos de forma escueta y desde los discursos más directos de los mayores, expertos entrevistados y otras referencias.

Hemos de empezar resaltando que la *necesidad* se define en relación a la escasez; los *valores* es un concepto más abstracto, menos tangible y más utópico, relativo tanto a lo que se tiene como a lo que se desearía poseer. En relación a las necesidades, tema que ha sugerido importantes debates y estudios desde las ciencias sociales, sobre todo en las últimas décadas, podemos empezar señalando una clásica tipología de las mismas. Ya Bradshaw (1972, en Cano, 1990: 81, en Chacón, 1987, entre otros) distinguió cuatro tipos de necesidad². Recordemos también aportaciones de otros estudiosos en esta línea de análisis. La clásica tipología de Maslow (1970, 1982) nos muestra las necesidades en dos grandes tipos y jerarquizadas según el orden expuesto: 1) necesidades básicas (fisiológicas, de seguridad, de pertenencia y amor, autoestima-estima social), y 2) de autorrealización. Estas necesidades son las que motivan, según el autor, la conducta humana y dirigen a las personas a la consecución de metas³. Pero si Maslow centró su análisis en la motivación y necesidades, Michalos (1985) estudió los mecanismos que intervienen en el sentimiento subjetivo de satisfacción de necesidad. Su aportación llevó a la conocida *teoría de las Discrepancias múlti-*

² 1) *Normativas*: Se basan sobre el establecimiento de los niveles de vida deseables por parte de los expertos o estudios previos. Tienen el riesgo de aplicarse según determinada ideología política y/o intereses.

2) *Percibidas*: Basadas sobre la percepción de cada persona o grupo. El problema es la dificultad en discernir lo subjetivo de lo objetivo.

3) *Expresadas*: Es denominado *demanda*; cuando la necesidad experimentada se hace visible, explícita.

4) *Comparadas*: Se establecen por comparación entre los datos de la población-objetivo y otros grupos o condiciones (es lo que se llama «privación relativa», en relación a otro colectivo o grupo).

³ Pero esta teoría ha sido tratada y criticada desde varios frentes. Su tipología se torna inservible (Cano, 1990: 85) principalmente porque las necesidades sociales y psicológicas pueden prevalecer sobre las fisiológicas, e igualmente pueden sentirse «desamparados», por ejemplo, los mayores que tengan sus necesidades de afecto no cubiertas como los que tienen peor nivel de salud. La consecución de necesidades, pues, no seguiría ese «orden jerárquico piramidal» expuesto por Maslow.

ples, cuyo postulado inicial se cimenta en la idea de que la evaluación personal de una situación (satisfacción) está mediatizada por una serie de separaciones, diferencias o discrepancias percibidas al comparar la realidad presente con otras realidades sociales, personales o culturales; es decir, se fundamenta en la comparación con los demás, con otros tiempos o con uno mismo. Y dando un paso más allá desde la perspectiva individualista de Maslow, Gough también propone una interpretación diferente de la cuestión que el sociólogo Cano (1990: 86) bien resume así en estos tipos de necesidades:

- 1) *Necesidades individuales básicas*: Salud, autonomía, y aprendizajes básicos.
- 2) *Necesidades sociales*: Producción material, reproducción, comunicación cultural y autoridad política.
- 3) *Necesidades finales*: Comunicacional y constitucional.

De entre todas las teorías y clasificaciones, podemos mencionar, según Allardt (1973, en Setién, 1993: 68), la necesidad de *tener* (material, economía, poder), de *amar* (relaciones, afectivas-integración) y *ser* (autorrealización-conocimiento). Galtung y Wirak (1979, en Setién, 1993: 116-121) también aportan interesantes reflexiones a la cuestión. El objetivo del desarrollo, según estos autores, será, pues, satisfacer una serie de necesidades que pueden agruparse en cuatro bloques:

- 1) *Seguridad*: Individual y colectiva.
- 2) *Bienestar*: Fisiológico, ecológico y cultural.
- 3) *Libertad*: De movilidad, política, jurídica, de trabajo y de elección.
- 4) *Identidad*: Relación con uno mismo, los demás, la sociedad y la naturaleza.

Fernández Ballesteros *et al.* (1996) destacan el carácter de especificidad, multidimensionalidad y los aspectos, tanto subjetivos como objetivos, que conforman la calidad de vida. Las dimensiones personales a considerar son: salud, actividades-ocio, satisfacción, relaciones sociales, habilidades funcionales. Las dimensiones socio-ambientales: apoyo social, condiciones económicas, servicios sociales y de salud, calidad del ambiente y factores culturales⁴. Quintero y

⁴ Para ver gráficamente estos elementos véase *op. cit.* página 17, y en la página 19, los elementos objetivos (salud objetiva, apoyo social, factores culturales, calidad ambiental, disponibilidad de servicios de salud y sociales) y subjetivos (salud percibida, satisfacción social, necesidades culturales, valoración entorno, servicios de salud y sociales percibidos) (véase págs. 15-20).

González (1997: 132-133), revisan distintas medidas, conceptos y estudios sobre la calidad de vida en los mayores. Enfatizan el gran número de factores que engloba la calidad de vida, diferenciando, al menos, los aspectos objetivos (por ejemplo, ingresos, servicios culturales y evaluación clínica) y los subjetivos (siguiendo el mismo ejemplo, criterios de suficiencia económica, satisfacción con el consumo de bienes culturales, autopercepción de la salud) de la calidad de vida⁵.

También Setién (1993) ofrece un amplio y completo desarrollo conceptual, teórico y empírico sobre la calidad de vida (OCDE, 1973, 1982; Campbell, Converse y Rodgers, 1976; SPES, 1976, Michalos, 1980, 1985)⁶. Después de profundizar sobre cada uno de los enfoques y propuestas de indicadores que sugieren los distintos autores, Setién expone y justifica cada uno de los 251 que propone, englobados en 11 áreas que habría que considerar-aplicar para recoger la información y tratar la calidad de vida, éstas son: salud, renta, trabajo, ocio, vivienda, seguridad, familia, entorno físico-social, educación, religión, política. Pero para esta queremos reseñar el concepto de *calidad de vida* seguido por Setién (1993) desde el momento en que es el «grado en que una sociedad posibilita la satisfacción de necesidades (materiales y no materiales) de los miembros que la componen. Tal capacidad se manifiesta a través de las condiciones objetivas en que se desenvuelve la vida societal y en el sentimiento subjetivo que de la satisfacción de sus deseos, socialmente influidos, y de su existencia poseen los miembros de la sociedad» (págs. 137-138). Por tanto, la calidad de vida no es un concepto estático sino variable, un proceso en continua redefinición. La calidad de vida será la «plasmación social del grado en que se satisfacen en una comunidad o sociedad las necesidades» (ib. 139). O como dicen Quintero y González (1997: 132), «capacidad de la sociedad o de las personas para adquirir todo tipo de productos, equipos o servicios que la tecnología y la sociedad moderna le ofertan como novedosos o indicadores de estatus social». En pocas palabras, satisfacción de necesidades varias.

⁵ Quintero y González (1997: 129-145), en su artículo «Calidad de vida, contexto socioeconómico y salud en las personas de edad avanzada», analizan la relación del concepto calidad de vida con las categorías socioeconómicas y políticas, con los concepciones de las ciencias de la salud y sus posibilidades de utilización en los estudios sobre mayores.

⁶ En la primera parte de la obra ofrece una reseña histórica, definición, características y aproximación teórico-empíricas al tratamiento de la calidad de vida. Concretamente en el Capítulo 4 revisa las aportaciones de estos autores citados y otros. En la segunda parte, propone y justifica un sistema de indicadores de calidad de vida —concretamente para aplicar a la sociedad vasca— al que ya hemos aludido.

Otro concepto relacionado es el de *desarrollo*, por el que entendemos, siguiendo a la misma autora, «proceso de realización de las potencialidades humanas, mediante la satisfacción de necesidades, utilizando para ello los medios sociales —objetos, sistemas y estructuras de relaciones— y contando con un entorno natural limitado». Por tanto, la meta del desarrollo será la satisfacción de necesidades humanas.

Necesidad es, pues, «aquello que es menester para la vida humana, sea física, mental, espiritual o social». Los *valores* (como concepto más abstracto) serían, pues, «las representaciones de las necesidades y de los deseos, organizados en un sistema jerárquico». Los deseos (aspiraciones, anhelos), «formas concretas en que quieren satisfacer sus necesidades las personas» (pág. 137). Por tanto, si las necesidades son universales, podremos comprobar —también a través de nuestro estudio— cómo el desarrollo de las mismas es variante según los distintos grupos sociales, tiempos, estructura económico-social, que no hace más que (re)construir continuamente las necesidades. Su importancia variará según a lo que nos estemos refiriendo y según los grupos sociales, entre otros. Por tanto, las necesidades de los mayores son básicas, y al menos hemos querido aproximarnos a ellas a través de sus discursos y en nuestro marco más general del estudio de las actividades.

Cada vez son más los estudios que se acercan a conocer las necesidades y calidad de vida de los mayores. En muchas de las obras y autores citados más arriba encontramos algún apartado o la obra completa al respecto⁷. De las distintas áreas propuestas por los diferentes autores consultados (salud, renta, relaciones sociales, etc.) veremos en este caso la preferencia y valor que dan los mayores a cada una de ellas. En sus discursos los mayores algunas veces personalizan y otras generalizan. Es decir, en ocasiones se refieren a valores-necesidades individuales-particulares y en otras a necesidades sociales, más generales⁸.

En fin, si en anteriores Capítulos hemos profundizado sobre las críticas hacia el tratamiento de los mayores (Capítulo 10), o los principales problemas percibidos (Capítulos 8, 9 y 10), ahora queremos cruzar la frontera de la ne-

⁷ Pero pensamos que las aportaciones desde las ciencias sociales no han hecho más que despuntar. De momento sólo queríamos recalcar la relevancia del tema para conocer y comprender mejor a los mayores. Según Quintero y González (1997: 135-136), «el estudio de la calidad de vida en la Tercera Edad ha estado bastante restringido a las personas enfermas, al igual que ocurre con el tratamiento del tema en otras etapas de la vida (...), pero la calidad de vida es un fenómeno multidimensional (...) que no puede investigarse con un perfil estrecho o a través de enfoques unilaterales».

⁸ Tendremos en cuenta, pues, la articulación de ambos niveles claramente relacionados entre sí. Sin embargo, lo manifestado por los expertos no siempre coincide con lo señalado por los mayores. Añadiremos también este tercer nivel de análisis.

gatividad y resaltar lo que ellos valoran, necesitan y aprecian. Sólo dando este paso, de la crítica a la propuesta, de lo negativo a lo positivo, podemos acercarnos a un mayor conocimiento de la calidad de vida de los mayores, y por ende, de una mayor calidad para todos. Entre muchos de los logros alcanzados hasta hoy no podemos dejar de recordar la elevada esperanza de vida (véase epígrafe 2.2). Ahora falta dar el salto cualitativo, pues, de una *cantidad de años* lograda a una mayor *calidad de vida*, y aún más, hacia una *calidad de muerte* todavía olvidada, enterrada.

11.1. PERSISTENCIA DE LA TRILOGÍA BÁSICA DE VALORES

Tres de los valores que los mayores de nuestro estudio destacan son, siguiendo la voz popular, «salud, dinero y amor», que ya se confirmaron como fundamentales desde los mayores en otros estudios (Moragas, 1991; Cano, 1990; INSERSO, 1996; Agulló y Garrido, 1996). Tal como dice Comfort (1977/86: 43), «al hacerse 'viejo' usted necesitará cuatro cosas: dignidad, dinero, unos buenos servicios médicos y un trabajo útil. Son exactamente las mismas cosas que ha necesitado durante la vida activa». Y así lo expresan Arandt (1973), que subraya la necesidad de *tener, amar y ser*; o Galtung y Wirak (1979), *seguridad, bienestar, libertad e identidad*, para conseguir una mayor calidad de vida. Sin embargo, según la situación de salud, estatus y entorno del mayor se antepone un valor a otro. Por ejemplo, los de mejor estatus valoran prioritariamente el amor y la salud (porque tienen cubierta la faceta material), los que tienen salud más delicada anteponen la necesidad de salud y asistencia. Los de menor nivel socio-económico demandan mejores pensiones... Pero todos ellos, en uno u otro orden (véase encuestas citadas⁹), destacan estos valores para tener una mejor vivencia del envejecimiento. Veremos también cómo estas facetas son las que preocupan cara a un futuro.

La *salud, las pensiones-el dinero, las relaciones*, tanto en las encuestas y estudios consultados como en sus discursos o en las opiniones de los expertos

⁹ Según estudios recientes (CIS, 1997: página web, estudio 2.244, Barómetro abril 1997), lo que más preocupa a los mayores de 65 años es, por este orden: *soledad, enfermedad, pérdida de memoria, sentimiento inutilidad, dependencia*, deterioro físico, dolor, inactividad, muerte. Un orden parecido manifiesta la población general respecto a sus preocupaciones: *soledad, enfermedad, dependencia, sentimiento inutilidad, pérdida memoria*, deterioro físico, inactividad, muerte, dolor. Según el CIRES (1993), los mayores aprecian: salud, valerse por sí mismo, disponibilidad de servicios, buena pensión, satisfacción consigo mismo, relaciones, por ejemplo.

entrevistados¹⁰, se cincelan como valores, problemas o necesidades (según la situación de cada grupo o mayor), en uno u otro orden; pero todos suelen señalar estos valores (ver Figura 11.1 al final del epígrafe). Bien se resume en las tres primeras frases lo que venimos aludiendo:

«M.- Que no nos falte *salud*.

M.- *La soledad, la compañía*.

H.- *La compañía y la pensión que no nos la quiten (...)*» (GD7: 15)

«...Yo lo que quiero es *salud, pesetas... salud y pesetas que es la salud completa...*

– Que Dios *no te diera una enfermedad que tengas que depender de tus hijos...*» (GD2: 31-32).

«... Lo que más aprecias es *la salud y la familia*. Yo la salud y la familia y los amigos, *los amigos son muy difíciles porque amigos hay pocos*. (..), *un buen amigo es tanto o más que un familiar* (EM12: 8 o ver EM20: 10: «...que no se aburrieran de nosotros, que cuando estés malo pues que te atiendan...»)

La consecución de cubrir necesidades, es decir, de alcanzar mayor calidad de vida, no es algo propio de determinados grupos. La población más joven claramente otorga determinado lugar a los valores que aquí mencionaremos; algunas necesidades son compartidas con los mayores y otras son distintas. Habiendo una base común cada colectivo, cultura, tiempo, muestra unas necesidades y valores.

11.1.1. **Salud y autonomía. ¿Quién me aguantará?: incertidumbre y pánico a la dependencia**

«Los hombres imploran a Júpiter una larga vida y no se dan cuenta de que lo que están pidiendo es una larga vejez, llena de continuos males. Pero peor que todos los defectos del cuerpo es la debilidad de la mente (...).

Si se ha de pedir algo, pedid esto: una mente sana en un cuerpo sano»
(Juvenal, X Sátira)

La salud puede considerarse desde distintos puntos de vista: ausencia de enfermedad, salud mental y/o física, salud percibida o salud objetiva (véase

¹⁰ El profesor de sociología (M. J. López Cepero) experto jubilado entrevistado decía: «...*comodidad, afecto, dinero* y después, diríamos... *caprichos, que van desde la golosina hasta...*» (EE2: 12)

apartado 8.3). Aquí será tratado como un concepto global al que los mayores aluden (junto a la faceta económica y relacional) como prioridad básica tanto en nuestro estudio como en otros consultados. Aunque los mayores tengan un nivel modesto u otros problemas/necesidades (sobre todo los de más edad y las mujeres) subrayan la salud como valor supremo; salud = a vida:

«...Tengo para comer la pensión..., pues tengo para comer. No pido nada más que salud, lo demás no lo pido y no necesito nada. No ambiciono nada. (...) no pido nada nada más que salud...» (EM17: 5)

«- La salud, para mí es la salud...

- Y yo también» (GD2: 27)

«...la salud. Es lo que más se aprecia de verdad, y si he dejado el trabajo con todo esto es porque ya uno se encuentra regular, es por la circunstancia de las cuerdas cervicales, sino yo hubiese seguido...» (EM9: 4)

En muchos de ellos se percibe un claro cambio de valores concretamente en relación a la salud. Esta era una faceta obviada en su etapa adulta y joven, es decir, ni siquiera se planteaba como necesidad porque se disfrutaba de plena salud. Pero ahora pasa a ser un valor supremo, una necesidad a cubrir porque el proceso de envejecimiento se acompaña de la aparición inexorable de limitaciones físicas y dolencias, cuando no enfermedades más graves. El sentido carencial de la necesidad (la pérdida, carencia de salud) es el que otorga a la misma una alta valoración:

«...se valora según la edad que uno tiene, según la edad que uno tiene. Cuando uno es joven no piensa uno en la salud porque cree que eso lo tenemos ya de..., cree que eso va a durar siempre. Pues se valoran otras cosas, el trabajo, yo valoraba el trabajo. Yo mi ilusión, por ejemplo, era pues aprender, tener trabajo, tener mi casa. Yo creo que toda mi generación éramos así, éramos así. Se trataba de luchar, tener una familia y un trabajo y también la salud (...) uno es joven, no piensa uno en... piensa uno que la salud ya la tiene garantizada durante toda la vida...» (EM12: 9 o ver EM4: 10: «...cada día que amanece y veo el sol, también, y no me duela nada, y eso lo valoro mucho (...) eras más joven, no lo pensabas así porque no te dolían las cosas y creías que no te iba a pasar nada...»)

A todo ello se añade un discurso religioso en dos sentidos: de petición de salud (entre otros) y de acción de gracias por la misma. En cualquier caso, comprobamos un mayor grado de conformismo si se comparan con otros mayores con peor salud y condiciones; pero sin embargo un discurso más pesimista si el baremo es con personas de otras edades sanas o con sus coetáneos

os de mejor salud. Recordemos el concepto de «necesidades comparadas» adoptado por diferentes perspectivas y autores, por ejemplo, *la teoría de las discrepancias múltiples* (Michalos, 1980, 1985), en comparación a cuando estaban en activo:

«...no puedo verlo negro, porque yo tengo mi jubilación y como yo eso, pues *mientras tenga salud, que Dios me dé salud*, el día que Dios me la quite es cuando ya lo tendré que ver negro. Pero mientras tanto no...» (EM20: 10)

«Salud, salud, salud. *Que Dios me dé salud y que no me ponga mala* y que no tenga que meterme en la cama para no darle yo a ellos... *porque me tendrían que llevar a un sitio y yo no quiero*» (EM6: 10)

«...por costumbre ir a misa al Cristo, le pongo unas lamparillas y le *pido que me de salud por caridad. Es lo único que pido*,... (...) salud, de lo demás no pido nada. (...) *...ambición no tengo yo nada...*» (EM17: 5-6)

El valor salud es contrario a muerte.... En todo caso valoran también «una buena muerte», que en general significa no sufrir, no hacer sufrir, no enfermar... Hasta tal punto valoran la independencia y la ausencia de enfermedad que prefieren la muerte (incluso algunos hablan de eutanasia) antes que el dolor físico y «ser una carga». En el fondo persiste el tabú y el miedo a la muerte. Valoran mucho la ausencia de dolor ante la muerte, a la que muchos temen pero otros aceptan con naturalidad (véase Capítulo 11.2 y en anexo EM6: 9, EM10: 6, GD8: 12, por ejemplo) en la línea de una *calidad de muerte*¹¹ citada.

Al valor salud unen irremediamente la faceta de independencia física. Se trata de la movilidad, el «valerse por sí mismo o defenderse», que tanto aprecian los mayores. Como veíamos en el Capítulo 10, la ausencia de la misma era identificada con «vejez» en el sentido más despectivo del término: vejez como inutilidad, pasividad, inmovilidad, dependencia... que se evita teniendo salud e independencia física:

«Dar una vuelteita sí que me gustaría, pero es que *sola veo yo que no puedo, se me va el cuerpo y no se me vaya a partir una pierna. Y por eso me da miedo*, si no saldría yo por aquí por la orilla, pero si yo tengo que ir

¹¹ El debate sobre la *calidad de muerte* y puntos en torno a la misma (eutanasia, por ejemplo) sigue siendo un tema tabú poco tratado. Hemos de mencionar la obra de Elisabeth Kübler-Ross (1991), *Vivir hasta despedirnos*, como uno de los pocos estudios sobre la calidad de muerte desde un análisis cualitativo de historias de morbilidad y mortalidad de mayores (mediante entrevistas en profundidad, documentos y diarios de campo).

agarrada (...) ...no quisiera estar mala. Que estuviera yo mejorcita, que me pusiera yo mejor...» (EM6: 8-9)

«M.- Yo sólo pediría salud.

H.- Nosotros pedimos que podamos *valernos por nosotros*.

M.- Eso es [asienten todos]

M.- Si no tenemos salud no podemos vivir.» (GD7: 17 y ver EM1819: 5, EM7: 9. EM1: 6)

La salud no sólo era señalado como un factor influyente sobre la jubilación (Capítulo 8), sobre la actividad y el significado que se otorgue a la misma (apartado 9.2.4), sino que vuelve a resurgir la salud como *esencia vital* y amortiguadora de la vejez; salud es igual a vida. El consenso discursivo en su importancia se observa a todos los niveles: “...*independencia... como un valor muy fuerte (...) salud e independencia*» (EE1: 7-8).

Tal como ya apuntamos en otros apartados, el tratamiento futuro de los mayores cuando sean dependientes es uno de los puntos que más preocupan a todos, sobre todo a las mujeres mayores. Los varones siguen mostrando confianza en los cuidados que percibirán de sus hijas o esposas. Pero todos destacan la incertidumbre ante el futuro de dependencia de los mayores en global. Señalaban como deseo y necesidad futura el disponer de cuidado formal o informal, pero en definitiva, apoyo para «no sufrir ni hacer sufrir» por la dependencia a todos los niveles:

«...yendo sobre la marcha va bien. Pero yo pienso en el día que tenga que ser al revés, *si ella tiene que atender a sus hijos, al marido y al trabajo, ¿a nosotros qué nos tocará?, lo que te he dicho, buscar un sitio, pero pensando en que esto puede ser lo normal que nos espera...*» (EM11: 4) .*cuando menos obligaciones mejor, porque si tienes problemas con viejos o con quien sea ya no pueden ir ¡y de eso huyen todos! y por eso te digo que nos tenemos que mentalizar...*» (EM11: 5-6)

«...*ni siquiera que yo les dé trabajo a ellos y que Dios me dé una “horita” corta y ya está. Eso para no serle yo a ellos impertinente. (...) que siga así quieta como estoy. Eso, que yo no les dé a ellos ruido (...) Que Dios me dé salud y que no me ponga mala y que no tenga que meterme en la cama para no darle yo a ellos...*» (EM6: 9, o ver EM10: 8: «...*lo que va a pasar es oscuro, (...) las generaciones que vienen a continuación no van a aguantarnos a los viejos. Está muy claro, está a la vista...*» y ver EM10: 6, GD8: 3, por ejemplo)

No ponen en duda que los mayores de ahora son bien tratados por ellos (“*com una pera en un tabac*», «como una pera en un cesto», cómoda, amplia,

cuidada), pero temen y dudan sobre quién y cómo les cuidará (*servirá o aguantará*) en un futuro:

«...todos los matrimonios trabajan, les tenemos que aguantar a los niños y cuando esos niños serán mayores *¿quién nos aguantará a nosotros?* (–Nadie) ahí es donde está el dilema, a ver por dónde salimos.

– Esa es una de las preocupaciones de todas las personas cuando ya llegamos a cierta edad...

(...)- Nosotros aguantamos a nuestros hijos, nuestros padres..., y mi suegra tiene 87 años, y está como "*una pera en un tabac*", que decimos aquí en valenciano, que está bien servida la mujer, y *¿a nosotros?*, *¿nos servirán?*, *ese es el dilema...*» (GD10: 18)

(..)- (...) y *una inutilidad y entonces, ¿quién carga con nosotros?*, *los hijos, las hijas, ¿a quién damos mal vivir?*, *a ellos... Igual que nosotros sufrimos, hacemos sufrir a los demás...*» (GD8: 12, ver GD4: 20)

En las mujeres esta incertidumbre y duda es más patente. Los discursos de las mujeres suelen ser más pesimistas en coherencia con su situación pasada y presente, más deteriorada que la de sus coetáneos:

"– El *futuro de viejas* ...(...)

(...)- Pues yo lo veo muy mal.

(...)- Correr poquito terreno ya...

– Bien poquito tenemos...

(...)- Vivir los días que nos quedan...

(...)- Nosotros ya tenemos la carrera hecha...

– Ya vamos *para abajo, cuesta abajo*...

– Es que ya es el final, hija, el final *¿qué vamos a esperar?*..." (GD2: 31-32)

Como ya se ha mencionado, aunque las Residencias son percibidas como «último recurso» también son vistas como solución para el posible abandono y poca disponibilidad de los hijos e hijas para cuidarlos (véase en anexo GD7: 20-21 ó GD10: 18-19). Sus relatos se vuelven dramáticos cuando tratan estas cuestiones sobre cuidados y futuro. Futuro y miedo al abandono van unidos. Cuando recurren a las Residencias como alternativa de futuro se contradice con las propuestas de los expertos que enfatizan el mantenimiento en el entorno propio. Los mayores también lo prefieren, pero quizá están desinformados sobre estas alternativas de «ayuda a domicilio» (u otras alternativas) o se muestran escépticos ante la posibilidad de la misma para cubrir sus necesidades futuras.

«A.– *Mal, el futuro...(...)* pero los dos juntitos aquí hasta que falte alguno, cuando falte alguno pues si puedes estar viviendo, si es él podrá vivir mejor que no yo sola ¿no? (...) a mí es que *me da mucho miedo estar sola, y vivir y estar en su casa y no molestar a su hijo ni al otro ni al otro*, sino que si te dicen que vayas pues vas. Pero a vivir a su casa, y eso, vivir en su casa. Siempre y cuando se pueda él manejar solo o yo sola.(...) El futuro nuestro es ese, *estar los dos aquí hasta que podamos. Después, ¿qué no te pueden tener los hijos?, pues a un centro y ya está.*

J.– Faltan centros, de todas maneras nada de... Tú porque tienes tu casa, pero hay un 90% que está sin nada.

A.– Sí, sí. Hay muchos centros pero valen... *muchísimo dinero, y nosotros de lo malo malo tendríamos que poder, pero hay mucha gente que como no le quiten todo lo que tengan...*» (EM1314: 17-18, y ver GD3: 26)

«H.– (...) lo único que me gustaría a mí, *que me traten bien en la vida cuando tenga 80 años, cuando no valga para valerme por sí solo... (...)* que tengan un poco de compasión porque ellos llegarán a mayores también...

(...)H.– (...) *que no haya esos problemas tan tremendos de abandonar a los mayores en las gasolineras (...)*

M.– *Que Dios me dé salud para que mis hijos no me tengan que cuidar, ni llevar a ningún sitio...*» (GD4: 21)

Destaquemos dos puntos: a) crítica a la ausencia o deficiencia de determinados servicios sociales existentes (Residencias, por ejemplo) que son y serán en un futuro necesarios para todos los mayores; y b) petición de mejora y propuestas de tratamiento y profesionalización de servicios sociales y sanitarios.

Los expertos coinciden en señalar la necesidad de contratar y formar profesionales de distintos niveles: tanto a investigadores como a *dinamizadores*, para conocer mejor sus necesidades (desde las ciencias sociales) y para aplicar (desde el campo del Trabajo Social) programas diversos (EE13: 14, EE8, EE9, EE12). Ya vimos en el apartado sobre «cuidados a otras personas» cómo se está dando una superposición de discursos de alabanza del apoyo informal de la familia (mejor dicho de las mujeres) junto a un discurso que enfatiza la necesidad de profesionalización de los cuidados, a la zaga de otros países de nuestro entorno. Aunque la familia sigue siendo el pilar fundamental de apoyo, las tendencias apuntan a la necesidad de profesionalización, primordialmente por la falta de disponibilidad de mujeres cuidadoras en un futuro y por el aumento de mayores dependientes (véase apartado 9.5.2). Pero retomando el discurso de las necesidades, encontramos un discurso común de petición de Residencias que los mayores suelen definir como «último recurso», pero que, en contraposición a lo

que muchos expertos y estudios afirman, no son tan rechazadas por los mayores¹². La interpretación de esta dudosa hostilidad no debe confundirse, sino que más bien se trata de una «resignación» ante la poca disponibilidad futura que los mayores intuyen desde sus propios hijos. La crítica más directa es a la ausencia de plazas de Residencia o a las condiciones de la Residencia en sí:

«...en el día que tenga que ser al revés, si ella tiene que atender a sus hijos, al marido y al trabajo, ¿a nosotros qué nos tocará?, lo que te he dicho, buscar un sitio, pero pensando en que esto puede ser lo normal que nos espera (...) Igual que hoy las mujeres necesitan tener guarderías para que les tengan los niños, los abuelitos hemos de parar, según mi concepto, ahí, queramos o no queramos...» (EM11: 4)

H.— Tenía que haber unas Residencias donde fueran asequibles...

M.— Es que hay que tener una paga muy grande para...

H.— Es que no hay Residencias y las pocas que hay son caras.

H.— No, sí las hay, si pagas 200.000 ó 150.000 pesetas sí la tienes, de esas sí las tienes...» (GD4: 17)

H.— (...), que hubiera una Residencia para la pensión que cobro poderlo pagar...

(...)M.— Con las pagas que tenemos una Residencia no nos llega... (...) ¿cómo puedo pasar yo con 60.000 pesetas?...» (GD7: 17-18)

Además, a ello se une el trato despersonalizado y el elevado coste de las mismas ante el que los mayores no pueden plantearse acceder. Kaufmann y Frías (1996: 105-126) analizan algunas diferencias entre Residencias públicas y privadas. En nuestro caso, tal como vimos en Agulló y Garrido (1996, 1998c), transmiten críticas en cuanto al tratamiento y al elevado precio:

«...no llego al mes porque me puse mala. Me pusieron un colchón muy duro muy duro y la espalda se me resintió y me tuvieron que meter en el hospital y estuve un mes con la espalda en el hospital. Las Residencias no me gustan, yo en mi casa, mientras que pueda tener en mi casa...» (EM16: 7)

¹² Un caso escabroso del rechazo a las Residencias (¿o más bien al abandono de los hijos?) es el de una mujer estadounidense que disparó a su hija porque había oído comentar con su novio la intención de un ingresarla en una Residencia (prensa, 20 de mayo de 1999). Continuas noticias (prensa nacional 3-9-1999) aluden a la deficiencia, insalubridad, malos tratos, robos... en Residencias para mayores. Según distintos estudios, «el 60% de los viejos admitidos en Residencias de ancianos mueren al cabo de dos o tres años, es un hecho estadístico, y ello aunque no tuvieran enfermedades al entrar» (Vimort, 1984: 53). Para situación de mayores en Residencias, ver Miranda, 1985; Barenys, 1991; Bazo, 1991; Díez Nicolás, 1993; Ramos, 1995, por ejemplo.

«M.— Yo el futuro lo veo que tenía que haber más para la gente mayor (...) Residencias para... *jeso hace una falta enorme!* (...), *porque no hay Residencias, hay Residencias que valen muy caras, (...)* y *las atienden muy mal, sin embargo las Residencias de la Seguridad Social, jda gusto!* (...)

(...) M.— Ávila. En Ávila hay una Residencia de la Seguridad Social (H.— Sí, sí), *pasó allí mi hija cuatro o cinco años (...)* y *jaquello es una maravilla!* (...) hay una Residencia aquí en la Puerta de Toledo, que ha estado mi hija los últimos seis meses (...) *jes de pena!*, y pagando trescientas y pico mil pesetas...

(...) M.— Sería conveniente hacer *en los barrios minis... minis-Residencias.*» (GD3: 26, y ver EM1314: 18, EM11: 8, entre otros)

La mayor soledad manifestada por las mujeres, sus pensiones más bajas y la esperanza de vida más alta construye en las féminas un discurso más insistente hacia la necesidad de atención extrafamiliar futura. Los solteros/as, viudos/as, los que están-se sienten solos, los de menos recursos (que suelen ser mujeres), reivindican más enfáticamente este modo de vivienda residencial. En los medios donde se dispone de menos equipamientos la opinión también parece más rotunda respecto a la necesidad de estos cuidados profesionalizados para los mayores más dependientes que en un futuro serán estos mayores que hoy participan en nuestro estudio.

«...me dijo que yo no podía estar en casa sola, me dijo que procurara buscar una Residencia o algo, les dije: «Mire usted, he estado buscando y no encuentro, es muy difícil», dice que yo en casa sola no puedo estar porque una persona sola ya mayor no puede estar sola en casa. Digo: «Pues mire usted, no tengo más remedio», y me dijo que solicitara yo una Residencia. He tratado yo de, mira, llamé a las Hermanitas de los Pobres a ver si había plazas, y ¿sabes lo que me dijeron?, me dijo la monja «uy, por lo menos en cuatro o cinco años», y dijo que no se podía. Le dije a la monja «¡yo ya me he muerto!» (...) ...aunque quieras irte no puedes. (...) Yo no sé si habrá más. Y luego consiste en la pensión que tienes, que dicen que en algunas vale 80.000 pesetas. Cobro yo 52... ¡tú me dirás!» (EM17: 7) no hay plazas, y segundo por lo que cuesta.» (EM17: 8, GD2: 24) «...para el tiempo que nos queda ya... yo, con que me subieran la pensión un poquito y me dieran una Residencia... yo ya no quiero más...» (EM4: 12).

En coherencia con el valor de independencia y permanencia en el entorno propio «mientras se pueda», prefieren no desplazarse muy lejos para ir a una Residencia. Ello se reafirma en la petición de más y mejor asistencia a domicilio antes que Residencias que serían para casos extremos, terminales y/o de

falta de apoyo y soledad. En cualquier caso es un tema recurrente que surge sin haber preguntado por el mismo:

«...es todo lo contrario, *prescindir de las Residencias y poner más asistencia domiciliaria...*

(...)- Cuando hay ciertas personas que ya no pueden, asistencia domiciliaria...

- Sí, pero está en su casa...

- ... para sacar... *para no sacar a la persona del entorno...*

(..). ¿Tú sabes lo que es, en una Residencia de la Tercera Edad, que te pongas tú a jugar al dominó y el que tienes enfrente mañana ha muerto y el otro...?, porque claro, allí está todo el mundo... (...)

- ... en una situación terminal, en una situación terminal, *si tienes una expectativa de vida de diez años en seis meses te mueres...*» (GD5: 23-34, o ver GD3: 26) «donde han vivido, para que *no echen de menos su barrio y sus amistades y sus cosas y que se hagan con arreglo cada uno...*» (GD9: 11, GD8: 17-18, GD7: 20-21)

El recurso a la Residencia es aludido por muchos mayores, pero se observa que, junto a la poca cobertura y saturación de las mismas, está la desinformación patente respecto a otras fórmulas existentes de vivienda y atención a mayores. Ello puede ser una posible explicación a que su petición de Residencias sea predominante, o a veces sea vista como «única y última alternativa». Recordemos las distintas fórmulas aplicadas (aunque no generalizadas aún) a muchos de los mayores: vivienda compartida, vivienda tutelada, acogida familiar de mayores, centros de día y centros de noche ("guarderías de mayores"), estudiantes conviviendo en casa de un mayor, apoyo a las familias que cuidan de mayores dependientes, etc. La desinformación se denota en las pocas alusiones, propuestas y sugerencias que los mayores emiten. Sólo una minoría hacen alguna petición en otra línea diferente al tema de la vivienda asistencial:

«M.- (...) *telealarma, por ejemplo, «barreras»: las personas que van en coche, en sillitas de ruedas que no pueden subir las escaleras, por ejemplo, hay muchísimas cosas. Nosotros tenemos veintiún puntos... reivindicaciones...*» (GD3: 27)

«-... pero no es un hogar total, es un bar que tiene sus mesas y tal y te cuesta un pelotazo veinte duros, ¡pues yo allí encantado! y charlas y tal, *pero eso no es el Hogar...*

- Te encuentras a gente distinta...» (GD5: 24 ó ver GD3: 28: «...*geriatras en todos los ambulatorios médicos porque en Madrid hay en tres sitios nada más geriatra...*»)

También señalan otro tipo de ventajas y servicios sociales necesarios al igual que hay en otros lugares (zonas urbanas) o países. Pero sobre todo enfatizan una mayor y mejor atención y tratamiento desde la institución médica (EM1314: 19-20), desde otros servicios públicos (EM11: 8), etc. Los mayores de mejores posiciones socio-económicas recordemos que aún querían «ofrecer» algún «servicio», aportar algo a la sociedad. Aunque opinan que no quieren ser aún perceptores de «servicios para viejos», también reconocen la necesidad de una atención más profesional para un futuro de dependencia que les aguarda. Muchas veces critican los servicios ofrecidos (viajes, Hogares...) pero en realidad no los conocen (véase apartado 9.5.3.4). Su discurso está lleno de reivindicaciones pero en una línea distinta a los mayores de estatus medio y bajo: piensan que podrían aportar más a la sociedad, la sociedad no «aprovecha» a los mayores, es urgente mejorar el cuidado de mayores o subir pensiones —también las altas—, por ejemplo (véase GD5: 17 o GD5: 24).

En fin, este dramatismo cara al futuro parece transversal socio-económicamente. No conoce de capas sociales, pues los mayores de estatus alto (aunque en este sentido están más cubiertos) tienen las mismas preocupaciones. Sin embargo, el género sí parece acusar esta preocupación futura. Además del género, el nivel de salud, el entorno más directo (relaciones, hábitat) produce que se tengan unas u otras expectativas. Las mujeres se intuyen más desamparadas porque saben que por lo general sobreviven a los hombres, tienen menos recursos materiales y son, pues, las que más riesgo tienen de encontrarse solas:

«— El problema viene cuando tengan que cargar con nosotros y “no me quiere y...” , y tú solo, y tú no vales nada... entonces sabremos...» (GD8: 11)
— (...) todo depende de cómo esté uno económicamente y de salud; primero salud... si no tienes salud... Y por eso yo te decía: consulta a personas que estén más inválidas y verás cómo cambia...» (GD8: 31)

Recordemos que la valoración tan crítica respecto a la Seguridad Social, Estado del Bienestar y sistema de pensiones en concreto... dejaban traslucir un claro pesimismo y catastrofismo cara al futuro. De todas maneras, los de mayor estatus parecen menos pesimistas en el sentido material (siempre tendrán más recursos para atenciones y otros problemas), pero hasta tal punto llega el miedo a la dependencia que antes prefieren la muerte (véase apartado 11.2). Recordemos que muchos mayores identifican vejez y ser mayor con la dependencia, enfermedad (Capítulo 10), y por eso perciben el futuro de vejez con miedo y pesimismo:

«...de la vejez vejez me da mucho miedo porque no quiero ser vieja, yo no digo que sea mayor tampoco, pero me da miedo a las enfermedades... (...) *Me da miedo ser mayor y de ser una persona que no se pueda valer y esas cosas...*» (EM5: 3)

J.- Mi futuro lo veo... Claro, es que pienso que siendo mayor ya parece que se me cae algo encima, ¿sabe?, porque sé que *las personas mayores es lo peor que hay; llegar a ser una personas de edad es lo peor que hay.* (...) *ya no podemos hacer las cosas que hacíamos antes...* (...)» (EM5: 5)

11.1.2. Actividad e interacción: la relevancia del afecto, apoyo informal y relaciones

Ya se dejó claro cómo las actividades en interacción con los demás eran altamente valoradas y preferidas por los mayores (ver 9.5). La actividad es considerada como indicadora de los otros valores que aquí tratamos: salud, relaciones sociales, autonomía... No vamos a repetir las ideas desarrolladas en el Capítulo 9, pero resaltar que la valoración por la actividad deriva en cuanto que se opone a dependencia y vejez más decrepita, que es lo que los mayores rechazan. En concreto, la importancia de las actividades sociales es valorada, al menos, a dos niveles: a) tanto como fuente de afecto, cariño, amor, para cubrir esta necesidad más «abstracta» y como antídoto de la «soledad», y como b) fuente de apoyo informal, cuidados y relaciones en el sentido más «práctico y utilitarista». Es decir, el entorno más cercano e informal incide tanto en un plano como en otro. A la hora de tratar las actividades ya vimos la importancia del entorno familiar y extrafamiliar sobre las mismas (9.1.6. y 9.5, principalmente). De nuevo, se destaca su relevancia como «arma» para alcanzar un envejecimiento ideal. Aquí podríamos trasladar aquellos capítulos donde se refleja la importancia del tratamiento de los demás hacia los mayores, el respeto desde los demás, las actividades en compañía..., pero sería reiterativo. Veamos algunos discursos resaltando estos aspectos, tanto de los mayores como de los expertos:

«...tener a *alguien con quien estar y con quien estar más distraído* que estar así porque ya ves... (EM11: 7) *Soledad y aburrimiento* ya lo tiene uno (...), ahora lo que nos hacía falta es *un poco de distracción, con quien hablar, estar y esas cosas, aunque fuese por horas o que sé yo...*» (EM15: 8)

«No tengo ninguna preferencia en concreto. Bueno, sí, tengo *la preferencia de mis hijas*, que les doy lo que les haga falta..., ¡pero no les doy todo el dinero, eh!...» (EM2: 3) «...y *lo mejor de todo sigue siendo la fami-*

lia, pero para ello hay que saberse sacrificar por ella y que ella se sacrifique por ti.» (EM2: 4 y ver GD4: 19)

La permanencia en el entorno propio para un «mejor envejecimiento» con apoyo e interacción social son aspectos subrayados tanto desde los mayores como desde las propuestas y opiniones de los expertos (véase entrevistas a expertos en el anexo EE2: 11, EE3: 8, EE6: 7), y en coincidencia con otros estudios (INSERSO, 1995a, 1999; Cano, 1990). En relación a ello los mayores critican algunos de los modos de convivencia que a veces se tienen que acatar en la vejez: Residencias, «rotación» por temporadas en las distintas casas de los hijos, cambiar de domicilio cuando se jubilan, etc.

– Yo donde vivo me encuentro bien porque me he acostumbrado, *me he criado, tengo mis relaciones, mis costumbres, lo conozco todo, todos me saludan*, me llevo bien con todos, todos se llevan bien conmigo, ¿dónde tengo que vivir mejor?

– Pues ¡en casa!

– Acostumbrado al pueblo y los hijos se te llevan a la capital...

– Ahí te matan

- *Si se te llevan ¡te entierran en vida!* » (GD8: 15-16)

«...Pues que los hijos *no se vieran en la necesidad de apartar a los padres de la familia en los últimos años de sus vidas*, porque los padres no han apartado nunca, por muchas cargas que hayan tenido, por muchos trabajos que hayan tenido (...) Que no se tengan que ver *obligados a ver malas caras en su casa, y eso, de que se los estén sorteando, como si estuvieran en una tómbola, a ver quién le toca...*» (EM7: 9)

Junto a la crítica «deshumanización» en el tratamiento de los hijos, una de las frases resume perfectamente sus preferencias en cuanto a permanecer en el entorno propio y familiar: *“...prefiero comer un huevo frito en casa que comer bien en una Residencia”* (GD4: 18). Veamos otros testimonios que coinciden con estas preferencias y remarcan la relevancia del afecto y apoyo desde la familia: «Pues estar con la familia, juntos. Que te quieran los hijos y ya está. Porque por bien que se esté en una Residencia, no se está tan bien como en casa, ¿no?, con la familia. Porque aunque te digan que «allí se está muy bien... (...) no se está tan bien como con el cariño de la familia.» (EM5: 3 o ver GD8: 12)

Aunque muchas veces evocan discursos muy críticos tanto frente al tratamiento y relaciones intergeneracionales (9.5) como intrageneracionales (que conduce a conflictos tanto en los hogares-familia-pareja como en los Hogares,

(GD2), todos piensan que es un valor importante para una mayor calidad de vida en la vejez disponer de un entorno relacional de apoyo y afecto. Como contrapartida hemos visto a lo largo de todo el estudio la continua recurrencia al problema de la soledad, sobre todo de las mujeres (viudas y los que están solos), pero también los casados y con hijos sienten y «pre-sienten» que estarán solos (tanto afectivamente como materialmente) en un futuro (ver 9.5).

«M.– Pero es que tienes al marido y eso es muy bonito... Porque *la compañía es todo*.

M.– Claro, ni hijos ni nadie reemplazan el sitio del marido, ¡nadie!, pero ¡nadie! (M.– Por bien que lo hagan) Yo tengo dos chicas y mejor que se han portado hasta ahora no han podido... (...) pero como el marido, ¡nunca en la vida!...» (GD7: 14 y discursos en anexo y/o ya citados en otros apartados)

«– ...pero el viejo lo pasa mal, ¿eh? yo oía estos días a un viudo y tuvo que irse a casa de la hija y dice "yo, mi hija me quiere una barbaridad pero no tengo sitio; me siento y me siento como si fuera forastero", y ese es el problema del viejo porque de verdad dependes de la hija...» (GD8: 3 y GD8: 12-13)

Para cubrir sus necesidades de asistencia, de seguridad, de afectividad... los mayores destacan y reivindican una mayor atención para la gente mayor tanto de sus hijos como del entorno social extrafamiliar. Desde la experiencia con los mayores, algunos expertos piensan que prefieren las relaciones intergeneracionales (EE17) o bien la intrageneracionales (EE18). En cualquier caso la actividad e interacción social es primordial para los mayores. Tal como decían resumidamente dos de los expertos entrevistados, a tenor de sus continuos contactos con los mayores, nada cubre el dinero y la salud si no se tiene afecto (EM1415: 11). De nuevo, vemos la interrelación de estos valores para una mayor calidad de vida presente y futura del mayor:

«...*el respeto a las personas, pero en todos los niveles (...)* Cariño, cariño para que no vean que sirven de estorbo en la casa, ya porque han dejado de dar un papel... (...) *que se estima a los mayores, que se los tenga en cuenta a la hora de que hablan, y no decir: "ah, mi abuela, tú cállate que tú estás ya..."*» (EM7: 8)

«A.– Ah, no, bueno, eso sí. Que hubieran *centros donde fueran los mayores y los jóvenes* juntos para que hubiera esa sociedad en la cual nos viviéramos todos juntos.

J.– Un día viene aquí y te dice (...) es necesario, ¿estamos? *La convivencia entre la juventud y el mayor*.

A.– Tú enseñas al mayor y el pequeño te da a ti energía.» (EM1314: 16)
 «J.– Pues el *aprecio de la gente*.
 A.– *La convivencia*.
 J.– (...) lo más importante es eso, *la salud, el respeto mutuo, el cariño* y...
 A.– *La amistad* y pues eso, *la familia, la unión de la familia*.
 (...)J.– (...) *respeto al prójimo, más amor a los demás...*» EM1819: 11,
 EM20: 9, GD4: 4, y véase anexo CD)

11.1.3. Pensiones y otras cuestiones: inseguridad y temor a la pérdida

El otro elemento de la tricotomía fundamental de valores y necesidades en esta etapa son los aspectos materiales. Si a lo largo de todo el ciclo vital la salud, las relaciones y los aspectos materiales son básicos, en estas edades siguen siendo igualmente nucleares para una mejor calidad de vida y... calidad de muerte. Empezamos con la pérdida de ingresos, para luego comentar el temor a otras posibles pérdidas (físicas, relacionales, etc.).

Contra la opinión de algunos expertos y autores que piensan que las pensiones y necesidades económicas están «cubiertas» y ya no se preocupan por ello, los discursos de los mayores, incluso de los mejor posicionados socio-económicamente, muestran lo contrario: las pensiones y lo económico no deja de preocupar aunque quizá pase a otro plano en la jerarquía de valores, pero no es algo secundario, sobre todo para los mayores menos favorecidos (Capítulo 8). El nivel de conformismo de los mayores no exime de críticas al bajo nivel de pensiones percibidas que produce que muchos de ellos vivan al límite aunque el nivel de pobreza haya descendido en los últimos años:

“– ...ver buenas obras de teatro, que *me encanta el teatro, pero de verdad, con la pensión que tengo no puedo dedicarme a ir al teatro porque vale mucho dinero* y entonces no puede ser.” (GD2: 1)

“– Nos tenemos que combinar para vivir, *nos conformamos, vamos tirando... mai mes mal!* (¡que lo peor fuera esto!)

– (...)– *Si las pensiones, que antes decían, fueran un poco más... llevaríamos otro ritmo de vida.*” (GD10: 11)

«M.– ¡Hombre!, pues ¡unas pensiones dignas... (...), la mujer se queda viuda y se enciende una bombilla en un cuarto de estar, la gasta igual estando el hombre que estando la mujer, ¿no? (...) *si la queda un cuarenta y cinco por ciento a esa mujer, pues pasa las de Caín para sobrevivir...*” (GD3: 27, GD4: 15 y Capítulo 10)

El miedo e incertidumbre a la desaparición o bajada del nivel de pensiones es general en casi todos los mayores. Reclaman pensiones para todos/as los/as que han cotizado aunque no se alcance el mínimo de años establecido. Hay una tendencia a pensar que la situación personal de cada uno es la más desfavorecida: los agricultores piensan que su situación es la más lamentable (GD7 en Montichelvo —Valencia—, EM en Almoharín —Cáceres—); los autónomos piensan que son ellos los «maltratados» (GD4, Alcobendas —Madrid—) y los mineros igualmente opinan así de su estatus (GD6, Mieres —Asturias—). Pero en general, en los mayores de nivel medio y bajo encontramos los discursos más críticos frente a la desigualdad porque también su situación es más preocupante:

«...sí señor, subiendo al chico pero quieto al grande, *hasta que cobren igual*. ¿O es que un señor del ejército ha hecho más que yo?, ¿por qué ha hecho más que yo si yo también he estado trabajando?, sin embargo el señor del ejército se retira con 250.000 o 300.000 pesetas. Y es que al señor del campo le dan 60.000 pesetas y con mucho trabajo...» (EM10: 6-7)

«M.— Escucha, y están diciendo a veces “*las pensiones las quitarán porque no hay muchos que coticen*”, y ahora tú que estás cotizando y otra está cotizando, ¿por qué hacen todo eso?

(...)M.— Pues que si has cotizado por 10 años que te paguen como lo que has pagado...

(...)M.— Más que nada muchas mujeres de aquí han cotizado *cinco años, tres años, 10 años... arreglo a lo que han cotizado que pagaran*. Si ella ha ido 10 años y le han cotizado dos años, ¿que le tocan 10.000 pesetas?, pues ¡de ella son! (...), yo quería hablar eso en Canal 9 en esos debates...» (GD7: 19, ver GD4: 16, GD7: 22-23)

Según el estatus socioeconómico de los mayores se situarán más cerca de una u otra línea ideológica y discursiva. Obviamente los mayores que menos cobran reivindican una subida de las pensiones igualitaria o a los que cobran menos que se les suba más; sin embargo los de nivel medio y más alto reivindican cobrar según lo cotizado. Es el criterio *igualdad* (sistema distributivo y de reparto) frente al criterio de *proporcionalidad* (sistema cotización, hacia la privatización de las pensiones...). En el fondo está la defensa de uno u otro de los dos sistemas básicos de pensiones, pero en realidad en los países de nuestro entorno se da una combinación de ambos. El debate se ha reabierto de nuevo a raíz de la/s propuesta/s recientes para subir las pensiones no contributivas.

«...por lo menos que *debían de regular un poquito las pensiones (...)* Entonces *igualarse la jubilación*, es que con 20.000 duros me den 300.000 pesetas y otro que tenga otros 20.000 duros, o quien dice 20, 30 a él y 20 al otro (...) *la cosa está muy mal repartida.* (EM9: 5) *igualar un poco las pensiones y haber un poco de control para que ese jubilado no quite el puesto de trabajo*» (EM9: 6 o ver GD2: 24 «... encima de que tiene más sueldo, le suben más, pues que nos suban a todos igual...», y ver GD6: 20, GD4: 17, GD1: 22, GD9: 12-13)

En relación a estas dos tendencias unos defienden las medidas de apoyo a través de descuentos y ofertas, sin embargo otros las atacan pensando que algunos gastos son excesivos y que deberían autosufragarse por los mayores. Obviamente el debate está servido en relación a estas cuestiones ya apuntadas en el Capítulo 8. Unos perciben que deben subvencionarse determinadas actividades y servicios, ya que son muy valoradas porque constituyen un avance respecto a sus padres... Sin embargo, eso mismo desde otro punto de mira parece un gasto superfluo, innecesario. Vemos de nuevo cómo los conceptos de necesidad, valor, preferencia, son variables, subjetivos y difíciles de conocer.

«H.- ...porque el mayor sacrificio es que tenga que apañarse un matrimonio o una familia con 60.000 pesetas... *¡menos autocares, menos viajes gratuitos, menos cosas... y más dinero!*» (GD4: 16 o ver EM2: 4: «...ahorrar toda la vida y utilizar el dinero sólo en casos necesarios, para el día que te surja alguna urgencia (...) en tonterías no, que se gasta el dinero en viajes, para allá, para acá...» (EM2: 4 o ver GD1: 22: «...me perdonen muchos.... hay viajes y otras cosas de la Seguridad Social que habría que reducir algunas cosas para mejorar otras...»)

Se observa una crítica demoledora de las pensiones, a la Seguridad Social, a otras profesiones, quieren más dinero (no rebajas ni «aguinaldos»), incluso los de mayor estatus critican la existencia de un tope máximo y exigen más. Esta crítica sólo puede entenderse porque su nivel adquisitivo ha descendido respecto a su vida activa y por eso ellos también lo sienten como pérdida: no se comparan con los de estatus medio-bajo (incluso al contrario, se comparan con otras profesiones cuya jubilación es más tardía) sino con ellos mismos en su pasado activo (retomemos la teoría de las Discrepancias múltiples de Michalos, 1980). Conociendo esto no sorprende este discurso aparentemente insolidario y excesivamente crítico:

«...me parece que a la persona mayor no le tienen que regalar nada en plan lastimero...

– Nada... en los viajes, veinte por ciento menos, las medicinas, que no paguen medicinas, (...) no, no, “usted deme un sueldo digno y déjeme de bobadas, ¿no?, deje usted de rebajarme el diez por ciento o prepararme el viaje con el IMSERSO, no, usted me deje a mí, que yo soy uno más, yo estoy pagando, yo he cotizado, a mí me da usted mi sueldo y yo no tengo por qué tener ningún privilegio”, privilegio entre comillas, porque por un lado te pagan una dádiva lastimera que por otro lado te lo quitan, ¿no?, con unas pensiones más o menos...

(...)- (...) cuarenta años cotizando, sí, sí, bueno, pues ahora se jubila, dice: “Bueno, yo tengo derecho al cien por cien (...) lo que he cotizado”, ¡no!, un tope...

- ¡No!, hay un tope...» (GD5: 26-27, ver GD5: 28 y otros en anexo)

La hostilidad hacia las medidas caritativas, lastimeras y de limosna para los mayores queda claro tal como resume un experto jubilado entrevistado: «...yo lo que no quiero son tutelajes. Yo creo que nosotros necesitamos de todo menos tutelas. Lo que necesitamos son mejores pensiones, no agresión a la sanidad pública como las que estamos teniendo, no medicamentazos hipócritas y falsos y no frivolar...» (EE6: 9). En relación a estas cuestiones los mayores también manifiestan su preocupación por el supuesto pago de medicinas que hasta ahora cubría la Seguridad Social. En las fechas de aplicación de los GD era reciente el debatido «medicamentazo» (ver GD10: 11).

Parece haber consenso en relación al mantenimiento de los avances económicos y sociales alcanzados hasta ahora, aunque por unos u otros motivos, todos transmiten quejas tanto relativas a su situación personal como críticas más generales al Gobierno, al Estado, a la sociedad opulenta y consumista que no respeta a los mayores... El debate está sobre la mesa del Gobierno, sobre todo en estos días (septiembre 1999) en los que se plantea la subida de las pensiones a raíz del aumento aplicado en algunas CC.AA. (ver GD1: 21, GD3 o anexo)

Perciben el futuro como pérdida progresiva en todos los sentidos, pero principalmente destacan la inseguridad ante las pensiones y las pérdidas de las facultades psicofísicas como la movilidad, la memoria, la capacidad auditiva y de visión, las pérdidas relacionales, etc. Hemos resaltado el temor e incertidumbre que manifiestan ante el sistema de pensiones actual. La cuestión sobre las pensiones ya ha sido tratada en capítulos anteriores, aquí sólo recordar que también son una preocupación de futuro, por mucho que desde el discurso político se les intente tranquilizar:

«...creo que por lo menos, lo que hemos avanzado, trataremos de mantenerlo. Creo yo que se encargarán, el Gobierno o las personas indicadas

de mantenerlo como está. *Eso que nos dicen, «algún día nos quitarán la paga y no podremos cobrar», no creo yo..., se buscarán formas para que la vida si no es de una forma, de otra vaya hacia adelante, creo yo, así lo entiendo y espero que sea así...»* (EM11: 5)

«...aquí en los pueblos tienen tierra y siguen trabajando porque es el ramo agrícola. Entonces pues viven como marajás, porque si tienen un poquito de aquí y otro poquito de allí pues ya juntan dos poquitos, pero el que tenga nada más que un poco pues ese está castigado. (...) aquí en los pueblos hay cachitos de parcela y ese es el futuro, que viven bien... (...) El que no vive bien es el que no lo tenga...» (EM9: 6)

Respecto a esta temática, los discursos de los prejubilados parecen los más pesimistas. Ellos saben que ahora sus pensiones son elevadas pero cuando pasen a la jubilación disminuirá su poder adquisitivo. Concretamente el discurso de los prejubilados de la minería manifiesta un discurso del mismo color que sus condiciones de trabajo: negro como el carbón. Aprovechamos esta comparación fácil para recordar el negro pasado de su vida laboral en la mina. Los prejubilados ven su futuro con pesimismo, miedo a perder o a que disminuyan las pensiones ahora tan generosas, pero ¿cuándo se jubilen? Por eso prefieren «vivir el momento», el presente, porque el futuro es percibido de forma negativa:

«...en el terreno principal yo prefiero vivir el momento presente, ¿por qué?, porque ahora mismo tenemos quejas, pero es que en el futuro vienen todos esos globos sonda de que si no alcanzará la Seguridad Social, de que si hay que hacer fondos de pensiones cada uno porque no se sabe de dónde vendrá el dinero (...) a principios de año siempre empiezan que si los jubilados, que no hay dinero en la Seguridad Social para pagar las pensiones, que si el Pacto de no sé dónde, y yo lo que me preocupa eso mirando al futuro –que no me gusta mucho mirar–, pienso que alguna vez va a ser cierto eso, entonces prefiero no pensar de momento...»

(...)P.– (...) jubilación mía yo creo que va a seguir igual porque, claro, si falla la Seguridad Social de un país, parece que falla todo (...) prefiero estar en el momento y lo que venga, pues bueno...» (GD6: 26-27)

Respecto a las condiciones físicas y psíquicas, que tanto identifican con la vejez más dependiente, se manifiestan pesimistas. Las limitaciones físicas no les dejarán estar activos, estar autónomos o estar relacionados, que son los valores prioritarios en los mayores como estamos viendo (ver epígrafe 8.3). Perciben que el deterioro es progresivo e inevitable y sus discursos son poco esperanzadores:

«...el futuro mío... es el futuro de toda la gente, ¿no?, yo me voy haciendo viejecito, de hecho pierdo vista a pasos agigantados, (...) no puede ni la labor de casa porque ni ve, ni oye; y yo veo que voy por ese camino, y entonces en ese camino no lo veo optimista porque es ir a perder.» (EM3: 16)

Otra de las pérdidas que más temen es la relacional, la muerte de seres queridos, el abandono de los hijos..., en última instancia, el miedo a la soledad. Pero se trata del miedo a la soledad no sólo desde un punto de vista de apoyo material (en relación a quien les cuidará, como ya hemos visto) sino en el sentido más abstracto de afectividad y de estar relacionado por el simple hecho de estar en contacto con los demás. La relevancia de la pareja reaparece (véase apartado 9.5.2.1) no sólo como valor presente sino de futuro. Tanto los que tienen como los que no tienen pareja aprecian la misma a todos los niveles (ver EM1314: 17 ó EM1819: 12). La interacción y las representaciones sociales de los demás ya hemos visto (apartado 9.5, 10.3) que son de vital relevancia para los mayores a varios niveles: estar activos, sentirse apoyado y querido (apoyo asistencial y afectivo), sentirse autónomo... en definitiva, «no ser viejo» en el sentido más despectivo adoptado:

«...viendo aquí la televisión y a las once u once y media me voy a la cama y listo. Que me da miedo hasta acostarme en la cama. (...) Por si me pasa alguna cosa, (...) porque yo no veo... ¿qué futuro me espera a mí ya?, yo futuro ya no... (...) Ya, no sé, el futuro yo... (...) Dependen cómo estén esa gente, si tienen familia y cosas de esas, eso ya depende de cada caso...» (EM15: 9)

El discurso religioso aparece también en estas cuestiones. Sea como petición de un mejor porvenir, sea para mostrar su conformismo dejándose llevar por el destino y/o la voluntad divina, las expresiones religiosas, sobre todo en boca de mujeres, son más contundentes en este caso. Parece que los que están solos (solas, viudas, mayoría mujeres), con menos recursos, sin familia... tienen una perspectiva «subjetiva» menos halagüeña, porque quizá su futuro «objetivamente» también se presenta con más problemas:

«...muchas gracias le doy a Dios, al Cristo Bendito cuando voy, por conservarme como me conserva. (...) No lo sé hija, como veré... el día de la mañana, ay, hija [Lamentándose], dijo el de la Cruz Roja: "estaría bien, Mercedes, en una Residencia", sí, claro, pero lo primero que es muy difícil porque...» (EM17: 8)

«...que sea lo que Dios quiera (...) ...llegar a vieja y que no te atienda nadie, ni te arreglen, porque yo les digo: "ay, me lleváis..." (...) ¿dónde vas

a meter a toda esta gente mayor?, ¿eh?, eso me preocupa mucho también, ¿eh?, si quiere que le diga la verdad. De tanta gente mayor como somos y que no hagan alguna Residencia más por aquí» (EM4: 11 ó ver EM16: 7)

Debemos añadir que no siempre hay coincidencia en las perspectivas de los expertos y de los mayores. Según el aspecto que consideran los expertos consultados también emiten un discurso ambivalente. Por ejemplo, en cuanto al futuro de las pensiones y el Estado del Bienestar general algunos auguran su claro mantenimiento. Sin embargo, los mayores manifiestan bastante pesimismo. En relación a la necesidad de cuidados para solventar la dependencia futura hay mayor coincidencia, aunque los expertos perciben de forma más descarnada la dependencia futura, los mayores —sobre todo varones— aún siguen confiando en sus familias y en que su entorno les apoyará:

«...según las proyecciones demográficas, varias que hemos estado manejando, lo más probable es que si en estos momentos se necesitan 100 unidades de cuidados para personas de más de 85 años para el año 2050 se habrá triplicado esta cantidad de unidades de cuidado que necesitamos. O sea, que disponemos de medio siglo nada más para ajustar nuestro sistema presupuestario, de pensiones, de valores, de organización familiar y de instituciones públicas o de tipo de voluntariado. Medio siglo es poquísimos para triplicar las respuestas a las demandas de cuidados de personas mayores.» (EE1: 9-10)

Tal como dicen nuestros expertos, se tienen que empezar a conocer, proyectar y programar estos problemas cara a un problema de futuro (¿o ya de actualidad?). Aunque en España aún la familia sigue siendo el principal colchón de apoyo a los dependientes —en relación a otros países—, habrá que añadir, mejorar e inventar otras alternativas a un problema que se presenta inminente:

«...en los países de Europa del Sur, en Portugal, en Grecia, en España, en Italia, pues tenemos un porcentaje bajo de hogares monopersonales o unipersonales porque es muy caro (...) podríamos suponer que vamos hacia una evolución ideológica que nos aproxima más a los países del Norte de Europa y que cuando seamos más ricos, si es que lo vamos a ser, pues también podremos pagarnos más el vivir en solitario, o sea, podremos pagarnos el lujo de la independencia... pero la distancia es muy grande, muy grande. Tanto ideológica como económica y de organización y de disponibilidad de servicios sociales, y yo pienso que no va a ser fácil. Además ahí hay una diferencia de género importantísima entre hombres y mujeres porque en las encuestas apare-

ce... (...) entonces al hombre sí le cuida su cónyuge pero las mujeres es poquí-
simo probable que puedan ser cuidadas por su cónyuge...» (EE1: 8)

Si hasta ahora hemos visto el pesimismo que manifiestan los mayores ante su propio porvenir, en relación al futuro de los hijos aún se muestran más pesimistas. En cuanto al futuro de los jóvenes (que ellos no conocerán) o más allá de su porvenir, perciben una sociedad paradójica y ambigua donde convivirá el desempleo y progreso al unísono. En fin, el futuro es negro para los demás, para los más jóvenes y los mayores con problemas (económicos, de salud, soledad, principalmente), que bien se resume en una de sus frases:

«- Yo el futuro de los nietos lo veo difícil...

- Yo también...

- Sobre todo el trabajo...» (GD2: 32 o ver EM11: 5: «...veo más problema en la juventud; primeramente porque las máquinas y todo van evolucionando y van prosperando y cada día hace falta menos gente...»)

«H.- Aquí el futuro yo lo veo muy mal porque aquí en Alcobendas, por ejemplo, por no hablar de otro sitio, ¿qué vamos a dejar a nuestros hijos, a nuestros nietos? ¡Con 15.000 millones de pesetas que se deben en Alcobendas!, ¿quién va a pagar eso? (...) a nuestros nietos les vamos a dejar completamente arruinaditos (...).

(...)H.- Todos deseamos pues eso, que haya un futuro de paz, que la juventud... nos quejamos porque vemos un futuro un poco oscuro también, el trabajo... (...) que la juventud tenga mejor camino.» (GD4: 17)

«...no por mí, ¿eh?, ni por los que estamos aquí...

- No, no, mis hijos, mis nietos, todo...» (GD5: 30 o ver GD3: 34: «...nosotros tenemos la vida resuelta»)

Ven el futuro de los jóvenes con escepticismo si no «se organizan mejor»: ahorro, menos consumismo, etc. Ya vimos en otros apartados las críticas que muchos mayores hacían respecto a los jóvenes, sus valores, necesidades, estilos de vida... que es lo que produce, a veces, una clara fisura intergeneracional (ver GD1: 23-24, EM2: 4). Muchos mayores incluso manifiestan la sensación de estar retrocediendo, de no avanzar, de volver a lo más pésimo de antaño... (GD6: 16, 19, 24-25).

Pero junto a estos contenidos discursivos tan negativistas se superpone un discurso de optimismo general debido a los adelantos científicos y médicos im-
parables, que harán un día de mañana mejor porque el progreso social va siempre hacia adelante:

«...en general todo va como ha ido siempre, o sea, progresando, de vez en cuando hay unos cuantos pasos atrás y después otros más adelante. Pero en fin, la vida va a mejor en todos los terrenos y en todos los aspectos, aun con sus partes negativas. Pero el futuro pues la verdad es que ahora hay más adelantos científicos, más prosperidad (...) llegará un momento en el que habrán conseguido curar el cáncer, y curarán el SIDA y curar las demencias y curar todo. O sea, el mundo va a bastante mejor (...) males parece que son endémicos también. Pero de una manera global y en conjunto el mundo va a más y a mejor. (EM1: 11)

«Lo normal es que se siga, si no avanzando, manteniéndose conforme está. Es lo que yo creo, me refiero a todo en general... (...) pero ¿es que no lo hay o que no quieren trabajar?, porque la persona que tiene ganas de trabajar, si no es de una cosa, de otra, trabaja. Y hay un nivel, hoy en día, que no sabes quién es el rico y quién es el pobre. (...) y es que hemos alcanzado un nivel que eso antes era pensar en la Luna.(...). Hemos ido prosperando, hemos ido mejorando, (..) hemos ido a más, y eso es para todos en general...» (EM11: 5)

Para finalizar este epígrafe, desarrollaremos otros valores y necesidades (cubiertas o no alcanzadas, personales o sociales) que los mayores destacan junto a los mencionados. La preocupación por «los demás», la libertad, la tranquilidad o la educación actual son algunos de los puntos aquí aludidos. Siguiendo la encuesta del INSERSO/CIS de 1993 (INSERSO, 1995a: 90-91), lo que más les preocupa es, por este orden: deterioro físico o incapacidad para valerse, bienestar de la familia, preocupaciones económicas o de vivienda, problemas sociales, entre otros. En relación a la «preocupación por los demás», hemos de decir que los mayores de nuestro estudio no sólo mencionan sus necesidades más personales sino que son conscientes de los **problemas que pueden tener sus hijos, su familia, y la sociedad** en general: paro, precariedad laboral, inseguridad ciudadana, etc.

«A.- Pues la salud, el bienestar de los hijos...

J.- Ahí, ahí, aquí ahora lo que más nos preocupa son los hijos y los nietos (...) cada vez mejor, que estén económicamente mejor y que se entiendan todos como los estamos entendiendo nosotros.» (EM1819: 11)

«- A estas edades procuras que los hijos estén bien

(...)- La preocupación de los mayores es los hijos (- Y los nietos), los nietos, igual en exámenes, que en salud...» (GD8: 15, y véase EM12: 12, EM20: 9-10, EM1314: 17, GD10: 17-18, EM8: 8)

Una mayor preocupación social manifiestan los mayores de situaciones y zonas más deterioradas. Los componentes del GD6 de Mieres constituyen el

ejemplo más paradigmático de poco optimismo futuro porque, obviamente, la situación que ellos perciben es de desindustrialización, de desequilibrio económico y social en una zona donde el paro es elevado y las perspectivas de nuevas posibilidades de trabajo diferentes a la minería no son nada halagüeñas. En este caso no protestan de las pensiones (son bastante elevadas las de los prejubilados) pero sí del sistema, de cómo está estructurado el sector de la minería y la ausencia de soluciones para la gente más joven. En las zonas más devastadas por el paro, por la emigración... los mayores se muestran más conscientes de estas situaciones: «...que hubiera más trabajo, eso también lo pido, porque yo los veo que todos están por ahí estudiando y mis sobrinos no tienen suerte para colocarse (..) por ganar algo, y eso también me preocupa mucho, lo de la juventud...» (EM4: 12 ó ver GD6: 18-19, por ejemplo).

Junto al bienestar de los demás para tener un envejecimiento más satisfactorio, feliz y pleno destacan otros valores igualmente abstractos, pero tangibles a través de sus discursos: libertad, tranquilidad, formación cultural, principalmente. La libertad de acción, el mayor tiempo libre para realizar lo que quieren es uno de los valores más señalados (véase Capítulo 8 sobre significados de la jubilación y Capítulo 9). Recordemos que valoran mucho su pasado, ante el que se sienten «orgullosos» por haberlo superado... Pero ahora también aprecian la posibilidad de descanso, de relaciones, de ocio productivo... en fin, la autonomía y liberación del trabajo para hacer las actividades que desean o deseaban hacer:

«Yo ya tengo 65 años, yo ya he cumplido mis..., yo siempre pienso que he cumplido una misión, que he podido trabajar hasta los 65, desde que empecé, pues ha sido mucho, ¿eh?, yo lo pienso así, y entonces lo valoro, eso lo valoro mucho, ¿eh?, haber podido trabajar, así que ahora, aunque me vea la gente que no hago nada, pues yo digo: «yo ya lo he trabajado antes»... para qué me voy a comprometer por ahí...» (EM4: 10)

La independencia a todos los niveles (económica, física, de actividad, propio entorno) constituye un compendio de varias demandas ya tratadas en otros apartados:

«...una vejez decente, ¿no?, que no dependan de los hijos. Yo no dependo de nadie, que se defiendan ellos con su vida y que Dios se apiade de ellos y que en fin, si les hace falta algo que tenga asilo, que no dependan de los hijos porque entonces los hijos pueden proporcionar desavenencias en las familias. (...) entre padres e hijos y nueras y nietos y follones. (...) que Dios les dé salud y que vamos, que no dependan de nadie, que de

pendan de ellos mismos. Que cuando quieran los hijos ir a su casa ahí están ellos, que no tengan ellos que ir a casa de sus hijos porque entonces irá mala la cosa. Mis hijos son buenos, pero les das mala vida. Es mejor ir a tu casa a comerte un huevo frito que tú que vayas a su casa a comerte un trozo de jamón, porque entonces el jamón te sabría agrio (...) mejor ser independiente en ese aspecto» (EM8: 9)

La tranquilidad también es señalada por algunos de los mayores si no como necesidad básica sí como un valor bastante apreciado. Este sería uno de los valores que cambia en estas edades y adquiere puestos superiores en la jerarquía de los mayores. Recordemos que tanto los de zonas rurales como metropolitanas señalaban las ventajas de las zonas rurales para vivir (véase apartado 9.2.7):

«...con la edad también es verdad que *todas las cosas masivas o ruidosas te empiezan a molestar*. Yo he sido superhablarín, superescandaloso, me encantaba cantar por las calles, *me encantaba el ruido; cada día me gusta menos...*, el ruido.» (EM3: 8).

«...*las relaciones y la salud ante todo*, eso está claro (EM11: 7) ...cuando eres joven no quieres más que jaleo y después no buscas más que *la tranquilidad*» (EM11: 8)

«Nada, hija, porque ya soy yo muy mayor y *ya no tienes ganas más que de la tranquilidad*» (EM17: 3)

«- Yo creo que lo más importante es *la tranquilidad que hay...*

- La tranquilidad y a seguir la vida como ahora.

- Es que gracias a Dios *vivimos en una zona tranquila... porque ves la tele y ves lo que hay por el norte, que no puedes vivir, que no puedes pasear por la calle...* sin embargo aquí puedes tener el lujo, ahora en fiestas, de pasar toda la noche por ahí si quieres...» (GD10: 15-16: o GD2: 29)

«...Si es que *no tienes nada más que ver que hoy le están pegando a una persona en la calle y no hay quien se tire delante a defenderla...* (...) *por el miedo que se tiene...*» (EM7: 5, GD9)

En relación a los valores mencionados, la belleza física, la atracción física por el otro sexo es otra faceta mencionada por algunos mayores. Tal como dice un participante: «Los ojos son jóvenes toda la vida...» (EM1819: 11 y ver Capítulo 10, EM3: 14 ó GD10: 14). En cuanto a la educación, encontramos un discurso oscilante, que percibe la educación formal actual y la educación liberal en valores como algo positivo (Capítulos 2.3 y 9.5). Sin embargo, en el otro polo también se critica la educación de hoy hacia los más jóvenes

como «demasiado liberal» y falta de valores fundamentales, que para ellos fueron centrales en su juventud: respeto, formalidad, religiosidad y ética, esfuerzo, etc. La educación menos represiva de hoy que los mayores alaban y aprecian en algunos valores es denostada en otras facetas: falta de respeto a los padres y mayores, lenguaje poco formal, «demasiada libertad sexual"... que contrasta con la educación represiva en la que fueron socializados, sobre todo las mujeres (véase GD9: 12 y EM3: 12).

En general aluden a valores abstractos (el bienestar, por ejemplo) a veces difíciles de definir o medir, pero recordemos que no era nuestro objetivo:

«- Pues *el bienestar* en todo.» (GD10: 16)

«- Yo creo que las preocupaciones son de todas las edades por igual: *te preocupan los hijos, te preocupan los nietos, te preocupa el bienestar de la familia*, el hijo si tiene esto o lo otro, si está o no está, ¿problema?, de familia, ¿no hay otro problema!

- A estas edades procuras que *los hijos estén bien*.

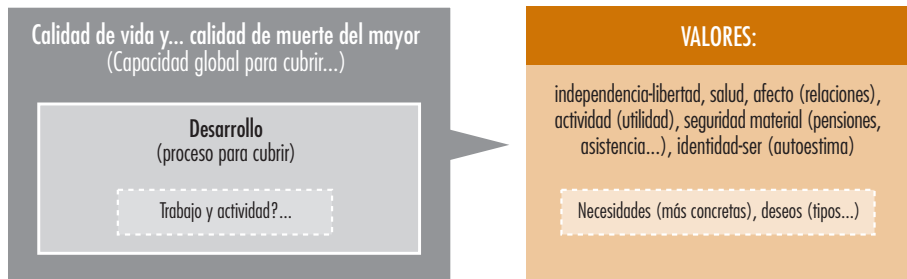
- Que tengan salud.

(...)- Pero tu preocupación es *el bienestar de la familia*.

(...)- *A matar el tiempo, a jugar cuatro cotos... quitando eso ¡ya no nos queda nada más! más...*» (GD8: 15)

La salud, lo material (pensiones, vivienda-Residencia asistida...), relaciones sociales y familiares, actividades dignas y con significado, sentimiento de utilidad, participación-valoración social, independencia a todos los niveles, libertad (de elección de actividades, hábitat, modo de Residencia, relaciones...), seguridad, servicios sociales profesionales, tratamiento social adecuado, principalmente, constituyen tanto desde nuestro estudio como desde otras encuestas

Fig 11.1. Propuesta de envejecimiento "ideal" para una mayor calidad de vida y calidad de muerte



e investigaciones consultadas las facetas (necesidades o valores) primordiales para construir una mayor calidad de vida en el envejecimiento; para traspasar la frontera de la *necesidad* (cubrir necesidades básicas) y lograr un *bienestar y desarrollo* completo de los mayores. En la línea de Allardt (1973), sería cubrir la necesidad de *ser, amar y tener*; o de Galtung y Wirak (1979), alcanzar seguridad, bienestar, libertad e identidad (ver Setién, 1993, o Gough, 1990). Todos estos valores y facetas demandadas coinciden, en suma, con los «objetivos» propuestos por la ONU en sus distintas Recomendaciones y Resoluciones dirigidas a los mayores (véase epígrafe 3.6). En fin, para ir más allá y caminar de una *cantidad de años lograda* hacia una *mayor calidad de vida y... calidad de muerte*, antes conviene conocer en profundidad, contrastar y considerar lo que aquí se ha apuntado. Esquemáticamente, el «ideal de ser mayor» que se propone desde los mayores podría ser como sigue:

11.2. PORVENIR Y MUERTE: ENTRE EL MIEDO Y LA NATURALIDAD

«...I amb tantes i tan grans desgràcies,
què en direm quan, senzillament,
a un ser estimat se li atura el cor
i deixa d'alenar per sempre?»
(Joan Jordà, 1998: 58)¹³

No haber dedicado siquiera un epígrafe a la muerte (a la que ya hemos aludido) sería incurrir en la pervivencia de la ocultación de la vejez más dependiente, del fin vital, del tabú de la muerte. Con el título queremos destacar el discurso ambivalente entre el horror y naturalidad ante la muerte. En algunos casos, la aceptación de la misma se presenta como algo inexorable, inevitable y natural; muchos se sitúan en el polo de la naturalidad, incluso como algo deseado si llega el caso o ante situaciones decrépitas. En cambio, otros la rechazan de plano y pensar en el futuro es pensar en la muerte (“el futuro es la muerte”); identifican el futuro con la muerte en el sentido más negativo, y por ello su discurso es más pesimista.

Los mayores más jóvenes, más sanos, más creyentes, parece que manifiestan una posición menos negativa y más comprensiva ante la muerte: unos porque la

¹³ Traducción valencià-castellano: «...Y con tantas y tan grandes desgracias, ¿qué diremos, sencillamente, cuando a un ser estimado se le pare el corazón y deje de respirar para siempre?»

ven lejos (es algo que les ocurre a los «otros» , a los «más mayores»), otros porque creen en el más allá. Aún así, el tabú de la muerte sigue persistiendo y es general, como hemos comentado en otros apartados, el rechazo o como mucho la aceptación-resignación (recordemos que es distinto a satisfacción) ante el fin vital.

Ya se aludió a los eufemismos que utilizan para referirse a la muerte, aunque esto puede ser generalizable a la población general. Tratan la misma de forma irónica, con humor, con metáforas... pero también hay algunos que no quieren ni pensar en ello. En cualquier caso, la muerte es un tema común que surge al plantearse el futuro —que unos consideran más extenso que otros—. Los más mayores parecen más conscientes de estar cerca de la muerte. En medios rurales ya vimos cómo la muerte iba revestida y se le otorgada de un significado más «social» que en ámbitos urbanos y metropolitanos. En el fondo está el miedo al dolor, a la soledad, a morir solo...

«– *Se muere uno, a lo mejor en el mismo edificio y ni se enteran, y eso en Alcoy, ¿eh?* (– Sí.), en cambio aquí y en Muro se muere uno de arriba y te enteras enseguida pero en Alcoy no, ¡hombre! algún caso habrá, ¿no?, pero lo normal es que no te enteres...» (GD8: 16)

«– No hay futuro, hay día a día.

– *Para nosotros es el presente; futuro no hay.*

– Esperar pues tener salud.

– ¡Exacto!, tener salud.

– *Día que pasa día que ... si mañana nos levantamos, ¡día más!*

– *Un día más»* (GD8: 20)

Cuando aparece el tema de la muerte suele ser tratado de forma superficial y rápida. Directamente no se hace referencia a la muerte, lo cual puede interpretarse como señal de la poca aceptación del final existencial. Muchos manifiestan su rechazo al futuro porque lo identifican con la enfermedad, dependencia, pérdida, muerte. Tal como señalaba Vimort (1984: 49), «*el tabú de la muerte que atenaza a la sociedad global pesa aún más sobre las personas de edad. Se evita hablar de ella, pero esto no significa que no se piense en ella. Y la angustia crece a causa de este silencio*». En el fondo de la hostilidad a la vejez está latente el rechazo a la muerte, que sigue siendo un tabú no superado. Un ejemplo histórico de no aceptación extrema de la muerte fue Juana la Loca, que se negó durante mucho tiempo a entregar el cadáver de su marido para que fuera enterrado. Recordemos también la ambigüedad, desesperación y angustia del Rey Lear (en la novela de Shakespeare) por no haber cumplido sus deseos y estar ya ante la vejez y la muerte. Las consecuencias, pues, ante el duelo de la muerte de otras personas o la muerte futura personal

pueden ser diversas: pérdida del sentido de la vida, aflicción, apatía, aislamiento, cambios somáticos (trastornos del sueño, dolor...), silencio, etc. Así opinan algunos mayores intentando olvidar y no pensar en la muerte:

«...Pero la mayoría de las personas pues tiene miedo a ser mayor, a ser vieja y a todas las cosas. (...) Porque viene la muerte, porque no piensas en eso, en la muerte no piensas pero una que vez que ya dices "me va quedando poco de vida", piensas así, vamos (...) No estamos preparados, ¿no? (...) No queremos aceptarlo, no.... (...) tengo miedo a tener más edad, ¡no quiero pensarlo!. (...) Quiero olvidarme y ya está...» (EM5: 5)

Pensemos en algunos estudios que empiezan a considerar las actitudes ante la muerte de forma no sólo filosófica y reflexiva (sobre cuyo enfoque se dispone de numerosas obras, clásicas y actuales, en torno a la muerte), sino también intentando una comprensión más «psicológica, sociológica, científica» de las actitudes ante la muerte, los distintos significados y fases ante el duelo. Por ejemplo, Ramos (1997: 169 y ss.) analiza las actitudes de los mayores ante la muerte, las de los enfermos «en fase terminal» y las reacciones de duelo que experimentan las personas ante la muerte de un ser querido (ver J. de Miguel, 1995). Thomas (1975, en Ramos, 1997: 171), esquematizó la existencia de tres actitudes ante la muerte: muerte esperada, aceptada y rechazada. En su estudio de una sociedad negro-africana de tipo tradicional comprobó que, a medida que aumenta la edad, la muerte deja de ser rechazada y tiende a ser esperada y aceptada. Resultados similares se obtuvieron de adultos y mayores occidentales (Kastembaum, 1985; Lonetto y Templer, 1986)¹⁴.

El menor valor social que se les otorga a las vidas de los mayores, la asunción de que el mayor ya «ha vivido lo suyo» y la «socialización de la muerte» —que produce que los mayores perciban que se va aproximando su hora a medida que ven morir a los de sus edades—, puede explicar que la intensidad del temor a la muerte es menor en los mayores (ver Antequera, 1997: 187-88). En nuestro estudio también encontramos un discurso de la aceptación de la muerte con naturalidad, como el poeta Andrés Estellés que canta a la muerte (*"la mort és massa bella per anar al cementeri"*), o como expresa I. Allende (*"La muerte no existe, hija. La gente sólo muere cuando la olvidan. Si puedes*

¹⁴ Véase el artículo «Duelo y muerte en la vejez», de A. Blanco y R. Antequera, o el de F. Ramos, «Psicología de la muerte y vejez», en Buendía (ed.), 1997; Ph. Aries (1982), *La muerte en Occidente*; E. Morin (1974), *El hombre y la muerte*; L. Thomas (1975), *Antropologie de la mort*, Ramos, 1982; Kalish, 1985; la tesis de R. Antequera (1993), *Actitudes del anciano ante la muerte...*, o de Urraca (1980), etc.

recordarme, siempre estaré contigo», en Jordà, 1998) o Tao Te King (“*Vivir es llegar y morir es volver*”), parece presente en los de más edad, y también en los creyentes que constituyen buena parte de los mayores:

«...los años van avanzando (...) me veo con unas ganas de vivir tremendas y *sé cuando venga que aquí estoy y no tengo ningún problema. Si viene ahora mismo estoy tranquilo* porque hoy mismo he comulgado, si ahora mismo viene Dios y me dice que *«me vaya para allá» me voy con mil amores*» (EM8: 11)

«...que Dios me mandara algo y no me pudiera aguantar, eso es lo único que me preocupa, y lo demás *no me preocupa nada, ni siquiera la muerte. No me preocupa, yo estoy mentalizado por todo. Cuando naces ya sabes que te tienes que morir, ¿cuándo?*, algunos dicen *«ten cuidado»*, digo: *«No, no, si algún día tiene que ser»*, así que yo tranquilo vivo (...) *tienes que estar mentalizado y ya está. Cuando Dios quiera.*» (EM10: 6)

«...encantado de la vida, hasta el momento bien. Lo que prefiero es que preparen una Residencia y *‘si me tengo que ir’, pues no me da miedo ninguno.* (...) estoy muy a gusto con mis hijos pero *no crean que me da cuidado ‘irme’...*» (GD4: 20 o ver EM3: 16: «...no pesimista, *realista: me va a tocar morirme* (...), así es...»)

Como vimos en el punto 11.1.1, hasta tal punto se tiene miedo a la dependencia y a la soledad que se prefiere la muerte antes que verse en estas situaciones. Así comentaba Vimort (1984: 54) al respecto: «cuando las personas ancianas expresan deseo de muerte, me parece que, muchas veces, es que se han hecho interiormente el deseo de muerte de la sociedad en aquello que les concierne: es un deseo inducido por el entorno (...) toda reclusión en un sitio apartado, toda desvalorización tiene una parte mortífera». La petición de autorización de la eutanasia —tema tan debatido actualmente— y de un «buen morir» subraya la idea que se había esbozado no sólo de consecución de calidad de vida sino también de *calidad de muerte*...

«...*no me importaría morirme... que me diera buena muerte, pero que no me viera sola...*» (EM17: 8)

«— Es que al no poder valerte por tí mismo, no ya a los Pobres o a los... al Asilo, a... (— La Residencia...), eso lo mejor que *sería es “un buen brindis” y “hacia arriba”* (— La eutanasia), y así no molestas... Eso es lo que creo que pedimos todos, lo que tenemos en mente todos: ante una inutilidad así...

— Eso es muy cómodo, *para no valerte tú mismo que “se te lleven”...*

(...): *Miedo a hacer sufrir a los otros...*

— *A hacer sufrir, a molestar...*

(...) ¡ya estaba bien!, ¡no podía más!... y entonces debía autorizarse la eutanasia...

(...) antes que dar la lata [da una palmada simbolizando la muerte]...» (GD8: 12 o ver EM1: 10: «... o con 70 años que les *tienen que dar de comer*, que en fin, que no se pueden mover, ¿pues *qué les importa a esas personas vivir 20 años más si son vegetales?* Es así, claro...»)

Forcada (1984: 17) señala que «prepararse para bien morir no es hacerse anacoreta de la vida, sino que es exprimir como un limón todo el jugo de la vida y las energías creativas que uno pueda dar», y siguiendo la metáfora de la competición atlética aplicada por el autor, «sabiendo que en la meta pueden morir, quedar decrépitos, limitados o postrados». Aranguren (1992: 88-90) también reflexiona sobre la calidad de vida y calidad de muerte. En esta línea algunos expertos añaden la dificultad de hablar, aceptar la muerte y por ello el problema de incorporar la idea de calidad de muerte con naturalidad y sentido práctico:

«... no hemos incorporado suficientemente *la idea de la calidad de vida y de la calidad de muerte* (...) Como la tecnología médica no ha aprendido a curarnos, es un combate perdido el combate con la muerte, ¿no?, en cambio hay una tremenda soberbia por parte de las organizaciones sanitarias y de otros muchos colectivos que le niegan al sujeto el derecho a decidir sobre sí mismo... (EE1: 10) ahí *nos espera una revolución de tipo político, filosófico y moral para las próximas décadas en relación con el derecho a morir*. Con el derecho a morir, *con el derecho a ser uno mismo quien decida los límites en los cuales quiere seguir viviendo y que tipo de ayudas tiene derecho a esperar*. No ya al no recibir castigos, sino qué tipo de ayudas tiene derecho a esperar (...) me respeten y me ayuden a «irme», pero mi sociedad me lo prohíbe...» (EE1: 11)

La percepción sobre el futuro debería ser, pues, menos oscura. Una última idea que entresacamos es un atisbo de esperanza expresado por los mayores. En sus conversaciones dejan entrever un discurso esperanzador, sobre todo si se cumplen estas condiciones: una posición socio-económica desahogada, un nivel de autonomía notable, si no están/se sienten solos, si siguen activos y «activados» que resume las condiciones citadas hasta ahora. Entre el pesimismo reinante despuntan haces de esperanza y se vislumbra una luz al final...

En concreto, hemos encontrado muchos aspectos en los que los mayores se mostraban más optimistas. Por ejemplo, respecto a su situación de jubilados ya vimos cómo apreciaban el tener tiempo libre, la posibilidad de viajar, el estar con los hijos, el formarse o realizar cualquier actividad deseada... Cuando los jubilados perciben la jubilación como «oportunidad» (véase Capítulo 8) co-

herentemente otorgan al futuro un significado esperanzador que les permitirá disfrutar de las ventajas de la misma (tranquilidad, libertad...). A veces se confunde un discurso de esperanza con el de conformismo, pero en cualquier caso indica una ligera tendencia al optimismo. Además, en los mayores más jóvenes, en concreto los jubilados, también se percibe un elevado optimismo en relación a la mayor cantidad de años que aún se ven por delante, al mejor nivel de salud, al haber sufrido menos pérdidas, al seguir más activos y relacionados, principalmente (ver EM8: 11).

«...El futuro mío pues lo veo..., pues eso, no lo veo negro porque *no puedo verlo negro, porque yo tengo mi jubilación y como yo eso, pues mientras tenga salud*, que Dios me de salud, ahora, el día que Dios me la quite es cuando ya lo tendré que ver negro. Pero mientras tanto no, *yo estoy animado a seguir haciendo mi vida lo mejor que pueda...*» (EM20: 10)

«- Pues que *cada día estamos mejor*.

- Adelantan en más cosas

- De cada día yo veo que estamos *mejor, más comodidades...*

(...)- Lo de nosotros ya está, ya lo tenemos.

(...)- *Que acabáramos conforme estábamos ya es bastante, ya es pedir mucho.*

(...)- Hoy nos quejamos y *si vemos a nuestros padres no nos podemos quejar.*» (GD9: 14 o GD6: 12) «...En una palabra: yo casi me conformo con lo que tengo ahora, como estoy (...) *me mantengo desde luego estupidamente*: hago lo que dentro de mis posibilidades y dentro de lo que tengo» (EM12: 10, GD9: 11)

La tónica común percibida parece centrarse en una percepción del futuro más negativa si miran a largo plazo, en el que les espera la «inevitable muerte». Pero su concepción del futuro es más optimista si piensan en el presente o en el futuro a corto plazo. En cualquier caso, no sólo la diferente significación nos ayuda a entender las distintas discursividades respecto al futuro, sino que las distintas temáticas que tratan (pensiones, cuidados, etc.) hará que tengan una visión más o menos esperanzada. Recordemos, siguiendo la encuesta del INSERSO/CIS de 1993 (INSERSO, 1995a: 92), que los temores de los mayores son, por este orden: enfermedad, pérdida de la memoria, soledad, deterioro físico, dependencia, el dolor, disminución de facultades intelectuales, sentimiento de inutilidad, inactividad, pérdida de amigos, principalmente.

El discurso común de los mayores es sólo ligeramente optimista. Encontramos un discurso sereno, tranquilo y optimista debido a la seguridad que les reporta disfrutar de las pensiones y tener cubiertas otras necesidades más ele-

mentales (vivienda, por ejemplo). Sin embargo, también tienen un discurso basado sobre el miedo e inseguridad cuando plantean la incertidumbre de quién les cuidará en un futuro cuando sean mayores dependientes. Por eso podemos confirmar la existencia de una superposición de discursos, en un eje imaginario entre la serenidad-tranquilidad (material) y el miedo-horror (a la dependencia, a todos los niveles), tal como en el título exponemos.

Se desprende un pesimismo general de los discursos de los mayores cuando se refieren a su futuro propio: temor a ser dependientes (física, económica, socialmente), miedo a las diferentes pérdidas que se imaginan (económicas, salud, relaciones, pareja, amigos, etc.), al que se une la incertidumbre de quién se encargará de cuidarles y mantenerles cuando estén en una situación más deteriorada que el devenir, si envejecen más años, les aguarda. Por ejemplo, el 91,5% de los mayores gijoneses entrevistados (Cano, 1990: 198) dicen que no tienen *ningún* proyecto de futuro... Pero el pesimismo aún parece más patente cuando se refieren al futuro de los más jóvenes, que están inmersos en una sociedad caótica de paro y precariedad. Aún así, este discurso pesimista respecto a los otros es paralelo a un optimismo general sobre el futuro. Este optimismo se refleja cuando hablan del progreso general, de los avances de la sociedad que siempre evoluciona «hacia adelante"... Respecto a su situación, ven con optimismo el tener la posibilidad de seguir disfrutando de su tiempo libre y libertad de actuación, de la tranquilidad y serenidad que les suponen las menores obligaciones diarias... Pensar en que tienen «resuelto» su futuro y sólo les queda esperar el «inexorable desenlace» les produce inquietud y al mismo tiempo serenidad, lo cual les conduce a tener una actitud de fugaz esperanza. Sin embargo, todo ello es visto desde un punto de vista positivo siempre que se tengan cubiertas las necesidades materiales más básicas (pensiones...), que tengan salud e independencia física y dispongan de un entorno relacional (familia, afecto) y espacial acogedor (ver Figura 11.1).

Pero el pesimismo gana el pulso a todo ello, pues intuyen una pérdida continuada de independencia (a todos los niveles) y la irremediable muerte al final, que les hace ser más bien pesimistas o intentar pensar en un futuro. Tras el discurso de «huida» y el «vivir el presente», podemos observar que se trasluce un miedo y un pesimismo ante el día de mañana, unido a la persistencia del tabú de la muerte. Parece que destacan más los problemas que tienen y que esperan que no los valores positivos en esta etapa:

«- ...¿no tienes ilusiones? Pues no las puedes tener porque no puedo ir, viajar, no puedo viajar con alegría...

- Pues muchos *problemas, cada vez más problemas...*» (GD8: 21)
- «- ...a todos los que preguntes de nuestra edad *te dirán que ¡negro!*
Nosotros ya no...
- *El futuro negro.*» (GD8: 20)

Otra idea que comparten muchos de los mayores, en relación al ocultamiento del futuro, es el no «querer» plantearse más allá del día mañana; el querer vivir al día, el decir «*no hay futuro...*» Recordemos que, en general, los mayores anclan sus discursos en la retrospectiva (pasado) y en el presente más que en la proyección. Esta cuestión es comprensible si se piensa en la menor cantidad de años que tienen por delante (respecto a la población más joven), pero no tan explicable si se observa que junto a la menor cantidad de años, tienen mayor tiempo libre día a día, en contraste con la población trabajadora. Pero tal como veíamos al tratar los «significados del tiempo» (ver 9.1), de estas dos perspectivas comentadas (tiempo en su totalidad vital o tiempo diario), los mayores suelen tomar la perspectiva del tiempo en años futuros, por lo que sus discursos resultan, obviamente, más pesimistas. Sin embargo, cuando se plantean el día a día, el tiempo libre del que aún disponen... se muestran claramente más optimistas. Obviamente, estos últimos tienen que hacer el «esfuerzo» comentado de «esconder» el futuro y pensar más en el día a día, en el corto plazo. Para los mayores, el pasado es amplio, el presente fugaz y eterno al mismo tiempo, el futuro inalcanzable, inexistente...

Con el tema del futuro no se detienen demasiado: parece como si quisieran negarlo, como si no quisieran pensar en el porvenir porque todos coinciden en que «no les espera nada bueno»; sobre todo se refieren a los distintos miedos (pensiones, abandono de hijos, pérdida de independencia...) y, en última instancia, la inevitable muerte...

«...yo, ya, no, *yo sólo miro el presente, muy el presente*, ya no quiero hacerme ilusiones de decir: 'pues vamos a hacer esto, vamos a hacer lo otro...', no, no, *ahora voy viviendo muy al día, muy al día; muy al día en el sentido de ver que la felicidad está en las cosas diarias, las cosas diarias de todos los días*, que las vayas haciendo bien, que te vayan saliendo bien (...) pequeñas cosas diarias: esa es la felicidad, que haya paz, que haya..., entre la familia, que estés en tu casa, que tú misma estés en paz contigo misma..., eso es lo importante, otra cosa ya no...» (EM7: 5)

«H.- No, a nivel personal (...) la edad pues *poco futuro*, no me quedan 200 años de vida. (...)» (EM1: 10)

En fin, el significado del futuro será uno u otro dependiendo de la faceta a la que se estén refiriendo. Si reparan en el progreso social, económico, cultural... su visión es optimista. Pero si se centran en el futuro de los jóvenes, en su futura dependencia, en el fin existencial o muerte..., la percepción es pesimista. Como comentario final podemos decir que una misma persona se manifiesta optimista o pesimista, y ello no significa un discurso contradictorio, según la cuestión a la que se refiera.

«Pero si te digo históricamente, yo sí soy optimista. Yo creo que el mundo ha evolucionado más en lo técnico que en lo moral; en lo moral profundamente (...). Bueno, pues hemos progresado más en lo técnico, en lo económico, en lo... (...) más que en las maravillas del alma...(...), pero ojo, vamos por un camino que es más bien positivo. Se empieza a estar conscientes de que hay seres humanos que están muriéndose. Con sólo ser conscientes no adelantamos mucho, pero bueno, hay mucha gente que aporta lo que puede, ¡ya es un pasito más!, en esos aspectos yo soy optimista.» (EM3: 16)

«...las personas mayores, pues, dependen de su condición física, de que tengan una perspectiva de futuro buena o no. ¿Y entonces qué pasa, que la sociedad puede ayudar cada vez más a las personas mayores?, pues sí, eso es lo que estamos hablando de que el mundo va a mejor (...) parece que hay una tendencia a ayudarles a vivir menos mal. Pero bueno, con las perspectivas que tienen las personas aunque se mejoren, siguen siendo malas. (...) En eso está el futuro de la gente, no es por ser ni mejor ni peor, es por la suerte que tenga cada uno con sus descendientes, que les traten más o menos mejor.» (EM1: 10-11)

Dos ideas básicas resumen su discursividad: el futuro próximo es visto con optimismo; pero no así el futuro a medio y largo plazo, que identifican con enfermedad, dependencia y muerte. La aceptación o no de estas vivencias futuras conforma sus diferentes relatos que reflejan una ambivalencia entre la tranquilidad y el miedo. Cerremos este Capítulo con una bella cita de Séneca: *«No existe arte más difícil que el de vivir. Porque para las demás artes y ciencias en todas partes se encuentran numerosos maestros. Hasta personas jóvenes creen que lo han aprendido de tal manera que pueden enseñar a otros... Y durante toda la vida tenemos que seguir aprendiendo a vivir, y cosa que os sorprenderá aún más: durante toda la vida tiene uno que aprender a morir».*

A modo de recapitulación

«Un viaje de mil días comienza con un sólo paso»

(Lao Tsé)

«La ciencia será siempre una búsqueda, jamás un descubrimiento real.

Es un viaje, nunca una llegada»

(K. Popper)

Intentar resumir el estudio realizado durante años de un fenómeno tan amplio como el que aquí se ha abordado es siempre una dificultad, y también comporta un riesgo. Una dificultad porque la articulación mayores-actividad en el proceso de envejecimiento y jubilación ha sugerido extensos análisis que resulta difícil sintetizar. Y también constituye el riesgo de caer en la simplificación. Aun a sabiendas de ello, y en pro de ofrecer un acercamiento breve y rápido (¿superficial?) a la cuestión, lanzaremos los resultados e ideas más relevantes entresacadas de nuestro estudio. Este Capítulo se conforma en dos partes: en la primera tratamos algunas conclusiones sobre la articulación actividad-mayores, y en un segundo epígrafe, oteando el futuro, intentamos ofrecer algunas propuestas de investigación y aplicación, pero por supuesto *dejando la puerta abierta* a otros estudios y reflexiones.

12.1. ACTIVIDAD-MAYORES COMO ARTICULACIÓN POSIBLE Y NECESARIA: ALGUNAS CONCLUSIONES

1. Una primera conclusión que podemos avanzar es la confirmación de una diversidad significacional y discursiva respecto a la actividad, acorde con la complejidad y multidimensionalidad del fenómeno del envejecimiento y jubilación. Tanto desde la discursividad de los mayores como desde el acercamiento teórico, conceptual y empírico queda patente que la actividad no constituye una cuestión periférica ni secundaria en esta etapa vital. Pero vayamos paso a paso en este apartado de conclusiones y reflejemos las ideas más sobresalientes.

2. Partiendo de la revisión, delimitación y justificación terminológica (Capítulo 1) se ha llegado a la conclusión de una polisemia conceptual existente en relación a los mayores y al envejecer. Esto es coherente con la hetero-

geneidad y las distintas representaciones de la gente mayor. Los propios mayores emplean (Capítulo 10) un amplio abanico de términos tanto para auto-definirse como para referirse al proceso de envejecimiento. Pero los vocablos —muchos eufemísticos— empleados por los mayores no siempre coinciden con las definiciones de los expertos y teóricos. La identidad de ser mayor se caracteriza por la confusión; no está clara la «identidad de ser mayor». Parece que los menos activos, más delicados de salud y con un entorno relacional desfavorable (soledad y poco apoyo social), traslucen un autoconcepto y una identidad de *ser mayor* con tonos más negativos. Junto a la negación bastante generalizada del ser/estar mayor, la jubilación como pasividad, las limitaciones físicas, la edad, la soledad y otras circunstancias son señaladas por los mayores como *envejecedores* o *aceleradores* del envejecimiento.

3. En cualquier caso, la falta de nitidez en torno al concepto de ser mayor no hace más que reflejar el mosaico de situaciones y representaciones que constituye la gente mayor, la heterogeneidad intrageneracional y la ambigüedad con la que se trata este tema (Capítulo 10). Pero la cuestión va más allá de los conceptos. La clave del asunto está en las actitudes hacia la vejez, generalmente negativas, que produce que cualquier término se vuelva rápidamente inservible, malsonante o incluso ofensivo (como parece que está ocurriendo ya con el concepto «mayores»), porque acaba adquiriendo tintes negativos debido a la hostilidad general hacia el envejecimiento. Nos ha sorprendido el rechazo también al concepto «mayor», con el que muchos no se identifican. Esta necesaria y continua readaptación terminológica concuerda con la idea de «identidad en continua construcción», que en el caso de los mayores se añade a la confusión y hostilidad sociales. Muchos prefieren identificarse con la situación familiar o estado civil (viudas, abuelos), de edad («a nuestros años»), o laboral (jubilados, pensionistas, amas de casa) antes que con el calificativo genérico de mayores. En las mujeres la autoidentificación aún está más difuminada.

4. En general, los propios mayores parecen indiferentes ante uno y otro concepto si el tratamiento que reciben es de respeto y afecto desde los demás. Por ello queda claro el ser mayor como *construcción psicosocial*, es decir, en permanente redefinición y cambio desde el consenso y negociación del momento y contexto en el que interactuamos. Este consenso social viene marcado por el tratamiento, las imágenes y representaciones sociales sobre el envejecimiento. El *quid* de la cuestión está en la construcción negativa de ser mayor en esta sociedad que no acepta, directa o soterradamente, la vejez. Es decir, como la identidad y concepto de mayor están forjados sobre el acuerdo social, y como en este consenso predomina la negatividad, esto se refleja a su vez en una construcción de identidad cuanto menos difícil, truncada, confusa. Ellos se perciben de forma

positiva (autoconcepto positivo *versus* imagen social negativa), pero las piezas del *puzzle* o *collage* que conforman las imágenes sobre la vejez, mejor dicho *vejeces*, siguen siendo opacas, oscuras. Esta ambivalencia lleva a los mayores a creer que sus antepasados eran mejor considerados y que en la actualidad late una *gerontofobia* tanto desde el nivel institucional como desde el tratamiento familiar e informal. En relación al tratamiento social piensan que «cualquier tiempo pasado fue mejor», en contraste con el rechazo al pasado en relación a las condiciones laborales y vitales soportadas (Capítulo 7). En sus discursos actuales, aun con matices según la experiencia y circunstancias, se encuentra una discursividad común de negatividad. Las imágenes de los mayores como *carga*, improductividad, como *viejos verdes*, *marujas*, como pasividad, dependencia, etc., provocan que la cooperación intergeneracional sea aún un reto y la construcción social del ser mayor *en positivo* un objetivo que cumplir desde cualquier frente o agente social implicado, es decir, desde la sociedad general. No podemos esquivar estas cuestiones aludiendo a que la jubilación afecta a los jubilados y jubiladas. Como hemos podido comprobar la relevancia del tema toca a distintos agentes sociales: gente mayor (aunque no sean jubilados), prejubilados/as, entorno familiar, organismos e instituciones públicas y privadas, medios de transmisión de información y formación, diferentes grupos y sociedad en su conjunto. Sólo desde la transdisciplinariedad y distintos niveles (psicosocial, político, económico, sanitario) es posible el abordaje, análisis y replanteamiento de estas cuestiones.

5. Si hemos tratado el envejecimiento y la jubilación como fenómenos distintos pero de imposible tratamiento por separado, el origen de ambos procesos es bien diferente. Mientras la génesis de la jubilación es de este siglo, la vejez y el envejecimiento (sea a una u otra edad) no son cuestiones novedosas. Una aproximación histórica y transcultural a ambos procesos, la situación actual de los mayores y el contexto socio-laboral en el que se enmarca todo ello ha sido explicitado en los Capítulos 2 y 3. La mayor esperanza de vida, la *feminización del envejecimiento*, el *envejecimiento del envejecimiento*, el descenso de la natalidad y el continuado ascenso de la *dependencia del envejecimiento* son algunas características socio-demográficas a considerar. El menor nivel de estudios de los mayores y el vivir solos o con la pareja como forma predominante de convivencia también caracteriza el estilo de vida de los mayores. Estas pautas y otros cambios que se experimentan, como la disminución de ingresos, limitaciones físicas, pérdida relacional, etc., y concretamente la separación del empleo, se enmarcan en un contexto socio-laboral complejo, en continua metamorfosis, y ello influye sobre las posturas ante la jubilación y la actividad.

La discriminación o *ageism* de la población activa de edad queda patente a través de la caída en picado de las tasas de actividad de mayores de 50

años y de las actitudes de los empleadores y sociedad en general. Las jubilaciones anticipadas y las prejubilaciones se debaten entre ser un *premio* a una vida de trabajo dura y un *castigo* a la no actividad, que implica, en esta sociedad opulenta, no consumir, no relación, no ser, no, negación. El crispado debate actual sobre los sistemas de pensiones y la crisis del Estado del Bienestar más generalizada se refleja también en los discursos de los mayores. La falta de apoyo legal y protección a las personas mayores se cimenta también a varios niveles. En este paisaje, expuesto en el Capítulo 3 concretamente, sólo plantear la articulación actividad-mayores (objeto de este estudio) se presenta como una paradoja, una contradicción, pero al mismo tiempo como un desafío necesitado de continuas reflexiones e indagaciones.

6. También a través de la revisión y tratamiento de los paradigmas, enfoques y supuestos teóricos hemos podido confirmar la pluridimensionalidad del envejecimiento y la jubilación. Partiendo de la génesis de la Gerontología Social, tratando el qué y cómo se ha investigado el proceso de envejecimiento (Capítulo 4), caminamos hacia una psicología del envejecimiento y de la jubilación. Varios enfoques-teorías (en plural) son los que nos han aportado mayor poder de explicación, profundización y comprensión en nuestro estudio (Capítulo 5). Aunque no nos decantamos por ningún enfoque concreto hemos de resaltar la vejez como *construcción social* antes que como fenómeno psicobiológico. Es decir, los condicionantes sociales, económicos y políticos determinan el envejecimiento y la jubilación. A éste se añade la construcción social del envejecimiento elaborada por cada uno de los mayores; no una construcción «externa» a los individuos, sino de los mayores como actores y *constructores* de la vejez. Hemos aludido a las teorías para las que «el sujeto se entiende dialógicamente situado/construido» (Crespo, 1995). Se trata de articular objetividad y significatividad, a través de la reflexividad e interacción desde los discursos de los mayores. Algunas premisas de la *teoría de la Actividad* (Cavan *et al.*, 1949; Havighurst y Albrecht, 1953; Havighurst, 1961; Havighurst, Neugarten y Tobin, 1968), de la *teoría de la Continuidad* (Atchley, 1971, 1972, 1989; Kelly, 1993) y de la *teoría de Roles* (Burgess, 1950, 1960; Rosow, 1974), junto con los *enfoques interaccionistas* (en la línea de Mead, 1934/1965; Blumer, 1969/82; Stryker, 1983; Gubrium, 1973, por ejemplo) y discursivo-dialógicos (Vygotski, 1934/1973; Potter y Wetherell, 1987, 1996), nos han aportado un poder explicativo y comprensivo mayor que los enfoques *estructuralistas* y *funcionalistas clásicos*. El punto de vista *socio-histórico* en el que la diferenciación por clase, género y hábitat (por ejemplo), como elementos constitutivos de la vejez, es crucial para observar la vejez como proceso social e histórico; enfoque no reduccionista ni naturalista que toma el envejecimiento como algo social-

mente estructurado, construido y en continua transformación. Además, dejando la polémica de la consideración-no consideración del género como perspectiva de análisis o como simple categoría, en cualquier caso, queremos poner énfasis en la relevancia de la perspectiva de género en nuestro estudio y, al mismo tiempo, enfatizar que se trata de una dimensión explicativa, también *construida*, que nos ha ayudado a entender lo que se esconde tras el sexo. En fin, nuestro enfoque teórico-metodológico se sitúa en la línea cualitativa. Pero no se ha enfrentado lo cuantitativo y cualitativo, sino que se ha pretendido la pluralidad teórica y metodológica. El enfoque de este estudio ha pretendido la integración y la complementariedad disciplinaria. Seguimos el rumbo desde/hacia una psicología social como «mirada» o enfoque integrador cimentados en la interacción e interrelación de factores psicológicos y sociales.

7. Dando un paso más, desde nuestra *estrategia* empírica explicitada en su momento (Capítulo 6), hemos reconstruido las distintas trayectorias laborales (Capítulo 7), que se han caracterizado por la dureza de sus condiciones vitales y laborales como tónica común del pasado de los mayores. El *ergocentrismo* o la centralidad del trabajo queda patente también con la ausencia de ocio o, en todo caso, un ocio pasado supeditado al trabajo. Las actitudes hacia el trabajo, y por tanto también hacia la jubilación, han sido distintas según el género, el estatus social y otros factores. Los mayores de estatus más desfavorecidos otorgan al trabajo un significado como *medio de vida*, como forma central de ganarse la vida, pero generalmente no elegida, que no les satisfizo plenamente. Para las mujeres el trabajo ha significado un *complemento familiar*, algo secundario que servía para cubrir las necesidades familiares más básicas. En ambos casos han predominado los motivos instrumentales (económicos) y los aspectos extrínsecos (remuneración, horario, etc.) ante los motivos expresivos (el trabajo como fin vital, autorrealización) y los aspectos intrínsecos (el trabajo en sí, funciones...). Sin embargo, en los mayores de mejor estatus hemos encontrado discursos bien distintos que realzan el trabajo como *vocación*, como forma de autorrealización. La importancia de los significados del trabajo y/o de la familia, la supeditación o imposibilidad de disponer de ocio..., hemos visto que ha incidido nítidamente sobre las actitudes actuales hacia la jubilación (Capítulo 8), y también hacia la actividad (Capítulo 9). Dos ideas claves aparentemente contradictorias pero complementarias son:

- Los que han tenido actitudes negativas hacia el trabajo son los jubilados/as de menor estatus, por ello, de forma coherente, muestran unos discursos de deseo de la jubilación, o más bien, de «fin del yugo» del trabajo (estatus medio y bajo). E inversamente, actitudes positivas hacia el trabajo implican hostilidad hacia la jubilación (estatus más alto).

— Pero, por otra parte, como el trabajo ha sido central en sus vidas después lo encuentran a faltar —no las condiciones pésimas que tanto critican—, por los aspectos positivos que el trabajo, como *cordón umbilical*, les reportaba. Por tanto, podemos decir que un mayor *ergocentrismo implica una menor aceptación de la jubilación* (en jubilados de cualquier estatus). Esta es una de las razones que nos permite entender el rechazo bastante generalizado (al menos en una primera fase de la misma) de la jubilación. Pero si esto es observable en los jubilados/as, en las mujeres la situación es más compleja, acorde con sus situaciones pasadas, también menos uniformes. Las mujeres no echan de menos el trabajo porque sus condiciones de trabajo han sido pésimas, deplorables, y sobre todo porque han tenido una «doble o triple jornada», trabajando dentro, fuera y educando a los hijos. Son una generación que ha trabajado «sin cobrar» ni social ni monetariamente lo que han contribuido a sus familias y a la sociedad (Capítulo 7). Por tanto, la postura ante la jubilación es bien distinta según el estatus, el género y otros factores (Capítulo 8). Hemos comprobado que la situación es muy compleja y las actitudes discursivas son diversas:

- *La jubilación como rechazo*, la negación de la jubilación. La jubilación como final de la posibilidad de mantener un determinado estatus, ritmo de vida, relaciones... Ello puede deberse, como hemos comentado, a no haber desarrollado más que su faceta laboral, o bien haber sobrevalorado la misma. Sería una jubilación, en principio, *destruktiva o desestructuradora*. Característica de los/as jubilados de mayor estatus y los que tenían una motivación intrínseca y más expresiva hacia el trabajo.
- *La jubilación como resignación*. Se trata de una actitud *resignada y conformista*, que percibe la jubilación como algo «inevitable», que tenía que pasar tarde o pronto, y como una etapa más que hay que «aceptar». Se encuentra en la mayor parte de jubilados, tanto de uno u otro estatus y género.
- Jubilación como *liberación* del trabajo pasado, pero sin contemplar posibles proyectos ni perspectivas futuras. La jubilación como *premio* a una dura vida de trabajo. Característico de los jubilados/as de estatus más desfavorecidos y cuyos trabajos eran un medio de vida o un complemento, como algo secundario —en el caso de las mujeres.
- La jubilación como *oportunidad* y posibilidad de proyectar otros intereses y de poder realizarse, de hacer todo aquello que no dio tiempo a desempeñar. Sería una jubilación más *constructiva o estructuradora*. Se encuentra en aquellos mayores de estatus medio y alto y en los que habían cultivado otras facetas vitales además del trabajo.
- Posición ambivalente, en la que se mezclan actitudes y reacciones de las posturas anteriores. Esta superposición discursiva se halla en casi todos los discursos. De forma global, la discursividad de los mayores toma una concepción híbrida entre la jubilación como *júbilo* o la jubilación como *retiro*, con el sentido literal de «alegría-euforia» o «retirada, desactivación» que se suele aplicar a estos términos, respectivamente. El predominio de uno u otro sentido producirá un discurso de *rechazo* a la jubilación o bien de percepción de este proceso como una *oportunidad*. Pero los discursos parecen concentrarse en «zonas intermedias» (resignación, liberación), como es el caso concreto de las jubiladas, pues las amas de casa «se jubilan cuando mueren», porque nunca dejan su rol de ama de casa y de cuidadora.

8. Muchas son las representaciones sociales acerca de la jubilación. Puede tener varios significados que, siguiendo sus propias expresiones, pueden ser:

1) *Final, escalón muy fuerte, salto muy grande, castigo, corte, parásito de la vida, despegado, te limitas, se te cae el cielo encima, se te cae la casa, eres un número...* 2) *Una etapa más, un deber para que entren jóvenes, aguantar la marea, parado, pasmado, lo sobrellevo, he cumplido una misión...* 3) *Liberación, un derecho, salida de la jaula, vacaciones, premio, lotería, la china, viviendo un sueño, regalo...* 4) *Medio para hacer algo, planes, proyección, disfrutar algo más de la vida, posibilidad para..*, etc. Puede significar, pues, una liberación o una cárcel; una satisfacción por haber cumplido una misión o la sensación de inutilidad; una «separación/divorcio» o la posibilidad de abrir otras relaciones; una nueva etapa de la vida o la muerte.

Si se toma la jubilación como fin del trabajo, se puede decir claramente que se trata de un fenómeno abrupto, brusco, que se vive de la noche a la mañana. Pero si tenemos en cuenta las posiciones sobre la misma percibimos que consiste (dentro de su carácter accidental) en un fenómeno ante el que se muestran distintas actitudes dependiendo de la «fase» por la que se atravesase y de la adaptación-no adaptación a la misma. Tiene un carácter procesual (se pasa por distintas fases) a pesar de que se trata de un cambio brusco del trabajo a la inactividad. Este proceso variará según la preparación para el ocio y para otras actividades distintas al trabajo y según lo que venían realizando antes de cumplir 65 años. En general, los mayores rechazan la jubilación si la misma implica dependencia, pasividad, enfermedad. Es decir, si la jubilación es igual a ser un *difunto* (que etimológicamente significa «acabar con, terminar», no tener función, muerto) claramente es rechazada por los mayores. Se acepta y desea la jubilación si significa liberación de la obligatoriedad del trabajo, pero es denostada si implica fin vital, muerte laboral, física /o social.

Otro discurso común encontrado es el rechazo hacia la forma de jubilarse, «forzada», «obligada», no elegida. Todos coinciden en que debería ser una decisión más voluntaria y personal para que no fuera un trance abrupto y repentino. En el fondo del debate de la edad de jubilación está la polémica más amplia sobre la flexibilidad y las formas de acceso libre a la jubilación. La edad de jubilación está despertando muchas controversias. Las opiniones están diversificadas, pero la tendencia es al adelantamiento de la edad de jubilación. Esta anticipación se comprende mejor en los/as mayores de estatus medio-bajo, porque las condiciones de trabajo han sido pésimas en la mayoría de los casos; pero no se entiende un corte tan temprano y brusco en otras profesiones. La cuestión de la jubilación a una edad más temprana (sobre todo para determinados trabajos, defendida por los sindicatos), es un punto que se contradice con las propuestas de algunos sectores profesionales y con las tendencias gubernamentales, que pretenden aplazar la edad de jubilación progre-

sivamente. En fin, la relevancia de la edad es destacada por los mayores de nuestro estudio tanto como «causa de problemas» en la jubilación como «identificador» —junto a la pasividad y enfermedad— que define el «ser mayor» (epígrafe 8.2 y Capítulo 10).

9. Hemos observado que las últimas investigaciones y discursos de los mayores en torno a las actividades reflejan, lejos de estereotipos simplificados, una gran heterogeneidad intrageneracional. Estas diferencias no sólo se encuentran en la realización de diferentes actividades sino en los significados, actitudes y valores que se otorgan a las mismas (Capítulo 9). Según varios estudios y encuestas lo que más preocupa a los mayores es: la enfermedad, la soledad, la dependencia, principalmente. En coherencia con estas preocupaciones «necesitan» estar activos porque ello implica directamente que tienen salud, relaciones, independencia. Aunque los significados son diversos el denominador común es la centralidad de la actividad (sea cual sea) en cuanto que supone «no ser mayor», que se identifica con lo que ellos más valoran. La actividad (a veces desde fuera catalogada como «pasividad») es algo que ellos ponen en el núcleo de sus vidas, no algo que nosotros queramos realizar gratuita e indiscriminadamente. La actividad no es, pues, un tema trivial ni periférico en el área de mayores, sino que es un hito de su calidad de vida (indica autonomía física, económica y psicosocial) y *calidad de muerte*, concepto que en esta tesis introducimos (Capítulo 11).

En cualquier caso, lo que sí cambia, como hemos comprobado, es la importancia otorgada a las actividades: si el trabajo ha sido el *medio* central en sus vidas pasadas, ahora la actividad sigue siendo *medio* y *fin* para seguir sintiéndose vivos. La actividad se vuelve en indicador de «no vejez». Se identifica ser mayor con pasividad, dependencia, aislamiento. La contrapartida de «no envejecer» suele ser la actividad, permanecer activo. Las 109 opiniones que hemos registrado y analizado coinciden en señalar la pluridimensionalidad sobre la actividad, en consonancia con los discursos de los expertos: género, estatus socio-económico, salud-enfermedad, trayectoria laboral y vital, entorno relacional y espacial, principalmente.

10. Una dimensión para analizar la actividad es el mayor tiempo disponible y la libertad para ocuparlo de forma elegida. Pero si esto es un cambio positivo para los hombres, no lo es siempre para las mujeres mayores, que siguen teniendo menor tiempo libre aunque se hayan jubilado (epígrafe 9.1). Además del menor tiempo disponible en las mujeres, las responsabilidades familiares que siguen recayendo sobre ellas produce que tengan el tiempo estructurado cual si estuviesen trabajando de forma extradoméstica. Sin embargo, los hombres, aun dentro de un ritmo cotidiano, no tienen el tiempo tan estructu-

rado como sus coetáneas: siguen estando más libres, con las consecuencias positivas y/o negativas que ello puede suponer. En cualquier caso, parece que los mayores estructuran el tiempo (sobre todo las mujeres) de manera más precisa y regular de lo que en principio habíamos hipotetizado: hay una clara distinción de actividades diarias mañana/tarde; lunes-viernes/fines de semana y/o según periodos estacionales. El género muestra una mayor *simultaneidad* de tareas en las mujeres que en los hombres, cuyo ritmo es más lineal y se caracteriza por la *secuencialidad*. Los varones siguen una *rutina desorganizada*, es decir, mudable en cualquier momento, imprevista, no programada. En las mayores la rutina está más organizada y claramente estructurada. El día a día de las mujeres mayores seguirá el mismo ritmo que las personas o tareas que aún siguen bajo su custodia. Aunque realicen actividades extradomésticas son las tareas familiares (en concreto las comidas) las que marcan el *tempo*, incluso en los días festivos y en cualquier época del año. El ama de casa «no acaba ni se jubila nunca», siempre «tiene» que seguir..., dicen ellas.

11. Aunque en principio podíamos pensar que los mayores están de «vacaciones» indefinidas, visto el ritmo que llevan, no podemos afirmar tal cuestión. Obviamente las vacaciones pierden el sentido clásico de «descanso y dejar de trabajar», y ahora estará relacionado con el viajar más, estar-viajar con los hijos, aumentan determinadas actividades (de ocio) y disminuyen otras obligaciones, etc. En cierto modo, también rompen su ritmo diario particular, su rutina diaria. Vemos que no sólo el trabajo (en este caso la actividad) es capaz de estructurar el tiempo, sino que la estación del año, las fiestas, las relaciones..., marcan el ritmo de los mayores. Se da un giro cualitativo en esta cuestión: si antes el trabajo marcaba el ritmo, ahora el tiempo (entiéndase estación del año, día de la semana) o la actividad-trabajo de otros, marca la actividad a realizar. Se da el paso *del trabajo como eje «estructurador» a la actividad «estructurada»* por otros factores externos a la misma. Por ejemplo, si antes comentaban «después de trabajar haré tal cosa...», ahora dicen «voy a dejar de realizar esta actividad porque es sábado y vienen los nietos a comer, o porque me voy con mi amigo...». El trabajo y la actividad propios pasan a un segundo plano en algunas ocasiones.

12. En relación al trabajar más allá de la jubilación pueden extraerse dos ideas fundamentales: por una parte, la actividad como arma frente a la vejez más solitaria, dependiente y pasiva, y por otra, la actividad y el trabajo como «amortiguadores» o «rejuvenecedores» en la jubilación y la vejez (epígrafe 9.3.1). Es decir, el trabajo, además de aportar relaciones e ingresos (el trabajo como *medio para*), se convierte, según los «trabajadores jubilados», en una actividad como *fin vital* en sí mismo, para seguir sintiéndose más joven.

Las condiciones de trabajo son distintas a su vida activa anterior: suelen trabajar menos horas, sin horario fijo, con menor salario. Las motivaciones y razones también son de otro tipo: para apoyar a los hijos, para complementar la pensión (motivos más instrumentales), pero en otros casos (sobre todo los de mayor estatus) es para conseguir una mayor autorrealización, para seguir relacionándose, para sentirse útiles socialmente (motivos más expresivos). La transferencia de significación que venimos comentando del trabajo como *medio* al trabajo como *fin* se hace en estos mayores patente.

Hemos visto cómo continúan trabajando en los hábitats agrícolas, tanto hombres como mujeres. En los mayores de estatus más deteriorado encontramos ambas significaciones: trabajar como medio (para complementar pensión, ayudar a los hijos) o trabajar como fin (por «amor al trabajo», por placer), o simplemente por continuar con el mismo ritmo, por hábito, por costumbre. En la idea de no querer quebrar el ritmo anterior se cumple no sólo algunas premisas de la *teoría de la Actividad* (Cavan *et al.*, 1949; Havighurst y Albrecht, 1953; Havighurst, 1963; Neugarten, 1968, entre otros), sino también de la *teoría de la Continuidad* (Atchley, 1971, 1972, 1993; Bengtson, Reedy y Gordon, 1985) defendida hoy por varios autores (Kelly, 1993, entre otros).

13. Respecto a las actividades no remuneradas hemos tratado: las tareas del hogar, los cuidados a otros y el trabajo no remunerado extrafamiliar. En cuanto a los discursos sobre las tareas domésticas (epígrafe 9.3.2.1), la característica general que se percibe es una «generización», un reparto claro de funciones entre hombres y mujeres, siendo las mujeres las que siguen centralizando las tareas domésticas y el cuidado a otras personas. Estas diferencias intergénero en las tareas domésticas se pueden enfocar desde distintos puntos de vista. En primer lugar, existe una diferencia esencial en la escasa cantidad de tiempo dedicada por los hombres a estas tareas. En segundo lugar, existe una diferencia notable en el grado de identificación con las tareas domésticas y sus significados: en las amas de casa siguen ocupando un lugar central en su identidad psicosocial, pero los hombres rara vez se identifican con los mismos, autopercebiéndose más como colaboradores que ejecutores de las funciones. Algunos «ayudan» en las tareas domésticas, pero no llegan a «compartir» las mismas. Además, las tareas que los hombres desempeñan dentro del hogar no tienen el carácter de obligatoriedad que el trabajo doméstico tiene para las mujeres. En tercer lugar, se encuentran también disimilitudes en cuanto al tipo de actividades que desempeñan porque están claramente «generizadas». Los hombres se encargan sólo de aquellas consideradas tradicionalmente «masculinas»: reparación/mantenimiento vivienda, cuidado y mantenimiento vehículos, adquisición bienes y servicios duraderos, otras gestiones del hogar,

cuidado animales, principalmente. En cualquier caso, en las mujeres encontramos, al menos, tres tipos de discursos claramente diferenciados oscilantes en un eje de significación entre las tareas como «costumbre aceptada» al polo de rechazo y «desvalorización» que sienten hacia las mismas:

- Un discurso «conservador o tradicional», de resignación y conformismo ante las tareas domésticas, que generalmente casi nunca se han planteado abandonar. Lo encontramos en las amas de casa mayores que nunca han trabajado o que habiendo trabajado han dado absoluta prioridad al papel de ama de casa y madre. Son las tareas como deber, como trabajo, como *costumbre obligada*.
- Un discurso «moderno o renovador», en el que la protesta consciente y la intención de «huida del hogar» se refleja con claridad. Se encuentra mayoritariamente en las jubiladas, en las que han trabajado de forma extradoméstica. Es la negación y el rechazo hacia las tareas domésticas. Constituye el discurso más «feminista» de entre los/as mayores. Muestran una actitud e intención (aunque no lo consigan) de acabar con el hecho de que las tareas domésticas sean el núcleo vital. Según sus opiniones esta posición es la que les confina al hogar, y lo que es peor, a la desvalorización social resumida en la expresión de «marujas», concepto —mejor dicho, imagen social (Capítulo 10)— frente al que se sublevan. Esta minoría que está «rompiendo la tradición» son las más activas y concienciadas de que su situación es claramente desigual. Recriminan a los hombres porque son «machistas irrecuperables», pero su enfado aumenta cuando observan que sus compañeras de edad también son igualmente sexistas. Tienen presente que son duramente criticadas, tanto por las demás mujeres como por las vecinas más «próximas» en el espacio y tiempo (misma generación, mismo hábitat) pero «alejadas» en sus discursos e ideas. Aún sigue siendo «mal visto», sobre todo en estas edades, que las mujeres «desatiendan» su casa y se dediquen a otras actividades no familiares.
- Un discurso «ambivalente», mayoritario, en el que se quejan de su «eterno papel de ama de casa» pero aceptan la situación estoicamente; se resignan porque no ven otra salida, *¿qué tenemos que hacer?* (resumido en el gesto de levantar los hombros). En fin, una *desvalorización pero aceptación* de las tareas. Es observable en la mayoría de las mujeres mayores. Su queja deriva de la obligatoriedad de realización de las tareas que son centrales en su ritmo diario y son las que marcan sus otras actividades. El ocio, las relaciones o la actividad que desempeñen siempre viene supeditada al horario de comidas, compras y demás tareas domésticas, incluido el cuidado de otros. Las mujeres siguen siendo activas en el «espacio doméstico» y/o privado pero no en el «espacio público». Podemos decir que son *mujeres en transición* porque representan el tránsito que estamos viendo hoy de «la mujer tradicional» (concentrada en las amas de casa que tienen más años) a la «mujer moderna», que ha intentado compatibilizar los roles de ama de casa y trabajadora. En estas mujeres mayores empieza a chocar el viejo modelo de mujer tradicional frente al nuevo estilo de mujer moderna. Observamos una superposición de roles: no se desprenden del viejo rol de ama de casa, al que se suma un nuevo papel que caracteriza a la mujer joven: más tiempo para el ocio y para otras actividades extradomésticas.

14. Si hemos señalado la «feminización» de las tareas domésticas, en cuanto al cuidado de otras personas (mayores, nietos, enfermos) también se per-

cibe una misma generización (epígrafe 9.3.2.2). Las mujeres siguen siendo las últimas responsables de estos quehaceres, aunque los hombres ayuden en mayor grado que en las tareas domésticas. En suma, las mujeres siguen dando prioridad al cumplimiento de los papeles familiares, como el rol de *perfecta casada* hacia el marido, de *madre tierna* aún hacia sus hijos, de *abuela cariñosa*, de *buena hija* hacia sus padres ya mayores y, en fin, de cuidadora infatigable. Por ello los discursos sobre los cuidados son ambivalentes y se sitúan en un eje entre el rechazo por esta sobrecarga y, en el otro polo, la satisfacción de estar cumpliendo un papel, de estar aportando algo. La disminución de las demandas familiares propias y el paso del tiempo no impide que las mujeres sigan soportando una multiplicidad de roles estudiada y «visibilizada» sólo por recientes investigaciones (Durán, 1991, 1998; Szinovacz 1982, 1992; Pitaud, 1984; Arber y Ginn, 1991; Scherler, 1992; Brown y Laskin, 1993; Bazo, 1990, 1993; Freixas, 1993, Agulló y Garrido, 1996).

El eje de valoración hacia estos cuidados abarca un discurso que aboga por la urgencia y necesidad de «profesionalizar» estos cuidados y servicios (por ejemplo, defendido por los expertos/as), junto a otro discurso opuesto, aún tradicional, que piensa en la familia (concretamente, en la mujer) como cuidadora insustituible. Esta superposición de discursos, corroborada a través de nuestro estudio, plantea un debate político-social aún incipiente en el que se entremezclan criterios morales, economicistas y de otra índole. El límite que une/separa el papel de la familia-mujer (y nivel privado) y el de los servicios profesionalizados (nivel público) no está claro en nuestro contexto. La familia aún sigue siendo un valor cultural central y, lo que compete a esta cuestión, conforma la «principal red asistencial» informal. El nuevo papel de la familia, de los mayores, de las mujeres y de los cuidados profesionalizados es, pues, una cuestión básica a considerar en posteriores investigaciones. Habrá que tener presente que en un futuro las mujeres mayores (las adultas y jóvenes de hoy, con una diferente socialización) no estarán disponibles para desempeñar el papel de eternas *cuidadoras de la sociedad*. Habrá que buscar otras medidas (legislativas, laborales, asistenciales, de concienciación social, epígrafe 12.2) que suplan o complementen el rol de la familia, y en concreto de las mujeres, como prestadoras de cuidados.

Tanto mujeres como hombres siguen pensando que las mujeres «soportan» mejor esta etapa porque el papel de «ama de casa» la protege de la pasividad. Pero esto no es cierto desde el momento en que en boca de las mujeres mayores hemos encontrado los discursos más negativos y más temerosos. Si pudiéramos establecer un perfil del discurso más negativo, lo encontraríamos en nuestro estudio en las amas de casa, viudas, con baja pensión, de zonas

urbanas o megaurbanas, de estatus bajo, con un entorno relacional/familiar limitado (soledad), de más edad y salud deteriorada. Recordemos que no sólo sus estructuras discursivas se revisten de pesimismo sino también su situación objetiva: menores ingresos, mayor soledad, menor preparación, salud percibida y real más deteriorada, etc. Aún hoy, muchos estudios sobre jubilación señalan las tareas domésticas como protectoras del bienestar de la mujer en la etapa climática, en la jubilación y, posteriormente, en la vejez. Hemos de romper una lanza en este sentido y decir que, si bien esta continuidad (¿obligada o voluntaria?) en las tareas del hogar produce que no se viva un cambio abrupto al igual que los varones sufren en la jubilación, ello no exime a las mujeres de otros problemas que se acentúan en la etapa postmenopáusica y aún más en la vejez. La mayor esperanza de vida y la permanencia en el «nido» (propio o de las hijas) no las protege tal como comúnmente se piensa de otras vivencias negativas.

15. Aunque en aumento, pocas son las personas voluntarias mayores que participan fuera del ámbito doméstico (epígrafe 9.3.2.3). Para muchos de los mayores estas «actividades no remuneradas» son consideradas como ocio, desde el momento en que le otorgan sentido pleno (ocio como desarrollo personal y social) o como *trabajo* porque es tomado con seriedad, continuidad e implicación (características más propias del trabajo vocacional y voluntario). En contra del tópico y la representación de «poca participación social» de los mayores, desde los escasos estudios y reflexiones existentes se confirma una reciente eclosión del movimiento asociativo de los mayores en nuestro contexto español (Rodríguez Rodríguez, 1993; Ariño, 1993; Zayas, 1994; Ortí Benlloch, 1995; INSERSO-Colectivo IOÉ, 1996; Bazo, 1996; Rodríguez Cabero, 1997). En nuestro estudio hemos percibido esta participación emergente, sin embargo, aún minoritaria. La participación social más común sigue restringiéndose al ámbito más próximo y privado. Hemos de decir que los mayores que invierten más tiempo y otorgan mayor relevancia a estas actividades no remuneradas reúnen determinadas características: disponen de un entorno propicio y cercano para la participación; los que no cubren su «hambre» de actividad con la familia y ocio, cuentan con un pasado más o menos implicado (nivel de concienciación social actual medio-alto), tienen un nivel de independencia alto, principalmente. Si consultamos el «perfil del voluntario mayor», según investigaciones recientes, se observa una coincidencia con los casos de este estudio. Las actividades que realizan suelen enmarcarse en entornos de carácter religioso, folklórico, sindical-político o social. Aunque estos voluntarios son minoría y no podemos generalizar, sí cabe decir que quienes las realizan traslucen los discursos más positivos de todo nuestro estudio, de satis-

facción (social y autosatisfacción) y por tanto una posible mejor adaptación. A diferencia de la mayor parte de jubilados que son más pasivos, los que aquí nos referimos otorgan un significado positivo a su ocupación del tiempo, no desvalorizan lo que hacen; tienen unas actitudes y discursos más positivos hacia la actividad. Ellos se sienten «activos» hasta el punto de referirse a estas actividades como «trabajo» porque verdaderamente ocupan una gran parte de su tiempo y es percibido como una *seudoprofesión* elegida, vocacional. Se confunde el concepto de trabajo con el de actividad y ocio porque otorgan un significado positivo a todos. Queda patente la transferencia del trabajo pasado como *medio* a la actividad actual como *fin*.

16. En relación a las actividades de ocio sigue predominando un ocio bastante pasivo, centrado en el propio hogar, repetido, barato, de corta duración, que exige poca movilidad (sedentario), leve implicación personal o social, generan relaciones sociales mínimas, poca autorrealización, de pasatiempos o entretenimiento (9.4). No podemos afirmar que los mayores son pasivos de forma general, pero en su tiempo libre el tipo de ocio que predomina sigue siendo pasivo. Si nos fijáramos en los discursos sobre la elevada actividad nuestra imagen general de los mayores estaría distorsionada, legitimándose erróneamente unas de las representaciones sociales positivas que se les aplican: los mayores son activos, están implicados socialmente, no notan la transición a la jubilación. Desgraciadamente, aunque esta es la tendencia, ahora no es así más que para una pequeña parte de los mayores. En cualquier caso, tampoco podemos quedarnos con la representación social negativa de que los mayores son pasivos o si son activos es sólo en el ámbito doméstico o para algunas tareas remuneradas. En cualquier caso, la heterogeneidad de actividades de los mayores, contra toda representación negativa de «uniformidad», queda patente.

El ocio como descanso y pasatiempo, en el que el mayor apenas participa y cuyas actividades requieren poco esfuerzo psíquico y/o físico ocupan buena parte del tiempo y discursos de los mayores de nuestro estudio. Se trata del mayor como espectador o receptor de actividades más que como actor o partícipe directo en las mismas. Se observa la predominancia de este tipo de ocio pasivo. En relación al descanso o pasar el tiempo sin hacer nada, suelen ser más característico de los mayores de menor estatus y situación más delicada de salud, y más edad, que se conforman con «descansar» tras la jubilación. Pero no es el discurso predominante. En cualquier caso, hemos de decir que «el pasar el tiempo sin hacer nada» es percibido por muchos jubilados como «premio», en cambio «desde fuera» suelen calificarse como actividades «sin sentido» desde el momento en que se atribuye al concepto de actividad como

productividad y fin monetario. Se percibe una discrepancia discursiva de algunos de los mayores que se conforman en «descansar» y el discurso de la población general que tiende a desvalorizar, a exigir un determinado nivel de actividad, y a descalificar todo lo que no sea activo-productivo. Lo que los analistas critican para los mayores tiene, en algunos casos, un sentido de «descanso merecido» y como «premio». Sin embargo, para los jubilados de mayor estatus este «mayor tiempo libre» se convierte en «castigo», como algo impuesto tras la jubilación, que aunque llenen con otras actividades nunca serán tan satisfactorias como sus profesiones anteriores.

Si las actividades de descanso son, más bien, características en los discursos de los mayores «más mayores» y delicados (a partir de 80-85 años) y por eso no son predominantes en nuestro estudio, percibimos que ver TV y escuchar radio (sobre todo TV) es una de las actividades que ocupan más tiempo en los mayores de forma transversal. Ésta constituye la actividad «reina»; en casi todos los discursos surge que ven la televisión. Otras de las actividades predominantes en el ocio de los mayores son los paseos y actividades al aire libre. Las actividades en espacios abiertos que se desarrollan en estas edades suelen ser el pasear o caminar y «estar en el campo». Pasear es común en casi todos los jubilados. Las mujeres también pasean, pero más bien le otorgan un sentido de «desplazamiento para» (comprar, etc.), como un *medio*, más que por el simple hecho de pasear (como un *fin* en sí mismo) en el que los hombres invierten tanto tiempo. En general, podemos decir que es una de las actividades preferidas y que ocupan mucho tiempo, pero sobre todo a las hombres, que son los que más acostumbrados están a permanecer fuera del espacio doméstico. Paseando «pisan la calle», «huyen» del espacio doméstico (cuyas tareas rechazan) con el que no se identifican, e incluso sienten que «molestan». Al pasear «vuelven» al espacio público, que es donde ha transcurrido sus trabajos y una gran parte de su vida. El pasear, siendo una actividad «simple» a primera vista, es indicadora de un determinado estado de ánimo, relaciones sociales o soledad, situación de salud que incide sobre salir o no de casa.

También es destacable la faceta de los mayores como jugadores y «deportistas pasivos». Merece una mención especial el seguimiento de la actualidad deportiva por parte de los varones mayores. Estos «deportistas pasivos», espectadores de deportes, se reflejan en las horas dedicadas a la escucha (emisoras deportivas), lectura (periódicos deportivos), charlas o visionado (partidos, competiciones por TV) de temas relacionados con los deportes, sobre todo del fútbol. Pero se trata de «espectadores» de deportes más que deportistas activos. Hemos encontrado una minoría de jubilados que practican deportes, pero se trata de los mayores varones de estatus superior, los más jóvenes y con mejor salud.

En relación a las actividades manuales de ocio, al margen del poco tiempo que invierten los mayores en ellas, son las mujeres las que mayormente las llevan a cabo. Principalmente las actividades que tradicionalmente han realizado son: coser, bordar, ganchillo, calceta... Sin embargo, si atendemos a algunas tareas de bricolaje y/o reparaciones del hogar, automóvil o electrodomésticos (que también son manuales), la participación es masculina. En las mujeres se percibe una clara idea de continuidad en la realización de estas actividades de tiempo libre que, sobre todo las amas de casa, ya realizaban en su pasado. El ocio de las mujeres está marcado por las obligaciones domésticas tanto en el tiempo en el que las han realizado (después de las tareas domésticas, al igual que ahora) como en el espacio de realización (hogar) y las características de la actividad (manuales).

17. En cuanto a las actividades formativas y culturales apreciamos el hecho de ser minoritarias en los mayores en comparación con las comentadas. Estas actividades están sobrevaloradas por los mayores, pero no suelen ser alcanzadas ni realizadas por ellos. Por ejemplo, destaca el poco hábito a la lectura (excepto en los mayores de mejor estatus). La sobrevaloración por la formación queda patente en los discursos de casi todos los mayores (mujeres u hombres), a veces «acomplejados» y frustrados por su nivel «bajo» de formación alcanzado en comparación a la juventud actual. Algunos participantes, los de nivel medio y alto sobre todo, manifiestan su deseo por aprender algo más y critican las pocas posibilidades que los mayores tienen (y nunca han tenido) en este ámbito.

Muchas mujeres y los jubilados de mayor nivel socio-económico emiten un discurso de insatisfacción y frustración respecto a su ocio. La protesta por no estar contentos con sus actividades se une al deseo no alcanzado de llevar a cabo actividades con sentido y significado pleno. Tanto las mujeres como los de mayor estatus se muestran insatisfechos, pero con diferentes razonamientos. De los diferentes significados posibles, el ocio como *descanso*, como *huida de lo cotidiano* y *diversión* pierde sentido para estos mayores, por eso sienten frustración y desearían poder vivir y otorgar un significado al ocio como *posibilidad de desarrollo* personal y social. El discurso femenino se sitúa en el plano del «me gustaría hacer» (ocio, otras actividades), y sin embargo «debo hacer» (tareas domésticas). Muestran resignación ante la obligatoriedad de realización de tareas domésticas y familiares, pero se trata de un discurso teñido de queja y protesta por la voluntad de hacer otras cosas. En definitiva, el ocio acabará realizándose, casi siempre, en *relación a* y después de lo doméstico y de otras obligaciones impuestas desde fuera. Este es un discurso del «deseo no cumplido», de la insatisfacción, de «frustración» (el ocio imposible), queda

patente en muchas de las mujeres y también una clara «desvalorización» del ocio actual desde los mayores mejor posicionados. Para estos últimos la frase repetida «*aún podemos seguir aportando*» es fiel reflejo de la idea que aquí subrayamos, del discurso de la insatisfacción actual (son los que más apreciaban su trabajo) y al mismo tiempo, del deseo frustrado e incumplido. Como estos mayores son los que más apreciaban sus trabajos, ahora podemos entender que tengan una discursividad más pesimista y exigente; es decir, otorgan un significado pueril a las actividades que ahora realizan porque las comparan con las del pasado, que eran tan valorizadas socialmente.

El ocio pasivo no es característico de los mayores sino de la sociedad en general, aunque los mayores representan socialmente la pasividad (y otros estereotipos) porque en ellos se concentra este tipo de actitudes y discursos más pasivos. El ocio en la jubilación sigue estando sumiso a las obligaciones y contingencias que acompañan a la vejez y a las diferencias socio-económicas que existían en el mundo laboral. En principio, toda persona mayor dispone del mismo tiempo liberado, netamente superior al que tenía en la vida activa, y es potencialmente utilizable para el ocio, pero existe una amplia gama de prácticas de ocio diferenciadas según varios factores mencionados. Hemos visto una clara influencia del «capital» material, cultural y social de cada uno. Nos hubiese gustado concluir diciendo que el ocio activo y con efectos más positivos está presente en los mayores. Pero hemos visto cómo predomina un ocio pasivo y la participación de los mayores, aunque emergente, es minoritaria. Los mayores no son pasivos en general pero sí su ocio.

18. En relación a las actividades sociales son consideradas de las más enriquecedoras y preferidas por los mayores (epígrafe 9.5). Otorgan un lugar central a estas *actividades en interacción social* por eso podemos hablar de las relaciones sociales con un sentido de «actividad» ya que los mayores así las definen. Al contrario que otros estudios, les hemos otorgado un tratamiento expreso porque los mayores adjudican a las mismas una especial significación, en cuanto que implica mayor conexión social, además de ocupar una parte de su transcurrir diario. Se trata de actividades como charlar-conversar, reunirse con amigos o miembros de la familia, en fin, todo lo relacionado con alguien, aunque sea con el «simple» (para ellos no tan simple, tampoco para nosotros) objetivo de *juntarse*, pasear o conversar.

Las actividades relacionales que realizan suelen ser las mismas que antes ejecutaban después del trabajo, no han cambiado. Recuérdese la tesis principal de la teoría de la Continuidad (Atchley, 1971, 1993, entre otros). Pero lo que sí ha sufrido un canje es el significado (antes era de desconexión del trabajo, familia), ya que ahora no tienen que descansar y se ha perdido este sen-

tido de «desconexión» que tenían las actividades extralaborales anteriores. Ahora adquieren una significación especial, desligada del trabajo. Como hemos apuntado anteriormente, las relaciones antes eran un *medio para*, uno las mantenía para algo y ahora se convierten en una actividad, en un *fin* en sí mismo, es el «relacionarse por relacionarse», sin ningún objetivo instrumental programado. Queremos subrayar la relevancia de la actividad e interacción como un antídoto frente a la soledad, tanto avalado en sus discursos como por los expertos. Es decir, no parece suficiente una buena salud y una independencia económica, sino que la necesidad de relaciones interpersonales es igualmente básica para la realización de determinadas actividades, y por tanto para una vivencia positiva «después» del trabajo.

La soledad, aun teniendo compañía de la pareja e hijos, es destacada como un problema por los mayores. Ésta se relaciona directamente con la pérdida de relaciones laborales que los jubilados están viviendo. En algunos casos se tratará de una «soledad objetiva» (estar solo, vivir solo), pero en otros se trata de la sensación de soledad aludida aun estando rodeado de gente. No todos los mayores están ni se sienten solos, pero la soledad (subjetiva, objetiva o por el modo de convivencia) se percibe mayormente desde estas edades, en concreto en zonas urbanas y megaurbanas, y sobre todo en las mujeres, donde se concentra la experiencia de viudedad, una mayor esperanza de vida, mayor deterioro físico, menor pasividad y menores interacciones extrafamiliares, entre otros. En fin, parece que una mayor disponibilidad de relaciones y entorno relacional más amplio (en cantidad e intensidad, «calidad de relaciones») facilitará mayor actividad, y lo que es más importante, significados más positivos y satisfactorios sobre lo que llevan a cabo. Podemos decir, desde los propios mayores, que prefieren y perciben más enriquecedor lo que comparten con los demás, todo «lo que hacen en compañía es mejor».

19. Estamos viviendo la eclosión de nuevos modos de familia «no tradicional». Pero junto a estos cambios de «forma» (el hecho de que no se viva bajo el mismo techo de los mayores como antaño), las relaciones, el apoyo y la solidaridad familiar siguen siendo relevantes en todas las edades. La privacidad y disminución de los miembros de la familia en un mismo hogar no implica una reducción directa de las relaciones, sino que cambia sus formas, roles y valores. Los diferentes apoyos observados son una prueba de que este apoyo familiar sigue vigente. Los mayores destacan la relevancia de tener o no tener pareja no sólo para la realización o no de determinadas actividades sino a otros niveles. Hacen referencia a la posibilidad de satisfacer necesidades interpersonales tanto de tipo cognitivo (sentirse reconocido como algo valioso y

estimable), afectivo (sentirse querido, aceptado) como de asistencia mutua (apoyo, compañía, cuidados). Parece que son los que están solos, o mejor dicho, se han quedado solos debido a la viudedad, los que más mencionan y valoran la misma. La pérdida de la pareja se ve agravada si se añade a otras pérdidas que se dan en esta etapa: fin del trabajo, pérdida de relaciones, pérdida de salud progresiva, etc. La viudedad en estas edades sigue estando feminizada. Podemos observar la existencia de, al menos, tres significados sobre la viudedad:

- *Viudedad como «liberación» para algunas mujeres.* Obviamente no es una liberación hacia el marido, pero sí hacia el yugo de algunas obligaciones domésticas, el «no poder salir», en fin, el no poder ser independiente (posibilidad de independencia, libertad).
- *Viudedad como «desgracia vital», como «muerte personal».* Suelen otorgar este significado las amas de casa, las que tienen más obligaciones. Han sido tan dependientes fuera del espacio doméstico en el que no saben (¿no quieren?) desenvolverse solas, sin su marido, no les motiva salir y suelen permanecer pasivas en el hogar.
- *«Viudedad resignada».* Estas personas adoptan una postura intermedia, intentando adaptarse a la nueva situación (soledad e independencia, al mismo tiempo), pero apenas logran sobrevivir satisfactoriamente sin el soporte de la pareja (dependencia).

En general, en torno a la viudedad se construye un discurso de cambio negativo en estas edades, tanto para los viudos como viudas. En muchas mujeres constituye una de las principales pérdidas. Muchas se sienten que son «menos personas», más solas, por su sujeción y dependencia anterior al marido; en la disyuntiva libertad-soledad. Todo ello influirá sobre sus actividades. Se observa en ellas una mayor pasividad, tanto en el propio espacio (no tener a nadie con quien conversar) como cara al espacio extradoméstico (no tener a nadie con quien salir).

Si tener pareja era altamente valorado en estas etapas, y ello puede influir sobre una mayor/menor actividad, también lo es seguir relacionándose con los hijos/as o yernos/nueras. Como ya se ha visto, aunque se esté viviendo el «nido vacío» porque los hijos emancipados han abandonado el hogar, también comprobamos cómo muchos mayores (en concreto las mujeres) siguen en continuo contacto con «otros nidos» de los hijos, en concreto de las hijas. Por tanto, el tener o no tener a los hijos cerca (tanto espacial como afectivamente) incidirá en una mayor relación, y por ende, en un tipo de actividad u otra que realicen con los mismos. En cualquier caso estas interacciones son apreciadas muy positivamente por los mayores, sobre todo cuando no resurge la duda de quién cuidará de ellos en un futuro (Capítulo 11). El apoyo de las mujeres, y los mayores en general, a sus hijos e hijas es diverso, como ya se ha comentado: apoyo (económico, afectivo) en situaciones difíciles, visitas, regalos, cuidados de la casa y nietos/as, cesión de bienes (dinero, muebles, etc.), alimentación, etc.

Queda claro el aprecio de este tipo de relaciones para seguir «sintiéndose» activos, combatir la soledad, la desintegración y, en última instancia, alargar la vejez más deteriorada y dependiente.

Muchos mayores coinciden en reseñar la desconexión que existe con las nuevas generaciones de jóvenes, sus hijos/as y nietos/as, a menudo por la distancia geográfica y otras veces por la distancia ideológica y social. Discuten sobre el denominado conflicto intergeneracional entre los/as mayores y sus hijos/as. Suelen achacar estas relaciones de carácter negativo al hecho de que los jóvenes tienen otros valores, otras ideas, que chocan con el comportamiento y conducta de los/as mayores. La transición hacia modelos familiares novedosos se refleja en las relaciones padres-hijos. Algunos echan de menos el modelo familiar tradicional, en el que los/as abuelos/as tenían un papel más relevante y hacia los padres se tenía mayor «respeto». Mencionan la desconexión (más que conflicto) con los jóvenes; la dificultad (y por ello a veces, rechazo) de mantener relaciones intergeneracionales, sobre todo fuera del entorno doméstico.

20. El ser abuelo/a tiene, al menos, una doble significación. Por un lado se ve como «actividad no remunerada», como «trabajo» en cuanto que hay que cuidarles (el rol de *abuela canguro*, sobre todo cuando son más pequeños); o bien, puede ser considerada como actividad de «ocio», en la que prevalece el sentido de pasatiempo y diversión frente a la obligatoriedad que requiere la asistencia o cuidados. En cualquier caso el «estar con los nietos» también es recalcado por los mayores como una actividad muy valorada. Algunos mayores, como hemos visto en nuestro estudio, perciben en los nietos una forma de recuperar el tiempo perdido respecto a los hijos/as que «ya se fueron» (y con los que muchos padres, ahora jubilados, apenas contactaron) y con los nietos pueden «recuperar» y volver a llenar el nido. Si hemos visto cómo las tareas domésticas son rechazadas, el papel de abuelo es valorado muy positivamente. El hecho de que ellos no pudieran apenas disfrutar del «papel de padre» completamente es mencionado por algunos mayores. En general, otorgan un significado enriquecedor al papel de ser abuelo. Pero muchas mayores se muestran más críticas y sobrecargadas; igualmente satisfechas del «rol de abuela», pero a veces otorgan un significado ambivalente (de rechazo y aceptación) que no se observa en los jubilados. Para unas significará ser una «criada» de los hijos. Otras perciben este papel de manera muy positiva, con ilusión, plenamente satisfechas. La diferencia fundamental intersexo estriba en que para los hombres es percibida la interacción y actividades que implica ser abuelo como «un pasatiempo, un *hobby*»; sin embargo para las mujeres no está tan claro, y puede convertirse en un «trabajo, una carga» porque son las «cuidadoras de la sociedad» y continúan encargándose de la cara más «negativa» de la interacción familiar.

Aunque los/as mayores concentran sus relaciones con la pareja, hijos/as y nietos/as, también interaccionan con otros miembros de la familia; sobre todo con los padres y las madres (en el caso de que aún vivan) y los/as hermanos/as. En el caso de las zonas rurales algunos estudios llegan a la conclusión de que las relaciones son más cercanas (en calidad e intensidad) y más extensas (en cantidad, en número de personas) al mismo tiempo. En las zonas urbanas suele predominar lo que se denomina «intimidad a distancia» y la interacción viene pautada por el parentesco más directo. La relación con otros familiares, de forma general, se percibe como una interacción puntual, esporádica, en fechas determinadas.

Otras actividades sociales son las realizadas con los miembros del entorno más próximo, pero traspasando los límites del espacio familiar: amistad, vecindad, ex compañeros de trabajo y organizaciones. Se trata de actividades e interacciones no planificadas, no programadas, irregulares y no comprometidas (excepto las actividades en un entorno más organizado). En esta línea, se puede decir que los mayores, a fuer de sus discursos, prefieren actividades sociales informales, con contactos espontáneos, charlas informales en el bar, en el parque, en el rellano de la escalera, en los comercios. Ello puede ser debido tanto a la falta de información de existencia de tales espacios, a la insuficiencia o inadecuación de estos lugares, a la necesidad de libertad y huida del compromiso social de los mayores o a todo ello unido.

21. La relación y actividades realizadas con las amistades tienen gran importancia desde el momento en que ocupan gran parte del tiempo de los mayores (sobre todo de los varones jubilados) y porque le otorgan un significado especial. La realización de cualquier actividad con los amigos centra buena parte de sus discursos más satisfactorios y de su tiempo empleado en charlar, caminar, tomar algo, jugar a las cartas, ir al bar... pero con los amigos. Y hablamos en masculino porque siguen siendo los hombres de estas edades los que otorgan mucha importancia al reunirse y conversar con los amigos. La amistad tan valorada, sobre todo por los jubilados varones, tiene al menos dos significados: amistad como «refugio» de la pérdida de relaciones de trabajo (que la mayoría no mantienen), o como «escapatoria» del hogar, de las tareas domésticas que rechazan y con cuyo espacio no se identifican lo más mínimo. Los relatos femeninos se centran más en las relaciones familiares, que sigue siendo su red básica de actividad e interacción. Las mujeres más activas socialmente y las tendencias futuras (observables en las jubiladas de mejor posición) apuntan a un cambio femenino también en este sentido relacional. Pero, tal como hemos señalado, las actividades en el entorno más familiar son las que sobresalen en estas edades.

Las relaciones vecinales conforman una red de apoyo informal importante y cotidiana, sobre todo, eso sí, en las zonas rurales e intermedias. En cuanto a las zonas urbanas también pueden ser de apoyo informal, pero con un carácter más esporádico. Igualmente, la interacción vecinal parece ser más frecuente y cotidiana en asentamientos pequeños. Esta relación estaría «a caballo entre lo doméstico y lo público». Esta singularidad cimentada en la cercanía puede significar desde una relación estrecha de amistad o bien ser un «último recurso» en caso de apuro o emergencia. El abanico de actividades, según sea la interacción más o menos estrecha, puede abarcar desde el simple saludo de cortesía hasta la más íntima amistad y confianza, pasando por el préstamo-regalo de alimentos, conversaciones, apoyo en accidentes domésticos, intercambio de llaves de reserva, participación en las mismas fiestas y actos públicos comunitarios, etc. En fin, las relaciones con el vecindario suelen caracterizarse por ser ocasionales y de cortesía.

Respecto a las actividades sociales organizadas, recordemos que la participación más implicada sigue siendo minoritaria frente a una general asistencia «cuasi pasiva» y actividad puntual, menos formalizada y menos implicada en las organizaciones de mayores y otros ámbitos formales. Algunos mayores están muy activos e implicados socialmente, pero éstos son una minoría. La pertenencia a asociaciones es muy baja, pero la participación —más allá de la pertenencia— aún es menor. Tanto en el ámbito de los Hogares u otras asociaciones como en el ámbito parroquial se perciben dos tipos de participación: 1) como receptor de servicios y actividades, como «oyente», asistente o participante pasivo; 2) bien como participante con una mayor colaboración e implicación. De uno u otro tipo, la actividad comunitaria organizada tiende a ser mayoritaria en las zonas rurales e intermedias. El ámbito parroquial sigue siendo punto común de encuentro y actividad, sobre todo de las mujeres, ante otro tipo de asociacionismo político o de otro carácter. De cualquier manera, la participación asociativa (reivindicativa, lúdica u otra) es un fenómeno en ciernes, emergente y en auge.

22. En definitiva, ha quedado clara la centralidad y relevancia de la actividad, de uno u otro tipo, para tener unos discursos más positivos sobre la jubilación y en última instancia, pensamos, para una mejor percepción y vivencia de la misma. Así, pues, al tratar las actividades nos encontramos con distintas significaciones en relación al tipo de práctica, al género, al estatus, hábitat o a cualquiera de estas dimensiones ya desarrolladas, pero todos coinciden en la importancia de «realizar algo». Se establece un claro paralelismo de la necesidad de actividad con el *ergocentrismo* pasado (recordemos el Capítulo 9.5. y la Figura 9.4). Las razones de la importancia de la actividad que los mayores transmiten se sitúan en algunos de los siguientes significados o ejes interpretativos:

- NECESIDAD. La actividad como «necesidad fisiológica». Son las actividades como indicadores de un mínimo vital, «actividades biológicas necesarias», de automantenimiento.
- TIEMPO. La actividad como forma de pasar «tiempo»: ocupación del mayor tiempo libre, pasatiempo, pasar el rato. Generalmente conllevará un ocio «pasivo».
- ESPACIO. La actividad como forma de ocupar un «espacio»: ocupar y «estar» en un nuevo «espacio» distinto al hogar (varones), salir de casa, pasear, no pensar sólo en problemas personales y familiares; o bien seguir en el ámbito doméstico (mujeres).
- MEDIO PARA. La actividad como «herramienta», como medio para alcanzar algo, generalmente material. Este carácter más instrumental de la actividad se encuentra en las actividades remuneradas o en sus trabajos pasados.
- RELACIÓN SOCIAL. La actividad como forma de estar conectado e identificado con «los otros», con la sociedad, de mantener las relaciones familiares y sociales.
- UTILIDAD SOCIAL. La actividad como forma se «sentirse útil» a los demás: sentimiento de utilidad y de aportar algo a la sociedad.
- AUTORREALIZACIÓN y PROYECCIÓN. La actividad como forma de sentirse y mantener independencia, autonomía, autoestima, identidad. Actividad como «proyección personal» para alcanzar mayor bienestar físico y psicossociológico.
- La actividad como FIN O ESENCIA VITAL es un significado general que destacan los mayores. Se trata de realizar la actividad en sí misma «por realizarla», por motivos más expresivos, pero no como *medio para* conseguir algo inmediato y material.
- NO VEJEZ. La actividad, y esto resumiría todo lo anterior, como hito y símbolo de «no envejecimiento», de calidad de vida, de retraso y prevención de la cara más negativa (pasividad, inutilidad, dependencia) de la vejez.

La clave de análisis está en tener presente que importante es lo que aporta más significado para uno mismo. En cualquier caso, lo relevante es «seguir activo» en algo; lo contrario es «ser mayor» y envejecer (Capítulo 10). Con esto no estamos defendiendo el «activismo» que apuntaba la teoría de la Actividad. Estamos de acuerdo en parte, pero no desde el punto de vista de la «mistificación» del trabajo (*trabajismo*), como la solución y panacea para todo. Prolongar la actividad puede estar edulcorando otras facetas y problemas posteriores de la vejez más dependiente. El modelo de adulto-trabajador predominante en la actualidad no siempre sirve como esquema para los mayores. La alternativa no es el trabajo-empleo (continuar activo remuneradamente) sino la actividad con sentido, que aporte desarrollo psicossocial. Los teóricos de la actividad dejaban desprender que para un mejor envejecer era necesaria una actividad al modo «calvinista» como valor central, como sustituto del trabajo..., pero olvidan la importancia de la actividad en interacción social, libremente elegida, desarrolladora y con sentido para ellos. La actividad en la vejez puede ayudar (y es una de la teoría a la que recurrimos), pero nos parece incompleta por dar demasiada relevancia a la actividad en sí más que al significado e interacción social. El fin inexorable, la enfermedad o muerte, hará que tarde o pronto uno no pueda seguir activo. Habrá que retrasar este momento mediante la activi-

dad, pero no puede negarse este momento —prolongar el tabú de la vejez y muerte— si se quiere alcanzar una equilibrada vejez y fin vital.

Por tanto, predomina en los mayores de nuestro estudio la centralidad e importancia que otorgan a la actividad (en coherencia con la centralidad del trabajo anterior) remunerada o no remunerada, sea activa o pasiva, individual o colectiva. Este discurso es común. La necesidad de liberación (véase Capítulos 7 y 8) y de descanso puede confundirse, a menudo, con la pasividad general atribuida a todos los mayores, sin tener en cuenta que lo que magnifican es el tiempo libre y «liberado» pero «libremente» elegido. En suma, en lugar de diferentes grupos de discusión es como si los mayores hubiesen conformado una asamblea general en la que todos están de acuerdo en la relevancia de la actividad como opción libre y elegida.

Si la finalidad del tiempo de los mayores ya no es la productividad habrá que poner como reto la consecución de una mejor calidad de vida, física, mental y social de las personas mayores. Esta mayor calidad pensamos que debe pasar obligatoriamente por la consideración de los discursos y opiniones de los mayores respecto a porqué, cuándo, dónde y en qué quieren ocupar su mayor tiempo libre. Se trata de que los mayores sean más partícipes de su tiempo vital y que se constituya en un tiempo «liberado» y «libremente» elegido. Si tomamos la concepción clásica de trabajo productivo —basada en la remuneración— los mayores serán considerados pasivos, pero no así si se visualiza la actividad más allá de la remuneración y se respetan otras actividades. De este modo, en contra de las hipótesis de la pasividad de los mayores, éstos son más activos de lo que en general se puede pensar. Adaptando la frase de Guy Aznar (1994) «trabajar menos para trabajar todos», por la de «trabajar menos pero estar todos activos...», podría ser un lema indicador de continua calidad de vida aun estando dependiente y cerca de la muerte...

23. Y oteando el futuro, otros temas se aparecen necesitados de exploración y reflexión. Frentes concretos y claves temáticas claman ser analizados y replanteados desde las ciencias sociales (ver 12.2). En fin, se precisan nuevos acercamientos para llenar las lagunas reflexivas y empíricas halladas (y aún no cubiertas) sobre el envejecimiento y jubilación desde la actividad. Si empezábamos este estudio planteando unos interrogantes a cuya respuesta hemos procurado aproximarnos, ahora se nos abren otros nuevos que hacen que este estudio sea, obviamente, inacabado.

Predominan las actividades pasivas en los mayores, pero ¿hasta qué punto denominarlas «pasivas» desde los parámetros de la actividad productiva y remunerada?, ¿cómo podemos definir las así si la población general también tiene este ocio pasivo? Hemos comprobado la heterogeneidad de actividades,

más pasivas y más participativas, pero en cualquier caso se trata de diversidad que no puede llevarnos a conclusiones simplistas.

La cuestión del trabajo más allá de los 65 años parece contradictoria en una sociedad de paro. El potencial laboral de los mayores está creando especial controversia: aumenta el miedo a que «usurpen» puestos de trabajo y se les fuerza a jubilarse anticipadamente; pero, por otra parte, también quiere fomentarse que continúen estando activos y no se eche por la borda este «capital humano». Entonces, ¿se les anima a trabajar para que no sean un gasto (tesis economicista) o por su bienestar (tesis humanista)?, ¿hasta qué punto es positivo que los mayores trabajen?, ¿el derecho al trabajo debería ser «sin edad»?

Pero con estos planteamientos, ¿no estaremos cayendo en el mismo error de valorar a los mayores desde la lógica capitalista al resaltar sus potenciales aportaciones? Considerando sólo a los mayores desde la actividad productiva tropezamos con la misma piedra que habíamos criticado de no respetar a los mayores como seres «relacionales» o seres «pasivos» si así lo eligen o así lo obliga sus condiciones vitales. Por tanto, aunque hay que considerar la dependencia creciente de los mayores, también habrá que otorgarles un papel activo (o unos servicios en caso de dependencia) que no choque con esta sociedad paradójica de desempleo y progreso al mismo tiempo. Es más, habrá que saber dibujar la frontera donde empiezan los mayores como «carga», pero reconociendo también a los mayores como «aportadores y como agentes sociales activos».

Además, ¿no estaremos «inventando» una nueva etapa (de 65 a 80 años, como una «adolescencia de la vejez») con la intención de ocultar (y atrasar) la vejez en lugar de afrontarla con todas sus caras? En el fondo está el pánico común a la vejez dependiente o pasiva y el tabú de la muerte que aún no logramos superar. No se acaban los prejuicios xenófobos cambiando el color de la piel; no se puede solucionar la vejez y jubilación más problemática maquillándola con *activismo* o *juvenilismo*, ocultando los años y problemas..., sino con un verdadero cambio de actitudes y representaciones.

Pero ¿continuará la actividad «productiva» teniendo un significado de «esencia vital» u otro aspecto (ocio solidario, formación...) acaparará nuestro futuro como mayores? ¿Está/estamos la sociedad preparada para envejecer en todos los sentidos? ¿Formarán la vejez y los mayores un «agujero negro» en el que se «vuelcan» y prolongan las desigualdades sociales ya cimentadas en el pasado laboral y vital de cada persona? El problema no está en la jubilación y envejecimiento sino en las actitudes y significados sobre el trabajo, el ergocentrismo, el desarrollo de las potencialidades de cada ciclo vital y cada grupo social, el afrontar la dependencia y... la muerte.

24. El futuro no es una crónica negra. Pensamos que la perspectiva es ha-

lagüeña porque los mayores del futuro tendrán cubiertas sus necesidades básicas, una mayor preparación, diferentes actitudes hacia el trabajo/ocio/formación, mejores niveles de salud física, mental y social, etc. Pero parece que para una completa calidad de vida, la necesidad de permanecer activo va a seguir inalterable como algo inherente al ser humano. Sin interés moralizante, decir que en nuestras manos está continuar reflexionando y/o resolviendo estas dudas o bien dejar este desafío sin rumbo ni dirección. En un futuro todos seremos mayores y bien merece la pena replantearse estos retos.

El no haber cerrado la reflexión y haber dejado lagunas teóricas es inherente al propio proceso de investigación. Nuestro estudio queda abierto igualmente a posteriores indagaciones y reflexiones. Lo que sí podemos afirmar con el acercamiento y los análisis a la cuestión es la relevancia del tema tratado y la necesidad de seguir profundizando sobre el mismo si verdaderamente se quiere alcanzar no sólo cantidad de años sino calidad de vida y calidad de muerte en los albores del nuevo milenio. La sociedad no puede desmarcarse de estas cuestiones. Hemos constatado que el envejecimiento y la jubilación no es positivo ni negativo sino que conforman procesos psicosociales complejos, multidimensionales y en constante reconstrucción. En fin, si estos procesos estuvieran exentos de problemas y sobrados de análisis bastará con arrinconar esta tesis y cualquier acercamiento a la cuestión.

25. Sin embargo, pensamos, se torna imprescindible (re)construir una nueva concepción de persona mayor (no sólo como ser dependiente), de actividad postjubilación y trabajo (más allá de la remuneración), de relaciones intergeneracionales (también extrafamiliares) que consideren el tándem actividad y mayores como una *articulación posible y necesaria*. Esta relación será *posible*, a través de un mayor conocimiento de sus situaciones y de buscar un hueco y papel social (elegido por ellos mismos) que dignifique la vejez y a los mayores; y es *necesaria*, si no se quiere reducir a los mayores a seres dependientes, moribundos y perceptores de servicios, sino también como generadores de «nuevos yacimientos de empleo» y, además, de nuevos «yacimientos de capital cultural, vivencial, social...», como un diamante a seguir puliendo, un potencial a seguir descubriendo.

12.2. OTEANDO EL FUTURO Y DEJANDO LA PUERTA ABIERTA: CAMPOS A «EXPLORAR» Y ALGUNAS PROPUESTAS

Aquí no vamos a comentar las proyecciones demográficas ya apuntadas, a tenor de distintos autores, en el epígrafe 2.2. Pero no queríamos dejar de

plasmar algunas ideas en clave de futuro entresacadas tanto de los discursos de los mayores como de los expertos y otros estudios. En primer lugar hemos de destacar los campos, que desde nuestro punto de vista, manifiestan urgente necesidad de reflexión, propuestas e iniciativas. Se trata de las siguientes áreas aún por explorar con la profundidad que cada cuestión merece:

- 1) *Envejecimiento de la población activa*, trabajadores mayores: los «recursos humanos de edad» más «humanos» versus prejubilación, jubilación anticipada, parados mayores.
- 2) *Feminización del envejecimiento*: mujeres mayores tanto como cuidadora de mayores como, ellas mismas, mayores dependientes.
- 3) *Creciente envejecimiento del envejecimiento*: aumento de los mayores dependientes, necesidad de estudiar los servicios «informales», servicios socio-sanitarios, etc.
- 4) *Aumento de la independencia del envejecimiento*: aumento de la participación de los mayores, estudiar otros «espacios» y actividades de/para mayores, asociacionismo, etc.
- 5) *Preparación para el envejecimiento*, para la jubilación, para la vida más allá del trabajo remunerado, para la muerte.

Pero vamos a dar un paso más e intentar apuntar algunas medidas, mejor dicho, orientaciones a distintos niveles, con el fin de labrar un futuro de mayores con mejor calidad de vida. Veamos los distintos «niveles, tipos» o grupos de propuestas:

1) Propuestas y medidas a nivel legal y jurídico

Este tipo de medidas y propuestas huelga decir que son imprescindibles. Sin el apoyo jurídico y legal pertinente a las personas mayores el resto de medidas son inviables. Incluso a veces, con la protección legal adecuada, los mayores quedan desamparados; aún más si ni siquiera se contemplan a este nivel sus derechos y deberes. Es obvio que un primer paso es readaptar¹ y/o proponer nuevas medidas que aboguen por una mejor calidad en el entorno del envejecimiento.

El Plan Gerontológico Nacional (1993-1997) ha ido desembocando en otros planes gerontológicos a nivel local (Plan Gerontológico de Leganés, EE711) o autonómico (Plan de Mayores de la Comunidad de Madrid 1998-2006). También se propone la creación del Defensor del Mayor (al igual que está el Defensor del Menor), flexibilización de la edad de jubilación (ya tratado en 8.2), alguna normativa oficial que contenga las obligaciones de los hijos hacia los padres mayores (EE13), elaborar una Carta o Acta de Cuidadores

¹ Véase apartado 3.6 sobre las principales medidas a este nivel aplicadas, hasta ahora, para la protección de las personas mayores en el entorno del envejecimiento y la jubilación.

que reconozca y proteja socialmente a los cuidadores —que suelen ser mujeres mayores— (INSERSO, 1995:308), más representación de los mayores en determinadas instituciones, etc.

Por ejemplo, Aranguren (1994: 125-146), partiendo del artículo 50 de la Constitución (véase epígrafe 3.6), analiza los distintos problemas de los mayores desde los derechos que deberían contemplarse, algunos mencionados en la Carta Magna pero otros no². Todo ello no hace más que dejar sentada la necesidad de protección de los mayores a este nivel fundamental.

Las medidas defensoras de una transición a la jubilación más flexible son aludidas por los mayores y también por los expertos. Debería contemplarse legislativamente una «jubilación a la carta», con periodos sabáticos de trabajo (EE5: 8), la potenciación del contrato de relevo, el voluntariado que apoye a los mayores (EE6: 10 y 12), la reducción de la jornada a partir de los 60 años, la no discriminación por la edad (EE1415: 16), las jubilaciones parciales, jubilación atrasada o adelantada según la profesión (EE18: 17), el paso de un trabajo rutinario a otro más participativo (EE18: 18), entre otras (véase apartado siguiente sobre «actividad”).

Sobre las subvenciones y ayudas ofrecidas a los mayores de 65 años encontramos medidas contrapuestas, pues los mayores y algunos expertos defienden este apoyo a los mayores de 65, pero otros expertos y mayores (EE3: 3, EE1415: 4-5 y 8-9) abogan por imponer otro criterio —no sólo la edad—, como por ejemplo, el nivel de ingresos, a la hora de ofrecer servicios, subvenciones y rebajas a los mayores. Las medidas paternalistas, caritativistas, que generan dependencia y no aportan más que «parches» a una situación general más problemática... son atacadas desde los distintos discursos y autores.

2) Medidas a nivel de actividad/es

Este apartado, al igual que los siguientes, precisa del anterior —nivel legislativo, jurídico— para poder aplicar sus medidas y propuestas. A nivel de

² En el artículo «*Los Derechos de la Tercera Edad*», E. L. Aranguren alude a los distintos derechos y problemas aludidos en el artículo 50 (económico, salud, vivienda, ocio y cultura), y a otros que no son mencionados (jubilación, estereotipos y discriminación, dependencia y soledad) y ofrece una revisión de la situación sociológica (a lo largo de todo el Capítulo) y de los derechos fundamentales-objetivos sociales que debería contemplarse y seguirse (págs. 142-143): Ingresos-pensiones, asistencia sanitaria, vivienda digna, oportunidades de empleo y reciclaje profesional, jubilación flexible, preparación para la jubilación, servicios sociales eficientes (oferta de actividades, cuidados, etc.), independencia y autonomía.

actividad podemos contemplar dos grupos de medidas: a) actividad general de los mayores, y b) actividad en el mercado laboral, recursos humanos, entorno de la jubilación.

2.1. *Actividad general*

Una propuesta general sería la no imposición, el respeto y la libertad de actuación de los mayores. Darles la posibilidad de actividades, favorecer sus prioridades, pero para ello habrá que conocer y tener en cuenta sus preferencias, valores y necesidades y así evitar el «dirigismo». En la siguiente opinión confluyen casi todos los expertos:

«...porque la Administración ha invertido poco en mayores, pero lo poco que ha invertido *ha sido desde un planteamiento muy paternalista y yo te doy pero el mayor ha dado poco porque no se le ha exigido nada*. Entonces es curioso, yo que voy a muchas asociaciones, a grupos, ellos ya de broma, porque lo saben de sobra, vienen y me dicen: «¡Carmen, qué nos das!» (...) ¿los viejos son egoístas?, ¡hombre!, tienen más apego a las cosas que podamos tener nosotros porque les da seguridad y eso es cierto, pero no son tan egoístas ni tan pidones como... como creemos, pero *les hemos acostumbrado*: (...) «¿pero qué ha pasado que no hay vino?» (...) es una conducta adaptativa que hemos provocado nosotros.» (EE10: 11)

Tal como dice una experta, hablando de la posible oferta de actividades a los mayores, se ha llegado a un punto en el que «hacer por hacer no tiene sentido» (EE9: 6). Las propuestas de actividades y sus características tendrán/tendrían que estar basadas sobre sus decisiones y opiniones. Además de fomentar actividades nuevas habrá que readaptar las ya existentes. Los Hogares y Centros (según las expertas EE711: 2) no pueden seguir siendo «antesalas de la muerte». Debería fomentarse el voluntariado de mayores, las actividades tanto culturales como manuales, el asociacionismo de mayores, etc.

En fin, la combinación de a) facilitar actividades personales que quieran realizar libremente, y b) una readaptación de actividades ya existentes (o introducir otras nuevas) desde los recursos públicos. Ello se vuelve necesario para mejorar el nivel de actividad, que en el fondo implica una mejor calidad de vida, un retraso de la dependencia... para los mayores. Todo estas actividades no deberían suponer un solapamiento con los empleos remunerados. Vemos cómo el apoyo a la dependencia por un lado (tratado más adelante) y a la participación son dos ejes cruciales a considerar en cualquier propuesta orientada a mayores.

2.2. Mercado laboral, recursos humanos

En el entorno de la jubilación habrá que considerar las diferentes formas de transición a la misma para que sea flexible y adaptada al tipo de trabajo y condiciones del trabajador: posibilidad de elección libre de la prejubilación, jubilación anticipada o atrasada (no forzada). Tal como ya se expuso en la Asamblea Mundial de las NN.UU. sobre el Envejecimiento (1982), «los Gobiernos deberán tomar o fomentar medidas para que la transición de la vida activa a la jubilación sea fácil y gradual y hacer más flexible la edad de derecho a jubilarse. Estas medidas deben incluir cursos de preparación a la jubilación y la disminución (o no) del trabajo en los últimos años de la vida profesional».

Los puntos positivos y negativos de cada forma de jubilación no están claros. Por una parte, muchos mayores quieren seguir activos (*jubilación atrasada*), por lo que choca aquí el derecho al trabajo de los mayores frente a la mano de obra «barata y/o desleal», que pueden constituir los mayores en esta sociedad de desempleo. Por tanto, no es fácil compatibilizar el derecho a seguir activo, el derecho al descanso y el desempleo actual.

Por otra parte, las medidas tendentes a la *prejubilación* y *jubilación anticipadas* favorecidas recientemente por diversos motivos (desestructuración de empresas, desindustrialización, como medida para disminuir el desempleo, etc.) pueden tener efectos no siempre positivos: mayor población inactiva-menor número de contribuyentes, personas dependientes jóvenes, otras consecuencias psicosociales para los prejubilados, etc.

En relación a los *trabajadores mayores de 45-50 años*, que son los que están siendo objeto de las prejubilaciones y jubilaciones anticipadas, se propone una gestión de recursos humanos «más humanos», es decir, consideración —sobre todo desde los empleadores—, de los puntos positivos que los trabajadores mayores pueden aportar al mercado laboral. La inversión en formación-reciclaje, las facilidades a los empresarios para que contraten a trabajadores mayores y otras medidas destinadas tendrán que dejar de ser consideradas «poco rentables» (ver epígrafe 3.2, sobre situación y medidas para la población activa mayor). En relación a todo lo mencionado varias medidas concretas son las que se están proponiendo y/o aplicando (sobre todo en otros países):

– Reducción de la jornada diaria (a partir de los 60 años, EE1415: 16), y de la duración del trabajo semanal en los trabajadores/as mayores, «jubilación parcial, gradual» (cobrar pensión parcial y trabajar menos horas). Así se puede invertir más tiempo en actividades de ocio y formación.

– Periodos de interrupción. Por ejemplo: trabajando una semana y descansando otra, supresión de cierto número de días laborales, etc. Todo ello con el fin de revalorizar otras actividades distintas a las profesionales.

– Reducción de la actividad profesional unos años antes de su jubilación (jubilación progresiva), periodos sabáticos (EE5: 8) o ampliando el periodo anual de vacaciones.

– Supresión de la jubilación forzosa (fomento de la jubilación flexible), ya comentada al principio. Queda claro que la elección o imposición del momento de la jubilación es básico.

– Desaparición (¿o no?) de la pre-jubilación o jubilación anticipada, que está convirtiendo a las personas entre 50 y 65 años en «demasiado viejos para trabajar pero demasiado jóvenes para jubilarse». Mejor dicho, habrá que fomentar o eliminar la pre-jubilación y/o jubilación anticipada y/o atravesada dependiendo de la opinión del trabajador, tipo de trabajo, sector, etc.

– Compatibilidad de la pensión con otro tipo de salario o remuneración. España es de los pocos países de la antigua CEE de los Doce (junto con Irlanda y Bélgica, en algunos casos) en los que es incompatible el cobro de una pensión y otro tipo de remuneración (véase VV.AA. 1992, pág. 49).

– Ante el temor de la carencia futura de mano de obra, en Japón los trabajadores mayores están obligados a reorientarse a otros trabajos «más ligeros» y por eso se han creado empresas especiales para el empleo de mayores con el nombre de «empresas para una vida digna» y de «centros de empleo para los cabellos blancos» (Shinichi Oka, 1986, en MTSS, 1992: 41).

– Mayor calidad y fomento de cursos de preparación para la jubilación (tratado más adelante).

– Libertad de contratar un sistema complementario de pensiones (planes de pensiones privados, por ejemplo) sin perder el derecho a percibir la básica.

– Otras medidas específicas aplicables a sectores profesionales concretos. Estas medidas se vuelven imprescindibles en los/as trabajadores/as con mayores posibilidades de riesgo de crisis postlaboral.

Por otra parte, habrá que considerar los «nuevos yacimientos de empleo» que están conformando y exigiendo los mayores más dependientes. Es decir, la profesionalización de la atención a los mayores a todos los niveles (formación, asistencial, etc.) se torna imprescindible. Una nueva «bolsa de trabajo» queda abierta (sobre todo en determinadas zonas rurales e intermedias) para aquellos que quieran trabajar con los mayores a cualquier nivel: necesidad de estudios, asesoramiento, formación, atención y asistencia, etc. El tema de mayores está requerido de profesionales de cualquier área. Al mismo tiempo, los mayores más independientes también pueden aportar su «capital» vivencial y

experiencia apoyando a los mayores más necesitados (organización y fomento del voluntariado de mayores, por ejemplo).

Desde los mayores y expertos se destaca la necesidad de profesionales a todos los niveles para conocer la situación y para aplicar programas adecuados a las nuevas necesidades y demandas. Así lo resume la entrevistada Concejala de Salud y Servicios Sociales y enfermera-gestora de una Residencia de Mayores: "...interrelación desde un punto de vista sociológico, pues haría falta un técnico de la materia que marcara un poco las pautas a seguir (...) o como confeccionar programas... (EE9: 9) programas elaborados y estudiados... no hacer por hacer..." (EE9: 11).

3) Medidas y propuestas a nivel asistencial: los mayores y su entorno

El apoyo asistencial clama una mejora a dos niveles: a) mayor profesionalización en los servicios públicos ya existentes, y b) mayor profesionalización y apoyo para el «entorno del mayor» (denominado «apoyo informal»).

La tónica común en relación a las medidas dirigidas a los mayores más dependientes es la *permanencia en el propio entorno* mientras sea posible. Para ello habrá que valorizar el apoyo informal (desde la familia y entorno) y profesionalizar más este tipo de asistencia (recordemos que el 86,5% de los cuidados de mayores proviene de la familia, INSERSO, 1995: 28; o que en el 12,37% de los hogares españoles hay personas que prestan apoyo a sus mayores, estudio 2.117, 1996, CIS, página web). Sea a través de apoyo económico, a través de asistencia a domicilio u otras medidas, se pide mayor atención en el propio domicilio y entorno (EE6: 7, EE71: 5, EE1, EE8: 9, EE13: 1, por ejemplo), o el modelo denominado «intimidad a distancia», es decir, facilitar tanto la autonomía como la cooperación. Mayores y expertos coinciden en que el internamiento en residencias (véase Capítulo 11.) debe ser el último recurso, para lo que habrá que estar abiertos a cualquier propuesta de atención a domicilio:

«... dotar al Municipio de recursos para que los mayores pudieran *envejecer en casa*, y eso pasa por recursos en el domicilio, habría que *ampliar la red de atención domiciliaria*, no solamente con la ayuda a domicilio sino además (...) tendríamos que *ampliar tele-asistencia, atención sanitaria en el domicilio, comida sobre ruedas, lavado de ropa, planchado de ropa, todo lo que son recursos de refuerzo en el domicilio. El voluntariado tiene mucho que hacer en el domicilio, también otros recursos llamados de «respiro», como son las estancias diurnas,...*» (EE10: 10)

Los expertos ponen mayor énfasis en esta necesidad de asistencia profesional que los mayores que siguen confiando en la familia, y por tanto, hacen menor hincapié en el apoyo en esta línea por el miedo a «abandonar su casa o a ser abandonados». Se demanda de manera urgente más apoyo a las familias (que son generalmente mujeres) que cuidan de los mayores. La obra del INSERSO (V.A.A., 1995: 303-311) ofrece unas propuestas (dirigida a los cuidadores/as, a los poderes públicos, a otros agentes sociales y opinión pública), para una «Política de apoyo a las personas cuidadoras».

Siguiendo a estos autores, para los/as cuidadoras de mayores (que son el 83% mujeres, estudio 2.117, 1996, CIS, página web) sugieren: 1) mantener diálogo abierto con el mayor, dándole preferencia y anteponiendo el bienestar del mayor y la familia. 2) Evitar posturas rígidas ante las alternativas o soluciones, no imponer. 3) Mantener al máximo la autonomía y al mayor en el propio domicilio o hábitat. 4) Informarse y formarse sobre otras alternativas de cuidados. 5) Cultivar la relación y cooperación con el vecindario y amigos. 6) Alentar el apoyo de los hombres en los cuidados que siguen siendo sólo 17% de los cuidadores. 7) Preparación, formación, información para los cuidadores. 8) No separación de la actividad laboral del cuidador, apoyo en este sentido. 9) Conexión de los cuidadores con los poderes públicos a través de asociaciones de apoyo mutuo, por ejemplo.

Las propuestas para los poderes públicos y opinión pública también las sitúan en esta línea: 1) Ayuda económica y servicios. 2) Mantenimiento sistema de pensiones. 3) Protección de la dependencia (mediante exención de impuestos o a través de remuneración y medidas específicas en lo laboral —garantía de recolocación tras temporada de cuidados, introducir «baja por atención a dependiente»—, etc.). 4) Apoyar la preferencia de mantenimiento en el propio entorno. 5) Facilitar la formación. 6) La igualdad intergénero/apoyar a las mujeres. 7) Defender o presentar, desde el campo ideológico y de valores, un debate social que defienda todo lo que, en resumen, estamos enunciando.

Desde cualquier punto de vista los cuidados asistenciales en el domicilio (sólo el 4,7% de los cuidados recibidos es de ayuda a domicilio, INSERSO, 1995: 28) y también fuera del mismo son mencionados como una necesidad acuciante sobre la que hay que buscar alternativas y medidas que aquí sólo apuntamos. De los servicios para mayores se propone mejorar/adaptar los existentes e «inventar» otros:

- a) Mejora de la atención socio-sanitaria, en concreto el tratamiento hacia los mayores, y aumentar la existencia de especialistas y geriatras.

- b) Mejora de los servicios sociales ya existentes: asistencia a domicilio, en relación a la vivienda (viviendas compartidas, viviendas tuteladas, acogida familiar de un mayor, centros residenciales, vivienda-pensión etc.), Hogares, Centros de Día y Centros de Noche «guarderías de mayores», ayudas a familias con mayores (reducción IRPF, formación, etc. —ya desarrollado—), etc.
- c) Ampliación y mejora de propuesta de actividades: viajes, formación, talleres, educación de adultos, voluntariado, asociacionismo, etc.
- d) Mayor y mejor acceso a información: asesoría jurídica, atención telefónica («Teléfono Dorado», por ejemplo), guías de recursos, etc.
- e) Descuentos: bonificaciones ocio y espectáculos, tarifas reducidas (transporte...), reducciones especiales renta y exención de pago de algunos impuestos.
- f) Otros servicios: transporte adaptado, actividades intergeneracionales, etc.

“...procurar es que *la no deshumanización y que esa relación de los hijos con los padres sea la misma que han tenido los padres contigo*. Por lo tanto, yo entiendo que desde la Administración hay que ayudar a que esa atención sea la mejor posible y por eso yo equiparo a los Centros de Día a las guarderías porque de hecho cuando se incorporó la mujer al trabajo lo que más se pedía era tener guarderías (...) *se necesitan guarderías de mayores para que estén los mayores atendidos mientras se trabaja* (...) trabajar los dos, *¿qué hacen del abuelo? Y muchas veces ya no es que quieras deshacerte del abuelo y si es que no puedes, es que si me lo dejo solo ¡Dios sabe lo que me puedo encontrar cuando llegue!*, y además *peligrando la vida del abuelo, porque puede encender el fuego, la estufa, hay mil peligros* (...) enfermos de Alzheimer pueden ser violentos, se les olvidan las cosas, pueden salir a la calle y no saben donde están...” (EE8: 10)

La necesidad de profesionales, la falta de medios técnicos, la mejor distribución de los medios y la crítica frente a medidas puntuales en lugar de ser a largo plazo (EE13: 15) son destacados por los expertos. Para mantener los servicios ya existentes, mejorarlos, perfeccionarlos e introducir otros nuevos habrá que seguir varios pasos: 1) Conocer-estudiar en profundidad la situación de los mayores, sobre todo en determinadas zonas (por ejemplo, EE8, como concejala de Tercera Edad, destaca la necesidad de estudios sobre las necesidades de los mayores que no salen de casa porque «no pueden», forma de acceder a estos mayores). 2) Sobre este conocimiento de la realidad (para lo que también se requieren profesionales), se está en mejor disposición de aplicar cualquier tipo de medida en pro de mejorar la calidad de vida del mayor en su entorno: ayu-

da a domicilio, arreglar viviendas (adaptar viviendas EE711: 12); financiar también servicios como dentista, podología, aparatos auditivos, gafas; apoyo a la familia; a la participación de mayores, etc.

Aunque la oferta de actividades también está por mejorar y adaptar a sus nuevas necesidades y demandas (sobre todo desde los propios mayores), parece ser que el campo asistencial aún está más necesitado de propuestas y medidas, o al menos parecen más acuciantes y urgentes, tal como nos comenta una experta entrevistada:

«...Cocentaina somos ricos a nivel de organizaciones sociales y culturales, ¡somos ricos!, ¡es verdad!, continuamente están haciéndose actividades y cosas, pero sin embargo en el campo asistencial estamos nulos, ¡no hay nada! más que el curso de atención a domicilio, por lo tanto la gente ¿qué quiere irse de viaje?, tiene sus viajes; ¿que quiere irse de termalismo?; tiene las posibilidades (...) a nivel de ocio y tiempo libre hay muchas cosas pero, sin embargo, en el campo asistencial no hay nada...» (EE9: 2 y ver EE9: 7)³.

Sobre cómo financiar estos servicios también se pronuncian nuestros expertos entrevistados. Se destaca tanto la financiación pública (EE18: 16) como la financiación mixta (EE3), es decir, desde los propios mayores (sus ahorros), la familia de los mayores (por ejemplo, que los hijos adelantaran dinero para cuidados, EE3: 9) y la Administración. O por ejemplo, tal como explica el catedrático de sociología entrevistado, la posibilidad de «cheques-servicios» para financiar los cuidados a mayores (EE17: 13) y un «seguro público de dependencia», también apuntado por otros autores que también ven las controversias de aplicar estas medidas (INSERSO, 1995: 308-309). Este experto entrevistado enfatiza el apoyo a distintos niveles: *servicios* (apoyo desde los servicios públicos), *económico* (apoyo económico a las familias para financiar esta asistencia) y *laboral* (posibilidad de solicitar permisos para cuidar a mayores sin perder el puesto de trabajo y periodo de cotización, al estilo de los «permisos por maternidad»):

³ «...desde el punto de vista cultural una programación muy amplia (...) Sin embargo en el campo asistencial no tiene nada y ahí es donde la demanda es diaria, insistente y angustiada muchas veces, porque la problemática familiar se agudiza muchas veces y tú te encuentras en la problemática de que tienes una responsabilidad de tener que dar una respuesta y te ves muy limitada porque no tienes los medios (...) dentro de la petición a los programas que solicitamos anualmente a la Conselleria lo que hicimos fue enviar un proyecto que queremos implantar en Cocentaina y que se llama «De Respiro», o sea, lo titulamos «Programa de respiro», que era un poco que aquellos familiares que tienen personas incapacitadas y que no tienen a lo mejor posibilidades de, incluso, descansar un día para hacer sus gestiones (...) para huir del problema...» (EE9: 7)

«...pero no puede ser un seguro puramente privado, ni puede ser un coste que recaiga únicamente en la familia, es decir, en las mujeres (...) profundizar en estas políticas de protección (...) favorezcan la participación de los mayores, reforzar la emancipación de la mujer mayor y por último, la puesta en marcha de un «seguro público de dependencia» para cubrir un hueco de protección que va a ser necesario en unos diez años aproximadamente, necesario para casi un millón y medio de personas mayores sobre una población de casi siete millones de personas mayores (...), por ejemplo, una prestación económica que yo dé a una persona dependiente, él la puede utilizar de muchas maneras, se la puede dar a un miembro de la familia que la atienda, se la puede dar a un Ayuntamiento para que alguien se lo subvencione, se la puede dar a una empresa privada o se la puede dar a una ONG para que la dé el servicio. (...) hay tres políticas: prestaciones económicas, servicios y laborales. Prestaciones económicas tratan de solucionar un campo, prestaciones económicas para que tú pagues a una persona para que te cuide, sea quien fuere. Políticas de servicio, es que de nada sirve eso si no tengo una buena red de ayuda a domicilio, de Centros de día, teleasistencia, telealarma y rehabilitación. Pero en tercer lugar, tiene que haber políticas de tipo laboral, facilitar, por ejemplo, pues eso, los permisos, que una persona, hombre o mujer, no pierda el trabajo durante un año que se retira para cuidar (...) por ejemplo, un incentivo más concreto para mí preferible al fiscal, las desgravaciones fiscales no las veo sentido, las veo muy poco útiles, pero sí veo útil esto, una persona deja de trabajar durante medio año, no pierde su puesto de trabajo y le pagan una carrera de seguro y se hace cargo en la fase terminal, por ejemplo, de un miembro de la familia, un Alzheimer grave, (...) ¿por qué?, porque nuestros mayores siguen prefiriendo que los cuiden miembros de sus familias y porque rechazan las Residencias, entonces la manera de facilitarlo es un apoyo a la familia por vía económica no fiscal y por vía de tipo jurídico laboral.» (EE4: 11-12)

Es decir, habrá que conjugar lo público-privado, lo familiar-no familiar, lo formal e informal... para proporcionar más y mejores recursos a los mayores más dependientes. El apoyo tendrá que venir desde lo público (sobre todo para aquellas familias-mujeres que están entregadas al cuidado a mayores) y desde el nivel privado. Pero uno de los aspectos negativos que se destacan respecto a las medidas hacia los mayores es la tendencia a la privatización de los servicios, el riesgo de que sus necesidades básicas no se cubran. Es decir, que se negocie con «lo básico» (EE18: 19). El peligro de la imposición del modelo ultraliberal sobre el socialdemócrata que acabe con el Estado del Bienestar es destacado por los expertos con una ideología determinada (EE6: 13, entre otros). El debate Estado del Bienestar versus Estado Liberal está en el trasfondo de muchas de estas cuestiones.

Por tanto, las medidas clave tienen que pasar por la compatibilización del mantenimiento del mayor en su propio entorno y, al mismo tiempo, la posibilidad de acceso a una atención profesionalizada. Pasar de una vejez «invisible» a una vejez «identificada» y de una vejez «asistida» a una vejez «integrada» (Cano, 1990: 65-70), de manera plena y activa, potenciando la prevención y la prolongación de la autonomía. En fin, el futuro será más esperanzador si se mantiene lo que hay y se mejora lo existente. El papel social de los mayores (en concreto lo que pueden aportar, también, a nivel asistencial) está cada vez más presente. Pero también va en auge la dependencia («el envejecimiento de la vejez»). Ambas facetas de los mayores, participación y dependencia, son dos ejes que no se pueden olvidar en cualquier medida que se tome y/o aplique.

4) Propuestas a nivel formativo, de medios de comunicación y (re)socialización

Tal como concluimos en el Capítulo 10, se vuelve imprescindible, para una cooperación intergeneracional y una concepción de «ser mayor» *en positivo*, acabar con las múltiples imágenes negativas y estereotipos negativos en torno a la jubilación y a la gente mayor. Sobre todo ello juegan un papel preponderante los agentes y medidas mencionadas (a nivel jurídico, laboral, asistencial), pero también los agentes transmisores de información y formación, como son los «mass media» (cuyo papel ha sido tratado en el Capítulo 10.3.3) y los distintos agentes educativos.

Como ya hemos apuntado a lo largo del estudio, fomentar la participación social de los mayores, aprovechando su experiencia y otros aspectos positivos comentados, con el fin de que tras la jubilación laboral no queden «retirados socialmente». En el campo de la formación, consideramos necesaria una preparación para esta etapa, sobre todo en determinadas personas y trabajos. Para las personas en las que la jubilación no supusiera ningún cambio importante esta preparación, obviamente, no resulta necesaria. De todas maneras, en coincidencia con los/as expertos/as consultados/as, pensamos que resulta conveniente la existencia de algún tipo de preparación y (re)socialización para esta nueva etapa postlaboral. Para algunos/as esta preparación no será necesaria ni imprescindible, pero para todos/as (sin distinción de sexo, estatus u otra condición) pensamos que resulta conveniente, pensemos que «un final se arregla mejor desde el principio»... Es en estos momentos críticos del fin laboral cuando se precisa de un apoyo personalizado que ayude al mayor a conocer, analizar y programar esta nueva etapa de acuerdo con sus intereses, gustos y actividades preferidas que quizá durante el trabajo no han podido

realizar. Este papel de orientación y apoyo para la jubilación está siendo desarrollado por varias instituciones y organismos tanto de carácter público como privado (por ejemplo, podemos nombrar a los órganos pioneros de este proyecto: IMSERSO, Cáritas, Fundación «la Caixa», Empresas FENOSA, ENDESA, principalmente). Estos proyectos debemos reseñar que no han avanzado con el interés y desarrollo adecuados debido a que han sido criticados, desde criterios economicistas, como poco rentables y se considera, aún hoy, que la inversión en preparación para la gente mayor tiene poco futuro.

Hemos ido percibiendo una necesidad de preparación y socialización para la etapa postlaboral. Y, aunque ello no aparece de forma directa en los/as mayores, sí se trasluce una necesidad de cambio de actitudes hacia la jubilación. Atchley, ya en su obra *Sociology of Retirement* (1976), analiza la necesidad de la preparación para la jubilación, sobre todo para determinados sectores ocupacionales. Propone distintas maneras de prepararse para este periodo (consciente o inconsciente, formal o informalmente) y las cuestiones básicas a tener en cuenta en todo programa de preparación para la etapa postlaboral.

La preparación para la jubilación deberá basarse en un preparación para el ocio, o para el trabajo-actividad, desde el punto de vista expresivo y de autorrealización de la persona, no desde el punto de vista instrumental en el que se han basado la mayoría de empleos. Esta preparación para el ocio/actividad deberá ser seria y rigurosa al igual que lo es la preparación y formación para el trabajo, pero debe adquirir un significado diferente al sentido de la formación en los años laborales. C.G. Jung expresa nuestras ideas de una manera bella y perfecta: «*Entramos en la tarde de la vida con una profunda falta de preparación; peor que esto, entramos con los mismos ideales y convicciones que teníamos hasta ese momento, pero no podemos, indudablemente, vivir el crepúsculo de la vida con el mismo programa que la mañana*» (en Almarza y Galdeano 1989, pág. 399).

Sin embargo, existen muchas opiniones negativas y motivos por los que estos cursos no alcanzan el desarrollo y aplicación deseables. Ya en Agulló y Garrido (1996), siguiendo los análisis de algunos autores en materia de preparación a la jubilación (VV.AA. 1992, UDP-INSERSO 1992, Fundación «la Caixa» 1990, entre otros) sacamos nuestras propias conclusiones⁴. Sobre los cimientos de todo ello podemos ofrecer algunas propuestas:

⁴ 1. Estos cursos están enfocados para la vejez, cuestión que es rechazada por los prejubilados/as, e incluso por los/as jubilados. En el momento que estos cursos estén orientados hacia el ocio, actividad, aportación social, es decir, en términos positivos, la utilidad de estos cursos será elevada.

2. Este tipo de actividades están orientadas generalmente hacia los trabajadores del sexo masculino, sin tener en consideración el papel de sus parejas, sean mujeres trabajadoras o sean amas de casa.

- 1) Evaluación de este tipo de cursos. Investigación y conocimiento de esta preparación para saber qué temáticas y materias interesan más a los/as mayores.
- 2) Nueva orientación de estos cursos. Esta idea coincide con la que ya venimos repitiendo: buscar «nuevos roles» para los mayores y cambiar las actitudes y visiones hacia la vejez por unos enfoques basados en la experiencia y demás aportaciones que los mayores pueden ofrecer a la sociedad en general.
- 3) Relación de estos cursos con otros aspectos vitales. Es decir, la preparación para esta etapa no debe ser algo aislado: debe estar orientada a una mayor calidad de vida de la persona mayor (mayor bienestar psicológico, físico y social), y por ende, una mayor calidad de vida general.
- 4) La preparación no supone ninguna panacea, pero debe aportar herramientas para un mejor desenvolvimiento a distintos niveles (adquirir información jurídica, económica y social pertinente).
- 5) La preparación para esta etapa tiene que tener en cuenta distintos puntos de vista y la responsabilidad debe ser tomada, también, desde diferentes frentes: el/la trabajador/a, el empresario/a, la Administración pública, otros organismos y la sociedad en general. Aunque tal como dice Hernando Sánchez (ENDESA, 1989), el centro de trabajo y la propia empresa son el mejor punto de partida para realizar una «educación para la jubilación».
- 6) Estas actividades deberán considerar el papel de las mujeres, trabajadoras remuneradas o amas de casa, respecto a sus jubilaciones propias o a las jubilaciones de sus parejas.

Siguiendo a los coordinadores del *Máster de Gerontología Psicosocial* de la UPV, podemos apuntar que es «responsabilidad social el ofrecer esta preparación al sujeto que tras trabajar y cotizar al Estado debe dejar el mercado laboral; es así mismo conveniente para la sociedad por el alto costo socio-sani-

3. El desconocimiento por parte de los mayores hacia este tipo de preparación produce que se tengan prejuicios hacia los mismos, al igual que cualquier tema relacionado con la vejez y el envejecimiento.

4. La falta de evaluación y seguimiento riguroso de este tipo de preparación la convierte en una formación que precisa de mayor estudio. La deficiente evaluación es señalada por Hernando Sánchez (en ENDESA, 1989): «...en España la preparación a la jubilación está carente de tratamiento legal, sin un estudio matizado ni de carácter jurídico, ni de carácter sociológico» (pág. 35).

5. Se realizan pocos cursos (Seminarios, Jornadas o actividades) en este sentido. Actualmente tan sólo el 5-6% de la población asalariada recibe este tipo de cursos (UDP-INSERSO, 1992). En cambio, su importancia y necesidad se van incrementando.

6. Este tipo de actividades no ocupan un lugar importante en las empresas, sobre todo en las menos desarrolladas. Por tanto, la falta de financiación y de interés por estos temas es muchas veces consecuencia de la prioridad por «el máximo beneficio al mínimo coste», por la formación a gente joven, y ello conlleva que la preparación para esta etapa sea considerada poco rentable, poco operativa y con un futuro corto.

7. Falta de responsabilidad clara respecto a estos programas. Solamente en Francia, Irlanda y el Reino Unido existen organizaciones específicas a nivel nacional para promoverlos, si bien en otros países existen organismos que llevan a cabo estas tareas con más frecuencia (Hernández Rodríguez, en W.AA. 1992, pág. 58).

tario», entre otras consecuencias nefastas, «que supone una jubilación mal llevada en consultas médicas, fármacos, depresiones, etc.» (Leturia, Yanguas y Leturia, 1994). También para R. De Vega (en Almarza y Galdeano, 1989) «la fase no laboral impone una reprogramación e incluso la eliminación y sustitución de ideales, lo que conlleva también otro estilo de vida diferente, logrados mediante una preparación». Siguiendo a este autor, la preparación para esta etapa debe hacerse desde dos prismas: «preparación hacia la vejez», lo que supone una actitud social y colectiva favorable hacia los mayores que acabe con la gerontofobia, y una «preparación para la vejez» que implica una concienciación y preparación individual que prevenga los posibles problemas de la jubilación y el envejecimiento. La preparación para la jubilación relacionada con la preparación para la vejez (y preparación para la muerte, tabú no superado aún) debe ir acompañada de una concienciación social hacia esta etapa de la vida; debe cambiarse la actitud «gerontofóbica» (propia de las sociedades más industrializadas) hacia una actitud «gerontofílica» (más característica de las culturas orientales y menos industrializadas, tal como analiza S. de Beauvoir, 1983).

En definitiva, un final (la jubilación, envejecimiento) se arregla mejor desde el principio (trabajo y formación). Las medidas citadas, imprescindibles unas, no tan urgentes otras..., pero la aplicación de las mismas pensamos que podrían ayudar a la consecución de una mayor calidad de vida en la jubilación, y posteriormente mayor calidad en la vejez y... calidad de muerte. En fin, es fundamental fomentar la calidad de vida del mayor teniendo en cuenta diferentes niveles: remuneración suficiente, equipamientos socio-sanitarios adecuados, entorno favorable (redes y apoyo social al alcance), capacidad de disfrutar del tiempo libre (actividades, *hobbies*, voluntariado), etc. (ver Capítulo 11).

Cualquier medida tendrá que estar estudiada y contemplada a medio y largo plazo si no se quieren aplicar parches ni cumplir el papel de «bomberos» sino anticiparse a las nuevas necesidades, apostar por la prevención y la continua evaluación. Constituye todo un reto, aunque a veces parezca una utopía, caminar en este sentido. La concepción de actividad, de envejecimiento, de jubilación está en continua reconstrucción y cambio. Hay que considerar esta imparable redefinición de la situación de los mayores. Conviene recordar que los/as mayores de un futuro próximo serán distintos a los mayores de hoy en día. La mayoría tendrán cubiertas sus necesidades básicas, tendrán un mayor nivel de instrucción, sus valores hacia el trabajo/ocio serán diferentes, sus niveles de salud (mental y física) serán más favorables, etc. Estos «nuevos perfiles de los mayores» que empezamos a vislumbrar harán imprescindible que el papel pasivo e invisible de los mayores vaya evolucionando hacia un rol más

participativo y activo a todos los niveles, sin olvidar las necesidades de dependencia también crecientes.

En este *collage* de situaciones de los mayores, en esta sociedad *virtual* y de *ciberpersonas*, en este *puzzle* de diferentes piezas..., el papel de la psicología, y de las ciencias sociales en general, se torna crucial para analizar el mosaico que constituye la gente mayor. La obra que aquí se ha presentado sólo ha pretendido ser una humilde aportación al conocimiento de la actividad, del trabajo y los mayores, en el entorno de la jubilación y el envejecimiento desde un *mirada* psicossociológica.

BIBLIOGRAFÍA

Bibliografía

A

- ABELLÁN GARCÍA, A. (1991), «El envejecimiento de la población española» en A. M. GUILLEMARD, *Envejecimiento, edad y empleo en Europa. Situación actual y perspectivas*. Madrid: Instituto de Estudios de Prospectiva, Ministerio Economía y Hacienda.
- (1994), «Factores de envejecimiento y características de la estructura social» en VV. AA., *Cooperación intergeneracional: nuevas perspectivas de desarrollo social* (Seminario UIMP, 1993). Barcelona: Fundación «La Caixa».
- ABELLÁN, A.; FERNÁNDEZ-MAYORALAS, G.; RODRÍGUEZ, V., y ROJO, F. (1990), «El envejecimiento de la población española y sus características socio-sanitarias», *Estudios Geográficos*, núm. 199-200, pp. 240-257.
- ABENGOZAR TORRES, M. C., y SERRA DESFILIS, E. (1997), *Envejecimiento normal y patológico*. Valencia: Promolibro.
- ACHEMBAUM, W. A. (1978), *Old Age in the New Land*. London: Johns Hopkins.
- ADLER, M. H. (1986), *Passeport pour le troisième âge*. París: Calmann-Levy.
- AGREE, E. M., y MYERS, G. C. (1998), *Ageing research in europe: demographic, social and behavioural aspects*. Nueva York: ONU, United Nations Economic Commission for Europe, National Institute on Aging.
- AGUIAR, F.; PÉREZ YRUELA y SERRANO, R. (1995), *Indicadores sociales de calidad de vida y Tercera Edad*. CSIC: Instituto de Estudios Sociales Avanzados de Andalucía.
- AGUIRRE, J. A., et al. (1977), «Ocio y vejez, ¿a la búsqueda del tiempo perdido», en J. A. AGUIRRE et al., *La Tercera Edad*. Madrid: Karpos.
- AGUIRRE, J. A., y GARMENDIA, J. E. (1982), *Investigación social sobre la Tercera Edad. Recopilación Bibliográfica*. Madrid: Ministerio de Trabajo.
- AGULLÓ, E. (1997), *Jóvenes, trabajo e identidad*. Oviedo: Publicaciones Universidad de Oviedo.
- (1994), *Iglesia, secularización y cambio social. Análisis de la situación socio-religiosa de Alcoi*. Alcoi: Marfil.
- AGULLÓ, E., y AGULLÓ, M. S. (1996), «Iglesia, secularización y cambio social. Análisis de la situación socio-religiosa de Alcoi», en *Actes II Congrès Català de Sociologia (Girona, 15-17 d'abril de 1994)*, pp. 853-870, vol. II. Barcelona: Societat Catalana de Sociologia.

- AGULLÓ, E.; FDEZ., J. A.; FDEZ., J.; GARCÍA, A. I., y GROSSI, J. (coord) (1999), *Siglo XXI. Problemas, perspectivas y desafíos*. Oviedo: Publicaciones Universidad de Oviedo.
- AGULLÓ, M. S. (2001), *Work, Retirement and Activities from the Elderly People*, Working Paper, Department of Sociology, London School of Economics and Political Sciences (en prensa).
- (2001), «En tercer plano. Estereotipos, cine y mujeres mayores», en MUÑOZ, B., *Mujeres, comunicación y cambio cultural*. Madrid: CAM.
- (2000), «Significados del trabajo, jubilación y personas mayores», en VV.AA. (ed.), *Psicología del trabajo, de las organizaciones y de los recursos humanos*. Madrid: Biblioteca Nueva (pp. 36-43).
- (1998), «Tiempo y gente mayor: actividades, significados y discursos». Comunicación VI Congreso Nacional Sociología. La Coruña.
- (1996a), «Pre-jubilación y jubilación desde una perspectiva psicosocial», en M. MARÍN (comp), *Sociedad y Educación*. Sevilla: Eudema (pp. 677-688).
- (1996b), «La jubilación, ¿cómo se vive en nuestros días? Comunicación Congreso Nacional Calidad de Vida en la Vejez. Burgos.
- (1995), «Una aproximación a la situación actual y a la autopercepción en torno a la jubilación», *Actas V Congreso Español de Sociología*, Granada.
- AGULLÓ, M. S., y GARRIDO, A. (2001), *La contribución de las mujeres al mantenimiento del bienestar social: el cuidado a otras personas*. Instituto de la Mujer (informe de investigación).
- (2000), «Actitudes hacia el cuidado de personas dependientes», en VV.AA. (ed.), *Intervención psicosocial y comunitaria*. Madrid: Biblioteca Nueva (pp. 442-450).
- (1999), «Género, envejecimiento y jubilación», en I. CARRERA; R. M. CID LÓPEZ y A. PEDREGAL (Eds.), *Cambiando el conocimiento; Univeridad, sociedad y feminismo*. Oviedo: KRK (pp. 19-23).
- (1998a), «Trabajo y actividad en el envejecimiento y en la jubilación». Comunicación IV Congreso Nacional de Psicología del Trabajo y de las Organizaciones. Valladolid.
- (1998b), «Las personas mayores ante el envejecimiento y la jubilación». Comunicación II Congreso Iberoamericano de Psicología. Madrid.
- (1998c), «Actitudes de las personas mayores hacia las prestaciones sociales». Comunicación VI Congreso Español de Sociología. La Coruña.
- (1997a), «Relaciones intergeneracionales: actividades de las personas mayores y los jóvenes». *Actas VII Congreso INFAD*, Oviedo (pp. 343-354).
- (1997b), «Estereotipos y actitudes sociales en torno al envejecimiento». Comunicación VI Congreso Nacional de Psicología Social, San Sebastián.
- (1996), *La transición hacia la jubilación en el proceso de envejecimiento de las mujeres*. Madrid: Instituto de la Mujer (Informe de investigación).
- ALBA RAMÍREZ, A. (1997), *Labor Force participation and transitions of older workers in Spain*, Working Papers 97-39. Madrid: Universidad Carlos III de Madrid.
- ALBA, V. (1992), *Historia Social de la Vejez*. Barcelona: Laertes.

- (1997), «Paro y jubilación, envejecimiento prematuro», en J. BUENDÍA (Ed.), *Gerontología y salud. Perspectivas actuales*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- ALBERDI, y ESCARIO, R. (1988), *La situación social de las viudas de España*. Madrid: INSERSO.
- ALEXANDER, B. B., et al. (1991), «Generativity in cultural context: the self, death and immortality as experienced by older american women», *Ageing and Society*, vol. 11, part 4, pp. 417-442, Dec.
- ALLEN, I.; HOGG, D., y PEACE, S. (1992), *Elderly people: Choice, Participation and Satisfaction*. Londres: Policy Studies Institute.
- ALMARZA, J. M., y GALDEANO, J. (Eds.) (1989), *Hacia una vejez nueva*. Salamanca: San Esteban.
- ALONSO TORRENS, F. J. (1977), *La Tercera Edad: tercer mundo español*. Madrid: Cáritas Española.
- (1980), *El tiempo libre de la Tercera Edad*. Madrid: Cáritas Española.
- ALTARRIBA MERCADER, F. (1992), *Gerontología: aspectos biopsicosociales del proceso de envejecer*. Barcelona: Boixareu Universitaria.
- ALTERGOTT, K. (Ed.) (1988), *Daily life in later life: comparative perspectives*. Newbury Park: Sage.
- ÁLVARO ESTRAMIANA, J. L. (1992). *Desempleo y Bienestar Psicológico*. Madrid: Siglo XXI.
- (1995); *Psicología Social: perspectivas teóricas y metodológicas*. Madrid: Siglo XXI.
- ; TORREGROSA, J. R., y GARRIDO LUQUE, A. (comps.9 (1992). *Influencias Sociales y Psicológicas en la Salud Mental*. Madrid: Siglo XXI.
- ÁLVARO, J. L., et al. (1995), «The Meaning of Work in Spain», *International Journal of Sociology and Social Policy*, 15, núm. 6.
- ÁLVARO PAGE, M. (1996), «Diferencias en el uso del tiempo, entre varones y mujeres y otros grupos sociales», *REIS*, 74, 291-326.
- (1996), «Diferencias cuantitativas y cualitativas entre mujeres y varones medidas a través de los usos del tiempo», *Revista de Psicología Social*, (11) 2, 163-183.
- AMAT SOLER, J. (1997), *Prepare a tiempo su jubilación*. Barcelona: Gestión 2000.
- AMOSS, P. T., y HARRELL, S. (Eds.) (1981), *Other ways of Growing Old. Anthropological Perspectives*. California: Stanford University Press.
- AMYOT, J. J. (dir.) (1997). *Guide de l'action gérontologique: pratiques et environnement, savoirs et compétences, institutions et dispositifs*. París: Dunod.
- AMOSS, P. T., y HARRELL, S. (1981), *Other ways of Growing Old: anthropological perspectives*. Standford: Standford University Press.
- ANDREANI, E. (1982), «Les femmes et la retraite» en *La femme et le vieillissement*. Journée d'études et d'échanges. Univ. París X Nanterre et F.N.G.
- ANTAKI, C. (Ed.) (1988), *Analysing everyday explanations*. Londres: SAGE.
- ARAGÓ, J. M. (1980), «El proceso de envejecimiento. Aspectos psicosociológicos», *Estudios de Psicología*, 2, 149-168.
- (1986), «Aspectos psicosociales de la senectud», en M. CARRETERO, J. PALACIOS y A.

- MARCHESI, *Psicología Evolutiva 3. Adolescencia, madurez y senectud*. Madrid: Alianza Psicología.
- ARANEGA, M. (1998), *Tengo una abuela diferente a las demás*. Barcelona: Fundació "la Caixa".
- ARANGUREN, E. LÓPEZ (1992), «Prólogo», *La vejez como autorrealización personal y social*. Madrid, INSERSO.
- (1994), «Los derechos de la Tercera Edad» en W. AA., *Derechos de las minorías y de los grupos diferenciados*. Madrid: Escuela Libre Editorial.
- ARANGUREN, J. L. L. (1960), «La experiencia de la vida» en J. MARÍAS *et al.*, *Experiencia de la vida*. Madrid: Tribunal de la Revista de Occidente, tomo 1.
- (1982), «El arte de rejuvenecerse» (entrevista a J. L. L. ARANGUREN), *Tiempo de Hoy*, núm. 19, 16-23, agosto.
- (1985), «Una síntesis de todas las edades» (entrevista), *Outeiro*, núm. 16, pp. 45-49 abril. Caixa Galicia.
- (1985), «La ética de la sociedad ante la ancianidad», *Anymo, Ancianidad y Movimiento*, año II, núm. 6, julio. Barcelona: SAFIVE (Societat per les Activitats Físiques dels Vells).
- (1990), «Ventura y aventura de la vejez», *La llibreta Magazine*, núm. 22, pp. 20-23 julio-octubre, Barcelona.
- (1992), *La vejez como autorrealización personal y social*. Madrid, INSERSO.
- , *et al.* (1984), *La ancianidad, nueva etapa creadora*. Barcelona: Edimurtra.
- ARBELO CURBELO, A. (1981), *Demografía sanitaria de la ancianidad*. Madrid: Karpos.
- ARBELO, A., y HERNÁNDEZ, G. (1981), «Jubilación», en A. ARBELO, *Demografía sanitaria de la ancianidad*. Madrid: Karpos.
- ARBER, S., y EVANDREUM, M. (1993), *Ageing, Independence and the Life Course*. Londres: Kingsley.
- ARBER, S., y GINN, J. (1991), *Gender and later life. A sociological Analysis of Resources and Constraints*. Londres: Sage Publication.
- ARBER, S. (1990), «The meaning of informal care: gender and the contribution of elderly people», *Ageing and society*, vol 10, part 4, pp. 429-454, dec.
- (1988), «Gender, household composition and receipt of domiciliary services by elderly disabled people», *Journal of Social Policy*, vol 17, part 2, pp. 153-175, abril.
- ARENAS, M. (1995), *Los mayores de Avilés: la generación de la inmigración: generaciones y ciclos vitales en la ciudad*. Avilés: Ayuntamiento de Avilés.
- ARENDT, H. (1958/1974), *La condición humana*. Barcelona: Seix Barral.
- ARGYLE, M. (1992), «Efectos del apoyo social derivado de distintas relaciones en la felicidad y la salud mental», en J. L. ÁLVARO, J. R. TORREGROSA y A. GARRIDO LUQUE (comps.). *Influencias Sociales y Psicológicas en la Salud Mental*. Madrid: Siglo XXI.
- Association Internationale de la Securite Sociale (1977), *Recherche sur le vieillissement et la retraite: implications pour la securite sociale*, Etudes et recherches núm. 9. Suiza: AISS.
- ATCHLEY, R. C. (1972), *The social forces in later life. An introduction to Gerontology*. Belmont, CA: Wadsworth Pub. Co.

- (1976), *The sociology of retirement*. Cambridge, Mass.: Schenkman.
- (1976), «Retirement and leisure participation: continuity or crisis», in C.S. KART y B. B. MANARD (Eds.), *Aging in America; Readings in Social Gerontology*. Alfred Publishing Co., Inc., pp. 302-310.
- (1976), «Selected social and psychological differences between men and women in later life», *Journal of Gerontology*, 31, pp. 204-211.
- (1976), «Work, retirement and leisure», en J.B. WILLIAMSON, *Aging and Society: an introduction to social gerontology*. Nueva York: Holt, Rinehart y Winston.
- (1987), *Aging: Continuity and Change*. Belmont, CA; Wadsworth.
- (1989), «A continuity theory of normal aging», *The Gerontologist*, 29, 183-190.
- Y SELTZER, R. (1976), *The sociology of aging: selected readings*. Belmont, CA: Wadsworth Pub. Co.
- ATKINSON, A. B., y REIN, M. (Eds.) (1993), *Age, work and social security*. Londres: Macmillan Press.
- ATTIAS-DONFUT, C. (1988), *Sociologie des generations*. París: PUF, Collection Le Sociologue.
- y ROZENKIER, A. (comp.) (1995), *Les solidarités entre générations. Vieillesse, familles, État*. París: Nathan.
- AZCONA, F., y PAGOIA, J. (1980), *Llegar a viejo: estudio sociológico de la Tercera Edad en Navarra*. Pamplona: Institución Príncipe de Vergara.

B

- BABEAU, A. (1985), *La fin des retraites?*. París: Hachette, Pluriel.
- BAGUET, R. (1985), *Retraite et utilité sociale*. Fonde, Lettre d'information, núm. 32, 17 pp.
- BAILY, W. T. (1993), «The image of middle-aged and older women in magazine advertisements», *Educational gerontology: an international Journal*, vol. 19, núm. 2, pp. 97-103, mar-abril.
- BALAO, P., y LÓPEZ ROYO, D. (1996), «Los mayores, protagonistas: Red Europea sobre la marginación de las Mayores en Núcleos Urbanos», *Cáritas*, núm. 361, pp. 17-28.
- BALTES, P. B. (1968), «Longitudinal and cross-sectional sequences in the study of age and generation effects», *Human Development*, 11, pp. 145-171.
- BALTE, P. B., y BRIM, O. G. (Eds.) (1983), *Life-Span developmental psychology*, vol. 5. Nueva York: Academic Press.
- BALTES, P. B., et al. (1980), «Integration versus differentiation of fluid-crystallized intelligence in old age» in *Developmental Psychology*, 16, pp. 625-635.
- BALTES, P. B.; REESE, H. W., y NESSELROADE, J. R. (1977), *Life-span Developmental Psychology: Introduction to Research Methods*. Belmont, CA: Wadsworth.
- BALTES, M., y BALTES, P. (eds.) (1989), *Successful Aging: Perspectives from the Social Sciences*. New York: Cambridge University Press.
- BARASH, D. P. (1987), *El envejecimiento*. Madrid: Salvat.

- BARENYS, M. P. (1991), *Residencia de ancianos: un análisis sociológico*. Barcelona: Fundació Caixa de Pensions.
- (1993), «La mujer en las Residencias de ancianos», *Revista de Gerontología*, vol. 3, núm. 1, pp. 20-24, mar.
- BARFIELD, R. E., y MORGAN, J. N. (1987), «Trends in satisfaction with retirement», *The Gerontologist*, 18, pp. 19-23.
- BARIL, R. (1980), *Un analyse de la situation économique des retraites en Québec: de la reproduction et de la considération des rapports de classe*. Memoria de maestría en Sociología. Montreal: Universidad de Québec.
- BARUCH, G. K.; Barnett, R. C., y Rivers, C. (1983), *Life prints: new Patterns of love and work for today's women*. Nueva York: McGraw-Hill.
- BATESON, M. (1990), *Composing a life*. New York: Penguin.
- BAURA, J. C., et al. (comps.) (1995), *Las personas mayores dependientes y el apoyo informal*. Jaén: Universidad Internacional de Andalucía «Antonio Machado».
- BAUTISTA DE LA TORRE, S. (1994), *La vejez, esa eterna juventud*. Madrid: Verbum.
- BARRÓN, A. (1992). «Apoyo social y salud mental», en J. L. ÁLVARO, J. R. TORREGROSA y A. GARRIDO LUGUE (comps.). *Influencias Sociales y Psicológicas en la Salud Mental*. Madrid: Siglo XXI.
- BASSOL, R.; BERNARD, P., y TOURAINE, A. (1960), «Retrait, conflict, participation», *Sociologie du travail*, n. 4.
- BAWIN-LEGROS, B., y GAUTHIER, A. (1994), «Relations intergénérationnelles: vers une typologie des grands-parents», P. PESTIEAU (ed.), *Héritage et transfert entre générations*. Bruxelles: DE Boeck Université.
- BAZO, M. T. (1989), «Personas ancianas: Salud y soledad», *REIS*, 47, pp. 193-223.
- (1990a), *La sociedad anciana*. Madrid: Siglo XXI-CIS.
- (1990b), «Mujer, ancianidad y futuro», *Emakunde*, 1, 62-65.
- (1991a), «Ancianidad y enfermedad», *Jano: Medicina y Humanidades*, 949, pp. 80-87.
- (1991b), «La familia como elemento fundamental en la salud y bienestar de las personas ancianas», *Revista Española de Geriátria y Gerontología*, 1, pp. 47-52.
- (1991c), «El estatus familiar y la salud, elementos clave en la institucionalización de las personas ancianas», en *Revista de Gerontología*, 1, pp. 53-60; 2, pp. 86-96.
- (1992), *La ancianidad del futuro*. Barcelona: SG, Fundación Caja de Madrid.
- (1993), «Mujer, ancianidad y sociedad» en *Revista Española de Geriátria y Gerontología*, 1 (28), pp. 17-22.
- (1995), «El reto del envejecimiento: una reflexión sociológica», *Revista Española de Geriátria y Gerontología*, vol. 30, pp. 95-97.
- (1996), «Vellesa i polítiques a la societat contemporània», en *Actes II Congrés Català de Sociologia*, pp. 467-474, vol. I. Societat Catalana de Sociologia, Barcelona.
- (1996), «Aportaciones de las personas mayores», *REIS*, 73, 209-224.
- y DOMÍNGUEZ-ALCÓN, N.C. (1996), «Los cuidados familiares de salud en las personas ancianas y las políticas sociales», *REIS*, núm. 73.

- , GARCÍA SANZ, B.; MAIZTEGUI, C., y MARTÍNEZ PARICIO, J. (coord.) (1999), *Envejecimiento y sociedad: una perspectiva internacional*. Madrid: Médica Panamericana, Caja Madrid, Sociedad Española de Geriátría y Gerontología.
- BEAUVOIR, S. (1970/83), *La vejez*. Barcelona: Edhasa.
- BECK, S. H. (1982), «Adjustement to and satisfaction with retirement», *Journal of Gerontology*, vol. 37, núm. 5, pp. 616-624.
- BELLAH, R. N., et al. (1985/1989), *Hábitos del corazón*. Madrid: Alianza.
- BENGSTON, V. L. (1973), *The Social Psychology of aging*. Nueva York: Bobbs-Merrill.
- y ROBERTSON, J. (Eds.) (1985), *Grandparenthood*. California: Sage.
- BENLLOCH, V.; PINAZO, S., y BERJANO, E. (1995), «El papel de la Gerontología en la Psicología Social», en J. A. CONDE y A.I. ISIDRO (comps.), *Psicología Comunitaria, Salud y Calidad de vida*. Salamanca: Eudema.
- BERGER, P., y LUCKMANN, T. (1967/85), *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- BERJANO, E., y BENLLOCH, V. (1995), «Estudio sobre el papel social que desempeñan las personas mayores en la actualidad», *Informació Psicològica*, vol. 5, núm. 58, pp. 61-65.
- BERJANO, PEIRATS, E., y LLOPIS, D. (1996), *Jubilación: expectativas y tiempo de ocio*. Madrid: Fundación Caja de Madrid.
- BERJANO, E., LLOPIS, D., y CORTS, P. (1995), «Influencia de la salud, la vivienda y el grado de asociacionismo en las actitudes de las personas mayores ante la jubilación», en J.A. CONDE y A.I. ISIDRO (comps.), *Psicología Comunitaria, Salud y Calidad de vida*. Salamanca: Eudema.
- BERKOWITZ, B., y GREEN, R. F. (1963), «Changes in intellect with age, Longitudinal study os Wechsler-Bellevue scores», *Journal of Genetic Psychology*, 103, pp. 3-21.
- BERMEJO, L. (1994), *Viva la jubilación*. Madrid: Popular.
- BERNARD, M. y MEADE, K. (Eds.) (1993), *Women come of age: perspectives on the lives of older women*. Londres: Edward Arnold.
- BERNARD, M., (Ed.) (1988), *Positive approaches to ageing: leisure and life-style in later life*. University of Keele: Beth Johnson Foundation publications in association with the Centre for Social Gerontology.
- BERTAUX, D. (Ed.) (1981), *Biography and Society. The Life History Approach in the Social Sciences*. California. Beverly Hills.
- BETANCOURT, R. L. (1991), *Retirement and men's physical and mental health*. New York: Garland Pub.
- BIEGEL, D. E., y BLUM, A. (1990), *Aging and Caregiving*. Londres: Sage.
- BIANCHI, H., et al. (1992), *La cuestión del envejecimiento, perspectivas psicoanalíticas*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- BILLIG, M. (1987), *Arguing and thinking. A rethorical approach to social psychology*. Cambridge: Cambridge University Press.
- BINSTOCK, R.H., y SNANAS, E. (Eds.) (1976/1985), *Handbook of Aging and the Social Sciences*. Nueva York: Van Nostrans-Reinhold.

- BIRREN, J. E. (Ed.) (1959), *Handbook of Aging and the Individual*. Chicago: University of Chicago Press.
- (1961), «A brief history of the psychology of aging», *The Gerontologist*, 1, pp. 94-100.
- (1964), *The Psychology of Aging*. New Jersey: Prentice Hall, Englewood.
- (Ed.) (1965), *Relations of Development and Aging*. C.C. Springfield: Thomas.
- BIRREN, J. E., y BENGSTON, V. L. (Eds.) (1988), *Emergent Theories of Ageing*. Nueva York: Springer.
- BIRREN, J. E., y SLOANE, B. (Coedit.) (1980), *Handbook of mental health and aging*. New Jersey: Prentice Hall.
- BIRREN, J. E., y SCHAIK, K. W. (Eds.) (1977/1985), *Handbook of the psychology of aging*. Nueva York: Van Nostrand Reinhold.
- (1977) *Psychology of adult development and aging*. Nueva York: Van Nostrand Reinhold.
- BIRREN, J. E., et al. (1983), *Aging: a challenge to science and society*. Oxford: Oxford University Press.
- BISCHOF, L. J. (1976), *Adult Psychology*. Nueva York: Happer and Row.
- BIZE, P. R. y VALLIER, C. (1973/1984), *Una vida nueva: la Tercera Edad*. Bilbao: Mensajero.
- BLAKEMORE, K., y BONEHAM, M. (1994), *Age, race and ethnicity: a comparative approach*. Buckingham: Open University Press.
- BLANCHET, D. (1994), «Vieillesse, productivité, salarie», *Revue Française des Affaires Sociales*, vol. 48, núm. 1, pp. 177-181.
- BLAU, Z. (1973), *Old age in changing society*. Nueva York: Franklin Watts.
- BLUMER, H. (1969/1982), *El interaccionismo simbólico. Perspectiva y método*. Barcelona: Hora.
- BOLDRIN, M.; JIMÉNEZ-MARTÍN, S., y PERACCHI, F. (1997), *Social security and retirement in Spain*. Cambridge, MA: National Bureau of Economic Research.
- BOND, J.; COLEMAN, P., y PEACE, S. (Eds.) (1993), *Aging in Society. An Introduction to Social Gerontology*. Londres: Sage.
- BONE, M.; GREGORY, J., GILL, B., y LADER, D. (1992), *Retirement and Retirement Plans*. Londres: HMSO.
- BOPP, L. (1966), *Sentido y misión de la vejez*. Madrid: Studium.
- BORNAT, J.; PHILLIPSON, C., y WAND, S. (1985), *A manifest for Old Age*. Londres: Pluto.
- BOTWINICK, J. (1973), *Aging and behavior*. Nueva York: Springer.
- (1976), *Cognitive processes in maturity and old age*. Nueva York: Springer.
- (1977), «Intelligence and aging» en BIRREN, J. E., y SCHAIK, K. W. (Eds.), *Handbook of the psychology of aging*. Nueva York: Van Nostrand.
- BOWLING, A., y CARTWRIGHT, A. (1982), *Life after a Death: a study of the elderly widowed*. Londres: Tavistock Pub.
- BRIET, R.; ZAIMAN, C., y RUBINSTEIN, J. C. (1995), *Perspectives à long terme des retraités*. París: La Documentation Française.

- BRODY, J. A. (1982), «Influences psychosociales sur le vieillissement», en *X Conférence Internationale de Gerontologie Sociale*. París: Centre International de Gérontologie Sociale, pp. 192-193.
- BROMLEY, D. B. (1971), *The psychology of human aging*. Harmondsworth: Penguin.
- BROWN, P., y LASKIN, D. (comps.) (1993), *Envejecer juntas: las mujeres y el paso del tiempo*. Barcelona: Paidós.
- BRUBAKER, T. (1985), *Later life families*. California: Sage.
- (Ed.) (1990), *Family Relations in Later Life*. Londres: Sage.
- BUENDÍA, J. (Ed.) (1997), *Gerontología y salud. Perspectivas actuales*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- y RIQUELME (1998), «El estrés de la jubilación: efectos psicopatológicos», en J. BUENDÍA y A. RIQUELME, *Estrés Laboral y salud*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- y RIQUELME, A. (1994), «Jubilación, salud y envejecimiento», en J. BUENDÍA y A. RIQUELME, *Envejecimiento y Psicología de la Salud*. Madrid: Siglo XXI.
- BURGESS, E. W. (Ed.) (1960), *Aging in Western Societies*. Chicago University Press.
- , CAVAN, R. S., y HAVIGHURST, R. (1948), *Your activities and attitudes*. Chicago: Science Research Associates.
- BURKHAUSER, R., y QUINN, J. (1989), «Work and retirement: the American Experience», en *Redefining the process of Retirement in an International Perspective*. Heidelberg, Springer.
- BURUS, E. M.; ISAACS, B., GRACIE, T. (1980), *Enfermería Geriátrica*. Madrid: Morata.
- BURY, M. (1996), «Envejecimiento, género y teoría sociológica», en Arber, S., y Ginn, J., *Relación entre género y envejecimiento. Enfoque sociológico*. Madrid: Narcea.
- BURY, M., y HOLME, A. (1991), *Life after ninety*. Nueva York: Routledge.
- BUSSE, E. (1970), «A physiological, psychological and sociological study of aging» en PALMORE, E. B. (Ed.), *Normal Aging*, California: Duke University Press.
- BUTLER, R.N. (1975), *Why Survive? Being Old in America*. Nueva York: Harper Y Row.
- y GLEASON, H. P. (1985), *Productive Aging*. Nueva York: Springer-Verlag.
- BYTHEWAY, B.; KEIL, T.; ALLAT, P., y BRYMAN, A. (Eds.) (1989), *Becoming and Being Old: Sociological Approaches to Later Life*. Londres: Sage.

C

- CABALLERO, J. J. (1979), «En torno al trabajo, el paro y la jubilación», *Revista de Economía Política*, núm. 82, pp. 175-181.
- CABRERIZO PLAZA, F. (1979), *Preparación a la jubilación*. Madrid: CNTE.
- CABRILLO, F., y CACHAFEIRO, M. L. (1990), *La revolución gris*. Barcelona: Ed. del Drac.
- CALASANTI, T. M. (1993), «Bringing in diversity: Toward an inclusive theory of retirement», *Journal of Aging Studies*, 7, 133-150.
- CALERO, M. D. (1996), «Valoración de un programa de autoayuda entre ancianos: perfil de los voluntarios», *Intervención Psicosocial: Revista sobre Igualdad y Calidad de Vida*, vol. 5, núm. 13, pp. 85-95.

- CALVO MELENDRO, J. (1971), «Aburrimiento y depresión en la vejez», *Anales de la Real Academia Nacional de Medicina*, Cuaderno núm. 4.
- CALVO MELENDRO, J., y SÁNCHEZ MALO, P. (1978), «El anciano en el medio rural», *Revista Española de Gerontología y Geriátrica*, vol. XIII, núm. 3.
- CAMARERO, L. A.; SAMPEDRO, R., y VICENTE-MAZARIEGOS, J. I. (1992), *Mujer y ruralidad. El círculo quebrado*. Madrid: Instituto de la Mujer.
- CAMPO, S. DEL (Ed.) (1994), *Tendencias sociales en España (1960-1990)*, tres vols. Bilbao: Fundación BBV.
- CAMPO, S. DEL, y NAVARRO, M. (1982), *Análisis sociológico de la familia en España*. Madrid: Ministerio de Cultura.
- (1982), *La investigación social sobre la Tercera Edad. Análisis sobre la situación actual*. Madrid: INSERSO.
- CAMPO, S. DEL, y VERDÚ, F. (1981), *Introducción a la Gerontología Social*. Madrid: Ministerio de Trabajo, Sanidad y Seguridad Social.
- CAMPS, S. (1995), «El voluntariat per la gent gran». *Fórum: Revista d'Informació i Investigació*, núm. 3, pp. 64-72.
- CAMPS, M. (1991), «De la nada a la atención de la vejez en el mundo rural»; *Revista de Servicios Sociales y Política Social*, núm. 24.
- CANAL RAMÍREZ, J. (1981), *Envejecer no es deteriorarse*. Madrid: Paraninfo.
- CANO LORENZO, S. (1990), *La vejez: integración o exilio*. Gijón: Fundación Pública de Servicios Sociales Municipales.
- CARCELÉN CONESA, J. M. (1989), *Planes de pensiones y sistemas de jubilación: guía simplificada de su contenido y sus posibilidades*. Madrid: Tecnos.
- CARBÓ, J., y CAPDEVILLA, R. (1998), *El escarabajo del abuelo Joaquín*. Barcelona: Fundació "la Caixa".
- CARDÚS I ROS, S. (1985), *Saber el temps: el calendari y la seva significació social*. Barcelona: Altafulla.
- CÁRITAS ESPAÑOLA (1980), «Ocio y sociedad de clases», en *Documentación Social. Revista de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada*, núm. 39, Madrid: Cáritas.
- (1992), «La animación de los mayores», en *Documentación Social. Revista de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada*, núm. 86. Madrid: Cáritas.
- (1997), *Memoria 1996*. Madrid: Cáritas.
- CARRASCO, J., et al. (1979), *Estudio Biopsicosocial de jubilados*. Madrid: Instituto de Ciencias del Hombre.
- (1993), *Guía práctica para mayores*. Madrid: INSERSO.
- CARP, R. (Ed.) (1977), *Retirement*. Nueva York: Behavioral Publications.
- CARRILLO RIDAO, E., et al. (1994), *Estudio sobre las necesidades de atención socio-sanitaria de las personas mayores en el municipio de Móstoles*. Madrid: Fundación Caja Madrid.
- CARSTENSEN, L., y EDELSTEIN, B.A. (1989), *El envejecimiento y sus trastornos*. Barcelona: Martínez Roca.
- CASALS, I. (1982), *Sociología de la ancianidad*. Madrid: Mezquita.

- (1980), «Hacia una sociología de la ancianidad en España» en *REIS*, 11, pp. 91-111.
- (1996), «La gent gran com a consumidors de serveis», en *Actes II Congrés Català de Sociologia (Girona, 14-17 d'abril de 1994)*, 435-440, vol. Barcelona: Societat Catalana de Sociologia.
- CASAS, J. I. (1987), *La participación laboral de la mujer en España*. Madrid: Instituto de la Mujer.
- CASAS ÁLVAREZ, P. (1991), «Actitudes políticas de los jubilados», en *Geriátrica*, núm. 9. Madrid: Alpe.
- CASEY, B., y BRUCHE, G. (1983), *Work and Retirement*. Londres: Gower.
- CASTAÑO, D., y MARTÍNEZ-BENILLOCH, I. (1990), «Aspectos psicosociales en el envejecimiento de las mujeres», *Anales de Psicología*, núm. 6 (2), pp. 159-168.
- CASTELLS, M., y PÉREZ ORTIZ, L. (1992), *Análisis de las políticas de vejez en España en el contexto europeo*. Madrid: INSERSO.
- CASTILLO, J. J. (1998), «El significado del trabajo hoy», en *REIS*, núm. 82, pp. 215-229. Madrid: CIS.
- y PRIETO, C. (1983), *Condiciones de trabajo: un enfoque renovador de la Sociología del Trabajo*. Madrid: CIS.
- CASTRO, A. DE (1990), *La Tercera Edad: tiempo de ocio y cultura*. Madrid: INSERSO.
- CAVAN, R. S.; BURGESS, E. W.; HAVIGHURST, R. J., y GOLDHAMMER, H. (1949), *Personal adjustment in Old Age*. Chicago: Science Research Associates.
- CC.OO. (1990), *La pobreza de la mujer en la Tercera Edad*. Madrid: Sindicato de Pensionistas y Jubilados de CC.OO., Secretaría de la Mujer.
- CEA D'ANCONA, M. A., y VALLÉS, M. S. (1992), *Hogares unipersonales*. Documento de trabajo, núm. 44. Madrid: Ayuntamiento de Madrid.
- Centre de Liason, d'Etude, d'Information et de Recherche sur les problemes des personnes agees (1976), *Isolement et solitude de la femme âgée*. París.
- CEIM (1991), *Los municipios de la Comunidad de Madrid en cifras*. Madrid: CEIM.
- Centro de Estudios del Menor (1993), «Las personas mayores en la familia: facetas de potenciación», *Occasional Papers Series* núm. 4. Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales.
- Centre Internationale de Gerontologie Sociale (1975), *La femme âgée, isolée et veuve*. París.
- CHADEAU, A. (1983), *La mesure du travail domestique; comparaison internationale*. Luxemburgo: IARIV.
- CHALLÓN, J. (1976), *Una jeune femme de 60 ans*. París.
- CHILD, C. M. (1915), *Senescence and rejuvenescence*. Chicago: University of Chicago Press.
- CHOWN, S. M. (comp.) (1972), *Human ageing; selected readings*. Baltimore: Penguin Books.
- CHOWDHARY, U. (1991), «Cloting and self-esteem of the institutionalized elderly female two experiments», in *Educational Gerontology: an international bimonthly Journal*, vol 17, núm. 6, pp. 527-541, nov-dec.

- CICERÓN (1993), *De Officiis. Cato Maior, de senectute. Laelius, de amicitia (Los oficios o los deberes, De la Vejez, De la amistad)*. Méjico: Porrúa. (Ed. orig. 44 a.C.; 1.ª ed. cast, Amberes, 1546).
- CIMOP (Comunicación, Imagen y Opinión Pública) (1997), *Representaciones sociales sobre la salud de los mayores madrileños...* Madrid: Dirección General de Prevención y Promoción de la salud.
- CIRES (1992), *La Realidad Social en España, 1991-92*. Barcelona: Fundación BBV, Fundación Caja de Madrid y BBK.
- (1991), *Encuesta sobre uso del tiempo*, CIRES.
- (1992), *Encuesta de Tercera Edad*, CIRES.
- (1995), *Encuesta sobre Los Mayores*, CIRES.
- CIS (1990), *Situación Social de los viejos en España*. Col. Estudios y Encuestas. Madrid: CIS.
- (1993), *Apoyo informal a la Tercera Edad*, CIS.
- CLARK, R. L. (1968), *Employment after retirement; a study of the postentitlement work experience of men drawing benefits under social security*. Washington, U.S. Dept. of Health, Education, and Welfare, Social Security Administration, Office of Research and Statistics.
- , (ed.) (1980), *Retirement policy in an aging society*. DURHAM, N. C.: Duke University Press.
- , y ANKER, R. (1989), «Labour force participation rates of older persons: an international comparison», in *Population and Labour Policies Programme, Working Paper*, núm. 171.
- CLEMENTE, M. (Ed.) (1992), *Psicología social. Métodos y técnicas de investigación*. Madrid: Eudema.
- CLOKE, P. (1977), «An index of rurality for England and Wales», *Regional Studies*, núm. 11.
- CLORIS, P., BERNARD, M., y STRONG, P. (eds.) (1986), *Dependency and Interdependency in Old Age. Theoretical Perspectives and Policy Alternatives*. Londres: Wolfeboro.
- CLUZEL, J. (1983), *Les pouvoirs publics et les veuves*. París: Librairie Générale de Droit de Jurisprudence.
- COENEN-HUTHER, J. (1978), «Anthropologie du vieillissement» en *VIII Conférence Internationale de Gerontologie Sociale*, pp. 225-231. París: C.I.G.S.
- COHEN, L. (1984), *Small expectations: society's betrayal of older women*. Toronto: McClelland y Stewart.
- COHEN, D., y WU, S. (1980), «Language and cognition during ageing», *Annual Review of Gerontology and Geriatrics*, 1, 71-96.
- COLLADO, A. (1989), «Efectos no deseados del proceso de envejecimiento de la sociedad española», *REIS*, 48, pp. 199-209.
- COLLOT, C., et al. (1982), *La situation sociale des citadines âgées vivant seules dans trois pays européens*. París: Centre de Liaison, d'Etude, d'Information et de Recherche sur les Problemes des Personnes Agées.
- (1980), «Besoins et aspirations de la femme agée», *Années-Documents-CLEIRPPA*, núm. 77, Julio-Agosto, pp. 3-13.

- (1983), «Vivre la retraite. Etude quantitative», *Années-Documents- CLEIRPPA*, núm. 127, 3-9.
- COLET, T. (1992), *The journey of life: a Cultural History of Aging in America*. Cambridge: Cambridge University Press.
- (1992), *Voices and Visions: Toward a Critical Gerontology*. Nueva York: Springer.
- COLEMAN, A. (1983), *Preparation for retirement in England and Wales: a research report*. Leicester: National Institut of Adult Education.
- COLIN, M. (1972), «La situation des femmes devant le retraite», *Vie Sociale*, núm. 1, pp. 3-15, janvier.
- COMAS D'ARGEMIR, D. (1992), *Funciones asistenciales en la familia: mujeres, apoyo y cuidado*. Madrid: Instituto de la Mujer (informe de investigación).
- CONFORT, A. (1965), *The process of Aging*. Londres: Weidenfeld and Nicolson.
- (1977/86), *Una buena edad, la Tercera Edad*. Barcelona: Blume.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (1989), *The elderly in Latin America: a strategic Sector for Social Policy in the 1990s*. Santiago, CELC.
- Comisión Federal de Pensionistas (1989), *Alternativas para los jubilados*. Madrid: Siglo XXI.
- Commissariat General au Tourisme (1971), «Les personnes âgées de 55 a 75 ans. Les changements de résidence à l'occasion de la retraite», *Bulletin Statistique du Commissariat Général au Tourisme*, núm. 7-8, pp. 60-101, juillet-août.
- Commission of the European Communities (1993), *Age and attitudes. Main results from Eurobarometer Survey*. Bruselas: Commission of the European Communities.
- Comunidad de Madrid (1992), *65 años cumplidos. Los ancianos en la Comunidad de Madrid*. Madrid: Consejería de Economía, CAM.
- (1989), *Nuestros mayores, Perfil socio-sanitario de la Tercera Edad en la CAM*, Serie Monografías, núm. 2. Madrid: Consejería de Salud, CAM.
- (1998), *Plan de mayores*. Madrid: Comunidad de Madrid, Dirección General de Servicios.
- Comunidades Europeas-CES (1993), *Dictamen sobre las personas de edad avanzada en la Sociedad*. Bruselas: CES (93), 1171.
- CONDER, R. (1983), «Tendencias de cambio en la estructura familiar», *REIS*, 21, pp. 33-60.
- Conseil de L'Europe (1993), *Evolution démographique récente en Europe et en Amérique du Nord*. Estrasburgo: Consejo de Europa.
- Consejo Asesor de Planificación Económica (1988), *Economic Effects of an Ageing Population*. Doc. núm. 29 del Consejo Australian Government Publishing Service, Camberra.
- Consejo de Europa (1984), *La protection sociale des personnes très âgées*. Estrasburgo: Informe de investigación.
- (1996), *Evolution récente en Europe*. Estrasburgo.
- COOPER, J., y GOETHALS, G. (1985), «The self concept and old age», en J. G. MARCE (Ed.), *Aging: Research on Aging*, 1, pp. 464-480.

- COOPMANS, M.; HARROP, A., y HERMANS-HUISQUES, M. (1989), *La situation sociale et économique des femmes âgées en Europe. Rapport de synthèse de deux études*. Luxemburgo: Office des publications officielles des Communautés Européennes.
- Council of State Governments (1978), *The whole person after 60: retirement and the elderly*. Lexington, Ky.: Council of State Governments.
- COUPE, B. (1994), «Actifs ou inactifs? situation des assurés lors de la demande de retraite», *Gerontologie et Société: cahiers de la Fondation Nationales de Gerontologie*, núm. 70.
- COVEY, H. (1981), «A reconceptualization of Continuity Theory: some preliminary thoughts», *The Gerontologist*, 21.
- COWARD, R. T., y LEE, G. R. (1985), *The Elderly in Rural Society*. Nueva York: Springer.
- COWDRY, E. (dir.) (1939), *Problems of aging*. Baltimore: Williams and Wilkins.
- COWGILL, D. O., y HOLMES, L. (Eds.) (1972), *Aging and modernization*. New York: Appleton-Century-Crofts.
- COX, H. (1984), *Later life: the realities of aging*. Nueva Jersey: Prentice-Hall.
- CRAWFORD, M. P. (1971), «Retirement and disengagement», *Human Relations*, 24, 255-278.
- (1972), «Retirement and role playing», *Sociology*, 6, 217-236.
- (1973), «The retirement: a rite de passage», *The Sociological Review*, 21, 476-81.
- CRESPO, E. (1991), «Representaciones sociales y actitudes: una visión periférica», en C. FERNÁNDEZ VILLANUEVA, J. R. TORREGROSA, F. J. BURRILLO, y F. MUNNÉ. (Eds.) (1991), *Cuestiones de Psicología Social*. Madrid: Ed. Complutense.
- (1991), «Lenguaje y acción: el análisis de discurso», *Interacción Social*, 1, 89-101.
- (1992), «Actitudes, evaluación y racionalidad», *Estudios de Psicología*, 47, 37-45.
- (1992), «El pensar de cada día», *Interacción Social*, 163-174.
- (1993), «De la percepción a la lectura: el conocimiento como práctica social», *Psicothema*, 5, 83-90.
- (1995), *Introducción a la Psicología Social*. Madrid: Universitas.
- BERGERE, J., TORREGROSA, J. R., y ÁLVARO, J. L. (1998), «Los significados del trabajo: un análisis lexicográfico y discursivo», *Sociología del Trabajo*, 33, pp. 51-70.
- CRIBIER, F., y DUFFAU, M. I. (1980), «La vieillesse et les sciences sociales», *La Revue française de la santé publique*, núm. 16, pp. 569-576.
- (1982), «Le passage a la retraite: l'exemple d'une génération de salaries parisiens», en IMMOF, A. E., *Le vieillissement*, pp. 79-91. P.U.L., Lyon.
- CRUZ, P. (1994), *Representaciones de la sociedad española*. Madrid: CIS.
- , y COBO, R. (1990), *Situación social de los viejos en España*. Madrid: CIS.
- Cruz Roja Española (1982), *Ser anciano en España*. Estudio psico-social. Madrid: Cruz Roja.
- (1990), *Jornadas sobre la participación social de las personas mayores*. Madrid: Cruz Roja.
- (1997), *Memoria 1996*. Madrid: Cruz Roja Española.
- CUENCA CABEZA, M. (1995), «El tiempo libre y el ocio en las personas mayores», en

- SECAT, *Las actividades económicas de las personas mayores*. Madrid: SECOT.
- (1995), *Temas de pedagogía del ocio*. Bilbao: Universidad de Deusto.
- CUMMING, E., y HENRY, W. E. (1961), *Growing Old: The process of Disengagement*, Nueva York: Basic Books.

D

- DALE, A. (1988), «Older worker and the peripheral workforce: the erosion of gender differences», *Ageing and Society*, vol. 8, part 1, pp. 43-62, mar.
- DALMASES, A., et al. (1995), *Senior: Guía práctica para una madurez feliz*. Barcelona: Carroggio (8 vols.).
- DANGERFIELD, O. (1994), «Las retraites entre 1988 et 1993: des évolutions individuelles à l'évolution globale», *Solidarité Santé*, núm. 4, pp. 33-42.
- DATAN, N., y LOHMANN (Eds.) (1980), *Transitions of aging*. Nueva York: Academic Press.
- DAVEZIES, P. (1994), «Vieillesse différentielle et sélection dans une grande entreprise de la métallurgie», *Revue Française des Affaires Sociales*, vol. 48, núm. 1, pp. 115-120.
- DAVIS, J. A. (1988), «A student perspective on growing old», *Educational Gerontology: an international bimonthly Journal*, vol. 14, núm. 6, pp. 527-53, nov-dic.
- DAYKIN, C. D. (1993), *Consecuencias demográficas, económicas y financieras del aplazamiento de la edad de jubilación*. Madrid: AISS.
- Defensor del Pueblo (1990); *Residencias públicas y privadas de la 3.ª Edad (Informes, estudios y documentos)*. Madrid: Defensor del Pueblo.
- DELALANDRE, J. P. (1995), «Emploi, famille, santé retraites, s'adapter ou régresser?», *Rapport d'information*, n. 1913, Assemblée Nationale.
- DELGADO, J. M., GUTIÉRREZ, J. (Eds.) (1994), *Métodos y Técnicas cualitativas de investigación en Ciencias Sociales*. Madrid: Síntesis.
- DELIBES, M. (1995), *Diario de un jubilado*. Madrid: Destino.
- DEMICHELI, M. A. (1979), *Gerocultura*. Madrid: Ministerio de Sanidad y Seguridad Social.
- DENARD-TOULET, A. (1967), «Attitudes des femmes devant la retraite», *Revue Française de Gérontologie*, t 13, núm. 1, pp. 49-84, février.
- DENNIS, H. (ed.) (1984), *Retirement preparation: what retirement specialists need to know* Lexington, Mass: Lexington Books.
- DENNIS, W. (1996), «Creative productivity between the ages of 20 and 80 years», *Journal of Gerontology*, 21, 1-8.
- Department of employment (1994), *Getting On: the benefits of an older workforce*. Londres: Employmente Department Group.
- DESANTI, D. (1977), «Salariat, société, séduction, triple retraite de la femme ou sa renaissance?», *La Nef*, Numéro spécial, núm. 63, pp. 133-139, janvier-février-mars.
- DESDENTADO BONETE, A. (1985), «La reforma de los regímenes de pensiones y su conexión con los niveles no contributivos de protección», *Relaciones Laborales*, pp. 14-29.

- DÍAZ, L. (1994), *Décálogos para vivir más de 100 años*. Madrid: Popular.
- DÍAZ, D. (1976), *La última edad*. Pamplona: EUNSA.
- DÍAZ AGUADO, M. J. (1989), «La jubilación: una situación compleja», en VV. AA., *Seniors: jubilación y trabajo voluntario*, boletín 48. Madrid: Círculo de Empresarios.
- DÍAZ CASANOVA, M. (1989), «Envejecimiento de la población y conflicto entre generaciones», *REIS*, 45, pp. 85-113.
- (1995), «El cambio en el modelo de jubilación y la aportación económica y social de los mayores», en SECOT, *Las actividades económicas de las personas mayores*. Madrid: SECOT.
- DIBDEN, J., e HIBBET, A. (1993), «Older workers. An overview of recent research», *Employment Gazette*, 101 (6), 237-250.
- DÍEZ NICOLÁS, J. (1997), «La población española en el contexto europeo», *Política y Sociedad*, 26, pp. 9-23.
- DÍEZ SECO, E. (1995), *La sociedad y los mayores: antología de la Tercera Edad*. Madrid: E. DIEZ SECO.
- Diputación Foral de Bizkaia (1990), *Problemática de la Tercera Edad en Bizkaia*. Bilbao: Diputación Foral.
- Diputación de Madrid (1981). *Los ancianos de los 80*. Madrid: Imprenta Provincial de Madrid.
- DOERINGER, M.; RHODES, S., y SCHUSTER, M. (1983), *The aging worker*. London: Sage.
- DOERINGER, P. B., y PIORE, M. J. (1975), «El paro y el mercado dual de trabajo», en L. Toharia (comp.), *El mercado de trabajo: teoría y aplicaciones*. Madrid: Alianza Universidad.
- DOERINGER, P. B. (1990), *Bridges to Retirement, Older Workers in a Changing Labor Market*. Cornell University: ILR Press.
- DOMÍNGUEZ ANGULO, J. (1998), *¿Qué hacen las personas mayores por nosotros?: una guía para leer en familia*. Madrid: Delfín.
- DOOGHE, G. (1992), *The ageing of the population in Europe: socio-economic characteristics of the elderly population*. Leuven, Belgium: Garant Publishers.
- (1993), «Demographic aspects of active ageing en Europe», *International Conference on Active Ageing in the XXI Century*. Valetta.
- DOPPELT, J. E., y WALLACE, W. L. (1955), «Standarization od the Wechsler adult intelligence scale for older persons», *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 51, pp. 312-330.
- DORE, J.; GAGNON, J., y GAUVIN, P. (1995), *Guide de l'intergénération: complices en action!* Québec: Gouvernement du Québec, Secrétariat à la famille.
- DRAPER, J. E.; LUNDGREN, E. F., y STROTHER, G. B. (1967), *Work, Attitudes and Retirement Adjustment*. Madison, Wisconsin: University of Wisconsin Bureau of Business Research and Services.
- DRURY, E. (1993), «Los trabajadores más veteranos de la Comunidad Europea. Una situación de discriminación generalizada y escasa concienciación», *Revista de Gerontología*, vol. 3, núm. 4, 254-258.

- DUNKEL, R. E. (1972), *Life experiences of women and old age*. CA: San Juan.
- DUMAZEDIER, J. (1964), *Hacia una civilización del ocio*. Barcelona: Estela.
- DUOCASTELLA, R. (1976), *Informe sobre la Tercera Edad*. Barcelona: Fontanella.
- (1977), «La Tercera Edad como nuevo fenómeno sociocultural», en J. A. AGUIRRE *et al.*, *Tercera Edad*. Madrid: Karpos.
- DURÁN, M. A. (1986), *La jornada interminable*. Barcelona: Icaria.
- (1988), *De puertas adentro*. Madrid: Ministerio de Cultura.
- (1991), «El tiempo en la economía española», *Información Comercial Española*, núm. 695.
- (1993), *Encuesta sobre Demandas Sociales vinculadas al Cuidado de la Salud*. Madrid: CSIC.
- (1994), *Familia y vida cotidiana. La dimensión económica de la familia*. Madrid: CSIC.
- (1996), *Mujeres y hombres en la teoría sociológica*. Madrid: CIS.
- y RAMOS, R. (Coord.) (1997), «Tiempo y cambio social», *Revista Internacional de Sociología*, núm. 18, monográfico. Madrid: Instituto de Estudios Sociales Avanzados, CSIC.
- (1998), «La ciudad de los ancianos», pp. 107-124, en *La ciudad compartida. Conocimiento, afecto y uso*. Madrid: Consejo Superior de los Colegios de Arquitectos de España.
- DURÁN, M. A., y RODRÍGUEZ, V. (1996), «La construcción social de la vejez». Madrid: CSIC.
- DURÁN HERAS, A. (1991), «Mujeres y pensiones en España», *Economía y Sociología del Trabajo*, núm. 13-14, pp. 144-152.
- (1994), «Envejecimiento y protección social en la CAM». *Revista de Estudios Regionales de la CAM*, núm. 10. pp. 139-148.
- DURKHEIM, E. (1893/1973), *De la división social del trabajo*. Buenos Aires: Schapire.
- (1982), *Las formas elementales de la vida religiosa*. Madrid: Akal.
- DWYER, J. W., y COWARD, R. T. (Ed.) (1992), *Gender, families and elder care*. Newbury Park, California: Sage.

E

- ECHARREN, R., *et al.* (1963), *La ancianidad, problema social de nuestro tiempo*, Rev. *Documentación Social*, núm. 20, Cáritas Española, Madrid.
- EDIS (Equipo de Investigación Sociológica) (1981), *Los ancianos de los 80: necesidades sociales de los ancianos en la provincia de Madrid*. Madrid: Oficina de Medios de Comunicación, Diputación Provincial de Madrid.
- EDWARDH, J. (1992), «Aging in Latin America: myths, stereotypes and social justice», *Ageing International: Journal of the international federation on ageing*, vol. XIX, núm. 2, pp. 26-29, jul.
- EISDORFER, C. (1972), «Adaptation to loss of work», en F. CARP (Ed.), *Retirement*. Nueva York: Behavioral Publications.

- EISDORFER, C., y LAWTON, M. P. (1973), *The psychology of adult development and aging*. Washington DC: APA.
- ELDER, G. H., y ROCKWELL, R. C. (1979), «The life course and human development: an ecological perspective», *International Journal of Behavioral Development*, 2, pp. 1-21.
- ELÍAS, N. (1989), *Sobre el tiempo*. Madrid: FCE.
- ENDESA (1989), *El jubilado ante su futuro. III Jornadas de Preparación a la Jubilación*. Madrid: ENDESA.
- ERALDY, A. (1998), «Connaissance, representation, structure: pour une reformulation», *Revue de L'Institute de Sociologie*, 1995/3-4, pp. 9-31.
- ERIKSON, E. H. (1959), *Identity and the Life Cycle*. Nueva York: International Universities Press.
- (com.) (1981), *La adultez*. Méjico: Fondo de Cultura Económica.
- ESTIENNE, J. F. (1996), «Viellissement et retraites au Japon: une adaptation économique et sociales?», *Notes et Etudes Documentaires*, núm. 5.031, pp. 1-139.
- EUROLINK AGE (1993), *Age Discrimination against older workers in the European Community*. Londres (88 pp.)
- (1989), *La politique grise*. Bulletin spécial, Juin, 15 pp.
- EVEN, W. E. (1994), «Gender differences in pensions», *Journal of Human Resources*, núm. 2. vol. 29.

F

- FANLO NICOLÁS, J. (1994), *Jubilación en el régimen General de la Seguridad Social*. Madrid: Colegio de Ingenieros de Caminos, Puertos y Canales.
- FARGES, M. (1968), *La Tercera Edad*. Bilbao: Mensajero.
- FEATHERSTONE, M., y HEPWORTH, M. (1984), «Changing images of retirement: an analysis of representations of ageing in the popular magazine *Retirement Choice*», in D. B. BROMLES (Ed.), *Gerontology: Social and Behavioral Perspectives*. Londres: Crom Helm/British Society of Gerontology.
- Federation Nationale des infirmiers (1977) «Féminisme et vieillesse», *Mathusalem*, núm. 5, 16 p, novembre-décembre.
- (1976) «Femmes âgées: questionnaire distribué au cours du Congrès de la Western Gerontological Society en mars 1976 à San Diego (Californie)», *Gérontologie*, 76, núm. 24, pp. 57-58, octobre.
- FEINSON, M. C. (1987), «Mental health and aging: are there gender differences?», *The Gerontologist*, vol 27, núm. 6, pp. 703-711, dec.
- FENNELL, G.; PHILLIPSON, C., y EVERS, H. (1988), *The sociology of old age*. Londres: Open University Press.
- FERICGLA, J. M. (1992), *Envejecer. Una antropología de la ancianidad*. Barcelona: Anthropos.
- FERNÁNDEZ BALLESTEROS, R. (1986), «Hacia una vejez competente: un desafío a la ciencia

- y a la sociedad», en M. CARRETERO, J. PALACIOS y A. MARCHESI (comps.), *Psicología Evolutiva*, vol. III. Madrid: Alianza.
- , et al. (1992), *La vejez. Evaluación y tratamiento psicológico*. Barcelona: Martínez Roca.
- (1992), *Mitos y realidades sobre la vejez y la salud*. Barcelona: Fundación Caja de Madrid, SG Editores.
- Zamarrón, M. D., y Maciá, A. (1996), *Calidad de vida en la vejez en distintos contextos*. Madrid: INSERSO.
- , PALACIOS, J.; MARCHESI, A., y ARAGÓ, J. M. (1986), «Senectud» en M. CARRETERO, J. PALACIOS y A. MARCHESI (comps.). *Psicología Evolutiva*, vol. 3: *Adolescencia, madurez y senectud*. Madrid: Alianza Editorial.
- FERNÁNDEZ CORDÓN, J. A., y LEGUINA, J. (1994), «Cambios demográficos y dependencia en la Comunidad de Madrid», *Economía y Sociedad: Revista de Estudios Regionales de la Comunidad de Madrid*, núm. 10, pp. 25-41.
- FERNÁNDEZ, M. I.; MONTORIO, I., y DÍAZ, P. (1997), *Cuando las personas mayores necesitan ayuda. Guía para cuidadores y familiares*. 2 vols. Madrid: IMSERSO.
- FERNÁNDEZ NOGUERA, J. (1949), «Comentarios sobre algunos problemas de la vejez», *Arbor*, 37.
- FERRY, G.; LE GOVES G.; BOBES, J. (1994), *Psicopatología del anciano*. Barcelona: Masson.
- FINCH, J., y GRAVES, D. (Eds.) (1983), *A labour of love: women, work and caring*. Londres: Routledge. FIS (Fondo de Investigación Sanitaria) (1990), *Epidemiología del Envejecimiento en España*. Serie Grupos de Trabajo núm. 1. Madrid: Ministerio de Sanidad y Consumo.
- FISKE, M., y CHIRIBOGA, D. A. (1990), *Change and continuity in adult life*. San Francisco: Jossey-Bass.
- FITZGERALD, T. H. (1988), «La pérdida del trabajo: impresiones desde la jubilación», *Harvard-Deusto Business Review*, 4.º trimestre, pp. 25-32.
- FLAQUER, LL., y SOLER, J. (1989), *Permanencia y cambio en la familia española*. Madrid: CIS.
- FLOERZHEIM, R. (1987), «Work as a response to low and decreasing real income during retirement», *Research on Aging*, 3, pp. 428-440.
- FLOID, F. J. (1992), «Assessing retirement satisfaction and perceptions of retirement experiences», *Psychology and Aging*, vol. 7, núm. 4, pp. 609-621, diciembre.
- FLÓREZ TASCÓN, F. J. (1991), *Saber envejecer*. Madrid: Temas de Hoy.
- FOESSA (1967), *Tres estudios para un sistema de indicadores sociales*. Madrid: Euramérica.
- Fogarty, M. (ed.) (1982), *Retirement policy: the next fifty years*. Londres: Heineman.
- FOLCH I CAMARASA, LL. (1984), «Ser viejo no es una existencia absurda», en J. L. L. ARANGUREN et al., *La ancianidad, nueva etapa creadora*. Barcelona: Edimurtra.
- FONTANA, A. (1971), *The Last Frontier: the social meanings of growing old*. Sage: Beverly Hills.
- FORCADA, J. M. (1984), «Los ancianos, vendedores del tiempo», en J. L. L. ARANGUREN et al., *La ancianidad, nueva etapa creadora*. Barcelona: Edimurtra.

- FORD, J., y SINCLAIR, R. (1987), *Sixty Years On: Women Talk About Old Age*. Londres: the Women's Press.
- FORNER, A. (1986), «The study of aging and the old age», *Aging and Old Age*. New Jersey: Prentice Hall.
- FORTALEZA, J. A. (1990), «La preparación para el retiro», *Anales de Psicología*, 6(2):101-103.
- FOX, J. H. (1977), «Effects of retirement and former work life on women's adaptation in old age» in *Journal of Gerontology*, vol 32, núm. 2, pp. 196-202, March.
- (1975), *Women, work and retirement*. Londres, Durham: Duke University.
- FREIXAS, A. (1991), «Autopercepción del proceso de envejecimiento en la mujer entre 50 y 60 años», *Anuario de Psicología*, núm. 50, 67-78.
- (1993), *Mujer y envejecimiento: aspectos psicosociales*. Barcelona: Fundació «la Caixa».
- FREEMAN, J. T. (1960), «The first fifty years of geriatrics» (1909-1959), *Geriatrics*, 15, 216-217.
- (1979), *Aging: Its history and literature*. Nueva York: Human Science Press.
- FRETER, H. J.; KOHLI, M., y WOLF, J. (1987), *Early Retirement and Work after Retirement. Implications for the structure of the Work Society*. Berlin: Freie Universität Berlin, mimeo.
- FRIEDAN, B. (1993/1994), *La fuente de la edad*. Barcelona: Planeta.
- FRIEDMAN, E., y HAVIGHURST, R. (Eds.) (1954), *The meaning of work and retirement*. Chicago: University of Chicago Press.
- FRY, C. L. (Ed.) (1981), *Dimensions: Aging, culture and health*. New York: Praeger.
- (1980), *Aging in Culture and Society*. South Hadley, MA: Bergin and Garvey.
- FRY, C. L., y KEITH, J. (1980), *New Methods for old age research*. Chicago: Loyola University, Center for Urban Policy.
- Fundació "La Caixa" (1994), *Cooperación intergeneracional: nuevas perspectivas de desarrollo social* (Seminario UIMP, 1993). Barcelona: Fundació «La Caixa».
- (1993), *Solidaridad intergeneracional*. Barcelona: Fundació «La Caixa».
- (1994), *Mayores y adolescentes. Estudio de una relación*. Barcelona: Fundació «La Caixa».
- Fundació Caixa de Pensions (1990), *La prejubilación en España, ¿un reto para un futuro?*, *Jornadas sobre prejubilación y jubilación en España*. Barcelona: Fundación Caja de Pensiones.
- Fundación Caja de Madrid (1994), *Una aproximación pluridisciplinar al entorno de la vejez*. Barcelona: Fundación Caja de Madrid.
- (1994), *El voluntariado de las personas mayores* (Jornadas Las personas mayores en Europa. Hoy, Futuro). Madrid: Fundación Caja de Madrid.
- (1995), *Jornadas por una vejez activa: grupos de ayuda mutua; familia y vejez, mitos y realidades; cultura, tradiciones y arte; voluntariado*. Madrid: Fundación Caja de Madrid.
- Fundación Europea para la mejora de las condiciones de vida y de trabajo (1993),

- Cuidado familiar de las personas de edad avanzada en la Comunidad Europea*.
Dublin: Loughlinstown House, Shankill Co.
- Fundación Independiente (1993), *Primer Congreso Nacional de Organizaciones de Mayores*. Madrid: Fundación Independiente.
- FURLONG, M., y SCHWARZ, M. (1989), *Profile of Seniornet Members and Seniornet On-line Network Usage*. San Francisco: Seniornet.

G

- Gabinete de Estudios «Bernard Krief», Sociedad Española de Geriátría y Gerontología (1986), *El médico y la Tercera Edad. Estudio Sociológico, Libro Blanco*. Laboratorios Beecham. Madrid.
- GAILLART, G., y VV. AA. (1965), *La vejez como problema de hoy*. Madrid: Razón y Fe.
- GALA VALLEJO, C. (1966), «El hombre del trabajo ante la jubilación o retiro (Notas para una sociología del jubilado)», *Cuadernos de Previsión Laboral*, núm. 21.
- GALLUP (1991), *Ageism: the problem of the 1990's*. Londres: Brook Street Bureau.
- GALLOFRÉ, M. (1996), «Reflexió al voltant del pla integral de la gent gran», *Actes II Congrés Català de Sociologia (Girona, 14-17 d'abril de 1994)*, pp. 449-466, vol. I. Barcelona: Societat Catalana de Sociologia.
- GARCÍA, M. C., y PÉREZ, A. (1994), *Ancianidad, familia e institución*. Salamanca: Amarú.
- GARCÍA BALLESTEROS, A., et al. (1989), «El envejecimiento actual de la población madrileña: diferencias especiales», *II Jornadas sobre la población española*. Palma de Mallorca, pp. 207-228.
- GARCÍA DE BLAS, A. (1982), «La jubilación como respuesta al desempleo», *Revista Española de Seguridad Social*, 16.
- GARCÍA FERRANDO, M. (1991), «Creado el Instituto de Gerontología para el Tercer Mundo», *Tribuna Médica*, 1349, p. 10.
- GARCÍA HERNÁNDEZ, J. A. (1994), *Más de 200 ideas para el parado y el jubilado*. Málaga: Alta Ediciones.
- GARCÍA MÍNGUEZ, J. (Coord). (1998), *Jornadas sobre personas mayores y educadores sociales (Centro de Investigación sobre Educación y Formación Español-europea)*. Granada: Grupo Editorial Universitario.
- GARCÍA MÍNGUEZ, J., y SÁNCHEZ GARCÍA, A. (1998), *Un modelo de educación en los mayores: la interactividad*. Madrid: Dykinson.
- GARCÍA NINET, J. I. (1995), «Sobre el trabajo de los ya jubilados: algunas cuestiones a replantear», *Tribuna Social*, núm. 60.
- GARCÍA PÉREZ, M. C., y TOUS, J. M. (1992), *Motivación y vejez*. Barcelona: Fundació "la Caixa".
- GARCÍA RÍO, E. (1969), *Informe sobre problemas y necesidades de la ancianidad en Barcelona*. Barcelona: Ariel.
- (1979), *Valoración presente y futura de las necesidades de los ancianos en Barcelona*. Barcelona: Seix i Barral.

- GARCÍA SANZ, B. (1995), «Envejecer en el mundo rural: caracterización sociológica de la Tercera Edad en el medio rural», en SECOT, *Las actividades económicas de las personas mayores*. Madrid: SECOT.
- (1997), «El envejecimiento, mitos, realidades y contrastes», *Temas de Gerontología II*, pp. 461-480. Universidad de Granada, Vicerrectorado de Extensión Universitaria y Enseñanzas Propias.
- , et al. (1997), *Envejecimiento en el mundo rural. Problemas y soluciones*. Madrid: IMSERSO.
- GARNER, J. D., y MERCER, S. O. (Eds.) (1989), *Women as they age: challenge, opportunity and triumph*. Nueva York: The Haworth Press.
- GARRIDO LUQUE, A. (1992), *Consecuencias psicosociales de las transiciones de los jóvenes a la vida activa*. Madrid: Complutense (tesis doctoral).
- (1997), *Psicología Social*. Madrid: UCM (proyecto docente).
- GARRIDO MEDINA, L., y GIL CALVO, E. (Eds.) (1994), *Estrategias familiares*. Madrid: Alianza Editorial.
- GAULLIER, X., y THOMAS, C. (1990), *Modernisation et gestion des âges*. Rapport sur les salariés âges remis au ministre du Travail et au ministre délégué chargé des Personnes Âgées. Paris.
- GAUR (1975), *La situación del anciano en España. Informe Gaur*. Madrid: Fondo para la investigación Económica y Social, Confederación Española de Cajas de Ahorro.
- GAYDA, M., y VOCALA, G. (1988), «La jubilación y el síndrome de agotamiento», *Psicopatología*, 8, 4, pp. 267-273.
- GEE, E. M., y KIMBALL, M. M. (1987), *Women and Aging*. Toronto: Butterworths.
- GEIST, H. (1977), *Psicología y psicopatología del envejecimiento*. Buenos Aires: Paidós.
- GELFAND, D., y BARRESI, C. (eds.) (1987), *Ethnic dimensions of aging*. New York: Springer.
- Generalitat de Catalunya (1979), *Política per a la Tercera Edat*. Barcelona: Generalitat de Catalunya.
- GEORGAKAS, D. (1997), *El factor Matusalén: Cómo alcanzar la longevidad y disfrutar de ella*. Madrid: Acento.
- GEORGE, L. K. (1982), «Models of transition in middle and later life», *Annales of American Academic Political and Sociological Science*, núm. 464, pp. 22-37.
- (1980), *Role transitions in later life*. Belmont, CA: Wadsworth.
- GEORGE, J., y EBRAHIM, S. (1992), *Health care for older women*. Oxford: Oxford University Press.
- GEORGE, L., y BEARON, L. (1980), *Quality of life in older persons: meaning and measurement*. New York: Human Sciences.
- GERGEN, K. J., y DAVIS, K. E. (1985), *The social construction of the person*. Nueva York: Springer Verlag.
- GIACINTO, G. (1996), *Caring for older europeans: comparative studies in 29 countries*. Aldershot: Arena.

- GIBSON, D. (1998), *Aged care: old policies, new problems*. Cambridge: Cambridge University Press.
- GIBSON, M. S. (1985), *Older women around the world*. Washington: International Federation on Ageing.
- GILLIERON, CH. (1980), «Gerontología, psicología del niño y estudio del desarrollo», *Anuario de Psicología*, 20, pp. 59-83.
- GINER, S. (1984), «Los viejos», en J. L. L. ARANGUREN *et al.*, *La ancianidad, nueva etapa creadora*. Barcelona: Edimurtra.
- GINN, J., y ARBER, S. (1996), «Gender, Age and Attitudes to Retirement in Mid-Life», *Ageing and Society*, 16, pp. 27-55.
- GIRALDES y GARCÍA, E. A. (1993), *La problemática de los viejos (Investigación)*. Madrid: Tesis Doctoral, UCM.
- GIRARD, G. (1974/1975), *Trabajo, motivaciones y valores sociales*. Madrid: Ediciones de la Revista de Trabajo.
- GOGNALONS-CAILLARD, M. (1978), *Les femmes face à vieillesse*, Doc. de travail. Groupe Prospective «Personnes âgées». Commissariat Général du Plan.
- GOGNALONS-NICOLET, M. (1991), «Identité de genre, santé et maladie lors du vieillissement», *Gerontology et Société: Cahiers de la Fondation Nationale de Gerontologie*, núm. 56, pp. 124-140, avril.
- y BARDET, A. (1994), «Maturescence, travail et vieillissement», *Revue Française des Affaires Sociales*, vol. 48, núm. 1, pp. 121-129.
- GOLDSCHIEDER, F. K. (1990), «The aging of gender revolution what do we know and what do we need to know?», *Research on aging: a quarterly of social gerontology and adult development*, vol. 12, núm. 4, pp. 531-545, dec.
- GÓMEZ, E. A. (1990), «El rey Lear y la esencia de la ancianidad», *Psicopatología (Madrid)*, 10, 3.º, pp. 150-153.
- GÓMEZ SALA, J. S. (1989), *Pensiones Públicas, ahorro y oferta de trabajo: análisis del caso español*. Madrid: Ministerio Trabajo y Seguridad Social.
- GONZÁLEZ FELIPE, M. A., y SZUREK SOLER, S. (1990), «Importancia e imagen social del anciano y de la ancianidad a través de la prensa madrileña», en *II Congreso del Colegio Oficial de Psicólogos*. Madrid: COP.
- GONZALO, L. M., *et al.* (1986), *Feliz Tercera Edad*. Pamplona: EUNSA.
- GOUDY, W. J. (1982), *The retirement history study: two methodological examinations of the data*. Ames, Dept of Sociology and Anthropology, Iowa State University.
- GRABOWSKY, S. M., y MASON, W. D. (Eds.) (1974), *Learning for aging*. Washington, DC: Adult Education Association.
- GRAEBNER, W. (1980), *A history of Retirement: The meaning and function of an american institution, 1885-1978*. New Haven: Yale University Press.
- GRAND, A. (1991), «Les incapacités selon le sexe: enquête sur une population âgée du milieu rural», *Gerontologie et société: cahiers de la Fondation Nationale de Gerontologie*, núm. 56, pp. 141-159, avr.
- GRANDE, I. (1993), *Marketing estratégico para la Tercera Edad: principios para aten-*

- der a un segmento creciente. Pozuelo de Alarcón, Madrid: Escuela Superior de Gestión Comercial y Marketing.
- GRANEY, M. J., y HAYS, W. S. (1976), «Senior students: Higher education after age 62», *Educational Gerontology*, 1, pp. 343-359.
- GRANJEL, L. S. (1991), *Historia de la vejez*. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- GRAU, L. y SUSSER, I. (Eds.) (1989), *Women in the later years: health, social and cultural perspectives*. Nueva York: The Haworth Press.
- GREER G. (1993), *El cambio: mujeres, vejez y menopausia*. Barcelona: Anagrama.
- GROUJER, C. (1977), «La diminution de leurs ressources préoccupe les femmes au moment de leur retraite», *Actualités Sociales Hebdomadaires*, núm. 1.072, pp. 9-10, juillet.
- (1973), «Le droit propre de la femme à une pension de vieillesse», *Actualités Sociales Hebdomadaires*, núm. 865, pp. 3-4, mars.
- GUBRIUM, J. (1973), *The Myth of the Golden Years: a Socio-Environmental Theory of Aging*. Springfield Ill, Charles C. Thomas.
- (Ed.) (1976), *Time, roles and self in old age*. Nueva York: Human Sciences Press.
- , y SANKAR, A. (Eds.) (1994), *Qualitative methods in aging research*. Thousand Oaks, CA: Sage.
- GUILLOU, A. (1992), «Viellir au masculin, au féminin en Bretagne», *Gerontologie et Société: cahiers de la Fondation Nationale de Gerontologie*, núm. 63, pp. 85-92, dec.
- GUILLEMARD, A. M. (1991), *Envejecimiento, edad y empleo en Europa. Situación Actual y Perspectivas*. Madrid: Instituto de Estudios de Prospectiva.
- (1992), *Análisis comparativo de las políticas de vejez en Europa*. Madrid: INSERSO.
- (1987/1993), *Le déclin su social: formation et crise des politiques de la vieillesse*. París: Presses Universitaires de France.
- (1980), *La vieillesse et l'Etat*. París: Presses Universitaires de France.
- (1972), *Le retraite, une mort sociale*. París: Mouton.
- , LEGARE, J., y ANSART, P. (comp.) (1995), *Entre travail, retraite et vieillesse: le grand écart*. París: L'Hamattan.
- GUTIÉRREZ, J. (1981), *Nuestros viejos*. Barcelona: Ricou.
- GUTMANN, D. (1985), *Reclaimed Powers. Toward a New Psychology of Men and Women in Later Life*. New York: Basic Books.

H

- HALL, G. S. (1922), *Senescence: the Last Half of Life*. Nueva York: Appleton-Century.
- HANDA, J. (1994), *Discrimination, Retirement and Pensions*. Avebury: Alderchot.
- HANLEY, I., y HODGE, J. (1984), *Psychological approaches to the care of the elderly*. Londres: Croom Helm.
- HANNAH, L. (1986), *Inventing Retirement*. Cambridge: Cambridge University Press.
- HANSEN, P. F. (Ed.) (1964), *Age with a Future*. Copenhagen: Munksgaard.

- HAREVEN, T., y ADAMS, K. (Eds.) (1982), *Ageing and Life Course Transitions: An Interdisciplinary Perspective*. Londres: Tavistock.
- HAROLD, S. (1992), «Education in later life: the case of older women», *Educational Gerontology: an international Journal*, vol. 18, núm. 5, pp. 511-527, jul-aug.
- HARRÉ, R. (1979/1982), *El ser social*. Madrid: Alianza Universidad.
- HARRIS, D. K. (1985), *The sociology of aging: an annotated bibliography and sourcebook*. Nueva York: Garland Pub.
- HARRIS, L. (1976), *The myth and reality of aging in America*. Washington: National Council on the Aging.
- HARRIS, C. C. (1975), *Social process of Aging*, Tesis, Univ. of Wales, Swansea.
- HARPER, M. (Ed.) (1991), *Management and care of the elderly: psychosocial perspectives*. Newbury Park: Sage.
- HARROP, A. (1990), *The employment Position of Older Women in Europe*. Londres: Age Concern/Institute of Gerontology, King's College.
- HARVEY, A. (1981), *The econometric analysis of time series*. Oxford: Allan.
- HATCH, L. R. (1990), «Effects of work and family on women's later-life resources», *Research on aging: a quarterly of social gerontology and adult development*, vol. 12, núm. 3, pp. 311-338, sept.
- Haut Conseil de la Population et de la Famille (1989), «Vieillesement et Empleo-Vieillesement et Travail», *Documentation Française*, París.
- HAVIGHURST, R. J. (1954), «Flexibility and the Social Roles of the Retired», *American Journal of Sociology*, 59, pp. 309-311.
- , (1958), «The Leisure Activities of the Middle Aged», *American Journal of Sociology*, 63, pp. 152-162.
- (1963), «Successful Aging», Willians et al., (comps.), *Processes of Aging*. Nueva York: Atherton.
- HAVIGHURST, R. J., & ALBRECHT, R. (1953), *Older People*. Nueva York: Longmans Gree.
- HAVIGHURST, R. J., NEUGARTEN, B. L., y TOBIN, S.S. (1968), «Disengagement and Patterns of Aging» in Neugarten (Ed.), *Middle Age and Aging: A reader in social gerontology*. Chicago: University of Chicago Press.
- HAVIGHURST, R., et al. (Eds.) (1996), *Adjustment to retirement A Cross- National Study*. New York: Humanities Press.
- HENRETTA, J. C. (1993), «Gender differences in employment after spouse's retirement», *Research on Aging; a quarterly of social gerontology and adult development*, vol. 15, núm. 2, pp. 148-169, juny.
- HEMINGWAY, E. (1975/1983), *El viejo y el mar*. Madrid: Planeta.
- HERCE SAN MIGUEL, J. A. (1987), «Jubilación y pobreza: desafíos actuales de la Seguridad Social en España», *Papeles de Economía Española*, 30/31, pp. 355-365.
- HERNÁNDEZ RUÍZ, J. (1992), *Factores condicionantes del ingreso en Centros Residenciales de la Tercera Edad, 1991*. Murcia: Consejería de Asuntos Sociales, Dirección General de Bienestar Social.

- HERÓN, A. (1963), *Preparation for Retirement: Solving New Problems*. Londres: National Council of Social Service.
- HERZOG, A. R. (1992), «Age and gender differences in the value of productive activities: four different approaches», *Research on aging: a quarterly of Social Gerontology and adult development*, vol. 14, núm. 2, pp. 169-198, jun.
- HERZOG, A. R. (1989), «Age differences in productive activities» en A. R. HERZOG *et al.*, *The Journals of Gerontology: Journal of gerontology, Social Sciences*, vol. 44, núm. 4, pp. s129-s138, jul.
- *et al.* (ed.) (1989), *Health and economic status of older women*. Nueva York: Amityville.
- HESS, B., y MARKSON, E. (eds.) (1991), *Growing old in America*. New Brunswick: NJ Transaction.
- HOBMAN, D. (ed.) (1993), *Intergenerational Solidarity: Fact or fiction?* Londres: Age Concern Pub.
- HOCH, P., y ZUBIN, J. (1968), *Psicopatología de la vejez*. Madrid: Morata.
- HOCHSCHILD, A. R. (1975), «Disengagement theory: a critique and proposal», *American Sociological Review*, 40, 553-569.
- HOLDEN, K. C. (1988), «Poverty and living arrangements among older women: are changes in economic well-being underestimated?», *The Journals of Gerontology: Journal of Gerontology, Social Sciences*, vol. 43, núm. 1, pp. s22-s27, jan.
- HOLSTEIN, M. (1992), «Productive aging: a feminist critique», *Journal of Aging and Social Policy*, vol. 2 núm. 3, pp. 17-34.
- HORN, J. L., y DONALDSON (1976), «On the myth of intellectual decline on adulthood», *American Psychologist*, 31, pp. 701-719.
- HOSKINS, I. (1992), «Gender, aging and development emerging issues and policy recommendations», *Ageing International: Journal of the International Federation on Ageing*, vol. XIX, núm. 1, pp. 12-16 y 21-23, mar.
- (1992), «Social security protection of women: prospects for the 1990's», *Ageing International: Journal of the International federation on ageing*, vol. XIX, núm. 1, pp. 27-32, mar.
- HOYT, D.; KAISER, M.; PETERS, G., y BABCHUK, N. (1980), «Life satisfaction and activity theory: a multidimensional approach», *Journal of Gerontology*, 35, 935-941.
- HUGONOT, R., *et al.* (1988), *ATLAS de la vieillessement*. París: Erès.
- HUGUET, J. (1980), *L'homme devant la retraite professionnelle*. París: Association pour un retraite active.
- HULICKA, I. M. (comps.) (1977), *Empirical Studies in the Psychology & Sociology of aging*. Nueva York: Thomas Y. Crowell Company.
- HUMMERT, M. L., *et al.* (1995), «Judgments about stereotypes of the elderly», *Research on Aging*, vol. 17, núm. 2, pp. 168-189.
- HUNTER, K. L., y LINN, M. W. (1981), «A psychosocial differences between elderly volunteers and nonvolunteers», *International Journal of Aging and Human Development*, 12, 205-213.

- HUSSIAN, R. (1981), *Geriatric Psychology. A Behavioral Perspective*. Nueva York: Van Nostrand Reinhold.
- HUYCK, M. H., y HOYER, W. F. (1982), *Adult development and aging*. California: Belmont.
- IBÁÑEZ, J. (1986), *Más allá de la sociología. El grupo de discusión: técnica y crítica*. Madrid: Siglo XXI.
- (1985), *Del algoritmo al sujeto*. Madrid: Siglo XXI.
- IBÁÑEZ, T. (coord.) (1988), *Ideologías de la vida cotidiana*. Barcelona: Sendai.
- (coord) (1989), *El conocimiento de la realidad social*. Barcelona: Sendai.
- (1994), «La construcción del conocimiento desde una perspectiva socioconstruccionista», *Revista de la Universidad de Guadalajara. Dossier: La nueva Psicología Social*, Sept.-Oct. 1994, pp. 21-26.
- INCIS (1990), *Análisis y diagnóstico de la problemática de la Tercera Edad en la Comunidad Valenciana*. Valencia: INCIS.
- INE (1987), *Encuesta sobre discapacidades, deficiencias y minusvalías. Un primer comentario sobre los resultados*. Madrid: INE.
- IGLESIAS DE USSEL, J. (ed) (1988), *Las familias monoparentales*. Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales.
- INNER (1988), *Los hombres españoles*. Madrid: Instituto de la Mujer.
- Instituto de Estudios Laborales y de la Seguridad Social (1983), *I Seminario Iberoamericano sobre la Tercera Edad*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- Instituto Europeo de Seguridad Social (1984), *La edad de jubilación en Europa: retrospectivas y perspectivas de la Seguridad Social*. Madrid: Instituto de Estudios Laborales y de la Seguridad Social.
- Instituto de la Mujer (1994), *La mujer en cifras, una década, 1982-1992*. Madrid: Instituto de la Mujer, MAS.
- Instituto de la Mujer-INSERSO (1994), *Mujeres mayores*, núm. 9, folletos «Salud y calidad de vida», 41 p. Madrid: Instituto de la Mujer.
- International Health Foundation (1974), «Une étude médico-social sur le vieillissement de la femme» in *Informations Sociales*, CNAF, núm. 9, pp. 68-69.
- INSERSO (1982), *Informe Nacional de la Comisión Nacional Española para la Asamblea Mundial sobre Envejecimiento*. Madrid. INSERSO (Doc. núm. 24/82).
- (1989a), *La Tercera Edad en Europa: necesidades y demandas*. Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales.
- (1990), *La Tercera Edad en España: necesidades y demandas: Un análisis sobre la encuesta sobre necesidades sociales y familiares de la Tercera Edad*. Madrid: Ministerio de AA.SS.
- (1989b), *La Tercera Edad en España: aspectos cuantitativos*. Madrid: M.A.S.
- (1991), *Jornadas sobre Medios de Comunicación y Tercera Edad*. Madrid: INSERSO.

- (1991c) *Hogares y Clubes de la Tercera Edad*. Madrid: Ministerio Asuntos Sociales (folleto).
- (1991d), *Residencia de la Tercera Edad*. Madrid: M.A.S. (folleto).
- (1991e), *Termalismo Social para la Tercera Edad*. Madrid: M.A.S. (folleto).
- (1993), *Plan Gerontológico*. Madrid: M.A.S.
- (1995a), *Las personas mayores en España. Perfiles. Reciprocidad familiar*. Madrid: M.A.S.
- Instituto de la Mujer, CIS (1995b), *Cuidados en la vejez. El apoyo informal*. Madrid: M. AA.SS.
- (1996), *Voluntariado y personas mayores*. Madrid: INSERSO.
- (1996a), «El servicio de ayuda a domicilio el más valorado por los mayores», *Revista 60 y más*, núm. 138, oct. 96. Madrid.
- (1999), «Observatorio Permanente de Mayores», *Revista Sesenta y más*, núm. 174, octubre (pp. 18-23). Madrid: IMSERSO.
- (1999), *Boletín sobre el envejecimiento: perfiles y tendencias*, núm. 0. Madrid: IMSERSO.
- ISO-AHOLA, S.E. (1980), *The social Psychology of leisure and recreation*. Duburque, IA: William C. Brown.
- ISPA (1971), *Los ancianos de Ávila*. Barcelona: ISPA.
- (1976), *Informe Sociológico sobre la ancianidad en Cataluña*, Barcelona: ISPA.
- (1978), *Problemática social de la Tercera Edad en las Islas Baleares*. Barcelona: Caixa de Pensions per a la Vellessa i d'Estalvis.
- ITZIN, C. (1986), «Media images of women: the social construction of ageism and sexism», en S.
- WILKINSON (Ed.), *Feminist Social Psychology*. Milton Keines: Open University Press.
- y PHILLIPSON, C. (1993), *Age Barriers at Work: Maximising the Potential of Mature and Older Workers*. Solihull: Metropolitan Authorities Recruitment Agency.
- IZQUIERDO, J., et al. (1988), *La desigualdad de las mujeres en el uso del tiempo*. Madrid: Instituto de la Mujer.
- IZQUIERDO, M. (1969), «Trabajadores jubilados», *Revista de Legislación Social*, núm. 311, septiembre.

J

- JACOBS, J. (1970), *Attitudes towards work and retirement in three firms*. Ph. D. Thesis. Londres: London School of Economics.
- (1974), *Fun City, An Ethnographic Study of a Retirement Community*. Nueva York: Holt, Rinehart and Winston.
- (1975), *Older Persons and Retirement Communities. Case Studies in Social Gerontology*. Springfield: Charles Thomas.
- JAHODA, M. (1987), *Empleo y Desempleo. Un análisis sociopsicológico*. Madrid: Morata.

- JAMIESON, A., et al. (1993), *Comparación de políticas europeas de atención a las personas ancianas*. Fundación Caja de Madrid, Barcelona: SG Editores.
- JAMIESON, A.; HARPER, S., y VÍCTOR, C. (eds.) (1997), *Critical approaches to ageing and later life*. Buckingham: Open University Press.
- JAN-LE-BRIS, H. (1988), *L'insertion sociale des préretraites. Rapport de synthèse européen*. Luxemburgo: Commission des Communautés européennes, CLEIRPA.
- JAPIOT, F. (1972), *La femme âgée à Echirolles*. Grenoble.
- JARVIK, L. F., y FALEK, A. (1963), «Intellectual stability and survival in the aged», *Journal of Gerontology*, 18, 173-176.
- JEFFREYS, M. (Eds.) (1989), *Growing old in the 20th century*. London: Routledge.
- JIMÉNEZ LARA, A. (1987), *La población de sesenta y más años en España: proyecciones para el período 1986-2010*, Madrid.
- JOHNSON, P.; CONRAD, C., y THOMSON, D. (Eds.) (1990), *Workers versus pensioners: intergenerational justice in an ageing world*, Manchester: Manchester University Press.
- JORDÀ i SANCHIS, J. (1998), *Eteri esvoranc*. Alacant: Aguaclara.
- JORDANA, J. L. (1988), *El evangelio de la Tercera Edad*. Grupo Seis-Animación.
- JOUVENEL, H. DE (1989), *Europe's ageing population: trends and challenges to 2025*. Guilford, Eng.: Butterworths.
- JUÁREZ, M. (1979), «Viudas» en *Etapa-3*, núm. 1, pp. 27-33, mayo.
- JURDAO, F. (1990), *España, asilo de Europa*. Barcelona: Planeta.
- JUSTEL, M. (1983), *Los viejos y la política*, Madrid: CIS.

K

- KALISH, R. (1991), *La vejez. Perspectivas sobre el desarrollo humano*. Madrid: Pirámide.
- KANE, R., y KANE R. (1992), *Evaluación de las necesidades en los ancianos*, Barcelona: Fundación Caja de Madrid.
- KAPLAN, M. (1979), *Leisure: lifestyles and lifespan: perspectives for gerontology*. Philadelphia: Saunders.
- KAREVEN, T., y ADAMS, K. J. (1982), *Ageing and life course transitions: an interdisciplinary perspective*. Nueva York: Guilford Press.
- KASL, S. (1980), *The impact of Retirement. Current Concerns in Occupational Stress*. Chichester: Wiley Pub.
- KASTENBAUM, R. (Ed.) (1964), *New Thoughts on Old Age*. New York: Springer.
- (1980), *Vejez*. Méjico: Edigonvill.
- KATZ, D., et al. (1961), *La psicología de las edades*. Madrid: Morata.
- KAUFMAN, S. (1986), *The ageless self: sources of Meaning in Late Life*. Madison: University of Wisconsin Press.
- KAY, I. (1982), *Your hopeful future how to live well financially, medically an emotionally during retirement, unemployment or disablement*. Londres: Mcdonald.

- KAYE, L. (1992), *Home health care*, Londres: Sage.
- KEARNEY, P.; PLAX, T. G., y LENTS, P. S. (1985), «Participation in community organizations and socioeconomic status as determinants of senior' life satisfaction», *Activities, Adaptation and Aging*, 6, 31-37.
- KEDDY, B. A. (1991), «Women's perceptions of later life retirement», in B. A. KEDDY, y J. F. SINGLETON, *Activities, adaptation and aging*, vol. 16, núm. 2, pp. 57-65.
- KEITH, V. M. (1993), «Gender, financial strain and psychological distress among older adults», *Research on Aging: a quarterly of social gerontology and adult development*, vol. 15, núm. 2, pp. 123-147, jun.
- KEITH, J., y KERTZER, D. I. (Eds.) (1984), *Age and Antropological Theory*. New York: Cornell University Press, Ithaca.
- KEITH, J., et al. (1994), *Aging experience: diversity and communality across cultures*. Thousand Oaks (California): Sage.
- KELLY, J. (1987), *Peroria winter: style and resources in later life*. Lexington, M. A.: Lexington, Free Press.
- (1989), «Later-life leisure: Beginning a new agenda», *Leisure Sciences*, 11, 47-59.
- (Ed.) (1993), *Activity and aging. Staying involved in later life*. Newbury Park, C.A.: Sage.
- KENDING, H. L., y MCCALLUM (Eds.) (1990), *Grey Policy: Australian Policies for an Ageing Society*. Sydney: Allen y Unwin.
- KIMMEL, D. (1980), *Adulthood and aging: an interdisciplinary, developmental view*. Nueva York: J. WILEY Y SONS.
- KLEEMEIER, R. W. (1991), *Aging and leisure: a research perspective into the meaningful use of time*. Nueva York: Oxford University Press.
- KLINE, C. (1975), «The socialization process of women. Implications for a theory of successful aging» in *The Gerontologist*, vol. 15, núm. 6, pp. 486, december, bibliogr.
- KOGAN, N. (1992), «Gender influences on age cognitions and preferences: sociocultural of sociobiological?», in KOGAN, N., y MILLS, M. *Psychology and Aging*, vol. 7, núm. 1, pp. 98-106, mar.
- KOGAN, N., y WALLACH, M. A. (1961), «Age changes in values and attitudes», *Journal of Gerontology*, 16, pp. 272-280.
- KOHLI, M. (1983), «The Social Construction of Aging through Work. Economic Structure and Life-World», *Aging and Society*, 3, pp. 23-42.
- (1988), «Agein as a challenge for sociological theory», *Ageing and Society*, 8 (49), 367-394.
- REIN, M.; GUILLEMARD, A. M., y VAN GUSTEREN, H. (ed.) (1991). *Time for retirement: comparative studies of early exit form the labor force*. Cambridge: University Press.
- KÖNING, R. (1981), *La familia en nuestro tiempo*. Madrid: Siglo XXI.
- KRAUSE, N. (1993), «Race differences in life satisfaction among aged men and woman», *The Journals of Gerontology; Journal of Gerontology, Social Sciences*, vol. 48, núm. 5, pp. s235-s244, sep.

KUBLER-ROSS, E. (1991), *Vivir hasta despedirnos*. Barcelona: Luciérnaga.
KUBO, I. (1938), «Mental and physical changes in old age», *Journal of Genetic Psychology*, 53, 101-108.

L

- LACZKO, F., y PHILLIPSON (1991), *Changing work and retirement social policy and the older worker*. Oxford: Open University Press.
- LACZKO, F. (1987), «Olders workers, unemployment and the discouraged worker effect», en S. GREGORIO (ed.) *Social Gerontology: New Direction*. Crooma Helm, pp. 239-251.
- (1986), «Early Retirement: An overview of policies in OECD countries», *Consultant Report*. París: OECD.
- LAFARGUE, P. (1974), *El derecho a la pereza*. Madrid: Fundamentos.
- LAFOREST, J. (1991), *Introducción a la Gerontología*. Barcelona: Herder.
- LALIVE d'ÉPINAY, CH., et al. (1983), «Diverses retraités. Classes sociales, enjeux et significations de la retraite», *Loisirs et Société*, vol. 6, núm 2, pp. 457-483.
- LANSING, A. I. (1959), «General Biology of senescence», en J. E. BIRREN (Ed.) *Handbook of aging and the individual*. Chicago: Chicago University Press.
- LANSLEY, J., y PEARSON, M. (1988), *Preparation for Retirement in the Member States of the European Community (Informe seminario)*. Bruselas: Comisión de las Comunidades Europeas.
- LAROQUE, P. (1972), «Droits de la femme et pensions de la veuve», *Revue Internationale du Travail*, vol. 106, núm. 1, pp. 1-11, juillet.
- LASLETT, P., y FISHKIN, J. S. (Eds.) (1992), *Justice between the Age Groups and Generations*. New Haven: Yale University Press.
- LAURITZEN, C. (1984), *El climaterio en la mujer*. Madrid: Raycar.
- LAVILLE, A., et al. (1994), «Des relations âge-travail», *Revue Française des Affaires Sociales*, núm. 1, enero-marzo.
- LAWTON, M. P. (1983), «Time, space, and activity», in G. D. ROWLES y R. J. ONTA (Eds.), *Aging and milieu: Environmental perspectives on growing old*. New York: Academic Press.
- , WINDLEY, P. G., y BYERTS, T. O. (Eds.) (1982), *Aging and the Environment: Theoretical Approaches*. Nueva York: Springer.
- , y HERZOG, A. R. (Eds.) (1989), *Special Research Methods for Gerontology*. Nueva York: Baywood Publishing.
- , y NAHEMOW, L. (1973), «Ecology and the aging process», en EISDORFER, C., y LAWTON, M. P. (Eds.), *The psychology of adult development and aging*. Washington: APA.
- LEATHER, P., y WHEELER, R. (1988), *Making Use of Home Equity in Old Age*. Londres: Building Societies Association.
- LECLERQ, J. (1975), *La joia d'envellir*. Barcelona: Abadía de Montserrat.

- LEE, G. R. (1989), «Social relations and self-esteem of older persons», en G. R. LEE y C. L. SHEHAN, *Research on Aging: a quarterly of Social Gerontology and Adult Development*, vol. 11, núm. 4, pp. 427-442, dec.
- LE GROS CLARK, F. (1966), *Work, Age and Leisure*. Londres: Michael Joseph.
- LEHR, U. (1980) *Psicología de la senectud*. Barcelona: Herder.
- (1983), «Stereotypes of aging and age norms», en J. E. BIRRENT *et al.* (Eds.), *Aging: a challenge to science and society*. Nueva York: Oxford University Press.
- LEITNER, M. J., y LEITNER, S. F. (Eds.) (1991), *Leisure in later life*. New York: Haworth.
- LEMON, B. W.; BENGSTON, V. L., y PETERSON, J. A. (1972), «An exploration of the Activity Theory of Aging: Activity Types and Life Satisfaction Among in-Movers to a Retirement Community», *Journal of Gerontology*, vol. 27, núm. 4, 511-523.
- LENMAN, H. C. (1953), *Age and achievement*. New Jersey: Princenton.
- LETURIA, F. J.; YANGUAS, J. J., y LETURIA, M. (1994), «La jubilación laboral y su impacto psicológico: del afrontamiento a la preparación», *Geriátrika*, vol. 10(6), pp. 55-91.
- (1993), «Jubilación: necesidad de reflexión», *Zerbitzuan*, núm. 22, pp. 39-43.
- LEVET-GAUTRAT, M. (1985), *A la recherche du 3.º Age*. Col. Eléments de Gérontologie Sociale. París: Armand Colin.
- LEVIN, J., y LEVIN, W. C. (1980), *Ageism prejudice and discrimination against the elderly*. California, Belmont: Wadsworth.
- LEVY, L., y ANDERSON, L. (1980), *La tensión psicosocial. Población. medio ambiente y calidad de vida*. México: El Manual Moderno.
- LIESZNER, R., y HILKEVITCH, V. (1995), *Handbook of Aging and the family*. Nueva York: Greenwood Press.
- LLOPIS, F. (1972), «La jubilación: derecho, deber o condena», *Revista Los Viejos. Siempre Realidad.*, 42-45.
- LOHR, M. J. (1988), «The relationships of coping responses to physical health status and life satisfaction among older women», *The journals of Gerontology: Journal of Gerontology, Psychological Sciences*, vol 43, núm. 2, pp. p54-p60, mar.
- LONG, J., y WIMBUSH, E. (1985), *Continuity and Change: Leisure around retirement*. The Sports Council and Economic and Social Research Council, Nebraska.
- LONGINO, C., y KART, C. (1982), «Explicating activity theory: a formal replication», *Journal of Gerontology*, 37, 713-722.
- LOOMIS, R. A. (1992), «Mujeres ancianas en la Residencia y en el domicilio: estado de salud, actitudes corporales, autoestima y grado de satisfacción con la vida», *Revista de Gerontología*, vol. 2, núm. 1, pp 44-48, mar.
- LOPATA, H. Z. (1979), *Women as widows*. Nueva York: Elsevier N. HOLLAND Inc.
- LOPATA, H. Z., y BREHM, H. P. (1986), *Widows and dependent wives: from social problem to federal program*. New York: Praeger.
- LÓPEZ CEPERO, M. J. (1977), *Los viejos*. Barcelona: Dopesa.
- LÓPEZ CUMBRE, L. (1998), «La prejubilación. Madrid: Cívitas.
- LÓPEZ JIMÉNEZ, J. J. (1992), *El envejecimiento y las personas ancianas en Madrid*. Madrid: Área de Servicios Sociales, Ayuntamiento de Madrid.

- (1992a), «La diferenciación social y económica de las personas ancianas en la C. Autónoma de Madrid: las pensiones de la Seguridad Social», *Economía y Sociedad*, 7, pp. 99-117.
 - (1992b), «El proceso de envejecimiento demográfico en España», *Revista Internacional de Sociología*. Tercera Época, núm. 1, pp. 127-146. CSIC.
 - (1990), «Consideraciones geográficas y sociales del envejecimiento en España», *Revista Española de Geriatría y Gerontología*, vol. 24, núm. 5, pp. 342-354.
- LÓPEZ MONGIL, R. (1987), *Consideraciones epidemiológicas y sociales de un grupo de la Tercera Edad*. Madrid: Popular.
- LÓPEZ ROYO, D. (1995), «Familia acogedora», monográfico: La Familia, *Documentación Social*. Madrid: Cáritas.
- LÓPEZ SÁNCHEZ, F., y OLAZÁBAL, J. C. (1998), *Sexualidad en la vejez*. Madrid: Pirámide.
- LUÑO, E. (com) (1968), *La ancianidad*. Barcelona: Caixa de Pensions per a la vellesa i d'Estalvis.

M

- MALDONADO MOLINA, J. A. (1996), *Jubilación y pensiones: un ensayo bibliográfico*. Madrid: CES.
- MANHEIMER, R. J. (1989), «The narrative quest in qualitative gerontology», *Journal of Aging Studies*, 3, pp. 231-252.
- MACKENZIE, S. C. (1980), *Aging and old age*. Glenview, Scot Foresman.
- MACDONALD, B., y RICH, C. (1984), *Look Me in the Eye: Old Women, Ageing and Ageism*. Londres: The women's Press.
- MACNEIL, R., y TEAGUE, M. (1987), *Leisure and aging: vitality in later life*. Englewood Cliffs, N. J. Prentice Hall.
- MADDOX, G. L. (1966), «Retirement as a social event in the United States», en J. C. MCKINNEY y F. T. VYER (Eds.), *Aging and social policy*. Nueva York: Appleton.
- *et al.* (1987), *The Encyclopedia of Aging*. Nueva York: Springer.
- MAGNUNSSON, K. A. (1994), *Old age pensions, retirement behaviour and personal saving: a discussion of the literature*. Oslo: Statistisk Sentralbyrå.
- MAJOS, A. (1997), *Manual de prácticas de Trabajo Social en la Tercera Edad*. Madrid: Siglo XXI.
- MALMBERG, B. (1990), *Access to resources in different age-cohorts: implications for activity level, loneliness and life satisfaction*. Linköping, Sweden: Dept. of Education and Psychology, Linköping University.
- MANNHEIM, K. (1928/1993), «El problema de las generaciones», *REIS*, 62, 193-242.
- MARCOS ALONSO, J. A. (1995), «Aspectos sociológicos del proceso de envejecimiento», *Quadern CAPS*, 22, pp. 40-46.
- (1966), «Hacia una tipología psicosocial de la identidad religiosa en el católico español», en ISPA, *Análisis sociológico del catolicismo español*. Barcelona: Nova Terra.

- MARDONES, J. M. (1985), *Sociedad moderna y catolicismo*. Bilbao: Declée de Brouwer.
- MARGALEF, M. (1993), *Enfoques actuales sobre el envejecimiento*. Barcelona: Romargraf.
- MARIAS, J., et al. (1979), *Higiene preventiva en la Tercera Edad*. Madrid: Karpós.
- MARÍAS, J.; AZORÍN; ARANGUREN, J. L. L.; LAÍN ENTRALGO, P., y MENÉNDEZ-PIDAL, R. (1960), *La experiencia de la vida*. Madrid: Revista de Occidente.
- MARINAS, M. R. (1996), «La dignificación de la vejez: un desafío al nuevo principio de solidaridad», *Cuadernos de Trabajo Social*, núm. 9, pp. 205-218.
- MARKIDES, K. (Ed.) (1989), *Aging and health: perspectives on gender, race, ethnicity and class*. Newbury Park: Sage.
- MARKIDES, K., y COOPER, C. (1989), *Aging, stress and health*. Chichester: J. WILEY y SONS.
- MARKIDES, K. S., y COOPER, C. L. (1987), *Retirement in industrialized societies: social, psychological, and health factors*. Chichester: J. WILEY y SONS.
- MARKSON, E. (Ed.) (1983), *Older women*. Massachusetts: Lexington Books.
- MARSAL, J. F. (1972), *Hacer la América: biografía de un emigrante*. Barcelona: Ariel.
- MARSHALL, V. (1978-1979), «No exit: A symbolic interactionist perspective on aging», *International Journal of Aging and Human Development*, 9, 345-356.
- (Ed.) (1986), *Later life: the social psychology of aging*. Beverly Hills: Sage.
- MARTÍN, C. (eds.) (1993), *Les personnes âgées. dépendance, soins et solidarités familiales. Comparison internacionales*. París: La Documentation Française.
- MARTÍN, E., y SASTRE, R. (1991), *Política de empleo y jubilación forzosa*. Madrid: Tecnos.
- MARTÍN, GARCÍA, V. (1994), *Educación y envejecimiento*. Madrid: Promociones y Publicaciones Universitarias (PPU).
- MARTÍNEZ, R., et al. (1989), *Nuestros mayores: perfil sociosanitario de la Tercera Edad en la Comunidad de Madrid*, Madrid: Consejería de Salud, C. A. M.
- MARTÍNEZ, FORNÉS, S. (1991), *Envejecer en el año 2000*. Madrid: Popular, INSERSO.
- (1972), «Vejez y convivencia intergeneracional», *Arbor*, jul.-ago., pp. 51-62.
- MARTÍNEZ, GARCÍA, M. F.; GARCIA, RAMÍREZ, M., y MENDOZA, I. (1992), «Consideraciones sobre el abordaje psicosocial de la vejez», *Apuntes de Psicología*, 34, pp. 83-90.
- MARTORRELL PALLÁS, C. (1993), *Mujer y Tercera Edad: calidad de vida y apoyo social*. Instituto de la Mujer: Madrid (informe de investigación).
- MASLOW, A. H. (1954/1975), *Motivación y personalidad*. Barcelona: Sagitario.
- MATTHES, J. (1971), *Introducción a la sociología de la religión*. Madrid: Alianza Universidad.
- MATTHEWS, A. M. (1978), «Retirement as a critical life event the differential experiences of women and men», *Research on aging*, vol. 9, núm. 4, pp. 548-571, december.
- MATTHEWS, S. H. (1979), *A social world of old women: management of self-identity*. Beverly Hills. Sage Publications.

- (1986), *Friendships through the life course: oral biographies in old age*. Beverly Hills: Sage Publications.
- MCCLELLAND, K. A. (1982), «Self-Conception and Life Satisfaction: Integrating Aged Subculture and Activity Theory», *Journal of Gerontology*, vol. 37, núm. 6, 723-732.
- MCDANIEL, S. (1989), «Women and ageing: a sociological perspective», *Journal of Women and Ageing*, 1, 47-67.
- MCFARLAND, R. A. (1968), «The sensory and perceptual processes in aging» en K. W. SCHAEIE (Ed.), *Theory and methods of research on aging*. West Virginia University Library, Morgantown.
- MCGOLDRICK, A. E., y COOPER, C. L. (1989), *Early retirement*. Alderchot: Gower Press.
- MCGRATH, J. E. (Ed.) (1988), *The social psychology of time. new perspectives*. Londres: Sage.
- MCKAIN, W. (1968), *Retirement Marriage*. Stors: University of Connecticut Press.
- MCTAVISH, D. G. (1971), «Perceptions of old people: a review of research methodologies and findings», *The gerontologist*, 11, 90-101.
- MEAD, G. H. (1934/1965), *Espíritu, persona y sociedad*. Buenos Aires: Paidós.
- MEADY, K. (1989), «Gender equality: issues and challenges for retirement education», *Educational gerontology: an international bimonthly journal*, vol. 15, núm. 2, pp. 171-185, mar-abril.
- Meaning of Working International research Team (1987), *The meaning of working: An international view*. Londres: Academic Press.
- MEDEROS, A., y PUENTE, A. (1996), *La vejez*. Madrid: Acento.
- MEDINAR, R. (1994), «El estudio de la familia: nuevas direcciones de investigación psicossocial», *Revista Universidad de Guadalajara. Dossier: La nueva psicología social*, sept.-oct., pp. 64-70.
- MELÉNDEZ, J. C., y SÁEZ, N. (1990), «Jubilación y fin laboral», en *II Congreso del Colegio Oficial de Psicólogos*. Madrid: COP.
- MENDÍA GALLARDO, R. (1991), *Animación sociocultural de la vida diaria de la 3.ª edad*. Bilbao: Departamento de Trabajo y Seguridad Social del País Vasco.
- MERRILL, D. M. (1997), *Caring for elderly parents: juggling work, family, and caregiving in middle and working class Families*. Westport (Connecticut): Auburn House.
- METCALF, H., y THOMSON, M. (1990), *Older Workers: Employer's attitudes and practices*. IMS Report núm. 194. Brighton: IMS.
- METCHNIKOFF, E. (1908), *The prolongation of life*. Nueva York: Putnam's Sons.
- MICHELIS, M. A. DE (1979), *Gerocultura*, Madrid: Ministerio de Sanidad y Seguridad Social.
- MIGUEL, A. DE (1994), *La sociedad española 1993-94*. Madrid: Alianza Editorial.
- (1995), «Persona y sociedad en la vejez», *La sociedad española 1994-95*. Madrid: UCM.
- (1995), *La España de nuestros abuelos. Historia íntima de una época*. Madrid: Espasa Calpe.

- MIGUEL, J. DE (1994), *La sociedad transversal*. col. Gerontología y Sociedad, núm. 8. Barcelona: Fundació «la Caixa».
- MIGUEL POLO, J. A. (1998), *Informe de valoración del Plan Gerontológico estatal. 1992-1997*. Madrid: IMSERSO, Subdirección General del Plan Gerontológico y de Programas para Mayores.
- MILETICH, J. J. (1986), *Retirement: an annotated bibliography*. Nueva York: Greenwood Press.
- MILLAR, J. (1994), «La situación socioeconómica de las mujeres solas en Europa», *Cuadernos de las Mujeres de Europa*, núm. 41, Bruselas.
- MILLER, B. (1992), «Gender differences in caregiving: fact or artifact?», *The Gerontologist*, vol 32, núm. 4, pp. 498-507, aug.
- MILLER, S. (1965), «Retirement and leisure», en R. G. GRANDALL, *Gerontology: a behavioral science approach*. Nueva York: Newbury Award Records.
- MILLETI, M. A. (1984), *Voices of experience: 1.500 retired people talk about retirement*. Nueva York: Teachers Insurance and Annuity Association, College Retirement Equities Fund.
- MILLS, W. (1959/1987), *La imaginación sociológica*. México: FCE.
- MINER, S., y GIBSON, R. (1996), «Informe sobre la situación de los ancianos de raza negra en los Estados Unidos», *Revista de Gerontología*, vol 6, núm. 1, pp. 58-63.
- Ministerio de Asuntos Sociales (1993), *Boletín Estadístico de datos básicos*. Tercer trimestre, núm. 13. Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales.
- Ministerio de Cultura (1980a), *Tercera Edad. Datos para un libro blanco*. Doc. de trabajo. Madrid: Subdirec. Gral. de Familia y de Estudios e Investigaciones.
- (1980b), *Tercera Edad. Bibliografía*. Madrid: Subdirec. Gral. de Familia y de Estudios e Investigaciones.
- Ministerio de Sanidad y Seguridad Social (1978), *Las pensiones en el sistema de la Seguridad Social española*. Madrid: Ministerio de Sanidad.
- (1980), *La condición de la mujer anciana en España*. Madrid: Publicaciones y Relaciones Internacionales del INSERSO.
- (1989), *Encuesta Nacional de Salud*. Madrid: Ministerio de Sanidad y Consumo.
- (1989), *Uso de medicamentos en la Tercera Edad*. Madrid: Ministerio de Sanidad y Consumo.
- Ministerio de Trabajo (1967), *Seminario sobre trabajadores de edad madura*. Madrid: MT.
- Ministerio de Trabajo y Seguridad Social (1982), *I Curso de Preparación a la Jubilación*. Madrid: Servicio Social de la Tercera Edad, MTSS.
- (1990), *De la pirámide al pilar de población. Los cambios en la población en la Seguridad Social en Europa*. Madrid: Informes OIT.
- (1992), «La flexibilidad de la edad de jubilación», en MTSS, *La Seguridad Social en una sociedad cambiante*. Madrid. MTSS.
- (1993), «Seminario sobre los sistemas de pensiones y la evolución demográfica», en *Europa en el movimiento demográfico. Los sistemas de pensiones y la evolución demográfica*. Madrid: MTSS.

- MINKLER, M., y ESTES, C. L. (1991), *Critical perspectives on aging: The political and moral economy of growing old*. Amityville, NY: Baywood.
- MINKLER, M., y STONE, R. (1985), «The feminization of poverty and older women», *The Gerontologist*, 25, 351-357.
- MINOIS, G. (1989), *Historia de la vejez: de la Antigüedad al Renacimiento*. Madrid: Nerea.
- MINOT, C. S. (1980), *The problems of age, growth and death*. Nueva York: Puntnam's Sons.
- MIRA y LÓPEZ, E. (1961), *Hacia una vejez joven. Psicología y psicoterapia de la ancianidad*. Buenos Aites: Kapelusz.
- MIRANDA, M. J. (1985), *Aspectos sociológicos del internamiento de ancianos*. Madrid: Colegios de Doctores y Licenciados en CC. PP. y Sociología.
- MIRÓ, M., y PERACAULA, J. (1995), «Anàlisi de la utilització de les noves tecnologies a l'àmbit de la gerontologia», *Forum: Revista d'Informació i Investigació*, núm. 1, pp. 74-76.
- MISHARA, B. L., y RIEDEL, R. G. (1986), *El proceso de envejecimiento*. Madrid: Morata.
- MON PASCUAL, J. (1968), *Ancianidad y jubilación*. Barcelona: Bayer Hnos. y Cía.
- (1974), *Problemática social. Historia de un jubilado*. Barcelona: Bayer Hnos. y Cía.
- MONCADA, A. (1998), *Años dorados: entender a los mayores y prepararse para serlo*. Madrid: Libertarias.
- MONLEÓN, V., et al. (1975), «Problemas de adaptación y convivencia en la Tercera Edad: La jubilación», *Revista Española de Gerontología y Geriátría*, vol. X, núm. 5.
- MONTORIO, I. (1994), *La persona mayor. Guía aplicada de evaluación psicológica*. Madrid: INSERSO.
- MONTRAVETA, Y. (1995), «Apuntes sobre un estudio de las relaciones entre generaciones», *Infancia y Sociedad*, núm. 29, pp. 147-164.
- MOODY, H. R. (1988), «Toward a critical gerontology: the contribution of the humanities to theories of aging», en J. E. BIRREN y V. L. BENGSTON (Eds.), *Emergent Theories of Aging*. Nueva York: Springer Publishing Company.
- MOORE, J.; TILSON, B., y WHITTING, G. (1994), *An international overview of employment policies and practices towards older workers*. Londres: Employment Department.
- MORAGAS, R. (1989), *La jubilación. Un enfoque positivo*. Barcelona: Grijalbo.
- (1991), *Gerontología Social. Envejecimiento y calidad de vida*. Barcelona: Herder.
- MORALES, J. F., y HUICI, C. (Eds.) (1989), *Lecturas en Psicología Social*. Madrid: UNED.
- MORENO, X. (1982), *Triunfar en la Tercera Edad*. Bilbao: Mensajero.
- MORIN, E. (1983), «Vieillessement des théories et théories du vieillissement», *Communications*, 37.
- MORRIS, D. (1983), *El libro de las edades*. Barcelona: Grijalbo.
- MORRIS, R., y SCOTT, A. B. (1988), *Retirement reconsidered: economic and social roles for older people*. Nueva York: Springer Pub. Co.
- MOSCOVICI, S. (1985), *Psicología Social*. Barcelona: Paidós (2 vol.)

- MOTIUS, J. (1985), *El dado de la vejez y sus seis caras*. Madrid: Altalena.
- (1988), *La vejez y sus múltiples caras*. Buenos Aires: La Aurora.
- MUNNICH, S. J.; MUSSEN, P., y COLEMAN, P. (Eds.) (1985), *Retirement, Life Span and Change in a Gerontological Perspective*. Orlando: Academic Press.
- MURILLO, S. (1996), *El mito de la vida privada. De la entrega al tiempo propio*. Madrid: Siglo XXI.
- MUTRAN, E. (1988), «Medical need and use of services among older men and women», in MUTRAN, E., y FERRARO, F., *The Journal of Gerontology: Journal of Gerontology, Social Sciences*, vol. 43, núm. 5, pp. s162-s171, sep.
- MUNDORF, N. (1990), «Media preferences of older and younger adults» en MUNDORF, N., y BROWNELL, W. *The Gerontologist*, vol. 30, núm. 5, pp. 685-691, oct.
- MUNNÉ, F. (1980), *Psicosociología del tiempo libre. Un enfoque crítico*. México: Trillas.

N

- Naciones Unidas (1988), *Economic and Social Implications of Population Aging*. Nueva York: NN. UU.
- (1990), *Stable Populations Age Distributions*. Nueva York: Population Division.
- (1994), *The Sex and Age Distributions of the world Populations, The 1994 Revision*. Nueva York: Population Division.
- (1995), *World Population Prospects, The 1994 Revision*, Nueva York: Population Division.
- National Organization for women, Task Force on Older Women (1976), *Age is becoming: an annotated bibliography on women and aging*. San Francisco.
- NAVARRO, J. (1994), *Mòdels y teories del procès d'envelliment humà*. Barcelona: PPU.
- NEUGARTEN, B. L. (Ed.) (1968), *Middle age and aging*. Chicago: Chicago University Press.
- (1988), «Personality and psychosocial patterns of aging», in M. BERGENER, M. ERMINI y H. B. STAHELIN (Eds.), *Crossroads in Aging*. Londres: Academic Press.
- , HAVIGHURST, R. J., y TOBIN, S. E. (1968), «Personality and patterns of aging», in B. L. NEUGARTEN, *Middle age and aging: A reader in Social Psychology*. Chicago: Chicago University Press.
- (1982), *Age or need? Public policies for older people*. Beverly Hills, CA: Sage.
- NORMAN, A. (1987). *Aspects of ageism*. London: Centre for Policy on Ageing.
- NUSBERG, C. H. (1996), «Identificación de recursos informativos sobre el tema de la vejez», *Revista de Gerontología*, 6, pp. 56-57.
- , y SOKOLOVSKY, J. (1990), *The international Directory of Research and Researchers in Comparative Gerontology*. Washington: International Federation on Aging.
- Nieto Piñero, J. A. (1981), «En torno a "perspectiva sociológica de la vejez"», *REIS*, 14, pp. 113-118.

-
- O'BRIEN, S. (1991), «Unfit survivors: exercise as a resource for aging women», *The Gerontologist*, vol. 31, núm. 3, pp. 347-357, jun.
- O'BRIEN, S., y HORNE, T. (Ed.) (1998), *Active living among older adults: health benefits and outcomes*. Philadelphia: Brunner/Mazel.
- O'CONNOR, P. (1993), «Same-gender and cross-gender friendships among the frail elderly», *The Gerontologist*, vol. 33, núm. 1, pp. 24-30, feb.
- OFFE, C. (1992), *La sociedad del trabajo. Problemas estructurales y Perspectivas de futuro*. Madrid: Alianza.
- OIT (1962), *Trabajadores de edad: problemas de empleo y retiro. Conferencia Internacional del Trabajo*. Ginebra: Oficina Internacional del Trabajo.
- (1979), *Trabajadores de edad madura: trabajo y jubilación*. Informe a la LV Conferencia Internacional del Trabajo. Ginebra: OIT.
- (1984), *Travailleurs âgées et retraités*. Genève: Bureau International du Travail.
- (1990), *De la pirámide al pilar de población*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- OMS (1983), *Clasificación Internacional de Deficiencias, Discapacidades y Minusvalías. Manual de clasificación de las consecuencias de la enfermedad*. Madrid: INSERSO.
- (1990), *Successful aging*. Ginebra: World Health Organization.
- ONÍS, M., y VILLAR, J. (1992), «Salud de la Tercera Edad», en *La mujer y la salud en España*, vol. 4, pp. 34-74. Madrid: Instituto de la Mujer.
- ONU (1998), *Directory of population ageing research in Europe*. Nueva York: United Nations Economic Commission for Europe en colaboración con National Institute on Aging.
- Organización de cooperación y desarrollo económico (1989), *Ageing Population: The Social Policy Implications*. París: OCDE.
- (1990), *El futuro de la protección social y el envejecimiento de la población*, Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Informes OCDE núm. 36.
- (1995), *The Transition from Work to Retirement*. Social Policy Studies, núm. 16, París.
- (1996), *Le vieillissement dans les pays de l'OCDE: un défi fondamental pour la politique*. París: OCDE.
- *Preserver la prospérité dans une société vieillissante*. París: OCDE.
- (1996), *Again in OECD countries: a critical policy challenge*. París: Organisation for Economic Co-operation and Development.
- (1998), *Perspectivas de empleo, 1998*. Madrid: Ministerior de Trabajo y Asuntos Sociales.
- ORMAZA, I. (1995), *Grupos de apoyo en la vejez*. Bilbao: Servicio Central de Publicaciones del Gobierno Vasco.
- ORTEGA y GASSET, J. (1940), *Ideas y creencias*. Madrid: Espasa Calpe.

- ORTEGA PRIETO, E. (1978), *La pensión de jubilación, su cálculo y ejemplos prácticos: régimen general de la Seguridad Social y régimen especial de autónomos según las últimas disposiciones*, Madrid: Deusto.
- ORTIZ ALONSO, T. (1981), *Relaciones de ancianos en Asilos-Residencias*. Madrid: Complutense.
- ORY, M. G., y KATHLEEN, B. (Eds.) (1989), *Aging and Health Care: Social Science and Policy Perspectives*. Londres: Routledge.
- OSGOOG, N. J. (Ed.) (1982), *Life after work: retirement, leisure, recreation and elderly*. New York: Praeger.

P

- PÁEZ, D., et al. (1992), *Teoría y método en psicología social*. Barcelona: Anthropos.
- PAILLAT, P. (1971), *Sociología de la vejez*. Barcelona: Oikos-Tau.
- (1989), *Passages de la vie active a la retraite*. París: Col. Politique d'aujourd'hui.
- PALACI, F. J., y PEIRO, J. M. (1995), *La incorporación a la empresa*. Valencia: Promolibro.
- PALACIOS, J., y MARCHESI, A. (1986), «Inteligencia y memoria en el proceso de envejecimiento», en CARRETERO, M.; PALACIOS, J., y MARCHESI, A. (comps), *Psicología evolutiva, vol III, Senectud*. Madrid: Alianza Editorial.
- PALAU, N., y VIZCAÍNO, J. (1996), «Envejecer hoy y aquí: un proceso y a la vez un reto», *Revista de Gerontología*, vol. 6, núm. 1, pp. 54-55.
- PALMORE, E. (1968), (1968), «The effects of aging on activities and attitudes», *The Gerontologist*, 8, 259-263.
- (1971), «Attitudes toward aging as shown by humor», *The Gerontologist*, 2, 181-186.
- , BURCHETT, B.; FILLENBAUM, G.; GEORGE, L., y WALLMAN, L. (1985), *Retirement: Causes and Consequences*. Nueva York: Springer.
- PANIAGUA MAZORRA, A. (1989), «Pensiones públicas y pobreza en la Tercera Edad», en *Documentos de trabajo del Dpto. de Geografía Humana y Regional*. Madrid: CSIC.
- (1992), «Condiciones de vida y pobreza de la Tercera Edad en el municipio de Madrid», *Revista Española de Geriatria y Gerontología*, 27, 3, pp. 181-186.
- (1993), «Política social y pobreza de la ancianidad: el caso del municipio de Madrid», *Revista de Gerontología*, 4, pp. 228-237.
- PARKER, S. (1982), *Work and retirement*. Londres: Allen and Udwin.
- (1980), *Older workers and retirement*. Londres: HMSO.
- PARNES, H., et al. (Eds.) (1981), *Work and retirement: A longitudinal study of men*. Cambridge: Mass: MIT Pres.
- PARNES, H. y LESS, L. (1983), *From Work to Retirement: The Experience of a National Sample of Men*. Ohio: Center for Human Resource Research, mimeo.
- Parreño, J. R. (1985), *Tercera Edad sana. Ejercicios preventivos y terapéuticos*. Madrid: INSERSO.

- PATTON, C. V. (1977), «Retirement and leisure», en R. G. GRANDALL, *Gerontology: a behavioral science approach*. Nueva York: Newbery Award Records.
- PAUMES, D. (1994), «Vieillesse et formation professionnelle: une préoccupation importante dans un contexte de mutation technologique rapide», *Revue Française des Affaires Sociales*, vol. 48, núm. 1, pp. 131-136.
- PEACE, S. M. (1987), *Vida compartida, ¿una alternativa viable para la Tercera Edad?* Madrid: INSERSO.
- (1982), *An international perspective on the status of older women*. Washington: International Federation on Ageing.
- (1990), *Researching Social Gerontology. Concepts, methods and Issues*. Beverly Hills, CA: Sage.
- PEARL, R. (1922), *The biology of death*. Philadelphia: J. B. Lippincott.
- PEARSON, M. (1992), «Mujeres jubiladas: ¿la mayoría invisible?», en UDP-INSERSO, *Preparación a la jubilación. Jornadas Internacionales, Mallorca 1990*. Madrid INSERSO-UDP (Unión Democrática de Pensionistas).
- (1996), *Experience, skill and competitiveness: the implications of an ageing population for the workplace*. CEE: European Foundation for the Improvement of Living and Working Conditions.
- PELLETIER, K. (1986), *Longevidad*. Barcelona: Hispano-Europea.
- PELLING, K., y SMITH, R. (1991), *Life, death and the elderly: historical perspectives*. Londres: Routledge.
- PÉREZ DIAZ, J. (1995), «Las mujeres ancianas: la auténtica vejez de la España actual», en *V Congreso Español de Sociología*. Granada, comunicación multicopiada.
- (1996), *La situación social de la vejez en España a partir de una perspectiva demográfica*. Madrid: Fundación Caja de Madrid.
- PÉREZ ORTIZ, L. (1997), *Las necesidades de las personas mayores en España: vejez, economía y sociedad*. Madrid: IMSERSO.
- PERLADO, F. (dir.) (1990), *Treinta años de geriatría en España: 1960-1990*. Zaragoza: Sandoz.
- PETERSON, W. A., y GUADAGNO, J. (Eds.), *Social bonds in later life*. Beverly Hills, CA: Sage.
- PHILLIPS, B. (1958), «A Role Theory Approach to adjustment in old age», *American Sociological Review*, vol. 22, pp. 212-217.
- PHILIPSON, C. (1978), *The experience of retirement*, PH. D. Thesis. Durham: University of Durham.
- (1982), *Capitalism and the Construction of Old Age*. Londres: McMillan Press.
- (1987), «The transition to retirement», en G. COHEN (Ed.), *Social Change in the Life Course*. Londres: Tavistock.
- ; BERNARD, M., y STRANG, O. (1986), *Dependency and interdependency in old age: theoretical and policy alternatives*. Londres: Croom Helm.
- PIACHAUD, D. (1986), «Disability, retirement and Unemployment of Older Men», *Journal of Social Policy*, núm. 15, 2, pp. 145-162.

- PICKARD, S. (1995), *Living on the front line: a social anthropological study of old age and ageing*. Aldershot; Brookfield, USA: Avebury.
- PIERRE, C. (1978), «Les damnés du troisième âge», in *Le Point*, núm. 307, pp. 46-48, août.
- PIHBLAD, C. T. (1972), «Widowhood, social participation and life satisfaction», *Aging and Human Development*, vol. 3, núm. 4, pp. 323-330, november.
- PINEDA, R. (1995), «Abuelos comprometidos en la común aventura de vivir», *Infancia y Sociedad*. núm. 29, pp. 185-209.
- PINKER, R. (1990), «Travail, bien-être et integration sociale», *Revue Française des affaires sociales*, 44 année, núm. 3, pp. 57-71. juillet-sep.
- PINILLOS, J. L. (1979), «Prevención y terapia de trastornos afectivo-depresivos», en MARIAS, J., et al. (1979), *Higiene preventiva de la Tercera Edad*. Madrid: Karpós.
- PITAUD, P. (1984), «Algunos aspectos de la jubilación entre las mujeres», *Revista Española de Geriátria y Gerontología*, vol. 19, núm. 1, pp. 45-48, ene.-feb.
- (1983), *La retraite au féminin*. París: Horay.
- PITAUD, P. y VERCAUTEREN, R. (dir) (1995). *L'intergeneration en Europe*. Ramonville Saint-Agne: Erès.
- PITSIOU, E. (1986), *Life Styles of Older Athenians*. Atenas: National Centre of Social Research.
- PLETT, P.C. (1990), *Training of Older Workers in Industrialized Countries*. Ginebra: OIT.
- POLLACK, O. (1948), *Social Adjustment in Old Age*. Nueva York: Social Science Research Council.
- (1956), *The Social Aspects of Retirement*. Homewood, Illinois: R. D. Irwin.
- PORTERA, A. (1998), *Envejecimiento*. Madrid: Universidad de Mayores Experiencia Recíproca.
- POTTER, J. (1998), *La representación de la realidad. Discurso, retórica y construcción social*. Barcelona: Paidós.
- y WETHERELL, M. (1987), *Discourse and social psychology: beyond attitudes and behaviour*. Londres: SAGE.
- POWELL, M. (Ed.) (1992), *Annual Review of Gerontology and Geriatrics*. Nueva York: Springer.
- POWER, B. (1987), *Attitudes of young people to ageing and the elderly: a report on a study of attitudes to ageing and...* Dublin: National Council for the Aged.
- PRADO ACOSTA, M. (1988), *Psicología de la mujer mayor*. Madrid: Asociación de Mujeres Progresistas por la Igualdad.
- PRATT, M. W., y NORRIS, J. E. (1996), *The Social Psychology of Aging: a cognitive perspective*.
- Prieto, B. (1996). «La jubilación anticipada. Modalidades y posibilidades de análisis a partir de la encuesta de población activa», *III Congreso Astur-Gallego de Sociología*. Oviedo, 5-7 dic., 1996.

PRIETO, D., et al. (1991), *Los mayores de Alcobendas*. Alcobendas: Ayuntamiento de Alcobendas.

PRIETO, M. (1990), *Un joven de 80 años*. Madrid: Paulinas.

Q

QUADAGNO, J. S. (Ed.) (1980), *Aging, the individual and society. Readings in Social Gerontology*. Nueva York: St. Martin's Press.

— (1982), *Aging in early industrial society work, family and social policy in nineteenth Century England*. Nueva York: Academic.

QUINTANA CABANAS, J., et al. (1991), *El jubilado ante su futuro: plan de preparación a la jubilación*. Madrid: Narcea, INSERSO.

QUINTANA, J. M. (Coord.) (1986), *La investigación participativa. Educación de adultos*. Madrid: Narcea.

R

RAFFERTY, J., et al. (1995), *Human services in the information age*. New York: The Haworth Press.

RAMÓN y CAJAL, S. (1934/1970), *El mundo visto a los 80 años*. Madrid: Espasa Calpe.

RAMOS, R. (1990), *Cronos dividido. Uso del tiempo y desigualdad entre mujeres y hombres en España*. Madrid: Instituto de la Mujer.

— (1995), «Uso del tiempo y ocio de los mayores», en SECOT, *Las actividades económicas de las personas mayores*. Madrid: SECOT.

RAPPAPORT, L. (1978), *La personalidad desde los 26 años hasta la ancianidad*. Paidós, Buenos Aires.

REBOUL, H. (1978), «La femme, la vieillesse et la mort», in Bulletin de la Société de Thanatologie, 12 année, núm 40, pp. 31-45.

REHER, D. S. (1997), «Vejez y envejecimiento en perspectiva histórica: retos de un campo en auge», *Política y Sociedad*, 26, pp. 63-71.

REIG, A., y RIBERA, D. (1992), *Perspectivas en Gerontología y Salud*. Valencia: Promolibro.

REINHARZ, S., y ROWLES, G. (1988), *Qualitative Gerontology*. New York: Springer.

REYZABAL, M.V., y SANZ, A. I. (1994), *Humanizar la vejez*, Cáritas, núm. 342, pp. 21-36.

RHEE, H. A. (1974), *Human ageing and retirement*. Geneva: general Secretariat, International Social Security Association.

RICK, J., y WINDLEY, P. G. (1998), *Environment and aging theory: a focus on housing*. Westport (Connecticut): Greenwood Press.

RIEGL, K. F. (1975), «Adult life crises: toward a dialectic theory of development», en N. Y. DATAN y L. H. GINSBERG (Eds.), *Life-Span developmental psychology: Normative life crises*. Nueva York: Academic Press.

- (1977), «History of psychological gerontology», en J. E. BIRREN, y K. W. SCHAE (Eds.), *Psychology of adult development and aging*. Nueva York: Van Nostrand.
- y ANGLEITNER, A. (1975), «The pooling of longitudinal studies in the psychology of aging», *Aging and Human Development*, 6, pp. 57-66.
- y RIEGEL, R. M., y MEYER, G. (1967), «Socio-psychological factors of aging: a cohort-sequential analysis», *Human Development*, 10, pp. 27-56.
- RIFF, C. D. (1992), «The interpretation of life experience and well-being, the sample case of relocation», *Psychology and Aging*, vol. 7, núm. 4, pp. 507-517, dec.
- RIFKIN (1996), *El fin del trabajo*. Barcelona: Paidós.
- RILEY, M. W. (1971), «Social Gerontology and the age stratification of society», *Gerontologist*, vol. 11, pp. 79-87.
- (Ed.) (1979), *Aging from birth to death*. Westview Press.
- (1987), «On the significance of age in society», *American Sociological Review*.
- , JOHNSON, M. E., y FONER, A. (1972), *Aging and Society*: vol. I, *An inventory of Research Findings*; vol. II, *Aging and the Practicing Professions*; vol. III, *The Sociology of Age Stratification*. Washington: Russell Sage Foundation.
- RIVARES, I. (1993), «Jubilados prematuros. Discriminación laboral de los mayores en la CEE», *Revista Cáritas*, núm. 335, pp. 15-26, suplemento núm. 190, diciembre 93. Madrid: Cáritas Española.
- RIBERA DOMENE, D., et al. (1993), *La Cuarta Edad europea: envejecer en la Costa Blanca*. Barcelona: SG Editores.
- RICARDO-CAMPBELL, R., y LAZEAR, E. (Eds.) (1988), *Issues in Contemporary Retirement*. California: Hoover Institution Press.
- RICHARDSON, V., y KILTY, K. M. (1991), «Adjustment to Retirement: continuity vs Discontinuity», *Journal of Aging and Human Development*, núm. 33 (2), pp. 151-169.
- RICHMAN, E. (1994), *Retirement and other myths: musings on the leisurely life with a dash of humor & advice*. Saratoga (California): R. y E Publishers.
- RIESCO, E. (1993), «La ancianidad, producto social», en P. SÁNCHEZ VERA, *Sociedad y población anciana*. Murcia: Publicaciones Universidad de Murcia.
- RIMBEAU, C. (comp.) (1984), *La velleja: aportaciones per a la seva comprensió*. Barcelona: Caixa de Barcelona.
- RIVIERE, M., y DEXEUS, S. (1987), *La aventura de envejecer: del mito de la menopausia al deterioro físico*. Barcelona: Plaza y Janés.
- ROADBURG, A. (1985), *Aging: retirement, leisure and work in Canadá*. Nueva York: Methuen.
- ROBERTS, K. (1981), *Leisure, work and education*. Betchley, Britain: Open University Press.
- ROBERTSON, J. (1977), «Grandmotherhood: A study of the role conception», *Journal of Marriage and Family*, 39, pp. 165-174.
- ROBINSON, R. K. (1986), *Age, Health and Employment*. Englewood Cliffs: Prentice-Hall.

- ROCA, E. (1996) «L'accés a les residències d'avis: la selecció com a procés de diferenciació social», *Actes II Congrés Català de Sociologia (14-17 d'abril de 1994)*, pp. 441-448, vol. I. Societat Catalana de Sociologia, Barcelona.
- RODEHEAVER, D. (1987), «When old age became a social problem, women were behind», *The Gerontologist*, vol. 27, núm. 6, pp. 741-746, dec.
- RODRIGUEZ, A. (1994), «Dimensiones psicosociales de la vejez», en J. BUENDÍA (Comp.), *Envejecimiento y psicología de la salud*. Madrid: Siglo XXI.
- RODRIGUEZ CABRERO, G. (1989), «Orígenes y evolución del Estado del Bienestar español en su perspectiva histórica», *Política y Sociedad*, 2, 79-87.
- (1992), «Fundamentos teóricos de la política social», en L. MORENO y M. PÉREZ YRUELA (comps.), *Política Social y Estado del Bienestar*. Madrid: M.AA.SS.
- (1994), «La política social en España: 1980-92», en M. JUAREZ (Dir.), *V Informe Sociológico sobre la situación Social en España*. Madrid: Fundamentos.
- (1997), *Participación social de las personas mayores*. Madrid: IMSERSO.
- RODRÍGUEZ DE LECEA, T. (1996), *Vivir la Historia. Reflexiones desde la experiencia*. Madrid: IMSERSO.
- RODRÍGUEZ IBÁÑEZ, J. A. (1979), «Perspectiva sociológica de la vejez», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 7, pp. 77-89.
- RODRÍGUEZ, J. A. (1994), *Envejecimiento y familia*. Madrid: CIS.
- RODRÍGUEZ PASTOR, J. (1970), *El retiro hacia una nueva vida*. Méjico: Cordillera.
- RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ, P. (1992), «Perfil sociológico y participación de la mujer mayor en España», *Revista Española de Geriatría y Gerontología*, vol. 27, núm. 3, pp. 175-180.
- (1993), «Mujeres mayores: nunca es tarde para participar», *Revista Española de Geriatría y Gerontología*, 28, 1. 31.
- y SANCHO CASTIELLO, T. (1995), «Vejez y familia: apuntes sobre una contribución desconocida», *Revista Infancia y Sociedad*, 29, pp. 63-78.
- RODRÍGUEZ SUÁREZ, J., y AGULLO, E. (1998), «Estilos de vida, cultura, ocio y tiempo libre de los estudiantes universitarios», *Psicothema*, 11, núm. 2, pp. 247-259.
- RODRÍGUEZ, V., y ROJO, F. (1989), «Tipología de envejecimiento de la población española (1900-86)», *Documento de Trabajo 2, junio/89*. Dpto., Geografía Humana y Regional, Instituto de Economía y Geografía Aplicadas. Madrid: CSIC.
- RODRÍGUEZ, V., y FERNÁNDEZ MAYORALAS, G. (1994), «La capacidad funcional de los ancianos españoles. Estudio a partir de la Encuesta Nacional de Salud de 1993», *Revista de Sanidad e Higiene Pública*, 68 (1), 40-45.
- ROIGÉ, X. (1996), «De la familia extensa a la familia extensiva. Estratègies residencials i relacions entre generacions», *Actes II Congrés Català de Sociologia (14-17 d'abril de 1994)*, pp. 939-956. vol. II. Barcelona: Societat Catalana de Sociologia.
- ROLAND, K., y col. (1972), *Research, Planning and Action for the Elderly*. Nueva York. Behavioral Publication.
- ROSE, CH. L. (1984), *Research Methods in Gerontology*. Lexington: MA.

- ROSE, A. M. (1962), «The subculture of the Aging: a topic for Sociological Research», *The Gerontologist*, 2, pp. 123-127.
- (1964), «Current theoretical issues in Social Gerontology», *The Gerontologist*, 4, 46-50.
- (1965), «The Subculture of the Aging: a Framework for Research in Social Gerontology», en A. ROSE y W. PETERSON (Eds.), *Older people and their social world*. Philadelphia: davis, CO. ROSENMAYR, H. (1979), «Eléments d'une théorie du vieillissement», *Loisir et Société*, vol. 2, núm. 2, nov., pp. 277-306.
- (1991), «Les femmes et leur vieillissement», *Gerontologie et Société: cahiers de la Fondation Nationale de Gerontologie*, núm. 56, pp. 37-53, avr.
- y KÖCKEIS, E. (1963), «Propositions for a sociological theory of aging and the family», *International Social Science Journal*, 15, pp. 410-426.
- ROSENTHAL, E. R. (Ed.) (1990), *Women. aging and ageism*. Nueva York: Haworth Press.
- ROSOW, I. (1967), *Social integration of the aged*. Nueva York: Free Press.
- (1974), *Socialization to old age*. Berkeley: University of California.
- ROWLES, G.D., y OHTA, R. J. (Eds.) (1983), *Aging and Milieu. Environmental Perspectives on Growing Old*. Nueva York: Academic Press.
- RUBIN, R. M., y MICHAEL, L. (1997), *Expenditures of older americans*. Westport, Connecticut: Praeger.
- RUBIO, R. (1996), «Modelos y teorías desde la perspectiva sociológica», en N. SAEZ, R. RUBIO y A. DOSIL (comps.), *Tratado de Psicogerontología*. Valencia: Promolibro.
- RUBIO, R., y FERNÁNDEZ, E. (comps.) (1992), *Lecturas de Gerontología social*. Granada: Instituto de Ciencias de la Educación, Universidad de Granada.
- et al. (comp.) (1997), *Temas de Gerontología II*. Granada: Universidad de Granada, Master en Gerontología Social.
- RUBINSTEIN, R. L., et al. (1991) «Key relationships of never married, childless older women: a cultural analysis», *The Journals of Gerontology: Journal of Gerontology, Social Sciences*, vol. 46, núm. 5, pp. s270-s277, sept.
- RUIZ OLABUENAGA, J. I., e ISPIZÚA, M. A. (1989), *La descodificación de la vida cotidiana. Métodos de Investigación cualitativa*. Bilbao: Univeridad de Deusto.

S

- SÁEZ NAVARRO, N. (1985), *La Tercera Edad: un acercamiento técnico y algunas implicaciones*. Valencia: Promolibro.
- ALEIXANDRE, M., y MARTÍNEZ, R. (1996), *La jubilación. Un programa para su preparación*. Valencia: Promolibro.
- ALEIXANDRE, M., y MELÉNDEZ, J. C. (1993), «Preparación a la jubilación», en R. RUBIO y J. MUÑOZ (comps.), *Gerontopsicología Social: perspectivas teóricas y de intervención*. Jaén: Diputación Provincial de Jaén.
- (1995), *Introducción a la Gerontología Social*. Valencia: Promolibro.

- *et al.* (1993), «Cambio y socialización en la Tercera Edad», *Investigaciones Psicológicas*, 12, 129-152.
- RUBIO, R., y DOSIL, A. (1996), *Tratado de Psicogerontología*. Valencia: Promolibro.
- y ALEIXANDRE, M. (1996), «Jubilación y fin laboral», en N. SAEZ, R. RUBIO y A. DOSIL, *Tratado de Psicogerontología*. Valencia: Promolibro.
- y ALEIXANDRE, M. (1996), «Actividad, ocio y tiempo libre», en N. SAEZ, R. RUBIO, y A. DOSIL, *Tratado de psicogerontología*. Valencia: Promolibro.
- SAGY, S.; ANTONOWSKY, A., y ADLER, I. (1990), «Explaining life satisfaction in later life: the sense of coherence model and activity theory», *Behavior, Health and Aging*, 1(1), 11-25.
- SAGRERA, M. (1992), *El edadismo contra «jóvenes» y «viejos». La discriminación universal*. Madrid: Fundamentos.
- SALGADO, A., y MARTÍNEZ GÓMEZ, J. M. (1976), «Preparación para la jubilación», *Revista Española de Gerontología y Geriatría*, vol. XI, núm. 6.
- SALGADO, A. (1996), «Les condiciones de vida de la población vella de la región metropolitana de Barcelona», *Actes II Congrés Català de Sociologia (14-17 d'abril de 1994)*, pp. 475-482, vol. I. Societat Catalana de Sociologia, Barcelona.
- SALGADO, ALBA, A. (1972), *Gerontología Social. Problemática social del anciano. I Curso de Geriatría y Gerontología de la Seguridad Social*. Madrid: Ministerio de Trabajo.
- SALLE, M. A., y CASAS, J. I. (1987), *Efectos de la crisis económica sobre el trabajo de las mujeres*. Madrid: Instituto e la Mujer.
- SÁNCHEZ CÁNOVAS, J. (1994), *Cuestionario de Salud y Bienestar Psicosocial en mujeres de 45 a 64 años*. Madrid: Instituto de la Mujer (informe de investigación).
- SÁNCHEZ CARO, J. (1975), «Cambios psicológicos en la Tercera Edad», en *Cuadernos para la educación en salud mental*, 14. Madrid: Dirección General de Sanidad.
- (1975), «La familia y la Tercera Edad», en *Cuadernos para la educación en salud mental*, 32. Madrid: Dirección General de Sanidad.
- «La jubilación», en *Cuadernos para la educación en salud mental*, 40. Madrid: Dirección General de Sanidad.
- SÁNCHEZ CARO, J., y RAMOS, F. (1983), *La vejez y sus mitos*. Barcelona: Salvat.
- SÁNCHEZ HIDALGO, E., y AYÉNDEZ DE SANCHEZ HIDALGO, L. (1975), *Psicología de la vejez*. Barcelona: Universitaria Puerto Rico.
- SÁNCHEZ-OCAÑA, R. (1997), *El libro de la Tercera Edad*. Barcelona: Alba.
- SÁNCHEZ PLAZA, R. (dir.) (1998), *La protección social del mayor*. Madrid: Jubilados de CSI-CSIF.
- SÁNCHEZ PERRUCA, L., y col. (1989), «Cambio Social. Climaterio y Depresión», *Archivos de Neurobiología*, n. 52, vol. 2 (87-92).
- SÁNCHEZ VERA, P. (Ed.) (1993), *Sociedad y población anciana*. Murcia: Univeridad de Murcia.
- SANTISTEBAN, P. (1992), *Tercera Edad y ocio institucional*. Bilbao: Instituto de Estudios de Ocio de la Universidad de Deusto.

- SAN ROMÁN, T. (1990), *Vejez y cultura: hacia los límites del sistema*. Barcelona: Fundació Caixa de Pensions.
- SARASOLA, A. (1989), *Evaluación del estado de salud en los mayores de 65 años de Zaragoza: Diagnóstico de salud mental*. Tesis Doctoral. Zaragoza: Facultad de Medicina, Zaragoza.
- SAUVY, A. (1962), «Les vieux, les jeunes et l'emploi», *La Documentation Française Illustrée*, 177.
- (1986), «Les conséquences du vieillissement de la population», en *La France vidée*. Hachette, París, pp. 45-96.
- SCHMÄLL, W. (1989), *Redefining the process of retirement. An International Perspective*. Heidelberg: Springer-Verlag.
- SCHAIE, K. W., y BALTES, P. B. (1975), «On sequential strategies in developmental research: description or explanation?», *Human Development*, 18, 384-390.
- SCHAIE, K. W., y GEIOWITZ, J. (1982), *Adult development and aging*. Boston: Little Brown and Comp.
- SCHAIE, K. W., y STROTTER, C. R. (1968), «A cross-sequential study of age changes in cognitive behavior», *Psychological Bulletin*, 70, pp. 671-680.
- SCHULZ, J. H.; BOROWSKI, A., y CROWN, W. (1990), *Economics of Population Aging: the «graying» of Australian, Japan and the United States*. Nueva York: Auburn House.
- SCHULZ, J. H., y DAVIS-FRIEDMANN, D. (Eds.) (1987), *Aging China: family, economics and Government Policies in Transition*. Washington: Gerontological Society of America.
- SEARS, R. R., y FELDMAN, S. S. (1973), *The seven ages of man*. California: Kauffman.
- SECOT (1995), *Las actividades económicas de las personas mayores*. Madrid: SECOT (Seniors Españoles para la Cooperación Técnica).
- SECOT (Ed.) (1989), *Seniors: jubilación y trabajo voluntario*. Madrid: Círculo de Empresarios.
- SEGALÉN, M. (1993), *Sociología de la famille*. París: Armand Colin.
- SENIORNET (1990), *A guide to Seniornet Online*. San Francisco: Seniornet.
- SERRA, E.; DATO, C., y LEAL, C. (1988), *Jubilación y nido vacío: ¿principio o fin? Un estudio evolutivo*. Valencia: NAU llibre.
- SERRANO, A. (1995), *La inserción laboral de los jóvenes como transición social: un punto de vista psicosocial*. Madrid: UCM (Tesis Doctoral).
- SERRANO, P., y MIRAS, M. T. (1991), «La mujer y la vejez», *La salud de las mujeres en atención primaria*. Madrid, FADSP, pp. 217-239.
- SETIÉN, M. L. (1993), *Indicadores sociales y calidad de vida. Un sistema de medición aplicado al País Vasco*. Madrid: CIS-Siglo XXI.
- SHANAS, E. (1982), *National survey of the aged*. Washington: DHHS, Office of Human Development Services, Administration on Aging.
- y TOWSEND, P. (1968), *Old People in Three Industrial Societies*. Nueva York: Atherton Press.
- SHEPPARD, H. L. (1988), «Work continuity versus retirement: reasons for continuing work», en R. MORRIS y BASS, S., *Retirement Reconsidered*. Nueva York: Springer.

- SHIN, EUI HANG y LEE, JUN-KUEN (1989), «Convergence and divergence in the estatus of the aged: an analysis of cross-national and longitudinal variations in 32 selected countries», *Journal of Aging Studies*, 3, pp. 263-278.
- SIMMONS, L. W. (1945/1970), *The role of the aged in primitive society*. New Haven: Yale University Press.
- SIMPSON, H., y MCKINNEY (1966), *Social Aspects of Aging*. Durham: Duke University Press.
- SINGLY, F. (1984), «Transformation de la valeur sociale des veuves», en *Seminar on the demography of the later phases of the family life cycle*, Berlin, sept. International Union for the Scientific Study of Population, 27 pp.
- SKINNER, B. F. (1983/1986), *Disfrutar la vejez*. Barcelona: Martínez Roca.
- SLATTER, R. (1995), *The psychology of growing old: looking forward*. Buckingham: Open University Press.
- SMITH, P. C., et al. (1969), *The measurement of Satisfaction in work and Retirement: A Strategy for the Study of Attitudes*. Chicago: Rand McNally.
- SOBRERROCA FERRER, L. A. (1991), *La vida que empieza a los sesenta*. Madrid: Scripta.
- Sociedad Española de Geriátría y Gerontología (1998), *Anuario de la Sociedad Española de Geriátría y Gerontología 1998*. Madrid: La Sociedad.
- SOKOLOVSKY, J. (1990), *The Cultural Context of Aging: Worldwide Perspectives*. Nueva York: Bergin and Garvey.
- SOLER, M. C. (1979), *Cómo enriquecer la Tercera Edad*. Barcelona: Argos Vergara.
- SPACAPAN, S., y OSKAMP, S. (comps.) (1989), *The social psychology of aging*. California: Sage Publications.
- SPENCER, P. (1965), *The Samburu: A study gerontocracy in a nomadic tribe*. London: Routledge y Kegan Paul.
- STOLLER, E. P. (1992), «The impact of gender on configurations of care among married elderly couple», *Research on Aging: a Quarterly of social Gerontology and Adult Development*, vol. 14, núm. 3, pp. 313-330, sep.
- STOLNITZ, G. J. (1992), *Demographic causes and economic consequences of population aging*. Nueva York: Economic Studies, United Nations.
- STREIB, G. (1958), «Family patterns in retirement», *Journal of Social Issues*, 14 (2), pp. 46-60.
- (1965), «Are de Aged a Minority Group?», en A. GOULDNER y S. MILLER (Eds.), *Applied Sociology*. Glencoe: The Free Press.
- (1976), «Social Stratification and Aging», en R. BINSTOCK y E. SHANAS (Eds.), *Handbook of Aging and the Social Sciences*. Nueva York: Van Nostrand Reinhold.
- STREIB, G. y SCHNEIDER, C. (1971), *Retirement in American Society: impact and process*. Nueva York: Cornell University Press.
- STRYKER, S. (1983), «Tendencias teóricas de la psicología social: hacia una psicología social interdisciplinaria», en J. R. TORREGROSA y B. SARABIA (Eds.), *Perspectivas y contextos de la psicología social*. Barcelona: Hispano Europea.
- SUBIRATS, J. (1992), *La vejez como oportunidad: un estudio sobre las políticas de tiempo libre dirigidas a la gente mayor*. Madrid: INSERSO.

- SUEUR, J. P. (1985), *Changer la retraite, propositions pour le développement du volontariat des préretraités et retraités*. Repport au Premier ministre. París: Documentation Française.
- SURAUT, P. (1992), «Les bases mouvantes du débat sur l'avenir des retraites», *Retraite et société*, CNAV, 2, pp. 49-55.
- SZALAI, A. (Ed.) (1972), *The use of time. Daily activities of urban and suburban populations in twelve countries*. París: The Hague.
- SZINOVACZ, M. (1992) «Gender differences in exposure to life events and adaptation to retirement», *The Journals of Gerontology: Journal of Gerontology, Social Sciences*, vol. 47, núm. 4, pp. 191-196, jul.
- (Ed. (1982), *Women's Retirement: Polici implications for Recent Research*. Beverly Hills: Sage.
- (1989), «Retirement, couples, and household work», in S. J. BAHR y E. T. PETERSON (Eds.), *Aging and the family*. Lexington, MA: Lexington Books.
- SZINOVACZ, M.; EKERDT, D. J.; VINICK, B. H. (Ed.) (1992), *Families and retirement*. California, Newbury Park: Sage Publications.

T

- TABERNEO, C. (1995), «Actitudes hacia el envejecimiento en el trabajo. Desempeño, autoeficacia y atribuciones», en L. GONZALEZ, A. DE LA TORRE y J. DE ELENA (comps. 9, *Psicología del trabajo y de las Organizaciones, Gestión de Recursos Humanos y Nuevas Tecnologías*. Salamanca: Eudema.
- y DE LA TORRE, A. (1995), «Implicaciones del envejecimiento de la población activa en las políticas de dirección de los recursos humanos», en L. GONZALEZ, A. DE LA TORRE y J. DE ELENA (comps.), *Psicología del trabajo y de las Organizaciones, Gestión de Recursos Humanos y Nuevas Tecnologías*. Salamanca: Eudema.
- TALLON, B. (1990), «La menopausia», en *Revista de Salud, Suplemento Farmacia*, núm. 8, Madrid.
- TAMARO, S. (1994), *Donde el corazón te lleve*. Barcelona: Seix Barral.
- TAURELLE, R., y TAMBORINI, A. (1991), *La menopausia*. Barcelona: Masson.
- TAYLOR, S. J., y BOGDAN, R. (1992), *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. Barcelona: Paidós.
- TEJERINA ALONSO, J. I. (1982), «La protección de la mujer en la Seguridad Social: especial referencia a la Tercera Edad», *Boletín de Estudios y Documentación de Servicios Sociales*, 11-12, pp. 15-26.
- THOMAE, H. (Ed.) (1976), *Patterns of aging. Findings of the form the Bonn longitudinal studies of aging*. Nueva York: Academic Press.
- THOMAS, J. C.; WAUGH, N. C., y FOZARD, J. L. (1978), «Age and familiarity in memory scanning», *Journal od Gerontology*, 33, 528-533.
- THOMAS, L. E. (Ed.) (1989), *Research on adulthood and aging: the human science approach*. Albany: State University of New York Press.

- THOMPSON, P. (1978), *The voice of the past*. Oxford: Oxford University Press.
- , ITZIN, C., y ABENDSTERN, J. (1990), *I don't feel old: the experience of later life*. Oxford: Oxford University Press.
- Thone, R. R. (1992), *Women and aging: celebrating ourselves*. Nueva York: The Haworth Press.
- THORNBURY, J. M., y MISTRETTA, C. M. (1981), «Tactile sensitivity as a function of age», *Journal of Gerontology*, 36, 34-39.
- TIBBITS, C. (Ed.) (1960), *Handbook of Social Gerontology*. Chicago: University of Chicago Press.
- (1968), *Introduction à la gérontologie sociale; ses origines, sa portée, ses tendances*. Ministère de la Santé, de la Education et des Affaires Sociales. Doc. núm. F101, 13 pp.
- y DONAHUE, W. (Eds.) (1962), *Social and Psychological Aspects of Aging*. Nueva York: Columbia University Press.
- TICO, J. (1996), «L'envelliment social: tendències d'utilització del temps d'oci i qualitat de vida», en *Actes II Congrés Català de Sociologia (14-17 d'abril de 1994)*, pp. 1115-1120, vol. II. Barcelona: Societat Catalana de Sociologia.
- TINKER, A. (1997), *Older people in modern society*. London: Longman (4.ª ed.).
- TINSLEY, H.E.A., y TINSLEY, D. J. (1986), «A theory of the attributes, benefits and causes of leisure experience», *Leisure Sciences*, 8, 1-45.
- TOBIO, C. (1995), «Movilidad y género en el espacio urbano», en C. TOBIO, y C. DENCHE (Ed.), *El espacio según el género, ¿un uso diferencial?* Madrid: Comunidad de Madrid.
- FERNÁNDEZ CORDÓN, J. A., y AGULLÓ, M. S. (1998), *Análisis cuantitativo de las estrategias de compatibilización familia-empleo en España*. Madrid: Instituto de la Mujer (Informe de investigación).
- TORRE GARCÍA, A. DE LA (1993), «Jubilaciones anticipadas y recursos humanos: la relevancia de una aproximación psicosocial», *Psicothema*, vol. 5, suplemento, pp. 301-314.
- TORRES-GIL, F. (1992), *The New Aging*. New York: Auburn House.
- TORREGROSA, J. R.; ÁLVARO, J. L., y BERGERE, J. (1989), *Juventud, trabajo y desempleo: un análisis psicosociológico*. Madrid: Ministerio de Trabajo.
- y CRESPO, E. (1984), *Estudios básicos de Psicología Social*. Barcelona: Hora.
- y SARABIA, B. (1983), *Perspectivas y contextos de la Psicología Social*. Barcelona: Hispano Europea.
- TOURNIER, P. (1971), *Learn to Grow Old*. Nueva York: Harper and Row.
- TOUT, K. (1989), *Ageing in developing countries*. Nueva York: Oxford University.
- TOWNSEND, P. (1957), *The Family Life of Old People*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
- y WEDDERBURN, D. (1965), *The Aged in The Welfare State*. Londres: Bell.
- TRACY, M. (1979), *Retirement age practices in ten industrial societies*. Geneva: International Social Security Association.

- TREANTON, J. R. (1958), «Les réactions à la retraite», *Revue Française du Travail*, núm. 4, oct-dec., pp. 149-165.
- (1961/1963), «El trabajador y su edad», en G. FRIEDMANN y P. NAVILE, *Tratado de Sociología del Trabajo*, pp. 280-296. Méjico: Fondo de Cultura Económica.
- TRINDER, C.; HULME, G., y MCCARTHY, U. (1992), *Employment: the role of work in the Third Age*. Londres: The Carnegie UK Trust.
- TROLL, L. E. (1979), «Issues in the study of generations», *Aging and Human Development*, 1, 199-218.
- MILLER, S. J., y ATCHLEY, R. C. (1979), *Families in later life*. Belmont CA: Wadsworth.
- TURNER, B. F. (1979), «The self concepts of older women», *Research on Aging*, 1, pp. 464-480.

U

- UDP-INSERSO (1992), *Preparación para la jubilación*. Madrid: UDP (Unión Democrática de Pensionistas y Jubilados de España).
- (1992), *Sociología de la vejez*. Madrid: UDP.
- UGT-PV (1990), *Vejez, una etapa de la vida*. Valencia: Dpto. de Servicios Sociales, UGT-País Vasco.
- UNRUH, D. R. (1983), *Invisible lives: Social Worlds of the Aged*. Beverly Hills: Sage.

V

- VALLADARES, S. (1995), «Mitos de la vejez: una aproximación antropológica», *Infancia y Sociedad: Revista de Estudios*, núm. 29, pp. 79-100.
- VALLERY-MASSON, J. (1981), «Retirement and morbidity: a three year longitudinal study of a French managerial population», *Age and Ageing*, 10, 271-276.
- VALLÉS, M., y CEA D'ÁNCONA, M.A. (1994), «Los mayores», en A. DE MIGUEL, *La sociedad española 1993-1994*. Madrid: Alianza.
- VANDER-ZADEN, J. W. (1963), *American Minority Relations: the sociology of race and ethnic groups*. Nueva York: Ronal Press.
- VAN TASSEL, D., y STEARNS, P. (Eds.) (1986), *Old age in a bureaucratic: the elderly, the experts, and the state in american history*. Nueva York: Greenwood.
- VARLAAM, C., y BEVAN, S. (1987), *Patterns of Retirement*. Brighthon: Institute of Manpower Studies.
- VÁZQUEZ-VIGO, C. (1982), *El miedo a los años*. Madrid: S. M.
- VIDELA, M., LEIDERMAN, S.; y SAS, M. (1992), *La mujer, su climaterio y menopausia*. Argentina: Cinco.
- VILAR, E. (1981), *Manifiesto de los nuevos viejos*. Barcelona: Plaza y Janés.
- VILLAGARCÍA, T. (1994), *Análisis econométrico del tránsito a la jubilación para trabajadores de edad avanzada*, Doc. de trabajo 94-08. Madrid: Universidad Carlos III de Madrid.

- VIMORT, (1984), «Nuevos aspectos sociológicos de la vejez», en J. L. L. ARANGURENT *et al.*, *La ancianidad, nueva etapa creadora*. Barcelona: Edimutra.
- VINEY, L., y TYCH, A. (1984), «To work or not to work? An enquiry of men experiencing unemployment, promotion and retirement», *Psychology and Human Development*, 1 (2), pp. 57-66.
- VINESA ÁNGULO, J. (1990), *Proceso de envejecimiento de la población de Madrid*. Madrid: I.E.G.A., Dpto. Geografía Humana y Regional, CSIC (Doc. de trabajo, núm. 8, 37 pp.
- y ABELLAN, A. (1993), «El envejecimiento demográfico», en R. PUYOL, J. VINUESA y A. ABELLAN, *Los grandes problemas actuales de la población*. Madrid: Síntesis.
- VIZCAINO, J., *et al.* (1987), *La ancianidad del año 2000. Una visión prospectiva (simposio)*. Barcelona: Fundació Caixa de Pensions.
- VOGES, W., y PONGRATZ, H. (1988), «Retirement and the lifestyles of older women», *Ageing and Society*, vol. 8, núm. 1, pp. 63-83.
- W. AA. (1981), *Estudios sobre la Tercera Edad. Conceptos y bases sobre su problemática*. Valencia: Delegación del Ministerio de Cultura.
- (1985), *De la gent gran*. Barcelona: Kairós, Caja de Pensiones.
- (1994), *Libro Blanco de la Jubilación*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad.
- (1992) «Productive aging: an alder woman in Bangladesh», *Ageng International: Journal of the International Federation on Agein*, vol. XIX, núm. 1, pp. 24-26, mar.
- (1964), *Problemas de la Salud mental del envejecimiento y de la vejez (Cuadernos de Asistencia Social)*. Buenos Aires: Humanitas.
- (1994), *Una aproximación pluridisciplinar al entorno de la vejez (conferencias «Encuentros Gerontológicos», 1992)*. Madrid: Fundación Caja de Madrid.
- (1988), *Hacia una vejez nueva (I Simposio de Gerontología de Castilla-León, 5 al 8 de mayo)*, Salamanca.
- (1977), *Empirical studies in the Psychology and Sociology of Aging*. Nueva York: Thomas Crowell Company.
- VYGOTSKI, L. (1934/1977), *Pensamiento y lenguaje*. Buenos Aires: La Pléyade.

W

- WALKER, A. (1980), «The social creation of poverty and dependency in old age», *Journal of Social Policy*, núm. 9, pp. 49-75.
- (1996), «Actitudes europeas ante el envejecimiento y las personas mayores», *REIS*, 73, 17-42.
- y GUILLEMARD, A. M. (1991), *Les politiques sociales et économiques et les personnes âgées*. Commission des Communautés Européennes.
- WALKER, A., y MALTBY, T. (1997), *Agein Europe*. Buckingham: Open University Press.
- WARD, R. A. (1979), *The aging experience: an introduction to Social Gerontology*. Philadelphia: Lippincott.
- (1979), «The meaning of voluntary association participation to older people», *Journal of Gerontology*, 34, 438-445.

- WARNES, A. (Ed.) (1989), *Human ageing and later life. Multidisciplinary perspectives*. Londres: Arnold.
- (1991), «Migration to and seasonal residence in Spain of northern European elderly people», *European Journal of Gerontology*, 1, pp. 53-60.
- WASH, D. A., y THOMSON, L. W. (1978), «Age differences in visual sensory memory», *Journal of Gerontology*, 33, p. 382-387.
- WATERS, W. E.; KEIKKINEN, E., y DONTAS, A.S. (1989), *Health, lifestyles and services for the elderly*. Copenhagen, WHO.
- WEBER, M. (1922/1969), *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Barcelona. Península.
- WEILAND, S. (1989), «Aged Erikson: The complexion of the life cycle», *Journal of Aging Studies*, 3, pp. 253-262.
- WEISMAN, A. D. (1965), *Discussion of a transference reaction in a sixty-six year old woman*. Nueva York.
- WILTON, P., y YOUNG, M. (1976), *La familia simétrica. Un estudio sobre el trabajo y el ocio*. Madrid: Tecnos.
- WILLIAMS, R. H.; TIBBITS, C., y DONAHUE, W. (1963), *Process of aging: Social and psychological perspectives*. Nueva York: Atherton Press.
- WILLIAMSON, J. (1980), *Aging and Society: An introduction to Social Gerontology*. Nueva York: Holt, Rinehart and Winston.
- y PAMPEL, F. (1993), «Paying for the Baby Boom Generation's Social Security Pensions», *Journal of Aging Studies*, 7 (1), pp. 41-54.
- WILLMUTH, M. E., y HOLCOMB, L. (Eds.) (1993), *Women disabilities: found voices*. Nueva York: The Haworth Press.
- WINDISCHU, U. (1985), *Speech and reasoning in everyday life*. Cambridge: Cambridge University Press.
- WRIGHT, D. (1977), «Conference Focuses on Older Women: The maturing women in America today», *Aging*, núm. 275-276, pp. 18-22, September-October.
- WOLF, D. A. (1990), «Household patterns of older women: some international comparisons», *Research on Aging a quarterly of Social gerontology and Adult Development*, vol. 12, núm. 4, pp. 463-486, dec.
- WOLTERECK, H. (1962), *La vejez: segunda vida del hombre*. Méjico: Fondo de Cultura Económica.
- WOODRUFF, S. D., y BIRREN, J. E. (Eds.) (1975), *Aging: Scientific perspectives and social issues*. Nueva York: Van Nostrand.
- WOOLFSON, P. (1997), *Old age in transition: the geriatric ward*. Westport (Connecticut): Bergin and Garvey.

Y

- YANGUAS, J.; LETURIA, F. J.; LETURIA, M., y URIARTE, A. (1998), *Intervención Psicosocial en Gerontología. Manual práctico*. Madrid: Cáritas-Fundación Caja Madrid.

- YARROW, M. R., *et al.*, (1961), «Social psychological characteristics of old age», *Human Ageing: A biological and Behavioral Study*. Washington: Government Printing Office.
- YELA GRANIZO, M. (1979), «El mundo visto desde la Tercera Edad», en J. MARIAS *et al.*, *Higiene preventiva de la Tercera Edad*. Madrid: Karpós.
- (1992), «El viejo y su mundo», *Revista Española de Geriátría y Gerontología*, 27, 3, pp. 187-188.
- YOUNG, M., y SCHULLER, T. (Eds.) (1988), *The rhythms of society*. Londres: Routledge.
- (1991), *Life after work. The arrival of the Ageless Society*. Londres: Harper Collins.

Z

- ZAY, N. (1981), *Dictionarie-Manuel de Gerontologie Sociale*. Québec: Presse Universitaires de Laval.
- ZAYAS, I. DE (1994), *El voluntariado de las personas mayores*. Madrid: Fundación Caja de Madrid.
- ZINBERG, N. E., y KAUFMAN, I. (1978), *Psicología normal de la vejez*. Buenos Aires: Paidós.

ANEXO

ÍNDICE ANEXO

- Tabla 1. Personas jubiladas según la rama de actividad económica por sexo y situación profesional. Números absolutos y porcentajes, 1991.
- Tabla 2. Personas jubiladas según la situación profesional por sexo y profesión. Números absolutos y porcentajes, 1991.
- Tabla 3. Pensiones de jubilación y viudedad en España por CC.AA. Número absoluto de pensiones otorgadas, importe total y pensión media (en pesetas.), 1998.
- Tabla 4. Población mayor de 65 años por grupos de edad, sexo y hábitat. Porcentajes y absolutos, 1991.
- Cronograma-planning del proceso de investigación de esta tesis.
- Cuadro 1. Características de los/as expertos/as e informantes cualificados/as entrevistados.
 - Guión temático completo.
 - Fichas Técnicas utilizadas para la recogida de información (ejemplos):
 - Cuadro 1. Ficha técnica y distribución gráfica del GD1
 - Cuadro 2. Ficha técnica de los participantes del GD1
 - Cuadro 3. Ficha técnica del entrevistado y entrevista EM1
 - Cuadro 4. Ficha técnica y de control de entrevista a expertos

Tabla 1. Personas jubiladas(1) según la rama de actividad económica por sexo y situación profesional.
En números absolutos y en porcentajes

SITUACIÓN PROFESIONAL	RAMA DE ACTIVIDAD ECONÓMICA								
	Agricultura y pesca	Industrias extractivas	Industrias manufactureras	Energía eléctrica, gas y agua	Construcción	Comercio, restaur. y hostelería	Otros servicios	TOTAL Absolutos	% Filas
AMBOS SEXOS									
Empresarios con asalariados	30.576	642	30.363	685	12.568	40.459	15.655	130.948	3,14
Empresarios sin asalariados	641.505	1.040	58.444	1.717	24.147	119.821	53.292	899.966	21,59
Miembros cooperativas	3.026	124	5.159	91	1.167	1.458	1.945	12.970	0,30
Ayuda familiar	41.870	115	4.195	96	901	6.669	5.520	59.366	1,42
Asalariados fijos	131.101	84.068	739.950	35.060	219.576	177.671	707.055	2.094.481	50,24
Asalariados eventuales	379.351	3.837	86.825	2.411	117.616	46.405	108.405	744.850	17,86
Otra situación	40.665	3.493	59.062	2.528	21.030	19.400	79.481	225.659	5,41
TOTAL	1.268.094	93.319	983.998	42.588	397.005	411.883	971.353	4.168.240	100
% columnas	30,42	2,23	23,60	1,02	9,52	9,88	23,30	100	
HOMBRES									
Empresarios con asalariados	24.169	600	25.320	634	12.305	29.276	11.553	103.857	3,63
Empresarios sin asalariados	409.924	902	37.059	1.636	23.670	73.692	38.412	585.295	20,47
Miembros cooperativas	2.093	105	3.706	79	1.135	969	1.116	9.203	0,32
Ayuda familiar	9.465	81	1.568	66	747	1.735	1.366	15.028	0,52
Asalariados fijos	112.841	81.685	504.596	32.784	215.002	114.499	458.995	1.520.402	53,17
Asalariados eventuales	286.723	3.582	35.754	2.216	115.835	18.907	28.463	491.480	17,18
Otra situación	25.571	3.279	34.210	2.350	20.357	10.835	37.412	134.014	4,68
TOTAL	870.786	90.234	642.213	39.765	389.051	249.913	577.317	2.859.279	100
% columnas (2)	30,45	3,15	22,46	1,39	13,60	8,74	20,19	100	
MUJERES									
Empresarias con asalariados	6.407	42	5.043	51	263	11.183	4.102	27.091	2,06
Empresarias sin asalariados	231.581	138	21.385	81	477	46.129	14.880	314.671	24,03
Miembros cooperativas	933	19	1.453	12	32	489	829	3.767	0,28
Ayuda familiar	32.405	34	2.627	30	154	4.934	4.154	44.338	3,38
Asalariadas fijas	18.260	2.383	235.354	2.276	4.574	63.172	248.060	574.079	43,85
Asalariadas eventuales	92.628	255	51.071	195	1.781	27.498	79.942	253.370	19,35
Otra situación	15.094	214	24.852	178	673	8.565	42.069	91.645	7,00
TOTAL	397.308	3.085	341.785	2.823	7.954	161.970	394.036	1.308.961	100
% columnas	30,35	0,23	26,11	0,21	0,60	12,37	30,10	100	

(1) Los datos se refieren a personas que han trabajado de forma remunerada y ahora cobran una pensión de jubilación. Por tanto, en estos datos no se incluyen "todas" las personas mayores de 65 años sino sólo aquellas que perciben una pensión por jubilación. Las amas de casa mayores, o las que han trabajado pero no han cotizado, son un ejemplo de la exclusión en esta Tabla. Por este motivo se presentan otras Tablas y análisis que reflejan la situación de los mayores "no jubilados/as" como, por ejemplo, véanse las Tablas que contemplan las "pensiones por viudedad" o la Tabla sobre "inactividad económica de los mayores".

(2) Véase la Tabla 2.4. para conocer los otros porcentajes hallados sobre el total de jubilados/as.

Fuente: Elaboración propia en base a datos del *Censo de Población de 1991. Tomo I, Resultados Nacionales*. INE, 1994, pág. 140 y Tabla 2.4 en Capítulo 2.

Tabla 2. Pensiones de jubilación y viudedad en España por Comunidades Autónomas (1). Número absoluto de pensiones otorgadas, importe total y pensión media (en pesetas) 1998

CLASE DE PENSIÓN ⇨ CC.AA.	JUBILACIÓN			VIUEDAD		
	NÚMERO	IMPORTE	PENSIÓN MEDIA	NÚMERO	IMPORTE	PENSIÓN MEDIA
Andalucía	620.639	45.874.219.079	73.914	306.791	14.862.525.108	48.445
Aragón	160.783	12.778.112.839	79.474	66.987	3.391.783.109	50.633
Asturias	164.508	16.566.399.068	100.703	75.081	3.900.897.662	51.956
Baleares	86.664	6.109.929.324	70.501	36.030	1.605.038.479	44.547
Canarias	101.134	7.881.309.535	77.929	53.316	2.680.395.616	50.274
Cantabria	72.239	5.993.306.501	82.965	30.194	1.452.174.543	48.095
Castilla y León	347.100	26.295.465.739	75.758	140.387	6.752.727.655	48.101
Castilla-La Mancha	185.540	13.413.377.216	72.294	81.562	4.105.361.744	50.334
Cataluña	792.410	64.320.843.898	81.171	321.144	15.992.150.294	49.797
C. Valenciana	424.646	30.833.721.343	72.610	193.739	9.298.873.058	47.997
Extremadura	107.441	7.330.334.042	68.227	53.692	2.652.671.035	49.405
Galicia	414.987	27.329.407.884	65.856	152.395	6.347.273.448	41.650
Madrid	450.751	43.544.297.552	96.604	209.929	11.527.974.538	54.914
Murcia	103.021	7.477.750.776	72.585	46.493	2.164.466.457	46.555
Navarra	58.767	4.917.547.667	83.809	24.259	1.263.185.638	52.071
País Vasco	241.540	24.626.417.390	101.956	110.189	6.260.177.914	56.813
Rioja (La)	34.315	2.533.453.683	73.829	13.636	669.252.202	49.080
Ceuta	3.553	351.411.031	98.905	2.288	122.437.426	53.513
Melilla	3.027	269.220.219	88.940	2.076	103.159.789	49.692
TOTAL (2)	4.372.974	348.446.524.786	79.682	1.920.188	95.152.525.715	49.554
TOTAL SISTEMA (3)	Número ⇨ 7.476.202		Importe ⇨ 551.402.758.048	Pensión media ⇨ 73.754		

(1) En este caso se trasladan los datos de las CC.AA. sin desglosarlos por provincias en los que podrían observarse mayores diferencias interprovinciales (Véase INSS, 1998: 242-243).

(2) Según últimos datos, el número de pensiones por jubilación es 4.441.008; pensión media, 84.110. Para las pensiones de viudedad, número 1.956.655; pensión media, 52.064. Fuente: *Evolución Mensual de pensiones...* (op. cit), INSS, Enero 1999.

(3) Se refiere al total de las pensiones incluyendo todas las clases: jubilación, viudedad, invalidez, orfandad, favor familiar.

Fuente: Elaboración propia a partir de datos del INSS (Instituto Nacional de Seguridad Social), *Informe Estadístico 1997*. Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, INSS, 1998, págs 242-243, y *Evolución Mensual de las pensiones del Sistema de la Seguridad Social*, INSS 1999, (op. cit., ed. no publicada).

Tabla 3. Personas jubiladas (1) según la situación profesional por sexo y profesión. En números absolutos y en porcentajes totales

PROFESIÓN	SITUACIÓN PROFESIONAL								
	Totales	% sobre total jubilados/as	Empresarios con asalariados	Empresarios sin asalariados	Miembros cooperativas	Ayuda familiar	Asalariados fijos	Asalariados eventuales	Otra situación
AMBOS SEXOS									
TOTAL	4.168.240		130.948	899.966	12.970	59.366	2.094.481	744.850	225.659
PROFESIONALES, TÉCNICOS Y SIMILARES	176.161	4,22	6.631	11.350	708	1.831	126.982	9.164	19.595
Titulados en Ciencias e Ingenierías	49.355		3.278	3.484	132	229	36.438	1.613	4.181
Auxiliares en Ciencias e Ingenierías	44.798		1.201	3.057	131	320	33.875	2.914	3.300
Escritores, prof. del espectáculo y deportes	17.261		494	1.987	167	448	6.232	2.003	5.930
Personal docente y otros prof. titulados	64.747		1.558	2.822	278	834	50.437	2.634	6.134
DIRECTIVOS DE LAS AA.PP. Y EMPRESAS	44.669	4,07	13.397	424	331	231	25.750	982	3.554
PERSONAL ADMINISTRATIVO	298.136	7,15	3.454	3.387	545	1.038	258.818	12.553	18.341
Jefes de oficinas	46.404		1.031	420	108	120	40.517	733	3.475
Resto de empleados	251.732		2.423	2.967	437	918	218.301	11.820	14.866
COMERCIO	268.510	6,44	33.732	107.076	1.074	5.519	93.342	14.945	12.822
Agentes y jefes de compras y ventas	33.795		2.474	5.931	133	193	20.599	2.348	2.117
Dependientes, vendedores y similares	234.715		31.258	101.145	941	5.326	72.743	12.597	10.705
TRAB. HOSTELERÍA Y RESTO SERVICIOS	473.452	11,35	12.901	35.787	860	4.180	292.886	90.044	36.794
Hostelería y servicios personales	127.580		11.603	28.219	463	1.991	61.061	16.216	8.027
Protección y seguridad	55.901		285	505	87	68	49.420	2.781	2.755
Resto de los servicios	289.971		1.013	7.063	310	2.121	182.405	71.047	26.012
AGRICULTURA Y GANADERÍA	960.629	23,04	30.880	641.801	2.758	40.074	95.222	113.928	35.966
TRAB. CONSTRUCCIÓN, INDUSTRIA, MINERÍA Y TRANSPORTE	1.132.926	27,17	30.053	100.141	5.451	3.525	821.456	109.252	63.048
Contramaestre constr. y minería e industria	75.587		-	-	479	164	66.346	4.011	4.587
Trab. especializados de la construcción	212.686		8.487	22.527	925	531	122.820	46.492	10.904
Trab. especializados de la minería y metal	275.288		6.624	14.010	1.199	494	226.388	13.029	13.544
Trab. especializados del resto de las indust.	325.408		9.671	36.528	1.755	1.839	223.515	29.557	22.543

Continúa

Operadores de inst. ind. fijas y móviles	243.957			5.271	27.076	1.093	497	182.387	16.163	11.470
PEONES Y TRAB. NO ESPECIALIZADOS	757.486	18,17		-	-	1.243	2.968	330.744	393.314	29.217
PROF. DE LAS FUERZAS ARMADAS	56.271	1,34		-	-	-	-	49.281	668	6.322
HOMBRES										
TOTAL	2.859.279	%	% total	103.857	585.295	9.203	15.028	1.520.402	491.480	134.014
PROFESIONALES, TECNICOS Y SIMILARES	105.577	3,69	2,53	5.276	8.730	384	563	76.201	4.794	9.629
Titulados en Ciencias e Ingenierías	36.826			2.758	2.994	102	84	27.189	945	2.754
Auxiliares en Ciencias e Ingenierías	29.172			970	2.304	78	79	22.323	1.522	1.896
Escritores, prof. del espectáculo y deportes	11.520			422	1.534	97	190	4.951	1.464	2.592
Personal docente y otros prof. titulados	28.329			1.126	1.898	107	210	21.738	863	2.387
DIRECTIVOS DE LAS AA.PP. Y EMPRESAS	38.815	1,35	0,93	11.941	343	279	122	22.639	678	2.813
PERSONAL ADMINISTRATIVO	219.639	7,68	5,26	2.772	2.366	397	393	194.299	6.435	12.977
Jefes de oficinas	39.480			921	366	93	71	34.557	514	2.958
Resto de empleados	180.159			1.851	2.000	304	322	159.742	5.921	10.019
COMERCIO	166.638	5,82	3,99	24.196	64.482	693	1.317	61.704	7.180	7.066
Agentes y jefes de compras y ventas	30.924			2.232	5.266	124	122	19.212	2.072	1.896
Dependientes, vendedores y similares	135.714			21.964	59.216	569	1.195	42.492	5.108	5.170
TRAB. HOSTELERIA Y RESTO SERVICIOS	165.580	5,79	3,97	8.099	18.768	344	614	117.051	12.568	8.136
Hostelería y servicios personales	64.404			7.447	17.113	192	454	30.031	6.227	2.940
Protección y seguridad	54.758			270	437	69	49	48.673	2.582	2.678
Resto de los servicios	46.418			382	1.218	83	111	38.347	3.759	2.518
AGRICULTURA Y GANADERIA	640.857	22,41	15,37	24.562	410.065	1.903	8.929	82.182	91.112	22.104
TRAB. CONSTRUCCIÓN, INDUSTRIA, MINERIA Y TRANSPORTE	893.950	31,26	21,44	27.011	80.541	4.279	1.877	654.363	81.743	44.136
Contramaestre constr. y minería e industria	72.260			-	-	447	132	63.595	3.731	4.355
Trab. especializados de la construcción	209.717			8.395	22.116	905	466	121.198	45.915	10.722
Trab. especializados de la minería y metal	265.550			6.501	13.625	1.137	442	218.829	12.208	12.808
Trab. especializados del resto de las indust.	136.827			7.141	18.847	848	456	95.162	7.362	7.011
Operadores de inst. ind. fijas y móviles	209.596			4.974	25.953	942	381	155.579	12.527	9.240
PEONES Y TRAB. NO ESPECIALIZADOS	572.490	20,02	13,73	-	-	924	1.213	263.086	286.359	20.908
PROF. DE LAS FUERZAS ARMADAS	55.733	1,94	1,33	-	-	-	-	48.877	611	6.245

MUJERES										
TOTAL	1.308.961			27.091	314.671	3.767	44.338	574.079	253.370	91.645
PROFESIONALES, TÉCNICOS Y SIMILARES	70.584	5,39	1,69	1.255	2.620	324	1.268	50.781	4.370	9.966
Titulados en Ciencias e Ingenierías	12.529			520	490	30	145	9.249	668	1.427
Auxiliares en Ciencias e Ingenierías	15.626			231	753	53	241	11.552	1.392	1.404
Escritores, prof. del espectáculo, y deportes	6.011			72	453	70	258	1.281	539	3.338
Personal docente y otros prof. titulados	36.418			432	924	171	624	28.699	1.771	3.797
DIRECTIVOS DE LAS AA.PP. Y EMPRESAS	5.854	0,44	0,14	1.456	81	52	109	3.111	304	741
PERSONAL ADMINISTRATIVO	78.497	5,99	1,88	682	1.021	148	645	64.519	6.118	5.364
Jefes de oficinas	6.924			110	54	15	49	5.960	219	517
Resto de empleados	71.573			572	967	133	596	58.559	5.899	4.847
COMERCIO	101.872	7,78	2,44	9.536	42.594	381	4.202	31.638	7.765	5.756
Agentes y jefes de compras y ventas	2.871			242	665	9	71	1.387	276	221
Dependientes, vendedores y similares	99.001			9.294	41.929	372	4.131	30.251	7.489	5.535
TRAB. HOSTELERIA Y RESTO SERVICIOS	307.872	23,52	7,38	4.802	17.019	516	3.566	175.835	77.476	28.658
Hostelería y servicios personales	63.176			4.156	11.106	271	1.537	31.030	9.989	5.087
Protección y seguridad	1.143			15	68	18	19	747	199	77
Resto de los servicios	243.553			631	5.845	227	2.010	144.058	67.288	23.494
AGRICULTURA Y GANADERIA	319.772	24,42	7,67	6.318	231.736	855	31.145	13.040	22.816	13.862
TRAB. CONSTRUCCIÓN, INDUSTRIA, MINERIA Y TRANSPORTE	238.976	18,25	5,73	3.042	19.600	1.172	1.648	167.093	27.509	18.912
Contramaestre constr. y minería e industria	3.327			-	-	32	32	2.751	280	232
Trab. especializados de la construcción	2.969			92	411	20	65	1.622	577	182
Trab. especializados de la minería y metal	9.738			123	385	62	52	7.559	821	736
Trab. especializados del resto de las indust.	188.581			2.530	17.681	907	1.383	128.353	22.195	15.532
Operadores de inst. ind. fijas y móviles	34.361			297	1.123	151	116	26.808	3.636	2.230
PEONES Y TRAB. NO ESPECIALIZADOS	184.996	14,13	4,43	-	-	319	1.755	67.658	106.955	8.309
PROF. DE LAS FUERZAS ARMADAS	538	0,04	0,01	-	-	-	-	404	57	77

Fuente: Elaboración propia con datos del *Censo de Población de 1991, Tomo I, Resultados Nacionales*. INE, 1994, pág. 143-144.

Tabla 4. Población mayor de 65 años por grupos de edad, sexo y hábitat. Porcentajes y absolutos

AMBITO TERRITORIAL	GRUPOS DE EDAD														Total fila	% fila	%sobre población nacional	
	65-69 años				70-74 años				75 y más				TOTAL					
	Hombres		Mujeres		Hombres		Mujeres		Hombres		Mujeres							
	total	%	total	%	total	%	total	%	total	%	total	%						
ZONA URBANA	487.414	57,73	608.135	61,44	319.366	56,88	468.844	60,55	432.158	53,84	819.063	58,58	3.134.980	58,37	12,40			
más de 500.000	155.659		206.230		103.135		161.508		141.552		286.455		1.054.539	19,63(1)				
de 100.001 a 500.000	142.835		180.815		94.082		138.967		126.330		240.763		923.792	17,20				
de 50.001 a 100.00	49.807		60.605		32.190		46.920		43.333		80.141		312.996	5,82				
de 10.001 a 50.000	139.113		160.485		89.959		121.449		120.943		211.704		843.653	15,70				
ZONA INTERMEDIA DE 2.001 A 10.000	145.010	17,17	159.069	16,07	95.697	17,04	124.191	16,04	136.834	17,04	228.590	16,35	889.391	16,56	13,46			
ZONA RURAL MENOS DE 2.000	211.842	25,09	222.565	22,48	146.329	26,06	181.219	23,40	233.606	29,10	350.320	25,05	1.345.881	25,06	19,23			
TOTAL NACIONAL MAYORES 65 AÑOS	844.266	100	989.769	100	561.392	100	774.254	100	802.598	100	1.397.973	100	5.370.252	100				

(1) Los cuatro porcentajes referentes a las zonas urbanas son la suma del total de mayores en zonas urbanas (58,37%). Los porcentajes en *cursiva* se refieren a los porcentajes globales por zonas: urbana, intermedia y rural en relación al total nacional viviendo en esas zonas. Por ejemplo, de todos los españoles viviendo en zonas urbanas, el 12,40 % son mayores de 65 años.

Fuente: Elaboración propia en base a datos del INE. Censo de Población de 1991. Tomo I. Resultados Nacionales. INE, 1994. Y datos facilitados por la Subdirección General de Censos y Padrón, INE, 19-1-1998.

Cronograma-*planing* del proceso de realización de la tesis *

PERIODO ▶		1993-95	1996	1997	1998						1999		
FASES:	FUNCIONES Y TAREAS			Enero-Sept	Oct-Dic	Enero-Marzo	Abril-Mayo	Junio-Julio	Agost-Sept	Oct.	Nov.	Dic.	
1) Fase Exploratoria	- Trabajos de los cursos de doctorado - Congresos y otros cursos sobre el tema - Beca Formación I. de la Mujer, proyectos, becas, otros proyectos... - Consulta y análisis bibliográfico y documental	————		————		————			————				
2) Fase teórica y revisión	- Revisión teórico-conceptual - Elaboración y redacción parte Teórico-conceptual, revisión estudios			————	————	————	————	————	————				————
3) Re-definición del diseño	- Estructuración del diseño: técnicas, informantes, contextos, criterios de selección, claves - Elaboración del guión de las entrevistas y GD - Entrevistas-conversaciones previas			-----	————	————							
4) Fase empírica	- Entrevistas informantes cualificados/as - Preparación material para entrevistas y Grupos de Discusión - Contactación de los/as participantes de los GD, observación - Aplicación de los GD y entrevistas a personas mayores, observaciones						————	————	-----				
4) Fase analítica	- Transcripciones, análisis GD y de las entrevistas - Contraste, análisis comparativo y análisis-interpretación final - Redacción y revisión final								————		-----	-----	————

* En el "cronograma-*planing*" la línea continua indica intensidad máxima de realización de la función. Las líneas discontinuas indican menor intensidad de trabajo en la tarea señalada.

Cuadro 1. CARACTERÍSTICAS DE LOS/AS EXPERTOS/AS E INFORMANTES CUALIFICADOS/AS ENTREVISTADOS/AS (1)

Nº	NOMBRE Y APELLIDOS	PROFESIÓN	CARGO, PUESTO ACTUAL	ORGANISMO	POBLACIÓN
1	M ^o ÁNGELES DURÁN	CATEDRÁTICA DE SOCIOLOGÍA	PROFESORA DE INVESTIGACIÓN DEL CSIC	CSIC	MADRID
2	J. MARIANO LÓPEZ-CEPERO JURADO	PROFESOR TITULAR DE SOCIOLOGÍA	JUBILADO EMÉRITO	FAC. CC.PP. Y SOCIOLOGÍA, UCM	MADRID
3	BENJAMÍN GARCÍA SANZ	PROFESOR TITULAR DE SOCIOLOGÍA	DIRECTOR DEPARTAMENTO SOCIOLOGÍA II, UCM	FAC. CC.PP. Y SOCIOLOGÍA, UCM	MADRID
4	GREGORIO RODRÍGUEZ CABRERO	CATEDRÁTICO DE SOCIOLOGÍA	CATEDRÁTICO DE SOCIOLOGÍA, DPTO. FUNDAMENTOS DE ECONOMÍA E HISTORIA ECONÓMICA	FAC. CC. EE. Y EMPRESARIALES, UNIV. ALCALÁ DE HENARES	ALCALÁ DE HENARES (MADRID)
5	PILAR RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ	SOCIÓLOGA	JEFA DE SERVICIO DE ESTUDIOS DEL IMSERSO	IMSERSO	MADRID
6	EZEQUIEL GRACIA GONZÁLEZ	CONTABLE INDUSTRIAL	SECRETARIO GENERAL DE LA FEDERACIÓN REGIONAL DE PENSIONISTAS DE MADRID	CC.OO.	MADRID
7	LIBERTAD ÁUREA ALONSO SANSEGUNDO	AMA DE CASA	CONCEJALA DE TERCERA EDAD, MUJER E INFANCIA	AYUNTAMIENTO LEGANÉS	LEGANÉS (MADRID)
8	ENRIQUETA FERRI	EMPLEADA INDUSTRIA TEXTIL	CONCEJALA DE TERCERA EDAD	AYUNTAMIENTO ALCOY	ALCOY (ALICANTE)
9	MILAGRO AGULLÓ MARTÍ	ENFERMERA	SUPERVISORA RESIDENCIA DE MAYORES Y CONCEJALA DE SALUD Y SERVICIOS SOCIALES	RESIDENCIA CONSELLERIA, AYUNTAMIENTO COCENTAINA	ALCOY-COCENTAINA (ALICANTE)
10	CARMEN DOMÍNGUEZ	TRABAJADORA SOCIAL	RESPONSABLE DEL PROGRAMA DE MAYORES	AYUNTAMIENTO GETAFE	GETAFE (MADRID)
11	ROSA MORENO	ANIMADORA SOCIO-CULTURAL	RESPONSABLE DEL PROGRAMA DE MAYORES	AYUNTAMIENTO LEGANÉS	LEGANÉS (MADRID)
12	ROSSANA COSTA	TRABAJADORA SOCIAL	RESPONSABLE PROGRAMA AYUDA Y ASISTENCIA A DOMICILIO Y OTROS SERVICIOS PARA MAYORES	AYUNTAMIENTO ALCOY	ALCOY (ALICANTE)
13	ELIA RODRÍGUEZ	TRABAJADORA SOCIAL	PROGRAMA DE MAYORES Y OTROS	AYUNTAMIENTO COCENTAINA	COCENTAINA (ALICANTE)

Nº	NOMBRE Y APELLIDOS	PROFESIÓN	CARGO, PUESTO ACTUAL	ORGANISMO	POBLACIÓN
14	JUAN JOSÉ LÓPEZ JIMÉNEZ	GEÓGRAFO SOCIAL	TÉCNICO SOCIAL EN EL EQUIPO DIRECTIVO DE CÁRITAS	CÁRITAS ESPAÑOLA	MADRID
15	MIGUEL ÁNGEL MILLÁN	PROFESOR ENSEÑANZA SECUNDARIA	RESPONSABLE PROGRAMA DE MAYORES	CARITAS ESPAÑOLA	MADRID
16	LUIS ACEBAL MONFORT	LIC. FILOSOFIA Y LETRAS	SECRETARIO GENERAL, momento de la entrevista (Actualmente: D. GENERAL REL. INSTITUCIONALES)	SECOT, Seniors Españoles para la Cooperación Técnica. (Actualmente: Sociedad General de Autores)	MADRID
17	SUSANA GENDE FEELY	PSICÓLOGA	RESPONSABLE DEL PROGRAMA DE MAYORES	CRUZ ROJA ESPAÑOLA	MADRID
18	JAVIER ÁLVAREZ SOUTO	SOCIÓLOGO	ASESOR TÉCNICO, UDP	UDP	ALBACETE

(1) Nota: para conocer otros datos de los informantes cualificados (cargo-puestos anteriores) o los datos de la entrevista (día, duración, lugar de realización, etc.) véase cada una de las fichas técnicas (del entrevistado y de la entrevista) que anteceden a la transcripción de cada una de las entrevistas localizables en el Anexo.

PREGUNTAS DEL GUIÓN

1. PRESENTACION: NOMBRE Y TRAYECTORIA LABORAL

ACTIVIDADES PASADAS

Con esta cuestión se pretenden tres objetivos: a) romper el hielo e introducir el tema poco a poco, b) presentación de los informantes-participantes, c) conocimiento de sus trayectorias laborales y actividades pasadas. Se les plantea presentación de sus nombres (sin apellido, para respetar anonimato que habíamos dicho) y trayectorias pasadas. Conocer su pasado, en concreto su faceta laboral, nos permitirá abarcar de mejor modo las siguientes cuestiones sobre las actividades actuales y la jubilación.

Como preguntas de apoyo y para profundizar, teníamos preparadas las siguientes preguntas:

- ¿En qué trabajaban? ¿Qué importancia tenía para ustedes? ¿Qué les gustaba más o menos de sus trabajos?
- ¿Echan de menos el trabajo? ¿Hubiesen continuado trabajando cuando se jubilaron o en estas edades?
- ¿A qué dedicaban el tiempo “fuera” del trabajo?

2. ACTIVIDADES ACTUALES

TIEMPOS, TIPOS, SATISFACCIÓN, SIGNIFICADOS, DIMENSIONES

Inmediatamente se lanza el tema central objeto de análisis. Hasta el momento habían hablado sobre sus actividades pasadas, ahora se les plantea que cuenten sus actividades y su ocupación del tiempo en la actualidad. Teníamos preparadas las siguientes preguntas para el caso de silencios y para profundizar:

- ¿Qué hacen?
- Diferenciar: lunes a viernes (laborales) de fines de semana y festivo y temporadas o estaciones anuales.
- ¿Qué importancia/sentido tiene lo que hacen?
- ¿Qué les gusta más hacer?
- ¿Qué influye o marca la realización de uno u otro tipo de actividad?

Trabajo anterior; Estatus: estudios e ingresos; Pasado: costumbre, hábitos; Edad; Situación de salud, movilidad, independencia física; Género; Relaciones sociales: familiares o extrafamiliares; Hábitat, etc.

Hemos de decir que no se hacía la pregunta desglosada por cada uno de estos factores (al igual que en las cuestiones anteriores). El motivo de no hacer la pregunta apuntando punto a punto era dejar

ASPECTOS A TRATAR:

– Trayectorias laborales.

- Actitudes hacia el trabajo/ empleo anterior, hacia el trabajo doméstico
- Centralidad, satisfacción .
- Ocio pasado

- “Tipología” actividades, qué.
- Temporalización, cuándo.
- Significados, porqué.
- Satisfacción.
- Dimensiones, factores.

a los/as mayores que hablaran y ellos/as decidieran, según el orden e intensidad del tema, la importancia de estas facetas.

Estas preguntas son centrales, pues recordemos que conocer las dimensiones, significados, tipos y tiempos en torno a las actividades de los mayores constituye el objeto central de la tesis.

3. JUBILACIÓN, ¿CAMBIOS O CONTINUIDAD?

Relación con actividad

Plantear este tema tenía un doble finalidad: a) pretende conocer la existencia o inexistencia de cambios -positivos o negativos- en la jubilación o en el proceso de envejecimiento, b) y además, obtener información acerca de las dimensiones y factores que supuestamente marcan diferencias en la vivencia de la jubilación y posterior vejez.

La pregunta era: "además de dejar de trabajar ¿viven otros cambios o no?" "¿influyen estos cambios sobre lo que hacen actualmente?" Cambios y efectos positivos y negativos y su influencia sobre actividad

El objetivo era hacer hincapié en la influencia de estos posibles cambios sobre las actividades y los diferentes factores que convierten el envejecimiento y jubilación en una vivencia "diferencial" y al mismo tiempo nos indican los posibles cambios -que no siempre ocurren- en esta etapa.

- Representaciones y actitudes hacia la jubilación.
- Determinantes, cambios y efectos (causas y consecuencias) en relación con las actividades.

4. DEFINICIÓN DE SER MAYOR, aspectos, concepto

Las preguntas fueron: ¿Qué es ser mayor para usted? ¿qué es envejecer? ¿que define y de qué depende ser mayor? ¿ en qué momento o en qué situación empieza una persona a "ser mayor"?

Con esta cuestión se pretendía conocer cuáles son los significados, conceptos y los criterios que definen el ser mayor, el envejecer, la vejez: jubilación, edad, aspecto físico, dependencia, etc. Al mismo tiempo se puede conocer hasta qué punto se tiene o no conciencia de ser mayor, si notan el envejecimiento a raíz de la jubilación o no...

5. IMÁGENES SOCIALES, tratamiento que reciben

Las preguntas fueron: ¿Cómo cree que le ven los demás? ¿Qué imagen social tienen los mayores? ¿Cómo son tratados por la sociedad (instituciones, familia, etc.)? Obviamente nuestro objetivo es centrarnos en la primera parte, su autopercepción, autoconcepto, imagen personal, que tanto incide sobre la formación de la identidad psico-social. Si con el punto 4 conocíamos, de algún modo, cómo se perciben a sí mismos, con esta pregunta se pretende descubrir cómo piensan los mayores que son percibidos. Con ellos nos acercamos a las actitudes sociales, estereotipos y representaciones sociales de la población acerca de los mayores.

6. VALORES, PREFERENCIAS en esta etapa

A través del planteamiento de esta cuestión pretendemos acercarnos a dos últimos puntos no menos importantes: a) valores, necesidades y preferencias predominantes en esta etapa, según los propios mayores, b) las demandas y propuestas para una jubilación "ideal", perfecta, y un envejecimiento con mayor calidad de vida.

Las preguntas fueron: "¿Qué es lo que más le gusta (aprecia, valora) y lo que menos (desprecia, rechaza) de esta etapa? ¿Han cambiado sus valores y preferencias o son los mismos que en su vida activa pasada?, Y también: "¿Qué proponen para una mejor jubilación y envejecimiento? ¿Cómo sería una jubilación "ideal", perfecta?"

7. FUTURO DEL ENVEJECIMIENTO Y JUBILACIÓN

El objetivo de este último punto era conocer las expectativas, preocupaciones e ilusiones de futuro de los mayores e intuir, siempre desde el punto de vista de la gente mayor, el futuro de la gente adulta y más joven como "mayores" a corto o medio plazo.

¿Cómo se ven el día de mañana, en un futuro? ¿Y el futuro de los adultos y jóvenes?

Este punto nos parecía relevante para completar nuestro objetivo general de ahondar sobre el pasado de nuestros mayores (trayectoria laboral), el presente, para poder acercarnos al futuro, al próximo milenio, ya tan cercano.

8. OTROS COMENTARIOS EN RELACIÓN A LAS ACTIVIDADES DE LOS MAYORES

Por último, después de dar libertad a los/as participantes para comentar algo más referente a los temas tratados, se recordaba la cuestión central del guión: "las actividades de los mayores en el envejecimiento y en la jubilación" por si querían añadir, completar o aclarar alguna cuestión enunciada en sus discursos ya grabados.

- CARACTERÍSTICAS SOCIODEMOGRÁFICAS (Véase ficha que rellenaban cada uno de los informantes) Estas características sociodemográficas y otros datos son: sexo, edad, situación civil, número hijos, número hijos conviviendo con vd., padres u otros familiares conviviendo, situación laboral pasada, nivel de estudios, estado de salud, vivienda, actividades (diarias, festivos, temporadas), pertenencia a asociaciones, *hobbies*-aficiones, ingresos netos mensuales propios, total ingresos, lugar de residencia.

GUIÓN SEGUIDO EN LAS ENTREVISTAS A INFORMANTES EXPERTOS/AS

En el caso de los informantes cualificados/as se aplicó un guión en la misma línea para poder contrastar las distintas informaciones y discursos. Pero, obviamente, se omitían algunas preguntas relativas a la vivencia de la jubilación y envejecimiento (salvo en el caso de algún informante jubilado) y se añadían otras más especializadas según el puesto/cargo o profesión del informante. El guión fue como sigue:

1. RELACIÓN Y EXPERIENCIA COMO EXPERTO EN EL TEMA DE MAYORES

2. ACTIVIDADES DE LOS MAYORES HOY

- ¿Qué hacen?
- ¿Qué sentido/importancia otorgan a lo que hacen?
- ¿Qué les gusta hacer más?
- ¿Qué influye o marca la realización de uno u otro tipo de actividad?

3. JUBILACIÓN, ¿CAMBIOS O CONTINUIDAD? OTROS CAMBIOS Y EFECTOS (EN JUBILACIÓN Y ENVEJECIMIENTO) Y SU INFLUENCIA SOBRE TIPO ACTIVIDAD ACTUAL

- Cambios y efectos positivos.
- Cambios y efectos negativos.

4. SIGNIFICADO Y DEFINICIÓN DE “SER MAYOR”

- ¿Qué es ser mayor, envejecer?
- ¿Qué criterios definen ser mayor, envejecimiento?

5. IMÁGENES SOCIALES

- Tratamiento hacia mayores desde nivel social, institucional, familiar...

6. PREFERENCIAS, VALORES, LO QUE MÁS GUSTA Y MENOS A LOS MAYORES

- ¿Han cambiado valores, preferencias? ¿Qué les gusta más y menos?

7. JUBILACIÓN “IDEAL”, LO QUE LES GUSTARÍA, PROPUESTAS Y DEMANDAS

- Nuevas demandas ante las “clásicas” necesidades y otras necesidades “diferentes” o nuevas. Problemas más alarmantes que habría que investigar...

8. SITUACIÓN FUTURO MAYORES, PERSPECTIVAS Y PROPUESTAS

9. OTROS COMENTARIOS Y APORTACIONES LIBRES. Cierre entrevista: aclaraciones al tema central “Los mayores ante el trabajo y la actividad en el envejecimiento y la jubilación”.

Cuadro 1. Ficha técnica y distribución gráfica del GD1

FICHA TÉCNICA Y DE CONTROL DEL GD1

FECHA DE REALIZACIÓN: Viernes, 12 de junio de 1998

LUGAR DE REALIZACIÓN: Universidad Carlos III de Madrid, Getafe. Aula/sala 31, Edificio nº 11, "Luis Vives".

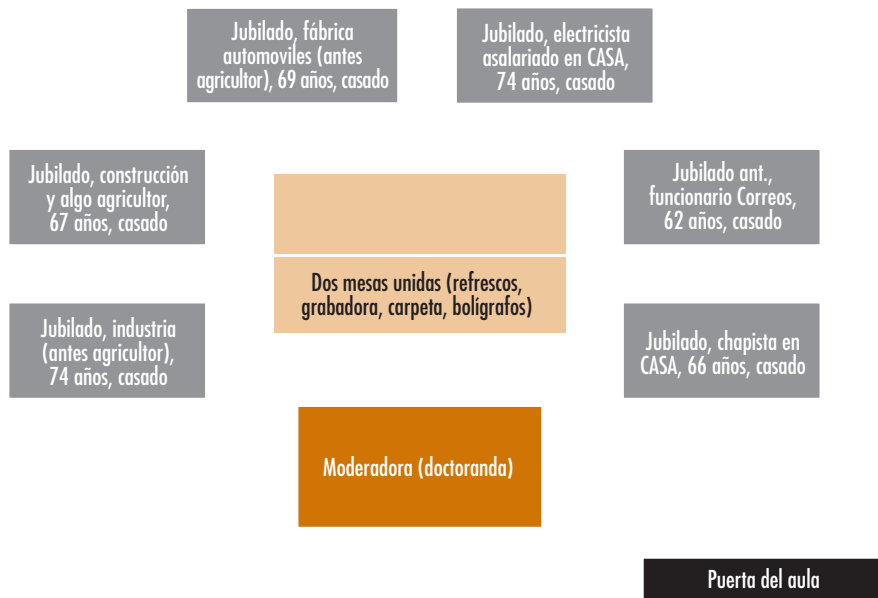
HORA INICIO: 17:15 h.

HORA FINALIZACIÓN: 18:50 h.

DURACIÓN: 1h. 35 min.

COMPONENTES DEL GRUPO: 6 jubilados varones

DISTRIBUCIÓN GRÁFICA DE LOS PARTICIPANTES DEL GD1



FICHA TÉCNICA DE LOS PARTICIPANTES DEL GD1, JUBILADOS, ESTATUS MEDIO, GETAFE (MADRID)

Nº	SEXO	EDAD	EDAD JUB(1)	ESTADO CIVIL	N.º hijos y mayores (2)	EXPERIENCIA PASADA (3)	SITUACIÓN ACTUAL	ACTIVIDADES DIARIAS	ACTIVIDADES FESTIVOS	HOBBIES	ESTUDIOS	INGRESOS PROPIOS	INGRESOS FAMILIARES	CIUDAD
1	H	74	65	Casado	3, 1	Antes agricultor, asalariado industria	Jubilado	Pasear, TV, comprar, "trabajar algo"	Pasear	Ver fútbol	Básicos	70.000		Getafe (Madrid)
2	H	62	62	Casado	2, 1 madre	Funcionario de Correos, administrativo	Jubilado	Pasear	Misa	Catequesis, actividades parroquia	Básicos	130.000		Getafe (Madrid)
3	H	69	64	Casado	1, 1	Antes agricultura, fábrica automóviles	Jubilado	De fiesta y paseo	Igual	Ver fútbol	Básicos	70.000		Getafe (Madrid)
4	H	67	65	Casado	2, 1, suegra	Agricultor, construcción	Jubilado	Campo, compras	Familia		Primarios	80.000		Leganés (Madrid)
5	H	74	65	Casado	3	Electricista y montaje en empresa CASA (Construcciones Aeronáuticas, S.A.)	Jubilado	Agrupación de jubilados de CASA	Disfrutar con mi esposa, excursiones	Relaciones, fútbol	Primarios	150.000	200.000	Getafe (Madrid)
6	H	66	64	Casado	2, suegra	Chapista en empresa CASA	Jubilado	Relaciones con jubilados de CASA	Pasear	Deportes	Primarios			Getafe (Madrid)

(1) Se observa cómo un gran número de mayores se han jubilado de forma anticipada (véase apartados correspondientes sobre la cuestión).

(2) También preguntábamos en la ficha individual que rellenaban: número de hijos, si vivía algún hijo/a con ellos u otro mayor de la familia (padre/madre, suegro/suegra). En esta casilla se ponen tres datos, por este orden: dos números (el primero es el número de hijos y el otro los que viven con ellos) y el tercer dato, en letras, si algún mayor vive con el entrevistado. Estos datos nos acercan a la estructura y tamaño familiar (hijos/as u otros mayores de la familia). Aunque predomina la "familia nuclear", esta información nos ofrece una "pista" sobre los mayores como "cuidadores" o como "cuidados." Pero todo ello se trata ampliamente en sus discursos (sobre todo en las mujeres mayores "más jóvenes") que son las que se encargan de los cuidados.

(3) Puede observarse la discontinuidad en la trayectoria laboral de los mayores de menor estatus de nuestro estudio (y de los mayores en general). Muchos han tenido diversos trabajos (obsérvense estas fichas y las transcripciones y análisis discursivos), pero teniendo su origen vital y laboral en zonas rurales y agrícola-ganaderas, sobre todo de Extremadura y las dos Castillas. Estos mayores emigrantes se concentran en las zonas urbanas y metropolitanas. Se trata de algunos (sólo algunos, porque otros son oriundos de las zonas observadas) participantes del GD1, GD2 (ambos en Getafe, Madrid), GD3 (Carabanchel, distrito de Madrid), GD4 (Alcobendas, Madrid) y algunos/as entrevistados/as.

FICHA TÉCNICA ENTREVISTADO Y ENTREVISTA EMI

SEXO: Hombre	
EDAD: 70 años	EDAD DE JUBILACIÓN: 64 años
ESTADO CIVIL: Casado	
NÚMERO DE HIJOS/AS VIVIENDO CON USTED: un hijo	
PADRE, MADRE U OTRO FAMILIAR MAYOR VIVIENDO CON USTED: -.	
EXPERIENCIA LABORAL PASADA (Especificar al máximo): Administrativo. Primero en Agromán, luego en una filial de Agromán (en Kynos, y más tarde en Saky).	
ACTIVIDADES QUE REALIZA DE LUNES A VIERNES (en la actualidad) (Especificar al máximo): alguna tarea hogar, pasear, leer, TV, museos VERANO: INVIERNO:	
ACTIVIDADES QUE REALIZA FINES DE SEMANA Y FESTIVOS (Especificar): viajar, hacer-recibir visita familia, hijos VERANO: INVIERNO:	
HOBBIES, AFICIONES: leer, pasear	
NIVEL DE ESTUDIOS TERMINADO: Básicos	
VIVIENDA (propia, de alquiler...): Propia	
Perteneencia a asociaciones, ONGs, organizaciones, etc.: -	
INGRESOS NETOS MENSUALES: No lo quiere decir.	
TOTAL DE INGRESOS FAMILIARES (ingresos pareja o cónyuge + ingreso hijos/as + ayudas...):	
MUNICIPIO-LOCALIDAD: Madrid	BARRIO-DISTRITO: Carabanchel Bajo
FECHA Y LUGAR REALIZACIÓN: Sábado, 20 de junio de 1998. Domicilio del entrevistado. HORA INICIO-HORA FINALIZACIÓN: 11:30 h. a 12:16 h. DURACIÓN: 46 min.	

FICHA TÉCNICA Y DE CONTROL DE ENTREVISTA A EXPERTO/A

DATOS GENERALES DE EL/LA ENTREVISTADO/A:

Nombre y apellidos:

Profesión:

Cargo/s-puesto/s anterior/es:

Cargo-puesto actual:

Organismo:

FECHA DE REALIZACIÓN:

LUGAR DE REALIZACIÓN:

HORA INICIO:

HORA FINALIZACIÓN:

DURACIÓN:

OBSERVACIONES:



ISBN 84-8446-036-3



MINISTERIO
DE TRABAJO
Y ASUNTOS SOCIALES

SECRETARÍA GENERAL
DE ASUNTOS SOCIALES
INSTITUTO DE
MIGRACIONES Y
SERVICIOS SOCIALES



9 788484 460367

P.V.P.: 2060 ptas. (12€)